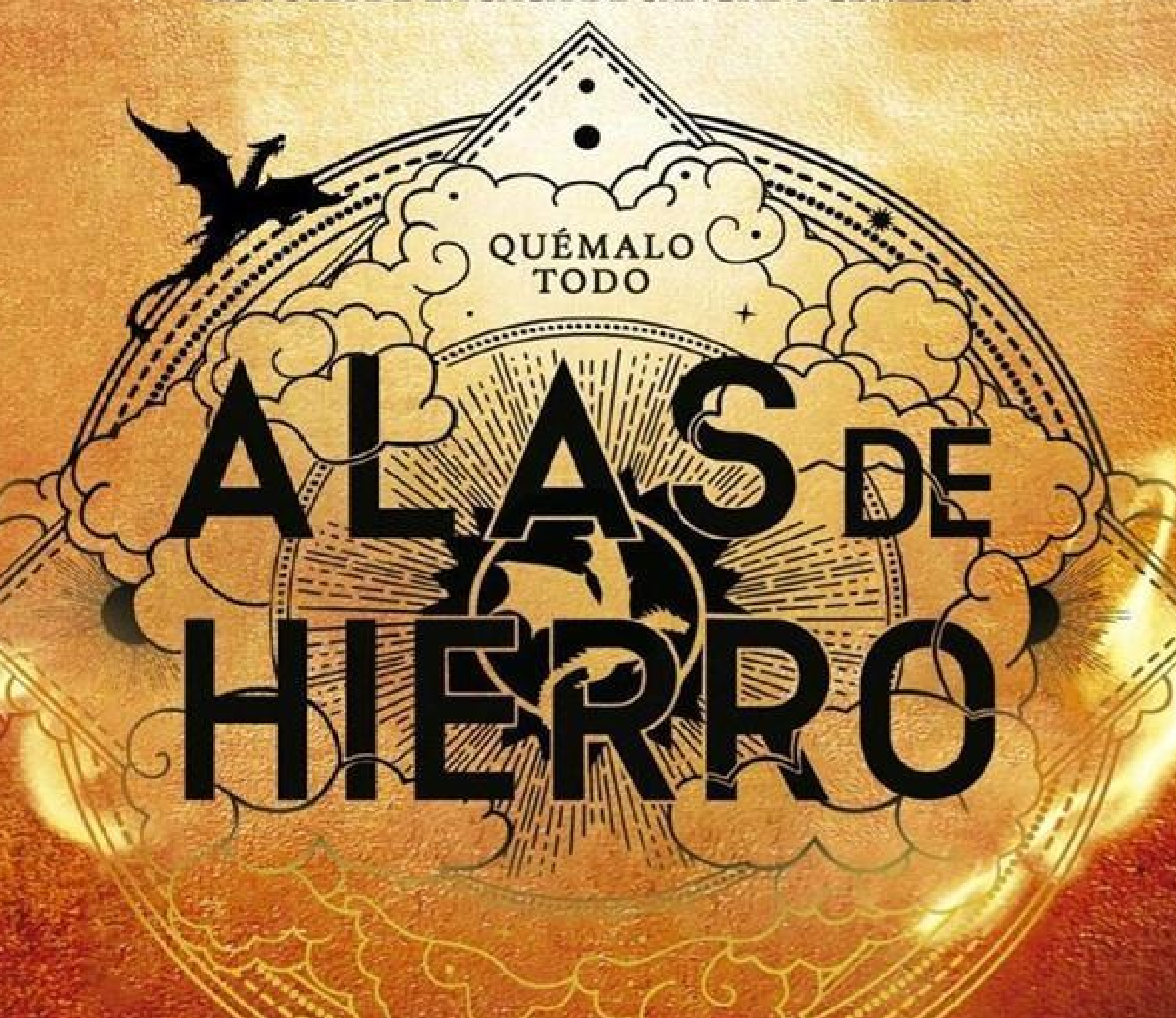
«Una saga de fantasía como no has leído nunca.»
—JENNIFER L. ARMENTROUT,
AUTORA DE LA SAGA DE SANGRE Y CENIZAS



ALAS DE HIERRO

REBECCA YARROS

Todos esperaban que Violet Sorrengail muriera en su primer año en el Colegio de Guerra Basgiath, incluso ella misma. Pero la Trilla fue tan solo la primera de una serie de pruebas imposibles destinadas a deshacerse de los indignos y los desafortunados.

Ahora comienza el verdadero entrenamiento, y Violet no sabe cómo logrará superarlo. No solo porque es brutal y agotador o porque está diseñado para llevar al límite el umbral del dolor de los jinetes, sino porque el nuevo vicecomandante está empeñado en demostrarle lo débil que es, a menos que traicione al hombre que ama.

La voluntad de sobrevivir no será suficiente este año, porque Violet conoce el secreto que se oculta entre los muros del colegio, y nada, ni siquiera el fuego de dragón, será suficiente para salvarlos.

Rebecca Yarros

Alas de hierro

Empíreo - 02

ePub r1.0
Titivillus 08.04.2024

Título original: *Fourth Wing*
Rebecca Yarros, 2023
Traducción: Víctor Ruiz Aldana

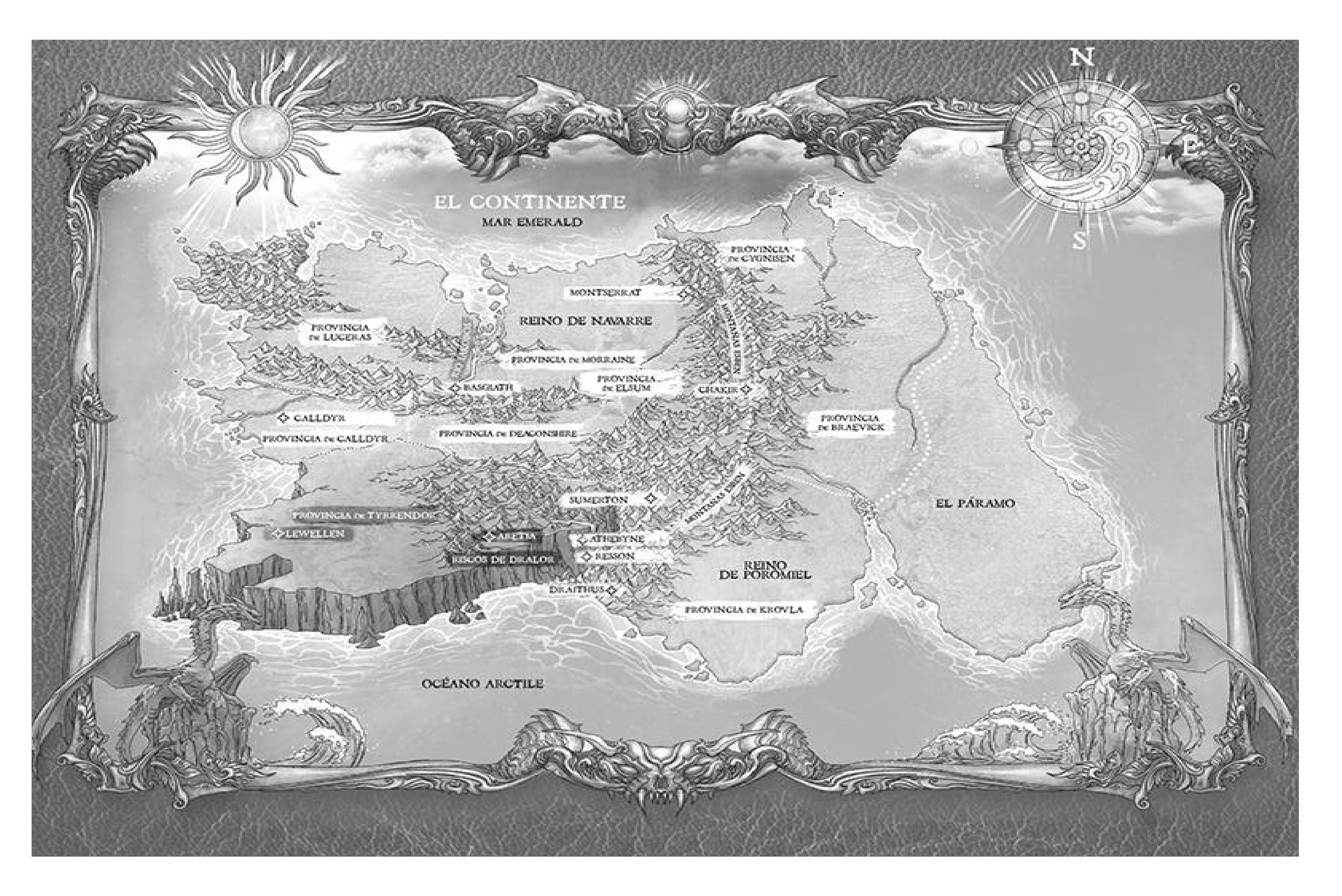
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EMPÍREO 2



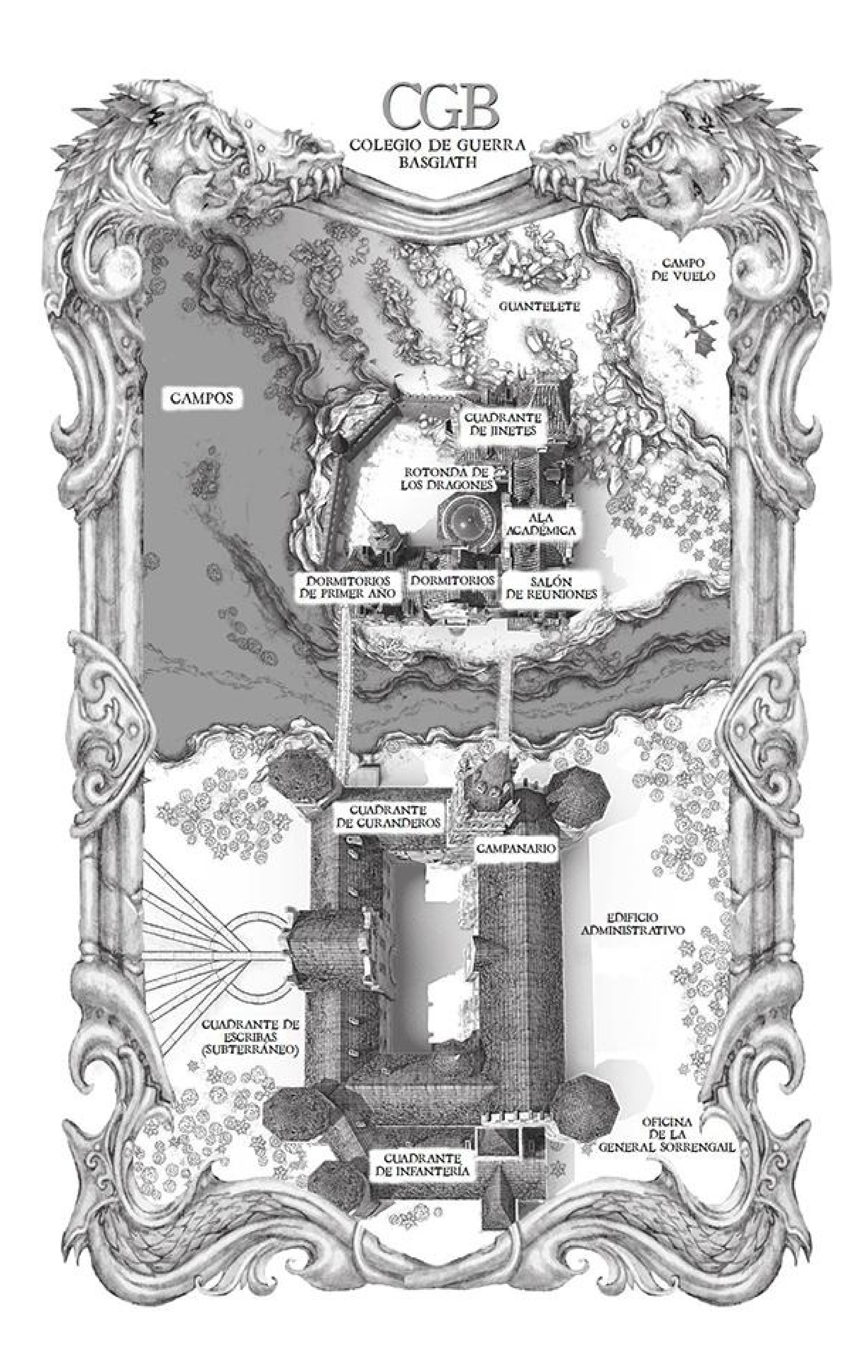
REBECCA YARROS

Traducción de Víctor Ruiz Aldana


N
E
S
EL CONTINENTE
MAR EMERALD
PROVINCIA DE CYGNISEN
MONTSERRAT
REINO DE NAVARRE
MONTAÑAS ESBEN
PROVINCIA DE LUCERAS
PROVINCIA DE MORRAINE
BASGIATH
PROVINCIA DE ELSUM
CHAKIR
CALLDYR
PROVINCIA DE CALLDYR
PROVINCIA DE DEACONSHIRE
PROVINCIA DE BRAEVICK
SUMERTON
MONTAÑAS ESBEN
PROVINCIA DE TYRRENDOR
LEWELLEN
ARETIA
ATHEBYNE
RESSON
RISCOS DE DRALOR
DRAITHUS
REINO DE POROMIEL
PROVINCIA DE KROVLA
EL PÁRAMO
OCÉANO ARCTILE

Alas de hierro es una aventura fantástica llena de emociones ambientada en el mundo despiadado y competitivo de un colegio militar para jinetes de dragón, que incluye descripciones de batallas, torturas físicas y psicológicas, encarcelamientos, violencia intensa, lesiones brutales, situaciones extremas, sangre, desmembramientos, quemaduras, asesinatos, muerte de personas y de animales, lenguaje ofensivo, pérdida de familiares, duelo y escenas de sexo explícito. Si eres sensible a estos elementos, tenlo en cuenta y prepárate para unirte a la revolución…

A mis cebras. Porque no toda la fuerza es física.


CGB
COLEGIO DE GUERRA
BASGIATH
CAMPO
DE VUELO
GUANTELETE
CAMPOS
CUADRANTE
DE JINETES
ROTONDA DE
LOS DRAGONES
ALA
ACADÉMICA
DORMITORIOS
DE PRIMER AÑO
DORMITORIOS
SALÓN
DE REUNIONES
CUADRANTE
DE CURANDEROS
CAMPANARIO
EDIFICIO
ADMINISTRATIVO
CUADRANTE DE
ESCRIBAS
(SUBTERRÁNEO)
OFICINA
DE LA
GENERAL SORRENGAIL
CUADRANTE
DE INFANTERÍA

ALA CUATRO

La estructura de las otras Alas es idéntica









PELOTONES = 15-20 PERSONAS

DOBLE RECUADRO = LÍDER DE PELOTÓN
UN SOLO RECUADRO = OFICIAL EJECUTIVO, SEGUNDO AL MANDO



El siguiente texto ha sido fielmente traducido del navarrense al idioma moderno por Jesinia Neilwart, curadora del Cuadrante de Escribas del Colegio de Guerra Basgiath. Todos los sucesos son reales y los nombres se han conservado como un homenaje al valor de los caídos. Que Malek cuide de sus almas.

PRIMERA PARTE

1



> En el año 628 después de nuestra Unificación, por la presente queda registrado que Aretia ha sido calcinada hasta los cimientos por fuego de dragón, según lo estipulado en el Tratado que pone fin al movimiento separatista. Las personas que han huido han sobrevivido; las que no, siguen sepultadas bajo sus ruinas.
>
> —Aviso público 628.85, transcrito por Cerella Nielwart

La revolución tiene un sabor extrañamente… dulce.

Observo a mi hermano mayor al otro lado de la mesa de madera chamuscada, en la gigantesca y ajetreada cocina de la fortaleza de Aretia, mientras mordisqueo la galleta de miel que me ha dejado en el plato. Joder, qué rica está. Riquísima.

O tal vez sea porque llevo tres días sin comer, desde que un ser no tan mitológico me apuñaló en el costado con una hoja envenenada que debería haberme matado. De hecho, me habría matado de no ser por Brennan, que no deja de sonreír mientras mastico.

Esta bien podría ser la experiencia más surrealista de mi vida. Brennan está vivo. Los venin, seres oscuros que creía que solo existían en los cuentos de hadas, son reales. Brennan está vivo. Aretia sigue en pie, a pesar de que la calcinaran hace seis años, tras la Rebelión tyrrish. Insisto: Brennan está vivo.

Tengo una nueva cicatriz de ocho centímetros en el abdomen, pero no he muerto. Y Brennan está vivo.

—Las galletas están ricas, ¿eh? —me pregunta cogiendo una del plato que hay entre nosotros—. Me recuerdan un poco a las que nos preparaba aquel cocinero cuando estábamos apostados en Calldyr, ¿te acuerdas?

Lo observo y mastico. Es tan… él. Y, sin embargo, lo recuerdo distinto. Tiene los rizos marrón rojizo recortados a poca distancia del cráneo, en lugar de colgarle por la frente, y lejos queda la suavidad de los ángulos de su rostro, que ahora cuenta también con unas diminutas arrugas en las comisuras de los ojos. Pero esa sonrisa, esos ojos… Es él, sin duda. Y que antes de llevarme a ver a mis dragones me haya puesto como condición que coma algo es la idea más propia de mi hermano que he visto jamás. Que tampoco es que Tairn espere nunca permiso alguno, lo que significa que…

—*Yo también creo que deberías comer algo.*

La voz grave y arrogante de Tairn me inunda la cabeza.

—*Que sí* —respondo del mismo modo, tratando de comunicarme de nuevo mentalmente con Andarna mientras uno de los trabajadores de la cocina pasa ligero a nuestro lado, lanzándole una media sonrisa a Brennan.

Andarna no responde, pero siento ese destellante brillo entre nosotros, aunque ya no sea dorado como sus escamas. No consigo vislumbrarla en mi cabeza, pero aún tengo la mente algo nublada. Se ha vuelto a dormir, algo que no debería sorprenderme después de que haya utilizado toda su energía para detener el tiempo. Después de lo que ocurrió en Resson, probablemente necesite descansar una semana, como mínimo.

—Apenas has dicho nada. —Brennan ladea la cabeza como antaño, cuando intentaba resolver un problema—. Es inquietante.

—Lo que es inquietante es que me mires mientras como —replico después de tragar, con la voz todavía algo ronca.

—¿Y? —Se encoge de hombros con indiferencia, y al sonreír se le dibuja un hoyuelo en la mejilla. Es el único rasgo infantil que le queda—. Hace unos días estaba bastante convencido de que no volvería a verte hacer, bueno, pues nada. —Da un buen mordisco. Supongo que sigue teniendo el mismo apetito, y eso, por extraño que parezca, me reconforta—. De nada por la reparación, por cierto. Considéralo un regalo por tu vigésimo primer cumpleaños.

—Gracias.

Tiene razón. Me he pasado mi cumpleaños durmiendo. Y estoy segura de que estar en la cama al borde de la muerte ha sido un drama más que suficiente para todas las personas de este castillo, o casa, o como lo llamen.

El primo de Xaden, Bodhi, irrumpe en la cocina uniformado, con el brazo en cabestrillo y su maraña de rizos negros recién recortados.

—Teniente coronel Aisereigh —anuncia Bodhi entregándole a Brennan una misiva doblada—. Esto acaba de llegar de Basgiath. El jinete no se marchará hasta esta noche, por si quiere responder.

Me lanza una sonrisa y vuelvo a quedarme de piedra ante lo mucho que se parece a Xaden, aunque con un aspecto más delicado. Tras hacerle un gesto aprobatorio de cabeza a mi hermano, da media vuelta y se va.

¿Basgiath? ¿Hay otro jinete aquí? ¿Cuántos habrá? ¿Qué tamaño tiene exactamente esta revolución?

Las preguntas se me disparan en la cabeza antes de darme tiempo a verbalizarlas.

—Un momento. ¿Eres teniente coronel? ¿Y quién es Aisereigh? —inquiero, claro, como si esa fuera la pregunta más importante.

—Tuve que cambiarme el apellido por razones obvias. —Sin dejar de mirarme, despliega la misiva, rompiendo un sello de lacre azul—. Y no puedes ni imaginarte lo rápido que te ascienden cuando todos los que están por encima de ti van muriendo —continúa antes de leer la carta, maldecir y guardársela en el bolsillo—. Tengo que reunirme con la Asamblea, pero termínate las galletas y nos encontraremos en el salón en media hora para ir a ver a tus dragones.

Todo rastro del hoyuelo y del hermano mayor risueño desaparecen, sustituidos por un hombre que apenas distingo del resto, un oficial que no conozco. Brennan es, a efectos prácticos, un desconocido.

Sin esperar respuesta, arrastra su silla hacia atrás con un chirrido y sale atropelladamente de la cocina. Mientras sorbo la leche, contemplo el espacio vacío que mi hermano ha dejado frente a mí, con el asiento aún apartado de la mesa, como si pudiera volver en cualquier momento. Me trago la galleta que se me ha quedado atascada en la garganta y alzo la barbilla, decidida a no volver a esperar sentada a que mi hermano regrese. Me apoyo en la mesa para levantarme y salgo tras él, dejando atrás la cocina y atravesando el largo pasillo. Debía de tener prisa, porque ya no lo veo por ninguna parte.

La intrincada moqueta amortigua mis pasos por el corredor, ancho y arqueado, hasta llegar a… Hala. La imponente escalera doble pulida con sus ornamentados pasamanos que se alza tres, no, cuatro plantas por encima de mí.

Estaba tan absorta con mi hermano que antes no le he prestado atención, pero ahora contemplo boquiabierta la arquitectura del inmenso lugar. Cada

descansillo está ligeramente desplazado en comparación con el anterior, como si la escalera ascendiera hacia la mismísima montaña en la que tallaron esta fortaleza. La luz de la mañana se cuela por decenas de ventanucos, la única decoración del muro de cinco plantas que hay sobre las ciclópeas puertas dobles de la entrada de la fortaleza; parecen dibujar un patrón, pero estoy demasiado cerca para apreciarlo. Me falta perspectiva, algo que en estos momentos es una metáfora bastante fiel de mi vida.

Dos guardias vigilan todos y cada uno de mis pasos, pero no hacen ademán de detenerme cuando paso por delante de ellos. Al menos eso significa que no soy una prisionera. Sigo avanzando a grandes zancadas por el salón principal de la fortaleza hasta que oigo voces provenientes de una habitación al otro lado, donde una de las dos grandes puertas ornamentadas está entreabierta. Al aproximarme, reconozco al instante la voz de Brennan, y noto una opresión en el pecho ante ese timbre que tan familiar me resulta.

—No servirá —retumba la voz cavernosa de mi hermano—. Siguiente sugerencia.

Continúo caminando por el enorme vestíbulo, ignorando lo que parecen ser dos alas más a izquierda y derecha. El lugar quita el hipo. Medio palacio y medio casa, pero sin duda una fortaleza. Los gruesos muros de piedra son los responsables de que se salvara de su supuesta destrucción seis años atrás. Por lo que he leído, la Casa Riorson jamás ha sido allanada por ningún ejército, ni siquiera durante los tres sitios que conozco.

«La piedra no arde»; eso fue lo que me dijo Xaden. La ciudad, ahora reducida a pueblo, se ha estado reconstruyendo en secreto durante años bajo las narices del general Melgren. Las reliquias, las marcas mágicas que llevan los hijos de los líderes de la Rebelión ejecutados, los enmascaran de algún modo del sello de Melgren cuando van en grupos de más de tres personas, de modo que no es capaz de ver el resultado de las batallas donde estén presentes, y tampoco ha podido «verlos» nunca organizándose aquí.

Hay ciertos aspectos de la Casa Riorson, desde su posición defendible tallada en la ladera de la montaña hasta sus suelos adoquinados y puertas dobles reforzadas con acero de la entrada, que me recuerdan a Basgiath, el colegio de guerra que he considerado mi hogar desde que a mi madre la destinaron allí como comandante general. Pero ahí terminan todas las similitudes. Aquí hay obras de arte reales en las paredes, no solo bustos de héroes de guerra expuestos en soportes, y estoy bastante convencida de que lo que cuelga al otro lado del salón, desde el lugar en que Bodhi e Imogen esperan frente a una puerta abierta, es un tapiz auténtico de Poromiel.

Imogen se lleva un dedo a los labios y me hace un gesto para que me coloque en el espacio vacío entre ella y Bodhi. Obedezco, y me doy cuenta de que hace poco, mientras yo descansaba, alguien le ha teñido la mitad rapada de la cabeza de un rosa brillante. Es evidente que está cómoda aquí, igual que Bodhi. Los únicos indicios de que han estado en una batalla son el cabestrillo que sujeta el brazo fracturado de Bodhi y el corte en el labio de Imogen.

—Alguien tendrá que decir obviedades.

El dueño de la voz es un tipo mayor con un parche en el ojo y una nariz aguileña, sentado a un extremo de la mesa que ocupa toda la longitud de una estancia con planta superior. Unos mechones de pelo ralo y gris enmarcan los profundos surcos de una piel un tanto bronceada y ajada, y los carrillos le cuelgan como a un ñu. Se recuesta en la silla, colocándose una gruesa mano sobre su oronda panza.

Pese a que en la mesa podrían caber fácilmente treinta personas, tan solo hay cinco a un lado, todas vestidas de negro jinete, colocadas cerca de la puerta, pero en un ángulo desde el que tendrían que volverse por completo para vernos, algo que no hacen. Brennan recorre la mesa, pero también en un ángulo desde el cual le costaría divisarnos.

Se me forma un nudo en la garganta y caigo en la cuenta de que voy a necesitar un tiempo para acostumbrarme a verlo vivo. En cierto modo es exactamente como lo recordaba, aunque distinto. Y, sin embargo, aquí está: vivo, resoplando, con la mirada clavada en el mapa del continente que pende de la pared y cuyo tamaño solo rivaliza con el del auditorio de la asignatura Informe de Batalla de Basgiath.

Y frente al mapa, con una mano apoyada en una enorme silla mientras observa la mesa y sus ocupantes, se encuentra Xaden. Tiene buen aspecto, incluso con las ojeras que mancillan su tez morena por la falta de sueño. Los altos pómulos de sus mejillas, los ojos oscuros que suelen suavizarse cuando se encuentran con los míos, la cicatriz que le separa en dos la ceja y termina cerca del ojo, la reluciente reliquia arremolinada que acaba en su mandíbula y las líneas esculpidas de esa boca que tan bien conozco se aúnan para que su físico me parezca perfecto; joder, y eso es solo la cara. Su cuerpo es incluso… mejor, y por cómo lo utiliza cuando me tiene entre sus brazos…

«No». Niego con la cabeza y corto ahí mismo los pensamientos. Puede que Xaden sea hermoso, poderoso y terriblemente letal, algo que no debería excitarme tanto como lo hace, pero no puedo fiarme de él para que me cuente la verdad sobre…, bueno, sobre nada. Y eso es como una puñalada en el

corazón, teniendo en cuenta que estoy enamorada de él hasta rozar el patetismo.

—¿Y qué es eso tan obvio que tienes que decir, mayor Ferris? —pregunta Xaden con un tono de auténtico y absoluto aburrimiento.

—Es una reunión de la Asamblea —me susurra Bodhi—. Solo se necesita un cuórum de cinco para votar, porque los siete casi nunca coinciden aquí a la vez, y con cuatro votos ya se puede secundar una moción.

Almaceno esa información en algún lugar de mi mente.

—¿Se nos permite escuchar?

—Las reuniones están abiertas a todo aquel que quiera asistir —responde Imogen con el mismo tono de voz.

—Y estamos asistiendo… ¿en el pasillo? —pregunto.

—Sí —responde Imogen sin más explicación.

—La única opción es regresar —continúa el nariz aguileña—. De lo contrario, ponemos en riesgo todo lo que hemos construido aquí. Enviarán rastreadores y no contamos con suficientes jinetes para…

—Es un poco difícil reclutar a alguien cuando estás intentando pasar inadvertido —replica una mujer menuda de brillante pelo negro, como el de un cuervo, y la piel parda en torno a sus ojos se arruga al fulminar con la mirada al anciano.

—No nos desviemos del tema, Trissa —dice Brennan frotándose el puente de la nariz. La nariz de nuestro padre. La similitud es inquietante.

—¡No tiene ningún sentido aumentar nuestros efectivos sin una forja operativa para armarlos! —brama el nariz aguileña—. No sé si os habéis dado cuenta de que seguimos faltos de luminarias.

—¿Y cómo van las negociaciones con el vizconde Tecarus para que nos proporcione la suya? —pregunta un tipo fornido con una calmada voz de trueno, tirándose de su densa barba plateada con una mano color ébano.

¿El vizconde Tecarus? No consta como familia noble en ningún registro navarrense. De hecho, en nuestra aristocracia ni siquiera hay vizcondes.

—Seguimos intentando llegar a una solución diplomática —responde Brennan.

—No hay solución alguna. Tecarus no ha superado todavía que lo insultaras el último verano.

Una anciana con la complexión de un hacha de guerra clava la mirada en Xaden; el cabello rubio le cae justo por debajo de la afilada barbilla de alabastro.

—Ya os dije que el vizconde jamás accedería a proporcionárnosla —contesta Xaden—. El tipo se dedica a acaparar cosas, no a comerciar con ellas.

—Bueno, es evidente que ahora sí se negará a comerciar con nosotros —le escupe entornando los ojos—. Sobre todo al haberte negado siquiera a contemplar su última propuesta.

—Por mí se puede meter la propuesta por el puto culo.

Xaden habla con calma, pero sus ojos tienen un brillo áspero que reta a cualquiera de los presentes en la mesa a llevarle la contraria. Casi como si quisiera demostrarles a aquellas personas que no merecen su tiempo, rodea el brazo de la gigantesca silla que hay frente a ellos y se acomoda, estirando las largas piernas y apoyando los brazos en los reposabrazos de terciopelo, como si no pudiera importarle menos la situación.

El silencio en que se sume la sala es revelador. Xaden infunde tanto respeto en la Asamblea de esta revolución como en Basgiath. No reconozco a ninguno de los otros jinetes, salvo a Brennan, pero apostaría lo que fuera a que Xaden es el más poderoso de la estancia, dado su silencio.

—*De momento* —me recuerda Tairn con la arrogancia que solo pueden proporcionar cien años siendo uno de los dragones de batalla más formidables del continente—. *Indícales a los humanos que te lleven hasta el valle cuando acaben con sus jueguecitos políticos*.

—Espero que encontremos una solución mejor. Si no podemos suministrar a los grupos armas suficientes para que combatan en condiciones el año que viene, la marea se habrá desplazado demasiado como para tener siquiera la esperanza de contener el avance de los venin —apunta el barba plateada—. Y todo esto no habrá servido de nada.

Se me cae el alma a los pies. ¿Un año? ¿Tan cerca estamos de perder una guerra de la que ni siquiera tenía constancia hace unos pocos días?

—Como he dicho, estoy trabajando en una solución diplomática para la luminaria —insiste Brennan con dureza—, y nos estamos yendo tantísimo del tema que ya no tengo claro ni si estamos en la misma reunión.

—Yo voto por requisar la luminaria de Basgiath —sugiere la anciana con complexión de hacha de guerra—. Si tan cerca estamos de perder la guerra, no hay otra opción.

Xaden le lanza a Brennan una mirada que no soy capaz de descifrar, y respiro hondo al darme cuenta de que él probablemente conozca mejor a mi hermano que yo misma. Y se lo había callado. De todo lo que me ha ocultado, eso es lo único que no puedo superar.

—¿Y qué habrías hecho con esa información de haber dispuesto de ella? —pregunta Tairn.

—Deja de buscarle la lógica a una cuestión emocional.

Me cruzo de brazos. Es el corazón lo que no permite que mi cabeza acabe de perdonar a Xaden.

—Ese tema está zanjado —contesta Brennan con firmeza—. Si tomamos la forja de Basgiath, Navarre no podrá reabastecer los almacenes de los puestos de defensa. La cantidad de civiles que morirían si esos guardias cayeran es inimaginable. ¿Quieres ser en parte responsable de eso?

Silencio.

—¡Pues entonces estamos de acuerdo! —exclama el nariz aguileña—. Hasta que podamos suministrar a los grupos, los cadetes deben regresar.

«Ah».

—Están hablando de nosotros —susurro. Por eso estamos fuera de su campo de visión.

Bodhi asiente.

—No es propio de ti que estés tan callada, Suri —añade Brennan mirando a la morena sentada a su lado, una mujer de hombros anchos y piel cetrina con un único mechón plateado en el cabello, cuya nariz tiembla como la de un zorro.

—Yo digo que nos quedemos con dos. —Su indiferencia hace que un escalofrío me recorra la columna mientras ella tamborilea sobre la mesa con unos dedos huesudos y un gigantesco anillo esmeralda que refleja la luz—. Seis cadetes pueden mentir tan bien como ocho.

Ocho. Xaden, Garrick, Bodhi, Imogen, tres marcados a los que no tuve ocasión de presentarme antes de que nos arrojaran a la batalla y… yo.

Me entran náuseas. Los Juegos de Guerra. Se supone que deberíamos haber terminado con la última competición del año entre las alas del Cuadrante de Jinetes en Basgiath y, en vez de eso, nos lanzamos a una batalla mortal con un enemigo que hasta la semana pasada solo creía producto del folklore, y ahora estamos…, bueno, pues aquí, en una ciudad que no debería existir.

Pero no estamos todos.

Se me forma un nudo en la garganta, y parpadeo para aliviar la quemazón que noto en los ojos. Soleil y Liam no sobrevivieron.

«Liam». Su cabello rubio y ojos azul cielo me ocupan la memoria, y noto una punzada de dolor entre las costillas. Su escandalosa risa. La facilidad que

tenía para sonreír. Su lealtad y bondad. Se acabó. Ya no está. Y todo porque le prometió a Xaden que me protegería.

—Ninguna de esas ocho personas son prescindibles, Suri.

El barba plateada se inclina sobre las dos patas traseras de su silla y examina el mapa que hay detrás de Xaden.

—¿Qué propones, Felix? —replica Suri—. ¿Que montemos nuestro propio colegio de guerra con el tiempo que nos sobra? La mayoría ni siquiera ha terminado su educación. Aún no nos sirven.

—Habláis como si alguno de vosotros tuviera el poder de decidir si regresamos —la interrumpe Xaden, captando la atención de todos los presentes—. Aceptamos el consejo de la Asamblea, pero no nos lo tomaremos como más que eso: un consejo.

—No podemos arriesgarnos a perderte… —repone Suri.

—Mi vida vale lo mismo que las suyas —dice Xaden haciendo un gesto hacia nosotros.

La mirada de Brennan se encuentra con la mía y abre mucho los ojos. Todas las cabezas de la sala se vuelven hacia nosotros y yo reprimo el instinto de retirarme cuando casi todos los pares de ojos se posan sobre mí.

¿A quién ven? ¿A la hija de Lilith? ¿O a la hermana de Brennan?

Levanto la barbilla porque soy ambas cosas…, aunque no me sienta como ninguna de las dos.

—No todas las vidas —dice Suri mirándome fijamente a los ojos. Eso ha dolido—. ¿Cómo te has quedado de brazos cruzados y has permitido que oiga la conversación de la Asamblea?

—Si no queríais que os oyéramos, haber cerrado la puerta —señala Bodhi entrando en la estancia.

—¡No es de fiar!

Es posible que la ira le haya teñido las mejillas de rojo, pero lo que veo en los ojos de Suri es miedo.

—Xaden ya ha asumido toda responsabilidad por ella. —Imogen da un paso al lado y se acerca un poco más a mí—. Por muy cruel que sea esa costumbre.

Atravieso a Xaden con la mirada. ¿De qué cojones está hablando?

—Sigue sin entender esa decisión en concreto —añade el nariz aguileña.

—Pues es bien simple. Ella es diez veces más capaz que yo —responde Xaden, y contengo el aliento al ver la intensidad en sus ojos. Si no lo conociera, diría que habla en serio—. Y no hablo de su sello. Además, le

habría contado de todos modos lo que se ha dicho en esta sala, de modo que lo de la puerta abierta habría sido una simple formalidad.

Una chispa de esperanza se me enciende en el pecho. Tal vez se haya hartado de guardarse secretos.

—Es la hija de la general Sorrengail —apunta el hacha de guerra, con una clara nota de frustración en la voz.

—Y yo soy su hijo —replica Brennan.

—¡Y llevas seis años demostrando más que de sobra tu lealtad! —grita el hacha de guerra—. ¡Ella no puede decir lo mismo!

La rabia me enciende el cuello y me sube hasta las mejillas. Están hablando de mí como si no estuviera delante.

—Combatió a nuestro lado en Resson.

Bodhi se tensa al tiempo que también alza la voz.

—Debería estar encerrada. —Suri se pone como un tomate al apartarse de la mesa y levantarse, clavando la mirada en la mitad plateada de mi pelo que me forma la trenza de la coronilla—. Con lo que sabe, podría traernos la ruina a todos.

—Coincido. —El nariz aguileña se une a ella con un asco palpable que lanza en mi dirección—. Es demasiado peligrosa como para no estar prisionera.

Se me tensan los músculos del estómago, pero lo enmascaro como tantas veces he visto hacer a Xaden y mantengo los brazos a los lados, cerca de las vainas de mis dagas. Puede que tenga un cuerpo frágil y que no pueda fiarme de mis articulaciones, pero tengo una puntería letal con los cuchillos. Ni de coña pienso permitir que me encierren aquí.

Estudio a los miembros de la Asamblea, sopesando cuál es mi mayor amenaza. Brennan se endereza hasta su máxima altura.

—¿Aun sabiendo que está vinculada a Tairn, cuyos vínculos se vuelven más profundos con cada jinete y cuyo vínculo anterior ya era tan fuerte que la muerte de Naolin estuvo a punto de matarlo? ¿Aun sabiendo que nos preocupa que Tairn muera con ella? Y que, precisamente por eso, ¿la vida de Riorson está ligada a la de ella? —pregunta, y hace un gesto de cabeza en dirección a Xaden.

La decepción me hace notar un regusto amargo en la boca. ¿Es eso todo lo que soy para él? ¿La debilidad de Xaden?

—Yo soy el único responsable de Violet. —Xaden baja la voz de pura malicia—. Y no soy suficiente; no hay uno, sino dos dragones que ya han respondido por su integridad.

Hasta aquí.

—Me tenéis aquí delante —espeto, y una desagradable oleada de satisfacción me atraviesa el cuerpo al ver la cantidad de bocas abiertas que he dejado a mi paso—. Así que dejad de hablar de mí e intentad hablar conmigo.

A Xaden se le levanta la comisura de la boca, y el orgullo que se le dibuja en el rostro es inequívoco.

—¿Qué queréis de mí? —les pregunto irrumpiendo en la habitación—. ¿Que cruce el parapeto y demuestre mi valentía? Hecho. ¿Que traicione a mi reino defendiendo a ciudadanos de Poromiel? Hecho. ¿Que guarde sus secretos? —Hago un gesto en dirección a Xaden con la mano izquierda—. Hecho. He guardado todos los secretos.

—Salvo el más importante. —Suri enarca una ceja—. Todos sabemos cómo acabaste en Athebyne.

La culpa me oprime la garganta.

—Aquello no… —empieza Xaden, alzándose de la silla.

—No fue culpa suya. —El hombre de barba gris que tenemos más cerca, Felix, se levanta y se interpone entre Suri y yo al volverse hacia ella—. Ningún estudiante de primer año es capaz de resistirse a un lector de recuerdos, y menos si lo considera un amigo. —Se vuelve hacia mí—. Pero debes saber que ahora cuentas con enemigos en Basgiath. Si regresaras, sé consciente de que ya no debes contar a Aetos entre tus amistades. Hará todo lo posible para matarte por lo que has visto.

—Ya lo sé —digo, pero siento la lengua pastosa.

Felix asiente.

—Hemos terminado —anuncia Xaden sosteniéndole la mirada a Suri y después al nariz aguileña, que dejan caer los hombros en actitud de derrota.

—Espero noticias sobre Zolya por la mañana —añade Brennan—. Considerad pospuesta esta reunión de la Asamblea.

Los miembros del concilio recogen sus sillas y pasan por delante de nosotros cuando nos echamos a un lado. Imogen y Bodhi siguen junto a mí. Finalmente Xaden empieza a caminar hacia la salida, pero se detiene delante de mí.

—Nos vamos al valle. Reúnete con nosotros cuando estés lista.

—Os acompaño ya.

Este es el último lugar del continente donde querría quedarme atrás.

—Quédate y habla con tu hermano —me dice con tranquilidad—. Quién sabe cuándo tendréis otra oportunidad.

Miro por encima del hombro de Bodhi a Brennan, de pie en mitad de la sala, esperándome. Brennan, que siempre dedicaba tiempo a vendarme las rodillas cuando era niña. Brennan, quien escribió el libro que me ayudó a sobrevivir durante el primer año. Brennan…, a quien me he pasado seis años echando de menos.

—Ve —insiste Xaden—. No nos iremos sin ti, y no vamos a permitir que la Asamblea nos dicte qué hacer. Eso es algo que decidiremos los ocho juntos.

Me dedica una larga mirada que hace que mi traicionero corazón me dé un vuelco, y luego se marcha, seguido de cerca por Bodhi e Imogen.

Lo único que me queda es volverme hacia mi hermano, cargada con seis años de preguntas.

2



> El mayor recurso de la Casa Riorson es el valle que la señorea, calentado por fuentes naturales de energía termal. Pues allí se encuentran los terrenos de cría originales del linaje de Dubhmadinn, del cual descienden dos de los mayores dragones de nuestra era: Codagh y Tairn.
>
> —*Guía de campo de los dragones,* por el coronel Kaori

Cierro la alta puerta detrás de mí antes de echar a andar hacia Brennan. Esta reunión no está abierta al público.

—¿Has comido suficiente?

Se apoya en el borde de la mesa, igual que cuando éramos niños. El movimiento es tan… tan él; y en cuanto a la pregunta, la ignoro por completo.

—Así que aquí es donde has estado estos últimos seis años…

Mi voz amenaza con romperse. Me alegro mucho de que esté vivo y eso es todo lo que debería importarme. Pero tampoco puedo perdonar los años que ha permitido que lo llore.

—Sí. —Deja caer los hombros—. Siento haberte hecho creer que estaba muerto. Era la única solución.

Silencio incómodo. ¿Cómo se supone que debo responder a eso? ¿«No pasa nada; bueno, un poco sí»? Hay tanto que quiero decirle, tanto que

necesito preguntarle, pero de repente todos los años que hemos estado separados se me antojan… definitorios. No somos las mismas personas.

—Te veo diferente. —Sonríe, pero es una sonrisa triste—. No lo digo a malas. Solo… diferente.

—Tenía catorce años la última vez que me viste —respondo, y tuerzo el gesto—. Creo que sigo midiendo lo mismo. Tenía la esperanza de dar un último estirón, pero, mira, aquí me tienes.

—Aquí te tengo. —Asiente despacio—. Siempre te había imaginado con tus colores de escriba, pero el negro te sienta bien. Por los dioses… —Suspira—. El alivio que sentí cuando me enteré de que habías sobrevivido a la Trilla fue indescriptible.

—¿Lo sabías? —pregunto, y se me encienden los ojos. Tiene contactos en Basgiath.

—Claro. Y luego Riorson se presentó aquí contigo apuñalada y moribunda. —Desvía la mirada y carraspea, y luego toma aire antes de continuar—: De verdad que no sabes cuánto me alegro de que te hayas recuperado, y de que hayas sobrevivido al primer año.

El alivio en sus ojos se lleva parte de mi ira.

—Mira me ayudó.

Y me quedo corta.

—¿La armadura?

Ha dado en el clavo. Tengo que reconocer las ventajas del delicado peso de la armadura de escamas de dragón debajo de mi ropa de vuelo.

Asiento.

—Pidió que me la hicieran. Y también me entregó tu libro, el que le escribiste.

—Espero que te resultara útil.

Recuerdo a la chiquilla ilusa y sobreprotegida que cruzó el parapeto, y todo lo que soportó en el calvario del primer año hasta convertirse en la mujer que soy ahora.

—Sí, me sirvió.

Se le borra la sonrisa y echa un vistazo por la ventana.

—¿Cómo está Mira?

—Por experiencia propia, estoy segura de que estaría mucho mejor si supiera que estás vivo.

No tiene sentido que me ande con rodeos si tenemos poco tiempo. Mi hermano se estremece.

—Supongo que me lo merezco.

Y yo supongo que eso responde a esa pregunta: Mira no lo sabe. Pero debería.

—¿Cómo es posible que estés vivo, Brennan? —Apoyo mi peso en una pierna y me cruzo de brazos—. ¿Dónde está Marbh? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no volviste a casa?

—Una a una. —Levanta las manos como si estuvieran a punto de atacarlo, y distingo una cicatriz con forma de runa en la palma de su mano antes de que se agarre al borde de la mesa—. Naolin… era…

Tensa la mandíbula.

—El jinete anterior de Tairn —termino despacio, preguntándome si para Brennan era algo más que eso—. Según el profesor Kaori, era el apropiador que murió tratando de salvarte. —El corazón me da un vuelco—. *Siento que tu jinete muriera salvando a mi hermano*.

—*No volveremos a hablar de aquel que hubo antes* —responde Tairn con una voz áspera.

A Brennan se le levanta una comisura de la boca.

—Echo de menos a Kaori. Es un buen hombre. —Suspira, y levanta la cabeza para sostenerme la mirada—. Naolin no fracasó, pero le costó la vida. Me desperté en un acantilado no lejos de aquí. Marbh estaba herido, pero también había sobrevivido. Y los otros dragones… —Sus ojos ámbar se encuentran con los míos—. Aquí hay otros dragones; nos salvaron, nos ocultaron en la red de cuevas del valle y, luego, con los civiles que sobrevivieron a la calcinación de la ciudad.

Frunzo el ceño mientras intento sacar algo en claro de sus palabras.

—¿Dónde está Marbh ahora?

—Lleva días en el valle con los demás, vigilando a Andarna con Tairn, Sgaeyl y, desde que despertaste, Riorson.

—¿Eso es lo que ha estado haciendo Xaden? ¿Proteger a Andarna? —Eso me rebaja parte del cabreo de que me haya estado evitando con tanto descaro —. ¿Y tú qué haces aquí, Brennan?

Se encoge de hombros, como si la respuesta fuese obvia.

—Estoy aquí por la misma razón por la que tú combatiste en Resson. Porque no puedo quedarme de brazos cruzados, resguardado detrás de las protecciones de Navarre, viendo que muere gente inocente a manos de seres oscuros porque nuestros gobernantes son demasiado egoístas como para reaccionar. Y también es por eso por lo que no volví a casa. No podía volar por Navarre sabiendo lo que habíamos hecho, lo que estábamos haciendo, y ni

de coña habría podido mirar a nuestra madre a los ojos y oírla mientras justificaba nuestra cobardía. Me negaba a vivir esa mentira.

—Pero nos dejaste a Mira y a mí viviéndola.

Lo digo con algo más de inquina de la que pretendía, o tal vez esté más enfadada de lo que creía.

—Y no ha pasado día en que no me haya cuestionado esa decisión. —El remordimiento en sus ojos me basta para respirar hondo y centrarme—. Supuse que podríais contar con papá…

—Hasta que dejamos de contar con él.

Se me forma un nudo en la garganta, de modo que me vuelvo hacia el mapa y me acerco para captar mejor los detalles. A diferencia del de Basgiath, que se actualiza a diario con los ataques de grifos en la frontera, este refleja las verdades que Navarre oculta. La región del Páramo, la península desértica al sureste que los dragones abandonaron después de que el general Daramor echara a perder la tierra durante la Gran Guerra, está totalmente pintada de carmesí. La mancha se extiende hasta Braevick, sobre el río Dunness.

Lo que deben de ser nuevos campos de batalla están marcados con una cantidad alarmante de banderas rojo intenso y naranja. Las rojas no solo delimitan la frontera oceánica oriental de la provincia krovlana, a lo largo de la bahía de Malek, sino que además se concentran con profusión al norte, hacia las llanuras, extendiéndose como una enfermedad e infectando incluso puntos de Cygnisen. Pero las naranjas se concentran sobre todo a lo largo del río Rocagua, que conduce directamente a la frontera de Navarre.

—Así que los cuentos eran ciertos. Venin provenientes del Páramo, agotando la magia de la tierra, avanzando de ciudad en ciudad.

—Los has visto con tus propios ojos —contesta, y se coloca a mi lado.

—¿Y los guivernos?

—Hace unos meses que tenemos constancia de ellos, pero los cadetes no lo sabían. Hasta ahora hemos limitado lo que Riorson y los demás sabían por su propia seguridad, algo que en retrospectiva tal vez fuera un error. Sabemos que hay al menos dos especies, una que escupe fuego azul y otra más rápida que escupe fuego verde.

—¿Cuántos hay? —le pregunto—. ¿Dónde los están creando?

—Dónde los están criando, dirás.

—Creando —repito—. ¿No te acuerdas de los cuentos que papá nos leía? Decían que los venin creaban a los guivernos, que canalizaban su poder hacia las bestias. Creo que por eso los que no tenían jinete murieron cuando maté a sus seres oscuros. Perdieron su fuente de poder.

—¿Recuerdas todo eso de lo que nos leía papá? —pregunta mirándome con desconcierto.

—Aún conservo el libro. —Menos mal que Xaden puso una protección en mi habitación de Basgiath para que nadie lo descubra mientras estamos aquí—. ¿Me estás diciendo que no solo no sabías que los creaban, sino que tampoco tenéis ni idea de dónde vienen?

—Pues… te has acercado bastante, sí.

—Qué consolador —mascullo al tiempo que siento un cosquilleo eléctrico en la piel. Agito las manos mientras camino por delante del gran mapa. Las banderas naranjas están demasiado cerca de Zolya, la segunda ciudad más poblada de Braevick, y donde se encuentra Riscara, su academia de pilotos—. El de la barba plateada ha comentado que tenemos un año para darle la vuelta a la situación.

—Felix. Es el más racional de la Asamblea, pero personalmente creo que se equivoca. —Brennan dibuja con la mano una silueta imprecisa de la frontera de Braevick junto con la región del Páramo que limita con el río Dunness—. Las banderas rojas son todas de los últimos años y las naranjas, de los últimos meses. Al ritmo que se han expandido, no solo en la cantidad de guivernos sino también en cuestión de territorio… Creo que pretenden remontar el río Rocagua y que faltan como máximo seis meses para que hayan reunido las fuerzas necesarias para ir a por Navarre, pero la Asamblea hace oídos sordos.

Seis meses. Trago saliva para contener la bilis que me sube a la garganta. Brennan siempre ha sido un estratega brillante, según mi madre. Me inclino más por su análisis.

—El patrón general se mueve hacia el noroeste, hacia Navarre. Resson es la única excepción, junto con lo que sea esa bandera…

Señalo la que parece estar a una hora de vuelo al este de Resson. Me viene a la memoria el paisaje yermo que rodea lo que antes había sido un próspero puesto comercial. Estas banderas son más que un caso aislado; son dos manchas naranjas gemelas en una zona por lo demás intacta.

—Creemos que la caja de hierro que Garrick Tavis encontró en Resson es algún tipo de cebo, pero tuvimos que destruirla antes de que pudiéramos investigarla con calma. Y se encontró una caja igual en Jahna, también destruida. —Se vuelve hacia mí—. Pero la factura es navarrense.

Proceso la información con una larga respiración, preguntándome qué motivos tendría Navarre para construir cebos más allá de utilizar uno para matarnos en Resson.

—¿De verdad crees que irán a por Navarre cuando se hayan apoderado del resto de Poromiel?

¿Por qué no ir primero a por los objetivos más fáciles?

—Sí. Su supervivencia depende de ello tanto como la nuestra depende de que los detengamos. La energía de los terrenos de cría en Basgiath podría alimentarlos durante décadas. Y, con todo, Melgren cree que las protecciones son tan infalibles que no es necesario alertar a la población. O bien teme que contárselo al pueblo le haga darse cuenta de que no somos exactamente los buenos. Ya no. La Rebelión de Fen les demostró a los líderes que es mucho más sencillo controlar a civiles felices que a civiles descontentos o, lo que es peor, aterrorizados.

—Y, aun así, han conseguido ocultarles la verdad —susurro.

En algún momento de nuestro pasado, una generación de navarrenses eliminó los libros de historia, borró la existencia de los venin de la educación y el conocimiento comunes, y todo porque no estamos dispuestos a poner en riesgo nuestra propia seguridad cediendo el único material que puede matar a los seres oscuros, la misma aleación que alimenta las protecciones más lejanas.

—Ya, bueno, papá siempre trató de contárnoslo. —A Brennan se le suaviza la voz—. En un mundo de jinetes de dragón, pilotos de grifo y seres oscuros…

—Son los escribas los que ostentan el poder. —Se encargan de los anuncios públicos, de los registros. Escriben nuestra historia—. ¿Crees que papá lo sabía?

La idea de que él estructurara mi existencia en torno a hechos y conocimiento y, sin embargo, se reservara lo más importante, me resulta insoportable.

—Quiero creer que no.

Brennan me ofrece una sonrisa triste.

—Se irá corriendo la voz a medida que se acerquen las fuerzas a la frontera. No pueden ocultar la verdad. Alguien lo verá. Alguien tiene que verlo.

—Sí, y nuestra revolución debe estar preparada cuando llegue el momento. En cuanto la verdad salga a la luz, no habrá razón para que los líderes sigan supervisando a los marcados, y perderemos el acceso a la forja de Basgiath.

Otra vez la misma palabra: *revolución*.

—Crees que puedes vencer.

—¿Por qué dices eso? —pregunta volviéndose hacia mí.

—Hablas de revolución, no de rebelión. —Arqueo una ceja—. Lo de los tyrrish no es lo único que papá nos enseñó a los dos. Crees que puedes vencer, a diferencia de Fen Riorson.

—O vencemos o estamos muertos. Todos nosotros. Navarre cree que está a salvo tras las protecciones, pero ¿qué ocurre si caen? ¿O si no son tan poderosas como piensan los líderes? Ya las han prolongado al máximo. Por no mencionar a las personas que viven fuera de las protecciones. De una forma u otra, nos superan en número, Vi. Jamás los habíamos visto organizados tras un líder como en Resson, y Garrick nos dijo que aquel se escapó.

—El Sabio. —Me estremezco, y me rodeo el vientre con los brazos—. Así lo llamó la que me apuñaló. Creo que era su maestro.

—¿Se están educando los unos a los otros? ¿Como si hubieran montado algún tipo de escuela para venin? De puta madre.

Brennan niega con la cabeza.

—Y no estáis detrás de las protecciones —apunto—. Aquí no.

El escudo mágico protector que ofrecen los terrenos de cría de los dragones del valle no alcanza las fronteras oficiales de las montañas de Navarre, y la costa entera de Tyrrendor al suroeste, incluida Aretia, está expuesta. Un hecho que apenas importaba cuando creíamos que la única amenaza exterior eran los grifos, puesto que son incapaces de volar lo bastante alto como para coronar los acantilados.

—Aquí no —coincide—. Aunque, por extraño que parezca, Aretia cuenta con una piedra protectora inactiva. O eso creo, vaya. Nunca he estado lo bastante cerca de la de Basgiath como para poder compararlas en condiciones.

Enarco las cejas. ¿Una segunda piedra protectora?

—Pensaba que solo se había creado una durante la Unificación.

—Ya, y yo pensaba que los venin eran un mito y los dragones eran la única forma de alimentar las protecciones. —Se encoge de hombros—. Pero el arte de crear nuevas protecciones es una magia que se perdió, así que, para el caso, es poco más que una estatua con pretensiones. Es bonita, eso sí.

—Tenéis una piedra protectora —murmuro.

La cabeza me bulle. No necesitarían tantas armas si tuvieran protecciones. Si pudieran generar su propia barrera, tal vez podrían extenderla hasta Poromiel, igual que nosotros hemos expandido nuestras protecciones hasta su capacidad máxima. Tal vez podríamos mantener a salvo al menos a algunos de nuestros vecinos…

—Que no sirve para nada. Lo que necesitamos es la puñetera luminaria que intensifica el fuego de dragón lo suficiente como para derretir la aleación y forjar las únicas armas capaces de derrotar a los venin. Es nuestra única opción.

—Pero ¿y si la piedra protectora sí sirviera de algo? —El corazón se me acelera. Siempre nos habían contado que solo existía una piedra protectora, cuyos límites se extendían lo máximo posible. Pero si existe otra…—. Solo porque ahora nadie sepa cómo crear nuevas protecciones no significa que ese conocimiento no exista en algún lugar. Como en los Archivos. Es el tipo de información que no habríamos borrado. La habríamos protegido a toda costa, por si las moscas.

—Violet, ¿en qué estás pensando? Ni se te ocurra. —Se frota la barbilla con el pulgar, algo que siempre ha delatado su nerviosismo. Es increíble lo que estoy recordando sobre él—. Los Archivos son territorio enemigo. Esta guerra solo puede ganarse con la fuerza de las armas.

—El problema es que no tenéis ni una forja operativa ni suficientes jinetes como para defenderos si Navarre se entera de lo que estás tramando. —El pánico me repta por la columna como una araña—. ¿Y crees que podéis ganar esta guerra con un puñado de dagas?

—Lo dices como si estuviéramos condenados, y no es cierto.

Se le contrae un músculo de la mandíbula.

—La primera rebelión separatista no aguantó ni un año, y hasta hace unos pocos días pensaba que también te había costado la vida a ti. —No lo entiende. ¿Cómo va a entenderlo? Él no tuvo que enterrar a su familia—. Ya vi tus cosas arder una vez.

—Vi… —Vacila unos instantes, antes de rodearme con los brazos y darme un abrazo, meciéndome ligeramente como si volviera a ser una niña—. Hemos aprendido de los errores de Fen. No atacaremos Navarre como él ni declararemos la independencia. Estamos combatiendo en sus mismísimas narices, y tenemos un plan. Hubo algo que exterminó a los venin hace seiscientos años, durante la Gran Guerra, y estamos buscando sin cesar esa arma. Forjar las dagas nos permitirá alargar lo bastante la lucha como para encontrarlo, siempre que consigamos la luminaria. Puede que ahora no estemos preparados, pero lo estaremos cuando Navarre nos descubra.

Su tono no es precisamente convincente. Doy un paso atrás.

—¿Con qué ejército? ¿Cuántos efectivos sois en vuestra revolución? ¿Cuántos morirán esta vez?

—Lo mejor es que no conozcas los detalles… —Se tensa y vuelve a darme un abrazo—. Ya te he puesto en peligro por contarte demasiado. Al menos hasta que seas capaz de bloquear a Aetos.

Siento una opresión en el pecho y me zafo de su abrazo.

—Hablas como Xaden.

No puedo evitar la acritud que se filtra en mi voz. Por lo visto, al enamorarte de alguien solo sientes esa euforia absoluta de la que hablan los poetas si ese amor es correspondido. Pero ¿qué ocurre si se guardan secretos que ponen en riesgo todo y a todas las personas que te importan? El amor ni siquiera tiene la decencia de morir; se limita a transformarse en una profunda amargura. Ese es el dolor que siento en el pecho: amargura.

Porque el amor, en esencia, es esperanza. La esperanza de un mañana. La esperanza por lo que podría llegar a ser. La esperanza de que alguien a quien se lo has confiado todo lo valore y proteja. El problema es que la esperanza es más difícil de matar que un puto dragón.

Siento un sutil cosquilleo bajo la piel y las mejillas se me encienden al tiempo que el poder de Tairn se acrecienta como respuesta a mis intensas emociones. Al menos sé que sigo teniendo acceso a él. El veneno venin no me lo ha arrebatado por completo. Sigo siendo yo.

—Vaya. —Brennan me lanza una mirada que no acabo de interpretar—. Ahora entiendo por qué se ha ido corriendo como alma que lleva el diablo. ¿Tenéis problemas?

Fulmino a Brennan con la mirada.

—Lo mejor es que no lo sepas.

Él se ríe.

—Oye, se lo pregunto a mi hermana, no a la cadete Sorrengail.

—Y tú hace cinco minutos que has reaparecido en mi vida después de haberte pasado seis años fingiendo estar muerto, así que perdóname si de golpe no soy capaz de compartir contigo mi vida amorosa. ¿Y qué me cuentas tú? ¿Estás casado? ¿Hijos? ¿Alguien a quien lleves engañando desde el principio de la relación?

Brennan tuerce el gesto.

—No tengo pareja. Ni hijos. Lo he pillado. —Se mete las manos en los bolsillos de la ropa de vuelo y suspira—. Mira, no quiero ser un capullo, pero no deberías conocer los detalles hasta que hayas conseguido tener siempre los escudos preparados contra los lectores de recuerdos…

Me estremezco al pensar en Dain tocándome y viendo esto, viendo a Brennan.

—Tienes razón. No me lo cuentes.

Brennan frunce el ceño.

—Pensaba que costaría más convencerte.

Niego con la cabeza y echo a andar hacia la puerta, hablando por encima del hombro:

—Tengo que irme antes de que alguien más muera por mi culpa.

Cuanto más lo pienso, más comprendo que solo soy un lastre para él, para todo esto. Y cuanto más tiempo pasemos aquí… Joder. Los demás.

—*Debemos regresar* —le digo a Tairn.

—*Ya lo sé.*

Brennan tensa la mandíbula al ponerse a mi altura.

—No tengo claro si volver a Basgiath es lo que más te conviene —dice, pero me abre la puerta de todas formas.

—No, pero es lo que más te conviene a ti.

Estoy que me comen los nervios cuando Brennan y su Naranja Cola de Daga, Marbh, junto con Tairn y conmigo llegamos al lugar donde espera Sgaeyl, la gigantesca Azul Cola de Daga de Xaden, bajo la sombra de unos árboles aún más altos, como si protegiera algo. A Andarna. Sgaeyl le gruñe a Brennan, dejando al descubierto sus colmillos y dando un paso amenazante en su dirección, con la pata totalmente extendida en una serie de afiladas garras.

—¡Oye, que es mi hermano! —exclamo interponiéndome entre los dos.

—Ya lo sabe —masculla Brennan—. Pero nunca le he caído bien.

—No te lo tomes como algo personal —digo mirando a la dragona a la cara—. Solo aprecia a Xaden, y a mí como mucho me tolera, pero le estoy cogiendo cariño.

—*El mismo cariño que le coges a un bulto que te sale en el cuerpo* —responde ella a través del vínculo mental que nos conecta a los cuatro.

Luego gira la cabeza, y lo presiento. El vínculo difuso y reluciente que habita los límites de mi mente se refuerza y tira de mí con delicadeza.

—De hecho, Xaden viene de camino —le digo a Brennan.

—Qué mal rollo, coño. —Se cruza de brazos y mira a nuestras espaldas —. ¿Podéis sentiros mutuamente?

—Algo así. Es por el vínculo entre Sgaeyl y Tairn. Te diría que te acabas acostumbrando, pero sería mentira.

Me adentro en la arboleda y Sgaeyl me hace el favor de no tener que pedirle que se mueva dando dos pasos hacia la derecha, hasta que me coloco

entre ella y Tairn, justo enfrente de…

¿Qué cojones…?

No puede ser. No. Es imposible.

—*Mantén la calma. Reaccionará a tus nervios y se despertará de mal humor* —me advierte Tairn.

Contemplo a la dragona dormida, que casi ha doblado su tamaño en unos pocos días, y trato de procesar lo que estoy viendo, lo que mi corazón ya sabe gracias al vínculo que nos une.

—Esto…

Niego con la cabeza y el pulso se me acelera.

—No me esperaba algo así —musita Brennan—. Riorson se ha callado algunos detalles cuando me ha informado esta mañana. Jamás había visto un crecimiento tan acelerado en un dragón.

—Tiene las escamas negras.

Pues no, decirlo en voz alta no ayuda a que parezca más real.

—*Solo las crías de dragón tienen plumas doradas* —responde Tairn con una paciencia poco propia en él.

—Crecimiento acelerado… —murmuro repitiendo las palabras de Brennan, y entonces dejo escapar un grito ahogado—. Por el uso de energía. La hemos obligado a crecer. En Resson. Detuvo el tiempo durante demasiado rato. La hemos… La he obligado a crecer.

No me veo capaz de dejar de repetirlo.

—*Habría ocurrido de todas formas tarde o temprano, Plateada, si bien a un ritmo más lento.*

—¿Es ya adulta?

No puedo quitarle los ojos de encima.

—*No. Ahora es lo que vosotros conocéis como adolescente. Debemos llevarla de vuelta al valle para que se sumerja en el Sueño sin Sueños y culmine su proceso de crecimiento. Antes de que despierte, debo advertirte de que esta es una edad famosa por sus… dificultades.*

—¿Para ella? ¿Corre peligro?

Desvío la mirada hacia Tairn durante el breve instante que dura un pavoroso latido.

—*No para ella, sino para todos los que la rodean. No es casual que los adolescentes no formen vínculos. No tienen paciencia para los humanos, ni tampoco para los ancianos. Ni lógica alguna* —gruñe.

—O sea, igual que los humanos.

Una adolescente. De lujo.

—*Solo que con dientes y, con el tiempo, fuego.*

Sus escamas son de un negro tan intenso que emiten un brillo casi púrpura, iridiscente, de hecho, al reflejar los rayos de sol intermitentes que se cuelan a través de las copas de los árboles. El color de las escamas de un dragón es hereditario…

—Un momento. ¿Es tuya? —le pregunto a Tairn—. Juro por los dioses que, como me lo hayas ocultado, te…

—*El año pasado ya te comuniqué que no era de nuestra progenie* —responde Tairn levantando la cabeza en un gesto de aparente ofensa—. *Los dragones negros son escasos, pero existen*.

—¿Y da la casualidad de que yo me he vinculado con dos de ellos? —replico atravesándolo con la mirada.

—*Técnicamente, era dorada cuando os vinculasteis. Ella ni siquiera sabía de qué color serían sus escamas cuando madurara. Solo los más ancianos de nuestras guaridas pueden presentir el pigmento de una cría. De hecho, según Codagh, el año pasado rompieron el cascarón dos dragones negros más.*

—No me estás ayudando.

Dejo que la respiración calmada de Andarna me confirme que en el fondo está bien. Enorme, pero… bien. Aún veo sus rasgos: el hocico más redondeado de lo normal, esa marca en espiral tallada en sus cuernos retorcidos, e incluso la costumbre que tiene de esconder las alas mientras duerme. Es… ella, aunque más grande.

—Como tenga la cola de maza…

—*Las colas son una cuestión de elección y de necesidad*. —Tairn resopla indignado—. *¿Es que no os enseñan nada?*

—No sois precisamente una especie transparente.

Estoy convencida de que el profesor Kaori salivaría si se enterara de algo así.

El vínculo difuso que me envuelve la mente se refuerza.

—¿Se ha despertado ya?

El timbre grave de la voz de Xaden me acelera el pulso, para variar. Me vuelvo y lo veo de pie junto a Brennan, con Imogen, Garrick y Bodhi, flanqueado por el resto entre la hierba alta. Me fijo en los cadetes que no conozco. Dos hombres y una mujer. Es extraño, y me quedo corta, que combatiera con ellos y que, sin embargo, solo los haya visto de pasada en los corredores. Ni siquiera sabría ponerles nombre sin sentirme idiota. También debo decir que Basgiath no está pensado para fomentar las amistades fuera de nuestros escuadrones. Ni las relaciones, para el caso.

«Pasaré todos los días de mi vida recuperando tu confianza». El recuerdo de las palabras de Xaden ocupa el espacio que nos separa mientras nos miramos fijamente.

—Tenemos que volver. —Me cruzo de brazos, lista para discutir—. Diga lo que diga la Asamblea, si no nos presentamos allí, matarán a todo cadete con una reliquia de la Rebelión.

Xaden asiente, como si ya hubiera llegado a la misma conclusión.

—Violet, no se tragarán ni una sola de las mentiras que les cuentes, y te ejecutarán —responde Brennan—. Según nuestros servicios de inteligencia, la general Sorrengail ya sabe que has desaparecido.

Mi madre no estaba en la tarima cuando se entregaron las órdenes de los Juegos de Guerra. Su ayudante, el coronel Aetos, era quien estaba a cargo de los Juegos este año.

«No lo sabía».

—Nuestra madre no permitirá que me maten.

—Repite eso —dice Brennan con voz queda, antes de ladear la cabeza y mirarme con un gesto que me recuerda tanto a mi padre que parpadeo dos veces—. Y esta vez intenta convencerte de que de verdad lo crees. Las lealtades de la general son tan cristalinas que bien podría hacerse un puto tatuaje en la frente que rezara «sí, los venin existen, y ahora vuelve a clase».

—Eso no significa que esté dispuesta a matarme. Puedo conseguir que se crea nuestra historia. Si soy yo la que se lo explica, pondrá todo de su parte.

—¿En serio no la crees capaz de matarte? ¡Te arrojó al Cuadrante de Jinetes!

Ahí tiene razón.

—Sí, es verdad, y ¿sabes qué? He llegado a ser jinete. Puede que sea muchas cosas, pero no permitiré que el coronel Aetos o incluso Markham me maten sin pruebas. No la viste cuando no volviste a casa, Brennan. Estaba… destrozada.

Aprieta los puños con fuerza.

—Sé las atrocidades que cometió en mi nombre.

—No estaba allí —apunta uno de los chicos que no conozco, levantando las manos cuando el resto se vuelve hacia él con gestos amenazantes.

Es un chaval más bajo que los otros, con un parche del Tercer Pelotón, Sección Llama, en el hombro, pelo castaño claro y una cara sonrosada y redonda que me recuerda a los querubines que suelen tallar a los pies de las estatus de Amari.

—¿En serio, Ciaran? —La morena de segundo año se lleva una mano a la frente, protegiendo su piel blanca del sol y dejando al descubierto un parche del Primer Pelotón, Sección Llama, en el hombro, antes de arquear una ceja perforada—. ¿Estás defendiendo a la general Sorrengail?

—No, Eya, no estoy defendiendo a nadie. Pero no estaba presente cuando se dieron las órdenes… —Se interrumpe a media frase en cuanto la morena frunce el ceño como advertencia—. Y este año era el coronel Aetos quien estaba a cargo de los Juegos de Guerra —añade.

Ciaran y Eya. Echo un vistazo al chico delgado que hay junto al armario, que es Garrick. En ese momento se sube las gafas por una nariz puntiaguda con una mano de un tono marrón oscuro.

—Lo siento mucho, pero ¿podrías decirme cómo te llamas?

No me parece de recibo no conocerlos a todos.

—Masen —responde con una sonrisa breve—. Y por si sirve de consuelo —mira a Brennan—, yo tampoco creo que tu madre tuviera nada que ver con los Juegos de Guerra de este año. Aetos se pavoneaba con que su padre había organizado todo el tinglado.

La madre que te parió, Dain.

—Gracias. —Me vuelvo hacia Brennan—. Apostaría mi vida a que ella no sabía lo que nos esperaba.

—¿También estás dispuesta a apostar las nuestras? —pregunta Eya, claramente reticente, mirando a Imogen en busca de un apoyo que no llega.

—Yo voto por que nos marchemos —interviene Garrick—. Merece la pena arriesgarse. Si no regresamos, matarán a los demás, y no podemos cortar el suministro de armas de Basgiath. ¿Quién está conmigo?

Una a una, todas las manos se levantan, salvo las de Xaden y Brennan. Xaden tensa la mandíbula y dos arrugas sutiles se le dibujan entre las cejas. Conozco esa expresión; está pensando, maquinando.

—En cuanto Aetos le ponga la mano encima, perdemos Aretia, y vosotros, vuestras vidas —le dice Brennan.

—La entrenaré para que lo bloquee —responde Xaden—. Ya cuenta con los escudos más potentes de su promoción por haber aprendido a bloquear a Tairn. Solo tiene que aprender a tenerlos siempre activos.

No se lo discuto. Tiene un enlace directo con mi cabeza a través del vínculo, lo cual lo convierte en la opción más lógica para practicar los bloqueos.

—¿Y qué haréis hasta que pueda bloquear a un lector de recuerdos? ¿Cómo piensas mantenerlo alejado de ella si ni siquiera estarás allí? —insiste

Brennan.

—Atacándolo donde más le duele: su orgullo. —La boca de Xaden se curva en una sonrisa implacable—. Si todo el mundo está de acuerdo con marcharse, alzaremos el vuelo en cuanto Andarna se despierte.

—Estamos de acuerdo —contesta Garrick por nosotros, y yo trago saliva para intentar deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

Es la decisión correcta, pero también podríamos acabar todos muertos.

Oigo un ruido a mi espalda y, al volverme, veo a Andarna levantarse; me mira con sus ojillos dorados mientras parpadea despacio e intenta apoyarse en sus flamantes garras. El alivio y la alegría que me dibujan una sonrisa en el rostro duran poco, hasta que veo que tiene dificultades para mantenerse en pie.

Ay, dioses… Me recuerda a un potro recién nacido. Las alas y las patas no parecen estar en proporción con el cuerpo, y todo se tambalea cuando se esfuerza por mantenerse erguida. Es imposible que sea capaz de volar. Ni siquiera tengo claro si será capaz de caminar por el campo.

—Hola —digo sonriéndole.

—Ya no puedo detener el tiempo.

Me observa con detenimiento, juzgándome con sus ojos dorados de una forma que me recuerda a la Presentación.

—Ya lo sé.

Asiento y estudio las rayas cobrizas de sus ojos. ¿Ya las tenía antes?

—¿No te he decepcionado?

—Estás viva. Y nosotros estamos vivos gracias a ti. ¿Cómo voy a estar decepcionada? —Siento una opresión en el pecho mientras la miro fijamente a unos ojos que no parpadean, escogiendo mis siguientes palabras con cautela —. Siempre supimos que tu don duraría hasta que dejaras de ser una cría, y tú, querida, ya no lo eres. —Un gruñido le recorre el pecho, y yo enarco las cejas—. ¿Estás… bien?

¿Qué cojones he dicho para merecerme eso?

—*Adolescentes* —masculla Tairn.

—*Estoy bien* —me espeta ella mirando a Tairn con los ojos entornados—. *Nos marchamos ya*.

Extiende las alas, pero solo una se abre por completo, y se tambalea por el desequilibrio de peso, precipitándose hacia delante. Las sombras de Xaden emergen de entre los árboles y se abrazan al pecho de Andarna para evitar que se dé de bruces contra el suelo.

Vaya. Menuda mierda.

—Esto…, creo que voy a tener que hacerle algunas modificaciones a ese arnés —dice Bodhi al ver que Andarna apenas puede mantener el equilibrio —. Me llevará unas horas.

—¿*Puedes llevarla volando de vuelta al valle*? —le pregunto a Tairn—. *Está… enorme*.

—*He matado a jinetes inferiores por ese tipo de insultos.*

—*Qué dramático eres.*

—*Puedo volar por mí misma* —replica Andarna, recuperando el equilibrio con la ayuda de las sombras de Xaden.

—*Es por prevención* —le prometo, pero ella me mira con un escepticismo merecido.

—Date prisa con ese arnés —dice Xaden—. Tengo un plan, pero hemos de estar de vuelta en cuarenta y ocho horas para que funcione, y de esas cuarenta y ocho horas vamos a tener que dedicar un día entero solo al vuelo.

—¿Qué ocurre en cuarenta y ocho horas? —pregunto.

—La graduación.

3



No hay momento tan gratificante, tan emocionante ni tan… anticlimático como la graduación del Cuadrante de Jinetes. Es la única vez que he envidiado al Cuadrante de Infantería. Esos cadetes sí saben cómo organizar una ceremonia.

—*Guía para el Cuadrante de Jinetes,*
por el comandante Afendra (edición no autorizada)

El campo de vuelo en Basgiath sigue a oscuras y parece desierto cuando nos aproximamos una hora antes de que amanezca, volando cerca de las montañas mientras la bandada hace todo lo posible por ocultarse.

—*Esto no significa que no vayan a vernos cuando aterricemos* —me recuerda Tairn, cuyas alas baten a un ritmo constante a pesar de llevar volando prácticamente dieciocho horas sin parar desde Aretia.

El margen de tiempo que tenemos para llevar a Andarna hasta el valle sin que la detecten es mínimo, y si no lo conseguimos, pondremos a todas las crías en peligro.

—*Sigo sin entender cómo es que el Empíreo accede a que los dragones se vinculen con jinetes humanos, a sabiendas de que deben proteger a sus crías no solo de los pilotos de grifo, sino también de los mismos humanos en los que se supone que deben confiar.*

—*Es un equilibrio precario* —responde Tairn ladeándose hacia la izquierda para seguir la orografía—. *Los Primeros Seis, los primeros jinetes,*

estaban desesperados por salvar a su pueblo cuando acudieron a las guaridas hace más de seiscientos años. Aquellos dragones formaron el primer Empíreo y se vincularon con los humanos solo para proteger sus terrenos de cría de los venin, que suponían la mayor amenaza. No es que dispongamos precisamente de pulgares opuestos para tejer protecciones o runas. Ninguna de las dos especies ha sido del todo honesta, y ambas nos hemos aprovechado de la otra por interés propio, y nada más.

—*A mí jamás se me ocurriría ocultarte nada.*

Tairn hace eso tan extraño con el cuello que parece que no tenga huesos, agitando la cabeza a un lado para mirarme con los ojos entornados durante un instante, antes de volver a concentrarse en el terreno.

—*No puedo hacer nada para remediar los últimos nueve meses, salvo responder ahora a las preguntas que valgan la pena.*

—*Ya lo sé* —contesto con voz queda.

Desearía que sus palabras bastaran para eliminar el regusto amargo de la traición que no soy capaz de quitarme de la boca. Soy consciente de que voy a tener que pasar página. Tairn está vinculado por su unión de pareja a Sgaeyl, así que al menos tenía un motivo para hacer lo que hizo, y tampoco puedo culpar a Andarna por ser una cría que seguía sus órdenes. No obstante, Xaden es harina de otro costal.

—*Nos acercamos. Prepárate.*

—*A lo mejor tendríamos que haber trabajado a principios de año lo de desmontar dando una voltereta* —bromeo, agarrándome con fuerza al pomo de mi silla mientras Tairn se ladea y yo apoyo mi peso hacia la derecha. El cuerpo se me quejará después de tantas horas en la silla, pero no cambiaría por nada en el mundo la sensación del aire veraniego contra el rostro.

—*Ese tipo de maniobra te desmembraría del impacto* —replica.

—*Eso no lo sabes* —le suelta Andarna con lo que parece ser su nueva postura general en las conversaciones: llevarle la contraria a Tairn.

Un gruñido se extiende por el pecho de Tairn, que hace temblar la silla que tengo debajo y el arnés que sostiene a Andarna contra su vientre.

—*Yo que tú me andaría con cuidado* —le digo conteniendo una sonrisa —. *Puede que se canse de ti y te suelte*.

—*Su orgullo no se lo permitiría.*

—*Dijo la dragona que se ha pasado veinte minutos negándose a ponerse el arnés* —contraataca Tairn.

—*Venga, chicos, no discutáis.*

Tenso los músculos y la correa se me hunde en los muslos cuando Tairn desciende en picado, recortando el monte Basgiath, hasta que volvemos a tener a la vista el campo de vuelo.

—*Sigue desierto* —apunta Tairn.

—Sabes que los desmontes con voltereta son una maniobra de segundo año, ¿verdad?

Y no necesariamente una que quiera dominar, pero eso no afecta a los requisitos.

—*Una en la que no participarás* —rezonga Tairn.

—*Pues si tú te niegas, quizá la ayudo yo* —interviene Andarna, terminando la última palabra con un bostezo tamaño dragón.

—Tal vez deberías practicar tus propios aterrizajes antes de llevar a nuestra vinculada en un vuelo directo hasta Malek, ¿no te parece?

Me espera un año muy largo por delante.

El estómago se me desploma cuando Tairn desciende hacia el cañón conocido como el campo de vuelo.

—Dejaré a Andarna en el valle y luego regresaré y volaré en círculos.

—Debes descansar.

—*No habrá descanso alguno si deciden ejecutaros a los ocho en la tribuna*. —La nota de preocupación en su voz me deja sin habla—. *Avísame si tienes la menor sospecha de que la situación no va como esperáis*.

—*No sufras* —contesto—. *Hazme un favor y dile a Sgaeyl que necesito hablar con Xaden antes de entrar*.

—Agárrate fuerte.

El suelo se apresura a recibirnos, y echo mano de la correa que me cruza los muslos y toqueteo la hebilla con los dedos mientras Tairn hincha las alas para ralentizar rápidamente nuestro descenso. El impulso me arroja hacia delante cuando toma tierra, y me obligo a volver a plantar el culo en la silla antes de soltar el cinturón.

—*Sácala de aquí* —le ordeno a la vez que me esfuerzo por llegar a su hombro, ignorando todos los músculos que se atreven a dolerme.

—*No te arriesgues más de lo necesario* —me dice mientras me deslizo por su pata delantera a la inclinación pronunciada que lo obliga a adoptar la posición de Andarna.

Caigo con fuerza al suelo y me tambaleo hacia delante, antes de recuperar el equilibrio.

—*Yo también os quiero* —susurro, y me vuelvo el tiempo suficiente para darle unas palmaditas en la pierna a él y a Andarna antes de echar a correr

como una posesa para quitarme de en medio.

Tairn gira la cabeza a la derecha, donde Sgaeyl aterriza con una eficiencia pasmosa, y su jinete desmonta de la misma forma.

—Se acerca el líder de ala.

Si sobrevivimos, apenas será el líder de mi ala durante unas pocas horas más. Xaden le ofrece a Tairn un espacio amplio para que alce el vuelo mientras camina hacia mí. Sgaeyl es la siguiente en despegar, seguida por el resto del grupo. Supongo que eso significa que ahora estamos solos.

Me subo las gafas hasta la coronilla y me desabrocho la chaqueta. El mes de julio en Basgiath es sofocante, incluso tan temprano.

—¿De verdad le has dicho a Tairn que le comunicara a Sgaeyl que querías hablar conmigo? —me pregunta Xaden cuando los primeros rayos de sol tiñen las cimas de las montañas de púrpura.

—Pues sí.

Recorro las vainas con las manos, asegurándome de que no he perdido las dagas durante el vuelo, y salimos del campo de vuelo ligeramente adelantados al resto, de camino hacia la escalera que nos hará rodear el Guantelete y nos conducirá de vuelta al cuadrante.

—¿Te acuerdas de que puedes…?

Se da unos golpecitos en la sien caminando hacia atrás delante de mí. Aprieto los puños para no apartarle un mechón de pelo negro que el viento le ha dejado caído sobre la frente. Hace unos días lo habría tocado sin reservas. Joder, incluso habría hundido los dedos en su pelo y le habría dado un beso.

Pero hace unos días las cosas eran distintas.

—Comunicarme contigo así me parece demasiado…

Hostia, ¿por qué me cuesta tanto? Es como si todo lo que he sacrificado a lo largo del último año por Xaden hubiera desaparecido, como si volviéramos a estar en la línea de salida de una carrera de obstáculos en la que no tengo claro que él y yo hayamos decidido participar.

Me encojo de hombros.

—Íntimo —termino.

—¿Y no somos íntimos? —Arquea las cejas—. Porque se me ocurre más de una ocasión en la que te he tenido agarrada a mi…

Me precipito hacia él y le tapo la boca con la mano.

—No sigas.

Ignorar la química explosiva que hay entre nosotros ya es lo bastante complicado como para que me recuerde lo que siento cuando estamos juntos. Físicamente, nuestra relación, o lo que sea que tengamos, es perfecta. Más

que perfecta. Es ardiente a más no poder y en extremo adictiva. El cuerpo entero se me calienta cuando me besa el punto erógeno de la palma de la mano. La dejo caer.

—Nos dirigimos a lo que probablemente será un juicio, si no una ejecución, y tú estás con tus bromitas.

—Créeme: no estoy de broma. —Da media vuelta cuando alcanzamos la escalera y empieza a bajarla primero, mirándome por encima del hombro—. Me sorprende que no me estés dando la espalda, pero nada de bromas.

—Estoy cabreada contigo por haberme ocultado información, pero ignorándote no soluciono nada.

—Ahí tienes razón. ¿De qué querías hablar?

—Tengo preguntas a las que llevo dándoles vueltas desde Aretia.

—¿Y por qué te has esperado hasta ahora? —Llega al pie de la escalera y me lanza una mirada de incredulidad—. La comunicación no es tu fuerte, ¿eh? No te preocupes. Ya la trabajaremos junto con los escudos.

—Me resulta… irónico viniendo de ti. —Echamos a andar hacia el cuadrante al tiempo que el sol se alza a un ritmo constante a nuestra derecha, y la luz se refleja en las dos espadas que Xaden lleva colgadas de la espalda —. ¿El movimiento tiene algún escriba que considere amigo?

—No. —La ciudadela se alza imponente ante nosotros y sus torres asoman por el risco que atraviesa el túnel—. Sé que creciste con ellos y confías en…

—No digas nada más. —Niego con la cabeza—. Al menos hasta que pueda protegerme de Dain.

—Lo cierto es que he valorado la posibilidad de mandar al cuerno el plan y limitarme a arrojarlo desde el parapeto.

Lo dice en serio, y no lo culpo. Nunca se ha fiado de Dain y, después de lo que ocurrió durante los Juegos de Guerra, estoy segura al noventa y nueve por ciento de que yo tampoco puedo fiarme de él. Es ese uno por ciento el que me grita constantemente que antes era mi mejor amigo, ese es el problema. El uno por ciento que me hace cuestionarme si Dain estaría al tanto de lo que nos esperaba en Athebyne.

—Hombre, útil es, pero no sé si conseguiremos ese efecto de «confiad en nosotros» que buscamos.

—¿Y tú confías en mí?

—¿Quieres la respuesta sencilla?

—Dado el poco tiempo que nos queda a solas, sí, es preferible.

Se detiene ante las altas puertas que conducen al túnel.

—Con mi vida. Al fin y al cabo, también es la tuya.

El resto depende de si se abre a mí o no, pero ahora dudo que sea el momento de analizar el estado actual de nuestra relación. Juraría que he percibido un destello de decepción en sus ojos antes de que asienta, y luego se vuelve para mirar a los otros seis, que se apresuran a alcanzarnos.

—Me aseguraré de que Aetos no te ponga las manos encima, pero quizá tengas que seguirme el juego.

—Primero dame la oportunidad de enfrentarme a ello por mi cuenta. Luego puedes hacer lo que sea que creas que vaya a funcionar.

Las campanas de Basgiath nos interrumpen anunciando la hora. Tenemos quince minutos antes de que convoquen a la formación para su graduación. Xaden cuadra los hombros cuando los demás llegan a nuestra altura y el semblante le muda para dejar paso a una máscara indescifrable.

—¿Todo el mundo tiene claro lo que está a punto de ocurrir?

Este no es el hombre que suplicó mi perdón por haberse guardado secretos, y ni mucho menos es el que me prometió en Aretia que volvería a ganarse mi confianza. No, este Xaden es el líder de ala que masacró a todos los atacantes de mi habitación sin despeinarse y sin que eso le quitara el sueño.

—Estamos listos —responde Garrick torciendo el cuello como si necesitara calentar antes de un combate.

—Listo —afirma Masen ajustándose las gafas en la nariz.

Uno a uno, todos confirman que están preparados.

—Vamos allá —concluyo levantando la barbilla.

Xaden me dirige una mirada larga y dura, y luego asiente. El estómago se me revuelve cuando entramos en el túnel y las luces mágicas titilan a medida que pasamos por delante. La otra puerta ya está abierta en el momento en que lo cruzamos, y no me quejo cuando Xaden se pega a mí. Es muy probable que nos arresten en cuanto pisemos el cuadrante o, peor, que nos maten, en función de lo que sepan.

Siento una descarga de poder en mi interior que me vibra debajo de la piel y que no llega a arder, pero está lista si la necesito, aunque nadie sale a nuestro encuentro cuando cruzamos el patio lleno de piedras. Tenemos apenas unos minutos antes de que el lugar se llene de jinetes y cadetes.

Los primeros jinetes que aparecen salen del dormitorio en dirección al patio con andares arrogantes y parches del Ala Dos en sus uniformes.

—Hombre, mira quién se digna por fin a aparecer. Seguro que pensabais que teníais los Juegos asegurados, ¿eh, Ala Cuatro? —nos espeta un jinete

con el pelo teñido de un verde bosque—. ¡Más quisierais! ¡El Ala Dos arrasó con todo cuando no os presentasteis!

Xaden ni siquiera se molesta en mirar en su dirección cuando pasamos por delante, pero Garrick, a quien tengo a mi otro lado, le hace una peineta.

—Entiendo que esto significa que nadie sabe lo que ocurrió en realidad —susurra Imogen.

—Pues entonces sí existe la posibilidad de que el plan funcione —responde Eya, y los rayos de sol se le reflejan en la perforación de la ceja.

—Coño, claro que no lo sabe nadie —masculla Xaden—. No valemos tanto como para que se arriesguen a descubrirse.

Xaden dirige la vista hacia la parte superior de la academia y yo le sigo la mirada con el corazón en un puño al distinguir el fuego que arde en el espacio de la torre más alejada. Sin duda espera ofrendas a Malek, pertenencias de los cadetes que no sobrevivieron a los Juegos de Guerra.

En la entrada de los dormitorios todos intercambiamos miradas y nos separamos sin mediar palabra según lo acordado. Xaden me sigue pasillo abajo hasta el pequeño vestíbulo que he considerado mi hogar durante los últimos nueve meses, pero no es mi habitación la que me interesa. Miro a izquierda y derecha para comprobar que no nos ve nadie mientras Xaden abre la puerta de Liam. Me hace un gesto con la mano, paso por debajo de su brazo y la luz mágica de la estancia se enciende sobre mi cabeza.

El corazón amenaza con partírseme en mil pedazos de puro dolor cuando Xaden cierra la puerta a nuestras espaldas. Liam dormía en esa cama hace apenas unas noches. Estudiaba en ese escritorio. Trabajaba sus figuritas en la mesilla de noche.

—Date prisa —me recuerda Xaden.

—Me doy prisa —le prometo, yendo directa hacia el escritorio. No hay nada más que libros y una selección de plumas. Compruebo en el armario, la cómoda y el arcón a los pies de la cama, pero acabo con las manos vacías.

—Violet —me advierte Xaden en voz baja, haciendo guardia en la puerta.

—Ya lo sé —respondo por encima del hombro.

En cuanto Tairn y Sgaeyl hayan puesto un pie en el valle, todos los dragones sabrán que hemos regresado, lo que significa que ahora mismo todos los miembros de la cúpula del cuadrante saben que estamos aquí.

Levanto la esquina del pesado colchón y dejo escapar un suspiro de alivio al sacar el fajo de cartas atado con un cordel antes de dejarlo todo tal y como estaba.

—Las tengo.

No pienso llorar, no cuando todavía debo ocultarlas en mi habitación. Pero ¿qué pasará si mis pertenencias son lo siguiente que deciden quemar?

—Vámonos.

Xaden abre la puerta y yo salgo al pasillo al mismo tiempo que Rhiannon, mi mejor amiga del cuadrante, sale de su habitación con Ridoc, otro de nuestros compañeros de pelotón.

Mierda.

—¡Vi! —exclama Rhi boquiabierta, antes de abalanzarse sobre mí y darme un abrazo—. ¡Estás aquí!

Me aprieta con firmeza e intento relajarme entre sus brazos durante un brevísimo instante. Es como si hiciera una eternidad que no nos vemos, y no solo seis días.

—Estoy aquí —la tranquilizo agarrando las cartas con la sangradura de un brazo y rodeando a Rhiannon con el otro.

Me aprieta los hombros y luego me empuja para estudiarme la cara de una forma que me hace sentir como una absoluta mierda por la mentira que voy a tener que contarle.

—Con lo que iba diciendo la gente, pensaba que estarías muerta. —Mira por encima de mi cabeza—. Los dos, vaya.

—También corría el rumor de que te habías perdido —añade Ridoc—. Pero teniendo en cuenta con quién estabas, todos nos inclinamos más por la teoría de la muerte. Me alegro de que nos equivocáramos.

—Os prometo que luego os lo cuento todo, pero ahora necesito que me hagáis un favor —susurro antes de que se me cierre la garganta.

—Violet.

Xaden baja el tono.

—Podemos fiarnos de ella —le prometo mirándolo de reojo—. Y de Ridoc también.

Xaden no parece precisamente complacido. Supongo que al fin estamos en casa.

—¿Qué necesitas? —pregunta Rhi con un gesto de preocupación.

Doy un paso atrás y le dejo las cartas en la mano. Su familia tampoco obedece siempre la costumbre de quemarlo todo. Lo comprenderá.

—Necesito que me las guardes. Escóndelas. No permitas que nadie… las queme —digo con la voz rota.

Ella agacha la mirada hacia las cartas y pone los ojos como platos antes de dejar caer los hombros y arrugar el rostro.

—¿Qué son esas…? —empieza Ridoc, mirando por encima del hombro de Rhiannon, antes de interrumpirse—. Joder.

—No —musita Rhiannon, pero sé que no me está negando el favor—. Liam no. No.

Levanta despacio la mirada hasta encontrarse con la mía. Los ojos me escuecen, pero consigo asentir, y me aclaro la garganta.

—Prométeme que no permitirás que se las lleven cuando vengan a por sus cosas si yo no…

No soy capaz de terminar la frase, pero Rhiannon asiente.

—No estás herida, ¿no?

Vuelve a estudiarme y observa estupefacta la costura del agujero que me dejó la hoja del venin y que me repararon en Aretia. Niego con la cabeza, y no miento. En el fondo, no estoy herida. Mi cuerpo está perfectamente sano ahora mismo.

—Tenemos que irnos —insiste Xaden.

—Os veo en la graduación.

Les ofrezco una media sonrisa, pero doy un paso hacia Xaden. Cuanto más me distancie de mis amigos, más a salvo estarán en un futuro cercano.

—¿Cómo lo haces? —le susurro a Xaden al doblar la esquina hacia el pasillo principal abarrotado de los dormitorios de primer año.

—¿El qué?

Los brazos le cuelgan a los lados mientras escudriña sin cesar a las personas que nos rodean y me posa una mano en las lumbares como si le preocupara que pudiéramos separarnos. Es hora punta y por cada persona demasiado ocupada como para percatarse de nuestra presencia, hay otra que nos mira dos veces cuando nos cruzamos. Todos los marcados con los que nos topamos le dirigen a Xaden un ligerísimo gesto de cabeza para indicarle que a los demás ya los han informado.

—Mentir a la gente a la que quieres.

Nuestras miradas se encuentran. Pasamos por delante de uno de los bustos de los Primeros Seis y seguimos el flujo del gentío hasta más allá de la ancha escalera de caracol que conecta con los dormitorios de años superiores.

Xaden aprieta la mandíbula.

—Vi…

Levanto la mano y lo interrumpo.

—No es una crítica. Necesito saber cómo se hace.

Nos apartamos de la aglomeración de cadetes que salen por la puerta del patio y Xaden echa a andar a grandes zancadas hacia la rotonda, abre de golpe

la puerta y me invita a entrar. Esquivo la mano que me coloca en la espalda.

Zihnal debe de estar sonriéndonos, porque la sala apenas dura vacía el segundo que Xaden tarda en arrastrarme hasta la parte trasera del primer pilar que encontramos. El dragón rojo nos oculta de cualquiera que pueda pasar por el espacio que conecta todas las alas del cuadrante.

Como era de esperar, un instante más tarde la cámara abovedada se llena de voces y pasos, pero nadie nos ve detrás del enorme pilar, razón por la cual elegimos precisamente este lugar como punto de reunión.

—Que conste que yo no le miento a la gente a la que quiero. —Xaden habla con voz queda al volverse hacia mí, y la intensidad de sus ojos me clava al pilar de mármol. Se inclina hacia mí hasta consumir mi campo de visión, hasta que no soy capaz de ver nada más que a él—. Y ya te aseguro que a ti no te he mentido. Pero el arte de elegir las verdades que cuentas es algo que vas a tener que dominar si no quieres que acabemos todos muertos. Sé que confías en Rhiannon y Ridoc, pero no puedes contarles la verdad, tanto por su bien como por el nuestro. Los pondrás en peligro. Tienes que ser capaz de compartimentar la verdad. Si no puedes mentir a tus amistades, guarda las distancias. ¿Lo entiendes?

Me tenso. Claro que lo sé, pero oírlo sin rodeos me hace comprenderlo como si me hubieran clavado un puñal en el estómago.

—Lo entiendo.

—Mi intención jamás ha sido ponerte en esta situación, no con tus amigos y muchísimo menos con el coronel Aetos. Esa fue una de las muchas razones por las que no te dije nada.

—¿Cuánto hace que sabes lo de Brennan?

Tal vez no sea el mejor momento, pero de repente tengo la sensación de que es mi única oportunidad. Xaden exhala lentamente.

—Sé lo de Brennan desde su muerte.

Separo los labios y noto como si algo pesado se moviera, quitándome un peso del pecho que llevaba arrastrando desde Resson.

—¿Qué?

—No has esquivado la pregunta.

Debo admitir que estoy algo sorprendida.

—Te prometí respuestas. —Se inclina hacia delante—. Pero no puedo prometerte que vaya a decirte lo que quieres oír.

—Siempre voy a preferir la verdad.

¿Respuestas? ¿En plural?

—Eso dices ahora.

Una sonrisa amarga le curva los labios.

—Ahora y siempre.

El sonido a nuestras espaldas de botas de los estudiantes que se presentan a formar me recuerda que no estamos del todo solos, pero necesito que Xaden me escuche.

—Si las últimas semanas te han enseñado algo es que no rehúyo la verdad, por muy dura que sea o lo que me cueste.

—A mí me ha costado tu confianza. —El cuerpo entero se me tensa y él cierra los ojos—. Mierda. No debería haber dicho eso. —Vuelve a abrirlos, negando con la cabeza, y la tristeza infinita que veo en ellos hace que se me caiga el alma a los pies.

—Sé que el problema fue no contártelo. Lo pillo. Pero cuando las vidas de todas las personas que te rodean dependen de lo bien que mientas, no es fácil caer en la cuenta de que lo que te salvará será la verdad. —Suspira y hunde los hombros—. Te prometo que si pudiera volver atrás, lo haría de otra manera, pero es imposible, así que aquí estamos.

—Aquí estamos. —Aunque ni siquiera tengo claro dónde es ese «aquí». Cambio el peso del cuerpo de un pie a otro—. Pero mientras mantengas tu palabra de que me lo contarás todo…

Él se estremece, y se me encoge el corazón.

—Me lo contarás todo en cuanto sea capaz de protegerme en condiciones, ¿verdad? —Me contengo para no agarrarlo y empezar a sacudirlo. Por muy poco—. Me lo prometiste en tu habitación. —No será capaz de estar haciéndome esto—. «Te contaré todo lo que quieras saber y todo lo que no»; esas fueron tus palabras.

—Todo sobre mí.

Me cago en mi vida, sí que me lo está haciendo. Otra vez.

Niego con la cabeza.

—Eso no fue lo que me prometiste.

Xaden hace ademán de acercarse a mí, pero alzo la barbilla y lo reto a que se atreva a tocarme ahora mismo. Como hombre listo que es, no despega los pies del suelo. En vez de eso, se pasa una mano por el pelo y suspira.

—Mira, mi intención es responder a todas las preguntas que tengas sobre mí. Hostia, es que quiero que me hagas preguntas para que me conozcas lo suficiente como para confiar en mí, a pesar de que no pueda confiártelo todo. —Asiente como si esas palabras estuvieran incluidas en la promesa original, cuando ambos sabemos que es una burda mentira—. Porque no te enamoraste de un jinete del montón, sino del líder de una revolución —susurra tan bajo

que el sonido apenas me llega a los oídos—. Hasta cierto punto, siempre voy a tener secretos.

—Estás de coña.

Dejo que la ira se apresure a llegar a la superficie con la esperanza de que se lleve parte del dolor insoportable que me producen sus palabras. Brennan se ha pasado seis años mintiéndome, dejando que lo llorara cuando había estado vivito y coleando desde el principio. Mi amigo más duradero me robó los recuerdos y posiblemente me envió a una muerte segura. Mi madre levantó mi vida entera sobre una mentira. Ni siquiera tengo claro qué partes de mi educación son reales y cuáles son algo artificial, ¿y Xaden se cree que no voy a exigirle que sea del todo sincero conmigo?

—No estoy de coña. —No hay disculpa alguna en su tono—. Pero eso no significa que no vaya a abrirme a ti, tal como prometí. Soy un libro abierto en lo que respecta a…

—A lo que a ti te convenga. —Niego con la cabeza—. Y eso a mí no me convence. Ya no. No puedo volver a fiarme de ti si no hay una transparencia absoluta. Punto.

Pestañea, como si al fin hubiera conseguido desconcertarlo.

—Transparencia absoluta —exijo como cualquier mujer racional que tuviera delante al hombre que mantuvo en secreto que su hermano seguía vivo, por no hablar de toda una guerra—. Puedo perdonarte que me hayas mantenido al margen hasta ahora. Querías salvar vidas, es probable que incluso la mía. Pero o eres totalmente honesto conmigo, o…

Joder, ¿cómo voy a decírselo? ¿En serio estoy a punto de darle un ultimátum al puto Xaden Riorson?

—¿O qué? —pregunta inclinándose hacia mí y entornando los ojos.

—O dedicaré todos mis esfuerzos a desenamorarme de ti —le escupo.

Una sombra de sorpresa le recorre los ojos un instante antes de que la comisura de la boca le dibuje una media sonrisa.

—Pues buena suerte. Yo me pasé cinco meses intentándolo. Ya me dirás si te funciona.

Resoplo sin saber qué decir cuando tañen las campanas que anuncian el inicio de la formación.

—Ha llegado la hora —dice—. Ten los escudos siempre activos. Bloquea a todo el mundo como hemos practicado de camino a aquí.

—Ni siquiera puedo bloquearte a ti.

—Verás que yo soy algo más difícil de bloquear que la mayoría.

Su sonrisilla me saca de quicio, así que aprieto con fuerza los puños para que tengan algo que hacer.

—Oye, siento interrumpir lo que sin duda es un momento íntimo —susurra Bodhi en un tono alto, a mi izquierda—, pero esa ha sido la última campanada y, por tanto, la señal para que empiece esta pesadilla.

Xaden atraviesa a su primo con la mirada, pero ambos asentimos. No les falta al respeto a sus amigos preguntándoles si han cumplido con sus misiones cuando los ocho nos dirigimos hacia el centro de la rotonda. Se me está a punto de salir el corazón por la boca cuando empiezan a recitar la lista de los muertos desde el patio.

—No voy a morir hoy —me digo para mis adentros.

—Más te vale que tu plan funcione —le dice Garrick a Xaden cuando nos colocamos delante de la puerta abierta—. Sería un desperdicio que hayamos sobrevivido tres años y muramos el día de la graduación.

—Funcionará.

Xaden sale y los demás lo seguimos de cerca, bañados por la luz del sol.

—Garrick Tavis. Xaden Riorson.

La voz del capitán Fitzgibbons se extiende por la formación mientras lee los nombres de la lista de los muertos.

—¡Vaya, qué tensión! —grita Xaden.

Y todas las cabezas del patio se vuelven en nuestra dirección.

4



Dado que los dragones protegen con ferocidad a sus crías y cualquier información relativa a su desarrollo, solo conocemos cuatro datos sobre el Sueño sin Sueños. Primero, que es un momento crítico del crecimiento rápido y el desarrollo. Segundo, que su duración varía entre razas. Tercero, que, como el nombre sugiere, no sueñan. Y cuarto, que se despiertan con un hambre voraz.

—*Guía de campo de los dragones*, por el coronel Kaori

El corazón me late lo bastante rápido como para seguirles el ritmo a las alas de un colibrí cuando atravesamos el patio en dirección a la tribuna, con Xaden a la cabeza. Avanza sin miedo, con los hombros rectos y la cabeza alta, rezumando ira con cada paso medido, con cada músculo tenso de su cuerpo.

Levanto la barbilla y clavo la mirada en la plataforma que hay más adelante mientras la grava cruje bajo mis botas, en un sonido que amortigua más de un grito ahogado de los cadetes que tengo a mi izquierda. Tal vez no tenga la confianza de Xaden, pero puedo aparentarla.

—No estáis… muertos.

El capitán Fitzgibbons, el escriba asignado al Cuadrante de Jinetes, nos contempla con los ojos desorbitados bajo sus cejas plateadas, y el rostro ajado adopta el mismo tono crema pálido del uniforme mientras manosea la lista de los muertos, antes de que se le caiga al suelo.

—Eso parece —responde Xaden.

Es casi cómico ver al comandante Panchek boquiabierto al volverse hacia nosotros desde su asiento en la tribuna, y, a los pocos segundos, mi madre y el coronel Aetos se ponen en pie, tapándole la vista. Jesinia da un paso al frente con sus ojos castaños como platos bajo la capucha crema y hace ademán de quitarle de las manos al capitán Fitzgibbons la lista de los muertos.

—Me alegro de que estéis vivos —signa rápidamente antes de coger la lista.

—Yo también —signo de vuelta.

Se me revuelve el estómago al pensar si sabrá lo que su cuadrante le está enseñando en realidad. Ninguna de las dos nos hacíamos la menor idea durante los meses y años que estudiamos juntas.

Al coronel Aetos se le van encendiendo las mejillas con cada paso que damos, mientras repasa a nuestro grupo de ocho con la mirada, sin duda tomando nota de quién está presente y quién no. Mi madre me mira de hito en hito durante un breve instante y una comisura de la boca se le tuerce hacia arriba en una expresión que casi temo definirla como de… orgullo, antes de ocultarla deprisa y recuperar la distancia profesional que ha mantenido impecablemente a lo largo del último año. Un segundo es todo lo que necesito para saber que tengo razón. No hay ira en sus ojos, ni tampoco miedo ni conmoción. Solo alivio.

No formaba parte del plan de Aetos. No hay ni una sola fibra de mi cuerpo que crea lo contrario.

—No lo entiendo —les dice Fitzgibbons a los dos escribas que hay a su espalda, antes de dirigirse a Panchek—. No están muertos. ¿A quién se le ocurriría informar de sus muertes para que los incluyeran en la lista?

—¿A quién se le ocurrió informar de sus muertes? —le espeta mi madre al coronel Aetos entrecerrando los ojos.

Una brisa fría recorre a los presentes y, aunque supone un descanso momentáneo del calor sofocante, sé lo que significa en realidad: la general está furiosa. Miro al cielo, pero no veo más que azul hasta donde alcanza la vista. Al menos no ha convocado una tormenta. Todavía.

—¡Llevaban seis días desaparecidos! —se defiende Aetos levantando la voz con cada palabra airada—. Es lógico que registráramos sus muertes, aunque es obvio que en lugar de eso deberíamos haber declarado su deserción o dejación de sus obligaciones.

—¿Pretende declararnos desertores? —Xaden sube por la escalera de la tribuna y Aetos recula un paso, con una sombra de miedo en los ojos—. ¿Nos

envió a combatir y ahora piensa declararnos desertores?

Xaden no necesita gritar para que su voz se oiga por toda la formación.

—¿Se puede saber de qué habla? —pregunta mi madre alternando la mirada entre Xaden y Aetos.

Allá vamos.

—No tengo ni idea —responde Aetos entre dientes.

—Se me ordenó que me llevara a un pelotón hasta Athebyne, más allá de las protecciones, y establecer el cuartel del Ala Cuatro para los Juegos de Guerra, y eso hice. Hicimos un alto para descansar en el lago más cercano fuera de las protecciones y nos atacó una banda de grifos.

La mentira se le desliza por la lengua con la misma suavidad que la verdad, lo cual es sorprendente y descorazonador, porque no hay nada que lo delate.

Mi madre pestañea y Aetos frunce las espesas cejas.

—Fue un ataque sorpresa y pillaron a Deigh y Fuil desprevenidos. —Xaden se vuelve ligeramente, como si se lo estuviera contando a las alas en lugar de a los líderes—. Murieron antes de tener siquiera la oportunidad de defenderse.

Siento una punzada de dolor en el pecho y el aire se me escapa de los pulmones. Los cadetes que nos rodean empiezan a murmurar, pero yo mantengo la atención en Xaden.

—Perdimos a Liam Mairi y a Soleil Telery —añade Xaden antes de mirarme por encima del hombro—. Y estuvimos a punto de perder a Sorrengail.

La general se vuelve y, por un segundo, me mira como si no fuera solo mi oficial al mando, con angustia y el terror en los ojos. Me mira como si solo fuera… mi madre.

Asiento y el dolor en mi pecho se intensifica.

—Miente —lo acusa el coronel Aetos. La certeza en su voz hace que sienta un cierto mareo ante la posibilidad de que tal vez no nos salgamos con la nuestra, que nos ejecuten allí mismo antes de que tengamos la posibilidad de convencer a mi madre.

—*Estoy detrás de la cresta* —me informa Tairn.

—Respira —me susurra Garrick—, o te desmayarás.

Inspiro y me concentro en relajar los latidos de mi corazón.

—¿Para qué coño iba a mentir? —Xaden ladea la cabeza y mira al coronel Aetos con un gesto de puro desprecio—. Pero si no me cree, seguro que la

general Sorrengail es capaz de discernir la verdad en las palabras de su propia hija.

Esa es mi señal. Paso a paso asciendo por la escalera de la amplia plataforma de madera hasta situarme junto a Xaden. El sudor me gotea por la nuca mientras el sol de la mañana calienta mi ropa de vuelo.

—¿Cadete Sorrengail?

Mi madre se cruza de brazos y me observa expectante. Me aclaro la garganta ante el peso de la atención del cuadrante.

—Es cierto.

—¡Falacias! —brama Aetos—. Es imposible que una bandada de grifos haya derrotado a dos dragones. Es imposible. Deberíamos separarlos e interrogarlos individualmente.

El corazón me da un vuelco.

—Dudo que sea necesario —responde la general, y una ráfaga de aire gélido me levanta los mechones de pelo que se me han soltado durante el vuelo—. Y yo me lo pensaría dos veces antes de insinuar que una Sorrengail ha faltado a la verdad.

El coronel Aetos se endereza.

—Cuéntame lo que ha ocurrido, cadete Sorrengail.

Mi madre inclina la cabeza a un lado y me dirige esa mirada a la que recurría durante mi infancia para descubrir la verdad cuando Brennan, Mira y yo cerrábamos filas para ocultar alguna travesura.

—*Verdad selectiva* —me recuerda Xaden—. *No digas ninguna mentira*.

Como si fuera tan fácil, joder.

—Volamos hacia Athebyne, tal como nos ordenaron. —La miro fijamente a los ojos—. Como ha dicho Riorson, hicimos una parada en un lago a unos veinte minutos de aquí para abrevar a los dragones y desmontamos. Solo vi a dos de los grifos aparecer con sus jinetes, pero todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Antes de que pudiera siquiera entender lo que estaba pasando… —«Mantén la compostura». Paso la mano por encima de mi bolsillo y siento el relieve de la pequeña talla de Andarna en la que Liam estaba trabajando antes de morir—. Habían matado al dragón de Soleil y destripado a Deigh. —Los ojos se me llenan de lágrimas, pero parpadeo hasta que se me despeja la vista. Mi madre solo responde a la fuerza. Si muestro cualquier señal de debilidad, considerará que mi versión es pura histeria—. Fuera de las protecciones no tuvimos ninguna oportunidad, general.

—¿Y luego? —pregunta mi madre impasible.

—Luego Liam murió en mis brazos —contesto, y me apresuro a ocultar el temblor de mi barbilla—. No pudimos hacer nada por él después de que Deigh muriera. —Tardo un instante en despejar la cabeza de recuerdos, de emociones, en volver a guardarlo todo en el cajón en el que deben permanecer para que el plan funcione—. Y con su cuerpo aún caliente, a mí me apuñalaron con una hoja envenenada.

A mi madre le relampaguean los ojos y desvía la mirada. Centro la atención en el coronel Aetos.

—Sin embargo, cuando acudimos a Athebyne en busca de ayuda, nos encontramos con el puesto desierto y con una nota en la que se informaba al líder de ala Riorson que podía escoger entre vigilar una aldea cercana o dirigirse a Eltuval.

—Aquí tengo la misiva. —Xaden se echa la mano al bolsillo y extrae las órdenes de los Juegos de Guerra—. No sabía qué tenía que ver la destrucción de una aldea extranjera con los Juegos de Guerra, pero tampoco esperamos a descubrirlo. La cadete Sorrengail se moría, y opté por conservar lo que quedaba de mi pelotón. —Le entrega las órdenes arrugadas a mi madre—. Opté por salvar a su hija.

Ella le quita las órdenes de las manos y se endereza.

—Tardamos varios días en encontrar a alguien capaz de curarme, aunque no tengo ningún recuerdo del proceso —les digo—. Y en cuanto mi vida ya no corría peligro, volvimos volando hasta aquí. Hará una media hora que hemos llegado, como sin duda Aimsir podrá confirmar.

—¿Y los cuerpos? —pregunta Aetos.

«Mierda».

—No…

No tengo ni puta idea más allá de que, según me contó Xaden, habían enterrado a Liam.

—Sorrengail no puede saberlo —responde Xaden—. Deliraba por el veneno. Cuando vimos que no encontraríamos ayuda alguna en Athebyne, la mitad del pelotón voló de vuelta al lago y quemó los cuerpos tanto de los jinetes como de los dragones, mientras yo me llevaba a la otra mitad en busca de ayuda. Si quieren pruebas, las encontrarán a unos cien metros del lago, en el claro del este, o en las cicatrices recientes de nuestros dragones.

—Suficiente. —Mi madre hace una pausa, confirmando sin duda la coartada con su dragón, antes de volverse despacio hacia el coronel Aetos, y aunque apenas los separan unos centímetros, él de repente parece más pequeño. Una ligera escarcha cubre la superficie de la tribuna—. Esto es de su

puño y letra. ¿Desalojó un puesto de un valor estratégico incalculable fuera de las protecciones solo para los Juegos de Guerra?

—Solo unos días. —Aetos tiene el suficiente sentido común como para dar un paso atrás—. Usted me dijo que dejaba los Juegos de este año a mi discreción.

—Y salta a la vista que su discreción carece por completo de todo sentido común —replica—. Ya he oído todo lo que necesitaba oír. Corregid la lista de los muertos, formad a estos cadetes y dad comienzo a la graduación para que los nuevos tenientes se reúnan con sus alas. Espero verle en mi despacho dentro de treinta minutos, coronel Aetos.

El alivio que me recorre el cuerpo hace que casi me fallen las rodillas. Mi madre me cree.

El padre de Dain se cuadra.

—Sí, mi general.

—Sobreviviste a una herida de puñal después de enzarzarte en un combate como estudiante de primer año —me dice ella.

—Sí, así fue.

Mi madre asiente y una media sonrisa de satisfacción le desaparece de los labios tan pronto como aparece.

—Quizá te parezcas a mí más de lo que creía.

Sin mediar otra palabra, mi madre pasa entre el borde de la tribuna y yo y nos deja a solas con el coronel Aetos al bajar por la escalera. La escarcha se disipa al instante, y oigo los pasos de ella sobre la gravilla a nuestras espaldas en el momento en que el coronel se vuelve hacia Xaden y hacia mí.

¿Que me parezco a ella? Parecerme a ella es lo último que quiero.

—No vais a saliros con la vuestra —sisea Aetos procurando no alzar la voz.

—¿Salirnos con qué, exactamente? —responde Xaden con el mismo tono.

—Los dos sabemos que no os atacó ningún grifo.

La saliva le salta de la boca.

—¿Y qué otra cosa podría habernos retrasado y masacrado a dos dragones y a sus jinetes? —Entorno los ojos y dejo que se apodere de ellos toda mi rabia. Liam y Soleil están muertos por su culpa. Que le follen—. Aunque, claro, si usted piensa que hay otra amenaza ahí fuera, querrá compartir esa información con el resto del cuadrante para que podamos entrenarnos en condiciones y hacerle frente.

Aetos me fulmina con la mirada.

—Qué decepción, Violet.

—Basta —le ordena Xaden—. Ha jugado sus cartas y ha perdido. No puede exponer lo que considere que es la verdad sin…, bueno, sin exponerse a usted mismo, ¿me equivoco? —Una sonrisa cruel le recorre el rostro—. Pero, personalmente, creo que esto se solucionaría sin mayor problema si le envía una carta al general Melgren. Estoy seguro de que vio el resultado de nuestra batalla con los grifos.

Me invade una profunda satisfacción al ver que el coronel tuerce el gesto. Gracias a las reliquias de la Rebelión, Melgren no puede confirmar nada en lo que hayan participado tres o más marcados, y, por lo visto, Aetos lo sabe.

—Entiendo que podemos marcharnos —añade Xaden—. No sé si se ha dado cuenta, pero el cuadrante entero está mirándonos con bastante interés. Así que a menos que quiera que los entretenga contándoles lo que nos sucedió…

—Formad ahora mismo —escupe entre dientes.

—De buen grado, señor. —Xaden espera a que baje la escalera y luego me sigue—. Listo —le dice a Garrick—. Que todo el mundo se ponga en formación.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo a Fitzgibbons negar con la cabeza confuso mientras corrige la lista de los muertos, y luego me acerco a mi pelotón y me coloco entre Imogen y Xaden.

—No hace falta que me escoltes —le susurro, ignorando las miradas de todos los cadetes que dejamos atrás.

—Le prometí a tu hermano que me encargaría del otro Aetos.

—De Dain puedo encargarme yo solita.

Una patada rápida en los huevos no estaría fuera de lugar, ¿verdad?

—El año pasado ya lo intentamos a tu manera. Ahora probaremos la mía.

Imogen arquea una ceja, pero no dice nada.

—¡Violet!

Dain rompe la formación y se dirige hacia nosotros cuando alcanzamos el Segundo Pelotón, Sección Llama. La preocupación y el alivio que le perfilan el rostro hacen que el poder me cosquillee en las manos.

—*No puedes matarlo aquí* —me advierte Xaden.

—¡Estás viva! Habíamos oído que…

Dain hace ademán de tocarme, y yo retrocedo.

—Tócame y juro por todos los dioses que te corto la puta mano y que el cuadrante se encargue de ti en la próxima ronda de desafíos, Dain Aetos.

Mis palabras me granjean más de un grito ahogado, pero me importa una mierda quién me oiga.

—Ahora entiendo lo de Violencia.

La sorna en la voz de Xaden no se le refleja en la cara.

—¿Cómo? —Dain frena en seco y enarca las cejas hasta el comienzo del cabello—. No lo dirás en serio, Vi.

—Lo digo muy en serio.

Apoyo las manos en las vainas de mis caderas.

—Yo que tú la creería. De hecho… —Xaden no se molesta en bajar la voz—. De lo contrario, me lo tomaré como una ofensa personal. Ha tomado una decisión, y no te ha elegido a ti. Nunca te elegirá a ti. Lo sé yo, lo sabe ella y lo sabe todo el cuadrante.

Tierra, trágame. Se me encienden las mejillas. Que me descubrieran con su chaqueta de vuelo antes de los Juegos de Guerra es una cosa, pero que anuncie lo nuestro en público, cuando ni siquiera tengo claro qué es lo nuestro, es otra muy distinta.

Imogen sonríe y valoro la posibilidad de darle un codazo. Dain mira a izquierda y derecha y se pone tan rojo que incluso distingo el color por debajo de su barba castaña desaliñada mientras todo el mundo lo observa.

—¿Algo más? ¿Vas a amenazarme de muerte, Riorson? —replica Dain, con un fastidio en la cara tan similar al de su padre que hace que se me revuelva el estómago.

—No. —Xaden niega con la cabeza—. ¿Qué sentido tendría cuando Sorrengail es más que capaz de hacerlo ella misma? No quiere que la toques. Y creo que todo el cuadrante la ha oído. Eso debería bastar para que te metas las manos donde te quepan. —Se inclina hacia él y le habla en un susurro que apenas me alcanza los oídos—. Pero si no fuera así, quiero que pienses en una palabra cada vez que se te ocurra intentar tocarle el rostro.

—¿Cuál? —pregunta Dain.

—Athebyne.

Xaden se retira, y la amenaza en su expresión hace que un escalofrío me recorra la columna. Dain se endereza en el momento en que el coronel Panchek pide la atención de la formación.

—¿No dices nada? Qué curioso. —Xaden ladea la cabeza mientras escruta el gesto de Dain—. Vuelve a tu formación, líder de pelotón, antes de que pierda toda pretensión de cortesía en nombre de Liam y Soleil.

Dain palidece y tiene la decencia de desviar la mirada antes de volver a su lugar a la cabeza de nuestro pelotón. La mirada de Xaden y la mía se encuentran un brevísimo instante antes de que él se dirija a la cabeza del Ala Cuatro.

Debería haber sabido que atacarle el orgullo a Dain incluiría un espectáculo. El pelotón se mueve, dejándonos espacio a Imogen y a mí en nuestros lugares habituales, y yo noto que se me calienta la cara ante las miradas indiscretas de mis amigos.

—Eso ha sido… interesante —me susurra Rhiannon, con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Y sexy —comenta Nadine delante de nosotros, de pie junto a Sawyer.

—Los triángulos amorosos a veces son incómodos de cojones, ¿no os parece? —dice Imogen.

Yo la fulmino con la mirada por encima del hombro por insistir en las insinuaciones, o suposiciones, de Xaden, pero ella se encoge de hombros sin arrepentimiento alguno.

—Joder, cómo os he echado de menos. —Las mechas azules de los rizos rubios de Quinn se mecen al darle un golpecito con el hombro a Imogen—. Los Juegos de Guerra fueron una mierda. No te perdiste mucho.

El capitán Fitzgibbons da un paso al frente en la tribuna mientras el sudor le cae por el rostro, y sigue leyendo la lista de los muertos desde donde lo hemos interrumpido.

—Diecisiete por ahora —susurra Rhiannon.

La prueba final de los Juegos de Guerra siempre es letal, una forma de asegurarse de que solo los jinetes más fuertes llegan a la graduación, pero Liam era sin duda el más capaz de nuestro año, y ni eso sirvió para que se salvara.

—¡Soleil Telery! ¡Liam Mairi! —grita el capitán Fitzgibbons.

Me fuerzo por coger aire y contengo el escozor de los ojos mientras el resto de los nombres se vuelven poco más que un ruido difuso hasta que el escriba termina con la lista y encomienda sus almas a Malek.

No llora nadie.

El comandante Panchek se aclara la garganta y, a pesar de que no haya necesidad alguna de que amplifique mágicamente su voz teniendo en cuenta lo mucho que se ha reducido nuestro número a lo largo del último año, parece que no es capaz de evitarlo.

—Más allá de las menciones militares, no hay palabras de elogio para los jinetes. Nuestra recompensa por un trabajo bien hecho es vivir para ver nuestro siguiente puesto, nuestro siguiente rango. Continuando nuestras tradiciones y estándares, aquellos que hayáis terminado vuestro tercer año seréis ahora nombrados tenientes del ejército de Navarre. Dad un paso al

frente cuando diga vuestro nombre para recibir vuestras órdenes. Tenéis hasta mañana para partir hacia vuestros nuevos puestos de servicio.

Empezando por el Ala Uno, nombran a los estudiantes de tercer año por secciones, y cada uno recoge sus órdenes antes de salir del patio.

—Me esperaba algo más, la verdad —susurra Ridoc desde mi otro lado, y Dain lo mira por encima del hombro desde dos filas más allá con gesto de reprobación.

Que le den.

—Solo digo que sobrevivir tres años en este lugar debería incluir un suministro vital de cerveza y una fiesta de esas que luego no recuerdas —dice encogiéndose de hombros.

—Eso es esta noche —dice Quinn—. ¿Están… escribiendo las órdenes a mano?

—Para los de tercero que creían muertos —responde Heaton desde la última fila.

—¿Quién creéis que será nuestro nuevo líder de ala? —susurra Nadine a mi espalda.

—Aura Beinhaven —contesta Rhiannon—. Fue fundamental para la victoria del Ala Dos en los Juegos de Guerra, pero Aetos tampoco hizo mal su trabajo sustituyendo a Riorson.

De nuestro pelotón gritan los nombres de Heaton y Emery. Miro a los demás, recordando a los estudiantes de primer año que empezaron con nosotros y no lo terminaron. Los de primer año que o bien están enterrados al pie de Basgiath en hileras interminables de piedras o se los llevaron a casa para darles sepultura allí. Los de segundo año que jamás verán una tercera estrella en sus hombros. Los de tercer año como Soleil que estaban convencidos de que se graduarían y que acabaron cayendo.

Tal vez este lugar sea exactamente lo que el piloto de grifo había dicho: una fábrica de muerte.

—¡Xaden Riorson! —exclama el comandante, y el pulso se me dispara cuando Xaden avanza para recoger sus órdenes; es el último estudiante de tercer año en la formación.

Siento náuseas y me tambaleo. Mañana por la mañana se habrá marchado. Pensar en que lo veré cada pocos días gracias al vínculo de Tairn y Sgaeyl no consigue calmar el pánico que me acelera la respiración. No estará aquí. No estará en las esteras, poniéndome a prueba y presionándome para que mejore. Ni tampoco en Informe de Batalla ni en el entrenamiento de vuelo.

Debería alegrarme por tener algo de espacio, pero no es así.

Panchek recupera su lugar en el podio y se pasa las manos por los ribetes del uniforme, como si pretendiera alisar las posibles arrugas.

—Iré a verte antes de marcharme.

La voz de Xaden atraviesa mi escudo y mi torbellino de pensamientos, y luego se disipa cuando sale del patio en dirección a los dormitorios. Al menos podremos despedirnos. O resistirnos a despedirnos. O lo que sea.

—Enhorabuena a los nuevos tenientes —dice Panchek—. El resto, acudid al centro de distribución para entregar vuestros uniformes (sí, podéis quedaros con los parches que habéis obtenido) y recoger los nuevos. Desde este momento los estudiantes de segundo son ahora de tercero, y los de primero son de segundo, con los privilegios que eso conlleva. Esta tarde se colgarán en el área común las nuevas designaciones de mando. Podéis retiraros.

El patio prorrumpe en gritos de júbilo y Ridoc tira de mí para darme un abrazo al que luego se suman Sawyer, Rhiannon e incluso Nadine.

Lo hemos conseguido. Ya somos oficialmente estudiantes de segundo año. De los once de primero que han pasado por nuestro pelotón a lo largo del año, tanto antes como después de la Trilla, solo quedamos cinco.

Por ahora.

5



Tras la muerte de tres prisioneros consecutivos durante sus interrogatorios, este mando considera que el mayor Burton Varrish debería apartarse de las alas activas hasta nuevo aviso.

—Misiva del teniente coronel Degrensi,
puesto de Samara, al general Melgren

Los jinetes festejan igual que combaten.

Y en los combates nos dejamos la piel.

Jamás había visto tan abarrotado el salón de reuniones como cuando el sol comienza a ponerse esa tarde. Los cadetes se reúnen en torno (o, en el caso de los del Ala Dos, encima) a mesas cargadas de comida y jarras de vino dulce, cerveza espumosa y limonada de lavanda que claramente han aderezado con una buena cantidad de licor destilado.

Solo la mesa de la tribuna está vacía. A esta hora no hay ni un solo líder de ala, de sección y ni siquiera de pelotón a la vista. Sin contar con las estrellas que decoran nuestros hombros y que indican los años que llevamos en Basgiath, esta noche todos somos iguales. Ni siquiera los nuevos tenientes que se pasan a despedirse están en nuestra cadena de mando.

Noto un ligero aturdimiento, cortesía de la limonada y de las dos estrellas de plata de mi hombro.

—¿Chantara? —pregunta Rhiannon arqueando las cejas e inclinándose hacia delante para poder mirar a Ridoc, que está sentado a mi otro lado—. De

todos los privilegios que nos otorga el hecho de ser estudiantes de segundo año, ¿eso es lo que más esperas? No son más que habladurías.

La aldea que suministra a Basgiath siempre ha recibido con los brazos abiertos a los estudiantes de segundo año del Cuadrante de Curanderos, del Cuadrante de Escribas y del Cuadrante de Infantería, pero no a nosotros. Hace casi una década que tenemos la entrada vetada debido a una pelea que acabó con un bar del lugar quemado hasta los cimientos.

—Yo solo digo que he oído que tal vez levanten por fin la prohibición y que llevamos atrapados en este mercado el último año —dice Ridoc utilizando su copa para señalar el salón, sobre todo a nuestras espaldas—. Así que la mínima posibilidad de pasar unas horas en Chantara cada semana es sin duda lo que espero con más ganas.

Nadine sonríe, los ojos se le iluminan cuando se sujeta con una mano el pelo, que se ha teñido de lila esta tarde, para que no se le meta en la jarra de cerveza, y se inclina sobre la mesa para chocar su vaso con el de Ridoc.

—Oíd, esto ya empieza a resultarme demasiado… —Arruga la nariz, mirando más allá de Sawyer al resto de los pelotones de nuestra ala—. Familiar. Fijo que para tercero empezamos ya con los incestos.

Todos estallamos en carcajadas, sin que nadie apunte lo obvio. Estadísticamente hablando, un tercio de nuestra clase no llegará al tercer año, pero somos el Pelotón de Hierro de este año, porque somos los que menos cadetes hemos perdido entre el parapeto y el Guantelete, de modo que prefiero ser optimista esta noche y las cinco siguientes, durante las cuales nuestro único cometido será preparar la llegada de los de primer año.

Rhiannon se pone una de sus trenzas bajo la nariz y arruga la frente como Panchek al regañarle en broma.

—Ya sabes que los viajes a Chantara son solo de oración, cadete.

—Oye, que yo no he dicho que no piense hacer una parada en el templo de Zihnal para presentarle mis respetos al dios de la suerte —se defiende Ridoc llevándose una mano al pecho.

—Y no solo para pedirle un poco de suerte mientras los otros cadetes están en la ciudad —comenta Sawyer limpiándose la espuma de la cerveza que se le ha quedado en el labio pecoso.

—Vale, cambio mi respuesta —replica Ridoc—. Poder fraternizar con otros cuadrantes en cualquier sitio durante nuestro tiempo libre es en realidad lo que espero con más ganas.

—¿Y de qué tiempo libre hablas? —bromeo.

Puede que tengamos algunas horas libres de vez en cuando comparado con los de primero, pero se nos vienen curvas.

—Ahora dispondremos de fines de semana y aprovecharé hasta el último minuto que tengamos —dice con una sonrisa malévola.

Rhiannon se apoya en los codos y me guiña el ojo.

—Igual que tú aprovecharás hasta el último segundo para estar con un tal teniente Riorson.

Las mejillas, enrojecidas ya por el licor, se me encienden todavía más.

—No estamos…

Un estruendoso abucheo se extiende por la mesa.

—Prácticamente todo el mundo te vio presentarte a la formación con su chaqueta de cuero antes de los Juegos de Guerra. Y después del numerito de esta mañana… Por favor —dice Nadine poniendo los ojos en blanco.

Claro, el numerito que ha montado justo después de decirme que siempre me ocultaría secretos.

—Personalmente, de lo que más ganas tengo es de las cartas —afirma Rhiannon, sin duda interviniendo para salvarme cuando Imogen y Quinn llegan y se sientan junto a Nadine—. Hace muchísimo que no hablo con mi familia.

Compartimos una sonrisa cómplice, sin mencionar nuestra escapada a Montserrat para visitar a su familia hace unos meses.

—¡Se acabaron las tareas! —añade Sawyer—. No vuelvo a fregar un plato del desayuno en mi vida.

Yo no volveré a empujar el carrito de la biblioteca con Liam.

—Me quedo con su respuesta —coincide Nadine deslizando las jarras de alcohol hacia Imogen y Quinn.

Hace un par de meses Nadine le hacía el vacío a Imogen por su reliquia de la Rebelión. Tengo esperanzas de que los nuevos tenientes que comparten la misma marca no sufran la misma discriminación en sus nuevos puestos de servicio, pero en Montserrat vi de primera mano cómo ven las alas a los marcados: como si fueran los mismos oficiales que perpetuaron la Rebelión, y no sus padres.

Aunque, de nuevo, teniendo en cuenta lo que sé, todo el mundo tiene motivos para no fiarse de ellos. Y para no fiarse de mí.

—Segundo es el mejor año —asegura Quinn sirviéndose cerveza de la jarra en una taza de peltre—. Tienes todos los privilegios posibles y solo una pequeña parte de la responsabilidad de los de tercero.

—Pero fraternizar entre cuadrantes es sin duda la mejor parte —añade Imogen forzando una sonrisa y torciendo el gesto antes de llevarse la mano al corte del labio.

—¡Eso mismo he dicho yo! —contesta Ridoc levantando un puño al aire.

—¿Te partieron el labio mientras…? —le pregunta Nadine a Imogen, pero se interrumpe al ver que la mesa se sume en el silencio.

Agacho la vista hacia mi limonada. El alcohol no mitiga la culpa que cargo sobre los hombros. Tal vez Xaden tenga razón. Si no puedo mentir a mis amistades, quizá debería empezar a guardar las distancias para no provocar que los maten.

—Sí —responde Imogen desviando la mirada hacia mí, pero yo no levanto la cabeza.

—Sigo sin creerme que vierais algo de acción —dice Ridoc, perdido ya el júbilo de antes—. Y no hablo de los Juegos de Guerra, que ya nos cagamos encima cuando Aetos discutió con Riorson, sino de grifos de verdad.

Agarro con fuerza mi copa. ¿Cómo se supone que voy a comportarme como si fuera la misma persona cuando lo que ocurrió en Resson ha cambiado por completo lo que creo?

—¿Cómo fue? —inquiere Nadine vacilante—. Si no os importa que os lo pregunte.

«Vaya que si me importa».

—Ya sabía que los grifos tenían las garras afiladas, pero tumbar a un dragón… —señala Sawyer.

Aprieto hasta que los nudillos se me ponen blancos y siento una descarga de poder recorriéndome la piel al recordar las furiosas venas rojas tras los ojos del ser oscuro que se abalanzó sobre mí en la espalda de Tairn, la mirada de Liam cuando comprendió que Deigh no sobreviviría.

—*Es normal que se lo pregunten* —me recuerda Tairn—. *Sobre todo cuando, desde su perspectiva, tu experiencia podría prepararlos para la batalla*.

—*No deberían meterse donde no los llaman* —replica Andarna con voz ronca, como si estuviera a punto de dormirse—. *Les conviene no saber nada*.

—Chicos, quizá ahora no sea el momento de… —empieza Rhiannon.

—Fue una puta mierda —dice Imogen antes de vaciar su bebida y dar un golpe en la mesa con el vaso—. ¿Queréis saber la verdad? Si no fuera por Riorson y Sorrengail, estaríamos todos muertos.

Desvío la mirada hacia ella. Es lo más parecido a un cumplido que me ha hecho jamás. No hay lástima alguna en sus ojos verde pálido cuando me

devuelve la mirada, pero tampoco ninguna mueca defensiva. Solo respeto. El pelo rosa le cae sobre la mejilla al ladear la cabeza.

—Y sí, ojalá no hubiera pasado nada de lo que vivimos, pero al menos los que estábamos allí sabemos a ciencia cierta el horror al que nos enfrentamos.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Por Liam —propone Imogen levantando su copa y desafiando la regla no escrita de que no hablamos de los cadetes muertos después de que pronuncien sus nombres en las listas.

—Por Liam.

Levanto la mía y todas las personas de la mesa hacen lo propio, brindando por él. No es suficiente, pero tendrá que bastar.

—¿Me permitís que os dé un consejo a los que empezáis segundo? —dice Quinn tras un breve silencio—. No os encariñéis demasiado con los de primero, sobre todo hasta después de la Trilla, cuando ya sepáis a cuáles merece la pena conocer y a cuáles no. —Pone una mueca—. Confiad en mí.

Qué bajón.

La sombra titilante de mi vínculo con Xaden se refuerza, envolviéndome la mente como si de un segundo escudo se tratara, y al mirar por encima del hombro lo veo en el otro extremo del salón, apoyado en el muro junto a la puerta, con las manos metidas en los bolsillos de su ropa de vuelo. Está hablando con Garrick, pero me está mirando fijamente.

—*¿Te diviertes?* —me pregunta, atravesando mis escudos con una facilidad insoportable.

Tomo conciencia de la situación y un escalofrío me recorre la espalda. Mezclar el alcohol con Xaden no es en absoluto una buena idea.

¿O es quizá la mejor idea posible?

—*Sea lo que sea que te esté pasando por esa preciosa cabecita, me apunto.*

Incluso desde la distancia veo que la mirada se le ensombrece.

Un momento. Lleva la ropa de vuelo, listo para marcharse. Se me cae el alma a los pies y se lleva parte de la energía. Él hace un gesto hacia la puerta.

—Ahora vuelvo —indico dejando la copa sobre la mesa y tambaleándome un poco al ponerme de pie. Se acabó la limonada.

—Pues espero que no —masculla Ridoc—, o te cargarás todas las fantasías que me he montado sobre ese tío.

Pongo los ojos en blanco antes de cruzar la caótica sala para reunirme con Xaden.

—Violet —dice repasándome el rostro con la mirada, deteniéndose en mis mejillas.

Me encanta cómo pronuncia mi nombre. Que sí, que es el alcohol el que me ha arrebatado todo ápice de lógica, pero quiero volver a oírlo.

—Teniente Riorson.

Una línea plateada en el cuello indica su nuevo rango, pero no hay ninguna otra marca que pudiera delatar su identidad si cayera tras las líneas enemigas. Ni el nombre de su unidad, ni parches sobre su sello. De no ser por la marca del cuello, podría ser el teniente de cualquier ala.

—Ey, Sorrengail —dice Garrick, pero no soy capaz de despegar los ojos de Xaden el tiempo suficiente como para volverme hacia él—. Lo has hecho bien hoy.

—Gracias, Garrick —contesto acercándome a Xaden.

Cambiará de opinión y me dejará entrar del todo. No le queda otra opción.

—Por favor, sois insoportables. —Garrick niega con la cabeza—. Hacednos un favor y solucionad ya vuestras mierdas. Os veo en el campo de vuelo.

Le da un golpe a Xaden en el hombro y se marcha.

—Te veo… —Suspiro, porque tampoco es que nunca se me haya dado demasiado bien mentirle, y el mareo no ayuda—. Bien con la ropa de oficial.

—Es prácticamente idéntica a la de cadete.

Se le levanta una comisura de la boca, pero no llega a ser una sonrisa.

—No he dicho que la de cadete no te quedara bien.

—Estás… —inclina la cabeza— borracha, ¿verdad?

—Tengo un mareo agradable, pero no voy como una cuba. —Eso no tiene ningún sentido, pero define bien cómo me siento—. Pero, oye, la noche es joven, y no sé si te has enterado, pero no tenemos nada que hacer durante los próximos cinco días, más allá de preparar a los de primero y montar fiestas.

—Ojalá pudiera quedarme a ver cómo aprovechas ese tiempo. —Me observa con parsimonia y la mirada se le enciende; da la sensación de que está recordándome desnuda, y a mí se me dispara el pulso—. ¿Damos un paseo?

Asiento y lo sigo hasta el área común, donde recoge su morral de la pared y se lo echa al hombro con indiferencia, como si no pendieran dos espadas de la parte trasera.

Un grupo de cadetes revolotea alrededor del tablón de anuncios; se diría que la lista de los nuevos líderes podría aparecer en cualquier momento y podrían borrarlos si alguien descubriera que no estaban atentos.

Sí, Dain está en el centro del grupo.

—¿No esperas a mañana temprano para marcharte? —le pregunto a Xaden en voz baja mientras atravesamos el suelo de piedra de la enorme estancia.

—Prefieren que los líderes de ala sean los primeros en dejar vacías sus habitaciones, porque a los nuevos les gusta acomodarse rápido. —Echa un vistazo a la multitud en torno al tablón de anuncios—. Y dado que entiendo que no me estás ofreciendo sitio en tu cama…

—No estoy ni de lejos lo bastante borracha como para cometer ese error de juicio —le aseguro cuando él abre la puerta a la rotonda—. Ya te dije que no duermo con hombres en quienes no confío, y si no estás dispuesto a que no haya secretos entre nosotros…

Niego con la cabeza y me arrepiento al instante cuando casi pierdo el equilibrio.

—Me ganaré tu confianza en cuanto comprendas que eso no es lo que necesitas. Lo único que debes hacer es tener el valor de empezar a formular las preguntas que realmente te interesan. No sufras por lo de la cama, ya volveremos a eso más adelante. La espera nos vendrá bien.

Sonríe, joder, y cómo sonríe, y a punto estoy de replantearme mi decisión.

—¿Te digo que no estamos juntos porque no me prometes lo único que necesito, que es honestidad, y tú me hablas ahora de que «nos vendrá bien»? —Resoplo al bajar la escalera y pasamos por delante de dos de los pilares de mármol de la rotonda—. Cuánta arrogancia.

—Confianza, no arrogancia. Nunca pierdo una batalla que haya elegido yo. Y los dos tenemos derecho a marcar unos límites. Tú no eres la única que puede ponerle normas a esta relación.

Me pongo a la defensiva ante la insinuación de que aquí el problema soy yo.

—¿Es que acaso quieres pelearte conmigo?

El mundo se inclina ligeramente cuando levanto la cabeza para mirarlo.

—Quiero pelearme por ti. No es lo mismo.

Su gesto se endurece cuando gira la cabeza en dirección al coronel Aetos y a un jinete que, a juzgar por el uniforme, tiene el rango de mayor.

—Riorson. Sorrengail. —La boca del coronel se tuerce en una sonrisa sarcástica—. Cuánto me alegro de veros aquí esta noche. ¿Ya te marchas al Ala Sur? ¿Tan pronto? El frente tiene suerte de contar con un jinete tan capaz.

Siento una opresión en el pecho. A Xaden no le han asignado un ala del interior como a la mayoría de los tenientes. ¿Van a enviarlo al frente?

—Le diría que estaré de vuelta antes de que empiece a echarme de menos —responde Xaden con las manos caídas a los lados—, pero dicen por ahí que ha cabreado tanto a la general Sorrengail que lo han enviado a un puesto costero.

Al coronel se le enciende la cara.

—Yo no estaré, pero tú tampoco volverás con tanta frecuencia. Según tus nuevas órdenes, solo una vez cada quince días.

¿Cómo? El estómago se me revuelve y tengo que esforzarme al máximo para no apoyarme en algo que me impida perder el equilibrio.

El mayor extrae dos cartas dobladas del bolsillo delantero de su uniforme de gala perfectamente planchado, como perfectos son su peinado, el brillo de sus botas y la crueldad de su sonrisa. Siento una descarga de poder como respuesta a la amenaza.

—Ay, pero ¿dónde están mis modales? —dice el coronel Aetos—. Violet, este es tu nuevo vicecomandante, el mayor Varrish. Viene aquí a poner orden, como suele decirse. Parece que nos hemos relajado un poco, nos hemos vuelto demasiado permisivos. Naturalmente, el comandante en jefe actual del cuadrante seguirá supervisando las operaciones, pero Varrish solo responde ante Panchek.

—Cadete Sorrengail —corrijo al coronel. ¿Vicecomandante? De puta madre.

—La hija de la general —responde Varrish repasándome de arriba abajo y deteniéndose en todas las dagas que tengo a la vista—. Fascinante. Había oído que eras demasiado frágil como para sobrevivir un año entero en el cuadrante.

—Mi presencia aquí demuestra lo contrario. —Será imbécil.

Xaden recoge las dos misivas, con cuidado de no tocarle las manos a Varrish, y luego me entrega la que tiene mi nombre garabateado en la parte frontal. Rompemos el sello de lacre personal de Melgren al mismo tiempo y desplegamos las órdenes oficiales.

> *Por la presente le concedo a la cadete Violet Sorrengail dos días de permiso cada catorce días para que vuele con Tairn hasta el puesto de servicio o ubicación actual de Sgaeyl y de vuelta, sin desvíos. Cualquier otra ausencia de las clases se considerará una falta sancionable.*

Aprieto los dientes para no darle al coronel la reacción que sin duda espera y doblo con cuidado las órdenes antes de guardármelas en el bolsillo de la cadera. Deduzco que las de Xaden dicen lo mismo, y con la rotación de los permisos, estamos hablando de que nos veremos cada siete días. Tairn y Sgaeyl jamás han estado separados más de tres días. Con una semana vivirán en un estado de sufrimiento prácticamente constante. Es insoportable.

—*¿Tairn?*

El rugido que me ofrece por toda respuesta hace que me retumbe el cerebro.

—Los dragones dan sus propias órdenes —dice Xaden con calma, guardándose las órdenes.

—Supongo que ya lo veremos. —El coronel Aetos asiente, antes de desviar la mirada hacia mí—. ¿Sabes?, estaba algo inquieto con la conversación que hemos tenido antes hasta que he recordado una cosa.

—¿Sí? ¿Cuál? —pregunta Xaden, sin ocultar que está empezando a perder la paciencia.

—Los secretos son una pobre herramienta de extorsión, porque mueren con la persona que los guarda.

6



Lo que nadie dice abiertamente es que a pesar de que los cuatro cuadrantes responden ante el Reglamento de Conducta, la responsabilidad primera de un jinete es para con el Código, el cual suele prevalecer sobre las regulaciones de los otros cuadrantes. Por definición: los jinetes establecen sus propias reglas.

—*Guía para el Cuadrante de Jinetes,*
por el comandante Afendra (edición no autorizada)

La náusea que siento en el estómago no tiene nada que ver con la limonada. Estoy bastante convencida de que el coronel Aetos acaba de insinuar que es capaz de matarnos.

—Menos mal que no guardamos ningún secreto —replica Xaden.

La sonrisa de Aetos le muda en la más afable que he visto en toda mi vida, en una transformación inquietante.

—Ten cuidado con quién compartes tus historias de guerra, Violet. No soportaría que tu madre perdiera a alguna de sus hijas.

¿Qué cojones…?

Siento la energía mientras me crepita en las puntas de los dedos. El coronel me sostiene la mirada un instante para asegurarse de que he captado sus intenciones antes de dar media vuelta y echar a andar hacia el área común sin mediar palabra, con Varrish pisándole los talones.

—Te acaba de amenazar de muerte —gruñe Xaden, y unas sombras asoman por detrás de los pilares.

—Y a Mira.

Si le cuento a alguien lo que ocurrió en realidad, ella también estará en peligro. He captado el mensaje. El poder me arde en las venas, buscando una vía de escape. La ira no hace más que alimentar la energía que pronto se convierte en una oleada sobrecogedora que amenaza con partirme en dos.

—Vamos fuera antes de que hundas este sitio —me dice Xaden ofreciéndome la mano.

Se la cojo y me concentro en controlar los rayos de camino al patio, pero cuanto más me esfuerzo por domeñarlos, más me siento arder, y cuando estamos ya a resguardo de la oscuridad del patio, le suelto la mano a Xaden al tiempo que el poder me abandona el cuerpo, achicharrándome todos los nervios de camino hacia el exterior.

El cielo nocturno se ilumina y un rayo cae en el patio a unos diez metros, levantando grava.

—¡Mierda!

Xaden lanza un escudo de sombras y atrapa las rocas antes de que puedan golpear a alguno de los cadetes cercanos.

—Me da que el alcohol no entorpece tu sello —dice despacio—. Menos mal que aquí fuera todo es piedra.

—¡Lo siento! —les grito a los demás cuando se diseminan mirándome con caras largas ante mi vergonzosa falta de control—. Olvídate de protegerme. El cuadrante necesita que lo protejan de mí. —Respiro hondo y me vuelvo hacia Xaden—. ¿El Ala Sur? ¿Eso es lo que has elegido?

Los líderes de ala tienen derecho a escoger su puesto de servicio.

—No tenía otra opción cuando escribieron a mano nuestras órdenes. Estaré en Samara. Me he pasado el día preparando el equipaje y enviando casi todas mis cosas.

Es el puesto más oriental del Ala Sur, donde las fronteras de las provincias de Krovla y Braevick se entrecruzan, a un día de vuelo de aquí.

—Apenas tendrán unas horas para estar juntos cuando hagan el trayecto.

—Ya. Está bastante cabreada.

—Como Tairn.

Intento contactar con Andarna por si todavía no se ha dormido.

—*Debes de haber perdido todo contacto con la realidad si crees que pienso acercarme a él ahora mismo* —responde con la voz ronca de sueño—. *Está de mal humor*.

—*Deberías estar durmiendo.*

Se supone que debe prepararse para el Sueño sin Sueños. Sigo sin saber lo que significa en realidad y Tairn tampoco está dispuesto a despejarme las dudas sobre los secretos de crianza de los dragones, pero insiste en que es crucial para su crecimiento y desarrollo que duerma durante los siguientes dos meses. Una parte de mí no puede evitar preguntarse si simplemente es una forma ingeniosa de esquivar en mayor medida la edad del pavo de los dragones adolescentes.

Como si esperara la señal, Andarna responde con un bostezo.

—*¿Y perderme estos dramas?*

—No dispondremos más que de unas pocas horas para… —susurro, evitando la mirada intensa de Xaden—. Ya me entiendes. Para pasar información.

El patio me recuerda a un salón de baile unas dos horas después de que todas las personas con dos dedos de frente se hayan ido de la fiesta, lleno de borrachos y malas decisiones. ¿Cómo narices vamos a trabajar Xaden y yo en lo nuestro si no vamos a estar juntos?

—Estoy bastante seguro de que esa es precisamente la idea. Nos separarán todo el tiempo posible, lo más a menudo que puedan. Tendremos que aprovechar al máximo el tiempo que pasemos juntos.

—Esta noche te odio un poquito menos —musito.

—Es el alcohol. No te preocupes, mañana por la mañana volverás a detestarme.

Extiende una mano y no reculo cuando me acaricia la nuca. Una sensación cálida me recorre cada milímetro del cuerpo. El efecto que Xaden ejerce sobre mí es tan irritante como innegable.

—Escúchame. —Baja la voz y tira con delicadeza de mí, mirando de reojo a un grupo de cadetes achispados que nos observan a poca distancia—. *Sígueme el rollo.*

Asiento.

—Volveré de aquí a siete días —dice para que lo oiga la gente que pasa por aquí—. *Sgaeyl y Tairn no podrán hablar desde la distancia. Sentirán sus emociones, pero nada más. Recuerda que los líderes leerán las cartas que nos enviemos.*

Se inclina hacia mí para que a ojos de los demás parezca que nos hemos fundido en una especie de abrazo de despedida, algo que no dista tanto de la verdad.

—En siete días pueden pasar muchas cosas. —Entiendo lo que me está diciendo mentalmente—. ¿Qué voy a hacer cuando no estés?

—Lo importante de verdad seguirá como hasta ahora —me asegura frente a los mirones—. *No te involucres en nada de lo que estén haciendo Bodhi o los demás*.

Tiene esa expresión seria que siempre pone cuando está convencido de que tiene razón.

—No piensas cambiar, ¿verdad? —murmuro con un nudo en la garganta.

—Esto no va de ti ni de mí. Todas las miradas estarán puestas sobre ti, y no tienes reliquias de la Rebelión que oculten tus actos a Melgren si te atrapan sola. Si te involucras, pondrás en peligro todo por lo que hemos trabajado.

Otro grupo de cadetes de camino a la rotonda se nos acerca. Es difícil discutirle algo así, sobre todo cuando lo que he planeado requiere que me den libertad.

—Voy a echarte de menos. —Dobla la mano que me ha puesto en la nuca cuando un par de jinetes del Ala Tres se acercan demasiado—. *Solo puedes fiarte por completo de los que estuvieron con nosotros en Resson*.

—Piensa en todo el tiempo libre que tendrás cuando no tengas que estar entrenándome constantemente en la estera.

Cedo a la necesidad irrefrenable de tocarlo, levantando las manos hasta su pecho para sentir el pulso constante de su corazón bajo las yemas, y culpo al alcohol de mi falta absoluta de juicio.

—Renunciaría al tiempo libre a cambio de tenerte debajo de mí en la estera. —Me rodea la cintura con el brazo y me atrae hacia sí—. *No te arriesgues a fiarte de los otros marcados. Aún no. Saben que no pueden matarte, pero a algunos les gustaría verte sufrir teniendo en cuenta quién es tu madre*.

—¿Ya estamos otra vez con lo mismo?

Intento sonreír, pero me tiembla el labio inferior. No me afecta que se marche; es culpa de la limonada.

—No lo he dejado nunca —me recuerda con voz queda, aunque las otras personas del patio nos estén dando ya una intimidad más que suficiente—. Sobrevive, y estaré de vuelta en siete días. —Su mano se desliza hacia un lateral de mi cuello, y con el pulgar me acaricia la barbilla mientras acerca la boca a apenas un suspiro de la mía—. Hemos conseguido sobrevivir hasta hoy. ¿Confías ya en mí?

El corazón se me acelera. Casi puedo saborear su beso, y lo deseo con todas mis fuerzas.

—Te confiaría hasta mi vida —susurro.

—¿Y ya está?

Su boca flota sobre la mía, la promesa de algo que no llega.

—Y ya está.

La confianza es algo que se gana, y él ni siquiera se está esforzando.

—Lástima —musita levantando la cabeza—. Pero, como he dicho, nos conviene esperar.

El sentido común despeja la bruma de la lujuria con una facilidad pasmosa. Hostia puta, ¿qué he estado a punto de hacer?

—De esperar nada. —Lo fulmino con la mirada, pero a mis palabras les falta acritud—. No hay nada entre nosotros, ¿recuerdas? Tú mismo lo has decidido. Tengo todo el derecho del mundo a volver al salón de reuniones y escoger a quien quiera para que me caliente la cama. Alguien un poco más… normal.

Es un farol. Quizá. O el alcohol. O tal vez solo quiera hacerle sentir la misma incertidumbre que yo.

—Tienes todo el derecho del mundo, pero no lo harás —responde dedicándome una sonrisa parsimoniosa.

—¿Porque es imposible sustituirte?

No lo digo como un cumplido, o eso es lo que me repito a mí misma.

—Porque aún me quieres.

La certeza en sus ojos desbarata mi mal genio.

—Vete a la mierda de una vez, Riorson.

—Nada me gustaría más, pero me estás cortando la circulación —dice mirando el espacio entre nuestros cuerpos.

—¡Ah! —Aparto las manos de su cintura, las dejo caer y doy un paso atrás—. Adiós.

—Te veo en siete días, Violencia. —Retrocede en dirección al túnel que conduce al campo de vuelo—. Intenta no calcinar este sitio mientras esté fuera.

Miro con recelo en su dirección, a ningún punto en concreto, hasta que sé que ya está fuera de mi vista. Y allí permanezco unos minutos, respirando despacio hasta convencerme de que tengo mis emociones bajo control, o eso creo. ¿Qué coño me pasa? ¿Cómo puedo querer a alguien que se niega a contarme toda la verdad?, ¿que convierte en un juego el numerito de «pregúntame lo que quieras»? Como si supiera qué preguntarle…

—Volverá —dice Rhi tras aparecer a mi espalda, con una carta en la mano y un brillo en los ojos a pesar del tono sombrío de sus palabras.

—No debería importarme. —Y, sin embargo, sigo abrazada a mi vientre como si temiera desmoronarme—. ¿Por qué te estás aguantando una sonrisa?

—¿Ha pasado algo entre vosotros dos? —pregunta llevándose la carta al bolsillo.

—¿De qué es la carta? —digo, ignorando su pregunta—. ¿Te han dado las órdenes? —Las órdenes solo suelen significar una cosa. La agarro de los hombros y sonrío—. ¿Eh?

Ella pone una mueca.

—Tengo una buena y una mala noticia.

—Primero la mala.

Ese es mi nuevo lema.

—Aetos es nuestro nuevo líder de ala.

Me quedo boquiabierta.

—Debería haberlo previsto. ¿Y la buena?

—Han ascendido a Cianna, nuestra oficial ejecutiva, a oficial ejecutiva de la sección. —Su sonrisa brilla con más fuerza que cualquier luz mágica—. Y tienes delante a tu nueva líder de pelotón.

—¡Toma ya! —Aúllo de pura alegría y le doy un abrazo—. ¡Enhorabuena! ¡Serás la mejor! Bueno, ¡ya lo eres!

—¿Estamos celebrando algo? —pregunta Sawyer desde el otro extremo del patio.

—¡Joder, claro que sí! —grita Ridoc, vertiendo cerveza por los bordes de la jarra mientras corre hacia nosotras—. ¡Líder de pelotón Matthias!

—¿Cuál es su primera orden, líder de pelotón? —le pregunta Sawyer, con Nadine apresurándose a seguir el ritmo de sus grandes zancadas.

Rhi nos mira a todos y asiente, como si hubiera tomado una decisión.

—Vivid.

Sonrío y deseo que ojalá fuera tan sencillo.

7



Todo libro solicitado en los Archivos de Basgiath debe registrarse y archivarse. Cualquier cadete que no lo haga será amonestado por dejación de sus deberes, así como castigado por la pérdida de cualquier texto del que no hayan hecho un correcto seguimiento.

—Guía para alcanzar la excelencia en el Cuadrante de Escribas, por el coronel Daxton

—Es la primera vez que veo esta aula —dice Ridoc cinco días más tarde, dejándose caer en el asiento a mi lado.

Mientras tanto, el aula en forma de U de la tercera planta, que recuerda a un anfiteatro, se va llenando para la asignatura de Orientación. Nos han agrupado por secciones y pelotones dentro de nuestras alas y ubicado en la segunda fila del lado derecho, justo enfrente del Ala Uno.

El ruido del exterior se convierte en un zumbido constante a medida que los civiles llegan para asistir mañana al Día del Reclutamiento, pero dentro de los muros del cuadrante sigue reinando el silencio. Nos hemos pasado la semana preparándonos para la llegada de los de primero, aprendiéndonos nuestras funciones en el parapeto y bebiendo demasiado por las noches. En definitiva, pasear por los pasillos a primera hora de la mañana se ha vuelto algo bastante interesante.

—Es la primera vez que somos estudiantes de segundo —responde Rhiannon desde mi otro lado, con sus aperos perfectamente alineados sobre su mesa.

—No te falta razón —coincide Ridoc.

—¡Lo he conseguido! —Nadine se sienta junto a Ridoc, apartándose mechones descarriados de pelo lila de la cara con una mano vendada—. ¿Por qué no había visto nunca esta aula?

Rhiannon se limita a negar con la cabeza.

—Porque es la primera vez que somos estudiantes de segundo —le repito a Nadine.

—Claro. Tiene sentido. —Saca las cosas de su bolsa y luego se la deja caer entre los pies—. Supongo que el año pasado no teníamos ninguna clase tan al fondo del pasillo.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —le pregunta Rhiannon.

—Qué vergüenza. —Levanta la muñeca para que se la veamos bien—. Anoche resbalé en la escalera y me la torcí. No os preocupéis, los curanderos creen que Nolon tendrá un hueco para mí mañana, antes del parapeto. Lleva trabajando sin parar desde los Juegos de Guerra.

—Este hombre necesita un descanso —comenta Rhiannon meciendo la cabeza.

—Ojalá tuviéramos descansos como los otros cuadrantes. —Ridoc da golpecitos con la pluma sobre la mesa—. Aunque solo fueran cinco o seis días para desconectar.

—Yo aún me estoy recuperando de la última vez que pasé seis días lejos de aquí —bromeo sin éxito.

Rhi tuerce el gesto y el resto del pelotón se queda callado. Mierda. No debería haber dicho eso, pero estoy exhausta. No tiene sentido tratar de dormir cuando no dejo de soñar con Resson.

—Sabes que puedes hablar conmigo cuando lo necesites.

Rhi me ofrece una sonrisa amable y yo me siento como una mierda por no abrirme a ella. ¿Quiero hablar? Por descontado. ¿Puedo? No después de que Aetos me dejara bien claro que no compartiera mis «historias de guerra». Ya tiene el ojo puesto en Mira, y no pienso condenar también a mi mejor amiga a esa situación. Tal vez Xaden tenga razón; si no puedo mentir, todas mis amistades estarán más seguras si guardo las distancias.

—Buenas tardes, estudiantes de segundo año —dice un jinete alto con voz de trueno mientras se dirige a grandes pasos al centro del aula, que se ha sumido en el silencio—. Soy el capitán… —Pone una mueca, rascándose una

barba recortada de un tono más oscuro que su piel, ligeramente tostada—. El profesor Grady. Y, como veréis, soy nuevo este año y aún tengo que acostumbrarme a lo de «profesor», así como a estar otra vez rodeado de chiquillos de veintiún años. Hace ya un tiempo que no pisaba este cuadrante.

Se vuelve hacia el extremo del aula, hacia la sección donde no hay sillas, y retuerce los dedos en dirección a la pesada mesa de madera que hay allí. Una magia menor la arrastra por el suelo entre chirridos hasta que el profesor Grady levanta la mano con la palma hacia fuera y la mesa se detiene. Se vuelve hacia nosotros y se apoya en el borde de la mesa.

—Mucho mejor. Felicidades por haber sobrevivido a primero. —Gira la cabeza despacio, repasándonos de arriba abajo a todos y cada uno de nosotros—. Hoy sois ochenta y nueve en esta aula. Según me cuentan los escribas, sois la clase más pequeña que entra en esta sala desde los Primeros Seis.

Echo un vistazo a las filas vacías que hay por encima del Ala Uno. El año pasado ya sabíamos que contábamos con la cifra más baja de dragones dispuestos a vincularse con nosotros, pero ver los pocos que somos en realidad es… desconcertante.

—*Cada vez se vinculan menos dragones* —le digo a Tairn; Andarna se sumió en el Sueño sin Sueños hace unos días—. *¿Tiene algo que ver con que el Empíreo sepa lo de los venin?*

—*Sí.*

Casi percibo el suspiro exasperado en la voz de Tairn.

—*Pero necesitamos más jinetes, no menos.*

No tiene ningún sentido.

—*En el Empíreo siguen divididos sobre si deberíamos involucrarnos o no* —gruñe Tairn—. *Los humanos no son los únicos que guardan secretos.*

Pero Andarna y Tairn ya han tomado una decisión, de eso no me cabe duda.

—… pero el segundo año tiene sus propias dificultades —continúa el profesor Grady cuando vuelvo a concentrarme en la clase—. El año pasado aprendisteis a montar en los dragones que os eligieron. Este año, aprenderéis qué hacer si os caéis. Os doy la bienvenida al curso de supervivencia para jinetes, o CSJ para abreviar.

—¿Qué narices es eso? —masculla Ridoc.

—Ni idea —susurro escribiendo las letras «CSJ» en la libreta en blanco que tengo frente a mí.

—Pero si tú lo sabes todo —dice ojiplático.

—Es evidente que no. —Parece ser una constante últimamente.

—¿No sabéis lo que es? —pregunta el profesor Grady con una sonrisa y la mirada fija en Ridoc—. Bien, nuestras tácticas funcionan. —Cruza una bota por delante de la otra—. Por algo el CSJ es algo clasificado; de este modo, podemos ver cómo reaccionáis con honestidad a las situaciones que se os presentan.

—Nadie quiere verme reaccionar con honestidad —murmura Ridoc.

Contengo una sonrisa y niego con la cabeza.

—En el CSJ aprenderéis a sobrevivir si os separáis de vuestro dragón tras las líneas enemigas. Es una habilidad fundamental de vuestro segundo año, que culmina con dos evaluaciones completas que debéis aprobar para continuar en Basgiath; una dentro de unas pocas semanas y la otra… a mediados de año.

—¿Qué cojones harán con los jinetes vinculados que no aprueben? —pregunta Rhiannon en voz baja.

Todos los miembros del pelotón me miran a mí.

—No tengo ni idea.

Caroline Ashton levanta la mano desde su silla en el Ala Uno, al otro lado del aula. Un escalofrío me recorre la columna al recordar la estrecha relación que mantenía con Jack Barlowe, el jinete que estaba decidido a matarme hasta que lo maté yo a él.

—¿Sí? —pregunta el profesor Grady.

—¿Qué significa exactamente «a mediados de año»? —dice Caroline—. ¿O «dentro de unas pocas semanas»?

—No sabréis la fecha concreta —responde arqueando las cejas.

Ella resopla y se recuesta en su silla.

—Y no os la pienso decir, por muchas veces que pongáis los ojos en blanco. Ningún profesor os la dirá porque queremos que os coja por sorpresa, básicamente. Pero sí queremos que estéis preparados. En esta aula os enseñaré a orientaros, a sobrevivir y a soportar interrogatorios por si llegaran a capturaros.

El estómago se me revuelve y el corazón se me acelera. Tortura. Habla del supuesto de que nos torturen. Y ahora conozco información que podrían sacarme a base de torturas.

—Y se os harán pruebas sobre esas cuestiones en cualquier momento —añade el profesor Grady—, en cualquier lugar del cuadrante.

—¿Piensan secuestrarnos? —pregunta Nadine con un grito ahogado cargado de miedo.

—Eso parece —masculla Sawyer.

—Aquí no te aburres nunca —afirma Ridoc.

—Los otros asesores y yo os haremos comentarios durante las pruebas para que, cuando llegue el momento de la evaluación completa, seáis capaces de soportar… —Ladea la cabeza, como si estuviera escogiendo con cuidado sus próximas palabras—. Bueno, pues capaces de soportar el infierno por el que tendréis que pasar. Y os lo dice alguien que ha sobrevivido a ello: mientras no os vengáis abajo durante los interrogatorios, os irá bien.

Rhiannon levanta la mano y el profesor Grady le hace un gesto con la cabeza.

—¿Y si nos venimos abajo? —pregunta.

Todo rastro de sorna desaparece del rostro del profesor.

—No os vengáis abajo.

Con el pulso aún disparado una hora después de la clase de Orientación, me dirijo al único lugar que solía ayudarme a calmar los nervios: los Archivos. Al cruzar el umbral, inhalo el aroma a pergamino, tinta y la nota acre inequívoca del pegamento para encuadernar y dejo escapar un suspiro largo y relajante. Filas y filas de librerías ocupan la vasta estancia, más altas que Andarna pero sin alcanzar la altura de Tairn, llenas de incontables volúmenes sobre historia, matemáticas y política en los que estaba convencida de que se recogían todos los conocimientos del continente. Y pensar que, en un momento de mi vida, estaba segura de que subir por sus escaleras sería lo más aterrador que haría en la vida.

Ahora me limito a existir con el peligro constante del vicecomandante Varrish, la amenaza de Aetos pendiéndome sobre la cabeza, una revolución que podría acabar matándonos a todos y la tortura inminente del CSJ. Casi diría que echo de menos las escaleras.

Tras cinco días comprobándolo, el nombre de Jesinia aparece al fin en el horario de los escribas que han colgado fuera esta mañana, y eso significa que ha llegado el momento de ponerse manos a la obra. ¿Que no me involucre? Y una mierda. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras mi hermano y Xaden arriesgan sus vidas. No cuando estoy segura de que la respuesta para proteger tanto a los civiles de Aretia como de Poromiel está justo aquí, en Basgiath. Puede que la revolución no cuente con ningún escriba entre sus filas, pero me tienen a mí, y si hay alguna posibilidad, por mínima que sea, de que ganemos esta guerra sin las armas que la revolución no ha fabricado o

encontrado, pienso aprovecharla. O al menos pienso investigar esa posibilidad.

Solo los escribas pueden continuar más allá de la larga mesa de roble cercana a la puerta, de modo que me detengo junto a ella y deslizo los dedos por las vetas y cicatrices que tanto conozco mientras espero. Si el entrenamiento para ser escriba me ha enseñado algo es a ser paciente.

Joder, cómo echo de menos este sitio. Añoro lo que creía que sería mi vida. Sencilla. Tranquila. Noble. Pero no añoro a la mujer que era, la que no era consciente de su fuerza. La que creía todo lo que leía con una confianza ciega, como si el mero acto de escribir algo sobre un papel lo convirtiera automáticamente en verdad.

Una figura esbelta con una túnica, pantalones y capucha crema se me acerca y, por primera vez en mi vida, siento nervios por ver a Jesinia.

—Cadete Sorrengail —signa, y sonríe cuando llega a la mesa y se quita la capucha. Tiene el pelo más largo y la trenza castaña le llega casi a la altura de la cintura.

—Cadete Neilwart —signo de vuelta, y esbozo una sonrisa por ver a mi amiga—. Debemos de estar solas si me has concedido un saludo tan entusiasta.

A los escribas se los conmina a no mostrar emoción alguna. Al fin y al cabo, su trabajo no es interpretar, sino registrar.

—En efecto —signa, y se inclina para mirar detrás de mí—. Salvo por Nasya, vaya.

—Está dormido —le aseguro—. ¿Qué hacías ahí dentro?

—Arreglando unas encuadernaciones —signa—. Casi todo el mundo se está preparando para la llegada de los nuevos cadetes mañana. Los días tranquilos son mis favoritos.

—Me acuerdo.

Nos pasábamos casi todos los días tranquilos en esta misma mesa, preparándonos para el examen o ayudando a Markham… o a mi padre.

—Ya me he enterado de… —Se le descompone el rostro—. Lo siento. Siempre me trató muy bien.

—Gracias. Lo echo muchísimo de menos.

Aprieto con fuerza los puños y hago una pausa, consciente de que lo que diga a continuación o bien nos acercará a la verdad… o bien acabará conmigo.

—¿Qué pasa? —signa mordiéndose el labio.

Es la primera de su promoción, lo cual significa que lo más probable es que esté intentando completar la senda del adepto, el grado más duro de los escribas, y el que todo conservador del Cuadrante de Escribas debe poseer. No solo implicaría que pasaría más tiempo con Markham que los otros escribas, sino que prácticamente no abandonaría jamás los Archivos.

Siento náuseas ante la posibilidad real de que no pueda fiarme de ella. Tal vez no sea casualidad que no haya ningún otro escriba a la vista.

—Me preguntaba si tendríais algún libro antiguo sobre la fundación de Basgiath. Tal vez algo sobre por qué escogieron esta ubicación para las protecciones —signo.

—¿Las protecciones? —repite despacio con signos.

—Estoy preparándome la defensa de un debate para Historia sobre la ubicación de Basgiath y de por qué no lo construyeron en Calldyr.

He aquí mi primera mentira real. No hay verdad selectiva alguna en esa frase. Ni forma de retirarla. Para bien o para mal, ahora estoy comprometida con mi propia causa: salvar a cuantas personas sea posible de esta guerra.

—Claro. —Sonríe—. Espera aquí.

—Gracias.

Diez minutos más tarde me entrega dos volúmenes escritos hace más de cien años, y le doy las gracias de nuevo antes de marcharme. La respuesta para proteger Aretia se halla en los Archivos. Por nuestro bien. Solo debo encontrarla antes de que ni siquiera las protecciones puedan salvarnos.

8



Una cosa es cruzar el parapeto en primero, y otra muy distinta es ver que innumerables candidatos pierden la vida. Sientes como si tú también te murieras poco a poco.
Si puedes evitarlo, no mires.

—Página 84 del libro de Brennan

El Día del Reclutamiento se vive de una forma algo distinta desde el otro lado. Me apoyo sobre la almena de la torre del colegio de guerra principal y tomo nota de la longitud de la cola cuando las campanas tocan la novena hora, pero evito fijarme en los rasgos de los candidatos a medida que se inscriben y empiezan a ascender por la larga escalera de caracol que los llevará al parapeto.

No necesito más rostros en mis pesadillas.

—Están empezando a subir la escalera —le digo a Rhiannon, que hace equilibrios con una pluma y la lista.

—Los veo nerviosos —comenta Nadine, asomada sin cuidado sobre el borde de la torre para observar a los candidatos que hacen cola varios pisos más abajo.

Y no son los únicos. Estoy a cuatro pasos de Dain y sus manos robarrecuerdos que podrían arrebatarme todos los secretos de mi cabeza. Levanto los escudos tal como Xaden me ha enseñado y fantaseo con arrojar a Dain de la torre. Ha intentado hablar conmigo, pero me lo he quitado rápido

de encima. ¿Y la cara que ha puesto? ¿Qué derecho tendrá a aparentar estar… desolado?

—¿Tú no estabas nerviosa? —le pregunta Rhiannon a Nadine—. Yo, personalmente, no habría conseguido cruzar sin la ayuda de Vi, aquí presente.

Me encojo de hombros y salto sobre el muro antes de sentarme a la izquierda de Rhi.

—Te di un empujoncito, pero tú ya contabas con el coraje y equilibrio necesarios para cruzarlo.

—Hoy no llueve como en nuestro parapeto. —Nadine mira al cielo sin nubes de julio y se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Con suerte, este año cruzarán más personas. —Se vuelve hacia mí—. Lo lógico es que el año pasado tu madre hubiera contenido la tormenta, teniendo en cuenta que lo estabas cruzando.

—Cómo se nota que no conoces a mi madre.

No convocaría la tormenta para matarme como a una cobarde, pero tengo claro que tampoco la detendría para salvarme.

—Este año solo han accedido a vincularse noventa y un dragones —dice Dain apoyando la espalda en el muro junto a la entrada del parapeto. Está en la misma posición que Xaden el año pasado y tiene la misma insignia exacta en el hombro: la de líder de ala. El muy gilipollas hizo que mataran a Liam y Soleil y lo han recompensado con un ascenso. Qué sorpresa—. Que haya más candidatos no significa que vaya a haber más jinetes.

Se vuelve hacia mí, pero no tarda en desviar la mirada. Nadine abre la puerta de madera de la parte superior de la torre y echa un vistazo escalera abajo.

—Están a mitad de camino.

—Bien. —Dain se aparta de la pared—. Recordad las normas. Matthias y Sorrengail, vuestro único cometido es cerrar la lista definitiva antes del parapeto. No interactuéis…

—Ya conocemos las normas.

Apoyo las manos en el muro, junto a mis muslos, y me pregunto por décima vez desde que me he levantado esta mañana cuándo llegará hoy Xaden.

Tal vez luego pueda abrir los tres libros sobre el arte de tejer nudos tradicionales tyrrish que me dejó (tela incluida) sobre el escritorio de mi nuevo dormitorio en la planta de los de segundo año. Ni que necesitara un pasatiempo. Pero la nota que me ha dejado Xaden sobre el montón… «Lo que

te dije en el parapeto es verdad. Aunque no esté contigo, solo estás tú». No necesitaba más explicación.

Está resistiendo.

—Vale —dice Dain arrastrando la palabra mientras me mira fijamente—. Y Nadine…

—Yo no tengo nada que hacer. —Nadine se encoge de hombros y tira de los hilos de su uniforme en la zona en que ha cortado las mangas—. Estaba aburrida.

Dain le frunce el ceño a Rhiannon.

—Veo que estás llevando al equipo con mano dura, líder de pelotón.

Será capullo.

—No hay ninguna regulación sobre la presencia de cuatro jinetes en la torre durante el parapeto —replica—. Y no me hagas hablar, Aetos. —Levanta la cabeza de la lista perfectamente numerada y alza un dedo—. Y si esperas que me refiera a ti como «líder de ala», te recuerdo que Riorson lo hizo de puta madre sin necesitar que los demás le doráramos la píldora.

—Porque nos tenía a todos acojonados —musita Nadine—. Bueno, a todos menos a Violet.

Intento reprimir una sonrisa y pierdo la batalla cuando Dain se tensa, sin saber qué responder.

—Dado que estamos solos —dice Rhiannon—, ¿qué sabes del nuevo vicecomandante?

—¿De Varrish? Nada, más allá de que es un tío duro que considera que, desde que él se graduó, en el cuadrante nos hemos ablandado con los años —responde Dain—. Es amigo de mi padre.

No me digas.

—Sí, es un sueño tenerlo por aquí —contesta Rhiannon con sarcasmo.

Después de lo de Resson, empiezo a comprender que lo de presionarnos hasta llevarnos al límite no es casual. Mejor romperse aquí que provocar que maten a tus amigos cuando nos marchemos.

—Aquí vienen —anuncia Nadine quitándose del medio cuando los primeros candidatos alcanzan la cima, resollando por la subida.

—*Son jovencísimos* —le digo a Tairn, cambiando el peso de mi cuerpo sobre el muro y deseando haberme envuelto con más cuidado la rodilla izquierda esta mañana. El sudor ya me ha aflojado la rodillera, y la tela suelta me está poniendo de los nervios.

—*Igual que tú en su momento* —señala con un ronquido.

Lleva un par de días de mal humor, y no lo culpo. Tiene el corazón dividido entre hacer lo que realmente desea (reunirse con Sgaeyl) y ver que se me castiga por sus acciones.

La mirada de la primera candidata se posa primero sobre el cabello lila de Nadine para luego desviarse hacia mi coronilla, de donde asoma mi habitual trenza plateada en forma de corona.

—¿Nombre? —pregunto.

—Jory Buell —dice esforzándose por recuperar el aliento. Es alta y va con unas buenas botas y lo que parece una mochila bien equilibrada, pero el agotamiento le jugará a la contra en el parapeto.

—Arriba —le ordena Dain—. Cuando hayas cruzado, le dirás tu nombre a la persona de la lista.

La chica asiente mientras Rhiannon anota su nombre en el primer espacio.

Todos los consejos que Mira me dio el año pasado me corretean por la cabeza, pero no se me permite ofrecer ninguno. Esto es un reto muy distinto: esperar de brazos cruzados mientras los candidatos arriesgan sus vidas para tratar de convertirse en… lo que somos nosotros.

Para muchos de ellos, seremos las últimas caras que verán.

—Buena suerte. —Es todo lo que se me permite decir.

La muchacha se dispone a cruzar el parapeto mientras el candidato siguiente da un paso al frente hasta ocupar su lugar. Rhiannon anota su nombre y Dain espera hasta que Jory ha recorrido un tercio del trayecto antes de dejar que el chico comience.

Observo a los primeros candidatos con el corazón en un puño mientras recuerdo el terror y la incertidumbre de este mismo día el año pasado. Un candidato resbala en la marca del primer cuarto y cae al vacío, y cuando el desfiladero que hay abajo engulle el último de sus gritos, dejo de mirar para ver si llegan al otro lado. No lo soporto.

Dos horas después les pido los nombres sin la menor intención de recordarlos, pero sí tomo nota de los más agresivos, como el toro del hoyuelo marcado que lo cruza a toda prisa, empujando sin miramientos a la candidata pelirroja esmirriada que se esfuerza por llegar a la mitad.

Una pequeña parte de mí muere ante estas muestras de crueldad, y me cuesta recordar que todos y cada uno de los candidatos están aquí por voluntad propia. Todos son voluntarios, a diferencia de lo que ocurre en otros cuadrantes, que aceptan a reclutas que han aprobado el examen de acceso.

—Jack Barlowe júnior —dice Rhiannon para sus adentros.

No me pasa por alto cómo se estremece Dain y mira en mi dirección. Tras dejar escapar un largo suspiro, me vuelvo hacia el siguiente de la hilera, tratando de olvidar que Barlowe me dejó el año pasado en la enfermería. Siento un escalofrío al recordar el momento en que me transmitió energía pura a través de las manos cuando estábamos en la estera, cómo me temblaban los huesos.

—Nom… —empiezo.

La palabra muere en mi lengua al contemplar paralizada al candidato que me mira desde las alturas. Es más alto que Dain, pero no tanto como Xaden, musculoso y de mandíbula fuerte, y aunque su pelo marrón claro está más corto que la última vez que lo vi, reconocería esos rasgos y esos ojos en cualquier parte.

—¿Cam?

¿Qué narices hace aquí?

Le brillan los ojos por la sorpresa y, luego, parpadea cuando me reconoce.

—Aaric… Graycastle.

Reconozco el segundo nombre, pero no así el apellido.

—¿Te lo acabas de inventar? —le susurro—. Porque es horrible.

—Aaric. Graycastle —repite tensando la mandíbula.

Levanta la barbilla con la misma arrogancia que he visto en todos sus hermanos y, sobre todo, en su padre. Incluso aunque no lo hubiera reconocido por las decenas de veces que las vidas de nuestros padres nos habían acabado metiendo en la misma sala, esos desconcertantes ojos verdes lo marcan igual que a mí el pelo. No va a engañar a nadie que haya conocido a su padre o a alguno de sus hermanos.

Me vuelvo hacia Dain, que mira fijamente a Cam…, a Aaric.

—¿Ya lo tienes claro? —pregunta Dain, y la preocupación en sus ojos me devuelve otra vez al Dain que yo conocí, aunque dure bien poco. Esa versión de Dain, en la que siempre podía confiar, murió el día en que me robó los recuerdos y nos vendió a los venin—. Cuando cruces el parapeto, no habrá vuelta atrás.

Aaric asiente.

—Aaric Graycastle —le repito a Rhiannon, que lo anota, aunque es evidente que se huele algo.

—¿Ya lo sabe tu padre? —le susurra Dain a Aaric.

—No es asunto tuyo —responde subiendo al parapeto y estirando los hombros—. Tengo veinte años.

—Como si eso importara una vez que descubra lo que te traes entre manos —replica Dain pasándose la mano por el pelo—. Nos matará a todos.

—¿Piensas contárselo tú? —pregunta Aaric.

Dain niega con la cabeza y me mira, como si buscara una respuesta y el puto líder de ala no fuera él.

—Bien, pues hazme un favor e ignórame —le dice a Dain.

Pero no a mí.

—Estamos en el Segundo Pelotón, Sección Llama, Ala Cuatro —informo a Aaric. Tal vez pueda convencer a los demás de que no digan nada si lo reconocen.

Dain abre la boca.

—Hoy no —le espeto negando con la cabeza.

Él cierra la boca de golpe. Aaric se ajusta la mochila y empieza a cruzar el parapeto, pero no soy capaz de mirarlo.

—¿Quién era ese? —pregunta Rhiannon.

—¿Oficialmente? Aaric Graycastle —contesto.

Ella arquea una ceja y noto una sensación de culpa en el estómago. Ya hay demasiados secretos entre nosotras, esto no tengo por qué ocultárselo. Es algo que merece saber, sobre todo teniendo en cuenta que lo he dirigido a nuestro pelotón.

—¿Entre nosotras? —susurro, y ella me mira con una ceja enarcada—. El tercer hijo del rey Tauri.

—Hostia puta. —Suspira y mira por encima del hombro en dirección al parapeto.

—En efecto. Y te garantizo que su padre no tiene ni idea de lo que está haciendo.

No con lo que tuvo que soportar después de que muriera el hermano mayor de Aaric durante la Trilla, tres años atrás.

—Pinta que el año va a ser fácil —dice Rhiannon con sarcasmo, antes de hacerle un gesto a la persona siguiente sin perder un instante—. ¿Nombre?

—Sloane Mairi.

Giro la cabeza en su dirección como activada por un resorte, el corazón encogido. El mismo pelo rubio, aunque ahora se le meza con la brisa por debajo de los hombros. Los mismos ojos celeste. La misma reliquia de la Rebelión enroscada en su brazo. La hermana pequeña de Liam.

Rhiannon la contempla ojiplática.

Dain parece haber visto a un fantasma.

—Con «e» al final —añade Sloane moviéndose ya hacia los escalones y pasándose el pelo por detrás de las orejas con nerviosismo. Le tapará la cara con la próxima ráfaga de viento y la cegará en mitad del parapeto, y eso es algo que no puedo permitir.

Le prometí a Liam que la cuidaría.

—Para. —Salto del muro antes de sacar la tira de cuero que guardo en el bolsillo delantero de mi uniforme y se la entrego—. Recógete el pelo primero. Lo mejor es una trenza.

Sloane se sobresalta.

—Vi… —empieza Dain.

Lo fulmino con la mirada por encima del hombro. Él es el culpable de que Liam no esté aquí para proteger a su hermana. La rabia me corre por las venas y me calienta la piel.

—Como te atrevas a decir una sola palabra más, te juro que te tiro de la torre, Aetos.

El poder me crepita en las manos sin que yo lo controle y emerge sobre mi cabeza, provocando que un rayo cruce el cielo en una línea horizontal.

Ups.

Él se sienta, mascullando algo sobre que hoy está perdiendo todas las discusiones. Sloane acepta con reticencia la tira de cuero y se recoge el pelo en una trenza, sencilla y rápida, sin dejar de mirarme en ningún momento con los pocos centímetros que me saca.

—Los brazos extendidos para tener más equilibrio —le digo, cada vez con más náuseas por el riesgo que está a punto de asumir—. No dejes que el viento quite firmeza a tus pasos. —Esas fueron las palabras de Mira y ahora son las mías—. Mantén los ojos en las piedras que tengas delante y no mires abajo. Si se te cae la mochila, déjala. Mejor perder eso que la vida.

Levanta la vista hacia mi pelo y luego la agacha hasta los dos parches que han cosido en mi uniforme de verano, justo encima de mi corazón. Uno es el que ganamos el Segundo Pelotón durante la Batalla de Pelotones el año pasado, y el otro, un rayo que se ramifica en cuatro direcciones distintas.

—Eres Violet Sorrengail.

Asiento con un nudo en la garganta. No encuentro las palabras adecuadas para decirle lo mucho que siento su pérdida. Cualquier cosa que me viene a la cabeza no es suficiente.

Le muda el gesto, algo que se parece mucho al odio le llena los ojos mientras se inclina y, con un tono lo bastante bajo como para que solo la oiga yo, dice:

—Sé lo que ocurrió en realidad. Tú hiciste que mataran a mi hermano. Murió por ti.

Siento que me quedo lívida mientras intento quitarme de la cabeza el recuerdo de Deigh precipitándose sobre el guiverno que había atacado a Tairn, de Liam volando por encima de mi silla. Pesaba tanto que casi se me dislocaron los hombros tratando de evitar que se cayera.

—Sí. —No puedo negarlo, y tampoco desvío la mirada—. Lo siento mucho…

—Vete directa al infierno —susurra—. Y lo digo en serio. Espero que nadie encomiende tu alma a Malek. Espero que él la rechace. Liam valía tanto como diez de los tuyos, y espero que pases una eternidad entera pagando por lo que me hiciste perder, por lo que nos hiciste perder a todos.

Sí, la sombra de sus ojos es indudablemente de odio.

Mi corazón abandona mi cuerpo y aterriza en algún lugar cercano al que ella me ha sugerido.

—*No fue culpa tuya* —dice Tairn.

—*Sabes que sí*. —Y si no me recompongo ahora mismo, le habré fallado a Liam otra vez—. Ódiame si quieres —le digo a Sloane echándome a un lado y dejándole libre el camino al parapeto—. Pero hazme un favor y extiende los putos brazos para que no te reúnas con Liam antes que yo. Hazlo por él, no por mí.

Se acabó la mentora dulce y amable que esperaba ser para ella.

Despega la mirada de mí y sube el escalón. El viento la azota y se tambalea, y yo me quedo sin aliento.

—Por la furia de los Mairi, ¿se puede saber a qué ha venido eso? —pregunta Rhiannon.

Niego con la cabeza. No… no soy capaz.

Luego, la chica testaruda por fin extiende los brazos y empieza a avanzar. No aparto la vista. Observo todos y cada uno de sus pasos, como si mi futuro estuviera ligado al de ella. Contengo el aliento cuando se tambalea a medio camino, y los pulmones no se me llenan del todo hasta que la veo llegar al otro lado.

—Lo ha conseguido —le susurro a Liam.

Poco después pregunto el nombre siguiente.

Setenta y un candidatos se han precipitado del parapeto, según las listas. Cuatro más que los de nuestro año.

Una hora después de que se hayan calculado las cifras, el cuadrante se reúne en la formación habitual, tres columnas por ala, y la encargada de la lista grita los nombres uno por uno, dividiendo a los de primero en pelotones.

El nuestro está casi lleno y no hay ni rastro de Sloane. La he estado buscando por el patio, pero o bien me está evitando o… me está evitando. Es la única respuesta lógica.

Nadine, Ridoc y yo esperamos detrás de ocho estudiantes de primero temblorosos, la viva representación de la ansiedad. En la fila siguiente Aaric ha adoptado una postura imposiblemente perfecta, pero mantiene la cabeza gacha junto a una muchacha pelirroja cuya tez al completo ha adquirido un tono verdoso. El miedo que irradian es palpable. Lo rezuma cada gota de sudor que le cae por el cuello al chaval fornido dos filas más allá, las uñas mordidas que la morena que tiene al lado escupe al suelo; se filtra por todos y cada uno de sus poros.

—¿Soy yo o esto es raro de cojones? —pregunta Ridoc a mi derecha.

—Es raro de cojones —coincide Nadine—. En parte me gustaría decirles que todo va a salir bien…

—Mentir es de mala educación —dice Imogen a nuestras espaldas, donde espera con Quinn, que aparenta estar aburrida como una ostra mientras se recorta las puntas de sus rizos rubios con una daga—. No les cojáis cariño. Hasta la Trilla no son más que forraje para dragones.

El chaval fornido con una tez marrón oscuro echa un vistazo por encima del hombro, mirando a Imogen con los ojos fuera de las órbitas. Ella le devuelve la mirada y dibuja un círculo con el índice para indicarle que se dé la vuelta. El chaval la obedece.

—No seas borde —le susurro.

—Dejaré de ser borde con ellos cuando sepa que seguirán por aquí dentro de un tiempo —responde.

—¿No decías que mentir era de mala educación? —le replica Ridoc con una sonrisa, moviendo la cabeza de tal forma que el cuello del uniforme se le mueve, no así los largos pinchos con los que, de algún modo, le ha dado forma hoy a su pelo negro.

Pestañeo antes de acercarme a él, escudriñándole el lateral del cuello.

—Eso es… ¿Te has hecho un tatuaje?

Él sonríe y se baja el cuello para dejar al descubierto la punta de tinta de una cola de espada sobre la piel marrón cálido de su cuello, y que termina cerca del comienzo del uniforme.

—Se me enrosca en el hombro, hasta la reliquia de Aotrom. Mola, ¿eh?

—Mola muchísimo. —Nadine asiente con entusiasmo.

—Total —coincido.

Asignan a Visia Hawelynn a nuestro pelotón. Su nombre me resulta extrañamente familiar, y cuando aparece, formando dos filas más allá, recuerdo por qué. Una cicatriz de quemadura que se le extiende desde el cuello de la camisa hasta el inicio del pelo, curvándosele a lo largo del lado derecho de la cara. Es una repetidora. Sobrevivió a la furia de un Naranja Cola de Daga en la Trilla del año pasado, aunque por los pelos.

Sloane acaba en el Ala Uno.

—Joder —mascullo.

¿Cómo narices voy a ayudarla estando en un ala distinta?

—Pues a mí me parece que te han hecho un favor —dice Nadine en voz baja—. Diría que no te tiene demasiado cariño.

Dain da un paso al frente en la tribuna para dirigirse a Aura Beinhaven, líder de ala mayor, y las dagas que lleva sujetas a la parte superior de los brazos centellean con los rayos de sol al responder con un gesto de cabeza. Dain gira la cabeza en mi dirección y cruza hacia la encargada de la lista que está en el borde de la tribuna, quien hace una pausa y levanta la pluma para garabatear algo en el papel.

—¡Corrección! —le grita a la multitud—. Sloane Mairi al Segundo Pelotón, Sección Llama, Ala Cuatro.

¡Sí! Relajo los hombros de puro alivio. Dain regresa a su posición, ignorando la mueca de reproche del vicecomandante Varrish, y pierde la compostura durante el instante que tarda en lanzarme una mirada indescifrable. ¿Qué? ¿Se supone que Sloane es algún tipo de ofrenda de paz?

La encargada de la lista continúa cantando nombres, colocando a los de primero en sus respectivos pelotones. Sloane aparece uno o dos minutos más tarde, y el alivio que había sentido desaparece en cuanto abre la boca.

—No. Me niego. Cualquier pelotón menos este.

Ay.

Rhiannon acude desde su posición en la parte delantera del pelotón y le lanza a Sloane una mirada que hace que me alegre no enfadarme nunca con Rhi.

—¿A ti te parece que me importe una mierda lo que tú quieras, Mairi?

—¿Mairi?

Sawyer mira atrás entre las filas de estudiantes de primero que nos separan, y sonrío al ver el parche nuevo que tiene en el hombro. Es una elección fantástica como oficial ejecutivo de Rhi.

—La hermana de Liam —le digo.

Se queda boquiabierto.

—No me jodas. —Ridoc nos mira a Sloane y a mí.

—No te jodo —respondo—. Ah, y por si no te habías dado cuenta, ya me odia.

—¡Me niego a estar en el mismo pelotón que ella!

Sloane me atraviesa con una mirada de pura repulsión, pero, oye, sigue llevando el pelo trenzado, así que me apunto ese tanto. Puede que me deteste, pero quizá al menos me escuche lo suficiente como para sobrevivir.

—Deja de faltarle al respeto a tu líder de pelotón y ponte en formación, Sloane —le sisea Imogen—. Te estás comportando como una aristócrata malcriada.

—¿Imogen? —dice Sloane desconcertada.

—Ponte en formación —le ordena Rhiannon—. No te lo diré dos veces, cadete.

Sloane palidece y se coloca en línea delante de Nadine, ocupando el último espacio de nuestros estudiantes de primero. Rhiannon pasa junto a Nadine y se inclina hacia mí.

—Me da a mí que esa chica te quiere muerta —susurra—. ¿Alguna razón en particular que me pueda interesar? ¿Quieres que mire de intercambiarla con otro pelotón?

Sí: mataron a su hermano por mi culpa. Había jurado protegerme, y perdió a su dragón, y la vida, por no romper esa promesa. Pero no puedo decirle eso, igual que tampoco puedo contarle que hay venin más allá de nuestras fronteras.

El estómago se me revuelve ante la idea de tener que mentirle.

«Verdades selectivas».

—Me culpa de la muerte de Liam —contesto despacio—. Que se quede. Al menos, según el Código, si está en nuestro pelotón no podrá matarme.

—¿Seguro?

Rhiannon frunce el ceño.

—Le prometí a Liam que la cuidaría. Se queda —confirmo.

—Entre Aaric y Sloane, vas por ahí acogiendo a personas descarriadas —me advierte Rhiannon con voz queda.

—Nosotros también fuimos personas descarriadas una vez —contesto.

—Toda la razón. Y míranos ahora: vivas y todo.

Una sutil sonrisa le curva los labios antes de que regrese a su puesto en la formación. El sol del mediodía cae a plomo sobre el patio, y caigo en la

cuenta de lo lejos que estamos de la tribuna, donde los líderes de ala esperan con el comandante Panchek. La brisa de la mañana le mece algunos mechones de miel mientras examina la formación con sus ojos marrones, grandes y críticos. Este es el punto álgido del reclutamiento de este año. Empezaremos a morir prácticamente de inmediato.

No yo, claro. He bailado con Malek más veces de las que me habría gustado a lo largo del año pasado, y todas y cada una de ellas lo he mandado a la mierda. Quizá Sloane tenga razón y Malek no quiera tenerme cerca.

—*Te noto inquieta* —dice Tairn con una nota de preocupación en la voz.

—*Estoy bien.*

Así es como se supone que debemos estar, ¿no? Bien. Qué más da quién muera a nuestro lado o a quién matemos durante el entrenamiento… o la guerra. Estamos bien.

La ceremonia comienza al fin con la bienvenida pomposa pero funesta de Panchek a los de primer año y nuestro nuevo vicecomandante, y entonces Aura ofrece una charla sorprendentemente inspiradora sobre el honor de defender a nuestro pueblo antes de que Dain tome la voz cantante, sin duda tratando de estar a la altura de Xaden.

Pero Dain no es Xaden.

El batir de alas y los gritos ahogados de los de primero llenan el aire, y yo respiro hondo cuando seis dragones, cinco de los líderes de ala y un Naranja Cola de Daga tuerto que no reconozco, aterrizan en los muros del patio, detrás de la tribuna. El dragón naranja parece tener mal genio y observa la formación sin dejar de agitar la cola, pero ninguno es tan amenazador como Sgaeyl ni tan aterrador como Tairn. Agacho la cabeza y tiro de una fibra suelta de mi uniforme oscuro.

Los gritos de los de primero retumban contra los muros de piedra cuando los dragones doblan las garras y las hunden en la mampostería. Una roca pesada se desprende del cuerpo y aterriza apenas a un metro de la tribuna, pero los jinetes ni se inmutan. Ahora entiendo por qué a Dain parecía resultarle todo tan indiferente el año pasado.

No hay ni un solo dragón ahí arriba dispuesto a incinerarme y enfrentarse así a la ira de Tairn. ¿Son algo hermoso de ver? Por descontado. ¿Sobrecogedor? Sin duda. El pulso se me acelera ligeramente. Y sí, el Rojo Cola de Maza de Aura contempla a los cadetes como si fueran comida, pero sé que su objetivo principal es ver si puede erradicar a los más débiles.

La pelirroja que tengo justo delante vomita, salpicando la grava, y acto seguido, las botas de Aaric, antes de doblarse por la mitad y sacudirse hasta

vaciar todo lo que tiene en el estómago.

Qué asco.

Sloane se estremece y cambia de postura, como si estuviera a punto de echar a correr.

Mala idea.

—Si no te mueves, no te pasará nada, Mairi —le digo—. Como eches a correr, te incinerarán.

Se endereza, pero cierra las manos con fuerza. Bien. En estos momentos le conviene más estar cabreada que asustada. Los dragones respetan la ira, pero exterminan a los cobardes.

—Esperemos que el resto no vomiten por empatía —masculla Ridoc arrugando la nariz.

—Ya, esa no va a sobrevivir como haga lo mismo en la Presentación —susurra Imogen.

A estos de primero les bastaría con ver a Tairn volando por allí para cagarse encima. Es casi el doble de grande que cualquiera de los dragones apostados en el muro.

—*¿No te ha apetecido ofrecer tus magníficas habilidades de intimidación a este espectáculo?* —le pregunto a Tairn.

—*Yo no participo en trucos de salón* —responde, y yo sonrío ante esa mofa mientras Dain cacarea sobre algo. Intenta desesperadamente derrochar el mismo carisma que Xaden, pero apenas le llega a la suela de los zapatos.

—*¿Qué sabes sobre el naranja del mayor Varrish? Lo veo… inestable.*

Y hambriento.

—*¿Está ahí Solas?* —Sube el tono.

—*¿Solas es un Naranja Cola de Daga con un solo ojo?*

—*Sí*. —No parece hacerle ninguna gracia—. *No le quites el ojo de encima*.

Es extraño, pero le haré caso. Puedo vigilar al naranja mientras observa a los cadetes con el ojo bueno.

—Un tercio de vosotros habrá muerto antes del próximo julio. Si queréis vestir el negro de los jinetes, ¡debéis ganároslo! —grita Dain subiendo la voz con cada palabra—. ¡Debéis ganároslo cada día!

Cath hunde sus garras rojas en la piedra y se inclina sobre la cabeza de Dain, agitando su cola de espada en un movimiento serpentino al tiempo que escupe un aliento de vapor ardiente por encima de la multitud, lo que hace que me entren ganas de vomitar. Ya va siendo hora de que Dain le revise los dientes, porque debe de tener metido un hueso podrido o algo más.

Se oyen gritos en el patio y un estudiante de primero de la zona derecha, de la Sección Cola, rompe la formación y corre de vuelta hacia el parapeto, atravesando los pasillos entre los cadetes.

No, no, no.

—Tenemos un desertor —musita Ridoc.

—Mierda.

Siento un escalofrío y el corazón se me encoge al ver a otros dos del Ala Tres siguiendo su ejemplo, agitando frenéticamente los brazos al romper la formación del Primer Pelotón de la Sección Cola. Esto no terminará bien.

—Parece que se contagia —añade Quinn cuando pasan corriendo a nuestro lado.

—Joder, y encima pensarán que pueden escaparse. —Imogen suspira y deja caer los hombros.

El trío está a punto de chocar con el centro de nuestra ala, nuestra sección, antes de desviarse hacia la abertura en el muro del patio que conduce al parapeto.

—*¡No pierdas de vista a Solas!* —brama Tairn.

Vuelvo a mirar al frente y veo a Solas entornar el ojo hasta apenas una rendija y mecer la cabeza mientras coge aire con un estruendo. Siento una opresión en el pecho cuando echo la vista atrás por encima del hombro y diviso a los desertores acercándose al parapeto. Los dragones no les permitieron alejarse tanto el año pasado.

Está jugando con ellos, y desde este ángulo…

Hostia.

Solas extiende el cuello e inclina la cabeza a un ángulo terroríficamente bajo, antes de desenrollar la lengua y que el fuego se le acumule en la garganta…

—¡Agachaos! —grito abalanzándome sobre Sloane y tirándola al suelo mientras el fuego ruge sobre nuestras cabezas, a tan poca distancia que las llamas me chamuscan todas las zonas expuestas de la piel.

Debo concederle a Sloane que no grita cuando le cubro el cuerpo todo lo que puedo, encorvándome sobre ella, pero los gritos desgarradores que oigo a nuestras espaldas son inequívocos. Abro los ojos el tiempo suficiente para ver a Aaric tumbado sobre la pelirroja bajo el flujo continuo de llamas.

El rugido de Tairn me retumba en la cabeza mientras la lava me besa la espalda arqueada. Se me queda atrapado un grito en la base de la garganta, pero ni siquiera soy capaz de respirar en este infierno, y mucho menos darle voz.

El calor se disipa con la misma velocidad con la que nos ha azotado, y vuelvo a llenar los pulmones de preciado oxígeno y dar largas bocanadas antes de apoyarme en la gravilla para ponerme en pie. Me vuelvo para contemplar las consecuencias mientras otros estudiantes de segundo y tercero se levantan también a mi alrededor.

Los de la parte trasera de nuestra sección que han reaccionado cuando he gritado están vivos. Los otros no han tenido tanta suerte.

Solas ha acabado con los desertores, con uno de nuestros estudiantes de primero y con al menos la mitad del Tercer Pelotón.

Se desata el caos.

—*¡Plateada!* —exige Tairn.

—*¡Estoy viva!* —le respondo a gritos, pero sé que está sintiendo el dolor que mi adrenalina está enmascarando. El hedor… Dioses, el hedor a azufre y la carne quemada de los cadetes muertos, y un regusto a bilis en el paladar.

—Vi, la espalda… —Nadine suspira, acercando la mano antes de apartarla—. La tienes calcinada.

—¿Pinta mal?

Tiro de la parte frontal de mi uniforme y me quedo con él en la mano; la tela de la espalda está totalmente quemada. Al menos la armadura que llevo debajo del uniforme sigue intacta. Ridoc se pasa las manos por los pinchos calcinados y chafados de su pelo, y miro con nerviosismo a nuestro alrededor para comprobar cómo están los demás. Veo que tanto Quinn como Imogen están a salvo detrás de nosotros y ya se apresuran a ayudar al Tercer Pelotón.

Sawyer. Rhiannon. Ridoc. Nadine. Todos intercambiamos miradas rápidas que formulan y responden a la misma pregunta. Estamos ilesos.

Dejo escapar un largo suspiro y noto un cierto mareo de alivio.

—No…, no te ha atravesado la armadura —dice Nadine.

—Menos mal.

Que los dioses bendigan las escamas de dragón.

—¿Estás herida? —le pregunto a Sloane mientras se tambalea, contemplando conmocionada la carnicería del Tercer Pelotón al tiempo que Aaric ayuda a la pelirroja a ponerse en pie—. ¡Sloane! ¿Estás herida?

—No.

Parece que esté sacudiendo la cabeza, pero en realidad está temblando como una hoja.

—¡En formación, ya! —Panchek amplifica su voz para que se oiga por encima del tumulto—. ¡Un jinete jamás rehúye el fuego!

Y una puta mierda. Los que no lo han rehuido ahora están muertos.

Los ojos como platos de Dain se encuentran con los míos. O bien le sorprende lo que ha ocurrido tanto como a mí o es muy buen actor. Y lo mismo con el resto de los líderes de ala, porque todos comparten la misma expresión de desconcierto.

Me vuelvo hacia los restos del Tercer Pelotón y veo a Imogen contemplando un montón de ceniza candente. Como si presintiera que la estoy observando, arrastra despacio su mirada aturdida hacia la mía.

—¡Ahora! —exige Panchek.

Renquea hacia delante y nos encontramos a medio camino, y la agarro de los codos.

—¿Imogen?

—Ciaran —susurra—. Ciaran está muerto.

La gravedad, la lógica o lo que sea que me mantiene en pie se tambalea. No es posible que haya sido algo intencionado…, ¿verdad?

—Imogen…

—No digas nada —me advierte mirando a nuestro alrededor.

Volvemos a nuestra posición en la formación a la vez que el mayor Varrish se dirige al frente de la tribuna; no parece haberle afectado lo más mínimo que su dragón haya acabado con la vida de jinetes que no habían roto la formación, y algunos incluso vinculados.

—¡En Basgiath no solo se ganan su uniforme los de primero! —grita, y juraría que me está hablando directamente a mí—. ¡Un ala es tan fuerte como su jinete más débil!

La furia me invade todos los sentidos, una ira ardiente y que está claro que no es mía.

Una muchacha de cabello negro azulado que hay dos filas más allá trata de huir, alejándose de nuestro pelotón, y el corazón me da un vuelco cuando Solas se inclina de nuevo hacia delante a pesar del chasquido que hace Cath a su derecha, y abre la boca naranja.

Por todos los dioses.

Valoro la posibilidad de embestirla yo misma para tirarla al suelo cuando oigo a mi espalda un aleteo tan familiar como los latidos de mi propio corazón. Y la ira que consume mi aliento, que domina todas mis emociones, se convierte en algo más letal: cólera.

Tairn aterriza en el muro que hay detrás de nosotros, desplegando las alas hasta tal punto que casi roza los dormitorios con una al acomodarse en la hilera superior de piedras junto al parapeto. Los de primero chillan y corren para salvar la vida.

—*¡Tairn!* —grito con más que una ligera sensación de alivio, pero no hay forma de atravesar la furia desmesurada que le recorre las venas. Centro la atención alternativamente en Tairn y en los dragones que hay tras la tribuna.

Todos los dragones de los líderes de ala reculan, incluido Cath, pero Solas mantiene la posición, sacando la lengua cuando Tairn hincha el pecho.

—*No tienes ningún derecho a quemar lo que me pertenece.*

Sus palabras consumen todos mis canales mentales cuando Tairn deja escapar un rugido descomunal en dirección a Solas. Todos los presentes se tapan los oídos con las manos, yo incluida, y el cuerpo entero me tiembla mientras un aire caliente me castiga la nuca.

Los dragones de los líderes de ala se desplazan hacia un lado del muro cuando termina el rugido, lejos del Naranja Cola de Daga, pero Solas se mantiene firme, entrecerrando el ojo hasta dibujar apenas un resquicio dorado.

—Hostia puta —masculla Nadine.

Sí, es un buen resumen.

Tairn extiende el cuello adelante, muy por encima de nuestro pelotón, y manda un estruendoso chasquido de dientes en dirección a Solas, en un claro gesto de amenaza. El corazón se me acelera hasta tal punto que casi me zumba. Solas deja escapar un rugido breve y bronco antes de agitar la cabeza con un movimiento sinuoso. Hunde las garras en el borde del muro y las relaja, y yo contengo el aliento cuando se eleva hacia los cielos y se retira con veloces batidos de alas.

Tairn levanta la cabeza y lo observa alejarse antes de centrar la atención en la tribuna y exhalar una ráfaga de vapor sulfuroso que le sopla la densa mata de pelo negro a Varrish.

—*Creo que ha captado el mensaje* —le digo a Tairn.

—*Si Solas vuelve a acercarse a ti, sabe que devoraré a su humano entero y dejaré que se pudra en mi interior mientras aún le lata el corazón, y luego le arrancaré el ojo que tuve la magnanimidad de dejarle.*

—*Muy… explícito.*

No pienso preguntarle por la historia que hay entre ellos cuando Tairn sigue emanando oleadas de pura ira como si de una tormenta eléctrica se tratara.

—*La amenaza debería bastar. Por ahora.*

Retrocede para ganar impulso antes de saltar del muro, y el batir de sus alas levanta la grava que nos rodea cuando alza el vuelo. Panchek regresa al

podio, pero ya no tiene el pulso tan firme cuando se pasa una mano por el pelo ralo de su cabeza y las medallas del pecho.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

Varrish me lanza una mirada asesina y casi puedo saborear su odio en la boca. Sabe Dunne que si hasta ahora no podía contarlo entre mis enemigos, desde hoy no me cabe la menor duda de que sí.

9



> Y en las montañas de la cordillera de Riscoacero, los dragones verdes de la estirpe de Uaineloidsig, conocidos por su agudo intelecto y apariencia racional, ofrecían sus terrenos de cría ancestrales por el bien de los dragones, y fue entonces cuando los Primeros Seis tejieron las protecciones de Navarre en lo que ahora es el Colegio de Guerra Basgiath.
>
> —*Navarre unido, un tratado de supervivencia,*
> por *Grato Burnell,* conservador del Cuadrante de Escribas

A la mañana siguiente me despierto con sudores fríos, el cielo pálido iluminado por las primeras luces que se cuelan por la ventana orientada hacia el este y el cuerpo lleno de adrenalina por la pesadilla. Como todas las mañanas desde que Xaden se marchó, me vendo rápido las rodillas y me visto con el uniforme de verano flexible (pensado para los entrenamientos) sobre la armadura. Luego me recojo el pelo en una única trenza suelta y salgo de la habitación.

El corazón me sigue latiendo con fuerza al bajar a buen ritmo la escalera de caracol. Mi cerebro no es capaz de olvidarse de las pesadillas tan vívidas que tengo mientras duermo. Cuando puedo pegar ojo, claro. Trago saliva para quitarme de la boca el regusto a bilis. Uno de los venin huyó de Resson, con una telaraña de venas rojas en sus ojos malévolos. Quién sabe cuántos más habrá abriéndose paso hacia nuestra frontera mientras descansamos.

Cuando llego a la planta baja, los de primero se apresuran a cumplir con las tareas que les acaban de asignar, pero el patio está vacío y tranquilo y el aire huele a humedad. No obstante, gracias a los dioses, se avecina una tormenta y hace menos calor que ayer.

Me llevo el talón de la bota al muslo para estirar el músculo. A pesar de la copiosa cantidad de ungüentos de Winifred, sigo teniendo la piel de la espalda en carne viva por la quemadura de ayer, pero está cien veces mejor que anoche.

—¿No te ha dicho nadie que una de las ventajas de ser estudiantes de segundo es esa hora extra de sueño por no tener tareas? —me pregunta Imogen al acercarse, pisando ligera la grava.

—Que le aproveche a la gente que pueda dormir —respondo estirando la otra pierna—. ¿Qué haces aquí?

—Voy contigo. —Se dispone a estirar como yo, girando el cuello al mismo tiempo—. Pero lo que no entiendo es a qué viene lo de correr todas las mañanas.

Me quedo paralizada.

—¿Cómo sabes que salgo a correr todas las mañanas? Si Xaden cree que necesito que me vigilen este año…

Niego con la cabeza, incapaz de terminar la frase. Se suponía que debía venir ayer a visitarme, pero no llegó a aparecer, para agravio de Tairn… y mi angustia.

—Relájate. Xaden no lo sabe. Mi habitación está justo encima de la tuya, y digamos que yo tampoco estoy durmiendo demasiado bien.

Desvía la mirada hacia la rotonda cuando un grupo de cadetes empieza a cruzarla. Dain, Sawyer, Rhiannon, Bodhi. Los reconozco a casi todos como los líderes del Ala Cuatro. Rhi y Sawyer nos distinguen al instante y se dirigen hacia nosotras.

—Pues eso, ¿por qué corremos, Sorrengail? —quiere saber Imogen, que está terminando con los estiramientos.

—Pues porque en general se me da de pena —contesto—. Se me dan bien las carrerillas, pero si tengo que correr durante un buen rato…, no seré capaz. —Por no mencionar el calvario que supone para mis articulaciones.

Imogen desvía la mirada hacia mí y abre mucho los ojos. Bodhi viene por detrás y echa a andar también en nuestra dirección. Sus andares son tan similares a los de Xaden que casi tengo que mirar dos veces.

—¿Qué os traéis entre manos? —pregunta Rhiannon guardándose una libreta bajo el brazo cuando ella y Sawyer nos alcanzan.

—Podría preguntarte lo mismo. —Fuerzo una sonrisa—. Pero supongo que es una reunión de líderes.

—Sí. —Un gesto de preocupación le frunce el ceño mientras me examina la cara—. ¿Estás bien?

—Totalmente. ¿Ha ido bien la reunión?

Como intento de conversación normal es patético, teniendo en cuenta las escenas de Resson que sigo reproduciendo en mi cabeza desde la pesadilla.

—No ha estado mal —responde Sawyer—. Han transferido a Bodhi Durran de la Sección Cola a la Sección Llama.

—Hemos tenido que hacer algunas reestructuraciones después de cómo acabó el Tercer Pelotón ayer —añade Rhiannon.

—Claro, tiene sentido. —Echo un vistazo por encima del hombro y calculo que dispongo de unos cinco segundos antes de que Bodhi nos alcance. Si se da cuenta de que tengo problemas, es indudable que se lo contará a Xaden, y ahora mismo no necesito tener con él esa conversación—. Oye, tengo que irme.

—¿Adónde? —pregunta Rhiannon.

—A correr —indico con sinceridad.

Ella echa atrás la cabeza y frunce aún más el ceño.

—Si tú no corres nunca.

—Oye, mejor tarde que nunca —bromeo.

Ella nos mira a Imogen y a mí.

—¿Con Imogen?

—Sí —responde Imogen—. Se ve que ahora nos gusta correr.

Bodhi llega a tiempo de oírlo, y enarca las cejas.

—¿Juntas? —Los ojos de Rhiannon siguen rebotando entre Imogen y yo —. No entiendo nada.

«Si no puedes mentir, guarda las distancias».

—No hay nada que entender. Vamos a correr, sin más.

Esbozo una sonrisa tan tensa que casi tengo la sensación de que la cara entera se me acabará fracturando por el esfuerzo de mantenerla.

Bodhi entorna los ojos.

—Pero ¿y si no llegáis a tiempo para el desayuno?

—Sí que llegaremos —le promete Imogen—. Si nos vamos ya. —Mira a Bodhi—. Yo me encargo.

—Deja que se vayan —dice Bodhi.

—Pero… —empieza Rhiannon, buscándome la mirada con la suya, como si pudiera leerme la mente. Imogen lleva entrenándome desde el año pasado,

pero Rhi sabe que no somos precisamente amigas.

—Deja que se vayan —repite, y esta vez no es una sugerencia, sino una orden del líder de sección.

—¿Nos vemos más tarde? —pregunta Rhi.

—Sí, hasta luego —respondo, sin tener claro si lo digo en serio.

Me doy la vuelta sin decir ni una sola palabra más y cruzo el patio a buen ritmo en dirección al túnel. La gravilla va fatal para la tracción y hace que todo sea más difícil, pero no me importa. Es justo lo que necesito.

Imogen me alcanza con unos pocos pasos.

—¿A qué te refieres con que no serás capaz?

—¿Eh?

Nos detenemos en las puertas.

—Me has dicho que no serás capaz. —Imogen agarra el pomo antes que yo y bloquea la puerta—. Cuando te he preguntado por qué corrías. ¿A qué te referías?

Por un momento me debato entre decírselo o no, pero ella también estaba allí. Y también tiene insomnio.

—Soleil no fue capaz. —Nos miramos fijamente, pero ella no muda la expresión. Juro por los dioses que no hay nada que la perturbe. La envidio—. Estaba en el suelo cuando ella la mató. Esa forma de canalizar… dejó la tierra seca. Y todo lo que estaba en contacto con la tierra, incluidos Soleil y Fuil. Lo vi con mis propios ojos, y vuelvo a verlo todas las noches cuando cierro los ojos. Se extendió tan rápido que sé que… no podría escapar. No si estuviese demasiado lejos de Tairn. No soy lo bastante rápida para cubrir una distancia considerable.

Intento tragar saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta, pero parece que últimamente se ha acomodado y no desaparece.

—Todavía —dice Imogen abriendo la puerta del túnel—. No somos lo bastante rápidas todavía. Pero lo seremos. En marcha.

—Estar aquí arriba es raro de cojones —comenta Ridoc a mi izquierda, más tarde ese día, cuando nos sentamos en la primera clase de Informe de Batalla del año académico, observando desde las alturas a los de primero, que ocupan más de un tercio del aula.

Los de tercero, a nuestras espaldas, han tenido que quedarse de pie en la gigantesca aula escalonada. Este es el único lugar del cuadrante, sin contar con la sala de reuniones, diseñado para alojar a todos los cadetes que aspiran a

ser jinetes, pero todavía harán falta algunas semanas de listas de la muerte para que todos podamos sentarnos frente al mapa del continente de varios pisos de alto. Me recuerda al de la sala de informes de Brennan en Aretia. Mi hermano cree que no disponemos más que de seis meses antes de que los venin alcancen las protecciones, y en este mapa no hay ni una sola indicación.

—Desde aquí las vistas son un poco mejores —señala Nadine desde el otro lado de Ridoc.

—Está claro que es más fácil distinguir las partes más altas del mapa —coincide Rhiannon a mi derecha, sacando sus materiales y colocándolos en la mesa que hay frente a ella—. ¿Ha ido bien el entrenamiento esta mañana?

—No sé si bien, pero sí que ha sido efectivo.

Dejo mi libreta y la pluma sobre la mesa, poniendo una mueca al notar que una punzada de dolor me sube por las espinillas, y refuerzo los escudos. Mantenerlos en alto en todo momento es más difícil de lo que creía, y a Tairn le encanta recordármelo cuando tengo algún desliz.

—Mirad a los de primero con sus plumas y su tinta —señala Ridoc inclinándose hacia delante para ver a los novatos.

—Acuérdate de que antes nosotros no conocíamos conjuros menores para utilizar plumas sin tintero —lo reprende Nadine—. No vayas de superior.

—Es que somos superiores —responde Ridoc con una sonrisa.

Nadine pone los ojos en blanco y yo no puedo evitar sonreír.

La profesora Devera baja por una estrecha escalera de piedra a nuestra izquierda que desciende por los distintos niveles del aula, con su espadón preferido colgado a la espalda. Tiene el pelo negro algo más corto que la última vez que la vi y una herida irregular, reciente, a lo largo de la piel caoba del bíceps.

—He oído que se ha pasado la última semana en el Ala Sur —musita Rhiannon.

Se me tensa el estómago y me pregunto si habrá visto algo.

—Os doy la bienvenida a vuestro primer Informe de Batalla —anuncia la profesora Devera.

Desconecto cuando empieza a recitar el mismo discurso que el año pasado y advierte a los de primero que no se sorprendan si reclaman a los de tercero para que presten servicio en puestos del interior o acompañen a las alas de vanguardia. Arrastra la mirada por todos ellos antes de alzarla hacia los de segundo y, antes de continuar hacia arriba, los ojos se le arrugan un breve instante al lanzarme una sonrisa orgullosa mientras explica lo necesario que es que sepamos cuál es el estado actual de nuestras fronteras.

—Esta será también la única clase en la que no solo deberéis responder a una jinete como profesora, sino también a un escriba —termina, alzando la mano hacia la escalera.

El coronel Markham se levanta las puntas de su túnica crema al bajar los escalones en dirección al centro del aula. Tenso los músculos y reprimo el impulso de lanzarle una de mis dagas a esa espalda de traidor que tiene. Lo sabe todo. Es imposible que no esté al tanto. Escribió el puto libro sobre la historia navarrense con el que aprenden todos los jinetes. Y, hasta el año pasado, yo era su pupila estrella, a la que había elegido personalmente para que ascendiera en el Cuadrante de Escribas.

—Respetaréis al coronel Markham como a cualquier otro profesor —continúa la profesora Devera—. Es la máxima autoridad de Basgiath en lo que respecta no solo a nuestra historia, sino también a los acontecimientos más recientes. Es posible que algunos no lo sepáis, pero la información del frente la recibimos primero en Basgiath antes de enviársela al rey en Calldyr, de modo que seréis los primeros en enteraros.

Agacho la vista hacia el nivel donde Aaric está sentado junto a Sloane, en la fila de los estudiantes de primero de nuestro pelotón, y debo reconocer que ni se inmuta, ni siquiera se remueve en su asiento. Con un buen vistazo, Markham sabría quién es, pero con ese corte de pelo tiene al menos una oportunidad de pasar desapercibido, siempre que no levante la cabeza. O al menos hasta que su padre dé la voz de alarma de que ha desaparecido de su lecho dorado en Calldyr.

—Primera cuestión de debate —anuncia Markham al llegar al centro del aula, frunciendo unas cejas plateadas—. La semana pasada no hubo uno sino dos ataques de grifos en nuestra frontera.

Un murmullo se extiende por la sala.

—El primero —dice la profesora Devera al levantar una mano y usar magia menor para mover una de las banderas de un extremo del mapa hacia la frontera que compartimos con la provincia de Braevick, en Poromiel— fue cerca de la aldea de Sipene, en lo alto de las montañas Esben.

A una hora de vuelo de Montserrat.

El único sonido que rompe el silencio es la pluma contra el pergamino mientras tomamos notas.

—Esto es lo que podemos contaros —prosigue Markham, cruzando las manos a su espalda—. El grupo atacó dos horas después de la medianoche, cuando prácticamente todos los aldeanos dormían. No fue provocado, y dado

que Sipene es una de las aldeas que hay al otro lado de las protecciones, el Ala Este tardó unas horas en detectar la violencia.

Hundo los hombros sin dejar de escribir, deteniéndome solo para comprobar el mapa. La aldea se encuentra a dos mil cuatrocientos metros, una altitud desagradable para los grifos. ¿Qué buscaban? Tal vez debería haberme pasado la noche leyendo lo que hay en aquellas montañas en lugar de los seiscientos años de ramificaciones políticas que determinaron que nuestro colegio de guerra se levantara aquí y no en Calldyr, al oeste.

—Tres dragones que patrullaban desde el puesto avanzado cercano aplastaron al grupo, pero para cuando llegaron el daño ya estaba hecho. Habían robado suministros y quemado hogares. Encontraron al último piloto de grifo en una cueva cercana, sobre la aldea, aunque ni él ni su grifo pudieron contarnos los motivos del ataque, pues los quemaron en cuanto los avistaron.

Si quemas a tus prisioneros, te aseguras de que no hablen sobre los venin contra los que han estado combatiendo.

—Se lo tienen bien merecido —masculla Ridoc negando con la cabeza—. ¿Cómo pueden atacar a civiles?

¿De verdad fue eso lo que ocurrió? Markham no ha mencionado ninguna baja, solo daños materiales. Miro por encima del hombro al lugar en el que se encuentra Imogen, cruzada de brazos, con Bodhi y Quinn. Agacha la cabeza y me mira, y aprieta la boca antes de volver a centrar la atención en Markham.

Joder. Quiero estar ahí con ellos, preguntarles qué opinan en realidad, o incluso con Eya, que está en una esquina con su pelotón de tercero. Tal vez no tengamos una relación estrecha, pero al menos sabe la verdad. Y, sobre todo, lo que quiero es hablar con Xaden. Quiero respuestas que no está dispuesto a darme.

—Y respecto a la segunda —continúa la profesora Devera, moviendo otra bandera, esta vez hacia el sur. El desayuno se me revuelve en el estómago cuando la bandera llega a su destino—. Hace tres días atacaron el puesto de Athebyne.

Suelto un grito ahogado, la pluma se me resbala de la mano y, en medio del silencio del aula, se me cae sonoramente sobre el escritorio.

—¿Estás bien? —me susurra Rhiannon.

—¿Tienes algo que decir, cadete Sorrengail? —me pregunta Markham.

El escriba ladea la cabeza y me mira con esa expresión indescifrable tan suya y de la que tanto se enorgullece. Pero a lo que recurría más a menudo cuando trataba de arrancarme respuestas era a ese ligero movimiento de ceja.

Sé que es consciente de lo que ocurre fuera de nuestras fronteras, pero ¿le habrá contado el coronel Aetos que yo también estoy al tanto?

—No, señor —respondo recogiendo la pluma antes de que caiga de la mesa—. Me ha cogido por sorpresa. Por lo que recuerdo de lo que me enseñó durante mi preparación para el Cuadrante de Escribas, no es habitual que ataquen directamente puestos avanzados.

—¿Y?

Apoya la espalda en la mesa del centro del aula, dándose golpecitos con el dedo por la nariz bulbosa.

—Y el año pasado también atacaron Montserrat directamente, así que no puedo evitar preguntarme si es una táctica a la que el enemigo haya comenzado a recurrir con más frecuencia.

—Es una idea interesante, y algo que estamos valorando los escribas.

La sonrisa que se le dibuja en el rostro cuando se levanta de la mesa no es ni mucho menos amistosa, y vuelve a cruzar las manos tras la túnica al tiempo que me hace un gesto aprobatorio con la cabeza.

—Solemos empezar con los de primero —interviene la profesora Devera lanzándole una mirada al coronel Markham—. Para terminar con los detalles que podemos daros sobre el ataque a Athebyne, ocurrió poco antes de la medianoche, mientras nueve de los doce dragones que hay estacionados allí estaban de patrulla. Los efectivos del enemigo rondaban las dos docenas, según sabemos, y los derrotaron los tres dragones presentes con la ayuda de la infantería. Dos pilotos de grifo consiguieron llegar al nivel inferior del puesto antes de que los capturaran y mataran.

—*Escudos* —gruñe Tairn, y vuelvo a levantarlos.

—*No me había dado cuenta de que los había bajado.*

—*A estas alturas ya deberían ser como la ropa* —me reprende, con un tono algo más agresivo del habitual.

—*¿Cómo?*

—*Entiendo que, si no te la pusieras, notarías la brisa en el cuerpo.*

Vale, lo pillo.

—¿No es allí adonde os enviaron? —pregunta Rhiannon—. A Athebyne.

Asiento, con la esperanza de que ninguno de esos jinetes fuera alguno de los que combatió con nosotros en Resson.

Llega el momento de las preguntas de los de primero. ¿Qué formación escogieron los grifos para el ataque en Athebyne? Una formación en V típica. ¿Están relacionados de algún modo los dos ataques? No tenemos motivo para creerlo.

Las preguntas se suceden durante un largo rato, pero ninguna está llegando al meollo del asunto, lo cual me hace contemplar a los cadetes que tengo bajo mis pies con una buena dosis de escepticismo; no sé si tendrán el pensamiento crítico que necesitarán aquí. Aunque, de nuevo, tal vez los de otros años pensaron lo mismo de nosotros el año pasado.

Por último Devera da voz a los de otros años. Rhiannon levanta la mano al instante y Devera grita su nombre.

—¿Creen que es posible que el enemigo supiera que el puesto avanzado se vació para los Juegos de Guerra e intentara aprovecharse de la situación? —pregunta.

Exacto.

La profesora Devera y el profesor Markham se miran.

—Sí, es posible —responde al fin la profesora Devera.

—Pero el retraso demostraría que no habían recibido la información a tiempo, ¿correcto? —continúa Rhiannon—. ¿Cuánto tiempo estuvo vacío el puesto? ¿Unos pocos días?

—Cinco, para ser concretos —contesta Markham—. Y el ataque se produjo ocho días después de que lo volvieran a ocupar. —Desvía la mirada hacia mí, antes de elevarse hacia las filas superiores—. El puesto comercial de Poromiel cercano, Resson, fue destruido por unos disturbios poromielenses hace unas semanas y creemos que eso ha podido contribuir a la interrupción de sus líneas de comunicación sobre nuestro puesto avanzado.

¿Disturbios poromielenses? Siento el poder acumulándose en mi interior a tal velocidad que la piel me arde.

Devera mira de reojo a Markham.

—Tampoco solemos daros las respuestas.

Markham ríe entre dientes y agacha la cabeza.

—Mis disculpas, profesora Devera. Hoy no estoy muy allá. Apenas he pegado ojo estos últimos días.

—No sufras, es algo que nos pasa incluso a los mejores.

Levanto la mano y Devera grita mi nombre.

—¿En qué parte del puesto avanzado encontraron a los pilotos de grifo?

—Cerca de la armería.

«Mierda». Asiento. Estaban saqueando el puesto en busca de armas. Es posible que nuestras protecciones no lleguen tan lejos, pero apostaría lo que fuera a que los líderes habrían trasladado un alijo de dagas hasta allí de haber sabido que había venin cerca. Brennan no puede suministrar ni a una mínima

fracción de las bandadas. Por descontado que lucharían por robar armas. Debemos llevarnos más de contrabando.

—¿Qué haríais si estuvierais al mando de la defensa en el puesto de Athebyne? —le pregunta al aula, y luego grita el nombre de Caroline Ashton cuando esta levanta la mano.

—Doblaría las patrullas durante las próximas semanas como muestra de fuerza y, tal vez, valoraría la posibilidad de saquear algunas aldeas poromielenses fronterizas —sugiere.

Rhiannon se ríe entre dientes.

—Recordadme que no la saque nunca de sus casillas —masculla Ridoc.

—¿Como venganza? —la interrumpe Dain—. Nosotros no actuamos así. Lee el Código sobre las reglas de los enfrentamientos, Ashton.

«Dice el hombre que me envió a morir».

—Tiene razón —coincide Devera—. Defendemos nuestras fronteras con una fuerza letal, pero no llevamos la guerra hasta los civiles.

Tampoco nos molestamos en salvarlos. Pero ¿acaso lo sabe? Joder, ¿hay alguien aquí de quien pueda fiarme? Aunque… tal vez el informe al completo sea incorrecto. Tal vez los atacantes fuesen guivernos y venin, no grifos. Tal vez esta presentación no sea más que una minuciosa mentira.

—¿A cuántos jinetes hirieron en el ataque a Athebyne, teniendo en cuenta que uno murió? —pregunto.

—A cuatro —responde Devera señalándose el brazo—. Yo incluida. Esta herida fue cortesía de una piloto con una excelente puntería con el arco.

Adiós a la idea de que los atacantes no fueran grifos.

Nos dejan irnos tras media hora más sobre sucesos recientes, y yo abandono mi pelotón en medio del gentío, en busca de Bodhi. Lo encuentro cerca de la escalera del aula de Informe de Batalla.

—¿Sorrengail? —me pregunta después de atravesar el cuello de botella que se forma en las puertas.

—Quiero ayudar —susurro. Quizá pueda hacer algo más que leer.

—Me cago en la puta. —Me agarra del codo y me arrastra hasta un rincón, cerniéndose sobre mí con un gesto exasperado—. Tengo instrucciones directas de que evite a toda costa que nos ayudes.

—¿Ni siquiera está aquí y sigue dándote órdenes?

Me ajusto la correa de mi bolsa en el hombro cuando la mayor parte del cuadrante pasa apretujado a nuestro lado.

—Esa táctica no te servirá conmigo así como así.

Se encoge de hombros y se introduce una pluma en la escayola del brazo.

—Y yo que pensaba que eras el más razonable del grupo. —Suspiro—. Mira, si me dejas ayudar, a lo mejor podemos impedir lo que deduzco que son… excursiones para recoger suministros. —Hablar en código es ridículo, pero podrían estar escuchándonos—. Dame algún trabajo.

—Uy, es que soy el más razonable del grupo. —Esboza una sonrisa, apoyándose sobre los talones—. Pero no quiero morir. Sobrevive a segundo y refuerza los escudos, Sorrengail. Ese es tu trabajo.

—¿Está intentando convencerte para que le permitas unirse a nuestros chanchullos? —pregunta Imogen, deteniéndose a nuestro lado.

—Tú lo has dicho, lo está «intentando». Sin éxito —responde Bodhi, antes de desaparecer entre la multitud.

—¿Cómo se supone que vamos a volver a clase como si no me hubiera pasado nada? —le pregunto a Imogen al mezclarnos con el alud de cadetes que se dirigen a la escalera principal del ala académica.

—Lo que se supone es que debemos fingir que no ha pasado nada —me contesta Imogen en voz baja, saludando a Quinn con la mano, que espera más adelante con Rhiannon—. Ese es el acuerdo al que accedimos todos al llegar aquí. —Mueve la bolsa y tuerce la muñeca para que la reliquia de la Rebelión quede entre las dos—. Y, te guste o no, ahora eres una de nosotros. O, bueno, todo lo que puedes parecerte a nosotros sin tener una de estas.

Me cambio de hombro la pesada bolsa y asiento, consciente de que sé muy poco para ayudar a los marcados y demasiado como para hablarles con franqueza a mis amigos.

—Hola —le dice Imogen a Quinn—. ¿Comemos?

—No me lo digas dos veces —señala Quinn.

Las dos se adelantan mientras Rhiannon se rezaga para que pueda alcanzarla.

—Oye, ¿Quinn no solía comer con su novia? —pregunta Rhi.

—Sí, pero se ha graduado.

—Ya. —Suspira y baja la voz—. Quería hablar contigo antes del desayuno, pero no he tenido oportunidad. Creo que el colegio nos está ocultando algo.

A punto estoy de tropezar con mis propias botas, pero recupero el equilibrio antes de hacer el ridículo.

—¿Perdón?

Es imposible que lo sepa. No puede ser. Sobreviví a duras penas a la pérdida de Liam… No me puedo ni imaginar lo que ocurriría si le pasara algo a ella.

—Creo que está pasando algo en el Cuadrante de Curanderos —dice bajando la voz—. Ayer intenté llevar a uno de primero con Nolon después de que la formación se convirtiera en un infierno de llamas, y el tío está hecho una mierda. O sea, es que apenas se mantiene en pie. Y cuando fui a preguntarle si se encontraba bien, el nuevo vicecomandante me dijo que tenía cosas más importantes que hacer que hablar con cadetes, y prácticamente lo escoltó hasta esa puertecilla que hay al fondo de la enfermería, que ahora está vigilada por un guardia. Creo que están ocultando algo ahí atrás.

Abro y cierro la boca varias veces, dividida entre la confusión y el alivio.

—Quizá hayan llevado a algunos jinetes heridos desde los puestos avanzados para que los repararan —sugiero. El retraso explicaría por qué Bodhi sigue con la escayola puesta.

Ella niega con la cabeza.

—¿Desde cuándo un puñado de huesos rotos destrozan a un reparador?

—A lo mejor han traído a un prisionero de Poromiel. —Ridoc se encaja entre nosotras—. Y Nolon no deja de sanarlo mientras Varrish lo destruye. He oído a uno de los de tercero decir que Varrish es conocido por las… torturas.

—Y tú eres conocido por cotillear —dice Rhi negando con la cabeza.

En vez de comer con mis amigos, me excuso y me llevo la bandeja al rinconcito de biblioteca del área común para terminar de leer *Navarre unido, un tratado de supervivencia*. Por desgracia, después de una hora de estar encorvada sobre el volumen, caigo en la cuenta de que ya conozco la mayoría de los datos que regurgita sobre el triunfo de la Unificación y los sacrificios tanto de los humanos como de los dragones para alcanzar la paz. La decepción escuece como el corte que te haces con un papel. Como es obvio, los secretos de la construcción de las protecciones no iban a estar en el primer libro que encontrara, pero habría sido una agradable sorpresa que por fin me pusieran algo fácil.

Valoro la posibilidad de pedirle a Jesinia un tomo más centrado en los Primeros Seis mientras me cambio para la evaluación física en mi habitación, antes de salir hacia el gimnasio y reunirme con mi pelotón en el borde de la estera.

—No soporto el día de evaluación física —mascullo ocupando el espacio entre Rhi y Nadine.

—No te culpo, después de lo que te pasó el año pasado —bromea Ridoc al colocarse junto a Sawyer.

El primer enfrentamiento comienza entre dos de nuestros estudiantes de primero, y no puedo evitar fijarme en que Rhi me mira de reojo cada pocos

minutos. Al final, Visia, la repetidora, ha machacado a la bruta de impresionantes rizos naranjas que ayer le vomitó a Aaric encima, y Rhi me ha mirado con el ceño fruncido. Y no es la única. Sloane me observa como si fuera capaz de matarme con la mirada mientras cambia el peso del cuerpo de un pie a otro en la parte izquierda de la estera.

—¡Baylor Norris y Mischa Levin! —grita el profesor Emetterio, el instructor de combate de nuestro pelotón, a los de primero que hay junto a Sloane, antes de agachar la cabeza afeitada hasta el portapapeles que sostiene en sus fuertes manos.

Mierda. No quería saberme sus nombres. El chaval fornido de ojillos nerviosos se enfrenta a la morena que ayer no era capaz de dejar de morderse las uñas.

—¿Estás bien? —le pregunto a Rhi cuando la morena consigue tumbar vete a saber cómo al chaval fornido. Impresionante.

—¿Eso no debería preguntártelo yo? —responde Rhi bajando la voz hasta apenas un susurro—. ¿Estás enfadada conmigo?

—¿Qué? —Desvío la atención de la paliza que le está metiendo la chica al otro y me vuelvo hacia Rhiannon—. ¿Por qué iba a estar enfadada contigo?

—Entre lo de salir a correr y lo de no comer con nosotros tengo la sensación de que me evitas. Y sé que es absurdo, pero no me quito de la cabeza que a lo mejor estás mosqueada porque ayer escogí a Sawyer como oficial ejecutivo en vez de a ti, y en ese caso hablémoslo, porque…

—Espera. ¿Qué? No. —Niego con la cabeza, llevándome una mano al vientre—. En absoluto. Soy la peor opción posible como oficial ejecutiva, habida cuenta de que tengo que volar hasta Samara cada dos semanas para que Tairn vea a Sgaeyl.

—¿Verdad? —Asiente, y el alivio le suaviza los ojos marrones—. Eso fue justo lo que pensé.

—Sawyer es una elección fantástica, y no tengo ninguna aspiración a ocupar un puesto de liderazgo. —Lo único que intento es pasar desapercibida —. No estoy enfadada, ni mucho menos.

—Entonces ¿no me estás evitando? —pregunta Rhi.

—Yo habría sido una oficial ejecutiva de puta madre —interrumpe Nadine, ahorrándome que tenga que responder—. Pero al menos no elegiste a Ridoc. Lo habría visto como una plataforma más desde la que seguir haciendo bromas.

Supongo que no estamos hablando tan bajo como creemos.

Mischa derrota a Baylor sin demasiadas dificultades y Emetterio llama a la pareja siguiente a la estera.

—Sloane Mairi y… —lee de la lista—. Aaric Graycastle.

—¡Yo quiero enfrentarme a ella! —exclama Sloane, apuntándome con una daga.

Debería estar de coña, pero lo dice muy en serio. Con un suspiro, me cruzo de brazos y niego con la cabeza en dirección a la hermana pequeña de Liam.

—Joder, Sloane. —Imogen resopla, riéndose desde la derecha, donde observa con Quinn—. ¿Tantas ganas tienes de morir en tu primer día?

—¿Te acaba de hacer un cumplido? —susurra Rhiannon.

—Por raro que parezca, creo que sí.

—Puedo con ella —replica Sloane apretando tanto el cuchillo que la piel de los nudillos se le pone blanca—. Por lo que me dijiste en la carta el año pasado, las articulaciones se le dislocan con solo mirarla. Tan difícil no será.

—¿En serio? —digo lanzándole una mirada de reproche a Imogen.

—Te lo puedo explicar. —Imogen se lleva una mano al pecho—. Vamos a ver, el año pasado no me caías bien, ¿te acuerdas? Eres algo así como un gusto adquirido.

—Fantástico. Se agradece —le digo con sarcasmo.

—Mira, Mairi, no podrían importarme menos las rencillas que te traigas con Sorrengail. —Emetterio suspira como si este año ya lo hubiera agotado —. Sé quién la entrenó y no pienso arrearla contra una de primero. —Arquea una de sus cejas negras en dirección a Imogen—. Yo también cometí un error el año pasado. —Se vuelve de nuevo hacia Sloane, con las comisuras de la boca hundidas—. Ahora desármate y enfréntate a Graycastle.

Sloane entrega sus armas y se coloca frente a Aaric, quien fácilmente le saca más de diez centímetros y años de entrenamiento de combate privado. Pero es la hermana de Liam, así que cabe la posibilidad de que sea capaz de defenderse.

—¿Alguien ha dicho «Sorrengail»? —pregunta una voz ronca a nuestras espaldas.

Nuestra hilera de estudiantes de segundo echa un vistazo por encima del hombro al acosador de primero que arrojó a la chica esmirriada desde el parapeto. Lleva un parche del Ala Dos en el hombro y avanza con las manos a los lados.

—Qué popular eres hoy, ¿no? —me susurra Nadine con una sonrisa, volviéndose con sorna hacia el de primero—. Hola. Yo soy Violet Sorrengail.

—Se señala el pelo violeta—. ¿Lo ves? Como mi pelo. ¿Tienes un mensaje para…?

Sin mediar palabra, la agarra de la cabeza con ambas manos, se la retuerce y le parte el cuello.

10



No es inusual que entren candidatos en el Cuadrante de Jinetes a los que han pagado para asesinar a otro cadete. Siento que en este caso el objetivo fuera Mira, pero me enorgullece confirmarle que se deshizo de la amenaza sin mayor problema. Tiene enemigos, general.

—Nota oficial del comandante Panchek
a la general Sorrengail

Contemplo conmocionada durante un brevísimo instante el momento en que el estudiante de primero deja caer el cuerpo de Nadine al suelo con un insoportable golpe seco y su cabeza torcida en un ángulo antinatural.

Está muerta.

No, por favor. Otra vez no.

—¡Nadine! —grita Rhiannon corriendo a arrodillarse a su lado.

—¿Nadine? —pregunta el de primer año uniendo las espesas cejas.

—¡¿Se puede saber qué narices has hecho?! —brama Emetterio.

—Que nadie interfiera —exijo, y me veo con dos de mis dagas en las manos antes de ser siquiera consciente de que las había cogido.

El gigantón aparta la mirada del cadáver de Nadine hacia mis dagas y, luego, a mi pelo.

—Yo soy Violet Sorrengail.

El corazón me martillea en el pecho, pero no volverá a morir nadie más en mi nombre. Las agarro por la punta y, sin esperar a que responda, lanzo ambas dagas. Sin embargo, es rápido para alguien de su tamaño y levanta los brazos a tiempo, donde las dos hojas se hunden hasta la empuñadura.

Joder.

—*¡Violet!* —grita Andarna.

—*¡A dormir!*

Levanto los escudos para bloquearlo todo y a todos. Xaden no está y Liam murió por protegerme. Me da igual quién sea el tipo que está tratando de matarme ahora mismo. O soy lo bastante fuerte para sobrevivir o no, sin medias tintas.

El de primero se arranca las dagas ensangrentadas de los antebrazos en una rápida sucesión con un gruñido colérico y las deja caer al suelo con un repiqueteo metálico. Craso error. Puede que me saque treinta centímetros, pero necesitará las dagas si quiere matarme. Aunque su complexión… no será nada fácil de sortear.

«Deja de intentar movimientos grandes que solo te exponen». Las palabras que Xaden me dedicó el año pasado me resuenan en la cabeza como si lo tuviera justo a mi lado. Debo aprovechar lo que tengo, mi velocidad, en beneficio propio.

Cargo hacia él a toda velocidad y él agita sus gruesos puños en dirección a mi cabeza, pero me arrodillo antes de que entren en contacto. Ignorando el dolor desgarrador que el impacto me ha provocado en las piernas, aprovecho el impulso para deslizarme y cortarle los tendones de una rodilla al pasar a su lado. Él aúlla, cae como un puto árbol y topa de bruces contra el suelo.

—¡Violet! —grita Dain desde algún lugar a mi espalda.

Me tambaleo para ponerme en pie y me vuelvo hacia el gigante, que se ha incorporado como si no sintiera el dolor, pero no es capaz de sostenerse en pie con lo que le he hecho. Sí que puede, sin embargo, alcanzar una de las dagas que ha dejado caer y lanzármela.

Que es justo lo que hace.

—¡Mierda!

Ruedo a un lado para evitar mi propia daga y él me suelta una patada con la pierna que no le he cortado. Su bota me alcanza justo detrás del muslo y no veo más que el techo cuando caigo de espaldas y me golpeo la cadera con toda la fuerza de mi peso. El dolor me ciega durante un segundo cuando choco de cabeza contra el suelo, una punzada ardiente y penetrante que hace que me piten los oídos. Pero al menos no me he apuñalado con mis propias

hojas. Una sigue en mi mano, aunque tengo la vista borrosa y los ojos me dicen que en realidad son dos.

El de primero me agarra del muslo derecho y tira de mí, arrastrándome con el distintivo chirrido del cuerpo contra las baldosas pulidas. Si le atravieso la mano con la daga, me la hundiré también en mis propios músculos, de modo que opto por apuntarle al brazo, pero apenas alcanzo a infligirle un corte superficial en el antebrazo.

El corazón se me encoge al oír a las personas que me rodean gritando mi nombre, pero no pueden intervenir. Soy estudiante de segundo año, y este imbécil no está en mi pelotón.

Me agarra con firmeza y tira de mí hacia él con los pies por delante; la sangre que ha vertido me empapa la nuca y el pelo.

Si no me libero, estoy muerta.

Levanto la pierna izquierda y le propino una patada en cuanto estoy lo bastante cerca, acertándole en la mandíbula, pero no me suelta. El cabrón es tenaz. Con la patada siguiente oigo un crujido; le he roto la nariz. La sangre sale volando por los aires, pero él la ignora al abalanzarse sobre mí y retenerme en el suelo con su incomprensible peso.

Joder, joder, joder.

Agito el cuchillo, pero él me sujeta la mano derecha y me aplasta la muñeca contra el suelo. Acto seguido me rodea el cuello con la otra mano y aprieta.

—Muérete ya —sisea, y su voz se mezcla con el zumbido de mis oídos cuando acerca la cara a la mía.

Me oprime con firmeza la tráquea y pierdo la capacidad de llenar los pulmones.

—Los secretos mueren con la persona que los guarda —me susurra pegando su nariz a la mía. Tiene los ojos marrón claro, pero con un borde rojizo, como si estuviera bajo los efectos de algún tipo de droga.

Aetos.

El miedo me inunda la mente y se abre paso entre mis escudos, pero no es mío. No puedo prestarle atención al miedo de Tairn. Por ahí no encontraré más que conmoción y muerte.

Y no pienso morir debajo de un mindundi de primero.

La visión se me empieza a nublar cuando agarro una de las dagas que tengo envainadas en las costillas con la mano izquierda, la desenfundo y hundo la hoja en la espalda del gigante, en el ángulo que Xaden me enseñó: en el riñón. Una, dos, tres veces. Pierdo la cuenta mientras lo apuñalo una y

otra vez, hasta que el de primero relaja las manos que me estrangulan el cuello y se desploma encima de mí.

Es un peso muerto.

Mis pulmones se esfuerzan por volver a llenarse cuando reúno las pocas fuerzas que me quedan para quitármelo de encima. Pesa más que un toro, pero consigo levantarlo lo suficiente como para deslizarme a un lado.

El aire, hermoso y preciado aire, me llena el pecho y doy largas bocanadas, inspirando a través del fuego que siento en la garganta, y levanto la vista hacia las vigas del techo. Dolor. Mi cuerpo no es más que dolor.

—¿Violet? —me pregunta Dain con voz temblorosa al acuclillarse a mi lado—. ¿Estás bien?

«Los secretos mueren con la persona que los guarda».

No, no estoy bien. Su padre acaba de intentar asesinarme.

Me obligo a entrar en ese espacio mental familiar que hay más allá del dolor y me incorporo antes de apoyarme en las manos y rodillas. Me asaltan oleadas de náuseas, así que inspiro por la nariz y espiro por la boca hasta que consigo contenerlas.

—Dime algo —me suplica Dain en un susurro agitado.

Retrocedo a gatas hasta arrodillarme, arqueo el cuello y pongo una mueca mientras trato de respirar.

—Vi…

Dain se pone de pie y me ofrece una mano, y la preocupación en esos ojos que tanto conozco me…

Ni de coña.

Dedico toda mi energía a los escudos.

—No me toques —digo entre dientes con voz bronca, y me levanto poco a poco, más que consciente de las miradas que hay clavadas en mí.

Estoy mareada, pero me resisto mientras recojo mis cinco dagas. Todas las personas cercanas me observan cuando me agacho y utilizo el uniforme del estudiante de primero muerto para limpiar la sangre de mis dagas antes de envainarlas.

El miedo que invadía mis canales mentales da paso a una profunda sensación de alivio.

—*Estoy bien* —les digo a Tairn y Andarna.

—Matthias y Henrick, llevaos los cuerpos —ordena Dain, o al menos creo que es él. El zumbido de los oídos ha ahogado todo lo que esté a más de treinta centímetros.

Emetterio aparece frente a mí.

—¿Puedo tocarte? —pregunta. Es evidente que a Dain se lo he impedido más bien a voces.

Asiento, asegurándome de que los escudos están en su sitio, y Emetterio me sostiene la cara y me examina los ojos. Bloquea la luz y luego levanta la mano. El estómago se me revuelve con más náuseas.

—Tienes una conmoción cerebral. ¿Quieres saltarte el resto de la sesión?

Deja caer la mano de mi cara y me sostiene de los brazos cuando me tambaleo.

—No.

No pienso irme del día de evaluación física igual que el año pasado.

—Ya me encargo yo —dice Imogen agarrándome del codo.

Emetterio aprieta los labios y entorna los ojos negros.

—Este año no intentaré matarla. Se lo prometo.

Me atrae hacia ella sin llegar a sujetarme, pero sí permite que me apoye en ella un poco

Bueno, bastante.

—Te acaban de estrangular, cadete Sorrengail —me recuerda Emetterio.

—No es la primera vez —respondo con voz ronca por las cuchillas que me atraviesan la garganta—. Me recuperaré. Me quedo.

El profesor suspira, pero finalmente asiente y regresa a su sitio, a la cabeza de la estera, antes de recoger el portapapeles que, por lo visto, ha tirado al suelo.

—Lo ha mandado Aetos —le susurro a Imogen—. Creo que van a por nosotros. Dioses, espero que esa no sea la razón por la que Xaden no se presentó ayer.

Los ojos verdes de Imogen se iluminan un instante antes de que Ridoc aparezca a mi otro lado, rozándome con el hombro.

—Hostia, Sorrengail —masculla ofreciéndome un brazo que no acepto.

—Siempre me pasa algo, ¿eh?

Intento esbozar una sonrisa mientras los dos se dirigen de vuelta hacia el borde de la estera, brindándome el apoyo necesario para que no me caiga hacia ningún lado.

—Probablemente le hayan querido enviar un mensaje a tu madre —dice Emetterio negando con la cabeza—. Lo mismo le pasó a tu hermana mayor durante sus estudios.

Los de primero me miran horrorizados con los ojos fuera de las órbitas mientras yo echo un vistazo en torno a la estera ensangrentada y descubro que

Rhiannon, Dain y Sawyer han desaparecido. Claro: se han llevado a Nadine y el cadáver del desconocido de primero.

Nadine está muerta porque ha dicho que se llamaba Violet.

Me escuecen los ojos y una pena pesada amenaza con hacerme perder el equilibrio, pero no puedo permitirme sentirla. No puedo permitir que se asiente, no con todo el mundo mirándome. La empujo hacia la caja donde guardo todas las emociones que me sobrepasan.

Sloane y Aaric siguen en el centro de la estera, observándome con distintas expresiones de desconcierto en el rostro. Veo más preocupación en el de Aaric que en el de Sloane.

—¿Alguien piensa limpiar este desastre y luchar o qué? —pregunto ignorando el líquido espeso que me gotea por la nuca. Estar aquí empapada con su sangre es mejor que estar tumbada en el suelo y empapada con la mía.

—Y tú querías enfrentarte a ella, Mairi —bromea uno de los de primero desde el otro lado de la estera. Tiene los ojos castaños hundidos bajo unas cejas angulosas y una mandíbula ancha y cuadrada, pero no sé cómo se llama. No quiero saber cómo se llama, joder.

Ya me sé los nombres de Sloane y Aaric, y ya es demasiado.

Y me sabía el de Nadine.

Esperamos hombro con hombro mientras los de primero limpian la sangre y después terminamos con la evaluación, y yo me centro en registrar todos y cada uno de los errores en el estilo de lucha de Sloane, que… no son pocos. De hecho, no parece haber dedicado ni un solo día a entrenar para el cuadrante. Pero no es posible. Liam era el mejor guerrero de nuestro año, y todos los marcados saben que deben presentarse en el Cuadrante de Jinetes cuando son mayores de edad. Tiene que haber recibido formación.

—¿Seguro que es la hermana de Liam? —pregunta Ridoc.

—Sí —responde Imogen con un largo suspiro—. Pero no se crio entre guerreros, y se nota.

Aaric la tumba seis veces sin apenas esfuerzo.

Pues nada. Esto complica algunas cosas, como ayudarla a sobrevivir.

Una hora más tarde sobrevivo a la clase de Física bajo la atenta mirada de Rhi, más que consciente de la sangre del de primero que se me seca en la piel y con la cabeza bien alta mientras los otros cadetes me miran. Es más fácil cuando el pitido de los oídos se reduce, pero sigo con unas náuseas del demonio después de la clase.

Me excuso de la cena, rechazo el ofrecimiento de Rhi de ayudarme a subir a mi habitación y me dispongo a subir sin prisa pero sin pausa los escalones

hasta el piso de los de segundo. Me duelen todos los huesos, músculos y fibras de mi ser.

Un instante antes de tocar el pomo de la puerta siento esa sombra familiar con tintes de medianoche envolviéndome la mente. Una descarga de alivio me recorre el cuerpo cuando abro y veo a Xaden apoyado en el muro entre mi escritorio y la cama, con el aspecto de estar preparado para matar a alguien, como de costumbre, y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Han pasado ocho días —croo, y tuerzo el gesto.

—Ya lo sé —contesta impulsándose con la pared y cruzando la habitación en unos pocos pasos—. Y por lo que Tairn le ha mostrado a Sgaeyl, debería haberle dicho a mi comandante que se fuera a la mierda y haber vuelto antes.

Me sostiene la cara con las manos de una forma muy distinta a la de Emetterio, y la ira que le arde en los ojos no concuerda con la dulzura de su tacto mientras examina mis lesiones.

—La sangre es del otro.

Noto la garganta como si hubiera tragado fuego líquido.

—Bien.

Tensa la mandíbula al agachar la vista hacia los cardenales que sé que tengo en el cuello.

—Ni siquiera sé cómo se llamaba.

—Ya lo sé.

Deja caer las manos y yo lloro al instante su pérdida.

—Lo ha enviado el coronel Aetos.

Xaden asiente en un gesto breve.

—Siento no haberlo matado antes.

—¿Al de primero? ¿O a Aetos?

—A los dos. —Ni siquiera sonríe ante mi conato de broma—. Vamos a limpiarte y a vendarte.

—No puedes ir por ahí matando a cadetes. Ahora eres oficial.

—No me tientes.

—¿Cómo va por Samara? —le pregunto horas más tarde.

Estoy sentada de piernas cruzadas en mi cama, ya bañada y vaciando un cuenco de sopa que ha conseguido sacar del alboroto que hay montado en el campus principal. Me duele cada vez que trago, pero Xaden tiene razón: no puedo permitirme estar débil por no comer.

—Quién te ha visto y quién te ve, haciéndome preguntas.

A Xaden se le curva una comisura de la boca al recostarse en el sillón que hay en una esquina de mi habitación, afilando sus dagas con una tira de cuero. Se ha quitado la ropa de vuelo cuando yo estaba en el baño, pero el uniforme nuevo le queda aún mejor. No puedo evitar fijarme en que a este tampoco le ha puesto parches. Solo le he visto la insignia de líder y designación de ala cuando estaba en el cuadrante.

—Hoy no pienso pelearme contigo por lo de tu jueguecito de las preguntas.

Lo fulmino con la mirada, y diviso los dos volúmenes que Jesinia me prestó en la estantería que hay a su lado. No obstante, cualquier intención de contarle lo que he estado investigando desaparece al recordar que no está dispuesto a revelarme toda la verdad.

—Que quiera que me preguntes lo que desees saber no es un juego. Y lo nuestro tampoco es un juego. —Arrastra la hoja por el cuero sin parar, una y otra vez—. Y Samara es… diferente.

—Las respuestas escuetas no me sirven.

Él levanta la vista de su labor.

—Me paso el día demostrando lo que valgo en el que sin duda es el puesto más cruel que tenemos. Es… molesto.

Esbozo una sonrisa. Qué sorpresa que Xaden esté molesto, ¿eh?

—¿No te tratan como a los demás?

—¿Por esto, quieres decir?

Se da unos golpecitos en el lateral del cuello con la hoja de la daga, señalándose la reliquia.

—Sí.

Él se encoge de hombros.

—Creo que el apellido tiene más culpa que la reliquia. Los jinetes veteranos no se pasan tanto con Garrick, y lo agradezco.

Dejo la cuchara en el cuenco.

—Lo siento.

—Tampoco es que sea peor de lo que me esperaba, y el sello me sirve para contenerlos. —Se guarda la tira de cuero en el morral y envaina la última daga antes de levantarse—. Pero qué te voy a contar aquí. La gente no deja de juzgarte por tu apellido.

—Creo que es justo decir que en tu caso es peor.

—Solo dentro de las fronteras.

Gira mi armadura, que se está secando en el respaldo de la silla del escritorio, y atraviesa la habitación para sentarse en el borde de la cama. No

es tan grande como la que él tenía el año pasado, pero hay espacio de sobra para los dos si llegara a pedirle que se quedara. Algo que no haré. Ya es bastante difícil tenerlo cerca y no besarlo. Dormir a su lado sería… Es indudable que me vendría abajo.

—Comprensible. —Dejo el cuenco en la mesilla de noche y recojo mi cepillo, y entonces desvío la mirada hacia la puerta cuando oigo la voz de Rhiannon un segundo antes de que cierre su puerta—. Y eso me recuerda que… ¿Protegiste mi habitación a prueba de visitantes antes de marcharte?

Xaden asiente.

—Y también está insonorizada. —Apoya el tobillo en la rodilla, sin llegar a pisar mi cama con las botas—. En un sentido, claro. Puedes oír lo que pasa fuera, pero desde fuera no se oye lo que pasa dentro. Pensé que quizá te iría bien algo de intimidad.

—¿Para estar con todas las personas que no puedo traerme aquí?

—Puedes traerte a quien quieras —replica.

—¿En serio? —Mi voz rezuma sarcasmo mientras me paso el cepillo por el pelo húmedo—. Porque Rhiannon intentó entrar y acabó en el otro extremo del pasillo.

Las comisuras de la boca se le levantan en lo que es la sombra de una sonrisa.

—Dile que la próxima vez te coja de la mano. La única forma de entrar es tocándote.

—Un momento. —Hago una pausa y termino de pasarme el cepillo por las puntas enredadas—. Entonces ¿las protecciones no son solo para ti y para mí?

—La habitación es tuya, Violet. —Sus ojos siguen el movimiento del cepillo por mi pelo, y trago saliva al ver que retuerce los dedos sobre su regazo—. La habitación está protegida para que dejes entrar a quien quieras que entre. —Carraspea y cambia el peso del cuerpo mientras yo termino otra pasada del cepillo—. Y sí, egoístamente hablando, a mí.

«Me encanta tu pelo, joder. Si algún día quieres vencerme o ganar cualquier discusión, solo tienes que soltártelo. Con eso lo entenderé».

Me quedo sin aliento al recordarlo. ¿De verdad solo han pasado unos pocos meses desde que me lo dijo? Tengo al mismo tiempo la sensación de que fue hace una eternidad… y ayer mismo.

—¿Protegiste mi habitación para que tuviera una privacidad absoluta con quien quisiera traerme? —Arqueo las cejas—. Por si me apeteciera…

—Hacer lo que te diera la gana. —Contengo el aliento al distinguir el fuego en sus ojos—. Nadie oirá nada. Ni aunque revientes un armario.

Me tiembla el cepillo y se me cae al regazo, pero lo recojo al instante. O casi.

—Este en concreto parece bastante sólido, no como el trasto endeble que tenía en mi habitación el año pasado.

Y que convertimos en leña por accidente la primera vez que nos pusimos las manos encima.

—¿Me estás poniendo a prueba? —Echa un vistazo al mueble—. Porque te garantizo que podríamos desbaratarlo en cuanto te hayas recuperado.

—Aquí nadie llega a recuperarse nunca del todo.

—Es verdad. No tienes más que decirlo, Violet. —La temperatura del cuerpo me sube varios grados solo por su forma de mirarme—. Solo dos palabras.

¿Dos palabras?

Antes muerta que decirle que lo deseo. Suficiente poder ejerce ya sobre mí.

—Poder y deber son dos cosas totalmente distintas —consigo articular. Mi fuerza de voluntad en lo que respecta a Xaden es una basura. Acabaría en sus brazos con solo rozarme, aceptando lo que él considere que es una verdad suficiente en lugar de la honestidad total que merezco…, no, que necesito—. Y es evidente que no debemos.

—Entonces cuéntame cómo te ha ido la semana —dice. Apenas le cuesta cambiar de tema.

—No fui capaz de supervisarlos a todos —admito—. En el parapeto. Lo intenté, pero… no pude.

—¿Estabas en la torre? —pregunta frunciendo el ceño.

—Sí. —Me remuevo, echando las rodillas doloridas a un lado—. Le prometí a Liam que ayudaría a Sloane, y desde el patio me habría sido imposible. —Una risotada sarcástica me escapa de los labios—. Y ella me odia con todas sus fuerzas.

—Es imposible odiarte. —Se pone en pie y se acerca a su morral, apoyado en una pared—. Créeme. Yo lo intenté.

—Créeme tú a mí. Me odia. De hecho, trató de desafiarme en la evaluación física. —Apoyo la espalda en el cabecero de la cama—. Me culpa de la muerte de Liam. Y no le falta razón…

—La muerte de Liam no fue culpa tuya —me interrumpe tensando el cuerpo—. Fue mía. Si Sloane quiere verter su odio en alguien, que apunte

aquí. —Se da unos golpecitos en el pecho antes de volverse y dejar el morral sobre el escritorio.

—No fue culpa tuya.

No es la primera vez que tenemos esta discusión, y algo me dice que tampoco será la última. Supongo que hay bastante culpa para los dos.

—Sabes que sí.

Abre el morral y rebusca en el interior.

—Xaden…

—¿Cuántos candidatos han caído este año?

Extrae un papel doblado y vuelve a cerrar el morral.

—Demasiados.

Aún oigo algunos de los gritos.

—Siempre son demasiados. —Se sienta de nuevo en la cama, esta vez lo bastante cerca para que mis rodillas le rocen el muslo—. Y no pasa nada si no fuiste capaz de ver cómo morían los más jóvenes. Significa que sigues siendo tú.

—¿En el sentido de que no me estoy convirtiendo en otra persona? —El estómago se me revuelve ante el gesto impasible de su rostro, ante el muro que ha levantado entre nosotros el hecho de haber mencionado la muerte de Liam—. Porque esa es la sensación que tengo. No quiero ni aprenderme los nombres de los de primero. No quiero conocerlos. No quiero sufrir cuando mueran. ¿En qué me convierte eso?

—En una estudiante de segundo.

Lo dice con indiferencia, del mismo modo que declaró que no había podido salvar a todos los marcados el año pasado, solo a los que estaban dispuestos a ayudarse a sí mismos.

A veces olvido lo despiadado que puede llegar a ser.

Lo despiadado que puede llegar a ser en mi nombre.

—No es la primera vez que veo la muerte —respondo—. El año pasado prácticamente estaba rodeada de muerte.

—No es lo mismo. Ver a nuestros amigos, a nuestros iguales, morir en el Guantelete, en la Trilla, en desafíos o incluso en batalla es una cosa. Aquí todo el mundo lucha por sobrevivir, y nos preparan para lo que nos aguarda ahí fuera. Pero en lo que respecta a los candidatos más jóvenes…

Niega con la cabeza y se inclina hacia delante. Yo aprieto con fuerza el cepillo para no tocarlo a él.

—En el primer año algunos pierden la vida —continúa con apenas un hilo de voz, pasándome el pelo mojado por detrás de la oreja—. En el segundo

año, los que sobrevivimos perdemos la humanidad. Forma parte del proceso de convertirnos en armas eficaces, y no olvides jamás que esa es la misión del colegio.

—¿Insensibilizarnos ante la muerte?

Xaden asiente. Poco después alguien llama a la puerta y doy un respingo, pero no puedo evitar darme cuenta de que Xaden ni se inmuta. Suspira y se levanta, y entonces se dirige hacia la puerta.

—¿Ya? —pregunta tras abrirla, bloqueándole la visión al visitante. O bloqueándomela a mí.

—Ya. —Reconozco la voz de Bodhi.

—Dame un minuto.

Xaden cierra la puerta sin esperar a que le respondan.

—Déjame que te acompañe.

Me quedo con los pies colgando de un lado de la cama.

—No. —Se acuclilla frente a mí hasta ponerse a mi altura, con el pergamino de su morral aún en el puño—. Dormir es la forma más rápida de recuperarse, a menos que tengas pensado acudir a Nolon, quien, por lo que he oído, no está muy por la labor últimamente.

—Tú también necesitas dormir —protesto, tratando de dominar el pavor que me atenaza la garganta. Solo disponemos de unas horas para estar juntos, y no estoy preparada para despedirme ya de él—. Te has pasado medio día volando.

—Tengo mucho que hacer antes de que amanezca.

—Déjame que te ayude.

Joder, ¿se lo estoy suplicando?

—Aún no. —Alarga un brazo para acariciarme la cara y luego deja caer la mano, como si se hubiera arrepentido del gesto—. Pero necesito que prestes mucha atención a lo que ocurra cuando te marches de aquí con Tairn dentro de siete días. —Me deja el papel en la mano—. Hasta entonces…, toma.

—¿Qué es esto?

Miro hacia abajo de reojo, pero no parece más que un pergamino doblado.

—Una vez me dijiste que temía que no me quisieras si llegabas a conocerme de verdad.

—Me acuerdo.

—Cuando estamos juntos, solo estamos entrenando o luchando. Apenas tenemos tiempo para pasear por el río o lo que sea que se considere romántico por aquí. —Me aprieta con delicadeza la mano, pero noto todos los callos que

ha ido acumulando a base de dominar las armas—. Sin embargo, te dije que encontraría la forma de abrirme a ti, y, por ahora, esto es todo lo que tengo.

Levanto la mirada hasta sus ojos y el corazón se me encoge.

—Te veo en Samara.

Se levanta y recoge su morral y las dos espadas que hay apoyadas en el muro junto a la puerta.

—¿Dónde te busco cuando llegue?

Sujeto el pergamino doblado con los dedos. No conozco Samara. A mi madre nunca la destinaron allí.

Da media vuelta en la puerta y me sostiene la mirada.

—Tercer piso, ala sur, segunda puerta a la derecha. Las protecciones te dejarán entrar.

Su habitación en los barracones.

—A ver que adivine… ¿La has protegido para que no se oiga nada desde fuera y solo nos deje pasar a ti, a mí y a cualquier persona que te coja de la mano?

La idea de que aproveche la insonorización del cuarto para romper armarios con otra persona basta para que la sopa que tengo en el estómago se me corte. Porque puede que no estemos juntos, pero los celos no son precisamente un sentimiento racional.

—No, Violet. —Alza las dos espadas por encima de su cabeza antes de deslizarlas en las vainas de la mochila a su espalda con una maestría practicada y la sombra de una sonrisa—. Solo a ti y a mí.

Desaparece antes de que se me ocurra una respuesta. Con manos temblorosas, desdoblo el papel y… sonrío.

Xaden Riorson me ha escrito una carta.

11



Garrick siempre ha sido mi mejor amigo. Su padre era el edecán del mío, lo cual lo convierte en lo que Dain era para ti, aunque de fiar. Después de Liam, Bodhi era y sigue siendo lo más parecido que tengo a un hermano, siempre pegado a mis talones.

—Correspondencia recuperada entre el teniente Xaden Riorson y la cadete Violet Sorrengail

Unos días más tarde, y con una sonrisa en los labios, me llevo las manos a la coronilla y resigo la sutura del lateral cuando Imogen y yo terminamos nuestros estiramientos después de correr. Entramos en el patio media hora antes de que empiecen a servir el desayuno.

Me ha escrito una carta, y la he leído tantísimas veces que ya la he memorizado. No hay nada ni remotamente peligroso en ella, ningún secreto de la revolución ni pistas sobre cómo ayudar; no tendría ningún sentido que se arriesgara a poner esas cosas por escrito. No, esto es incluso mejor. Solo habla de él. Son detallitos, como que solía sentarse en el tejado de la Casa Riorson durante la Rebelión con la esperanza de que su padre regresara a casa y le dijera que ya había terminado todo.

—Te has pasado las últimas tres mañanas sonriendo como una borracha —se queja Imogen, agachándose para comprobar la parte inferior de la

tribuna cuando pasamos por delante—. ¿Cómo puede haber alguien tan feliz a primera hora de la mañana?

No puedo culparla. Además, llevo de los nervios desde el día de evaluación física, igual que Bodhi y Eya.

—Estos días no he tenido pesadillas y a esta hora no hay nadie despierto con la intención de matarme.

Dejo caer las manos. Esta vez he conseguido llegar un poquito más lejos antes de tener que hacer una pausa para caminar.

—Claro, claro, seguro que es por eso. —Estira el cuello—. ¿Por qué no volvéis de una vez?

—No se fía de mí. —Me encojo de hombros—. Y yo tampoco acabo de fiarme de él. Es complicado. —Pero echo muchísimo de menos verlo todos los días, aunque fuera un instante. No veo la hora de que llegue ya el sábado—. Además, incluso aunque dos personas tengan una química incuestionable, eso no significa que deban tener una relación más allá de lo físico…

—Uy, no, no. —Niega con la cabeza y luego se pasa un mechón de pelo rosa por detrás de la oreja—. Mi intención era dar por zanjada la conversación, no comenzar otra. Me parece bien correr y hacer entrenamiento de peso contigo, pero ya tienes otros amigos con quienes hablar de tu vida sexual. ¿Te acuerdas? Son esos que te he visto evitar a toda costa, ¿sabes?

No pienso entrar al trapo.

—¿Y nosotras no somos amigas? —le pregunto.

—Somos… —Arruga la cara—. Cómplices con un interés compartido en ayudarnos a sobrevivir.

La respuesta no hace sino ensancharme aún más la sonrisa.

—Ay, ahora no te me pongas blanda.

Imogen entrecierra los ojos al mirar más allá de mí, hacia el muro exterior.

—Por Dunne, ¿qué pinta a estas horas un escriba en el cuadrante?

Me sobresalto al ver a Jesinia esperando en uno de los rincones sombríos, pegada a la pared como si intentara ocultarse.

—Tranquila, es una amiga.

Imogen me lanza varias miradas de reojo.

—¿Estás prácticamente escondiéndote de los de segundo para luego ir a hacer buenas migas con los escribas?

—Me estoy distanciando de ellos para no tener que mentirles, y soy amiga de Jes… Mira, ¿sabes qué? No tengo por qué justificarme. Voy a ver lo que necesita mi amiga. —Aprieto el paso, pero Imogen me sigue de cerca—. Hola

—le signo a Jesinia al acercarnos al rincón. Este en concreto cuenta con un túnel que conduce directamente a los dormitorios—. ¿Va todo bien?

—Te estaba buscando…

Arruga el ceño bajo la capucha al desviar la mirada hacia Imogen, quien la repasa de arriba abajo como haría con un oponente.

—No te preocupes —le digo a Imogen, signando al mismo tiempo—. Jesinia no va a intentar matarme.

Imogen ladea la cabeza y agacha la mirada hasta la bolsa color crema que lleva Jesinia.

—No voy a intentar matarla, no —signa Jesinia, con los ojos marrones como platos—. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Pues Violet bien que sabía matar solo con la educación de una escriba —responde Imogen moviendo rápidamente las manos.

Jesinia pestañea y yo miro a Imogen con las cejas arqueadas.

—Que sí —contesta signando mientras se aleja—. Pero si se te tira encima con una pluma afilada, a mí no me culpes.

—No se lo tengas en cuenta —signo en cuanto Imogen nos da la espalda.

—¿Hay alguien que haya intentado matarte?

Jesinia frunce el ceño.

—Estamos a jueves. —Me adentro en el rincón para no darle la espalda al patio—. Siempre me alegro de verte, pero ¿cómo puedo ayudarte?

Los cadetes de escriba casi nunca entran en el Cuadrante de Jinetes, a menos que estén echándole una mano al capitán Fitzgibbons.

—Dos cosas —signa cuando las dos nos sentamos en el banco, antes de echar mano de la bolsa, extraer un libro y entregármelo. Es una copia de *El don de los Primeros Seis*, y parece tener cientos de años—. Me dijiste que querías alguna versión temprana sobre la historia de los primeros jinetes cuando devolvieras los otros libros —signa—. Este es uno de los más antiguos que he podido encontrar y que pudiera sacar de los Archivos. ¿Estás preparando otro debate?

Lo dejo sobre mi regazo y escojo con cuidado mis palabras. La intuición me dice que puedo fiarme de ella, pero después de lo de Dain ya no tengo claro si puedo depender de mi intuición, y, de todos modos, sé que tampoco sería seguro para ella.

—Estoy estudiando. Y gracias, pero no hacía falta que me lo trajeras, ya habría ido yo.

—No quería que tuvieras que esperar a que me tocara atender los Archivos, y como me contaste que salías a correr todas las mañanas… —

Respira hondo varias veces, lo cual suele significar que está ordenando sus pensamientos—. Y no soporto tener que admitirlo, pero necesito ayuda —signa, y acto seguido saca un tomo ajado de la bolsa y me lo entrega.

Lo cojo para dejarle las manos libres y me percato de lo desgastados que están los bordes y el lomo.

—Lo estoy intentando traducir para un ejercicio, pero me he atascado en un par de frases. Es lucérico antiguo y, según recuerdo, es una de las lenguas muertas que sabes leer. —Se ruboriza al echar un vistazo por encima del hombro al túnel iluminado con luz mágica, como si otros escribas pudieran vernos—. Si alguien se entera de que te he pedido ayuda, me buscaré problemas. Los adeptos no deberían pedir ayuda.

—Se me da bien guardar secretos —signo, y el gesto se me descompone al recordar que, de niños, Dain y yo utilizábamos ese idioma para pasarnos mensajes secretos.

—Gracias. Conozco casi todos los demás idiomas.

Sus movimientos son bruscos y tiene la boca tensa.

—Sabes muchísimo más que yo.

Intercambiamos una sonrisa y abro el tomo por la marca; contemplo los trazos de tinta arremolinados que conforman los logogramas del idioma. Jesinia señala una frase.

—Aquí es donde me he atascado.

Leo rápidamente desde el inicio del párrafo para asegurarme de que entiendo el contexto y luego signo la frase que le interesa, deletreándole la última palabra: el nombre de un rey de la antigüedad que vivió mil años antes de la fundación de Navarre.

—Gracias.

Anota la frase en la libreta que ha traído consigo.

«Rey de la antigüedad». Abro la primera página del libro y dejo caer los hombros. Está datado veinticinco años atrás.

—Está copiado a mano a partir de un original —signa Jesinia—. Es de unos cinco años antes de que el cuadrante recibiera la primera imprenta.

Claro, porque en los Archivos no hay nada que tenga más de cuatrocientos años, salvo los pergaminos de la Unificación. El sudor se me enfría en la nuca mientras le traduzco varias frases más de distintas páginas; me sorprende lo mucho que recuerdo teniendo en cuenta que hace más de un año que no lo practico. Cuando termino con la última frase que ha marcado, le devuelvo el tomo.

Si me doy prisa, puedo darme una ducha para quitarme el sudor y llegar a tiempo para el desayuno.

—Estamos trabajando para quitar todas las lenguas muertas de la sección pública de los Archivos y traducirlas, y así facilitar la lectura —signa con una sonrisa de emoción antes de guardar sus enseres—. Deberías pasarte un día para que veas lo mucho que hemos avanzado.

—A los jinetes no se nos permite ir más allá de la mesa de estudio —le recuerdo.

—Contigo haré una excepción. —Sonríe—. Los Archivos están prácticamente vacíos los domingos, sobre todo cuando la mayoría de los alumnos de tercero vuelven a casa durante sus permisos.

Un grito desgarra el aire y levanto la cabeza de golpe. Al otro lado del patio, dos jinetes veteranos están arrastrando a un estudiante de segundo del Ala Tres desde el edificio académico, seguidos de cerca por el profesor Markham.

Por Amari…

Jesinia palidece y se funde aún más con las sombras del rincón al tiempo que arrastran al chaval hacia el edificio de los dormitorios, donde los túneles que hay bajo él cruzan el cañón y conducen al campus principal de Basgiath.

—Creo… —signa, con la respiración entrecortada—. Creo que eso es culpa mía.

—¿Cómo?

Me vuelvo para estar frente a ella.

—Ese jinete me pidió un libro ayer y yo anoté la petición. —Se inclina hacia mí con un pánico creciente en los ojos—. Tengo que registrar las peticiones. Son…

—Las normas —acabamos signando las dos al mismo tiempo. Asiento—. No has hecho nada malo. ¿Qué libro era?

Mira de reojo las puertas por las que ha desaparecido el jinete.

—Tengo que irme. Gracias.

El miedo que percibo en sus ojos es lo único que me impide repetirle la pregunta antes de que se esfume, y yo me quedo contemplando el libro que tengo en el regazo, tomando conciencia de lo peligroso que es en el fondo mi «proyecto de investigación».

—¡Espérame! —grita Rhiannon un poco más tarde, abriéndose paso a toda prisa por la multitud de jinetes cuando alcanzamos la escalera junto al

Guantelete, donde la mayoría de nosotros acabamos metidos en un cuello de botella mientras esperamos nuestro turno para subir al campo de vuelo.

—¡Seguimos aquí!

Le hago un gesto con la mano antes de volver a desviar nerviosamente la mirada entre las personas que tenemos más cerca, vigilándoles las manos, las armas. Confío sin reservas en mis compañeros de pelotón y en nadie más. Bastaría con una puñalada certera en medio de una muchedumbre, y acabaría desangrándome sin ni siquiera saber quién me habría matado.

—Esto no está bien —masculla Sawyer plegando el mapa que tenemos de deberes para CSJ—. No consigo resolver la cuarta por más que cuente y cuente las minúsculas líneas de elevación.

—Eso es el norte —le digo dándole un golpecito a la monstruosidad plegada—. Estás mirando el sector que no toca para la pregunta cuatro. Créeme, anoche le tuve que pedir ayuda a Ridoc.

—Joder, es que esto son chorradas de la infantería —asegura metiéndose el mapa en el bolsillo.

—¿Por qué no aceptas que soy un dios de la navegación terrestre y me pides ayuda como todo el mundo? —se burla Ridoc cuando Rhi nos alcanza —. ¡Por fin! Y yo que pensaba que los líderes llegarían siempre puntuales.

—Los líderes estaban en una reunión —responde Rhi levantando un fajo de cartas—. ¡Y a los líderes les han entregado el correo!

Un acceso de esperanza me hace olvidar el estado de hipervigilancia un instante antes de sofocarla.

—Ridoc —dice Rhiannon entregándole una carta—. Sawyer. —Se vuelve y le alcanza otra—. Yo. —La pone al final del fajo—. Y Violet.

«No sería capaz», me recuerdo antes de aceptar la carta, pero no puedo evitar contener el aliento al abrir la solapa sin sellar del sobre.

VIOLET:

SIENTO HABER TARDADO TANTO EN ESCRIBIRTE. ACABO DE CAER EN LA FECHA. ¡YA ESTÁS EN SEGUNDO!

Dejo caer los hombros, lo cual no deja de ser… patético.

—¿De quién es? —pregunta Rhiannon—. Te veo decepcionada.

—De Mira —contesto—. Y no, decepcionada no…

Me interrumpo mientras seguimos avanzando por la cola.

—Creías que sería de otro teniente —supone correctamente, y la mirada se le enternece, empática.

Me encojo de hombros, pero es difícil ocultar la frustración en mi voz.

—No debería hacerme ilusiones.

—Lo echas de menos, ¿no? —dice bajando la voz a medida que nos aproximamos a la escalera.

Asiento.

—No debería, pero sí.

—¿Estáis juntos? —me susurra—. O sea, todo el mundo sabe que os acostáis, pero te noto rara.

Miro al frente para asegurarme de que Sawyer y Ridoc estén absortos en sus cartas. Esta es una verdad que puedo darle sin más complicaciones.

—Ya no.

—¿Por qué? —me pregunta, con la confusión dibujándosele en la frente—. ¿Qué ha pasado?

Abro la boca, pero no tardo en volver a cerrarla. Tal vez la verdad no sea algo tan sencillo. ¿Cómo narices respondo a eso? Hostia, ¿en qué momento se ha vuelto todo tan complicado?

—Puedes contármelo, ya lo sabes. —Se fuerza a sonreír, y el dolor que percibo tras el gesto me hace sentir como una puta mierda.

—Ya lo sé.

Por suerte, empezamos a subir los escalones, lo que me da algo de tiempo para pensar. Al llegar arriba nos adentramos en el cañón del campo de vuelo, y el corazón se me encoge al contemplar a los dragones organizados en la misma formación que adoptamos nosotros en el patio. Es un caleidoscopio de poder hermoso y aterrador que te hace sentir pequeña y te arranca el aire de los pulmones.

—No nos acostumbraremos nunca, ¿eh? —dice Rhiannon con una sonrisa de oreja a oreja mientras seguimos a Ridoc y Sawyer por la formación.

—Lo dudo. —Intercambiamos una mirada y me vengo abajo—. Xaden no fue honesto conmigo —respondo con voz queda; siento que le debo a mi mejor amiga algo de verdad, por poco que sea—. Tuve que ponerle fin.

Se le encienden los ojos.

—¿Te engañó?

—No. —Aprieto con fuerza la carta de Mira—. No me contó toda la verdad. Y sigue en sus trece.

—¿Hay otra mujer? —Enarca las cejas—. Porque te juro que te ayudaría a destruir al cabrón de las sombritas si teníais una relación cerrada y…

—No, no. —Me río—. Nada que ver. —Pasamos junto a los dragones del Ala Dos—. Es… —Otra vez la palabrita de siempre—. Es… complicado. ¿Cómo estáis Tara y tú? Últimamente apenas la veo.

Rhiannon suspira.

—Apenas tenemos tiempo para estar juntas. Es una mierda, pero a ver si el año que viene lo tenemos mejor cuando ya no seamos líderes de pelotón.

—O puede que lleguéis a líderes de ala.

La mera idea hace que reprima una sonrisa. Rhi sería una líder de ala fantástica.

—Puede ser. —Camina con una cierta emoción—. Pero, hasta entonces, tenemos libertad para estar con quien queramos. ¿Y tú qué? Porque si estás soltera, hay un par de chicos del Ala Dos que, oye, no sé cómo, pero después de los Juegos de Guerra están todavía más buenos. —Le brillan los ojos—. O podríamos hacer una visita secreta a Chantara este fin de semana y quedar con cadetes de infantería. —Levanta un dedo—. Tampoco les diría que no a los del Cuadrante de Curanderos, pero pongo la línea roja en los del de Escribas. No me van las túnicas. Que tampoco te juzgo si a ti sí, ¿eh? Lo que digo es que estamos en segundo y que las opciones para desfogarnos son infinitas.

Puede que un desconocido cualquiera sea justo lo que necesito para desintoxicarme de Xaden, pero no es lo que quiero. Rhiannon estudia mi cara como si fuera un acertijo que pretende descifrar mientras seguimos andando por el campo.

—Joder. Estás pillada.

—Estoy… —Suspiro—. Es complicado.

—Eso ya me lo has dicho. —Intenta dominar su expresión, pero percibo una sombra de decepción cuando se da cuenta de que no voy a explicárselo—. ¿Mira te ha dicho algo nuevo sobre el frente?

—No lo tengo claro. —Reviso la carta, leyéndola en diagonal—. La han reasignado a Athebyne. Dice que la comida está un peldaño por encima de la que prepara nuestra madre. —Eso me arranca una carcajada mientras giro la hoja, pero desaparece en cuanto veo las gruesas líneas negras que cubren párrafos enteros—. ¿Qué co…?

Paso a la hoja siguiente y encuentro más líneas negras antes de la despedida, donde dice que espera poder acercarse a Samara durante alguno de mis viajes futuros.

—¿Qué pasa?

Rhiannon levanta la vista de su carta mientras seguimos avanzando y pasamos junto a los dragones del Ala Tres.

—Creo que la han censurado.

Se la muestro para que vea las líneas negras y miro a nuestro alrededor para asegurarme de que no nos esté mirando nadie.

—¿Te han censurado una carta? —pregunta sorprendida—. Perdón, ¿alguien se ha leído tu carta?

—No estaba cerrada.

La vuelvo a guardar en el sobre.

—¿Quién sería capaz de algo así?

Melgren. Varrish. Markham. Cualquiera bajo las órdenes de Aetos. Mi madre. Las opciones son infinitas.

—No lo tengo claro.

No es una mentira, no del todo. Me meto el sobre en el bolsillo interno de la ropa de vuelo y me estremezco mientras me abrocho la chaqueta. Hace un calor horroroso para llevar esto puesto debajo, pero sé que agradeceré la capa extra en unos minutos, en cuanto estemos en el aire.

Un rojo de la segunda fila deja escapar una nube de vapor como advertencia a un cadete del Ala Tres que se le acerca demasiado, y todos apretamos el paso. Tairn es, de lejos, el dragón más grande del campo, y parece estar aburrido como una ostra mientras me espera, con el metal de mi silla reluciendo contra sus escamas con los rayos del sol. No puedo evitar suspirar decepcionada al ver que Andarna no está con él cuando distingo sus patas delanteras.

—Oye, ¿Tairn te ha dicho algo sobre otro dragón negro en el valle? —me pregunta Ridoc por encima del hombro al pasar por delante de la Sección Garra y llegar al lugar donde espera Tairn, que ocupa una posición de liderazgo a pesar de que Rhiannon y Sawyer sean de un rango superior a mí.

Por poco tropiezo con mis propios pies.

—¿Perdón?

—Sé que suena absurdo, pero cuando hemos pasado por delante de Kaori me ha parecido oírle decir que han encontrado a otro dragón negro. El chaval estaba prácticamente dando saltos de emoción.

—*¿Tairn?*

Si el profesor de los dragones se entera de lo de Andarna, estamos jodidos.

—*Solo la vio un puñado de dragones antes de que entrara en las cuevas para sumirse en el Sueño sin Sueños. Te animo a que intentes mantenerla*

oculta, a ver cómo te va.

Fantástico.

—A lo mejor han visto a Tairn —le digo a Ridoc. No es mentira—. O quizá a uno de los ancianos.

—Kaori cree que es uno nuevo. —Enarca las cejas—. Deberías preguntarle.

—Mmm… —Trago saliva—. Sí, claro. —Sigue sin ser mentira.

Los tres siguen adelante y montan en sus dragones. Tairn deja caer el hombro derecho para auparme, pero se endereza un instante después.

—*A tu izquierda* —me advierte cuando una silueta se me acerca por detrás.

Me vuelvo de repente para enfrentarme a la amenaza y refuerzo mis escudos. Varrish camina con parsimonia hacia mí con los brazos clavados en la espalda, y el mayor no debe de ser humano, pues no hay ni una gota de sudor en su considerable frente.

—Ah, Sorrengail, estás aquí.

Como si Tairn pasara desapercibido.

—Mayor Varrish.

Dejo las manos a la altura de los muslos, donde puedo agarrar con facilidad las dagas, preguntándome cuál debe de ser su sello. Hasta ahora no le he visto ningún parche. O es tan pretencioso como Xaden y cree que su reputación lo precede o bien forma parte del club de los sellos clasificados.

—Menudo collar llevas ahí —dice señalando los moratones verdosos de mi cuello.

—Gracias. No fue barato. —Levanto la barbilla—. A la otra persona le costó la vida.

—Ah, en efecto. Recuerdo haber oído que el año pasado casi te mata uno de primero. Me alegra ver que la vergüenza no terminó lo que él empezó. Aunque supongo que estás acostumbrada a sobrevivir siempre por los pelos; se rumorea que eres muy frágil.

Es oficial que este tipo me repugna, pero al menos sé que Tairn lo engulliría entero si intentara atacarme en el campo.

Varrish se inclina hacia la izquierda, fingiendo que está echando un vistazo a mi alrededor.

—Creía que te habías vinculado con dos dragones.

—Así es.

El sudor me cae por la espalda.

—Pero yo aquí solo veo uno. —Alza la vista hacia Tairn—. ¿Dónde está la pequeña dorada, esa Cola de Plumas de la que tanto he oído hablar? Esperaba verla con mis propios ojos.

Un gruñido retumba en la garganta de Tairn e inclina la cabeza sobre mí. La saliva cae en grandes goterones, precipitándose hacia el suelo frente a Varrish. El mayor se tensa, pero mantiene una máscara impecable de diversión al recular.

—Siempre ha tenido carácter.

—Le gusta tener su espacio.

—Y me he dado cuenta de que también le gusta que tú tengas el tuyo —comenta—. Dime, Sorrengail, ¿qué te parece el hecho de que te ofrezca…, ay, cómo decirlo, un camino más sencillo que a tus compañeros cadetes?

—Si se refiere a qué me parece que detuviera la ejecución innecesaria de jinetes vinculados perpetrada por su dragón después del parapeto, debo decirle que me parece bastante bien. Supongo que a veces hace falta un dragón malhumorado para que otro no se pase de la raya.

—*Recuérdale que lo amenacé con digerirlo vivo.*

—*No creo que me convenga* —respondo.

—*Sería una pasada ver como se come vivo al pedante ese* —añade Andarna con somnolencia.

—*Vete a dormir* —la reprendo. Según Tairn, aún le queda otro mes de sueño.

Varrish entorna momentáneamente los ojos y poco después sonríe, pero no hay nada amable ni alegre en el gesto.

—Sobre la pequeña Cola de Plumas…

—No puede cargar con un jinete. —No es mentira, puesto que no ha volado desde que despertó en Aretia—. Vuelo con Tairn, aunque ella me ayudará con las maniobras en los días menos exigentes.

—Bueno, asegúrate de que vuela contigo la semana que viene. Puedes considerarlo una orden.

Otro gruñido emerge de Tairn.

—Los dragones no aceptan órdenes de humanos.

Siento el poder creciendo en mi interior, zumbándome bajo la piel, y un hormigueo en los dedos.

—Claro que no. —Su sonrisa se ensancha, como si hubiera dicho algo divertido—. Pero tú sí, ¿verdad?

—*Humano insolente* —sisea Tairn.

Alzo la barbilla, consciente de que no puedo decirle nada más sin arriesgarme a recibir una sanción disciplinaria.

—Es irónico, ¿no te parece? —pregunta Varrish retrocediendo paso a paso—. Por lo que me ha contado el coronel Aetos, tu padre estaba escribiendo un libro sobre los Cola de Plumas, unos dragones que no veíamos desde hacía cientos de años, y luego vas tú y te vinculas con una.

—Casual —lo corrijo—. La palabra que busca es *casual*.

—¿Ah, sí? —Parece sopesarlo. Recula y pasa junto a Bodhi.

El estómago se me revuelve.

—*¿O no?*

—*No conozco las investigaciones de tu padre* —me promete Tairn.

Pero Andarna no dice nada.

—¡Jinetes! —Kaori proyecta la voz a lo largo del campo de vuelo justo cuando Bodhi se sitúa a mi lado—. Los de tercero nos visitan hoy por una razón muy especial. Nos demostrarán cómo se hace un aterrizaje en carrera —anuncia señalando al cielo.

Cath se aproxima por el oeste. El Rojo Cola de Espada bloquea el sol durante un instante antes de descender hacia el campo.

—No reduce la velocidad —murmuro. Una parte de mí espera que Dain se caiga.

—Lo hará —me asegura Bodhi—, aunque no demasiado.

Dejo caer la mandíbula. Dain vuela agachado sobre el hombro de Cath, con los brazos extendidos para no perder el equilibrio hasta que Cath se sitúa a ras de suelo. Las alas baten a una velocidad apenas inferior cuanto más se acerca, y contengo el aliento cuando Dain se desliza por la pierna de Cath hasta colgarse de su garra mientras su dragón sigue volando.

Hostia puta.

—*No te recomiendo esta técnica* —dice Tairn.

—*Ni a mí ni a nadie con dos dedos de frente* —replico.

Cath hincha sutilmente las alas, lo suficiente para reducir la velocidad, y Dain salta al pasar junto a los profesores. Aterriza sobre la hierba quemada por el sol a la carrera y se detiene tras perder la inercia del vuelo de Cath, unos metros más allá.

Los de tercero lo vitorean, pero Bodhi guarda silencio a mi lado.

—¡Y por eso Aetos es líder de ala! —exclama Kaori—. Una ejecución perfecta. Este enfoque es el aterrizaje más eficiente cuando debemos combatir en tierra. A finales de año seréis capaces de aterrizar así en cualquier muro de

los puestos avanzados. Prestad atención y podréis completarlo sin percances. Si probáis con métodos propios, habréis muerto antes de tocar el suelo.

Ni de puta coña.

—*Será necesario adaptarse* —dicta Tairn.

—Hoy vamos a practicar los elementos más básicos del desplazamiento entre la silla y el hombro —nos indica Kaori.

—*¿Cómo vamos a adaptarnos a eso?* —le pregunto a Tairn.

—*¿Quién ha dicho que nos adaptemos nosotros?* —Resopla—. *El vigilante de dragones adaptará su petición, o yo comeré antes de tiempo*.

Esta maniobra es absolutamente inútil de cara a la guerra que debemos luchar.

—Kaori no sabe lo que nos espera ahí fuera —le digo a Bodhi en voz baja.

—¿Cómo lo tienes tan claro? —pregunta mirándome de reojo.

—Porque si lo supiera nos enseñaría formas de alejarnos del suelo, no de aterrizar.

—Dile que aún estamos preparando el siguiente envío —me indica Bodhi unas noches más tarde poco antes de la medianoche, bajo la luz de la luna, mientras cruzamos el campo de vuelo.

—¿Un envío de qué? —pregunto ajustándome la mochila en los hombros.

—Él sabrá a qué me refiero —me promete poniendo una mueca al rozarse el oscuro moratón que tiene en la mandíbula—. Y dile que está sin procesar. Han tenido la forja ardiendo día y noche, así que no hemos podido… —Se estremece—. Tú dile que está sin procesar.

—Empiezo a sentirme como una carta.

Le lanzo una mirada asesina y vuelvo a centrar la vista al frente. No estoy dispuesta a apartar la mirada de este terreno irregular mucho más rato. Me niego a arriesgarme a torcerme el tobillo antes de un vuelo de doce horas.

—Eres la mejor forma de pasarle información —admite.

—Sin llegar a saber nada al respecto.

—Justamente. —Asiente—. Así no corremos riesgos innecesarios hasta que seas capaz de protegerte de Aetos en todo momento. Se suponía que Xaden seguiría entrenándote durante su última visita, pero…

—Me estrangularon.

Al menos este año solo me han atacado una vez, aunque la semana que viene empiezan los retos.

—Sí. Creo que se quedó tocado.

—Ya me imagino que haberme muerto de buenas a primeras habría sido un inconveniente para él —mascullo, sin escucharlo del todo.

Mierda. Los retos empiezan dentro de una semana. Ya va siendo hora de que eche un vistazo a la lista de la delegación para comenzar a organizar los venenos.

—Sabes que eso no es cierto —me sermonea con un tono que me recuerda a Xaden—. Jamás había visto…

—No sigas por ahí.

—… que le importara tanto nadie…

—En serio. Para.

—… ni siquiera Catriona.

Giro la cabeza hacia él en un movimiento brusco.

—¿Quién cojones es Catriona?

Pone una mueca y aprieta los labios hasta reducirlos a una fina línea.

—¿Qué probabilidades hay de que te olvides de lo que acabo de decir durante el trayecto hasta Samara?

—Ninguna.

Tropiezo con una roca, o con mis emociones, pero consigo recuperar el equilibrio. Al menos físicamente hablando. Mis pensamientos trastabillan sobre sí mismos por el camino pavimentado con las preguntas sobre Catriona. ¿Será una jinete veterana? ¿Alguien de Aretia?

—Bueno. —Se frota la nuca y suspira—. ¿Ninguna? ¿Ni siquiera hay una mínima probabilidad, por pequeña que sea? Porque el tema del pacto que os traéis entre vuestros dragones es que él volverá aquí la semana que viene, y te aseguro que no estoy de humor para que me dé la charla después de haber esquivado otro intento de asesinato.

Lo agarro del brazo y dejo de andar.

—¿Cómo que «otro intento de asesinato»?

Bodhi suspira.

—Lo que oyes. Es la segunda vez que alguien intenta cogerme por sorpresa en el baño esta semana.

Pongo los ojos como platos mientras el corazón me martillea contra el pecho.

—¿Estás bien?

Tiene el descaro de sonreír.

—Destripé de arriba abajo a un gilipollas del Ala Dos estando desnudo y solo me hizo una magulladura. Estoy bien. Pero volviendo a lo de que no

deberías mencionarle mi comentario a mi primo, con el que te acuestas, y tiene un carácter más bien irascible…

—¿Sabes qué? —Reemprendo la marcha hacia el centro del campo. Si no quiere que tratemos los intentos de asesinato, no tenemos nada más de que hablar—. No te conozco ni mucho menos lo suficiente como para hablar contigo de con quién me acuesto o con quién dejo de acostarme, Bodhi —le espeto por encima del hombro.

Él se mete las manos en los bolsillos y se apoya sobre los talones.

—En eso tienes razón.

—En eso y en todo.

La silueta de Tairn bloquea la luna durante un brevísimo instante antes de aterrizar frente a nosotros.

Bodhi esboza una sonrisa tímida.

—Tu dragón ha llegado justo a tiempo de salvarnos de esta conversación tan incómoda.

—*En marcha* —me dice Tairn de malas maneras.

Intento no tomármelo como algo personal. Lleva días insufrible, pero no puedo culparlo. Siento su dolor físico como si alguien me apuñalara el pecho cada vez que domina mis emociones.

—Tiene prisa —le digo a Bodhi—. Gracias por acompañarme y…

—*¡Humanos!*

—Me cago en todo —maldice Bodhi entre dientes cuando unas luces mágicas titilan a nuestras espaldas, iluminando el campo igual que la noche que alzamos el vuelo durante los Juegos de Guerra.

—¡Cadete Sorrengail, vas a tener que retrasar el vuelo! —exclama Varrish amplificando la voz a lo largo del campo.

Al volvernos, vemos que lo flanquean otros dos jinetes y se dirigen en nuestra dirección. Tairn responde con un gruñido. Bodhi y yo intercambiamos una mirada, pero ambos permanecemos en silencio mientras el trío se aproxima.

—*¿Qué hacemos si intentan detenernos?* —le pregunto a Tairn.

—*Nos damos un banquete.*

Qué asco.

—Pensaba que os marchabais por la mañana —dice Varrish esbozando una sonrisa empalagosa mientras los otros dos jinetes nos rodean. Las franjas de sus uniformes los distinguen como tenientes primeros, igual que Mira, un rango por encima de Xaden.

—Han pasado quince días. Estoy de permiso.

—Sí, ¿eh? —Varrish pestañea antes de desviar la mirada hacia la teniente a mi izquierda—. Nora, regístrale el morral.

—¿Cómo? —suelto retrocediendo un paso para alejarme de la mujer.

—El morral —repite Varrish—. El artículo cuatro de la sección uno del Código establece…

—Que todas las pertenencias de los cadetes podrán inspeccionarse a discreción de sus superiores —termino por él.

—Ah, así que te sabes el Código. Bien. El morral.

Trago saliva antes de estirar los hombros, dejando que el morral se deslice por mi espalda antes de sujetarlo hacia mi izquierda, sin apartar en ningún momento la vista de Varrish. La teniente primero me lo quita de las manos.

—Puedes irte, cadete Durran —dice Varrish.

Bodhi se acerca a mí, el otro teniente da también un paso al frente y las luces mágicas iluminan el parche de su sello, el de la manipulación del fuego, del uniforme.

—Como líder de sección de la cadete Sorrengail, soy el segundo en su cadena de mando. Y según establece el artículo cuatro de la sección dos del Código, las medidas disciplinarias recaen sobre su cadena de mando antes de que deba presentarse ante las autoridades. Sería un acto de negligencia por mi parte desentenderme de ella cuando podría estar en posesión… de lo que sea que están buscando.

Varrish entorna los ojos mientras Nora vacía mi morral en el suelo. Adiós a la muda limpia.

Tairn agacha la cabeza detrás de mí, inclinándola ligeramente a un lado con un gruñido ronco en la garganta. Desde este ángulo podría incinerar a dos de ellos sin ni siquiera tocarnos a Bodhi ni a mí y solo tendríamos que despachar a uno, si fuera necesario.

Se me eriza la piel por la ira y cierro con fuerza los puños, como si eso pudiera servirme para contener la descarga de poder que me recorre las venas.

—¿De verdad eso te ha parecido necesario? —le pregunta el otro teniente.

—Me ha dicho que lo registre —responde Nora antes de levantar la vista hacia Varrish—. Ropa —dice revolviendo las prendas. Las manos le tiemblan cuando mira en dirección a Tairn—. Libros de Física de segundo, un manual de orientación terrestre y un cepillo.

—Dame el libro y el manual —le ordena Varrish extendiendo una mano hacia Nora.

—¿Necesita refrescar un poco la memoria? —pregunto, y doy las gracias por haber dejado la copia de *El don de los Primeros Seis* en mi habitación,

aunque lo cierto es que tampoco me ha servido de mucho; lo único que he aprendido es que los Primeros Seis no fueron los primeros jinetes, sino simplemente los primeros que sobrevivieron.

Varrish no responde, sino que se limita a hojear el libro, buscando sin duda mensajes secretos en los márgenes. Tensa la mandíbula al no encontrar nada.

—¿Satisfecho? —digo tamborileando con los dedos en las vainas de mis muslos.

—Hemos terminado. —Arroja el libro al montón de ropa—. Nos vemos en cuarenta y ocho horas, cadete Sorrengail. Y no te olvides de que, dado que tu Cola de Plumas ha decidido no presentarse de nuevo en la formación, sopesaré cuál será tu castigo por incumplimiento del deber mientras estás fuera.

Y con esa amenaza el trío se marcha y las luces mágicas se apagan una a una a su paso, y nos quedamos a oscuras salvo por el círculo de luz que hay justo sobre nuestras cabezas.

—Sabías que esto iba a pasar. —Atravieso a Bodhi con la mirada antes de acuclillarme delante de mis posesiones y guardarlas de nuevo en el morral—. Por eso has insistido en acompañarme.

—Además de los intentos muy reales de acabar con nuestras vidas, porque a Imogen y a Eya las han atacado también hoy al salir de una reunión para los de tercero, sospechábamos que te registrarían, pero queríamos confirmarlo —admite agachándose para ayudarme.

Podrían haber muerto. El corazón se me acelera y me afano por guardar ese miedo en la caja donde he decidido ocultar todos mis sentimientos este año. Bueno, todos menos uno: la ira.

—¿Me has utilizado para ponerlos a prueba? —Tiro del cierre del morral, paso los brazos por las correas y me lo echo a los hombros—. ¿Y no se te ha ocurrido decírmelo? Deja que adivine: ¿ha sido idea de Xaden?

—Ha sido un experimento. —Pone una mueca—. Tú eras la constante.

—Y entonces ¿cuál era la puta variable?

En la distancia se oye el tañido tenue de las campanas.

—Mira a ver cómo está Tairn. Es medianoche. Deberíais poneros en marcha —dice Bodhi—. Todos los minutos que perdáis aquí serán minutos que no podrán pasar juntos Tairn y Sgaeyl.

—Estoy de acuerdo.

—Deja de utilizarme como si fuera una ficha en un tablero de juego, Bodhi. —Cada palabra es más afilada que la anterior—. ¿Queréis que os

ayude? Pedídmelo. Y no empieces otra vez con la mierda de los escudos. Eso no es excusa para que me metáis en una situación así de improviso.

Bodhi parece avergonzado.

—Tienes razón.

Asiento antes de subir por la rampa que Tairn me ofrece dejando caer un hombro. La luz de la luna y la poca luz mágica que llega a estas alturas son más que suficientes para ayudarme a encontrar la silla. Podría orientarme por las púas de la espalda de Tairn hasta en la más negra de las noches. Lo demostré en Resson.

Alguien ha sujetado ya detrás de la silla dos bolsas el doble de grandes que la mía.

—*Menos mal que a mí no me han registrado* —dice Tairn.

—*¿Llevamos encima…?*

Parpadeo varias veces.

—*En efecto* —asevera él—. *Ahora monta antes de que cambien de opinión y me vea obligado a incinerar a tus líderes. Luego tendré más que unas palabras con el líder de ala por no haberte preparado para lo que ha sucedido, créeme*.

Dedico un segundo a sujetar mi bolsa y me acomodo para el vuelo cruzándome las tiras de cuero por los muslos y ciñéndomelas.

—*Vamos a por ellos* —le digo cuando estoy bien abrochada.

Tairn recula varias pasos, sin duda para esquivar a Bodhi, y se lanza hacia la noche. Cada movimiento de las alas nos acerca más y más al frente… y a Xaden.

12



Sgaeyl me vio matar a otro cadete por acosar a Garrick durante la Trilla. Dice que me escogió por mi crueldad, pero creo que lo que pasa es que le recuerdo a mi abuelo.

—Correspondencia recuperada entre el teniente Xaden Riorson y la cadete Violet Sorrengail

El paisaje que rodea el puesto avanzado de Samara es tan severo como el mando que lo dirige. Estamos a una buena altitud en la parte más elevada de las montañas Esben, a unos pocos kilómetros de la frontera oriental de Poromiel, envueltos por cimas que siguen nevadas incluso en lo más cruento del verano. La aldea más cercana se encuentra a media hora de vuelo. No hay ni siquiera puestos comerciales accesibles a pie. Es difícil que exista un lugar más aislado de la civilización que este.

—*Ten cuidado* —me ordena Tairn, que espera detrás de mí en el campo donde hemos aterrizado—. *Es conocido por ser un lugar despiadado como primer destino*.

Por eso han enviado a Xaden aquí, claro.

—*No me pasará nada* —le prometo—. *Y tengo los escudos preparados*.

Para asegurarme, compruebo los muros de mis Archivos mentales, donde albergo mi poder, y no puedo evitar dar un saltito al ver que apenas se cuela un haz de luz de mis vínculos por los resquicios de las puertas. Es evidente que cada vez se me da mejor.

Me dirijo a la entrada de la fortaleza ciclópea que se alza ante mí, una monstruosidad de piedra roja recortada contra el brillante cielo azul. Debe de tener la distribución de Athebyne y Montserrat, pero diría que es el doble de grande que cualquiera de las dos. Han apostado aquí dos compañías de infantería y dieciocho dragones con sus respectivos jinetes.

Algo se mece en lo alto del muro, y al alzar la vista distingo a un hombre con el uniforme de infantería sentado en una jaula, a unos cuatro pisos por encima de mí.

«Empezamos bien». Son poco más de las ocho de la mañana, de modo que no puedo evitar preguntarme si habrá pasado ahí toda la noche.

El zumbido que me corre por las venas cobra intensidad cuando subo por la rampa que conduce al rastrillo, donde hay dos guardias apostados. Un pelotón pasa a mi lado, camino del entrenamiento matutino.

—*Son las protecciones* —dice Tairn.

—*En Montserrat no tuve esta sensación* —respondo.

—*Aquí son más potentes, y como ya se ha manifestado tu sello, ahora eres también más sensible a ellas.*

Su tono es tenso, y al echar un vistazo por encima del hombro, me fijo en que los soldados han tomado un camino secundario que rodea el campo para evitarlo.

—*No tienes por qué cubrirme la espalda* —digo al llegar a la parte alta de la rampa—. *Estamos en un puesto avanzado. Aquí no corro peligro.*

—*Hay una bandada al otro lado de las montañas, a poco más de un kilómetro de la frontera. Sgaeyl me lo acaba de comunicar. No estarás a salvo hasta que estés tras los muros o con el líder de ala.*

El corazón me da un vuelco y ni siquiera me molesto en recordarle que Xaden ya no es líder de ala.

—*¿Una bandada amistosa?*

—*Define* amistosa.

Genial. No estamos en el frente; somos el frente.

Los guardias de la puerta se yerguen al distinguir mi ropa de vuelo, pero no despegan los labios cuando paso a su lado.

—*No los veo comportarse como si hubiera una bandada al otro lado de la cresta.*

—*Por lo visto, es el pan de cada día.*

Mira qué bien.

—*Ea, ya estoy a salvo tras las murallas* —le comunico a Tairn al entrar en el patio de la fortaleza.

Aquí al menos el aire es más fresco que en Basgiath, aunque no tengo claro si me gustaría vivir el invierno a esta altura. Ni en Aretia, ahora que lo pienso.

—Llámame si me necesitas. Estaré cerca.

Un instante más tarde, el batir de unas alas retumba en el aire.

Ni muerta pienso avisarlo para nada. De hecho, consideraré que estas próximas veinticuatro horas han sido un éxito si consigo bloquearlo por completo. He estado en el lado mental del vínculo que no tocaba durante uno de sus encuentros con Sgaeyl y no tengo ninguna intención de repetirlo, gracias.

Dejo atrás varios pelotones de infantería en formación y reparo en la enfermería a mi derecha, en la misma ubicación que la de Montserrat, pero soy la única persona que viste de negro. ¿Dónde narices estarán los jinetes? Reprimo un bostezo, porque apenas he pegado ojo en la silla, y localizo la entrada a los barracones que ocupan el lado sur de la fortaleza. Atravieso un pasillo poco iluminado, pasando por delante del despacho de los escribas, pero me las apaño para encontrar la escalera del fondo. Una sensación de familiaridad que no agradezco me repta por la piel a medida que asciendo por los escalones.

«Respira».

Este puesto no está desierto, ni hay una horda de venin y guivernos esperando a que los detecten desde el punto más alto. Tiene la misma distribución porque la mayoría de los puestos avanzados se construyeron a partir de los mismos planos.

Abro la puerta de la tercera planta sin cruzarme con nadie. Qué extraño. Uno de los lados del pasillo está cubierto de ventanas que dan al patio; y el otro, de puertas de madera, separadas todas por la misma distancia. El pulso se me acelera cuando echo mano del pomo de la segunda puerta. Se abre con un quejido y reconozco el cosquilleo de energía que me recorre la piel, que me produce un escalofrío, al cruzar las protecciones de la habitación de Xaden.

De la habitación vacía de Xaden.

Mierda.

Suspiro de pura decepción al soltar el morral junto a su escritorio. La habitación es un espacio austero, con los muebles justos y necesarios y una puerta que probablemente dé a una habitación vecina, pero hay algunos detalles de él por aquí y por allá. Lo distingo en los libros que hay amontonados en las baldas de la librería junto a la ventana, en el estante de

armas que reconozco de su cuarto en Basgiath y en las dos espadas que hay junto a la puerta, como si pudiera volver en cualquier momento a recogerlas.

Lo único suave son las pesadas cortinas negras, un básico de la habitación de un jinete que tal vez tenga que hacer patrullas nocturnas, y la manta mullida gris oscuro que cubre la cama. Una cama descomunal.

No. No voy a pensar en eso.

¿Qué se supone que debo hacer si él no está? Las espadas me indican que no ha salido a volar, así que cierro los ojos y enciendo mis sentidos, y hallo la sombra que solo está presente cuando él está cerca. Si lo encontré aquella noche en el parapeto, sin duda podré encontrarlo aquí.

No está lejos, pero debe de tenerlos bloqueados, y no contacta conmigo como suele hacerlo cuando estamos cerca. Siento como si el vínculo tirara de mí hacia abajo, como si Xaden en realidad estuviera… debajo de mí.

Cierro la puerta de su habitación al salir y sigo esa especie de tirón, que me lleva hacia la escalera y al piso de abajo. Paso por la entrada arqueada de la segunda planta y distingo un pasillo ancho de piedra con más puertas de los barracones, y luego la entrada de la primera, y por último alcanzo el subsuelo de la fortaleza, donde la luz natural termina con la escalera en un suelo de piedra. Unas luces mágicas iluminan dos caminos posibles a lo largo de los cimientos del bastión, ambos pobremente iluminados y tan acogedores como una mazmorra. El aire está cargado con un aroma a tierra húmeda y metal.

Se oyen gritos y vítores de un corredor a la derecha que retumban en muros y suelos. Sigo el tirón del vínculo en esa dirección y encuentro a un par de guardias de infantería a unos veinte metros de la escalera, quienes echan un vistazo a mi uniforme y se apartan para permitirme el acceso a una habitación tallada en los mismísimos cimientos. El ruido anula todos mis sentidos cuando entro en la estancia y la perplejidad detiene mis pies justo después de cruzar el umbral.

Por todos los dioses, ¿se puede saber qué está pasando?

Más de una docena de jinetes, todos de negro, se agolpan alrededor de una habitación cuadrada y sin ventanas que parece más indicada como almacén que como alojamiento. Todos están apoyados sobre una gruesa barandilla de madera, observando atentamente lo que está ocurriendo en el foso excavado más abajo. Ocupo el espacio vacío que hay justo delante de mí, y me encuentro entre un jinete veterano con una barba canosa a mi izquierda y una mujer que parece poco mayor que yo a la derecha. Luego veo quién hay abajo y el corazón se me detiene.

Xaden. Y sin camiseta.

Sin camiseta, como el otro jinete, mientras se evitan trazando círculos, con los puños levantados como si estuvieran entrenando. Pero no hay estera bajo sus pies, solo un suelo de tierra decorado con unas sospechosas gotas carmesíes, tanto viejas como frescas. Tienen la misma altura, pero el otro jinete es un tipo fornido, parecido a Garrick, y debe de pesar diez kilos más que Xaden, que tiene un cuerpo esbelto y musculoso.

El jinete le suelta un gancho en la cara a Xaden, y yo me agarro con fuerza a la áspera barandilla y contengo el aliento cuando este lo esquiva con facilidad y descarga otro en las costillas de su contrincante. Los jinetes que me rodean estallan en vítores, y estoy bastante segura de que el dinero cambia de manos alrededor del foso.

No están entrenando. Están luchando, simple y llanamente. Pero Xaden le golpea como si… se estuviera conteniendo.

—¿Por qué están…? —le pregunto a la teniente castaña con mechones plateados que hay a mi lado, pero las palabras mueren cuando Xaden se agacha y gira sobre sí mismo para esquivar otro golpe. Es innegable que los ojos le brillan cuando vuelve a recular de un salto y le niega de nuevo el ataque a su rival.

El pulso se me acelera. Joder, es rapidísimo.

—¿Luchando? —La mujer termina mi pregunta.

—Sí.

Mantengo la vista fija en Xaden, quien le propina varios golpes consecutivos a su oponente en los riñones.

—Este fin de semana solo hay un pase para los tenientes —dice ella acercándose un poco a mí—. Jarrett lo tiene y a Riorson le interesa.

—Entonces ¿están luchando por el pase?

Despego la vista de Xaden el tiempo suficiente para mirar de reojo a la jinete que hay junto a mí. Tiene el pelo corto y castaño y unos rasgos afilados, como de pájaro, además de una cicatriz del tamaño de un pulgar en la mandíbula.

—Un permiso y orgullo. Son las normas del teniente coronel Degrensi. ¿Lo quieres? Debes luchar por ello. ¿Quieres conservarlo? Más te vale que seas lo bastante capaz para defenderlo.

—¿Los obligan a luchar por los pases? ¿No es demasiado cruel? —E injusto. Extremo. Horrible—. ¿Y no perjudica la moral del ala?

Xaden está luchando para que Sgaeyl pueda pasar más tiempo con Tairn, y él conmigo.

—¿Cruel? Ni mucho menos. —Resopla—. No valen armas ni sellos. Es una pelea a puñetazo limpio. Si quieres ver algo cruel, vete a visitar uno de los puestos costeros en los que no tienen nada más que hacer que matarse entre ellos. —Se inclina hacia delante y grita cuando Xaden desvía el siguiente golpe, antes de agarrar a Jarrett por los bíceps y tirarlo al suelo—. Joder. De verdad que hoy creía que Jarrett lo tumbaría mucho más rápido.

Una sonrisa soberbia se me dibuja poco a poco en el rostro.

—Que lo intente, pero no lo conseguirá. —Niego con la cabeza, mirando a Xaden con una profunda sensación de placer mientras él espera a que Jarrett vuelva a ponerse en pie—. Xaden está jugando con él.

La jinete se vuelve hacia mí, estudiándome sin duda con la mirada, pero estoy demasiado ocupada viendo a Xaden mientras acierta un golpe tras otro con meticulosidad como para preocuparme por lo que la teniente piense de mí.

—Eres tú, ¿no? —me pregunta la jinete, que ha detenido los ojos en mi pelo.

—¿Eh? ¿Quién?

Allá vamos.

—La hermana de la teniente Sorrengail.

No la hija de la general Sorrengail, ni tampoco la cadete con la que tiene que cargar Xaden por culpa de Tairn.

—¿Conoces a mi hermana? —pregunto, y me vuelvo hacia ella. Se lo ha ganado.

—Tiene un derechazo de puta madre —me confirma rozándose con los nudillos la cicatriz de la mandíbula.

—Pues sí —coincido, y la sonrisa se me ensancha. Parece que Mira ha dejado huella.

Xaden le descarga a Jarrett un golpe firme en la mandíbula y se oye un crujido.

—Parece que Riorson no se queda atrás.

—Pues no.

—Te noto bastante convencida —dice, y vuelve a concentrarse en el combate.

—Porque lo estoy.

Mi confianza en Xaden es casi… arrogancia. Joder, es hermoso. Las luces mágicas que iluminan la estancia le subrayan todas las líneas talladas de los apretados músculos del pecho y abdominales y juguetean con los ángulos de

su cara. Y cuando se vuelve, las ciento siete cicatrices que le marcan la espalda brillan bajo la reliquia de Sgaeyl.

Lo miro absorta. No puedo evitarlo. Su cuerpo es un monumento, una obra de arte afinada hasta haber alcanzado una perfección letal. Conozco cada palmo de su piel y, con todo, lo observo boquiabierta, perpleja, como si fuera la primera vez que lo veo semidesnudo. La situación no debería excitarme, pero esos movimientos, la gracia letal de todos y cada uno de sus calculados golpes…

Sí. Estoy cachonda.

Puede que sea tóxico de cojones, pero no tiene sentido negar que no hay ni una sola parte de mi ser que no se sienta atraída por todas las facetas de Xaden. Y no es solo su cuerpo. Es… todo. Incluso las partes más oscuras, las que sé que son despiadadas, las que están dispuestas a aniquilar a cualquiera que se interponga entre él y su meta, me atraen como una polilla a la luz.

El corazón me repiquetea en el pecho y mi estúpido pecho me duele solo de verlo maniobrar por el fondo del foso, jugando con su oponente. Echo de menos verlo en el gimnasio, entrenando con Garrick. Echo de menos estar con él en la estera, sintiendo su cuerpo sobre el mío cuando me tumba una y otra vez, sin descanso. Echo de menos los pequeños momentos del día cuando nuestras miradas se encontraban en un pasillo abarrotado, y los grandes momentos cuando lo tenía solo para mí.

Estoy tan enamorada de él que me duele, y ahora mismo no recuerdo ni siquiera por qué me lo niego.

El jinete a mi izquierda grita, Xaden levanta la cabeza de repente y nuestras miradas se encuentran. La sorpresa se dibuja en sus facciones durante un brevísimo instante, antes de que su oponente le propine un puñetazo que le acierta a Xaden en la mandíbula y produce un sonido que me revuelve el estómago.

Dejo escapar un grito ahogado cuando la cabeza se le inclina a un lado por la fuerza del golpe. Xaden se tambalea hacia atrás entre los vítores de los jinetes que me rodean.

—*Deja de hacer el tonto y acaba con él* —le digo a través del vínculo; es la primera vez que lo utilizo desde Resson.

—*Siempre tan violenta.*

Se limpia con el pulgar la gota de sangre que le cae del corte en el labio inferior y se vuelve otra vez para mirarme, y juraría haber visto la sombra de una sonrisa antes de que se vuelva de nuevo hacia Jarrett.

Su oponente descarga un golpe y luego otro, que Xaden esquiva sin despeinarse. Acto seguido Xaden le da dos puñetazos rápidos, poniendo todo el peso en ellos como no había hecho hasta entonces, y Jarrett acaba a gatas en la tierra. La cabeza le cuelga mientras la sacude poco a poco, y de la boca le gotea sangre.

—Hostia. —La jinete que tengo al lado suspira.

—Tal cual.

¿Está mal que sonría? Porque no soy capaz de controlar mis músculos faciales.

Xaden retrocede y los jinetes de la sala se quedan en silencio, y entonces extiende una mano. El pecho de Jarrett sube y baja agitado durante un tenso minuto, antes de que levante la vista hacia Xaden y rechace la mano que le ofrece. Da dos golpes en el suelo, y mientras algunos de los jinetes a mi alrededor gruñen (y sí, hay dinero cambiando de manos en forma de monedas de oro), otros aplauden varias veces. Jarrett escupe sangre al suelo, se pone de pie y le hace un gesto de cabeza respetuoso a Xaden.

El combate, por injusto que haya sido, parece haber llegado a su fin. Los jinetes vienen en dirección a mí y pasan a mi lado buscando la puerta. Xaden le dice algo a Jarrett que no consigo oír, y aprovecha los peldaños de metal hundidos en los muros de piedra del fondo del foso para subir. Al llegar arriba, recoge su camiseta de la barandilla y echa a andar hacia mí con una mirada ardiente que le prende fuego a todo mi cuerpo, por si no tuviera suficiente con el cosquilleo de antes. Definitivamente soy incapaz de recordar por qué me niego a entregarme a cualquier parte de este hombre.

—Parece que se ha ganado el pase —comenta la mujer a mi lado—. Me llamo Cornelia Sahalie, por cierto.

—Violet Sorrengail.

Sé que es una falta de educación, pero no consigo despegar los ojos de Xaden mientras él dobla la esquina y se acerca a mí por la izquierda. Se pasa la lengua por el cortecito del labio inferior como comprobando la gravedad de la herida y, luego, se pone la camiseta. La sangre debería habérseme enfriado cuando ha terminado el espectáculo, pero no. Estoy bastante segura de que, ahora mismo, ni aunque me tiraran por encima un cubo de nieve de las cimas cercanas podrían bajarme la temperatura del cuerpo. Probablemente solo humearía.

Joder, este hombre saca lo peor de mí.

Da igual que me haya hecho daño, que no confiara en mí. Ni siquiera sé si yo puedo fiarme de él.

Pero lo deseo.

—Enhorabuena, Riorson —le dice la teniente Sahalie a Xaden—. Le comunicaré al mayor que te saque de la lista de patrullas durante las próximas cuarenta y ocho horas.

—Veinticuatro —la corrige sin dejar de mirarme—. Solo necesito veinticuatro horas. Que Jarrett se quede con el resto.

Porque yo ya me habré ido.

—Allá tú.

Cuando Jarrett pasa a su lado, Sahalie le da un apretón en el hombro como consolación y lo sigue hacia el exterior. Nos hemos quedado a solas.

—Llegas pronto —dice Xaden, pero la expresión de sus ojos no es precisamente de reproche.

Enarco una ceja y trato de ignorar la necesidad que tienen mis manos de tocarlo.

—¿Eso es una queja?

—No. —Niega con la cabeza, con movimientos lentos—. Pero no te esperaba hasta el mediodía.

—Se ve que Tairn vuela bastante rápido cuando no hay trabas de por medio.

Hostia, ¿por qué me cuesta tanto respirar de repente? El aire que nos separa es denso, y el corazón me bate con fuerza cuando agacho la vista hasta su boca. No sería la primera vez que mata a alguien por mí; ¿a qué viene lo de luchar por un pase de fin de semana y arrebatarme cualquier ápice de autocontrol de mi flujo sanguíneo?

—Violet.

Xaden baja la voz hasta ese tono grave que solo utiliza cuando estamos solos, y normalmente desnudos. Muy desnudos.

—¿Mmm?

Dioses, cómo echo de menos el tacto de su piel contra la mía.

—Dime lo que pasa por esa cabecita preciosa tuya.

Se acerca a mí e invade mi espacio personal sin siquiera tocarme.

Joder, es que quiero que me toque, aunque sea una mala idea. Una idea terrible, de las peores.

—¿Te duele? —le pregunto llevándome un dedo a la comisura del labio, en la misma zona en la que él tiene el corte.

Xaden niega con la cabeza.

—Me he visto en peores. Es lo que tiene bloquear con los escudos para concentrarme en el combate. Si no lo hubiera hecho, habría caído rendido

ante ti. Mírame. —Me posa el pulgar y el índice en la barbilla y me inclina con delicadeza la cabeza antes de buscarme los ojos—. ¿En qué estás pensando? Porque interpreto muchas cosas en esa mirada, pero voy a necesitar las palabras.

Lo deseo. ¿Tanto cuesta decirlo? La lengua se me traba. ¿Qué significaría si me entregara a la necesidad insaciable que siento por él?

«Que eres humana».

—Estoy a tres segundos de subirte a mi habitación para continuar con esta charla.

Su mano se desliza por mi mandíbula y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—A tu habitación no. —Niego con la cabeza—. Tú y yo, en una cama. No es una buena idea en estos momentos.

Demasiado tentador.

—Según recuerdo, y es algo que me suele venir a la memoria, no siempre hemos necesitado una cama.

Su otra mano me baja hasta la cintura y tenso los muslos.

—¿Violet?

No puedo besar a este hombre. Es que no puedo. Pero ¿de verdad sería el fin del mundo si lo hiciera? Tampoco sería la primera vez. Mierda. Voy a venirme abajo. Aunque solo sea en este preciso momento.

—Hipotéticamente hablando, si quisiera que me besaras, pero solo besarme, sin llegar a… —empiezo.

Su boca se aprieta contra la mía antes de darme la oportunidad de acabar.

Sí. Esto es justo lo que necesito. Separo los labios para él, y su lengua no vacila al entrelazarse con la mía. Xaden gruñe, y el sonido retumba en mis propios huesos al tiempo que le rodeo el cuello con los brazos.

Hogar. Joder, sabe a hogar.

Oigo la puerta cerrarse un instante antes de aplastar la espalda contra el muro áspero de la habitación. Xaden me pasa las manos por los muslos y me levanta para que estemos a la misma altura mientras demuestra su dominio de todas las líneas y recovecos de mi boca, como si este momento fuera el último y tuviera que aprovecharlo. Como si besarme fuera más vital que la próxima respiración. O tal vez sea así como le estoy devolviendo yo el beso. Qué más da. Me da igual quién esté besando a quién, siempre que no nos detengamos.

Hundo los tobillos en sus lumbares y uno nuestros cuerpos, y contengo el aliento al percibir el calor que emana de su piel a través de la tela del

uniforme y de mi ropa de vuelo, y de repente me parece demasiado e insuficiente.

No ha sido buena idea probar lo que más ansío, y aun así no soy capaz de detenerme. No existe nada más allá de este beso. Ni la guerra, ni las mentiras, ni los secretos. Solo existe su boca, las manos que me suben por los costados, su deseo alcanzando la temperatura ardiente del mío. Aquí es donde quiero vivir, donde no importa nada más que lo que él me hace sentir.

—*Como una polilla a la puta luz.*

El lamento se escapa de mi mente y se adentra en nuestro canal mental. Xaden es la gravedad, y me atrae hacia él por la fuerza de su mera existencia.

—*Estoy más que dispuesto a que me quemes.*

Un momento, no me refería a…

Me sujeta la nuca para protegerme de la piedra burda y me la inclina para darme un beso más profundo. Sí, por favor. Adéntrate más. Más. Nada me parece suficiente. Nunca tendré suficiente.

La energía traza un arco entre los dos y cobra intensidad con cada beso, con cada movimiento de su lengua. Las llamas de la pasión me corren por la piel y dejan una sensación fría a su paso antes de asentarse en mi interior, ardiendo peligrosamente, recordándome que Xaden sabe cómo saciar con exactitud este deseo insaciable. Tiene la insoportable capacidad de generar adicción y de satisfacerla en un solo suspiro.

Mis manos se deslizan hacia su pelo mientras sus labios bajan por mi cuello, y el pulso se me acelera cuando encuentra el punto exacto, justo encima del cuello de mi chaqueta de vuelo, que procede a venerar sin piedad con la boca.

Paso al instante a estado líquido y me fundo en él.

—*No sabes cómo echaba de menos tu sabor*. —Incluso su voz mental surge como un gruñido—. *Sentirte entre mis brazos*.

Llevo las manos a su rostro y lo vuelvo a atraer hasta mis labios. Me absorbe la lengua en su boca y suelto un quejido, porque podría decir exactamente lo mismo sobre él: he echado de menos su sabor, sus besos, su presencia.

Si alguno de los botones de mi chaqueta de vuelo se desabrocha, los demás correrán la misma suerte. La inclinación de su boca sobre la mía me hace sentir viva por primera vez desde… Ni siquiera me acuerdo. Desde la última vez que me besó. Me aprieta con dulzura la cintura antes de subir la mano y que las puntas de sus dedos se detengan justo debajo de mis pechos.

A la mierda la chaqueta. Y la camiseta. Y la armadura. Y todo lo que me separa de él.

Me busco los botones, pero él relaja el beso y los movimientos urgentes y profundos se vuelven delicadamente lentos.

—Deberíamos parar.

—¿Y si no quiero?

El sonido físico que me sale de dentro es de pura negación. No estoy preparada para que esto termine, ni para volver a la realidad en la que no estamos juntos, aunque el obstáculo sea yo.

—*O paramos o no seré capaz de respetar la limitación del beso de tu pregunta hipotética*. —Arrastra la mano hasta mi culo mientras relaja la boca, rezagándose en mi labio inferior para un último beso que no parece acabar—. *Joder, cómo te deseo*.

—Pues no pares. —Lo miro a los ojos para que sepa que lo digo en serio—. Podemos limitarlo al sexo, igual que el año pasado…, aunque tampoco es que saliera bien.

—Violet —susurra, y es en parte una súplica y en parte un gemido, y la guerra de sus ojos hace que se me oprima el pecho—. No tienes ni idea de las ganas que tengo de arrancarte los pantalones de ese pedazo de culo y follarte hasta que te quedes afónica de gritar mi nombre y exhausta por los orgasmos, hasta que no puedas volver a levantarte de mi cama, hasta que todos los árboles de los alrededores ardan partidos por un rayo. —Desliza la mano desde mi nuca hasta el hoyuelo de mi cuello—. Hasta que recuerdes exactamente lo bien que estamos juntos.

—No lo he olvidado nunca. —Es un gemido. El cuerpo sigue hormigueándome.

—No hablo de lo físico.

Se inclina y me besa con suavidad. Es amable. Tierno. Todo lo que no quiero sentir. No en lo que respecta a Xaden. Puedo afrontar la pasión y la lujuria. Pero el resto…

—Xaden —murmuro negando con la cabeza despacio.

Me escudriña el rostro durante un suspiro y oculta el gesto de decepción con una media sonrisa.

—Exacto. —Me vuelve a dejar en el suelo con delicadeza y me sujeta por la cintura al ver que me tiemblan las rodillas—. Te deseo más que al aire que respiro, pero no puedo follarte hasta que vuelvas a verme como antes. Me niego a utilizar el sexo como una herramienta para recuperarte. —Me coge la

mano y me la aprieta contra el pecho—. No cuando donde yo quiero estar es aquí.

Abro mucho los ojos y el recelo me produce un nudo en el estómago.

—Ya me imaginaba. —Suspira, pero no hay derrota en su boca, sino frustración—. Sigues sin confiar en mí, y no pasa nada. Ya te dije que no estoy aquí para ganar la batalla. Mi intención es ganar la guerra. Y sé que soy un imbécil por decirte esto, pero ¿cuándo no he sido un imbécil siempre que has estado tú implicada?

—¿Perdón? —exclamo. Debe de fallarle la memoria, porque la que se ha comportado como una imbécil por él he sido yo.

—Déjame que te diga una cosa. —Me observa la boca—. Te besaré siempre que quieras porque tengo un autocontrol de mierda contigo…

—¿Siempre que quiera? —Enarco las cejas. ¿Qué coño está pasando ahora mismo?

—Sí, siempre que quieras, porque si dependiera de mí, viviría pegado a tu boca. —Retrocede unos pasos, y yo añoro al instante el tacto de sus manos, la calidez de su piel—. Pero te lo ruego, Violet. No me ofrezcas tu cuerpo hasta que no me lo ofrezcas todo. Quiero mucho más que follarte. Quiero volver a oír esas dos palabras.

Lo miro con la boca ligeramente entreabierta. No me está pidiendo que le diga que lo deseo. Lo que necesita oír es que lo quiero.

—Esto también es algo nuevo para mí. —Se pasa las manos por el pelo—. Créeme que aquí el primer sorprendido soy yo.

—Perdón, pero ¿no fuiste tú el que me dijo el año pasado que podíamos follar todo lo que quisiéramos siempre que no hubiera sentimientos implicados?

Me cruzo de brazos.

—¿Lo ves? Un puto imbécil. —Mira hacia las vigas toscas del techo, como si tuvieran la respuesta—. El año pasado habría recurrido a cualquier método imaginable para recuperarte, pero los tres días que estuviste inconsciente, lo único que hice fue sentarme para verte dormir, pensando en todo lo que habría hecho de otro modo. —Cuando vuelve a bajar la vista hasta mí, no hay un solo rasgo de su cara que no esté cargado de determinación—. Este soy yo haciendo las cosas de otro modo.

No sé cómo, pero este último mes hemos intercambiado los papeles.

—Este soy yo demostrándote lo que siento. —Da un paso atrás y abre la puerta con un gesto para que yo salga primera, y luego me apoya una mano en

las lumbares mientras andamos por el pasillo—. Aún no estamos ahí, pero te juro que volverás a confiar en mí en algún momento.

—Claro, en cuanto accedas a no esconderme ningún secreto.

¿Cómo es posible que esto sea culpa mía?

El suspiro que deja escapar parece surgir de las profundidades de su alma.

—Para que esto funcione, debes confiar en mí incluso con secretos.

Me agarro a la barandilla de la escalera y bajo los escalones de dos en dos.

—Eso no pasará.

—Claro que sí —dice cuando nos acercamos a la planta baja, y cambia de tema—. ¿Tienes hambre?

—Primero tengo que darme un baño. —Arrugo la nariz—. Seguro que huelo como si hubiera estado ocho horas volando.

—¿Por qué no subes a mi habitación y te llevo algo de comida? —Deja caer la mano que me había puesto en las lumbares en cuanto entramos en su habitación de los barracones. Hace un gesto hacia la izquierda y dice—: Esa puerta lleva a un baño privado.

—No me puedo creer que tengas un baño privado siendo un teniente novato —balbuceo—. Mira tiene que compartirlo.

—Te sorprendería lo que se puede llegar a conseguir cuando nadie quiere convivir con el hijo de Fen Riorson —responde en voz baja.

El corazón se me encoge. No se me ocurre cómo responder a algo así.

—No te preocupes. Garrick lo comparte con otros cuatro jinetes. Venga. —Vuelve a señalar la puerta—. No tardo nada.

Una hora más tarde estoy limpia y alimentada. Xaden está sentado a su escritorio, toqueteando algo que parece una ballesta, aunque más pequeño, mientras yo me cepillo el pelo húmedo sentada en su cama. No puedo evitar sonreír ante la sensación de lo que poco a poco se está convirtiendo en rutina; Xaden preparando un arma mientras yo estoy sentada en su cama.

—¿No registraron a Tairn? —me pregunta sin levantar la cabeza.

—Qué va, solo vaciaron mis cosas en el suelo. —Poso la mirada brevemente en una piedra gris del tamaño de un puño con una runa negra decorativa sobre su mesilla de noche, antes de darme cuenta de que una brizna de hierba ha conseguido llegar aquí desde el campo de vuelo, y me la quito del brazo—. ¿Registraron a Sgaeyl?

Niega con la cabeza.

—Solo a mí. Y a Garrick. Y a todos los tenientes con una reliquia de la Rebelión que se marcharon de Basgiath.

—Saben que habéis estado sacando algo a escondidas. —Me inclino sobre el borde de la cama alta y dejo caer el cepillo en mi morral—. Alárgame una piedra de afilar.

—Se huelen algo.

Rebusca en el cajón derecho de la parte superior de su escritorio y extrae una pesada piedra de afilar gris. Se inclina hacia mí para entregármela, con cuidado de no rozarme los dedos, y continúa toqueteando su arma.

—Gracias.

Sujeto la piedra, saco el primer cuchillo de su funda y comienzo a afilarlo. Es fundamental que estén en un estado óptimo. Sin embargo, y por mucho que tenga las manos ocupadas, no hay nada que facilite la pregunta siguiente y que no me sienta como que ahora soy la que le oculta cosas a Xaden. Elijo las palabras con cuidado.

—Cuando estábamos en el lago, antes de lo de Resson, me dijiste que lo único que puede matar a un venin es lo que potencia las protecciones.

—Sí.

Se recuesta en su silla y arquea una ceja, olvidada ya la ballesta.

—Las dagas están hechas del material que potencia las protecciones —aventuro—. La aleación que mencionó Brennan.

Xaden abre el cajón de abajo y remueve varias cosas antes de sacar una réplica de la daga que utilicé para matar al venin que subió a la espalda de Tairn. Se acerca a mí y la extiende con la empuñadura por delante. Se la cojo de la mano, y el peso y el zumbido del poder que emana de la hoja me provocan náuseas al momento, no sé si de la energía o del recuerdo de la última vez que sostuve una igual. Sea como sea, respiro hondo y me recuerdo que no estoy a lomos de Tairn, que no hay nadie tratando de matarme a mí o a él. Estoy en la habitación de Xaden. En la habitación más que protegida de Xaden. A salvo. En realidad, no hay ningún otro lugar más seguro en todo el continente.

La hoja en sí es plateada, afilada por ambos lados, y la empuñadura es del mismo negro mate que la que utilicé en Resson, la misma que tenía mi madre sobre el escritorio el año pasado. Paso un dedo por el medallón de la empuñadura, de un gris apagado y decorado con una runa.

—Esa pieza es la aleación —me explica Xaden sentándose a mi lado en la cama—. El metal de la empuñadura. Es una mezcla concreta de materiales fundidos hasta conseguir lo que ves ahí. No tiene poder por sí misma, pero sí tiene la capacidad de… albergarlo. Las protecciones en sí mismas son originarias del valle, cerca de Basgiath, pero su alcance es limitado. Esto —le

da unos golpecitos al medallón— alberga un poder adicional que potencia las protecciones y las extiende. Cuanto más material haya, más potentes son las protecciones. Hay una armería entera en el piso de abajo, potenciando las protecciones. Los detalles son confidenciales, pero esa es la razón por la que los puestos avanzados están colocados estratégicamente, para que en nuestras fronteras no haya ningún punto débil.

—Pero ¿cómo es posible que las protecciones fallen si se potencian constantemente? —pregunto. Froto con el pulgar la aleación y siento que mi propio poder aumenta, cargando el aire de electricidad.

—Porque el poder que albergan es limitado. Cuando se termina, deben imbuirse de nuevo.

—Un momento. ¿Se imbuyen de poder?

—Sí. El proceso consiste en dejar el poder en hibernación dentro de un objeto. Los jinetes deben verter su poder en ellos, pero son pocos los que cuentan con esa capacidad. —Me lanza una mirada seria—. Y no preguntes. Hoy no vamos a entrar en detalles sobre cómo funciona el procedimiento.

—¿Siempre se han imbuido dagas?

Él niega con la cabeza.

—No. Eso comenzó poco antes de la Rebelión. Yo creo que Melgren tuvo una visión sobre el resultado de una batalla próxima y las dagas eran fundamentales para la victoria. Cuando Sgaeyl me escogió en la Trilla, empezamos a sacar a escondidas unas pocas dagas cada vez para suministrar a las bandadas con las que estableciéramos contacto.

—Aretia necesita una forja para fundir la aleación, para forjar más armas.

—Sí. Y es imprescindible un dragón para alimentar el crisol, y lo tenemos, y una luminaria para intensificar el fuego de dragón hasta la temperatura necesaria para fundirlo —dice.

Asiento, contemplando el medallón, del tamaño de un pulgar. ¿Cómo es posible que algo tan pequeño sea la clave para salvar un continente entero?

—Entonces ¿engastas la aleación en la daga y ya obtienes automáticamente un arma matavenin?

Una sonrisa se le dibuja en los labios.

—Es algo más complicado.

—¿Qué crees que fue primero? —pregunto estudiando la daga—. ¿Las protecciones o la capacidad de potenciarlas? ¿O está relacionado?

—Eso es confidencial. —Le devuelvo la daga y él la deja otra vez en el cajón del escritorio—. ¿Qué te parece si trabajamos un poco tus escudos en vez de preocuparnos por los de Navarre?

Bostezo.

—Estoy agotada.

—*A Aetos no podría importarle menos* —dice colándose sin dificultades en mi mente.

—Que sí. —Me dejo caer hacia atrás, apoyando mi peso en las palmas de las manos, y levanto sin dificultades mis escudos, bloque a bloque—. No te cortes.

Su sonrisa hace que me arrepienta al instante.

13



Se puede pedir opinión a la cadena de mando, pero la última palabra sobre cualquier castigo o repercusión académicos recae sobre la comandancia.

—Artículo cinco, sección siete
del Código de Jinetes de Dragón

—*¿No sabrás por casualidad cómo levantar protecciones, verdad?* —le pregunto a Tairn al día siguiente, cuando nos acercamos a Basgiath por el sureste, y entrecierro los ojos ante el sol de la tarde.

Hemos traído el viento de cara y el vuelo ha durado dos horas más de lo normal, lo que ha provocado que las caderas se me quejen y hayan estado a punto de rebelarse por completo.

—*A pesar de lo que pueda parecerte, no tengo seiscientos años.*

—*Te lo pregunto por si te estás guardando conocimientos dracónidos arcanos.*

—*Siempre me estoy guardando conocimientos dracónidos arcanos, pero las protecciones no forman parte de ellos*. —Tensa los hombros, alzándolos ligeramente, y relaja el batir de las alas—. *Se nos ha ordenado que acudamos a los terrenos de práctica. Carr y Varrish esperan*.

Se me cae el alma a los pies, y eso que la altitud no ha cambiado.

—*Me amenazó con que sopesaría cuál sería mi castigo por no haber obligado a Andarna a participar en las maniobras. Debería haberme tomado*

la advertencia con más seriedad.

El gruñido bronco de Tairn resuena por todo su cuerpo.

—*¿Cuáles son tus deseos?*

—*No sé si tengo alternativa.*

Una sensación ominosa me atenaza la garganta.

—*Siempre hay una alternativa.*

Tairn mantiene la dirección, aunque pronto tendrá que virar para cambiar el rumbo hacia los terrenos de práctica. Puedo afrontar cualquier castigo si con ello consigo proteger a Andarna.

—*En marcha.*

Una hora más tarde ya no tengo tan claro si estoy afrontando el castigo o simplemente sobreviviendo.

—Otra vez —me ordena el profesor Carr. El pelo blanco y ralo se le agita con cada ráfaga de viento que sopla en la cima de la montaña donde solemos practicar mi sello.

Y pensar que…, una advertencia. La fatiga vuelve a apoderarse de mí, pero no se me pasaría por la cabeza volver a quejarme. He cometido ese error alrededor del vigésimo quinto rayo, y no ha servido más que para que el profesor Carr añadiera otra marca a la cuenta de su libreta mientras el mayor Varrish lo supervisaba.

—Otra vez, cadete Sorrengail —repite Varrish sonriéndome como si solo estuviéramos intercambiando cumplidos. Sus dragones, Breugan y Solas, esperan lo más lejos posible sin caer de la montaña. Tairn se ha abalanzado hacia ellos, ha cerrado las fauces y se ha retirado a apenas unos centímetros del decimotercer rayo. Nunca había visto dragones escabulléndose—. A menos que quieras pasar una buena temporada en el calabozo.

A Tairn le retumba el pecho con un gruñido grave a mi espalda, y hunde aún más las garras en la roca desnuda de la cima de la montaña. Aunque poco más puede hacer. Él se debe al Empíreo, pero yo debo seguir las reglas del Cuadrante si no quiero acabar en el calabozo, y preferiría descargar sobre la tierra mil rayos antes que pasarme una noche encerrada en una jaula a merced de Varrish.

Al ver que no me muevo, Carr me lanza un gesto de súplica antes de desviar la mirada hacia Varrish. Suspiro, pero levanto las manos, y los brazos me tiemblan cuando trato de canalizar el poder de Tairn. Luego planto los pies en el constructo mental de los Archivos de mi mente para no caer en el fuego que amenaza con consumirme. El poder vuelve a concentrarse en mí

veloz y ágil, y el sudor se me acumula en la frente y me corre por la espalda mientras me esfuerzo por controlarlo.

Ira. Lujuria. Miedo. Los rayos siempre surgen de mis emociones más extremas. Es la rabia lo que me alimenta ahora cuando invoco esa energía ardiente y sibilante y la descargo, partiendo el cielo con otro rayo que aterriza en un pico cercano.

—Treinta y dos —anuncia Carr antes de anotarlo.

Poco importa si apunto o no, ni tampoco se valora lo más mínimo la maestría o la fuerza. Aquí su único objetivo es agotarme, mientras que el mío es aferrarme al poco autocontrol que me queda para no despertar a Andarna.

—Otra vez —ordena Varrish.

Madre mía, siento como si el cuerpo se me estuviera cociendo por dentro. Me busco a tientas los botones de la chaqueta de vuelo y me la desabrocho para dejar escapar parte de ese calor infernal.

—*¿Violet?* —pregunta Andarna somnolienta.

La culpa me golpea con más fuerza que un rayo.

—*Estoy bien* —contesto.

—*Despertarse en mitad del proceso de crecimiento es peligroso* —la reprende Tairn—. *Duerme.*

—*¿Qué está pasando?*

Ahora sí parece alarmada.

—*Nada con lo que no pueda lidiar.*

No es del todo mentira. ¿Verdad?

—No la he visto nunca producir más de veintiséis rayos en menos de una hora, mayor. Corre el riesgo de sobrecalentarse y quemarse si continúa presionándola tanto —le dice Carr a Varrish.

—Es más que capaz de soportarlo.

Me mira como si lo supiera, como si hubiera estado en Resson y me hubiera visto lanzarle rayo tras rayo al guiverno. Si él es la viva imagen del control, tal vez yo debería alegrarme de no tener ni pizca.

—Basta con que pierda pie o se agote físicamente para quemarse —le advierte Carr mirándonos con nerviosismo—. Castigarla por insubordinación es una cosa, pero matarla es algo muy distinto.

—Otra vez. —Varrish me levanta las cejas—. A menos que la dorada tenga la amabilidad de volar hasta aquí a saludar, dado que no obedeció las órdenes de presentarse. Si se reúne con nosotros, solo te pediremos tres más.

—*¿Es culpa mía?*

Dejo caer los hombros con el corazón en un puño.

—*Esto es lo que ocurre cuando los dragones eligen sin criterio* —contesta Tairn—. *Solas jamás debería haberle otorgado más poder a este cruel homúnculo*.

—No quiero ponerla a prueba ni someterla a ninguna crueldad —se defiende Varrish, como si hubiera oído las palabras de Tairn—. Solo quiero que comprenda que no está por encima de la estructura de mando.

—*Joder, cómo lo odio* —le digo a Tairn.

—*¡Siento que te está agotando! Puedo ir si…* —empieza Andarna.

—*Que ni se te ocurra, o pondrás en riesgo a todos los Cola de Plumas del valle* —le recuerdo—. *¿Quieres que se vincule con una cría alguien como Varrish, que se deleita tanto con el dolor?*

Andarna gruñe de pura frustración. Tairn arquea el ala y me envía una bocanada de aire fresco a mi piel abrasada.

—¿Y bien? —pregunta Varrish echándose la capa por encima mientras mi cuerpo expulsa vapor.

Tairn gruñe.

—Los humanos no dan órdenes a los dragones, y usted no es una excepción.

Levanto los brazos, que me pesan lo indecible, y vuelvo a concentrar el poder.

Alrededor del cuadragésimo rayo, las rodillas me flaquean y me desplomo sobre la roca dura. Veo el suelo cerca y extiendo las manos, y siento al instante una punzada de dolor que me sube hasta el hombro izquierdo cuando la articulación se me subluxa del impacto. Salivo por las náuseas inmediatas, pero me sujeto el brazo izquierdo y me obligo a erguirme sobre las rodillas solo para ahorrarle el peso a la articulación.

Tras extender el cuello, Tairn ruge con tanta fiereza a Varrish y Carr que la libreta del segundo se le va volando de las manos y cae montaña abajo antes de perderse de vista.

—*¡La Plateada ha terminado!* —brama.

—*No te oyen* —le recuerdo, cogiendo aire para controlar el dolor.

—*Sus dragones sí.*

—Si muere, no solo invocará la ira de la general Sorrengail, sino también del general Melgren. Su sello es el arma con la que sueñan los generales para esta guerra. —Carr nos mira alternativamente a Varrish y a mí—. Y eso no basta para instilarle una cierta precaución, vicecomandante, le recuerdo que su muerte le costará dos de los dragones más poderosos del continente, y la capacidad irreemplazable del teniente Riorson de controlar las sombras.

—Ah, sí, ese inoportuno vínculo de pareja. —Varrish chasca la lengua y ladea la cabeza, estudiándome como si para él fuera poco más que un experimento con el que juguetear—. Uno más. Solo para demostrar que, independientemente de lo que haga tu dragón, tú si sabes obedecer órdenes.

—*Plateada…*

—*Puedo hacerlo.*

Me pongo en pie entre tambaleos y rezo por que el hombro me aguante si aprieto el codo contra mi cuerpo. Por Andarna, por el resto de las crías protegidas en el valle, puedo hacerlo.

Los músculos me tiemblan y se me agarrotan, y el hombro me aúlla como si me hubieran atravesado la articulación con una daga, pero levanto las palmas de las manos y canalizo el poder de Tairn de todos modos. Establezco la conexión y dejo que la energía fluya a través de mí una vez más.

Blando mi poder y un rayo se precipita desde los cielos. Pero los brazos se me paralizan cuando el relámpago golpea el pico más cercano y los músculos se me retuercen y se me agrupan de una forma antinatural, lo que me obliga físicamente a sostener el poder que acostumbro a soltar al instante.

¡Mierda! ¡No puedo liberarlo!

—*¡Plateada!* —grita Tairn.

El poder me recorre el cuerpo a latigazos y extiende el relámpago, que parte en dos una sección de la cresta más septentrional que hay frente a mí. La roca cae montaña abajo, y aun así el rayo sigue fluyendo como una hoja incandescente, sajando la tierra.

No puedo moverme. No puedo bajar las manos. Ni siquiera puedo doblar los dedos. Esto me va a matar.

Tairn. Sgaeyl. Xaden. Nos va a matar a todos. El miedo y el dolor se funden y me invade la mente la única emoción que no puedo permitirme tener: pánico.

—*¡Interrúmpelo con la mente!* —brama Tairn mientras el rayo continúa cayendo, y en la distancia oigo a Andarna llorar.

Se me prenden hasta los huesos, y un grito me escapa de la garganta cuando me abalanzo mentalmente hacia las puertas de mis Archivos. El rayo cesa y caigo de espaldas contra la pata delantera de Tairn, antes de desplomarme entre sus garras. Me cuesta respirar.

Carr traga saliva. De forma sonora.

—Hemos terminado por hoy.

No podría levantarme ni aunque quisiera. Varrish examina la destrucción que he provocado y se vuelve hacia mí.

—Es fascinante. Seréis indispensables en cuanto entréis en vereda. —Entonces da media vuelta, con la capa ondeando al viento, y se dirige hacia Solas—. No habrá una segunda advertencia, cadete Sorrengail.

La amenaza me sienta como un puñetazo en el estómago, pero apenas puedo pensar con este calor abrasador. Carr se apresura a cruzar el terreno accidentado, me pone una mano en la frente y suspira.

—Estás ardiendo. —Se vuelve hacia Tairn—. Dile a tu dragón que te lleve directa al patio. No sobrevivirás si te deja en el campo de vuelo. Come algo y date un baño con agua fría. —Hay algo sospechosamente parecido a la empatía en sus ojos—. Y aunque estoy de acuerdo en que no podemos darles órdenes a los dragones, tal vez podrías convencer a Andarna de que haga acto de presencia. Eres un sello único y poderoso, cadete Sorrengail. Sería ridículo que volvieras a utilizar tus sesiones de entrenamiento de esta forma.

«No soy ningún sello. Soy una persona». Pero tengo demasiado calor y estoy demasiado agotada como para articular palabra. Y poco importa: él no me ve como tal. Para Carr nunca hemos sido nada más que la suma de nuestros poderes. El pecho se me agita violentamente, pero ni siquiera el aire frío de la cima de la montaña consigue atravesar el fuego que me arde en las venas. Tairn me rodea con la garra, sujetándome con una uña cada brazo para agarrar con firmeza mi cuerpo inerte, y alza el vuelo, dejando a Carr en la cima a nuestros pies.

Tardamos un instante en estar volando. O puede que sea una hora. El tiempo no tiene significado alguno. Solo existe el dolor, que me conmina a tirar la toalla, a liberar mi alma de la prisión de mi cuerpo.

—*No tirarás la toalla* —me ordena de camino a Basgiath, volando a una velocidad que no había visto hasta ahora.

Las ráfagas de aire sientan de maravilla, pero no bastan para alcanzar el horno en que se han convertido mis pulmones ni el tuétano fundido de mis huesos. Dejamos atrás montañas y valles que pasan debajo de mí como un borrón antes de que reconozca los muros del cuadrante, pero Tairn pasa volando por encima del patio y desciende hacia el valle más abajo.

El río. Agua. Frío. Agua. Fresca.

—*Ya he pedido ayuda.*

El estómago se me revuelve cuando se detiene en el último momento, y el cuerpo se me mece por el cambio de velocidad.

—*Aguanta la respiración.*

Esa es la única advertencia que me hace antes de que el agua me cubra de pies a cabeza, azotándome con una fuerza demoledora, gélida por las últimas

escorrentías del verano. El contraste amenaza con destruir cada parte de mi ser, con arrancarme la piel capa a capa. He vivido siempre con dolor, pero esta agonía supera con creces mis capacidades de tolerarlo.

Colgada de la garra de Tairn, dejo escapar un grito mudo y el aire brota de mis pulmones; el agua me arranca el calor del cuerpo, salvándome con los mismos azotes que me desgarran la piel.

Tairn me saca la cabeza del agua y cojo aire.

—*Ya casi estamos* —me dice sosteniéndome en los rápidos.

El agua me apalea sin piedad, pero también me reduce la temperatura del cuerpo hasta extinguir la última de las llamas de mis huesos.

—¡Violet! —grita alguien desde la orilla.

Los dientes me castañetean y me bajan las pulsaciones.

—Hemos llegado.

Tairn me acompaña hasta la ribera (ni siquiera me había dado cuenta de que estaba de pie junto a mí en el río) y me deposita en las altas hierbas estivales, bajo la larga hilera de árboles que crecen junto al Iakobos.

Yazco inerte, esforzándome por seguir respirando mientras el corazón me late más y más despacio. Reuniendo toda la energía de que dispongo, obligo a mis pulmones a expandirse y absorber aire.

—¡Violet! —grita Imogen desde algún lugar a mi derecha, y se arrodilla junto a mí unos instantes más tarde—. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Demasiados… rayos.

Una manta áspera me cae sobre los hombros. Tirito mientras el agua me gotea de la nariz, de la barbilla y de los bordes desabrochados de mi chaqueta de vuelo, que milagrosamente ha sobrevivido también al viaje. Un frío mordiente ha sustituido todo el calor, pero al menos vuelvo a respirar con normalidad.

—Hostia puta.

Bodhi se acomoda a mi otro lado y hace ademán de tocarme los hombros, pero se retira.

—Estás… rojísima.

Esa es Eya. Creo.

—Glane dice que se ha recalentado —comenta Imogen, y me posa una mano sorprendentemente delicada en la espalda—. La ha avisado Tairn. ¿Qué hacemos, Violet? No conozco a nadie más que manipule los rayos.

—Solo necesito… —Me vuelvo hacia un lado, sentada sobre mis piernas, y el castañeteo de mis dientes acentúa cada palabra—. Un momento.

Miro el tronco del descomunal roble que hay frente a mí y que tanto conozco, y me concentro para no perder el conocimiento.

—Cuir dice que necesita comida, ahora que ya se ha enfriado —añade Bodhi.

—Viniendo de un verde, me lo creo —responde Eya convencida—. Venga, a comer.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunta Imogen—. ¿Ha sido Carr?

Asiento.

—Y Varrish.

El rostro moreno de Bodhi aparece frente a mí.

—Joder. —Me recoloca los bordes de la manta para taparme mejor—. ¿Es por Andarna?

—Sí.

Bodhi abre mucho los ojos.

—Estás de coña, ¿no? —Imogen levanta la voz—. ¿Ha utilizado tu sello como castigo porque Andarna no se ha presentado a las maniobras de vuelo?

—Será cabrón —masculla Eya pasándose una mano por el pelo negro mientras intercambia una mirada con Bodhi.

Un minuto más tarde, reúno la fuerza necesaria para sujetarme yo misma la manta. Al menos los músculos vuelven a funcionarme. Una profunda añoranza me parte en dos mientras contemplo el árbol y su tronco ancho, donde sé que hay una cicatriz provocada por dos marcas de cuchillo.

Desearía que Xaden estuviera aquí. Y es absurdo, porque no podría haber detenido a Varrish. No necesito que me proteja. No necesito que me lleve de vuelta a los dormitorios. Solo lo necesito… a él. Es la única persona con la que quiero hablar sobre lo que ha ocurrido en la montaña.

—Creo que deberíamos llevarla a su dormitorio —sugiere Imogen.

—Yo me encargo —contesta Bodhi mirándome a los ojos—. Esto no volverá a pasarte jamás.

—*Comunícales a los humanos que yo me encargo de los dragones* —dice Tairn.

—*¿Cómo…?*

—*Confía en mí* —me interrumpe, y es una orden.

—Tairn dice que él se encarga de todo. —Me balanceo hacia delante y me obligo a ponerme de pie. Bodhi me coge el hombro con delicadeza y pone una mueca al ver que tuerzo el gesto—. Estoy lista. Vámonos.

—¿Puedes andar? —me pregunta.

Asiento, y echo de nuevo la vista hacia el árbol.

—Lo echo de menos —susurro.

—Ya. Yo también.

No me apoyo en nadie. Simplemente caminan a mi lado, paso a paso, mientras ascendemos por los cientos de escalones que suben en espiral por los muros de los cimientos y de vuelta a los dormitorios.

Lo único que rompe el silencio imperante son nuestras pisadas. Porque nadie quiere decir lo que todos estamos pensando… Si Andarna no se presenta en la próxima formación, el segundo castigo de Varrish bien podría matarme.

—¿Has aprendido ya a hacer los aterrizajes en carrera? —me pregunta Imogen el viernes.

Vuelven a derribar a Sloane en la estera, y se nos escapa una mueca desde un lateral del gimnasio, con las espaldas pegadas a la pared para que no pueda atacarnos nadie por detrás. Sloane no tiene ningún tipo de protección en la espalda, y mañana se despertará con unos buenos cardenales.

A diferencia de Rhiannon, que está aquí dirigiendo las horas de entrenamiento adicionales que negoció para todos los estudiantes de primer año de nuestro pelotón contra otros del Ala Tres, Imogen y yo hemos venido uniformadas entre clases por una sola razón: Sloane y su terrible falta de habilidad. Esperábamos que hubiera mejorado a lo largo de la semana. Pero no.

—Tairn no me deja bajar de la silla —respondo en voz baja, como si no lo tuviera constantemente en la cabeza desde que estuve a punto de morir calcinada en aquella montaña.

—*Te he oído* —gruñe.

—Pues no me espíes.

Al ver que cambiar el peso de pie no me ayuda, me aparto de la pared para aliviar parte de la presión que siento en la piel, aún tensa y enrojecida. Al menos las consecuencias físicas de haber estado a punto de quemarme se han reducido a algo poco más doloroso que una quemadura solar, pero molesta que te cagas.

—Si reforzaras tus escudos, tal vez no tendría que vigilarte.

—¿No estás completando las maniobras? ¿Te niegas a llevar a Andarna a clase? —Imogen abre la boca con una sorpresa fingida—. ¿No serás tú ya una rebelde de pies a cabeza? —Me examina el rostro antes de bajar la mirada

hasta mi cuello—. ¿Tus amigos siguen pensando que perdiste el control durante una sesión de entrenamiento?

Asiento.

—Si supieran lo que ocurrió en realidad, no se moverían de mi lado.

—Estarías más segura —apunta.

—Sí, pero ellos no.

Punto.

—¡No pierdas de vista a tu oponente! —le grita Rhi a Sloane desde la línea de banda justo cuando Sloane hace exactamente lo contrario: mirar al suelo cuando se aproxima al borde de la estera, todo lo que necesita su oponente de primero para soltarle un gancho que deja a Sloane desmadejada en el suelo.

Imogen y yo nos estremecemos.

—¡Esto es un entrenamiento, no un reto! ¡Tomas, por favor! —le espeta Rhi al líder de pelotón del Ala Dos.

—Lo siento, Rhi. Contrólate, Jacek —responde el líder de pelotón.

—Joder. —Imogen niega con la cabeza y se cruza de brazos—. Vale que Jacek está canalizando una ira de narices, pero nunca lo había visto pegar tan fuerte.

—¿Jacek? ¿Navil Jacek?

El estudiante de segundo año del Ala Tres al que Jesinia y yo vimos que se lo llevaban seguido de cerca por Markham apareció en la lista de los muertos hace un par de días.

—Ese de la estera es su hermano pequeño —dice Imogen.

—Hostia. —Ahora me siento mal por el chaval, aunque Sloane esté en una situación similar—. Creo que Markham ordenó que lo mataran —susurro.

—¿Por no devolver un libro a tiempo? —pregunta Imogen arqueando las cejas.

—Creo que solicitó algo que no debía, y sé, sé que suena absolutamente ridículo, pero no veo otra explicación a que apareciera en su habitación apalizado y muerto.

—Ya —musita Imogen—. Esas cosas solo nos pasan a nosotros.

Para los demás, encaja con lo que Panchek ha descrito como un inicio de curso «especialmente salvaje». Yo soy la única de nuestro grupo a la que solo han intentado matar una vez.

—Yo me andaría con ojo cuando estés cerca de tu amiguita de la túnica si los escribas andan por ahí ordenando que asesinen a jinetes.

—Jesinia no es una amenaza —protesto, pero las palabras mueren en mi garganta cuando recuerdo que si ella no hubiera registrado la petición de Jacek, no se lo habrían llevado.

—Vamos acabando —sugiere el líder de pelotón del Ala Dos cuando su oponente vuelve a derribar a Sloane sobre la estera.

—¡Estoy bien!

Sloane se pone en pie como puede, limpiándose la sangre de la boca con el dorso de la mano.

—¿Seguro? —le pregunta Rhi, insinuando por el tono que es la peor decisión posible, algo que pensamos todos los presentes.

—Segurísima —contesta Sloane, y adopta una posición de ataque contra Jacek.

—A esa le gusta que la castiguen —comenta Imogen—. Parece que disfrute cuando le dan para el pelo.

—No entiendo nada. —Aaric se mueve frente a mí y me bloquea la visión con la espalda, y yo me inclino para ver la estera—. Pensaba que a todos los marcados los entrenaban para luchar.

—Depende de dónde crecieras. —Imogen se mueve hacia el frente conmigo—. Y cuando Xaden comenzó a ascender…, bueno, algunas de las familias al mando dejaron de entrenarnos, según lo que he oído de los de primero. Menos mal que esta semana no estaba en la lista de retos.

Jacek vuelve a tumbar a Sloane por centésima vez, o esa es la sensación que me da, y luego le aplasta la garganta con la rodilla para que el mensaje quede claro. Si esto fuera una situación real, Sloane estaría metida en un buen aprieto.

—El primero lo tiene el lunes, y, en el mejor de los casos, le van a dar hasta que le duela incluso la ropa.

Desenvaino una daga, la giro en el aire y la cojo por la punta, como si mis habilidades pudieran ayudar de algún modo a Sloane, cuando ni siquiera me dirige la palabra.

—¿El lunes? —Imogen se vuelve despacio hacia mí—. ¿Y tú cómo sabes eso?

Mierda. Bueno, como si ella no conociera ya prácticamente todos los secretos por los que yo podría acabar muerta.

—Es una larga historia, pero…, por un libro que escribió mi hermano.

—¿A quién se enfrenta Sloane?

Se vuelve de nuevo hacia la estera.

—¿No me vas a preguntar por el libro que no debería tener?

—No. Yo, a diferencia de otras personas, no siento la necesidad de saber todo lo que otra persona considera privado.

Resoplo ante la evidente pulla.

—Ya, bueno, pero es que tú no te acuestas conmigo.

—Ya te gustaría ser mi tipo. Soy una fiera en la cama. —Arruga la nariz cuando Sloane cae de bruces sobre la estera—. En serio. ¿Con quién le toca?

—Con alguien a quien no puede vencer.

Una de primero del Ala Tres que se mueve como si hubiera estado practicando el pugilato desde la cuna. Hace un rato, en el gimnasio, me ha llevado casi una hora encontrar a alguien que pudiera con la chica en cuestión.

—Me he ofrecido a ayudarla —dice Imogen con voz queda—. Se ha negado.

—Joder, ¿por qué?

Cojo el cuchillo y le doy la vuelta recurriendo a pura memoria muscular. Imogen suspira.

—No tengo ni puta idea, pero van a acabar matándola como siga siendo igual de tozuda.

Observo a la hermana de Liam padeciendo bajo el peso de Jacek, con el gesto manchado y enrojecido por el sobreesfuerzo, y dejo escapar un suspiro largo y resignado antes de cerrar el puño en torno a la empuñadura de la daga. La regla no escrita del cuadrante es dejar que los fuertes acaben con los débiles antes de que se conviertan en un lastre para el ala. Como jinete, debería hacer caso omiso. Debería dejar que Sloane triunfara o pereciera por sus propios méritos. Pero, como amiga de Liam, no puedo quedarme de brazos cruzados y verla morir.

—No será este lunes.

—¿No habrás desarrollado por casualidad el sello de Melgren? —se burla Imogen, pasándose un mechón de pelo rosa que le llega hasta la barbilla por detrás de la oreja.

—¡Se acabó! —grita Rhi poniendo fin a la pelea, y yo respiro aliviada.

—No exactamente. —Echo un vistazo alrededor del gimnasio hasta localizar a la oponente de Sloane del lunes—. Solo necesito hacer un par de recados antes de la clase de Física, pero te veo en nuestra sesión de entrenamiento esta noche.

Todos los músculos que tengo se los debo a la dedicación de Imogen para torturarme en las máquinas de pesas desde el año pasado.

—A todo esto, ¿cómo te va la asignatura? —me pregunta Imogen con una sonrisa sarcástica, consciente de que no sería capaz de aprobar sin la ayuda de Rhiannon. Puede que sea la primera de nuestro año en Historia, Geografía y todas las asignaturas que compartimos con los escribas, pero Física no es mi especialidad.

—Oye, Vi…

Una mano se me cierra en torno al hombro detrás de mí, y el corazón se me acelera y me martillea dolorosamente en los oídos.

Otra vez no.

La memoria muscular toma el control de mi cuerpo cuando giro sobre mis talones, me libero de la mano y hundo el antebrazo izquierdo en un pecho protegido por una prenda de cuero; sorprendo al atacante y consigo empujarlo varios centímetros hacia la pared al tiempo que le acerco la daga a su cuello tatuado en un único movimiento instintivo.

—¡Oye, eh! —Ridoc pone los ojos como platos y levanta las manos, con las palmas hacia fuera—. ¡Violet!

Pestañeo deprisa al ver que traga saliva y la nuez le roza el filo de mi daga.

Ridoc. No es un asesino. Es mi amigo Ridoc.

La adrenalina me inunda el sistema y la mano me tiembla ligeramente cuando bajo el arma.

—Lo siento —balbuceo.

—¿Por haber estado a punto de seccionarme la yugular? —Ridoc se echa a un lado antes de bajar las manos—. Sabía que eras rápida, pero…, joder.

La humillación me deja sin habla y me pongo roja. He estado a punto de degollar a mi amigo. De algún modo, encuentro la vaina.

—¿A quién se le ocurre acercarse a otra persona por la espalda? —lo reprende Imogen con un tono calmado que contrasta con el cuchillo que sujeta con la mano izquierda.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —promete él con una expresión de arrepentimiento al mirar por encima de mi hombro—. Era por si querías que fuéramos juntos a Física. Sawyer ya está en la puerta.

—¿Va todo bien? —pregunta Rhi caminando hasta mi lado mientras se echa el morral al hombro.

—Todo bien —responde Imogen—. Se te da de maravilla ser líder de pelotón, por cierto. Lo de darles más tiempo de entrenamiento a los de primero ha sido una idea fantástica.

—Gracias, supongo —dice Rhi mirando a Imogen como si le hubiera crecido una segunda nariz.

—Nos vemos esta noche. —Imogen envaina el cuchillo y me mira con más complicidad de la que me gustaría que tuviéramos mientras se retira—. Voy a ofrecerle mi ayuda a Mairi. Otra vez.

Asiento.

—¿Seguro que va todo bien? —me pregunta Rhi cuando recojo mi mochila del suelo y a punto estoy de tirarla con los temblores. Puta adrenalina.

—De lujo. —Me obligo a esbozar la sonrisa más falsa que se ha visto nunca en la faz de la humanidad—. Vámonos a Física. Bieeeen, Física.

Rhi intercambia una mirada con Ridoc.

—Probablemente esté de los nervios por el examen, y yo tampoco he ayudado asustándola como un capullo.

Se frota la piel de la garganta mientras nos dirigimos hacia la puerta, donde nos espera Sawyer. Rhiannon se queda boquiabierta.

—¡Violet! ¿No me habías dicho que lo tenías controlado? Podríamos haber vuelto a estudiar esta mañana. No puedo echarte una mano si no me dices que necesitas ayuda.

Razón no le falta.

—Tú acuérdate de que necesitas al menos dos de tres elementos al intentar cualquier maniobra de vuelo —recita ella mientras Sawyer le da un mordisco a una manzana y nos abre la puerta del gimnasio—. Velocidad, poder o…

Examino la primera planta del ala académica mientras cruzamos el pasillo, revisando cada rincón y puerta de las aulas desde donde pudieran cogernos desprevenidos.

—¿Violet?

Desvío la atención de la escalera que tenemos enfrente y me encuentro con Rhi mirándome expectante. Claro: me está haciendo una pregunta sobre física y aerodinámica.

—Altitud —responde Sawyer.

—Eso —confirmo al entrar en la escalera—. Altitud.

—Me estás quitando años de vida… —empieza a decir Rhiannon.

—¡Ahora! —grita alguien a nuestras espaldas.

Antes de que pueda reaccionar, me cubren la cabeza con un saco y, al respirar, me quedo inconsciente.

14



Existe una desconfianza natural entre cadetes de infantería y jinetes que debemos dejar atrás. La razón principal es que los jinetes jamás confiarán en que la infantería tenga el coraje de mantenerse firme cuando lleguen los dragones, y los cadetes de infantería jamás confiarán en que los dragones no los devoren.

Guía para el Cuadrante de Jinetes,
por el comandante Afendra (edición no autorizada)

Me despierto de un respingo cuando un aroma acre me llena los pulmones, y le doy un puñetazo a una mano para apartármela de la cara. Huele a sal.

—Se ha despertado —anuncia una mujer vestida de azul marino, antes de retirarse a hablar con… ¿el profesor Grady?

La cabeza me da vueltas cuando me incorporo, estiro las piernas frente a mí y me comunico de inmediato con Tairn.

—*¿Qué está pasando?*

Los ojos tardan en acostumbrárseme a la brillante luz, pero parece que estamos en una suerte de bosque.

—*El curso que los humanos no tendrían que hacer si se estuvieran quietecitos, conocido como CSJ* —gruñe con una frustración inesperada, como si fuera él a quien han drogado y sacado a rastras del cuadrante.

Rhiannon, Sawyer y Ridoc están a mi derecha, tan confundidos como yo. A mi izquierda hay cuatro jinetes de segundo año con las identificaciones del Segundo Pelotón, Sección Llama, Ala Dos, mirando alrededor del bosque con caras de desconcierto. Me alegro de que no seamos los únicos desorientados.

—Al menos no es un intento de asesinato.

Porque, de lo contrario, ya estaríamos muertos, sobre todo con este mareo que llevo encima.

—Lo será si no estamos de vuelta en Basgiath mañana antes de que llegue Sgaeyl.

Ay, mierda.

—*Esto no puede durar más de un día*. —¿Verdad?—. *Si se alarga, vuelve tú solo*.

Delante de nosotros hay dos grupos de ocho cadetes de infantería (sus uniformes azules no dejan lugar a dudas) hablando entre susurros. Son todos… homogéneos. Los cuatro hombres tienen el mismo corte de pelo militar, rapado a ras del cráneo en un degradado, y las mujeres llevan el pelo recogido en moños tensos. Los mismos uniformes azul marino, las mismas botas, todo… igual. Lo único que los distingue son las etiquetas con su nombre sobre el corazón, salvo por las personas de cada grupo que llevan la designación como líder de pelotón en el hombro.

Nosotros cuatro vamos vestidos con nuestros uniformes de verano, pero cada uno ha introducido sus propias modificaciones. Mi top negro ligero dispone de cortes en la parte delantera que me ofrecen un acceso directo a las dagas que llevo envainadas en la armadura, a la altura de las costillas. Rhiannon prefiere una túnica con las vainas cosidas a la tela. Sawyer ha optado por mangas cortadas y llevar las armas atadas a la parte superior del brazo, y Ridoc ni se dignó a visitar la sastrería, sino que se limitó a arrancarse él mismo las mangas. Ni siquiera llevamos etiquetas con nuestros nombres, y lo mismo ocurre con el pelotón del Ala Dos.

—¿Y dejar que te las tengas que apañar tú sola?

El sotobosque es suave y hay algunas zonas embarradas, y el sol de la tarde se cuela entre las ramas de forma oblicua, lo que significa que no hemos estado inconscientes más de una hora, dos como mucho. No hay más que árboles hasta donde me alcanza la vista.

—*Creo que ese es precisamente el objetivo*. —Parpadeo, esforzándome por aguzar los sentidos—. *Prométeme que si me pierdo aquí, irás a verla por tu cuenta si puedes. No podemos estar demasiado lejos de Basgiath*.

El profesor Grady le entrega a cada jinete un pellejo de agua.

—Disculpad este cambio abrupto de paisaje. Hidrataos.

Todos descorchamos el pellejo y bebemos. El agua es fresca y está fría, pero… percibo también otra cosa. Una nota picante, terrosa. Y algo amargo y floral que no acabo de ubicar. Tapo el pellejo y me estremezco con el regusto que me deja en la boca. El profesor Grady debería cuidar un poquito mejor los pellejos.

—¿Estás bien? —le pregunto a Rhi, que está comprobando las vainas de sus armas.

—Algo aturdida, pero sí. ¿Y tú?

Asiento pasándome las manos por los costados para asegurarme de que las dagas siguen en el mismo lugar en el que las dejé. No falta ninguna. Y también llevo la mochila atada a la espalda.

—¿Nos han secuestrado en la escalera?

Miro a Sawyer, que se está frotando las sienes, y a Ridoc, que se rasca el tatuaje del cuello.

—Eso es lo último que recuerdo, sí —asevera estudiando los pelotones que tenemos delante y a los lados.

—¿Alguien sabe dónde estamos? —les pregunta Sawyer a los pelotones de infantería que parecen estar más despiertos.

Los cadetes nos observan, pero nadie responde. No dicen nada de nada, vaya.

—Me lo tomo como un no —dice Ridoc con voz pastosa.

—¡Nosotros tampoco! —exclama el jinete del Ala Dos con el parche de líder de pelotón, levantando la mano para saludarnos.

—*¿Sabes dónde…?* —Empiezo a decir en dirección a Tairn, pero la conexión que suele ser clara como el agua está ahora amortiguada, como si alguien la hubiera cubierto con una manta. El pánico me oprime el corazón cuando descubro que ocurre lo mismo con Andarna, aunque no me arriesgo a despertarla con más preguntas—. No soy capaz de comunicarme con Tairn.

Rhi se vuelve de golpe hacia mí y ladea la cabeza.

—Mierda. Ni yo con Feirge. Es como si hubiera algo…

—Asfixiando el vínculo —termina Sawyer por ella.

Dejo el pellejo de agua junto a mí y los demás hacen lo propio cuando caen en la cuenta de lo mismo que yo. Por Dunne, ¿se puede saber qué acabamos de beber?

—Nos han aislado —susurra una jinete con una larga trenza rubio oscuro que le llega por los hombros.

—Respira hondo, Mirabel —le ordena el líder de pelotón, pasándose una de sus manos tostadas por los rizos negros, como si él mismo pudiera beneficiarse más de la sugerencia—. No será por mucho tiempo.

Ridoc cierra con fuerza los puños.

—Se les ha ido la olla. Me importa una mierda si es por el curso o no… Se supone que no podemos aislarnos de nuestros dragones.

—¿Tomas? —pregunta Rhiannon, inclinándose hacia delante para ver más allá de mí.

—Hola, Rhi. —El líder de pelotón la saluda—. Esta es Brisa. —Señala a una mujer con la cabeza rapada, la tez oscura y una mirada inquisitiva e inquieta, y esta nos hace un breve gesto de cabeza—. Mirabel. —Desplaza el dedo hacia la rubia con unas pronunciadas marcas de las gafas de vuelo en las mejillas pálidas y un parche que la distingue como manipuladora del fuego en el hombro, y nos saluda—. Y Cohen —termina. El jinete que tengo más cerca, de sonrisa fácil, pelo negro corto y una piel marrón cálido, levanta la mano y nos saluda.

—Hola —dice Rhiannon con un gesto de cabeza—. Estos son Sawyer, Ridoc y Violet.

Las formalidades se acaban pronto, cuando el profesor Grady anota algo en una carpeta y carraspea.

—Ahora que habéis despertado, os doy la bienvenida al primer ejercicio conjunto de navegación terrestre. —Extrae dos mapas plegados de la carpeta—. A lo largo de las últimas dos semanas habéis aprendido a leer un mapa, y hoy pondréis en práctica esas habilidades en un entorno real. Si esta fuera una verdadera operación con la estructura de un puesto avanzado, la unidad estaría formada por la composición que veis aquí.

Se aparta de una mujer que debe de ser la profesora de infantería y deja al descubierto a dos cadetes vestidos de azul claro, sentados junto a alguien del Cuadrante de Escribas. Tiene la capucha bajada y lleva unos pantalones crema, que acompaña con una túnica con capucha del mismo color, no una toga, pero es indudable que pertenece al Cuadrante de Escribas.

—Jinetes e infantería para el combate, un escriba para registrar los acontecimientos y curanderos por motivos obvios.

Les hace un gesto con la cabeza y los tres se mueven hasta colocarse al final de la hilera de infantería. La profesora de infantería con el rango de capitana da un paso al frente y se detiene junto al profesor Grady con una postura impecable.

—¡Cadetes, levantaos! —exclama.

Los pelotones de infantería prácticamente se ponen en pie de un salto, y se cuadran al instante. Yo retrocedo un poco, sorprendida por mi primer instinto, que es decirle a la capitana de infantería que se vaya a tomar por saco, porque yo no respondo ante ella. Ni yo ni ningún jinete.

El profesor Grady nos mira y asiente. Los ocho nos levantamos, pero no nos relajamos. Nos limitamos a esperar, alertas. La capitana de infantería se vuelve hacia nosotros y no pone los ojos en blanco de milagro.

—Este es el recorrido más corto que haréis juntos este año, así que tratad de conoceros bien. Ala Cuatro, iréis con el pelotón cuatro. —Echa un vistazo a su alrededor y uno de los cadetes que tiene justo delante levanta la mano—. Y Ala Dos, iréis con el pelotón dos, así no complicamos las cosas. —Una cadete levanta la mano a su izquierda—. Vuestro objetivo es encontrar la ubicación marcada en los mapas y asegurarla. Cuando hayáis terminado, os sacaremos de aquí.

No puede ser tan fácil.

El profesor Grady sostiene los mapas y Rhiannon da un paso al frente antes de aceptar ambos y entregarle uno a Tomas. Uno de los cadetes de infantería hace ademán de comenzar a andar, pero se detiene.

—Dos mapas —dice el profesor Grady—. Y dos equipos, pero una unidad cohesionada. No estáis acostumbrados a trabajar en equipo. Ni siquiera se os informó con antelación de que tendríais que hacerlo. Pero mantener Navarre a salvo exige que todos los segmentos de nuestro ejército trabajen codo con codo. Habrá momentos en vuestras carreras en los que necesitaréis a alguien en quien confiar tanto en el aire como en tierra, y esos vínculos se forjan aquí, en Basgiath. —Posa la mirada en los grupos—. Nos vemos mañana por la tarde.

¿Mañana por la tarde? El corazón me da un vuelco. Tairn no verá a Sgaeyl a menos que respete mi petición y se marche. Y yo… me perderé las pocas horas que pase Xaden aquí. Y tendré que esperar otra semana para verlo. La decepción duele más de lo que debería.

—¿Solo tenemos que encontrar el punto de extracción y asegurarlo? ¿Esa es nuestra misión? —pregunta Sawyer ojeando el mapa como si mordiera. Salta a la vista que no es su fuerte.

—Pan comido —dice Ridoc hinchiendo el pecho.

—¿Eso creéis? —responde el profesor Grady—. Veréis: hemos tenido que equilibrar un poco las condiciones con las que partís. En infantería se estudia navegación terrestre desde primero, así que, como es lógico, puede que se les dé mejor que a vosotros.

Ridoc se endereza, y los cadetes de infantería sonríen.

—Y puede que os hayáis dado cuenta de que ninguno de vosotros ocho —el profesor Grady nos mira— tiene la capacidad de comunicarse del todo con su dragón.

—Y es una putada —dice Ridoc a pleno pulmón.

Una mujer del bando de la infantería se queda boquiabierta.

—En efecto —coincide el profesor Grady—. Y no es algo que hagamos a la ligera; a vuestros dragones los afecta tanto como a vosotros. Os hemos administrado una dosis de una mezcla particular de hierbas que no solo embota vuestros vínculos, sino también vuestros sellos. Por frustrante que pueda pareceros, nos enorgullece bastante la mezcla, así que avisadnos si notáis algún efecto secundario.

—¿Además de cortar el vínculo más importante que tenemos, quiere decir? —le recrimina Rhi.

—Exacto —señala el profesor Grady.

Trato de canalizar mi poder, pero apenas noto un cosquilleo en los dedos. Me siento… vulnerable, y me parece una puta mierda. Comienzo a pensar en qué podría llevar la mezcla mientras los dos profesores caminan entre los grupos.

Cuando Grady llega al final de nuestra sección, se da la vuelta y empieza a andar de espaldas.

—Ah, no sé si os he comentado que ahí fuera hay otros dos grupos como vosotros. Están en el otro extremo del bosque, y mientras vuestros dragones les dan caza a ellos, los suyos os darán caza a vosotros. Y se han animado también a participar algunos sin vínculo.

¿Qué coño…? El estómago se me revuelve, pero prácticamente todos los cadetes de infantería parecen marearse, y uno incluso se tambalea.

—Infantería, los jinetes van a necesitar de vuestra experiencia con la navegación terrestre, pero vosotros no sobreviviréis sin ellos si llegáis a toparos con un dragón. —Grady nos mira a los ocho a los ojos antes de retirarse—. Intentad que sobrevivan todos los posibles, ¿queréis?

Nos lanza una sonrisa antes de dar media vuelta y adentrarse en el bosque con la profesora de infantería, dejándonos en mitad de aquel lugar desolado sin suministros ni nuestros dragones.

Contemplamos al pelotón de infantería.

El pelotón de infantería nos contempla a nosotros.

Los curanderos están tan incómodos que hasta resulta cómico, y la escriba ya ha sacado una libreta y preparado el lápiz.

—Bueno, pues yo creo que nos lo pasaremos todos en grande —masculla Ridoc.

—¿Ha insinuado que es posible que muramos? —pregunta el curandero más menudo, y su tez aceituna palidece.

—Cabread a los dragones si queréis descubrirlo —contesta Sawyer.

—No te pasará nada… —busco la etiqueta con su nombre—, Dyre. —Le ofrezco una sonrisa de camino a la escriba. Un delicado pelo rojizo enmarca un rostro blanco lechoso dominado casi por completo por pecas, y la mujer baja me parpadea con unas pestañas marrones diminutas—. ¿Aoife? ¿Han traído a una escriba al CSJ?

—Hola, Violet. Soy la primera de mi promoción que se está formando para el trabajo de campo y no para ser adepta —responde—. Tú eres la jinete más poderosa de tu promoción. Dyre y Calvin son los mejores de su año. —Se encoge de hombros—. Es lógico que hayan montado primero el equipo más potente.

Ridoc sonríe.

—¿Estás diciendo que somos el equipo que los otros deben derrotar?

—Algo así —dice la escriba, y contiene una sonrisa.

—Pues vamos a asegurarnos de que no nos derroten, ¿no? —comenta Rhiannon antes de concentrarse en el mapa—. Tomas, ¿qué te parece? —pregunta, y este le alarga un mapa a Brisa y echa un vistazo al de Rhi.

Dos horas y varias discusiones con la infantería más tarde, estamos a seis kilómetros del punto de partida y todavía nos faltan otros diez. Rhiannon y Ridoc han estudiado nuestro mapa (donde han marcado el lugar en el que nos han soltado y el punto de extracción, pero no nuestra ubicación), han acordado una ruta con Tomas, se han asegurado de que todos la hemos visto y luego se lo han pasado a infantería para que estipulen una ruta antes de que hayamos empezado a caminar.

—Ya os digo yo que estamos en el bosque Parchille —le discute el cadete capullo, también conocido como Calvin, a Rhiannon, unos pasos por delante de nosotros. De hecho, hará quince minutos que no nos recuerda que es el oficial de mayor rango, así que debe de estar al caer—. Este mapa no se parece a ninguno de los de Shedrick que he visto, lo que significa que bien podríamos estar yendo en la dirección opuesta a la que deberíamos. Estos puntos de referencia no encajan.

—Y yo creo que te equivocas —le rebate Rhiannon sin levantar la voz.

—Pues yo creo que estamos en el bosque de Hadden —dice Aoife, con su diario en la mano. Ya ha llenado tres hojas de notas—. Es el único bosque lo

bastante cercano como para que nos hayan traído a caballo, puesto que dudo que hayamos venido en vuestros dragones.

—Y también es el único bosque lo bastante cercano para que Tairn se quede atrás y se reúna con Sgaeyl sin que ni él ni yo sintamos el dolor de la separación.

—Su líder de pelotón es el equivalente de la infantería a Aetos —masculla Ridoc a mi derecha.

Asiento, pero evito reírme. Cohen deja caer la cabeza hacia atrás y no se molesta en reprimir una carcajada. Supongo que la reputación de Dain ha llegado más allá de nuestra ala.

—¿Quién es Aetos? —pregunta la cadete callada, a la izquierda de Aoife.

Es la primera vez que esa chica con curvas y pelo moreno abre la boca desde hace horas, pero sus ojillos marrones no dejan de moverse, estudiando el entorno. Apostaría lo que fuera a que está empatada con Brisa, que está cubriendo el flanco con Tomas y Sawyer, como la más observadora del grupo.

—Uno de nuestros líderes de ala —respondo—. Algo así como vuestros comandantes de batallón.

—Vaya. —Asiente mientras Rhiannon y el capullo siguen discutiendo más adelante—. Y funcionáis por secciones, ¿verdad?

—Sí. Pelotón, sección y ala, en este orden.

El paisaje no ha cambiado. El bosque es por lo general llano, con alguna que otra colina ondulante que podría escalarse con facilidad. Pero el calor es sofocante. Hace una hora que me he atado el uniforme a la cintura y me he quedado solo con la armadura. No tengo ni idea de cómo aguanta Aoife con la capucha puesta, pero no se la ha quitado.

—¿Qué hacemos si nos cruzamos con un dragón? —pregunta.

—Primero se escoge un sacrificio —dice Ridoc—. Y luego se lo ofrecemos y a correr.

Los ojos se le salen de las órbitas.

—No seas idiota. —Le doy un codazo en el brazo—. Depende del color, pero la regla de oro es agachar la mirada y retroceder —le explico a la cadete de infantería—. Aunque por lo general los oímos acercarse.

—Y luego nos preparamos para que nos digieran —añade Cohen.

—Ay, dioses —susurra la morena.

—Te acabas de convertir en mi compañero de promoción favorito —dice Ridoc pasándole un brazo por el hombro a Cohen.

—¿Me dejas ver el mapa? —pregunta Brisa desde la retaguardia de la formación.

—¿Qué le pasa al tuyo? —le espeta Calvin.

Rhi gira la cabeza hacia él.

—Como no se lo des, te corto las manos y te lo arranco de los dedos.

Calvin fulmina con la mirada a Rhi, pero nos lo entrega para que se lo hagamos llegar a Brisa.

Joder, la hierba es altísima. Me llega casi por la cintura en aquellas zonas que no cubren las sombras de los árboles. Piso un nudo irregular y el tobillo se me dobla. Ridoc me sujeta antes de que pueda caerme, y me ayuda a recuperar el equilibrio sin mediar palabra mientras seguimos con el ascenso.

—Gracias —digo en voz baja.

—¿Te has vendado las rodillas? —me pregunta Ridoc arrugando la frente, preocupado.

Asiento.

—Sí, pero los tobillos no, porque no esperaba precisamente que tuviéramos que darnos una caminata.

—¡Yo tengo tela si necesitas vendarte algo! —grita Dyre a nuestras espaldas.

—Lo tendré en cuenta, gracias —respondo.

Un chaval detrás de mí pregunta:

—¿Todos los escribas son tan reservados como tú?

—Mi trabajo es registrar los acontecimientos, no participar en ellos —explica.

—Los dragones no hacen distinciones, por mucho que no participes —le discute él.

La reconforto, sosteniéndole la mirada al chico.

—Jamás permitiría que un dragón devorara a un escriba.

Rhiannon levanta la voz más adelante cuando la discusión empieza a acalorarse.

—Porque ni de coña han podido sacarnos de nuestras habitaciones y llevarnos tan lejos en cuatro horas.

—¿Por qué? ¿Es que vuestros dragones no pueden volar tan rápido?

Calvin mide varios centímetros menos que Rhi, pero no tiene problema alguno para atravesarla con la mirada.

—Porque nuestros dragones no cargarían con alguien como tú, imbécil —suelta Ridoc.

Aoife resopla y Mirabel se ríe, flanqueadas por el resto del pelotón de infantería detrás de nosotros. Calvin se vuelve y le sostiene la mirada a Ridoc.

—Un poco de respeto por los rangos superiores —le escupe dándose unos golpecitos en el hombro, donde hay un triángulo abierto bordado debajo de dos hojas de roble.

—Mejor no te digo dónde te puedes meter el rango.

—¿Por qué? ¿Te crees que estás muy por encima de la infantería? —replica Calvin.

—A ver, técnicamente, cuando volamos estamos muy por encima de todo el mundo —responde Ridoc—. Pero si lo que me estás preguntando es si soy mejor que tú, la respuesta es sí, por supuesto.

Suspiro y le vigilo las manos a Calvin por si decide agarrar la espada corta que tiene envainada en un costado. No es una mala arma, pero todos llevan la misma. No hay variación alguna en la altura ni en la especialización. Todo es tan… uniforme. Aunque lo cierto es que, como nos han secuestrado en mitad del pasillo, Ridoc tampoco lleva su arco favorito. Y a Sawyer y Rhiannon les faltan sus espadas preferidas.

—Deja de pincharlo adrede —dice Rhiannon mirando hacia atrás a Ridoc cuando empezamos a subir por otra colina. Tal vez en su cima encontremos al fin un buen punto estratégico—. O conseguimos agua fresca o esto se va a poner muy feo antes de que nos demos cuenta.

—¡Es que es divertidísimo! —Ridoc sonríe.

Ella arquea una ceja.

—Que sí. —Él levanta las manos—. Dejaré que siga con sus delirios de grandeza.

—O sea, que a ella sí le haces caso…

—Es mi líder de pelotón. Y tú, no.

—Es decir, que solo respetas a los líderes de pelotón de los jinetes —insiste Calvin.

Aoife anota algo con furia en su libreta.

—Cállate ya, Calvin —dice un cadete a mi espalda con exasperación.

—¿Quieres que te respete? Gánatelo. —Ridoc se encoge de hombros—. Cruza el parapeto, sube por el Guantelete y sobrevive a la Trilla. Solo entonces estaremos en igualdad de condiciones.

—¿Te crees que en el Cuadrante de Infantería no tenemos que soportar también esas mierdas? —nos espeta alguien a nuestras espaldas.

—¿La veis? —pregunta Sawyer, y juro que siento cómo me señala con el dedo—. No solo se vinculó a uno de los dragones más descomunales del

continente, sino también a una segunda dragona, y hace un par de meses combatió contra grifos y sobrevivió. ¿En vuestro cuadrante os enfrentáis a ese tipo de cosas?

Los cadetes que nos rodean se quedan callados. Incluso el lápiz de Aoife permanece inmóvil sobre la libreta mientras ella me mira fijamente. La situación es incómoda. Y no está bien. No hay nadie en nuestro grupito que sepa a lo que nos enfrentamos en realidad. Y mi silencio ya no parece deberse tanto a un instinto de supervivencia, sino a una cierta complicidad.

—Eres una Sorrengail, ¿verdad? —me pregunta Mirabel—. ¿La hija de la comandante general? —Tuerce el gesto—. El pelo te delata.

—Sí.

No tiene sentido que lo niegue.

—Tu madre da mucho miedo —susurra.

La escriba nos mira antes de volver a poner el lápiz sobre el pergamino.

—Sí, es una de sus cualidades más destacadas —confirmo.

—Oíd, gente —dice Brisa a nuestras espaldas, levantando la voz—. Creo que ya sé por qué tenemos la sensación de que no estamos avanzando.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —pregunta Rhiannon por encima del hombro.

—Calvin tiene razón, pero tú también. Nos han dado dos mapas distintos —anuncia cuando la primera persona del grupo corona la colina y… se queda de piedra.

Incluso a mí se me para el corazón cuando Rhiannon levanta una mano para que el resto del grupo se detenga. Un Naranja Cola de Maza, no, un Cola de Escorpión, nos lanza un gruñido gutural desde el lugar donde nos esperaba, al otro lado de la colina. Inclinamos la cabeza para seguir sus movimientos cuando se incorpora hasta alcanzar su verdadera altura, ocupando por completo el horizonte y azotando la cola.

Baide. La dragona de Jack Barlowe. O lo era, al menos.

—Que Amari nos ayude —murmura Calvin con un pánico palpable.

Agacho la mirada por deferencia, tal como Kaori nos enseñó, mientras el pulso se me acelera y mi cerebro reprime el impulso de perder los nervios.

—Los naranjas son los más impredecibles. Bajad la mirada. No corráis —musito—. Como os vea correr, os matará. Intentad que no perciba vuestro miedo.

Joder, deberíamos haber hablado de esto en lugar de discutir cuál es el mejor cuadrante y en qué bosque estamos.

Siento una opresión en el pecho al saber que se me ha negado mi instinto inmediato, que es comunicarme con Tairn. Con cualquier otro dragón,

apostaría lo que fuera a que no se arriesgaría a sufrir la ira de nuestros dragones por calcinarnos, pero los cadetes que tengo detrás son algo muy distinto. Y teniendo en cuenta que el año pasado maté a Jack, quién sabe qué puede pasar. Baide no tiene nada que perder y, a juzgar por la ráfaga de vapor que aplasta la hierba y hace que me sude la cara, creo que se acuerda perfectamente de quién soy.

—¡Jinetes! —grita Rhiannon—. ¡Al frente! —Es obvio que está pensando lo mismo que yo—. ¡Infantería, proteged a los curanderos y a la escriba! —Me mira de reojo, con cuidado de no levantar los ojos—. Violet, quizá deberías…

Con la cabeza gacha, aparto a Calvin para colocarme al frente, distinguiendo movimientos con mi visión periférica.

—No pienso esconderme.

—¿Se puede saber qué haces? Te va a devorar —sisea uno de los cadetes que hay detrás.

Miro de reojo y veo a un curandero, Dyre, a unos pocos metros a mi derecha, contemplando a Baide de frente, boquiabierto. Un gruñido resuena en la garganta de la dragona naranja y me abalanzo sobre Dyre, lo agarro de la correa de su mochila médica y lo empujo hacia atrás para dejarlo en manos de Ridoc, quien lo arrastra sin perder un instante hasta una posición segura y se vuelve a colocar a mi lado.

—No se va a comer a nadie —dice Sawyer moviéndose hacia el frente con Ridoc para que la infantería quede a nuestras espaldas—. Por eso estamos tomando la vanguardia.

Baide gira la cabeza antes de abrir la boca y sacar la lengua, y al arriesgarme a echar un vistazo distingo cómo entrecierra sus nublados ojos dorados hasta que apenas son una rendija y arquea el cuello, cambiando el ángulo en lugar de bajar la cabeza para atacar como de costumbre…

Inspiro con brusquedad.

—Rhi, va a arrasarnos con una llamarada, igual que Solas.

Rhi no tarda más de un segundo en analizar la situación y tomar una decisión.

—¡Ala Dos! —exclama—. ¡Deteneos y cubrid a la infantería donde estáis!

Los movimientos a nuestras espaldas se paran en el momento en que Baide flexiona las garras en el suelo y vuelve a girarse, escogiendo un objetivo.

—Es…, es… —balbucea Calvin.

—Baja la mirada y cierra el pico —le ordena Rhi.

—Hostia, todos huelen a miedo —susurra Ridoc a mi derecha.

—¿Hasta qué punto crees que está cabreada contigo? —pregunta Sawyer, a la izquierda de Rhi.

—Le tiró una montaña encima a su jinete. —Ridoc suspira como si estuviéramos todos jodidos, y no podría estar más de acuerdo.

El corazón se me sube a la garganta cuando Baide retrocede y agacha la cabeza hasta nuestra altura. Es el ángulo perfecto para calcinarnos, pero resisto la necesidad de mirar y mantengo la vista fija en la hierba que hay frente a mí. Un aire caliente nos baña a medida que nos olfatea, empezando por Rhiannon y moviéndose hacia Sawyer. Se oyen algunos gritos ahogados de los cadetes de infantería cuando la dragona exhala una hedionda nube de vapor, y vuelve a respirar justo frente a mí.

Intento controlar los latidos desbocados de mi corazón. El año pasado quizá habría aceptado la muerte. Pero este año… Este año estoy vinculada a uno de los dragones más letales del continente.

«Exacto. Por mucho que me odies, pertenezco a Tairn».

Y a pesar de que es muy probable que Tairn muera conmigo, no tengo claro que haya algún dragón dispuesto a sufrir su ira si sobrevive. Baide retrocede, antes de arremeter hacia delante con la mandíbula abierta, chasquear los dientes delante de mi nariz y llenarme la cara de saliva.

Hostia puta.

Alguien detrás de nosotros grita y no se le ocurre nada mejor que echarse a correr.

—¡No! ¡Gwen! —grita Calvin cuando la cadete callada rompe la formación por la izquierda y empieza a correr por la hierba.

Baide agita la cabeza, siguiendo sus movimientos, y el corazón se me encoge cuando deja caer la mandíbula y distingo el lateral de su lengua mientras la extiende…

—¡Al suelo! —grita Rhi.

En ese momento el otro líder de pelotón, Tomas, echa a correr tras Gwen y la alcanza tras unas pocas zancadas. La agarra del uniforme igual que yo he apartado a Dyre del frente, pero en este caso se la arroja a Calvin mientras los demás nos tiramos al suelo, según nos han ordenado. Ella se tambalea antes de agacharse a los pies de Calvin, justo en el instante en que Baide abre las fosas nasales.

El calor consume el aire que nos envuelve en el momento en que mi pecho toca el suelo, y cierro los ojos como si así pudiera bloquear los gritos

que se oyen a nuestras espaldas.

—Se cree que las Esbens Septentrionales eran los terrenos de cría del dragón naranja antes de la Unificación, aunque, haciendo honor a su naturaleza impredecible, a menudo eligen nuevos valles de la misma cordillera —susurro mientras el fuego ruge sobre nuestras cabezas, esforzándome por evitar que se me pare el corazón.

No sentía este pavor desde que Tairn comenzó a canalizar su poder, ni desde que se manifestó mi sello, sin duda.

La llamarada cesa y Baide cierra de un chasquido la mandíbula antes de mecer su gigantesca cabeza frente a nosotros una vez más, agacharse y alzar el vuelo por encima de nosotros. Bajo la mirada cuando su cola venenosa me pasa rozando a apenas unos centímetros.

Y, poco después, desaparece.

Todos nos ponemos en pie como podemos y los jinetes corren hacia… nada. Brisa es la primera en llegar a la porción de tierra chamuscada que ocupaba Tomas. La mano le tiembla cuando la extiende hacia la tierra, aún humeante. Salivo con las náuseas que me recorren el cuerpo, pero consigo conservar el desayuno. Mirabel, en cambio, no tiene tanta suerte, y vomita en la hierba unos metros más allá.

—Tomas…

Cohen se arrodilla junto a Brisa. Rhi se da la vuelta para tener de frente a la aterrorizada infantería, con los puños cerrados con firmeza a los lados.

—¡Y por eso os habíamos dicho que no corrierais, coño! —grita.

15



Hay un recorrido en el segundo año del que no puedo decirte nada, aparte de que es un infierno. Mi único consejo es que no saques de sus casillas al dragón de nadie.

—Página del libro de Brennan

Cuando el sol se pone al día siguiente y aún no hemos llegado al punto de extracción, es evidente que no hemos completado con éxito nuestro ejercicio de navegación terrestre, y todo por no detenernos a comprobar si los dos putos mapas coincidían.

Ahora mismo no tenemos ni idea de dónde estamos. Hace mucho que me han salido ampollas en los pies y se me han reventado, los huesos me duelen de haber dormido en el suelo y la idea de pasar otra noche al raso, solo para deambular otra vez sin rumbo por la mañana, hace que me entren ganas de gritar de frustración.

¿Cómo es posible que algo tan sencillo como la navegación terrestre nos haya destrozado tantísimo?

Hemos vuelto sobre nuestros pasos, cruzado dos arroyos que parecía que podían estar en cualquiera de los dos mapas y evitado por los pelos un encuentro con un irascible Rojo Cola de Daga que, por suerte para nosotros, ha decidido que una vaca cercana parecía más apetitosa que un puñado de cadetes hambrientos y exhaustos.

Al sentarme con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, a los pies de la ligera pendiente donde hemos levantado nuestro campamento improvisado, y cambiarle la guardia a Ridoc, caigo en la cuenta de que me he aprendido varios nombres. La infantería de Basgiath no muere al mismo ritmo que los jinetes, a pesar de ser el cuadrante más grande, con más de mil cadetes cada año, pero cuando los asignen a sus unidades… La guerra que se avecina los devorará a un ritmo mucho más veloz.

—¿Has cenado? —me pregunta Ridoc limpiándose la hierba de los pantalones al levantarse.

—Ya picaré algo cuando acabe. —Me quito la mochila de los hombros y la dejo a mi lado. No solo llevo dos días caminando, sino que encima he tenido que cargar con libros de texto. Como los demás—. Los de infantería han atrapado a unos cuantos conejos; deberían estar listos pronto.

—Eso se les da bastante mejor que a nosotros —admite a regañadientes alborotándose el pelo—. No nos dejarán vagando por aquí para siempre, ¿verdad?

—Creo que el efecto de lo que nos han administrado tiene que acabar por desaparecer. —Giro la cabeza y veo al cadete Dyre caminando hacia nosotros con Rhiannon y un plato en las manos—. Y nuestros dragones no permitirán que perezcamos por nuestra incapacidad de trabajar juntos para comparar dos mapas. O sí, vete a saber. A lo mejor nos lo merecemos, porque nuestra tozudez le ha costado la vida a Tomas.

—Es… —Suspira, saludando a los recién llegados—. Hola, Rhi. Le estaba diciendo que este ejercicio es un pelín cruel, ¿no te parece? Practicar la tortura, bueno. Orientarse, lo entiendo. Evitar que nos capturen, perfecto. Incluso podría llegar a defender lo de aprender a diferenciar qué insectos son comestibles y cuáles no. Pero tampoco es que haya otros dragones esperando tras las líneas enemigas para matarnos.

—Te sorprendería —mascullo. El agotamiento me suelta la lengua.

—¿Cómo? —pregunta Rhi.

—A ver, que en realidad no sabemos lo que hay ahí fuera, ¿no?

—Esperemos que no haya grifos que escupan fuego —comenta Ridoc.

—Claro. —Rhiannon ladea la cabeza, estudiándome la cara, y yo me apresuro a encogerme de hombros.

—Hola, Dyre —digo, y fuerzo una sonrisa.

—Te he traído la cena.

Me observa con una reverencia que no merezco.

—No hacía ninguna falta —contesto.

—Te debo la vida, cadete Sorrengail. —Me entrega un plato de conejo asado—. Lo menos que puedo hacer es traerte la cena.

—Gracias —respondo dejándome el plato sobre el regazo—. Tú hazme un favor y la próxima vez mantén la cabeza agachada, ¿quieres?

¿Otra cosa en la que nos superan los de infantería? Llevan siempre encima un equipo de supervivencia básico, utensilios de cocina incluidos, como si pudieran desplegarlos sin previo aviso. Definitivamente tenemos cosas que aprender del otro.

—Lo que necesites. Estoy a tu servicio. Tengo una deuda de por vida contigo.

Antes de asegurarle que no me debe nada, Ridoc le da unas palmaditas en la espalda.

—Me voy a llevar al deuda de por vida de vuelta al campamento.

Asiento en agradecimiento y los dos se disponen a subir por la cuesta que conduce al campamento. Dyre es un bonachón, pero ha sido un lastre durante los dos días interminables que llevamos perdidos en este bosque dejado de la mano de los dioses.

—Sabes lo que hay más allá de las fronteras —dice Rhi al sentarse a mi lado, echándose las trenzas sobre un hombro.

—¿Qué? —farfullo, y a punto estoy de tirar el plato.

—Te atacaron unos grifos. —Estira las piernas y me mira con escepticismo—. Es decir, sabes de primera mano lo que hay ahí fuera…, ¿no?

—Eso.

Asiento demasiado rápido, y luego me tapo la boca para disimular un bostezo de esos con los que te cruje la mandíbula. Mi cuerpo está al límite, pero estoy segura de que puedo aguantar otro par de horas para sobrevivir a la guardia.

Frunce el ceño rápido, pero el gesto es inconfundible.

—Ya me encargo yo de la guardia. Tú necesitas dormir más que los demás.

—Puedo soportarlo —replico.

—Y no digo que no, pero mi trabajo es colmar las necesidades de mi pelotón, y tú necesitas dormir. Es una orden.

Su tono no da lugar a discusión. Ahora mismo no me está hablando mi mejor amiga, sino mi líder de pelotón.

—A sus órdenes.

Me pongo en pie, limpiándome la hierba de la ropa con una mano y agarrando el plato con la otra, y le lanzo una sonrisa forzada antes de

dirigirme al campamento.

—Oye, Vi.

Miro atrás.

—Te pasa algo —dice con voz queda, pero la frialdad de su voz es inequívoca—. No he visto a Andarna desde que regresaste, sales a correr precisamente con Imogen, que será por gente, no me cuentas lo que te pasa con Xaden ni hablas sobre los Juegos de Guerra. A lo mejor te piensas que no me doy cuenta de que te estás aislando de todos, pero vaya si me doy cuenta. Apenas comes con nosotros, y cuando tenemos la oportunidad de escaparnos a Chantara, tú te quedas encerrada en tu habitación, leyendo. —Niega con la cabeza, pasando la mano por la hierba—. Si no estás preparada para hablar conmigo, para contarme qué problema tienes, quiero que sepas que no pasa nada…

—No hay…

El estómago se me revuelve cuando intento negarlo.

—No sigas —me interrumpe con delicadeza, sosteniéndome la mirada con un gesto impasible—. Estaré aquí cuando estés lista, porque valoro muchísimo tu amistad. Pero, por favor, precisamente en honor a esa amistad, no me ofendas mintiéndome.

Aparta la mirada antes de que se me ocurra una respuesta.

Esa noche no duermo, pero al menos tampoco tengo pesadillas.

Un convoy de caballos y carromatos llega a la mañana siguiente, junto con los profesores, que han elegido bien sus palabras para describir nuestro fracaso.

—Estabais en el bosque de Hadden, pero no fuisteis capaces de trabajar en equipo lo suficiente como para averiguarlo. Es evidente que tenéis mucho que aprender de los demás. —Grady le entrega a cada jinete un pellejo de agua y sonríe mientras la profesora de infantería hace lo propio con sus cadetes—. Teniendo en cuenta que sois nuestros mejores pelotones, no os negaré que estoy decepcionado, pero al menos habéis sobrevivido casi todos.

Él estará decepcionado, pero Tomas está muerto.

Descorcho el pellejo y bebo, y percibo un regusto dulzón que no soy capaz de ubicar mientras lo vacío.

—La próxima vez os aseguramos que tendréis suministros —nos promete—. Queríamos ver cómo os las apañabais esta primera vez, y ahora ya lo sabemos.

La primera vez. De lujo. Volveremos a repetirlo.

La manta que cubría los vínculos con mis dragones desaparece y el poder vuelve a recorrerme las venas. Vuelvo a sentirme yo de nuevo.

—*Tairn.*

—*Detrás de ti* —responde.

El batir de unas alas llena el aire, y los caballos cabriolan con nerviosismo cuando nuestros dragones aterrizan en el borde de los árboles. El suelo retumba con la fuerza de su descenso.

—Hostia puta —bisbisea Calvin retrocediendo con los otros cadetes.

—Ya podéis ir acostumbrándoos —comenta Ridoc dándole palmadas en el hombro al líder de pelotón—. Los veréis en los puestos avanzados cuando tengáis vuestras asignaciones, después de la graduación.

—Ya, ya…, pero ¿tan cerca? —susurra.

—Y más cerca todavía, probablemente —le contesta Ridoc, y asiente.

Los siete de negro nos despedimos y nos dirigimos hacia nuestros dragones.

—¿Soy el único al que le incomoda que nos hayan quitado nuestros vínculos así como así? ¿Y los sellos? Y que nos los hayan devuelto como si no hubiera sido una…

Sawyer niega con la cabeza. Hasta el ritmo de sus pasos es airado.

—¿Una violación? —sugiero.

—Exacto —coincide—. Porque si lo han hecho aquí, significa que pueden hacerlo cuando les plazca.

—*Es una novedad de este año* —dice Tairn entornando los ojos hacia el profesor Grady—. *Y no me satisface. Podía oírte y sentirte, pero tú no podías responder*.

—A Tairn tampoco le hace demasiada gracia.

Joder, estoy muerta. ¿A santo de qué iban a desarrollar los líderes formas de debilitarnos? Porque eso es lo que sentía: que me habían debilitado, que me habían aislado no solo de mis máximas fuentes de fuerza y apoyo, Tairn y Andarna, sino también del poder del que dependo.

—¿Lo veis? —dice Rhiannon—. Sé que no me creéis, pero os digo que este año están pasando cosas raras. ¿Por qué están vigiladas las puertas de la enfermería? ¿Por qué están creando elixires para entorpecer nuestros vínculos? Y a ti casi te matan en la evaluación.

—Panchek cree que alguien quiere vengarse de mi madre, y yo no he dicho que no te crea —respondo con verdades selectivas.

—No dices casi nada, punto —replica atravesándome con la mirada.

Ocultarle secretos va a acabar destrozando nuestra amistad. Ya ahora siento como si estuviera tirando de las costuras. Puede que intente ser paciente, pero está en su naturaleza resolver problemas, y yo soy un buen marrón.

Tairn deja caer un hombro cuando me aproximo.

—*Por favor, dime que pudiste ver a Sgaeyl* —pregunto, reuniendo a duras penas la energía necesaria para montar. No sé cómo consigo subirme a su lomo y acomodarme en la silla.

—*Sí, un par de horas. Ese ha sido todo el tiempo que estaba dispuesto a alejarme de ti, y solo después de que Baide se marchara.*

—*Y ya se han ido, ¿verdad?*

¿Por qué tengo la sensación de que el corazón se me está partiendo otra vez? Echar de menos a Xaden es ilógico y molesto e incluso un poco patético, pero no consigo reprimir esa sensación.

—*Los veremos dentro de una semana.*

¿Y por qué todos mis instintos me dicen a gritos que no será así?

16



Mi padre tenía la esperanza de que acabara en infantería, como él. Opinaba que los jinetes eran unos cretinos y unos remilgados, y en su defensa debo decir… que tenía razón.

—Correspondencia recuperada entre el teniente Xaden Riorson y la cadete Violet Sorrengail

Regreso a Basgiath con tiempo de visitar los Archivos, y eso es precisamente lo que hago. Si no puedo ver a Xaden, al menos dedicaré mi tiempo a investigar. Empieza a caer la tarde cuando termino de limpiarme y bajo hasta allí. Sonrío al ver a Jesinia trabajando en una de las mesas con Aoife.

Aoife levanta la cabeza al oír el ruido de mis botas y Jesinia la imita. Las dos me saludan con la mano y yo les devuelvo el gesto. Me detengo frente a la mesa de estudio y dejo el libro que quiero devolver en el momento en que las dos mantienen una breve discusión antes de que Aoife se levante y se adentre en los Archivos. Luego Jesinia se me acerca con lo que parece ser la libreta que Aoife llevaba encima durante el ejercicio de navegación terrestre.

—¿Qué haces aquí en domingo? —le signo cuando llega a la mesa de estudio.

Deja la libreta sobre la superficie surcada de roble y levanta las manos para signar.

—Estoy echándole una mano a Aoife para transcribir su versión en el informe oficial y archivarlo. Se está tomando un descanso. ¿Quieres ver lo

que anotó?

Sostiene la libreta y me la ofrece.

—Me encantaría.

Asiento, cojo la libreta y observo la escritura pulcra de Aoife. La precisión es pasmosa, con detallitos que a mí me pasaron por alto, como el de los dos cadetes de infantería que se ofrecieron a ser los asistentes de los curanderos porque ese es su trabajo en el pelotón. Tienen funciones concretas dependiendo de la misión. La dejo encima del libro que quiero devolver para poder signar.

—Esto es increíble.

—Me alegro de que sea fiel a los hechos. —Echa un vistazo por encima del hombro, como si quisiera comprobar si estamos solas, como es el caso—. Lo más difícil es reflejar la verdad y no una simple interpretación más. Las historias cambian según quien las cuente.

Si yo le contara… ¿Cómo es posible que alguien como Jesinia se gradúe para ser lo que sea en lo que se ha convertido Markham?

—¿Te importa si…? ¿Te puedo preguntar qué libro solicitó Jacek, para que se lo llevaran y lo mataran? —signo, antes de arrepentirme.

Ella pone los ojos como platos.

—¿Lo han matado?

Asiento.

—Unos días después de que viéramos a Markham llevándoselo a rastras.

Su rostro se vuelve del mismo color que su túnica.

—Buscaba el informe de un ataque fronterizo que no existe, y así se lo dije, pero él insistió y volvió aquí tres veces, convencido de que debía haber algo porque unos familiares suyos habían fallecido en aquel suceso. Registré la solicitud y la elevé a mi cadena de mando porque creía que lo ayudaría, pero…

Niega con la cabeza y deja caer las manos, conteniendo las lágrimas.

—No es culpa tuya —signo, pero ella no responde, y entonces caigo en la cuenta de que Markham también podría haberme hecho desaparecer el año pasado, pero no lo hizo. Y solo hay una explicación lógica. Miro a nuestro alrededor en un gesto rápido para asegurarme de que seguimos solas—. El año pasado no registraste mi solicitud de un libro que no existía en vuestros Archivos.

Jesinia abre mucho los ojos.

—¿Verdad?

Me tiemblan las manos al signar. Joder. Esto es muy mala idea. La pondré en peligro si la meto en esto, pero es la única persona que puede ayudarme a encontrar lo que estoy buscando, y apenas nos quedan unos meses.

—No.

—¿Por qué?

Necesito saberlo. Todo depende de su respuesta.

—En un primer momento, porque me daba vergüenza no haber sido capaz de encontrarlo. —Arruga la nariz—. Y luego porque… no pude encontrarlo. —Se mira por encima del hombro en dirección a los Archivos vacíos—. Aquí debería haber una copia de prácticamente todos los libros de Navarre, pero tú me dijiste que habías leído uno que no teníamos.

Asiento.

—Y luego busqué información sobre los guivernos. —Deletrea la palabra letra a letra, porque no hay ningún signo para esas criaturas aladas—. Y no hubo suerte. No tenemos registros de esas leyendas que leíste.

—Ya lo sé.

El corazón se me acelera. Nos adentramos en territorio peligroso. Ella frunce el ceño bajo la capucha.

—Si hubieras sido cualquier otro jinete, habría pensado que simplemente tenías mala memoria y te habías equivocado con el título, o incluso con el tema. Pero tú eres… tú.

Signo despacio para que no se pierda ni una sola palabra.

—El título estaba bien. Encontré una copia.

Jesinia respira hondo.

—Y eso significa que los Archivos están incompletos. Existen libros de los que no tenemos registros.

—Sí.

Y ahora hablamos de traición. No puedo contarle demasiado, y no solo por su propia seguridad, sino también por si… me estoy equivocando con ella.

—Envié solicitudes a las otras bibliotecas, donde las informaba de que buscaba una colección más amplia de documentos sobre folklore, pero en sus respuestas dejaban claro que aquí tenemos la selección más completa.

Arruga el ceño preocupada.

—Sí. —Joder, lo está entendiendo sin que ni siquiera tenga que decírselo —. ¿Sabe alguien lo que estás haciendo?

—Insinué que era una pasión personal mía, que me gustaba recoger folklore olvidado de las regiones fronterizas. —Pone una mueca—. Y luego

insinué que estaba valorando la posibilidad de compilar un volumen nuevo como trabajo de tercero para graduarme. Mentí.

Aprieta la boca y deja caer las manos.

—Últimamente no hago otra cosa. —Después de asegurarme, otra vez, de que estamos solas, continúo—: ¿Has registrado algo de lo que te he pedido este año?

—No.

Por Dunne. Si descubren que está infringiendo las normas, no solo se le negará el camino del adepto; la expulsarán del colegio, como poco. Si dice la verdad, ya está arriesgando demasiado por mí.

—Estás buscando algo. Lo supe en cuanto me mentiste con lo de que estabas preparando un debate. —Me busca los ojos—. Mientes de pena, Violet.

Me río.

—Estoy trabajando en ello.

—¿Puedes decirme qué es lo que buscas? No registraré tus solicitudes, no si estás pensando lo mismo que yo.

—¿El qué?

—Que nuestros Archivos están incompletos, bien por ignorancia… —Respira hondo—. O de forma intencionada.

—Si me ayudas, podrían hacerte daño. —El estómago se me revuelve—. O matarte. No es justo que te meta en algo tan peligroso.

—Sé defenderme sola. —Levanta la barbilla y los gestos siguientes son breves—. Dime qué necesitas.

¿Cómo puedo responder a eso sin ponerla todavía más en peligro? ¿O sin arriesgarnos a exponernos? No tengo ni idea de si es capaz de proteger sus pensamientos contra Dain o cualquier lector de mentes. Por tanto, nada de batallas ni de venin. Aunque, de todos modos, eso no es lo que me hace falta.

—Necesito los textos más completos que tengáis sobre cómo levantaron las protecciones los Primeros Seis.

—¿Las protecciones? —repite con un brillo en los ojos.

—Sí. —Es la solicitud que podría explicarse de forma más sucinta arguyendo que quiero investigar cómo reforzar nuestras defensas… si llegara a irse de la lengua—. Pero no puede enterarse nadie de lo que te estoy pidiendo, de qué estoy investigando. No solo mi vida depende de ello. Cuanto más antiguo sea el texto, mejor.

Desvía la mirada durante lo que se me antoja el minuto más largo de mi vida. Tiene todo el derecho del mundo a parar, a reflexionar, a comprender el

peligro que correríamos las dos. Aquí no hablamos de un lapsus, de olvidarse de registrar la solicitud de una amiga. Hablamos de traicionar a su cuadrante, su formación. Nuestras miradas se encuentran.

—Ahora mismo no puedo arriesgarme a que Aoife me vea, pero te buscaré esta semana para entregarte el primer volumen que se me ocurre. Solo puedo arriesgarme a que desaparezca un libro a la vez. El sábado suele ser el día que trabajo en los Archivos, cuando están más tranquilos. Tráelo de vuelta entonces y te daré otro si el primero no recoge lo que necesitas. Solo los sábados.

Arquea las cejas al signar esas últimas tres palabras.

—Cuando los Archivos están más tranquilos. —Asiento con complicidad, y el estómago se me revuelve de esperanza mezclada con el miedo de que puedan acabar haciéndole daño por mi culpa… o algo peor. Al mirar por encima de su hombro, veo a Aoife caminando hacia nosotras—. Se acerca Aoife —signo, procurando que la otra escriba no me vea las manos—. Gracias.

—Pero quiero algo a cambio —signa deprisa inclinando ligeramente la espalda para que Aoife no la vea.

—Tú dirás.

—¿Crees que Sloane tiene alguna posibilidad? —me pregunta Rhi el lunes, mientras oímos como anuncian la primera ronda de retos.

Siento las mismas náuseas que el día que sabía que podían convocarme a la estera. De hecho, me sentiría mucho mejor si supiera que el nombre que van a cantar es el mío, y no el de Sloane.

—Ganará —respondo con sinceridad.

Me guardo en el bolsillo la última carta que Xaden me dejó sobre la cama, la que ya he leído cuatro veces, cuando Aaric ocupa su lugar en la estera. Miro a mi alrededor y veo a Eya esperando con el Primer Pelotón y le ofrezco una sonrisa rápida, que ella me devuelve. Desde que me ayudó cuando casi muero calcinada, hemos forjado una relación algo extraña. Si no somos amigas, al menos sí nos tratamos con una cierta cordialidad.

Por lo visto, Xaden conoce a Eya desde que tenían diez años, según la carta. Su madre era una persona activa en el gobierno de Tyrrendor; ocupaba un lugar en el consejo aunque fuera jinete, algo bastante infrecuente. De hecho, la mayoría de la aristocracia decide servir en la infantería, como el padre de Xaden, porque a los jinetes se los disuade de ocupar los asientos de

sus familias. Ya no es solo que nuestro servicio sea vitalicio, a diferencia del puñado de años que puede decidir servir un oficial de infantería, sino que el hecho de que una persona reúna tanto poder aterraría a cualquier rey.

—¿Ya lo has perdonado por las mentiras que te contó, fueran las que fuesen? —Rhi mira de reojo mi bolsillo, antes de cruzarse de brazos y fulminar con la mirada a un par de estudiantes de primero que se están dando empujones en el borde de la estera—. ¡Dejad de hacer el tonto!

Se detienen al instante.

—Impresionante. —Sonrío, pero el gesto dura poco—. Y es difícil resolver un problema con alguien cuando solo nos vemos una vez por semana.

—Me cago en los de primero —masculla, antes de volverse hacia mí—. No te falta razón. Pero este finde debería daros tiempo. Oye, ¿te ha contado Ridoc que ayer vio a Nolon?

—Solo me dijo que tuvo que llevar a uno de los de primero a la enfermería —contesto arqueando una ceja desconcertada.

—A Trysten, sí. —Asiente—. Es el del pelo lacio que casi siempre le cubre los ojos.

—Como se llame. El que se destrozó el antebrazo. —No quiero saber cómo se llama. Ya me siento responsable por Sloane, que en estos momentos se mece con nerviosismo por la estera. Sentir apego por los de primero es una irresponsabilidad—. Ridoc me contó que Nolon no podía atenderlos hasta después de la cena, y que en ese momento solo había unos pocos cadetes en la enfermería.

—Y cuando salió de esa habitación secreta que se trae con Varrish al fondo de la enfermería, iba acompañado de un manipulador del aire tan demacrado como él —añade Ridoc haciéndose sitio entre las dos—. Total, que es evidente que Nolon no está haciendo sus mejores apaños. Me da que necesita un mes de vacaciones.

Aaric le suelta un puñetazo a su oponente en la mandíbula que hace que la cabeza se le vaya hacia atrás.

—¡Le pongo un siete! —exclama Ridoc desde la línea de banda.

—¿Sobre diez? Es claramente un ocho —lo contradice Sawyer desde el otro lado de Rhiannon—. Trayectoria perfecta. —Luego baja la voz y añade solo para que lo oigamos los cuatro—: Y yo sigo teniendo la teoría de la tortura. Seguro que ahí dentro tienen a pilotos de grifo o algo.

—¿En serio crees que están torturando a gente ahí atrás? —dice Rhiannon bajando aún más la voz.

—No tengo ni idea. —Pestañeo cuando Aaric le da un codazo a su oponente en la garganta con un golpe ágil que hasta Xaden respetaría—. Yo creo que utilizarían las salas de interrogatorio principales si se trajeran algo así entre manos. Las que hay bajo la escuela.

—¡Eso es un nueve, no me jodas! —grita Sawyer.

—¡Nueve! —coincide Ridoc levantando las manos con todos los dedos extendidos salvo un pulgar.

Me río, y dejo escapar un grito ahogado cuando Aaric le rompe la nariz a su oponente con el pulpejo de la mano y pone fin al enfrentamiento. Emetterio lo nombra vencedor y el de primer año tiene al menos la decencia de salir de la estera antes de destaparse la nariz.

Madre mía, qué manera de sangrar.

Sawyer y Ridoc rompen a aplaudir, gritando puntuaciones a viva voz.

—Dioses, ese sí sabe luchar.

Rhi asiente despacio mientras Aaric ocupa su posición en el pelotón.

—Hombre, cuando has tenido los mejores tutores… —susurro, agradecida porque al menos sí conozca ese secreto.

—¿Su papaíto no ha venido todavía a buscarlo? —me pregunta mirándome de reojo.

—Se ve que no.

Los retos de nuestro alrededor tocan a su fin y los profesores anuncian el nombre de la tanda siguiente.

—¡Sloane Mairi y Dasha Fabrren! —grita Emetterio.

—Oye, Rhi.

Trago saliva. Los pelotones se mueven, pero nosotros conservamos nuestra estera. Es uno de los beneficios de haber ganado el parche del Pelotón de Hierro el año pasado.

—¿Eh?

—¿Te acuerdas de que te he dicho que Sloane ganaría?

—Sí, me acuerdo de que me lo has comentado hará diez minutos —bromea.

Un par de nuestros estudiantes de primero le dan golpecitos a Sloane en la espalda y le ofrecen lo que espero que sean palabras de ánimo mientras ella se dirige a la estera que hay frente a nosotros.

—Ya, bueno…

Joder, si se lo digo, ¿su código de honor la obligará a denunciarme? No, no lo haría, y ese es el problema. Me ayudaría a colarme en los putos Archivos si se lo pidiera.

«Si no puedes mentir, distánciate de ella». Pero lo cierto es que esta es otra de esas cuestiones sobre las que no tengo por qué mentir.

Dasha se reúne con Sloane en la estera, con el reluciente pelo negro recogido en una trenza que le cae desde la coronilla hasta el hoyuelo del cuello. Es menuda y todavía tiene la palidez de los de primero que aún no han visto demasiado el sol, pero su tez no se parece en nada al tono verdoso que está adquiriendo Sloane.

Percibo un ligero color rojizo en los labios de Dasha, que delata que se ha comido una de las pastitas congeladas de la bandeja que he dejado en la mesa del desayuno de su pelotón antes de que llegaran esta mañana. Ahora que me fijo, todos los miembros de su pelotón tienen el mismo tono carmesí en la boca.

Pues nada. ¿Cómo iba a saber cuál se comería Dasha?

—Si piensas cambiar de idea y decirme que va a perder, mejor no digas nada. —Rhiannon niega con la cabeza—. Este combate me pone de los nervios.

—Y a mí —dice Imogen ocupando el espacio vacío a mi derecha.

—Pues ya somos tres —añade Quinn a su lado—. No es una de primero más.

—No —coincido, y me percato de que incluso Dain la observa desde la estera siguiente. Y pensar que el año pasado tenía la esperanza de empezar una relación con él—. Rhi —digo bajando la voz—. No va a perder.

Ella entorna los ojos.

—¿Qué te traes entre manos?

—Si no lo sabes, tampoco te sentirás culpable por no denunciarlo. Tú confía en mí.

Me meto la mano en el bolsillo con la máxima indiferencia posible y destapo el frasquito mientras las dos chicas se hacen un gesto de cabeza y adoptan posiciones de combate. Rhi me busca los ojos, asiente y centra la atención en el enfrentamiento.

Las de primero dan vueltas en círculos por la estera y yo giro con cuidado el frasco sobre mi mano, dejando que el polvo incoloro que sé que contiene caiga en los pliegues entre mi palma y los dedos. Cierro la mano y la mantengo apretada con firmeza a un lado justo cuando Dasha le propina a Sloane el primer golpe, directo a la mejilla, y le abre la piel.

—La madre que la parió —masculla Imogen—. ¡Venga, Mairi, levanta las manos!

Alguien grita en la estera que tenemos detrás, y al mirar por encima de nuestros hombros vemos como uno de primero observa el cuerpo sin vida de su oponente. Mierda. Matar a un oponente durante un reto no es algo que se celebre. Pero tampoco se castiga. No sería la primera vez que una disputa se resuelve en estas esteras, bajo el pretexto de reforzar las alas.

De repente me siento mucho menos culpable de mis planes.

Las chicas vuelven a caminar en círculos, y Dasha suelta una patada alta que acierta a Sloane en el lado sin marcar de su cara con tanta fuerza que la cabeza se le va a un lado, y a la cabeza le sigue el cuerpo, pero consigue volverse mientras se desploma sobre la estera y aterriza de espaldas.

—Ha aguantado menos de lo que esperaba —comenta Rhi con tono de preocupación.

—Y yo. —Me llevo el puño cerrado a la boca y cambio el peso de pie para asegurarme de que aparento la misma preocupación que siento cuando Dasha sigue a Sloane hasta el suelo. Las tenemos a apenas un metro, así que al menos no tendré que rodear la estera—. Agáchate —le susurro entre dientes a Imogen.

Ella se pone de cuclillas sin rechistar.

—¡Arriba, Mairi!

Yo también me agacho y el pánico me atenaza la garganta al ver el rostro aturdido de Sloane mientras Dasha le suelta un puñetazo tras otro. La sangre salpica la estera.

Sí, creo que ya es suficiente.

Espero a que Dasha exhale para abrir ligeramente la mano y toser. Con violencia. Ella coge aire y consigue propinarle otro golpe. Acto seguido niega con la cabeza y los ojos se le vidrian.

—¡Levántate, Sloane! —le grito mirándola a los ojos.

Dasha se cae de culo, pestañea deprisa y mece la cabeza como si se hubiera pasado la noche en el bar. Sloane rueda hacia un lado y planta las manos sobre la estera.

—Ahora —le ordeno.

La ira le invade los ojos y arremete contra Dasha, que da un puñetazo que no llega a su destino cuando Sloane le hunde el hombro en el estómago. Desde ese ángulo, debe de haberla dejado sin respiración.

Bien. Solo dispone de un instante más. Tal vez dos. Sloane se arrastra hasta la espalda de Dasha, la levanta y la estrangula con la mayor suavidad que he visto nunca. Pero, oye, si funciona…

—¡Ríndete! —le exige Sloane.

Dasha se incorpora; está recuperando la fuerza y la concentración.

—¡Ríndete! —le grita Sloane esta vez, y yo contengo el aliento.

Si he fallado en mis cálculos y Dasha vuelve a tener ventaja… Sin embargo, finalmente Dasha deja caer la mano sobre la estera y da dos golpes. Yo hundo los hombros de puro alivio cuando Emetterio anuncia el final del combate.

—¿Se puede saber qué has hecho? —me susurra Imogen sin mirarme.

—Lo que tenía que hacer.

Las dos nos levantamos a la vez que los de primero, pero, a diferencia de ellos, nosotras no nos tambaleamos hasta recuperar el equilibrio.

—Ya hablas como Xaden —dice Imogen.

Giro la vista hacia ella.

—Relájate, es un cumplido. —Sonríe—. Liam debe de sentirse tremendamente agradecido ahora mismo.

Trago saliva para tratar de deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—No ha estado mal —comenta Rhiannon mirándome de reojo antes de ver que Sloane ocupa su lugar con el resto de los estudiantes de primero de nuestro pelotón—. Ni bien, vaya.

—Yo le pondría un seis —opina Ridoc—. Porque, vamos a ver, no ha perdido, así que como mínimo se merece un cinco.

La pareja siguiente ocupa la estera.

Cuando terminan los retos de hoy, miro a Imogen y le hago un gesto de cabeza a Sloane antes de dirigirme hacia ella.

—Dame un segundo —le pido a Rhiannon por encima del hombro.

Imogen corre hasta alcanzarme.

—Mairi —digo al girar la esquina de la estera, haciéndole un gesto con el dedo para que se acerque.

Sloane levanta la barbilla, pero al menos me obedece. Este no es precisamente el tipo de discusión que quiero tener a gritos en medio del gimnasio.

—Uf. —Imogen le señala el ojo derecho cuando se aproxima—. Eso se te va a inflamar hasta que se te cierre.

—He ganado, ¿no? —dice con voz temblorosa.

—Has ganado porque me he encargado de Dasha por ti —contesto en voz baja, y extiendo la palma de la mano por completo, donde todavía pueden distinguirse restos del polvo brillante sobre mi piel.

—No. —Niega con la cabeza—. He ganado de manera justa.

—Mira, ojalá fuera verdad. —Dejo escapar un suspiro—. Ardice en polvo, que, combinada con una dosis previa de belirio molido, desorienta a la persona durante un minuto, tal vez dos, en función de la dosis. Los efectos son parecidos a los de una borrachera. Por sí solos te revuelven un poco el estómago. Pero juntos… —Levanto las cejas—. Te han salvado la vida.

Sloane abre y cierra la boca. Dos veces.

—La hostia. —Imogen sonríe, balanceándose sobre los talones mientras pasan a nuestro lado cadetes en dirección a la puerta—. ¿Fue así como sobreviviste a los primeros retos el año pasado? Eres una mujer perversa, Sorrengail. Brillante de cojones, pero perversa.

—Lo he hecho por tu hermano —le digo a Sloane, manteniendo el contacto visual por mucho que el odio que rezuman sus ojos me duela como un demonio—. Era uno de mis mejores amigos, y le prometí cuando estaba agonizando que te cuidaría. Y aquí estoy, cuidándote.

—No necesito…

—Mala táctica —la reprende Imogen—. Lo más adecuado es un «gracias».

—No pienso darle las gracias —sisea entornando los ojos—. Si no fuera por ti, mi hermano estaría aquí.

—¡Menuda gilipollez! —estalla Imogen—. Xaden ordenó…

—Tienes razón —la interrumpo—. Tu hermano estaría aquí. Y no hay día en que no lo eche de menos. Y por el afecto que siento por él, acepto que me odies. Puedes pensar lo que te dé la gana sobre mí si eso te ayuda a seguir adelante, Sloane. Pero vas a entrenar. Y vas a aceptar la ayuda.

—Si es la voluntad de Malek que me reúna con mi hermano, que así sea. Liam no necesitaba ayuda —replica, pero hay una sombra de miedo en sus ojos que me demuestra que casi todo esto es pura fanfarronería—. Podía sacarse las castañas del fuego él solito.

—Eso es mentira —le discute Imogen—. Violet le salvó la vida durante los Juegos de Guerra. Se cayó del lomo de Deigh, y fueron Violet y Tairn quienes volaron tras él y lo atraparon.

Sloane separa los labios.

—Este es el trato. —Doy un paso hacia Sloane—. Vas a entrenar para que no te maten, pero no conmigo. No tengo por qué formar parte de tu etapa de desarrollo. Sin embargo, quedarás con Imogen todos los días si a ella le parece bien, porque tengo algo que te interesa.

—Permíteme que lo dude.

Se cruza de brazos, pero el efecto queda en nada con lo rápido que se le hinchan los ojos.

—Tengo cincuenta cartas de las que Liam te escribió.

Sloane pone los ojos como platos.

—No jodas. —Imogen gira de golpe la cabeza hacia mí—. ¿En serio?

—En serio. —No aparto la mirada de Sloane—. Y al final de cada semana en la que asistas y participes en lo que Imogen considere que necesitas, te entregaré una.

—Quemaron todas sus pertenencias —balbucea Sloane—. ¡Las sacrificaron en nombre de Malek, como debe ser!

—Ya le pediré perdón a Malek cuando nos veamos —contesto—. Si quieres las cartas, te toca entrenar.

Sloane se pone roja de ira.

—No te atreverás a privarme de las cartas de mi hermano. Si todavía existen, son mías. Eres…, eres… una indeseable.

—En este caso, creo que Liam estaría más que de acuerdo. —Me encojo de hombros—. Depende de ti, Sloane. Preséntate, entrena y vive, y recibirás una carta todas las semanas. U olvídate de ellas.

Sin esperar la respuesta mordaz que se le pueda ocurrir, me doy media vuelta y me marcho, y vuelvo al lugar en el que Rhiannon me espera con los estudiantes de años superiores de nuestro pelotón.

—Tú… eres… —Imogen niega con la cabeza cuando me alcanza—. Ahora lo entiendo.

—¿El qué? —pregunto.

—Por qué Xaden se enamoró de ti.

Resoplo.

—En serio. —Levanta las manos—. Eres más lista que el hambre. Mucho más de lo que creía. Seguro que te pasas el día sacándolo de quicio. —Una sonrisa de oreja a oreja le recorre el rostro—. Qué maravilla.

Pongo los ojos en blanco.

—Y has conseguido que Sloane acceda a reunirse conmigo mañana por la mañana, después de las tareas —añade—. Ha sido un movimiento arriesgado, pero ha funcionado.

Ahora soy yo la que sonríe.

Jesinia me trae *La historia íntegra de los Primeros Seis* al día siguiente, un texto que no solo tiene más de trescientos años, sino que además tiene una

marca de CLASIFICADO en la guarda, y yo cumplo con mi parte del trato y le entrego *Las fábulas del Páramo*.

Desde ese momento me escondo siempre que puedo a leer el libro; eso cuando el profesor Grady no nos regaña por nuestra incapacidad de mantener a raya nuestros egos o entender lo que nos parecen informes de batalla inútiles. No obstante, y a pesar de que detalle algunas de las complejas relaciones interpersonales de los Primeros Seis, e incluso hable sucintamente de su experiencia durante la Gran Guerra, se limita a denominar al enemigo como general Daramor y a nuestros aliados como los reinos insulares. No me resulta demasiado útil.

El libro que Jesinia me hace llegar el sábado se llama *El sacrificio de los dragones*, escrito por uno de los antepasados de Kaori, y trata sobre la elección de Basgiath como ubicación para las protecciones.

—Los dragones verdes, sobre todo aquellos descendientes de la estirpe de Cruaidhuaine, tienen una conexión especialmente estable con la magia, que algunos achacan a la naturaleza más razonable y defensiva de estas bestias —repito en un susurro mientras preparo el equipaje para partir hacia Samara hoy mismo.

No hay nada que pueda arruinarme la noche, no cuando sé que veré a Xaden por la mañana.

Me quedo perpleja al abrir la puerta y encontrarme con Varrish en lugar de con Bodhi, flanqueado por dos de sus matones, y me recuerdo de inmediato que tengo que darle las gracias a Xaden por las protecciones que impiden que entre. Retrocedo un paso con rapidez y salgo de su alcance.

—Relájate, Sorrengail. —Sonríe como si no hubiera estado a punto de matarme con su castigo—. He venido a registrarte la mochila y a acompañarte hasta Tairn.

Me quito la mochila de los hombros y se la entrego, procurando que no me toque la piel para que no pueda atravesar las protecciones. Luego clavo la mirada en sus matones mientras vacían mis posesiones en lugar de volverme hacia mi librería para asegurarme de que mi tomo clasificado está bien escondido.

—Está limpia —anuncia la mujer, y tiene la amabilidad de volver a guardarlo todo.

—Excelente. —Varrish asiente—. En ese caso, ahora te escoltaremos hasta tu dragón. Hay que andarse con cuidado por aquí, teniendo en cuenta la oleada de ataques de estas últimas semanas. —Ladea la cabeza—. Lo curioso

es que todos parecen centrarse en los que desaparecisteis durante los Juegos de Guerra, ¿no te parece?

—No tengo claro si yo definiría las agresiones como curiosas —respondo—. Y no necesito que me escolten.

—Sandeces. —Da un paso atrás y hace un gesto hacia el pasillo—. No queremos que le ocurra nada a la hija de la comandante general.

El corazón se me acelera a un ritmo insostenible.

—No es una sugerencia —insiste, y la sonrisa se le borra de la cara.

Compruebo las vainas para asegurarme de que las dagas están en su sitio antes de salir al pasillo, y siento el tirón de las protecciones de Xaden cuando abandono la seguridad que me brindan. Cada paso que doy durante los siguientes quince minutos es premeditado y concienzudo, e intento mantener las distancias para que no puedan agarrarme ni atacarme.

—Me he dado cuenta de que tu pelotón no ha participado en las maniobras de vuelo esta semana —comenta Varrish cuando nos aproximamos a Tairn en el campo de vuelo.

—*Como haga algún movimiento sospechoso, me lo tomaré como aperitivo* —me asegura Tairn, y vuelvo a respirar con normalidad.

—Necesitábamos recuperarnos de algunas lesiones después de los aterrizajes en carrera.

—Mmm. —Hace un gesto hacia Tairn, como si me invitara a montar en mi propio dragón—. Bueno, tomamos nota, como pronto descubrirás. Supongo que veré a tu dragoncita dorada la semana que viene.

Andarna.

—*Está a salvo en la fase más profunda del Sueño sin Sueños. Deberías poder verla en unas pocas semanas* —me informa Tairn.

—*Eso mismo me dijiste la semana pasada*. —Monto rápido, y el pulso se me normaliza cuando me sujeto a la silla—. *Hasta el año pasado, jamás me habría imaginado que el lugar más seguro del mundo sería el lomo de un dragón*.

—*Hasta el año pasado, bien podrías haberme parecido un entrante* —responde, antes de estirar los hombros y alzar el vuelo.

Al llegar a Samara, entiendo por qué Varrish me ha advertido de que pronto descubriría por qué había tomado nota de nuestra ausencia en las maniobras de vuelo. A Xaden le han asignado una guardia de veinticuatro horas en el centro de operaciones.

Y yo no tengo permiso para moverme libremente.

17



> Muchos historiadores optan por ignorar los sacrificios que soportaron tanto los humanos como los dracónidos para levantar las primeras protecciones de Navarre en aras de fomentar el espíritu de la Unificación. Sin embargo, sería una negligencia por mi parte no mencionar las pérdidas que se sufrieron, tanto por los terrenos de cría ancestrales de todas las razas de dragón como por los civiles que no sobrevivieron a la migración a lo largo del continente que provocó la apertura de las fronteras de Navarre… o los que se perdieron cuando las cerramos.
>
> *El sacrificio de los dragones,*
> por la mayor Deandra Naveen

—Bodhi no puede seguir posponiendo las maniobras de nuestra sección, o Varrish no será el único profesor que se dé cuenta —comenta Imogen el miércoles, de camino a Informe de Batalla, mientras subimos por la escalera principal en mitad de un mar negro.

—Tairn consultará con el Empíreo lo de Andarna, pero, de todas formas, no podemos hacer nada hasta que se despierte del Sueño sin Sueños.

Imogen suspira.

—¿Cómo te va con Xaden?

A punto estoy de tropezar con el último escalón antes de la puerta.

—¿Quieres que hablemos de mi relación con Xaden justo ahora?

—Te doy el tiempo que tardemos en llegar al aula de Informe de Batalla. —Tuerce el gesto como si hubiera saboreado algo ácido—. Total, que si necesitas… hablar, esta es tu oportunidad, porque me he dado cuenta de que sigues aislándote de tus amigos, y creo que es un error.

Acabáramos.

—Primero, Xaden me dijo que guardara las distancias si no era capaz de engañarlos, y segundo, creo que los líderes están haciendo todo lo posible por separarnos como castigo por no haberles traído a Andarna. Y está escrita en clave, pero él me dice exactamente lo mismo en la carta que me dejó sobre la cama.

Una carta que pronto pasó a ser mi favorita, porque profundiza en cómo era su vida antes de la Rebelión. Y también me hace pensar en cómo sería él si esa fuera aún hoy su realidad.

—Es… extraño —responde Imogen frunciendo el ceño mientras escudriña el pasillo en busca de amenazas.

—Muy extraño. —Hago lo propio, sin perder detalle de todas las manos que tengo a mi alcance—. Lo que ha pasado estas últimas dos semanas es demasiado casual como para que no sea algo premeditado.

—No, si eso me parece lo más lógico del mundo. —Me mira de reojo—. Separaros sería mi primera medida si estuviera en una posición de poder. Por separado, vuestros sellos os permiten cometer verdaderas atrocidades. ¿Juntos? Sois una puta amenaza. Lo que me parece extraño es que te esté escribiendo cartas.

—¿Por qué? A mí me parece… mono.

—Exacto. ¿A ti te parece que sea el tipo de chaval que escribe cartas? —Niega con la cabeza—. Pero si ni siquiera es extrovertido.

—Estamos intentando mejorar nuestra comunicación —replico un poco a la defensiva.

—Al final vas a acabar permitiéndole que se vaya de rositas con lo de ocultarte cosas, ¿no? —Me lanza una mirada en la que claramente interpreto que ella cree que debería perdonarlo, y se saca dos horquillas del bolsillo—. Responde rápido. Estamos a punto de llegar.

—¿Tú podrías querer a alguien que se negara a abrirse a ti? —indico.

—Primero —dice imitándome con descaro—, no estamos hablando de mi vida sentimental. Para eso ya tengo a Quinn, que es una amiga de verdad. —Se sujeta la sección más larga de su cabello rosa con unos movimientos ágiles y eficaces—. Y segundo, aquí nos guardamos información clasificada

constantemente. Tendrías el mismo problema con cualquier jinete con el que salieras.

—Pero eso no… —De acuerdo, no le falta razón, pero no me está entendiendo—. Vale, digamos que estás con alguien y un buen día sale disparada un hacha de guerra de su armario…

—¿Qué estás diciendo de armarios? No sabes cuánto me gustaría ahora mismo que volvieras a contarle estas cosas a Rhiannon —dice negando con la cabeza.

—… y está a punto de matarte. ¿No exigirías ver el resto del armario para asegurarte de que no hay más hachas de guerra preparadas para atacar antes de volver con esa persona?

Casi hemos llegado al auditorio.

—Siempre hay un hacha de guerra.

Al cruzar el umbral le hace un gesto de cabeza a Eya, que está charlando con Bodhi, y yo pongo los ojos como platos al verle el ojo morado y lo que a esta distancia parece una nariz rota.

—¿Y eso te parece normal?

—Tú nunca has querido tener una relación normal, porque, de lo contrario, estarías con Aetos. —Se estremece—. O, coño, con cualquier otra persona de la escuela. Pero elegiste a Riorson. Si no pensaste en que el chaval ocultaba más que un puñado de hachas de guerra, estás mosqueada con la persona equivocada, porque aquí la única mentirosa eres tú, que te engañaste a ti misma.

Abro y cierro la boca cuando pasamos por las puertas anchas de la sala de Informe de Batalla. Sin ventanas que dejen entrar el sol ardiente de la mañana, el salón es un refugio más que bienvenido contra el calor pegajoso de agosto.

—Ay, se nos ha acabado el tiempo. —Suspira de puro alivio.

—Muy útil.

Echo de menos hablar con Rhi.

—¿Quieres que te dé un consejo de verdad? —Me agarra del codo y me arrastra a un lado de la escalera, donde esperan los de tercero—. Mira: todo el mundo fracasa en el primer ejercicio de navegación terrestre. Somos unos narcisistas de mierda que no podemos aceptar que nos hemos equivocado. El instructor solo quiere que te castigues por ello, y es evidente que funciona. Por no mencionar que tienes problemas más importantes que un hombre, como, por ejemplo, cómo vas a sobrevivir al resto del CSJ, incluidas las partes de interrogatorios en las que te darán una paliza por pura diversión, o,

yo qué sé…, ir a la guerra. Y me has preguntado si quería que habláramos sobre tu relación, lo cual significa que eres muy consciente de que estáis juntos…

Me enderezo.

—Eso no es…

—Estoy hablando. —Uno de tercero del Ala Uno se acerca demasiado, e Imogen le da un golpe en el hombro—. No tienes por qué aislarte de todas las personas con las que no puedes ser totalmente honesta solo porque Riorson crea que a él le funciona esa táctica, porque no es verdad, y de ahí todos tus problemas, y a mí me parece que tu amiga te necesita, joder, así que ve con ella.

Me hace un gesto hacia la escalera que hay a mi espalda, y al volverme veo a Rhi apoyada en la pared. Lee con cara larga el pergamino que sostiene junto a Tara, ignorando a los cadetes que pasan a su lado por la ancha escalera. Comienzo a bajar los escalones, esquivando a más de un ansioso estudiante de primero.

—Seguro que no es nada. —Tara le está frotando el hombro a Rhi cuando llego hasta ellas—. Enséñasela a Markham después del informe. Yo voy a ir tirando. —Se pasa el pelo negro por detrás de las orejas y vuelve a sonreír al verme—. Hola, Violet.

—Hola, Tara. —Me despido de ella con la mano cuando se marcha, de camino a los asientos del Ala Uno—. ¿Estás bien, Rhi? —le pregunto, consciente de que tiene todo el derecho del mundo a excluirme, como he hecho yo con ella.

—Pues no lo sé. —Me entrega el pergamino—. Esta mañana me ha llegado esto con una carta de mis padres. Dicen que están circulando por el pueblo.

Lo despliego y los ojos se me salen de las órbitas durante un suspiro, antes de dominar mi expresión. Tiene el tamaño de los anuncios públicos que los escribas clavan en postes de todas las aldeas de Navarre, pero en este caso no hay ningún número de anuncio oficial en la parte superior.

CUIDADO CON LOS FORASTEROS QUE BUSQUEN REFUGIO.

—¿Qué coño es esto? —mascullo para mis adentros.

—Eso mismo he pensado yo —responde—. Léete el resto.

EN ESTOS TIEMPOS DE VIOLACIONES SIN PRECEDENTES DE NUESTRAS FRONTERAS SOBERANAS, CONTAMOS CON VOSOTRAS, LAS ALDEAS FRONTERIZAS, PARA QUE SEÁIS NUESTROS OJOS Y OÍDOS. NUESTRA SEGURIDAD DEPENDE DE VUESTRA VIGILANCIA. NO DEIS COBIJO A FORASTEROS. VUESTRA BONDAD PODRÍA TRAER MUERTE.

—«Vuestra bondad podría traer muerte» —repito en voz baja, para que no me oigan los cadetes que pasan a nuestro lado—. ¿Y de qué violaciones de las fronteras hablan?

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta Markham arrancándome el papel de las manos.

—Me ha llegado de mi pueblo —le explica Rhi.

—¿Ah, sí? —Levanta la vista hasta mí y luego la desvía hacia Rhiannon —. Gracias por traerlo a clase.

Sin mediar una sola palabra más, continúa bajando la escalera.

—Lo siento mucho —le digo a Rhi.

—No es culpa tuya —contesta—. Y se lo habría enseñado después de clase de todos modos. Si alguien puede encontrarle una explicación es él.

—Claro. —Me obligo a sonreír—. Vamos a sentarnos.

Nos dirigimos a los asientos que hay junto a Ridoc y Sawyer y sacamos nuestras cosas.

—¿Cómo están tus padres? —le pregunto a Rhi intentando que el cambio de tema sea natural.

—Bien —afirma con una sonrisa tímida—. La tienda está en su mejor momento; se ve que han trasladado a otra compañía de infantería a Montserrat.

Parpadeo. Eso deja al puesto avanzado por encima de su capacidad.

—Buenos días —saluda Markham con una voz de trueno que atraviesa el auditorio, sosteniendo en alto el papel de la carta de Rhiannon—. Hoy vamos a hablar de aquellas batallas que no son tan obvias. Una de vuestras compañeras ha recibido esta nota.

La lee en voz alta, convirtiendo con su tono lo que claramente es una advertencia en una súplica apasionada. La profesora Devera lo escucha con los brazos cruzados y agacha la mirada cuando Markham termina de leer.

—Esto es un comunicado regional —explica Markham—, y por eso no le han asignado un número de anuncio público. Hemos vivido una cantidad alarmante de intentos de transgresión de nuestras fronteras en las aldeas montañosas, cerca de nuestros puestos avanzados más estratégicos. ¿Por qué es peligroso?

Aprieto la pluma. ¿Estarán los civiles de Poromiel huyendo de una nueva ofensiva? Siento náuseas. Las protecciones podrían defender a muchas más personas, pero no estoy más cerca de la respuesta que cuando regresé a Basgiath desde Aretia. Todos los libros que he leído mencionan el glorioso hito, pero en ninguno se explica el cómo. Si la respuesta se halla en los Archivos, está bien escondida.

—Porque no conocemos sus intenciones —responde uno de primero—. Por eso mantenemos cerradas nuestras fronteras.

Markham asiente. Pero ¿cuándo cerramos nuestras fronteras? ¿Justo después de la Unificación? ¿O más bien hacia el año 400 DU, cuando creo que borramos la historia de los libros? Me remuevo en mi asiento cuando noto que el poder se incrementa de manera proporcional a mi frustración. Se supone que después de una pregunta viene una respuesta. Así ha funcionado siempre mi vida. Hasta ahora jamás me había topado con una pregunta que no pudiera responder tras unas horas en los Archivos, y ahora ni siquiera tengo claro que pueda fiarme de las respuestas que encuentre allí. Nada tiene sentido.

Las puntas de los dedos me hormiguean, y no tardo en sentir también el calor.

—*Plateada* —dice Tairn con una nota de alerta en la voz.

—Ya lo sé.

Respiro hondo y trato de volver a contener los sentimientos en esa cajita en la que guardo todas las emociones que no me convienen, y refuerzo los escudos a mi alrededor.

—¡Podría tratarse de una táctica nueva! —exclama uno de tercero a nuestras espaldas—. Infiltrarse en nuestros puestos avanzados con falsos pretextos.

—Exacto —dice Markham, y vuelve a asentir.

Devera cambia el peso del cuerpo de un pie al otro y levanta la barbilla hasta mirarnos. ¿Lo sabrá? Por los dioses, espero que no lo sepa. Espero que sea tan buena persona como la considero. ¿Y qué pasa con Kaori? ¿Y Emetterio, y Grady? ¿Hay algún profesor que sea de fiar?

—Lo más inquietante es la propaganda que estos habitantes de Poromiel traen consigo, anuncios falsificados de sus propios líderes en los que se afirma que se han destruido ciudades tras unos supuestos ataques violentos. —Hace una pausa, como si estuviera sopesando si contarnos el resto o no, pero sé que no es más que teatro—. Ataques que, según ellos, son obra de dragones.

Puto mentiroso. El calor me sube a las mejillas, y desvío rápidamente la mirada cuando Markham dirige la suya hacia mí. El rumor da paso a un zumbido mientras la energía se acumula en mis entrañas, presionándome la piel, buscando una vía de escape.

Un murmullo contrariado se extiende entre los cadetes que me rodean.

—Ni que los dragones pudieran destruir ciudades —masculla Rhiannon negando con la cabeza.

Los dragones no, pero los guivernos pueden… y lo están haciendo.

Markham suspira.

—Esto no implica que no seamos compasivos. De hecho, por primera vez en cientos de años hemos autorizado misiones clasificadas, ya completadas, por supuesto, para llevar a cabo un reconocimiento de dichas ciudades.

El cuerpo de mi pluma cruje y el poder me recorre la piel, erizándome los pelos del antebrazo.

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta Rhiannon.

—Claro.

—¿Seguro? —dice señalándome la mano y el hililllo de humo que asciende desde la pluma.

La suelto y me froto las manos, como si eso pudiera disipar la energía que me atraviesa el cuerpo.

—Los escuadrones que hemos enviado nos han informado de que las ciudades de Poromiel están intactas, lo cual nos hace llegar a la misma conclusión que habéis aventurado: estamos ante una nueva táctica que juega con nuestra compasión. —Lo dice con una convicción tal que a punto estoy de levantarme a aplaudir su interpretación—. ¿Profesora Devera?

Ella se aclara la garganta.

—He leído los informes esta mañana. No se mencionaba destrucción alguna.

¿Informes? ¿De quién? No se puede confiar en los escribas.

—Ahí lo tenéis. —Markham niega con la cabeza—. Creo que es un buen momento para centrar nuestros debates en la eficiencia de la propaganda y la

función que ejercen los civiles en las guerras. Las mentiras son una herramienta poderosa.

Habla por experiencia.

De algún modo, consigo sobrevivir al resto de la clase sin prenderle fuego al mapa, y guardo mis enseres deprisa y me abro paso entre los cadetes para irme de allí cagando leches. Echo a correr por el pasillo, tirando de las correas de mi mochila con firmeza para que no me rebote en la espalda cuando bajo por la escalera. Un calor angustioso me invade el cuerpo y se acumula, anticipando el rayo, y cuando por fin salgo por las puertas del patio, me tambaleo hacia delante y levanto las manos para soltarlo.

El poder me desgarra por dentro y un relámpago cae cerca de los muros exteriores, lo bastante lejos como para que la grava que sale volando solo impacte en la muralla. Percibo a Tairn sobrevolando los límites de mi mente, pero no me regaña.

—¿Violet?

Rhiannon se planta frente a mí resollando; salta a la vista que ha echado a correr detrás de mí.

—Que estoy bien —miento. Joder, cada vez me cuesta menos, y es justo lo que me pidió que no hiciera.

—Ya, obvio —responde, y hace un gesto hacia el patio.

—Tengo que irme. —Paso a paso me alejo de ella con un nudo del tamaño del cuadrante entero en la garganta—. Llegaré tarde a CSJ. ¿Tomarás apuntes?

—Claro, porque esa es precisamente la clase a la que deberías llegar tarde, ¿no? —me dice con sarcasmo—. ¿Qué puede ser más importante que aprender técnicas de interrogatorio?

Negando con la cabeza, doy media vuelta y me pongo a correr antes de soltarle otra mentira. Hacia los dormitorios; escalera abajo; a través de los túneles; al otro lado del puente; hacia el Cuadrante de Curanderos. No paro de correr hasta acercarme a los Archivos, y para entonces solo baja el ritmo mi cuerpo, no así mis pensamientos.

El guardia se pone firme, pero no me impide cruzar la enorme puerta circular que conduce a los Archivos. Papel, cola y mi padre. El aroma me llena los pulmones y el nudo en la garganta se me deshace a medida que se me relaja el pulso. Hasta que me doy cuenta de que hay al menos doscientos escribas sentados a las mesas, y que todos y cada uno de ellos me miran fijamente. Entonces el órgano que me bate en el pecho vuelve a coger ritmo.

Por Amari, ¿se puede saber qué estoy haciendo?

—*Parece ser que has perdido por completo el sentido común sobre el control y has regresado al lugar en el que crees que puedes recuperarlo* —gruñe Tairn.

No le falta razón. Pero no pienso decírselo.

—*Ya me lo has dicho.*

Una figura alta en ropajes crema se vuelve en su silla y me mira de arriba abajo.

—Los Archivos no están abiertos a jinetes a esta hora.

—Ya lo sé —contesto. Y, con todo, aquí estoy.

—¿Qué podemos hacer por ti? —me pregunta el profesor en un tono que sugiere que ya me puedo ir yendo de allí.

—Pues necesito… —¿Qué? ¿Devolver el libro que no debería tener en mis manos?

Tres filas más allá, una escriba se pone en pie, se dirige hacia mí y me lanza una mirada de incredulidad antes de levantar las manos y signarle algo a su profesor. Jesinia. El profesor asiente con la cabeza y Jesinia se me acerca, con los ojos fuera de las órbitas y una expresión de «qué coño haces aquí» en la cara.

—Lo siento —signo.

Gira hacia mi derecha, frente a la mesa de estudio, y yo la sigo; las estanterías nos ocultan del resto de la clase.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —signa—. No puedes estar aquí ahora.

—Ya lo sé. He terminado aquí por accidente.

Me quito la mochila de los hombros y rebusco en ella hasta dar con el libro, y se lo entrego como si esto fuera un encuentro planeado más. Ella me mira a mí antes de agachar los ojos hacia el libro, y después suspira y retrocede unos metros; se estremece cuando desliza el libro en una estantería que claramente no es la que le corresponde.

—Te noto alterada.

—Lo siento —repito—. ¿Te he metido en un lío?

—Claro que no. Le he dicho que eres una jinete impaciente y arrogante, y que sería mucho menos perjudicial para nuestros estudios que te echara una mano, algo que, al fin y al cabo, es verdad. —Echa un vistazo hacia el extremo de las estanterías—. ¿No podías esperarte al sábado?

Empiezo a asentir, y luego niego con la cabeza.

—Necesito leer más rápido.

Ella estudia mi expresión, y se le dibujan dos arrugas entre las cejas.

—Te pregunté qué estabas buscando, pero debería haberte preguntado qué ocurriría si no lo encontrabas.

—Morirán personas. —Las tripas se me retuercen con cada palabra que signo—. No puedo permitir que nadie muera por mí. Tú ya estás corriendo demasiados riesgos por mi culpa.

—Me diste a elegir. ¿No crees que merecen lo mismo? —Me ofrece una mirada de decepción al ver que no respondo—. Te llevaré una nueva selección esta noche. Nos vemos en el puente a las ocho. —Da un paso hacia mí—. Los sábados, Violet. O al final conseguirás que nos pillen.

Asiento.

—Gracias.

18



No fue hasta que llevamos las protecciones a sus verdaderos límites, extendiéndolas mucho más allá de lo que creíamos posible en un principio y que ahora me cuestiono que sea sostenible, cuando definimos las fronteras de Navarre, conscientes, por desgracia, de que no todos los ciudadanos se beneficiarían de su amparo.

El viaje de los Primeros Seis, un testimonio indirecto
de Sagar Olsen, primer conservador
del Cuadrante de Escribas, Colegio de Guerra Basgiath
—Traducido a la lengua común por la capitana
Madilyn Calros, duodécima conservadora
del Cuadrante de Escribas, Colegio de Guerra Basgiath
—Traducido y editado para usos académicos por el coronel
Phineas Cartland, vigésimo séptimo conservador
del Cuadrante de Escribas, Colegio de Guerra Basgiath

—¡Qué pronto! —balbuceo cuando Xaden abre mi puerta el sábado por la mañana y me encuentra en el suelo de mi habitación, rodeada por todos los libros de historia que poseo y dos de los que me ha prestado Jesinia.

Joder, se supone que he quedado con ella en menos de una hora. Él pestañea y cierra la puerta a su espalda.

—Hola, ¿eh?

—Hola —contesto suavizando la voz. Contengo la alegría de verlo al distinguir las sombras que tiene bajo los ojos—. Lo siento, no te esperaba hasta el mediodía, si es que te dejaban venir, y… Te veo… agotado.

Hasta sus movimientos son más lentos. Es sutil, pero no me pasa por alto.

—Eso es justo lo que quieren oír todos los hombres.

Deja las espadas junto a la puerta y suelta el morral a su lado, como si ese fuera su lugar. Como si esta habitación fuera, en parte, suya. Igual que yo siento su habitación de Samara también un poco mía. Ninguno de los dos ha pedido hasta ahora habitaciones separadas.

Tal vez no pueda fiarme del todo de él, pero tampoco soporto tenerlo lejos.

—No he dicho que no seas atractivo. Era una indirecta para que te echaras una cabezada. —Hago un gesto con la cabeza en dirección a mi cama vacía —. Deberías dormir.

Su sonrisa parsimoniosa me detiene el corazón.

—¿Te parezco atractivo?

—Como si no lo supieras. —Pongo los ojos en blanco y paso la página de *El viaje de los Primeros Seis, un testimonio indirecto*, desviando la mirada—. También creo que hueles como si llevaras doce horas volando.

No es del todo cierto, pero a ver si así le pongo freno al ego desmesurado que yo misma acabo de alimentar.

—Joder, cuánto te he echado de menos.

Se ríe y se quita su chaqueta de vuelo, dejando al descubierto las mangas cortas de su uniforme de verano y sus brazos tonificados hasta un punto que roza lo obsceno. Reprimo el impulso de olvidarme de todas las preocupaciones durante un par de horas y tirármelo allí mismo en el suelo, y trato de concentrarme en el texto que tengo delante, sin demasiado éxito.

—¿Crees que me denunciarán por utilizar el baño? —pregunta rebuscando ya en su morral.

—Creo que no te denunciarían ni siquiera por matar a alguien a sangre fría, y mucho menos por darte un baño.

—Se supone que los tenientes no deberían dormir en las habitaciones de los cadetes cuando están de visita —me dice—. Nos estamos saltando unas cuantas reglas.

—Como si te hubiera importado alguna vez.

Dejo pasar la presuposición de que dormirá aquí hoy y levanto la vista del libro, y me arrepiento al instante al encontrármelo sin camiseta. Que los dioses me asistan si llega a quitarse alguna prenda más.

—No he dicho que me importe. —Se pone en pie con los brazos llenos de ropa limpia del morral—. Lo que no quiero es que te castiguen por mi culpa. Estaba convencido de que encontrarían la forma de enviarte hoy a hacer maniobras, o que sencillamente te encerrarían.

—Yo también. —En ese momento una sensación premonitoria me recorre el cuerpo y clavo la mirada en sus ojos—. Estoy segura de que te buscarán alguna bodega oscura para la semana que viene, así que ya podemos disfrutar de esta.

—Tú y yo tenemos conceptos muy distintos de lo que significa *disfrutar* —responde señalando los libros que hay repartidos por el suelo.

—No te creas. —Leo la página en diagonal y paso a la siguiente—. Yo también creo que pasarnos el día enredados en esa cama sería muy disfrutable, pero dado que tú mismo pusiste un límite, aquí me tienes, con este peñazo de libros, castos y puros.

—Pronuncia esas dos palabritas y antes de que te des cuenta ya te habré desnudado.

Me observa con una pasión tan ardiente que tengo que levantar la cabeza dos veces, y me deja sin aliento.

—Te deseo.

Siempre. Todos los días.

—*Esas no son las dos palabras que necesito oír*. —Se adentra en mi mente como una caricia—. *¿Por qué no tienes los escudos preparados?*

—Bueno, pero esas son las dos palabras que te puedo ofrecer hasta que seas totalmente sincero conmigo. —Aparto la mirada—. Y porque estamos solos.

—Mmm. —Me lanza una mirada que no sé descifrar—. Ahora vuelvo.

—No hueles tanto —susurro; no soporto perderlo de vista ni un segundo.

—Como te acerques, acabarás retirándolo.

Cuando se marcha, hago todo lo posible por concentrarme en el libro que tengo frente a mí y no en la idea de que está a punto de desnudarse por completo al otro lado del pasillo.

No tengo más que ser honesta con Xaden sobre cómo me siento para poder estar con él. O con su cuerpo, al menos. Pero ¿no es precisamente eso lo que ya teníamos antes? No deja de ser irónico que mi honestidad sea la solución a mi miseria cuando lo que más ansío de él es su franqueza. Supongo que, en cierto modo, no somos tan distintos, y que los dos queremos algo más de lo que la otra persona está dispuesta a arriesgar.

Unos minutos más tarde vuelve a entrar y la habitación se me antoja más pequeña al instante, o tal vez sea el pulso irregular de mi corazón lo que hace que me cueste respirar, y no la falta de aire.

—Qué rápido.

No he leído más que otras veinte páginas, pero no me molesto en esconder los dos libros que tengo que devolver. Xaden no sabe cuáles son míos y cuáles son prestados. Cuanto menos tenga que ocultar, mejor.

—Se me están pasando por la cabeza muchísimas respuestas picantes, pero me voy a abstener. —Mete sus cosas en el morral antes de dejarse caer en el sillón e inclinarse hacia delante, apoyando los antebrazos sobre sus rodillas separadas. Recoge un libro del suelo—. ¿De dónde son todos estos libros? El año pasado no tenías tantos.

—La mayoría son de mi habitación antigua en el colegio principal. —Ojeo la página que tengo delante y suspiro. Este libro tiene sobre todo historias centradas en los escribas sobre la Gran Guerra, profusamente censuradas, con un pasaje vago sobre el descubrimiento de la habilidad para extender las protecciones—. Los metí en cajas antes del parapeto y pensaba que mi madre los habría enviado a algún almacén, pero parece ser que es mucho más sentimental de lo que Mira y yo creíamos. Estaban justo donde los dejé. —Fue una sorpresa, sin duda. No había tocado nada de mi antigua habitación, como si esperara que pudiera regresar de un momento a otro—. En serio, deberías dormir un poco.

Jesinia se pondrá hecha una furia si llego tarde a nuestra cita.

—*Guía para sobresalir en el Cuadrante de Escribas*, por el coronel Daxton —lee Xaden del lomo de un libro.

—Ese no me resultó tan útil como creía la primera vez que lo leí —bromeo.

—Parece que no, la verdad. —Deja el libro y ladea la cabeza para leer el título del que tengo abierto frente a mí—. *El viaje de los Primeros Seis, un testimonio indirecto*.

—Sí. —El pulso se me acelera y noto en el estómago la misma sensación de ligereza que suelo tener cuando Tairn desciende en picado. Debería haber escondido los puñeteros libros.

—*O tal vez quieras que se entere* —interviene Tairn.

—Vete a… entretenerte con algo.

—¿Son para alguna asignatura?

Xaden entrecierra los ojos al ver que no respondo.

—Son para documentarme.

Por alguna razón que se me escapa, me niego a engañar a Xaden sin tapujos.

—No recuerdo yo que los Primeros Seis fueran… —Después de tensar la mandíbula, desvía la mirada hacia mí—. Me estás ocultando algo.

Mierda. Lo sabe. O lo supone. Ha tardado menos de lo que esperaba.

—¿Violet? —dice, y el sonido es prácticamente un gruñido. Es evidente que lo sabe—. ¿Por qué estás documentándote sobre los Primeros Seis?

—Por lo de Aretia.

Cierro el libro. De todas formas, no voy a encontrar nada que me ayude. Xaden deja escapar un largo suspiro, y las sombras se extienden bajo su silla y le rodean los pies como una niebla negra.

—Por ti, en realidad —admito con un hilo de voz.

Él se queda tan quieto que ni siquiera tengo claro si respira.

—Brennan te ha contado lo de la piedra protectora. —Habla con palabras breves, premeditadas. Las sombras comienzan a moverse como manos, recogiendo todos los libros que tengo a mi alrededor, a excepción del que sostengo en las manos, y los apilan—. Voy a arrancarle la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por ser más honesto conmigo que tú? Relájate, ni que me hubiera dado tu diario ni nada por el estilo.

—No llevo ningún diario, pero habría sido mucho más conveniente —me espeta—. Buscar información sobre las defensas más clasificadas de Navarre es un suicidio.

—Hay civiles huyendo hacia nuestras fronteras, en Navarre nadie conoce la verdad y Aretia debe defenderse por sí sola para proteger a la gente a la que supongo que estarás preparado para acoger cuando los venin lleguen inevitablemente a Tyrrendor. —Me aprieto el libro viejo contra el pecho—. Porque pensáis acoger a todas esas personas, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Me alegro.

Al menos mis esperanzas no eran infundadas. Miro de reojo el reloj que hay sobre mi escritorio. Debo devolver el libro en veinte minutos.

—Pero lo que nos ayudará a defender Tyrrendor serán las armas.

—Permíteme que discrepe, y seguiré investigando hasta que descubra cómo levantaron los Primeros Seis las protecciones para poder copiar el proceso en Aretia —respondo levantando la barbilla.

—Nadie sabe cómo se construyeron, solo cómo mantenerlas. —Se levanta de la silla y sus sombras lo siguen allá adonde va, como un barómetro de su

estado de ánimo—. Es una magia perdida, y no negarás que probablemente se perdió adrede.

—Alguien lo sabe —replico siguiéndolo con la mirada—. Es imposible que no dejaran algún registro por si llegaban a fallar. No vamos a destruir lo único que podría salvarnos. Lo ocultaríamos, pero no lo destruiríamos.

—¿Y cómo cojones pretendes encontrar esos registros sin que los escribas sepan lo que te traes entre manos? —me exige, girando en el borde de la cama con las manos en la nuca y atravesándome con una mirada que el año pasado me habría hecho poner pies en polvorosa.

Cierro la boca de repente y se oye con claridad el chasquido de mis dientes. Él respira hondo una, dos veces, y cierra los ojos.

—El libro que agarras como si fuera un recién nacido no es tuyo, ¿verdad?

—Ahora mismo está en mi posesión.

—Violet.

Casi puedo sentir que mentalmente cuenta hasta diez. Se le acaba la paciencia.

—Me has pillado. Lo he cogido prestado de los Archivos. ¿En serio piensas gritarme por intentar ayudar?

—¿Quién lo sabe? —me pregunta con un tono tan apagado que casi preferiría que me gritara. Su versión más letal es también la más calmada.

—Una amiga.

Pone los ojos como platos.

—¿Sabes por qué no vamos haciendo el gilipollas por los Archivos? Porque es el corazón del enemigo. —Me fulmina con la mirada—. Allí no tenemos amigos.

—Pues yo sí. —Me pongo en pie despacio—. Y no voy a llegar a devolverle el libro como no baje ahora mismo. ¿Por qué no duermes un poco mientras yo…?

—Voy contigo.

—Ni de coña. —Me guardo el libro en la bolsa prestada—. Le harás perder los nervios. No le he hablado ni sobre ti ni sobre Aretia, ni tampoco de lo que está ocurriendo fuera de nuestras fronteras, así que relájate un poco.

Para sorpresa de nadie, no me hace caso.

—Sabe que estás investigando materiales clasificados. ¿Cómo voy a relajarme sabiendo que te has puesto en peligro?

—Tú corres peligro todos los días —replico, y la furia me enciende la piel.

Alguien llama a la puerta, y Xaden suspira antes de abrirla.

—¡Ah! —Rhiannon retrocede hasta casi chocar con Ridoc—. No sabía que estaba hoy de visita, teniente Riorson. —Ella desvía la mirada hacia mí—. Vi, íbamos a preguntarte si querías venir con nosotros a Chantara a…

—Está ocupada —responde Xaden agarrándome la mano.

—No seas capullo —digo, y le suelto la mano.

—Hala. —Ridoc suspira, y arquea las cejas mientras yo me vuelvo hacia Xaden.

—*He hecho justo lo que me pediste. Se lo he ocultado todo a mis amigos*. —Lo fulmino con una mirada que le llega hasta el último rincón del alma—. *Ni se te ocurra tratarlos mal*.

—*¿Lo que te pedí?* —Se inclina hacia mí y me pone la cara a apenas unos milímetros de la mía—. *¿Por eso has mantenido en secreto tu investigación?*

Me quedo boquiabierta.

—*¿En serio piensas presentarte aquí a comparar secretos conmigo?*

—*No es lo mismo* —responde con una mueca.

—*¡Es exactamente lo mismo!* —Me agarro a la correa de la bolsa para no hundirle un dedo en el pecho. Qué valor—. *Estoy investigando las protecciones por ti*.

—*¿Por qué crees que estoy tan cabreado?*

La tensión de sus ojos, su postura y el tono son un fiel reflejo de los míos.

—*Porque no te gusta ser la persona a la que ocultan secretos.*

—¿Se puede saber qué está pasando? —pregunta Sawyer desde el pasillo.

—Pues…, eh… —Ridoc se rasca la coronilla—. Creo que se están peleando.

—*No sabes… ¿Cuánto hace que me estás ocultando esto?* —me pregunta Xaden.

—Pero si no están ni hablando —musita Rhiannon.

—*No te he ocultado una mierda. Me he limitado a contarte verdades selectivas.*

Recula como si le hubiera dado un puñetazo.

—Lo siento, chicos. —Me vuelvo hacia mis amigos—. Os juro que no hay nada que me apetezca más que ir a Chantara con vosotros, pero tengo que hacer unos recados. ¿El finde que viene?

—Estarás en Samara —dice Xaden cruzándose de brazos.

¿Cómo es posible amar y detestar a alguien al mismo tiempo?

Rhiannon nos mira alternativamente, antes de centrar la atención en mí.

—Pues el fin de semana siguiente —sugiere con voz queda.

Asiento, y ella frunce el ceño en una pregunta muda.

—Estoy bien, te lo prometo. Pasadlo en grande. —Me obligo a sonreír—. Ya os avisaré si necesito vuestra ayuda para enterrar algún cadáver más tarde.

Ridoc se atraganta y tose, y Sawyer le da unos golpecitos en la espalda.

—Creo que se refiere a ti —comenta Rhiannon lanzándole a Xaden una mirada maliciosa.

—No me cabe duda.

—Venga, vámonos —dice Sawyer alejándose el primero de la puerta.

—Y yo la ayudaré. Nunca he movido nada tan grande como tú, pero, si me sacas de mis casillas, creo que con mi sello podría tumbarte sin ni siquiera alterar el suelo —añade Rhiannon por encima del hombro, y le lanza una mirada antes de echar a andar por el pasillo.

Xaden suspira y cierra la puerta.

—No se puede negar que son leales.

—Pues no —coincido—. Acuérdate de lo que acabas de decir cuando llegue el momento de contarles lo que está ocurriendo delante de sus narices.

Su respuesta es poco menos que un gruñido.

—Tengo que irme…

—Me cabrea que me lo hayas ocultado —me interrumpe—. Pero lo que de verdad me saca de quicio es que hayas arriesgado tu vida por mí. No me entra en la cabeza.

—No corro ningún riesgo. Confío en ella. —Llevo la mano al pomo de la puerta y él se echa a un lado. Tiene la boca apretada en una mueca airada, pero es el miedo en sus ojos lo que me hace detenerme. Si supiera que en Samara corre menos riesgos que aquí, por poco que fuera, lo aceptaría. Aunque se esté portando como un idiota—. Vaaaale. Ven conmigo, pero prométeme que no la asustarás.

—No puedo controlar sus sentimientos —resopla, y yo arqueo una ceja—. Solo quiero conocerla.

Levanta las manos con las palmas hacia fuera.

—¿Para comprobar si es de fiar o no? ¿Solo mirándola? Ni siquiera tú eres tan poderoso. —Abro la puerta y salgo al pasillo—. En marcha.

—No necesito nada más. Se me da de maravilla juzgar a las personas.

Sale detrás de mí y cierra la puerta.

—Tu ego no conoce límites. —Empezamos a andar por el pasillo y giramos a la derecha, hacia el corredor central—. *Y que sepas que, aunque te deje venir, sigo enfadada contigo*.

—Lo mismo te digo.

Me posa una mano en la espalda cuando pasamos junto a un grupo de cadetes.

—*No hace falta que me toques para que crean que tienes algún motivo para estar aquí. Todo el mundo sabe que estamos…*

—*¿Que estamos qué? Me dejaste bastante clarito que no estábamos juntos.*

Un momento, ¿lo noto… dolido? No soporto cómo apacigua eso mi ira. Es más fácil vivir cabreada.

Bajamos por la escalera central, nos abrimos paso por la planta baja, donde la mayoría de los cadetes se separan, y nos dirigimos al nivel inferior del cuadrante, un laberinto de túneles que conozco como la palma de mi mano.

—Tú no te resignarías a quedarte de brazos cruzados aquí si pudieras ayudar. Que me pidas que haga precisamente eso es… insultante —le susurro cuando sé que estamos solos en los túneles—. Soy lo bastante espabilada como para apañármelas en los Archivos.

—Yo jamás he dicho que no seas brillante. Y jamás he dicho que tu plan tampoco lo sea. Lo que he dicho es que te estás poniendo en peligro, y solo te pido que seas honesta conmigo. —Las luces mágicas titilan a nuestro alrededor de camino al puente cubierto que cruza el cañón que separa el Cuadrante de Jinetes y el colegio principal—. Varrish estuvo a punto de matarte y eso tampoco me lo contaste. —Tensa la mandíbula—. Ni que manipulaste un rayo en el patio justo después de Informe de Batalla.

—¿Cómo sabes eso?

No mencioné a Varrish en la carta que le dejé.

—¿De verdad creías que Bodhi no me lo contaría?

Sus sombras se adelantan y abren la puerta, y entramos en el puente cubierto. Creo que no me acostumbraré nunca a la indiferencia con que utiliza su poder.

—Tenía la esperanza de que se lo guardara —admito.

—Joder, ese es el tipo de cosas que tienes que contarme, Violet.

—¿Y qué habrías hecho? ¿Volver volando hasta aquí y matarlo? Es el vicecomandante.

—Me lo planteé.

Abre las puertas siguientes de la misma forma.

—Milagrosamente, Bodhi ha encontrado razones para que nuestro pelotón no asista a las maniobras —le explico al entrar en el campus principal y pasar por delante de la enfermería.

—¿Y hasta cuándo vais a poder alargarlo? Sería mucho más probable que encontráramos una solución si me contaras lo que está pasando…

Xaden gira la cabeza al frente y me agarra de la cintura, deteniéndose en mitad del pasillo. Pero ya nos han visto.

—*Vuelve a levantar los escudos.*

—*Es Nolon* —señalo, pero los levanto de todos modos, porque me siento culpable de haber dejado que cayeran. Sigo esperando ese momento que Xaden promete que cada vez está más cerca, cuando se convierta en algo inconsciente, pero, de momento, debo dedicar todos mis esfuerzos a mantenerlos en su sitio.

—¿Nolon?

Me quedo boquiabierta al ver la cantidad de peso que ha perdido el reparador. La piel le cuelga tanto como su uniforme negro, y sus ojos ya no muestran el mismo brillo de antes cuando trata de sonreírme.

—Violet, me alegro de verte. —Se vuelve hacia Xaden y agacha la vista hasta el brazo que me envuelve la cintura en actitud protectora—. ¿Has retrocedido porque suponías que iba a hacerle daño a la jovencita que he estado reparando durante los últimos seis años, Riorson? ¿O crees que no sabe ya todo el mundo que pasáis el tiempo juntos cuando alguno de los dos tiene un permiso? Porque te aseguro que jamás pondría en peligro a Violet, y puedes preguntárselo a cualquiera.

Me aparto de los brazos de Xaden.

—¿Qué haces en medio del pasillo? Parece que estés a punto de caerte.

—*Hoy no paras con los cumplidos, ¿eh?*

No cabe duda de que debo mejorar con los escudos si a Xaden le ha costado tan poco volver a colarse.

—Estoy esperando a alguien —responde Nolon rascándose la barba descuidada de la barbilla—. Y sí, supongo que no me iría mal descansar. Reparar un alma no es tarea fácil. Llevo meses sin parar. —Esboza una media sonrisa, pero no sé si está bromeando o no—. ¿Cómo estás este año? No me han avisado para que te repare.

—Estoy bien. Me luxé el hombro hace un par de semanas y… —No sé si tiene una relación tan estrecha con Varrish como han hipotetizado mis amigos, pero la posibilidad hace que me detenga y me guarde lo de haber estado a punto de arder—. Y ya no me olvido nunca de vendarme las rodillas. Tampoco me he roto ningún hueso.

—Qué bien. —Nolon asiente mientras una puerta se abre a nuestro lado —. Me alegro.

—¡Ya estoy aquí! —Caroline Ashton sale corriendo y nos pasa por la izquierda—. ¡Siento llegar tarde!

—La puntualidad siempre es de agradecer —responde Nolon antes de volverse hacia mí—. Haznos un favor a los dos y cuídate, Violet.

—Eso haré —le prometo.

Caroline me lanza una mirada breve y los dos desaparecen en la enfermería, cerrando con suavidad la puerta a sus espaldas.

—No parecía herida —comento cuando Xaden y yo reemprendemos la marcha hacia los Archivos.

—No, la verdad —coincide Xaden—. Estará visitando a otro cadete del Ala Uno. Nolon parece estar a punto de quemarse también. ¿Ha habido más lesiones de lo habitual?

—No que yo sepa. Ridoc cree que están utilizando a Nolon para los interrogatorios. —Arrugo la cara—. Pero no tengo claro si lo dice en serio o no. Con Ridoc nunca es fácil saberlo.

—Mmm.

Eso es lo único que dice mientras descendemos por los túneles, que van inclinándose hasta el punto más bajo de Basgiath. Cuanto más nos adentramos en las profundidades, más frío se vuelve el aire, y una punzada de dolor que reconozco rápido me resuena en el pecho.

—¿En qué estás pensando? Te ha cambiado la cara —señala Xaden en voz baja cuando pasamos por la escalera que asciende hasta el campus principal.

—En nada.

—No puedes pedirme que no te dé respuestas escuetas y luego tú me hagas lo mismo.

No le falta razón.

—A mi padre le encantaba este sitio. Estaba que no cabía en sí de alegría cuando asignaron a mi madre aquí, porque eso implicaba que contaría con todos los recursos que ofrecían los Archivos. —Sonrío al recordarlo—. Que no es que no le encantara conservar los registros y las bibliotecas de los puestos avanzados a los que nos mandaban, pero para un escriba este es el pináculo de su carrera. Su templo.

Doblamos la última curva y divisamos la puerta abovedada. Nos separan unos metros de la puerta circular, vigilada por un único escriba que se ha dormido en su silla.

—Un templo bien vigilado. —Xaden le ofrece una mirada de desprecio al escriba durmiente.

—Prométeme que te portarás bien. —Lo agarro del codo para que sepa que hablo en serio—. *Es una vieja amiga*.

—Igual que Aetos.

Entorno los ojos.

—Si es una amiga de verdad, no tiene nada que temer.

—Mira, si hubiese querido entregarme, no habría desaprovechado la oportunidad cuando le solicité Las fábulas del Páramo *el año pasado* —le digo al entrar en los Archivos.

—¿Que qué?

Xaden tensa la mandíbula y respira hondo cuando llegamos a la mesa. Los Archivos vuelven a estar vacíos, gracias a Zihnal, pero por eso escogió Jesinia los sábados.

—Antes de que Mira me diera el libro en Montserrat, lo solicité. Y en aquel momento no le di más vueltas, porque nadie se presentó llamando a mi puerta. Nadie me sacó a rastras ni me despojó de mi cabeza. Porque somos amigas.

Guarda silencio mientras Jesinia se acerca, y ella pone los ojos como platos al vernos. Y reduce el paso.

—Viene conmigo —le signo ofreciéndole una sonrisa—. *Deja de asustarla*.

—Pero si no estoy haciendo nada.

—No te hace falta nada más. Créeme.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —me signa de vuelta, mordiéndose con nerviosismo el labio y mirando de reojo a Xaden.

—No. —Le entrego la bolsa, y ella se pasa la correa por el hombro—. Es todo demasiado reciente… y vago.

Jesinia aprieta los labios pensativa.

—Tal vez deberíamos buscar algo sobre la historia de las protecciones en general, ¿qué te parece? —sugiero.

—Dame un par de minutos. Tengo una idea.

—Gracias por ayudarnos —signa Xaden.

Jesinia asiente y desaparece entre las filas de estanterías.

—Sabes lengua de signos —le susurro a él.

—Y tú hablas tyrrish —responde—. Eso es bastante menos habitual que lo mío.

Esperamos sumidos en un silencio incómodo, sufriendo aún las consecuencias de nuestra discusión, al menos por mi parte. Nunca sé cómo se siente, y ese es uno de nuestros problemas. Al haberse incluido en el

agradecimiento a Jesinia, se ha atado a mí. Si ella me entrega, él acabará también igual que yo.

—Prueba con estos dos —me signa Jesinia cuando regresa, y vuelve a entregarme la bolsa—. Ah, y te devuelvo el tuyo. Gracias por dejarme leerlo.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto inquieta, consciente de que Xaden está delante.

Lo que responda Jesinia sellará su destino para con Xaden.

—Un folklore coherente con buenas historias. —Ladea la cabeza—. Tuvo una impresión limitada, y claramente salió de una imprenta, pero no lo bastante limitada como para que no enviaran una copia a los Archivos cuando se publicó. —Me mira con expectación—. Me extraña que un tema así quedara fuera de los Archivos, ¿no te parece?

Trago saliva sonoramente.

—Sí, opino como tú.

Xaden se tensa a mi lado.

—Como digo, es intrigante —continúa—. ¿Nos vemos dentro de dos sábados?

Asiento, y nos marchamos después de darle otra vez las gracias, y pasamos junto a Nasya, que ha empezado a roncar en su silla. Xaden no despega los labios hasta que estamos a mitad de camino en los túneles:

—*Dime cuál es el otro libro que hay en la bolsa.*

Supongo que él también sigue dándole vueltas a la discusión.

—Las fábulas del Páramo.

No tiene sentido que le mienta.

—*¿Se lo diste? ¿Por qué?*

Xaden gira la cabeza en mi dirección y se detiene en mitad del túnel, agarrándome el codo con delicadeza y con una sombra de miedo en los ojos.

—*Se lo dejé prestado, y porque me lo pidió.*

—*Con ese texto podría haberte entregado* —me espeta con una ira ardiente en los ojos.

—*Y si yo denuncio que no está registrando mis solicitudes, estará a merced de Markham.* —Agarro la correa de la bolsa con algo más de fuerza—. *La confianza, para que signifique algo, debe ser mutua.*

—*Claro, debe ser mutua, pero tú te estás cerrando cuando yo me estoy dejando la vida por abrirme a ti.*

Dijo el tipo que ni siquiera ha llegado a decirme que me quiere. Si es que me quiere. Joder, estoy harta de tener que ser yo siempre la que dé el primer

paso con este hombre. Y tengo claro que hoy no es el día para enfrentarme también a ese rechazo.

—*Claro, siempre que me ocultes secretos. ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que esto* —nos señalo a los dos— *es la consecuencia de que no te fíes de mí?* —Doy un paso atrás—. *Esperas de mí una confianza total y ciega sin que tú estés dispuesto a ofrecerme lo mismo. E insisto: debe ser mutuo*.

—*¿Que yo soy el que no se fía de ti?* —Las sombras se arremolinan en torno a sus tobillos, y lo siguen cuando se vuelve y echa a andar por el túnel —. *Te veo luego. He quedado con Bodhi*.

Es evidente que se trae asuntos de la Rebelión entre manos, y a mí me deja al margen. Otra vez.

—¡¿No tienes nada más que decir?! —le grito, paralizada por la frustración.

—Mira, Violet, lo que quiero decirte ahora mismo no nos traería nada bueno —me responde por encima del hombro—. Así que, en lugar de cavar un pozo aún más profundo con unas palabras de las que me arrepentiría más tarde, prefiero buscar un poco de espacio y hacer algo productivo, porque esto no lo es.

Se me precipita hacia la punta de la lengua que él no decide cuándo empiezan y terminan nuestras discusiones, pero me ha pedido espacio, y lo más maduro que puedo hacer es dárselo.

Cuando me despierto por la mañana, me doy cuenta de que en la otra mitad de mi cama no ha dormido nadie y de que sus cosas no están. No puedo evitar que se me forme un nudo en el estómago ante la idea de que haya regresado al frente, que podrían matarnos en cualquier momento y que las últimas palabras que nos hemos dicho han sido fruto de la ira.

19



Los dragones no responden a los caprichos de los hombres.

—*Guía de campo de los dragones*, por el coronel Kaori

Dos días más tarde, el corazón me palpita errático cuando paso por delante de los dragones del Ala Uno y Dos con el resto de mi pelotón, de camino a las maniobras de vuelo. Kaori está frente al Ala Cuatro, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro con nerviosismo, junto a Varrish, quien me observa con una atención que hace que se me erice la piel, como si estuviera valorando mentalmente cuántos rayos me hará manipular como castigo por no haber traído a Andarna. Y por cómo acecha Solas a su espalda, observándome con su único ojo dorado entornado, me pregunto si Varrish será capaz de esperar a mañana. Porque está claro que desde este ángulo ya puede ver que Andarna no está aquí, y lo que es peor: parece alegrarle.

Esta mañana he conseguido llegar a los veintisiete rayos antes de que la temperatura se me disparase, y Carr parecía decepcionado. Y no era el único, teniendo en cuenta que no he acertado a ninguno de los objetivos a los que apuntaba.

Noto los brazos como un peso muerto después de tanto esfuerzo. Si Varrish me obliga a subir hoy a la montaña otra vez, no sé si volveré a bajar.

—Hay algo que no me cuadra en ese naranja —comenta Rhiannon ajustándose la correa de sus gafas de vuelo mientras nos aproximamos al Ala Tres.

—¿Sí? ¿Aparte de que incinerase al Tercer Pelotón sin pensárselo dos veces? —pregunta Ridoc abrochándose la chaqueta de vuelo.

—Y Varrish parece tan… contenido. —Sawyer estira los brazos frente a su pecho—. Como un poco estirado, ¿sabéis?

A diferencia de mí, Sawyer solo conoce superficialmente a Varrish. Respiro por la nariz y saco el aire por la boca, reprimiendo las arcadas que amenazan con obligarme a expulsar el desayuno.

—Son una pareja extraña, eso sin duda —coincide Rhi cuando llegamos a los dragones de la Sección Garra.

Hoy no hay ningún estudiante de tercero en el campo, y eso permite que los dragones de los de segundo tengan mucho más espacio, pero menos mal que Tairn no está en primera fila como si fuera la estrella del espectáculo. Desde aquí veo su cabeza sobresalir entre las demás, y estoy bastante segura de que lo he oído soltar un suspiro de fastidio.

Varrish tuerce la boca en una sonrisa formal, pero el brillo en sus ojos hace que se debilite mi control sobre las puertas de mis Archivos y el poder empiece a filtrarse en mi sistema, preparándose para luchar.

—Oye, ¿por qué te mira así? —pregunta Sawyer moviéndose a mi lado para bloquearle la visión a Varrish—. Siempre te sonríe como… —Niega con la cabeza—. No lo sé, no acabo de interpretarlo.

—Como si supiera algo y tú no —termina Rhi por él, alejándose del Rojo Cola de Maza del Primer Pelotón cuando pasamos por delante—. ¿Le ha pasado algo con tu madre? ¿Alguna rencilla?

—No que yo sepa. —Ni se imaginan por dónde van los tiros, pero ¿cómo iban a saberlo? No les he contado nada—. Pero está obsesionado con Andarna.

Muy bien, ya les has dicho parte de la verdad.

—¿Está bien? —pregunta Sawyer—. Hace mucho que no la veo.

—Ha estado reposando mucho. —Me preparo para el calvario de llevar todo el equipo de vuelo con este calor sofocante de finales de verano, y empiezo a abrocharme cuando nos acercamos a Tairn—. Podría aguantar las maniobras más sencillas, pero no lo que estamos haciendo ahora, ni los vuelos en formación ni los giros sincronizados. No tiene sentido que tenga que enfrentarse a ese tipo de cosas.

Verdades selectivas.

—Lógico. —Sawyer me da un golpecito con el codo—. ¡Te veo ahí arriba!

—Te noto inquieta —me dice Rhi cuando los demás ya no nos oyen—. ¿Va todo bien?

—Sí, tranquila. —Me obligo a sonreír y trato de pensar en cualquier cosa menos en lo mucho que me va a doler cuando Varrish me eche las manos encima—. *Veo a Varrish demasiado alegre con que Andarna no haya venido.*

—Yo me encargo.

—Ya, claro que sí.

La boca de Rhi se curva en la triste sombra de una sonrisa antes de dar media vuelta y dirigirse a Feirge, que espera al otro lado de Tairn.

—Joder —mascullo frotándome el puente de la nariz. Últimamente siempre meto la pata, diga lo que diga—. *Cuando descubra lo que está pasando, no me perdonará en la vida que no se lo haya contado.*

—*Te perdonará* —responde Tairn agachando un poco la cabeza, pero no deja caer el hombro cuando llego a su garra izquierda delantera—. *Los humanos tenéis memoria de pez. Los dragones sí guardan rencor.*

—*Te voy a pasar eso por alto* —bromeo.

—Alerta.

Tairn gira la cabeza y yo me vuelvo, desenvainando la daga durante el mismo movimiento.

—No pretenderás atacar a un profesor, ¿verdad, Sorrengail? —Varrish agacha la vista hacia mi arma, sin quitarse de la cara esa máscara sonriente—. Y mucho menos a un vicecomandante.

Un gruñido bronco asciende por la garganta de Tairn y contrae el labio lo justo para que se le vean las puntas de los colmillos.

—Este año atacaré a cualquier persona lo bastante necia como para acercarse a mí por la espalda. —Me encojo de hombros y levanto la barbilla.

—Mmm. —Varrish se inclina a un lado y mira detrás de las patas delanteras de Tairn—. ¿No tenemos hoy con nosotros a la pequeña Cola de Plumas?

—Salta a la vista que no —respondo, y un escalofrío me recorre la columna.

—Qué desafortunado. —Suspira, da media vuelta y se dirige a Solas acompañado por el crujido de sus botas sobre la hierba seca—. Hoy no habrá maniobras para ti, Sorrengail.

Se me retuercen las tripas.

—¿Perdón?

Tairn se mueve a un lado y me rodea con la pata delantera hasta cubrirme con las escamas de su pecho.

—¡Aún no! —exclama Varrish por encima del hombro, arrugando el ceño un instante al darse cuenta de la postura de Tairn—. Ya pedirás perdón más tarde. Como veo que las advertencias no han funcionado, te acuso de abandono de tu deber por no haberte presentado a las maniobras con tu dragona. Montarás y volarás a tu lugar de entrenamiento con el profesor Carr para recibir tu castigo.

—*No iremos a ningún sitio.*

Tairn agacha la cabeza por completo y adopta una postura baja de defensa.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —pregunta Rhi mirándonos a Varrish y a mí al acercarse a nuestra posición.

—Como es evidente, su primer castigo no bastó para aleccionar a tu subordinada, líder de pelotón Matthias, de modo que precisa de otro más. —Parpadea y ladea la cabeza—. Y, como vicecomandante, no te debo ninguna explicación. Ahora, monta y prepárate para las maniobras si no quieres compartir el castigo.

—*¡No habrá castigo alguno!* —ruge Tairn, y parece que todos los dragones del campo lo han oído, incluido Solas, por cómo levantan la cabeza en un movimiento brusco—. *No está en tu poder convocar a un dragón*.

Los pensamientos tardan un instante en transmitirse entre jinetes, y Varrish se endereza.

—Es posible que tu dragón no esté bajo mi mando, Sorrengail, pero tú sí. De modo que, a menos que quieras explorar con más detenimiento el delicado límite entre el agotamiento y la muerte, montarás y te presentarás en…

—*Ni siquiera el más menudo de los dragones respondería ante el más poderoso de los humanos, y tú ni te acercas.*

Tairn chasquea los dientes y el sonido resuena por todo el valle. Feirge echa atrás la cabeza y pone los ojos dorados como platos.

—*Andarna no responde ante ti*. —Tairn avanza con la cabeza y el pecho tan pegados al suelo que casi me roza el pelo, y Varrish retrocede—. *Yo no respondo ante ti*.

Madre mía. Esto podría ponerse muy feo en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero tú… —Varrish me señala—. ¡Tú respondes ante mí!

—*¿Tú crees?*

Tairn se precipita hacia delante, ignorando por completo a Varrish, y se abalanza sobre Solas con un rugido atronador, cortando con su cola de maza el aire sobre mi cabeza. Solas baja la cabeza al suelo con un movimiento ágil para protegerse el cuello, la parte más vulnerable de su cuerpo, pero Tairn es

más rápido, más grande y mucho más poderoso. Antes de que se dé cuenta, ya ha cerrado sus enormes fauces en torno a la garganta de Solas.

Dejo escapar un grito ahogado cuando los descomunales colmillos de Tairn se hunden entre las uniones de las escamas de Solas y le perfora el cuello, y Kaori se apresura a salir del campo de batalla. Varrish se da la vuelta y se tensa al ver los riachuelos carmesíes que corren por las escamas naranja del cuello de su dragón, goteando por los surcos.

—Tairn…

¿Qué le hará el Empíreo si mata a Solas?

—*Solo un jinete puede ser el vicecomandante de Basgiath* —le advierte Tairn, y Solas suelta un sonido a caballo entre un rugido y un aullido—. *Sin dragón, no eres nada*.

Por todos los dioses. El corazón me da un vuelco y el pulso se me dispara.

—¡Está bien! —grita Varrish cerrando los puños con firmeza—. No recibirá ningún castigo porque su dragona se haya negado a presentarse aquí.

—*No me basta*. —Los colmillos de Tairn alcanzan los bordes de las escamas de Solas mientras los observo con el gesto descompuesto—. *Aquí el problema eres tú*.

Solas emite un débil rugido y provoca que la sangre le brote con más rapidez por el cuello expuesto mientras trata de golpear a Tairn con la cola, pero no tiene ni la mitad de su tamaño y es imposible que llegue a tocarlo, gracias a Dunne.

—¡Está bien! —Varrish se tambalea hacia delante y, por un instante, siento lástima por él—. Está bien —repite levantando las manos—. Los humanos no tienen autoridad para convocar a los dragones.

Rhiannon da un paso al lado hasta rozarme el hombro con el brazo, y Feirge agacha la cabeza, seguida de Aotrom y Sliseag. De hecho, todos los dragones que veo de reojo adoptan la misma postura.

—*Discúlpate* —le exige Tairn con un tono grave y cortante.

—¡Lo siento! —exclama Varrish con la voz rota.

—Pídele disculpas a la persona a la que Andarna consideró digna de su vínculo.

Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca.

—¿Me lo estoy imaginando o acaba de…? —susurra Rhiannon.

—Eso creo. —Asiento—. *No necesito que se disculpe, Tairn. En serio. Me conformo con no morir hoy*.

—*Para mí sí es necesario, Plateada*. —Su voz retumba en mi cabeza—. *Hablo en nombre de Andarna mientras ella está sumida en el Sueño sin*

Sueños.

Varrish se vuelve hacia mí con los ojos cargados de odio y pavor.

—Lo-lo siento. No está en mi autoridad convocar a ningún dragón.

—De rodillas.

Rhiannon contiene el aliento cuando Varrish se arrodilla.

—Acepta mis más sinceras disculpas, tú y tu dragón. Tus dos dragones.

—Las acepto. —Desvío la mirada con agitación hacia Tairn—. ¡Acepto! —repito a pleno pulmón, por si no me ha oído mentalmente.

Tairn desencaja la mandíbula y extrae los colmillos del cuello de Solas con un sonido húmedo de succión, y se retira con andares arrogantes, sin molestarse siquiera en agachar la cabeza para protegerse la garganta. Tairn bloquea el sol sobre nuestras cabezas y Rhiannon y yo quedamos a la sombra de su gigantesco cuerpo.

Varrish me observa con un odio tan ciego que casi puedo saborearlo en la lengua al tiempo que Solas alza el vuelo tras lanzar un rugido en mi dirección, o en la de Tairn, dejando tras de sí charcos de sangre en la hierba. Varrish no se pone en pie hasta que Solas ha desaparecido del campo de vuelo, y no necesito palabras para oírlo alto y claro cuando lanza una última mirada letal hacia mí y se marcha del campo dando grandes zancadas, de camino a la escalera del Guantelete.

—Problema resuelto.

Tairn gira la cabeza para observar el rumbo de Solas, y el resto de los dragones del campo vuelven a alzar la cabeza. No obstante, el pulso no se me calma ni se me reduce ante el pavor que se me revuelve en las entrañas. Puede que Varrish fuera ya mi enemigo, pero ahora tengo la sensación de que hoy Solas se ha convertido en mi némesis.

—Después de que Tairn estuviera a punto de cargarse a Solas, estaba convencida de que te cancelaría el permiso —dice Rhiannon tres noches más tarde, caminando a mi lado por el sendero que conduce al campo de vuelo.

—Ya, yo también —admito en el momento en que las campanas dan las doce y cuarto de la noche—. Estoy segura de que cuando Solas se haya recuperado, volverá a hacerme la vida imposible. O peor.

—Han pasado unos días. —Me mira a los ojos, y aunque apenas nos separe un metro, la distancia entre nosotras parece infranqueable—. ¿Vas a obligarme a utilizar alguna de las nuevas tácticas de interrogatorio que nos

han enseñado para sacarte la verdad? ¿Prefieres que recurra al enfoque más empático o al de confrontación directa?

—¿Sobre qué?

Le doy un golpe en el hombro y ella niega con la cabeza, frustrada.

—Sobre el detallito que comentó Varrish de que ya te había castigado antes.

—Ah, ya. —Respiro hondo y me concentro en mis pasos a medida que nos aproximamos al Guantelete—. Hace unas semanas se enfadó tanto con que Andarna no se presentara a las maniobras que aprovechó mis entrenamientos del sello para castigarme.

—Perdón, ¿qué? —Levanta la voz—. ¿Y por qué no nos lo contaste?

—Porque no quería que lo pagara también con vosotros.

Es la verdad más simple.

—¿Y lo está pagando contigo? —pregunta con incredulidad.

—No le gusta no salirse con la suya. —Me ajusto la mochila sobre los hombros y pongo una mueca al acercarnos a la escalera que cruza el Guantelete. Esto va a dolerme horrores. Ayer me luxé la rodilla durante un reto, pero al menos gané—. No hace falta que me acompañes hasta aquí, en serio. Es tarde.

Cambio de tema antes de que decida ahondar aún más en lo de Varrish.

—No me importa. Últimamente tengo la sensación de que no te veo nunca.

Joder, no podría sentirme más culpable. Y frustrada. Y… sola. Echo de menos a mis amigos.

—Lo siento. —Es lo único que se me ocurre decir—. Cuesta creer que los de primero estén a punto de entrenarse aquí. —Echo un vistazo al Guantelete y a las cinco elevaciones con obstáculos que los de primero deberán completar para llegar a la Presentación.

—A punto de morir, querrás decir —responde despacio masticando las palabras.

—También, también.

La rodilla se me queja en cada escalón y amenaza con fallarme durante todos los tramos de escalera que subo renqueando, pero la venda la mantiene en su sitio, y arrastro la mano por la piedra áspera que delimita la escalera a cada lado.

—Es un puto sinsentido —dice negando con la cabeza—. No es más que otra forma de erradicar a los débiles o, peor, a los desafortunados.

—No es verdad.

Por mucho que me duela admitirlo, el Guantelete tiene una función aquí.

—¿En serio?

Llega a la parte superior de la escalera y allí me espera.

—En serio. —Comienzo a andar por el campo de vuelo—. Me ayudó a ver las cosas de otra manera. No podía ascender igual que tú, ni como los demás, así que tuve que buscarme la vida. Me enseñó que podía encontrar otra forma de hacer las cosas y aun así sobrevivir.

Me viene a la memoria el momento a lomos de Tairn, luchando contra el venin, y cierro la mano en torno a la nada, como si aún tuviera aquella daga en las manos.

—Yo no creo que merezca las vidas que cuesta. Como casi todo lo que pasa aquí.

—Yo creo que sí —le rebato.

—¿Cómo puedes decir eso? —Rhiannon se detiene y se vuelve hacia mí —. Tú misma viste cómo cayó Aurelie. ¿Hay alguna parte de ti que considere que habría sido un lastre para el ala si hubiera sobrevivido a la Trilla? ¡Su padre era jinete!

Alzo la vista al cielo estrellado y cojo aire antes de enfrentarme a ella.

—No. Creo que habría sido una jinete fenomenal. Mejor que yo, sin duda. Pero también sé que…

No soy capaz de articular las palabras. Se quedan atascadas en mi garganta, retenidas por el recuerdo de los ojos de Aurelie abiertos como platos justo antes de caer.

—Ojalá me dijeras lo que se te pasa por la cabeza, aunque solo fuera esta vez. Ya nunca sé en qué estás pensando.

—No quieres saberlo —respondo, y esa es la mayor verdad que le he contado desde que volví.

—¡Claro que sí, Violet! Estamos solas. ¡Sé sincera conmigo!

—¿Que sea sincera contigo? —repito, como si fuera tan sencillo, y algo dentro de mí se rompe bajo el peso de nuestras frustraciones compartidas—. Vale. Sí, fue una mierda que Aurelie se cayera. Y que muriera. Pero también creo que yo soy mejor jinete por haber estado allí, por haber visto cómo se precipitaba a su muerte y haberme dado cuenta de que si no me ponía en marcha, yo sería la siguiente.

—Eso es… horrible.

Rhiannon separa los labios y me mira como si fuera la primera vez que me ve de verdad.

—Como todo lo que nos espera ahí fuera. —Agito los brazos—. El objetivo del puto Guantelete no es solo ponernos a prueba físicamente, sino también ayudarnos a superar el miedo a no conseguirlo. A seguir escalando después de verlo matar a nuestros amigos. El parapeto, el Guantelete, la Presentación… Todo parece excesivo cuando estamos aquí, pero nos preparan para algo mucho peor cuando nos marchemos. Y hasta que puedas… —Niego con la cabeza—. No tienes ni idea de lo que hay ahí fuera, Rhi. No lo entiendes.

—Claro que no lo sé —replica, tensándose más y más con cada palabra—. ¡Porque tú no me cuentas nada! Sales a correr con Imogen o te encierras a leer, o te pasas los sábados con Riorson. Y no me importa, me alegro de que recibas toda la ayuda que necesitas, pero te esfuerzas por no hablar conmigo. ¿Cómo quieres que sepa nada? ¡No te olvides de que Liam también era amigo mío!

—¡Tú no estabas allí! —La ira escapa de esa cajita que le construí con tanto sufrimiento y el poder se agita en mis entrañas, quemándome las venas —. Tú no lo sujetaste, no viste cómo le desaparecía la luz de los ojos, consciente de que no tenía ningún problema físico, y que aun así se estaba muriendo porque Deigh yacía destripado a unos metros de allí. ¡Lo que hice en aquel momento no sirvió de nada! ¡Me abracé a él con todas mis fuerzas, joder! —Cierro al máximo los puños y las uñas se me hunden en las palmas —. ¡Mis hombros estuvieron a punto de dislocarse porque pesaba muchísimo, pero aguanté! ¡Y no sirvió de nada! —La rabia me arde en la garganta y me devora por completo—. ¡No has visto lo que hay ahí fuera! ¡No has visto lo que me obliga a salir a correr todas las putas mañanas!

—Vi… —susurra hundiendo los hombros.

—¿Y sabes la cara que tenía? —La voz se me rompe y los ojos me escuecen con el recuerdo de la cabeza de Liam entre mis manos—. Tú no la ves todas y cada una de las veces que cierras los ojos e intentas dormir. No lo oyes suplicándote que cuides a Sloane. Ni tampoco oyes los aullidos de Deigh…

Entrelazo los dedos sobre mi coronilla y desvío la mirada, luchando contra el duelo, el dolor, la culpa infinita y, como de costumbre, perdiendo. Solo existe esa cajita y el vacío bienvenido que sé que puedo alcanzar con un poco de control, pero las palabras brotan sin descanso. Es como si mi boca se hubiera disociado de mi cerebro y las emociones se hubieran apoderado de la batuta.

—Y por horrible que sea, y por mucho que me haga quedar como una insensible, ver a Aurelie caer, a Pryor arder e incluso al desgraciado de Jack Barlowe morir aplastado bajo el derrumbe que yo provoqué me preparó para el momento en que tuve que dejar el cuerpo de Liam en el suelo y luchar. Si me hubiera quedado llorándolo como quería, ninguno de nosotros habría sobrevivido. Imogen, Bodhi, Xaden, Garrick… Todos estaríamos muertos. No es casualidad que quieran que veamos morir a nuestros amigos, Rhi. —Me doy golpecitos en el pecho con el dedo—. Somos las armas, y este lugar es la piedra que usan para afilarnos.

La energía de mi cuerpo se reduce y el calor se disipa. Siento un vacío en el alma al ver una devastación absoluta en el gesto de Rhiannon.

El batir de las alas de Tairn cobra intensidad a medida que se acerca, y el sonido ayuda a que se me acompasen los latidos del corazón.

—Lo siento —susurro—. Y me alegro de que no hayas tenido que vivirlo. —Pestañeo rápido para despejar la mirada—. Doy las gracias todos los días por que no tengas los mismos recuerdos que yo, por que ni tú, ni Sawyer ni Ridoc estuvierais allí. No le desearía aquel día ni a mi peor enemigo, así que mucho menos a mi mejor amiga, porque, aunque últimamente esté algo retraída, sigues siendo eso: mi mejor amiga. —Pero las amigas se dicen la verdad. Si se la contara, la pondría en peligro, pero si no se la cuento, no estará preparada, igual que nosotros antes de Aretia. Mierda—. Y tienes razón. Debería ser honesta contigo. Tú también perdiste a Liam. Tienes todo el derecho del mundo a saber que…

—*No*. —La voz de Tairn retumba en mi cabeza y una ráfaga de viento me azota la espalda un instante antes de que aterrice detrás de mí—. *El jinete de Solas*.

—Buenas noches, cadete Sorrengail —dice el mayor Varrish desde nuestra izquierda, y las luces mágicas se encienden sobre sus cabezas cuando rodea los pedruscos en los que él y sus guardias han estado esperando, apenas a unos metros de aquí—. Cadete Matthias. ¿Puede ser que haya interrumpido una discusión?

Sus guardias lo siguen.

Madre mía. He estado a punto de…

—*Pero no lo has hecho* —dice Tairn.

—¿Señor?

Rhiannon nos mira ojiplática al vicecomandante y a mí.

—Ya conoces el procedimiento, cadete. —Recorta la distancia que nos separa y señala el suelo—. ¿O piensas discutirme que ya no estás en absoluto

bajo mi mando?

Tairn agacha la cabeza y deja escapar un gruñido grave. Se me forma un nudo en la garganta y doy un paso al lado para apartar a Rhi de la dirección de Varrish. Indignarme ahora no serviría de nada, de modo que me quito la mochila de los hombros y vacío el contenido en el suelo. Acto seguido la sacudo para demostrarle que está vacía.

—¿Contento?

—Todavía no, pero ya llegará ese día. —Su sonrisa hace que se me revuelva el estómago—. Soy un hombre paciente.

El jinete termina de rebuscar entre mis cosas y echa un vistazo en el interior de la mochila para asegurarse de que la he vaciado por completo antes de devolvérmela.

—Disfruta de tus permisos mientras puedas.

Varrish hace un gesto de cabeza con esa sonrisilla de siempre congelada en el rostro, y los tres abandonan el campo de vuelo.

—Gilipollas. —Me agacho y Rhi me imita para ayudarme a recoger mis cosas—. Gracias.

—¿Eso es normal?

—Sí. —Nos ponemos en pie cuando está todo guardado—. *¿Hoy también nos alegramos de que no te hayan registrado a ti?*

—Nos alegramos.

—Pero… ¿por qué? —Frunce el ceño confusa—. ¿Qué está pasando? No creo que esto sea por Andarna.

—No han llegado a fiarse nunca del apellido de Xaden. —Y con motivo. Me vuelvo a echar la mochila sobre los hombros y deslizo los brazos por las correas—. Siento muchísimo haber explotado antes. Es inexcusable.

—No te preocupes —responde ofreciéndome una sonrisa triste—. Prefiero que me grites a que finjas que todo va bien y me castigues con el silencio.

Al menos hay una verdad que sí puedo contarle.

—No hay nada que vaya bien.

20



Durante los años posteriores a la muerte de mi padre, me olvidé de lo que significaba que alguien te quisiera. Luego entré en el cuadrante y me convertí en el monstruo que la gente necesitaba que fuera, y jamás me he arrepentido. Pero entonces me dijiste aquellas palabras y lo recordé… y también estuve a punto de perderte. Me estoy esforzando por ser mejor persona contigo, tal y como te prometí, pero necesito que sepas que el monstruo sigue ahí, esperando a aprovechar las partes más despiadadas de mi ser para hacer que lamentes haber pronunciado esas palabras.

—Correspondencia recuperada entre el teniente Xaden Riorson y la cadete Violet Sorrengail

El suelo se apresura a recibirnos cuando Tairn despliega las alas para ralentizar nuestro descenso y aterrizar en Samara.

—*Ya se nos ocurrirá algo* —insiste Tairn—. *Incluso aunque pudieras moverte hasta mi hombro y deslizarte correctamente hasta colgarte…*

Se estremece. Nos hemos pasado una buena parte de las últimas dos horas discutiendo si debería intentar o no un aterrizaje en carrera, algo que, si le preguntas a Tairn, no ocurrirá jamás.

—*No puedes cambiar los requisitos de la graduación.*

Me desabrocho de la silla y tuerzo el gesto ante una punzada de dolor de las caderas, que me indica que he aguantado demasiado entre descanso y

descanso.

—*No lo he probado nunca* —responde Tairn, y gira de repente la cabeza hacia los límites del claro, inclinándose con entusiasmo mientras observa con detenimiento los árboles en busca de movimiento.

Sonrío; Sgaeyl debe de andar cerca.

—*Convengamos en que buscaremos alguna solución que cumpla con los requisitos de la graduación sin que acabes con todos los huesos de tu cuerpo rotos* —sugiere deprisa.

—*Convenimos.*

Debería acordarme más a menudo de discutir con él solo cuando tenga cosas más importantes que hacer. Tras saltar hacia la parte trasera de la silla, desabrocho las bolsas y, con las prisas, estoy a punto de perder el equilibrio.

—*Como te caigas de mi lomo y te rompas ese cuello impaciente tuyo, acabaremos todos muertos.*

—*Claro, porque la impaciente soy yo*. —Me echo el paquete más pequeño a la espalda y uno de los más pesados a cada hombro—. *No me puedo creer que hayas permitido que se te suba alguien aquí a sujetar las bolsas. Me impresiona tu contención*.

—*El líder de sección sujetó las bolsas a la silla antes de que me la pusiera, evidentemente.*

—*Y yo que pensaba que habías evolucionado.*

La rodilla se me queja mientras me muevo por la espalda de Tairn, pero todo queda en el olvido en cuanto bajo los escudos y siento ese vínculo sombrío que me envuelve la mente. Lucho contra todos mis instintos para bloquearlo, pero decido volver a alzar mis escudos mentales. Después de cómo terminó nuestro encuentro la semana pasada, no sé qué puedo esperar de él, pero es obvio que confiaba en que tuviese los escudos preparados independientemente de lo enfadados que estemos con el otro. Con las bolsas bien aseguradas, me deslizo por la pierna de Tairn y recibo el impacto en la rodilla buena al tocar el suelo.

—*Vete a buscar a Sgaeyl* —apremio a Tairn, y echo a andar por el campo de hierba pisada en dirección a la imponente fortaleza.

—*Esperaré hasta que entres, como siempre.*

—*Pierdes el tiempo.*

Siento su impaciencia canturreándome por el flujo sanguíneo, pero no lo bloqueo. Al menos uno de los dos está contento. ¿Y lo que ocurrirá más tarde? Eso sí lo bloquearé como si me fuera la vida en ello.

—*Pues camina más rápido.*

Me río y aprieto el paso. Dioses, cómo pesan estas bolsas, y por extraño que parezca… las siento vibrar con energía. Supongo que ya las han imbuido con poder.

Una compañía de infantería al completo trota hacia mí desde la entrada arqueada cuando llego a la parte superior de la rampa de piedra. Mierda, estoy justo en medio.

—¡Jinete! —grita el comandante.

Antes de que me dé tiempo a apartarme, la compañía se divide en dos y me rodean a tan poca distancia que siento la brisa que desplazan como si yo no fuera más que un pedrusco en mitad de un arroyo caudaloso. Permanezco completamente inmóvil para evitar impactos, y ni siquiera me atrevo a respirar mientras corren a mi lado.

Cuando pasa el último de los soldados, suspiro y sigo andando hacia el patio de la fortaleza. Un grupo de curanderos cruza por delante de mí y, cuando vuelven a dejar vía libre, veo a Xaden caminando en mi dirección con el gesto impasible. El corazón se me acelera y luego me martillea, pero me obligo a seguir hacia delante. No tengo claro cómo es posible que quiera saltarle encima y darle una buena patada en las espinillas al mismo tiempo.

Hay un grupo de jinetes en el patio, detrás de Xaden, pero no son más que un manchurrón negro, porque no soy capaz de apartar la vista de él, de ver más allá de él. Por muy complicada que sea nuestra conexión, también es innegablemente simple. Él es el horizonte, y para mí no existe nada más allá.

—Voy a tener que forzarte a hacer algo y lo siento mucho —me suelta mientras se acerca, atravesando mis escudos como si para él no fueran más que un lazo.

—Dime algo que no sepa.

Me detengo al percatarme de que todo el mundo se echa a un lado para dejarnos pasar.

—Tienes aproximadamente dos segundos para decidir si quieres que esta noche hablemos en privado.

Nos separan poco más de tres metros.

—No tengo claro que quieras estar a solas conmigo, teniendo en cuenta lo que llevo encima —replico. ¿Eso es lo primero que tiene que decirme después de haberse ido sin avisar la semana pasada?

—Escoge.

—Sí. Pues claro que quiero hablar contigo en privado.

—Dime que te bese. Aunque solo sea puro teatro.

Ya apenas nos separa un suspiro.

—*¿Qué?*

—*Ahora, Violet. O esta noche dormirás en la habitación de otra persona.*

Sus ojos exigen una respuesta inmediata. Claro. Hace meses me dijo que solo me besaría cuando se lo pidiera. Alarga hacia mí los brazos antes de deslizarme una mano por la nuca y otra por la cintura mientras nuestros cuerpos colisionan.

El impacto hace que se me despierten todos los sentidos.

—*Bésame* —le pido. Por puro teatro.

—Te echaba de menos —me dice un instante antes de aplastar mi boca con la suya.

—*Te me has tirado encima* —lo acuso mordisqueándole la piel suave de su labio inferior.

—*Deja las discusiones para luego*. —Sube las manos hasta mi cara y me presiona con el pulgar justo por encima de la barbilla—. *Ahora bésame como si de verdad te gustara*.

—*Ya que me lo pides con tanta amabilidad…*

Separo los labios bajo los suyos y me arrepiento al instante de todos los segundos que no he dedicado a besarlo estas últimas semanas. Gimoteo con el primer roce de su lengua contra la mía, y sus manos me agarran con fuerza la cintura mientras se hunde en el beso. Sí. Un toque es todo lo que hace falta para que el mundo que nos rodea deje de existir. Aquí empieza y acaba todo. La energía que reverbera en el aire a nuestro alrededor palidece en comparación con el poder que me inunda las venas, con la necesidad que me arde por dentro mientras los dos nos esforzamos por controlar el beso.

Gana él y me consume, y devora todos mis pensamientos salvo el de acercarme aún más a él. Las bolsas se me resbalan de los hombros e impactan en el suelo con un golpe seco, y yo le rodeo el cuello con los brazos y me arqueo sobre él. Le devuelvo el beso como si mi vida dependiera de su rendición y él inclina la cabeza para conseguir el ángulo perfecto. Lo encuentra sin siquiera intentarlo y ahonda en el beso, robándome poco a poco fragmentos de mi alma con cada giro y embestida de su lengua con una maestría a la que no soy capaz de resistirme.

Ni siquiera me acuerdo de por qué he querido resistirme alguna vez.

¿Por qué iba a negarme el placer explosivo de besar a Xaden? Es aquí cuando lo nuestro cobra sentido. Cuando solo importa el tacto de sus labios, los movimientos de su lengua detrás de mis dientes, la pasión que me quema por dentro y que sé que el único que puede saciarla por completo es él. El

corazón se me desboca y me siento flotar cuando hundo las manos en su terso pelo.

Ingravidez. Eso es lo que me hace sentir, una ingravidez total y completa, como si fuera posible volar a base de oleadas de sensaciones.

Joder, cuánto lo deseo. Cuánto deseo esto. Nosotros, y nada más.

—*Violet* —gruñe mentalmente mientras su boca se apropia de la mía.

—Me cago en los dioses.

Una voz familiar penetra en mi pequeño paraíso personal, y es entonces cuando me acuerdo de que esto no debía ser más que un numerito, y aquí me tienes, perdida completamente en él. En medio del patio. Delante de vete a saber quién. Y la sensación de ingravidez se debe a que uno de sus firmes brazos me sostiene contra su pecho y los pies me cuelgan sobre el suelo.

—*¿Te convence ya el numerito?*

Retrocedo despacio, arrastrando los dientes por el labio inferior de Xaden antes de soltarlo.

—*Ni numerito ni hostias.*

Los ojos le brillan con el mismo fuego que me lleva al límite de la combustión. Al menos yo no soy la única que está perdiendo el control. Conozco esa mirada. Está tan excitado como yo.

Vuelve a besarme, perdiendo por completo su premeditada elegancia a favor de una exigencia desenfrenada, y yo me derrito.

—Suelta a mi hermana, Riorson. Ya nos ha quedado claro.

Esa voz… Giro la cabeza hacia la derecha, interrumpiendo el beso.

—¿Mira?

Tamborileo con los dedos sobre sus brazos cruzados, pero su expresión adusta, inquietantemente similar a la de nuestra madre, apenas dura un instante antes de que la boca se le curve hasta dibujar una sonrisa.

—Me alegro de verte, Vi.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunto, y sonrío mientras Xaden me deja en el suelo. Luego salto por encima de las bolsas para abrazar a mi hermana.

—Estoy apostada aquí desde ayer.

Me abraza con fuerza, como siempre, y luego me aparta agarrándome de los hombros para llevar a cabo su inspección rutinaria de heridas mortales.

—Estoy bien —le digo.

—¿Seguro? —Mueve las manos por los laterales de mi cabeza, y se pone de puntillas para observarme bien—. Porque yo creo que debes de haberte dado un buen coscorrón como para estar liada con este.

Parpadeo. ¿Qué narices se supone que tengo que responder a eso?

—*Síguele el juego o esta noche dormirás en su habitación, no en la mía* —me dice Xaden—. *Se ha negado en redondo*.

—Ya, bueno…

Joder, no quiero engañar a mi hermana más de lo necesario.

—Voy a llevar tus bolsas a mi habitación —comenta Xaden, antes de ayudarme a quitarme la mochila de la espalda y recoger las dos que se me han caído.

—Gracias —contesto, más por hábito que otra cosa.

Él se inclina hacia mí y me da un beso en la frente.

—Hoy tengo servicio.

—No —susurro, y la decepción me forma un nudo en el estómago. Eso no nos deja precisamente tiempo para hablar, y creo que ese era el objetivo—. *Bueno, si no podemos hablar, tampoco nos pelearemos*.

—*Tendremos tiempo más tarde* —me promete—. Diviértete con tu hermana. Te veo esta noche.

Me pasa un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja y me roza con delicadeza la mejilla con los nudillos.

—Hasta luego.

Si esto no fuera teatro, yo ahora mismo sería un charco. Y el fuego que veo en sus ojos cuando nuestras miradas se encuentran durante un instante me calienta al momento a pesar del aire frío de la montaña.

—Vigila que no le prenda fuego a nada —le suelta por encima del hombro a Mira mientras se aleja, de camino al pasillo cercano a la escalera suroeste.

Resoplo, pero eso no me impide contemplarlo mientras se marcha.

—Escudos arriba.

—Como si me hubieran servido para bloquearte.

—*Ya te dije que en mi caso es más difícil que con la mayoría* —responde—. *Pero tenlos en su sitio de todas formas. Yo no soy de quien debes preocuparte*.

—Te está… subiendo las bolsas a la habitación —dice Mira despacio, moviéndose a mi lado y mirándonos a Xaden y a mí alternativamente.

—Eso parece.

Asiento, pero tengo dudas. El dolor del pecho se me vuelve amargo. Quizá en realidad esté llevando dos de esas bolsas a un punto de entrega y me haya dejado con Mira para distraerme. Detesto no poder fiarme de él, que él no se fíe de mí, que estemos en este punto muerto.

—Hostia —masculla Mira.

—¿Qué pasa? —pregunto, y suspiro al ver que Xaden desaparece en el edificio.

—No solo te lo estás follando, ¿verdad? Te estás enamorando de él.

Me mira de hito en hito, como si hubiera perdido la cabeza. Yo desvío hacia ella la mirada, y aunque sé que debería, no soy capaz de mentirle. No sobre este tema.

—No es tan sencillo.

—¿A quién pretendes engañar? Por poco no se te come entera, y ahora lo estás mirando con esos ojos tiernos que prácticamente rezuman… —Me señala la cara, y arruga la nariz como si hubiera percibido un olor nauseabundo—. ¿Qué se supone que es eso? ¿Deseo? ¿Obsesión?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Amor? —Pronuncia la palabra como si fuera venenosa, y hay algo en mi rostro que debe de haberme delatado, porque el asco que desprende el suyo da paso a una expresión de desconcierto—. No me lo puedo creer. Estás enamorada de él, ¿verdad?

—Es imposible que sepas eso con solo mirarme —repongo enderezando la columna.

—Madre mía. Vamos a desahogarnos un poco lanzando cuchillos.

«Brennan está vivo. Brennan está vivo. Brennan está vivo». No puedo pensar en otra cosa mientras vaciamos las vainas en los objetivos de madera que ocupan la parte trasera del pequeño gimnasio de entrenamiento del puesto avanzado, en la zona norte de la primera planta. No hay ni punto de comparación con el foso del lado sur de la fortaleza donde me encontré por primera vez a Xaden luchando.

Ocultarle secretos a Rhiannon es horroroso, pero es posible que sea la peor persona del continente por no contarle a Mira que Brennan está vivo.

—Soy la última persona que debería juzgar con quién te acuestas —empieza Mira.

—Pues no me juzgues.

Lanzo al aire la penúltima daga y la agarro por la punta, y entonces la arrojo y acierto al objetivo en el cuello.

—Normas aparte, porque sí, lo que estás haciendo es confraternizar —lanza su siguiente daga sin ni siquiera mirar al objetivo, y le acierta en el centro del pecho— con un oficial; lo único que digo es que si sale mal, tendréis que aguantaros durante el resto de vuestras carreras.

—Pero no me estás juzgando.

Lanzo mi última daga y acierta a su objetivo en el cuello.

—Vale, a lo mejor sí te estoy juzgando. —Se encoge de hombros y echamos a andar hacia los objetivos—. Pero eres mi única hermana. Tengo derecho a preocuparme.

Y eso no es verdad. Brennan y ella eran inseparables de niños. Si una de nosotras debe saber que nuestro hermano está vivo y sano, es ella.

—No tienes que preocuparte por mí.

Arranco las dagas de la madera de una en una y las guardo en las fundas que me recorren los muslos y las costillas.

—Estás en segundo, ¿cómo no voy a preocuparme? —Recupera sus dagas y yo miro por encima del hombro al par de jinetes que entrenan en la estera a nuestras espaldas—. ¿Cómo va el CSJ? —me pregunta bajando la voz.

—Perdimos a un jinete en el primer ejercicio. ¿Cómo es que había dos mapas?

—Ya, es una rayada. —Aprieta con firmeza los labios—. Pero no me refiero a eso.

—Te preocupa la parte de los interrogatorios —deduzco envainando la undécima daga en mis costillas.

—Te van a dar una paliza para comprobar si eres capaz de soportarla. —Extrae mi daga del cuello de su objetivo—. Y con lo frágil que eres…

—Puedo aguantar el dolor. —Me vuelvo hacia ella—. Vivo con dolor. Prácticamente me he construido ahí una casita y he montado una economía completa. Puedo soportar lo que me echen encima.

—Después de los Juegos de Guerra, el CSJ es el momento en que mueren más estudiantes de segundo —admite con voz queda—. Y suelen asignar uno o dos pelotones a cada ejercicio, de modo que no llegas a ser consciente del todo del aumento de nombres en la lista de muertes, pero ahí está. Si no te vienes abajo, pueden acabar matándote por accidente, y si te vienes abajo, te matarán como castigo.

Agacha la vista hacia mi daga con gesto de preocupación.

—Me esperan unos días de mierda, pero no me pasará nada. He llegado hasta aquí.

Lo de romperme los huesos es mi pan de cada día.

—¿Desde cuándo utilizas dagas tyrrish? —me pregunta sosteniéndola en el aire y examinando la empuñadura negra y la runa decorativa del pomo—. No veo runas así desde hace… mucho tiempo.

—Me las dio Xaden.

—¿Cómo que te las dio? —quiere saber, antes de devolverme la daga.

—Se las gané durante un entrenamiento el año pasado. —Me la envaino en las costillas, junto a las otras, mientras Mira enarca una ceja con escepticismo y se ríe—. Así que sí, en esencia me las dio.

—Vaya. —Ladea la cabeza y me estudia el rostro, y ve en mí mucho más de lo que me gustaría, como siempre—. Parecen personalizadas.

—Porque lo son. Es más difícil que se me caigan de las manos, a diferencia de las que tienen una longitud tradicional, y no pesan tanto.

No me quita ojo de encima mientras regresamos a la línea de tiro.

—¿Qué? —Siento cómo se me encienden las mejillas—. Le interesa mantenerme con vida. Sé que no te cae bien, y sé que no te fías de él…

—Es un Riorson —me interrumpe—. Tú tampoco deberías fiarte de él.

—Es que no me fío de él —susurro, y aparto la mirada tras la confesión.

—Pero estás enamorada de él. —Deja escapar un sonoro suspiro y lanza una daga—. Eso es… Ni siquiera sé lo que es, pero *tóxico* es lo primero que me viene a la cabeza.

—Así somos nosotros —murmuro, y cambio de tema—. Oye, ¿por qué te han asignado aquí? —Escojo un punto del abdomen superior del objetivo y lo atravieso con una daga—. Samara está protegida y tú eres un escudo con patas. Me parece que están malgastando tu sello.

Mi hermana es un escudo. ¿Cómo narices no se me ha pasado por la cabeza preguntarle antes por las protecciones? Tal vez la respuesta no esté en los libros, sino en Mira. Después de todo, su sello es la capacidad de extender las protecciones, de alargarlas consigo incluso hasta lugares donde no debería ser posible estirarlas.

Mira hacia atrás, a la pareja que está entrenando.

—Creo que les preocupan los ataques a este puesto avanzado porque es una de las fuentes de poder principales de las protecciones. Si este lugar cae, una porción gigantesca de la frontera será vulnerable.

—¿Porque están dispuestas como un dominó?

Lanzo otra daga, y pongo una mueca cuando la rodilla se me queja; no estoy teniendo el cuidado que debería.

—No exactamente. ¿Qué sabes al respecto?

Lanza otra sin ni siquiera mirar y acierta en el blanco.

—Mira que eres creída —mascullo—. ¿Hay algo que no se te dé de maravilla?

—Los venenos —responde arrojándole otra daga al objetivo—. Nunca tuve la misma facilidad con ellos que Brennan y tú. O quizá nunca llegué a

atender del todo a las lecciones de papá. Venga, dime qué sabes de las protecciones. —Me mira con el rabillo del ojo—. No os enseñan a tejer hasta tercero, y todo lo demás es información clasificada.

—Leo mucho. —Me encojo de hombros y rezo a Zihnal por que Mira lo interprete como un gesto de indiferencia—. Sé que nacen en la piedra protectora del valle por los terrenos de cría que hay allí, y que se alimentan con el suministro de energía que conecta nuestros puestos avanzados fronterizos a fin de expandir su distancia natural en determinados lugares y mantener una defensa firme.

Todo cultura general, o al menos se puede buscar.

Mi hermana tira otro cuchillo.

—Aquí están tejidas en el suelo —añade con voz queda, mientras la pareja que tenemos detrás sigue entrenando—. Imagínate un paraguas. La piedra protectora es el bastón, y las protecciones adoptan la forma de una cúpula sobre Navarre. —Hace un gesto con las manos para representar un paraguas—. Pero de la misma forma que las varillas de un paraguas son más resistentes cuanto más cerca del eje están, en el momento en que las protecciones tocan el suelo, apenas servirían de nada sin un impulso.

—Que les otorga la aleación —susurro, y el pulso se me acelera.

—Y los dragones. —Asiente, y frunce el ceño—. ¿Conoces lo de la aleación? ¿Ahora ya lo enseñan? ¿O fue papá el que…?

—La aleación que se almacena en los puestos avanzados es lo que empuja hacia delante algunas de las varillas del paraguas —continúo, girando la daga en la mano por pura memoria muscular—. Y extienden las protecciones el doble de lo que alcanzarían en circunstancias normales, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Y de qué está hecho?

—No estás en absoluto autorizada a saber eso. —Resopla.

—Lo que tú digas. —Me escuece un poco que no quiera responderme—. Pero ¿cómo se tejen nuevas protecciones? Si quisieras proteger un lugar como Athebyne, por ejemplo.

Giro. Giro. Giro. No dejo de mover la daga, con la esperanza de que a mi hermana le parezca algo anodino.

—No se puede. —Niega con la cabeza—. Lo que tejemos son las extensiones. Es como continuar un tapiz que se ha estirado demasiado. Tú te limitas a añadir hilos a algo que ya existe, y no podemos extender las protecciones hasta Athebyne. Lo hemos intentado. Pero ¿quién te ha dicho que…?

—¿Así funciona tu sello? —Dejo de girar la daga—. Porque tú eres básicamente una protección, ¿verdad?

—Más o menos. Digamos que yo atraigo las protecciones. A veces puedo manifestarlas por mí misma, pero debo estar cerca de un puesto avanzado. Es como si yo fuera un hilo más. ¿Qué mosca te ha picado?

Lanza otra daga, que acierta en el mismo centro.

—¿Sabes cómo funciona la piedra protectora? —pregunto bajando la voz hasta apenas un susurro.

—No. —Abre mucho los ojos—. Sigue lanzando cuchillos antes de que te oiga algún oído curioso.

Obedezco y tiro otra.

—Esa información está por encima de mi rango… y del tuyo. —Su siguiente daga aterriza justo al lado de la primera—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Curiosidad.

—Pues la curiosidad mató al gato. Si es información clasificada es por algo. —Con un movimiento rápido de muñeca, lanza otro cuchillo al objetivo —. Las únicas personas que lo saben son las que tienen que saberlo, como toda la inteligencia clasificada.

—Ya. —Me obligo a sonreír y arrojo mi siguiente daga con más fuerza de lo necesario. Ha llegado el momento de cambiar de tema. Tal vez lo sepa o tal vez no, pero es evidente que no piensa contármelo—. Hablando de información clasificada, ¿estabas en alguna de las patrullas que enviaron a comprobar las ciudades de Poromiel en busca de daños? —Levanto las manos al ver que se ha quedado boquiabierta—. Nos lo contaron en Informe de Batalla; ya no es secreto.

—No —responde—. Pero me crucé con uno de los pelotones que volaron hasta allí mientras Teine y yo estábamos patrullando.

El estómago se me revuelve.

—¿Y conoces a alguien que estuviera en aquellas misiones?

—No. —Otro cuchillo, otra diana—. Pero he leído los informes. ¿Os los mostraron?

Niego con la cabeza.

—¿Y te fías de los informes?

No se lo pregunto con la desgana que pretendía.

—Claro. —Me estudia los ojos en busca de unas respuestas que no puedo darle—. ¿Por qué no iba a fiarme? ¿Por qué no te fiarías tú? —Hace un movimiento ágil con la mano y el ruido de los púgiles desaparece. Es un

escudo sonoro, como el que utilizó en Montserrat; magia menor, sí, pero lo bastante compleja como para que yo todavía no haya sido capaz de dominarla —. Dime lo que te pasa. Ahora mismo.

«Me vi inmersa en una batalla contra seres oscuros, perdí a uno de mis mejores amigos, combatí contra un venin a lomos de mi dragón y luego me reparó nuestro hermano, que resulta que no está tan muerto».

—Nada.

Mira me lanza esa mirada, la que siempre me soltaba la lengua cuando éramos crías. Vacilo. Si solo pudiera sincerarme con una persona en todo el continente, sería con Mira.

—Lo que pasa es que me parece extraño que no conozcas a nadie que estuviera destinado en Poromiel. Conoces a todo el mundo. Y ¿cómo sabes que lo que viste fue uno de los pelotones en una misión de reconocimiento? —pregunto.

—Porque divisé a más de una docena de dragones en la lejanía hacia el sur, al otro lado de la frontera. ¿Qué cojones iba a ser, Violet? —me espeta con una mirada escéptica.

Ya está, este es el momento. Esta es la oportunidad de contarle la verdad. La oportunidad de convencerla para que luche en el bando correcto de este conflicto, para que pueda ver a nuestro hermano. Guivernos. Lo que vio fueron guivernos. Sin embargo, no es mi vida la única que pongo en riesgo al contárselo. Se me encoge el corazón, pero debo hacerlo.

Xaden jamás lo entendería; no tiene hermanos.

—No lo sé —susurro—. ¿Y si eran guivernos?

Ya está. Ya lo he dicho. Más o menos.

Mira parpadea y echa atrás la cabeza.

—Repite eso.

—¿Y si lo que viste eran guivernos? ¿Y si están destruyendo las ciudades de Poromiel, puesto que las dos sabemos que no han sido dragones? —Agarro con fuerza la empuñadura de mi última daga—. ¿Y si ahí fuera hay una guerra descarnada de la que no tenemos constancia?

Mi hermana hunde los hombros y me mira con unos ojos cargados de empatía.

—Tienes que dedicar menos tiempo a leer esas fábulas, Vi. ¿Has descansado suficiente desde el ataque de los grifos? Porque a mí me parece que te faltan horas de sueño. —La congoja en su voz me derrumba como nada en este mundo—. Y es difícil participar por primera vez en un combate, sobre todo estando en primero, pero si no duermes lo suficiente y presentas una

apariencia estable y firme… Los jinetes deben ser inquebrantables, Violet. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Por descontado que no me cree. Yo tampoco me creería. Pero ella es la única persona que me profesa un amor absoluto e incondicional. Brennan permitió que yo pensara que había muerto, y así seguiría siendo. Mi madre siempre me ha visto como poco más que un lastre. ¿Y Xaden? Prefiero no decir nada.

—No. —Niego con la cabeza despacio—. No, no duermo bien.

Es una excusa, y la acepto. Un profundo pesar se me agarra al pecho. Mi hermana suspira, y el alivio en sus ojos se lleva parte de la gravedad de los míos.

—Pues ya está. Te puedo recomendar unas infusiones fantásticas que van de fábula. Venga, vamos a sacar las dagas y te acompaño a la cama. El trayecto ha sido largo y, de todos modos, yo tengo servicio de aquí a unas horas.

Me guía hasta los objetivos y volvemos a extraer las dagas.

—¿Tienes servicio con Xaden? —pregunto para llenar el silencio, mientras sacamos hoja tras hoja de la madera.

—No. Él está en el centro de operaciones, pero…

—No tengo autorización para saber nada más. Ya lo sé.

—A mí me toca patrulla de vuelo. —Me pasa un brazo por encima de los hombros—. No te preocupes. Ya pasaremos tiempo juntas cuando vuelvas. Cada quince días, ¿verdad?

—Sí, exacto.

Ya ha caído la noche cuando Xaden se mete en la cama sin camiseta, y el movimiento me despierta de uno de mis intentos por dormir. Por la ventana se cuela la luz de luna suficiente como para distinguir la silueta afilada y hermosa de su rostro cuando se vuelve hacia mí, los dos tumbados de lado. Una luz que también me permite ver una cicatriz plateada en su corazón que me pasó por alto en los fosos de combate. ¿Lo herirían en Resson?

—Estás despierta.

Apoya un codo en la cama y la cabeza sobre su mano.

—Ya nunca duermo bien. —Tiro de la manta de verano hasta cubrirme los hombros, como si no me hubiera visto ya con menos ropa que el camisón fino que llevo puesto—. Y esta noche no tengo ganas de discutir.

—Pues no discutamos.

—Como si fuera tan fácil —digo, y hasta el sarcasmo parece exhausto.

—Será lo que decidamos nosotros.

Su mirada se posa sobre mi rostro y se suaviza poco a poco.

—¿Qué hora es?

—Poco más de medianoche. Quería hablar contigo antes, pero ha habido un incidente…

—Mira.

Me incorporo de golpe aterrada, con el corazón en un puño.

—Está bien. Todo va bien. Pero unos civiles han intentado cruzar la frontera y a la infantería… no le ha hecho gracia.

—¿Cómo que no le ha hecho gracia?

—Los han matado —admite con voz quieta—. Esto aquí es el pan de cada día, pero no es algo de lo que se informe en Basgiath. Túmbate —me sugiere con delicadeza—. Mira está perfectamente.

¿Matamos a civiles? Otro dato que va directo a la caja.

—Hoy he estado a punto de sincerarme con ella —susurro mientras dejo caer la cabeza en la almohada, aunque sé que aquí no puede oírnos nadie—. Por mucho que me enfade, tienes todo el derecho a no confiar en mí, porque he estado a punto de contárselo. Se lo he insinuado, incluso, con la esperanza de que me entendiera. —Se me escapa una carcajada amarga—. Quiero que lo sepa. Quiero que vea a Brennan. La quiero de nuestro lado. Quiero…

El nudo que tengo en la garganta amenaza con cerrármela por completo. Xaden extiende una mano y me acaricia la mejilla. No me lo reprocha con la mirada, ni siquiera me juzga, aunque le acabo de dar un motivo para que se cierre en banda conmigo durante el resto de nuestras vidas. Su silencio, la aprobación muda de sus ojos, me anima a seguir hablando.

—Siento como si llevara encima… una pesada carga —admito—. Ya no tengo a nadie que me conozca de verdad. Estuvimos a punto de morir por culpa del chico al que consideraba mi mejor amigo. Le estoy ocultando secretos a Rhiannon, a mi hermana, a… ti. No hay ni una sola persona en este mundo con la que haya sido honesta.

—No te lo he puesto precisamente fácil para que confíes en mí —responde rozándome la mejilla con el pulgar—. Y sigo sin ponértelo fácil. Pero ni tú ni yo somos personas fáciles. Lo que construyamos juntos debe ser lo bastante fuerte para capear un temporal. O una guerra. Y eso no se consigue con métodos fáciles.

«Lo que construyamos juntos». Esas palabras hacen que se me encoja mi imprudente corazón.

—Debería haberte dicho que estaba documentándome sobre las protecciones. —Poso una mano sobre la piel cálida de su brazo—. Sabía que intentarías disuadirme, y que probablemente lo haría de todas formas, pero no te lo dije sobre todo porque…

No soy capaz de terminar la frase.

—Porque yo a ti tampoco te lo cuento todo. —Vuelve a acariciarme la mejilla con el pulgar—. Me lo ocultaste a propósito. Te permitiste tener un secreto porque yo no comparto contigo todos los míos.

Asiento.

—Tienes derecho a tener secretos. Esa es la cuestión. Prefiero no arriesgar todo aquello por lo que he trabajado estos últimos años… ni tu vida. Y no, sigue sin convencerme lo de la escriba, pero esta noche no se discute. Solo necesito saber lo importante. No te ocultaré información que pueda influir en las decisiones que tomes, y te pido lo mismo.

Continúa acariciándome con el pulgar, trazando el mismo patrón parsimonioso, relajante. No quiero que haya secretos entre nosotros, pero ya me ha dejado claro que eso no va a cambiar. Así que tal vez haya llegado el momento de probar con otra táctica.

—¿Cuánto tiempo guardarás las armas?

Una de las comisuras de su boca se curva hacia arriba.

—Hasta dentro de dos semanas no me reuniré con un pelotón.

Hostia, ha funcionado.

—Me has contestado.

—Eso parece. —Sonríe, y noto una punzada de dolor en el pecho—. ¿Cómo te ha ido con Varrish?

—Tairn estuvo a punto de desgarrarle el cuello a Solas, y sirvió para ahorrarle a Andarna las maniobras, pero es posible que en el futuro me cause problemas aún mayores.

Una sonrisa sutil me cruza el rostro. Míranos: charlando sin pelearnos.

—Estaremos pendientes de la situación. Me preocupa un poco que acabe matando a Varrish si vuelve a llevarte al límite.

No hay sorna alguna en su voz, y sé que sería capaz de hacerlo.

—¿A qué vino lo del libro de tejeduría que me diste cuando me gradué? —Cambio de tema con un gesto de cabeza sutil y confuso—. ¿Y las tiras de cuero? ¿Crees que me voy a poner de repente a hacer manualidades?

—Me pareció que quizá querrías tener las manos ocupadas.

Encoge un hombro, pero el brillo malicioso de sus ojos me dice que hay algo más.

—¿Se lo oculto a los demás cadetes?

—Pensé que a lo mejor te interesaría explorar un poco la cultura tyrrish. Yo sé hacer todos los nudos del libro. —Esboza una sonrisa—. Será divertido ver si estás a mi altura.

—¿En nudos de tela?

¿Se habrá caído de Sgaeyl recientemente?

—Es cultura, Violencia. —Desliza la mano hasta la base de mi cuello, y pone un gesto serio—. ¿Tienes pesadillas por lo de Resson? ¿Por eso no puedes dormir?

Asiento.

—Sueño con el millón de formas distintas en las que podríamos haber perdido. A veces sueño que la que muere es Imogen, o Garrick, o… tú.

Esas son las que luego me producen insomnio, en las que el Sabio me arrebata a Xaden.

—Ven aquí.

Me rodea la cintura con los brazos, tira de mí y ruedo hacia él. Apoyo la espalda contra su pecho. Dioses, no me abrazaba así desde la noche en que nos cargamos mi habitación. Una sensación cálida me recorre cada palmo de la piel desnuda, arrancándome el frío de los huesos. El dolor que siento en el pecho se intensifica.

—Cuéntame algo real.

Me sale como una súplica, igual que el año pasado. Él suspira y se acurruca a mi alrededor.

—Sé quién eres en realidad, Violet. Aunque me ocultes cosas, te conozco —me asegura.

Y yo lo conozco lo suficiente como para ser un problema real en la parte de los interrogatorios del CSJ que están por venir.

—Sigo sin ser lo bastante fuerte para bloquearte.

Ahora mismo, con su brazo cruzándome la cintura, tampoco sé si quiero.

—No soy un buen indicador de tu habilidad de bloqueo —responde, y un escalofrío me recorre el cuerpo al notar su aliento en la piel desnuda de mi hombro—. El día que puedas bloquearme por completo significará que estoy muerto. Que los dos estamos muertos. Yo tampoco puedo bloquearte del todo; por eso me encontraste en el subsuelo aunque tuviera los escudos en alto. Tal vez no seas capaz de atravesarlos, pero sabes que estoy ahí. Igual que, por mucho que ahogues las emociones de Tairn y Andarna, no puedes bloquearlos para siempre.

Contengo el aliento.

—¿Eso significa que a lo mejor soy lo bastante fuerte para bloquear a Dain?

—Sí, si mantienes tus escudos intactos en todo momento.

—¿De qué está hecha la aleación? —pregunto envalentonada al saber que puedo impedir que Dain me lea los recuerdos.

—Una amalgama de taladio, otros minerales y cáscaras de huevo de dragón.

Parpadeo sorprendida, tanto por su respuesta como por el hecho de que me lo haya contado.

—¿Cáscaras de huevo de dragón? —repito. Qué extraño.

—Son metálicas y siguen albergando magia mucho después de que el dragón haya nacido. —Sus labios me recorren la nuca mientras inhala, y luego suspira—. Y ahora duerme antes de que me olvide de todas mis honorables intenciones.

—Podría recordarte también algunas que de honorables no tenían nada. —Me apoyo sobre él y él pasa una pierna por encima de mi cuerpo, inmovilizándome.

—¿Vas a decirme esas dos palabras?

Me tenso.

—Ya me imaginaba. Duerme, Violet. —Sus brazos me rodean con firmeza—. Me quieres —susurra.

—Deja de recordármelo. ¿No habías acordado que esta noche no se discutía?

Me hago un ovillo y dejo que su calidez me suma en ese dulce limbo entre la vigilia y el olvido.

—Tal vez no te lo esté recordando a ti.

21



La Migración del Año Uno es uno de los mayores logros de la unificación de Navarre. Qué celebración del espíritu humano, dejar atrás una vida de guerra y entrar en una era de paz en la que gentes, idiomas y culturas de todas las regiones del continente se mezclan y forman una sociedad unida y cohesionada, cuya única meta es la seguridad mutua.

—*Navarre, historia sin censura,*
por el coronel Lewis Markham

He decidido que quizá los aterrizajes con voltereta me acaben matando. Inauguro la mañana del jueves con el brazo en cabestrillo, sujeto a mis costillas con una correa que también me inmoviliza el hombro, y todo gracias a las maniobras de ayer. Por lo visto, Tairn tenía razón, y a pesar de que soy capaz de llegar hasta su hombro, mi cuerpo no soporta como debería el impacto del aterrizaje. Esta vez no ha habido discusión: los dos hemos acordado que vamos a tener que buscar alguna alternativa antes de la graduación.

—¿Cómo lo tienes hoy? —me pregunta Rhiannon al entrar en la clase de Historia que compartimos con el Ala Tres en la segunda planta.

—Como si Tairn me hubiese dejado en el suelo y yo hubiese seguido adelante —respondo—. No es mi primer esguince. Los curanderos dicen que

tendré que llevar el cabestrillo unas cuatro semanas. Yo le pongo dos. Con suerte.

Si tardo mucho más que eso, seré la primera en el tablón de retos después de la Trilla.

—Podría pedirle ayuda a Nolon… —empieza Ridoc, pero se detiene cuando ve la expresión de mi rostro—. ¿Qué pasa? No me digas que Varrish no permitiría que te reparasen.

—No que yo sepa —contesto mientras buscamos nuestros asientos—. Puse mi nombre en la lista de Nolon, pero me dijeron que es improbable que tenga hueco antes de que se me cure de forma natural.

Rhi me lanza una mirada de «te lo dije», pero me limito a negar con la cabeza. Este no es lugar para analizar sus teorías conspirativas, por mucho que cada vez me empiecen a parecer más plausibles. Jamás he conocido a un reparador que tuviera una lista de espera de un mes.

Los jueves son mi segundo día favorito de la semana. No hay maniobras, ni CSJ ni Física. Descargo el pesado libro de texto y las notas que he tomado de la lectura que nos han asignado hoy, aunque para mí sea más bien un repaso. No ha habido absolutamente nada en esta clase que no hubiera estudiado ya con mi padre o Markham, o que ahora me cueste considerar cierto.

Luego saco varias de las tiras de tela azul intenso que Xaden me proporcionó y me las dejo sobre el regazo. Ya he aprendido a hacer dos de los nudos del libro, y me he propuesto aprender otros dos antes de que llegue el sábado. Es un reto absurdo, pero eso no significa que esté dispuesta a perder. Y ni siquiera un cabestrillo me detendrá.

—A ver quién nos da la clase —comenta Sawyer, saltando por encima del respaldo de una silla de la fila de atrás y sentándose junto a Ridoc, a mi izquierda—. He visto a prácticamente todos los líderes corriendo hacia el campo de vuelo.

El corazón se me detiene.

—¿Cómo?

Solo un ataque grave vaciaría Basgiath de líderes. Me vuelvo para mirar por la ventana, pero las vistas del patio no ayudan.

—Estaban corriendo. —Sawyer hace un gesto de correr con dos dedos—. Es lo único que sé.

—Buenos días. —La profesora Devera entra en el aula con una sonrisa forzada en los labios mientras pasa por delante de tres filas de mesas y sillas hasta llegar al frente del aula—. Hoy sustituiré al profesor Levini. Ha tenido

que marcharse debido a un ataque en el Ala Este. —Lleva a cabo un repaso rápido de la abarrotada mesa de Levini y recoge el libro que hay encima de todo lo demás—. Mañana en Informe de Batalla os darán más detalles, pero de momento solo ha habido una baja. —Traga saliva con dificultad antes de levantar la cabeza del libro—. Masen Sanborn. Es posible que algunos lo conocierais, puesto que se acababa de graduar.

Masen. No, por favor. Su rostro me viene a la cabeza, sonriendo mientras se ajusta las gafas en la nariz. Podría ser casualidad. Es absurdo que a alguien se le haya ocurrido utilizar un ataque para encubrir una sola muerte…, ¿verdad?

—A menos que lo hayan asesinado durante el ataque —mascullo para mis adentros.

Ni siquiera éramos amigos, y apenas lo conocía, pero, de los diez que volamos hacia Resson, solo quedamos seis.

—¿Qué? —Rhi se inclina hacia mí—. ¿Violet?

Pestañeo deprisa y agarro la tela que descansa en mi regazo.

—Nada, nada.

Rhi arruga el ceño y se reacomoda en su asiento.

—Veo que habéis estado hablando de la segunda incursión cygniana del año 328. —Devera se frota la nuca—. Aunque, sinceramente, no entiendo qué aplicación práctica podría tener.

—Pues como casi todo en esta clase —comenta Ridoc dándole golpecitos al libro de texto con la pluma, y las personas que tenemos alrededor se ríen.

—Pero aunque solo sea para decir que lo hemos dado —continúa Devera, pasándose una mano arriba y abajo por la cicatriz sutil que le mancha la piel morena del brazo—, debéis saber que las consecuencias de aquel berrinche fueron que Cygnisen terminó absorbido por el reino de Poromiel, donde han estado durante los últimos trescientos años. La historia y los acontecimientos actuales están relacionados porque influyen uno en el otro. —Echa un vistazo hacia el mapa de la pared, con apenas una quinta parte del tamaño del que hay en el aula de Informe de Batalla—. ¿Alguien podría decirme cuáles son las diferencias entre las provincias de Poromiel y las nuestras?

El aula guarda silencio.

—Esto es importante, cadetes.

Devera se coloca frente al escritorio del profesor Levini y se apoya en él. Al ver que nadie responde, me lanza una mirada maliciosa.

—Las provincias de Poromiel conservan sus identidades culturales particulares —respondo—. Es más probable que un ciudadano de Cygnisen se

identifique como cygniano antes que como poromielense. Por el contrario, nuestras provincias se unificaron bajo el amparo de las primeras protecciones, escogieron el idioma común y se mezclaron las culturas de las seis provincias en un único reino cohesionado.

Lo recito prácticamente palabra por palabra del libro de Markham.

—Excepto Tyrrendor —apunta alguien a mi izquierda. Ala Tres—. No llegaron a entender lo que significaba *unificado*, ¿verdad?

El estómago se me revuelve. Gilipollas.

—No. —Devera señala al chico con el dedo—. Eso es justo lo que no vamos a hacer. Ese es el tipo de comentarios que amenazan la unidad de Navarre. Ahora bien, Sorrengail ha comentado algo importante que creo que a la mayoría se os ha pasado por alto. Navarre escogió el idioma común, pero ¿para quién era común? —pregunta, y grita el nombre de una persona de la Sección Cola.

—Para las provincias de Calldyr, Deaconshire y Elsum —responde la mujer.

—Correcto. —Devera arrastra la mirada por el aula, igual que cuando en Informe de Batalla espera que no solo pensemos en las respuestas, sino también en las preguntas—. ¿Y qué implica eso?

—Que las provincias de Luceras, Morraine y Tyrrendor perdieron sus lenguas —responde Sawyer acomodándose en su asiento. Él es de Luceras, la gélida provincia que recorre la costa noroeste—. Técnicamente renunciaron a ellas de buen grado por el bien de la Unificación, pero aparte de las pocas palabras que se han asimilado, son lenguas muertas.

—Correcto. Siempre hay un precio —responde Devera vocalizando cada palabra—. Que eso no significa que no merezca la pena, pero el hecho de que no seamos conscientes del precio que debemos pagar por vivir bajo el amparo de las protecciones es la semilla de las rebeliones. Decidme qué más nos ha costado. —Se cruza de brazos y espera—. Venga. No os estoy pidiendo que cometáis actos de alta traición, solo hechos históricos en una clase de Historia para jinetes de segundo año. ¿Qué más se sacrificó en la Unificación?

—La posibilidad de viajar —contesta alguien de la Sección Garra—. Aquí estamos a salvo, pero no somos bien recibidos más allá de nuestras fronteras.

Ni aquí tampoco las personas que hay al otro lado.

—Bien visto. —Devera asiente—. Navarre es el reino más extenso del continente, pero no el único. Y tampoco viajamos ya a las islas. ¿Qué más?

—Perdimos partes significativas de nuestras culturas —comenta una chica con una reliquia de la Rebelión en el brazo, dos filas por delante de la mía.

Sección Cola, creo—. Y no solo nuestro idioma, sino también nuestras canciones, festivales, bibliotecas… Se cambió todo lo que estuviera escrito en tyrrish. Lo único que conservamos fueron nuestras runas, porque eran tan fundamentales para nuestra arquitectura que el cambio no estaba justificado.

Como las de mis dagas. O las de las columnas del templo de Aretia. O las que estoy tejiendo en mi regazo.

—Sí. —De algún modo, Devera emite un sonido empático y tajante al mismo tiempo—. No soy historiadora, sino estratega, pero no me imagino todo lo que perdimos en cuanto a conocimientos se refiere.

—Todos los libros se tradujeron al idioma común —añade alguien del Ala Tres—. Los festivales se siguen celebrando. Las canciones se siguen cantando.

—¿Y qué se pudo perder durante la traducción? —le discute una chica tyrrish que hay delante de mí—. ¿Lo sabes?

—Claro que no. —Frunce el labio en una mueca—. Es una lengua muerta que solo conocen unos pocos escribas.

Agacho la vista hacia mi libreta.

—Que no estén en tyrrish no significa que no puedas meterte en los Archivos y leer los libros traducidos del tyrrish que te dé la gana.

Lo que me saca de mis casillas es el tono altivo y arrogante.

—Pues no, no puedes. —Dejo caer la tela sobre mi regazo—. Para empezar, nadie puede entrar así como así en los Archivos y leer lo que le dé la gana. Tienes que presentar una solicitud que luego cualquier escriba puede rechazarte. Y solo una pequeña parte de los escribas originales hablan tyrrish, lo cual implica que se tardaría años en traducir todos los textos, e incluso en ese supuesto no disponemos de volúmenes históricos de más de cuatrocientos años en los Archivos, que yo sepa. Todos son sextas, séptimas y octavas ediciones. La lógica nos dice que ella tiene razón. —Señalo a la muchacha que hay unas filas más allá—. Se perdieron cosas durante las traducciones.

Parece dispuesto a discutírmelo.

—Cadete Trebor, yo que tú tendría en cuenta el detalle de que la cadete Sorrengail ha pasado más tiempo en los Archivos que cualquiera de los presentes en esta aula, y luego pensaría en una respuesta inteligente —dice Devera arqueando una ceja.

El chaval del Ala Tres me atraviesa con la mirada y se recuesta en su silla.

—Hemos perdido nuestro folklore —dice Rhiannon.

Se me bloquean todos los músculos del cuerpo. Devera ladea la cabeza.

—Continúa.

—Yo provengo de una aldea fronteriza cercana, Cygnisen —responde Rhiannon—. Una gran parte de nuestro folklore tiene su origen al otro lado de la frontera, probablemente como resultado de la Migración del Año Uno, y, por lo que sé, no hay nada que se haya puesto por escrito. Solo sobrevive en la historia oral. —Se vuelve hacia mí—. Violet y yo lo estuvimos comentando el año pasado. La gente que se cría en Caldyrr o Luceras no crece con el mismo folklore. No conocen las historias y, generación tras generación, lo estamos perdiendo. —Mira a la izquierda y luego a la derecha—. Estoy segura de que todos nosotros compartimos historias similares, en función de donde crecimos. Sawyer se sabe historias que Ridoc desconoce, y Ridoc sabe algunas que Violet no había oído nunca.

—Imposible —replica Ridoc—. Violet lo sabe todo.

Sawyer se ríe y yo pongo los ojos en blanco.

—Unos argumentos excelentes, sin duda. —Devera asiente con una sonrisa de satisfacción en la cara—. ¿Y qué nos aportó la Migración del Año Uno?

—Una cultura más unificada —responde una chica de la Sección Cola—, y no solo en nuestras provincias, sino en todo el continente. Y permitió que aquellos que residían en lo que ahora es Poromiel vivieran bajo el amparo de las protecciones si decidían trasladarse.

Un año. Ese es el tiempo que les ofreció Navarre antes de que cerráramos nuestras fronteras. Y si no podías permitirte trasladarte con tu familia, si no podías arriesgarte a perder la vida en el traicionero trayecto… No hay nada bueno en la guerra, ni tampoco en sus consecuencias.

—Correcto —dice Devera—. Lo que significa que cuando combatáis contra un pelotón de grifos, podríais toparos con algún familiar lejano. La pregunta que debemos hacernos al entrar en servicio es la siguiente: ¿merecen la pena nuestros sacrificios por mantener a salvo a los ciudadanos de Navarre?

—Sí —mascullan a mi alrededor los jinetes, unos más alto que otros.

Pero yo guardo silencio porque sé que Navarre no es el único que debe pagar ese precio, sino también todos los pueblos que hay al otro lado de las protecciones.

Esa misma tarde en el gimnasio se respira expectación cuando los profesores de combate anuncian los primeros nombres del día para que acudan a las esteras. Estos serán los últimos retos hasta dentro de unos meses. Los de

primero tendrán que preocuparse por el Guantelete, que comienza la semana que viene, y luego, por la Presentación y la Trilla. Y los de segundo empezarán a desaparecer por pelotones durante unos días para que nos enseñen cómo aguantar sesiones de tortura.

La bomba, vaya.

Llaman a nuestra estera a un pelotón de la Sección Cola.

—Joder, espero que me llamen a la estera hoy. —Ridoc da saltitos de puntillas—. Hoy me apetece darle una buena tunda a alguien.

—Pues mira, no puedo decir lo mismo.

Me ajusto la correa del cabestrillo por encima de la armadura. Echo la vista hasta el otro lado de la estera y le hago un gesto de cabeza a Imogen, y arqueo las cejas al ver que está hablando con Sloane. Ella me devuelve el gesto con una sonrisa para comunicarme que Sloane está lista para enfrentarse hoy a su oponente. Rhiannon y Sawyer están haciendo lo propio con los otros de primero, valorando la situación a medida que se oyen nombres por el gimnasio. Desvío la vista hacia Aaric, pero, para variar, está totalmente concentrado, aislado de lo que lo rodea y con la mirada clavada en la estera.

—¿Crees que ha sido muy grave el ataque al Ala Este? Debe de haber sido gordísimo si han tenido a la mitad de los líderes todo el día fuera —musita Ridoc.

Lo bastante grave como para haber matado a Masen.

—Especular solo sirve para alimentar rumores —dice Dain ocupando el espacio vacío a mi izquierda.

Mierda. He conseguido evitar toda interacción con él durante semanas. Me acerco a Ridoc y pongo en posición todos los escudos.

—¿Prefieres que finjamos que no nos hemos dado cuenta de que los profesores han salido por patas como si hubieran caído las protecciones? —pregunta Ridoc.

—Las protecciones no han caído. —Dain apenas lo mira de soslayo, y se cruza de brazos—. Si hubieran caído, lo sabrías.

—¿Crees que seríamos capaces de sentirlo? —pregunta Ridoc.

—Nos habrían convocado a nosotros también —digo—. Y los dragones nos lo hubieran dicho.

—¿No puedes preguntárselo a tu madre? —Ridoc ladea la cabeza.

—¿La mujer que supo que había estado desaparecida una semana y luego me dijo que volviera a ponerme en formación al saber que había sobrevivido a mi primera misión de combate? Claro, estoy segura de que le faltará tiempo

para compartir conmigo toda la información —contesto, y le levanto el pulgar con ironía.

Convocan a la primera pareja a la estera y me horroriza y alegra al mismo tiempo no saberme el nombre del de primero.

—¿Piensas dirigirme la palabra en algún momento? —me pregunta Dain.

—No.

No le concedo ni siquiera la cortesía de mirarlo, y para asegurarme de que ha captado el mensaje, me siento al otro lado de Ridoc, con él entre Dain y yo.

—Violet, por favor. —Rodea a Ridoc por detrás y se encaja entre Quinn y yo—. En algún momento tendrás que estar preparada. Somos amigos desde que tenías cinco años.

—Ya no somos amigos, y estaré preparada para hablar contigo cuando al verte no me entren unas ganas irrefrenables de hundirte una daga en el pecho hasta la puta empuñadura.

Me marcho antes de entregarme al impulso de apuñalar al gilipollas robarrecuerdos.

—¡No puedes pasarte la vida evitándome!

Le hago una peineta y rodeo la estera para sentarme junto a Rhiannon.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, y tuerce el gesto cuando uno de nuestros estudiantes de primero recibe un puñetazo en los riñones.

—Dain comportándose como un capullo, para variar.

A veces la mejor respuesta es la más simple.

Nuestro estudiante de primero le propina un golpe al de la Sección Cola, le acierta justo en la boca y la sangre salpica la estera.

—No entiendo nada. —Me ofrece una mirada confusa, y se inclina hacia mí para que Dain no nos oiga—. Pensaba que lo de la graduación no era más que él y Riorson midiéndose las pollas, pero ya no hablas con Aetos. Creía que era tu mejor amigo. Que sé que el año pasado os distanciasteis, pero ¿tanto como para ni siquiera dirigiros la palabra?

—Era. —Desvío la mirada hacia Dain y veo que rodea la estera en dirección al profesor Emetterio—. Era mi mejor amigo.

Durante quince años no tuve a nadie con quien mantuviera una relación tan estrecha. E incluso llegué a pensar que lo sería todo para mí.

—Mira, vaya por delante que yo también lo odio por principio si es lo que toca. No tengo ningún problema con eso. Pero te conozco, y tú no cortas una relación así con nadie salvo que te haya hecho daño. Así que dime, como

amiga: ¿te ha hecho daño? —me pregunta en voz baja—. ¿O este es otro tema de esos de los que no hablamos?

Se me forma un nudo en la garganta.

—Me robó algo.

—¿En serio? —Su mirada me atraviesa como una daga—. Pues denúncialo por violación del Código. No debería ser nuestro líder de ala.

Si Rhiannon supiera lo que estuvo robando su último líder de ala…

—No es tan sencillo.

¿Qué puedo contarle para no pasarme de la raya?

Nuestro estudiante de primero tarda poco en remontar, y consigue hacerle a su oponente una llave de sumisión arco y flecha. La rendición llega poco después, y todos aplaudimos. Hasta ahora parece que seremos el pelotón más destacado del año, sobre todo con las victorias que está acumulando Aaric.

Emetterio observa a Dain y carraspea. Yo respiro hondo, esperando que anuncie el nombre de Sloane.

—¿Estás seguro? —pregunta Emetterio.

—Entra dentro de mis derechos como líder de ala.

Se desarma, desabrochándose las vainas y dejándolas en el borde de la estera. ¿Qué coño está pasando?

—No te lo niego. —Emetterio se pasa una mano pesada por la cabeza afeitada—. El siguiente combate será Dain Aetos contra Violet Sorrengail.

Se me cae el alma a los pies. Si los escudos me flaquean, podría condenar a todas las personas de Aretia y a todos los marcados del cuadrante.

Imogen no solo ha abierto los ojos, sino que los tiene fuera de las órbitas cuando se vuelve hacia mí, alejándose de la estera antes de desaparecer a toda prisa. ¿Adónde irá? Tampoco es que pueda irse corriendo a avisar a Xaden para que intervenga como el año pasado. Estoy sola.

—Ni de puta coña. —Rhiannon niega con la cabeza—. Está herida.

Puede que no esté totalmente sola.

—¿Y desde cuándo ha importado eso? —replica el líder del otro pelotón.

Respira. Necesito respirar.

—Esto es una gilipollez —digo mirando a Dain a los ojos, y él se limita a cruzarse de brazos.

No tengo escapatoria. Es mi líder de ala. Podría retar a quien quisiera cuando quisiera, igual que Xaden el año pasado. Lo irónico es que corría mucho menos peligro la primera vez que Xaden me tumbó sobre la estera. Por aquel entonces solo me jugaba la vida yo, pero lo que ocurra hoy podría acabar matando a las personas que me importan.

—*No bajes los escudos* —me advierte Tairn. Su agitación me recorre el cuerpo y me eriza los pelos de la nuca.

Dain pisa la estera completamente desarmado, pero lo he visto luchar. No es tan bueno como Xaden, pero sigue siendo letal sin armas, y a mí me falta un brazo.

—¡No deberías aceptarlo! —grita Bodhi corriendo hacia nosotros, antes de detenerse junto a mí. Imogen no está lejos. Ah, ha ido a buscar a la persona más cercana a Xaden. Tiene sentido—. Tiene un brazo en cabestrillo, Aetos, joder.

—Me suena que la última vez que lo miré tú eras líder de sección. —Dain mira a Bodhi con los ojos entornados—. Y tu primo ya no es líder de ala. El líder de ala soy yo.

A Bodhi se le hinchan los músculos del cuello.

—Xaden le va a reventar la cabeza —susurra.

—Ya, pero ahora no está aquí. No pasa nada —miento, echando mano de mi primera daga—. Acordaos de quién me entrenó.

No me refiero al cuerpo a cuerpo, y por la mirada que me dedica Bodhi, creo que me ha entendido.

—Puedes luchar con las dagas si te sientes más segura, cadete Sorrengail —dice Dain llegando al centro de la estera.

Arqueo las cejas.

—Sabes que podría matarte desde aquí con las dagas, ¿verdad? —le recuerda Bodhi.

—Sí, pero no lo hará. —Dain gira la cabeza hacia mí y la ladea—. Soy su amigo de la infancia. ¿Recuerdas?

—Claro, porque lo que estás haciendo es propio de un amigo —le espeta Rhiannon.

Tras coger aire con convicción, refuerzo todos los escudos, tal como Xaden me ha enseñado, y me subo a la estera con una daga en la mano libre. Si tengo que escoger entre matar a Dain y salvar a Xaden, no hay debate posible.

Emetterio indica el principio del combate, y Dain y yo nos perseguimos en círculos.

—Como me toques la cara, te rajo —le advierto.

—Trato hecho —responde, y un instante después se abalanza sobre mí, apuntando al torso.

Conozco sus movimientos y esquivo sin dificultad ese primer intento girando sobre mí misma para apartarme de su trayectoria. Es rápido. Que lo

hayan elegido líder de ala no ha sido solo cosa del nepotismo. Siempre se le ha dado bien la estera.

—Este año eres más rápida —dice mientras volvemos a andar en círculos, y sonríe como si se sintiera orgulloso de mí.

—Xaden me enseñó un par de cosas el año pasado.

Pone una mueca y vuelve a atacarme, buscándome de nuevo el torso. Giro la daga para que la hoja quede perpendicular a mi antebrazo mientras me agacho para esquivar su golpe, y entonces suelto un puñetazo ascendente que le acierta en la barbilla sin llegar a cortarle.

—¡Toma ya! —oigo que grita Ridoc, pero no aparto la mirada de Dain.

Aetos pestañea y estira la mandíbula.

—Joder.

Esta vez viene hacia mí a mayor velocidad. Es difícil agacharme y esquivar sus acometidas sin poder mantener el equilibrio con el otro brazo, pero me las apaño hasta que me coge desprevenida y me da una patada baja que me levanta los pies del suelo.

Caigo de espaldas sobre la estera y noto una punzada de dolor en el brazo, tan intensa que la visión se me nubla y dejo escapar un grito. Lo que no se esperaba era que un instante más tarde le posara la hoja en la garganta al retenerme contra el suelo con el antebrazo en el cuello.

Escudos. Debo mantener los escudos en alto.

—Solo quiero hablar contigo —me susurra con la cara a apenas unos centímetros de la mía.

El dolor no es nada comparado con el miedo cerval de tener sus manos tan cerca de mí.

—Y yo solo quiero que me dejes en paz, hostia. —Sostengo la daga justo donde él pueda notarla—. Y no es una amenaza vacía, Dain. Como se te ocurra robarme aunque sea un solo recuerdo, acabarás desangrado como un cerdo en esta estera.

—A eso se refería Riorson con lo de Athebyne, ¿verdad? —me pregunta con un tono tan frágil como sus ojos, esos ojos familiares con los que siempre había podido contar.

¿Cómo diantres hemos llegado hasta aquí? Una amistad de quince años, la más cercana que he tenido jamás, y podría terminar con él con un simple movimiento de muñeca.

—Sabes bien a qué se refería —respondo procurando no levantar la voz.

Se le forman dos arrugas entre las cejas.

—Le conté a mi padre lo que vi cuando te toqué…

—Cuando me robaste los recuerdos —lo corrijo.

—No fue ni el destello de un recuerdo. Riorson te dijo que había ido a Athebyne con su primo. —Me busca los ojos—. A los de segundo no les dan permisos para hacer un trayecto tan largo, de modo que se lo conté a mi padre. Sabía que os habían atacado de camino hacia allí, pero no tenía forma de prever que…

—Me dijiste que me echarías de menos —siseo—. Y luego me enviaste a morir, enviaste a morir a Liam y Soleil. ¿Eras consciente de lo que nos esperaba allí?

—No. —Niega con la cabeza—. Te dije que te echaría de menos porque lo elegiste a él. Te dije que sabía cosas sobre él, que tenía motivos que tú desconocías para odiarte, y aun así lo elegiste a él. Sabía que me estaba despidiendo de cualquier posibilidad de estar contigo en ese sentido. No tenía ni idea de que os emboscaría una banda de grifos.

—Si esperas que te crea es que me conoces muy poco, y conozco todos los motivos que tiene Xaden para odiarme, y ninguno importa.

—¿Sabes lo de las cicatrices que tiene en la espalda? —me espeta, y contemplo la posibilidad de rajarle el cuello para quitármelo de encima.

—¿Las ciento siete cicatrices por cada marcado bajo su responsabilidad? Sí. Vas a tener que esforzarte un poco más si…

—¿Sabes quién le realizó las incisiones en la carne?

Parpadeo y el muy desgraciado percibe una sombra de duda en mis ojos.

—¡Ríndete! —me grita Sawyer desde el borde de la estera.

—Tengo la mano un poquito ocupada ahora mismo —respondo sin apartar la vista de Dain.

—Violet… —empieza Dain.

—Puede que hayas sido mi más antiguo amigo, mi mejor amigo, pero todo eso murió cuando violaste mi privacidad, me robaste los recuerdos y provocaste que Liam y Soleil murieran. Y eso no te lo perdonaré jamás.

Presiono lo justo para que la hoja le roce la piel áspera de la garganta, y los ojos se le encienden con algo cercano a la desolación.

—Fue tu madre —susurra antes de levantarse despacio, apoyándose primero en las rodillas, apartando el antebrazo de mi cuello y luego poniéndose en pie—. Gana ella —anuncia mientras se marcha de la estera—. Me rindo.

No puede ser verdad. Es imposible que mi madre hiriera a Xaden ciento siete veces. Dain solo pretende sacarme de mis casillas. Permanezco tumbada

durante varias respiraciones en un intento por calmar mi pulso frenético. Después envaino la daga, me balanceo y me pongo en pie a duras penas.

Emetterio anuncia el reto siguiente y yo salgo de la estera antes de sentarme entre Rhiannon y Bodhi como si no hubiera pasado nada.

—¿Violet? —Bodhi termina la pregunta con la mirada, y yo respondo negando con la cabeza.

—No me ha tocado.

Todos los secretos siguen a salvo dentro de mi cabeza. Bodhi asiente, y se aleja de nuestra estera mientras Aaric se enfrenta a un chaval de la Sección Cola que parece tener alguna posibilidad de poner fin a la racha de victorias de Aaric.

—Ven conmigo —me exige Rhiannon con la mandíbula tensa—. Ahora.

—¿Vas a aprovecharte de tu rango?

—¿Debo hacerlo? —replica cruzándose de brazos.

—No. Claro que no. —Suspiro, y la sigo hasta un extremo del gimnasio.

—¿Eso ha sido por lo que te robó? —me pregunta Rhiannon—. Porque fuera lo que fuese, su objetivo no era derrotarte.

—Sí —digo, y estiro el cuello; los efectos del chute de adrenalina se me extienden por el cuerpo y las náuseas toman la delantera.

Rhiannon espera sin éxito a que desarrolle mi respuesta, y suspira.

—Llevas rara todo el día. ¿Es por lo del ataque?

—Sí.

Miro a mi alrededor y reparo en que Imogen nos está observando. ¿Sabrá que Masen ha muerto?

—¿De verdad vas a obligarme a que te saque las respuestas a la fuerza? —Deja caer los brazos a los lados—. Te juro por Amari que si vuelves a contestarme con una respuesta escueta otra vez…

Me limito a no decir nada.

—Que sepas que he oído lo que has murmurado en Historia. —Hunde los hombros—. Has hablado de un asesinato.

Mierda.

—Sí, creo que sí.

Me estudia, y posa la mirada entre mis ojos.

—Además de Masen, ¿quién más ha muerto de los que te acompañaron a Athebyne?

Mi mirada se encuentra con la de ella, y el corazón comienza a martillearme con fuerza en el pecho.

—Ciaran. Estaba en el Tercer Pelotón.

No voy a decirle nada que no pueda responderle fácilmente cualquier otra persona.

—Y a ti te intentaron matar el día de la evaluación. Y a Imogen también la han atacado dos veces desde el parapeto. Igual que a Bodhi y Eya. —Entorna los ojos—. El sello de Dain es de los clasificados —susurra—. ¿Qué fue lo que te robó, Violet?

Joder, está resolviendo el rompecabezas demasiado rápido. Y se merece toda la verdad que pueda ofrecerle.

—Un recuerdo —contesto despacio.

Pone los ojos como platos.

—Puede leer recuerdos.

Asiento.

—No puede saberlo nadie.

—Sé guardar secretos, Violet.

Un gesto de decepción le recorre el rostro, y siento como si yo misma hubiera tirado de otra de las costuras de nuestra amistad hasta romperla.

Un coro de vítores estalla a nuestras espaldas, pero no nos volvemos para mirar.

—Ya lo sé —digo con un hilo de voz—. Y confío ciegamente en ti, pero hay secretos que no solo me competen a mí.

El miedo me retuerce las tripas. Es cuestión de tiempo que termine por descubrirlo todo. Y entonces su vida correrá el mismo riesgo que la mía.

—Dain te robó un recuerdo —repite—. Y ahora crees que están deshaciéndose de los jinetes que estaban contigo durante los Juegos de Guerra.

—Para —le suplico—. Haznos un favor a las dos y… —Niego con la cabeza—. Para.

Rhiannon frunce el ceño.

—Visteis algo que no deberíais haber visto, ¿verdad?

Ladea la cabeza y aparta la mirada, y yo contengo la respiración. Conozco esa mirada; está pensando.

—¿Es ese el recuerdo que te robó?

—No. —Cojo aire. Gracias a los dioses que no ha acertado en eso. Detecto movimiento a mi derecha con el rabillo del ojo, y al volverme veo a Aaric caminando hacia nosotros, sujetándose la muñeca izquierda—. Mierda, creo que se ha lesionado.

—¿Qué fue lo que mató a Deigh? —pregunta Rhiannon.

De repente me falta oxígeno en el gimnasio, ni siquiera me basta con el del continente entero, pero consigo llenar los pulmones de aire al volverme de nuevo hacia ella.

—Esa parte de la historia ya la conoces.

—Sí, pero no por ti —contesta con voz queda, y las comisuras de los ojos se le arrugan al entrecerrarlos—. Tenías a Liam entre tus brazos y luego tuviste que luchar. Eso fue lo que me dijiste. ¿Qué fue lo que mató a Deigh? —repite en un susurro que me parte el alma—. ¿Fue otro dragón? ¿Es eso lo que os pasó ahí fuera?

—No. —Niego con la cabeza enérgicamente, y me vuelvo para saludar a Aaric—. ¿Por fin has perdido?

Él resopla.

—Más quisieras. Pero me he roto la muñeca. Se supone que tenía que comunicártelo —le dice a Rhiannon.

—Voy a acompañarlo a la enfermería —digo.

—Violet… —empieza, con un tono que indica que para ella la conversación no ha terminado, pero sí ha terminado. No hay otra opción.

—Para. —Le doy la espalda a Aaric y bajo la voz—. Y no vuelvas a preguntarme eso nunca. Por favor, no me obligues a mentirte.

Echa la cabeza atrás y me observa en silencio, perpleja.

—Vámonos —le digo a Aaric, y empezamos a andar hacia la salida, no sin antes meter a la fuerza lo que acaba de pasar con Rhi en una caja que ya amenaza con rebosar.

Aaric apenas tarda un momento en recortar la distancia que nos separa con sus largas piernas. El pasillo de la primera planta del ala académica está desierto cuando llegamos, y nuestras botas resuenan contra las ventanas.

—Bueno, ¿y dónde cree tu padre que estás? —le pregunto al girar hacia la rotonda, intentando no pensar en todo lo que le he insinuado a Rhiannon y en todo lo que no.

—Se piensa que estoy viajando por mi vigésimo primer cumpleaños —responde Aaric frotándose la mandíbula cuadrada y la incipiente barba castaña, y tuerce el labio superior con desagrado—. Bebiendo y fornicando por todos los rincones del continente.

—Suena bastante más divertido que lo que estamos haciendo aquí.

Abro la puerta con el brazo bueno.

—¿Qué es lo que no te parece divertido? —me pregunta adelantándose y abriendo la puerta siguiente con la mano sana—. Entre los dos sumamos un par completo de brazos funcionales.

Esbozo una sonrisa al entrar en el pasillo de los dormitorios.

—Tú siempre tan encantador, Cam… —Pongo una mueca—. Aaric. Lo siento. He tenido un día de perros. —Y no hay cosa que más quiera que contárselo todo a Xaden, pero aún faltan dos días para que llegue.

Bajamos por la escalera y, a pesar de que Aaric debe de medir más o menos como Xaden, baja el ritmo para que pueda seguirlo sin dificultad.

—Se está empezando a oler la tostada, ¿eh? —me dice al llegar a los túneles.

Los pelos de la nuca se me erizan al levantar la vista hacia él.

—¿Qué tostada, exactamente?

—No lo han ocultado tan bien como creen. —Tensa la mandíbula—. Es fácil darse cuenta, si sabes qué buscar. En mi caso fueron las dagas que empezaron a llevar mis guardias lo que los delató. —Me lanza una mirada de reojo—. Las de los disquitos metálicos.

El corazón me late con tal fuerza que lo siento en los oídos. Dagas. Discos de metal.

—A los guardias sí que me costó darles esquinazo —añade con una mueca—. No informarán a mi padre de que me han perdido hasta que no les quede otra opción. Y espero de verdad que no sea hasta después de la Trilla. No podrá hacer una mierda después de la Trilla. Los dragones no responden ni siquiera ante los reyes.

—Hostia. —Siento como si se me hundiera el pecho cuando lo agarro del brazo bueno y paramos en seco antes del túnel—. Tú lo sabes, ¿verdad?

Arquea una ceja y las luces mágicas se le reflejan en sus mayestáticos ojos verdes.

—¿Por qué crees que estoy aquí?

22



> En algún momento, probablemente durante el segundo año, te darás cuenta de que la confianza que hayas depositado en tus amigos y familiares no tendrá nada que ver con la lealtad que sientas hacia tu pelotón.
>
> —Página del libro de Brennan

Más rápido. Debo correr más rápido. El miedo me atenaza la garganta mientras una oleada de muerte me persigue por el campo amarillo donde me espera Tairn, de espaldas a mí. El viento ruge a mi alrededor, ahogando cualquier otro sonido, incluso los latidos de mi corazón. Tairn va a morir, y no lo ve venir.

Percibo un destello dorado cerca de la punta de su ala.

Dioses, no. Andarna. Está aquí. No debería estar aquí.

La oleada me besa los talones, convirtiendo el suelo bajo mis pies en un páramo ceniciento y desolado.

—No hay escapatoria, jinete.

Una figura encapuchada surgida de la nada se interpone en mi camino y alza un brazo. Una fuerza invisible me levanta del suelo y me inmoviliza por completo. La oleada de muerte se detiene y el viento se acalla, como si el tiempo se hubiera detenido.

Se cambia el báculo de mano, y entonces con unos dedos huesudos y retorcidos se baja la gruesa capucha granate que acompaña a una túnica que

llega hasta el suelo, y deja al descubierto el blanco de su cráneo bajo un pelo ralo y peinado hacia atrás. Las sombras danzan en los recovecos de las mejillas macilentas de un rostro inquietantemente joven, y tiene los labios cuarteados y secos, igual que la tierra que hay a mi espalda, pero son sus ojos enrojecidos y las venas hinchadas que se le extienden por sienes y mejillas como una telaraña lo que me hace esforzarme por abrir la boca, por gritar.

Venin.

—Qué decepción —me regaña, como si fuera mi Sabio y no el maestro del ser oscuro que maté a lomos de Tairn—. Tanto poder en las puntas de los dedos, y aun así insistes en huir una y otra vez, recurriendo siempre a las mismas tácticas fallidas; ¿con la esperanza de qué? —Inclina la cabeza a un lado—. ¿De escapar?

Las costillas se me hunden en los pulmones mientras el miedo se apodera de mí, y me obligo a escupir un sonido bronco a través de la garganta, que no sirve para alertar a Tairn y Andarna.

—No puedes huir de mí, jinete —susurra acercando los dedos a mis mejillas, pero sin llegar a tocármelas—. Enfréntate a mí y muere o únete a mí y vive eternamente, pero jamás huirás de mí; hace siglos que espero a alguien con tu poder.

—Que te jodan —digo con un hilo de voz, pero lo siento hasta el tuétano de mis huesos.

—Muerte, entonces.

Baja la mano con una expresión de una profunda… decepción. El viento aúlla cuando caigo al suelo. Un grito me escapa del cuerpo mientras una oleada de agonía me recorre la piel y los huesos, absorbiéndome la esencia misma de mi energía hasta que…

Me despierto, con el pulso acelerado, la piel pegajosa y los dedos agarrotados en torno a la empuñadura negra de mi daga.

«Solo era un sueño. Solo era un sueño. Solo era un sueño».

—¿Piensas decirme adónde vamos? —le pregunto a Xaden el sábado, mientras me guía por la escalera después de salir de mi dormitorio.

—*A la forja de Basgiath* —responde cuando salimos del ala académica y entramos en el patio vacío. Por fin ha llegado el momento del año en que la temperatura del exterior coincide con la del interior. El otoño se acerca.

Siento una opresión en el pecho cuando caigo en la cuenta de que me está llevando a ver el lugar del que roban las armas, y lo que eso implica. Se está

abriendo a mí.

—*Gracias por confiar en mí.*

Las palabras no hacen justicia a lo que siento.

—*De nada*. —Me mira y se le muda el rostro—. *¿Me devolverás tú también parte de la confianza?*

Asiento, y aparto de él la mirada antes de cometer una imprudencia, como pronunciar esas dos palabras que él tanto espera, porque estamos teniendo un momento especial. Pero sí puedo compartir con él uno de mis secretos.

—*Encontré un texto en el que se decía que los Primeros Seis no solo levantaron las protecciones, sino que además tallaron la primera piedra protectora con sus propias manos.*

—*Eso ya lo sabíamos.*

—*Sí, pero solo en parte*. —Cruzamos los túneles hacia el campo de vuelo y le hago un gesto de cabeza a uno de nuestros estudiantes de primero. ¿Channing? ¿Chapman? ¿Charan? Joder, era algo así. Ya me lo aprenderé dentro de un par de semanas, después de la Trilla—. *El texto hablaba de la «primera» piedra protectora, lo que significa que si tallaron la de aquí, es muy probable que también se encargaran de la de Aretia. Voy por el buen camino*.

—*Bien visto.*

Xaden abre la puerta de los túneles, y entro.

—*Sé lo que debo buscar, pero no tengo ni idea de dónde podría estar.*

—*¿Y qué es?* —me pregunta de camino a la escalera.

El pulso se me acelera ante la emoción de ver al fin la forja, y también de echar un vistazo a la luminaria que tan desesperadamente necesita la revolución.

—*Necesito una crónica de puño y letra de uno de los seis. Mi padre me dijo que una vez había visto una, así que sé que existen. La cuestión es si la han traducido y censurado hasta el punto de que ya no valga nada.*

Giramos hacia la escalera y los dos paramos en seco; el mayor Varrish nos bloquea el paso.

—Ah, me alegro de verte, teniente Riorson —dice con una sonrisa tan grasienta como siempre.

Tengo el corazón en un puño. Xaden lleva encima suministros de contrabando suficientes para que lo ejecuten dos docenas de veces.

—Me gustaría poder decir lo mismo —replica Xaden.

—¡La he encontrado! —grita Varrish escalera arriba—. ¿No deberías dirigirte al campus principal, Riorson? Diría que es allí donde se alojan los

oficiales cuando están de visita —añade, y desvía la mirada hacia mí.

Recurro a toda mi fuerza de voluntad para no esquivársela.

—Aquí estás, cadete Sorrengail.

El profesor Grady me ofrece una sonrisa sincera al descender por la escalera, agarrado del brazo de Ridoc, que tiene las manos atadas a la espalda. Ridoc me dirige una mirada de alerta, y siento una opresión en el pecho.

No. Hoy no. Se nos están llevando.

—Por lo visto, no es nada fácil cogerte por sorpresa —comenta el profesor Grady con una nota de admiración en la voz—. La puerta de tu cuarto le impide el paso a todo el mundo. —Mira de reojo a Xaden, y centra la atención en los remolinos expuestos de su reliquia de la Rebelión que asoman justo por debajo de su mandíbula—. Supongo que es a él a quien tienes que agradecérselo, teniendo en cuenta que los de segundo no pueden invocar protecciones. No nos lo has puesto nada fácil para atraparla y llevarla al entrenamiento de interrogatorios.

—No voy a pedir perdón.

Xaden junta las cejas cuando los jinetes de Varrish, los que suelen vaciar mis posesiones en el campo de vuelo, doblan la esquina por encima del profesor Grady. Uno acompaña a Rhiannon y la otra, a Sawyer. Los dos tienen las manos a la espalda.

Parece que nuestro pelotón es el próximo en la ronda de interrogatorios… y yo estaba a punto de ver con mis propios ojos a la madre de todos los secretos de Basgiath. Me obligo a respirar con normalidad, en un intento por mantener a raya las náuseas.

—Está de permiso. —Xaden me aparta a un lado y se interpone entre los demás y yo—. Y se está recuperando de una lesión. —Las sombras se extienden desde los bordes de la escalera, y se alzan hasta formar un muro que me llega por la cintura—. *Aprovechará esta oportunidad para matarte por el ridículo que Tairn les hizo pasar a Solas y a él.*

—No tienes forma de saberlo.

—Solo le faltaría llevar sus intenciones grabadas en la frente. Confía en mí.

—No, el que está de permiso eres tú —responde Varrish con un brillo en los ojos—. La cadete Sorrengail tiene entrenamiento. —Le da un golpecito con el dedo al muro de sombras y pone una mueca—. Vaya, es fascinante. No me extraña que estéis tan codiciados. Está claro que sois realmente… únicos.

—No puedes protegerme de esto como tampoco pudiste protegerme en la Trilla —le digo a Xaden, y me alejo del refugio de su cuerpo—. *Y sabes que*

es verdad.

—*En la Trilla no eras mía* —replica.

—*Y ahora tampoco soy tuya* —le recuerdo—. No me pasará nada —digo en voz alta—. Desactiva la barrera.

—Hazle caso a tu novieta —sugiere Varrish—. No me gustaría nada tener que informar de que has desobedecido una orden directa, o aún peor: cancelar su permiso el fin de semana que viene. Aquí ya no puedes hacer nada más.

Joder. Así no se le habla a Xaden. Cuando se le dan órdenes, siempre reacciona resistiéndose aún más. Y Tairn y Sgaeyl no soportarían estar separados durante dos semanas.

—No estoy en tu cadena de mando, y por tanto no tengo ninguna obligación de obedecer tus putas órdenes. Y siempre puedo hacer algo más. No está en condiciones de recibir torturas, y si su líder de ala no está aquí para defenderla, lo haré yo.

—*¡Sgaeyl!* —Me comunico por el único canal que evito siempre a toda costa—. *Si no transige, me cancelarán el permiso de la semana que viene.*

—¿Cuáles son tus lesiones? —me pregunta Grady con gesto preocupado.

—La semana pasada me disloqué el hombro —respondo.

—*Lo escogí precisamente por lo intransigente que es* —me recuerda Sgaeyl.

—*Pero ahora mismo no nos sirve de nada. ¿Tengo que recordarte lo que lleva encima?*

—*Está bien. Pero solo por poder ponerle fin a esta conversación.*

—Su líder de ala también está implicada —le dice Varrish a Xaden—. Y siéntete libre de seguir discutiendo conmigo. Tienes razón. No estás bajo mi mando, pero, como tuve que recordarle a su dragón, ella sí. ¿O no te has enterado de lo de la sesión disciplinaria? No soportaría tener que repetirla solo para que aprendieras la lección, teniente. Aunque, claro, siempre podrías acompañarnos.

Xaden esboza una sonrisa, pero no es de las que me calientan el corazón, sino de las que me hielan todas y cada una de las células del cuerpo, esa curva amenazadora que vi por primera vez sobre la tribuna cuando era mi líder de ala.

—Un día, mayor Varrish, tú y yo vamos a tener unas palabras. —Deja caer la barrera de sombras y me mira con una ceja arqueada—. *¿Te has chivado a Sgaeyl?*

—*No voy a disculparme por salvarte de tu propia tozudez.* —Extiendo la mano buena y Grady da un paso al frente antes de atármela con delicadeza a

la que me sobresale del cabestrillo. Al menos no me ha torcido el hombro lesionado, pero la soga está apretada de cojones—. *Tengo un libro sobre mi escritorio que debo devolver a los Archivos*.

La ira arde en las profundidades de sus ojos ónice salpicados de dorado.

—*Me encargaré de hacerlo por ti.*

—Te veo la semana que viene —susurro—. *Dile que en la página trescientos cuatro se menciona un texto que me gustaría leer a continuación*.

—Hasta la semana que viene —responde con un gesto de cabeza, y aprieta los puños cuando Varrish pasa por delante de nosotros con los otros miembros de mi pelotón—. Y recuerda, Violencia, que aquí lo único frágil es tu cuerpo. Tú eres inquebrantable.

—Inquebrantable —me repito para mis adentros mientras el profesor Grady se me lleva con los demás.

23



Lo que ocurre a puerta cerrada en el Cuadrante de Jinetes a fin de convertir a los jóvenes cadetes en jinetes con todas las de la ley bastaría para revolver hasta un estómago de hierro. Aquellas personas con facilidad para marearse no deberían mirar.

—*Guía para el Cuadrante de Jinetes,*
por el comandante Afendra (edición no autorizada)

«La llave está en el cajón de mi escritorio».

Como frase secreta no es la más creativa del mundo, pero es la que me proporcionan en voz baja después de entrar en las instalaciones del entrenamiento. La entrada está tan bien oculta en la ladera, bajo los muros de contención del cuadrante, que no la había visto jamás en todos los años que llevo viviendo aquí. Y es sorprendentemente accesible teniendo en cuenta cuál es su propósito.

La antecámara de la cueva, vigilada y sin ventanas, no es lo que te esperarías de una cámara de tortura. Incluso podría utilizarse como despacho. Una gran mesa de madera ocupa el centro del espacio, con una silla de respaldo alto a un lado y otras dos justo enfrente. Nos desarman en cuanto entramos; nuestro armamento ocupa una porción considerable de la superficie de la mesa.

Sin embargo, son las dos cámaras anexas las que me hacen desear no haber desayunado. Las puertas están reforzadas con acero, y ambas cuentan con un ventanuco barrado que en estos momentos está bien cerrado con un cerrojo de acero.

—Os hemos entregado la información clasificada que debéis proteger —anuncia el profesor Grady de camino a la cámara de la derecha. Hay una mesa de madera deteriorada en el centro de una estancia con forma de cúpula, acompañada de seis sillas, y cinco camastros de madera a lo largo de los muros de piedra sin colchón y una puerta que espero desesperadamente que conduzca a un baño, o estos próximos días las cosas se van a poner bastante feas—. Sentaos —dice señalando la mesa.

Todos obedecemos. Rhiannon y yo nos sentamos frente a Sawyer y Ridoc, y se oye el roce de la madera contra la piedra cuando nos acomodamos sin ayuda de las manos.

—Por ahora, estamos en lo que llamamos un entorno de aula. ¿Recordáis lo que significa?

El profesor Grady se coloca detrás de Sawyer y, un instante más tarde, este recupera la libertad de las manos.

—Significa que no estamos en una situación puntuable —responde Rhiannon—. Y podemos hacer preguntas.

—Correcto. —El profesor Grady se acerca a Ridoc y repite el proceso—. En esencia, el propósito de este ejercicio es enseñaros a sobrevivir a una posible captura —nos explica—. Los dos próximos días son puramente instructivos. —Acerca las manos a mis ataduras y desata la soga con una delicadeza sorprendente—. Es una evaluación.

—Para que sepáis qué teclas tocar cuando empiece la prueba de verdad —señala Ridoc frotándose las muñecas.

—Exacto. —El profesor Grady sonríe—. ¿Será divertido? En absoluto. ¿Vamos a mostrar algún tipo de compasión? No, claro que no. —Se dirige hacia Rhiannon después de soltarme las manos—. Y el vicecomandante Varrish parece tener un interés especial en vuestro pelotón, sin duda por el gran legado de la cadete Sorrengail. Así que, por desgracia, parece que se nos evaluará a todos durante el ejercicio.

Dos jinetes entran con sendas bandejas de comida y jarras de peltre, y las dejan sobre la mesa. Hay panecillos más que de sobra para los cuatro y un bote de lo que parece ser mermelada de fresa.

—Comed y bebed —dice el profesor Grady señalando las bandejas—. Cuando empecemos el ejercicio, no tendréis oportunidad. Además… —

Esboza una sonrisa—. Hay un parche esperando si conseguís escapar. Aunque, por lo que he oído, hace más de una década que no lo consigue ningún pelotón.

—Ese parche ya es nuestro —responde Ridoc.

—Qué confianza. —El profesor Grady le hace un gesto de cabeza a Ridoc —. Me gusta ver algo así en un estudiante de segundo. —Echa a andar hacia la puerta, y entonces se da la vuelta—. Os avisaré cuando comience el ejercicio. Hasta entonces, debéis compartir un secreto de cada uno. Algo que no tenga forma de saber nadie más, salvo vosotros cuatro. Y sí, haremos todo lo posible por sacároslos, junto con las frases secretas que se os han dado. Recordad los mecanismos de supervivencia que habéis aprendido en clase hasta ahora, y esto habrá terminado antes de que os deis cuenta. Todos los jinetes que se gradúan se han sentado donde estáis vosotros ahora mismo, y han conseguido superar lo que estáis a punto de experimentar. Tened fe en vosotros mismos. Esto lo hacemos por vosotros, no contra vosotros.

Nos ofrece una última sonrisa reconfortante, antes de marcharse y cerrar la puerta. Rhiannon se dirige inmediatamente hacia allí y examina las barras y el cerrojo.

—No parece estar insonorizado, pero si hablamos en voz baja deberíamos tener una cierta privacidad. —Prueba a mover la manija—. Y sí, os confirmo que estamos encerrados.

Sawyer reparte la comida entre los cuatro platos que nos han proporcionado.

—Es todo tan… civilizado… —apunto cuando me ofrece uno de los platos.

Rhiannon comprueba la otra puerta.

—Y ahí hay un baño, gracias a los Dioses.

—Me pregunto si se lo llevarán todo durante la prueba real —musita Ridoc sirviéndose mermelada sobre su panecillo con el único cuchillo que nos han dejado.

—Joder, espero que no —dice Sawyer quitándole el cuchillo a Ridoc—. ¿Soy el único que se pregunta si estamos esperando compañía? —Hace un gesto con la cabeza hacia el camastro más alejado.

—Estadísticamente, a estas alturas suele haber cinco estudiantes de segundo vivos por pelotón —comento, y cojo una de las jarras de la bandeja —. Nosotros perdimos a Nadine.

Se instala un silencio que dura uno, dos segundos.

—Bueno, pues ya no vamos a perder a nadie más. Nosotros cuatro llegaremos a la graduación —promete Rhiannon cogiendo una jarra también para ella. La olisquea y vuelve a dejarla—. Huele a zumo de manzana. Está bien. No sé cuánto tiempo tenemos, así que venga, en marcha. Elegid un secreto, el que sea, y compartidlo con el grupo. —El cuchillo y la mermelada giran por la mesa hasta llegar a ella—. Empiezo yo. El año pasado, en Montserrat, Violet y yo nos escapamos para visitar a mi familia.

—¿Que hicisteis qué?

Sawyer enarca las cejas y Ridoc se traga lo que tenía en la boca.

—Qué rebeldes. No sabía yo que te fuera lo de romper las normas, Violet.

—Uy, Violet es una persona cargada de secretos, ¿verdad?

Rhiannon me lanza una mirada de reojo y me alarga el cuchillo.

—¿En serio? —digo untando la mermelada con demasiada agresividad.

—Bueno, bueno. —Ridoc nos mira—. ¿Detecto una cierta tensión?

—No —respondemos Rhiannon y yo al unísono, y luego nos miramos. Las dos hundimos los hombros y ella suspira, desviando la mirada. Supongo que ahí es donde está nuestro límite. Lo que nos traemos entre nosotras es problema nuestro, y de nadie más.

—Estamos bien —añade ella.

Por alguna razón, me hace sentir mejor, aunque no demasiado. Le doy un mordisco al panecillo y lo mastico por completo por si lo que nos hagan más tarde me hace vomitar. Necesito un secreto que pueda compartir con ellos y que no los acabe matando.

—Nunca he llegado a contarles a mis padres que tuve que repetir —dice Sawyer con la mirada clavada en su plato—. Ni siquiera se han cuestionado que les haya enviado mi primera carta este año. Han dado por sentado que los cadetes del Cuadrante de Jinetes no podían mandar cartas durante los dos primeros años, y yo no les he dicho lo contrario. No quiero que se avergüencen de mí.

—Nadie se avergonzaría de ti —contesto con dulzura levantando mi jarra —. Y estoy convencida de que se alegran de que estés vivo. No es algo tan habitual.

—Estoy de acuerdo. —Ridoc asiente sosteniendo la jarra con ambas manos—. Las serpientes me dan un miedo cerval.

—Menuda mierda de secreto —replica Sawyer esbozando una sonrisa.

—Sorpréndeme con una algún día y verás si es una mierda de secreto o no. Además, tú no lo sabías, así que creo que cuenta. —Ridoc se encoge de hombros—. Se supone que en el cuadrante no existen las debilidades,

¿verdad? Pues esa es mi debilidad. Me pongo a chillar como un crío cuando veo una.

Todos se vuelven hacia mí. Vamos allá.

—Estoy enamorada de Xaden Riorson.

A Mira. A mi pelotón. Parece que soy capaz de pronunciar esas palabras delante de cualquier persona menos de Xaden.

—Siento ser yo quien te diga esto, pero eso no es un secreto —dice Ridoc negando con la cabeza.

—Claro que sí —le discuto agarrando con fuerza la jarra.

—No —interviene Sawyer—. En todo caso, un secreto a voces.

—Desde hace tiempo —añade Rhi ofreciéndome la primera sonrisa genuina que le veo desde hace semanas—. Vas a tener que esforzarte un poco más.

Se supone que son mi centro, mi pilar, mi espacio seguro. Por eso está prohibido matar a un compañero de pelotón. Los venin. Los guivernos. Las dagas. Las protecciones. Andarna. Brennan. Aretia. Pierdo la cuenta de los secretos que tengo, pero mis amigos no están más seguros por ello; en todo caso, viven en una feliz ignorancia.

—¿Y mi secreto no puede ser el mismo que el de Rhiannon? —pregunto.

—No —responden todos.

Una cosa. Debe de haber una cosa que pueda contarles y que los ayude a prepararse para lo que está por llegar.

—Nuestra infantería está matando a civiles poromielenses en la frontera.

—¿Cómo? —Sawyer se inclina hacia delante, y sus pecas adquieren protagonismo cuando pierde toda la sangre del rostro.

—Es imposible —añade Ridoc.

Rhiannon me observa en silencio.

—Lo oí cuando estuve en Samara. —Los miro a todos a los ojos—. Nos lo expliquen o no en Informe de Batalla, está pasando. ¿Os vale como secreto?

Todos asienten, y yo desvío la mirada cuando descubro a Rhiannon estudiándome con detenimiento.

—Bien —digo levantando la jarra. Los otros hacen lo propio. Cojo aire y la inclino para beber…—. ¡Parad! —siseo—. No bebáis.

La suelto sobre la mesa como el veneno que es.

—¿Qué te pasa? —pregunta Ridoc dejando su jarra sobre la mesa.

—Huele igual que el agua que nos dieron antes del recorrido de navegación terrestre —susurro.

Rhi y Sawyer dejan también las suyas.

—Quieren desconectarnos de nuestros dragones —apunta Sawyer.

—O embotarnos los sellos —agrega Rhiannon—. ¿Ha bebido alguien?

Negamos con la cabeza.

—Bien. No se lo digáis. Fingid la desconexión. —Se pone en pie despacio y vacía el contenido de la jarra en el retrete, y los demás hacemos lo mismo —. Podemos sobrevivir tres días sin agua, y deberíamos estar fuera mañana. Por mucha sed que pasemos, sobreviviremos. Nos mantendremos firmes.

Ahora entiendo lo de los panecillos. Tengo la boca como si hubiera estado comiendo arena.

—Nos mantendremos firmes —coincide Sawyer cuando regresamos a la mesa y nos sentamos.

—Mañana una mierda. Yo digo que nos escapemos esta noche —susurra Ridoc—. Debes de poder transportar las llaves, ¿no? —le pregunta a Rhi.

—Sí, pero no a través de muros. —Niega con la cabeza—. Estoy cerca, pero aún no.

—¿Y tú no puedes doblar los cerrojos? —Esta pregunta va dirigida a Sawyer—. Coño, yo puedo absorber humedad del aire y congelar la cerradura.

Se vuelve hacia mí.

—Yo no sirvo de nada en esta situación —respondo recostándome en la silla.

La puerta se abre y entra el profesor Grady.

—No podemos comunicarnos con nuestros dragones —exclama Rhi levantando la barbilla—. Nos habéis engañado.

—Primera lección. —Grady levanta un dedo—. No os confiéis nunca. Siempre estamos en un escenario real.

Diez minutos más tarde descubrimos lo que hay en la segunda cámara (poco, a decir verdad) cuando encadenan a Ridoc, Rhiannon y Sawyer al muro de piedra en el que les han ordenado que se sentaran. Están lo bastante cerca los unos de los otros como para estar a punto de tocarse, pero los grilletes colgantes que les sujetan las muñecas se lo impiden. Hay al menos otros seis pares a ambos lados del trío, y las luces mágicas sobre nuestras cabezas muestran todas las manchas de sangre seca de la piedra.

—Supongo que esa silla es para mí, ¿no? —le pregunto al profesor Grady.

Observo la silla de madera manchada del centro de la sala cilíndrica y los grilletes de los reposabrazos y las patas. El corazón me late como si

pretendiera escapárseme del pecho, huir de esta sala. Hay un desagüe bajo la silla, pero me niego siquiera a pensar para qué puede servir.

—En efecto. —Hace un gesto y yo me siento, ignorando todo impulso de echar a correr. El pánico amenaza con asfixiarme mientras él me inmoviliza el brazo derecho con el grillete y luego se dispone a hacer lo mismo con las piernas, dejándome, eso sí, el hombro dislocado en el cabestrillo—. Y aquí es donde yo me marcho.

—¿Que usted qué? —Ridoc tira de los grilletes que tiene en las muñecas, pero no ceden.

—Leeré los informes y os haré mis comentarios antes del examen —nos dice—. Pero hace tiempo que aprendimos que si los que llevan a cabo los interrogatorios somos los profesores, no fomentamos precisamente la confianza entre los cadetes y nosotros. —Nos mira a todos uno por uno—. Recordad lo que os hemos enseñado. Intentarán dividiros, enfrentaros o hacer que creáis que hablar es un acto de misericordia. Aprovechad las estrategias que habéis leído. Apoyaos los unos en los otros. Yo estaré justo fuera de la entrada. Si llegáis hasta mí, os ganáis el parche. Buena suerte.

Nos sonríe como si no acabara de dejarnos allí para que hagan con nosotros lo que les plazca, y luego se marcha.

—¿Creéis que es mal momento para admitir que no me he leído esta parte de los apuntes? —pregunta Ridoc una vez que estamos solos.

—¡Sí! —grita Rhiannon fulminándolo con la mirada.

—Violet, ¿estás bien? —pregunta Sawyer.

—Soy la única que está sentada en una silla, así que tengo la sensación de partir con ventaja —bromeo, pero queda en nada cuando se abre la puerta que tengo a mi espalda.

Entran dos jinetes que no había visto hasta ahora, un hombre y una mujer. El hombre nos sonríe.

—Vaya, hola. Todos sois prisioneros a los que han seleccionado para someteros a un interrogatorio —anuncia apoyándose en un muro a poca distancia de Sawyer.

Es un hombre del montón sin una altura, aspecto o pelo que llamen la atención en ningún sentido. Podría haberme cruzado con él decenas de veces en los pasillos de Basgiath o en alguno de los puestos avanzados y no me habría fijado en él. Y lo mismo con la mujer. Es como si ser poco memorable fuera uno de los requisitos de este trabajo.

La mujer me rodea como un buitre en busca de alguna debilidad. Levanto la barbilla, decidida a no mostrarle ninguna.

—Todos tenéis una información que necesitamos —continúa el hombre —. Dádnosla ahora y esto terminará aquí. Es tan fácil como eso.

—¡Mi mapa está debajo de mi colchón! —exclama Ridoc.

Me quedo boquiabierta.

—Vaya, empezamos con la táctica de mentir desde el principio para que no sepan cuándo dices la verdad. —El hombre sonríe—. No está mal. Aunque, por desgracia para ti, mi sello es parecido al de la teniente Nora, y tiene que ver con vuestras funciones corporales. Hablando en plata: percibiré cuándo estéis mintiendo, y ahora mientes.

La mujer me golpea la mejilla con el dorso de la mano con tanta fuerza que la cabeza se me inclina a un lado. Siento una punzada de dolor y pestañeo deprisa, y entonces me paso la lengua por los dientes. No hay sangre.

—¡Plateada!

—Ahora no.

Levanto los escudos para ahorrarle esta situación.

—¡Violet! —grita Ridoc tirando de sus cadenas.

—Estoy bien —le digo, a él y a todos. Hago lo que hago siempre; compartimento el dolor y me obligo a ignorarlo, forzando una sonrisa—. ¿Lo veis? Estoy bien.

Rhiannon se apresura a ocultar su temor, pero Sawyer no se molesta en esconder la repulsión que siente por nuestros captores.

—Eres la más débil. Por eso te han elegido la primera —dice la mujer con una voz grave que rezuma desprecio—. Hemos leído todos vuestros informes. —Se acuclilla frente a mí y me mira de arriba abajo, posando la atención en mi cabello, luego en la zona enrojecida de mi mejilla en la que estoy convencida de que me ha dejado grabada su mano y, por último, en el cabestrillo—. ¿Cómo ha podido sobrevivir al primer año alguien tan frágil como tú?

—Habéis tirado vosotros de ella, ¿no? —dice el hombre mirando a mis compañeros de pelotón—. No es justo que les hayan cargado el muerto a unos estudiantes de primero.

—No les digáis nada que puedan utilizar contra nosotros —nos ordena Rhiannon.

La mujer se ríe.

—Como si no lo supiéramos todo ya. —Se levanta despacio—. Cuéntanos el secreto que guardas.

—Que te den.

Me preparo y, como cabía esperar, una mano vuela hasta mi cara. Esta vez noto un regusto a sangre, pero no se me ha soltado ningún diente. Levanto un muro mental en torno al dolor y me imagino que desaparece bajo la caja que he construido para él, igual que hago con los escudos.

—Menuda lengua tienes para ser la hija de una general —se burla la mujer.

—¿De quién te crees que la he sacado?

Su fachada se debilita y sonríe genuinamente un instante, antes de reprimirla.

—A ver qué os parece esto. Si alguno de vosotros me confiesa su secreto, no le reventaré esta cara bonita que tiene.

—Vais a necesitar mucho más que eso para que nos vengamos abajo —le espeta Rhiannon.

—No podría estar más de acuerdo. No miréis —les digo a mis compañeros, y me preparo.

La mujer me golpea por el otro lado, esta vez en un punto más alto, y la mejilla me estalla. O esa es la sensación que tengo. La oleada inicial me produce náuseas y termina dejando paso a un dolor palpitante. La visión del ojo derecho se me nubla y algo húmedo me recorre la mejilla.

—Puede que ella no sea la clave —dice la mujer alejándose de mí y dirigiéndose a los demás—. A lo mejor estáis hasta las narices de tener que cargar con ella y su fragilidad. —Le levanta la cabeza a Ridoc—. O a lo mejor solo es fuerte en lo que a ella le atañe.

Le da un puñetazo a Ridoc en la cara y el muro se salpica de sangre y saliva. La rabia se sobrepone al dolor y trato de balancearme hacia delante, pero no solo tengo los brazos y las piernas encadenados, sino que la silla también está sujeta al suelo.

La mujer me mira por encima del hombro.

—Está en tus manos que todo esto termine —dice, y vuelve a atacarlo.

Cierro los ojos y deseo poder cerrar también los oídos cuando lo oigo gruñir tras el siguiente golpe. Y el siguiente. Y el siguiente. Al abrir los ojos…, perdón, el ojo, todos hemos recibido un puñetazo.

—Déjalos reflexionar un rato —sugiere el hombre—. Se habrán ablandado en un par de horas.

La mujer acepta y nos dejan a solas, cerrando la puerta pero no el cerrojo del ventanuco.

—Bueno, pues menuda puta mierda.

Sawyer escupe sangre al suelo.

—Violet, el ojo… —murmura Rhiannon.

—Se me está hinchando, no se me va a caer —respondo, y encojo el hombro bueno.

—Si esto es el primer acto, ¿qué pasará después? —pregunta Ridoc. Tiene la mejilla partida.

—Intentarán enfrentarnos —contesta Rhiannon—. No nos venimos abajo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —decimos todos a la vez.

Lo peor no es el dolor ni el ojo hinchado, sino las horas de espera, la incertidumbre de no saber cuándo volverán y tendremos que soportar algo mucho peor. Y es entonces cuando llega el momento y nos dejan a todos con más magulladuras en varios lugares del cuerpo. Estoy bastante segura de que el último golpe le ha provocado una conmoción cerebral a Sawyer.

Sin ventanas, es imposible saber cuánto más tendremos que aguantar, puesto que si no sabemos qué hora…

—*¿Qué hora es?* —le pregunto a Xaden, bajando los escudos solo lo necesario para comunicarme.

—*Casi medianoche* —responde—. *¿Estás…?*

—*No termines esa pregunta. Ya sabes lo que pasa aquí abajo.*

—*Sí. Sí que lo sé.*

—Es casi medianoche —les digo a los demás en voz baja—. Todavía tenemos toda la noche por delante.

—¿Tienes a Tairn contando las campanadas? —pregunta Sawyer, y gira la cabeza hacia el brazo encadenado para limpiarse parte de la sangre.

—No exacta…

Se abre la puerta y el hombre entra con una jarra de peltre.

—¿Alguien tiene sed? —Se agacha frente a Sawyer, bloqueándome la vista de su cara—. Aquí está la solución. Y ni siquiera tienes por qué confesarme tu secreto. No tienes más que decirme alguno de los secretos personales de tus amigos. —Nos señala a los demás—. Y no contaría como venirse abajo. Solo es un detalle personal, no significa nada.

—Vete a la mierda.

—Qué lástima. —El hombre ladea la cabeza—. Todavía no tienes suficiente sed. No sufras. Todo llegará.

Se mueve hacia Rhiannon, luego hacia Ridoc y al final hacia mí. Nuestras respuestas son todas iguales.

—Sois un grupo muy unido, ¿eh?

Un escalofrío me recorre la espalda cuando Varrish entra en la sala, observándonos con una alegría desenfrenada.

—Sí que lo son, señor —contesta el hombre.

Varrish se frota la barbilla con el pulgar.

—A estas alturas ya deberían haber confesado un detalle personal, ¿verdad?

—En efecto, señor.

Me siento henchir de orgullo. Varrish se agacha y agarra el parche verde del Pelotón de Hierro que lleva Ridoc en el pecho.

—Entiendo que así es como se ganaron esto el año pasado. —Se incorpora y suspira—. Esto se está alargando demasiado.

—Señor, estamos utilizando el protocolo de interrogatorios estándar —dice la mujer al entrar en la sala.

—Pues para eso estoy aquí. —Su júbilo me aterra más que los puñetazos de la mujer—. Los interrogatorios son mi especialidad. Y tengo justo lo necesario para que se derrumben en un tiempo récord. —Mira hacia el pasillo y tuerce los dedos—. Entra, no seas tímido.

Rhiannon pone los ojos como platos y desvía la mirada del umbral hacia mí. El miedo que distingo en ellos me sienta como un puñetazo en el estómago.

—Creo que todos estáis familiarizados con el líder de ala Aetos, ¿verdad?

24



Cada pocos años, aparece un pelotón que supera todas las expectativas. Ascienden entre las filas, obtienen todos los parches, vencen en todos los retos. Y entonces, inexplicablemente…, fracasan, y más tarde caen. Se refieren a ello como el efecto desgaste: brillan con demasiada rapidez e intensidad como para mantener el ritmo. Es triste, sin duda, pero tiene su gracia ver que los unos se vuelven contra los otros.

—*Guía para el Cuadrante de Jinetes,*
por el comandante Afendra (edición no autorizada)

Dain entra en mi campo de visión y se me cae el alma a los pies cuando empieza a examinar a mis amigos, y entonces se vuelve hacia mí. Abre mucho los ojos al percatarse de mis magulladuras y la hinchazón de mi ojo.

—Violet.

—*Ha aparecido Dain* —le digo a Xaden, a pesar de estar paralizada por el miedo. No podemos seguir con esto. No tengo claro cuánto sabe Dain, pero es evidente que mucho menos que yo.

—*Voy para allá.*

El tono tenso en la voz de Xaden es todo lo que necesito para comprender lo mucho que están a punto de complicarse las cosas.

—*No puedes hacer nada.*

Refuerzo mis escudos, canalizando toda mi energía mental, extrayendo poder de Tairn para potenciarlos y levantando otro muro en torno a mis Archivos mentales.

—No entiendo nada —dice Sawyer—. ¿Qué pinta aquí nuestro líder de ala?

—Viene a defenderla como corresponde a un líder de ala, o eso nos dijo Riorson —responde Ridoc con un tono esperanzado—. ¿Verdad?

—No, no viene a defenderme —contesto sin apartar la mirada de Dain y sus manos.

—¡Las normas establecen que los jinetes deberían estar sanos antes de someterlos a la evaluación de interrogatorios! —brama Dain apartando la vista de mí para enfrentarse a Varrish—. Y salta a la vista que la cadete Sorrengail no está sana.

Parpadeo de pura sorpresa.

—Te tomas las normas al pie de la letra, ¿eh? —Varrish chasquea la lengua—. Las normas establecen que deberían estar sanos, no que deban estarlo. Es mucho más realista que un jinete esté herido cuando lo capturan.

—¿Y qué pinto yo aquí? —exige Dain.

—Quiero probar una teoría. —Varrish sonríe—. Pero mientras esperamos a que llegue nuestro invitado, practica con ella —añade señalándome.

¿Qué invitado? El miedo desaparece, sustituido por la ira.

—Ni se te ocurra venir. Varrish quiere comprobar si aparecerás o no. Creo que está poniendo a prueba la mezcla que bloquea los vínculos.

—Si te lee los recuerdos, pondrás en peligro al movimiento entero.

—Y si te presentas aquí envuelto en sombras, sabrá que tengo algo que esconder, y esto se convertirá en un interrogatorio de verdad. Tu única opción es confiar en que me hayas entrenado bien.

El rescate suena fantástico en la teoría, pero en la práctica nos jodería a todos la vida.

—Violet…

El tono de súplica en su voz me parte el alma en dos. Coloco el último ladrillo en su sitio y bloqueo a Xaden.

—¿Quiere que…? —Dain arquea las cejas.

—Sí. Utiliza tu sello con ella. Solo para extraerle la frase secreta, por supuesto.

—Mi sello está clasificado.

—Y ella ya lo conoce —dice Varrish negando con la cabeza como si esto fuera un juego de niños—. ¿Verdad? Por eso está tan furiosa contigo. Te

culpa por lo que le ocurrió a su amiguito. —Da unos pasos al frente—. Es fascinante lo que puedes llegar a descubrir observando.

Dain niega con la cabeza.

—No voy a hacerlo.

—Y entonces ¿con quién piensas practicar para extender tu habilidad más allá de los acontecimientos recientes? Nolon se está quedando sin civiles que reparar, y si crees que esta no le habrá contado ya lo de tu secretito a su pelotón, la sobrevaloras.

Hostia puta. Carr es mi profesor, pero Varrish es el de Dain. ¿Para qué cojones sirve el sello de nuestro vicecomandante?

Dain se endereza y me busca la mirada. No lo niego. No puedo. No sé mentir, y con el rastreador de mentiras, o como sea que se llame el sello, en el otro lado de la sala, lo mejor es que no abra la boca.

—Para eso sirve tu sello. Eres la primera línea de defensa, Aetos. Violet podría ser una espía poromielense o una jinete de grifo. Podrías salvar el reino entero simplemente extrayéndole los secretos de su memoria. —Varrish me observa como un animal que debe ser estudiado—. Podrás ver lo que ocurrió en realidad el día en que dos marcados murieron a manos de —inclina la cabeza a un lado— grifos, ¿verdad, cadete Sorrengail? La verdad espera, líder de ala Aetos, y tú eres el único que puede verla.

Inspira. Espira. Me concentro en controlar el pulso y le sostengo la mirada a Dain.

—Joder —masculla Ridoc—. ¿Que puede hacer qué?

No pierdo de vista a Dain. ¿Cómo puede resultarte alguien tan familiar y tan extraño al mismo tiempo? Es la misma persona con la que escalábamos árboles, con quien huía cuando algo no iba bien. Pero también es el culpable de las muertes de Soleil y Liam.

—Podrías enterarte también de qué ve en él —susurra Varrish acercándose a Dain—. Por qué lo escogió a él y no a ti. ¿No quieres saberlo? Ahí tienes todas las respuestas. Solo debes saber dónde buscar.

Debo reconocerle a Varrish que es la hostia de convincente.

La lucha que percibo en los ojos de Dain hace que se me forme un nudo en la garganta, y cuando extiende las manos hacia mi cara, estiro el cuello y me alejo todo lo que me permite la silla.

—No —me fuerzo a decir.

—No —repite él despacio, antes de dejar caer las manos y apartar la mirada—. No participaré en la evaluación de interrogatorio de una cadete con una lesión anterior —le dice por encima del hombro a Varrish.

Y, con esto, se marcha. Inspiro y el aire consigue atravesarme el nudo de la garganta y llegarme a los pulmones. Los ojos de Rhiannon se encuentran con los míos y luego los cierra despacio, aliviada.

—Vaya, menuda decepción —masculla Varrish con el primer ceño que veo en su cara—. Puta obediencia. Pues nada, volvamos a las tácticas de siempre.

Retrocede antes de darme tiempo a prepararme y descarga un golpe descomedido en mi hombro dislocado.

El dolor nubla todos mis otros sentidos.

Y, poco después, solo hay negrura.

Cuando despierto tengo a Nolon observándome desde arriba. Me incorporo de golpe en el camastro de madera y él retrocede.

—Ya está de vuelta con nosotros —dice él acomodándose en la silla que hay junto a la cama.

—¿Qué hora es?

Echo un vistazo alrededor de la habitación y distingo a Rhiannon, Sawyer y Ridoc sentados en las literas. No parecen estar más heridos que antes de que perdiera el conocimiento. Antes de que Varrish me sacara el hombro de su sitio. Con cuidado, giro la articulación y miro a Nolon. Me ha reparado. Siento un ligero dolor, pero nada más, y veo por ambos ojos.

Él asiente.

—Ya es de día —responde Rhi ceñuda—. O eso creo.

Trato de comunicarme con Xaden, pero el canal vuelve a estar opaco. Se ha ido.

—El vicecomandante me ha llamado para que te sanara. —Nolon baja la voz y se inclina hacia delante—. Y así poder volverte a destrozar una y otra vez hasta que te derrumbes. Tengo órdenes de esperar en la antecámara durante lo que dure el interrogatorio, que han extendido hasta mañana.

Un miedo cerval se me instala en el estómago vacío.

—¿Eso es normal? —pregunta Sawyer inclinándose hacia mí y cubriéndose las rodillas con los antebrazos.

—No —contesta Nolon sosteniéndome la mirada—. Quiere descubrir lo que sea que sabes, Violet. —Me coge de la mano y me da un ligero apretón—. ¿Merece la pena ocultárselo?

Asiento.

—¿Y merece la pena ver cómo torturan a tus compañeros de pelotón?

Pongo una mueca, pero vuelvo a asentir.

—Creo que llevo demasiado tiempo con la cabeza metida en otros asuntos. —Suspira, antes de ponerse en pie—. ¿Por qué no me acompañas hasta la puerta?

Dejo caer las piernas por un lado de la litera y lo sigo hasta la puerta de la sala. Rhiannon nos sigue de cerca.

—Por tu bien, busca una forma de huir —me susurra antes de dirigirse hacia el ventanuco abierto—. Ya he terminado por ahora. —La puerta se abre y Nolon se cuela por la abertura—. Ya cierro yo —le dice a quienquiera que haya al otro lado. Nuestras miradas se encuentran por la ventana mientras cierra la puerta, con el distintivo clic del cerrojo, pero no el ventanuco.

Rhiannon tira de mí y las dos nos ponemos de cuclillas.

—He estado pensando en mi otro paciente —comenta Nolon con indiferencia.

—¿Qué le pasa? —quiere saber Varrish.

—Ha vuelto a pasarse la noche en la enfermería. Sorrengail todavía tendrá que dormir una hora como mínimo para recuperarse de la reparación. ¿Por qué no me acompañas y vemos si podemos aprovechar tus habilidades? Tal vez esté pasando algo por alto.

Rhiannon y yo intercambiamos la misma mirada de perplejidad.

—¿Crees que las sesiones están fracasando? —pregunta Varrish.

—Lo que creo es que ya he hecho todo lo que podía por él —contesta Nolon—. No voy a quedarme aquí todo el día mano sobre mano mientras ella duerme…

—Está bien, vamos —responde Varrish—. Pero tiene que ser rápido. Los otros han ido a buscar el desayuno.

—En ese caso, démonos prisa, por supuesto.

Un momento más tarde, la puerta de la antecámara se abre y se cierra. Rhiannon y yo nos levantamos despacio, y echamos un vistazo por el ventanuco.

—Creo que estamos solas —susurra.

—Eso parece.

—Tenemos que salir de aquí —les dice Rhiannon a los chicos—. Creo sinceramente que Varrish podría intentar matar a Violet.

El estómago se me revuelve. Por Dunne, lo ha dicho.

—Estás de coña, ¿no? —pregunta Sawyer con los ojos fuera de las órbitas, pero Ridoc guarda silencio, mirándonos a Rhiannon y a mí.

—Ya me ha llevado al límite una vez —admito con voz queda.

Los chicos se miran entre ellos y se levantan.

—Vale, voy a hacerte la pregunta más obvia —dice Ridoc mientras cruzan la sala—. ¿Qué cojones sabes tú que nosotros desconozcamos?

Los miro a los tres.

—Si os lo contara, y creedme que he valorado esa posibilidad, seríais vosotros los que estaríais encadenados a la silla. Y no pienso permitirlo.

—Quizá deberías dejar que fuéramos nosotros quienes decidiéramos qué riesgos estamos dispuestos a asumir.

Sawyer chasquea los nudillos y estira los hombros, con la mirada puesta ya en la puerta.

—La magia menor no servirá con esta cerradura —masculla Ridoc con la mano extendida hacia la entrada.

—Y no te falta razón, Sawyer. Pero aquí… —Niego con la cabeza—. Yo no soy la única implicada.

—Ahora mismo sí lo eres —replica Rhiannon—. Ahora lo más importante es salvarte a ti. Ya discutiremos más tarde. Sawyer, adelante.

—Estoy en ello.

Nos apartamos de en medio y él levanta las manos hacia las bisagras. Los dedos le tiemblan y las bisagras humean, y poco después empiezan a fundirse. Gotas de metal candente recorren el marco de la puerta con los esfuerzos de Sawyer.

—Rápido, antes de que la acabes soldando por accidente —lo reprende Ridoc.

—¿Quieres ponerte tú a fundir? —responde Sawyer, de cuclillas y con el sudor acumulándosele en la frente mientras deshace la última bisagra.

Las rodillas casi me flaquean de alivio. ¡Podemos conseguirlo!

La puerta se tambalea y Rhiannon y yo nos abalanzamos hacia los chicos con las manos en alto. La madera se precipita sobre mis manos y noto una punzada de dolor a través del hombro que Nolon me ha reparado cuando sostenemos lo que parece ser la puerta más pesada que se ha hecho jamás.

—¡Moveos! —grita Rhiannon.

Los chicos se escabullen de debajo de la puerta y nos ayudan a bajarla hasta el suelo.

—Oye, ¿y si dejáramos el cuadrante? —bromea Ridoc mientras pasamos por encima de la puerta y salimos de la cámara—. Seríamos unos ladrones de puta madre.

—Con dragones —añade Sawyer.

—Seríamos imparables —dice Ridoc con una sonrisa.

Nos detenemos en la mesa el tiempo necesario para recuperar nuestras armas. Noto que el pánico se diluye y me siento menos vulnerable con cada hoja que envaino.

—¿Listos? —pregunta Rhiannon con la mano en la empuñadura de su espada corta.

Supongo que no soy la única que detesta sentirse impotente. Todos asentimos y nos dirigimos hacia la puerta principal. Pero la esperanza apenas dura un suspiro.

—Es el mismo tipo de cerradura. La magia menor no funciona —masculla Sawyer con las manos ya extendidas.

—No hay…

Percibo una sensación cálida en las costillas, la misma que al cruzar las protecciones de la puerta de mi cuarto. Agacho la vista y veo que la daga que me queda más próxima al pomo de la puerta está caliente y… vibra. La desenvaino y la poso sobre la cerradura mientras froto con el pulgar el pomo decorativo.

Se oye un chasquido metálico y todos nos volvemos para observar la cerradura.

—¿Qué cojones…? —Sawyer enarca las cejas.

—No lo sé. Es… Es imposible.

Las dagas no abren puertas. Pero el calor y el tintineo han desaparecido.

—¡Que alguien deje de contemplar la puta puerta e intente abrirla! —nos ordena Rhiannon.

Poso una mano en la manija y contengo el aliento al ver que cede. Tiro de ella y la puerta se abre.

—Hostia puta.

Es pura casualidad, no hay otra explicación. La magia no se vincula así a los objetos.

—Dejad los tacos para más tarde y huyamos —dice Rhi—. ¡Ahora!

—En marcha.

Envaino la daga y abro la puerta.

25



> Si alguna vez decidiéramos invadir territorio enemigo, algo que no entra en nuestros planes, yo escogería Zolya como primer objetivo. Si les arrebatas la Academia de Riscara, acabas de un plumazo con varias generaciones de pilotos de grifo.
>
> —Tacticismo, una autobiografía, por el teniente Lyron Panchek

Salimos corriendo de la cueva y nos recibe el aire fresco de la mañana y los primeros rayos del sol en el rostro. Con las manos levantadas para protegernos los ojos, nos dirigimos a buen ritmo a las hierbas altas que cubren el tramo entre los acantilados y los árboles.

—¿De dónde has sacado esos cuchillos? —me pregunta Rhiannon cuando ya estamos a medio camino de la línea de robles.

—Xaden. —Ni siquiera se me ocurre mentir—. Pidió que me los hicieran a propósito…

—¡Vaya, qué sorpresa tan agradable! —exclama el profesor Grady a nuestras espaldas.

Nos damos la vuelta y desenvaino dos dagas. Prefiero hacerle una visita a Malek que volver a aquella cámara…, aunque no me quedará otra opción para el examen final.

—*Ya pensarás en eso más adelante* —me ordena Tairn.

—*Estoy bien, gracias por preguntar.*

—*No me cabe la menor duda. Escogí bien.*

El profesor Grady sonríe y deja su taza antes de levantarse de la silla que han colocado a pocos metros de la puerta tallada en la ladera rocosa. Rhiannon se abalanza hacia él con la espada en posición de ataque en el brazo derecho y extiende la mano izquierda.

—El parche, gracias.

Dain no me mira en ningún momento a lo largo de los días siguientes, y yo tampoco me molesto en dirigirle la palabra. ¿Qué podría decirle? ¿«Gracias por tener un poco de decencia y no violar mi privacidad»?

—Yo solo digo que pasarse todos los fines de semana volando hacia Samara o encerrada en tu habitación con Riorson no te va bien —comenta Ridoc mientras subimos por la escalera del ala académica con el gentío que se dirige a Informe de Batalla.

—¿Cuál es la alternativa…?

Lo miro por encima del hombro y tuerzo el gesto. Sigue teniendo la mejilla de un tono negro azulado. Gracias a Nolon, yo no tengo ni una sola marca. Me parece de todo menos justo.

Hemos perdido a uno de primer año, Trysten, en el Guantelete mientras estábamos en el interrogatorio y nos hemos perdido la formación cuando han leído su nombre de la lista de los muertos. Eso tampoco me parece justo.

—Pues ser una estudiante normal de segundo y pasar tiempo desahogándote un poco de cuando en cuando —responde Sawyer por Ridoc desde mi otro lado.

Desde el interrogatorio, mis compañeros de pelotón apenas me han perdido de vista.

—Estoy bien —les digo a los dos—. Esto es lo que pasa cuando una pareja de dragones se vincula con jinetes de años distintos.

Dentro de veinticuatro horas estaré en la silla de camino a encontrarme con Xaden.

—Por eso es algo que no suele ocurrir —musita Ridoc.

—Los del Primer Pelotón han perdido a alguien —nos informa Rhiannon después de alcanzarnos cuando pisamos la segunda planta—. Hará una hora que han salido del interrogatorio. Mañana leerán el nombre de Sorrel de la lista de los muertos.

El corazón me da un vuelco. La evaluación de interrogatorios ya se ha saldado con dos estudiantes de segundo.

—¿Aquella chica que era una arquera de la hostia? —le pregunta Sawyer boquiabierto a Rhiannon, mientras ella se hace hueco entre nosotros.

—La misma —contesta en voz baja.

Un cadete de los escribas pasa a nuestro lado, pero lleva la capucha puesta y no puedo identificarlo. Qué extraño. Normalmente solo vienen al cuadrante para leer la lista de los muertos o cuando Markham necesita refuerzos.

—¿Se ha derrumbado? —pregunta Ridoc—. ¿O la han derrumbado?

—No… —Rhiannon frena en seco, y los demás la imitamos cuando dos pelotones del Ala Dos se apartan de la pared y nos bloquean el paso—. ¿Podemos ayudaros en algo?

Son todos de segundo año. Dejo caer las manos y las acerco a las dagas.

—Habéis escapado, ¿verdad? —nos pregunta Caroline Ashton bajando la voz—. Eso es lo que está comentando la gente sobre el parche nuevo. —Se da unos golpecitos junto al hombro, donde nosotros ahora llevamos un parche circular plateado con una llave negra.

—Es un parche clasificado —contesta Sawyer.

—Solo queremos saber cómo lo habéis conseguido —susurra Caroline mientras la muchedumbre nos empuja hacia las paredes para llegar al aula de Informe de Batalla—. Corre el rumor de que han tardado un día entero en renovar la sala de interrogatorios después de vosotros.

El hecho de que hable de una sala y no de «salas» demuestra que nadie está contando del todo la verdad.

—Lo único que podemos deciros es lo mismo que ya os han aconsejado. No os derrumbéis —les dice Rhiannon.

—Y manteneos unidos —añado sosteniéndole la mirada a Caroline a pesar de que ella me observe con los ojos entornados.

—¿No deberíais estar ya todos en Informe de Batalla? —pregunta Bodhi con voz de trueno a nuestras espaldas. Con una sola mirada, los otros pelotones se escabullen hacia la puerta.

—Tairn me ha dicho que anoche notó a Sgaeyl muy cabreada —le digo a Bodhi por encima del hombro cuando reemprendemos la marcha—. ¿Hay algo que deba saber?

—No que yo sepa.

Nos separamos al cruzar las anchas puertas dobles del aula de Informe de Batalla. Mis compañeros de pelotón y yo empezamos a bajar por la escalera, pero hay algo que no cuadra. El murmullo habitual del aula se convierte en un

rugido de susurros y aspavientos a medida que los cadetes recogen lo que parecen ser panfletos de cada asiento.

—¿Qué ocurre? —pregunta Ridoc.

—No lo tengo claro —respondo mientras nos abrimos paso entre los primeros cadetes de nuestra fila para llegar a nuestros asientos.

Recojo la cuartilla de pergamino de mi silla y le doy la vuelta, como el resto de mis compañeros. Las piernas me fallan cuando leo el titular.

> ZOLYA CAR BAJO EL FUEGO DE DRAGÓN
>
> La tercera ciudad más grande de la provincia de Braevick ha caído bajo fuego de dragón azul y sus jinetes. Tras dos días de batalla, y a pesar de la valentía con que combatieron la ciudad y sus soldados, todo ha terminado con la derrota de los poromielenses. Todas las personas que no han podido evacuarse a tiempo han perecido. Se estima que se han perdido diez mil vidas, incluida la de la general Fenella, comandante de la flota de grifos de Braevick. Todas las rutas comerciales de la ciudad se han bloqueado para impedir que se pierdan más vidas.

Hace dos días.

Las manos me tiemblan y me vuelvo en dirección a uno de los extremos del aula, buscando entre los de tercero hasta dar con Bodhi e Imogen.

—Dioses… —susurra Rhiannon a mi lado.

Bodhi e Imogen intercambian una mirada de pánico, y entonces las nuestras se encuentran. ¿Qué narices se supone que debemos hacer? El gesto tenso que Bodhi me hace con la cabeza me indica que él tampoco tiene la menor idea.

Creo que lo más sensato es no llamar demasiado la atención, de modo que me vuelvo de nuevo hacia el mapa y me acomodo en mi asiento.

—¿Esto es real? —pregunta Sawyer girando el pergamino para examinarlo.

—Parece… real, ¿no? —Ridoc se rasca la nuca y se sienta—. ¿Será algún tipo de prueba para ver si sabemos discernir entre anuncios oficiales y propaganda?

—Lo dudo —responde Rhiannon despacio, con la mirada clavada en mí.

Yo, sin embargo, tengo la vista fija en el centro del aula y en la profesora Devera, a quien acaban de entregar un panfleto.

«Por favor, sé quien yo creo que eres».

Abre mucho los ojos, pero apenas se los veo un instante antes de que se vuelva hacia el mapa e incline la cabeza hacia atrás. Apostaría lo que fuera a que está observando justo el mismo punto que yo, ese circulito a los pies de las montañas Esben, junto al río Rocagua, que indica dónde está Zolya, o estaba. Debe de haber unas cuatro horas de vuelo desde nuestra frontera.

—¿Violet? —exclama Rhiannon, como si no fuera la primera vez que pronuncia mi nombre.

—¡¿Qué es este jaleo de buena mañana?! —grita Markham hacia el aula mientras baja por la escalera. Alguien le entrega un panfleto.

—¿A ti qué te parece? —pregunta Rhiannon.

Desvío la mirada de los ceños fruncidos de mis compañeros de pelotón al panfleto y acallo el rugido de mis oídos mientras estudio rápidamente el pergamino.

—El pergamino parece ser como los nuestros, pero nunca he visto en persona lo que se hace más allá de nuestras fronteras. La tipografía es la estándar de todas las imprentas que he visto. No lleva sello, ni navarrense ni poromielense. —Paso el pulgar por las letras grandes del titular, y la tinta se corre—. Tiene menos de veinticuatro horas. La tinta no se ha secado.

—Pero ¿es real? —repite Sawyer.

—Las probabilidades de que alguien haya cargado con todos estos panfletos desde la frontera son casi nulas —respondo—. Así que si me preguntas si se han imprimido en Poromiel…

Levanto la cabeza y veo a Markham rojo como un tomate, hablando con Caroline Ashton en el pasillo. Acto seguido ella se levanta de su asiento de un salto y echa a correr escalera arriba antes de desaparecer por la puerta.

—Se ha imprimido aquí —susurro con un miedo que me retuerce las tripas.

Quienquiera que haya hecho esto, ya puede darse por muerto si ha dejado alguna huella.

—O sea, que no es real.

Sawyer levanta las cejas y las pecas de su frente desaparecen entre las arrugas de su piel.

—Que lo hayan imprimido aquí para repartirlos públicamente no significa que no sean reales —le explico—, pero tampoco significa que lo sean.

—Nosotros no haríamos algo así —replica Sawyer—. No seríamos capaces de enviar una bandada a aniquilar una ciudad llena de civiles.

—¡Atención! —brama Markham, y sus pasos resuenan por el aula mientras desciende los escalones.

El ruido no desaparece.

—Si alguien quisiera hacer pública una noticia, enviaría un panfleto así a la imprenta para que los escribas la aprobaran —les explico sin perder un instante a mis compañeros de pelotón, consciente de que tenemos poco tiempo—. Una vez aprobada, tardarían horas en preparar los tipos para imprimir, a menos que se pusieran a ello varios escribas. Pero esto no es oficial. No hay sello. De modo que o bien es falso y lo han impreso solo para esta clase, algo que implicaría un montón de trabajo, o es real… y no lo han aprobado.

Eso es justo lo que diría si no supiera la verdad, y, honestamente, no tengo claro que lo del panfleto sea cierto.

—¡Jinetes! —grita Devera volviéndose hacia nosotros—. ¡Silencio!

El barullo desaparece.

Markham ha llegado al frente del aula y se ha puesto una máscara de serenidad al colocarse junto a la profesora Devera. Si no lo conociera, diría que parece estar disfrutando del caos, pero sí lo conozco, y está frotando el índice contra el pulgar.

Independientemente de lo que diga a continuación, esto no entraba en sus planes.

—Por lo visto —hace un gesto en nuestra dirección, con la palma hacia arriba—, no estamos preparados para el ejercicio de hoy. Nuestra intención era continuar el debate sobre la propaganda, pero veo que hemos sobrevalorado vuestra capacidad para juzgar una simple impresión como esta sin entregaros a la histeria colectiva.

Nos ofrece el insulto con monotonía, sin emoción alguna. De repente vuelvo a sentir que tengo quince años, y que mi autoestima depende de la opinión que tiene este hombre de mi intelecto y mi autocontrol.

—Joder. —Ridoc se hunde en su silla—. Se ha quedado a gusto.

—Es propio de Markham —digo en voz baja—. ¿Creéis que los jinetes son las únicas personas letales? Las palabras son igual de capaces de destripar a una persona que una espada, y él es un maestro en lo suyo.

—En el caso improbable de que hayamos hecho esto y alguien haya filtrado la información —dice Rhiannon volviéndose hacia mí—, tú lo conoces mejor que nadie. ¿Cuál será su siguiente movimiento?

—En primer lugar, no creo que hayamos atacado a civiles al otro lado de la frontera. —Esa es la verdad. Pero tampoco hacemos nada por ayudarlos—. Pero si los panfletos no son cosa suya, ahora se dedicará a desacreditar, evadir y distraer.

—Tal como están las cosas, tenemos asuntos mucho más acuciantes que discutir —nos reprende Markham todavía con un tono gélido—. Por tanto, pasad ahora mismo la propaganda a vuestra izquierda, donde la recogeremos para discutirla otro día en que mostréis un poquito más de raciocinio.

Una ola atraviesa el aula a medida que los estudiantes se apresuran a obedecerlo. Yo me deshago de la mía a regañadientes, pero no vale la pena llamar la atención.

La profesora Devera pliega la suya con movimientos ágiles y precisos, y se la guarda en el bolsillo.

—Si os soy sincero, deberíais haber sido capaces de detectar que esos panfletos eran propaganda en apenas unos pocos segundos —añade Markham negando con la cabeza.

Descrédito. Tengo que admitir que se le da bien. Los montones llegan al final de las filas, y entonces los cadetes los pasan hacia delante, donde la pila se va haciendo más y más alta hasta llegar al final.

—¿Desde cuándo en toda la historia de Navarre hemos enviado una bandada formada exclusivamente por dragones azules? —dice mirándonos como si fuéramos unos críos. Como si no hubiésemos estado a la altura.

Qué listo es. Más listo que el hambre. Con los panfletos ya recogidos, todos los cadetes del aula se cuestionarán el orden exacto de las palabras. Todos salvo los jinetes que sepan que el significado del párrafo entero depende de a qué hace referencia el adjetivo *azul*.

—Como ya he dicho —Markham da una palmada y suspira—, recuperaremos esta lección cuando estéis listos. Por ahora centrémonos en el primer orden del día, un asunto que bien merece una celebración.

Bien esquivado. Empieza la distracción.

—No tenía claro si este día llegaría alguna vez, y por eso espero que nos perdonéis por haber mantenido en secreto el trabajo del coronel Nolon durante tantos meses. No queríamos decepcionaros si al final no hubiese sido capaz de llevar a cabo lo que probablemente sea el mayor logro de un reparador en toda nuestra historia.

¿Que no quería decepcionarnos? Por poco no pongo los ojos en blanco.

Markham levanta la mano hacia la puerta y sonríe.

—Hace unos meses acabó aplastado bajo una montaña, pero Nolon le ha reparado hueso tras hueso para poder devolverlo al cuadrante.

¿Aplastado bajo una montaña? No puede ser. El estómago se me revuelve y el ruido del aula se amortigua bajo el palpitar de la sangre en mis oídos con la cadencia de un tambor.

—Es imposible —dice Ridoc atravesando mi pánico.

—*¿Tairn?*

No me veo capaz de mirar.

—*Lo estoy comprobando* —responde, con un tono tenso y sucinto que me recuerda a Resson.

—Démosle la bienvenida a vuestro compañero jinete, ¡Jack Barlowe!

Markham aplaude. El aula al completo se une al aplauso, con los vítores entusiastas del Ala Uno, mientras dos figuras bajan por la escalera.

Respira. Inspira. Espira. Obligo a mis pulmones a llenarse de aire, y Rhiannon me coge de la mano y me la aprieta.

—Es él —dice—. En carne y hueso.

—Le echaste encima una puta montaña. —Sawyer aplaude con parsimonia, pero es puro teatro—. ¿Cómo coño le quedó algo que se pudiera reparar?

Arrastro la vista hacia la izquierda y al fin consigo reunir el coraje necesario para mirar.

El mismo cuerpo corpulento. El mismo pelo rubio. El mismo perfil. Las mismas manos con las que casi me mata en un reto el año pasado…, antes de que yo misma lo matara durante los Juegos de Guerra, cuando se manifestó por primera vez mi sello.

Gira varias hileras más abajo, y pasa por delante de otros estudiantes de segundo mientras Caroline Ashton lo acompaña hasta su pelotón. Ahora todo cobra sentido. El secretismo. Sus visitas a la enfermería. El agotamiento de Nolon.

Jack se detiene cuando llega a un asiento vacío, y se vuelve despacio para saludar a los que lo aplauden con un gesto de cabeza. La expresión de su rostro es casi humilde, como si fuera un hombre al que le hubiesen otorgado una segunda oportunidad que claramente no merecía, y entonces se vuelve y mira varias filas más arriba hasta encontrarme.

Unos ojos de un azul glacial se topan con los míos. Cualquier duda que pudiera albergar muere en ese mismo instante. Es él. El corazón se me encoge.

—¿Habrá aprendido la lección? —pregunta Rhiannon con una voz aguda, cargada de falsas esperanzas.

—No —responde Ridoc dejando caer las manos sobre su regazo—. Es evidente que intentará matarte. Otra vez.

26



Los reparadores no son curanderos. Los curanderos se deben al código de Chricton, y juran asistir en momentos de necesidad a cualquier persona que lo necesite y a no hacer daño jamás a un corazón palpitante. Los reparadores son jinetes. Solo se deben al Código. Tienen la misma facilidad para reparar el daño que para infligirlo.

—*Guía moderna para curanderos,*
por el comandante Frederick

—*¡Gracias por nada! —sisea Rhiannon mientras observamos fijamente a Jack Barlowe.*

Una media sonrisa, delicada casi, le curva las comisuras de la boca por un breve instante, y todos nos quedamos callados cuando él me hace un gesto de cabeza y desvía rápidamente la mirada antes de sentarse.

—¿Qué cojones ha sido eso? —pregunta Ridoc.

—No tengo ni idea.

Es la primera vez desde el parapeto que me dedica una expresión que no es pura malicia.

—*Es él* —gruñe Tairn—. *Baide lleva meses ocultando la verdad*.

—Ya lo sé, lo tengo delante.

Le preguntaría cómo es posible que un dragón haya ocultado algo en el valle, pero tampoco es que la existencia de Andarna sea precisamente de

conocimiento público.

—*No lo pierdas de vista* —me advierte Tairn.

Rhiannon me da un apretón en la mano mientras se remueve en su asiento.

—Puede que haya cambiado al haber estado muerto varios meses.

—Puede. —Sawyer entrecierra los ojos mientras le perfora el cráneo a Jack con la mirada—. Pero creo que lo más conveniente sería volver a matarlo.

—Me apunto —coincide Ridoc.

—De momento centrémonos en no quitarle el ojo de encima —sugiero, forzando mi voz a atravesar el nudo que tengo en la garganta justo en el momento en que el aplauso termina por fin, y puedo empezar a poner mis pensamientos en orden.

Jack está vivo. De lujo. No es ni mucho menos lo peor a lo que tuve que enfrentarme el año pasado. Acabé no con uno, sino con dos venin. Destruí una horda entera de guivernos con Xaden. Tal vez Jack haya cambiado. O tal vez no. Sea como sea, mi sello y mis habilidades de combate no han hecho más que ir a mejor, y dudo que él haya estado entrenando en la enfermería.

Ridoc, Sawyer y Rhiannon me observan como si en cualquier momento pudiera crecerme una cola y empezar a escupir fuego.

—Estoy bien —les digo—. En serio. Dejad de mirarme.

No puedo permitirme no estar bien.

Los tres me lanzan miradas de varios grados de escepticismo, y luego giran la cabeza al frente. Markham carraspea.

—Ahora pasemos al segundo orden del día —anuncia, y se vuelve hacia la profesora Devera.

—Anoche se produjo un ataque sin precedentes en uno de nuestros puestos avanzados más grandes —dice enderezando la espalda mientras escruta el aula.

—¿Otra vez? —susurra Rhiannon—. ¿Qué coño está pasando ahí fuera?

Me suelta la mano y empieza a tomar notas. Un murmullo se extiende entre los cadetes.

«Céntrate». Tengo que centrarme.

—Y esto, cadetes, no es una conjetura, ni propaganda. Ni tampoco es un juego. —La última palabra la pronuncia lanzándole una mirada de soslayo a Markham—. Es algo inédito no solo por su proximidad, puesto que jamás habíamos recibido un ataque en un puesto tan cercano, sino también porque participaron tres bandadas. —Levanta su barbilla afilada.

Alzo la vista hacia el mapa, forzando a trabajar a mi cerebro. Mi primera suposición es Pelham, cerca de la frontera cygniana, pero Keldavi, junto a la frontera de Braevick, le va a la zaga después de que estuviera a punto de caer la semana pasada. Quizá los pilotos estén reconociendo nuestras debilidades.

—Atacaron Samara poco después del anochecer, cuando la mayor parte de nuestros efectivos estaban terminando las patrullas del día.

El aire se me hiela en los pulmones y el corazón me da un vuelco. Devera tiene mi atención plena y absoluta. ¿A quién le importa que Jack Barlowe esté sentado más abajo o si vuelan papeles con noticias de Poromiel? Nada importa más que lo que la profesora Devera esté a punto de decir.

Están vivos. Tienen que estar vivos.

No sabría ni por dónde empezar a imaginarme un mundo sin Mira…, sin Xaden. Mi corazón no comprende esa posibilidad.

Dioses, la ira de Sgaeyl. Dejo caer los escudos por completo, en busca de un vínculo que de todos modos no sería capaz de percibir a esta distancia. Y, pese a todo, lo busco.

—*¿Tairn?*

Intento comunicarme con él, pero la ansiedad me invade el flujo sanguíneo y reprime cualquier atisbo de pensamiento lógico. No es mía, pero como si lo fuera. El corazón me martillea en el pecho y las costillas se me cierran sobre los pulmones.

—Los tres jinetes que no estaban patrullando defendieron con éxito el puesto avanzado. Su victoria es, como poco, asombrosa. Aunque no murió ningún jinete en el asalto —su mirada se posa en mí—, sí hubo uno que sufrió heridas graves.

No. La negación llega rápido, al instante.

Una mezcla de furia y pavor me recorre las venas.

La profesora Devera levanta una mano y se rasca el lado izquierdo del cuello antes de apartar la mirada.

—¿Qué preguntas formularíais?

El lado izquierdo del cuello.

Justo donde Xaden tiene su reliquia.

Mira está bien, pero Xaden… No puedo quedarme aquí. Es imposible que me quede aquí cuando donde debo estar es allí. No hay más realidad que esa. El aquí no significa nada. No existe.

—Tengo que irme.

Recojo mi mochila del suelo y me echo la correa al hombro.

—¿Llegaron a penetrar en el puesto avanzado? —pregunta alguien delante de mí.

—¿Vi? —Rhiannon extiende una mano para tocarme, pero ya me he puesto de pie y avanzo por la fila de camino a la escalera.

—¡Cadete Sorrengail! —grita el profesor Markham.

No tengo tiempo para responderle mientras subo por la escalera. No existe mundo alguno fuera de este impulso que no puedo ignorar. Mi cuerpo ya ni siquiera es mío porque no estoy aquí.

—¡Cadete Sorrengail! —repite el profesor Markham cuando abandono el aula de Informe de Batalla—. ¡No tienes permiso para marcharte!

—*Ven al patio*. —La voz de Tairn me retumba en la cabeza.

Los dos sentimos lo mismo, y no estamos dispuestos a esperar a que yo recorra la distancia que me separa del campo de vuelo. Poco importa si esta urgencia incontrolable proviene de Tairn o de mí misma, porque los dos necesitamos lo mismo.

—¡Violet! —grita alguien detrás de mí, y oigo unas botas a la carrera por el pasillo.

Jack Barlowe está vivo. Desenvaino una daga de la funda del muslo y me vuelvo hacia la amenaza.

—¡Oye! —Bodhi levanta una mano, porque con la otra sostiene su morral —. No quiero que te congeles durante el vuelo. —Saca su chaqueta de vuelo de la bolsa y me la entrega.

—Gracias. —Acepto la chaqueta con movimientos que no siento como míos. Tiene razón. Me habría montado en Tairn sin chaqueta. Al menos siempre llevo encima las gafas de vuelo—. Tengo que irme. No sé explicarlo. No puedo estar aquí.

—Es por Tairn. —Asiente—. Vete.

Y eso hago.

27



> Para cuando llega a tercero, un jinete debe haber adquirido un control absoluto sobre sus escudos. De lo contrario, en momentos de estrés extremo, es susceptible no solo a que le influyan las emociones de su dragón, sino también a que lo controlen.
>
> —*Guía de campo de los dragones,* por el coronel Kaori

Cuando aterrizamos en Samara, justo antes de que caiga la noche, estoy hecha un manojo de nervios. No podría importarme menos el castigo que me espere en Basgiath. Soportaré cualquier penitencia a la que me someta Varrish.

He dedicado todos y cada uno de los minutos del vuelo de ocho horas a tratar de separar mis sentimientos de los de Tairn, sin éxito, y es evidente que él se ha entregado a sus instintos más primarios. Esa debe de ser la razón del vacío que noto en el estómago y que amenaza con devorar todo razonamiento lógico si no veo a Xaden ahora mismo. El corazón no me palpita con fuerza por la desesperación que siente Tairn por ver a Sgaeyl indemne, no por mi preocupación por Xaden. Al fin y al cabo, si estuviera a las puertas de la muerte, Sgaeyl nos lo habría comunicado en cuanto estuviéramos lo bastante cerca. O eso es lo que me dice la parte de mi cerebro que a duras penas es capaz de reunir algo de lógica.

Todo esto es cosa de Tairn. Pero… ¿y si no lo es? ¿Cómo de graves son las heridas de Xaden?

Tal vez Sgaeyl le haya dicho a Tairn que Xaden está vivo y pueda verlo con mis propios ojos, pero sigo contando cada segundo que tardan los guardias en levantar el rastrillo. Han aumentado los protocolos de seguridad, algo totalmente comprensible dado el ataque de ayer, pero cada instante me destroza un poco más los nervios.

Solo porque la lógica me diga que Tairn sigue invadiendo mis emociones no significa que pueda controlarlas.

Me escabullo por debajo del rastrillo en cuanto veo que tiene la altura suficiente. Por una vez mi tamaño juega a mi favor. Entro en el puesto avanzado antes de que se haya abierto apenas un tercio de su altura.

En el interior reina un caos organizado. El patio está salpicado de restos de mampostería, algunos de la mitad de mi tamaño y otros de más del doble, y me basta con levantar la vista para identificar de dónde han caído. También hay marcas de abrasión en el muro septentrional. Los pilotos deben de haber atravesado el perímetro.

Los curanderos trabajan en un puesto de triaje en el extremo meridional de la fortaleza, rodeados de soldados de infantería heridos. Pero no hay uniformes negros entre el azul. Ni tampoco crema.

—¿Violet? —exclama Mira saliendo de la escalera del noroeste, la que sé que conduce a la sala de operaciones. No distingo cojeras, ni cabestrillos, ni sangre. Está bien. Tal como ha dicho Devera, solo han herido a un jinete, y no es Mira.

—¿Dónde está? —pregunto arrancándome las gafas de vuelo de la cabeza y guardándolas en la bolsa sin reducir el paso.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —Me agarra de los hombros y me mira de arriba abajo para inspeccionarme, como de costumbre—. Se suponía que no llegabas hasta el sábado.

—¿Estás ilesa?

—Sí. —Asiente—. Me cogió fuera. Estaba patrullando.

—Me alegro. Ahora dime dónde está.

Hablo con frialdad mientras miro a mi alrededor con nerviosismo, buscándolo. Mierda, ni siquiera soy capaz de sentirlo con las emociones de Tairn anulando todo lo demás.

—No tienes permiso, ¿verdad? Joder, te van a dar un rapapolvo cuando vuelvas. —Suspira. Debo reconocerle a Mira que no empiece batallas que sabe que no tiene posibilidades de ganar—. Está en el gimnasio de

entrenamiento. Por lo que he oído, tu chico es la razón por la que aún conservamos el puesto.

No es mío. No del todo.

—Gracias.

Le doy la espalda sin mediar otra palabra y me dirijo al gimnasio. La adoro, doy gracias por que esté bien, pero todo eso queda en nada bajo la desesperación que me estruja el alma por ver con mis propios ojos a Xaden.

La fortaleza bulle con los esfuerzos por recuperarse, pero el pasillo que conduce al gimnasio está desierto. ¿Qué sentido tiene que lo hayan llevado al gimnasio para reposar? ¿No es capaz de subir la escalera hasta su habitación? El vacío que me invade el estómago se hace todavía más grande. ¿Tan grave está?

Cuando entro en el gimnasio, las luces mágicas compensan la penumbra del crepúsculo que entra por los tres ventanales. Pero no hay ningún tipo de enfermería improvisada aquí.

Un momento. ¿Qué? Parpadeo.

Xaden está en la estera con su uniforme de entrenamiento de manga corta, el que le abraza los músculos. Carga con sus dos espadas pesadas y se oye el clamor del metal mientras combate contra Garrick.

—Hoy estás lento —lo reprende Xaden atacándolo sin piedad.

Se mueve como siempre, con una maestría letal y una concentración plena. Es imposible que esté herido de gravedad. La oleada de alivio que me invade me permite respirar hondo por primera vez desde que me he marchado de Basgiath, pero la sensación dura poco.

Tengo que tocarlo. Necesito ponerle las manos encima.

—Tiene… mala… solución —jadea Garrick bloqueando las acometidas de Xaden.

—Sé más rápido.

Xaden descarga golpes deliberados, uno tras otro, sin llegar a recibir ninguno. Con cada espadazo la angustia que siento, el terror abyecto de que estuviera herido, se convierte poco a poco en ira.

Está ileso, y yo soy una puta idiota por haber perdido el control de mis emociones, por haber permitido que el amor que siento por él elimine cualquier ápice de sentido común. Eso es culpa mía, no de Tairn.

Pero ¿este salvajismo que apenas me permite respirar? Eso es cien por cien negro cola de maza, y no soy capaz de liberarme, no puedo reforzar lo suficiente mis escudos como para controlarme.

Entro en el campo de visión de Xaden, y las puntas de los pies me topan con el borde de la estera. Xaden se vuelve hacia mí y pone los ojos como platos antes de propinarle a Garrick un codazo en la cara que lo hace tambalearse y caer de espaldas al suelo.

Uf.

Garrick extiende las extremidades sobre la estera y deja caer las espadas.

—¡Mierda!

—Hemos terminado —anuncia Xaden sin mirar atrás, caminando ya hacia mí y recorriendo los dos metros que nos separan en un suspiro, con esas largas zancadas suyas—. Tenía los escudos en alto. ¿Qué haces aquí? —Abre mucho los ojos, como si sintiera el caos que me corroe por dentro—. Violencia, ¿estás bien?

—¿Que qué hago aquí? —Mastico cada palabra mientras lo repaso de arriba abajo, buscando las heridas a las que hacía referencia Devera. ¿Habré malinterpretado el gesto? ¿Habré volado hasta aquí para nada? Comienzan a temblarme las manos—. ¡No tengo ni puta idea!

—Esta no eres tú —dice observándome con detenimiento.

—¡Ya lo sé! —grito, dividida entre llorar de gratitud por que esté vivo y aparentemente ileso o destruir el gimnasio entero, la fortaleza entera, por haberse atrevido a ponerlo en peligro—. ¡No consigo sacármelo de dentro!

—Aguanta.

Me quita la mochila de los hombros, que cae al suelo del gimnasio, y me levanta del suelo antes de acunarme contra su pecho. Yo lo rodeo con los brazos y le hundo la cabeza en el cuello antes de respirar hondo. Huele a menta, cuero y es mío… ¿Qué cojones…? ¿De verdad estoy oliéndolo?

Xaden me lleva directamente al baño del gimnasio y consigo echarles un vistazo a los muros de piedra pulida con unos altos ventanales entreabiertos, y una hilera de bancos anchos en el centro de tres filas de caños, no tan distintas a las de Basgiath. Con un movimiento de dedos la puerta se cierra de golpe, y entonces acciona una palanca de la pared. Un chorro de agua comienza a brotar del caño del acueducto que hay justo sobre nuestras cabezas y nos empapa a los dos a una temperatura gélida.

Dejo escapar un grito ahogado y el cuerpo se me tensa por el sobresalto de ese frío hiriente, y por un instante es lo único que soy capaz de sentir.

—Levanta los escudos —me ordena Xaden—. ¡Ahora, Violet!

Me abro paso a través del glaciar de mi mente y recoloco en su sitio los bloques de mis escudos. Las emociones de Tairn se abotagan lo suficiente como para permitirme recuperar parte del control.

—Qué… frío —balbuceo castañeteando los dientes.

—Eso es. —Xaden activa otra palanca y el agua se calienta—. ¿Se puede saber qué ha pasado para que te hayan dado permiso para venir antes de tiempo?

La preocupación le dibuja varias arrugas entre las cejas cuando me posa en el suelo, con el agua aún cayéndonos encima. He recuperado el control de mi mente, aunque todavía siento la intensidad de las emociones de Tairn agolpándose contra mis escudos.

—No me han dado permiso…

—¿Cómo que no te han dado permiso? —Baja la voz hasta ese tono peligroso que tanto aterra al mundo entero salvo a mí—. Sabiendo que Varrish va a hacer todo lo posible por… —Se interrumpe abruptamente al agachar la vista hacia mis hombros—. ¿De quién cojones es esa chaqueta de vuelo?

—¿En serio? —Levanto los brazos, dejando de buen grado que la calidez me penetre la ropa—. Tiene el rango de los de tercero, la insignia del Ala Cuatro y una designación de líder de sección. ¿De quién cojones crees que es la chaqueta que llevo puesta?

Percibo un ligerísimo tic en su mandíbula, mientras el agua le cae por el rostro.

—¡Es de Bodhi! Será territorial el muy cabrón…

Esa respuesta no me ayuda.

—¿Estás hablando en serio? —Me desabrocho la chaqueta de marras y tiro de las mangas, pero el cuero es una mierda cuando se moja, y me lleva un rato quitármela—. He salido corriendo de Informe de Batalla en cuanto Devera me ha insinuado que te habían herido. Sí, me he ido sin permiso. Y luego me he tragado ocho horas de vuelo a una velocidad de vértigo con Tairn totalmente fuera de control, que pensaba que si a ti te habían herido, Sgaeyl debía de estar igual. Y ahora te pones todo celoso y posesivo con la gilipollez de la chaqueta porque tu primo sabía que estaba tan aterrorizada que ni siquiera iba a pararme a recoger mi ropa de vuelo. —Fulmino con la mirada al idiota que tengo delante y tiro la chaqueta al suelo—. ¡Por mí te puedes ir a la mierda!

Xaden esboza una media sonrisa.

—¿Estabas preocupada por mí?

—Pues mira, ya no. —Lo veo todo rojo. ¿Cómo es posible que esto le haga gracia?

—Pero antes sí. —Una sonrisa lenta le cruza el rostro y los ojos se le iluminan—. Estabas preocupada por mí. —Alarga los brazos.

—¿A ti te parece divertido?

Retrocedo para esquivarlo, pero choco de espaldas con la pared mojada.

—No. —Ladea la cabeza a un lado y la sonrisa le desaparece—. De hecho, te noto algo alterada por no haberme encontrado a las puertas de Malek. ¿Preferirías que estuviera desangrándome y agonizando en la enfermería?

—¡No! —¿Cómo va a entenderlo? Puede que su vida dependa de la mía, pero él no siente por mí lo que yo siento por él. Él me desea, incluso ha llegado a decir que se ha enamorado de mí, pero nunca me ha dicho que me ame—. No estoy cabreada por que estés ileso. Jamás querría que sufrieras daño alguno. Lo que me saca de mis casillas es haber sido tan irresponsable, haber estado tan obsesionada contigo y haber tenido tan poco control sobre mis emociones como para salir corriendo detrás de ti como una…, como una… —Como una ingenua loca de amor por él—. Y tú siempre tan tranquilo, tan entero, tan controlado. Tú habrías esperado a recibir toda la información, y ni de coña habrías permitido jamás que las emociones de Sgaeyl te dominaran como…

Las palabras me fallan cuando Xaden se levanta la manga húmeda de su brazo derecho y deja al descubierto una línea roja inflamada y arrugada que se le extiende desde el hombro hasta la mitad del bíceps. Debe de tener tres centímetros de ancho en la parte superior y el triple donde termina. Es evidente que se la han reparado, y si tiene la cicatriz tan levantada debe de haber estado a punto de perder el brazo.

—Sí que te habían herido —susurro, y toda la furia me abandona el cuerpo. Siento una opresión en el pecho; el dolor habrá sido insoportable—. ¿Estás bien? —La pregunta me escapa de la boca, a pesar de haberlo visto destrozar a un oponente.

—Sí, estoy bien. Deben de haber enviado el informe del escriba antes de que llegara el reparador del Ala Este. —La cicatriz desaparece bajo la manga cuando se la vuelve a bajar—. Y te equivocas conmigo. No habría esperado a recibir toda la información, ni ninguna prueba, de hecho, si me hubiese enterado de que te habían herido. —Esta vez no me aparto cuando alarga los brazos y me rodea la cintura, ni cuando me posa las manos en las lumbares para sacarnos del chorro de agua. Los centímetros que nos separan son tanto un regalo como una maldición cuando se me acerca—. No estoy siempre tranquilo ni entero, y contigo siempre pierdo el control.

El corazón me da un vuelco ante sus palabras, ante la tensión omnipresente que crece entre nosotros, ante la sensación que me recorre el cuerpo con solo ese tacto. El agua no es lo único que me está subiendo la temperatura.

—Ni siquiera ahora estoy haciendo lo que debería —dice con la voz entrecortada.

—¿Y qué es lo que deberías estar haciendo?

—Cargar contigo hasta la estera y someterte a una docena de rondas de entrenamiento hasta que estuvieras sudorosa y te dolieran todos los músculos del cuerpo. —La mandíbula se le tensa—. Porque te advertí que jamás pusieras tu vida en riesgo por algo tan trivial como hablar conmigo, y aun así lo has hecho. Otra vez.

—Me parece bien todo menos lo del entrenamiento. —Suspiro. Mierda—. Además, mis castigos ya no dependen de ti. Ya no estoy en tu cadena de mando.

—Ya lo sé. Y no sé por qué, pero todo era mucho más fácil para los dos cuando yo era tu superior. Quieres que me abra por completo a ti, ¿verdad? A ver qué te parece esto. —Baja la mirada hasta mis labios—. Habría hecho lo mismo que tú, porque contigo soy tan imprudente como tú conmigo.

Un dolor agudo y dulce me invade el pecho. Me encantaría creerlo. Pero también quiero más. Quiero las mismas dos palabras que él me exige. Me humedezco el labio inferior con la lengua y a él se le encienden los ojos mientras el vapor va llenando la estancia.

—Estabas preocupada por mí.

La primera vez lo ha dicho con sorna. La segunda, con alegría. Pero esta vez cambia el tono, como si estuviera teniendo una revelación.

—Pues claro que estaba preocupada por ti.

Tira de mí despacio, ofreciéndome la oportunidad de objetárselo antes de que nuestros cuerpos se fundan. Su calor corporal penetra en todas las partes frías de mi cuerpo, y toda esa angustia ardiente que he sentido durante el vuelo y la ira lacerante que le ha seguido se transforman en un tipo de calor del todo distinto… y mucho más peligroso.

Joder, cuánto lo deseo. Deseo tocarle cada centímetro de piel, sentir sus latidos sobre los míos para cerciorarme de que en verdad está bien. Deseo tener su cuerpo sobre mí, dentro de mí, tan cerca como sea humanamente posible. Deseo que me haga olvidar que existe algo más fuera de esta estancia o de nosotros dos.

—Y has volado hasta aquí sin pararte siquiera a recoger tu ropa de vuelo.

Agacha la cabeza centímetro a centímetro, a una lentitud torturadora.

Asiento.

—Porque aún me quieres —me susurra sobre los labios un instante antes de besarme.

Y gracias a los dioses que no espera a que lo niegue, porque no tengo claro que hubiera podido, no si juega así con mi labio inferior, mordisqueándomelo con dulzura, ni si me dibuja la curvatura de la boca con la lengua. Siento que está demasiado bien, que es demasiado adecuado, que es demasiado… todo.

Es la primera vez desde Aretia que no ha esperado a que se lo pida. La primera vez que su infame autocontrol lo ha traicionado. La primera vez que se ha arriesgado a un posible rechazo, que me ha besado sencillamente porque quería, y, joder, eso es justo lo que necesito: que él me necesite.

Separo los labios para invitarlo a entrar no solo porque lo desee, sino también porque está reaccionando a una confesión que ni siquiera he tenido que pedirle ni tampoco sacarle a la fuerza. Él gruñe, me rodea con los brazos, y el beso se convierte exactamente en la palabra que él ha usado para definirse: *imprudente*. El tacto de su lengua entrelazándose con la mía, apoderándose de ella, acariciándomela, es como acercar el pedernal a la yesca, y me prende fuego.

Necesidad, lujuria, deseo… Sea lo que sea, me danza por la columna y se acumula hasta convertirse en un malestar insistente entre mis muslos. Tras ponerme de puntillas para acercarme a él, le rodeo el cuello con los brazos, pero seguimos sin estar lo bastante cerca.

Sus manos me toquetean los botones del uniforme, y yo bajo los brazos a regañadientes para que pueda quitármelo. Cae al suelo pesadamente en algún lugar a mi izquierda. Yo le tiro de la camisa, desesperada por sentirlo, y él cede; se la agarra por detrás del cuello y se la desliza por la cabeza, dejando al descubierto kilómetros y kilómetros de piel cálida y húmeda.

Le beso la cicatriz que tiene justo encima del corazón, y bajo las manos por sus costados, resiguiendo con los dedos los hoyuelos y surcos de su estómago. No hay nada en este mundo comparable a él. Es la perfección encarnada, con un cuerpo tallado tras años y años de entrenamiento y vuelo.

—Violet.

Me levanta la cabeza y me besa con entusiasmo y pasión, y luego despacio, con delicadeza, cambiando el ritmo, dejándome con ganas de más. Le dibujo con las manos las líneas de la espalda mientras él entrelaza los

mechones sueltos y húmedos de mi trenza con los dedos, y entonces tira de ella para obligarme a arquear el cuello y besármelo.

Sabe exactamente cuáles son mis puntos erógenos y lo aprovecha, vaya si lo aprovecha, chupando y lamiendo ese punto junto a mi garganta que hace que se me derritan las rodillas y retuerza los dedos sobre su piel.

—Xaden —gimoteo bajando las manos hasta las curvas de su culo. Es mío. Este hombre es mío, al menos por ahora. Aunque solo sea durante los próximos minutos.

Me da un mordisquito en la piel sensible de la oreja, y siento un escalofrío que me recorre la columna, y entonces vuelve a posarme la boca sobre los labios, arrebatándome por completo la cordura y dejando en su lugar una necesidad pura. Este beso no es paciente ni controlado como los demás. Hay algo animal en él que me hace curvar la boca contra la suya, que me da coraje. Coloco la mano entre nosotros y suspiro.

Se le ha puesto dura por mí, y el miembro se le aprieta contra la cintura mientras se lo toco.

—Joder —gruñe apartando la boca de la mía, los dos con la respiración entrecortada mientras se lo acaricio por encima de la tela—. Como sigas haciendo eso…

Cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia atrás.

—¿Conseguiré que cedas? —pregunto con una opresión en el pecho.

Él me mira fijamente a los ojos y el conflicto que percibo en aquellas simas insondables hace que me detenga.

—No me hagas luchar por esto. Otra vez no. —Me retiro del calor de sus brazos, y todos los nervios de mi cuerpo protestan—. No puedo ser yo la que siempre luche por esto mientras tú te inventas excusas nuevas para vacilar o decirme que no, Xaden. O me deseas o no, no hay más.

—Me la estás agarrando con la mano, Violet. Estoy bastante seguro de que sientes lo muchísimo que te deseo. —Se pasa la mano por el pelo mojado —. Joder, ¡el que está luchando por esto soy yo! —exclama señalándonos a los dos—. Ya te he dicho que no quiero utilizar el sexo como arma para recuperarte.

—Lo conviertes en un arma cuando me exiges que pronuncie esas dos palabras, y todavía no estoy lista.

Y podría ceder solo por esa puta necesidad desquiciante que me hace sentir, porque así es cuánto lo deseo.

—¿Que lo utilizo contra ti? —Niega con la cabeza—. Fuiste tú la que me dijo que no podías separar el sentimiento del sexo. ¿Te acuerdas?

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. Tiene razón. Se lo dije. Mierda.

—Tal vez esté aprendiendo a separarlos.

—Pues tal vez yo no quiera que lo hagas. —Da un paso al frente y me posa una mano sobre la nuca—. Te deseo tal y como eres, con todas tus emociones. Deseo a la mujer de la que me enamoré. No soporto tener que contener las manos para no tocarte, no soporto las noches que paso despierto a tu lado, agradecido y martirizado a la vez por el recuerdo de lo ardiente, húmeda y perfecta que me pareces cuando me pierdo en ti.

Separo los labios y la piel se me enciende, como si sus palabras me acariciaran.

—Y cuando consigo dormir, sueño con los sonidos que haces justo antes de correrte, y cómo el azul de tus ojos se impone al ámbar justo después, saciados, somnolientos. Me despierto hambriento por ti, solo por ti, incluso en las mañanas en que estás en la otra punta del reino. Ni te rechazo ni te manipulo. Lo que estoy haciendo es luchar por ti.

Me pone una mano en la cadera y con el pulgar me acaricia la franja de piel desnuda entre los pantalones y la armadura.

—¿Quieres luchar por mí? —Me llevo las manos al pelo y me quito las horquillas una a una, dejando que caigan al suelo de piedra—. Pues arriésgate sin saber lo que siento. ¿Quieres recuperar mi corazón? Arriesga primero el tuyo esta vez.

—Si te dijera cómo me siento ahora mismo, no volverías a creerte nunca que lo único que me pasa es que necesito tu cuerpo con desesperación —responde ceñudo.

—A eso me refiero. —La última horquilla se me cae del pelo—. Escoge, Xaden. Puedes permitir que me vaya por esa puerta o aprovechar lo que hoy estoy dispuesta a darte.

Sacudo el pelo para soltármelo y me paso los dedos por la maraña húmeda para deshacer la trenza.

—¿Esperas que me ponga de rodillas? ¿O ganar la discusión?

Su mano se tensa sobre mi cadera mientras su mirada ardiente me repasa de arriba abajo.

—Sí —respondo buscando las correas que tengo en las lumbares y que sujetan la armadura—. Me he pasado ocho horas aterrorizada pensando en qué condiciones te encontraría, y te estoy diciendo que ya no es solo que te desee. Te necesito. Ahí tienes tus dos palabras. —Tiro del cordel húmedo y este cede—. Eso es todo lo que puedo ofrecerte. O lo tomas o lo dejas.

Su conflicto interno es palpable, y la tensión que se está generando entre nosotros bastaría para atravesar una escama de dragón. Y, por un instante, pienso que podría llegar a ser lo bastante tozudo para marcharse y condenarnos a los dos a seguir en este punto muerto.

Pero entonces, gracias a los dioses, se derrumba, funde su boca con la mía, y el fuego que había remitido durante la discusión se reaviva con más fuerza que antes. Me besa como si yo fuera la respuesta a todas las preguntas. Como si todo lo que hemos sido y seremos dependiera de este momento. Y quizá sea así.

Me deshace los lazos de la espalda mientras yo le desabrocho los botones del pantalón. Gano la carrera, y deslizo la mano por debajo de la tela para acariciársela desde la base hasta la punta. Recibo el gruñido gutural que se le escapa como una recompensa, y se va directo a mis muslos, donde el malestar se intensifica hasta convertirse en un dolor palpitante.

—Suéltame para que pueda desnudarte —dice acentuando esa última palabra con un mordisquito en mi labio inferior.

«Sí, por favor». Lo libero y él me afloja la armadura lo justo para poder sacármela por la cabeza. Cae al suelo con un estruendo, y un instante más tarde el punto sensible de mi pecho se ve rodeado por su boca, estimulado por su lengua. Gimo y hundo los dedos en su pelo para retenerlo ahí.

—Joder, cómo me gusta.

Me rodea la espalda con un brazo y pasa el otro por detrás de mis rodillas, antes de levantarme y posarme sobre un banco de piedra calentado por el agua en un solo movimiento ágil.

—¿Estás segura de que quieres que hagamos esto aquí y ahora? —me pregunta cerniéndose sobre mí y bloqueando el chorro de agua que me cae sobre los pechos, con los ojos entornados y el pelo revuelto por mis manos—. Si me das cinco minutos te ofrezco la comodidad de mi cama.

Es tan hermoso que el corazón me duele solo de mirarlo.

—Ahora. —Le acaricio los hombros anchos y bajo las manos por la reliquia que le serpentea desde la mandíbula hasta el brazo.

—Ahora —confirma él.

No hay práctica ni decoro en el siguiente beso; es pura necesidad endulzada con un punto de desesperación que coincide con la mía, y, por eso, mucho más sensual. Esto es exactamente lo que necesito: que me aplaste con su cuerpo musculoso contra la piedra, que me devore con la misma urgencia que siento yo por él.

Sus manos me resiguen las curvas hasta llegar a la cintura, y entonces me desabrocha los botones del pantalón uno a uno. No hay vacilación en sus dedos cuando hurgan en el interior y me acarician desde mi entrada hasta el clítoris.

Arqueo la espalda y dejo escapar un grito ahogado de puro placer.

—Me pones mucho más de lo que recordaba. —Su boca se desliza por mi cuello y me produce una sensación insoportable mientras sus dedos me provocan con la delicadeza de una pluma—. Joder, tienes la piel como la seda. Como una seda ardiente y húmeda. —Me habla con esa aspereza que tanto he echado de menos.

Desciende un poco para venerarme los pechos con la boca, arañándome ligeramente el pezón con los dientes, con la fricción perfecta para que el placer que me crece en el interior se intensifique. Por supuesto que sabe lo que me gusta. Esta no es nuestra primera vez. Y tampoco será la última.

El poder me hormiguea bajo la piel y se acumula mientras él traza círculos alrededor de mi clítoris hinchado, negándome el placer que necesito.

—Xaden —le suplico, hundiendo las uñas en sus hombros, con cuidado de no rozarle la cicatriz reciente. Cada caricia de sus dedos y movimiento de su lengua son como un relámpago que me atraviesa el sistema y electrocuta todos los nervios hasta convertirme en la cuerda de un arco hipersensible que han estirado demasiado pero no lo suficiente.

—Sé exactamente lo que deseas —me acaricia el clítoris— y lo que necesitas.

Dos dedos se deslizan hacia mi interior. Más hondo. Más cerca. Más. Eso es lo que necesito.

—Pues dámelo —le exijo estirando las caderas.

—Llevo mucho esperando tocarte. Se me ha hecho eterno.

Respiro con dificultad entre suspiros y gemidos, y la piel se me enciende y siento un cosquilleo mientras él aumenta esa presión dolorosa con movimientos cada vez más profundos, más rápidos.

—Dioses, mírate. Siempre vas a ser lo único que desee. Solo tú. Solo esto. Nosotros, y nada más.

Su voz me envuelve la mente hasta que se convierte en lo único que veo, que oigo, que siento y que pienso. Él lo es todo, y me observa como si pensara lo mismo de mí.

—Te necesito.

Tal vez *necesitar* no sea la palabra correcta, pero no hay ningún otro término que describa lo esencial que es él para mi existencia. Engancho la

cintura de mis pantalones con los pulgares y tiro. Necesito quitármelos. Ahora.

—Yo también.

Somos un frenesí de manos y bocas curiosas que se esfuerzan por arrancarnos las pocas prendas mojadas que nos quedan. Tengo un motivo nuevo y totalmente distinto para maldecir estas botas, pero Xaden se encarga de ellas en un abrir y cerrar de ojos, y me quedo desnuda.

Acerco los labios a la cicatriz nueva que tiene en el brazo, más que consciente de lo cerca que he estado de perderlo, y entonces vuelve a cernirse sobre mí, apoyando el peso en los antebrazos, estudiándome los ojos con una intensidad que me hace estremecer, expectante, mientras se coloca entre mis muslos.

Alargo un brazo entre nuestros cuerpos, lo busco con los dedos y aproximo la punta de su sexo a mi entrada. Si me hace esperar más, me moriré aquí mismo. No sobreviviré ni un solo suspiro sin tenerlo a él dentro.

—Yo te necesito más, Violet. —Me acaricia un lado de la cara, y mueve las caderas y empuja hacia mi interior, estirándome mientras consume esos primeros y delicados centímetros—. Por mucho que creas necesitar esto, que me necesitas a mí… Yo te necesito más.

Me embiste y me llena con una única acometida, hasta estar tan dentro de mí que cierro los ojos y gimo con ese placer sublime.

No hay nada en el mundo comparable a esto. Estoy segura.

—*Qué puta maravilla.*

Responde a mis pensamientos con un gruñido, y entonces empieza a moverse, reculando solo para volver a introducirse en mí una y otra vez, robándome mis respiraciones entrecortadas con sus constantes besos. La piedra sobre la que tengo apoyada la espalda me permite arquearme para recibir sus embestidas, para que me entre todavía más. Es más de lo que puedo soportar, es demasiado bueno, y, al mismo tiempo, no es suficiente.

Cada acometida poderosa me hace ansiar más, mucho más. Aquí es donde quiero existir, con él encima de mí, moviéndose dentro de mí, con la atención puesta única y exclusivamente en mí.

—*Más duro. Más adentro*. —Me cuesta demasiado respirar como para hablar—. *No me trates como si fuera a romperme*.

—*Sé muy bien cuáles son tus límites.*

Me desliza las manos por debajo y me aprieta contra su pecho mientras se pone en pie, antes de volverse para sentarse en el borde del banco.

Mi grito resuena por la estancia cuando me hundo en él, apoyando las rodillas a ambos lados de sus caderas, y él me alcanza ese punto dulce y hondo que me deja sin aliento.

—Sí. Ahí. Joder, te siento por todas partes.

—Justo donde lo dejamos. —Baja las manos hasta mi culo—. *Contigo montándome*.

Le rodeo el cuello con los brazos y sonrío contra su boca. Nadie entrará esta vez por la puerta para interrumpirnos. No se oye más que el ruido del agua golpeando el banco y nuestros cuerpos fundiéndose una y otra vez, el palpitar de nuestros corazones, las respiraciones irregulares entre besos largos e hipnóticos.

La realidad se reduce a los sentidos, a la exquisita sensación de su torso contra mis pechos, de su boca adorando la mía, de su polla llenando cada centímetro de mi cuerpo, llevándome al límite. La presión que se me acumula en las entrañas es tan intensa y el placer tan dulce que casi puedo saborearlos. Me recorren el cuerpo al tiempo que mi poder aumenta y me transforma en energía pura, descontrolada, hasta ser el mismísimo rayo que manipulo, restallando como anticipo del impacto.

—Más —gruñe él—. Lo quiero todo, Violet.

—Lo tienes todo.

Noto su barba incipiente en las palmas de las manos cuando le sostengo la cara y lo beso. El relámpago me atraviesa el cuerpo, alcanzando un límite peligroso, y no necesito preguntárselo. Sé que tiene la situación controlada.

Se libera con un restallido seco y atraviesa con un fulgor la ventana antes de que las sombras lo engullan y sofoquen. No destruye nada. No le prende fuego a nada. Xaden sabe cómo reacciona mi cuerpo, sabe cómo llevarme al límite y sabe cómo actuar cuando exploto.

«Lo amo. Lo amo. Lo amo». No estoy preparada para ofrecerle esas palabras, ni el poder que conllevan, pero puedo guardármelas para mí, repetírmelas como si formaran parte de mi Código personal, lo único que sé a ciencia cierta.

Su cuerpo se tensa bajo el mío, sus embestidas cobran intensidad mientras me rodea con un brazo, me agarra del hombro y tira de mí con cada acometida.

La presión creciente roza el límite y la contengo, la mantengo a raya. Todavía no. Quiero más. Joder, quiero sentirme así a cada instante de todos los días del resto de mi vida.

—Déjate llevar. —Xaden cambia el ángulo y me frota el clítoris con la embestida siguiente.

—No quiero que termine. —Percibo una nota de pánico en mi voz, esa nota desesperada provocada por el miedo a que esta sea la única vez que me sienta así, la única vez que Xaden sea mío. Pero las oleadas se acercan más y más con cada movimiento de nuestras caderas, y los músculos se me tensan hasta agarrotarse.

—Violet. —Desliza las manos desde mis hombros hasta mi nuca, hundiendo los dedos en los largos mechones de mi pelo mientras me mira a los ojos como si fuera capaz de llegarme al alma—. No puedo renunciar a esto. No pienso renunciar a ti. Pero, ahora, déjate llevar.

Me tiemblan los muslos y, con la embestida siguiente, me fracturo y dejo escapar un grito. La estancia se ilumina con el destello de un relámpago, y el poder me desgarra por dentro con un trueno instantáneo mientras las olas me barren sin cesar. No puedo más que agarrarme a Xaden y capearlas, disfrutar de este gozo que me inunda el cuerpo hasta que estoy demasiado débil como para seguir meciéndome contra él.

—Perfecto.

Su contención se esfuma en un instante. Lejos quedan las embestidas calculadas y precisas. Me gruñe al cuello y sacude las caderas frenéticamente, consumiéndome con desenfreno, y me doy cuenta de que esto era lo que anhelaba por encima de todo lo demás, mucho más que sus secretos: que perdiera el control.

Quiero ser la única persona por la que pierda la compostura.

Aferrada a sus hombros, retrocedo con cada acometida meciendo las caderas, y saboreo el grito que profiere cuando por fin se estremece debajo de mí y las sombras asaltan la estancia. La roca cruje y el agua brota a borbotones de los acueductos.

El corazón se me acelera, y sonrío.

—Mierda. —Apoya la frente sobre la mía, y nuestros pechos suben y bajan agitados mientras nos esforzamos por recuperar el aliento—. Justo cuando pensaba que podría contigo, voy y pierdo por completo el control.

—Esa es mi parte favorita.

—¿Y por qué no me sorprende? —Posa los labios encima de los míos y me rodea con los brazos para evitar que me caiga de su regazo—. Vas a acabar matándome, te lo juro.

—¿Qué hacemos ahora? —La pregunta se me escapa de la boca antes de que pueda evitarlo. Después de todo, yo soy la que se ha estado resistiendo a

esto…, sea lo que sea.

—Tenemos varias opciones. —Me acaricia un lado de la cara mientras me escudriña los ojos—. Primero, podemos quedarnos aquí y repetirlo. Segundo, podemos recoger, vestirnos y escabullirnos hasta mi habitación, y allí repetirlo. O tercero… —Hace una pausa—. Podemos recoger, encontrar a alguien que manipule el agua para que nos seque la ropa, prestarte una de mis chaquetas de vuelo y volar hasta el punto de reunión a entregar las dagas…

Me pongo en pie en un abrir y cerrar de ojos, y recojo mi ropa antes de que acabe de hablar. Claro que quiero acompañarlo.

—Entiendo que has descartado las dos primeras opciones, ¿no? —me pregunta con un suspiro de decepción.

28



Aunque los pilotos de grifo no sean capaces de desarrollar sellos, eso no significa que sean impotentes. De hecho, hay quien podría afirmar que han dominado la magia menor, y sobre todo los trucos mentales, hasta convertirla en el arma más mortífera de todas. Subestimarlos sería un error.

—*Grifos de Poromiel, un estudio de combate,*
por el comandante Garion Savoy

La ventaja de ser dos jinetes en una relación conocida y que resultan estar vinculados a una pareja de dragones es que a nadie le sorprende que salgan a volar a medianoche para tener un momento de intimidad, y no hay mejor vista de las estrellas en todo el continente que a lomos de Tairn.

—*Sigue sin parecerme bien* —me riñe Tairn mientras cruzamos la barrera de las protecciones poco después de la medianoche.

—*Y, aun así, estamos volando* —respondo, ignorando la sensación de que algo no va bien y que me cala más y más en los huesos con cada batir de sus alas. Por experiencia, sé que se me pasará en cuanto nos hayamos alejado lo suficiente de las protecciones como para que mis sentidos se reajusten.

—*Solo porque prometí que permitiría que tomaras tus propias decisiones después de lo de Resson, no porque esté de acuerdo contigo*. —Tairn asciende por la colina de la montaña, escorándose a la izquierda para

sobrevolar el paisaje a poca altura. Esta noche hay luna llena, y debemos ser precavidos—. *Estamos asumiendo riesgos innecesarios*.

—*Un riesgo que Xaden y Sgaeyl asumen constantemente.*

Dejo de resistirme al viento y le sonrío al inclinarme hacia delante cuando Tairn baja en picado.

—*El manipulador de sombras no me preocupa.*

—*Pero Sgaeyl sí.*

Las correas de la silla se me hunden en los muslos, un recordatorio constante de que no puedo sujetarme al asiento sin ellas.

—*Sgaeyl jamás permitiría que la derribara algo tan insignificante como un grifo*. —Resopla—. *Si bien es cierto que la pérdida del manipulador de sombras sería un… inconveniente emocional*.

Río por la nariz ante esa fanfarronada.

—*¿Un inconveniente emocional? ¿Eso es lo que soy para ti?* —En ese caso, ya puedo dejar de preocuparme de que mi muerte provoque también la de Tairn, o la de Sgaeyl y Xaden.

—*Ahora mismo eres una molestia de categoría.*

El viento ahoga mi carcajada, y me agarro bien cuando nos aproximamos a lo que parece ser un valle forestal. La silueta de la cresta más cercana brilla con la luz de una aldea poromielense, pero no sé cuál es.

Tairn despliega las alas y la gravedad nos atrapa, forzándome a hundirme todavía más en la silla justo antes de que aterrice al borde de un oscuro lago y todos los huesos del cuerpo se me sacudan. Sin darme tiempo a echar un vistazo a los alrededores, Tairn gira sobre sí mismo y me obliga a agarrarme al borrén, y se coloca de espaldas al agua y con el prado abierto de frente.

—*Qué brusco*. —Menos mal que estaba bien sujeta.

—*La próxima vez, vuela tú y yo voy de jinete.*

Mueve la cabeza a izquierda y derecha mientras Sgaeyl aterriza a nuestro lado, con Xaden encima.

—*Sigue cabreado con que te haya acompañado* —le digo a Xaden buscando la hebilla.

—*Te has vuelto lo bastante fuerte como para mantener a Aetos a raya* —dice Xaden avanzando ya hacia el hombro de Sgaeyl. La luna se refleja en sus espadas cuando desmonta.

—*Me preocupan más las compañías del teniente que Aetos* —gruñe Tairn—. *Y que ni se te ocurra desmontar, Plateada*.

—*¿Perdón?* —Paso la tira de cuero por el primer lazo.

—*Si desatas la correa, alzo el vuelo.*

Vuelve la cabeza, en un movimiento inquietante que me recuerda al de una serpiente, para fulminarme con la mirada por encima de su hombro.

Me quedo boquiabierta.

—No me lo puedo creer —siseo.

—*Ponme a prueba*. —Cierra los ojos dorados casi por completo—. *He accedido a venir a la entrega. No he accedido a poner tu vida en peligro cuando estamos a un vuelo rápido de guiverno desde Zolya. Yo también recuerdo lo que les ocurre a los jinetes desmontados*.

—*Me estás sobreprotegiendo.*

Aunque no le falte razón. Quizá yo no sea la única con pesadillas.

—*Hago honor a mi estirpe* —contesta, y mueve la cabeza al frente, poniendo fin a la conversación.

—No te preocupes, que desde ahí arriba podrás oírlo todo. —La voz de Xaden me llega desde el lugar en el que espera, delante de Tairn y Sgaeyl.

—Qué fácil es decirlo cuando tu dragón no te está relegando a un segundo plano —murmuro.

—*Podría haberme negado a este encuentro. Esto no es más que un pequeño sacrificio* —replica Tairn—. *Ya vienen*.

Tengo una contestación en la punta de la lengua, pero cierro la boca cuando oigo el batir de las alas de grifos. El sonido es más suave que el de los dragones, menos pronunciado. Como un vendaval en lugar del repiqueteo de un tambor.

Siete grifos, una bandada entera, aterrizan en el claro y avanzan con sus formidables cabezas moviéndose a izquierda y derecha, contemplando a Tairn y Sgaeyl. Los grifos deben de sacarle una cabeza a Xaden, y aunque no distingo bien los colores bajo la luz de la luna, sí diviso perfectamente sus afilados picos desde aquí.

—*Por favor, dime que los reconoces* —le digo a Xaden con el corazón en un puño. El poder se me despierta bajo la piel y carga el aire que me rodea de electricidad estática.

—*Sí. Y en un momento tú también lo harás* —responde, como si hubiéramos quedado con unos colegas en la taberna de siempre.

Tairn agacha la cabeza con un gesto en el que reconozco tanto una amenaza hacia ellos como un favor hacia mí, que me permite ver al resto de los recién llegados.

Los grifos, mitad águila y mitad león, se detienen a unos cinco metros, y tres de sus pilotos desmontan, dejando a las otras dos parejas en los extremos, listas para alzar el vuelo en cualquier momento. Nuestra confianza es tan fina

como el hielo de diciembre. Un paso en falso y la fractura tendría unas consecuencias letales.

El trío se acerca a Xaden a través de la alta hierba de montaña, y reconozco casi de inmediato a la que va en el centro como la veterana que nos encontramos en el lago y que luego combatió con nosotros en Resson. Tiene el rostro algo más chupado y una nueva cicatriz en un lado del cuello que le desaparece por debajo del uniforme, pero es ella, sin duda.

Sin embargo, el hombre que tiene a su izquierda no es el mismo. Es algo más bajo, y un poco más enjuto que su corpulento compañero, y no hay malicia bajo esas cejas recortadas cuando mira por encima del hombro de Xaden y alza la vista hasta mí antes de apartar la mirada.

No puedo evitar preguntarme si el hombre que la acompañaba en el lago murió durante el ataque.

—¡Riorson! —exclama la mujer deteniéndose a unos tres metros de Xaden.

—Syrena —dice Xaden levantando dos bolsas antes de dejarlas en el suelo frente a él. El mensaje es claro: si las quieren, tendrán que acercarse a Tairn y Sgaeyl.

Syrena suspira y les hace un gesto a los otros para que se adelanten.

La mujer joven que camina a la derecha de Syrena va vestida con un tono de marrón más pálido que los demás. Debe de tener mi edad, y comparte suficientes rasgos con Syrena como para estar emparentadas; primas, quizá…, o incluso hermanas. Poseen la misma nariz recta, labios carnosos, complexión esbelta y un pelo negro brillante que contrasta con su piel clara, aunque la joven lo lleva recogido en una trenza simple sobre el hombro. Sus ojos son ligeramente más grandes y sus mejillas algo más altas que las de Syrena. Tiene esa belleza que por lo general le granjearía un puesto en la corte de un rey o un escenario en los teatros de Calldyr.

Siento una opresión en el pecho. La mirada que le lanza a Xaden no es inocente. Percibo un anhelo inequívoco, un hambre ante la que no puedo más que parpadear. Es como si hubiera cruzado un desierto y él fuera el oasis.

Parece el reflejo… de lo que yo siento.

—Me alegro de que hayas sobrevivido al desafortunado incidente de Samara —dice Syrena al alcanzar a Xaden.

—¿Qué te parece si me explicas qué cojones fue aquello? —El tono de Xaden se adentra en un territorio poco amistoso—. Porque uno de tus grifos estuvo a punto de destrozarme. Si no llegamos a tener a un reparador a mano en el Ala Este, habría perdido un brazo, porque pensaba que sería uno de los

tuyos y vacilé. —Mira a la otra mujer—. Pensaba que estábamos en el mismo bando, pero si se repite no volveré a titubear.

Me inclino hacia delante en la silla, no obstante, las correas apenas ceden. Estar aquí arriba, donde solo puedo intuir sus expresiones, es una tortura. La energía me restalla en las puntas de los dedos, pero la contengo y me preparo por si la entrega no saliera según lo previsto.

—No puedo controlar a todas las bandadas, Riorson —responde Syrena —. Y no pienso culpar a las bandadas de otras cadenas de mando que actúen siguiendo órdenes. Necesitamos más armas de las que nos puedes suministrar. En ese puesto avanzado hay dagas suficientes para armar a cien pilotos…

—Esas dagas están potenciando nuestras protecciones —la interrumpe Xaden cerrando con fuerza los puños.

—¿Nuestras protecciones? ¿Desde cuándo simpatizas con los navarrenses? Al menos vosotros tenéis protecciones, Xaden —le discute la chica de la derecha.

—De momento. —Xaden mira en su dirección un instante antes de volverse de nuevo hacia Syrena.

Ese tono. Que lo haya llamado por el nombre… Es evidente que se conocen.

—Los ataques deben cesar, Syrena —prosigue Xaden—. Pertenezcan o no a tu cadena de mando, en cuanto me entere de que algún piloto ha robado dagas de los puestos avanzados o de que alguna protección navarrense se ha debilitado debido a vuestros robos, interrumpiré los envíos que tengamos preparados.

Contengo el aliento ante su amenaza.

—Nos condenarás a la muerte —asegura ella tensando los hombros.

—¡Y vosotros nos condenaréis a todos a la muerte si os cargáis las únicas protecciones que impiden que los venin lleguen a los terrenos de cría de Basgiath! —exclamo yo—. Es nuestra única forja de armas, y hay suficiente magia pura en aquella cordillera como para alimentarlos durante todo un siglo. Serían imparables.

Todas las cabezas se vuelven hacia mí.

—*Estás llamando la atención*. —Tairn les gruñe a los pilotos, y estos apartan la mirada al momento.

—En ningún momento te he dicho que fuera a quedarme aquí calladita.

—Me alegro de conocerte sin la cara de Riorson pegada a la tuya, Sorrengail —dice Syrena sin mirar fijamente a Tairn. Chica lista—. Aunque

supongo que sigue sin fiarse del todo de nosotros si te ha dicho que te quedes encima de ese enorme dragón tuyo.

Xaden guarda silencio.

—Me alegro de que sobrevivieras a Resson —contesto con una sonrisa, aunque no pueda verla.

Sin embargo, la joven sí puede verme. Me observa con una mezcla inquietante de sorpresa y…, mierda, creo que es malicia lo que le ha hecho entornar los ojos.

—*Mi apellido no ha sentado bien hacia tu izquierda* —le digo a Xaden.

—*Ignórala.*

—Sobrevivimos gracias a ti y a esos increíbles rayos que manipulas —dice Syrena.

Otro gruñido atronador le asciende por la garganta a Tairn cuando gira la cabeza hacia la derecha y enseña los colmillos.

—¡A estas alturas ya deberías saber que no se mira a un dragón a los ojos, Cat!

—No estaba mirando al dragón —se defiende la mujer en voz baja; apenas consigo distinguir las palabras. Pero decide desviar la mirada y atravesar, esta vez, a Xaden—. Es preciosa, no te lo niego.

¿Qué cojones…?

—No sigas por ahí —responde Xaden bajando el tono hasta esa calma gélida tan propia de él antes de dirigirse a Syrena—. Sorrengail tiene razón. Si os cargáis nuestras protecciones, no habrá nada que impida que drenen los terrenos de cría. Será imposible enfrentarse a ellos, y mucho menos derrotarlos.

—¿Y prefieres que muramos mientras tú esperas protegido por el arma que podría salvar a nuestros civiles? —pregunta el hombre con indiferencia, como si nos estuviera pidiendo el parte meteorológico.

—Sí. —Xaden se encoge de hombros, y yo arqueo las cejas hasta el nacimiento del pelo—. Estamos en guerra —continúa—. Y en las guerras mueren personas. Así que si me estás preguntando si prefiero que mueran los vuestros a los míos, la respuesta es que sí. Sería ridículo pensar que podemos salvar a todo el mundo. Porque no podemos.

Inspiro con agitación al recordar que el hombre que conozco a puerta cerrada no es ni mucho menos igual al que se muestra al resto del mundo. No es la primera vez que lo oigo expresar ese sentimiento. Opina lo mismo de los marcados que no hacen nada para salvarse en Basgiath.

—Ya veo que sigues siendo un capullo. —Cat se cruza de brazos.

—Nosotros también hemos perdido a jinetes a manos de los venin —replica él—. Estamos luchando a vuestro lado. Pero no pienso poner en riesgo la seguridad de nuestro movimiento o de nuestros civiles para favorecer a los vuestros. Si eso me convierte en un capullo, que así sea. Y tampoco estamos de brazos cruzados detrás de las protecciones. Estoy arriesgando mi vida, y las vidas de las personas que me importan, para traeros armas de Basgiath y completar nuestra propia forja, y así poder continuar suministrándoos esas armas y estar preparados cuando tanto los seres oscuros como Navarre vengan inevitablemente a por nosotros. Porque lo harán.

—¿Cómo que «completar la forja»? —Cat vuelve a arriesgarse a lanzarme una mirada asesina—. El vizconde Tecarus te discutiría esa afirmación sin miramientos. No has tenido una, sino dos oportunidades para adquirir la luminaria, y tampoco es que no tuvieras a mano lo que te pidió las dos veces.

—Está fuera de toda cuestión —le espeta Xaden.

—Estás dispuesto a permitir que el reino entero caiga a manos de esos monstruos porque estás… ¿qué? —pregunta Cat ladeando la cabeza en dirección a Xaden—. ¿Prendado? Por favor. Te conozco demasiado.

—¡Cat! —exclama Syrena.

El estómago se me revuelve.

—*¿De qué coño estáis hablando?*

Por absurdo que parezca, creo que habla… de mí. ¿Qué narices tendré que ver yo con un vizconde poromielense?

—*Nada que deba preocuparte* —responde Xaden con un tono que es de todo menos reconfortante.

Tairn resopla.

—*Ya lo hablaremos más tarde* —le advierto a Xaden, añadiendo un tema más a una lista interminable.

—No sabes nada sobre ella. —Xaden niega con la cabeza en dirección a Cat antes de volverse de nuevo hacia Syrena—. La forja es nuestra principal prioridad. En cuanto nos hagamos con una luminaria, podremos comenzar a suministraros armas sin limitaciones. Disponemos del resto de los materiales que necesitamos para empezar, y eso es todo lo que te voy a decir, porque tienes razón, Syrena. No confío en vosotros. Hasta entonces, tenéis veintitrés dagas en esas bolsas. —Señala las bolsas a sus pies.

—¿Veintitrés? —pregunta Syrena enarcando una ceja.

—Y necesito una de ellas. —No hay disculpa ni en sus palabras ni en su tono—. O las tomáis o las dejáis. Sea como sea, Garrick se asegurará de que recibís el próximo envío en el lugar acordado. —Empieza a retroceder sin

dejar de mirarlas—. *Está cerca de Athebyne. No te lo estoy ocultando, pero tampoco quería repetirlo delante del resto de la bandada*.

—*Agradezco la honestidad*. —Es sorprendente y alentadora.

—Puede que os quede un año hasta que lleguen a vuestras fronteras —dice Syrena.

El corazón se me encoge al recordar que Brennan cree que tenemos mucho menos que eso. Debo volver a investigar a fondo las protecciones en cuanto regrese a Basgiath.

—Somos todo lo que se interpone entre ellos y vosotros. Lo sabes, ¿verdad? ¿O aún seguís con lo de esconder la cabeza en la arena por si os interrogan y sabéis demasiado, igual que el año pasado?

—Lo sabemos —responde Xaden—. Estaremos preparados.

Syrena asiente.

—Haré todo lo posible por reducir los ataques a los puestos avanzados, pero hasta que no puedas decir abiertamente que nos estás suministrando armas, es como pedirles a nuestras fuerzas que crean en las apariciones. No se fían tanto de ti como yo.

—Eso es tu problema. Pero hablaba en serio. —Inclina la cabeza a un lado —. Si venís a por nuestras protecciones, os mataré con mis propias manos.

Debemos proporcionarles sus propias protecciones. Es la solución más lógica.

Sgaeyl deja escapar una nube de vapor y el piloto da un respingo, y entonces echa a correr hacia las bolsas, da media vuelta y le entrega una a Syrena de regreso al resto de la bandada.

—Gracias —le dice Syrena a Xaden antes de alzar la vista hacia mí—. Y dile a tu dragón que sigue teniendo la presencia más aterradora que he visto en mi vida, Sorrengail.

—Se lo diría, pero ya tiene el ego demasiado subidito —respondo reacomodándome en la silla mientras Xaden corre hacia la pata delantera de Sgaeyl para montar—. No te mueras, Syrena. Empiezas a caerme bien.

Esboza una sonrisa sutil, antes de volverse hacia la otra piloto.

—Vámonos, Catriona.

Catriona. Cat.

El vacío que siento en el estómago no tiene nada que ver con el despegue repentino de Tairn hacia el cielo nocturno, y sí con lo que recuerdo que me dijo Bodhi hace unas semanas.

«Jamás había visto que le importara tanto nadie, ni siquiera Catriona».

Dioses. No lo miraba solo con anhelo…, sino también con nostalgia.

29



Los cadetes que se ausenten sin permiso deberán presentarse a un tribunal de guerra presidido por su cadena de mando, siempre que no se los ejecute en el acto.

—Artículo cuatro, sección uno del Reglamento de Conducta del Colegio de Guerra Basgiath

El aire se lleva consigo el calor de mis mejillas y me ajusto las gafas de vuelo mientras Tairn se dirige hacia la frontera con potentes aleteos.

—*Para no sacar conclusiones apresuradas como el año pasado: es tu ex, ¿verdad?* —le pregunto a Xaden, con la esperanza de que en mi voz mental no se note que estoy hecha un manojo de nervios.

—*¿Cómo lo…? Da igual, es irrelevante. Sí.* —Habla despacio, como si escogiera las palabras con sumo cuidado—. *Lo dejamos antes de que tú y yo nos conociéramos*.

No debería importar. Yo también tengo varios ex. Y tampoco es que hayamos hablado como tal de nuestro historial sexual ni romántico, ¿no? Aunque, claro, mis ex no eran pilotos de grifo con ese… físico, pero poco importa. No hay ninguna razón lógica para que sienta esta mezcla desagradable e irracional de…

Mierda. ¿Qué es esto? ¿Celos? ¿Ansiedad? ¿Inseguridad?

—*Las tres cosas* —responde Tairn del todo molesto—. *Pero debo recordarte que a ella no la ha escogido ni un solo dragón. Y a ti te*

seleccionaron dos. Mantén la compostura, por favor.

Sus cálculos son sensatos, pero tienen poca relación con lo que siento.

—*Pero hubo un momento en que Xaden la eligió a ella.*

Me inclino hacia el lado derecho cuando Tairn se arrima a la ladera de la montaña y continúa el ascenso.

—*Y también hubo un momento en que tú considerabas que las gachas eran un plato aceptable, hasta que te crecieron los dientes y descubriste que te estaban esperando el resto de las comidas del mundo. Deja de darle vueltas a eso. No te servirá para hacerte más fuerte.*

Qué fácil es decirlo.

El silencio me envuelve durante el resto del vuelo, y me cuesta algo menos respirar una vez que hemos cruzado las protecciones de Navarre. Luego la culpa me pesa como una roca en el estómago. Estamos a salvo tras nuestros escudos, pero la bandada que acabamos de armar no dormirá con la misma certeza.

Aterrizamos en el campo, y desmonto después de desabrocharme las correas, deslizándome por la pata delantera de Tairn.

—*Estate lista por la mañana* —me ordena Tairn—. *Tal vez si regresas pronto reducirán tu inevitable castigo por haberte marchado de improviso.*

Porque nadie castiga a los dragones.

—*Lo dudo, pero por intentarlo que no quede.*

Me subo las gafas de vuelo mientras Tairn se aleja andando junto a Sgaeyl, y sacuden las colas al mismo ritmo. Es una tontería, pero no puedo evitar sonreír.

Xaden se me acerca, me rodea la cintura con el brazo y tira de mí hasta apretarme contra su firme pecho antes de levantarme la barbilla con el pulgar y el índice para que nuestras miradas se encuentren. Unas arrugas de preocupación le surcan la frente.

—¿Vamos a tener que dedicar nuestras últimas horas juntos a hablar de Cat?

—No. —Le rodeo el cuello con los brazos—. A menos que quieras que te hable de mis romances anteriores.

Agacha la vista hasta mis labios.

—Preferiría que optáramos por la segunda opción que te he propuesto antes, lo de subir a mi habitación y aprovechar el tiempo con prudencia.

—Es un buen plan —coincido, y la temperatura corporal me aumenta solo de pensarlo—. *Pero vas a tener que hablarme del vizconde Tecarus.*

—Mierda. —Aparta la mirada—. Casi prefiero que me hables de tus ex. —Vuelve a fijar la vista en mí—. ¿Quiénes son? ¿Conozco a alguien?

—*Tecarus*. —Arqueo una ceja—. Ahora. Sé que quieres tener tus secretitos, pero me has dicho que me darías toda la información que pudiera afectar a mis decisiones, y tengo una sensación que me reconcome por dentro de que este tema tiene que ver conmigo. —Le paso los dedos por el lado del cuello donde tiene la reliquia, simplemente porque no puedo evitarlo—. *Por eso te lo pregunto: ¿qué quiere Tecarus a cambio de la luminaria, el único dispositivo que podría ayudaros a completar la forja, y que no estás dispuesto a darle?*

Me aprieta la cintura, y me acerca todavía más a él.

—*¿Además de armas y un ejército privado?* —Hace una pausa, y percibo el conflicto en sus ojos antes de que suspire—. *Eres la primera manipuladora del rayo en más de un siglo. Nos jura y promete que nos permitirá que nos la llevemos a Aretia si te ve en acción*.

Pestañeo.

—Bueno, no veo dónde está la complicación.

—Pues que el primer acuerdo quedó en papel mojado cuando descubrí que solo estaba dispuesto a dejarnos utilizar la luminaria, no llevárnosla, lo que nos habría obligado a estacionar dragones en Cordyn. Y segundo, no confío en que se conforme solo con verte. Es famoso por coleccionar cosas valiosas y retenerlas contra su voluntad. —Me acaricia el labio inferior con el pulgar, y un escalofrío me recorre el cuerpo—. No puedo arriesgarme. No quiero arriesgarme a perderte.

—No creo que esa decisión debas tomarla tú —respondo con voz queda.

Necesita la luminaria, pero tal vez ganemos algo de tiempo si puedo conseguir levantar las protecciones.

—Ya te dije en Aretia que preferiría perder esta guerra que vivir sin ti. —Me dibuja la mandíbula con los dedos antes de dejar caer la mano.

—No acabé de creerme que lo dijeras en serio, la verdad.

El dolor del pecho casi me estalla. Amo a este hombre con cada palmo de mi ser, que sería suyo si simplemente dejara de ocultarme tantos secretos y me permitiera conocerlo.

—Tendrás que volver a confiar en mí en algún momento. —Aprieta los labios—. *Lo de ir a Cordyn está fuera de toda discusión. Brennan ya está negociando otros términos*.

—Pero es que me tenéis justo aquí. No puedes protegerme de todo… —Miro de reojo al objeto que introduce en la vaina profunda que tengo en el

hombro, una vaina que solo está ahí porque llevo puesta su chaqueta de vuelo —. ¿Qué es eso? —pregunto, pero ya lo sé. La aleación de la empuñadura refleja la luz de la luna antes de desaparecer, oculta en mi brazo.

—Necesito que seas capaz de defenderte pase lo que pase. Tú no eres la única que tiene pesadillas, que lo sepas.

Separo los labios.

—Xaden —susurro posándole las manos en la cara y rascándome las palmas con la barba incipiente de sus mejillas—. Manipulo el rayo. Jamás estaré indefensa si tengo que enfrentarme a un venin.

—Pero tendrás que ocultarla, claro. —Su voz se vuelve áspera—. Cósete una vaina profunda donde te sea más cómodo.

Asiento. De todas formas, ahora mismo es imposible que nadie la descubriera salvo que estuviera apuntando al frente o supieran dónde mirar.

—¿Nos queda algo pendiente? —me pregunta.

Pongo una mueca y arrugo la nariz.

—¿Aparte de que alguien filtrara lo de la batalla de Zolya en Informe de Batalla y Markham lo desestimara como propaganda? —digo torciendo la boca.

Esta vez Xaden se limita a mirarme fijamente.

—¿O el hecho de que Nolon se haya pasado meses salvándole la vida a Jack Barlowe? —Me aparto de sus brazos y comenzamos a andar hacia el puesto avanzado, iluminado por las antorchas de las almenas exteriores—. Ah, y Varrish me dislocó el hombro durante el interrogatorio, después de que Dain se negara a usar su sello conmigo.

Xaden se detiene.

—Descuida —le digo por encima del hombro, tirando de él para que siga andando—. Nos escapamos. Trataron de usar con nosotros ese nuevo elixir que entorpece la conexión con nuestros dragones y sellos, pero recordé el olor que desprendía el día del ejercicio de navegación terrestre, así que esta vez nos lo ahorramos.

—¿Un elixir que bloquea los sellos? —pregunta levantando la voz.

—No pasa nada. Si consigo echarle el guante a la solución, probablemente pueda encontrar un antídoto. —Me vuelvo hacia él—. *O Brennan*.

Su mirada se clava en la mía.

—¿Qué ha pasado con aquello de que trabajemos la comunicación?

—Podría esperar a que me formularas la pregunta para darte la información. —Esbozo una sonrisa sarcástica—. ¿Te he contado ya que Dain me retó? —Tengo claro que no voy a mencionarle lo de la absurda acusación

que hizo sobre mi madre. Dain no se merece que le dedique ni un segundo más—. Hostia, y también tendría que hablarte de Aaric.

Xaden suspira.

—Pues ya me puedo ir despidiendo de la segunda opción.

Me embarga una extraña esperanza cuando Tairn y yo aterrizamos en el campo de vuelo de Basgiath la tarde siguiente. Tal vez sea porque por fin siento que Xaden y yo hemos empezado a confiar de verdad en el otro, y no solo con nuestros cuerpos, aunque todavía no se haya abierto por completo a mí.

Y no voy a negar que su cuerpo es, sin lugar a duda, una ventaja. Siento unas agujetas deliciosas, y no solo del trayecto, cuando desmonto de Tairn en un extremo del campo para evitar los aterrizajes de los estudiantes de tercero del Ala Uno, que están llevando a cabo sus maniobras.

Joder, debería haberme guardado la daga en la mochila antes de aterrizar. Hay dragones y jinetes por todas partes.

—*Con tantos dragones presentes, no me cabe duda de que a Varrish y Aetos ya les habrán informado de que has regresado* —me advierte Tairn.

—Asumiré mi castigo —respondo rascándole las escamas apagadas de la barbilla—. Tienes que hidratarte. El trayecto te ha dejado sequísimo.

—*Nuestra partida fue más culpa mía que tuya. No permitiré que asumas mi castigo.*

—Ay, no seas tan bonachón. Qué mal rollo. —Le doy unos golpecitos más en las escamas y me ajusto la mochila en los hombros—. *Ya han pasado un par de semanas. ¿Crees que Andarna se despertará pronto?* —La echo de menos.

—*Es imposible saberlo* —responde deprisa. Demasiado deprisa.

La sospecha se me refleja en las arrugas del ceño.

—¿Me estás ocultando algo?

—*Todos los adolescentes se sumen en el sueño durante el tiempo que requieran sus cuerpos. Parece ser que el suyo requiere más tiempo que la mayoría.*

Y hasta hace un par de semanas, se despertaba cada vez que yo tenía algún problema. Joder.

—*¿Debería preocuparme?*

—*Preocuparse o no es intrascendente. Está protegida por los ancianos y duerme plácidamente.*

Mmm.

—Ya te avisaré si el castigo me provoca la muerte o es un simple inconveniente.

—Lo sabré, pues siempre estoy contigo —gruñe—. *Estoy obligado a ser testigo de lo inquietantes que sois los seres humanos de veintiún años*.

—Ya procuraré que sea de todo menos inquietante.

—De poder hacerlo, creo que ya lo habrías hecho.

Espera hasta que me alejo de él, en dirección a la escalera del Guantelete, y entonces alza el vuelo, levantando ráfagas de viento a mi espalda.

No puedo evitar mirar a la izquierda mientras bajo los escalones. Nuestro pelotón está practicando la mortífera carrera de obstáculos que le costó a Trysten la vida mientras estábamos en la práctica de interrogatorio. Aaric y Visia ya han llegado a la cima, para sorpresa de nadie, pero a otros les está costando más. Aún tengo que aprenderme sus nombres, pero de momento solo hemos perdido a dos.

Sloane se muerde el labio inferior mientras observa a una muchacha de pelo negro azulado tambalearse en uno de los troncos giratorios del cuarto ascenso… y caer. El corazón se me encoge, pero se agarra a una de las cuerdas verticales que hay a lo largo del recorrido.

—Pásalo corriendo —le aconsejo a Sloane al pasar a su lado—. Si dudas, te caerás.

—¿Alguien te ha pedido ayuda? —me responde.

—Tu hermano se ganó el parche del Guantelete el año pasado. Nadie espera que estés a su altura, pero haz el favor de no morirte, ¿quieres? —le digo por encima del hombro, sin molestarme siquiera en detenerme. No va a dejar que la ayude, y tampoco es que pueda salvarla de esto. Solo hay dos opciones: o lo consigue o fracasa.

Joder, ya hablo como Xaden.

—Tienes a los líderes fuera de sus casillas, Sorrengail —me dice Emetterio al acercarme, con el sol reflejándose en su cabeza recién afeitada y ungida con aceite.

—No tenía alternativa —digo en voz baja parándome a su lado.

Él me mira de soslayo.

—No tengo favoritismos. Eso es algo que aquí sería una necedad.

—Tomo nota.

—Pero si los tuviera… —Levanta el índice—. Y no digo que los tenga. Pero si los tuviera, le sugeriría a esa estudiante predilecta que enfatizara en el incontenible vínculo con su legendario dragón de batalla y se olvidara de

mencionar que tal vez reforzando sus escudos mentales podría haber evitado tomar la imprudente decisión de marcharse sin permiso. —Enarca las dos cejas oscuras mirándome—. Pero también esperaría que otro estudiante predilecto, si yo tuviera ese tipo de preferencias, le enseñara técnicas para reforzar sus escudos y que no volviera a ocurrir. —Agacha la vista hasta el cuello de mi chaqueta, donde una única línea plateada indica el rango de teniente.

—Lo entiendo. —Una sonrisa me curva los labios—. Gracias por preocuparse, profesor Emetterio.

—Yo jamás he dicho que me preocupe —responde, y vuelve a centrar la atención en el Guantelete, donde Sloane acaba de cruzar el cuarto ascenso.

—Ya. Claro que no.

Sonrío mientras me marcho, tomando el sendero rocoso que conduce al cuadrante, y entonces me enfrento al miedo de mi próximo castigo. Si Varrish trata de matarme, me resistiré. Si quiere torturarme, lo soportaré. ¿O tal vez debería acudir directamente a Panchek?

El camino está abarrotado con otro pelotón que va camino de su turno en la práctica del Guantelete, de modo que dejo de comerme el coco con lo de guardar la daga en la mochila. A este paso llegaré a mi habitación sin que nadie descubra la daga con la aleación en la empuñadura.

Cuando llego a la planta de los de segundo, ya he barajado aproximadamente una docena de posibilidades sobre cómo entregarme.

El profesor Kaori levanta la cabeza de su libro al acercarse a mí en el pasillo principal, el gesto ceñudo de concentración, y lo saludo antes de girar hacia el estrecho corredor en el que se encuentran las habitaciones de mi pelotón.

Paro en seco y el corazón se me detiene durante el tiempo en que debería haber hecho dos pulsaciones cuando los veo.

—Dichosos los ojos. —La voz grasienta de Varrish me eriza los pelillos de la nuca, y él y dos de sus matones se apartan de la pared y echan a andar hacia mí—. Te estábamos esperando, Sorrengail.

—Iba a darme una ducha para quitarme el olor del trayecto y luego presentarme para asumir las consecuencias.

Qué cerca. Me cago en todo, qué cerca he estado de refugiarme tras la seguridad de mi puerta.

—Ah, o sea que eres consciente de que te marchaste sin permiso —dice Varrish con una sonrisa que es de todo menos reconfortante. El trío pasa por

delante de mi puerta y la de Rhiannon, y entonces dejan atrás la de Sawyer a mi izquierda y la de Ridoc a mi derecha.

—Por supuesto —afirmo.

La puerta de Rhiannon se abre con disimulo, y ella asoma la cabeza con los ojos como platos. Yo le lanzo un sutil gesto de cabeza para advertirla, y ella asiente y vuelve a esconderse en su habitación y cierra la puerta casi por completo. Bien. No quiero que la incluyan también en mi castigo cuando inevitablemente trate de defenderme como mi líder de pelotón que es.

—La mochila —me ordena Varrish.

Ah. Mierda. Al menos no me he guardado ahí la daga. Mi error podría salvarme la vida.

Nora extiende la mano, y yo me quito la mochila de los hombros y se la entrego.

—¿Ni siquiera te has molestado en ponerte tu uniforme? —Varrish examina el rango de Xaden en el cuello de la chaqueta—. Sabes que suplantar a un oficial de número va contra el Código, ¿verdad?

Nora arroja mi mochila al suelo de piedra y rompe el lomo de mi libro de historia. Mecachis.

—Mire, aquí tiene otra.

Le entrega la chaqueta de Bodhi a Varrish.

—Ah, ¿ahora las coleccionas? —Varrish agarra la chaqueta sin mirarme. Tiene la mirada fija en la mochila, como los otros dos jinetes.

Me va a quitar la chaqueta de Xaden. Es que lo sé. El pánico se me agarra a la garganta y amenaza con cortarme la respiración. Levanto la vista hacia Rhi, y nuestras miradas se encuentran por la hendidura que ha dejado en la puerta.

Ella ladea la cabeza en silencio, y yo miro de reojo la daga que tengo envainada en el hombro antes de arquear las cejas hacia ella.

—No hay más que libros, unas gafas de vuelo y la chaqueta —dice Nora.

—Una chaqueta que no le pertenece —la corrige Varrish—. Igual que la que lleva puesta.

La puerta de Rhiannon chirria, pero consigue cerrarla antes de que se vuelvan hacia ella.

Joder. Joder. Joder. Estoy sola. La daga es una prueba más que suficiente para implicarme si Varrish la reconoce, y si no, seguro que Markham sabe lo que es. Y lo que es peor: implicaría también a Xaden. Matarán a todos los marcados por lo que ellos considerarán una alta traición.

—Registra la que lleva puesta —le ordena Varrish—. Es evidente que no cumple con las regulaciones.

—Disculpa —dice el profesor Kaori, que ha aparecido justo detrás de mí—. ¿Acabo de oír que les has ordenado a tus… asistentes, o como sea que los llames, que desvistan a una cadete?

—Solo la chaqueta. Está infringiendo el artículo siete, sección tres, en el que se estipula que suplantar a un oficial de número… —empieza Varrish.

—Es el artículo dos, de hecho —lo corrijo cruzándome de brazos. El hombro tiene mucha más elasticidad de la que esperaba, pero no soy lo bastante ilusa como para llamar la atención agachando otra vez la mirada—. Y se estipula que lo que es un delito punible es suplantar a un oficial de número, no llevar puesta la chaqueta de vuelo de otra persona. Como ve, no llevo la etiqueta con el nombre de nadie, ni tampoco afirmo ser quien no soy.

—Ahí no le falta razón, vicecomandante. —Kaori se guarda el libro bajo el brazo—. ¿Y desde cuándo registramos las bolsas de los cadetes?

—Desde que asumí el puesto de vicecomandante. —Varrish levanta la cabeza y se yergue hasta alcanzar su altura máxima—. Esto no te concierne, Kaori.

—No obstante, prefiero quedarme —replica este—. El poder siempre debe mantenerse bajo control, ¿no te parece, mayor Varrish?

—¿Me estás acusando de haber abusado de mi poder en lo que a esta cadete respecta, coronel Kaori? —Varrish da un paso hacia nosotros, pero se topa con mi mochila.

—Uy, ni mucho menos. —Kaori niega con la cabeza—. Creo que abusas de tu poder en general.

Necesito poner a trabajar todos los músculos de mi cuerpo para mantener el gesto impasible. Varrish entrecierra los ojos en dirección a Kaori antes de volverse hacia mí.

—Entrégame ahora mismo esa chaqueta de vuelo —me ordena extendiendo la mano.

Me la desabrocho, rezando por que los dedos no me tiemblen, y lo obedezco. Varrish revisa todos y cada uno de los bolsillos, sin excepción.

No hace ninguna falta que avise a Tairn; siento su presencia silenciosa en lo más profundo de mi mente.

—Mmm. —Kaori se acerca a mí y ladea la cabeza, revisando de arriba abajo mi uniforme—. En esta etiqueta se lee claramente el nombre de Sorrengail, y veo dos de sus parches de pelotón. A mí no me parece que esté suplantando a nadie.

—Está… —A Varrish se le enciende el gesto al no encontrar nada en la chaqueta—. Aún debe presentarse ante un tribunal militar por haber abandonado el campus sin permiso de…

—Ah. —Kaori hace un gesto de cabeza—. Ahora lo entiendo. No has hablado con Panchek esta tarde. Como experto, le he ofrecido mi opinión de que Sorrengail no debería recibir castigo alguno por una decisión que es evidente que tomó su dragón. Un dragón, por cierto, muy poderoso, muy preocupado y muy emparejado. Panchek opina como yo. Está libre de todo cargo.

—¿Perdón?

Varrish deja caer la chaqueta de Xaden al suelo, encima de la de Bodhi, y sus matones se ponen de pie.

—Venga, venga —dice Kaori, como si estuviera hablando con un crío—. ¿Cómo vamos a esperar que una estudiante de segundo bloquee las emociones desenfrenadas de su dragón cuando incluso a los oficiales nos cuesta? Y mucho menos las de un dragón tan poderoso como Tairn.

—Es posible que a ti te cueste —le escupe Varrish, perdida ya su habitual indiferencia profesional—. Algunos no nos doblegamos ante los caprichos de nuestros dragones. De hecho, influimos en ellos.

—Bueno, esa es sin duda una teoría que merece la pena investigar. —Kaori hace una pausa, esperando una respuesta que no llega—. Qué curioso. ¿Significa eso que influiste en Solas el día en que calcinó a aquel pelotón de jinetes vinculados después del parapeto?

Varrish nos mira a los dos.

—Hemos terminado.

El trío esquiva el desorden que han liado con mis cosas y apartan al profesor Kaori para pasar de largo.

—Te estás ganando enemigos, Sorrengail —me dice Kaori con voz queda, tras haber esperado a que se vayan.

—No tengo claro que a este me lo haya ganado, profesor —le respondo con honestidad, agachándome y metiendo otra vez mis cosas en la mochila—. Estoy segura de que ya vino así de serie.

—Mmm. —Me observa mientras me levanto—. Sea como sea, ten cuidado. —Me lanza una mirada de cautela y desaparece pasillo abajo.

Aprieto la chaqueta entre las manos y encuentro una vaina demasiado vacía.

Por todos los dioses.

—¡Métete aquí! —me sisea Rhiannon, prácticamente empujándome a la fuerza dentro de su habitación y cerrando la puerta de golpe.

Ridoc y Sawyer se levantan de las ventanas y cierran sus libros de Física, intercambiando una mirada antes de acercarse a nosotras.

—No quería involucraros en… —Me interrumpo cuando Rhiannon levanta la daga, agarrándola por la punta—. ¡Hostia puta! —Me quedo boquiabierta, y luego esbozo una sonrisa de desconcierto—. ¡Has conseguido que atraviese la pared! ¡Pensaba que todavía no eras capaz de hacer estas cosas!

—¡Es que no puedo! —exclama—. O no podía, vaya. Hasta ahora. Hasta que he creído que lo que sea que es esto podía acabar matándote por cómo me has mirado.

—¡Eres increíble! —Miro a los chicos—. ¿Verdad que sí?

—¡Olvídate ya del sello! —Levanta la voz, tensa—. ¿Qué es esto? ¿Y por qué necesitabas que no te lo vieran?

—Ah. Bueno. —Doy un paso al frente, y ella me devuelve la daga. Me pasan por la cabeza mil posibilidades, todas con distintos grados de verdad. Pero estoy harta de mentirle, a ella y a los demás. Sobre todo cuando los ataques están aumentando y ocultarles lo que está ocurriendo no hará más que perjudicarlos—. La daga.

Dioses, espero que Xaden me perdone por lo que estoy a punto de hacer.

Rhiannon es mi mejor amiga, y no solo me acaba de salvar la vida a mí, sino a todos los marcados de este colegio. Merece mucho más por mi parte. Merece la verdad. Ella y todos.

—¿Violet? —dice suplicante.

Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta y le sostengo la mirada.

—Sirve para matar venin.

30



Salvo en caso de invasión, solo los jinetes y los escribas seleccionados pueden entrar en el Cuadrante de Jinetes. Si algún miembro de la infantería o incluso un curandero entrara sin invitación previa, se los recibiría con una muerte rápida.

—Artículo dos, sección tres del Reglamento de Conducta del Colegio de Guerra Basgiath

Se lo cuento todo.

Todo lo que ocurrió desde el momento en que tomé la decisión de abandonar a mi pelotón con Xaden durante los Juegos de Guerra hasta el instante en que me caí del lomo de Tairn después de que me apuñalaran. Pero la lengua se me traba cuando llega el momento de revelarles cómo y dónde me desperté. No soy capaz.

Y no es porque no confíe en ellos, sino porque ese secreto no me pertenece, y al compartirlo estaría traicionando a Xaden… y a Brennan. Pondría en riesgo todas las vidas de Aretia.

Por eso, les cuento casi todo lo que sucedió después de Resson. Andarna, los intentos de asesinato, las dagas, los suministros a las bandadas aliadas, lo de Jesinia sacando a escondidas libros sobre las protecciones e incluso la teoría de que Navarre sabe cómo atraer a los venin. Todo me brota de la boca en un alud de palabras mientras ellos me miran fijamente, con expresiones que van desde la sorpresa hasta la incredulidad.

—Yo tenía razón. A Deigh no lo mataron los grifos. —Rhi se sienta en su cama y observa la pared con la mirada perdida, procesando todo lo que les acabo de contar.

—A Deigh no lo mataron los grifos. —Niego con la cabeza despacio, sentándome a su lado.

—Y tú permitiste que él, que Riorson, mintiera por ti. —Sawyer se cruza de brazos.

Asiento, y noto un vacío en el estómago mientras espero a que me condenen, a que me griten, a que me echen de la habitación y pongan fin a nuestra amistad.

—¿Y estás segura de que los dragones lo saben? —Ridoc inclina la cabeza a un lado y abre poco a poco los ojos, como si estuviera hablando con Aotrom—. Vale, sí que lo saben.

—Feirge también. —Rhi se agarra al borde de la cama—. Y no entiende cómo es posible que yo lo sepa. Ni que lo sepas tú.

—Tairn dice que el Empíreo está dividido. Que algunos de los dragones quieren actuar, pero otros no. Como el Empíreo no está dispuesto a posicionarse oficialmente, los dragones no quieren contárselo a sus jinetes y ponerlos en peligro si no lo saben ya.

—Y hay gente muriendo más allá de las protecciones. La propaganda es real. —Ridoc deambula entre la ventana y la puerta.

—Sí —confirmo.

—No pueden ocultar una mentira así de grande —continúa Ridoc, pasándose una mano por el pelo ya alborotado—. Es imposible.

—En absoluto. —Sawyer se apoya en el escritorio de Rhiannon—. Cuando vivía en Luceras, os prometo que las únicas noticias que nos llegaban a la costa eran las que los escribas enviaban como anuncios oficiales. Es tan fácil como que Markham escoja qué noticias se publican y cuáles no. Ni siquiera recibimos buques mercantes de los reinos insulares.

Ridoc niega con la cabeza.

—Vale, pero ¿qué pasa con los *guviernos*, o como se llamen?

—¿Los guivernos? —le sugiere Rhiannon.

—Eso. Si te cargaste a todos esos monstruos del tamaño de un dragón, ¿dónde están los cuerpos? No pueden ocultar una matanza entera, y Resson está lo bastante cerca de Athebyne como para que alguien lo viera. Liam no era el único jinete con visión a larga distancia.

—Los quemaron —musita Rhiannon perdida en sus pensamientos—. Los informes de las patrullas que vimos en clase decían que habían calcinado

varios kilómetros a la redonda del puesto avanzado y que debíamos encontrar un sitio nuevo para los intercambios comerciales trimestrales.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —Ridoc deja de andar—. Hasta que esas cosas lleguen a la frontera, quiero decir.

—Hay quien dice un año, y hay quien dice menos. Mucho menos. —Me vuelvo hacia Rhi—. Debes convencer a tu familia de que se marche. Cuanto más lejos de la frontera, mejor.

Ella arquea las cejas.

—¿Quieres que convenza a mis padres de que renuncien al negocio en el que llevan trabajando toda la vida y desplazar a mi hermana y a su familia sin decirles por qué?

—Al menos inténtalo —susurro—. Siento muchísimo no habéroslo contado. —La culpa amenaza con engullirme entera—. Y lo cierto es que todavía no lo sabéis todo. Hay cosas que no puedo contaros, al menos hasta que sea capaz de protegerme por completo de Dain. Y sé que os parecerá una gilipollez, básicamente porque llevo meses engañándoos. Y no hace falta que os diga que tenéis todo el derecho del mundo a enfadaros conmigo, o a odiarme, o a sentir lo que queráis. —Me río de mí misma—. Porque justo esa es la razón por la que yo estaba tan cabreada con Xaden. —Termino de hablar con un susurro.

—Para. —Rhiannon respira hondo, agitada, y arrastra la mirada hacia mí —. No estoy enfadada contigo.

Retrocedo, muda.

—Yo sí, un poco —masculla Ridoc.

—Yo estoy en shock, pero tampoco estoy enfadado —añade Sawyer lanzándole a Ridoc una mirada de soslayo.

—No estoy enfadada contigo, Vi —repite Rhiannon mirándome fijamente —. Pero siento muchísimo que no te sintieras cómoda para contármelo. ¿Estoy decepcionada y más que frustrada por que no me lo hayas dicho antes? Por descontado, pero no me puedo imaginar lo duro que debe de haber sido cargar con todo esto.

—Deberías estar enfadada. —Los ojos me escuecen y se me pone en la garganta un nudo del tamaño de una piedra mientras los miro a todos, uno a uno—. Los tres deberíais estar enfadados.

Rhiannon me mira con las cejas levantadas.

—O sea, que tengo derecho a sentir lo que me dé la gana siempre que te torture por no habérmelo contado, ¿no? Me parece que eso no es justo.

Respirar. Tengo que respirar, pero el nudo se me antoja una montaña ahora.

—No os merezco. —Su reacción a mi absoluta decepción no podría ser más diferente a cómo destrocé yo a Xaden cuando me hizo lo mismo—. A ninguno de vosotros.

Rhiannon tira de mí y me da un abrazo, apoyándome la barbilla en el hombro.

—Aunque saber todo esto ponga mi vida en peligro, tú arriesgaste la tuya y compartiste tu bota conmigo en el parapeto cuando aún no me conocías. ¿Cómo se te ocurre que no voy a estar dispuesta a compartir este riesgo contigo ahora que eres mi mejor amiga?

La abrazo con fuerza y con el corazón dividido entre el alivio absoluto de que por fin lo sepan, tanto ella como los demás, y el miedo cerval a que con esto no he hecho más que exponerlos.

—No huiremos.

Sawyer se acerca a nosotras, me posa una mano en el hombro y me da un apretón. Ridoc también echa a andar despacio hacia nosotros y me apoya una mano en la espalda.

—Somos una piña. No hay más. Llegaremos juntos a la graduación pase lo que pase.

—Si es que Basgiath sigue en pie para entonces —apunta Sawyer.

—Tengo una duda. —Rhiannon se separa y los otros dos dejan caer las manos—. Si apenas nos quedan meses, ¿qué podemos hacer al respecto? —No hay pánico en sus ojos, sino tan solo una determinación férrea—. Debemos contárselo a todo el mundo, ¿no? No podemos permitir que aparezcan en la frontera y empiecen a quitarle la vida a la gente.

A nadie se le da tan bien como a Rhiannon entrar en el modo de resolver problemas. Por primera vez desde que regresé a Basgiath de Resson, no me siento tan sola. Quizá a Xaden le funcione lo de guardar las distancias, pero yo necesito a mis amigos.

—No podemos hacer nada, al menos hasta que dispongamos de todos los recursos necesarios para luchar. Nos matarán a todos incluso antes de que tengamos la oportunidad de hacer correr la voz, como hicieron durante la Rebelión tyrrish.

—No esperarás que nos quedemos sin hacer nada mientras Riorson y sus marcados van por ahí con el futuro del continente en sus manos, ¿no? —pregunta Sawyer frotándose el puente de la nariz.

—Tiene razón —coincide Rhiannon—. Y si crees que la mejor manera de salvar a la gente es levantando una segunda barrera de protecciones, pongámonos a ello. Dejaremos a los marcados con el contrabando de armas y nos centraremos en ayudarte a investigar.

—Es un buen plan —afirma Ridoc cogiendo la daga con la aleación en la empuñadura y examinándola.

—¿Os estáis ofreciendo para dedicar vuestro tiempo libre a leer decenas de libros clasificados sobre las protecciones? —les pregunto mirándolos con las cejas levantadas.

—Si eso implica pasar más tiempo en los Archivos, yo me apunto —dice Sawyer con entusiasmo.

—Ay, amigo, y todos sabemos por qué. —Ridoc sonríe y le da una palmadita en la espalda.

Una chispa de esperanza me prende en el pecho. Podremos leer cuatro veces más rápido, y consultar cuatro libros a la vez.

—Debe de haber un registro en algún lado sobre cómo los Primeros Seis crearon las primeras protecciones. Jesinia ha estado rebuscando, pero no tiene acceso a todos los volúmenes clasificados, y todo lo que he leído se cambió o censuró durante la traducción, incluida una crónica de uno de los primeros escribas. Es como si hubieran ocultado esa información cuando modificaron nuestra historia, algo que debió de ocurrir hace unos cuatrocientos años.

—O sea, que estamos buscando un libro que tenga más de cuatrocientos años. —Rhiannon tamborilea con los dedos sobre su rodilla mientras piensa—. Que no haya pasado por las manos de nadie que haya podido traducirlo o cambiarlo.

—Exacto. Y Jesinia ya me ha proporcionado el libro más antiguo al que tiene acceso, del currículo sobre cómo tejer protecciones, pero solo cubre la expansión, no la creación. —Hundo los hombros y suspiro—. Lo que necesitamos es una fuente de primera mano, y dudo que los Primeros Seis se dedicaran a escribir libros después de la fundación de Basgiath. Estaban algo liados.

—Pero no tanto como para no llevar diarios personales.

Ridoc se coloca la empuñadura de la daga en el centro de la palma de la mano e intenta equilibrarla. Todos giramos la cabeza hacia él, y el corazón me da un vuelco.

—¿Cómo? —le pregunta Rhiannon.

—Llevaban diarios —responde encogiéndose de hombros, y se mueve mientras trata de mantener la daga recta—. Dos de ellos, al menos. War… —

Se da cuenta de que lo estamos mirando fijamente y procede a agarrar la daga por el mango—. Un momento. ¿En serio sé una cosa sobre los Archivos que vosotros no sabéis? —Una sonrisa le cruza el rostro—. Qué fuerte, ¿no?

—Ridoc… —dice Rhiannon con tono amenazante, lanzándole una mirada con la que no quiero tener nada que ver.

—Sí, perdón. —Deja la daga sobre el escritorio y se sienta al lado—. En Basgiath tenemos los diarios de Lyra y Warrick. O eso leí en el registro clasificado del despacho de tu madre, vaya.

—¿Están en el despacho de mi madre? —Me quedo boquiabierta.

—El registro, no los diarios. —Se encoge de hombros—. Lo hojeé cuando buscábamos algo que robar durante la Batalla de Pelotones, pero estaban catalogados en un depósito subterráneo, y ya nos habías dicho que los Archivos estaban cerrados. Luego hablaste del mapa…

—No hay ningún depósito subterráneo. —Niego con la cabeza.

—Que tú sepas —replica él.

Pestañeo.

—Jesinia sabría de la existencia de esos libros si los tuviéramos, y sobre todo conocería lo del depósito subterráneo. —Y mi padre me lo habría contado…, ¿verdad?

Ridoc resopla.

—Claaaro. Porque los escribas han conseguido mantener el mayor secreto de la historia de Navarre a salvo durante todos estos años concediéndoles el acceso a los de segundo.

—No le falta razón —apunta Sawyer.

No, en absoluto.

—Le pediré que eche un vistazo. —En ese momento caigo en la cuenta de que me habría enterado de esto hace eones si hubiera confiado en mis amigos —. Pero si ni siquiera yo tenía constancia de ese depósito, los diarios estarán más que clasificados. Podríamos acabar perdiendo la vida si intentamos recuperarlos.

Ridoc pone los ojos en blanco.

—Por fin. Ya me preguntaba cuándo volvería a ponerse la cosa peligrosa por aquí.

Jesinia desconoce por completo la existencia de un depósito subterráneo, de modo que, mientras fisga, los demás nos dedicamos a devorar todos los libros sobre tejeduría de protecciones y los Primeros Seis que nos puede

proporcionar. La investigación avanza mucho más rápido con cuatro personas. Y debo admitirlo: no está de más levantar la cabeza y mirar al otro lado de mi habitación durante las horas de estudio y volver a ver a mis amigos.

Sin embargo, no hallamos respuesta alguna. Y, sospechosamente, Andarna sigue durmiendo. Y el hecho de que Tairn me diga con mucha amabilidad que no me preocupe me incita a hacer justo lo contrario.

No he tenido oportunidad de contarle a Xaden lo que hemos y no hemos descubierto. El sábado siguiente arrastran a nuestro pelotón a otra sesión más de navegación terrestre con la infantería, esta vez con el Ala Uno, y me paso los dos días siguientes vagando por el terreno empinado de las montañas cercanas a Basgiath, evitando a Jack Barlowe, que está siendo la mar de majo con todo el mundo, a toda costa.

—Es como si se hubiera visto cara a cara con Malek y hubiera decidido volver de entre los muertos siendo un chaval decente —comenta Rhiannon cuando lo vemos enseñando a unos de primero en la estera—. Pero sigo sin fiarme de él.

—Ni yo. —Aunque, por lo visto, ahora todos los profesores lo adoran también.

La semana siguiente Andarna continúa durmiendo y Sawyer se topa con un pasaje de hace trescientos años en el que se confirma que se creó más de una piedra protectora.

El sábado ya no es solo que Xaden esté de servicio en la sala de operaciones, sino que además Mira se pasa de patrulla la mayor parte de mi visita, y el fin de semana siguiente nos sueltan a nuestro pelotón y a mí en el bosque Parchille, durante el cambio de hojas y sin suministros, y nos indican que busquemos la salida.

«Mensaje recibido». A Tairn y Sgaeyl no pueden negárselo, pero Xaden y yo solo conseguimos vernos cuando cumplimos las normas, y Varrish ha decidido que hemos infringido ya demasiadas.

El fin de semana siguiente tengo que elegir entre que le pongan un cero a mi pelotón si no participo en una operación de evasión estilo el gato y el ratón contra los del Ala Tres en el bosque de Shedrick y volar a Samara para reunirme con Xaden.

Es justo lo que Mira predijo el año pasado cuando se enteró de que me había vinculado a Tairn: que me obligarían a elegir entre mi educación y mi pelotón, y Xaden y Sgaeyl. Tairn toma la decisión por mí antes de que me dé tiempo a torturarme por ello.

Nos quedamos, pero se pasa todo el día siguiente con el ánimo por los suelos, cuando se celebra la Trilla, y no puedo culparlo. Puede que yo no tenga el mismo vínculo de pareja que él, pero me arrancaría un pedazo de brazo si a cambio pudiera hablar cinco minutos con Xaden. No puedo poner por escrito en una carta nada de lo que tengo que decirle.

—Te veo más nerviosa que cuando tuviste que enfrentarte tú a la Trilla —dice Rhiannon al llegar al lugar que han escogido mis compañeros de pelotón en la ladera de la colina, justo enfrente del sitio en que los de primero del Ala Cuatro esperan con los dragones a los que se acaban de vincular.

—Aún no he visto a Sloane, y voy a tener que irme pronto para montar guardia. —Me balanceo atrás y adelante con nerviosismo, como una madre con una criatura que padece un cólico. «Buscaré un ratito para ir al templo si la proteges», le prometo a Dunne, la diosa de la guerra.

—Lo conseguirá, no sufras.

La tensión en los brazos cruzados de Imogen me indica que no las tiene todas consigo, diga lo que diga. Además de las repeticiones adicionales de nuestros entrenamientos nocturnos, ha estado algo distante conmigo desde que tuve que contarle que había aireado nuestro secreto, lo cual la obligó también a contárselo a Quinn. Quinn se lo tomó más o menos como Rhiannon, con elegancia y determinación. Xaden se pondrá hecho un basilisco cuando lo sepa, pero ya me preocuparé por eso el sábado, cuando llegue. Si es que nos dejan vernos.

—No pinta nada mal la Sección Llama. Bodhi estará orgulloso —comenta Quinn con una sonrisa de esperanza.

—Visia se ha vinculado a un Marrón Cola de Daga —dice Rhi haciendo un gesto de cabeza hacia el otro lado del campo, donde la de primero espera frente a su dragón—. Avalyn, Lynx y Baylor también lo han conseguido. Pero no veo a Aaric ni a Mischa. —Se vuelve hacia mí—. Mischa es la que está siempre mordiéndose las uñas.

—Ah, ya. —La culpa me atenaza la garganta y trago saliva, pero no hay forma de deshacer el nudo. Yo he hecho todo lo posible por no saber nada de los de primero, pero Rhi no ha podido darse ese lujo.

Un batido de alas llena el aire y todos nos volvemos hacia la derecha cuando un Azul Cola de Maza se aproxima, con unas escamas zafiro que contrastan con las tonalidades del cielo crepuscular; es precioso.

—*Siempre hemos sido la especie más hermosa* —interviene Tairn.

—*¿Y Andarna?* —le pregunto todos los días; hoy ya es la segunda vez.

—*Sigue dormida.*

—*A mí no me parece normal*. —Cambio el peso de un pie al otro en la ladera de la montaña.

—Está tardando… más de lo esperado.

—*Siempre me dices lo mismo. Se ha reunido el Empíreo*. —Cambio de tema y miro por encima del hombro a la montaña cubierta de dragones, antes de localizar a Tairn sobre la cresta, justo debajo de los dragones que deduzco que son los ancianos—. *¿Tenéis pensado discutir algo esta noche?* —Sin la cooperación del Empíreo, estamos en un callejón sin salida.

—Aunque así fuera, no podría decírtelo.

—*Lo suponía* —contesto con un suspiro, y veo aterrizar al azul en el campo, justo delante de la tribuna desde donde observan la ceremonia los líderes, incluida mi madre.

—No me lo puedo creer —masculla Rhiannon cuando Aaric desmonta del Azul Cola de Maza como si llevara años practicándolo, con una facilidad que me recuerda a Xaden y Liam. Sonrío cuando agacha la cabeza mientras registran el nombre de su dragón, y se marcha sin que mi madre llegue a reconocerlo.

—Allí. —Rhiannon señala hacia uno de los extremos del campo.

Aparece volando un rojo de tamaño mediano y tono fresa, agitando la cola de daga cuando aterriza en mitad del campo.

—Un Rojo Cola de Daga —susurro, y siento un alivio inmediato cuando Sloane desmonta torpemente, agarrándose el hombro—. Igual que su hermano.

Sloane le da un fuerte abrazo a Visia, y sonrío. Me alegro de que tenga amigos, de que su promoción pueda llegar a forjar una amistad tan estrecha como la nuestra.

—Te trata tan mal que me cuesta no odiarla. —Rhiannon suspira—. Pero me alegro de que haya sobrevivido.

—No necesito caerle bien. —Me encojo de hombros—. Solo necesito que sobreviva.

—¿Líder de pelotón Matthias? —Un jinete del Ala Tres con una banda negra y una insignia gris de mensajero se nos acerca.

—Aquí. —Rhiannon le hace un gesto para que se adelante y le coge un pergamino doblado de la mano—. Gracias. —El muchacho se marcha y ella rompe el lacre para abrir la misiva. Desvía la mirada hacia mí, y baja la voz mientras Ridoc se inclina hacia ella—. Jesinia quiere vernos en la puerta de los Archivos de aquí a quince minutos. Tiene un volumen que le hemos

solicitado. —Lee nuestra frase en clave despacio, y veo como le aumenta el entusiasmo en los ojos.

Tomo aire deprisa y el corazón me da un vuelco mientras esbozo una sonrisa.

—Ha encontrado el depósito —susurro—. Pero a mí me toca la guardia siguiente, y la Trilla está a punto de terminar. Tú tienes obligaciones como líder de pelotón.

—Yo te sustituyo en la guardia —se ofrece Ridoc en voz baja.

—¿Y darle otra razón más a Varrish para que no me permita ver a Xaden este finde? Ni de coña. —Niego con la cabeza.

—Pues entonces ya me reúno yo con Jesinia. —Extiende una mano hacia la misiva y Rhi se la entrega—. Que Sawyer nos cubra aquí.

Todos aceptamos y Ridoc y yo nos dirigimos hacia el cuadrante, esquivando las trayectorias de vuelo de los dragones recién vinculados.

—¿Qué torre nos toca vigilar? —pregunta él cuando entramos en el patio —. ¿La de los dormitorios?

—La académica. —Señalo la torre donde arde el fuego eterno.

—Ah. La de la hoguera. Cuando la ceremonia termine, vamos a tener una noche entretenida ahí arriba. —Me da un golpecito en el hombro—. En cuanto me despida de ella, subo directamente a la torre. Y luego voto que nos apuntemos a la celebración de la Trilla cuando termines la guardia. —Ladea la cabeza—. O yo pienso celebrarlo, vaya. Me parece que tú ahora te limitas a celebrar las cosas solo con Riorson, por desgracia.

—Vete a ver si se resuelven todos nuestros problemas —bromeo, y nos despedimos tan pronto como abro las puertas del ala académica.

Reina un silencio inquietante en el edificio cuando subo la ancha escalera de caracol hacia la planta superior. Ahora que lo pienso, creo que jamás he estado sola en el edificio académico en todos los años que llevo aquí. Siempre hay alguien cerca. El corazón se me acelera con cada tramo de escalera, pero no estoy ni mucho menos tan agotada como cuando hice el mismo trayecto por Aurelie el año pasado.

Abro la puerta de la torre de techo plano y me envuelve de inmediato el calor de las llamas que se alzan desde el barril de hierro del centro.

—¿Violet? —Eya sonríe y se levanta de un saltito del borde del grueso murete de piedra que hay al otro lado del barril—. No sabía que me sustituías tú.

—Ni yo sabía que te tocaba la guardia anterior a mí. ¿Cómo lo llevas? —Rodeo el barril y trato de no pensar en todas las posesiones de cadetes que se

ofrecerán aquí a Malek mañana.

—Bien… —Los ojos se le salen de las órbitas al mirar más allá de mí, y me doy la vuelta desenvainando al momento una de las dagas de mis muslos y colocándome a su lado.

Cuatro soldados con el azul de la infantería entran por la puerta, cada uno con una espada corta. Se me cae el alma a los pies y se hace añicos. Salta a la vista que no se han perdido.

—¡La infantería tiene prohibido entrar en el Cuadrante de Jinetes! —les espeta Eya, girando su hachuela con un golpe de muñeca y agarrándola por el mango.

—Tenemos permiso expreso para estar aquí —gruñe el de la derecha.

—Y nos han pagado bien para entregar un mensaje.

Ese funesto anuncio lo pronuncia el más alto de los de la izquierda, mientras se reparten por el extremo más alejado del barril, separándose en el centro para acecharnos por ambas direcciones.

Cuatro asesinos contra dos. Tienen la salida bloqueada, y nosotras estamos entre el fuego, el muro y cuatro plantas de nada. No pinta bien, y ellos lo saben, a juzgar sobre todo por la sonrisa parsimoniosa que esboza el que está más cerca del centro, y el fuego de la hoguera se refleja en su hoja cuando la alza.

Que los jodan. No sobreviví al año pasado, ni a estos últimos meses, para morir en la cima del ala académica.

—*Mátalos a todos* —me ordena Tairn.

—Ve por la izquierda —masculla Eya.

Asiento y desenvaino otra daga.

—A ver que adivine. —Dan pasos lentos y coordinados hacia nosotras, y Eya y yo nos volvemos hasta estar espalda contra espalda—. ¿Los secretos mueren con la persona que los guarda?

El de la izquierda parpadea sorprendido.

—Es menos original de lo que creéis.

Le lanzo dos dagas en una descarga rápida, y le acierto en el cuello y en el corazón. Eya profiere un grito detrás de mí y carga contra los dos que vienen por su lado mientras mi primer atacante cae como un árbol contra el suelo de piedra, y las dagas se le hunden todavía más.

Oigo el clamor del acero a mi espalda y pierdo de vista a mi otro atacante entre las altas llamas mientras echo mano de otras dos dagas. Mierda, mierda, mierda. ¿Dónde está…?

Una lengua de fuego se cierne sobre mí y me echo hacia la izquierda, esquivando por poco el barril que rueda por el suelo de adoquín y golpea la pared con un estruendo seco que bastaría para despertar a un muerto. Me llevo la peor parte del impacto en el hombro al caer sobre la piedra y tuerzo el gesto al mismo tiempo que me obligo a ponerme de rodillas, ignorando los ojos grandes y vidriosos del soldado que ya he matado.

—*¡Estoy de camino!* —grita Tairn.

Eya grita y yo cometo el error de mirar por encima del hombro cuando uno de los soldados le arranca su espada del centro del pecho.

Sangre. Hay muchísima sangre. Le empapa la ropa mientras ella se agarra las costillas, y observo horrorizada como cae de rodillas.

—¡Eya! —chillo poniéndome en pie entre tambaleos, pero no consigo cruzar el barril ardiente que nos separa

Agarrando las dos dagas por la punta, me precipito hacia delante y se las lanzo al asesino que ella no ha podido matar, y le acierto en el pecho.

Ya he desenvainado otras dos cuando giro sobre mis talones para enfrentarme al último que queda, pero no tengo tiempo de arrojárselas. Ha aprovechado la muerte de Eya para recortar la distancia conmigo. Dejo escapar un grito ahogado cuando me agarra por la cintura y me retiene con una fuerza de la que no puedo zafarme y da tres pasos ágiles hacia el borde de la torre.

¡No! Le sajo los brazos, pero él se mantiene firme a pesar de las heridas. Le doy patadas en el estómago con toda mi energía y el tipo escupe, y con la patada siguiente consigo que me suelte. Con el impulso salgo disparada hacia atrás y rozo con las dagas ambos lados de las almenas mientras patino hacia el borde, pataleando sin encontrar más que aire bajo mis pies.

Rápido. Todo está ocurriendo tan rápido que no me queda más que reaccionar.

El instinto se abre paso y extiendo las manos hacia los lados de las almenas, dejando caer las dagas. Araño en un intento por agarrarme a algo, pero me deslizo hacia atrás, pegando la piel a la roca para ralentizarme, y toco el borde de la torre con las puntas de las botas antes de… resbalar hacia fuera.

No obstante, el impacto basta para cambiar el ángulo de la caída, y apenas veo la roca frente a mi rostro un instante antes de que el vientre me choque contra el borde de la torre y me quede sin aire.

Mi peso acaba de arrastrarme hacia atrás. Hundo las uñas y me agarro, mientras con la mitad inferior del cuerpo pataleo contra las hendiduras de la

mampostería que hay bajo mis pies, en un intento por encontrar algo sobre lo que apoyarme.

Esto no puede estar pasando, pero es muy real.

—No es personal —me dice el soldado reptando hacia el muro de un metro de grosor.

Me esfuerzo por coger aire, y toso cuando por fin consigo inspirar en condiciones. Debe de haber un apoyo más abajo. Tiene que haberlo. No pienso morir así.

Busco con los pies y noto los bordes, pero no hay nada sustancial que pueda sostener mi peso.

—Es por dinero, y nada más —me susurra de rodillas, y alarga los brazos hacia mis manos.

Dioses, tiene intención de…

—¡No! —El poder me hincha las venas, pero no conseguiría nada atacándolo desde tan cerca.

—Solo por dinero —repite levantándome las manos de la piedra.

Xaden. Sgaeyl. Tairn. Esto nos matará a todos.

El soldado me suelta.

Grito, y el sonido me desgarra la garganta, y resbalo y me araño los antebrazos mientras la gravedad tira de mí hacia abajo, y veo alejarse la cima de la torre, pero me agarro con los dedos al minúsculo canto del borde… y me aferro.

El corazón se me sale por la boca mientras agito los pies.

No hay ningún apoyo.

Y apenas tengo donde cogerme, y los hombros empiezan a aullarme allí colgada.

—Suéltate —me ordena el soldado arrastrándose hacia mí—. Todo habrá acabado antes de que…

Los ojos se le salen de las órbitas y gorgotea, llevándose las manos a la garganta y a la daga que le sobresale justo por debajo de la barbilla.

Alguien le ha atravesado las cervicales con un cuchillo.

31



Todo el mundo cree que la mayoría de los cadetes de jinete mueren calcinados por fuego de dragón, pero lo cierto es que nuestro peor enemigo es la gravedad.

—Página cuarenta y siete del libro de Brennan

Resbalo otro preciado centímetro en el momento en que alguien tira del soldado hacia atrás antes de arrojarlo por encima de mi cabeza y que desaparezca en la negrura.

Es Eya. Tiene que ser ella. Tal vez la herida no…

Un cabello rubio y unos ojos azul glaciar aparecen sobre mí, y el alma se me cae junto con el cadáver del asesino. Jack Barlowe.

—¿Sorrengail? —pregunta, antes de abalanzarse hacia mí y agarrarme de las muñecas con firmeza.

—*Lo siento mucho* —le digo a Tairn, y me preparo para ese momento ingrávido que será el último.

—¡Agárrate bien! —grita Jack sujetándome con fuerza de las muñecas mientras se echa hacia atrás y me levanta por encima del borde.

Me doy un golpe en las costillas contra la piedra, y él suelta una mano, me coge de la ropa y tira de mí para auparme por encima del muro de la torre. Sin perder un instante, repto por el suelo hasta estar a salvo. Cuando llego al interior de la torre, él retrocede unos pasos, resollando por el esfuerzo, y me

ofrece espacio esquivando el cadáver de la izquierda y el fuego que aún ruge a la derecha.

—¿Me acabas de salvar la vida? —Me echo atrás con las manos a los lados, cerca de las dagas.

—No sabía que eras tú —admite reculando hasta el muro de la torre mientras recupera el aliento—. Pero sí.

—Podrías haberme dejado caer, pero me has aupado —digo, como si intentara convencerme de lo que acaba de ocurrir.

—¿Quieres volver a colgarte de ahí y lo repetimos a tu manera? —sugiere señalando el muro.

—¡No!

Se oye el batir de unas alas sobre nuestras cabezas y los dos alzamos la vista justo cuando Tairn nos sobrevuela. Habría llegado demasiado tarde, y los dos lo sabemos. El alivio que me recorre el cuerpo no es solo mío, sino también suyo.

—Mira. —Jack niega con la cabeza y mira de reojo el cuerpo inerte de Eya—. Estaba montando guardia en los dormitorios del Ala Uno y he venido corriendo cuando he oído los gritos. Y…, bueno…, un jinete no muere a manos de la infantería.

—Te maté. Tienes todo el derecho del mundo a arrojarme de esta torre.

Me llevo las manos a la espalda, una por una, y desenvaino lentamente dos de mis dagas, preparándome para lo que sea.

—Ya. —Se pasa la mano por el pelo rubio corto—. Pero aquello fue para mí como una segunda oportunidad. No sabes quién eres en realidad hasta que te enfrentas cara a cara con Malek. Así que yo diría que te he ofrecido una segunda oportunidad a ti también. Estamos en paz. —Asiente una vez y se marcha de la torre.

Rodeo despacio el borde de la torre y me detengo para dar la vuelta al cadáver del primer asesino que he matado, extraerle mis dagas y limpiárselas en el uniforme antes de envainármelas de nuevo en los muslos. El fuego chisporrotea con suavidad en el barril, y me apoyo en el muro de piedra dura antes de dejar que las aristas se me claven en la espalda mientras me deslizo hasta sentarme.

Contemplo las puntas de las botas de Eya, que son lo único que veo desde este ángulo, y apoyo la cabeza en el muro. Luego respiro y espero a que me baje la adrenalina, a que la conmoción desaparezca, a que las manos doloridas me dejen de temblar.

Eya está muerta, y con ella han muerto ya la mitad de los que estuvimos en Resson. Aetos no se detendrá hasta acabar con todos nosotros, uno por uno. Me agarro las rodillas y las aprieto contra el pecho. ¿Quién será el próximo? ¿Garrick? ¿Imogen? ¿Xaden? ¿Bodhi? No podemos seguir así.

—Hostia puta. —Oigo la voz de Ridoc a mi espalda un instante antes de verlo—. ¿Qué ha pasado? —Se arrodilla a mi lado y me observa con detenimiento—. ¿Estás herida? ¿Te han apuñalado? —Mira con nerviosismo hacia los lados—. ¿Alguna quemadura?

—No. —Niego con la cabeza—. Pero Eya está muerta. Asesinos. Aetos.

—Joder.

Una carcajada histérica se me escapa de entre los labios.

—Jack Barlowe me ha salvado la vida.

—¿Estás de coña? —Ridoc se pone en pie, me coge la cara y me examina los ojos por si tengo una conmoción cerebral.

—No. Me ha dicho que así estamos en paz, y estoy convencida de que no se le dan bien los cálculos, porque yo creo que ahora le debo dos vidas: la que le quité y la que me acaba de regalar.

—Debería haber venido contigo —masculla dejando caer las manos.

—No. —Niego con la cabeza, y la visión se me nubla—. Podrían haberte matado a ti también. —Me estremezco y tiemblo como una hoja.

—¿Qué necesitas?

—Que me hagas compañía hasta que se me pase.

Nos sumimos en el silencio.

—He visto a Jesinia —dice en voz baja poco después—. La buena noticia es que sabe dónde está el depósito. Hay protecciones, pero también sabe cómo superarlas. La mala noticia es que necesitamos a alguien de la estirpe del rey Tauri para atravesarlas. No es que estén en un depósito subterráneo cualquiera; es el depósito real. —Hunde los hombros derrotado—. Lo siento, Violet.

Clavo la mirada en las botas de Eya. Ya no puedo hacer nada por protegerla, pero sí puedo defender aquello por lo que luchó.

—Pues menos mal que tenemos acceso a un príncipe que casualmente odia a su padre.

32



> Que los dioses nos libren de las ambiciones de los estudiantes de segundo. Creen que lo han visto todo por haber sobrevivido al primer año, pero lo cierto es que saben lo justo para que los acaben matando.
>
> —*Guía para el Cuadrante de Jinetes,*
> por el comandante Afendra (edición no autorizada)

Ese sábado Xaden me atraviesa con una mirada que me cala hasta el alma, y uno de los músculos de la mandíbula se le contrae una vez, y luego otra. Al menos no hay sombras asomando por debajo de mi cama, así que tan enfadado no debe de estar, ¿no?

—Di algo.

Le sostengo la mirada y cambio el peso de pie cuando el borde del escritorio se me clava en la parte trasera de los muslos. Los hombros se le levantan al respirar hondo. Al menos a uno de los dos no le falta el oxígeno. Yo siento una opresión que parece que vaya a estrujarme los pulmones hasta expulsármelos del pecho.

—Rhiannon me salvó la vida. Si no hubiera recuperado la daga antes de que Varrish registrara tu chaqueta, no estaría aquí sentada. —Lo digo con un tono de súplica, porque eso es lo que es—. En algún momento debían enterarse. Ella vio la daga. Sabía que me traía algo entre manos.

Sus preciosos ojos se cierran, y juraría que puedo sentirlo contar hasta diez.

Bueno, o hasta veinte.

—Dime algo, por favor —susurro.

—Estoy escogiendo mis palabras con mucho cuidado —responde, y vuelve a respirar hondo.

—Se agradece. —Abro la boca para seguir defendiéndome, pero me he quedado sin excusas, así que me limito a escuchar el tictac del reloj y la lluvia que repiquetea contra la ventana mientras él ordena sus pensamientos.

—¿Quién lo sabe exactamente? —pregunta al fin abriendo poco a poco los ojos.

—Rhiannon, Sawyer, Ridoc y Quinn.

—¿Quinn también? —Pone los ojos como platos.

Levanto un dedo.

—Eso es cosa de Imogen.

—Me cago en mi vida —masculla pasándose una mano por la cara.

—Pero no lo saben todo.

Arquea la ceja de la cicatriz; no parece ni mucho menos convencido.

—No saben lo de Aretia ni lo de Brennan, ni tampoco el problema de la luminaria. —Ladeo la cabeza—. Lo cual tampoco debería ser un problema si consigo marcharme de aquí una semana para volar hasta Cordyn. ¿Cuánto es? ¿Dos días de vuelo?

La ciudad de la costa meridional de la provincia de Krovla no puede estar tan lejos.

—Para. —Se inclina hacia mí y acerca el rostro al mío, sujetándome las caderas al escritorio con las manos—. No vayas por ahí. Ahora no. Bastante tengo ya con esta idea absurda de colarse en los Archivos esta noche como para tener que preocuparme también de que te vayas a territorio enemigo, te capturen y te maten.

—No es una idea; es un plan. —Le acaricio las mejillas—. Y a mí no me parece que lo estés pasando tan mal.

Un sonido cercano a un gruñido se le escapa de la garganta cuando se aparta de mí y retrocede un paso.

—No tienes ni idea de lo que hay en mi cabeza.

—Tienes razón. No lo sé. Por eso quiero que me lo digas.

Me agarro a los bordes de la mesa y espero a ver si volverá a cerrarse en banda, como de costumbre. Él se pasa un pulgar por el labio inferior, que aún

no he tenido la oportunidad de besar, y desvía la mirada hacia el montón de libros de las estanterías.

—Te agradezco que me hayas esperado para hacerlo, pero hay fisuras en vuestro plan.

—¿Qué fisuras?

—Para empezar, no habéis conseguido el consentimiento del participante clave… —Levanta un dedo.

—Pero porque…

—No, no, ahora me toca hablar a mí. Me has pedido que te diga lo que estoy pensando, ¿no? —Me lanza la mirada del líder de ala, ese gesto ladino y medido que utiliza para que me cague de miedo, y cierro la boca. Levanta un segundo dedo—. Jesinia no será la única escriba de los Archivos, lo que significa que hay muchas posibilidades de que alguien se entere. —Un tercer dedo se une a los otros dos—. Y los libros no solo deben robarse, sino que también hay que devolverlos antes de que alguien se dé cuenta. ¿O tenéis pensado pasaros la noche entera leyéndolos?

—La verdad es que todavía no me había planteado eso —admito.

—¿Y de verdad crees que podemos entrar y salir en menos de una hora? Porque la alternativa es que acabemos todos muertos.

—Tampoco tenemos demasiadas alternativas si queremos hojear esos diarios.

Deja escapar un largo suspiro, antes de recortar la distancia que nos separa y levantarme con delicadeza la barbilla entre el pulgar y el índice.

—¿Estás segura de que las respuestas sobre la piedra protectora están en esos libros?

—Este último mes nos hemos leído la mitad de los volúmenes clasificados sobre tejeduría de protecciones y reparación, y Jesinia se ha encargado de la otra mitad. Solo tratan sobre cómo tejer las protecciones que ya existen o cómo repararlas. Esos diarios son nuestra mejor opción para descubrir cómo construyeron los Primeros Seis aquellas primeras protecciones. Nuestra única opción.

—Sabes que nos matarán si nos descubren, ¿verdad?

«Nos matarán». Subo las manos por su pecho.

—Si no conseguimos levantar las protecciones de Aretia, estaremos muertos de todas formas. Nos quedan meses si Brennan está en lo cierto, y no suele equivocarse. La verdad está saliendo a la luz. Es cuestión de tiempo.

Baja la vista hasta mi boca y el pulso se me dispara.

—Si tienes claro que esta es la única solución, me apunto. No pienso permitir que te enfrentes a algo así tú sola.

Mi sonrisa es instantánea.

—¿No vas a discutírmelo? ¿Ni a decirme que hay otro modo?

—¿Yo? ¿Discutir contigo sobre libros? —Niega con la cabeza, deslizando una mano hasta mi mejilla—. Solo me meto en las peleas que puedo ganar. —Baja la boca centímetro a centímetro, y se detiene a apenas un suspiro—. Ahora te toca hablar a ti.

Allí se posa y espera, con nuestras bocas tan pegadas que bastaría con un levísimo movimiento para que se rozaran. No necesito más que tenerlo cerca, que me toque, para que la sangre me hierva. La expectación me enciende la piel, y él me acaricia la caliente mejilla con el pulgar, pero no toma lo que le ofrezco con tanta desesperación.

Contengo la respiración al darme cuenta de que no solo me está dando la opción de besarlo, sino también de considerar que nuestra noche en Samara fue una excepción.

Pero no lo fue.

Me pongo de puntillas y rozo sus labios con los míos, y luego lo beso con timidez, como si fuese la primera vez. No hay ardor ni pasión, aunque sé que tardarán muy poco en aparecer. Esto es algo totalmente distinto. Algo que me aterra y que aun así no soy capaz de evitar, ni siquiera por puro instinto de supervivencia.

Lo estoy eligiendo a él, a nosotros. No podrá decirse que ha sido un error, o el resultado de un chute de adrenalina, y ni siquiera lujuria.

Lo quiero. Me da igual lo que ha hecho o por qué, sigo queriéndolo, y sé que para él también soy importante.

Tal vez no sea amor.

Tal vez después de todo lo que ha tenido que soportar no sea capaz de sentir algo así.

Pero significo algo para él.

Me da un beso largo y perezoso, como si dispusiéramos de todo el tiempo que quisiéramos, como si no hubiera nada más importante en el mundo que el contacto de su lengua con la mía, de sus dientes contra mi labio inferior.

Es una sensación intensa que me derrite por dentro y despierta todos mis sentidos, y para cuando él levanta la cabeza los dos estamos respirando con dificultad.

—Como no paremos, esta noche no saldremos de la habitación. —Arrastra el dorso de la mano por mi mejilla y da un paso atrás al tiempo que

yo me obligo a asentir.

Sacudo la cabeza para despejarme un poco, y él se dirige hacia la puerta. ¿Adónde narices va?

—Si no le he dicho ya que nos ayude es por algo.

—Ya lo sé. Lo he supuesto. —Xaden hace una pausa, pone una mano en la manija de la puerta y me mira por encima del hombro—. Te creo, estoy contigo. Pero debes afrontar las consecuencias si se niega a colaborar.

El estómago se me revuelve. Al contárselo nos estaremos exponiendo…

—No se negará. —Estoy convencida.

Xaden hunde la barbilla una vez y abre la puerta. Ridoc y Sawyer se precipitan hacia delante, chocan contra las protecciones y caen de espaldas al suelo del pasillo. Yo me llevo una mano a la boca para reprimir una risotada.

—Cuando la puerta está cerrada, la habitación se insonoriza, so idiotas —gruñe Xaden—. ¿Y qué cojones pinta este aquí ya?

—No sabe todavía por qué lo hemos hecho venir —dice Bodhi—. Simplemente le he ordenado que se saltara las clases de vuelo.

Salto del escritorio y corro hacia la puerta mientras Ridoc y Sawyer se levantan del suelo y se separan, dejando al descubierto a Bodhi, Rhiannon, Imogen y Quinn, que están al otro lado del pasillo.

Aaric espera en medio de los demás, apoyado en la pared y cruzado de brazos.

—Suponía que antes o después vendríais a buscarme —señala entornando los ojos al ver a Xaden, con un brillo de malicia.

La energía que hay entre ellos es de todo menos buena, algo que ya debería haber previsto. El padre de Xaden comenzó una guerra a la que puso fin el padre de Aaric. Uno a uno los voy ayudando a todos a atravesar las protecciones, Aaric incluido, que se queda inmóvil cerca de la entrada, pero dejo la puerta abierta por si alguien tuviera que marcharse deprisa. Me vuelvo hacia Aaric.

—Necesitamos tu ayuda. Y puedes negarte y marcharte ahora mismo, pero si te explico por qué te necesitamos y te niegas… —Dejo escapar una exhalación agitada, reacia a verbalizar lo que hay que decir.

—Si te contamos el plan y te niegas, no saldrás de aquí con vida —termina Xaden por mí.

—¿Crees que pienso mover un dedo por ti? —le espeta Aaric llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Eh, calma! —Bodhi agarra también su espada y se interpone entre los dos—. Vamos a relajarnos todos.

—Sabes lo que está pasando fuera de las fronteras, porque por eso has venido, ¿verdad? —le digo a Aaric colocándome delante de Xaden—. Ayúdanos a hacer algo al respecto.

—¡No tienes ni idea de lo que le hizo a Alic! —escupe.

—Tu hermano era un puto cobarde y un asesino. —Xaden me engancha de la cintura con los dedos y tira de mí hacia atrás para ponerse delante de mí, antes de empujar a Aaric al pasillo, fuera de las protecciones—. Y no me arrepiento de haberlo matado.

Joder. Esto no lo había previsto.

Tres horas más tarde hemos repasado el plan hasta sabernos al dedillo no solo nuestra función, sino también las de todos nuestros compañeros. Bodhi ha tenido que interceder entre Aaric y Xaden un par de veces, pero por fin vamos camino de los Archivos. Por lo visto, la clave para asegurarnos la participación de Aaric era, simplemente, insistir en que la idea era robarle algo a su padre. Dentro de una hora, o bien habremos recuperado los diarios, o bien estaremos todos muertos. Los Archivos no tratan nada bien a los visitantes una vez que se cierran las puertas, parecidas a las de una cámara acorazada.

—¿Ya lo tienes claro? —le pregunto a Aaric en voz baja, mientras descendemos por parejas por el túnel que sale de la enfermería, cubiertos los ocho con túnicas de escriba a las que hemos cosido rectángulos dorados de estudiantes de segundo. Este plan depende de él.

—Por supuesto. Solo hay una persona que detesto más que a Xaden Riorson, y es mi padre. Tú asegúrate de que tu novio no se me acerque. —Pone la vista al frente.

—Guardará las distancias —le prometo, echando un vistazo por encima del hombro y mirando a Xaden, que va detrás del resto, siguiéndolos de cerca. Es el único que se ha negado a disfrazarse. Aunque si yo pudiera manipular las sombras, probablemente no querría vestir con nada que no fuese negro, la verdad.

—*Estaré dondequiera que estés tú* —replica Xaden mientras las campanas tañen seis veces indicando la hora—. Recordad que aquí el objetivo es no llamar la atención. No estamos en la Batalla de Pelotones —añade en voz baja.

Dejamos a la derecha la escalera que conduce al resto del campus y a las mazmorras, y poco después doblamos la última esquina. La puerta de los

Archivos aparece ante nosotros y, por suerte, Nasya está exactamente donde esperaba encontrarlo: dormido en su puesto.

Bodhi se apresura a adelantarse con Ridoc, esquivan a Nasya y se ocultan detrás de la puerta para montar guardia.

Primer obstáculo superado.

Jesinia me sorprende en la puerta.

—No —me signa examinando al grupo con la boca tensa—. Solo cuatro. Si no, levantaréis sospechas. —Arrastra la mirada hasta Xaden—. Sobre todo tú.

Joder. No hemos elegido a los integrantes del grupo solo por su lealtad, sino también por sus sellos.

—A mí no me verá nadie —le asegura Xaden hablando en voz baja y signando al mismo tiempo—. Aaric. Violet. Imogen.

Jesinia posa la mirada sobre Aaric, y percibo el momento en que lo reconoce. Se queda lívida y desvía la atención hacia mí.

—¿Tan obvio es? —le signo mientras los demás discuten en voz baja.

—Solo si sabes qué buscar —responde—. Tienen los mismos ojos.

—Las maravillas de la genética —signa Aaric.

—Puedo atraer objetos —le susurra Rhiannon a Xaden.

—Y yo borrarle la memoria a corto plazo a quien nos vea —contesta Imogen—. Mi sello está clasificado, ¿recuerdas? Tu poder es impresionante, Matthias, pero yo aquí soy la última línea de defensa. —Se mueve hacia Nasya y le coloca con cuidado las manos sobre la cabeza—. Por si acaso.

—Estaremos cerca. —Quinn se aparta del grupo y le hace un gesto a Sawyer y Rhiannon para que la sigan—. Por si nos necesitáis.

Rhiannon nos mira a Xaden y a mí, claramente indecisa.

—Si algo sale mal…

—Volveréis a vuestras habitaciones como si no hubiera ocurrido nada. —Le sostengo la mirada para que sepa que hablo en serio—. Pase lo que pase. Ceñíos al plan.

Hunde los hombros y asiente, lanzándome una última mirada de frustración antes de unirse a los demás detrás de la gigantesca puerta.

—Pisad con cuidado —nos recuerda Jesinia, y el corazón se me acelera cuando entramos en los Archivos—. Tenemos que darnos prisa. Los Archivos cierran de aquí a una hora exacta, y si seguimos dentro cuando se cierre la puerta…

Trago saliva para reprimir las náuseas que empiezo a notar.

—Ya lo sé. Moriremos.

Los Archivos están protegidos con el último grito en exterminio de plagas.

—Tú guíanos, que nosotros ya nos encargamos del resto —dice Xaden, y desaparece en cuanto cruzamos el umbral, fundiéndose con las sombras que pueblan los muros, pobremente iluminados. Distingo la vaga silueta de su cuerpo si me fijo con atención, pero casi resulta estremecedor lo bien que se mezcla con la oscuridad.

O tal vez se deba a lo luminoso que es el resto del lugar. Las luces mágicas iluminan filas y filas de estanterías y mesas de estudio vacías, que se extienden hasta la parte trasera de la cavernosa bóveda. Que esté vacío es una ventaja, y algo esperable un sábado por la noche, pero es imposible saber quién podría haber entre los estantes o en los talleres de las profundidades de los Archivos.

Reprimo la sensación de duda que me embarga cuando paso junto a la mesa de estudio de roble detrás de Jesinia. El mármol que pisan mis botas me resulta familiar y totalmente extraño al mismo tiempo. Por muchos años que haya pasado en los Archivos, jamás había ido más allá de este punto.

Aaric examina todas las filas al pasar por delante, pero yo no despego la mirada de Jesinia, y me fuerzo a imitar sus gestos, su postura, su ritmo. La tranquilidad en la que por lo habitual encuentro tanta paz me resulta enervante en estas circunstancias.

Hay tantas cosas que podrían salir mal… Lo poco que he cenado amenaza con reaparecer.

Los tres seguimos a Jesinia cuando gira a la izquierda y ataja por la penúltima hilera de mesas, guiándonos en dirección a los talleres. El aroma a pegamento cobra intensidad, y el corazón me da un vuelco al ver que un escriba viene hacia nosotros, proveniente del pasillo al que nos dirigimos. El único rectángulo dorado de su hombro lo identifica como estudiante de primero, y aunque el Cuadrante de Escribas forma al doble de cadetes que el Cuadrante de Jinetes, sigue siendo lo bastante pequeño como para que nos reconociera si fuéramos quienes fingimos ser.

—¿Cadete Neilwart? —signa él mientras habla, observándonos con gesto de confusión. Yo agacho la cabeza y veo que Aaric hace lo propio, ocultando lo máximo posible nuestras facciones.

—Cadete Samuelson —responde Jesinia volviéndose ligeramente hacia mí para que pueda verle las manos.

Joder, van a descubrirnos y ni siquiera nos hemos acercado a las protecciones.

—*Yo me encargo*. —La voz de Xaden se lleva parte de mi ansiedad, aunque no toda.

Pero al menos está con nosotros. Por eso hemos esperado a esta noche en concreto. Las sombras reptan por debajo de las mesas, apresurándose hacia los pies de Samuelson, y Aaric se tensa a mi lado.

—Creía que esta noche solo estabais de servicio el cadete Nasya y tú —dice Samuelson.

—Y tú, por lo que veo —contesta ella.

Unos zarcillos oscuros se alzan detrás del estudiante de primero.

—*Espera*. —Ya solo nos faltaría un cadete de escriba muerto.

—*Estoy conteniéndome* —asegura Xaden.

—Me he olvidado mi ejercicio de encuadernación en la habitación de Culley. —Samuelson hace un medido gesto de cabeza hacia la bolsa color crema que lleva colgada al hombro.

—La mala memoria no llegó a escriba —signa Jesinia, y yo levanto las cejas mientras contengo una sonrisa—. Si no te importa, estudiante de primero, los de segundo tenemos algunos asuntos que atender. No todo el mundo necesita los fines de semana para estudiar.

El de primero se ruboriza, claramente avergonzado, y gira por un pasillo. Las sombras regresan a su sitio y el grupo sigue avanzando.

—Ya creía que se lo cargaría —susurra Aaric cuando estamos lejos del de primero.

—No me habría sorprendido —responde Imogen—. Habría sido más eficaz.

Los dos giramos la cabeza hacia ella, e Imogen se limita a encogerse de hombros.

Jesinia nos guía hasta salir de la biblioteca principal y adentrarnos en un pasillo bien iluminado, lleno de ventanas y con un puñado de aulas a cada lado. Cuanto más nos adentramos en los Archivos, más parece que me aprieto el cuello de la túnica.

Xaden nos alcanza con unas pocas zancadas, y empieza a caminar con tranquilidad a mi lado.

—Llamarás la atención de alguien con tanto negro —lo reprendo con voz queda cuando Jesinia gira a la derecha. Este sitio es un puto laberinto, y todos los pasillos parecen exactamente iguales.

—Aquí no hay ni un alma. —Xaden tiene las manos caídas a los lados, y ha cambiado las espadas que siempre lleva a la espalda por una corta, lo cual

me dice que está preparado para luchar a poca distancia—. O en esta sección, al menos.

—¿Eso te lo han dicho las sombras? —le dice Aaric.

—Creía que habíamos acordado no dirigirnos la palabra —replica Xaden.

Jesinia abre la tercera puerta a la izquierda, y la seguimos hacia lo que parece ser un aula. No me sorprende que el pasillo esté lleno de ventanas; aquí dentro no se ve más allá de dos pasos. Dos de las paredes están hechas de piedra, y la del fondo está llena de libros. El resto del espacio es austero, repleto de filas de largas mesas de caballete y bancos orientados hacia un único escritorio en la parte delantera del aula.

—A partir de aquí, solo sé lo que me han contado —signa apretando los labios, preocupada—. No he avanzado más. Si me he equivocado con todo esto…

—Nos las apañaremos —le prometo.

Ella asiente, y echa andar hacia el extremo del aula, donde está la larga estantería.

—Imogen —dice Xaden señalando la puerta con la cabeza.

Ella ocupa el puesto de vigía después de recuperar un cuchillo de debajo de la túnica, mientras Jesinia se dirige a la parte trasera de la librería, y mueve varios tomos antes de encontrar una palanca. Cuando baja la pieza de metal, la esquina del aula se separa de las otras piedras. Gira un cuarto de vuelta sin emitir apenas ruido alguno, y revela la abertura de una empinada escalera de caracol.

Al examinarlo con más detenimiento, distingo las líneas sutiles de las guías de metal sobre las que se mueve.

—Qué pasada —susurro. ¿Cuántas maravillas ocultas como esta habrá por aquí?—. ¿Qué pasa? —le siseo a Xaden cuando descubro que me está mirando fijamente.

—Tengo la sensación de estar mirando a la Violet que podrías haber sido.

—¿Y…? —La entrada secreta alcanza su tope y deja de girar.

—El negro te sienta mejor —susurra Xaden, rozándome con los labios el lóbulo de la oreja y provocándome un escalofrío de excitación a pesar de las circunstancias.

—Ya no puedo acompañaros más —signa Jesinia—. Si me ausento más tiempo, alguien podría darse cuenta. Según me han contado, las protecciones normales de los Archivos terminan aquí, de modo que, si no lográis regresar a tiempo, será más seguro que paséis la noche ahí abajo.

—Gracias —respondo—. Me pondré en contacto contigo en cuanto podamos devolverlos.

—Buena suerte. —Nos ofrece una sonrisa de ánimo, y luego nos deja solos a los cuatro.

Xaden asoma la cabeza por la escalera.

—Cuidado dónde pisáis —nos dice—. Se ve algo de luz al fondo, pero tendremos que evitar que se enciendan las demás.

—Nos quedan cuarenta y cinco minutos —dice Imogen. Si se nos pasa el tiempo, acabaremos aquí encerrados y frente a un tribunal militar… o muertos.

—Pues ya podemos darnos prisa —contesta Xaden entrelazando mis dedos con los suyos antes de empezar a bajar escalones.

33



La primera vez que te quedes dentro de los Archivos cuando sus puertas cierren por la noche será también la última. La compleja magia que se activa para conservar nuestros textos no es compatible con la vida.

—*Guía para alcanzar la excelencia en el Cuadrante de Escribas,*
por el coronel Daxton

Las sombras cubren el techo e impiden que las luces mágicas se enciendan con nuestra presencia, de modo que palpo a tientas la pared con la mano que me queda libre mientras bajamos los escalones de uno en uno. Cada paso que damos supone apostárselo todo contra la oscuridad, pero, por milagroso que parezca, no tropieza nadie.

Una pálida luz azul baña el pie de la escalera.

—*¿Una luz mágica?*

—*Hay dos guardias al final del pasillo* —responde Xaden soltándome la mano—. *Espera aquí mientras me encargo del problema*.

Levanto una mano para detener a los demás cuando llegamos al último escalón. La escalera se abre hacia lo que parece ser un largo corredor, pero Xaden, sin cuestionárselo dos veces, gira rápidamente a la derecha alzando las dos manos. Poco después un golpe seco resuena por el lugar.

—¡Ahora! —exclama.

El pasillo debe de tener unos diez metros de largo, pero es poco más que un túnel con pretensiones, reforzado con columnas talladas sobre un suelo de piedra. Huele a tierra y metal, y se nota la humedad en el ambiente. En uno de los extremos una luz se derrama desde un arco abierto. Echo un vistazo por encima del hombro y veo que la otra ruta posible está totalmente consumida por la oscuridad.

—¿No hay ni una sola puerta? —pregunta Imogen mientras avanzamos ligeros por el pasillo.

—Con unas protecciones tan potentes, serían innecesarias —comenta Xaden.

—Las percibo.

El zumbido de un poder agudo e intenso aumenta cuanto más nos acercamos. Se me erizan los pelillos de la nuca, y mi propio poder responde a lo que presiento como una amenaza de tres pares de narices.

—Apenas tenemos unos minutos antes de que estos dos se despierten. No les he dado tan fuerte —dice Xaden mientras él e Imogen arrastran a los guardias de infantería a un lado para despejar el camino.

—Joder con las protecciones, qué incomodas son —masculla Imogen estirando los hombros.

—Se nota como un zumbido, pero no es para tanto —responde Aaric mientras observamos a través del arco protegido con su intrincada mampostería las estanterías de la humilde biblioteca circular que espera al otro lado.

—Y eso anima muchísimo a cruzarlas —apunta Imogen—. Ya podéis daros prisa.

—Buscamos dos diarios —le recuerdo inquieta, a pesar de haber repasado el plan tres veces.

—Ahí dentro habrá como mínimo quinientos libros. —Aaric arrastra la mirada por las estanterías y suspira.

—Tendrás que fijarte en…

—¡Violet! —grita Xaden en el mismo momento en que Aaric me agarra de la mano y se precipita hacia delante a través del arco de fábrica, tirando de mí.

Cuando Aaric me empuja hacia la biblioteca, una poderosa magia me arrolla al cruzar el umbral entre tambaleos, me eriza cada centímetro de piel y me revuelve el estómago con la sensación de estar cayendo desde una altura de más de treinta metros.

Al soltarme la mano, me desplomo y me quedo a gatas, apoyada sobre las manos. Las náuseas anulan todos mis otros sentidos. Me saliva la boca y la cabeza me cuelga mientras reprimo las ganas de vomitar.

—¿A qué cojones ha venido eso? —le espeta Xaden desde el otro lado de las protecciones—. *Dime que estás ilesa*.

—Mareada, pero sobreviviré.

Aaric ignora a Xaden y se acuclilla delante de mí.

—¿Estás bien, Violet?

Me obligo a inspirar por la nariz y sacar el aire por la boca.

—Dime que sabías que me permitiría cruzar —suelto masticando las palabras mientras se me pasa la peor parte del malestar—. Porque ya te digo yo que no le ha hecho ni puta gracia.

—Mi padre, si protege algo, es para poder fardar de ello —me explica ofreciéndome una mano—. Por eso me he arriesgado confiando en que no te estamparías contra las protecciones como si fueran un muro. Y no puedo revisar todos estos libros yo solo en cuarenta minutos. Tú eres la única que sabe lo que estamos buscando.

Ignoro la mano que me ofrece y me pongo en pie a pesar del dolor creciente que siento en las rodillas por el impacto. Giro sobre mí misma, examinando la biblioteca. Hay seis pesadas librerías con puertas de cristal ocupando los muros circulares, y un pedestal de ébano en el centro, decorado con un paño de terciopelo en el que han cosido el sello del rey. Sobre nuestras cabezas las luces mágicas emiten un tenue brillo que ilumina las curvas y líneas similares a nudos talladas en el techo decorativo, a unos dos metros por encima de Aaric.

El aroma a tierra mojada ha desaparecido, y en esta sala hace bastante más frío que en el túnel que se extiende al otro lado del arco. Recorro los alrededores con la mirada, pero no hay ningún tipo de ventilación ni modificaciones visibles. No es solo cosa de las protecciones; en esta sala hay magia.

—Ayúdame a cruzar. Ahora mismo —le exige Xaden.

—No —responde Aaric sin apenas mirarlo—. Lo único que me llevo de esta expedición es saber lo muchísimo que debes de estar sufriendo ahora mismo por no poder llegar hasta ella.

—Deja de pelearte con él y ponte a buscar, Aaric. Empieza por la izquierda e ignora todo lo que no esté manuscrito.

Saco la cabeza por el arco y veo a Xaden rojo de furia. Tiene las manos relajadas, pero las sombras lo rodean y forman cuchillas tan afiladas como la

espada que él lleva. Sin embargo, lo que en realidad me hace temer por el bienestar de Aaric es la ira fría y calculadora que distingo en los ojos de Xaden, y por eso no insisto en que lo haga pasar.

—*Estoy bien* —le aseguro.

—*Te juro que voy a arrancarle la cabeza.*

—*Pues entonces serás responsable de la muerte de dos príncipes.*

—Warrick y Lyra, ¿verdad? —pregunta Aaric sacando ya tomos de las estanterías.

—Sí —contesto.

—*Alic se lo tuvo bien merecido. Era un abusón y se condenó en cuanto fue a por Garrick durante la Trilla. Aunque me pregunto quién se lo contaría a Aaric, porque si su padre lo supiera, dudo mucho que yo aún conservara la cabeza sobre los hombros.*

—*Bueno, pero Aaric no se lo merece.*

Me ahorro el lado derecho de las estanterías a favor del pedestal del centro. Si yo poseyera un libro con seiscientos años de antigüedad y más valioso que el reino entero, lo guardaría en el lugar donde estuviera menos expuesto a los elementos. Abro el primer cajón, donde descansan dos libros: *Estudio sobre criaturas aladas*, que debe de tener medio siglo de antigüedad, e *Historia de las guerras insulares*, que parece aún más antiguo.

—Todo esto son diarios —dice Aaric—. Creo que están todos los comandantes generales de los ejércitos desde la Unificación.

—Sigue buscando.

Echo un vistazo en el cajón siguiente, y luego en otro, y continúo hasta haber abierto tres cuartas partes del pedestal. No abrir cada obra con la que me cruzo y devorar su contenido es todo un ejercicio de autocontrol. Aquí hay volúmenes sobre las primeras guerras, la historia de cada una de las provincias, cosmogonías e incluso lo que parece ser una de las obras más tempranas que he visto jamás sobre prácticas mineras. Los dedos me piden a gritos girar las páginas, pero sé que así solo dañaría el pergamino.

—En esta estantería solo hay diarios de los comandantes generales de los jinetes. ¿Puede ser? —Aaric se baja la capucha y me mira por encima del hombro.

—Antes eran dos puestos distintos. —Me dirijo a la última sección del pedestal central—. Un curandero, un infante o incluso un escriba podía ser general de los ejércitos hasta hace unos doscientos años, después de la segunda revuelta krovlana. A partir de ese momento el comandante de los jinetes comenzó a dirigir todas las fuerzas de Navarre.

—Sabes que ningún jinete ha llegado jamás a ser rey, ¿verdad? —pregunta Imogen a través del arco.

—Eso no es del todo cierto… —empiezo, abriendo el cajón superior.

—Si estás insinuando si me importa lo más mínimo ser el segundo en la línea de sucesión, la respuesta es no —le contesta Aaric a Imogen por encima del hombro—. Halden está destinado a ser rey, no yo.

—¿Halden lo sabe? —pregunto leyendo por encima los títulos del cajón superior—. Lo que está pasando ahí fuera, quiero decir.

—Sí —responde Aaric con voz queda.

—¿Y…? —Me vuelvo hacia él.

Nuestras miradas se encuentran un instante, antes de que él devuelva un tomo a su sitio y pase al siguiente.

—Me tenéis a mí, ¿no?

Vale. Halden no va a ayudarnos.

—Supongo que ya tenemos algo en común.

—No me puedo creer que lleves meses guardándole el secreto —dice Imogen.

—A ti también te lo guardé —le recuerdo abriendo el siguiente cajón. Esta sección parece estar dedicada en exclusiva a los registros históricos.

—Yo conozco a Violet desde hace más tiempo, por eso no me sorprende que te guardara el tuyo. —Aaric me lanza una mirada y se desplaza hasta la siguiente columna de estanterías—. Lo que no me esperaba era que le tuvieras tanta ojeriza a Aetos. Erais uña y carne de pequeños.

—Bueno, la gente madura. —Escupo las palabras, y cierro el cajón con más fuerza de la necesaria—. No te fíes de él, por cierto.

—Ya me olí algo con aquella charla que tuvisteis en la estera. —Extrae otro tomo—. Aquí están los generales de los curanderos.

—Interesante, pero no es lo que necesitamos. —Me agacho para abrir el último cajón—. Joder. Más registros.

—Nos quedan veinte minutos, y tenemos diez hasta la puerta —nos advierte Imogen con tono tenso, urgente.

El cuello de la armadura me aprieta un poco más, y tiro de él para apartármelo del cuello.

—Aquí están los escribas —anuncia Aaric desde la cuarta librería.

—Hojea los más antiguos con todo el cuidado que puedas. Procura tocar solo los bordes de las hojas. —Cierro el cajón de abajo y me levanto. Solo nos quedan dos librerías—. Busca algo que mencione las protecciones o las piedras protectoras.

Aaric asiente, y saca el primer libro. Yo me fijo en la sexta librería.

—La mitad de estos volúmenes parecen ser de historia tyrrish —le digo a Xaden.

—Fascinante. Ya volveremos a consultarlos cuando ganemos esta guerra —responde. Un guardia se agita y todos nos volvemos hacia él, pero Xaden lo noquea antes de que tenga oportunidad siquiera de abrir los ojos—. Como no os deis prisa, acabaré provocándoles daños cerebrales irreversibles.

—Este está fechado en el año seis después de la Unificación —dice Aaric cerrando el diario—. Las protecciones ya llevaban tiempo levantadas.

—Joder. —La frustración me aprieta aún más el nudo de la garganta—. Pasa al siguiente. —Extraigo un volumen prometedor con el lomo agrietado, pero resulta ser un almanaque meteorológico de mierda.

—¿Arte y artesanía? —Aaric me muestra la cubierta pintada de un libro.

—Violet —insiste Imogen—. ¡Al portón de la entrada le quedan quince minutos para sepultarnos aquí!

Esto no era lo que había previsto que ocurriría, pero ¿no es precisamente esa la historia de mi vida durante estos últimos meses? La propaganda debería haber servido para abrirles los ojos a otros cadetes. Mira debería haberme creído. Andarna debería estar despierta.

—*Respira hondo* —me ordena Xaden—. *Parece que estés a punto de desmayarte, y yo no voy a poder sujetarte*.

—*¿Y si todo esto no vale para nada?*

Me concentro en un intento por reducir mi ritmo cardiaco, por impedir que el pánico me consuma, y entonces ladeo la cabeza y leo los lomos de la colección que tengo enfrente, y que pertenece a los reinos insulares.

—*Pues sabremos que debemos buscar en otro sitio. Esta misión solo fracasará si nos capturan. Todavía te quedan cinco minutos. Aprovéchalos.*

—¡Astronomía! —exclama Aaric agachándose para leer los títulos de la fila de abajo.

Cierro los ojos, tomo aire y recupero la compostura. Luego los abro y me aparto de las estanterías.

—Cuando se almacenan documentos antiguos —recito de memoria el Manual de los escribas—, no solo se debe vigilar la temperatura y la manipulación…

—Me alegra ver que apenas has cambiado. —Aaric esboza la primera sonrisa que le veo en años.

—… sino también la luz. —Levanto la vista—. La luz desgasta el pigmento de la tinta y agrieta el cuero del lomo y la cubierta.

—Una vez la oí recitar el Acuerdo de la Unificación enterito mientras escalábamos las almenas de Calldyr —comenta Aaric pasando a la primera hilera de la librería siguiente.

La luz. Deben de haberlos protegido de la luz. Empiezo a buscar rasguños en el suelo que pudieran indicar una puerta oculta, una alacena, algo.

—Pensaba que no me dirigías la palabra —gruñe Xaden.

—No hablaba contigo —replica, y se vuelve hacia Imogen.

—O sea, que no odias a todos los marcados —responde ella cruzándose de brazos.

—¿Por qué iba a odiaros? —Aaric devuelve el tomo a su sitio—. Vuestros padres dirigieron una rebelión justa, y por lo que deduzco, vosotros estáis intentando hacer lo mismo. A él lo desprecio por haber matado a mi hermano.

—Me parece justo. —Imogen comienza a golpetear el suelo con el pie.

—¿Dónde guardaría tu padre su posesión más preciada? —le pregunto a Aaric—. Me has dicho que querría exhibirlo, ¿no?

—Lo tendría a mano —me confirma Aaric—. ¿Vais a decirme qué es lo que queréis proteger? Es un puesto avanzado rebelde, ¿verdad?

La mirada de Xaden se encuentra con la mía mientras toqueteo las piezas de madera entre los cajones del elemento central, buscando un compartimento oculto.

El rey Tauri tendría los diarios a mano.

—Es la única respuesta lógica —prosigue Aaric tirándose al suelo para mirar debajo del pedestal—. Queréis levantar vuestras propias protecciones para que no dependan de las de Basgiath, porque sabéis que acabaréis combatiendo en dos frentes. Aquí abajo no hay nada. —Se pone de pie—. ¿Dónde es? ¿En Draithus? Sería la opción más conveniente; está cerca de la frontera navarrense y del mar.

—Violet, tenemos que irnos —me advierte Imogen caminando hacia los guardias y remangándose la túnica crema.

El rey Tauri querría poder exhibirlo.

Alargo el brazo hacia el paño de terciopelo y tiro de él.

—¡Aquí! —Señalo el círculo de cristal que hay en la parte superior del pedestal—. ¡Aaric! ¡Debajo del cristal! —Dos tomos de cuero, poco más grandes que mi mano; el tamaño perfecto para llevarlos en un morral… mientras vas montado en los primeros dragones.

—Eso no es cristal. Son protecciones. —Se inclina sobre el expositor y, al meter la mano, deja escapar un siseo breve y tuerce el gesto de dolor mientras

extrae los dos libros—. ¡Hostia puta! —Los deja en el borde del pedestal, y entonces levanta las manos.

Observo horrorizada cómo se le ha cubierto cada centímetro de piel de unas ampollas del tamaño de mi pulgar al atravesar las protecciones.

—Creo que esas protecciones sí se han dado cuenta de que no era mi padre. —Esboza una mueca—. ¡Vámonos!

Me desabrocho la túnica y dejo al descubierto las dos bolsas color crema que Jesinia me ha dado para este propósito, y guardo con cuidado cada tomo en una de ellas.

—¡Dos minutos! —grita Imogen arrodillada junto a los guardias, con una mano posada sobre la cabeza del más corpulento.

Xaden les deja dos pellejos de vino en el regazo, y yo recojo el paño de terciopelo del suelo y vuelvo a cubrir el expositor.

—Puede que tengas el favor de Zihnal, pero yo no lo pondría a prueba —masculla Aaric entre dientes ofreciéndome una mano llena de ampollas.

—Te va a doler… —protesto ciñéndome bien el cinturón.

—Sí, pero no pienso dejarte aquí. —Me agarra de la mano y gruñe de dolor antes de tirar de mí a través de las protecciones y salir al pasillo.

Cuando me suelta, noto la mano pegajosa.

—Hay que correr. —Xaden hace un gesto hacia el pasillo, y yo hago exactamente lo que ha dicho: correr.

Cuando la túnica me molesta, me recojo la tela con las manos y voy a toda velocidad detrás de Xaden, que sube ya por la escalera a toda prisa.

—¡Seguro que ahora agradeces lo de haber salido a correr todas las mañanas! —grita Imogen a mi espalda mientras giramos y giramos sin parar por la escalera de caracol, tanto que llego al aula mareada.

Xaden extiende la mano hacia la palanca que Jesinia ha utilizado, y en cuanto Imogen y Aaric emergen del túnel, la activa. Esperamos el tiempo justo para ver como empieza a cerrarse la entrada antes de echar a correr de nuevo.

El pecho se me agita mientras recorremos los pasillos con Xaden a la cabeza, girando por donde nos ha traído Jesinia, sin vacilar ni una sola vez. O bien no alberga duda alguna sobre el camino correcto, o bien sabe que no podemos permitirnos discutirlo.

Cuando llegamos a la biblioteca principal, las campanas suenan e indican que ha pasado una hora.

—¡Más rápido! —nos exige Xaden.

Tañen una vez.

No puedo ir más rápido, pero tampoco tengo aire para decírselo. Nuestras botas resuenan por los suelos de mármol mientras corremos entre las mesas.

Dos tañidos.

—¡Corred! —grita Sawyer desde la entrada.

Joder, la puerta.

Tres.

Se está cerrando sola, y el mecanismo no permitirá que vuelva a abrirse hasta que hayan pasado doce horas enteras. Los músculos de los muslos me arden.

Resbalo al rodear la última mesa y me deslizo por el suelo hasta dar con el hombro contra el borde de una librería, lo bastante fuerte como para torcer el gesto.

Cuatro.

Xaden se rezaga para correr a mi lado, pero es el más rápido del grupo.

—¡Coge los libros! —le grito entre resuellos—. ¡Tú puedes conseguirlo!

Cinco.

—¡Si tú te quedas, yo también! —Levanta una mano y sigo corriendo con el brazo extendido, y las sombras vuelan desde los muros para agolparse contra la puerta que se cierra mientras nosotros dejamos atrás la mesa de estudio.

Sawyer deja libre la entrada estrecha que queda entre la gruesa puerta de acero y su armazón.

Las campanas suenan una sexta vez.

Xaden me empuja primero hacia la salida y no miro hacia atrás hasta que la rebaso, con el corazón en la boca y los latidos martilleándome en las sienes.

Imogen pasa corriendo a mi lado y Xaden alarga un brazo hacia la salida cuando suena el séptimo tañido.

Dioses, va a acabar perdiendo un brazo, y Aaric…

No lo conseguirán.

34



> Las últimas palabras que le dirigí a mi padre antes de la batalla de Aretia estaban cargadas de ira, porque me estaba enviando lejos por mi propia seguridad.
> No tengo claro si llegaré a perdonarme alguna vez por ello, pero me gusta pensar que él sí me ha perdonado.
>
> —Correspondencia recuperada entre el teniente Xaden Riorson y la cadete Violet Sorrengail

Xaden tira de Aaric un instante antes de que la puerta se cierre por completo, y las sombras se esparcen por el suelo como hojas caídas.

Me encorvo y apoyo las manos sobre las rodillas mientras aspiro grandes bocanadas de aire.

—¡Lo habéis conseguido! —Rhiannon agacha la cabeza hasta ponerse a mi altura, sonriendo de oreja a oreja.

—Y no hemos terminado —nos recuerda Xaden—. Fuera las túnicas. Ceñíos al plan.

El pulso se me relaja un poco, y me enderezo antes de quitarme la túnica de escriba y entregársela a Quinn, que la espera con las manos extendidas.

Bodhi ayuda a Aaric a quitarse la suya, procurando no rozarle las ampollas de las manos.

—¿Los habéis encontrado? —signa Jesinia con un brillo de esperanza en el rostro.

Asiento.

—¿Sospecharán de ti? —Nasya sigue apoyado en la pared, más inconsciente que dormido.

—Si volvemos a los dormitorios deprisa, no —responde.

—Yo me encargo de él —dice Imogen dirigiéndose hacia Nasya.

—No debería acordarse de mucho. Le he dado un golpe en la nuca —admite Sawyer guardando la ropa en una gran bolsa de la colada color crema.

Se lo traduzco a Jesinia.

—Lo regañaré por haberse quedado dormido —signa ella de vuelta ofreciéndole a Sawyer una sonrisa, y yo lo traduzco.

Él pestañea, y hace una pausa durante un largo segundo antes de recoger la última túnica, la de Aaric, y guardarla en la bolsa.

—Hostia, las manos…

Las ampollas que se han reventado han empezado a sangrar, y las que todavía siguen intactas parece que podrían explotar de un momento a otro.

—Es una quemadura de rebote —dice Bodhi—. Mañana estarás como nuevo si te la tratas.

—Cambio de planes. —Miro de reojo a Xaden, pero él se limita a enarcar una ceja—. Ridoc, llévate a Aaric a tu habitación y escóndele las manos. Rhi, ve a la enfermería y pregunta por Dyre. Un reparador llamaría demasiado la atención. A lo mejor tarda un rato en aparecer si no está de servicio, pero creo que será discreto si le recuerdas el favor que me debe. Tendrás que meterlo a escondidas en el cuadrante…

—Buena idea. Yo me encargo. —Les hace un gesto de cabeza a los chicos —. Vámonos. Ya.

Los tres echan a andar por el pasillo.

—Yo voy a llevarme esto a la lavandería —signa Jesinia.

Se lo traduzco a Sawyer, quien le entrega la bolsa.

—En marcha —nos ordena Xaden.

—Idos —nos urge Jesinia—. Ya está todo listo.

—Gracias —signo, y me marcho de allí con Xaden y los demás.

—¿Cómo te ha ido a ti? —le pregunta Xaden a Quinn cuando dejamos atrás la escalera a nuestra izquierda y continuamos hacia el Cuadrante de Curanderos.

—Me he proyectado en el área común y he dicho alto y claro que quería una limonada porque habíamos estado todos bebiendo en la habitación de Imogen. —Sonríe, y le aparece un hoyuelo en la mejilla—. Y luego he conseguido darme un paseo como Violet y Rhiannon.

Me quedo boquiabierta, y casi tropiezo.

—¿Te has proyectado como otra persona?

Asiente.

—Puedo deformar ligeramente mis facciones, pero me cuesta muchísimo menos en el plano astral. Mi sello es más potente porque Cruth era la dragona de mi tía abuela. Pero no soy una descendiente directa, de ahí que no tenga que preocuparme por quedarme majareta como aquellas personas cuyos dragones se vinculan a miembros de la misma rama familiar. Se supone que los dragones no deben ni acercarse a las estirpes familiares precisamente por eso… Como si atendieran a las normas humanas. —Mira a Imogen de soslayo—. Todavía no consigo acertar con el tono exacto de rosa de tu pelo.

Permanecemos en silencio al pasar por la enfermería. Es el último obstáculo antes de que podamos separarnos en el cuadrante, tal como hemos planeado.

—Oye, todo ha ido como una seda. —Bodhi abre la puerta que conduce al puente.

—Habla por ti —responde Imogen dándole un golpe en el pecho al pasar por delante—. A ti no te ha tocado controlar a Xaden cuando Aaric ha encerrado a Violet tras las protecciones con él.

Resoplo, porque las dos sabemos que eso no es lo que ha pasado.

Xaden tensa la mandíbula.

Nos despedimos al cruzar el puente. Imogen y Quinn toman la escalera que lleva a sus habitaciones, Bodhi y Sawyer se dirigen al área común para montar una escenita suficiente para que los recuerden y Xaden y yo subimos a la primera planta y huimos hacia el patio.

El aire de octubre me enfría las mejillas encendidas.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Xaden al pasar junto a un grupo de cadetes.

—Me muero de sed por la carrera, pero… —No me molesto en reprimir la sonrisa que se me dibuja en el rostro—. Pero estoy bien.

Él se vuelve hacia mí, posa la mirada sobre mi boca y entonces me sumerge en uno de los huecos oscuros tallados en los anchos muros.

—Esa sonrisa —murmura, antes de ocuparme la boca con un beso hambriento.

Arqueo el cuerpo contra el suyo, hundo las manos en su pelo y le devuelvo el beso con todos los sentimientos que me embargan en estos momentos. No es un beso lento y sensual como el que compartimos en mi habitación, sino violento, veloz y… feliz.

Los dos sonreímos cuando nos separamos.

—*Lo hemos conseguido* —digo dejando caer las manos hasta sus hombros.

—*Lo hemos conseguido* —repite apoyando la frente sobre la mía—. *No soporto la idea de marcharme antes de tiempo*.

—*Ni yo*. —Retrocedo, me quito uno de los morrales del hombro y saco el diario—. *Pero es mucho más seguro. Debes llevarle uno a Brennan*.

Abro el diario de Warrick por la mitad y sonrío ante los trazos dispersos en lucérico antiguo, sosteniendo las páginas por los bordes con mis dedos desprotegidos. Lo que leo me ensancha la sonrisa aún más, y una sensación de victoria me hincha el pecho.

—*Tras colocar la última runa, situamos la piedra protectora donde los dragones sintieron que discurrían unas corrientes de magia más profundas*. —Se lo traduzco poco a poco a Xaden, y entonces levanto la vista—. *Quizá haya una o dos palabras imprecisas, pero ¡está aquí!* —Paso algunas hojas —. *Con el último paso completado, las protecciones se activaron ante…* —Arrugo la cara mientras descifro el resto—. *Ante el nacimiento de una lluvia de hierro*.

Detecto al menos otras tres menciones a ese término antes de volver a guardar el diario en el morral sin perder un instante.

—*Decidido*. —Se lo entrego a Xaden—. *Llévale este a Brennan. Él debería ser capaz de traducirlo. No esperan que te marches hasta mañana por la mañana, así que podrás escabullirte sin que te registren si te vas ahora mismo, y al dividirnos los diarios podremos leerlos el doble de rápido*. —Y asegurarnos de que al menos uno esté fuera de Basgiath.

Él pliega la tela crema en torno al diario del interior, se desabrocha la chaqueta de vuelo, se guarda el paquete cerca del pecho y vuelve a abrochársela.

—Me encantaría poder pasar la noche contigo —dice, con ese tono bronco que me excita al instante.

—Pues ya somos dos.

Él me mira con una expresión cercana a la nostalgia, y entonces extiende un brazo hacia las sombras y recoge la mochila que había dejado ahí hace un rato. Sin despegar de mí los ojos, se echa la mochila a la espalda, me coge la cara y vuelve a besarme.

Es un placer simple y perfecto.

—Me dejas sin palabras —me susurra a los labios—. Te veo dentro de siete días.

—Siete días —repito combatiendo el impulso de volver a fundirme en otro beso con él. Y otro más—. Vete, venga. Tenemos que ceñirnos al plan, ¿recuerdas?

Me da un beso brusco y rápido antes de dar media vuelta y cruzar el patio como si él fuera su dueño. Me paso la mano por el corazón con la esperanza de mitigar el malestar de verlo marchar, pero ese dolor no tiene ni punto de comparación con la sensación de triunfo que me embarga.

Entro en el patio y miro hacia arriba, y lo veo por última vez en el cielo encapotado, de camino al sureste.

Por primera vez en meses lo que me recorre las venas es esperanza, no pavor.

Podemos lograrlo, lo estamos logrando. Tenemos en nuestro poder una crónica de primera mano de cómo los Primeros Seis activaron su piedra protectora, y sé que puedo convencer a Xaden para que acompañe a Cordyn y asegurarnos así la luminaria. No le hará ni pizca de gracia, pero cederá. Solo tengo que pensar cómo conseguir que me aprueben el permiso. Y, hasta entonces, continuaremos haciendo lo mismo que hasta ahora: sacar armas de contrabando y construir desde Navarre hasta que podamos valernos por nosotros mismos. Aretia dispondrá de protecciones en unos pocos días; estoy convencida.

—¿Violet?

Miro por encima del hombro y sonrío al ver a Nolon caminando hacia mí, con un pellejo en una mano y una taza de peltre en la otra. Lo veo extenuado, como si acabara de salir de una sesión larga, o de doce.

—Hola, Nolon —digo saludándolo con la mano.

—Ya me había parecido que eras tú. He ido a buscar un poco de limonada y Jack me ha dicho que te había visto por aquí, y entonces he recordado que te tengo en la lista de reparaciones. —Me alarga la taza antes de colocarse a mi lado y mirar al cielo—. Es tu bebida favorita, si no recuerdo mal.

—Muy amable, pero no hacía falta. —Levanto la taza y doy un sorbo largo, saciando parte de la sed que me quemaba la garganta desde la carrera a través de los Archivos—. Y no sufras por mi hombro. Ya se me ha curado. Por cierto, no he tenido la oportunidad de darte las gracias por ayudarnos en el interrogatorio.

—No me gusta verte sufrir, y Varrish la ha tomado contigo. —Le da un sorbo a su pellejo, y entonces se rasca la mejilla, donde le asoma una barba descuidada—. ¿Dónde está Riorson, a todo esto? Los sábados siempre suelo veros juntos.

Siento un cierto malestar en el estómago cuando Jack Barlowe cruza el patio con Caroline Ashton y otros estudiantes de segundo del Ala Uno a su lado. Se me revuelve del todo cuando me hace un gesto de cabeza, que le devuelvo torpemente.

—¿Violet? —dice Nolon siguiéndome la mirada hasta Jack—. ¿Va todo bien?

—Sí, sin problema. Y Xaden se ha marchado temprano. A veces no nos aguantamos.

Le doy otro sorbo a la limonada y bajo la vista hacia la taza. La cocina debe de haber cambiado la receta, porque noto un regusto extraño pero familiar.

—Lo que te he dicho es cierto —musita Nolon posando la mirada sobre el morral crema que llevo.

Crema. No negro.

La cabeza me da vueltas y la visión se me nubla momentáneamente cuando giro la cabeza para mirarlo.

—*Tairn…* —Pero Tairn no está ahí. Todas mis conexiones están borrosas.

No. Por los dioses, no.

Pe-pero si llevo años confiando en Nolon con mi vida.

—No me gusta verte sufrir, jamás —susurra Nolon en tono de disculpa, arrugando la frente, mientras a mí se me resbala la taza de las manos y cae sobre la gravilla un instante más tarde—. Pero no puedo protegerte de las consecuencias de tus propios actos cuando pones en riesgo la seguridad de todos los ciudadanos de este reino.

Un ruido de botas me rodea y el mundo me da vueltas, pero entonces el rostro que veo sobre mí es el de Varrish.

—Vaya, vaya, cadete Sorrengail. ¿En qué lío te has metido esta vez?

35



> Solo hay un sello más aterrador que el de los inntinncistas, y es el de los detectores de mentiras. Y, aun así, permitimos que vivan.
>
> —*Guía para el Cuadrante de Jinetes*,
> por el comandante Afendra (edición no autorizada)

Parpadeo despacio y consigo enfocar la vista con la urgencia de un caracol. Una presión apagada y palpitante me irradia desde la nuca, y la masa gris cobra nitidez poco a poco, revelando unas piedras colocadas hasta formar un patrón en espiral, algunas ennegrecidas por el humo. ¿Un techo?

—Eso no es problema nuestro —dice un hombre con una voz áspera, desconocida—. Nosotros nos limitamos a seguir órdenes.

Una descarga de adrenalina provocada por el miedo me atraviesa el cuerpo, pero tenso los músculos y me obligo a permanecer lo más quieta posible para comprender qué cojones está pasando.

—Si lo descubre, sí será problema nuestro —responde otra voz, esta vez de mujer.

Huele a musgo húmedo y hierro, y el aire es fresco pero está viciado. Estamos bajo tierra. Un goteo constante llena el silencio.

—Está en Calldyr. No está previsto que vuelva hasta dentro de una semana —dice el hombre de la voz rasposa.

Y estoy sentada; eso es lo que se me está clavando en la base del cráneo: el respaldo de una silla. El peso que noto en muñecas y tobillos me resulta familiar. Estoy atada, como en la evaluación.

—*Tairn*… —Intento comunicarme con él, pero el vínculo está enturbiado, y no consigo reunir mi poder.

La limonada. El morral. Nolon.

Joder. Me han pillado.

—Ahh, por fin. —La cara de un hombre mayor aparece ante mí, y al sonreír veo que le faltan tres dientes—. ¿Mayor? ¡La prisionera se ha despertado! —Retrocede y yo levanto la cabeza, examinando el entorno.

La celda tiene forma de cuña, y una puerta que parece exactamente igual a la de la sala de interrogatorios ocupa justo la parte más estrecha, pero esta celda no está pensada para fines educativos. Mi carcelero lleva el azul de la infantería, lo cual significa que esto deben de ser las mazmorras.

Deduzco que el tablón de madera que tengo a mi derecha está pensado para hacer las veces de cama, y al menos hay un retrete justo al otro lado. El miedo me palpita en las venas al ver las manchas de sangre de las paredes, y aparto la mirada deprisa, observando el resto de la celda mientras se me despeja la cabeza. Nora, la mujer que siempre me vacía la mochila, está apoyada sobre una mesa de madera, con los brazos cruzados y la cara larga de lo que creo que podría ser preocupación cuando se abre la puerta a su lado.

La sonrisa del mayor Varrish me perfora un agujero en el estómago cuando entra.

Dioses. Los demás. ¿Estarán aquí también? ¿Les habrán hecho daño? Un nudo del tamaño de un pedrusco se instala en mi garganta y me imposibilita aspirar una bocanada de aire completa.

—Fuera —le dice al otro hombre, que se escabulle como una araña hacia la sala principal, pero no cierra la puerta detrás de sí y consigo ver un escritorio cubierto por mis dagas de empuñadura negra antes de que Varrish me bloquee la visión—. ¡Te prometí que lo probaríamos a tu manera una vez, solo una! —exclama Varrish por encima del hombro.

El miedo hace que el nudo de la garganta me oprima más y más. No consigo contactar con Tairn ni Xaden. No puedo utilizar mi sello ni siquiera recurrir a mis habilidades con las dagas, con las manos atadas.

Estoy sola y totalmente indefensa.

Nolon entra en el calabozo renqueando, con los ojos cargados de tristeza.

—Solo necesitamos que respondas a unas preguntas, Violet.

—Me has drogado. —La voz se me rompe—. Confiaba en ti. Siempre he confiado en ti.

—Esclarezcamos los hechos y podremos volver a confiar el uno en el otro —dice Nolon—. Empieza explicándonos por qué has robado el diario de Lyra. —Extiende la mano detrás de Nora y saca el libro.

Todas las técnicas de interrogatorio que me han enseñado me dejan en la estacada, y me limito a mirar fijamente el diario, devanándome los sesos por encontrar una forma de salir de allí, cuando no hay ninguna.

—Ojalá hubiera sido un error —continúa con calma—. Pero Markham nos alertó de que alguien había penetrado las protecciones reales dentro de la biblioteca privada del rey, y luego te vi en el patio con el morral de escriba…

—Habitual para transportar libros de los Archivos —replico.

Qué imbéciles hemos sido al no prever que cruzar las protecciones alertaría a Markham.

—Y en ese caso, te habrías despertado en la enfermería con una jaqueca y mis más sinceras disculpas. —Nolon sostiene el diario de cuero ajado, la clave para proteger Aretia—. Pero llevabas esto encima.

—Esa no es la cuestión ahora mismo. —Varrish me observa con una fascinación absoluta—. Responde a mis preguntas y te dejaremos dormir para recuperarte de la jaqueca antes de las clases de mañana. Miéntenos, aunque solo sea una vez, y la cosa se pondrá muy fea.

O sea, que ya es domingo.

—Tres preguntas. —Nolon le lanza una mirada severa a Varrish—. Queremos saber cómo lo hiciste, con quién lo hiciste y, sobre todo, por qué.

La piedra que noto en la garganta desaparece y consigo llenar los pulmones por completo, forzándome a controlar el pánico. Si me están pidiendo nombres, significa que no hay nadie más encadenado aquí abajo. Ni Xaden, ni Rhiannon, ni Aaric, ni ninguno de los demás. Solo yo. De repente estar sola me parece una bendición.

Y no estoy indefensa. Sigo en pleno uso de mis facultades mentales.

—Empecemos por la cuestión de cómo has atravesado unas protecciones reales —sugiere Varrish.

—Me resultaría imposible atravesar una protección real, teniendo en cuenta que no formo parte de la realeza. —Levanto la barbilla y me preparo para lo peor.

—Dice la verdad —anuncia Nora ladeando la cabeza—. Mi sello me permite detectar mentiras. Si nos mientes, lo sabré.

El corazón me da un vuelco.

Tendré que decir la verdad, entonces. Cuando todo esto termine, deberé explicarle mis respuestas, o mis silencios, a mi madre. Cada palabra cuenta.

—Violet, por favor —suplica Nolon dejando el diario sobre la mesa—. Explícanoslo. ¿Ha sido algún tipo de reto clandestino entre pelotones? ¿Una apuesta de los de segundo? Todavía están intentando descubrir qué es lo que falta. Ayúdanos. Cuéntanoslo y todo esto será mucho más fácil para ti.

«Están intentando descubrir qué es lo que falta». No pueden entrar.

—Estás saltando directamente al porqué. —Varrish pone los ojos en blanco—. La verdad, Nolon, ahora entiendo por qué los interrogatorios nunca han sido lo tuyo. —Varrish clava su mirada pálida en mí—. ¿Cómo lo hiciste?

—¿Por qué dais por supuesto que ese libro no es una reproducción si no habéis verificado si el original ha desaparecido? —le pregunto a Nolon.

Nolon mira a Varrish de reojo.

—Markham afirma que el cobertor no se ha movido.

—Y aun así tenemos el puto diario entre las manos. —Varrish traza un lento círculo a mi alrededor—. ¿Es una reproducción?

Está intentando obligarme a mentir.

—No tengo forma de saberlo, no he podido examinarlo. —No he tenido tiempo.

—Dice la verdad —confirma Nora.

Varrish se detiene frente a mí y lo miro fijamente a esos ojos pálidos, inertes.

—Supongo que no tiene pruebas, mayor Varrish, porque ninguno de los aquí presentes puede atravesar las protecciones reales, y nadie se ha ofrecido a advertir al rey de que han saltado las alarmas, sean falsas o no. Por favor, permítame que le recuerde que la última vez que alguien me acusó de mentir sin pruebas acabó en el puesto avanzado más lejano que existe en Luceras.

—Ah, te refieres a Aetos. —Ni se inmuta—. Descuida. Conseguiré las pruebas que él necesita mientras te tengo aquí bajo mi supervisión, puesto que has optado por resistirte en lugar de sernos de ayuda, como esperaba Nolon. Grady se toma las normas demasiado al pie de la letra, y de ahí que nuestro último encuentro no fuera tan fructífero como a mí me habría gustado. —Se acuclilla y me mira como si fuera un juguetito nuevo y reluciente al que no ve la hora de romper—. ¿Quién robó ese libro por ti? —Me examina las manos sin rodeos—. Porque los dos sabemos que no fuiste tú.

Verdades selectivas. Es la única arma de la que dispongo para proteger a mis amigos.

—Yo fui la única que introdujo ese libro concreto en la bolsa.

—Dice la verdad —dice Nora.

Alterno la mirada entre Varrish y Nolon.

—Y ya me he hartado de responder preguntas. Si queréis llevarme a juicio, conseguid cuórum de los líderes de ala en base a las normas que se establecen en el Código.

Varrish se pone en pie despacio, y luego me da una bofetada. Noto una intensa punzada de dolor en la mejilla y la cabeza se me dobla a un lado por el impacto.

—¡Mayor! —grita Nolon.

—Nora, ordena que todos los estudiantes formen de inmediato y examina las manos de todos y cada uno de los cadetes del cuadrante —dice Varrish cuando tuerzo el gesto de dolor—. Nolon, puedes retirarte.

Respiro hondo y me preparo para el dolor que vendrá mientras Varrish empieza a subirse las mangas del uniforme. Trato de concentrarme en un ladrillo torcido de la pared y me esfuerzo por disociarme de mi cuerpo sea como sea.

Poco importa lo que ocurra en esta sala; Xaden ha conseguido marcharse con el diario de Warrick. Brennan dispondrá de todo lo necesario para levantar las protecciones de Aretia. Sean cuales sean las torturas que me haya preparado Varrish, habrán valido la pena.

«Y recuerda, Violencia, que aquí lo único frágil es tu cuerpo. Tú eres inquebrantable». Me aferro a las palabras de Xaden como a un clavo ardiendo.

—Te avisaré cuando te necesite —le promete Varrish a Nolon antes de despacharlo con un gesto de la mano.

Cuando necesite repararme, quiere decir.

—No sufras. Empezaré por lo básico —me dice Varrish—. Y está en tus manos que todo esto termine, cadete Sorrengail. No tienes más que hablar.

Profiero un grito cuando me disloca el primer dedo.

Y aúllo cuando me lo rompe.

«Ploc. Ploc. Ploc.».

Me imagino que el sonido es la lluvia contra mi ventana; me imagino que la madera dura e inclemente bajo mi mejilla es el pecho de Xaden, y que el brazo que tengo delante, torcido en un ángulo antinatural y que palpita al ritmo de mi corazón, es de otra persona.

—Duerme un poco si puedes —me sugiere una voz dulce y tan dolorosamente familiar que cierro como puedo el ojo que aún conservo ileso.

«No eres real. Eres una alucinación provocada por el dolor y la deshidratación. Un espejismo».

—Puede ser —responde Liam, y abro el ojo lo justo para verlo sentado en el suelo frente a mí. Levanta las rodillas y apoya el codo en un lateral del camastro, al lado de mi brazo fracturado—. O puede que Malek me haya enviado como muestra de misericordia.

«Malek no es misericorde. Ni tampoco permite que las almas deambulen por ahí». Enhorabuena a mi cerebro; la alucinación es excelente. Está exactamente igual a la última vez que lo vi, vestido con su ropa de vuelo y con una sonrisa en el rostro que hace que se me oprima el corazón.

—No estoy deambulando, Violet. Estoy justo donde debo estar.

«Me duele todo». Un tormento sin fin que amenaza con volver a sumirme en la negrura absoluta, pero, a diferencia de las dos veces anteriores, en esta ocasión me esfuerzo por mantenerme consciente. Es la primera vez que estoy sola en horas, y ya no temo la silla del centro de la mazmorra.

Ahora sé que se me rompen más huesos cuando Varrish me desata.

—Ya lo sé —dice Liam con delicadeza—. Pero estás resistiendo. Estoy orgullosísimo de ti.

Obviamente, eso es lo que diría mi subconsciente, porque es justo lo que necesito oír.

Me paso la lengua por el corte del labio y noto un regusto a sangre. Varrish no ha recurrido a ninguna espada, pero la piel se me ha partido en tantos lugares a base de golpes que me siento como una herida abierta gigante. La última vez que me he movido, el uniforme me ha crujido con la sangre seca.

—Traiga a su pelotón —oigo que sugiere Nora desde la antecámara—. Se derrumbará en cuanto empiece a interrogar a los demás.

Liam tensa la mandíbula, y se me forma un nudo en el estómago vacío.

—No se derrumbó durante la evaluación —responde Varrish. Joder, ojalá no reconociera esa voz—. Y traerlos aquí implica descubrirles lo que ha pasado, y teniendo en cuenta la reliquia que le sube por el brazo a Imogen Cardulo, dudo que esté dispuesta a borrarles la memoria. Matarlos nos supondría una serie de problemas totalmente distintos, además. ¿Estás segura de que ninguno de los cadetes tenía heridas en las manos?

—Los he inspeccionado yo misma —contesta Nora—. Devera y Emetterio ya preguntan por ella, así como el resto de su pelotón. Hoy ha

faltado a clase.

Estamos a lunes.

Intento contactar con Tairn, pero el vínculo sigue abotargado. Claro: deben de haberme vertido la solución garganta abajo otra vez mientras me partían el brazo y me rompían el tobillo. Ni siquiera le ha hecho falta quitarme las botas para ello.

Y, con todo, solo han conseguido doblegar mi cuerpo. No les he dicho ni una sola palabra.

—Eso significa que llevas aquí dos días —dice Liam.

«Y pasarán otros cinco hasta que Xaden se entere de que he desaparecido. Seguro que están comprobando toda la correspondencia para asegurarse de que no lo avisa nadie. No puede hacer nada, Liam. Si reacciona, lo arriesgará todo».

—¿Crees que no está ya perdiendo los nervios? —Una de las comisuras de la boca se le contrae en esa sonrisilla pícara que tanto he echado de menos —. Seguro que ya lo sabe. Sgaeyl debe de haber sentido el pánico de Tairn. Puede que tu dragón no sea capaz de comunicarse contigo a esta profundidad, pero Xaden removerá cielo y tierra, levantará este lugar ladrillo a ladrillo, hasta encontrarte. Solo tienes que sobrevivir.

«No puede arriesgarse a algo así. No lo hará». Las prioridades de Xaden siempre han sido muy claras, y esa es una de las cosas que más me gustan de él.

—Espera y verás.

La puerta se abre, pero no tengo ni la energía ni la posibilidad de levantarme, girar la cabeza o ni siquiera alzar una mano. El corazón me da un vuelco y me martillea como si hubiera visto la oportunidad de escapar de este espantajo que tengo por cuerpo. No sé cómo decirle que la armadura de Mira lo protegerá hasta mucho después de que quiera pararse por completo.

Varrish se agacha hasta ponerse a mi altura, a pocos centímetros de Liam.

—No me imagino el dolor que debes de estar sintiendo. Y todo puede terminar aquí y ahora. Tal vez Nolon tenga razón. Vamos a olvidarnos de cómo robaste el libro. Es evidente que no vas a delatar a tus cómplices. Pero necesito saber por qué. ¿Por qué necesitarías el diario de uno de los Primeros Seis? Lo he estado hojeando. Es interesante, no lo niego. ¿Qué intentas proteger, Sorrengail?

Él espera, pero yo me guardo mis palabras. Mierda, está tan cerca…

—Podríamos dejar de marearnos mutuamente y hablar como dos personas adultas —me ofrece—. No me cabe duda de que tú también tienes preguntas

que yo podría responderte sobre por qué no nos involucramos en los problemas de Poromiel. ¿Es esa la razón de todo esto? ¿Rectitud? ¿Indignación? Podríamos intercambiarnos información de manera equitativa, puesto que ambos sabemos que lo que mató al dragón de tu amigo no fueron grifos.

Doy un respingo y el dolor vuelve a arrollarme con violencia.

—No muerdas el anzuelo. —Liam niega con la cabeza—. Sabes que solo está intentando provocarte.

—Pero ¿cuánto sabes? —pregunta Varrish con voz melosa, como si me estuviera haciendo un favor—. ¿Y qué has estado haciendo con los marcados? Llevamos años vigilándolos, claro, pero hasta que el cadete Aetos te delató, no podíamos más que especular. Sin embargo, entonces no regresaste a Basgiath. Ningún puesto avanzado informó de que hubieras buscado allí curanderos. Por tanto, voy a reformular mi pregunta anterior. ¿Adónde fuiste, cadete Sorrengail? ¿Qué lugar estáis tratando de proteger?

La situación es mucho más grave que el robo de un libro.

—Madre mía, eres buena. O quizá el dolor te impida reaccionar. —Varrish ladea la cabeza, y me recuerda a una lechuza mientras me estudia—. ¿Sabes para qué sirve mi sello, cadete Sorrengail? ¿Sabes por qué se me da tan bien lo que hago en esta sala? Está clasificado, pero aquí somos todos amigos, ¿verdad?

Lo miro fijamente, pero no respondo.

—Yo no veo a la gente. —Inclina la cabeza y me inspecciona—. Veo sus debilidades. Es una gran ventaja en batalla. Lo cierto es que el día que nos conocimos me sorprendiste. Por lo que había oído sobre la más joven de las Sorrengail, esperaba mirarte y ver dolor, huesos rotos o incluso la vergüenza de no cumplir con las expectativas que había depositado tu madre en ti. —Pasa el dedo por encima de la rotura evidente de mi antebrazo, pero no la presiona. La amenaza basta para encogerme el corazón—. Pero no vi… nada. Alguien te ha enseñado a bloquear pensamientos, y debo admitir que se te da muy bien. —Se acerca todavía más a mí—. ¿Quieres saber lo que veo ahora que te hemos arrebatado todo tu poder?

El odio me bulle en el interior y espero que sea eso lo que ve.

—Por Dunne, ¿de verdad debo cargar yo con toda la conversación? «Sí, por favor, me gustaría saberlo» —dice poniendo una voz aguda en una imitación patética—. Verás, cadete Sorrengail, tus debilidades son las personas a las que más aprecias. Y hay tantas donde escoger… La líder de

pelotón Matthias y el resto del grupo, tu hermana, tus dragones. —Una sonrisa malévola le curva la boca—. El teniente Riorson.

El corazón me da un vuelco.

—Mantente firme, Violet —me dice Liam.

—Está alterada —apunta Nora desde la puerta.

—Ya lo sé —responde Varrish—. Y apostaría lo que fuera a que estás pensando que será él quien vendrá a por ti, ¿me equivoco? —Admira los moratones de mi antebrazo como si fueran una obra de arte—. Que cuando llegue el sábado y no te presentes en Samara, vendrá a buscarte, aunque eso implique infringir la política de permisos. Estás depositando todas tus esperanzas en que Riorson se salte las normas por ti. Que te salvará, dado que ni siquiera tu propia madre ha levantado un dedo para ayudarte.

La garganta se me mueve, pero estoy demasiado deshidratada como para tragar saliva.

—No esperará hasta el sábado —me promete Liam.

—Yo también cuento con ello. —Varrish hace un gesto de cabeza—. Llevo un año entero esperando a que infrinjas alguna norma para poder interrogarte en base al Código. Para tu madre, las normas lo son todo. Pero no te haces a la idea del placer que me genera saber que el hijo de Fen Riorson infringirá el Código al abandonar su puesto para acudir en tu ayuda, y que será el próximo en estar atado a esa silla. Y que me dará todas las respuestas que busco.

Espera. ¿Cómo?

—Mierda, su intención no es solo interrogarte a ti; le está tendiendo una trampa a Xaden —dice Liam inquieto.

El corazón se me acelera.

—La solución está en tus manos, Sorrengail. Depende de ti que el teniente Riorson se salve de lo que le espera si se presenta en Basgiath. Dime lo que quiero saber y no le haré daño.

Por un instante me siento tentada. La idea de que pueda llegar a torturar a Xaden hace que retuerza la mano con fuerza y hunda las uñas en el tablón de madera.

—¿Qué estáis tratando de proteger? ¿Qué se traen los marcados entre manos?

—Resiste, Vi. —Liam apoya una mano sobre mi costado y me parece demasiado real—. Si hablas ahora, acabará muriendo todo ser vivo del continente. Si tuvieran algo contra Xaden, ya lo habrían encerrado. No le harán daño. No pueden.

Eso es lo que me dicta la lógica, pero las emociones…

—¿No? ¿Ya lo tienes claro? Puedes salvarlo. Aquí y ahora. Porque yo creo que vendrá, y cuando llegue lo haré pedazos… y te obligaré a mirar —me promete Varrish en un susurro—. Pero no sufras. Acabarás compartiendo tus secretos conmigo a gritos. Aunque, claro, para entonces ya no los necesitaré. Tendré en mis manos a mi verdadero objetivo.

Baja la vista hasta mi cuello, como si pudiera percibir que se me han disparado las pulsaciones.

—Vaya, ahora lo entiendes, ¿verdad? —Varrish sonríe—. Seguro que crees que es indestructible, pero permíteme que te diga que una vez tuve la suerte de ser testigo de cómo al «jinete más poderoso de vuestra generación» le fallaron los escudos como a un novato. Apenas duró un segundo, pero me bastó para ver lo que me haría falta para acabar con él. Es cuestión de días que obtengamos toda la información que necesitamos. Tú no eres el premio, Sorrengail, sino el medio.

Que te follen.

—¿Cómo lleva Solas lo de esconderse? —croo, y toso.

Varrish pestañea, pero oculta rápido su sorpresa.

—Que hayas bloqueado mi capacidad de hablar con Tairn no significa que no sepa exactamente lo que me has hecho. —El labio se me vuelve a abrir cuando fuerzo una sonrisa—. Tú le estás dando caza a Xaden, pero Tairn le está dando caza a Solas. Tú eres el eslabón más débil en ambos casos. Puede que yo muera en esta mazmorra, pero te aseguro que tú perderás la vida pase lo que pase.

—Quizá no pueda matarte sin perder mi objetivo, pero eso no significa que no vaya a destrozarte una y otra vez hasta que él llegue. Nos lo vamos a pasar en grande tú y yo. —Se pone en pie y se pasa las manos por la tela del uniforme que le cubre los muslos antes de salir. Oigo sus palabras apagadas a través de la puerta—. Avisa a Nolon. Vamos a empezar de cero.

Pero Varrish se equivoca. Xaden no vendrá. Priorizará el bienestar de la revolución. Yo ahora mismo no soy más que una de tantas personas que no puede salvar. Solo me queda esperar que el resto del mundo se equivoque y Xaden sobreviva a mi muerte.

—No me dejes sola —le susurro a Liam. Me da igual estar tan mal como para tener alucinaciones y que mi cerebro utilice a Liam como muleta, siempre y cuando él se quede, siempre y cuando no esté sola.

—No pienso irme a ningún lado. Te lo prometo.

«Ploc. Ploc. Ploc». Pierdo la noción del tiempo, de las palizas, de las preguntas que me niego a responder.

Nolon me visita dos veces, o quizá tres.

La vida consiste en distintos grados de dolor, pero Liam no me deja sola en ningún momento. Ahí sigue siempre que abro los ojos, observando, hablándome para que resista las torturas, manteniéndome cuerda a pesar de demostrarme al mismo tiempo que he perdido completamente la cabeza.

Al menos una vez al día me encadenan a la silla y me obligan a tragar el suero para que no pueda comunicarme con Tairn. Me como la comida que me ofrecen porque ahora lo más crucial es sobrevivir, y duermo después de cada sesión de reparación solo para que me despierten y me vuelvan a romper una y otra vez.

Las costillas se me parten con una patada bien dada, y el brazo izquierdo se me quiebra por el mismo sitio exacto por el que me lo rompió Varrish la primera vez, lo cual me indica que yo no soy la única a la que le fallan las fuerzas, sino también a Nolon.

—Si esto no funciona, podríamos traer a Jack Barlow. —Nora alza la voz y me despierta; me he quedado dormida en la silla—. A saber el tiempo que lleva esperando poder vengarse.

—Es tentador —responde Varrish—. Y estoy convencido de que le encantaría descubrir formas nuevas e imaginativas de motivarla, pero no me fío de que no la acabe matando. En el fondo no podemos fiarnos de ese chaval para nada, ¿no te parece? Es demasiado impredecible.

—Sigo sin creerme que el muy cabrón haya sobrevivido —masculla Liam, apoyado en el muro a la derecha de la puerta.

No puedo más. Las partes rotas se me han hinchado y me duelen, y la poca piel que puedo verme ha perdido su color. Me duele todo. Ya ni siquiera sé si sigo siendo yo misma o no soy más que dolor encapsulado en un cuerpo decadente.

Pero Rhiannon está a salvo, igual que Ridoc, Sawyer, Imogen y Quinn. Todas las personas que me importan están bien. Y es a eso a lo que me agarro.

—No sé si te he dicho que Sloane me odia —susurro.

—Sloane es un hueso duro de roer. —Liam me ofrece una media sonrisa de disculpa—. Lo estás haciendo de maravilla.

—Sí, soy todo un ejemplo a seguir. —Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—¿Me ha hecho llamar, señor? ¿Aquí abajo? Debe de haber una docena de guardias en la escalera.

Esa voz. Un escalofrío me recorre la columna cuando Liam gira la cabeza hacia la puerta.

Dain. Estoy jodida. Yo y todos los demás.

—Sí —responde Varrish—. Necesito tu ayuda. Navarre necesita tu ayuda.

—¿Qué quiere que haga?

Me retuerzo contra las correas que me retienen, pero están bien apretadas.

—Mantén la calma —me murmura Liam, como si los demás pudieran oírlo.

—Hemos tenido un allanamiento esta semana, y han robado unos documentos clasificados. Hemos capturado a la culpable e impedido la pérdida de dicha información confidencial, pero la prisionera… —Se produce una pausa dramática—. Es más que evidente que esta jinete está trabajando con los miembros de lo que sospechamos que es una segunda rebelión, con la intención de destruir Navarre. Por la seguridad de todos los ciudadanos que hay tras nuestras protecciones, necesitamos que accedas a los recuerdos de la prisionera, líder de ala. Debes extraerle la verdad, o nuestro modo de vida tal y como lo conocemos correrá peligro.

«Hombre, dicho así…». Vuelvo a tirar de las correas y siento unas ráfagas de dolor agónico por el sistema nervioso. No tengo escudos. No tengo forma de reprimirlo.

Todas las personas de Aretia morirán, y será culpa mía.

—Debo advertirte de algo —dice Varrish con voz calmada—. La identidad de la prisionera podría cogerte desprevenido. —La puerta se abre antes de que pueda prepararme en condiciones.

Varrish entra y deja a Dain en el umbral, con los ojos fuera de las órbitas mientras me repasa de arriba abajo, posando la mirada sobre mis manos hinchadas y amoratadas, atadas a los brazos de la silla, y la cara que sin duda va a juego con ellas. Y suerte que el uniforme me cubre la peor parte: los huesos rotos y las contusiones.

—¿Violet?

—Ayúdame, por favor —musito, a sabiendas de que le estoy suplicando a un Dain que ya no existe, al que conocía antes de que cruzara el parapeto, y no al estudiante de tercero curtido que tengo delante.

—¿Lleva cinco días torturándola? —le espeta Dain a Varrish.

¿Cinco días? ¿Solo estamos a jueves?

—¿Desde que robó el diario de Lyra de la biblioteca privada del rey? —responde Varrish con tono aburrido—. Por supuesto. Entiendo que fuerais amigos de la infancia, Aetos, pero los dos sabemos a quién debe lealtad ahora: a Riorson y a la guerra que planea contra nosotros. Quiere derribar las protecciones.

—¡Eso no es cierto! —intento gritar, pero lo que me escapa de la boca es más bien un quejido y una voz bronca tras días gritando. Varrish me ha destrozado de arriba abajo—. Jamás les haría daño a los civiles. Dain, tú me conoces…

—Yo ya no sé quién eres —replica Dain torciendo el gesto de ira.

—Se está librando una guerra —le digo, desesperada por convencerlo antes de que me ponga una mano encima—. Están muriendo civiles poromielenses y no los estamos ayudando. Nos estamos quedando de brazos cruzados, Dain.

—¿Crees que deberíamos involucrarnos en su guerra civil? —arguye Dain.

Dejo caer los hombros.

—Creo que llevan tanto tiempo mintiéndote que no reconocerías la verdad ni aunque la tuvieras delante de las narices.

—Podría decir lo mismo de ti. —Dain se vuelve hacia Varrish—. ¿Está seguro de que su intención es derribar las protecciones?

—He pedido que devolvieran el diario a los Archivos por seguridad, pero sí. En el libro que robó se ofrecían instrucciones detalladas sobre la construcción de las protecciones, y podía usarse como guía para deshacerlas. —Varrish le da una palmadita en el hombro a Dain—. Sé que no es fácil oír esto, pero a veces las personas no son quienes nosotros querríamos que fueran.

Liam se aparta de la pared y rodea a Varrish y Dain, antes de acercarse a mí y agacharse.

—No creo que seas capaz de impedir lo que está a punto de ocurrir.

Yo tampoco.

—No lo pagues con ella —le dice Varrish a Dain, y la expresión le muda en un gesto empático—. A veces no elegimos de quién nos enamoramos, ¿no te parece?

Dain se endereza.

—Riorson la arrastró a algo que ella no tenía forma de comprender. Y lo sabes. Ya viste lo que ocurrió el año pasado. —Suspira—. Habría preferido no enseñártelo, pero… —Extrae mi daga con incrustaciones de aleación de su

propia vaina—. También llevaba esto encima. Ese metal que ves es lo que alimenta las protecciones. Creemos que han estado sacándolo a escondidas de Basgiath y transportándolo al lugar desde el que pretenden iniciar esta guerra para debilitar así nuestras protecciones poco a poco.

—¿Eso es verdad? —Dain desvía la mirada hacia mí.

Distingo a Nora apoyada en el quicio, y me estremezco.

—Puedo explicártelo. No es exactamente como lo está…

—No necesito que me expliques nada —gruñe Dain—. Llevo meses intentando hablar contigo, y ahora entiendo por qué me evitabas. Por qué te negabas en redondo a que te tocara. Tienes miedo de que descubra lo que ocultas. —Echa a andar hacia mí y yo me hundo en la silla.

«Xaden, perdóname».

—Recuerda el código ético, cadete —le indica Varrish—. Sobre todo teniendo en cuenta tus vínculos con la cadete Sorrengail. Busca como has estado practicando, pero céntrate en la palabra *protección*.

—¡Teniente Nora! —grita una voz desde la antecámara—. Se ha ordenado a todos los líderes que se reúnan de inmediato. Se han producido unos… incidentes en la frontera.

—¿Quién ha dado la orden? —exige Nora.

—La general Sorrengail.

—Vamos para allá —responde Nora despachándolo con la mano.

—Tal vez ya sea demasiado tarde —musita Varrish negando con la cabeza—. Riorson desertó hace días, según los informes que hemos recibido esta mañana. Ya hemos empezado a reunir a los marcados.

Contengo el aliento. Xaden ha desertado. Podría estar a salvo en Aretia ahora mismo, levantando las protecciones. Pero ¿e Imogen? ¿Bodhi? ¿Sloane? Los líderes están reuniéndolos.

Liam me posa una mano sobre el hombro para reconfortarme. Los matarán a todos, y en cuanto descubran lo de Aretia, darán caza al resto.

—Puede rebuscar en tus recuerdos —me dice Liam—. Pero la lógica dicta que primero tendrá que escarbar entre lo que estés pensando.

—¿Qué has hecho, Violet? —pregunta Varrish—. ¿Has orquestado otro ataque a un puesto avanzado? Descubre lo que puedas, Aetos. La seguridad del reino depende de ti. El tiempo es oro.

A Dain se le enciende la mirada y levanta las manos.

—Mataste a Liam —balbuceo.

Él se detiene.

—No dejas de repetirme siempre lo mismo, pero yo me limité a rebuscar en tus recuerdos para demostrarle a mi padre que se equivocaba, Violet, y tú solita te encargaste de demostrar que tenía razón. Si los marcados murieron traicionando a nuestro reino, se lo tuvieron bien merecido.

—Te odio —susurro con la voz ahogada mientras los ojos me escuecen y arden.

—Está ganando tiempo —salta Varrish—. Hazlo ya. Y si ves algo que no entiendes, yo te lo explicaré en cuanto sepamos dónde se esconde su ejército. Créeme que esto lo estamos haciendo por el bien de los ciudadanos de Navarre. Nuestra única meta es protegerlos.

Dain asiente y alarga un brazo hacia mí, vacilando en el último momento.

—Tiene magulladuras por todo el cuerpo.

—Muéstrale lo que tú quieras que vea —me insiste Liam.

—No es más que una traidora —replica Varrish.

—Claro —afirma Dain, y yo cierro los ojos en cuanto sus dedos se hunden en mis sienes, blandas y doloridas.

Puede que me hayan bloqueado el acceso a mi poder, pero eso deriva de Tairn. El control sobre mi propia mente es mío y solo mío, y es lo único que me queda.

A diferencia del año pasado, esta vez siento la presencia de Dain en el borde de mi mente, justo donde deberían estar mis escudos, y en lugar de rehuir la invasión, me aferro a esa presencia y me arrojo al recuerdo, arrastrando a Dain conmigo.

«¿Hay una manada cerca?», pregunta Liam.

Percibo un cambio de gravedad al caer en la cuenta de que mi peor pesadilla es, en efecto, un monstruo vivo y muy real.

Dos piernas, no cuatro. Un guiverno.

Nos han enviado a morir.

Venin con venas rojas tejiendo telarañas en los ojos, matando a gente inocente.

Fuego azul. Terreno yermo. Soleil y Fuil vencidos.

Jamás seremos capaces de transportar las armas que necesitamos para volver las tornas. Nos han estado engañando, han borrado nuestra propia historia para evitar conflictos, para mantenernos a salvo mientras mueren personas inocentes.

Liam… Por todos los dioses, Liam. Hundo mis uñas mentales en Dain y lo retengo ahí, obligándolo a sentir lo mismo que yo otra vez. La impotencia. La pena desgarradora. La ira ciega.

«Ha sido… un honor». Las últimas palabras que Liam me dirigió.

Mi venganza en el cielo, luchando a lomos de Tairn, llevando la única arma que matará al ser oscuro mientras él hace todo lo posible por derrotarnos a mi dragón y a mí.

El momento en que la daga se introduce en mi costado, dejo de tirar de Dain y empiezo a empujarlo, a gritar tanto física como mentalmente, a llenarme la cabeza con cada aguijonazo de dolor que me han infligido a lo largo de estos últimos cuatro días.

Dain deja escapar un grito ahogado y aparta las manos de mis sienes.

Abro los ojos, con el sonido de mis aullidos aún resonándome en los oídos, y él retrocede con el horror grabado en cada arruga de su rostro.

—Estoy aquí —me recuerda Liam—. Y sigo sin arrepentirme, Violet. De nada.

Las lágrimas me caen por las mejillas.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —consigo preguntar, a pesar del destrozo de mis cuerdas vocales.

—Estáis llevándoos armas de contrabando —responde Dain despacio, estudiándome los ojos—. ¿Estáis robando armas para ayudar a otro reino?

Se me cae el alma a los pies ante mi fracaso absoluto.

De todo lo que le he mostrado, ¿se ha quedado con eso?

Aparto los ojos de él para mirar a Liam y memorizar todas las líneas de su cara y esos ojos azules que no he visto en nadie más.

—Siento mucho haberte fallado.

—Nunca me has fallado. Ni una sola vez —susurra, negando con la cabeza—. Te arrastramos hasta nuestra guerra. Si hay alguien que debería pedir disculpas, soy yo a ti.

—Te lo tienes bien merecido —gruñe Varrish.

Si Dain ha invadido mis recuerdos y visto los traslados de armas en los que he colaborado, significa que lo sabe todo. Una oleada de desesperanza me arrolla y se lleva consigo mi determinación de no derrumbarme. Lo único que me queda dentro es dolor, y no merece la pena luchar por eso, no cuando les he fallado a todos, a todo lo que importa.

—¡Nos requieren ahora mismo! —grita el hombre desde la antecámara.

—Varrish —dice Nora—. Están convocando a todos los líderes.

—¿Qué has encontrado? —Varrish se vuelve hacia Dain, perdida ya toda compostura—. ¿Dónde se están agrupando?

—Deme esa daga —le exige Dain extendiendo la mano—. Quiero compararla con la que he visto en sus recuerdos. Con las que nos están

robando.

—Pero no la mates. Primero debemos encontrar e interrogar a Riorson, y utilizarla a ella como moneda de cambio. —Varrish le entrega mi daga a Dain.

Él examina el arma y asiente.

—Es esta. Se las están llevando a docenas y están armando al enemigo. Lo he visto todo. —Sus ojos castaños se encuentran con los míos—. Hay al menos una bandada involucrada.

El corazón me da un vuelco. Lo sabe. Lo ha visto a pesar de mis esfuerzos.

Volverán a interrogarme, e incluso me dejarán encerrada para atraer a Xaden, pero jamás me dejarán salir de aquí con vida. Este lugar al que he llamado hogar, los pasillos que he recorrido con mi padre, los Archivos que he venerado tanto como a los dioses, el campo donde he volado con Tairn y Andarna, los salones en los que he reído con mis amigos y las habitaciones donde Xaden me ha abrazado serán mi tumba.

Y el muchacho con el que solía subirme a los árboles junto al río será mi perdición.

Me hundo, perdidas ya todas las fuerzas de luchar.

—Bien, bien. Ahora dime dónde están —le ordena Varrish.

Dain agarra la daga con la mano izquierda y la gira hasta colocarla en paralelo con su antebrazo, y entonces me la acerca a la garganta.

—Deberías haber confiado en mí, Violet.

Ni siquiera me atrevo a tragar saliva mientras le sostengo la mirada a este capullo. No pienso morir aterrorizada.

—Nada de esto habría pasado si hubieras confiado en mí. —El dolor en sus ojos no hace sino alimentar mi rabia. ¿Cómo se atreve a hacerse el dolido? —. Y ahora ya es demasiado tarde.

—¡Varrish! —grita Nora mientras en la antecámara se oye alboroto.

Varrish se vuelve hacia ella, y yo noto el cuchillo rozándome la piel.

Dain va a matarme.

—No te preocupes. —Liam me agarra del hombro—. Estoy aquí contigo. No pienso abandonarte.

Tairn. Andarna. Dioses, espero que sobrevivan. Xaden debe sobrevivir. No puede morir.

Lo quiero.

Debería habérselo dicho todos los días, haber sido sincera sobre mis sentimientos a pesar de las discusiones y la duda.

Ahora, en lugar de compartir esos sentimientos con Xaden, morirán conmigo. La visión se me nubla y las lágrimas me surcan las mejillas, pero levanto la barbilla.

Dain echa hacia atrás el brazo y espero el golpe definitivo, el dolor, el río de sangre.

Pero no llega.

Varrish se tambalea hacia atrás, agarrándose el costado, con los ojos fuera de las órbitas mientras la sangre me bombea en los oídos. Dain acerca la daga ensangrentada a las correas de mis muñecas y me las libera una a una.

—No sé si vamos a poder abrirnos paso para salir de aquí —me dice deprisa, arrodillándose para soltarme también los tobillos—. ¿Puedes andar?

¿Qué cojones está pasando?

—¡Aetos! —brama Varrish, cayendo contra el muro y deslizándose por la piedra, dejando tras de sí un rastro de sangre fresca.

—¡Violet! —grita Dain colocándome algo en la mano—. ¡O te mueves o estamos muertos!

Cierro los dedos de la mano ilesa en torno a la empuñadura que tanto conozco mientras Dain desenvaina su espada y se la pega a la garganta a Nora cuando esta irrumpe en la celda.

—¡Déjanos pasar y te dejaré vivir!

Dain sostiene la espada con firmeza y con el otro brazo me rodea la espalda mientras yo trato de ponerme en pie, y me sujeta cuando las piernas amenazan con flaquearme. No me las han vuelto a romper desde la última visita de Nolon, que yo recuerde, pero gimoteo ante la presión que siento en las costillas fracturadas y las náuseas que me vienen cuando la habitación comienza a darme vueltas.

—Yo no puedo prometerte lo mismo.

La amenaza grave y descarnada hace que me fallen las rodillas un instante antes de que una mano con una daga rodee el cuello de Nora y la degüelle sin vacilar.

Ella se desploma y un torrente de sangre brota de la herida abierta de su cuello.

Alzo la vista y me encuentro con la ira de Dunne contenida en unos ojos ónice salpicados de dorado.

36



Solo hay un crimen peor que asesinar a un cadete: el acto inefable de atacar a un líder.

—*Guía para el Cuadrante de Jinetes,*
por el comandante Afendra (edición no autorizada)

A Xaden le arde un fuego en los ojos mientras sostiene la espada en la mano derecha y una daga en la izquierda, ambas goteando sangre, preparado para atacar a Dain.

Ay, dioses.

—¡No! —grito abalanzándome hacia delante para interponerme entre Dain y Xaden, pero los pies no colaboran y acabo dándome de bruces contra el suelo.

—¡Mierda!

Oigo un repiqueteo de acero antes de que Dain me sujete con ambas manos. Se me ennegrecen los bordes de la visión y el dolor amenaza con doblegarme. Cada centímetro de mi cuerpo aúlla mientras trato de recuperar el equilibrio. Pero no solo me sostienen los brazos de Dain: distingo tenues zarcillos de sombras en las caderas y bajo mis brazos. Aparecen dos Xaden que acaban fundiéndose en uno solo mientras me esfuerzo por no perder el conocimiento.

—Me ha salvado —susurro—. No lo mates.

Dain se ha ganado una oportunidad al haber apuñalado a Varrish…, ¿verdad?

Xaden desvía la mirada hacia mí, y entonces esboza un gesto de desconcierto.

—Por los dioses, Violet.

Las sombras estallan a nuestro alrededor, partiendo la piedra y destrozando el listón de madera que me ha servido de cama y que está manchado con restos de mi sangre.

Supongo que tengo la cara igual de demacrada que el resto del cuerpo.

—Has venido. —Me tambaleo hacia delante y Dain entiende que lo más conveniente es dejarme ir.

Xaden me recoge mientras las sombras le sujetan la espada, me rodea con los brazos la espalda y me aprieta contra su pecho con delicadeza, como si temiera romperme.

—No hay lugar al que vayas donde no pueda encontrarte, ¿te acuerdas?

Acerca los labios a los restos de mi trenza, mugrientos, deshechos y ensangrentados, y me da un beso en la coronilla.

Un aroma a cuero y menta neutraliza el olor a hierro y musgo de la celda y, por primera vez desde que Nolon me drogó, me siento a salvo. Las lágrimas le empapan el pecho; suyas o mías, no sabría decirlo.

—Hostia puta. —Garrick suspira detrás de Xaden—. ¿Has echado a correr y no te has dignado a dejarme siquiera uno? He tardado una eternidad en despejar la barricada de cadáveres de la escalera.

Una sonrisa vuelve a partirme los labios al girar la cabeza y apoyar la mejilla sobre el pulso firme y constante de Xaden.

—Hola, Garrick.

Él se queda lívido y deja caer los brazos con las espadas, pero disimula con una sonrisa breve.

—No estás para tirar cohetes, Violet, pero me alegro de que estés viva.

—Yo también.

—Arriba hay un buen jaleo montado —le dice Garrick a Xaden, sin dedicarle siquiera una mirada inquisitiva a Dain—. Los líderes corretean de un lado a otro, camino de la frontera.

—Entonces ha funcionado —constata Xaden.

Varrish gruñe y todos giramos la cabeza en su dirección.

—¿Nos estás traicionando? —le espeta a Dain mientras trata de ponerse de pie, agarrándose aún la herida del costado.

—Ah, ¿eso es lo que está pasando aquí? —pregunta Garrick mirando a Dain y a Varrish.

—Menuda decepción se llevará tu padre —sisea Varrish entre unos dientes sanguinolentos. Si ya ha empezado a toser sangre, no le quedará mucho.

—Si mi padre ya sabe lo que Violet me ha mostrado, el que se llevará una decepción seré yo —replica Dain recogiendo su espada y alzándola hacia Varrish.

—No —gruñe Xaden—. Tú no. —Hace un gesto con la mano en mi espalda y las sombras envuelven a Varrish un instante antes de arrastrarlo por el suelo. Pone los ojos como platos con una expresión de terror mientras los zarcillos negros lo dejan caer en la silla y le sujetan las muñecas y los tobillos a modo de grilletes—. Ese honor le corresponde a Violet, si así lo desea.

—Sí que lo desea —respondo al instante.

Xaden mueve la mano y me rodea la cintura con el brazo, pendiente de mi reacción.

—No sé dónde puedo tocarte.

—No te preocupes —le digo agarrando la daga con la empuñadura de aleación con la mano derecha mientras la izquierda me cuelga inerte a un lado.

Dain retrocede y baja la espada, y Xaden me ayuda a caminar al mismo tiempo que yo arrastro los pies sobre las manchas de sangre seca que salpican el suelo de piedra.

Varrish entrecierra los ojos a pesar de la palidez de su rostro, y Xaden me sostiene cuando le acerco la daga al pecho con la mano temblorosa y débil, apoyando la punta justo encima de su corazón, entre las costillas.

—Te prometí que morirías en esta celda —le susurro, pero tiemblo demasiado como para poder empujar la daga. El mero hecho de sostenerme en pie ya requiere de todos mis esfuerzos.

Xaden posa una mano encima de la mía y la mueve hacia delante, hundiendo la hoja en el corazón de Varrish. Memorizo la expresión de su rostro a medida que la vida lo abandona, para recordarme que está muerto de verdad cuando lleguen las pesadillas que inevitablemente vendrán.

Fijo la vista en él, y lo observo mientras el peso de todo lo que ha ocurrido me hunde los hombros y amenaza con robarme el aire. La garganta se me cierra, los ojos me escuecen y la cabeza me bulle. Acabo de matar al vicecomandante del cuadrante.

¿Qué cojones se supone que debo hacer ahora? ¿Volver a clase?

Y Xaden… Xaden lo ha arriesgado todo viniendo hasta aquí.

—Danos un segundo, y de momento deja a Aetos con vida —ordena Xaden, y oigo cómo la celda se vacía antes de que se vuelva despacio hacia mí y nos aleje del cadáver de Varrish—. Estás viva. Da igual lo que haya pasado en esta celda o lo que hayas dicho; estás viva y eso es lo que importa.

—No me he derrumbado —murmuro—. Dain… Lo ha visto todo justo antes de apuñalar a Varrish, pero no me he derrumbado, te lo prometo. —Niego con la cabeza y la visión se me emborrona y luego se me despeja cuando se me saltan las lágrimas.

—Te creo. —Me pone una mano en la nuca, su hermosa mirada penetra en la mía y me engulle entera—. Pero tampoco importaría si te hubieras venido abajo. Nos vamos. Nos vamos cagando leches de este puto infierno.

Pestañeo.

—No podemos irnos ahora. Nos seguirán, y Brennan no está listo. —Tuerzo el gesto—. Perderemos el acceso a las armas de Basgiath…

—Me la suda. Ya veremos lo que hacemos cuando estemos allí.

—Perderás todo por lo que te has esforzado. —Se me rompe la voz—. Por mí.

—Pues entonces seguiré teniendo todo lo que necesito. —Agacha la cabeza hasta ponerse a mi altura, hasta ocupar mi visión, hasta sentirlo solo a él—. Volvería a ver de buena gana cómo arde Aretia hasta los cimientos si eso significa que tú sigues con vida.

—No lo dices en serio. —Adora su hogar. Ha hecho todo lo posible por protegerlo.

—Lo digo muy en serio. Y lo siento si esperas que mis actos sean nobles. Te lo advertí. No soy una persona cariñosa, delicada ni amable, y te enamoraste de mí de todas formas. Esto es lo que te ofrezco, Violet, lo bueno, lo malo y lo imperdonable. Sin excepciones. Soy todo tuyo. —Me rodea las lumbares con el brazo y me sujeta y me sostiene cerca de él—. ¿Quieres que te diga la verdad? ¿Quieres que te diga algo real? Te quiero. Estoy enamorado de ti desde la noche en que la nieve te caía en el pelo y me besaste por primera vez. Doy las gracias por que mi vida esté atada a la tuya, porque así no tendré que pasar ni un solo día sin ti. Mi corazón latirá mientras lata el tuyo, y cuando mueras, nos postraremos ante Malek juntos. Menos mal que tú también me quieres, porque vas a tener que aguantarme en esta vida y en todas las siguientes.

Separo los labios. Eso es todo lo que siempre he querido oír, lo que necesitaba oír.

—Sí, te quiero —admito en un susurro.

—Me alegro de que no te hayas olvidado. —Se inclina hacia mí y me roza los labios con los suyos en un gesto delicado, procurando no hacerme daño—. Vámonos de aquí. Juntos.

Asiento.

—¡Hay que ponerse en marcha! —grita Garrick.

—¡Despejad la escalera! —les ordena Xaden—. Y dile a Bodhi que remueva cielo y tierra hasta dar con el antídoto que necesiten Violet y su pelotón.

—Hecho —responde Garrick.

—¿Qué le ha pasado a mi pelotón?

Xaden se vuelve hacia mí.

—Están bien, pero los encerraron en el aula de interrogatorios cuando intentaron montar una misión de rescate ayer. ¿Puedes andar?

—No lo sé —contesto con sinceridad—. Ya he perdido la cuenta de lo que tengo roto y de lo que Nolon me ha reparado. Sé que tengo el brazo izquierdo fracturado, además de tres costillas en el lado derecho. Y me da la impresión de que la cadera tampoco no está donde debería.

—Él también morirá por haber participado.

Da media vuelta y salimos de la celda, dejamos atrás el cuerpo de Nora y nos adentramos en un baño de sangre. Hay como mínimo media docena de cadáveres entre nosotros y la escalera. Xaden se apresura a envainar todas mis dagas en los lugares que les corresponden, pero no me quita la que aún llevo agarrada en la mano.

Dain le alarga suministros de un armario cercano y Xaden me entablilla el brazo lo más rápido que puede. Me muerdo el labio roto para no gritar mientras me venda las costillas por encima de la armadura.

—¡Xaden! —grita Garrick desde la escalera—. ¡Tenemos un problema!

—Joder —masculla Xaden mirándome a mí y las espadas que hay apoyadas en el muro.

—Ya la ayudo yo —se ofrece Dain.

Xaden le lanza una mirada que promete una muerte lenta y dolorosa.

—Todavía no he decidido si te dejaré vivir, pero te aseguro que no pienso dejarla en tus manos.

—Puedo andar. Creo.

Sin embargo, en cuanto lo intento, la habitación empieza a darme vueltas. Y por primera vez en mi vida, me siento débil. Eso es lo que ha conseguido conmigo ese monstruo en la celda. Me ha arrebatado la fuerza.

—Pero no ha podido contigo, Violet —me recuerda Liam desde la esquina de la celda, y algo me oprime el pecho cuando da un paso atrás, hacia las sombras. Y luego otro.

—A ver qué te parece esto: te prometo que la próxima vez que me pase cinco días aguantando palizas, te dejaré que me saques de la cárcel —propone Xaden envainando las espadas en su espalda.

—Gracias —les digo, a los dos.

Xaden me coge en brazos, apretándome contra su pecho sin llegar a ejercer presión sobre mis costillas.

—Sígueme o muere. Tú decides, pero date prisa —le dice a Dain, y las sombras nos engullen formando un círculo de hojas que avanzan con Xaden, quien carga conmigo por la escalera iluminada por las luces mágicas.

Dejo caer la cabeza sobre su hombro y contraigo la cara de dolor, pero ¿qué importa el sufrimiento ahora que nos estamos marchando? ¿Ahora que los dos estamos vivos? Xaden ha venido a por mí.

—¿Qué tipo de problema, Garrick? —pregunta Xaden al doblar la esquina de la escalera.

—Pues general, diría yo —responde él con las manos en alto.

Y la daga de mi madre en la garganta.

Mierda.

Levanto la cabeza y Xaden se para en seco, tensando los músculos. La mirada de mi madre se encuentra con la mía, un peldaño por encima de Garrick, con el rostro arrugado en un gesto de…, un momento, ¿está preocupada?

—Violet.

—Mamá. —Parpadeo. Es la primera vez que la oigo pronunciar mi nombre desde el parapeto.

—¿A quién has matado? —le pregunta a Xaden.

—A todos —contesta él con indiferencia.

Ella asiente, y baja la hoja.

Garrick respira hondo, se aleja de ella y pega la espalda a la pared.

—Toma. —Mete la mano en el bolsillo del pecho de su uniforme y extrae un vial con un líquido transparente—. Es el antídoto del suero.

Contemplo el líquido y el corazón se me acelera. ¿Cómo sé que puedo fiarme de ella?

—De haberlo sabido, habría venido antes —dice mi madre con voz suave, a juego con los ojos—. No lo sabía, Violet. Te lo juro. Llevo una semana entera en Calldyr.

—¿Y que justo hayas vuelto ahora qué es? ¿Una casualidad? —le pregunto.

Ella aprieta los labios y agarra con fuerza el vial.

—Me gustaría hablar un momento a solas con mi hija.

—De eso nada —replica Xaden.

Mi madre endurece la mirada.

—Tú precisamente deberías saber hasta dónde estoy dispuesta a llegar por proteger a mi hija. Y dado que estoy bastante convencida de que eres el responsable de que estemos recibiendo informes de dragones soltando cadáveres de guivernos en todos los puestos avanzados de la frontera, y la razón de que este colegio se esté quedando sin líderes en un intento desesperado por contener el problema, lo mínimo que puedes hacer es darme la oportunidad de despedirme de ella.

—¿Que has hecho qué? —Desvío la mirada hacia Xaden, pero él tiene la vista fija en mi madre.

—Lo habría hecho antes, pero hemos tardado un par de días en darles caza y matarlos —le responde Xaden.

—Has puesto en peligro el reino entero. —Ella entrecierra los ojos.

—Me alegro. Usted ha permitido que su hija haya aguantado torturas durante días. Me importa un carajo si ha sido por su ausencia o negligencia. Ha ocurrido delante de sus narices.

—Tres minutos —ordena ella—. Ahora mismo.

—Tres minutos —coincido.

Xaden se vuelve hacia mí.

—Es un puto monstruo —dice con voz queda, pero con la intención de que se oiga.

—Es mi madre.

Parece estar a punto de discutírmelo, pero entonces me baja poco a poco hasta ponerme en pie y me retiene contra el muro.

—Tres minutos —me susurra—. Y estaré en la parte superior de la escalera. —Esa advertencia va dirigida a mi madre, y empieza a subir los escalones con Garrick a la cabeza—. Aetos, ¿te has decidido a seguirnos?

—Eso parece —contesta Dain esperando unos escalones por debajo de mí.

—Pues sígueme, joder —le ordena Xaden.

Dain gruñe, pero sube la escalera y me deja a solas con mi madre.

Es la viva imagen de la compostura: espalda recta y rostro impertérrito, con el vial en la mano.

—Tómatelo.

—Hace años que sabes lo que estaba pasando ahí fuera —digo apretando el arma hasta que los nudillos se me ponen blancos.

Ella da un paso al frente, estudiándome desde la daga que llevo en la mano hasta el entablillado de la otra, y entonces selecciona un bolsillo de mi uniforme y me guarda el vial.

—Cuando tengas hijos, podremos hablar de los riesgos que asumirás y de las mentiras que estarás dispuesta a contar para protegerlos.

—¿Y qué pasa con sus hijos? —Alzo la voz.

—Repito. —Me pasa un brazo por la espalda y me engancha por la axila, antes de sostenerme contra su costado—. Cuando seas madre, ya me dirás lo que estarás dispuesta a sacrificar por la supervivencia de un hijo. Ahora camina.

Aprieto los dientes y pongo un pie delante del otro, resistiéndome al mareo, al agotamiento y a las oleadas de dolor que me produce subir la escalera.

—No me parece justo que mueran indefensos.

—Yo nunca he dicho que lo sea. —Llegamos al primer giro, subiendo despacio—. Y sabía que tú no lo verías como nosotros, que jamás aceptarías nuestra postura sobre la supervivencia de Navarre. Markham te consideraba su protegida, la próxima líder de los escribas, la única candidata lo bastante inteligente como para seguir tejiendo la complicada venda que decidieron imponernos hace siglos. —Mi madre resopla—. Markham cometió el error de pensar que sería sencillo controlarte, pero yo conozco a mi hija.

—Si tú lo dices…

Cada paso que doy es una batalla que debo librar contra la fragilidad de mis huesos y articulaciones. Tengo la sensación de tenerlo todo tan suelto y a la vez tan agarrotado que casi podría partirme en dos con la presión.

—Puede que tú me consideres una desconocida, Violet, pero te aseguro que tú no lo eres para mí. Con el tiempo habrías descubierto la verdad. Tal vez no en el Cuadrante de Escribas, pero sí sin duda cuando te hubieran nombrado capitana o mayor, cuando Markham hubiera empezado a traerte al redil, como hacemos con la mayoría de esos rangos, y entonces lo habrías desentrañado todo con la misericordia por bandera o la emoción a la que hubieras decidido achacarle la culpa, y ellos te habrían matado por ello. Ya perdí a un hijo por proteger nuestras fronteras, y no estaba dispuesta a perder a otra. ¿Por qué te crees que te obligué a entrar en el Cuadrante de Jinetes?

—Porque menosprecias a los escribas —respondo.

—Y una mierda. El amor de mi vida fue escriba. —Sin prisa pero sin pausa, ascendemos por la escalera de caracol—. Te metí en el Cuadrante de Jinetes para que tuvieras una oportunidad de sobrevivir, y entonces le reclamé a Riorson el favor que me debía por aceptar a los marcados en el cuadrante.

Me detengo cuando llegamos a la puerta de la planta de los Archivos.

—¿Cómo? —Es imposible que haya dicho lo que me ha parecido oír.

Mi madre ladea la cabeza para mirarme a los ojos.

—Fue un intercambio muy simple. Él quería que los marcados tuvieran una oportunidad. Les ofrecí el cuadrante, siempre que se responsabilizara de ellos, a cambio de un favor que le reclamaría más adelante. El favor eras tú. Si sobrevivías al parapeto por méritos propios, lo único que debía hacer él era asegurarse de que nadie te mataba fuera de los retos o por tu propia candidez durante el primer año, y eso hizo. Un milagro, todo sea dicho, teniendo en cuenta lo que os hizo el coronel Aetos durante los Juegos de Guerra.

—¿Lo sabías? —Estoy empezando a marearme.

—Lo descubrí poco después, pero sí. No me mires así —me reprende, tirando de mí para que suba otro escalón—. Funcionó. Estás viva, ¿no? Aunque debo admitir que no preví lo de los tortolitos que tenéis por dragones ni el vínculo emocional que hayas podido desarrollar. Eso fue un jarro de agua fría, no te voy a engañar.

Ahora todo encaja. El año pasado, durante aquella noche en el árbol cuando Xaden debería haberme matado por espiar la reunión de los marcados. El reto en el que tuvo oportunidades más que de sobra para vengarse de mi madre poniéndole fin a mi vida… y en el que acabó enseñándome en su lugar. El momento de la Trilla en que estuvo a punto de intervenir…

Siento como si las costillas se me estuvieran rompiendo de nuevo. No ha tenido alternativa en lo que a mí respecta. Su vida, junto a la de sus seres queridos, siempre ha estado ligada a la mía. Y, de repente, necesito saberlo.

—¿Las cicatrices que tiene en la espalda son cosa tuya?

—Sí —contesta con indiferencia—. Es una costumbre tyrrish que…

—No sigas. —No quiero oír ni una sola explicación más de un acto tan deleznable.

Hace caso omiso, por supuesto.

—Y al final resulta que al meterte en el Cuadrante de Jinetes no hice sino acelerar nuestro fin —comenta cuando subimos los últimos cuatro escalones y salimos al túnel que hay junto a los Archivos.

Xaden me recoge y mi madre deja caer los brazos.

—Entiendo que aprovecharás el alboroto para sacarla de aquí, ¿verdad? —le pregunta, pero los dos sabemos que es una orden.

—Esa era la idea —dice él sujetándome contra su costado.

—Bien. No me digas adónde, no quiero saberlo. Markham sigue en Calldyr, con el rey. Haced con esa información lo que os plazca. —Se vuelve hacia Dain, que espera a un lado con Garrick, el rostro ceniciento—. ¿Has tomado una decisión ahora que lo sabes?

—En efecto. —Cuadra los hombros cuando un grupo de cadetes de escriba pasan corriendo a nuestro lado con las capuchas desarregladas y el pánico grabado en el rostro.

—Mmm. —Pone fin a la conversación con Dain con un único sonido, y entonces mira a Xaden—. Y así es como la guerra del padre se convierte en la del hijo. Sois vosotros, ¿verdad? Los que estáis robando suministros para armar al enemigo que intenta acabar con nosotros.

—¿Se arrepiente ya de habernos abierto la puerta del cuadrante? —Él habla con una voz engañosamente calmada, pero hay sombras reptando por los muros del túnel.

—No. —Baja la vista hacia mí—. Conserva la vida o todo esto no habrá valido para nada. —Me pasa los dedos por la cara hinchada—. Te diría que tomaras árnica y que te viera un curandero, pero eso ya lo sabes. Tu padre se encargó de que conocieras todo lo que necesitabas o dónde encontrarlo. Eres todo lo que me queda de él; lo sabes, ¿verdad?

Se equivoca. Mira tiene su risa, y Brennan…

No sabe lo de Brennan, y en este momento tampoco me arrepiento de ocultárselo.

Mi madre me ofrece una sonrisa tensa y tan cargada de tristeza que me pregunto si estaré alucinando. Desaparece tan pronto como ha aparecido, y nos da la espalda antes de dirigirse de nuevo hacia la escalera que la llevará al campus principal.

—Ah, y Violet —exclama por encima del hombro—, una Sorrengail se marcha del campo de batalla a pie o a lomos de su dragón, pero nunca apoyándose en otra persona.

No me lo puedo creer. Clavo en ella la mirada hasta que desaparece por la escalera.

—No me extraña que seas tan cariñosa, Violet —masculla Garrick.

—Nos vamos —anuncia Xaden—. Reunid a los marcados e id al campo de vuelo…

—No. —Niego con la cabeza.

Xaden me mira como si me hubieran brotado varios miembros más.

—Ya lo hemos hablado. No podemos quedarnos aquí, y no pienso abandonarte.

—No solo a los marcados —especifico—. Si Markham no está y la mayoría de los líderes vuelan hacia la frontera, esta es nuestra única oportunidad.

—¿De irnos? —Xaden enarca las cejas—. Claro, estamos de acuerdo.

—De ofrecerle otra oportunidad a todo el mundo. —Miro hacia el túnel vacío—. En cuanto la cúpula regrese, cerrarán este sitio a cal y canto. Cuando sepan que no pueden impedir que corra la voz, y nuestros amigos… —Vuelvo a negar con la cabeza—. Debemos ofrecerles una alternativa, Xaden, o no seremos mejores que nuestros líderes.

Xaden entorna los ojos.

—Los dragones responderán por aquellos que quieran marcharse por las razones adecuadas —susurro.

Él rechina los dientes, pero asiente.

—Está bien.

—Aquí no estarás a salvo después de lo que has hecho. —Miro a Dain y levanto las cejas.

Una cosa es protegerme en privado o enfrentarse a mi madre, a quien conoce de toda la vida, y otra muy distinta es que lo conozcan como el jinete que puso este sitio patas arriba.

—Tampoco estará a salvo adonde nos dirigimos. —Garrick mira alternativamente a Dain y Xaden—. No lo dirás en serio, ¿verdad? ¿Vamos a fiarnos de este tío?

—Si quiere que confiemos en él, tendrá que ganárselo —responde Xaden.

A Dain se le contrae un músculo de la mandíbula, pero asiente.

—Supongo que mi último acto oficial como líder de ala será llamar a formación.

—¡Y ahí es donde están ahora mismo los líderes! ¡Intentando ocultar los cadáveres de docenas de guivernos muertos! —termina Dain media hora más tarde, con una voz de trueno que atraviesa el patio. Estamos en la tribuna, delante de la formación, con los otros líderes de ala a su derecha. El sol se ha ocultado tras las cimas a nuestras espaldas, pero aún hay luz más que de sobra para distinguir las expresiones de desconcierto e incredulidad de la mayoría de los jinetes.

Los marcados y mi pelotón somos los únicos que no empezamos a discutir entre nosotros; algunos lo hacen entre susurros, otros gritando sin miramientos.

—¿Era esto lo que tenías en mente? —me pregunta Xaden observando a la multitud.

—No exactamente —admito apoyándome en él, aunque he conseguido mantenerme en pie por mí misma.

Tengo el uniforme limpio, el morral preparado y vendas y tablillas desde el tobillo hasta el brazo roto, pero hay cadetes con la vista clavada en mi cara. Tras mirarme brevemente en un espejo, entiendo por qué.

Nolon debe de haberme reparado solo las heridas más graves, porque mi cara es una mezcla de magulladuras recientes, moradas, y otras verdosas, más viejas, un patrón que se me extiende por debajo del uniforme.

Xaden no ha parado de temblar durante el tiempo que he necesitado para cambiarme.

—¡Si no me creéis, preguntadles a vuestros dragones! —grita Dain.

—*Eso si los dragones acceden a contárselo* —dice Tairn, que viene de camino desde el valle. Hará unos diez minutos que he confiado en mi madre lo suficiente para tomarme el antídoto, lo cual Tairn ha considerado que era la única opción lógica, y que, después de todo, se vinculó a mí por mi inteligencia.

—*¿Qué ha decidido el Empíreo?* —Esta noche no somos los únicos que estamos tomando decisiones.

—*Lo dejan en las garras de cada dragón. El Empíreo no interferirá ni tampoco castigará a aquellos que opten por marcharse y llevarse consigo a sus nidadas y crías.*

Me parece mejor que la alternativa, que era una matanza a gran escala de los dragones que decidieran luchar.

—*¿Estás bien? Dime la verdad* —le vuelvo a preguntar. Percibo algo inusual en el vínculo que nos une, como si estuviera conteniéndose más que de costumbre.

—*Perdí a Solas en una red de cuevas mientras le daba caza, de modo que no he sido capaz de acabar ni con él ni con Varrish por sus acciones. Cuando dé con él, prolongaré su sufrimiento antes de la muerte.*

Entiendo la sensación.

—*¿Y Andarna?*

—*Se está preparando para volar. La recogeremos de vuelta*. —Vacila—. *Prepárate. Aún duerme*.

Se me forma un nudo suspicaz en el estómago.

—*¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no me estás contando?*

—*Los ancianos nunca habían visto a una adolescente permanecer tanto tiempo sumida en el Sueño sin Sueños.*

El corazón me da un vuelco.

—¡Mientes! —grita Aura Beinhaven devolviéndome de golpe al momento presente cuando carga hacia Dain espada en mano.

Garrick se interpone en su camino, desenvainando la espada.

—No me costaría nada añadir más cadáveres a mi cómputo de hoy, Beinhaven.

Heaton empuña su hacha a los pies de la escalera, con las llamas púrpura de su pelo a juego con el tono de mi dedo meñique, y se enfrenta a la formación junto con Emery, que ya tiene la espada preparada mientras Cianna le vigila las espaldas.

Xaden ha estado ocupado durante los cinco días que me he pasado en la celda. Ha vuelto con todos los graduados que poseen una reliquia de la Rebelión y una buena parte de sus compañeros de clase. Pero no todos.

—Ya podemos darnos prisa. —Levanto la vista hacia Xaden—. Los profesores aparecerán en cualquier momento.

La distracción que Bodhi ha montado en el campo de vuelo nos ha proporcionado el tiempo suficiente para reunirnos sin que se den cuenta, pero no demasiado, sobre todo si tenemos en cuenta que Devera, Kaori, Carr y Emetterio siguen en el campus.

—Por supuesto —responde Xaden con gesto de aburrimiento—. Siéntete libre de convencerlos.

—*Comparte el recuerdo de Resson, pero nada más* —le digo a Tairn—. *Es la manera más fácil de que todos dispongan de la misma información*.

—*Aborrezco esa idea*. —No es la primera vez que se queja de que compartir recuerdos fuera del vínculo de pareja no es precisamente cómodo.

—*¿Se te ocurre algo mejor?*

Tairn gruñe, y distingo el momento en que me obedece. Se produce una suerte de onda por la formación de cabezas ladeadas y gritos ahogados.

—Vamos allá. —Cambio el peso del cuerpo a la rodilla menos magullada, y Xaden me sujeta con firmeza la cintura y deja libre el brazo dominante.

Xaden suspira.

—Entiendo que es una forma como cualquier otra de alcanzar nuestro objetivo, pero habría preferido que dejases algunas partes fuera.

Como la muerte de Liam.

—¡Es cierto! —grita alguien del Ala Dos rompiendo la formación y tambaleándose desconcertada.

—¡¿De qué cojones estás hablando?! —grita otra persona observando al resto con gesto confuso.

—Si vuestros dragones optan por no… —empieza Dain, pero su voz acaba asfixiada por el alboroto que estalla entre las filas.

—¿Cómo te va por ahí, líder de ala? —le pregunta Xaden con sarcasmo.

—¿Crees que a ti se te daría mejor? —Dain se vuelve para fulminarlo con la mirada.

—¿Puedes sostenerte en pie tú sola? —me pregunta Xaden.

Asiento, y compongo una mueca ante todas las punzadas de dolor que me recorren el cuerpo cuando enderezo la espalda.

Él da un paso al frente, levanta los brazos y las sombras emergen del muro que hay a nuestras espaldas y sumen a la formación, y a nosotros, en una oscuridad impenetrable. Siento una especie de caricia en la mejilla, en el lugar en el que tengo la sensación de que está partida hasta el hueso, y más de un cadete chilla.

—¡Basta! —brama Xaden, amplificada la voz, sacudiendo la misma tribuna que estamos pisando.

El patio se queda en silencio.

Las sombras se retiran en un ágil movimiento, y más de un cadete se queda observando a Xaden con el gesto desencajado.

—Será fantasma… —masculla Garrick por encima del hombro, aún en guardia frente a Aura.

A Xaden se le alza una comisura de los labios.

—¡Sois jinetes! —exclama—. Os han elegido y trillado, y sois responsables de lo que ocurra a continuación. ¡Comportaos como tal! Lo que Aetos os ha contado es la pura verdad. Que decidáis creéroslo o no ya es cosa vuestra. Si vuestro dragón ha optado por no compartir con vosotros lo que algunos han visto, significa que ha tomado la decisión por vosotros.

Un batir de alas llena el aire y un murmullo se extiende por la formación. Mi mirada se encuentra con la de Rhi, a la cabeza del pelotón, y ella hace un sutil gesto de cabeza hacia la rotonda.

Me vuelvo hacia allí y distingo a un trío de personas con prendas color crema y mochilas, encabezadas por Jesinia. Gracias a los dioses que han venido. Ahora solo necesito a tres dragones dispuestos a llevarlos.

—*Ya me he encargado de eso* —me dice Tairn—. *Pero que no se repita*.

Solo necesitamos salvarles la vida esta vez.

—Las guerras no esperan a que estemos preparados —continúa Xaden—, y no os equivoquéis: estamos en guerra. Una guerra en la que no solo nos superan por la fuerza de los sellos, sino también por su superioridad en el aire.

—*¿Esta es la idea que tienes tú de motivar a la gente?*

—*Si tenemos que despertarlos, quizá no deberían venir con nosotros.*

No le falta razón.

—Decidáis lo que decidáis a lo largo de la próxima hora, determinará el curso y, tal vez, el fin de vuestra vida. Si venís con nosotros, no os puedo prometer que sobreviváis. Pero si os quedáis, os garantizo que moriréis luchando por el bando equivocado. Los venin no se detendrán en la frontera. Drenarán hasta el último ápice de magia de Poromiel y luego irán a por los terrenos de cría del valle.

—Si vamos con vosotros, ¡nos darán caza como si fuéramos traidores! —grita alguien del Ala Tres—. ¡Y no les faltará razón!

—Para definirse como traidor, antes es necesario jurarle lealtad a algo —replica Xaden—. Y en cuanto a lo de darnos caza… —Los hombros le suben y bajan con una respiración honda—. No serán capaces de encontrarnos.

El corazón se me agita a medida que aumenta el rugido de las alas en el aire.

La puerta del Guantelete y del campo de vuelo se abre y una docena de profesores irrumpe con la ira y el desconcierto grabados en el rostro.

—¡¿Qué habéis hecho?! —brama Carr corriendo hacia nosotros con el pelo ralo volando en todas direcciones y las manos en alto—. Nos condenaréis a todos, y ¿por quién? ¿Por unas personas que ni siquiera conocéis? ¡No lo permitiré!

—¡Bodhi! —exclama Xaden cuando Carr alcanza el Ala Tres.

Una llamarada brota de las manos de Carr y se dirige hacia la tribuna, y el estómago se me revuelve. El tiempo parece detenerse cuando Bodhi da un paso al frente y gira la mano como si estuviera ajustando un reloj. El fuego se extingue como si no hubiera llegado a existir, y Carr se contempla las manos atónito.

—Nos has enseñado bien, profesor —dice Bodhi con la mano inmóvil—. Demasiado, quizá.

Joder.

—*Puede contrarrestar sellos* —me explica Xaden.

Pues qué puto miedo.

El resto de los profesores alzan la vista al cielo en el momento en que el horizonte se llena de dragones, que extienden las alas al aproximarse.

«Verde. Naranja. Rojo. Marrón. Azul». Levanto la vista y observo el rápido descenso de Tairn. «Negro».

Xaden me agarra de la cintura cuando las murallas se agitan por el peso de aquel aterrizaje en masa. Las bestias hunden las garras y arrancan la mampostería cuando decenas de dragones, tal vez más, se apostan en todo el espacio disponible. Algunos ocupan incluso la ladera de la montaña a nuestras espaldas, y otros reclaman la cima de las torres del cuadrante, acechando como estatuas vivientes.

—No os detendremos —le dice Devera a Xaden, y entonces se vuelve hacia el lugar en que su dragón espera, junto al parapeto—. De hecho, a algunos nos gustaría unirnos a vosotros.

—¿En serio? —Bodhi sonríe.

—¿Quién creéis que dejó las noticias sobre Zolya por toda el aula de Informe de Batalla? —responde.

No puedo evitar esbozar una sonrisa. Devera es exactamente quien yo siempre he creído que era.

—¡Partiremos dentro de una hora! —exclama Xaden—. La elección es tan simple como personal. Podéis defender Navarre o bien luchar por el continente.

Nos echamos a los cielos en menos de una hora, volando hacia el sur con la bandada más grande que he visto jamás, doscientos dragones y ciento un jinetes, casi la mitad del cuadrante. Y vienen más de camino, porque han tenido que tomar una ruta más larga con las crías.

Tairn se ha posado frente a la tribuna y ha permitido a regañadientes que Xaden me ayudara a acomodarme en la silla, pero lo hemos conseguido. Ha enganchado a Andarna, con su cuerpecito durmiente y dolorosamente inerte, y ya estamos volando. Duermo la mayor parte del trayecto, abrazada a la parte delantera de la silla, porque mi cuerpo reclama el descanso que necesita con tanta desesperación para volver a recomponerse.

La situación era demasiado frenética como para fijarme en todas las caras, pero me enorgullece que nos hayan acompañado todos los miembros de mi pelotón, incluso los de primero, a quienes aún les cuesta mantener la posición. Se aferran a la silla hasta bien entrada la mañana y a lo largo de todo el día siguiente, con el grupo casi al límite.

Los marcados ocupan las posiciones exteriores de la formación de vuelo, ocultándonos de la vista de Melgren por si decidiera enfrentarse a nosotros, y volamos por la ruta menos transitada posible, aunque es difícil disimular una verdadera nube de dragones, incluso a esta altura.

No deben de haber sido solo los líderes los que han acudido a la frontera. No nos cruzamos ni con una sola patrulla al entrar en Tyrrendor, volando alto sobre los riscos de Dralor y hacia la meseta.

—*Ya casi estamos* —me informa Tairn al sobrevolar las aguas cristalinas del río Beatha.

—*Estoy bien.*

—*No puedes engañarme. Puedo sentirlo todo. El agotamiento. El dolor. Los crujidos de ese hueso del brazo izquierdo que no está donde debería. Los cortes de la cara. Esas palpitaciones de la rodilla izquierda que solo se alivian al…*

—*Que sí, que te he entendido*. —Me remuevo en la silla, tratando de aliviar parte de ello—. *Tú eres el que no ha parado para beber agua en doce horas*.

—*Y podría volar otras doce si fuera necesario. Sois una especie extremadamente frágil comparados con nosotros.*

Para cuando nos aproximamos a Aretia, parezco un cadáver encima de la silla. Tairn y Sgaeyl vuelan a la cabeza, y rompen la formación al sobrevolar la ciudad, en dirección a la Casa Riorson, mientras que el resto de la bandada se dirige al valle de las alturas.

—*En tus condiciones, no podríamos afrontar la bajada* —zanja Tairn.

Estoy demasiado agotada para discutírselo.

Me estremezco cuando Tairn extiende las alas y me hundo en el asiento por el cambio de velocidad, y entonces aterriza con delicadeza en deferencia a Andarna en mitad del patio delantero de la Casa Riorson.

Tairn gira la cabeza hacia la puerta cuando se abre de par en par, y yo le sigo la mirada despacio por la debilidad y la falta de sueño.

—¡Violet! —grita Brennan corriendo por los escalones de mármol.

Me desabrocho el cinturón de la silla y me fuerzo a desmontar, a pesar del dolor agónico que me produce el roce de los huesos. Sosteniéndome el brazo entablillado, me deslizo por la pierna delantera de Tairn y caigo justo en brazos de Xaden, aunque por poco no me desplomo allí mismo.

—Te tengo —me susurra al pelo, sujetándome sobre su costado mientras nos volvemos hacia la Casa Riorson y el rostro rojo de furia de mi hermano, que se acerca deprisa.

Tairn alza el vuelo a mi espalda antes de que pueda girarme para ver a Andarna.

—¡¿En qué cojones la has metido ahora?! —le grita Brennan a Xaden.

—De hecho, me ha sacado —le prometo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es que siempre llega medio muerta cuando me la traes? —La mirada que le lanza Brennan a Xaden me hace reconsiderar cuál de los dos será el más violento. Brennan alarga un brazo para tocarme, pero se queda a medio camino—. Por los dioses. Violet, estás… ¿Qué te han hecho?

—Estoy bien —digo una vez más. Doy un paso al frente y Brennan me abraza con cuidado—. Aunque no le diría que no a una reparación.

Él ladea la cabeza al oír como el viento arrastra un rugido apagado, y sigo la línea de su visión hasta el enorme grupo que se acerca a la ciudad, en dirección al valle.

—¿Se puede saber qué habéis hecho?

—Pregúntaselo a tu hermana —contesta Xaden.

Brennan me mira con los ojos como platos y una sombra de miedo.

—A ver… —Intento forzar una sonrisa, pero solo consigo volver a partirme el labio—. Me dijiste que necesitabas jinetes.

SEGUNDA PARTE

37



> La Casa Riorson, mitad palacio, mitad barracón y ella entera una fortaleza, jamás ha sido allanada por ningún ejército. Sobrevivió a incontables sitios y a tres asaltos desesperados antes de ser pasto de las llamas de los mismos dragones a los que servía.
>
> *Crónica completa sobre la historia tyrrish,*
> tercera edición, por el capitán Fitzgibbons

—Demuestras arrojo al alejarte tanto de lo que consideras el abrigo de las protecciones —dice el Sabio reteniéndome a poca distancia del suelo helado de mi cámara de tortura personal.

Vuelvo a estar atrapada en esta puta pesadilla, pero al menos esta vez he conseguido pasar del campo pajizo.

—De nuevo, claro —sisea el ser oscuro torciendo el gesto en una mueca de burla—. Jamás te librarás de mí. Te perseguiré hasta los confines del continente y allende los mares.

Trago saliva y procuro relajarme, calmar las pulsaciones y cambiar la respiración con la esperanza de despertarme. Pero mi mente es la única que sabe que esto no es real. Mi cuerpo está totalmente sumido en la ilusión.

—Solo puedes darme caza hasta las protecciones —croo.

—Y, aun así, estás durmiendo fuera de ellas. —Una sonrisa grotesca le deforma la boca agrietada—. Y todavía está por llegar la larga noche. —Echa

mano de la daga con la punta envenenada y…

Parpadeo y el corazón me martillea contra las costillas durante el instante que tardo en salir de la pesadilla y reconocer lo que me rodea.

No estoy en un campo arrasado por el viento ni en una celda fría y ensangrentada de Basgiath, sino en la habitación bien iluminada de Xaden, en Aretia. Ventanales, unas gruesas cortinas de terciopelo, librerías de pared a pared y una cama gigante. Varrish no me espera al otro lado de la puerta para volver a destrozarme porque está muerto. Yo lo maté.

Sigo viva.

Por primera vez desde hace días no me duele al respirar ni cuando me estiro bajo el pesado edredón, ni siquiera cuando le doy la espalda a la ventana bañada por el sol para volverme hacia Xaden.

Esta sí es una imagen con la que no me importaría en absoluto despertarme el resto de mi vida. Xaden está dormido boca abajo, con los brazos doblados bajo la almohada, el pelo caído sobre la frente y los labios, esculpidos a la perfección, ligeramente abiertos. Las sábanas solo lo cubren hasta las lumbares, lo cual me deja con kilómetros de piel tatuada que admirar. No suelo tener la oportunidad de verlo así, de mirarlo sin más, y aprovecho cada segundo, estudiando los ángulos de los músculos de su brazo hasta el hombro tonificado, y más allá del tenue plateado de las líneas que le salpican la espalda. Siempre ha sido más que capaz de acelerarme el pulso, pero así dormido e indefenso me deja sin aliento.

Dioses, qué hermoso es.

Y me quiere.

La tela negra de mi camisón de tira fina se arruga un poco cuando me pongo de rodillas, y el edredón se desliza y cae al acercarme a él. Le dibujo las cicatrices plateadas con las puntas de los dedos, pero no me molesto en contarlas. Hay ciento siete, una por cada marcado por el que se responsabilizó para poder darles una oportunidad de sobrevivir en el cuadrante.

Por muchas veces que repita que no es bondadoso ni generoso, es el único hombre que conozco cuya espalda está cubierta de promesas que les ha hecho a otras personas. Incluso si su excusa era prepararse para la guerra que estamos a punto de librar, arriesgó su propia vida al responder por ellos.

Arriesgó su vida para liberarme. Dain y yo no habríamos sido capaces de salir con vida de allí sin su ayuda.

«Con vida». Estoy viva.

Y así es exactamente como me siento.

Me inclino hacia delante y aproximo los labios a su piel cálida antes de besarle la cicatriz que me queda más cerca, deseando poder deshacer el daño que le infligió mi madre.

—Mmm. Violet.

Su voz somnolienta me hace sonreír y la sangre se me enciende. Sus músculos se estiran cuando se despereza, y yo me tomo mi tiempo mientras trazo un recorrido de besos por toda su espalda. Xaden respira hondo y tensa los brazos cuando llego al punto en que el cuello se une a los hombros. Se vuelve para ponerse de espaldas y tira de mí en un movimiento ágil.

—Buenos días. —Sonríe, colocándome las caderas sobre las suyas. Contengo el aliento al notarlo debajo de mí, erecto y preparado.

—Creo que podría llegar a acostumbrarme a despertarme así.

Me observa con un anhelo que refleja el mío, y comienza a subir las manos por mis caderas, por la curva de mi cintura y las crestas de mis pechos hasta posarlas con cuidado y delicadeza sobre mi cuello.

—Yo también. —El pulso se me acelera cuando me inclino sobre él y le beso el cuello—. Pero no deberíamos acostumbrarnos —le digo entre besos, bajando hasta su pecho—. Probablemente me ponga con los otros cadetes esta noche.

Anoche no encontramos sitio más íntimo que este para que Brennan me reparara, y tenía demasiadas ganas de dormir con Xaden como para negarme cuando me sugirió que me quedara, después de tener al fin ocasión de bañarme.

—Esta es mi casa. —Me coge un mechón de pelo con el dedo y, con la otra mano, me agarra la cadera cuando sobrevuelo con los labios la minúscula cicatriz que tiene sobre el corazón—. Y dormiré donde tú duermas, aunque preferiría que fuera en esta cama tan grande y acogedora. Y tú deberías seguir durmiendo.

Me deslizo por su cuerpo, acechándolo y acariciándolo con las manos mientras beso cada saliente de sus increíbles abdominales, que se contraen debajo de mi boca. Lo que más me gusta de él son sus ojos, pero mentiría si dijera que la línea cincelada que hay justo encima de sus caderas y que le desaparece en la cintura no le va a la zaga. La resigo con la lengua.

—*Violet* —dice él con voz queda.

Me derrito y paso a estado líquido al instante siempre que pronuncia así mi nombre, y hoy no es una excepción.

—Buen plan.

Introduzco la mano por la cintura y le rodeo el grueso miembro con los dedos. ¿Cómo es posible que cada centímetro de su cuerpo sea perfecto? Debe de tener algún defecto en algún sitio.

—Todavía no te has recuperado lo suficiente para las cosas que te quiero hacer —gruñe.

Siento una opresión en el pecho ante aquella advertencia, ante la promesa de… lo que sea. Pero lo deseo. Y lo deseo a él.

—Eso no es verdad. Me han reparado, ¿te acuerdas?

Las ansias de él se llevan consigo el agotamiento que pudiera quedarme. Una embriagadora sensación de poder me inunda el sistema cuando le acaricio el glande con el pulgar y él responde encorvando las caderas. No hay nada más sexy que ver cómo pierde el control, y nada que me excite más que saber que tengo en mis manos la capacidad de llevarlo al límite.

Y eso es lo que necesito: llevarlo al límite, que se olvide de los besos delicados y las caricias medidas y me embista con toda la fuerza de que es capaz. Que no se contenga. Que no haya nada suave ni lento.

—¿Quieres matarme? —Me agarra con fuerza del pelo y yo arrastro la mirada hasta él, hasta encontrar un brillo salvaje y satisfactorio en sus ojos.

La urgencia se me acumula en el estómago y mi cuerpo recuerda lo que sigue a esa mirada. Ni siquiera me ha tocado todavía, y ya estoy sufriendo.

—Sí —respondo con sinceridad, y entonces agacho la cabeza, sin dejar de mirarlo a los ojos, y le lamo la punta con movimientos circulares. Su gemido gutural hace que me bulla la sangre, y le rodeo la base con la mano para introducírmela más.

—*Violet*. —Cierra los ojos con fuerza y echa atrás la cabeza, tensando el cuello mientras arquea el cuerpo y luchando contra el placer que le produce; al mismo tiempo, sus caderas piden más—. *Qué puta maravilla*.

Dejo escapar un sonido de aprobación y aumento la velocidad, pasando la lengua por su punto más sensible cada vez que subo y bajo la cabeza.

—Joder, joder, joder. —Me tira del pelo, respirando cada vez con más agitación—. Como no pares ahora mismo, voy a acabar perdiendo el control. —Su vientre se dobla cuando levanta la cabeza para mirarme—. *Y no sé si podré andarme con delicadezas*.

—*Pues piérdelo*. —Me parece un plan excelente—. *No quiero que te andes con delicadezas*.

—La reparación de los huesos no es instantánea. Aún te estás curando…

Comienzo a chupársela con más ahínco. Él gruñe.

—¿De verdad quieres que hagamos esto?

—*Quiero que pierdas el control.*

El pensamiento apenas escapa de mi cabeza antes de que él se incorpore, me levante y me tumbe de espaldas. Luego posa su boca sobre la mía y me besa con frenesí. Nos convertimos en una mezcla de lenguas entrelazadas y dientes que muerden, en algo carnal y fiero y en exactamente lo que necesito.

Él me desliza una mano por el interior del muslo hasta poner los dedos justo ahí. Aparta la ropa interior a un lado para acariciarme y juguetear conmigo antes de deslizármela piernas abajo. Yo me quito el camisón por la cabeza mientras él se deshace de sus pantalones de dormir.

Sí. Dioses, sí. Él es todo lo que veo y siento cuando se coloca entre mis muslos y me roza la entrada con la punta de su sexo. Me acaricia las costillas recién reparadas con las manos, los ojos se le encienden y después nuestras miradas se encuentran.

—Deberíamos…

—Xaden, por favor. —Le toco la mejilla—. Por favor.

Él me levanta la mano y me da un beso en la palma, y luego en el punto del brazo que me partieron. Arruga el ceño un instante mientras me examina el cuerpo, como si buscara los lugares donde tocarme sin peligro, como si aún tuviera la capacidad de ver cada moratón, cada fractura.

Se me hace un nudo en el estómago ante la posibilidad de que no continúe.

—Pierde el control —le recuerdo en un susurro.

Sus ojos buscan los míos y sonríe torciendo la boca en ese rictus arrogante que tanto adoro, y el corazón se me acelera. Después de agarrarme de las caderas, me da la vuelta y mi culo se eleva en el aire antes de que Xaden me ponga de rodillas.

—Avísame si me paso —dice, y no es una petición.

Asiento, entrelazando los dedos con las sábanas.

Acto seguido nos alinea y tira de mis caderas para introducirse más y más, hasta alcanzar una profundidad que me hace sentirlo por todas partes. Gimo por su miembro, por lo bien que encaja, por la perfección absoluta de él, y ahogo el sonido con la almohada, pero él la coge y la tira al suelo.

—Quiero que nos oigan —dice retirándose poco a poco, acariciando cada centímetro de mi interior, y repitiendo entonces el proceso—. *Joder, es que eres perfecta*.

Dejo escapar un grito. La sensación es indescriptible.

—*Hay centenares de personas en este palacio.*

No sabría explicar cómo es que soy capaz de articular más de dos palabras. Él se inclina sobre mi espalda y entonces arrastra los dientes por uno de mis lóbulos.

—*Y yo quiero que todas ellas se enteren de que eres mía.*

No se lo discuto. ¿Cómo voy a discutírselo cuando sale de mí prácticamente por completo antes de hacer un movimiento ágil de caderas y borrarme todo pensamiento? Adopta entonces un ritmo duro y profundo que me convierte en una masa ardiente de puro placer.

Esto es justo lo que necesitaba: que me tomara, que me consumiera, que me insuflara vida.

Sus dedos se hunden en mis caderas, tirando de mí con cada embestida, y no tengo forma de mecerme hacia atrás, de conseguir un punto de apoyo, de obligarlo a aumentar el ritmo. No puedo más que aceptar lo que me ofrece, rendirme por completo a él y limitarme a sentir, y nada más.

Me lleva al límite, aumentando sin descanso la presión que se arremolina en mi interior, con mis gritos llenando la habitación junto con sus gruñidos y sus palabras de elogio susurradas.

La sensación es cada vez mejor, más intensa, más dulce, hasta que no hay mundo fuera de él y no existe nada más allá de nosotros. Lo único que importa es su próxima acometida.

—*Xaden*. —Su nombre en mis labios es una súplica que acentúa la tensión que me domina y que raya en el dolor, y siento el poder creciendo en mis adentros, candente, incontrolable.

Sus manos me suben por el vientre hasta llegar a mi esternón, y entonces me endereza para que mi espalda y su pecho se toquen. Giro la cabeza, entrelazo los dedos en su pelo y nuestras bocas se funden en un beso que me deja sin aliento mientras él sigue entrando en mí una y otra vez, con unos movimientos menos controlados por momentos.

Está a punto.

—*Estás viva*. —Su voz me envuelve la mente al tiempo que sus dedos se introducen entre mis muslos y me frotan el clítoris—. *Viva, y eres fuerte, y mía*.

Ay, dioses, sabía lo que necesitaba sin que haya tenido que pedírselo. Cierro los muslos y me estremezco. Todo me parece demasiado y suficiente.

—*Y tú también eres mío.*

Intento coger aire y el pulso se me acelera mientras él me estimula hasta llevarme al borde del abismo.

Y me despeño. Me desmorono por completo. La luz destella y se extingue en un abrir y cerrar de ojos arropada por la fría oscuridad mientras a mí me arrollan una a una las oleadas de euforia.

Él me rodea con los brazos y me abraza con fuerza al temblar antes de correrse.

Nos quedamos así, envueltos por el otro de todas las formas imaginables con la respiración entrecortada, regresando poco a poco a la realidad.

Una realidad en la que no he sido discreta ni remotamente.

Las mejillas se me encienden todavía más.

—¿Quieres que me quede a dormir contigo? —le pregunto cuando recupero la capacidad de articular palabra.

—Todas las noches —responde él, y me da un beso delicado.

—A lo mejor aún no puedes proteger la habitación, pero más te vale insonorizarla hoy mismo. —Arqueo las cejas para que entienda a qué me refiero.

Él curva la boca en una sonrisa que me deja sin aliento.

—Ya está insonorizada.

Pongo los ojos en blanco.

—Claro, me lo tendría que haber imaginado.

Una hora más tarde, al salir de la habitación de Xaden, hay cadetes por todas partes.

—Esto está… —Las palabras se me estrangulan en la boca al bajar por el lado derecho de la ancha escalinata que lleva hasta el vestíbulo.

—Mucho más alborotado que la última vez —termina Xaden por mí, mirando de reojo a la muchedumbre. Algunos jinetes forman grupos, mientras que otros están sentados a lo largo de los muros.

Todos y cada uno de ellos muestra una expresión que refleja con exactitud lo que siento ahora mismo: ¿qué cojones hemos hecho? Aretia no estaba preparada para esto, y los he traído hasta aquí de todas formas.

Puede que Xaden haya puesto en riesgo la revolución al acudir en mi rescate, pero yo le he pintado una diana gigantesca.

—¿*Cabrán aquí tantos jinetes*? —le pregunto a Xaden mientras nos abrimos paso por aquel caos.

—*Hay cientos de habitaciones en los barracones de los tres pisos superiores* —me contesta—. *Y eso sin contar con los aposentos de la familia*

en el segundo. La cuestión es si están todas en condiciones. No se reparó ni reconstruyó todo.

—¡Violet! —Rhiannon me saluda desde donde espera con el pelotón frente a la arcada que conduce al gran salón. Me mira de arriba abajo—. Te veo mejor.

—Me noto mejor —le aseguro, y me doy cuenta de que Imogen no está con ellos—. ¿Cómo van las cosas?

—Pues esperaba que tú supieras algo. —Se vuelve hacia nuestro pelotón, antes de acercarse a mí y bajar la voz—. Anoche pasaron lista rápido, nos asignaron una habitación y esta mañana nos han dado el desayuno, pero de eso hace como una hora. Ahora estamos… —Hace un gesto hacia el vestíbulo —. Esperando.

—Es posible que todo esto los haya cogido desprevenidos —admito, y la culpa me revuelve el estómago.

—Vamos a descubrir hasta qué punto —dice Xaden—. Te decimos algo en cuanto podamos, Rhiannon. —Hace un gesto hacia el pasillo—. *Debemos reunirnos con la Asamblea*.

—*Ya podrías intentar que eso no sonara tan ominoso.*

Me detengo al pasar junto a Aaric. Está apartado del pelotón, de brazos cruzados y observándolo todo y a todas las personas que lo rodean.

—¿Y ahora qué, Sorrengail? —pregunta apretando la boca.

—*No te está preguntando por la planificación* —dice Xaden.

—*Ya, lo he pillado*. —Aparto la mirada de Xaden hacia Aaric—. Te guardaremos el secreto.

Qué presuntuosa.

Fulmino a Xaden con la mirada.

—El único que puede decidir si contárselo a tu familia o no eres tú. ¿Verdad, Riorson?

A Xaden se le contrae un músculo de la mandíbula, pero asiente.

—¿Me lo juras? —masculla Aaric.

—Te lo juro.

No tengo ocasión de decir nada más antes de que Xaden me agarre de la mano y tire de mí pasillo abajo, donde la multitud por fin se diluye.

—Creo que he metido la pata hasta el fondo —susurro; mis temores empeoran con cada paso que doy.

—Puede que hayamos metido la pata —me corrige él apretándome la mano y deteniéndonos frente a una alta puerta de madera por la que escapan varias voces encolerizadas—. Pero eso no significa que no tuviéramos razón.

—La última vez que estuvimos aquí, la gente de esa sala quería encerrarme por seguridad. —Siento una opresión en el pecho—. Empiezo a pensar que quizá tuvieran razón.

—Solo opinaban así cuatro de ellos —dice él apoyando los dedos en la manija de metal negro—. Y te garantizo que están más cabreados conmigo que contigo. Digamos que anoche no respondí cuando me convocaron, después de que Brennan te reparara.

Xaden tira de la puerta y las voces se convierten casi en un chirrido cuando lo sigo hacia el interior.

—¡Habéis revelado todo por lo que tanto nos hemos esforzado! —grita una mujer.

—¡Y sin un solo voto de este consejo! —coincide un hombre.

—¡Yo tomé esa decisión! —exclama Xaden al cruzar el umbral—. Si queréis gritarle a alguien, aquí me tenéis.

Seis miembros de la Asamblea se vuelven hacia nosotros desde sus sillas en la larga mesa, mientras Bodhi, Garrick e Imogen esperan frente a ellos como si estuvieran en mitad de una corte marcial. Somos las únicas personas que quedan del pelotón que combatió en Resson.

—Nada nos complacería más que tratar tus decisiones, teniente Riorson —dice Suri—. Lo que no tengo claro es qué pinta aquí la hija de la general.

—Lo mismo que el hijo del general —replica Brennan desde el otro extremo de la mesa cuando Xaden y yo avanzamos hasta situarnos entre Garrick e Imogen.

—Ya sabes a qué me refiero —repone la mujer lanzándole a Brennan una mirada frustrada.

El descomunal sillón vacío en el que Xaden se arrellanaba durante la última reunión ahora está cerca de los demás. Supongo que aún esperaba a alguien. Echo un vistazo al respaldo alto e intrincado y a la figurilla de un dragón dormido que corona la punta, y entonces vuelvo a examinarlo con detenimiento. Con esta luz me doy cuenta de que una mitad tiene un tono nogal intenso y pulido, y el otro es más bien negruzco, como si alguien hubiera pulido y sellado un leño quemado…, o como si la mitad de la silla hubiera ardido.

«Porque eso es probablemente lo que ocurrió».

—Y creo que yo sé por qué ha venido ella también.

El nariz aguileña me atraviesa con su único ojo, como si yo no fuera más que algo que quiere limpiarse de la bota, pero al menos no echa mano de la

espada que le cuelga a un lado cuando observa sin disimulo que estamos cogidos de la mano.

Le suelto la mano a Xaden y él suspira como si yo fuera el mayor de sus problemas, antes de responder.

—Lo hecho, hecho está. Podéis quedaros aquí y pasaros el día reprendiéndonos, o decidir qué hacer con los cien jinetes que os hemos traído.

—No nos habéis traído jinetes, ¡sino cadetes! —grita Suri dando un puñetazo en la mesa—. ¿Qué narices queréis que hagamos con ellos?

—Tú estás por encima de este tipo de numeritos, Suri. —Felix se rasca la barba y pone los ojos en blanco—. Aunque la pregunta es válida.

—Yo sugiero que los llaméis a formar y los dividáis en alas equitativas, para empezar —contesta Xaden con tono de aburrimiento—. Aunque es posible que prefieran seguir donde están. Por lo que he visto, el Ala Cuatro es la que cuenta con más efectivos.

—Porque tú eras su líder de ala —apunta Brennan—. Estaban acostumbrados a seguirte.

—Y a Aetos —replica Xaden entre dientes—. Él fue quien los formó después de matar al vicecomandante.

—Aetos es harina de otro costal. —El hacha de guerra pasa un dedo por la hoja de su arma, como si ya fuera un hábito—. Lo hemos confinado en su habitación hasta que tengamos claro a quién debe lealtad, así como a los escribas.

—Cath debería bastar para responder por la lealtad de Dain —arguyo—. Y de no ser por Jesinia, no tendríamos el diario de Warrick. —Vuelvo a agarrarle la mano a Xaden con fuerza cuando los seis jinetes dan un respingo, perplejos—. *Aún conservas el diario de Warrick, ¿verdad?*

—¿Tenéis un diario de Warrick? —El hacha de guerra se inclina hacia delante—. ¿Warrick el de los Primeros Seis?

—En efecto. Jesinia ayudó a Violet y a su pelotón a robar el diario con la esperanza de encontrar instrucciones sobre la piedra protectora —dice Xaden desviando la mirada hacia Brennan—. Y tenía razón. Incluye unas instrucciones crípticas en lucérico antiguo que requieren una traducción detallada y precisa, pero es mejor que nada. Tenía intención de traéroslo, pero me entretuve cuando la capturaron.

—Mi padre no llegó a enseñarme nunca lucérico antiguo, solo tyrrish —me dice Brennan arrugando el ceño, mientras una mujer callada con un reluciente pelo negro y ojos separados lo observa con una mirada aguda—. Pero si puedes traducirlo, es posible que podamos proteger…

—¿Proteger el qué? —le espeta el nariz aguileña—. ¿Nos habéis traído a cien jinetes y a doscientos dragones y tienes el valor de pronunciar esa palabra? —Me mira con los ojos entornados—. Para el caso, es como si le hubieras entregado a Melgren un mapa con nuestra ubicación. O tal vez ese fuera su objetivo desde el principio.

—Coño, ya estaban tardando… —musita Imogen.

—Violet arriesgó su vida por ayudarnos —responde Xaden—. Y estuvo a punto de perderla.

—Deberíamos encerrarla e interrogarla —sugiere el nariz aguileña.

—Como te acerques a mi hermana, te arranco el ojo que te queda, Ulices —amenaza Brennan adelantándose y bajando la vista hacia la mesa—. Ya la han interrogado lo suficiente para al menos dos vidas.

—¡Eso no es óbice para afirmar que también nos ha llevado a la ruina! —declara el hacha de guerra—. Ya hemos doblado las patrullas de la frontera, lo cual nos ha dejado sin refuerzos aquí por si Melgren decidiera atacarnos. —Agita un dedo en dirección a Felix—. Y no empieces con lo de que Melgren no sabe que estamos aquí. No hay sello de la rebelión en el continente que pueda ocultar una bandada del tamaño de un nubarrón. No disponemos de protecciones ni de forja, ¡y hay críos correteando por los pasillos!

—Son cadetes que están comportándose mucho mejor que tú. —Xaden ladea la cabeza—. Relájate.

—Melgren no nos atacará. Aunque supiera dónde estamos, que no lo sabe, no puede poner en riesgo a sus efectivos mandándolos a por nosotros cuando el reino todavía se está recuperando de los cadáveres de guivernos que han aparecido a lo largo de la frontera. La mitad de los jinetes con los que contaba dentro de tres años están aquí. Puede que quiera matarnos, pero no se lo puede permitir. Y en cuanto a Violet… —Me suelta la mano y se desabrocha los botones de la chaqueta de vuelo, antes de tirar del cuello hacia abajo y dejar a la vista la cicatriz de su pecho—. Si queréis encerrarla e interrogarla, empezad conmigo. Yo cargo con la responsabilidad de ella y de todas las decisiones que tome. ¿Lo recordáis?

Me falla el equilibrio cuando contemplo esa delgada línea plateada y sus bordes preciosos. Es… Joder, tiene la misma longitud que las de la espalda. Xaden no solo es responsable de los marcados, sino también de mí. Responsable de mis decisiones, de mis lealtades, no hacia Navarre, como los marcados, sino hacia Aretia.

Imogen trató de contármelo aquel día en el campo de vuelo, pero no la entendí.

—¿*Cuándo te hiciste eso*? —le pregunto.

—Unos dos segundos después de dejarte en brazos de Brennan, después de Resson.

Bajo la vista al suelo mientras ellos siguen gritándose en tyrrish. Yo he traído aquí a los cadetes. Fue a mí a quien descubrieron robando el diario de Lyra. Yo obligué a Xaden a actuar, los obligué a todos a verse abocados a esta situación.

—Pues entonces los consideraréis mis invitados. —Las palabras de Xaden me arrancan de mi autocompasión. Las sombras ocupan el suelo y se enroscan en torno a la tribuna—. No pienso pediros permiso, ni a vosotros ni a nadie, para acoger invitados en mi propia casa. —El tono de Xaden es glacial.

Garrick maldice para sus adentros y apoya la mano en una de sus espadas.

—Xaden… —empieza Ulices.

—¿U os habéis olvidado de que esta casa es mía? —Xaden inclina la cabeza a un lado y los observa igual que Sgaeyl cuando estudia a una presa—. Mi vida está ligada a la de Violet, de modo que si queréis verme sentado en esa puta silla, tendréis que aceptarla a ella también.

A Ulices se le arrebola el rostro en el mismo instante en que yo me quedo lívida.

La silla vacía es suya. Él es el séptimo miembro.

Hostia puta.

Sabía que esta casa era suya, claro, pero no había llegado a ser del todo consciente de ello. Todo esto le pertenece a Xaden. Ningún noble ha reclamado el ducado de Aretia. Todos creen que estas tierras están arruinadas o, en el peor de los casos, malditas. Todo es suyo.

—Está bien —dice la mujer callada con una voz calmada—. Confiaremos en Violet Sorrengail. Pero eso no nos ayudará a armar a nuestras fuerzas sin una forja operativa. Al haber ganado la primera batalla contra Navarre arrebatándole la mitad del Cuadrante de Jinetes, es posible que nos hayas hecho perder la guerra.

—¿Y qué hacemos con tantos cadetes? —pregunta el hacha de guerra exhausta, frotándose el puente de la nariz—. Por los dioses, nos has traído a Aetos y a un puñado de escribas. No podemos enviarlos a luchar contra los guivernos y los venin.

—También hemos traído a cuatro profesores, y vosotros no sois precisamente unos iletrados —responde Xaden—. Ya he interrogado a los escribas, y podemos fiarnos de ellos. Y Cath responde por Aetos. En cuanto al resto de los cadetes, sugiero que continuemos impartiéndoles clases.

Algo se… agita y retuerce en torno a los Archivos de mi cabeza.

—*Violet.*

Su dulce voz me sacude hasta la médula, y agarro a Xaden del brazo para no perder el equilibrio. Alivio, alegría, sorpresa… Todas esas emociones hacen que me fallen las rodillas y me escuezan los ojos.

Por primera vez en meses me siento completa.

Una sonrisa se me dibuja en los labios.

—*Andarna.*

38



Con todo lo que hemos sacrificado por este reino, más nos vale ser capaces de defenderlo.

—Diario de Warrick de Luceras

—Traducido por la cadete Violet Sorrengail

El valle que señorea Aretia tiene un aspecto extrañamente similar al de la última vez que lo visité, como si el otoño a estas alturas no significara nada, cuando en la ciudad a nuestros pies ya empieza a notarse el invierno que se aproxima. Pero, a diferencia de la última vez, ahora hay dragones hasta donde alcanza la vista: en los salientes irregulares de roca sobre nuestras cabezas, en las entradas de las cuevas del oeste, en el ancho valle del este… Por todos lados.

Y dos de los más grandes se alzan frente a mí como unos sujetalibros, con Andarna en medio.

—¿No me habías dicho que estaba despierta? —le susurro a Tairn, como si mi voz pudiera despertarla. Y eso que no lo ha logrado ni el dragón marrón gigantesco que está cruzando con grandes pisotones la arboleda donde Andarna duerme, con el cuerpo curvado en forma de ese. La hierba se mece frente a su morro con cada ráfaga de aire que expulsa al exhalar, y parece bastante tranquila con la cola de escorpión enroscada a su alrededor. Y tiene un tono ligeramente… ¿verdoso?

No, sus escamas siguen siendo negras. Debe de ser cosa de la adolescencia que con el brillo refleje parte de los colores que la rodean.

—*Sí, hace una hora*. —Tairn resopla, y estoy bastante segura de que Sgaeyl acaba de poner los ojos en blanco.

—He tardado una hora en escaparme de la reunión, y luego he tenido que subir hasta aquí.

No debería despertarla. Lo más responsable sería no hacer nada y dejar que acabara de recuperarse del coma dracónido en el que ha estado sumida casi tres meses. Pero la he añorado tantísimo que…

Sus ojos dorados se abren de repente.

Siento un alivio tal que casi me caigo de rodillas. Se ha despertado.

Sonrío y siento cómo mi mundo se endereza por sí solo.

—*Hola.*

—*Violet*. —Andarna levanta la cabeza y una nube de vapor me empuja los mechones sueltos de mi larga melena—. *He intentado no dormirme.*

—No pasa nada. Tairn me ha dicho que seguirás dormitando durante al menos una semana más. —Doy un paso al frente y alargo el brazo para rascarle las escamas de la mandíbula—. Has estado durmiendo mucho tiempo.

—*A mí se me ha pasado volando*. —Arquea el cuello para que pueda llegarle a la zona bajo la barbilla.

—Pues no, créeme. —Retrocedo y la observo con detenimiento. Así a simple vista diría que mide casi dos terceras partes del tamaño de Sgaeyl—. Te veo más grande.

—*Naturalmente* —resopla hundiendo las garras en el suelo para ponerse en pie.

Me retiro otro par de pasos, alzando cada vez más la vista mientras ella se despereza y agita las alas antes de mover la cabeza a un lado y al otro, contemplando el valle.

—¿Qué quieres hacer? ¿Volar? ¿Dar un paseo? —Tengo tantas cosas que contarle…

—*Comida. Tenemos que encontrar ovejas.*

Extiende las alas y entonces se precipita hacia delante, igual que en el momento más crudo del verano.

Mierda.

Reculo a través de la incómoda hierba para evitar que Andarna me desgarre mientras trata de recuperar el equilibrio.

—¡*Procura no aplastar a nuestra humana*! —brama Tairn.

—*Pero si ni me he acercado* —le espeta Andarna con una mirada rápida en su dirección, y vuelve a extender las alas con el mismo resultado.

—*Te he dicho que tengas paciencia* —dice Tairn.

La mirada que le dirige provoca que Sgaeyl resople en un gesto que interpreto como aprobación, y Andarna estira los hombros, hunde las garras y vuelve a intentar alzar las alas.

Se me cae el alma a los pies y la cabeza me bulle tanto que apenas soy capaz de procesar ninguno de mis pensamientos mientras observo las dos alas. La de la izquierda no se abre del todo. Se queda a medio camino, pero el resto de la membrana negra no llega a tensarse.

Lo intenta una vez, y luego otra más, antes de gruñir y escupir vapor cuando no consigue ponerla en su sitio durante el tercer intento.

Algo no va bien.

No tengo ni puta idea de qué decir o hacer. Me he quedado… sin palabras. Impotente. Joder. ¿Se supone que debería preguntarle si está bien? ¿O la ignoro igual que si viera a un adulto con una herida de batalla? ¿Tendrá el ala rota? ¿Necesita que se la reparen? ¿O esto forma parte del proceso de crecimiento?

Andarna gira la cabeza hacia mí y entrecierra los ojos.

—*No estoy rota.*

El corazón me da un vuelco.

—Yo no he dicho eso —murmuro.

Mierda, mierda, mierda. Le he herido los sentimientos.

—*Hablar es innecesario cuando puedo oír tus pensamientos. No estoy más rota que tú*. —Contrae los labios y deja al descubierto los colmillos.

Ay.

—*Lo siento. No es eso lo que quería decir*. —El pensamiento es apenas un susurro.

—*Basta*. —Tairn agacha la cabeza hasta situarse a su altura—. *Tiene derecho a preocuparse por ti, igual que tú por ella. Y ahora ve a comer algo antes de que el hambre acabe con el poco sentido común que te queda*.

El suelo tiembla ligeramente bajo mis pies cuando Sgaeyl pasa por mi derecha en dirección al prado del este. Feirge se aparta de su camino.

—*Hay un rebaño al que es mejor dar caza a pie* —dice Tairn con un gruñido suave que le vibra en la garganta—. *Sigue a Sgaeyl*.

Andarna recoge las alas, extiende las garras y me rodea sin mediar palabra para ir detrás de Sgaeyl. Me vuelvo para observarla mientras se aleja.

—*Adolescentes* —rezonga Tairn—. *Cuando tienen hambre son insoportables*.

—El ala —musito cubriéndome el vientre con los brazos.

Tairn deja escapar un suspiro que mece la hierba que me rodea.

—Los ancianos y yo trabajaremos con ella para reforzarle los músculos, pero ha habido algunas complicaciones.

—¿Cuáles? —Siento una opresión en el pecho y alzo la vista hacia él.

—Levanta los escudos y bloquéala todo lo posible.

Me concentro y aíslo ese vínculo nacarado que ahora relaciono con Andarna.

—Ya está.

—*Hay numerosas razones por las que las crías no salen del valle. La inmensa cantidad de energía que gastó en Resson la obligó a crecer a un ritmo acelerado. Eso ya lo sabes. Pero si hubiera ocurrido aquí o en Basgiath, donde habría podido resguardarse de forma rápida y segura para el Sueño sin Sueños, tal vez habría crecido de manera normal*. —Su tono basta para erizarme los pelos de la nuca. Nunca ha medido tanto sus palabras; nunca se ha preocupado tanto por mis sentimientos—. *Sin embargo, ese día crítico volamos entre Resson y Aretia* —prosigue—. *Y luego volvimos a esperar para volar hasta Basgiath, y ya entonces se despertó varias veces. Los ancianos no han visto jamás a un dragón permanecer tanto tiempo sin soñar. Y ahora su crecimiento es impredecible. Hay un segundo grupo de músculos en la parte frontal de nuestras alas que se desarrolla durante el crecimiento. En su caso no fue así. Los ancianos creen que volará… con el tiempo. Siempre que refuerce los músculos que ya tiene para compensarlo*.

—¿Y Brennan no podría repararla?

Es culpa mía por haber utilizado su poder en Resson. Por haber volado aquel día. Por haber regresado a Basgiath. Por haberse vinculado a mí cuando aún era una cría y por haberle interrumpido el Sueño sin Sueños. Podría pasarme el día entero dando motivos.

—No se puede reparar lo que no existe.

La veo apretar el paso para alcanzar a Sgaeyl, y cerrar las fauces alrededor de un pájaro que, con un chirrido, se arrepiente al instante de haberse acercado demasiado a ella.

—Pero ¿podrá volar?

A estas alturas ya conozco suficiente a los dragones para saber que una vida sin poder volar es poco más que una tragedia.

—*Creemos que puede llegar a entrenar los músculos que sí tiene para aguantar el peso del ala* —me asegura, pero hay una nota en su tono que me hace prepararme para lo peor.

—Si lo creéis —me vuelvo para observar al segundo dragón más grande del continente— significa que habéis tenido tiempo para discutirlo. ¿Desde cuándo lo sabes?

—*Desde que se despertó aquí en verano.*

Siento como si algo me estrujara el corazón. Por aquel entonces tampoco pudo extender del todo el ala, pero no le di más vueltas, porque me pareció que en general era… torpe.

—¿Qué me estás ocultando?

Es imposible que me haya hecho aislarla de la conversación a menos que le preocupara cómo reaccionaría yo a la información… o ella.

—*Lo que ni siquiera ella ha reconocido*. —Agacha la cabeza y sus grandes ojos dorados se posan en los míos—. *Volará, pero nunca será capaz de llevar a un jinete sobre su lomo*.

«Nunca será capaz de llevar a un jinete sobre su lomo». Las palabras de Tairn se me repiten en la cabeza durante los tres días siguientes. Hemos vuelto a clase, dirigidos por los profesores que huyeron con nosotros a Aretia, así como algunos miembros de la revolución y la Asamblea. Ni siquiera consigo quitármelas de la cabeza cuando traduzco el diario de Warrick, y cada vez que su predicción me viene a la mente, pienso inmediatamente en otra cosa por si Andarna me está escuchando.

—Lluvia… de hierro —digo escribiendo las palabras en el pergamino cuando termino de traducir el pasaje por tercera vez. El resultado del proceso ha sido siempre el mismo, por muy… extraño que parezca.

—¿*Te dice algo la expresión* lluvia de hierro? —pregunto a través de mi vínculo, cerrando la libreta sobre el escritorio de Xaden y alargando el brazo hacia mi mochila. Si no me doy prisa, voy a llegar tarde.

—¿*Debería*? —responde Tairn.

—*Obvio, porque si no, no te lo preguntaría*. —Prácticamente siento cómo Andarna pone los ojos en blanco—. *Ohh…, ovejitas*.

—*Como sigas engullendo a este ritmo, no vas a poder retenerlas en el estómago*. —Tairn suspira.

Contengo una sonrisa y me voy corriendo a reunirme con mi pelotón.

Debo reconocerle a Brennan y a la Asamblea que vale, puede que estemos compartiendo libros y apretujándonos en todas las aulas abiertas de la primera planta para las clases, pero todos los cadetes están limpios, bien alimentados y protegidos, y continúan aprendiendo.

Historia se imparte en lo que creo que fue el despacho del padre de Xaden, y ayer empezamos una nueva unidad sobre la Rebelión tyrrish para que todo el mundo sepa lo que ocurrió en realidad hace seis años, pero apenas hemos llegado a dar el contexto político de los años previos a la revuelta.

En lugar de los retos y el pugilato, Emetterio nos tiene corriendo por el empinado sendero rocoso que conduce al valle todos los días, hasta que los pulmones se acostumbren a la altura, pero nos ha advertido que no nos acomodemos ni aflojemos el ritmo. Estoy bastante segura de que la cantidad de cadetes que acaban vomitando junto al sendero indica justo lo contrario, pero la urgencia de su tono nos anima a esforzarnos aún más.

Ulices el «nariz aguileña» ha asumido las clases de Física, por lo que tiene otra hora más para fulminarme con la mirada cada dos días. Y Kylynn el «hacha de guerra» se encargará de las maniobras de vuelo en cuanto la Asamblea considere que es seguro dejar que el grupo alce el vuelo desde el lugar resguardado del valle, lo que significa que tenemos más de doscientos dragones inquietos.

Suri, la miembro de la Asamblea con los mechones de pelo plateados y que me odia sin matices, se marchó con Xaden y el resto de los tenientes hace dos días. El hecho de no saber dónde está, de preguntarme si correrá peligro, de preocuparme a cada instante porque pueda estar en mitad de una batalla, me obliga a controlar otro acceso de náuseas cuando entramos en el teatro reconstruido del ala noroeste de la Casa Riorson.

El lugar es más que impresionante. Ya no es solo que pueda acoger a todos los cadetes, sino que de todas las cosas que podrían haber reconstruido a lo largo de los últimos seis años…, han elegido un teatro.

—Bienvenidos a Informe de Batalla —anuncia Rhiannon guiándonos por la escalera hasta la parte central, y luego a la derecha hasta llegar a nuestros asientos.

—Me alegro. A lo mejor nos cuentan lo que está pasando en Navarre —comenta Visia desde la fila que tenemos delante. Además de Aaric y Sloane, hay otros cuatro estudiantes de primero, cuyos nombres aún no me he aprendido.

A diferencia de nuestras sesiones habituales de Informe de Batalla, nos han sentado como si estuviéramos formando: por ala, sección y pelotón. Y a

diferencia del mapa de Basgiath, este tiene la altura y ancho del amplio escenario y ocupa el lugar donde estaría el telón, e incluye las islas: las cinco más grandes y las trece más pequeñas que rodean el continente en todas direcciones.

—Esas banderolas rojas y naranjas —apunta Ridoc a mi izquierda señalando el mapa—. ¿Son…?

—Territorio enemigo, supongo —responde Sawyer, sentado junto a Ridoc.

—Pero no enemigos poromielenses. —Ridoc extrae pluma y pergamino de su morral y yo hago lo propio, colocándome la libreta encuadernada en el regazo—. Más bien… seres oscuros.

—Exacto. Tierras drenadas y ciudades destruidas, como Zolya. El color rojo indica los movimientos pasados y el naranja, los recientes. —La práctica totalidad de la provincia de Krovla sigue intacta, pero el enemigo está a un día de vuelo de nuestra frontera. El único movimiento que percibo desde la última vez que estudié el mapa a mediados de verano es por el río Rocagua. En dirección a Navarre—. ¿Les habéis enviado alguna carta a vuestras familias?

Mis amigos no podían revelar nuestra ubicación, pero sí advertir a sus seres queridos de que se marcharan de la región fronteriza o, simplemente, se fueran. No me extrañaría que Melgren fuera capaz de empezar a ejecutar a los familiares de los desertores.

Y todo es por mi culpa. Soy la responsable de lo que le ocurre a Andarna con el ala, de forzar que se supiera la verdad antes de que Aretia estuviera lista para actuar, de traer hasta aquí a cien jinetes sin permiso, de la angustia que veo grabada en la frente de Brennan sobre tener que aumentar la población de ovejas para alimentar a todos los dragones que me han seguido hasta aquí y por ponerles una diana en la espalda a las familias de mis amigos. Agarro la pluma con tanta fuerza que cruje bajo mis dedos.

¿Cómo es posible que el año pasado solo tomara buenas decisiones y este año no haya dado ni una?

Todos asienten, y Rhiannon añade:

—Espero que consigamos convencerlos de que se trasladen.

Aaric no se molesta en volverse en su silla, justo delante de mí.

—Yo he rechazado la oferta de enviar correspondencia —dice por encima del hombro.

—Ya me imagino. —Fuerzo una media sonrisa. Su padre se cagaría encima si supiera que Aaric no solo se ha unido al cuadrante, sino que encima ha traicionado a Navarre.

—¿Ha habido suerte con la piedra protectora? —pregunta Rhi, y todas las cabezas se vuelven hacia mí. Incluso Aaric y Sloane me miran por encima del hombro.

—He traducido tres veces la sección que necesitamos, y creo que estoy cerca. —Mi sonrisa es un reflejo de la de ellos, porque ahora sí creo de corazón que quizá lo haya conseguido—. Sé que llevo tres días con el texto, pero estoy un poco oxidada y habla de la forma de magia más extraña que conozco, y tal vez por eso nunca haya llegado a replicarse jamás.

—Pero ¿crees que funcionará? —pregunta Sloane con una esperanza manifiesta en los ojos.

—Sí. —Asiento, y tenso los hombros como si el peso de sus expectativas fuera algo físico—. Solo necesito asegurarme de que no me he equivocado. —Y más me vale no equivocarme. Las protecciones son nuestra mejor defensa contra los guivernos si llegan a cruzar los riscos de Dralor.

—¡Empecemos! —grita la profesora Devera desde el escenario con una voz que alcanza sin dificultades al centenar de jinetes, y todo el mundo se gira hacia ella.

—Es como estar en Basgiath —comenta Ridoc con una sonrisa—. Pero… no. Ya me entendéis.

Rhi se acerca a mí y susurra:

—¿A qué te refieres con eso de la magia extraña?

—Pues… —Arrugo el rostro—. Creo que los Primeros Seis practicaban algún tipo de magia de sangre —murmuro, bajando todavía más la voz que ella. He traducido el pasaje tres veces y siempre he terminado con las mismas palabras, pero jamás había oído que se usara la sangre en… nada.

Rhiannon arquea las cejas.

—¿Estás segura?

—Bastante. Jesinia tradujo el pasaje y le salió lo mismo, pero creo que debería darle otra vuelta. Por si acaso.

—Eso, por si acaso —afirma ella.

—Os doy la bienvenida a vuestra primera clase de Informe de Batalla oficial como traidores —anuncia Devera.

Con eso consigue captar la atención de toda la clase, y a mí se me forma un agujero en el estómago.

—Acostumbraos al sonido de esa palabra —añade con indiferencia observando a toda la clase—. Porque eso es lo que Navarre nos considera ahora. Independientemente de lo que sintamos nosotros sobre la decisión que hemos tomado para defender a aquellas personas que no pueden defenderse

por sí mismas, así es como nos verán a partir de ahora los amigos y seres queridos que hemos dejado atrás. Aunque yo, personalmente, me siento orgullosísima de todos y cada uno de vosotros. —Su mirada se encuentra con la mía—. Cuesta desprenderse de todo lo que conocíamos, de todo lo que amábamos, solo porque así nos lo dicta nuestro honor. Dicho esto, por favor, démosle la bienvenida al teniente coronel Aisereigh, que ocupará el lugar del conservador del Cuadrante de Escribas, puesto que aquí no contamos con esa figura.

El puesto de Markham. ¿Fundarán Jesinia o los otros dos cadetes su propio cuadrante aquí aunque no tengan a nadie que los forme? Esta mañana la Asamblea ha terminado de interrogar y ha dado el acceso libre a Dain, de modo que está sentado en primera fila con los líderes de sección. Me alegra que ya no esté aislado, pero también agradezco que esté guardando las distancias.

—Aquí, en Aretia, no nos gusta ocultar información —dice Brennan al ocupar el escenario junto a Devera.

—Sigo sin creerme que se haya cambiado el apellido —masculla Sawyer.

Mis compañeros de pelotón son los únicos que saben quién es Brennan, y parece que Devera y Emetterio también le están siguiendo el juego. Puede que Kaori hubiera hecho lo mismo si hubiese venido con nosotros, pero me miró, con el corazón claramente dividido, y me dijo que su lugar estaba con el Empíreo.

Todos los que se quedaron atrás tenían sus motivos. O al menos eso es lo que me digo a mí misma.

—No le quedaba otra. Además, me gusta el que ha escogido. Significa *resucitado* en tyrrish —respondo. Para mí sigue siendo Brennan a secas.

—En primer lugar —comienza Brennan—, hemos hecho lo que nos habéis pedido y os habéis mantenido en vuestras alas. Ala Dos y Ala Tres, sabéis que Eleni Jareth y Tibbot Vasant son ahora vuestros respectivos líderes de ala. Esperamos a los sustitutos de los líderes de sección o pelotón que faltan mañana a primera hora, e informaréis a Devera de vuestras decisiones.

Enarco las cejas.

—¿No los elegiréis por nosotros? —pregunta alguien del Ala Uno. Ese es el protocolo de Basgiath.

—¿Me estás diciendo que vosotros no sois capaces? —replica Brennan.

—No, señor.

—Excelente. Sigamos. —Se vuelve en nuestra dirección—. Hemos revisado las listas para asegurarnos, pero parece que el Ala Cuatro no solo

cuenta con la insignia de Pelotón de Hierro de este año…

Los de primero que hay sentados frente a nosotros vitorean, puesto que el honor de presumir de más supervivientes después de la Trilla es nuestro por segundo año consecutivo. Baylor, el chaval fornido con el pelo rapado a ras del cráneo, es quien más grita, y esbozo una sonrisa al ver cómo le da un golpe con el hombro a Aaric para que se anime.

—… pero la Sección Llama cuenta con el honor excepcional de ser la única que ha llegado totalmente intacta. —Brennan mira a Bodhi—. Durran, has traído a todos tus cadetes. Supongo que eso os convierte en la Sección de Hierro.

Hostia puta. Ahora ni siquiera me molesto en reprimir una sonrisa. Sabía que el Ala Cuatro había traído a la mayoría de sus cadetes, pero ¿también hemos mantenido unida a toda nuestra sección?

—Entiendo que querréis un parche —dice Brennan con una sonrisa en los labios.

—¡Hombre, tú dirás! —grita Ridoc, saltando de su asiento, y nuestra sección al completo lo celebra a gritos, incluida yo.

—Sí, señor —contesta Bodhi cuando volvemos a calmarnos, y nos lanza una mirada por encima del hombro como si no pudiera sacarnos de casa.

—Ya veré qué puedo hacer. —Brennan alza la vista hacia mí y sonríe—. Ahora pasemos a lo importante. Empezaremos poniéndoos al día sobre Navarre. Hasta donde sabemos por nuestras fuentes, la población no sabe nada.

¿Qué? ¿Cómo es posible? Rhi y yo intercambiamos una mirada de pura confusión mientras una oleada de murmullos recorre el auditorio.

—Para nuestra sorpresa, los puestos avanzados han conseguido deshacerse con éxito de los guivernos con que el teniente Riorson los obsequió, y el general Melgren ha evitado que las noticias lleguen al público general, aunque obviamente la infantería presente sí lo sabe. Y, por desgracia, siguen expulsando a todos los ciudadanos poromielenses que se aproximan a la frontera.

El corazón me da un vuelco y la diminuta parte de mí que tenía la esperanza de que nuestra marcha provocara acciones y reflexiones sufre una muerte dolorosa y decepcionante. Pero una vez que tengamos las protecciones, seremos una opción segura para los ciudadanos de Poromiel que Navarre seguirá sin acoger.

—Nuestras fuerzas han doblado las patrullas en las fronteras con Tyrrendor —se frota la mandíbula con el pulgar—, pero confiamos en que

nuestra ubicación siga siendo un secreto.

—¿Incluso después de que la bandada más grande del continente atravesara Navarre? —pregunta alguien del Ala Uno.

—Los tyrrish somos un pueblo leal —dice Sloane alzando la barbilla—. Sobrevivimos a la última rebelión. Cuando vemos algo, nos lo callamos.

Brennan asiente.

—La buena noticia es que, según nuestras extensas fuentes, vuestras familias no están en el punto de mira, y estamos contactando con ellas no solo mediante vuestras cartas, sino también con ofrecimientos de refugio. Si están dispuestas a arriesgarse a enfrentarse a lo desconocido, haremos todo lo posible por traerlas hasta aquí.

El nudo que se me forma en la garganta me dificulta la respiración durante un instante. Nuestro padre estaría orgulloso de él.

—¿Qué nos dice esta falta de movimiento de tropas? —pregunta Devera lanzándole a Brennan una mirada de soslayo—. ¿O acaso no recuerdas cómo funciona Informe de Batalla?

—Mis disculpas. —Brennan levanta las manos y retrocede—. Han pasado unos cuantos años.

—Han estado demasiado ocupados limpiando el desaguisado que Riorson les ha montado en la frontera como para preocuparse por nosotros —responde Dain.

—Por ahora —coincide Brennan con un gesto de cabeza—. Puede que estén desconcertados, pero no dudéis de que acabaremos combatiendo en una guerra en dos frentes en cuanto se sitúen y decidan hasta qué punto pueden arriesgarse a levantar la liebre.

—¿Cuándo podremos combatir contra ellos? —pregunta un chaval del Ala Tres señalando el mapa—. Contra los seres oscuros, quiero decir.

—Cuando os graduéis —contesta Brennan arqueando las cejas en un gesto severo que me recuerda a nuestro padre—. Nosotros no enviamos cadetes a su muerte, y eso es exactamente lo que os ocurriría si os atrevierais a enfrentaros a un ser oscuro sin estar preparados. Moriríais. ¿Tantas ganas tenéis de inaugurar una nueva lista de muertos?

—Sorrengail y los demás no murieron —señala.

—Dos de nosotros sí —le espeta Imogen, y el jinete se hunde en su asiento.

—Cuando seas capaz de manipular el rayo, ven a hablar conmigo —replica Devera.

—Antes de que os graduéis, aprenderéis a enfrentaros a un ser oscuro y sobrevivir —promete Brennan—. Se precisa un estilo de lucha distinto, y que afinéis vuestros sellos, porque ya os habréis dado cuenta de que aquí arriba se ponen un poco quisquillosos. Recordad: la magia se descontrola ligeramente fuera de las protecciones, pero en estos momentos estamos descifrando el diario de Warrick para poder levantar nuestras propias protecciones lo antes posible. También estamos esforzándonos por poner en marcha nuestra forja y suministrar así armas a nuestras fuerzas y a los pilotos de grifo, lo cual forma parte de nuestra misión…

Un murmullo de desaprobación se extiende por el auditorio.

—Dejaos de pamplinas —los reprende Brennan—. Los pilotos son peligrosos, pero no son el enemigo al que os han enseñado a temer, aunque algunos sí se muestren hostiles con nosotros, como demuestra el ataque a Samara de hace cuatro días.

¿Los pilotos de grifo han atacado Samara? El corazón me da un vuelco. Mira.

—Lo cual nos lleva de vuelta a Informe de Batalla —continúa Devera—. Un dragón resultó herido, pero no perdimos jinetes en el ataque, según nuestras fuentes, sobre todo porque durante el ataque solo había un dragón presente en el puesto… ¿Recordáis lo de la inestabilidad política? Las protecciones no cayeron, pero una bandada de pilotos se infiltró en el puesto y mataron a una docena de soldados de infantería antes de que dos de ellos cayeran en el nivel más bajo de la fortaleza.

No perdimos ningún jinete. Mi hermana está bien. Cuando mi corazón vuelve a recuperar su ritmo habitual, vuelvo a pensar con claridad.

—Buscaban armamento —susurro—. Allí es donde tenemos la armería.

Es posible que los ciudadanos de Navarre no sepan que nos hemos marchado de Samara, pero los pilotos de grifo sí.

—Dilo —me incita Rhiannon en voz baja.

Niego con la cabeza, reacia a acompañar a mis pensamientos hasta su conclusión lógica.

—¿Qué preguntas formularíais acerca del ataque? —dice Devera—. Este chaval lleva demasiado tiempo informando a oficiales y ya se le ha olvidado el arte de enseñar. —Le lanza otra mirada de reojo a Brennan.

—A la mierda. Lo digo yo —masculla Ridoc, antes de preguntar a viva voz—. ¿Puede ser que buscaran armas?

—Por descontado. —Brennan asiente—. Es la única razón por la cual los pilotos atacarían puestos avanzados navarrenses directamente.

Brennan me mira de soslayo, como si supiera que esa pregunta era en realidad mía, y entonces clava la mirada en mí con esa expresión de desaprobación que ya dominaba antes de cumplir los quince años, desafiándome a que me levante, a que deje de esquivar las consecuencias de mis actos.

Él gana.

—¿Los pilotos atacaron Samara antes o después de enterarse de nuestra…? —Dioses, ¿cuál es la palabra exacta para definir lo que hicimos? —. ¿Antes de que nuestra partida de Basgiath llegara a oídos de Poromiel?

Brennan suaviza la mirada, convencido.

—Después —responde Devera.

El nudo de la garganta se me retuerce dolorosamente y amenaza con arrancarme la poca apariencia de tranquilidad que me queda. Atacaron porque sabían que ya no podríamos suministrarles armas. Están indefensos.

—No es culpa tuya —me susurra Rhiannon.

—Vaya que sí —contesto, y me concentro en tomar apuntes.

Brennan se vuelve hacia el mapa.

—Pasemos a los movimientos enemigos. La semana pasada los venin atacaron el pueblo de Anca. Algo que no debería sorprendernos, dada su proximidad a la recién caída Zolya.

No me molesto siquiera en desviar la mirada hacia Anca. Tengo la vista clavada en Cordyn, donde el vizconde Tecarus dispone de la única otra luminaria que se conoce. Es la segunda ciudad más grande entre Zolya y Draithus, y aún está fuera del territorio controlado por los venin. Es una ciudad costera que estaba a dos días de vuelo de Basgiath, pero desde aquí apostaría lo que fuera a que Tairn podría dejarme allí en doce horas.

—*Diez* —me corrige—. *Aunque no es del todo seguro* —repone, pero no me lo discute.

—*Eso dice Xaden, pero aquí tampoco estamos a salvo, fuera de las protecciones y sin una forja para armar a nadie, ni siquiera a nosotros mismos*. —Menos mal que podremos levantar pronto las protecciones.

—*No le falta razón* —coincide Andarna—. *¿Podrías cargar con una luminaria?*

—*La duda ofende.*

—¿*Y puedes cargar con la luminaria ofendido*? —le pincha ella.

Tairn gruñe.

—Lo que nos preocupa es que parece que drenaron el pueblo, y luego los seres oscuros se retiraron a reagruparse en Zolya —añade Devera—. ¿Qué

nos dice eso?

—Que se han asentado en Zolya y se organizan desde allí —responde Rhiannon—. Parece una escaramuza en busca de suministros para una campaña en curso.

—¡*Plateada*! —Tairn cambia de tono—. *¡Se aproxima una bandada!*

Contengo el aliento al girar la cabeza hacia la parte trasera del teatro, como si por los ventanucos pudiera atisbar siquiera algún indicio de lo que se acerca.

—Sí. No solo están consumiendo territorios, sino también ocupándolos por primera vez desde que tenemos constancia. Buena… —Brennan se interrumpe; debe de estar hablando con Marbh. Acto seguido se recompone mientras el teatro entero se sume en el silencio—. Dirigíos todos al gran salón y esperad allí —nos ordena volviéndose hacia Devera en el momento en el que el auditorio se entrega a un caos quedo.

—¿*Cuántos son*? —Me obligo a respirar a pesar del pavor, lo guardo todo en la mochila y me pongo en pie a la vez que las personas que me rodean, presa de un pánico contenido.

—¿Vienen a por nosotros? —pregunta Ridoc en voz baja—. ¿Será Navarre?

Creía que tendríamos más tiempo. ¿Cómo es posible que se haya precipitado todo tan rápido?

—No lo sé —responde Rhiannon.

—¿Sabes si Tairn podría derrotar a Codagh? —pregunta Aaric mientras me echo la mochila a la espalda.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla al pensar en el dragón del general Melgren. No quiero tener que responder jamás a esa pregunta.

Y Tairn guarda un silencio sospechoso.

—La revolución más breve de la historia. —Sawyer maldice para sus adentros y tira de las correas de su mochila.

—*Cuarenta. Sgaeyl también viene de camino, pero está demasiado lejos para*… —Tairn hace una pausa—. *Espera. La bandada está encabezada por Teine*.

¿Teine?

Mira. El miedo me forma un nudo en el estómago.

Paso de esperar.

Aparto a Sawyer y me dirijo hacia el pasillo exterior del teatro antes de echar a correr, ignorando todas las voces que claman a mi espalda, incluso la de Brennan. Haberme pasado tres meses corriendo todas las mañanas me ha

ayudado a mejorar la única ventaja que ya tenía en comparación con la mayoría de los jinetes de este sitio: la velocidad.

—¡Preparad los virotes! —grita Brennan por encima del alboroto.

Matarán a Mira. O quizá ella también venga a matarnos. Sea como sea, tendrá que mirarme a los ojos antes de acabar con mi vida.

Corriendo al límite de mis capacidades, cruzo la parte trasera del teatro y paso por delante del Ala Uno en la salida antes de dirigirme hacia el pasillo principal. Las estatuas y los tapices se convierten en un borrón cuando paso a toda prisa por su lado, y los pulmones me arden a medida que dejo atrás a los guardias y jinetes que ocupan la arteria principal de la fortaleza.

«Por favor, Dunne, que mi hermana no incinere esta casa antes de que tenga la oportunidad de hacerla entrar en razón».

Paso corriendo junto a Emetterio, quien me pide a gritos que me meta en el gran salón, y luego casi resbalo al girar hacia el vestíbulo, sin atreverme a bajar el ritmo a pesar de los latidos acelerados de mi corazón, que se quejan de la altitud. Los guardias sostienen las puertas abiertas, sin duda a fin de que los jinetes puedan montar, y yo paso por el medio como una flecha y bajo la escalera de mármol, mis pies apenas tocan el suelo hasta llegar al patio, justo a tiempo para ver cómo Teine despliega las alas frente a mí para detener un veloz descenso.

El nudo de miedo se me sube a la garganta, y me detengo a unos diez metros de la entrada, cavando pequeños agujeros en la gravilla con los pies.

El impacto de las garras del Verde Cola de Maza levanta un aluvión polvoriento de rocas, y yo levanto los brazos para protegerme el rostro cuando Teine aterriza justo delante de las puertas del patio, bloqueando la salida hacia la ciudad, y otros dos lo flanquean tras aterrizar también de forma abrupta.

Toso a medida que la polvareda se va despejando y diviso de inmediato a un naranja con cara de pocos amigos y a un rojo que me atraviesa con la mirada, mostrando los dientes.

Me cago en mi vida. Otros cuatro más aterrizan en los muros exteriores, sacudiendo la mampostería. Están por todas partes.

El estómago se me revuelve. Nos han traicionado. Alguien le ha comunicado a Navarre nuestra ubicación.

—*Tairn…*

—*Aquí arriba* —responde un instante antes de dejarse caer del cielo como un puto meteorito.

El suelo tiembla a mi izquierda con la fuerza de su aterrizaje, y la sombra de sus alas bloquean el sol sobre mi cabeza. Ruge con una fuerza tal que me

castañetean los dientes, y entonces agacha la cabeza hasta colocar el cuello a apenas unos centímetros de mi hombro y escupir un río de fuego entre las piernas de los dragones, en una clara advertencia.

El calor me abrasa el rostro durante el tiempo de un latido, antes de que Tairn retroceda y adelante la cabeza en un movimiento serpentino. Teine da un paso al frente, y el tiempo parece detenerse casi por completo cuando Tairn se abalanza sobre él, abriendo su descomunal mandíbula y rodeándole la garganta a Teine tal como hizo con Solas.

—*¡Tairn!* —grito de puro miedo. Si Teine muere, Mira correrá la misma suerte.

—¡¿Qué cojones estás haciendo, Violet?! —grita Mira.

—*Lo tengo agarrado por la garganta, pero no le he atravesado las escamas* —me asegura como si aquí fuese yo la dramática.

—*Bueno, mientras se quede en una amenaza…* —respondo con sarcasmo—. ¡Si desmontas pacíficamente, Teine vivirá!

Otras personas acuden al patio y la grava cruje a mi espalda, pero yo mantengo la vista clavada en Teine y Mira. Ella desmonta con una facilidad envidiable y echa a andar hacia mí a grandes zancadas. Tiene las mejillas enrojecidas, irritadas por el viento, y los ojos fuera de las órbitas cuando se levanta las gafas de vuelo hasta la coronilla.

—Hemos venido todos en son de paz. Nos ha traído Riorson. ¿Cómo si no íbamos a encontraros? —Levanta la vista hacia la casa sin bajar el ritmo—. Por los dioses, creía que este lugar había ardido hasta los cimientos.

¿Xaden?

—Ya ves que no. —Rozo las empuñaduras de las dagas con las puntas de los dedos. No sé si sería capaz de sacarlas para matar a mi hermana, pero tengo claro que tampoco permitiré que ella me mate a mí.

—*Sgaeyl lo confirma* —dice Tairn soltándole la garganta a Teine y reculando hasta situarse a mi lado—. *Están cerca*.

Ay, gracias a los dioses. Dejo escapar un suspiro de alivio un instante antes de que Mira me rodee con los brazos.

—Lo siento —me susurra en el pelo apretándome con fuerza—. Siento no haberte escuchado cuando intentaste contármelo en Samara.

Hundo los hombros y me relajo sobre ella, y poco a poco le devuelvo el abrazo.

—Te necesitaba —musito incapaz de impedir que la decepción me acentúe el tono. Tengo muchas cosas que decirle, pero eso es lo primero que me sale—. Te necesitaba, Mira.

—Ya lo sé. —Apoya la barbilla en mi coronilla antes de retirarse, y me agarra de los hombros. Por primera vez desde que empecé en Basgiath, no me examina el cuerpo para ver si tengo alguna lesión. Me mira a los ojos de hito en hito—. Lo siento muchísimo. Te he decepcionado, y te prometo que no se repetirá. —La sombra de una sonrisa se le dibuja en los labios—. ¿Es verdad que le robaste la mitad de los cadetes a Basgiath? ¿Y que mataste al vicecomandante?

—Al vicecomandante lo mató Dain. Yo solo lo rematé. Bueno, Xaden me ayudó. Fue más bien un trabajo en equipo —admito sacudiendo la cabeza para despejarme un poco—. ¿Lo sabías? Cuando traté de contártelo y me dijiste que lo que me hacía falta era dormir, ¿lo sabías?

No podría soportar la idea de que mi hermana intentara convencerme de que todo eran imaginaciones mías si en el fondo lo sabía.

—No lo sabía. Te juro que no sabía nada. —Me busca los ojos con sus grandes esferas marrones—. No hasta que aparecieron los guivernos ante las puertas de Samara. Mamá llegó unas diez horas más tarde y me contó la verdad; a mí y a todos los jinetes.

Parpadeo perpleja.

—Te lo ha… contado.

—Sí. —Agacha la barbilla al asentir—. Entiendo que no le vio sentido a seguir mintiéndonos delante del cadáver gigante de un guiverno.

Y nosotros ya veníamos de camino a Aretia.

—*Xaden*. —Contacto con él no porque no me fíe de mi hermana, sino porque me fío más de él.

—Si dice que vuestra madre lo confesó, está diciendo la verdad. Ahora estamos en las afueras de la ciudad, acompañando a los rezagados.

—Y qué, ¿dejó que los cuarenta os marcharais? —Me aparto de ella y señalo a los dragones apostados en los muros que nos rodean. Es imposible que permitieran desertar a decenas de jinetes.

—Nos dio una hora para decidir, y la mitad optamos por marcharnos. Nos cruzamos con otros jinetes por el camino a quienes les habían presentado el mismo ultimátum. Los líderes decidieron que les convenía más dejarnos ir que hacer que nos quedáramos y convenciéramos a los demás de que se marcharan o, peor, que filtráramos información. Además, tampoco es que la decisión estuviera realmente en nuestras manos, ¿sabes? —Mira de reojo a Teine.

Hay algo que no… me cuadra. ¿A santo de qué iban a dejar mi madre y Melgren que se fueran sin más?

—Creo que sabía que encontraría… —Levanta la cabeza por encima de mi hombro y se queda de piedra, antes de empezar a temblar y que las pupilas se le dilaten.

—¿Mira? —Echo un vistazo hacia la casa y veo al instante lo que la ha dejado sin palabras.

Brennan está bajando la escalera a toda prisa, esbozando una sonrisa que no puedo evitar imitar. Estamos los tres aquí, y no hay palabras para describir cómo de completa me siento. Me escuecen los ojos y pestañeo para controlar la sensación agridulce y, al mismo tiempo, de un regocijo absoluto que amenaza con sobrepasarme.

Por fin nos hemos reunido.

—¿Brennan? —croa Mira, y yo retrocedo unos pasos para darles espacio—. ¿Cómo es posible?

—Hola, Mira. —Le faltan unos pocos metros, y se le ensancha la sonrisa.

—¿Estás vivo? —Mira se tambalea hacia delante, negando con la cabeza—. Después de… O sea… Han pasado seis años y es-estás… ¿vivo?

—Vivito y coleando. —Extiende los brazos—. Joder, cómo me alegro de verte.

Ella echa atrás el brazo y le suelta un puñetazo en mitad de la cara.

39



La sangre de la vida de los seis y la única se combinaron y la piedra refulgió en una lluvia de hierro.

—Diario de Warrick de Luceras

—Traducido por la cadete Violet Sorrengail

Cuantísima… sangre.

—¡Ve al gran salón y dile a Ridoc Gamlyn que necesito hielo ahora mismo! —le grito a un guardia al entrar en el vestíbulo.

—¡Estoy bien! —consigue articular Brennan a través del pañuelo que le restaña el río de sangre que intenta correrle por la cara. Se comprueba el cartílago y tuerce el gesto—. Joder, Mira, ¡creo que me la has roto!

—Yo he oído claramente un crujido.

Fulmino a mi hermana con la mirada por encima del hombro de camino al aula en la que nos imparten las clases de Historia. Está preparada para los cadetes, con una docena de sillas en torno a una mesa construida de forma apresurada.

—¡Te lo mereces! —grita Mira zafándose del guardia que intenta agarrarla—. Ni se te ocurra tocarme.

—Deja a mi hermana en paz —le ordena Brennan apoyándose en el borde de la mesa—. Es un asunto familiar.

—¿Familiar? Si fuéramos familia, no habrías permitido que te creyera muerto durante seis años. —Mira se apoya en la pared que tengo a mi

izquierda, dejándome a mí entre los dos—. Aquí la única familia que tengo es Violet.

—Mira… —empiezo yo.

—¿Teniente coronel? —nos interrumpe Ulices apartando a los guardias de un empujón, y esta vez no me mira con el ojo entrecerrado.

—¿Teniente coronel? —Mira desvía la mirada de Ulices a Brennan, y se cruza de brazos—. Al menos lo de pasarte seis años haciéndote el muerto te ha servido para que te asciendan.

Brennan la atraviesa con la mirada antes de volverse hacia Ulices.

—Estoy bien. Tranquilizaos, por favor. He tenido lesiones mucho peores entrenando.

—No sería la primera vez que le rompo la nariz —añade Mira ofreciéndole una sonrisa melosa a Ulices, cuyo ojo se entorna en dirección a mi hermana.

Un guardia se abre paso a un lado de Ulices y me entrega un grueso carámbano envuelto en un paño; nunca he agradecido tanto el sello de Ridoc.

—Gracias —le digo—. Y dale también las gracias a Ridoc de mi parte, por favor.

—Desplegad a todos los jinetes disponibles para que exploren los puestos tyrrish con el mayor sigilo posible —le ordena Brennan a Ulices—. Necesitamos saber si han desertado más jinetes o si se avecina un ataque.

—Con todos los jinetes adicionales que tenemos —masculla Ulices.

—Cambio. —Le lanzo una orden a Brennan yo misma, sosteniendo el hielo en alto.

—¿Y qué pasa con la bandada nueva? —pregunta Ulices—. ¿Seguimos el mismo procedimiento que con los cadetes?

—Riorson responde por ellos, según Marbh, pero aseguraos de que los dragones también hacen lo propio. Llevadlos al valle. —Brennan hace un gesto con la cabeza, y la sangre le gotea por la barbilla.

Qué asco.

—Cambio —repito agitando el hielo para que lo vea.

Ulices mira de soslayo a Mira.

—¿Estás seguro de que…?

—Puedo encargarme de mi hermana —le asegura Brennan.

—Yo que tú no estaría tan seguro —replica Mira arqueando una ceja mientras Ulices se marcha. El umbral se queda vacío, pero sigue habiendo un guardia en el exterior.

—No me puedo creer que me hayas dado un puñetazo —dice Brennan entre dientes—. ¿Tú sabes lo que me cuesta repararme a mí mismo? A ti, ningún problema. Pero ¿a mí? Es una puta tortura.

—Mira que llegas a ser llorón, hermano. —Mira arruga la cara al burlarse de él—. Bien que lloramos nosotras por ti.

Y, de repente, vuelvo a sentir que tengo diez años y que soy la persona más pequeña en una habitación de gigantes.

—Sabía que no lo entenderías. —Brennan agita un dedo en dirección a Mira y se estremece—. Joder, voy a tener que recolocarme el cartílago.

—¿El qué? ¿Que permitieras que quemáramos tus cosas?

—Ya he tenido esta discusión con él —le digo.

—¿Que dejaras que fuéramos testigos de cómo nuestra madre se convertía en una sombra de lo que era? —continúa, ignorándome—. ¿Que permitieras que el corazón de nuestro padre tirara la toalla porque tu muerte lo destrozó? —Mira se aparta de la pared y yo levanto la mano, con la palma hacia fuera, como si tuviera la más mínima posibilidad de detenerla si decidiera volver a atizarle.

—Bueno, puede que yo no fuera tan lejos. —Que no es que lo que haya dicho sea mentira, pero, hostia, se ha pasado.

—Papá entendería lo que he estado haciendo. —La voz le adquiere un tono nasal al moverse el tapón de sangre.

—¿Quieres hacer el favor de cambiarte el paño? —le pido mientras el agua gotea desde mi puño hasta el suelo de piedra.

—Y ahora que hablas de nuestra madre… —Brennan se pone de pie—. Espero que mi muerte la atormente durante el resto de su vida, si tan dispuesta estaba a sacrificar mi vida por una mentira.

—¡Eso no es justo! —le espeta Mira—. Puede que no esté de acuerdo con lo que hizo, pero comprendo que creyera que era lo mejor para protegernos.

—¿Para protegernos? —Brennan entorna los ojos—. ¡A ti no te mataron!

Se están gritando como si yo no estuviera delante. Sí, definitivamente me he vuelto a convertir en la hermana pequeña callada.

—¡Y a ti tampoco! —le grita ella—. ¡Te escondiste aquí como un cobarde en lugar de volver a casa cuando más te necesitábamos! —Me señala con el dedo—. ¡Elegiste la compañía de unos desconocidos antes que la de tus propias hermanas!

—¡Escogí por el bien del continente!

—Me cago en la puta. ¡Callaos ya! —grito acallándolos a los dos—. Mira, acababan de nombrarlo teniente, y lo hecho, hecho está. —Tras volverme

hacia Brennan, le planto el hielo en la mano—. Y tú, Brennan, ponte el hielo de los cojones en la cara antes de manchar el suelo, ¡que mira que llegas a ser tozudo!

Brennan se lleva el hielo a la nariz despacio, mirándome como si fuera la primera vez que me ve.

—Y pensar que yo antes quería tener hermanos —dice Xaden desde el umbral, apoyado en el marco de la puerta con indiferencia, como si llevara un buen rato observándonos.

Toda la ira que tengo en mí se convierte en puro alivio, y me acerco a él con cuidado de no resbalar con la sangre que Brennan ha ido dejando por toda la habitación.

—Hola.

—Hola —responde Xaden rodeándome la cintura con los brazos y tirándome hacia él.

El corazón me da un vuelco, como una roca lanzada a un estanque cristalino, mientras estudio cada detalle de su rostro. No hay ni un solo corte ni magulladura, pero ¿quién sabe lo que habrá bajo la ropa de jinete?

—¿Estás bien?

—Ahora sí —dice con ese tono suave que solo utiliza conmigo, y las rodillas me fallan cuando baja la boca en dirección a la mía, ofreciéndome todo el tiempo del mundo para protestar.

Pero no lo hago.

Me besa despacio, con delicadeza, y yo me pongo de puntillas para acercarme un poco más, tocándole las mejillas ásperas con las manos.

Esto es lo que hace que todo cobre sentido. El mundo podría desintegrarse a nuestro alrededor y no sé si llegaría a darme cuenta, o si me importaría, mientras lo tuviera entre mis brazos.

—¿En serio? —dice Brennan—. ¿No os cortáis ni delante de mí?

—Uy, y se están controlando —responde Mira—. Espera a que decidan prácticamente montarse el uno encima del otro en un espacio público. Te prometo que no vas a ser capaz de quitarte esa imagen de la cabeza.

Sonrío sin despegar los labios de Xaden, y él intensifica la presión sin llegar a sacar la lengua de detrás de sus dientes, para mi desgracia. Retrocede a regañadientes, pero la promesa que distingo en sus ojos basta para que la sangre me bulla.

—Bueno, ¿y qué van a hacer los hermanos Sorrengail ahora que han vuelto a reunirse? —pregunta Xaden alzando la cabeza para contemplar a mi familia.

—Vamos a darle una paliza al gilipollas de nuestro hermano —explica Mira con una sonrisa.

—Sobrevivir —interviene Brennan.

Dejo caer las manos del rostro de Xaden, y entonces levanto la vista hacia mi hermano y mi hermana. Todo lo que quiero de corazón, todas las personas sin las que no podría vivir, están aquí, y por primera vez en mi vida puedo protegerlas.

—Necesito la sangre de los seis jinetes más poderosos.

Brennan levanta las cejas y Mira arruga la nariz, como si acabara de tragar leche agria.

—¿De la historia? ¿O vivos? —pregunta Xaden con gesto serio.

—¿Por qué? —dice Brennan, con el agua goteándole del puño.

—En activo, creo —le contesto a Xaden, y entonces me vuelvo hacia mis hermanos y respiro hondo—. Sé cómo levantar las protecciones.

Nueve personas —la Asamblea, Bodhi y yo— salimos por la puerta trasera de la Casa Riorson cinco horas más tarde y enfilamos un sendero tallado en la cresta por parejas.

—¿Ya lo tienes claro? —le pregunta Ulices a mi hermano; ambos caminan delante de Xaden y de mí.

—Mi hermana lo tiene claro, y con eso me basta —responde Brennan.

—¡Faltaría más, vamos a perder el tiempo atendiendo los caprichos de una cadete! —grita Suri a nuestras espaldas, caminando junto a Kylynn.

—Una cadete que puede levantar las protecciones —replica Xaden.

Sin presión.

Me guardo las manos temblorosas en los bolsillos de la chaqueta de vuelo para protegerme del frío mientras el sol se pone tras las montañas. Finalmente el sendero se nivela y nos acercamos a un par de guardias lúgubres que se echan a un lado para que podamos pasar, y seguimos el camino de grava que conduce a un lateral de la montaña hasta convertirse en un cañón artificial abierto al cielo sobre nuestras cabezas.

Las luces mágicas se encienden a medida que atravesamos la sima, y el estómago se me revuelve por los nervios. No, es miedo. Qué va…, son nervios. Sea lo que sea, me alegro de no haber cenado.

—Deberíamos aprovechar este tiempo para hablar sobre las negociaciones con Tecarus, ahora que estamos todos aquí. —Ulices mira con recelo a mi hermano.

—La carta ha llegado hoy. Quiere que acudamos en su ayuda cuando nos convoque —contesta Brennan—. Debemos armar primero las bandadas de la costa, y dice que entonces nos permitirá traernos la luminaria a Aretia…

—No lo permitirá —lo interrumpe Xaden.

—… siempre que vea a Vi manipulando el rayo —termina Brennan.

—Me da que vamos a tener que buscarnos otra luminaria, porque Tecarus se reunirá con Malek antes que con Violet —afirma Xaden con ese tono calmado y glacial al que recurre cuando ha tomado una decisión—. A menos que estés dispuesto a no volver a ver a tu hermana jamás. Se la quedará para utilizarla como arma. Los dos lo sabemos.

—Puedo quitarle de la cabeza esas ideas. —Brennan tensa la mandíbula.

—Si hubiera otra luminaria, ¿no crees que ya estaríamos negociando para conseguirla? —le espeta Kylynn.

—Pues entonces ofrecedle una armería entera, porque Violet no forma parte de las negociaciones. —Xaden mira hacia atrás y la atraviesa con la mirada.

—*A mí no me importa ir*. —Nuestros hombros se rozan cuando el sendero se estrecha y las paredes del cañón ganan aún más altura a nuestro alrededor—. *Lo necesitáis*.

—*Lo digo en serio. La respuesta es no. Siempre hay una alternativa.*

Menos mal que estamos a punto de resguardarnos tras las protecciones. No soluciona el problema de proteger Poromiel, no hasta que podamos construir extensiones como las de Navarre, pero al menos la gente de Aretia estará a salvo.

A unos seis metros más allá el cañón se abre en una cámara circular en la que bien podrían caber diez dragones, y alzo de inmediato la vista en dirección a una serie de runas que conducen hacia el cielo.

—*¿Cómo es posible que no haya visto esto al sobrevolarlo?*

—*Son unas runas de enmascaramiento antiquísimas, muy complejas.*

Los jinetes que caminan frente a nosotros se dividen y dejan a la vista la piedra protectora.

Separo los labios, porque… guau.

El reluciente pilar negro debe de medir el doble que Xaden, y los nueve tendríamos que cogernos de las manos para poder rodearlo. En el centro, a unos dos metros de altura, hay una serie de círculos grabados entrelazados, con una runa tallada a lo largo. Es un patrón casi idéntico al que aparece en las páginas del diario de Warrick.

Me adelanto y examino cada detalle.

—¿Es ónice? —le pregunto a Xaden.

Es descomunal. Ni siquiera un dragón podría cargar con ella. Tuvieron que tallarla en esta misma cámara.

—No lo sabemos a ciencia cierta, pero mi padre creía que era hierro pulido —responde.

«Lluvia de hierro». El corazón me palpita con fuerza. Lo hemos conseguido. Por fin vamos a tener protecciones.

—No perdamos más tiempo. —La voz de Ulices retumba por la cámara y rebota en las altas paredes de piedra.

—¿Y qué hay que hacer exactamente para levantar las protecciones? —pregunta Bodhi, colocándose a mi lado mientras los demás forman un semicírculo alrededor de la piedra.

—Un momento. —Saco el diario de Warrick de la funda de cuero protectora que llevo dentro de la chaqueta de vuelo y busco el pergamino con la traducción que he dejado en el pasaje correspondiente; luego levanto la vista hacia la piedra para comparar los esbozos. El símbolo que Warrick dibujó no es idéntico, pero las runas están en la misma posición, y eso es buena señal—. Vamos allá. «Y reunimos a los seis jinetes en activo más poderosos —leo del pergamino—, y la sangre de los seis y la única se combinaron y la piedra refulgió en una lluvia de hierro». —Miro hacia el semicírculo—. «Los seis» —señalo la piedra— y «la única».

—¿Quieres que sangremos encima de la piedra protectora? —pregunta Felix enarcando las cejas plateadas.

—Yo solo os digo lo que hicieron Warrick y los Primeros Seis. —Sostengo el diario en alto—. ¿O acaso hay alguien más aquí que pueda traducir el lucérico antiguo?

Nadie dice nada.

—Lo suponía. —Bajo la cabeza y estudio el resto de la traducción.

—Según nuestros mejores cálculos —dice Brennan frotándose las manos para entrar en calor—, los seis jinetes más poderosos que residen actualmente en Aretia son Xaden, Felix, Suri, Bodhi, Violet y yo.

—Yo veo aquí algunos patrones familiares —apunta Suri.

—Según Warrick, los Primeros Seis entregaron la sangre de la vida… —empiezo.

Todas las cabezas se giran en mi dirección.

—No creo que se refiriese hasta morir —explico deprisa—. Sabemos que los seis vivieron después de construir las protecciones de Basgiath. —Se oye un claro suspiro de alivio a mi alrededor—. Con suerte, nos bastará con un

cortecito en la palma de la mano, y luego solo tendremos que posarla sobre la piedra protectora para tener nuestras propias protecciones.

—Bajo una lluvia de hierro —dice Bodhi despacio.

Suri se saca un cuchillo del costado.

—Vamos a terminar ya con esto.

Los seis nos acercamos a la piedra protectora y yo me guardo el diario en la chaqueta de vuelo.

—¿En cualquier sitio? —pregunta Bodhi bajando el cuchillo hasta detenerse justo encima de la palma de su mano.

—El diario no lo especifica. —Brennan se desliza la daga por la mano y entonces la presiona contra la piedra protectora, y los demás hacemos lo mismo.

Una sensación de esperanza me invade el pecho, me aumenta con el pulso del corazón, e inspiro entre dientes ante la punzada de dolor del corte. La sangre me brota y entonces coloco la palma contra la piedra a la misma altura que los demás. Está más fría de lo que esperaba, pero no tardo en percibir el calor de la sangre que me mana y que gotea por la reluciente superficie negra.

La piedra parece estar congelada. Inerte. Pero no por mucho tiempo.

Observo la fila de manos para asegurarme de que todos están tocando la piedra, y distingo seis hilos estrechos de sangre deslizándose por el hierro.

—¿Está funcionando? —pregunta Bodhi sangrando a pocos centímetros de mí.

Abro la boca, pero la cierro casi al instante.

Nadie responde.

«Vamos», le ruego a la piedra, como si pudiera devolverle la vida mediante pura fuerza de voluntad.

No hay ningún zumbido, ninguna sensación de poder. No es más que una roca fría y negra. No se parece en nada a la percepción que notas al estar cerca de las protecciones en los puestos avanzados, ni tan solo a lo que siento cuando sostengo en la mano la daga con la empuñadura de aleación.

No hay… nada.

Siento un vacío en el estómago, y luego en el corazón, y finalmente dejo caer la cabeza y los hombros.

—Hasta aquí. —Suri aparta la mano de la piedra—. El resto podéis pasaros la noche aquí sangrando, pero es evidente que esto no funciona.

No, no, no.

Felix, Brennan y Bodhi dejan caer las manos.

La sensación de fracaso me oprime la garganta y me deja un regusto amargo en la boca. He hecho todo lo que se pedía. He investigado, he leído y he robado una fuente original. He traducido y revisado el texto. Se suponía que esta era la solución. Esto es todo en lo que llevo meses trabajando, la clave para proteger a todo el mundo.

¿Habremos hecho sangrar a los jinetes que no tocaba? ¿Habrá algún elemento mágico que he pasado por alto? ¿Algo más aparte de la sangre? ¿Qué se me escapa?

—Violencia —dice Xaden con voz queda.

Despacio, giro la cabeza para mirarlo, esperando encontrar en sus ojos una sombra de decepción o reprobación, pero no hay nada. Tampoco lástima.

—He fracasado —susurro dejando caer la mano.

Él me observa durante un breve instante, y poco después baja la mano también.

—Volverás a intentarlo.

No es una orden, sino solo la constatación de un hecho.

—Violet, puedo… —empieza Brennan haciendo ademán de cogerme la mano.

Niego con la cabeza y bajo la vista hacia la sangre que se me acumula en la palma. Si Brennan me reparara un corte tan reciente, ni siquiera me quedaría cicatriz. No tendría ni tan solo eso como prueba de lo que he estado haciendo estos últimos tres meses.

Un desgarro rompe el silencio, y Xaden me envuelve la mano con un trozo de tela de su uniforme para cortarme la hemorragia.

—Gracias.

—Volverás a intentarlo —repite vendándose la mano con otro trozo de tela.

Asiento, y entonces se vuelve hacia Kylynn y le dice algo en voz baja.

—¿Os parece que hablemos ya de cómo vamos a obtener la luminaria? —pregunta Suri con tono elevado, molesta.

Alzo la vista hacia la roca manchada de sangre, buscando las respuestas que no puede ofrecerme.

—Es una magia perdida —dice Bodhi en voz baja, tras aparecer a mi lado. Se frota la palma de la mano con el pulgar, recién reparada y sin señal alguna de cicatriz—. Puede que esta roca no haya funcionado nunca por algún motivo. Tal vez esté rota.

Vuelvo a asentir, incapaz de hablar. Bodhi, Xaden, Mira, Rhi, Brennan, Ridoc, Sawyer, Imogen… La lista de personas a las que les he fallado es

interminable. Si estamos aquí es porque convencí a mis amigos para robar el diario, y luego… ¿nada? La ira me arde en el pecho y siento despertar el poder, encendiéndome la piel.

No he fracasado. Nunca he fracasado en nada en mi vida. Bueno, quizá en aquel primer ejercicio de navegación de CSJ, pero eso no cuenta. Allí fracasamos todos. Esto solo me compete a mí.

—Ofrécele al vizconde el doble de armas de las que pidió —sugiere Ulices, y la voz se aleja junto con sus pasos.

—Mañana le enviaré una misiva —promete Brennan mientras los demás salen de la cámara.

No tenemos protecciones. Ni armas. Y apenas contamos con unos pocos jinetes experimentados. Y todo porque actué con imprudencia.

El poder se me intensifica y me tiemblan las puntas de los dedos.

Felix se acerca a mí y me estudia con su mirada severa antes de ofrecerme una mano. Pestañeo, y le observo la palma antes de alzar la vista hacia su cara.

—La mano —dice enarcando una ceja.

Extiendo la mano ilesa y él, en lugar de tocarme, ladea la cabeza y observa el ligero temblor de mis dedos.

—Más nos vale empezar mañana. —Suspira—. Déjate de correr. Entrenaremos tu sello.

Sus pisadas resuenan por la cámara y yo me vuelvo y lo veo marcharse, antes de clavar la mirada en la tensa línea de la boca de Xaden mientras Kylynn lo reprende con palabras susurradas y las luces mágicas se reflejan en el acero del hacha de guerra que lleva sujeta a la espalda.

Xaden tenía razón. En la guerra hacen falta armas.

—*Llévame a Tecarus* —le exijo.

Él se vuelve hacia mí y tensa la mandíbula.

—*Antes muerto.*

—*Acabaremos todos muertos si te niegas.*

—*No pienso hacerlo. Y punto.*

Se cruza de brazos y continúa hablando con Kylynn.

A la mierda.

Paso a su lado y tomo el camino que sale de la cámara. Me niego a dejar a mis amigos indefensos cuando soy precisamente la razón de que se hayan visto arrastrados hasta aquí.

—¡Violet! —grita Brennan corriendo para alcanzarme.

—Déjame en paz —le espeto a mi hermano.

—¿Con esa expresión en la cara? Ya te digo yo que no.

—¿Qué expresión? —Lo fulmino con la mirada, aunque sepa que esto no es culpa suya.

—La misma que pusiste con ocho años, cuando te pasaste doce horas seguidas mirándome fijamente a mí con un plato de calabaza delante.

—¿Cómo? —Las piedras me crujen bajo los pies mientras desandamos el camino hacia la Casa Riorson.

—Doce horas. —Asiente—. Papá le decía que dejara que te fueras a dormir, que no te la ibas a comer, y mamá insistía en que no te acostarías hasta que te la comieras.

—¿A qué viene esto?

—Cuando me levanté a la mañana siguiente, mamá y papá se habían quedado dormidos sobre la mesa y tú estabas comiendo pan con queso. Conozco esa cara, Violet. Cuando se te pone algo entre ceja y ceja, eres mucho más tenaz que todos nosotros juntos, así que no, no pienso dejarte en paz.

—Vale. —Me encojo de hombros—. Hoy serás tú quien se me pegue como una lapa, y no al revés.

Pocos minutos más tarde atravesamos la puerta trasera vigilada de la Casa Riorson, y cruzamos la red de pasillos hasta llegar al corredor principal.

—*Tairn.*

—*Uy, esto va a ser gracioso* —responde Andarna.

Siento el largo suspiro de Tairn mucho antes de oírlo.

—*Sabes que es la única solución.*

Otro giro después, nos adentramos en el sobrecogedor alboroto del gran salón. El espacio está lleno de largas mesas de caballete, que examino una a una, ignorando la que ocupa mi pelotón, hasta clavar la mirada en la mesa a la que se han sentado los jinetes que han llegado hoy.

—*Me lo pensaré* —accede Tairn a regañadientes.

—*Gracias.*

Avanzo por el mar de negro con Brennan pisándome los talones, y miro fijamente a Mira al acercarme al extremo de la mesa donde está sentada con sus amigos.

—¿Violet? —Entorna la mirada ante mi mano vendada antes de dejar sobre la mesa su taza de peltre.

—Necesito que me ayudes.

40



Su primer acto de rebeldía verdadero fue buscar aliados; el primero fue el vizconde Tecarus, de la provincia poromielense de Krovla.

—*La Rebelión tyrrish, una historia prohibida*, por el coronel Felix Gerault

Xaden vetó mi segunda propuesta de marcharme a Cordyn como un gilipollas sobreprotector, y luego me lo llevé felizmente a la cama, satisfecha con mis propios planes. Esta mañana, cuando me he despertado, ya se había ido a buscar más desertores navarrenses.

Si no lo sintiera en los labios hinchados y en cada músculo dolorido de mi cuerpo, casi pensaría que lo de ayer fue un sueño.

Supongo que esta es nuestra nueva normalidad.

—¿Y bien? —Felix cruza los brazos sobre su pecho fornido y enarca una ceja plateada hacia mí.

Un viento frío y con olor a nieve me azota las mejillas mientras esperamos entre nuestros dragones, a trescientos metros sobre la arboleda, en la ladera de una montaña con forma de cuenco. Nos encontramos a unos diez minutos en dragón del valle que hay por encima de Aretia.

—¿Esos pedruscos? —Señalo al otro lado del risco un grupo de tres pedruscos mientras Tairn cambia el peso de su cuerpo de pata y la nieve cruje bajo sus garras.

—¿Te habría ido mejor si los hubiera pintado?

Evito poner los ojos en blanco.

—No, pero Carr nunca se preocupó de dónde caía el rayo, siempre que fuera capaz de aumentar la cantidad de ataques en una hora.

Estiro los hombros y abro las puertas al poder de Tairn, y siento cómo me recorre las venas y me calienta la piel. Felix me mira como si tuviera monos en la cara.

—Bueno, ya veremos de qué nos sirve esa técnica.

—Puedo manipular veintiséis por hora si tengo un día bueno, y me han obligado a llegar a los cuarenta, pero el último partió la montaña y… —El recuerdo me deja sin palabras.

—¿Y estuviste a punto de morir quemada? —pregunta—. Por Malek, ¿se puede saber por qué llegaste a ese límite?

—Era un castigo. —Levanto los brazos cuando el poder alcanza un zumbido siseante.

—¿Por qué? —Me observa con una expresión que no me atrevería a describir como compasión.

—Ignoré una orden directa para poder proteger a mi dragona. —El siseo se convierte en una quemazón, y extiendo las manos para liberar el rayo.

Los nubarrones del cielo restallan y un relámpago golpea el lado opuesto del cuenco, muy por encima de la arboleda y a fácilmente cuatrocientos metros de los pedruscos.

Felix pestañea.

—Vuelve a intentarlo.

Accedo al poder de Tairn y repito el proceso, dejando que me colme y rebose y brote, y manipulo otro rayo que cae entre el primero y el montón de rocas. El orgullo me dibuja una sonrisa en los labios. Bastante rápido. He conseguido lanzarlo poco después del primero.

Pero cuando me vuelvo hacia Felix, veo que no sonríe. Arrastra despacio su mirada de desconcierto hacia mí.

—¿Se puede saber que ha sido esa mierda?

—¡He conseguido lanzarlo cuando no había pasado ni un minuto del primer rayo! —me defiendo.

—Y si esos pedruscos fueran seres oscuros, tú y yo ya estaríamos muertos. —Frunce el ceño—. Vuelve a intentarlo. Y esta vez probemos esa táctica revolucionaria que llaman *apuntar*, ¿te parece?

Su sarcasmo no hace más que alimentar mi frustración, y libero otro relámpago que cae entre nosotros y los pedruscos.

—Lo que me sorprende es que nunca te hayas dado a ti misma —masculla frotándose el puente de la nariz.

—No sé apuntar, ¿vale? —le espeto, reevaluando mi idea previa de que él y Trissa, la menuda y callada, eran los miembros simpáticos de la Asamblea.

—Según los informes que se redactaron sobre Resson, sí que sabes —replica, y alza su grave voz en la última palabra—. Sabes apuntar lo bastante bien como para acertarle a un ser oscuro encima de un guiverno volando.

—Pero porque Andarna detuvo el tiempo, y ya ha perdido esa capacidad, de modo que lo que me queda es lo que nos ayudó a sobrevivir en la otra parte de la batalla: el método de atacar y rezar por que acierte a algo de toda la vida.

—Y no me cabe duda de que en un campo de batalla atestado de guivernos les debiste de provocar daños, pero por pura chiripa. —Suspira—. Explícame cómo llegaste a atinar ese último rayo en Resson.

—Es… difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Tuve suerte, supongo. —Me rodeo la cintura con los brazos para protegerme del frío más virulento. Normalmente a estas alturas ya habría entrado en calor, y no notaría cómo empiezo a perder el tacto en los dedos de los pies—. Lancé el rayo, pero lo recoloqué mientras Andarna paraba el tiempo.

—¿Y qué me dices de los rayos más pequeños? —Se vuelve hacia mí para mirarme cara a cara, y la roca cruje bajo sus botas—. Me refiero a los que te salen de las manos.

¿De qué cojones me habla? Creo que en mi rostro se lee lo mismo, porque Felix pone los ojos como platos.

—¿Me estás diciendo que solo has lanzado rayos plenos —señala hacia arriba— desde el cielo? ¿Que empezaste a ir por ahí tirando relámpagos y que nunca has refinado la habilidad?

—Le eché encima una montaña a un compañero de clase, que no lo mató, y desde entonces a Carr solo le preocupaba lo grandes que fueran y la frecuencia. —Levanto las manos—. Y los rayos salen del cielo, no de mis manos.

—Maravilloso. —Se ríe con una carcajada bronca e… irritante—. Es posible que tengas en tus manos el sello más devastador del continente y que no tengas ni pajolera idea de él. Que no sepas nada sobre los campos de energía que lo alimentan. En lugar de utilizar tu poder como una flecha, con precisión y mesura, lo arrojas por ahí como aceite hirviendo con la esperanza

de darle a algo. Y los rayos salen del cielo o del suelo en función de la tormenta; ¿por qué no de tus manos?

La furia me tiñe la piel de rojo, me eleva la temperatura corporal, me provoca un cosquilleo en los dedos y convierte mi poder en un rugido.

—Puedes llegar a ser la jinete más poderosa de tu año, tal vez de toda tu generación, y aun así te conformas con ser poco más que un espectáculo de lucecitas y…

El poder brota de mí y un rayo cae lo bastante cerca como para sentir su calor. Felix mira hacia la derecha, donde una marca negra humea todavía a unos cinco metros de nosotros.

Mierda. La vergüenza se apresura por sofocar los últimos vestigios de mi ira.

—Y ya no es solo que no sepas apuntar, sino que tampoco lo controlas —dice sin miramientos, como si no hubiera estado a punto de calcinarnos a los dos.

—Sí que puedo contro…

—No. —Se agacha hacia la mochila que tiene a sus pies y empieza a rebuscar en su interior—. No era una pregunta, Sorrengail. Constato un hecho. ¿Te ocurre muy a menudo?

Siempre que pierdo los papeles. O cuando estoy en los brazos de Xaden.

—Demasiado a menudo.

—Mira, al menos estamos de acuerdo en una cosa. —Se pone de pie y me ofrece algo—. Toma.

—¿Qué es esto?

Observo lo que me ofrece, antes de cogérselo con cautela de la mano extendida. El orbe de cristal me encaja cómodamente en la mano; las franjas de metal plateado que lo adornan y dividen en cuatro se unen en lo que parecen ser las partes superior e inferior, donde un medallón argénteo de la aleación del tamaño de mi pulgar descansa en vertical dentro del cristal.

—Es un conducto —me explica Felix—. Los rayos pueden provenir de distintas fuentes, pero Tairn canaliza su poder a través de ti. Tú eres el recipiente. Tú eres el conducto. Tú eres la nube, a falta de un término mejor. ¿Cómo crees si no que puedes manipular los rayos con los cielos despejados? ¿No te has dado cuenta de que, aunque te cueste menos durante una tormenta, puedes utilizar tu sello en ambos casos?

—La verdad es que no me lo había planteado. —Los dedos me hormiguean al tocar las franjas de metal.

—No, el problema es que nunca te lo habían enseñado. —Hace un gesto en torno a la montaña—. Tu falta de puntería, de control, no es culpa tuya. Aquí el único culpable es Carr.

—Xaden solo mueve las sombras que ya existen —discuto, reprimiendo las emociones crecientes que temo que me hagan lanzar otro rayo de la vergüenza.

—Xaden puede controlar e incrementar lo que ya existe. Por eso es más poderoso de noche. No hay dos sellos iguales, y tú puedes crear algo que no estaba antes. Manipulas un poder puro que adopta la forma del rayo porque eso es lo que te resulta más cómodo. Veo que Carr tampoco te explicó eso.

—¿Qué razón tenía para no enseñármelo? —Alzo la vista del orbe hacia Felix cuando empiezan a caer los primeros copos de nieve—. Si yo era la mejor arma…

Una de las comisuras de la boca se le curva en una sonrisa pícara.

—Conociendo a Carr diría que te tenía un miedo de muerte. Después de todo, le quitaste a la mitad de los cadetes sin ni siquiera preparar un plan. Hundiste Basgiath por un puro impulso, hay que joderse.

La carcajada que suelta es más de incredulidad que burlona, pero sigue generándome una sensación incómoda.

—Eso no fue cosa mía. —Cierro los dedos en torno al orbe—. Fue Xaden.

—Él dio caza a guivernos sin jinete, los dejó a las puertas de Melgren y reveló el mayor secreto de Navarre a los puestos de la frontera antes del mediodía —afirma Felix—. Pero tú fuiste la que le exigió que les ofreciera una alternativa a los cadetes. En ese momento lo manipulaste a él, a nuestro heredero forzoso, tan implacable, intransigente y obstinado.

—Eso no es verdad. —La energía vibra, y estiro los hombros cuando me hormiguea por las extremidades y amenaza con acumularse hasta un punto de no retorno—. Le sugerí la opción más humana, y él la aceptó. Lo hizo por el bien del resto de los cadetes.

—Lo hizo por ti —responde él con suavidad—. Los guivernos, la exposición, lo de allanar Basgiath y robarles a la mitad de los cadetes. Todo por ti. ¿Por qué crees que la Asamblea quiso encerrarte el julio pasado? Vieron lo que eras. En cierto modo, supongo que eres tanto un peligro para Aretia como para Basgiath, ¿no? El poder no solo reside en nuestros sellos.

—No soy poderosa solo porque él me ame.

Un regusto amargo a miedo me llena la boca un instante antes de que el poder se libere y restalle a través de mí como un látigo, pero no veo el destello del rayo. Al menos no en el cielo.

Parpadeo ante el brillante orbe, y entonces me maravillo al distinguir el hilo eléctrico que serpentea desde el punto en que apoyo el índice en la franja de metal hasta el medallón de aleación del interior. El rayo se desvanece un segundo más tarde.

—No. Eres poderosa y él te quiere, lo cual es aún peor. Tu poder está demasiado atado a tus emociones —comenta Felix—. Esto te ayudará. No es una solución permanente, pero de momento mantendrá a la gente de Aretia a salvo de tu temperamento.

—No entiendo nada. —Y no puedo dejar de contemplar el orbe, como si el diminuto relámpago pudiera aparecer de un momento a otro.

—Las runas que hay grabadas en el conducto están entrelazadas para absorber un poder concreto. Estas las entrelacé específicamente para ti la última vez que estuviste aquí, pero te marchaste antes de que pudiera enseñarte a utilizarlo. Tenía la esperanza de que no llegaras a necesitarlo, pero, la verdad, parece que Carr no ha cambiado demasiado en los seis años que hace que no lo veo.

—¿Runas? —repito como un loro observando los grabados.

—Sí. Runas. Un poder contenido que se teje con un propósito determinado. —Exhala despacio—. Que evidentemente no conoces porque Basgiath no os enseña nada acerca de las runas tyrrish, a pesar de que el puto colegio se construyera sobre ellas. Supongo que le pediré a Trissa que os imparta esa clase. Es la más paciente de la Asamblea.

Aparto la mirada del orbe y la levanto hacia Felix.

—Esto… ¿desvía mi poder?

—Algo así. Lo creé como una herramienta muy sencilla para imbuir de poder la aleación. Te lo absorberá cuando amenace con sobrepasarte o cuando tú misma decidas redirigirlo. Con suerte —enarca las cejas—, en cantidades pequeñas y controladas. Practica esta semana. Debes aprender a controlarlo, Sorrengail, o seguirás siendo un peligro para todas las personas que te rodean. No quieran los dioses que la próxima vez que pierdas los nervios estés volando entre las nubes con tu pelotón.

—No soy un peligro.

—Lo que tú quieras ser no cambia lo que eres ahora mismo sin un poco de esfuerzo. —Felix recoge la mochila y se la echa al hombro—. No aprendiste nunca a empezar por lo más básico, como el resto del pelotón, y luego pasar a los ataques más potentes y letales. Debes dominar los conocimientos básicos que nunca te enseñaron. Rayos humildes y precisos. Pequeños hilos de poder en lugar de… —Señala al cielo—. Lo que fuera eso.

—No tengo tiempo para dominar los rayos humildes y precisos. Necesito ayuda hoy —le discuto—. Necesitamos que Tecarus nos entregue una luminaria o… —Me interrumpo.

—¿O tú y Xaden os habréis cargado al movimiento entero por ese impulso que he mencionado antes? —Enarca ambas cejas.

—Sí, más o menos. El año pasado lo tenía mucho más fácil, cuando solo tenía que preocuparme por mi supervivencia, y no por la de todo el continente. —Y fracasé.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: el segundo año o bien te moldea o te rompe por completo. —Me suelta la broma con el rostro compuesto, pero le distingo un brillo claro en los ojos—. Y en cuanto a Tecarus, quiere ver como manipulas tu poder, no necesariamente que lo manipules bien. Tu mayor obstáculo aquí es convencer a Xaden para que te acompañe, dado que me atrevería a suponer que de momento no ha cedido. Ya rechazó en redondo la posibilidad el julio pasado. —Se encoge de hombros—. Pero hemos terminado por hoy. Nos volveremos a ver la semana que viene, y por la cantidad de poder que haya acumulado la aleación sabré si has estado practicando o no. Si has almacenado la cantidad suficiente, continuaré enseñándote.

—¿Y si no practico? —Retuerzo los dedos alrededor del orbe.

—Pues no te enseñaré —se limita a responder por encima del hombro de camino a su Rojo Cola de Espada—. No me interesa perder el tiempo con cadetes que no quieren que les enseñe cuando tengo a más de cien que pueden aprovecharlo mucho más.

La marca calcinada que hay detrás de él; los pedruscos intactos; los puntos en que han golpeado los rayos a lo largo de la cresta. Todo capta mi atención. Felix tiene razón. Soy un espectáculo de luces con consecuencias letales, y la cantidad de veces que he perdido el control cerca de mis amistades, cerca de Xaden… Se me cierra la garganta. Todo el mundo considera a Xaden una amenaza, pero la amenaza soy yo.

Puede que él sea un arma, pero yo soy un desastre natural.

Y estoy harta de que todas las personas que me rodean sufran porque no soy capaz de poner en orden mis prioridades.

—¡Quiero aprender! —grito. «En cuanto regrese».

—Perfecto. Demuéstramelo.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta Mira al entrar en el valle bajo la brillante luna de este mes. Cada brizna de hierba está cubierta de escarcha matinal y refleja la luz como gemas relucientes.

—Lo de estar segura de algo es relativo.

—¿Cómo de relativo? —Arquea las cejas—. Porque lo que estamos a punto de hacer podría tener unas consecuencias bastante gordas.

—Estoy segura de que esta es la única forma de fabricar las armas que necesitamos. —Me abrocho el primer botón de mi chaqueta de vuelo para protegerme del frío de finales de octubre—. Y estoy segura de que si no nos desviamos de nuestro objetivo, podemos estar de vuelta en dos días. Y estoy totalmente segura de que esto detendrá los ataques de grifos a los puestos avanzados navarrenses. Pero si me preguntas si estoy segura de que no fracasaremos o terminaremos siendo huéspedes permanentes del vizconde Tecarus, no.

—Bueno, yo de lo que estoy segura es de que Xaden se va a poner hecho un basilisco cuando descubra que te has marchado a sus espaldas —me reprende Mira de camino a nuestros dragones.

—Ya, pero Xaden me perdonará en cuanto se dé cuenta de que volvemos a estar a tope con lo de cargarnos venin. Todo esto es culpa suya, por negarse a hacer lo que debe hacerse con la excusa de protegerme.

—Solo para que lo sepas, si he accedido a ayudarte es porque hacer todo lo que pudieras llegar a pedirme durante el resto de nuestras vidas seguiría sin compensar lo de que no te creyera. Me gusta que Xaden se pase de protector. Así yo puedo no preocuparme tanto.

Echo un poco de menos aquellos tiempos en que Xaden quería matarme. Al menos no insistía en pasarse el día rondándome.

—Y yo solo he accedido a ayudaros para que no muráis —añade Brennan a mi derecha.

—Por favor. —Mira resopla—. Tú estás aquí por el rango que indica tu uniforme.

—Ninguna de las dos está capacitada para negociar un acuerdo de armas en nombre de la Asamblea. Las dos sabéis que esto puede acabar muy mal, ¿verdad? —Se mete las manos en los bolsillos de la ropa de vuelo.

—¿Existen riesgos? —Asiento e ignoro los latidos acelerados de mi corazón—. Sí. Pero Tecarus quiere verme manipular mi sello a cambio de la luminaria. Hasta Xaden dijo que la mayor amenaza es que me retenga allí, no que me mate. —Y si debo quedarme en Poromiel para que mis amigos y

familiares estén a salvo, que así sea. Me parecerá un trato justo si Brennan y Mira se marchan de allí con la luminaria.

—Por mí puedes quedarte en el lugar que has considerado tu hogar durante seis años —le espeta Mira a Brennan, antes de encogerse de hombros—. De todas formas, a mí siempre se me han dado mejor las espadas que a ti. Traeré a Violet de vuelta sin un rasguño.

—No. —Los miro alternativamente. ¿Siempre han discutido tanto?—. No vamos a pasarnos el trayecto discutiendo, y más nos vale no hacerlo cuando lleguemos allí. Esto ya es bastante peligroso de por sí. Así que dejaos de tonterías y parad de pelearos.

—Sí, mamá —se mofa Mira.

Mamá. ¿Qué pensaría si nos viera a los tres trabajando codo con codo?

Nos quedamos en silencio, acompañados únicamente de los crujidos de la escarcha bajo nuestras botas.

—¿Demasiado temprano? —pregunta Mira.

—Creo que sí —respondo ajustándome las correas de la mochila.

—Sin duda —añade Brennan.

Los tres alcanzamos a nuestros dragones con una media sonrisa en los labios.

—¿*Seguro que sabrás llegar*? —le pregunto a Tairn después de atar la mochila a la silla.

—*Voy a hacer como si no me hubieras preguntado eso.*

—¿*Y Sgaeyl*? —Me inclino hacia delante y me sujeto a la silla, estremeciéndome a medida que el frío me cala la ropa de vuelo.

—*Está fuera de rango, pero sus emociones están calmadas.*

—*¿Y me prometes que no le dirás nada hasta que volvamos?*

Me agarro al borrén y echo un vistazo al valle, buscando alguna señal de Andarna, pero no la veo por ninguna parte.

—*Ya se ha ido, pero la Hambrienta ha estado insoportable desde el mediodía, cuando se ha enterado de que no vendría con nosotros.*

Tairn se acuclilla antes de lanzarse hacia los cielos. El suelo se aleja más y más con cada batir poderoso de sus alas, y yo contengo el aliento tontamente al sobrevolar una Aretia durmiente, como si el sonido de mi respiración pudiera despertar a mis amigos.

Rhiannon es la única que sabe adónde vamos, y nos encubrirá todo lo posible. No obstante, puede que yo sea prescindible durante un día, pero es evidente que alguien acabará echando de menos a Brennan.

Las mejillas se me entumecen antes incluso de dejar atrás Aretia, y dejo de sentir las piernas cuando llegamos a los riscos de Dralor un par de horas más tarde. Volar a estas alturas del otoño, sea cual sea la duración del trayecto, no es apto para timoratos.

Tairn vuela a lo largo de toda la mañana, manteniendo la velocidad para que Teine y Marbh puedan seguirle el ritmo, y al sur distinguimos Draithus, la segunda ciudad más poblada de Krovla, y seguimos avanzando hacia la oscuridad que nos espera. Voy recuperando el tacto en las extremidades a medida que perdemos altura y el sol se eleva hacia el cielo.

—*Duerme, Plateada. No es a mí a quien Tecarus quiere ver haciendo trucos como si fueras una mascota.*

Acepto su sugerencia y descanso todo lo posible, pero estoy hecha un manojo de nervios y no paro de removerme en la silla mientras sobrevolamos tierras que solo había visto en cuadros. Campos ámbar listos para la cosecha dan paso a playas blancas y mares turquesa a medida que el día se funde con la tarde.

Cuanto más nos aproximamos, más me oprime el nudo que tengo en el pecho. O es la mejor idea que he tenido jamás… o la peor. En el momento en que una bandada de tres grifos aparece volando frente a nosotros en la formación estándar de ataque en uve, concluyo que la balanza se está inclinando definitivamente hacia la peor idea.

Que sean más pequeños no significa que no puedan llegar a hacerle mucho daño a Tairn con esas garras.

—*No sufras. Nos están escoltando a Cordyn* —me dice Tairn, pero noto un cambio en su voz que me indica que no le hace ni pizca de gracia la comitiva ni la velocidad que debe adoptar para que puedan seguirle el ritmo. Se dividen hasta rodearnos a los seis—. ¿*Ves ese patético intento de fortaleza en la cara este de la cima más alejada*? —me pregunta mientras bordeamos la playa. Jamás había visto un agua de este color, y no llego a decidirme si es más bien turquesa o aguamarina.

—*¿Te refieres a ese palacio que parece brillar con luz propia?*

La estructura es una combinación gigantesca de columnas blancas y estanques azules que caen en cascada sobre cinco terrazas independientes antes de precipitarse por la suave inclinación de las colinas que se alzan sobre la playa.

—*Es por el sol, que se refleja en el mármol blanco* —gruñe él—. *Pero no es más que una ridiculez indefendible.*

Es… precioso. Qué lujo poder construir un lugar así, diseñado exclusivamente con la estética en mente. Nada de altos muros ni rastrillos. Tairn tiene razón: es imposible defenderlo, y caerá en cuanto los venin decidan tomarlo, pero el corazón se me encoge al pensar que jamás disfrutaré de una paz lo bastante duradera como para vivir alguna vez en un lugar así. Incluso distingo un vasto jardín colorido cuando nos aproximamos a la ciudad a la orilla del río que hay debajo.

El grifo que tenemos delante desciende en picado y Tairn lo sigue, recogiendo las alas y acercándose lo suficiente para dejarle claro que no es rival para él.

—*Deja de intimidarlos.*

Ya solo nos falta tener un incidente antes de poder pedirle siquiera la luminaria a Tecarus.

—*No soy responsable de su inferioridad*. —Percibo una evidente sonrisa en su tono, pero su estado de ánimo cambia cuando nos acercamos a un jardín cuidado frente a la tercera terraza del palacio—. *No te gustará lo más mínimo la bienvenida que están a punto de ofrecernos*.

—*Seguro que no nos pasa nada. Te preocupas demasiado.*

—*Ya lo veremos.*

Me apresuro a desabrochar la mochila, pero joder si me duelen las articulaciones al deslizarme por la pata delantera de Tairn hasta aterrizar en la mullida hierba verde.

—¿Estás bien? —me pregunta Mira, esperándome desde hace un rato, porque sí, es así de rápida.

—Un poco dolorida de haber estado en la misma posición tanto tiempo. —Dioses, qué calor hace aquí.

—Tal vez deberíamos haber avisado de que veníamos. Los veo más dispuestos a combatir que a negociar.

Mi hermana centra la atención al frente, a la hilera de los tres grifos y sus pilotos, que miran frente a frente a nuestros dragones a pesar de estar en una clara desventaja, y forman un muro de plumas y garras que nos impide continuar hacia palacio.

—Tienen agallas, eso no se lo discuto —mascullo cuando Brennan aparece a nuestro lado y me coloca entre él y Mira. Hay cosas que no cambian nunca.

—Y nos estaban esperando —dice Brennan en voz baja cuando echamos a andar.

—¿Tú crees? —pregunta Mira examinando nuestros alrededores.

Yo mantengo la atención puesta en los pilotos y sus manos.

—Hay como mínimo tres docenas de personas observándonos desde los balcones superiores, y otro grupo detrás de los grifos —constata Brennan—. Nos estaban esperando.

—Además, no ha gritado nadie al ver a nuestros dragones —añado con voz queda.

Mira sonríe.

—Cierto.

—Cuidado con lo que decís. Tecarus nos tomará la palabra sobre cualquier acuerdo al que lleguemos. No le hace ninguna gracia que alguien rompa su palabra. Y mantened los escudos en alto, aunque no creo que nos sirvan de mucho —nos ordena Brennan cuando apenas nos separan unos metros de los pilotos—. Es posible que los pilotos no tengan sellos, pero la mayoría de sus dones de magia menor incluyen trucos mentales, y en eso sí que nos sacan ventaja.

—Lo tendré en cuenta. —No necesito comprobar mis escudos. Los tengo en posición desde que hemos salido de Aretia.

Los grifos nos contemplan con unos ojillos negros mientras nos acercamos y chasquean sus afiladísimos picos en un ritmo que me recuerda a una suerte de discurso. Me alegro de no entender lo que están diciendo al oír los agresivos golpes secos del de la derecha.

Dos de los pilotos llevan los mismos ropajes marrones que le he visto ya a Syrena, pero el tipo de la barba desigual que hay a la izquierda luce un uniforme de un color más claro y unos símbolos distintos cosidos en el cuello.

—*¿Es un cadete*? —le pregunto a Tairn.

—*Sí*. —Hace una pausa—. *Según los emplumados, una tercera parte de sus filas se refugiaron aquí. La Academia de Vuelo de Riscara se encontraba en Zolya*.

Brennan dice algo en krovliano, con el tono cortés al que recurre cuando su rango importa más que su nombre.

—Sabemos quiénes sois —lo interrumpe el piloto alto del centro en lengua común, estudiándonos a los tres como si estuviera valorando quién supone una amenaza mayor. Posa la mirada en la trenza de mi coronilla, destrozada por el viento, y cambia ligeramente su postura, adoptando una de las posiciones más básicas de combate.

Deduzco que he ganado.

Mira se me pega un poco más y lo mira de arriba abajo, apoyando una mano justo por encima de la empuñadura de su espada.

—Y tú hablas navarrense —comenta Brennan.

—Por supuesto. No todos los reinos creen que su lengua es la única que debería hablarse —indica la de la derecha, tamborileando con los dedos sobre su espada.

No le falta razón.

—Dadnos una verdad y permitiremos que os reunáis con el vizconde —dice el piloto del centro frunciendo sus cejas pelirrojas.

—Eres un detector de mentiras.

Igual que Nora. No es más que una suposición, que confirmo de inmediato al ver cómo los ojos pálidos se le salen de las órbitas. De modo que compartimos algunos poderes. Interesante.

—A diferencia de los jinetes, nosotros no nos etiquetamos en base a nuestras habilidades, pero sí, poseo el don de saber cuándo alguien miente —me corrige.

—Lo tendré en cuenta —digo por segunda vez en menos de cinco minutos.

Odio estar en desventaja por pura ignorancia, pero tampoco es que los Archivos estuvieran atestados de tomos sobre los pilotos o lo que han estado sufriendo durante los últimos seiscientos años.

—Teniendo en cuenta que os habéis presentado aquí sin invitación, exigimos que demostréis que vuestras intenciones son honestas antes de continuar. —Tensa las manos en torno a sus dagas, y Mira hace lo propio con su espada.

Estamos a un paso de desenvainar las armas, y todos lo sabemos.

—Estoy aquí para manipular el rayo a cambio de la ayuda de vuestro vizconde. —Alguien tendrá que empezar.

Él ladea la cabeza y asiente, desviando la mirada hacia Brennan.

—Yo estoy aquí para ofrecer un trato por vuestra luminaria a cambio de armas —declara este.

El piloto asiente, y clava la vista en Mira.

—Vale. —Suspira—. Haced un movimiento en falso hacia mi hermana y os juro que os destriparé como a un pescado. Y eso va para todas las personas de esta ciudad. ¿Te parece lo bastante honesto?

Entreabro la boca y miro de soslayo a mi hermano.

—Joder, Mira —gruñe Brennan.

El piloto esboza una sonrisa que le deja al descubierto los dientes.

—Eso lo respeto.

Alza la vista hacia el grifo que se cierne sobre él y el trío se separa, revelando a la persona que espera justo detrás de ellos.

Una persona vestida de negro de pies a cabeza.

Tensa la mandíbula y cierra con fuerza los puños a los lados, y su hermoso rostro… Bueno, digamos que no me ha mirado con tantísima inquina desde que descubrió cuál era mi apellido en el parapeto, y por aquel entonces quería matarme. Supongo que debería andarme con más cuidado con lo que pido, porque la he cagado pero bien.

—No estás en el mismo sitio donde te dejé, Violencia.

41



> Tras haber rechazado todas las propuestas de los reinos insulares, la reina Maraya nombró heredero a su primo lejano, el vizconde Tecarus de Cordyn. Dado que el vizconde ya cuenta con cincuenta primaveras y no tiene herederos, la decisión no ha sido precisamente popular.
>
> —*Sobre la aristocracia de Poromiel*, por Pearson Kito

—¿Donde me dejaste? —le susurro a Xaden mientras cruzamos el jardín vigilado, dejando atrás a media docena de pilotos de camino a una hilera de puertas abiertas hechas por completo de cristal. Qué poco prácticas y qué tremendamente hermosas—. ¿Como si fuera una mascota a la que pudieras ordenarle que se quedara hecha un ovillo en tu cama solo porque tú se lo digas?

Que le jodan.

—No te creas que la idea me desagrada —responde.

Respiro por la nariz y saco el aire por la boca para contener mi poder; me niego a extraer el conducto de la mochila.

—Reservaos para cuando estéis a puerta cerrada, tortolitos —nos ordena Brennan desde atrás—. Debemos mostrar un frente unido.

—No me puedo creer que la hayas traído hasta aquí —le espeta Xaden lanzándole una mirada glacial.

—Y yo no me puedo creer que te pienses que estás por encima de mí en rango —replica Brennan afilando el tono.

—Estoy por encima de ti en todos menos en uno. —Xaden mira al frente, irradiando ira por cada poro de su cuerpo.

—Y ese es precisamente el más importante —se defiende Brennan.

—¿En serio cultivan hierba como ornamento? —Mira cambia de tema cuando nos acercamos a dos guardias con uniformes carmesí junto a la puerta.

—Deberíais ver el mariposario —dice Xaden haciéndole un gesto de cabeza al guardia de la derecha cuando cruzamos el umbral.

Un momento. ¿Por qué no nos están escoltando los pilotos? ¿Y cómo cojones sabe Xaden que aquí hay un mariposario?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunto al entrar en palacio.

Y joder, menudo palacio.

No hay superficie que no reluzca. El mármol blanco del interior no solo refleja la luz natural, sino también el tenue resplandor de las luces mágicas blancas que penden a mucha altura sobre nuestras cabezas y en las profundidades del edificio, donde distingo varios grupos de sillas de respaldo bajo. Los techos tienen la altura de Sgaeyl, y el espacio no solo está dividido por columnas del grosor de las patas de Tairn, con intrincados murales tallados en cada bloque circular, sino también por una ancha escalinata que debe de conducir al piso superior.

Estoy bastante segura de que si gritara mi nombre lo bastante fuerte, el eco me lo devolvería, de no ser por la muchedumbre con distintos atuendos que pulula por una serie de pilares a intervalos en varios tonos de negro. El marrón es sin duda el color predominante de las ropas, y cuando pasamos por allí está claro que nosotros somos el tema de conversación.

—Hemos aterrizado hace unas pocas horas —responde Xaden—. Cambiamos de dirección en cuanto Sgaeyl percibió que Tairn se había puesto en movimiento.

«No te gustará lo más mínimo la bienvenida que están a punto de ofrecernos». Eso es lo que Tairn me ha dicho cuando hemos aterrizado.

—*Tú y yo vamos a tener un par de palabras* —digo en su dirección—. *Me lo habías prometido*.

—Te prometí que no se lo diría, no que ella no pudiera sentirme.

Me cago en los dragones y en su semántica.

—¿Eso es una… piscina?

Mira contempla el sendero turquesa que serpentea alrededor de la escalera y desaparece por una de las terrazas.

—Te acabas acostumbrando a ellas —comenta Xaden guiándonos por un puente de mármol llano lo bastante ancho para que quepan dos personas—. Pero cuidado si habéis bebido. No hay barandilla.

—No nos quedaremos tanto tiempo como para necesitarlo. —Las palabras de Brennan se ralentizan a la vez que nuestros pasos cuando un grupo de una docena de personas baja por la escalinata que hay frente a nosotros.

Pero ¿Xaden sí ha estado aquí el tiempo suficiente para beber? ¿Y para caerse a la piscina?

—Vamos allá. —Xaden baja la voz—. Procura no prenderle fuego al lugar.

Dos guardias uniformados de carmesí se apostan a ambos lados de un pasamano alabeado, y un tipo alto de pelo oscuro y una túnica de un intenso azul con brocados dorados se adelanta y nos observa con una fascinación indisimulada. Lleva el uniforme ajustado en la cintura, y tiene unas mejillas suaves y redondas.

—Vizconde —lo saluda Xaden—. Le presento a la cadete Violet Sorrengail y a su hermana, la teniente Mira Sorrengail. Creo que ya conoce al teniente coronel Aisereigh.

—En efecto. —Tecarus me sonríe con unos dientes imposiblemente blancos, y le aparecen unos surcos profundos en la frente y en las comisuras de los ojos—. Pero tú eres la que me genera más curiosidad, Violet. —El inquietante placer que distingo en sus ojos hace que me cueste horrores mantenerme inmóvil mientras me estudia, arrastrando las palabras hasta que termina de repasarme—. ¿Es cierto que puedes invocar relámpagos del cielo?

—Sí, así es. —Mantengo la mirada clavada en el vizconde, pero siento el peso de la comitiva que me observa a su espalda.

—¡Qué maravilla! —Da una palmada delante de su pecho, y los anillos le tintinean con pesadas piedras preciosas.

—¿Le parece si…? —empieza Brennan.

—Es de mala educación hablar de negocios antes de la cena. Ya conoces las reglas, Riorson —anuncia Tecarus mirando a Xaden—. Y salta a la vista que no pueden asistir así. Tendrán que vestirse como los dioses mandan, igual que tú.

Xaden asiente una vez.

—¿Cómo que «ya conoces las reglas»? —le pregunto a Xaden—. *¿Se puede saber exactamente cuántas veces has estado aquí?*

¿Y qué parte de nuestros uniformes no es adecuada para cenar?

—No llevo la cuenta, la verdad.

—No sufráis si no habéis traído nada digno de la ocasión —me dice Tecarus—. Me he tomado la libertad de seleccionar una serie de prendas de mis mejores colecciones en cuanto Riorson me ha informado de que veníais de camino. Mi sobrina se encargará de asistiros en todo lo necesario, ¿verdad, Cat? —exclama por encima del hombro.

Se me cae el alma a los pies y se hace añicos contra el reluciente suelo de mármol.

No me lo puedo creer, es que ni de coña.

—Por supuesto, tío.

Catriona da un paso al frente desde la primera fila de la comitiva, vestida de lila, con un vestido de manga larga que acentúa su elegante figura de la mejor manera posible. Me parecía hermosa desde la distancia, pero de cerca sus facciones son tan impecables que la convierten en una persona absoluta y totalmente… devastadora.

De repente entiendo a la perfección por qué Xaden ha estado aquí demasiadas veces como para llevar la cuenta.

—No esperaba verte aquí —le dice Xaden a Cat con ese tono frío y entrecortado al que recurre cuando está molesto mientras nos guían por otro pasillo dos pisos por encima de donde hemos entrado.

—¿Dónde creías que iba a estar después de que los seres oscuros destruyesen Zolya y se asentaran en Riscara? —repone Cat deteniéndose frente a una de la docena de puertas de esta ala.

Mira me lanza una mirada y enarca una ceja cuando nos paramos en mitad del pasillo, con Brennan apenas a unos metros atrás.

«Luego te cuento», le digo solo moviendo los labios.

Cat extiende la mano hasta la manija dorada.

—¿Por qué no te llevas a Aisereigh a que se vista para la cena mientras estas dos se dan un baño? —Le dirige a Xaden una mirada de anhelo, y yo levanto las cejas. ¿En serio le está haciendo ojitos en mis narices?—. Hemos conservado tu habitación tal y como la dejaste, por supuesto.

Abre la puerta de una alcoba de un tamaño considerable, con dos camas de matrimonio y un sofá de brocado dorado a juego entre ellas, y entra para que Mira y yo la sigamos.

Un momento. ¿Xaden tiene una habitación propia aquí?

¿Qué más no me habrá contado? O, mejor dicho, ¿qué más no le habré preguntado?

—*¿Por qué no vienes a vestirte a mi habitación*? —me pregunta Xaden, pero no parece una sugerencia.

—*¿A tu habitación? Creo que prefiero tener un poco de espacio.*

Noto como el calor me bulle bajo la piel, y respiro hondo para mantener el poder a raya. Ahora no es el momento de perder el control, aunque tampoco es que tenga mucho.

—Violet.

Me detengo en la puerta para mirar a Xaden a los ojos y agarro la manija, levantándole las cejas justo cuando Mira me rodea para entrar en la habitación.

—Estoy una puerta más abajo —me informa, antes de echar un vistazo por encima de mi hombro—. Lo bastante cerca para oírte si gritas.

—Nunca está de más saberlo. —Me obligo a sonreír y él entrecierra los ojos.

—Supongo que no me crees capaz de hacerle daño, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco ante la incredulidad en el tono de Cat.

—Violet puede… —empieza Xaden.

—Violet puede cuidarse solita —lo interrumpo, y Xaden da un respingo.

—Pero es que yo no quería que tuvieras que cuidarte sola. Aquí no. —Agacha la cabeza y la voz, limitando la conversación a nosotros dos, ira incluida—. *Puede que Tecarus decida retenerte aquí, pero el resto de los pilotos de este palacio os degollarían de buen grado a ti y a Mira con tal de vengarse de vuestra madre. El anonimato de Brennan es lo único que lo salva. No te haces una idea del peligro que corres, de lo que he tenido que hacer para mantenerte a salvo…*

—¡Pues deja de protegerme! —Me arrepiento al instante de haber levantado la voz con Cat en la habitación, y trato de contener la ira con una respiración prolongada—. El año pasado no habrías hecho estas tonterías. No me habrías retenido, no me habrías encerrado con la excusa de protegerme. Tú fuiste el que me dijo que buscara otro camino en el Guantelete, el que me vio enfrentarme a otros cadetes en la Trilla…

—*Entonces no estaba enamorado de ti*. —Me roza el cuello con las manos y me pasa el pulgar por el punto de la garganta donde me martillea el pulso—. *Durante el Guantelete, durante la Trilla… No habría llegado a imaginarme lo que acabarías siendo para mí*. —Y no podía matarme por el pacto que hizo con mi madre, aunque él todavía no me lo haya confiado—. *Y tampoco me había pasado tres días velándote, consciente de que mi vida, si es que existía fuera de la tuya, no tendría sentido sin ti en ella*.

Las motas doradas de sus ojos reflejan la luz y no puedo evitar parpadear ante lo que veo en ellos.

—Tienes… miedo, ¿verdad?

Me agarro a la manija de la puerta para no tocarlo a él.

—¿De perderte? Pavor, más bien. Y cuando Sgaeyl me ha dicho que Tairn venía en esta dirección, casi se me ha ido la puta cabeza.

Mierda. ¿Cómo respondo a eso?

—Mi plan para levantar las protecciones ha fracasado y necesitáis la luminaria. No pienso quedarme de brazos cruzados en Aretia solo porque te preocupe que me pueda pasar algo. Si lo hiciera, no sería la misma mujer de la que te enamoraste.

—Es decir, como tu primer intento de traducción fracasó, ¿has decidido colarte en territorio enemigo con tus hermanos? —Su furia es palpable, y se topa con la mía cuando levanta la cabeza—. *Porque no te equivoques: estamos en territorio enemigo*.

—Los dos sabemos que necesitamos la luminaria, y no habría tenido que colarme si te hubieras planteado siquiera remotamente ser un poco más razonable. Podríamos haberla tenido desde hace meses.

Retrocedo un paso hacia la habitación y lo dejo en el pasillo. Meses atrás podríamos haber evitado los ataques a los puestos avanzados y muchas, muchas muertes.

—¿Razonable, dices? —Baja la voz hasta ese timbre calmado y frío como un témpano—. ¿Por buscar una alternativa antes que servirte a Tecarus en una bandeja? Vamos a dejar una cosa clara. Siempre que vea alguna forma de protegerte, la aprovecharé sin dudarlo.

Ni de puta coña.

—¿Sabes a quién te pareces ahora mismo?

—Ilumíname, por favor. —Se cruza de brazos.

—A Dain —respondo, y le cierro la puerta en las narices.

—Gracias —le digo a Zara, la doncella que nos han asignado, mientras me aliso las arrugas de la cintura. Me fascina que haya podido encontrar varios vestidos de mi talla con tan poca antelación. Hasta las ligeras pantuflas negras me quedan como un guante—. ¿Seguro que la gente se viste así para cenar?

—¿Con el vizconde? Todas las noches.

Qué inútilmente… bello.

—Hecho. —Zara hace un gesto hacia la abertura y salgo del biombo.

Mira ha elegido el vestido de terciopelo negro con el cuello recto y unas mangas transparentes y vaporosas, pero sé que lo que la ha convencido han sido los bolsillos hondos. No puedo evitar sonreír al ver cómo se guarda sus dagas en los pliegues.

—Creo que hace años que no te veo sin uniforme.

—Bueno, pero esto también es negro. —Sonríe cuando me acerco al espejo—. Estás preciosa.

—El vestido es espectacular.

Es la primera vez que me pongo algo así, y encaja a la perfección con mi estado de ánimo. El cuerpo, que forma un largo escote en uve hasta la base de las costillas, está hecho de hojas negras tejidas, en ningún caso más grandes que la palma de mi mano, y se estrechan por encima de las curvas de mis pechos hasta convertirse en vides de diminutas hojas que me cubren los hombros y caen por los lados de mi espalda, dejando la mayor parte de mi columna y toda mi reliquia a la vista.

—¿Qué clase de material es este? —le pregunto a Zara entrelazando los dedos en el tejido negro vaporoso que me cae desde la cintura hasta el suelo en múltiples capas. Si solo hubiera una, se vería lo que hay debajo.

—Es seda deverelí —responde Zara—. Tan delicada que es prácticamente transparente.

—¿De la isla? —Es el tejido más suave que he tocado jamás—. ¿Seguís comerciando con ellos? —Hace siglos que Navarre cortó las rutas comerciales.

Ella asiente.

—Hasta hace unos años, sí, pero ahora los mercaderes lo consideran demasiado peligroso. De todas formas, al vizconde le gusta quedarse con los artículos más exquisitos.

—Entonces ¿es cierto que el vizconde colecciona artículos únicos? —pregunta Mira tras situarse detrás de mí.

—Sí, en efecto.

—¿Y personas también? —añado con voz queda.

Ella pone los ojos como platos.

—Solo si acceden a que las coleccionen.

—¿Lo de secuestrar no le va tanto?

Acepto la vaina y la daga con empuñadura de aleación que Mira me ofrece, antes de acercarla al corte largo del muslo para sujetármela a la pierna. Con suerte, me bastará con un arma para sobrevivir a la cena. Si el vizconde no secuestra a la gente, ¿por qué Xaden tenía tanto miedo de traerme aquí?

Alguien llama a la puerta.

—No. —Zara niega con la cabeza y se dirige hacia la puerta—. No te encerrará, pero te hará una propuesta que te tentará para entrar a formar parte de su colección. Trovadores, tejedores, cuentacuentos… Todos acaban quedándose —explica antes de abrir la puerta.

No hay nada que Tecarus pueda ofrecerme para convencerme, pero Xaden debe de pensar que sí.

—¿Al final has optado por el negro? —pregunta Cat observándome desde el umbral.

—Soy jinete.

—Por supuesto. —Inclina la cabeza a un lado—. Aunque yo habría elegido algo más colorido. Xaden siempre se lamenta de lo… monótono que es todo en Basgiath. Aún tienes tiempo de cambiarte, si quieres. —La sonrisa que me ofrece es de todo menos empática.

Pues nada, es oficial: la odio con todas mis fuerzas.

—Xaden no se lamenta de nada. —Una llama desagradable y pérfida me prende en el estómago, y debo reunir toda la contención de que dispongo para no lanzarle una daga y quitarle esa sonrisilla sarcástica de la cara. O al menos cerca de ella—. ¿Y tú eres capaz de charlar sin que él sea el centro de la conversación?

—Claro. Si te incomoda menos, podemos hablar de la mentira que tu madre ha ayudado a perpetuar y que nos ha costado miles de vidas poromielenses, algunas de ellas a manos de tu propia hermana.

Enarco las cejas. ¿Acaba de…?

Mira me busca la mirada y me lo confirma.

—Iba a recordarte que quizá fuera de mala educación apuñalar a nuestra anfitriona, pero ¿sabes qué? —Se encoge de hombros—. A la mierda. No nos hace falta la luminaria.

Cat observa perpleja a Mira.

—No seas tan sinvergüenza, Cat. —Syrena se detiene en el umbral, vestida con una túnica formal azul marino con un dobladillo asimétrico alto en la parte delantera y bordados de plumas doradas—. Me alegro de verte desmontada de tu dragón, Sorrengail. ¿Está Riorson por aquí escondido en alguna parte, o te ha dado por fin un ratito de libertad?

—Yo también me alegro de verte, Syrena. —Una sonrisa me curva los labios ante su tono burlón, y el fuego de mi estómago se disipa ligeramente—. A veces me sobreprotege un poco, ¿no?

—No se preocuparía tanto si te creyera lo bastante fuerte para luchar a su lado —replica Cat.

Retiro lo dicho. La llama arde con una fuerza mucho mayor que antes, candente, nauseabunda e insoportablemente potente.

Syrena fulmina a Cat con una mirada que casi me hace apiadarme de ella.

Casi.

—Syrena, te presento a mi hermana, Mira —digo cambiando de tema.

Syrena aprieta la boca mientras estudia a Mira.

—Tu reputación te precede. Tenía amistades en Strythmore.

Mierda. Vamos de mal en peor.

—No me arrepiento de haber ganado batallas. —Mira se envaina la siguiente daga en la cintura sin disimulo—. Y si tú eres Syrena Cordella, tu reputación también ha cruzado la frontera.

—¿Vais a cenar entre cientos de pilotos que ansían vuestra muerte y habéis decidido poneros un vestido? —Syrena arquea una ceja—. ¿Dónde está ese juicio perspicaz del que tanto he oído hablar?

—Puedo matar con la misma facilidad lleve puesto un vestido o mi uniforme. ¿Quieres verlo? —Solo un idiota definiría la expresión de Mira como una sonrisa.

Syrena se ríe sacudiendo los hombros.

—Ah, ya veo de dónde ha sacado la pequeña de los Sorrengail su dureza, si tuvo que crecer contigo. Venga, en marcha. Los hombres nos esperan.

Le lanzo a mi hermana una mirada cuando las pilotos nos dan la espalda, y ella se encoge de hombros sin remordimiento alguno.

Salimos al pasillo y siento una punzada de arrepentimiento sobre mi elección de vestido al ver a Cat con más luz. Lleva el pelo con un recogido intrincado y un palabra de honor rojo que hace juego con el color que ha usado para los labios.

De repente me siento algo descolorida.

La duda hace que mis pasos sean menos firmes. Tal vez debería haber optado por algo de color. Tal vez me haya dicho la verdad y Xaden esté hasta las narices de tanto negro. Tal vez ella lo conozca mejor que yo.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Mira mientras las pilotos nos guían pasillo abajo, lo que nos convierte en el cuarteto más inesperado que ha pisado el continente.

—Sí.

Estiro los hombros, tratando de quitarme de encima esa sensación de inseguridad. ¿Qué coño me pasa? Nunca me he comparado con otras mujeres

por nuestro aspecto. ¿Por cómo luchamos? Obvio. ¿Por cómo montamos? Por descontado. Pero nunca por nada tan superficial como… el aspecto físico.

En Basgiath la belleza no te ayuda a sobrevivir.

—He oído que tienes un hermano mayor —le dice Mira a Syrena cuando llegamos a la primera escalera.

Me agarro a la barandilla de mármol como si me fuera la vida en ello mientras bajamos. Lo último que quiero es tropezar y caerme delante de Cat.

—Supongo que estás pensando en Drake —responde Syrena por encima del hombro—. Compartimos apellido, pero es nuestro primo, y, ahora que lo pienso, eres justo su tipo. Le gustan las mujeres que podrían llegar a matarlo.

—Lástima que no me vayan los pilotos de grifo —contesta Mira cuando doblamos la esquina hacia el siguiente tramo de escalera.

—Sí, y es posible que él ponga el límite en una jinete de dragón. —Syrena se ríe, pero la carcajada apenas dura un suspiro—. Está con la bandada de las alas nocturnales en el norte, a lo largo de la frontera con Braevick.

No conozco la terminología de sus unidades, pero si está en la frontera con Braevick, significa que está en el frente.

Llegamos a la terraza central, en la que hemos estado al mediodía, y giramos a la izquierda, lejos de la piscina serpenteante y de la barrera de guardias.

—¿Es que Zara no ha sabido ayudarte con el pelo? —me pregunta Cat con un gesto de lástima cuando nos aproximamos a unas puertas dobles vigiladas —. Seguro que se le podría haber ocurrido algo más refinado que dejártelo así suelto sin más. ¿No lo llevabas siempre recogido en caso de que tuvieras que luchar?

¿Cómo se supone que sabe eso? Mira, hasta aquí hemos llegado.

—*Sería una lástima que la mataras ahora. Estoy cazando a unos diez minutos de allí y me perdería el espectáculo* —dice Tairn.

El poder brota en mis entrañas.

—*Contrólalo. Ahora mismo* —me exige Tairn, perdido ya cualquier atisbo de sarcasmo.

Trago saliva sonoramente, hundo las uñas en las palmas de mis manos y combato el impulso de destruirla. ¿Qué tendrá Cat que siempre consigue sacar mi parte más irracional?

—Ay, qué detalle que te preocupes por mí, pero tú no eres la persona con la que pienso pelearme hoy —le aseguro.

—¿Y con Xaden? —Entorna los ojos, y entonces, con una falsa empatía, añade—: Si a estas alturas todavía no sabes que él no es hombre de aturullarse

ni de perder el control, estás perdida. Ahórrate las energías, porque cualquier discusión que pretendas mantener con él le va a parecer una chiquillada.

Mierda. Tiene razón. ¿Qué estoy haciendo? Xaden no se aturulla, y mucho menos conmigo.

«La madera cruje al astillarse y luego se rompe. El sonido de las dagas repiqueteando al caer al suelo. Los martilleos de mi corazón en el pecho, la respiración entrecortada mientras la felicidad me cala hasta el tuétano. “Nunca había perdido el control así”». El recuerdo me sacude hasta el alma y me despeja la cabeza el tiempo suficiente para respirar y reprimir los celos irrefrenables que siento hacia una mujer que ni siquiera conozco.

Los guardias les hacen un gesto de cabeza a las pilotos y se mueven para abrir las puertas.

—Dale un respiro. —Syrena endurece el tono con su hermana—. Sois un año mayor que ella, y ya hace todavía más tiempo desde que rompisteis. Él no es más que un hombre, pero ella es la mejor arma de que disponemos contra los seres oscuros.

—¿Estás bien? —me pregunta Mira examinándome el rostro con preocupación.

—No —le susurro—. Pero tampoco sé lo que me pasa.

Las puertas se abren de par en par y entramos en el salón más grande que he visto en mi vida. Las puertas de cristal que ocupan la pared del fondo están abiertas a la terraza a pesar de los nubarrones que oscurecen el cielo. La fría brisa nocturna hace titilar las velas de la mesa mientras los guardias cierran las puertas a nuestras espaldas. Debe de haber más de cincuenta personas sentadas a la mesa larga y decorada que cruza la estancia de lado a lado.

Y todas y cada una de ellas giran la cabeza para mirarnos a las cuatro.

Mis ojos se encuentran con los de Xaden en menos de un segundo, pero no porque esté sentado en el centro de la mesa, ni tampoco porque sea uno de los dos únicos hombres que visten de negro; ni siquiera porque se haya vuelto como si me hubiera presentido, aunque eso probablemente haya ocurrido. Lo localizo en un instante porque él es mi punto de gravedad.

Por muy cabreada que esté por que me haya regañado, por haberse negado a traerme, por los años de historia personal de los que todavía no hemos hablado, por que la túnica con la que camina hacia mí no solo sea de una confección exquisita, sino que además es evidente que está hecha a su medida; nada de eso cambia el hecho de que mi corazón se sienta atraído hacia él como un puto imán.

—*Ese vestido*… —Me repasa de arriba abajo con una mirada ardiente que me hace ruborizar, y el pulso se me acelera—. *No estás jugando limpio, Violencia*.

Pero ¿por qué se dirige a mí cuando la elección obvia es la mujer de rojo que tengo a unos pocos centímetros?

—Sigo muy enfadada contigo.

Levanto la barbilla, igual de furiosa conmigo misma por haberme metido en esta situación, por sentir lo que sea que es esta mierda.

—*El sentimiento es mutuo*. —Desliza una mano hacia mi cabello e inspira entre dientes cuando sus dedos me rozan la piel de la nuca—. *Pero puedes estar enfadada y aun así sentir un amor desquiciado, salvaje e incontrolable por mí*.

Su boca se precipita hacia la mía y en ese instante el mundo que me rodea se oscurece y nos aleja de todo, y de todos, salvo de Xaden. Ahora mismo es como si fuéramos las dos únicas personas de toda la provincia. El cuerpo se me enciende. Dioses, la química que hay entre nosotros es lo único más fuerte que la ira. Solo existe la presión de sus labios separando los míos, los movimientos rápidos e impulsivos de su lengua, el acceso de necesidad que me hace agarrarme a la tela de su túnica mientras él me besa hasta dejarme sin aliento.

Y así, la peor parte de mis celos, esa inseguridad irritante que me hace dudar de mí misma, desaparece. Es como si el muro de sombras que ha levantado a nuestro alrededor…

—¿*Qué has hecho*? —Interrumpo el beso y respiro hondo, y él apoya la frente en la mía, manteniéndonos envueltos en la oscuridad como si de un capullo se tratara.

—*Lo que debería haber hecho en cuanto te he visto esta tarde*. —Tensa la mano sobre mi cabello, tirando de él ligeramente—. *Y espero haber asustado a Cat lo suficiente para que deje de toquetearte la cabeza de una puta vez.*

—¿A qué te refieres?

—Tiene el don de alterar las emociones de la gente que la rodea, y es excepcionalmente poderosa. Si no me hubieras estado bloqueando toda la tarde, te lo habría contado antes.

Me quedo boquiabierta un instante antes de cerrar la boca con firmeza. Primero por haber sido capaz de bloquearlo por completo, y segundo… No me extraña que me esté costando tanto controlarme. Estábamos librando una batalla en la que yo ni siquiera sabía que estaba participando. Un momento. ¿Cómo que me lo habría contado antes? Ha tenido semanas para decírmelo.

—Tú ganas —susurra Xaden. Las sombras caen tan rápido como han aparecido cuando él levanta la cabeza y me mira fijamente a los ojos.

—Ni siquiera hemos empezado a discutir.

Dejo caer las manos de su pecho y canalizo la nueva oleada de poder que siento en mis adentros hacia mis escudos. ¿Cómo cojones habrá sido capaz Cat de atravesarlos? Si he conseguido bloquear a Xaden, deberían haber sido también lo bastante potentes para ella.

—Está bien. Podemos discutir todo lo que quieras más tarde. Pero que sepas que ya has ganado. He oído lo que estabas diciendo. —Afloja la mano que me sujetaba el pelo y la desliza hasta mi nuca—. Siento no haberte escuchado. Siento haber reaccionado de forma desproporcionada desde que te saqué de aquella sala de interrogatorios…, qué coño, desde Resson. Cuando Sgaeyl me dijo que te estaba torturando y no podía contactar contigo… —Cierra los ojos un segundo, y cuando vuelve a abrirlos, el miedo que ya había detectado antes es lo único que distingo en ellos—. Cuando corres peligro no puedo ni respirar, pero eso no es culpa tuya. Debería haberte traído aquí cuando me lo pediste.

Separo los labios y pestañeo; debo de haberlo oído mal.

—Ahora te toca a ti. ¿Puedes admitir que deberías haber esperado a que yo te trajera para que pudiéramos haber ideado un plan? —Sus dedos me trazan deliciosos círculos en la espalda desnuda.

—No. —Me estremezco con su tacto—. Siento no habértelo contado, pero no voy a disculparme por haber venido. Necesitamos esa luminaria ya.

Una de las comisuras de la boca se le curva hacia arriba.

—Me lo figuraba.

—¿Os importaría sentaros con nosotros? Sois esenciales en la conversación de esta noche —exclama el vizconde en medio del silencio imperante, con un ligero tono molesto en la voz.

Oh. Todos los presentes se han levantado de sus sillas y nos esperan junto a las puertas de cristal.

—*Espérate cualquier cosa* —me dice Xaden antes de volverse hacia Tecarus—. No voy a disculparme. —Entrelaza mis dedos con los suyos, y rodeamos la mesa en dirección a la multitud en la que Tecarus espera—. Me resulta casi imposible controlarme cuando estoy cerca de Violet.

Me ruborizo. ¿Qué demonios…? ¿Habrá oído a Cat antes de entrar? Es imposible.

Cat se endereza junto a su tío y tuerce el gesto, como si Xaden acabara de asestarle el golpe final en una batalla en la que yo no era consciente de que

estuvieran enzarzados.

—Eso he oído. —Tecarus hace un gesto para que lo sigamos afuera, y salimos al patio con suelos de mármol con Mira y Brennan a poca distancia —. La noticia corrió como la pólvora cuando llevaste a ese colegiucho de guerra vuestro a la ruina por ella. —Tecarus inclina su copa de vino en mi dirección, como si brindara por mí—. Partisteis el cuadrante justo por la mitad. Bravo. Llevamos años intentando echar abajo ese lugar, y tú lo has conseguido, ¿qué, en seis días?

La culpa me oprime el pecho con el peso de un dragón.

—Cinco. —Xaden me aprieta la mano mientras cruzamos el patio y llegamos a una ancha escalera. No, no es una escalera: son gradas. En la cara norte de la colina han tallado filas hasta formar un anfiteatro ovalado con la profundidad de la altura de Tairn y el doble de su longitud.

—Cinco días. —Tecarus niega con la cabeza, atónito, y entonces se gira hacia mí—. Qué maravilla. Y bien, entiendo que queréis hablar de la luminaria que tengo en mi posesión.

—Y yo entiendo que nos ha traído hasta aquí para ver cómo manipulo mi poder antes de empezar las negociaciones —respondo, mientras el viento denso y con olor a lluvia me desaliña el pelo. Apenas faltan unos minutos, si no menos, para que caiga un aguacero.

—Lo más prudente es que vea de lo que eres capaz antes de negociar la entrega de un artículo tan valioso. —Hace un gesto hacia el anfiteatro, iluminado por luces mágicas.

—Me parece justo. —Le suelto la mano a Xaden y canalizo mi poder.

—Uy, no, desde aquí no. —Tecarus niega con la cabeza a medida que los demás se reúnen con nosotros, ocupando el borde del patio bebida en mano —. Allí abajo, en el campo. A fin de cuentas, es un espectáculo, ¿no te parece? Sería una lástima malgastar este anfiteatro de juegos, con los años que me costó levantarlo. Es bastante especial. Toda la piedra se extrajo de las canteras de Braevick, al este del río Dunness. Ah, mirad, ya traen tu objetivo.

¿Un objetivo? Lo que me faltaba.

Cuatro guardias uniformados tiran de un arcón de metal del tamaño de un armario hasta el centro del campo de hierba, en la base del anfiteatro. Ni siquiera pude acertar a los pedruscos que Felix me señaló, ¿y ahora se supone que debo acertarle a ese cofre? Todo esto va a terminar antes de que tengamos oportunidad de negociar.

—Puede que reconozcas el arcón de Rybestad, Xaden. Es el mismo que tu padre me trajo cuando negociamos lo que algunos considerarían un gran

tesoro.

—*¿Ese cofre perteneció a tu padre?*

—*Era uno de sus objetos más valiosos*. —Xaden se tensa—. La acompaño hasta abajo.

—No —dice Tecarus con un tono desprovisto de toda emoción.

Los dos giramos la cabeza hacia él.

—¿Cómo sabré de lo que es capaz sin tenerte cerca? —Tecarus observa a Xaden con los ojos entrecerrados—. Mi oferta es simple. Mientras tú no pises el anfiteatro, Riorson, y ella no salga del campo sin acertar al objetivo, empezaremos las negociaciones por la luminaria. O lo tomáis o lo dejáis.

—Lo dejamos —empieza Xaden con la voz entrecortada.

—Trato hecho. —Levanto la vista hacia Xaden—. No tienes que protegerme de mi propio sello. Si él quiere que reviente el arcón de tu padre, yo reventaré el arcón de tu padre.

Xaden entorna la mirada un instante, antes de suspirar.

—Vale, lo pillo.

Me recojo las capas de la falda con las manos y empiezo a bajar los escalones. Los nervios me oprimen las costillas, pero los reprimo. Si manipulo suficientes rayos, alguno tendrá que dar en el blanco.

¿No fue eso lo que nos ayudó a sobrevivir en Resson antes de que Andarna apareciese?

—Voy con ella —anuncia Mira a mi espalda—. ¡Yo no tengo nada que ver con su sello! —le grita a Tecarus antes de echar a correr para alcanzarme.

El vizconde no se lo discute.

—Y el mío no es tan efectivo estando tan lejos de las protecciones —termina en un susurro—. Lo he intentado antes y no ha pasado nada.

—No sufras. No necesitamos que nos protejas. Tú limítate a esquivar el cofre por si explota —respondo ofreciéndole una sonrisa tensa—. *¿Cuál era ese gran tesoro por el que negoció tu padre*? —le pregunto a Xaden cuando estamos a mitad de camino de la piedra color arena. No quiero ni imaginarme lo que debieron de tardar en extraer la piedra necesaria para construir esto, y mucho menos en acarrearla desde la frontera con Braevick.

—*Una alianza que consensuó mi padre y que yo oficialmente rechacé el año pasado. El arcón tiene un valor incalculable. Si quiere que lo destruyas con un rayo, esto es más una declaración de intenciones hacia mí que hacia ti.*

—*¿Por qué no me sorprende*? —Estrujo con las manos la delicada seda de mi vestido mientras voy encajando las piezas de un puzle enfermizo—. *Y*

esa alianza no tendría algo que ver con Cat, ¿no?

La vacilación que siento que recorre nuestro vínculo me responde la pregunta antes que él.

—Sí.

—Esa información me habría resultado muy valiosa antes de llegar.

Como mínimo, vaya. No me extraña que Cat me deteste. No soy tan egocéntrica como para pensar que yo soy la razón de que Xaden rechazara la alianza que hubieran acordado, pero es obvio que ahora sí soy la barrera que impide recuperarla. Su tío quiere que destroce el símbolo mismo sobre el que la sellaron.

—Ah, que aún estamos discutiendo. Entendido.

Mira y yo pisamos la hierba cuando cae la primera gota de lluvia.

—Deberíamos habernos puesto el uniforme —masculla ella siguiéndome el ritmo.

—No sé apuntar —le digo con voz queda, al detenernos a unos seis metros del arcón, o eso me parece, lo bastante cerca para distinguir las runas que hay talladas en las gruesas puertas—. Carr priorizó la cantidad antes que la calidad, y Felix y yo acabamos de empezar con las clases, así que puede que me lleve un buen rato.

Dos de los guardias se colocan en la parte frontal del arcón, que es más alto y ancho que ambos. Doy las gracias a Amari por su tamaño. Debería ser más fácil acertar a un blanco más grande. Un guardia se extrae un objeto pequeño del bolsillo que no consigo distinguir a esta distancia.

—No creo que les preocupe si te lleva más o menos rato. —Mira hace un gesto de cabeza hacia la parte superior del anfiteatro. Hay decenas de pilotos con arcos rodeando la fila superior de las gradas, todos con las flechas preparadas en nuestra dirección—. Creo que lo que de verdad temen es que se lo lances a Tecarus en lugar de al objetivo.

—Claro. Sin presión.

Levanto las manos y canalizo el poder de Tairn. Es curioso como, tras tantos días sin acceso a él por culpa de las torturas de Varrish, ahora el calor desaforado que me provoca me resulta reconfortante.

—¡Yo que vosotros me movería! —les grito a los guardias cuando el más fornido extiende el puño hasta la parte delantera del arcón, como si se creyese capaz de sujetar la gigantesca caja de hierro si se volcara hacia él… o como si tuviera una llave.

Un escalofrío me recorre la columna.

—El océano Arctile al sur es conocido por sus aguas cálidas y apacibles, y por sus otrora lucrativas rutas comerciales —recito, para calmar los latidos frenéticos de mi corazón.

—¿Aún sigues haciendo eso? —me pregunta Mira arqueando las cejas.

—Solo cuando…

Las puertas dobles del arcón se abren de repente y los dos guardias salen despedidos por el suelo con una fuerza descomunal en el momento en que un hombre se precipita hacia delante y cae sobre manos y rodillas en la hierba. Tiene la túnica y pantalones granates hechos jirones, como si llevara semanas encerrado.

—¿Qué coño…? —masculla Mira.

Levanta la cabeza y nos observa, y el corazón se me encoge con un miedo cerval, puro, inamovible.

Unas venas rojas distendidas se le ramifican desde los ojos inyectados en sangre.

—¡Violet! —brama Xaden.

Un venin.

42



A pesar de que su extraordinario sello le permita extender las protecciones alrededor de sí misma y su dragón, la cadete Sorrengail no dispone de la capacidad necesaria de producir sus propias protecciones sin un malestar emocional extremo. Siento informarla de que dudo que llegue a desarrollar esa capacidad con el tiempo. Había depositado muchas esperanzas en ella.

—Memorando del profesor Carr a la general Sorrengail

—¿Eso es un…? —susurra Mira agarrando ya sus dagas mientras el ser oscuro hunde las manos en la suave hierba verde del suelo del anfiteatro y se ríe como un maniaco.

Respira. Tengo que respirar. Pero me falta el aire.

«Túnicas lilas ondeando al viento. Soleil cargando hacia delante, Fuil corriendo tras ella. Los brazos de la muerte y la putrefacción alcanzándolas a las dos. La caída. Sus cuerpos convertidos en poco más que cascarones, drenados de poder y vida».

—¡*Plateada*! —El rugido de Tairn me parte la cabeza en dos y me arranca del pasado antes de engullirme por completo. La lluvia tamborilea contra el suelo a nuestro alrededor con gotas pesadas pero esporádicas. Esto no es Resson, sino Cordyn, y debo proteger a Mira.

—¡Moveos! —exhorto a los guardias. Dos de ellos echan a correr, mientras otro se arrastra hacia atrás y deja al último contemplando la escena paralizado—. Sal de aquí —le ordeno a Mira, y un calor siseante me llena las venas cuando abro las compuertas del poder de Tairn.

—¡No pienso dejarte sola con esa cosa! —exclama antes de lanzarle una daga.

—¡No! —grito, pero es demasiado tarde; la daga se hunde en el hombro del venin.

La criatura sisea antes de arrancarse el arma y abalanzarse sobre el guardia petrificado en un suspiro.

—Fantástico, ¡y ahora encima tiene un cuchillo!

Levanto las manos y libero la energía que me arde por las extremidades. El relámpago restalla, de un blanco tan intenso que casi parece azul, y me cubro los ojos con una mano cuando golpeo el arcón de hierro como si lo hubiera atraído. Las chispas bañan el anfiteatro y una me chamusca el dorso de la mano antes de que tenga la oportunidad de quitármela.

—¡Tairn, te necesito!

—Estoy de camino.

El pánico amenaza con dominarme, y malgasto unos preciados segundos al mirar por encima de mi hombro hacia el lugar en que Xaden ya ha empezado a bajar por los escalones.

—Quédate quieto y resérvate tus emociones. Necesitamos la luminaria.

—Violencia…

—Puedo encargarme de esto. —Si no puedo derrotar a un venin macilento, ¿qué futuro le deparará al continente?

El viento cambia y el pelo me cubre la cara. Al volverme veo las manos del venin en torno al cuello del guardia, pero no necesito mirar para saber exactamente lo que está a punto de ocurrir.

—Lo único que puede matarlo son las dagas con la empuñadura de aleación —le digo a Mira, extrayendo mi daga de la vaina y cortando una tira de tela del dobladillo de mi vestido. Si no soy capaz de apuntar, tendré que enfrentarme a él cuerpo a cuerpo.

Los gritos del guardia me desgarran los oídos.

—Hostia puta… Es verdad que… ¿Cuál es el plan, Vi? —me pregunta Mira echando mano de otro cuchillo.

—Matarlo antes de que él nos mate a nosotras, y hagas lo que hagas, no dejes que te ponga las manos encima.

Me recojo el pelo en una coleta baja y la envuelvo con la tela de mi vestido para sujetármela deprisa. Si no puedo ver, estoy muerta.

El venin se aferra al guardia como si de un escudo se tratara, bloqueando cualquier cuchillo que podamos lanzarle. Los gritos se detienen a medida que el hombre se seca ante mis ojos. Al menos dos de los otros tres ya han salido del campo.

Dejando que el poder de Tairn me consuma, blando mi sello una y otra vez, calcinando la hierba que rodea al venin sin llegar a acertarle. El guardia se desploma en el suelo, y algunas partes de él se desintegran con la lluvia, que cae cada vez con más virulencia.

—¡Joder!

—Eres tú —dice el ser oscuro por encima del clamor creciente de la tormenta—. La que comanda los cielos. —Abre mucho los ojos con una emoción inquietante—. A saber la recompensa que me espera cuando regrese contigo.

—Y yo que pensaba que era la única Sorrengail con una cierta reputación más allá de la frontera. —Mira adopta una postura de combate, a apenas unos centímetros de mí.

—¿De tu Sabio? —le pregunto, siguiendo sus movimientos tras las cortinas de lluvia. Joder, no puedo arriesgarme a arrojarle mi daga. Si fallo estaré indefensa, y no estoy sola en este campo—. *Necesito dagas*.

—¿Qué Sabio? Te juro que suplicarás por tu… —empieza, alzando los brazos.

—¿Por mi muerte? —lo interrumpo—. No es la primera vez que me lo dicen. Y a aquel mensajero también lo maté.

Pero no llevaba puesto un vestido de noche voluminoso. Esta cosa es un puto lastre.

—*Detrás de ti* —me dice Xaden.

Echo la vista atrás y veo dos dagas con empuñadura de aleación clavadas en el suelo a poco más de un metro.

—¡Mira!

Ella sigue mi línea de visión y empieza a moverse cuando yo giro la daga para cogerla por la punta y hago un movimiento de muñeca para lanzársela al venin a la garganta.

La daga se le hunde en un costado.

Mierda, no he tenido en cuenta la presión que ejerce la lluvia.

El venin grita de dolor y se extrae la daga justo cuando Mira me entrega una de las que Xaden nos ha proporcionado. Agarro la empuñadura empapada

con los dedos y me preparo para lo peor cuando el venin levanta las manos.

Pero lo que nos arroja no son las dagas.

El arcón de Rybestad sale despedido hacia nosotras, a una velocidad tal que apenas tengo tiempo de tirar a Mira al suelo antes de que nos pase por encima, tan cerca que oigo cómo corta el viento.

Le sigue de inmediato una daga, y luego una segunda, que no llegan a tocarme pero que clavan la parte izquierda de mi vestido al suelo. Aprovecho el impulso para seguir girando, y la seda vaporosa se desgarra cuando me ayuda a ponerme en pie Brennan, que por lo visto ha decidido unirse a nosotras.

«Dioses, no». No puedo perderlos a los dos.

—Hay que rodearlo —propone Brennan recogiendo la daga con empuñadura de aleación de la hierba mojada.

El agua se acumula con rapidez, empapándome los pies, el pelo y lo que me queda de vestido.

—¿Cómo pretendes que lo rodeemos si no se ve una mierda con esta lluvia? —pregunta Mira.

—¡*Estoy a unos pocos minutos*! —brama Tairn.

Puede que hayamos muerto durante esos minutos, pero si no nos aseguro la puta luminaria acabaremos muertos de todas formas.

—Debemos impedir que salga del campo, sea como sea. Un solo venin es capaz de drenar a todo el palacio —les digo a mis hermanos.

Espalda con espalda, escudriñamos el campo, y contengo el aliento cuando diviso al ser oscuro arrodillado a unos cinco metros.

No. El tiempo se detiene hasta el ritmo parsimonioso de unos latidos mientras veo cómo baja las manos hacia el suelo.

No hay tiempo de huir. No lo conseguiremos.

Apenas faltan unos segundos para que mi peor pesadilla se haga realidad.

Nuestra misión acabará con las vidas de mi hermana y de mi hermano.

—Lo siento mucho —digo con un hilo de voz.

El venin presiona los puños contra el suelo y, a través de la tormenta, observo horrorizada y sin aliento cómo le arden los ojos con un rojo fuego y la hierba que lo rodea se agosta hasta convertirse en briznas de un tono pajizo.

—¡Mira! —grita Brennan—. ¡Protégenos!

—¡No-no puedo a tanta distancia de las protecciones! —Mira contempla la muerte que se abalanza hacia nosotros con la mandíbula desencajada; el suelo tiembla como si se hubiera rendido a la magia de la criatura.

—¡O nos proteges o estamos muertos! —Brennan nos agarra a las dos y nos aprieta contra sí.

Yo me hago un ovillo, con la esperanza de que los tres ocupemos el menor espacio posible, mientras Mira levanta los brazos sobre nosotros. El cuerpo se le sacude y Brennan y yo le rodeamos la espalda con los brazos para sujetarla. Ella grita como si la estuvieran desgarrando por dentro.

Si sigue así, acabará agotándose.

Las sombras se precipitan hacia nosotros, pero no llegarán a tiempo.

—*Te quiero*. —Envío el pensamiento en dirección a Xaden y espero a que mi poder se me escape de las manos, a que mi muerte convierta al venin en un ser imparable.

Pero no llega.

—¡*Vivirás*! —me ordena Xaden, como si fuera tan sencillo.

Mira se desploma y Brennan carga con la mayor parte de su peso mientras yo vigilo el entorno.

El campo entero está muerto, a excepción del diminuto círculo que ocupamos. Mira nos ha salvado. Sin embargo, el venin solo ha conseguido drenar el campo. Los espectadores están todos vivos e ilesos sobre los escalones, por lo que alcanzo a ver a través del aguacero. «Toda la piedra se extrajo de las canteras de Braevick, al este del río Dunness». ¿No es eso lo que nos ha dicho Tecarus?

Me limpio el agua de los ojos y me enderezo para enfrentarme al ser oscuro, que estira los hombros, satisfecho, con una sonrisa de júbilo deformándole los rasgos cuando echa la cabeza hacia atrás.

—Si no puedes acertarle con un rayo, tendremos que acercarnos lo suficiente para combatir cuerpo a cuerpo. No podrá con los dos —dice Brennan cogiendo a Mira en brazos, que sigue inconsciente.

—*¿Cuánto te falta?* —le pregunto a Tairn. La lluvia no cae sobre la poca hierba que queda, sino que más bien salpica el agua que aún no ha tenido tiempo de filtrarse.

—*Menos de un minuto.*

—No necesito acertarle —susurro cuando se me ocurre una idea, y examino el campo inundado—. Llévate a Mira a la escalera. Allí estaréis a salvo.

Brennan me mira como si acabara de sugerir que nuestro mundo es plano.

—Hasta la próxima vez que drene…

—Necesito que confíes en mí. Lleva a nuestra hermana a la escalera. —Levanto la vista hacia mi hermano y me sumerjo en el poder de Tairn,

dándole vía libre, dejando que colme cada centímetro de mi cuerpo.

—Violet… —Hay tantísimo amor, preocupación y miedo en su mirada que no puedo evitar sonreír.

—Sé lo que me hago. Ahora, corre. —Le cojo la hoja con empuñadura de aleación a Brennan y les doy la espalda.

—¿*Qué coño estás haciendo, Violencia*? —me dice Xaden.

—*Shh. Me estoy concentrando*. —Levanto los escudos para aislarlo justo en el momento en que el venin se vuelve.

El muy gilipollas ensancha la sonrisa al verme.

—¡Serás un trofeo magnífico! —grita a través de la lluvia, caminando hacia mí como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo—. ¡Y pensar que además traerás un dragón contigo! No podéis estar demasiado tiempo separados, ¿me equivoco?

Agarro una daga con la empuñadura de aleación con cada mano y espero.

Si pierdo los nervios, estoy muerta.

Si cargo contra él y pierdo, estoy muerta.

Si espero demasiado y consigue ponerme las manos encima, sí, también estoy muerta.

La mujer que maté a lomos de Tairn me vio luchar y se adaptó al instante, lo que significa que debo esperar hasta el último momento para enseñar mis cartas.

La lluvia silba al entrar en contacto con mi piel ardiente. Si canalizo más poder, perderé la capacidad de controlarlo y me agotaré, de modo que hago equilibrios en ese límite hasta que oigo otro sonido por encima del repiqueteo de la lluvia.

Alas.

—*No hace falta que insista en lo importante que es aquí la coordinación, ¿verdad?* —pregunta Tairn.

—*Mi coordinación será impecable*. —Los latidos de mi corazón se acompasan con cada paso que da el venin, convencida de mi plan. No hay margen de error. Miro a la derecha el tiempo suficiente para comprobar que Mira y Brennan han salido del campo.

—*No esperaba menos.*

El ser oscuro está a apenas unos metros, repasándome de arriba abajo con la mirada, sin duda buscando alguna debilidad, cuando siento una ráfaga de aire provocada por las alas de Tairn por la espalda.

«Ahora». Le lanzo las dos dagas al venin al mismo tiempo, esta vez tras haber calculado la fuerza de la lluvia. En cuanto veo cómo se hunden en sus

botas, clavándole los pies al suelo, extiendo los brazos a los lados y libero todo mi poder en un torrente abrasador de electricidad.

Mantengo los brazos inmóviles y tenso todos los músculos.

Tairn me agarra por los hombros con fuerza justo en el instante en que el rayo cae detrás del venin enfurecido, iluminando el cielo con un destello deslumbrante… y cargando el agua que cubre el campo y los pies del venin con una energía letal.

El ser oscuro chirría de agonía antes de desplomarse muerto mientras nosotros sobrevolamos el campo.

Lo he conseguido. Bendita sea Dunne, lo he conseguido.

—*Has apurado demasiado.*

Pongo los ojos en blanco y respiro hondo a pesar de la lluvia que me cae por la cara cuando Tairn se escora hacia la izquierda, siguiendo la curva del anfiteatro de vuelta a palacio.

Sgaeyl, Teine y Marbh han adoptado posiciones defensivas en la terraza, listos para incinerar a la multitud.

—*Devoraré a cualquiera que te suponga una amenaza. Se me ha agotado la paciencia*. —Tairn bate las alas más despacio a medida que nos aproximamos al patio.

—*Ya me encargo yo de advertírselo.*

Tairn espera a que recupere el equilibrio sobre mis zapatillas empapadas y entonces se precipita hacia la multitud entre gritos de pilotos y aristócratas por igual, agrietando el mármol bajo sus garras hasta llegar a la hierba y girarse. Agita la cola, como el arma que es, y completa la defensa a cuatro que los dragones han montado.

Brennan me alcanza con Mira bajo el brazo, pero andando por su propio pie.

—¿Estáis bien? —les pregunto en voz baja al pasar junto a un grupo de nobles con paraguas. Esto no ha sido más que un puto divertimento para ellos.

—Nosotros no somos de quien deberías preocuparte —masculla Brennan cuando la última fila de aristócratas, incluidas Cat y Syrena, se separan y dejan a la vista una situación mucho más peligrosa que la que acabo de vivir.

Xaden tiene una mano levantada a la altura del pecho, cerrada en un puño parcial, y la furia le enfría la mirada mientras observa al vizconde, que patalea para intentar tocar el suelo.

Tecarus tira sin éxito de las sombras que lo estrangulan y, por el gorgoteo de su respiración, se está asfixiando poco a poco.

—¡Xaden, por favor, para! —grita Cat.

Xaden responde apretando aún más mientras la lluvia amaina hasta convertirse en una llovizna.

Tecarus gorgoritea y los pilotos desenvainan sus armas, pero un gruñido de Sgaeyl basta para evitar que se abalancen sobre Xaden.

Bajo la porción de mis escudos que permite entrar a Xaden y le envío todo el amor de que dispongo a través de nuestro vínculo.

—*Estoy bien.*

Él despega la mirada de Tecarus. La furia apenas contenida de sus ojos hace que esté casi irreconocible.

—Suéltalo —le digo con calma—. Muerto no podrá responder a nuestras preguntas.

Xaden frunce el ceño y se le dibujan dos arrugas entre sus cejas oscuras, antes de darle un breve respiro a Tecarus.

Al colocarme a su lado, me aseguro de rozarle el brazo con el hombro para que no solo me sienta mentalmente, sino también físicamente.

—Tiene suerte de no estar muerto —le digo al rostro hinchado de Tecarus—. Si hubiera puesto a Xaden en un brete así, no sé si yo habría sido tan compasiva.

—¿A esto lo llamas tú compasión? —pregunta Tecarus entre resuellos, todavía buscando el suelo con los pies.

—Sí —responde Xaden con voz queda.

—Acarreasteis las piedras desde la ribera oriental del río Dunness, la tierra que limita con el Páramo. Ya le habían drenado toda la magia.

—¡Sí! —grita Tecarus.

Xaden maldice para sus adentros.

—Les construyó un foso, lo que significa que ha capturado a más de uno.

La piel me expulsa bocanadas de vapor, pero al menos ya no me siento arder viva.

—Os diré todo lo que sabemos —nos asegura Tecarus—. Pero bájame, por favor.

—¿Cómo se supone que podemos fiarnos de usted? —le pregunta Brennan desde mi otro lado.

—Fuimos capaces de evitar que se alimentara durante días…

—Porque las runas del arcón de Rybestad retienen todo lo que contiene suspendido en el aire —lo interrumpe Xaden—. No pudo alcanzar el suelo para drenarlo hasta que ha abierto el arcón. No necesito que me cuente cosas que ya sé.

Deja caer la mano y las sombras se evaporan. Tecarus cae pesadamente sobre el mármol del patio, y se lleva las manos a la garganta.

Xaden se arrodilla delante de él.

—Si alguna vez quiere que hablemos de por qué rescindí la alianza, venga a hablar conmigo. Violet está fuera de su alcance. Si vuelve siquiera a mirar en su dirección sin un gesto de una amabilidad y un respeto máximos, le mataré sin pensármelo dos veces y dejaré que Syrena ocupe su lugar como heredera. ¿Le queda claro? —Habla con esa delicadeza gélida que me provoca escalofríos.

Tecarus asiente.

—Discúlpese.

—*Estoy bien*. —Se está pasando. Este hombre es el segundo en la línea de sucesión al trono de Poromiel.

—No consiento que asumas castigos pensados para mí.

—Acepta mis más sinceras disculpas, Violet Sorrengail —croa Tecarus a través de unas maltratadas cuerdas vocales—. Y, ahora, ¿dónde nos deja esto, Riorson?

Xaden se pone en pie.

—Ahora viene cuando negociamos.

Una hora más tarde nos han dado de comer y nos hemos puesto un uniforme seco de vuelo y estamos sentados a la mesa del salón, ahora vacía, delante de Tecarus, Cat, Syrena y media docena de aristócratas, y un general a la izquierda de Tecarus.

Todas las personas de la sala están desarmadas, a excepción de Xaden y de mí, pero gracias a nuestros sellos nunca estamos indefensos.

—¿Os parece si os presento primero mi oferta? —pregunta Tecarus tirándose del cuello para apartárselo de las ronchas que le cubren el cuello.

—Adelante —responde Brennan.

Xaden desliza una mano hacia mi muslo izquierdo y ahí la deja. No me ha quitado la mano de encima desde que hemos salido del patio. Aún me sorprende haber podido ponerme el uniforme de vuelo, pero lo entiendo. Si yo lo hubiera visto enfrentarse a un venin, probablemente ahora me tendría en su regazo.

—Tu poder es… fascinante. —Tecarus niega con la cabeza despacio, como embelesado—. Y todavía te falta entrenamiento. Imagínate de lo que serás capaz dentro de unos años, o incluso de solo uno.

Xaden extiende la mano y yo entrelazo sus dedos con los míos.

—A mí eso no me parece una oferta —digo con el tono más neutro posible, tratando de ignorar con todas mis fuerzas que este hombre no solo ha estado a punto de matarme a mí, sino también a Brennan y Mira.

El enfado da paso a una ira ardiente; rápido, demasiado rápido.

Me vuelvo hacia Cat.

—O sales de mi cabeza o empiezo a manipular los rayos por dentro.

Ella se recuesta en su silla, pero esos ojos entrecerrados no son de derrota. No, ni mucho menos: me está valorando como a una oponente digna.

Empieza el juego.

—¿Sabéis por qué tengo tanto éxito como coleccionista? —pregunta el vizconde prácticamente temblando de emoción—. Tengo un don para saber lo que quiere la gente, lo que los motiva a entregarme sus tesoros. —Joder, es el polo opuesto a Varrish. En el fondo nuestros sellos no son tan distintos a sus trucos mentales—. Creo que tú y yo podríamos llegar a un acuerdo si tienes en cuenta que podría hacer realidad tus sueños más descabellados.

Xaden me acaricia el muslo de forma inconsciente, pero me ayuda a mantener los pies en la tierra.

—¿Y cuáles cree que son mis sueños más descabellados? —le pregunto.

—La paz. —Tecarus asiente, y sus movimientos se vuelven más y más erráticos cuanto más se emociona—. No para ti, por supuesto. Eso no es lo que te motiva. Paz para las personas que aprecias.

Xaden deja la mano inmóvil.

—Paz para él —termina Tecarus.

Mi siguiente respiración es entrecortada.

—Le escucho.

Me presenta su oferta, y debo admitir que por un segundo me resulta tentadora: pasar unos años como su perro guardián personal, vigilando a los guivernos sin jinete que han empezado a volar con frecuencia en patrones que parecen sospechosamente premeditados, a cambio de vivir el resto de mis días con Xaden, nuestros dragones y nuestros seres queridos en una isla entregada a la paz. Suena ideal. También es una opción cobarde y del todo inviable. Las islas no aceptan a los navarrenses ni siquiera de visita.

—Huir del continente a cualquier tierra que le haya arrebatado a los deverelíes no le ayudará a la gente que aprecio ni a la que ni siquiera conozco. No es más que eso: huir.

Tecarus tensa la mandíbula; tengo la impresión de que no está acostumbrado a recibir negativas.

—¿Ni siquiera si le entrego la luminaria a Tyrrendor? —Mira de reojo a Brennan—. No tardó en llegarnos la noticia de que Navarre ha permitido que vuestros cadetes se marchen sin que apenas se derrame una gota de sangre. Aunque me pregunto por qué. ¿Vosotros no?

Sí. Todos los días.

—Los dragones no le deben ninguna explicación. —Brennan se encoge de hombros—. Y mi hermana se acaba de ganar la luminaria. ¿O piensa desdecirse de su acuerdo?

—Yo jamás faltaría a mi palabra. —Tecarus mira en dirección a Xaden y se inclina hasta apoyar las mangas recargadas de su túnica—. Todo lo que sabemos sobre los seres oscuros. —Le hace un gesto de cabeza al general de las cejas plateadas, quien desliza un libro encuadernado en cuero por la mesa, en dirección a Brennan. Los dedos me hormiguean al instante, ansiosos por abrirlo—. Pero yo nunca he dicho que fuera a entregaros la luminaria a cambio de ver cómo blandía su sello. He dicho que entonces empezaríamos a negociarlo.

«Será una puta broma, ¿no?». Le aprieto la mano a Xaden, como si así pudiera evitar que estrangulara al vizconde con sus sombras, o yo no fuera a perder por completo el control de mi poder. Debería haber traído el conducto a la reunión.

—Negociemos, pues. ¿Qué quiere a cambio de que nos marchemos hoy de aquí con la luminaria? ¿Armas? —pregunta Brennan—. Porque eso es lo que le ofrecemos. La luminaria es un trasto inútil aquí, pero nosotros la aprovecharemos para suministrarles a sus bandadas las armas que necesitan para enfrentarse a los venin que no puede capturar.

Con suerte, los detalles de cómo han conseguido capturar al de antes estarán anotados en ese libro.

—Lo de las armas es un buen comienzo —coincide Tecarus con un gesto de cabeza afirmativo, antes de desviar la mirada hacia Cat—. Y quiero que os llevéis de vuelta a Aretia, junto con la luminaria, a los cien cadetes de piloto a los que he ofrecido refugio después de que destruyeran su academia.

Perdón… ¿Qué cojones acaba de decir?

—¿Y qué quiere que hagamos con sus cadetes? —pregunta Xaden ladeando la cabeza ligeramente—. A los grifos no les sientan bien las alturas.

—Tampoco se les ha dado nunca la oportunidad de adaptarse —discute Tecarus—. Y lo que quiero es que los eduquéis igual que a los cadetes de jinete, que es lo que deduzco que estáis haciendo. Mantenedlos a salvo, enseñadles a trabajar en equipo y tal vez tengamos una oportunidad de

sobrevivir a esta guerra. Como he dicho, estas últimas semanas hemos localizado guivernos sin jinete patrullando los cielos, sin duda para informar de inmediato a sus creadores de lo que ven. Nuestros informes indican que se han aventurado lejos hacia el oeste, hasta Draithus. No les hacemos ningún favor a los pilotos teniéndolos aquí a salvo en el sur, y menos cuando lo que quieren es combatir. ¿Y quién mejor para enseñar a los pilotos a matar guivernos que los jinetes de dragón?

¿Entrenar a los pilotos de grifo? ¿Llevarnos a Cat de vuelta a Aretia? Antes me enfrentaría a una docena de venin. Desarmada. Sin Tairn ni Andarna.

—No hay forma de volar con ellos hasta Tyrrendor —señala Mira.

A Xaden se le contrae un músculo de la mandíbula.

—Sí que la hay, pero no podemos garantizarles que sobrevivan.

—Nos arriesgaremos —responde Syrena—. Es la mejor oportunidad que tienen los cadetes de vivir el tiempo suficiente para enfrentarse a los seres oscuros.

—Esta es mi oferta. O la tomáis o la dejáis —exige Tecarus.

Es imposible que…

—Hecho —contesta Brennan—. Siempre que cada piloto lleve un virote consigo.

Voy a estrangular a mi hermano.

43



> Desde las peligrosas olas del océano Arctile hasta las llanuras más bajas del altiplano de Tyrrendor, los riscos de Dralor se alzan hasta superar los tres mil quinientos metros, imposibles de sobrevolar para un grifo. Si bien hay tres caminos bien construidos en Navarre para ascender al altiplano, a lo largo de la frontera krovlana solo existe uno… y es letal tanto para el grifo como para su piloto.
> No debe intentar cruzarse bajo ninguna circunstancia.
> —Capítulo dos, *Guía táctica para derrotar dragones*, por el coronel Elijah Joben

El cuello me duele al levantar la vista más y más arriba, hasta que los riscos de Dralor desaparecen en una gruesa capa de nubes.

Han pasado cuatro días desde que cerramos el trato con Tecarus. Tres noches atrás entregamos la luminaria, un anillo casi tan alto como Sgaeyl formado por cristales de un azul intenso, en un anexo del valle sobre Aretia, donde se encuentra la nueva forja. Ayer se les ordenó a todos los cadetes que durmieran bien, prepararan el morral para una misión de tres días y se reunieran en formación de vuelo a las cuatro de la mañana, y ahora estamos en un campo al oeste de Draithus, observando las bandadas que esperan al otro lado del Ala Uno mientras el sol se lleva los últimos rastros de la bruma matinal.

—No lo dirá en serio —dice Ridoc a mi lado en formación, con el cuello en el mismo ángulo que el mío.

Entre los cien cadetes de Aretia y la misma cantidad de pilotos apelotonados en este campo verde, deduzco que el noventa y cinco por ciento de los presentes tienen exactamente el mismo aspecto, y observan boquiabiertos y con absoluta incredulidad la trocha empinada, y apenas visible, que mi hermano acaba de señalar.

La serie de cornisas y curvas talladas en los acantilados de granito parecen más adecuadas para una cabra montesa que para un grifo, y se funden tan bien con el terreno que no me extraña que el paso de Medaro fuera un secreto bien guardado.

Hasta ahora.

—Coincido. —Visia asiente—. No puede hablar en serio. Eso no es un camino: es una trampa mortal.

El sendero del que Brennan habla con tanto entusiasmo no tiene la anchura suficiente para que quepa un carro, y mucho menos un grifo…, ¿y pretende que lo recorran a pie? ¿Y que nosotros lo recorramos con ellos mientras los dragones patrullan los cielos?

—Si no hablara en serio, no estaríamos aquí —responde Rhiannon por encima del hombro.

—¿Y qué narices pretende que hagamos aparte de escalar con ellos? —pregunta Aaric en voz baja.

—¿Recogerlos si se caen? —sugiere Ridoc.

—Claro, como si fuera tan fácil recoger a un grifo —replica Imogen.

Frunzo el ceño mientras estudio el empinado sendero. Lo que más me preocupa no es lo estrecho que sea, ni siquiera las trampas para grifos de las que nos ha hablado Brennan, sino mi propia resistencia. Doce horas de escalada constante me van a destrozar las rodillas y los tobillos.

—*Ve con cuidado* —me advierte Xaden, con una voz que se va disipando cuanto más se aleja hacia el este con Sgaeyl, en una misión que no me han confiado—. *No he tenido tiempo de interrogar a todos los pilotos sobre sus intenciones*.

Como si su recomendación personal ayudara a solucionar la falta de confianza entre los dos colegios.

—*Ya me lo habías advertido* —le recuerdo, sintiendo como lo pierdo poco a poco—. *No te mueras. Nos vemos en unos días*.

Siento una calidez que desaparece junto con la presencia sombría de mi mente.

Delante de mí, Baylor se cubre un bostezo descontrolado con el puño, mientras Brennan sigue informándonos sobre la duración del trayecto que nos espera subido en un montón de ballestas, amplificando su voz a lo largo del campo.

—El viaje debería llevaros doce horas, aunque recomiendo que paréis por el camino. —Nos repasa con la mirada, como esperando nuestra reacción. Sin embargo, lo que genera en su mayor parte es… silencio.

El único sonido es el de la brisa otoñal que mueve las hojas de los robles matorral del extremo sur del campo. Incluso los dragones y los grifos guardan silencio a nuestro alrededor, como si tampoco pudieran creerse del todo lo que nos están proponiendo.

—Sí, para que nos tiren por un acantilado —suelta un jinete del Ala Tres, y no creo que esté bromeando.

—Esa pregunta justifica a la perfección por qué vais a acompañarlos —dice Brennan evitando mi mirada por completo mientras Syrena sube por el montón de virotes atados para colocarse a su lado—. No solo les hemos dado a los líderes de ala las ubicaciones de las trampas para grifos a fin de que los desarmen, sino que también debéis conseguir respetaros y confiar en los otros antes de que podáis aprender juntos. Ningún jinete respetará a un cadete que no haya cruzado el parapeto. —Señala la trocha que hay a su espalda—. Aquí tenéis el parapeto que deben cruzar.

—¡Es estrecho, pero no tanto! —exclama Ridoc granjeándose varios resoplidos de aprobación de los jinetes que nos rodean.

—Y si solo estuviéramos poniéndonos en riesgo nosotros, tal vez no estaría fuera de lugar considerarlo inferior a vuestro puente de la muerte en Basgiath —replica Syrena entrelazando las manos a la espalda y dirigiéndose a la mitad de la formación que ocupan los jinetes. La luz del sol se refleja en las anillas de metal del tamaño de una mano que le cuelgan por delante de los hombros, conectadas al cuero que hay encima—. Pero tened en cuenta mientras ascendáis, mientras decidís si aceptaréis de corazón a los pilotos en vuestras filas —su mirada se encuentra con la mía—, que aunque este sendero sea perfectamente seguro para los humanos, es peligrosísimo para los grifos. Y preguntaos si vosotros pondríais en riesgo las vidas de vuestros dragones ascendiendo por un camino diseñado de forma específica para matarlos, que os llevaría a territorio hostil, solo para aprender cómo destruir mejor a vuestro enemigo con las mismas personas a las que considerabais enemigas hasta la semana pasada.

Todos los jinetes a mi alrededor se remueven inquietos.

—*Tiene razón* —le digo a Tairn, dado que Andarna está a más de tres horas de vuelo, sin duda en medio de una sesión de entrenamiento con los ancianos. Ayer estuvo a punto de desplegar por completo el ala. A punto—. *Yo tampoco os pondría en riesgo a vosotros*.

—*Por supuesto que no. ¿Qué sentido tendría, cuando puedo llevarte encima a lo largo y ancho del mundo?* —Siento como pone los ojos en blanco—. *No te vinculaste con esos seres inferiores que son los grifos. Te vinculaste a unos dragones. Date una vuelta con ellos y deja que te demuestren su valía*.

—*Por cómo nos miran los pilotos, me parece que son ellos los que esperan que nosotros les demostremos lo que valemos.*

—*A ti te eligieron dos dragones. Con eso basta.*

—A cada pelotón se le asignará una bandada de una fuerza similar para practicar el ascenso —anuncia Brennan—. Con suerte, para cuando lleguéis a la cima habréis desarrollado un punto de partida desde el que construir el principio de una cierta colaboración.

¿Todo esto no es más que para obligarnos a llevarnos bien?

—Lo dudo, sinceramente —masculla Ridoc.

—Mientras tanto, vuestros dragones permanecerán cerca —nos confirma Brennan.

—*En ningún momento estaré a más de un minuto de vuelo* —me promete Tairn—. *Disfruta del ascenso*.

Le tomo la palabra en el instante en que nos asignan una bandada: la de Cat.

Tres horas más tarde las pantorrillas me arden de la subida constante, y el silencio de nuestro pequeño grupo a la fuerza ha pasado de ser incómodo a extremadamente desagradable. Aparto la mano derecha de la pared de roca desnuda y me ajusto el peso de la mochila sobre los hombros para aliviar parte del dolor que empiezo a sentir en la espalda y echar un vistazo a Sloane. Va subiendo sin prisa pero sin pausa a unos metros por delante de mí, dándole al grifo que tiene enfrente espacio suficiente para agitar su cola leonada.

Subimos en fila de uno a uno, con el Ala Cuatro a la cabeza. Solo la Sección Garra va por encima de nosotros.

La trocha en sí es dificultosa, pero no intransitable, y aunque en algunos tramos se ensanche hasta unos dos metros, en otros se estrecha hasta una cuarta parte de eso, en lugares en los que el camino se ha desintegrado y dejado boquetes que obligan a los humanos a abrazarse a la pared para pasar.

Cuando llegamos a uno de esos boquetes, los grifos estiran sus espolones ganchudos mientras hacen equilibrios sobre las zarpas traseras, y me veo conteniendo el aliento hasta que consiguen cruzar. Teniendo en cuenta que las bestias que nos acompañan miden fácilmente cincuenta centímetros más que el camino, me sorprende que hasta ahora solo se hayan caído dos. De momento han podido volver a subir, pero a altitudes más altas la cosa podría ponerse bastante fea.

Miro hacia atrás, a Maren, la piloto con la que me han emparejado hasta la noche, y su grifo en el momento en que nos acercamos a una trampa que ya han activado; un tronco del tamaño de un ariete que ahora yace inofensivo junto a la pared de piedra del acantilado donde el sendero se estrecha.

—Id con cuidado aquí.

—Justo a la altura del pecho. No está mal —dice ofreciéndome una sonrisa tensa.

Es una chica menuda para ser piloto, aunque más alta que yo, de cara redonda bajo pelo negro, recogido en una trenza larga que le cae por encima de la piel bronceada de tono ocre de su cuello. Siempre que me vuelvo me sostiene la mirada sin vacilar con esos ojos oscuros caídos, lo cual merece mi respeto, pero también es la mejor amiga de Cat, lo cual me obliga a vigilarme la espalda de varias formas.

Vuelvo a mirar atrás para comprobar que haya cruzado sin dificultades.

—No pienso caerme de este acantilado —me asegura cuando tomamos el giro pronunciado de la cuarta curva. O tal vez el quinto. Las curvas son los únicos lugares en que el sendero se ensancha lo suficiente para que podamos andar en pareja—. Y Dajalair tampoco.

Al grifo se le resbala del camino la garra izquierda delantera, marrón y blanca, y el espolón chirría contra la roca con el sonido más terrorífico que he oído en mi vida mientras recupera el equilibrio.

Sloane y yo intercambiamos una mirada que, para mi sorpresa, no alberga hostilidad alguna.

—¿Estás segura? —le pregunto a Maren cuando las tres nos detenemos a comprobar si se ha desprendido alguna piedra del terreno rocoso. Cualquier cosa que caiga puede ser letal para quien haya abajo.

La grifo se arquea sobre Maren y chasquea el pico en mi dirección.

Sí, estoy convencida de que esa cosa podría reventarme la cabeza.

—Lo pillo, estás segura —digo levantando las manos y rezándole a Dunne para que los grifos no castiguen a los humanos por dirigirles la palabra igual que los dragones.

Maren asiente y le rasca el pecho emplumado a su grifo.

—Tiene muy buen equilibrio y un pelín de mal carácter.

La grifo emite un sonido alegre, y reemprendemos la marcha.

La poca anchura de la cornisa es precisamente lo que impide que vuelen en ningún momento del trayecto. Es imposible saber si podrán aterrizar sin provocar un corrimiento de tierra y matar a todas las personas que haya debajo.

—Aunque se cayera a esta altura, no tendríamos más que volar hasta el punto de partida y empezar de nuevo —dice Maren como ofrenda de paz—. Lo que me preocupa es el tramo superior. Cuando superemos los mil quinientos metros, le costará batir las alas. No está hecha para las bandadas cumbreras.

—¿Qué son las bandadas cumbreras? —pregunto, sin poder evitarlo.

—Las que están más preparadas para la altitud, para sobrevolar las cumbres de las montañas Esben —me explica—. Quizá a Daja le cueste admitirlo, pero ella es más una chica de llano. —Su sonrisa se ensancha a pesar de que la grifo chasquea el pico rápidamente a apenas unos centímetros de la oreja de Maren—. ¿Preferirías que te asignaran a las bandadas costeras después de la graduación? —Deja escapar una risotada suave, sin duda como respuesta a algo que ha dicho la grifo—. Ya me lo suponía. Créeme: tenemos las mismas ganas de ir a Tyrrendor que vosotros de que estemos aquí.

—¿Y por qué venís? —pregunta Sloane acercándose demasiado al grifo siguiente y recibiendo un coletazo en la cara.

—Como ha dicho Syrena, es nuestra mejor opción para sobrevivir, y no solo para los pilotos, sino también para nuestro pueblo.

Tras otros cinco minutos de silencio tenso, pregunto:

—Oye, ¿y de dónde eres?

—De Draithus —responde Maren—. Te preguntaría lo mismo, pero todo el mundo sabe que creciste de puesto en puesto hasta que asignaron a tu madre a Basgiath.

Por poco no reduzco el ritmo de mis pasos.

Sloane me mira con las cejas arqueadas.

—Existían pocas personas más suculentas que tú para pedir un rescate —añade Maren cuando llegamos a una serie de escalones tallados pensados para impedirles el paso a los carros—. Sinceramente, la mayoría pensábamos que Riorson se te llevaría después de terminar la siega de primero y te ofrecería a Poromiel como obsequio.

—Eso lo pensaría Cat, dirás. —La voz de Sloane tiene un tono suspicaz.

—Bueno, Cat estaba convencida —coincide Maren.

—¿Qué siega? —pregunto, ignorando por completo la insinuación de que Xaden debería haberme secuestrado—. ¿Te refieres a la Trilla?

—Eso. —Maren echa un vistazo al progreso de Daja por los escalones antes de seguir subiendo—. Como se llame. Cuando vuestros dragones os matan u os escogen.

—Todo primer año, vaya. —Sloane se ríe.

—Imagínate nuestra sorpresa cuando el año pasado se presentó dispuesto a defenderte hasta la muerte.

Me vuelvo para mirarla porque no percibo en su voz la animosidad que esperaba. Y tampoco la encuentro en sus ojos.

—¿Te llevaste una decepción?

Maren se encoge de hombros, y los anillos de metal que lleva en el hombro reflejan la luz del sol con el movimiento.

—Me supo mal por Cat, pero no me hacía ninguna gracia ver esa toxicidad en mi mejor amiga, que supongo que es lo que te pasaría a ti. Es la que está ahí arriba con Cat, ¿verdad? ¿Vuestra líder de pelotón?

Asiento, avanzando por los estrechos escalones, manteniendo el cuerpo lo más cerca posible de la pared sin llegar a rasgarme la chaqueta de vuelo.

—Rhiannon no quiere que Cat intente tirarme del camino.

—Es probable que lo intentara —admite Maren con un tono alegre en la voz—. Está un poco…

—¿Volátil? —termina Sloane por ella, dejando casi tres metros entre ella y el grifo que tiene delante junto a Ridoc, Visia y la piloto. Creo que esa se llama Luella, pero no lo tengo del todo claro—. Espero que no intente hacer ningún truquito mental con Rhiannon, o a lo mejor acaba colgada del borde. Rhi no es persona de aguantar tonterías.

Enarco las cejas.

—¿Te sorprende? —me dice Sloane por encima del hombro, sin apartar la mano de la pared del acantilado a medida que nos acercamos al final de los escalones—. No debería. Liam detestaba a muy pocas personas, pero Cat era una de ellas.

Claro. Él y Xaden crecieron juntos. Es lógico que la conociera.

—Enfadada —la corrige Maren—. Iba a decir «enfadada». Y relájate, Sloane, ninguno de nosotros se atrevería a canalizar el poder de nuestros grifos sabiendo que deben mantener una concentración absoluta para no despeñarse.

—Al menos no me odias solo a mí —le digo a Sloane reprimiendo una sonrisa.

—No te odio —responde Sloane con un hilo de voz, tan bajo que casi dudo de si lo he oído o no—. Es difícil odiarte cuando Liam no sentía lo mismo. —Mi gesto confuso debe de bastarle para continuar—. Voy por las cartas de octubre.

—Ah, cuando Xaden lo obligó a que fuera mi guardaespaldas.

Doblamos la curva e iniciamos el siguiente ascenso por el despeñadero, este tallado en la roca gris del acantilado con una pendiente algo más pronunciada. Levanto la vista y me arrepiento al instante de mi decisión. El estómago se me revuelve al ver que es prácticamente idéntico al anterior. No hay más que precipicio tras precipicio.

—Las dos conocíamos lo bastante bien a mi hermano como para afirmar sin ninguna duda que nadie lo obligó —contesta Sloane dejando caer los hombros—. Pero ojalá Xaden se lo hubiera pedido a otra persona. A quien fuera.

—Opino lo mismo —admito en un susurro, centrándome en mis pasos donde el camino se ha derrumbado y no le quedan más que unos pocos metros.

—¡Cuidado! —gritan unos voces angustiadas sobre nuestras cabezas.

Todas levantamos la vista.

El cielo gris se precipita rápidamente hacia nosotras.

No, no es el cielo. Es un pedrusco.

Estamos a punto de convertirnos en escombros por culpa de una trampa activada.

—¡A cubierto! —chillo levantando las manos y pegando la espalda a la pared de roca; intento sobresalir lo menos posible mientras accedo al poder de Tairn cuando un pedrusco golpea el borde del ascenso siguiente y se precipita hacia nosotras.

El corazón me martillea en los oídos. «Es como girar el pomo de una puerta. Como quitar un cerrojo. Es magia menor. Puedo conjurar magia menor…».

¿Con una roca del tamaño de un Cola de Plumas?

Me imagino el pedrusco cambiando de dirección y retuerzo las manos…

La visión se me nubla un instante antes de que se produzca una explosión por encima de mí, y me cubro la cabeza con las manos para protegerme de la lluvia de guijarros.

Tairn ha pulverizado el pedrusco con la cola.

—*Gracias*. —Me apoyo en la pared de roca y respiro hondo varias veces para calmar los latidos desenfrenados de mi corazón.

—¡Vi! —grita Rhiannon desde más adelante.

—¡Estamos todas bien! —le respondo a viva voz.

—Joder. —Maren se apoya a mi lado con la mano en el pecho.

—¿Un Cola de Maza? —pregunta Sloane.

—Un Cola de Maza —le confirmo, observando como Tairn se estabiliza antes de volar de nuevo en nuestra dirección.

Unos segundos más tarde flota delante de mí con unos movimientos precisos de las alas y me entorna los ojos dorados.

Maren agacha la cabeza y Sloane aparta la mirada.

—Oye, que no ha sido culpa mía. No he resbalado —le espeto levantando las cejas.

—Sería una lástima que hubieras sobrevivido al año pasado para acabar muerta durante una miserable excursión.

Resoplo.

—Tomo nota.

Tairn extiende las alas y noto una ráfaga de aire en las mejillas antes de que vuelva a descender en picado.

—Oye…, ¿e-eso es normal? —me pregunta Maren cuando reemprendemos la marcha; el corazón me late con fuerza por el subidón de adrenalina.

—¿El qué? ¿Lo de que Tairn me haya salvado? ¿O lo de que se haya puesto de mal humor? Porque sí, las dos cosas son normales.

—Cuando recorréis vuestro parapeto, ¿os lanzan rocas? —explica.

—Ah. —Niego con la cabeza—. No. Solo hay que cruzarlo, aunque es más complicado de lo que parece. ¿Qué hacéis vosotros para que os elijan?

—Nos colocamos en el borde de Riscara, en dirección al río (que en ese punto tiene unos diez metros de profundidad), y esperamos a que las bandadas pasen volando por debajo. —Su tono se aligera, y cuando me vuelvo hacia ella veo que sonríe—. Cuando se acercan, saltamos.

—¿Saltáis? —Sloane se vuelve de golpe, con los ojos como platos.

Maren asiente y se le forman dos hoyuelos en las mejillas.

—Saltamos. Y si aterrizamos en un grifo, nos colocamos en la posición correcta y nos mantenemos encima, se vinculan a nosotros. —Levanta una mano y le rasca la barbilla a Dajalair, justo donde el pico se convierte en plumaje.

—Qué pasada —admite Sloane a regañadientes—. ¿Qué pasa si falláis? ¿La corriente acaba arrastrando los cadáveres hasta la costa?

Las dos nos detenemos y nos volvemos por completo para ver a Maren responder. Debo admitir que a mí también me pica la curiosidad.

La piloto pestañea.

—¿Qué cadáveres? No muere nadie. Es como saltar de un acantilado, sin más. Si fallamos, nadamos hasta la costa, nos comemos la vergüenza y elegimos otro servicio. La infantería y la artillería son muy populares.

Sloane y yo intercambiamos otra mirada.

—Na-nadáis hasta la costa… —repito despacio.

—Eso es. —Maren asiente y nos señala a Sloane y a mí—. Y antes de que me lo digáis, los raros sois vosotros, que matáis a cadetes el Día del Reclutamiento.

Retrocedo, e intento procesar sus palabras.

—Técnicamente, son candidatos —masculla Sloane—. Pasamos a ser cadetes una vez que hemos cruzado.

—Bueno, pues mejor me lo pones —responde Maren con sarcasmo.

—¡Oye! ¿Nos movemos o qué? —grita Sawyer a nuestras espaldas.

—¡Ya vamos! —contesto, antes de volverme y seguir subiendo por la pendiente, y en ese momento un pulso de energía fulgurante recorre mi vínculo con Tairn.

—Hala —exclama Sloane llevándose una mano al corazón—. ¿Qué ha sido eso?

—Yo también lo he notado —dice Maren desconcertada.

—*La primera cría de Aretia ha decidido romper el cascarón* —me informa Tairn con la voz entrecortada, teniendo en cuenta las noticias.

—*¿Tenemos crías?* —Sonrío—. *¿Y por qué no parece que te alegres?*

—La elección de la cría ha transformado de nuevo el valle en un terreno de cría, y eso cambia la magia. Lo percibirán todas las criaturas que puedan canalizarla y que estén a menos de cuatro horas de vuelo hasta el valle.

—*Pero eso solo nos alcanza a nosotros. Estamos a unas tres horas de allí*. —Miro a nuestro alrededor y reparo en que los demás también parecen estar conversando con sus vínculos—. *Bueno, a nosotros y a los pilotos, que al final lo descubrirán de todos modos cuando lleguemos allí*. —Mi sonrisa se ensancha ante la idea de un Cola de Plumas nacido en Aretia—. *Debemos confiar en ellos para que esto funcione*.

—Supongo que sí.

A última hora de la tarde siento que preferiría entregarle mi alma a Malek antes que dar un paso más en esta mierda de trocha interminable. No me extraña que Poromiel jamás haya invadido Tyrrendor. Sus tropas habrían acabado o bien exhaustas o bien muertas, atacadas por las patrullas de dragones, para cuando hubiesen llegado a la cima.

No hay músculo que no me duela; y no sé cómo es posible que me ardan por el agotamiento y además los tenga rígidos por lo calculados que se han vuelto mis pasos a medida que hemos ido ganando altura, como resultado del mareo que no consigo quitarme de encima. Ni siquiera recitar hechos mentalmente me está ayudando a reconectar con mi cuerpo. El corazón me late a un ritmo sutil pero estresado, y daría lo que fuera por apoyarme en la pared de roca que tengo a mi derecha, parar y descansar una hora. O dos. O cuatro.

Nos hemos detenido al menos dos veces a lo largo de la última hora. Los grifos han bajado tanto el ritmo que estoy empezando a dudar si llegarán a la cima, pero al menos no se ha despeñado ninguno. Y tampoco ayudan las riñas que se han desatado entre pilotos y jinetes. Hemos tenido que detener la marcha tres veces solo para cambiar de sitio a determinados cadetes. Es posible que Brennan tenga razón y que acabemos respetando a los pilotos que terminen el ascenso, pero una excursión de un día no resolverá los años de odio que nos han hecho sentir por el otro.

La tarde se anima aún más cuando nos adentramos en una gruesa capa de nubes que solo permite ver a unos metros por delante, y nuestro progreso se reduce tanto que casi parece que estemos gateando.

—Ojalá estas nubes indiquen que estamos cerca de la cima, ¿no os parece? —desea Maren, antes de mirar con preocupación a Daja, cuyos pasos se han vuelto más y más pausados con cada subida.

La grifo tiene la cabeza gacha y el pecho emplumado se le levanta más rápido y de manera más superficial a cada paso que da. Hipoxia. Maren está en las mismas condiciones, igual que la pareja que tenemos delante, Cibbelair y su piloto, Luella. El grifo no solo tiene sus alas plateadas recogidas en los costados, sino que además está alicaído.

Los jinetes estamos adaptados a las condiciones de las montañas que rodean Basgiath y a menudo volamos a más de tres mil metros de altura, pero los pilotos no pueden decir lo mismo. La montaña más alta de Poromiel alcanza unos dos mil quinientos metros, lo cual explica por qué solo las bandadas cumbreras pueden llevar a cabo los saqueos de las aldeas a gran altura de los que nos hablan en Informe de Batalla.

Incluso Sloane parece intranquila.

—Déjame que compruebe cuánto falta —le digo a Maren suavizando el tono—. *Por favor, dime que estamos a punto de salir de este puñetero acantilado*.

—*Eso parece. Quizá os falten tres o cuatro ascensos hasta la cima* —responde Tairn—. *Pero no vemos nada con esta niebla. La Sección Garra ya ha coronado la montaña*.

—Diría que nos falta menos de una hora. —Le ofrezco a Maren lo que espero que perciba como una sonrisa de ánimo, pero probablemente no sea más que una mueca de fatiga—. *¿Seguro que no puedes recogerlos con las garras igual que los virotes y llevarlos hasta la cima?* —le pregunto a Tairn.

—*Jamás tolerarían tamaña deshonra. Además, no tienen más que coronar los acantilados. Hay carros esperando al otro lado para transportar a los que lo permitan.*

Claro, porque no pueden volar hasta Aretia. No en estas condiciones.

—Podemos aguantar una hora más —balbucea Maren entre resoplidos—. ¡Luella! —grita hacia delante—. ¡Debería faltarnos aproximadamente una hora más! ¿Vais bien?

—¡Nos las apañaremos! —responde una voz débil por delante del grifo de plumas plateadas.

Sloane apoya una mano en el acantilado y vuelve la cabeza hacia mí.

—Ella y Visia han estado discutiendo —susurra—. Parece que están más tranquilas, pero no sé si es porque han limado asperezas o porque a Luella le falta el aire. Y creo que acaba de vomitar.

—Mal de altura —respondo con el mismo tono bajo.

—No hace falta que musitéis —nos dice Maren—. Los grifos tienen un oído increíble.

—Como los dragones —mascullo—. Es imposible tener privacidad.

—Exacto. —Maren le rasca a Daja justo en el punto que tiene encima del pico, y me recuerda a ese sitio encima de las fosas nasales que tanto le gusta a Andarna—. Mira que llegan a ser metomentodos —dice con afecto—. No os preocupéis, Luella se la acabará ganando. Es la más simpática de los nuestros.

—Yo no lo tengo tan claro. —Sloane baja el ritmo para darnos tiempo a alcanzarla—. Visia perdió a su familia en el saqueo de Sumerton el año pasado.

—Lu ni siquiera era cadete cuando eso ocurrió —le rebate Maren entre respiraciones cortas.

—Si los jinetes hubieran prendido fuego a Draithus —añade Sloane arqueando una ceja—, ¿tendrías en cuenta si quien tuvieras al lado fuese del Ala Norte? ¿U odiarías a todos los jinetes por igual?

—Tienes razón —admite Maren—. Pero es muy difícil despreciar a Luella. Además, hace unos pasteles para chuparse los dedos. Se ganará a Visia con sus tofes de mantequilla en cuanto lleguemos a Aretia. Ya lo veréis.

El destello de un ala de dragón atraviesa la niebla, cortando la nube como un cuchillo antes de volver a desaparecer.

—Al menos siguen patrullando —comenta Sloane mientras continuamos avanzando.

—Ya hay que tener valor si no pueden ver el borde del acantilado —agrego.

Una oleada de tensión, de toma de conciencia, recorre mi vínculo con Tairn. Supongo que a él tampoco le hace ninguna gracia la falta de visibilidad.

—¡Ahí no! —grita una voz familiar más adelante, y la fila se detiene—. ¡La activarás!

Dain.

—¿Qué coño hace ese ahí? —musita Sloane. Da igual las veces que le explique que Dain no era consciente de las consecuencias de robarme los recuerdos; Sloane sigue aborreciéndolo.

Y hay una parte significativa de mí a la que le pasa lo mismo.

Cibbelair comienza a moverse, escogiendo con cuidado dónde poner las patas, y lo seguimos hasta llegar poco después al lugar en que Dain espera rígido con la espalda apoyada en la pared del acantilado, ocupando el menor espacio posible para que los grifos puedan pasar.

—Hay una trampa que se activa por presión —nos advierte, señalando una sección del sendero justo delante de él con un mapa en la mano y el brazo extendido para que Ridoc y Luella no continúen—. Sabemos que dispara flechas, pero no desde dónde, de modo que no podemos desarmarla. Por eso me he quedado aquí, para advertir a todo el mundo sobre esa sección en concreto.

Levanto la vista hacia la pared del despeñadero y distingo numerosas hendiduras en la roca que podrían esconder todo tipo de municiones, y entonces vuelvo a fijarme en el camino, donde han extendido una cuerda sobre la roca para marcar la zona que no debe pisarse. Debe de medir entre un metro y medio y dos metros, lo cual ya me haría pensármelo dos veces en tierra firme, pero intentar dar un salto tan grande en un saliente tan

inclemente, con la fatiga que arrastramos (por no hablar de la de los grifos), es, como poco, intimidante.

Y apenas veo nada más allá de la cuerda con esta niebla.

—Tenemos que saltar —dice Ridoc observando el sendero.

—Los demás han podido cruzar sin problema —nos confirma Dain.

—¿Luella? —Maren asoma la cabeza por el camino para ver más allá de Cibbelair.

Una piloto de cabello pálido, casi blanco, y unas pecas que me recuerdan a las de Sawyer mira atrás.

—No lo tengo claro. Nunca he saltado tan lejos.

—Es la más pequeña de nosotros. —Maren no se molesta ni siquiera en susurrar.

—Como tú —añade Sloane mirándome.

—Ridoc, ¿Dain y tú podríais lanzarla? —pregunto.

—¿Me estás preguntando si puedo lanzarte a ti? —me responde Ridoc con el sarcasmo que lo caracteriza.

Yo resoplo.

—A mí no me hará falta. —Ni de coña pienso permitir que Ridoc me lance.

Luella echa hacia atrás la cabeza, ofendida.

«Mierda».

—Yo estoy acostumbrada a las alturas —le recuerdo, con la esperanza de disimular mi insulto accidental—. ¿Qué han hecho los demás? —le pregunto a Dain.

—Pues correr y saltar —contesta—. Lo único, que estamos asegurándonos de que la última persona que ha saltado se haya recuperado antes para evitar impactos.

Dioses, ojalá Xaden estuviera aquí. Simplemente levantaría a Luella con sus sombras y la llevaría al otro lado. Aunque, claro, también es posible que la dejara caer. Siempre me cuesta prever sus reacciones con otras personas.

Rhiannon no puede llamar algo tan grande como una persona. Cianna, nuestra oficial ejecutiva del año pasado, está más arriba, pero su sello del viento tampoco nos servirá aquí. Nuestros sellos ahora mismo son inútiles.

—Salta tú primero, Ridoc —le ordena Dain.

—Entonces ¿no lanzo a Luella?

—O lo consigue o no, como en el parapeto —dice Visia recogiéndose la media melena—. Salto yo primero.

—Cibbe dice que quiere saltar antes —anuncia Luella, y entonces las tres se pegan a la pared junto a Dain para que el grifo pueda pasar.

Sloane tiene razón. Luella tiene un físico similar al mío, más menuda y baja que la media. Incluso tiene mi edad, dado que los pilotos empiezan un año después que los jinetes. Pero ella tiene mal de montaña y yo no.

Aunque sí estoy algo mareada, y eso podría ser una sentencia de muerte a esta altura.

La punta del ala de otro dragón aparece entre la bruma, trazando un patrón de vuelo desde la dirección opuesta. ¿Un marrón, quizá?

—¿Ese es Aotrom? —le pregunto a Ridoc. Ahora mismo estaría dispuesta a suplicarle que nos ayudara, y a la mierda el orgullo de los pilotos.

—No. Está en la cima con los demás. Acaba de terminar de cargar con los virotes y se está quejando de que los traten como a mulos de carga.

Esbozo una media sonrisa.

—Me cuadra.

Cibbelair se mece sobre sus cuartos traseros beige y ocre, salta hacia delante sin llegar a tocar la trampa y derrapa al aterrizar.

Luella contiene el aliento cuando las garras de Cibbe se asoman por el borde, pero se aplasta contra la pared del acantilado, alzando y bajando la espalda entre resuellos.

Estoy dividida entre suspirar de alivio por que el grifo lo haya conseguido y aceptar el nudo que me crece en el estómago y que me dice que es imposible que Luella pueda cruzar.

—¿Te importa preguntarle si podría hacernos de pasamano? —le pregunto a la piloto—. Las dos vamos a tener que correr y saltar, y no estaría de más que nos ayudara a no despeñarnos.

Cibbe tuerce la cabeza en un ángulo antinatural y chirría con agresividad en mi dirección.

—Pues… —Una sonrisa sutil se dibuja en los labios de Luella—. Acepta a regañadientes.

—Visia, Ridoc, acercaos —les ordena Dain—. La fila tiene que seguir moviéndose.

Visia retrocede hasta nuestra posición, da unos pequeños saltitos de puntillas y echa a correr, agitando brazos y piernas, antes de lanzarse por encima de la zona marcada por la soga y aterrizar limpiamente al otro lado.

—¿Lo ves? Si ella puede, nosotras también —le aseguro a Luella, esperando que no sea mentira.

—Ella nos saca quince centímetros y no está tan exhausta. —Luella traga saliva—. Y no te ofendas, pero tú tienes pinta de estar a punto de perder el conocimiento.

—No es verdad —miento, dedicando un momento a ajustarme la venda de la rodilla izquierda. Hoy no he bebido suficiente agua y llevo demasiadas horas de pie, y mi cuerpo no se está cortando a la hora de informarme del abandono.

Joder, si hubiera estado así el día del Guantelete, no lo habría conseguido.

El Guantelete. Se me acaba de ocurrir una idea.

—Voy a… —empieza Ridoc.

—Un segundo.

Apoyo una mano en la pared para perder el precario equilibrio que me queda y examino la zona que hay justo encima de la trampa, hasta divisar una de las grietas más sutiles de la roca. Ridoc es el mejor escalador que tenemos, así que esto podría funcionar.

—¿En qué piensas? —me pregunta Dain—. Mira, no me lo digas. Con esas arrugas entre las cejas…

—Estoy pensando en el cariño que le tiene Ridoc a su espada.

Respiro para contener las náuseas que acompañan al mareo.

—Lo normal —responde Ridoc antes de seguirme la mirada—. Ah. Estás pensando en…

—Exacto. —Giro la cabeza hacia Luella para que me entienda, y él asiente despacio.

—No puedo garantizarte si aguantará o no.

—Inténtalo. —Arqueo las cejas.

Ridoc echa mano de su espada.

—No. —Dain desenvaina su espada corta, y deja la larga en su funda—. Utiliza esta. El pomo es más largo, y será más fácil manejarla. —Le entrega la espada a Ridoc, y luego se vuelve hacia mí—. Aún sé cómo te funciona la cabeza.

Sloane resopla.

Ridoc acepta la espada corta de Dain y se la envaina en el espacio vacío a su izquierda, y luego escala unos centímetros antes de trepar en horizontal por la pared del acantilado.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Luella.

—Ahora lo verás —respondo en voz baja para no asustar a Ridoc.

Mano tras mano, avanza con cuidado por la roca, y entonces planta los pies en un asidero que ni siquiera soy capaz de distinguir, y del que ni mucho

menos me fiaría, a medio camino. Desenvaina la espada corta, echando atrás el codo todo lo posible sin llegar a perder el equilibrio, y la introduce en la roca agrietada con todas sus fuerzas. El chirrido es mucho peor que el de un grifo fuera de sí.

—Roca —le dice a Dain extendiendo la mano derecha.

Dain recoge un pedrusco suelto del tamaño de mi puño y extiende sus largos brazos hacia Ridoc para entregárselo.

Ridoc golpea el pomo con él, martillándolo para introducir la espada en el acantilado hasta que prácticamente desaparece por completo, y no me pasa desapercibida la sutil mueca que esboza Dain. Ridoc agarra la empuñadura y la prueba con una mano, y luego con las dos.

Contengo el aliento cuando deja caer todo su peso sobre el arma, y, gracias a Dunne, no cede. Balancea su cuerpo hacia atrás y luego hacia delante, soltándose en el punto álgido del arco que traza y aterrizando en el otro lado de la soga.

Esto podría funcionar.

—Y, de repente, esto ha dejado de ser el parapeto y se ha convertido en el Guantelete —masculla Sloane.

—Chupado —afirma Ridoc antes de volverse hacia mí y extender los brazos—. Venga, Vi, que te agarro.

—Que te den. —Le hago una peineta, pero le ofrezco una sonrisa a pesar del mareo—. Espero de corazón que seas diestra —le digo a Luella.

Ella asiente.

—Bien. La empuñadura mide veinte centímetros…

—Diecisiete —me corrige Dain.

—Es la primera vez que veo a un hombre corregir a la baja el cálculo estimado de una chica —bromea Maren.

No puedo evitar sonreír.

—Eso. Diecisiete centímetros. No tienes más que saltar lo suficiente para agarrarte a ella, y luego balancearte como Ridoc.

Luella me mira como si le hubiera dicho que no le queda otra que escalar a mano lo que queda de acantilado.

—¿Quieres que vaya yo primera? —le ofrezco.

Ella asiente.

«Por favor, quítame este mareo de encima y te prometo que te construiré un templo más grande en Aretia», le rezo a Dunne. Aunque tal vez debería dirigir la plegaria a Zihnal, porque lo que mejor nos vendría ahora mismo es un golpe de suerte. Noto como unas mariposas se me agolpan en el estómago.

—¿Estás segura? —pregunta Dain.

Lo fulmino con la mirada.

—Estás segura —constata, antes de retirarse para dejarme más espacio.

Doy varios saltitos sobre la punta de los pies antes de saltar hacia delante, plantando el último paso justo antes de la cuerda y lanzándome hacia la empuñadura.

Siento que cada latido de mi corazón me marca todos los segundos que paso en el aire.

«Cógela. Cógela. ¡CÓGELA!».

La mano derecha es la primera que entra en contacto, y me agarro con todas mis fuerzas. Entonces pongo la izquierda en el espacio disponible y me sujeto con firmeza mientras el cuerpo se me mece para no salir volando hacia delante y activar la trampa.

—¡Ya lo tienes! —grita Ridoc extendiendo los brazos.

—¡Como intentes cogerme, te doy una patada en la cara! —le advierto.

Él sonríe y retrocede varios pasos mientras yo respiro varias veces, empujando la sombra que me repta desde los bordes de mi visión tirando de pura voluntad, negándome a que el mareo gane la batalla.

No voy a morir hoy.

Muevo el cuerpo hacia atrás y empiezo a balancearme como en un obstáculo del Guantelete, agitando los pies adelante y atrás. Cuando he ganado el impulso suficiente, musito otra plegaria y me suelto, volando hacia la soga.

Aterrizo en el otro lado y siento un dolor agonizante en las rodillas al caer y apoyarme sobre las manos. «Lo has conseguido, lo has conseguido, lo has conseguido», me repito, forzándome a guardar el dolor en una cajita y cerrando la tapa, mientras me tambaleo para ponerme en pie. Con un movimiento ágil de las manos compruebo que no me he dislocado las rótulas, aunque la izquierda me informa de que ha estado a puntito de abandonar el barco.

—¿Lo ves? —Me obligo a sonreír y me vuelvo—. Venga, que tú puedes.

Maren le da unas palmaditas a Luella en el hombro y le dice algo que hace sonreír a la piloto menuda en el momento en que yo reculo en dirección al centro de la cornisa y le dejo espacio para aterrizar.

Afronta el obstáculo igual que yo, pataleando para ganar impulso antes de alcanzar la empuñadura y agarrarse con fuerza.

—¡Muy bien! —grito—. Ahora balancéate hasta que sientas que tienes la fuerza necesaria para llegar hasta aquí.

—¡No puedo! —chilla—. ¡Me resbalan las manos!

Mierda.

—Sí que puedes —la anima Dain—. Pero más te vale moverte a la de ya.

—¡Muévete, Luella! —grita Maren.

Luella empieza a trazar el mismo patrón que Ridoc y yo hemos utilizado, balanceando los pies para ganar impulso, y entonces se suelta.

Contengo el aliento cuando Luella se precipita hacia la línea de seguridad.

Sus pies aterrizan justo antes de la soga, y clava en mí la mirada con unos ojos como platos al lanzarse hacia delante, como si la trampa no percibiera su error si se da prisa.

No, joder. Quizá Dain se equivoque. Quizá la trampa se active a treinta centímetros antes de la cuerda. Quizá Luella esté a salvo. Quizá todos lo estemos.

Pero es evidente que le he rezado a la deidad que no tocaba.

Todo parece ralentizarse y, sin embargo, todo sucede al mismo tiempo.

Luella impulsa el cuerpo hacia el lugar al que estaba mirando (a mí en vez de a Cibbelair), y apenas tengo tiempo de abrir los brazos antes de que impacte conmigo y me empuje contra Visia y hacia el borde del acantilado.

—¡Vi! —exclama Ridoc.

Trato de girar, de empujar la mayor parte de nuestro peso hacia la seguridad del muro, pero me falta tiempo y fuerza, y tropezamos hechas una maraña de brazos y piernas.

Mis pies chocan con otros pies y empiezo a caer junto con las demás.

Una mano me agarra de la cintura de mi uniforme y tira de mí, modificando la dirección de la caída. Ridoc. Mis pies pierden agarre cuando cambia mi inercia, y las rodillas me chocan con el borde del acantilado justo a tiempo de ver a Visia y Luella cuando empiezan a resbalar.

Y ya no puedo detener el tiempo.

—¡No!

Gateo hacia delante, desgarrándome el torso con la roca, y extiendo los brazos para agarrar a quien esté más cerca cuando un sonido como de ráfaga de aire me pasa por encima de la cabeza.

Visia me coge de la mano izquierda y Luella se agarra a mi muñeca derecha, y el peso combinado de las dos por poco me arrastra con ellas. El hombro izquierdo se me sale de su cavidad, y un dolor agónico me arranca un grito de la garganta.

Visia manotea en busca de un asidero a lo largo de la pared del acantilado, pero Luella tiene ambas manos cerradas en torno a mi muñeca y patalea para

intentar sujetarse a algo.

—¡Súbeme! —aúlla Luella, pero me duele demasiado para articular palabra y decirle que no puedo.

—¡Ridoc! —grito mientras la visión se me nubla, y luego se ennegrece—. ¡Ayúdame!

Se oyen pisadas, pero Luella resbala de la muñeca a mi mano, y me arriesgo a mirar por encima de mi hombro derecho, esperando que venga alguien a rescatarnos justo en el instante en que dejo de sentir el peso de Visia, que ha sido recogida del despeñadero por un pico gigante.

«Cibbe».

Visia estaba en medio. El grifo sube a la jinete hasta la cornisa y luego inclina su enorme cuello hacia Luella mientras se oyen ruidos de botas bajando por la pendiente.

Pero yo no puedo apartar la mirada de Ridoc, que se tambalea hacia la pared de roca con dos flechas atravesándole el costado del abdomen.

—Estoy bien. —Agacha la cabeza en un movimiento ágil para mirarse las flechas, escupiendo sangre.

No. No. NO.

Grito hacia los cielos el nombre de la única persona que puede salvarlo a estas alturas.

—¡BRENNAN!

44



> Los grifos se vinculan a sus pilotos durante el resto de sus días. Protege tu vida como si fuera la de tu grifo, pues estarán interconectadas para siempre.
>
> —Capítulo uno, *El canon del piloto*

Los pisotones de botas se aproximan a mí desde todas las direcciones y Sloane sujeta a Ridoc justo en el momento en que Dain se arrodilla a mi lado y se tira hacia Luella, igual que hace Cibbe.

Yo aparto la mirada de Ridoc y la clavo en los ojos avellana de Luella cuando resbala de mis dedos inertes.

—¡Aguanta! —le exijo. Solo necesitan un segundo más.

Pero resbala un poco, más, y Cibbe picotea el aire cuando Luella se desase por completo de mí y cae antes de que las nubes la engullan entera.

—¡Luella! —grita una mujer a mi izquierda.

Cibbelair deja escapar un chillido agudo que me retumba en el pecho mientras contemplo sin cesar el espacio que ha dejado Luella, como si de algún modo pudiera volver a emerger de entre la niebla.

Como si hubiera alguna oportunidad de que siguiera con vida.

—¡Me cago en todo! —Dain se apresura a arrodillarse de nuevo—. Vi…

—No me puedo mover. —Mi voz es apenas un quejido—. Se me ha dislocado el hombro.

De un momento a otro la adrenalina desaparecerá y me arrollará el verdadero dolor de la lesión.

—Vale, no pasa nada. —Él suaviza el tono de inmediato—. Ya te ayudo.

Me rodea la caja torácica con las manos y me pone en pie con cuidado; el brazo derecho me pende como un colgajo a un costado.

Los chillidos de Cibbe se convierten en un lamento amargo.

—*Hay algo que no va bien* —dice Tairn.

—*Va todo de puta pena* —respondo yo.

—¡La has soltado! —Cat carga hacia nosotras fuera de sí desde el otro lado de Cibbe, con la ira marcada en cada línea de su mueca, y con razón.

—Ni siquiera he llegado a sujetarla.

El pecho se me hunde por el peso insoportable de la culpa, porque tiene parte de razón. Puede que no la haya soltado, pero tampoco la he salvado.

—Eso no es verdad, Cat. —Maren se apresura a interponerse entre las dos, y extiende las manos como si quisiera impedirle el paso a su mejor amiga—. Yo he visto lo que ha ocurrido. No ha sido culpa de Violet. Luella ha estado a punto de matar a las dos jinetes porque no ha sido capaz de saltar la trampa.

—¡La has soltado, joder! —Cat forcejea con Maren—. ¡Cibbe ha salvado a una de vuestras preciadas jinetes y tú has dejado caer a nuestra piloto! ¡Voy a matarte por esto!

—¡Déjate de tonterías! —le grita Maren—. Si la matas a ella, matas a Riorson. Lo sabe todo el mundo.

Joder, al final todo se reduce a eso, ¿verdad?

—Puedo…—empieza Cat.

—Como des un paso más hacia Violet, te tiro de este puto acantilado con mis propias manos —le advierte Dain con tono grave y amenazador—. A diferencia de Riorson, a mí me da igual quién sea tu tío.

—Yo incluso lo haría solo por pasar un buen rato —añade Sloane.

—Ridoc —consigo balbucear entre el dolor que me irradia del hombro y luego devora el resto de mi cuerpo.

—Estoy vivo —responde con debilidad.

—Cat, déjalo estar. A Cibbe no le queda mucho —dice Maren con la mano temblorosa cuando la extiende hacia el grifo.

Cat respira hondo y entonces asiente, colocándose junto al grifo.

—Los grifos mueren con sus pilotos —nos explica Maren suavizando el tono mientras acaricia el punto en que las plumas dan paso al pelo.

Como Tairn y yo.

Cibbe deja escapar un chillido entrecortado en tres tiempos, que resuena por todo el acantilado, tanto por encima como por debajo de nosotros, como si los grifos lloraran la pérdida de la piloto como un solo ente.

El batir de alas se acerca mientras Dain me aleja de la cornisa, y yo observo la bruma esperando distinguir un destello anaranjado, que Marbh y Brennan aparezcan.

—Recolócame el hombro —croo al volverme hacia Dain.

—Joder. ¿Lo dices en serio? —Él enarca las cejas.

—Tú hazlo. Como cuando tenía catorce años.

—Y diecisiete —masculla.

—Exacto. Sabes hacerlo y no tenemos a ningún curandero cerca.

—¿No prefieres esperar a Brennan? —Dain me sujeta el brazo.

—Brennan intentará repararme a mí primero, y Ridoc está agonizando. ¡Tú hazlo ya! —le espeto preparándome para el dolor.

Una tira de cuero se me presenta delante de la cara.

—Muérdela —me ordena Maren por encima de los chillidos de Cibbe.

No soy capaz de mirarlo, de ver cómo su cuerpo sano se marchita igual que el de Liam, de modo que mantengo la vista al frente y muerdo.

—Uno. —Dain me levanta ligeramente el brazo y se acomoda—. Dos. —Acto seguido me coloca el brazo en un ángulo de noventa grados.

Hundo los dientes en el cuero al tiempo que reprimo el grito que me sube por la garganta. Ridoc ha recibido el impacto de dos flechas. Puedo soportar este dolor.

—Lo siento en el alma —me susurra Dain colocando la otra mano entre mi cuello y el hombro—. ¡Tres!

Tira de mi brazo hacia delante y tenso la mandíbula y cierro los ojos mientras un dolor descontrolado me hace ver chiribitas, y Dain me recoloca la articulación en su sitio.

El alivio de la peor parte del dolor es instantáneo, y escupo el cuero que tengo entre los dientes.

—Gracias.

—Nunca me des las gracias por esto. —Me levanta el brazo por encima de la cabeza para comprobar que está en su sitio, me lo gira de nuevo hacia abajo y entonces me dobla el codo, antes de cruzármelo sobre el pecho y quitarse el cinturón para improvisar un cabestrillo—. ¿Cómo está él? —pregunta por encima del hombro.

—Perdiendo sangre —responde Sloane cuando una garra naranja aterriza en la cornisa que antes ocupaba la trampa, y Brennan ejecuta un aterrizaje con

voltereta impecable.

—¿Estás…? —Se acerca corriendo a mí, buscando indicios de sangre.

—¡Estoy bien! ¡Salva a Ridoc!

—Joder. —Brennan le lanza una mirada a la pierna de Dain—. Y luego te toca a ti.

—Solo es un rasguño. —Dain baja la vista hacia mí—. Me ha rozado el muslo.

Brennan se pone de cuclillas junto a Ridoc y comienza a trabajar.

—No pasa nada —le dice Maren a Cibbe en el momento en que el grifo se desploma. La cabeza le cuelga por el borde de la cornisa y sus chillidos pierden intensidad—. Te has ganado una muerte honorable.

Otro batido de alas llena el aire, y me vuelvo hacia la bruma, esperando ver la mueca de reprobación de Tairn. Pero no lo siento más cerca que antes.

—*No me has pedido que te recoja* —me dice con seriedad.

La bruma se separa como en una escena propia de una pesadilla, y unas fauces grises y descomunales me ocupan la visión; se abren por completo y revelan filas de colmillos goteantes antes de cerrarse en torno al cuello de Cibbe, arrastrando al grifo desde la cornisa y volviéndose a fundir con la bruma.

El corazón se me detiene.

—¿Qué cojones…? —susurra Sloane.

—Un guiverno —consigo responder girando la cabeza hacia Maren y Cat. Son las únicas personas aquí que los han visto antes—. Era un guiverno, ¿verdad?

—Un guiverno —repite Cat ojiplática. Maren se ha quedado de piedra.

—¡Guiverno! —brama Dain, y se desata el caos.

—*No vemos nada con este manto de nubes* —gruñe Tairn.

—*Pero ¡a ellos les basta para comernos!* —Siento que se pone en movimiento. Gracias a los dioses que Andarna se ha quedado en Aretia—. ¡Seguid subiendo por el acantilado! —le grito a Maren agarrándola del hombro con mi mano ilesa y sacudiéndola para sacarla de su ensimismamiento—. ¡Sube con Daja por el acantilado!

Ella pestañea, y entonces asiente.

—¡Daja!

Dain me aparta del camino cuando el grifo carga hacia delante, y solo cabe esperar que el chute de adrenalina les baste para recorrer los pocos ascensos que quedan.

—No puedo moverlo —dice Brennan con la vista clavada en las heridas de Ridoc—. Estoy bloqueándole la mayor parte del dolor, pero no puedo moverlo, Vi.

—Y aquí somos un blanco fácil —masculla Sloane observando la bruma mientras los jinetes y los grifos siguen pasando.

—Idos —susurra Ridoc abriendo los ojos y buscándome la mirada—. Salid de este sendero.

Me arrodillo a su lado y le cojo la mano.

—Hicimos un pacto, ¿te acuerdas? Los cuatro llegaríamos vivos a la graduación. Hicimos un pacto.

—¿Ridoc? —Sawyer se abre paso hacia nosotros, con los ojos dominados por el miedo mientras guía a los últimos miembros de nuestro pelotón y da comienzo a la Sección Cola.

—No ven nada —dice Brennan con la voz tensa mientras mueve las manos para partir por la mitad una flecha, y luego la segunda—. ¡Aetos, los dragones no ven nada!

—¡Estoy en ello! —Dain mira hacia el acantilado, y yo le agarro con fuerza la mano a Ridoc cuando Brennan extrae la primera flecha de su abdomen.

—¿Se puede saber en qué estás pensando exactamente? —le espeta Sawyer a Dain.

—Cath le está comunicando a Gaothal que Cianna tiene que manipular el viento para que el grupo pueda ver —responde Dain—. Aquí no sirves de nada, Henrick, así que ¡pon a los demás a salvo!

Sawyer aprieta los puños.

—Si crees que voy a abandonar a mis compañeros de pelotón…

—Diría que tu líder de ala te acaba de dar una orden, cadete —lo interrumpe Brennan con tono serio.

—Llévate a Sloane. —La miro justo en el momento en que se echa hacia atrás, claramente ofendida—. Liam se murió en mis brazos, después de que un guiverno destripara a su dragón con la boca, y no pienso ver a su hermana sufriendo el mismo destino. ¡Sube por el acantilado, coño!

Sawyer casi levanta a Sloane del suelo y los dos se unen a la marcha constante y apresurada mientras las nubes comienzan a disiparse.

—¿Cómo de poderosa es Cianna? —le pregunto a Dain en voz baja, absorbiendo la presión de la mano de Ridoc cuando Brennan le extrae la segunda flecha.

Su expresión tensa responde por él.

Puede que la visibilidad esté mejorando, pero no basta para ver a lo que nos enfrentamos, y aunque así fuera, el hecho de no tener virotes a mano implica que sigo siendo nuestra mejor arma.

—Yo también he llegado a esa conclusión.

Ráfagas de aire me azotan la espalda por la fuerza de las alas de Tairn.

—Bueno. —Le suelto la mano a Ridoc y le aparto el pelo de la frente—. No vas a morir hoy, ¿te ha quedado claro?

Él asiente, y cierra los ojos marrón oscuro cuando me levanto.

—¿Adónde te crees que vas? —me pregunta Brennan perdiendo parte de la concentración.

—Soy nuestra mejor opción, y los dos lo sabemos.

—Joder —musita Brennan.

—Busca a todos los manipuladores del viento que tengamos —le pido a Dain antes de dirigirme al borde de la cornisa, y detengo temporalmente el tráfico para que Tairn gire su descomunal cuerpo en dirección a Poromiel—. Creo que hay una manipuladora de las tormentas en el Ala Uno. No es tan poderosa como mi madre, pero si podemos subir un poco la temperatura, las nubes deberían disiparse.

—¡Violet! —grita Brennan—. Si no conseguimos despejar las nubes, ¡aprovéchalas! Aquí nadie es tan poderoso como la general Sorrengail. Piensa en otro plan.

Siempre pensando con la mente del estratega.

—Podríamos enviar a toda la manada —sugiere Dain.

—Y si hay un solo jinete a lomos de ese guiverno, podríamos perder a la manada entera. —Niego con la cabeza.

—¿Eres consciente de que estás herida? —me espeta Dain bajando la vista hacia su cinturón.

—Y tú lees los recuerdos.

Él entorna la mirada.

—Ay, perdón; creía que estábamos jugando a decir obviedades. —Estudio las nubes que nos rodean en busca de una abertura, de algún indicio del azul del cielo—. Ya me sabe mal ser yo quien te lo diga, pero tu sello nos sirve más bien de poco en esta situación.

—No hay tiempo para eso.

Tairn coloca su gigantesca cola junto a la cornisa y se mantiene flotando en el aire.

—¿Riorson permitiría que estando herida te lanzaras a una batalla contra vete a saber cuántos guivernos, o, peor, los venin que los han creado? —

replica él levantando las cejas.

—Sí. —Pongo un pie en la sección central de la cola de Tairn, y el estómago se me asienta al notar ese territorio familiar bajo las botas; entonces giro la cabeza para mirar a Dain—. Por eso lo quiero.

No espero a que responda; Tairn es un objetivo demasiado grande. Se mantiene sorprendentemente inmóvil mientras avanzo por él, esquivando púas y escamas con facilidad.

—*La muerte de la piloto no ha sido culpa tuya* —me dice al llegar a la silla y acomodarme.

—*Ya hablaremos de eso en otro momento*. —Me peleo con el cinturón durante unos valiosísimos segundos. Es imposible abrocharse esta mierda con un brazo, pero al final consigo sujetar la correa con la mano derecha y cerrarla con la izquierda—. *Sabes que no puedo manipular el sello con una mano, ¿verdad?*

—*No necesito que me hables de tus límites.*

Tairn se lanza en picado y yo me precipito hacia delante en la silla mientras atravesamos cientos de metros disipando las nubes.

—*Los sientes, ¿verdad?*

—*Había algo que no me olía nada bien, pero si pudiera detectar con precisión a los guivernos antes de verlos, yo o cualquiera de los demás dragones, no nos veríamos en esta situación.*

Toda la razón.

El viento me corta la cara y los ojos se me anegan en lágrimas, pero no pienso malgastar movimientos del brazo para sacar las gafas de la mochila. Salimos del manto de nubes y nos estabilizamos justo debajo de ellas.

—*Las subidas están despejadas* —dice Tairn—. *No pondremos en riesgo las zonas más altas si no hay ningún jinete que las defienda*.

Con un potente batir de las alas, ascendemos de repente y volvemos a adentrarnos en la bruma.

—*¿Hay algún otro dragón cerca*? —Me llevo la mano a la hebilla del cinturón de Dain y tiro con cuidado del cuero para soltarme el brazo. Voy a necesitarlo en cuanto terminemos—. *No quiero darle a nadie por accidente*. —Aunque si le doy al guiverno es probable que también sea por accidente, con la puntería que tengo.

—*Están todos arriba, protegiendo a los jinetes.*

—*Perfecto.*

Atravesamos directamente la zona más densa de las nubes, pero no hay ni rastro del guiverno. Hasta que se colocan —en plural, porque hay dos— uno a

cada lado de nosotros, dos franjas grises en un mar blanco.

—*Mierda.*

Tairn gana altura, en dirección al cielo azul.

Las nubes se extienden desde los acantilados hacia las tierras de los alrededores. No me sorprende que la manada no haya visto a los guivernos; cuentan con el escondite perfecto.

Y Cianna no es lo bastante poderosa para disipar todo esto.

Aprovéchalo. Eso es lo que me ha dicho Brennan.

Los guivernos no solo están vivos, sino que además los han creado. Portan consigo un tipo de energía insuflada por los seres oscuros.

—*Tengo una idea.*

—*Lo acepto*. —Tairn se sumerge en el manto de nubes—. *Le he comunicado a Gaothal que le pida a su jinete que deje de eliminar las nubes y se dedique a alejarlas del acantilado*.

—*Solo del camino. Hasta entonces, distrae a los guivernos*.

Agarro el borrén de la silla con la mano ilesa y me meto la otra en la chaqueta de vuelo, entre los botones, para inmovilizarme todo lo posible el hombro.

Poco después Tairn vuelve a zambullirse en la niebla.

—*Aotrom solo ha visto a dos* —me informa Tairn mientras sus alas convierten las nubes en tenues espirales a nuestro paso—. *El manto se ha despejado lo suficiente por la parte norte como para poder distinguir sus siluetas*.

—*¿Es una patrulla?*

—*No llevan jinete* —me confirma.

—*Gracias, Zihnal*. —Me inclino hacia delante mientras me caen lágrimas por las comisuras de los ojos—. *Ya lo sé, no me lo recuerdes. Los dragones no responden ante nuestros dioses*.

Tairn resopla, siguiendo un patrón de espirales similar al suyo. Está rastreando al guiverno.

—*Eres más veloz que ellos, ¿verdad?* —Un escalofrío me recorre la columna.

—*No te conviene insultarme cuando nos dirigimos hacia una batalla.*

—Perdón —mascullo para mis adentros.

—¿*Crees que podría resultarte útil el conducto*? —me pregunta Tairn en el momento en que aparecen dos colas frente a nosotros.

—*Qué va. Apuntar ahora sería una desventaja.*

—*Entendido.*

Comienza a batir las alas con fuerza hasta impulsarnos a una velocidad que hace que se me quede el estómago por el camino y me nuble la visión mientras él se coloca por encima de los guivernos para captar su atención. La táctica funciona y el corazón me da un vuelco cuando dejamos de ser los cazadores para convertirnos en las presas.

—Si solo hubiera uno, le desgarraría la garganta y podríamos irnos a casa.

—*Ya lo sé*. —Pero nada nos garantiza que solo haya dos.

—Sujétate, Plateada.

Me agarro con fuerza y me encojo todo lo posible hasta tumbarme sobre la silla para reducir al máximo la resistencia al viento mientras Tairn avanza a un ritmo que no había visto hasta ahora. Me cuesta horrores respirar, resistirme a la oscuridad que me nubla los bordes de la visión y mantenerme consciente cuando Tairn se eleva hasta salir de las nubes y vuelve a bajar en picado hasta sumergirse en el manto un instante más tarde.

—Nos están siguiendo.

—*Fantástico*. —Me castañetean los dientes—. *¿Cómo va con el manto de nubes? Porque como pierda el conocimiento, a ver quién manipula mi poder*.

—Está casi despejado.

Aprieto los dientes e ignoro el dolor palpitante del hombro. Como no alejen las nubes del camino, es muy posible que acabe matando a Ridoc y Brennan si aún siguen en el sendero.

—*Giramos* —me advierte Tairn un segundo antes de proceder a ello, ejecutando un movimiento que me desorienta por completo, un movimiento en el que la mayoría de los jinetes salen despedidos del dragón.

El estómago me sube hasta la garganta cuando vuelve a nivelarse y echa a volar en la dirección contraria, hasta situarse justo debajo de los guivernos.

—Sé que no debemos cuestionar las decisiones de los dragones…

—Pues no lo hagas.

Un par de afiladísimas garras grises se precipita rápidamente hacia nosotros.

—¡Tairn!

Vira con brusquedad hacia la derecha antes de ganar altura con rapidez.

—El sendero está despejado de nubes.

El corazón se me acelera.

—Asegúrate de que nos persiguen.

—*No te vuelvas si no quieres perder el conocimiento de verdad* —me indica ganando velocidad.

Deslizo la mano fuera de la chaqueta con una mueca de dolor, y entonces dejo escapar un chillido ahogado al girar las palmas hacia abajo y abrirme al poder de Tairn, que me recorre el cuerpo y me hincha los músculos, las venas y hasta el tuétano de los huesos, hasta que el poder y yo nos convertimos en una única entidad. La piel comienza a zumbarme, y luego a sisear.

Atravesamos las nubes y extiendo los brazos por completo, conteniendo el dolor y desgarrándome la voz al mismo tiempo, liberando la energía derretida de mi interior, y, por primera vez en mi vida, proyecto mi poder hacia abajo.

La energía brota a través de mi piel, abrasándomela de camino hacia el exterior, justo cuando un rayo cae a través de las nubes bajo nuestros pies y se ramifica como una zarza silvestre, retorciéndose y revolviéndose, atraído por la energía que palpita en el interior de los guivernos.

Cuatro siluetas se iluminan a nuestro alrededor, dos directamente debajo de nosotros, y otras dos cerca del acantilado, destellando con el flujo interminable de poder.

—¡*Suéltalo*! —me ordena Tairn.

Me obligo a cerrar las manos y cierro la puerta de los Archivos de mi mente para bloquear el torrente infinito del poder de Tairn antes de acabar en las mismas condiciones que en Basgiath, después del castigo de Carr y Varrish.

El relámpago se detiene.

—¡*Vamos*! —grito a través del vínculo, agarrándome el brazo derecho con el izquierdo, y Tairn se inclina abruptamente hacia la izquierda y baja en picado hacia el suelo.

Esta vez el viento es un alivio bienvenido del calor que me mana de la piel y me arde en los pulmones mientras atravesamos la nube y emergemos por el otro lado.

En el suelo yacen cuatro cadáveres de guiverno, uno en el centro del mismo campo que hemos pisado esta mañana. Tairn los sobrevuela el tiempo necesario para comprobar que, en efecto, no llevaban jinete, y se nos unen otros cuatro dragones para llevar a cabo un último barrido de la zona.

Luego volvemos a ascender atravesando las nubes y salimos justo en el borde del acantilado, donde se han reunido todos los demás. Algunos grifos se montan en los pesados carros entre tambaleos, mientras que otros parecen haber perdido el conocimiento en el suelo, pero los pilotos están todos en pie, así como los pelotones de jinetes.

Tairn localiza al nuestro en un abrir y cerrar de ojos, y los jinetes se apartan cuando aterriza con brusquedad.

—*Podrías haber aplastado a alguien* —lo reprendo.

—*Menos mal que se han apartado.*

Diviso a Rhiannon y Sawyer cargando con Ridoc en dirección a Aotrom, y dejo escapar un suspiro de alivio.

—¿Qué? ¿Tú te crees que iba a permitir que tu amigo muriese? —me pregunta Brennan cruzándose de brazos y ladeando la cabeza desde el lugar en el que espera con Bodhi y Dain, a la derecha de la pata delantera de Tairn.

—No lo he dudado en ningún momento —respondo, y fuerzo una sonrisa.

—¿Qué te parece si bajas y me dejas que te repare el hombro de una puta vez?

Me lanza una mirada desaprobatoria de hermano mayor como el profesional que es.

—No lo tengo claro. —Tuerzo el gesto y vuelvo a colocarme el cinturón de Dain en su sitio. Me niego a perder el conocimiento y no poder montar de nuevo después de una sesión de reparación.

—Mira que llegas a ser tozuda —masculla Brennan pasándose las manos por el pelo—. ¿Cómo sabías que podrías matarlos así?

—No lo sabía. —Respiro para mitigar la oleada de dolor que amenaza con sobrepasarme cuando dejo caer el peso del hombro en el cabestrillo improvisado—. Los seres oscuros crean a los guivernos con su magia, y el otro día Felix me contó algo sobre los campos de energía. Me he arriesgado a probar si esa magia atraería el rayo, y Tairn ha accedido.

Brennan se queda con la boca ligeramente entreabierta y Dain contiene una sonrisa poco característica en él que me recuerda a los años en que le preocupaba más escalar árboles que el toque de queda.

—Pues ha dado resultado —dice Bodhi con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y que lo digas. —Asiento—. *¿No vas a decirme lo brillante que ha sido mi idea?*

Tairn resopla.

—*¿El año pasado te escogí por tu brillantez y ahora esperas que te felicite como si fuera algo nuevo? Qué absurdo.*

—*Es imposible impresionarte.*

—*Soy un dragón, un Negro Cola de Maza. Descendiente de…*

—*Que sí, que vale* —lo interrumpo antes de que me obligue a recitarle todo su linaje.

—Cath dice que había cuatro en total. —Dain cambia con destreza de tema—. Al menos no llevaban jinete. ¿Os imagináis si los seres oscuros supieran que hemos unido fuerzas con los pilotos y vamos camino de

Tyrrendor? ¿Donde un dragón acaba de salir del cascarón? Nos verían como un objetivo ideal para sus drenajes.

Bodhi se queda lívido.

Mierda.

—*Por eso estabas preocupado.*

—*Es imposible saber quién puede haber a una distancia de cuatro horas de vuelo* —contesta Tairn masticando las últimas palabras.

—Ya lo saben. —El estómago se me retuerce—. Por eso están utilizando guivernos sin jinete para patrullar.

Brennan se queda inmóvil y pierde el color de la cara.

—¿Qué? —Dain nos mira con nerviosismo.

—Los venin comparten una consciencia colectiva con los guivernos que crean —explica Brennan con voz queda—. O eso dice el libro de Tecarus.

—¿El libro que no me has dejado leer estos últimos cuatro días? —Me llevo las puntas de los dedos a la cabeza cuando noto que me vuelve el mareo.

—Solo han pasado tres días, y parece que tú ya lo sabías —replica Brennan—. Además, hay cosas que están por encima de tu rango, cadete, sobre todo la información que todavía estamos analizando.

—Lo sé porque leí el libro que me dio mi padre —repongo, y casi me arrepiento del énfasis al ver que tuerce el gesto. Al cambiarse el nombre, no solo se distanció de nuestra madre, sino también de nuestro padre—. Y Bodhi lo sabe porque fue así como me cargué a una horda entera en Resson.

—No lo sabía —interviene Dain—. O sea, que si alguno de ellos ha sentido ese pulso de energía… Si uno de ellos sabe lo que significa…

—Quienquiera que los creara lo sabe —termino por él, volviéndome hacia Brennan—. Y tened por seguro que vendrán a por nosotros.

45



Hace poco menos de cincuenta años que descubrimos que ya no provenían solo del Páramo. Habían comenzado a entrenar a reclutas, a enseñar a aquellos que no se habían vinculado a un grifo a canalizar lo que no les pertenecía, a desestabilizar el equilibrio de la magia drenándola de la mismísima fuente.

El problema de la humanidad es que a menudo consideramos que vender nuestra alma es un precio justo a cambio del poder.

—*Guía para derrotar a los venin,* por la capitana Lera Dorrell

—Propiedad de la Academia de Riscara

—¡Coralee Ryle! ¡Nicholai Panya! —grita la flamante mayor Devera por el patio cubierto de escarcha, leyendo lo que ha pasado a ser la nueva lista de los muertos.

Por primera vez desde que entré en el cuadrante, los nombres que se han cantado todas las mañanas durante la última semana no han sido de cadetes, sino de jinetes —y pilotos— en activo del frente, luchando por fortificar las aldeas a la orilla del río Rocagua. Tratando de desviar la atención de los venin de nuestro valle, donde ya han nacido cuatro dragones.

«No digas el nombre de Mira. No digas el nombre de Mira. No digas el nombre de Mira». Eso se ha convertido en mi ruego personal a la deidad que quiera escucharme mientras espero en formación.

Me siento absolutamente inútil. A diferencia de las últimas dos semanas, ya no hay luminarias que conseguir ni protecciones que no soy capaz de levantar. Ahí abajo se está librando una guerra real, y nosotros estamos aquí arriba estudiando Historia y Física.

—¿Ayer perdimos a dos? —pregunta Aaric tensándose en la fila siguiente.

Rhiannon me mira por encima del hombro con una sombra de tristeza en los ojos durante un suspiro, antes de recomponerse con una gracia que a mí siempre me ha sido esquiva y cuadrar los hombros junto a Sawyer. Perder a dos jinetes en activo en un solo día es algo inconcebible. A este ritmo, el Cuadrante de Aretia entero habrá muerto dentro de dos meses.

—Creo que es el hermano de Isar —comenta Ridoc a mi lado—. Ala Dos.

Los dos miramos a la izquierda, más allá del Ala Tres. Isar Panya agacha la cabeza desde el centro de su pelotón, en la Sección Cola.

Pestañeo para aliviar el escozor de los ojos, y cierro con fuerza los dedos de la mano izquierda en torno al conducto.

—Era teniente —susurra Imogen.

—Tenía dos años más que nosotros —añade Quinn—. Y un gran sentido del humor.

—Esto es una crueldad —mascullo—. Informarnos de la muerte de nuestros hermanos y amigos de esta forma es una puta crueldad.

Es mucho más duro que lo que teníamos que soportar en Basgiath.

—No veo la diferencia con la formación matinal —dice Visia por encima del hombro.

—Pues la hay —le discute Sloane—. Oír que ha muerto alguien de un ala distinta o, joder, incluso de nuestro pelotón no es lo mismo que enterarte de que has perdido a tu hermano.

Se le rompe la voz, y se me forma un doloroso nudo en la garganta. Brennan está dentro, sin duda discutiendo con la Asamblea dónde encontrar las presas necesarias para alimentar al tsunami de depredadores que hemos traído hasta aquí a lo largo del último mes o coordinando los envíos de la forja, ya operativa. Está a salvo.

A todos los jinetes de servicio que no están aquí formándonos los han enviado en grupos a ocupar los puestos avanzados a lo largo de los riscos de Dralor, como a Xaden, Garrick, Heaton y Emery…, o a defender el frente, como a Mira.

Devera se aclara la garganta y cambia la lista por la que le ofrece Jesinia.

Dejo caer los hombros y un suspiro de alivio se me escapa de la boca y se condensa con el aire gélido de la mañana. Mira está viva. O al menos lo estaba anoche, cuando el jinete rotativo trajo las noticias. No me preocupo por Xaden durante la formación matinal; lo sabría al instante si llegara a…

Dioses, no quiero ni pensarlo.

—Chrissa Verlin —comienza a leer Devera de la lista de pilotos de servicio—. Mika Renfrew…

—¡Mika!

Un aullido grave y gutural emerge a nuestra derecha, y todas las cabezas se giran hacia una bandada hacia la mitad de la formación de los pilotos justo en el momento en que un chaval se arrodilla. El resto de su bandada se vuelve hacia mí, cubriéndolo de brazos en un gesto de consuelo.

—No me acostumbraré nunca a oír estas cosas —musita Aaric cambiando el peso de pie.

—¿A oír el qué? —replica Sloane—. ¿Que la gente tiene emociones?

—Sorrengail ya sabe a qué me refiero. Tú has estado ahí fuera… —me dice Aaric.

—Y lloré como una cría cuando Liam murió. Date la vuelta.

Joder, ¿no me estoy contradiciendo con lo que le dije a Rhiannon cuando combatimos juntas en el Guantelete? Se supone que las muertes deberían endurecernos, pero ¿por qué coincido con Sloane en esto? Hay algo infinitamente más… humano en la reacción de los pilotos. Incluso su forma de entender su propia Trilla en Riscara es mucho menos cruel que lo que vivimos en Basgiath. Ahora ya no sé si eso nos hace más fuertes… o solo más insensibles.

—… y Alvar Gilana —concluye Devera—. Encomendamos sus almas a Malek.

Miro a la derecha, como todas las mañanas, y veo a Cat relajar la postura y cerrar brevemente los ojos desde el borde de su formación más cercano a nosotros. Syrena también sigue viva.

Ella se vuelve hacia mí y hago un gesto de cabeza, que ella me devuelve, por breve que sea. Es nuestro momento diario de tregua, la única vez que parecemos reconocernos como hermanas pequeñas en lugar de enemigas, y termina en un abrir y cerrar de ojos.

Su gesto contenido da paso a una mirada feroz en cuanto se disuelve la formación.

Juro por Amari que Cat está decidida de todas todas a convertir mi vida en un infierno cada pocos minutos todos los días, y se esfuerza todavía más

cuando Xaden está aquí. El odio que me profesa hace que Sloane parezca adorarme, y lo que es peor, su bandada al completo parece tenérsela jurada a nuestro pelotón; cinco de sus miembros restantes, a excepción de Maren, me culpan por la muerte de Luella y proclaman a viva voz que favorecí a la jinete antes que a la piloto.

El chaval alto con la media melena castaña, cuyo nombre estoy bastante segura de que es Trager, intentó pegarle a Ridoc hace un par de días en el campo de vuelo del valle y terminó con el puño de Rhiannon plantado en la cara al insistir en que la aldea fronteriza de Rhiannon estaba expulsando a refugiados. Aún tiene la herida en el labio. Supongo que durante la excursioncita por los acantilados no establecimos un vínculo tan fuerte como esperaban.

—¿Qué te ha hecho esta mañana? —me pregunta Rhiannon mirando en dirección a Cat con el ceño fruncido.

—Ha llamado a mi puerta antes de que amaneciera y encima se ha molestado cuando he contestado.

El mero recuerdo hace que la mano se me caliente en torno al conducto. Felix ya ha sustituido la aleación de la esfera dos veces esta semana, pero al menos mi incapacidad para controlar mi propio poder está ayudando a imbuir de poder la aleación de las dagas, así que en cierto modo estoy contribuyendo a la guerra, dado que mi intento por activar la piedra protectora fue un fracaso. Estiro los hombros, con la esperanza de aliviar el dolor ahora que me he quitado el cabestrillo, pero sigue quejándose.

—¿Se está quedando sin ideas de mierda para putearte? —pregunta Ridoc cuando echamos a andar hacia la puerta. Tardamos el doble en romper filas que en Basgiath, teniendo en cuenta que la Casa Riorson se construyó para mantener a los invasores fuera, no para tenerlos dentro—. Me parece bastante menos fuerte que lo del sábado, cuando colgó la lista con todos los pilotos que Mira ha matado a lo largo de los años.

Ese día fue sin duda una delicia y ayudó a limar asperezas entre los jinetes y los pilotos. Hubo como mínimo una docena de peleas más en los pasillos que cualquier otro día normal.

—Llevaba un camisón de seda deverelí cuando he abierto la puerta. —Recojo mi mochila del suelo y me la echo a los hombros, componiendo una mueca por el peso—. ¿Y cómo sé que era seda deverelí?, me preguntaréis. Pues porque era prácticamente transparente.

—¡Qué me dices! —Sawyer se estremece—. ¿A qué viene…? ¿Estáis…?

Rhiannon, Quinn e incluso Imogen lo atraviesan con la mirada mientras los de primero van entrando poco a poco.

—¡Piensa dónde está durmiendo! —le espeta Ridoc dándole un coscorrón.

—¡Ay! Claro. Sigues en la habitación de Riorson —dice Sawyer despacio, dándole la espalda descaradamente a Cat cuando pasa a nuestro lado con su bandada—. Me había olvidado. En la lista apareces en el cuarto de Rhiannon.

El hecho de haber traído a cien cadetes más implicó que tuviéramos que compartir habitación, y, técnicamente, yo no debería estar durmiendo en la habitación de un teniente; aunque a nosotros no podría importarnos menos y los líderes no se quejarán al propietario de la casa.

—Y eso es algo que te agradezco. —Rhiannon posa una mano sobre su corazón—. Así tengo un poquito de intimidad cuando Tara y yo encontramos tiempo para vernos.

—Me alegro de ser de ayuda. —Esbozo una sonrisa.

—Hay que reconocérselo a la chica. —Imogen niega con la cabeza y suspira al mirar por encima de mi hombro a Cat y su bandada—. Es tenaz.

Todas las cabezas se giran hacia ella.

—Oíd. —Imogen levanta las manos—. Que yo estoy en el equipo de Violet. Pero solo digo que si a Xaden se le ocurriese romper en algún momento, tú también lucharías por recuperarlo.

Uf. Dicho así…

—No humanices a ese pedazo de terror con patas —replica Rhiannon—. Yo subí todo el acantilado con ella y empiezo a pensar que casi preferiría tener con nosotros a Jack Barlowe.

Jack es la única persona que me alegra que se quedara, por muy amable que estuviera conmigo. Sigo sin fiarme de ese chaval. Y no tiene pinta de que vaya a fiarme de él en el futuro.

—¿Cat está siendo… Cat otra vez? —pregunta Bodhi caminando hacia nosotros cuando el patio se vacía.

—No pasa nada. No es para tanto. Estoy bien. —Niego con la cabeza y le miento para que no le cuente a Xaden que no puedo sacarme las castañas del fuego yo solita—. Rhiannon y yo tenemos prisa.

—¿Ah, sí? —Rhi enarca las cejas—. Ay, sí.

—Claro. —Se vuelve hacia Rhiannon—. Bueno, la profesora Trissa ha elegido a los de segundo para una clase nueva. Mañana a las dos en el valle.

¿Trissa? Es la miembro menuda y reservada de la Asamblea.

—Allí estaremos —le promete Rhi.

Las primeras nieves llegan a Aretia mucho antes que a Basgiath. Durante la primera semana de noviembre, un fino manto blanco cubre la aldea en rápido crecimiento, pero no el valle superior, gracias a la combinación del calor termal natural de la cresta y la magia canalizada por grifos y dragones, que parece que solo está aumentando.

Miro hacia el sendero desgastado en el extremo del valle que baja hasta la Casa Riorson, con el estómago revuelto por los nervios.

—Qué raro todo. —Sawyer se cruza de brazos y lanza una mirada aburrida a lo largo de los cinco metros de hierba que separan a los jinetes de segundo de nuestro pelotón de los pilotos de segundo de la bandada de Cat.

Parece que nos han convocado a ambos pelotones.

Pero si la hilera de dragones que hay a nuestras espaldas y los grifos que esperan detrás de los pilotos consiguen no enzarzarse en una batalla, seguro que podemos comportarnos como personas civilizadas.

—Estoy contigo.

—*Eso está sobrevalorado* —comenta Andarna estirando las garras sobre la hierba—. *No he probado nunca la carne de grifo…*

—*No nos comemos a nuestros aliados* —la reprende Tairn—. *Búscate otro tentempié.*

Al mirar a la derecha, veo que Sawyer observa a Andarna y Tairn sin parar, como si estuviera buscando las diferencias.

—No sufras; yo tengo la sensación de estar viendo doble todo el tiempo.

—No es eso. ¿Ha vuelto a crecer? —me pregunta tirándose del cuello del uniforme—. Me da la impresión de que ha crecido.

—Varios centímetros esta semana —le confirmo—. Hemos tenido que añadirle una anilla al arnés a cada lado.

—*Pronto podré volar sin él* —apunta Andarna con un resoplido.

Ridoc se vuelve para ofrecer sus propias observaciones y le lanza una sonrisa a Andarna.

—La versión en miniatura de Tairn está empezando a volverse feroz, ¿eh?

—*¡Yo no soy la versión en miniatura de nadie!* —brama Andarna, antes de precipitarse hacia él y cerrar con violencia las fauces a pocos centímetros de su cara.

El corazón me da un vuelco.

—¡Andarna! —le grito, volviéndome rápidamente para interponerme entre ella y Ridoc mientras ella se retira.

—¡Joder! —Ridoc levanta las manos y el pelo se le mueve hacia atrás con la fuerza de lo que solo sabría describir como una bocanada frustrada de un… suspiro de Tairn—. Grande —balbucea—. Quería decir *grande*.

—Se acabó lo de pasar tiempo con Sgaeyl. —La señalo, sin llegar a tocarle la barbilla, antes de levantar la vista hacia Tairn, que ha agachado la cabeza sobre ella como si estuviera a punto de cogerla con los colmillos y llevársela del campo como a un cachorrillo—. *Y lo digo en serio. Es una mala influencia*.

—*Ojalá se me pegara algo de ella*. —Andarna levanta la cabeza con altivez, y Tairn gruñe algo en su idioma.

—Hostia puta —masculla Maren a mi espalda.

—Os pido perdón. Adolescentes. —Me vuelvo hacia Ridoc y encojo los hombros.

—Sigo sin creerme que los Cola de Plumas sean crías —dice Sawyer apartándose unos pasos de Andarna—. Ni que te vincularas ya no solo a un dragón negro, sino a dos.

—A mí eso también me pilló desprevenida.

Vuelvo a girar la vista hacia el camino, pero no hay ni rastro de Rhiannon. Si la profesora Trissa llega aquí antes que Rhi, le montará un buen pollo. Puede que Trissa sea la miembro más agradable de la Asamblea, pero también es la que tiene la lengua más afilada cuando se enfada, según me ha contado Xaden antes de marcharse otra vez volando hacia la frontera esta mañana con Heaton y Emery. Al menos hemos podido pasar la noche juntos.

Los de tercero también se han ido a patrullar los riscos de Dralor en busca de guivernos y jinetes navarrenses.

Unos guivernos de los que no nos estaríamos preocupando si yo hubiera sido capaz de levantar las protecciones.

—No sé qué es peor —musita Ridoc dándose golpecitos en el hoyuelo de la barbilla—. Que nos estén asesinando con la mirada sin decir ni pío, como si supiéramos qué coño hacen ellos también aquí arriba, o el miedo que dan sus guardaespaldas. —Clava la mirada en los grifos que montan guardia detrás de sus pilotos.

Dajalair se tambalea ligeramente; salta a la vista que aún no se ha acostumbrado a la altitud. Y todavía no he visto a ningún grifo volando en la semana que llevamos aquí.

—Las dos cosas. —Sawyer se desabrocha la chaqueta de vuelo—. ¿Soy yo o está empezando a hacer calor?

—No eres tú —contesto dejando escapar un suspiro de alivio al ver a Rhiannon aparecer con una sonrisa de emoción en la cara cuando echa a andar hacia nosotros desde el otro extremo del campo. Y añado—: Y pórtate bien con ellos, Ridoc. Maren es buena tía.

—A mí también me cae bien Maren, pero a su mejor amiga habría que tirarla de este acantilado —comenta Sawyer entre dientes.

—Los grifos ya están en pie y son más rápidos de lo que creía —observa Ridoc—. La mayoría seguía recuperándose de la altura hace unos días.

El grifo que se alza detrás de Trager, el chaval de la media melena castaña y la sonrisa torcida, se da cuenta de que Ridoc lo está mirando, y chasquea el pico de más de cincuenta centímetros como advertencia.

Trager sonríe.

Aotrom escupe una ráfaga caliente de vapor sobre nuestras cabezas que cubre a los tres pilotos no solo de vapor, sino también con una generosa capa de… ¿mocos, puede ser?

—En defensa suya, debo decir que nosotros también hemos traído guardaespaldas —comento cuando Andarna se adelanta y hunde las garras en la hierba a ambos lados en un claro gesto de advertencia. Cada día que pasa tiene las zarpas más afiladas, y hoy está más osada que de costumbre porque esta mañana ha extendido del todo las alas por primera vez.

—*Los ancianos dicen que en unas semanas ya podré volar*. —Le sube por la garganta un gruñido dirigido al grifo, que abre mucho los ojillos azabache antes de parpadear.

—*Les estás enseñando los colmillos, ¿eh?* —No me molesto en ocultar una sonrisa.

—*No me fío de ellos* —responde—. *Y menos de la del centro, la que parece estar planeando cómo matarte*.

—*Ni te molestes.*

En efecto, Cat me mira con los ojos entrecerrados, como de costumbre.

—*A ti sí te molesta.*

Andarna da un paso al frente, hasta colocar las escamas de su pecho justo encima de mi cabeza.

—*Y tendrá que acostumbrarse si no quiere que la Plateada acabe con su vida* —contesta Tairn a nuestras espaldas, donde los otros tres, no, cuatro dragones esperan, ahora que Feirge ha llegado—. *Cualquiera de las dos opciones es aceptable*.

—*¿No decías que estabas en contra de matar a aliados?*

Echo un vistazo por encima del hombro mientras su sombra me arropa gracias al sol de la tarde. Tal vez sea porque Sliseag se le ha acercado por la derecha, pero percibo un tono rojizo en las escamas de Andarna, no puedo evitar preguntarme cuándo perderá ese brillo y adoptará una tonalidad más parecida a la de Tairn.

—*Aún no ha demostrado que sea una aliada* —apunta Tairn.

—*Sigue culpándome por la muerte de Luella.*

—Oye, ahora que estamos aquí parados… —Sawyer se frota la nuca, y se ruboriza—. Pensaba…

—¿Qué? —Enarco las cejas ante la frase que ha dejado claramente a medias.

—Pensaba si te importaría… —Se estremece, y entonces suspira—. Da igual.

—Quiere que le enseñes lengua de signos —termina Ridoc por él, balanceándose sobre los talones, aburrido como una ostra.

—¡Ridoc! —Sawyer lo fulmina con la mirada.

—¿Qué? Has sido tú quien se ha complicado la vida. Coño, si casi parecía que fueras a pedirle salir o algo. —Un escalofrío le recorre visiblemente la espalda.

—¿Y qué si me lo hubiera pedido? —replico.

—Pues que me tocaría a mí recoger sus pedazos del suelo de la habitación cuando Riorson lo desmembrara. —Ridoc niega con la cabeza—. Un desastre, vaya.

—En primer lugar, Xaden tiene el amor propio suficiente para sobrevivir a que alguien me pida salir. —Levanto la vista hacia Sawyer—. Y sí, te enseñaré lengua de signos. ¿Por qué te da tanta vergüenza?

—Porque debería haber aprendido hace años. —Sawyer deja caer la mano —. Y por… razones obvias.

—Se ve que yo no la domino lo suficiente como para ser un buen profesor. —Ridoc pone los ojos en blanco.

—Me enseñaste el signo de *sexo* y me dijiste que era el de *hola* solo para ver cómo reaccionaba cuando lo utilizara —le espeta Sawyer.

—¿Qué? Ni que fuera yo un capullo integral —se defiende Ridoc con una sonrisilla—. Habría esperado a que me preguntases el signo de *cena* y, así, cuando le preguntaras si le apetecería comer algo contigo…

—¡Ah! —Pestañeo encajando las piezas. Jesinia—. Descuida, Sawyer. Yo te ayudo. Rhi también lo domina a la perfección. Y Aaric, y Quinn, y…

—Todos menos yo. —Sawyer suspira, dejando caer los hombros.

—Por poco no llego —dice Rhiannon con la respiración algo agitada cuando nos alcanza.

Trager entorna aún más los ojos al ver a Rhi, justo en el momento en que la profesora Trissa dobla la esquina detrás de ella.

—¿Cómo va el labio? —le pregunta Rhiannon a Trager guiñándole un ojo.

Él da un paso al frente, pero Maren le impide que siga, negando con la cabeza.

—Podría haberte encubierto. ¿Se ha instalado bien tu familia? —le pregunto a Rhi.

Llegaron anoche a las tantas, exhaustos por el viaje y solo con lo poco que pudieron meter en el estrecho carro capaz de cruzar el Puerto del Precipicio, la serpenteante ruta comercial de la vertiente noreste de los riscos de Dralor, que bordea la provincia de Deaconshire.

—Sí. —Rhi sonríe y deja caer su mochila al lado de la mía en la hierba, sorprendentemente elástica. En este valle parece como si las estaciones se estuvieran revirtiendo—. Dale las gracias a tu hermano. Les ha asignado unas casas colindantes en la plaza del mercado y ya han elegido el lugar para montar la tienda.

—Fantástico. ¿Y Lukas? —Solo pensar en los mofletes rechonchos y perfectos de su sobrino me hace sonreír como una tonta.

—Pues que sigue siendo el bebé más mono del mundo. —Rhiannon se desabrocha su chaqueta de vuelo y estira los hombros—. Están agotados, pero a salvo. Y es increíble poder verlos cuando quiera. Además, he podido mostrarles mi sello, y se han quedado boquiabiertos, obviamente.

—Fenomenal. Me alegro muchísimo por ti.

Relajo la postura y respiro hondo de verdad. Han estado llegando familias a Aretia a lo largo de la semana, guiados en grupos pequeños y disimulados por los miembros de la revolución que les ofrecieron refugio aquí. El padre de Ridoc debería llegar en cualquier momento, pero aún no sabemos nada de los padres de Sawyer.

—Os preguntaréis por qué os hemos convocado en el valle —dice la profesora Trissa, respirando con calma incluso al agacharse hacia su mochila y sacar siete ilustraciones impresas que nos entrega a cada uno de nosotros.

Otra sonrisa se me dibuja en los labios. Jesinia y los demás han conseguido hacer funcionar la imprenta.

La ilustración muestra una runa tyrrish, no tan diferente a las del libro de tejeduría que Xaden me dio cuando se graduó. Tras examinar de cerca la

ilustración, la reconozco. El conjunto de cuadrados escalonados es prácticamente idéntico al de la empuñadura de la daga que llevo en la cadera derecha.

—Dado que hoy por hoy sois el pelotón y la bandada que van a la cabeza, hemos elegido a vuestro grupo para una especie de… prueba. —La profesora Trissa se aparta para que podamos vernos unos a otros—. ¿Podéis canalizar? —les pregunta a los pilotos.

—Ayer por la mañana, a la mitad de nuestro poder, más o menos —responde Cat.

—¿Y trucos mentales? —pregunta la profesora con una nota de curiosidad.

—Aún no —contesta Maren.

—Pero pronto —dice Cat mirándome fijamente—. Las bandadas están recuperando las fuerzas día tras día.

Como si me hubiese olvidado de lo que es tenerla toqueteándome la cabeza.

—O sea, ¿otra hora de manualidades? —pregunta Ridoc cruzándose de brazos.

—¿Quién sabe cómo se alimentan las luces mágicas? —dice la profesora Trissa ignorando su pregunta y metiendo la mano en su mochila. De allí extrae ocho listones de madera pequeños, no más grandes que una bandeja, y los coloca en el centro de esta tierra de nadie nuestra—. ¿Y bien?

—Con magia menor —responde Maren.

—Estas son las que creáis vosotros. —La profesora Trissa asiente—. Pero ¿qué me decís de las que están siempre encendidas, como las de los dormitorios de los de primero, por ejemplo? ¿Esas que funcionan antes de que podáis canalizar vuestro poder?

Todos los jinetes se vuelven hacia mí.

—Se alimentan con el exceso de magia que canalizamos tanto nosotros como nuestros dragones —contesto—. La expulsamos de manera natural, como… oleadas de calor corporal, pero la cantidad es tan ínfima que ni siquiera nos damos cuenta.

—Exacto —confirma la profesora—. ¿Y qué es lo que hace posible ese tipo de magia? ¿Una magia ligada a los objetos en lugar de a un conjurador? —Nos mira expectante con unos ojos marrón oscuro, y entonces se frota el puente de la nariz—. Dioses, y yo que creía que Felix exageraba. Sorrengail, estás prácticamente cubierta con ellas.

Bajo la vista y echo un vistazo a la reluciente armadura de escamas de dragón que asoma por el cuello en uve de mi uniforme, y entonces clavo la mirada en las dagas que Xaden me entregó.

—¿Con runas?

—Con runas —repite la profesora Trissa—. Las runas no son simplemente algo decorativo. Son hilos de magia devanados de nuestro poder con los que tejemos patrones geométricos para usos concretos, y luego los colocamos en un objeto, ya sea para utilizarlos de inmediato o más adelante. A este proceso lo llamamos *temple*.

—Eso no es posible. —Maren niega con la cabeza—. La magia solo puede manipularse.

—¿Quién ha dicho que no la manipulemos? —La profesora Trissa suspira, decepcionada por nuestra ignorancia—. Pero del mismo modo que almacenamos suministros para el invierno, un manipulador puede templar una runa con tanto o tan poco poder como desee, y entonces colocarla en algún lugar. —Se agacha, recoge uno de los listones de madera y lo agita en nuestra dirección—. Como la madera, el metal o cualquier objeto que elija el manipulador. Esa runa se activará cuando le corresponda y hará lo que se haya decidido durante el temple. A diferencia de la aleación, que almacena poder, las runas se templan con poder para que realicen acciones concretas.

Rhi y yo intercambiamos una mirada confusa.

—Veo que voy a tener que convenceros. —La profesora Trissa deja caer el listón y levanta las manos—. Primero debéis devanar un hilo de vuestro poder. —Extiende el brazo y pinza el aire entre el pulgar y el índice—. Lo cual debe de ser el paso más complicado, no os voy a engañar.

—¿Se lo está inventando? —susurra Ridoc.

La profesora Trissa le lanza una mirada afilada.

—Que no veáis mi poder no significa que no lo pueda hacer yo. ¿O acaso no os suena el proceso de tomar tierra? Igual que vuestros escudos, vuestro poder solo es visible cuando le dais forma, ya sea la de vuestro sello como jinetes o la de la magia menor, que todos sois capaces de conjurar.

—Lo pillo. —Ridoc levanta la mano vacío, derrotado.

—Podemos dar forma al poder. —Sus manos se mueven deprisa, tirando del aire y utilizando los dedos para trazar formas invisibles. ¿Círculos? ¿Cuadrados? ¿Eso era un triángulo? Es difícil saberlo cuando no se ve nada —. Toda forma tiene un significado. Los puntos donde anudamos el poder modifican ese significado. Y tendréis que memorizarlas todas. —Vuelve a levantar las manos y crea un… ¿rombo?—. Las formas que combinamos van

estableciendo los significados y cambian la runa. ¿Se activará de inmediato? ¿Se quedará en un estado de suspensión? ¿Cuántas veces podrá activarse antes de que se agote? Todo se decide aquí.

En ese momento parece girar lo que sea que esté manipulando, tira de otro hilo y hace… algo.

—Joder, qué raro todo —masculla Ridoc entre dientes—. Es como cuando de pequeño les dices a tus padres que beban de la taza de té, consciente de que está vacía.

Rhiannon le sisea.

—Cuando está lista… —La profesora Trissa se agacha y recoge el listón, y entonces se pone en pie—. Colocamos la runa. Hasta que no está colocada, no tiene significado ni propósito y se disipará rápidamente. Lo que convierte la runa en un tipo de magia activa es el temple. —Recoge con la mano derecha lo que deduzco que es la runa que ha estado templando y entonces posa la mano sobre el listón de madera—. Esta en concreto es una runa térmica sencilla.

—¿Eso es sencillo? —pregunta Sawyer atónito.

El listón comienza a humear y me acerco un poco más con los ojos como platos.

—Ahí lo tenéis. —Gira la parte delantera del listón hacia los pilotos, y luego hacia nosotros—. Una vez que comprendáis qué formas debéis combinar para crear determinados símbolos, las combinaciones son casi infinitas.

Me quedo boquiabierta unos instantes. Las formas han quedado grabadas a fuego en lo que hace diez minutos habría considerado una runa meramente decorativa. Bajo la vista hacia la ilustración que tengo en mis manos y me pregunto qué narices se supone que hará la daga de mi cadera.

«Toda forma tiene un significado. Los puntos donde anudamos el poder modifican ese significado». Le echo otro vistazo a la forma poliédrica antes de que la profesora Trissa vuelva el listón y lo coloque en dirección al cielo, y entonces caigo en la cuenta y abro los ojos.

—Es un lenguaje logosilábico —balbuceo—. Como el lucérico antiguo o el morrainés.

La profesora Trissa levanta las cejas al volverse hacia mí.

—Muy parecidos, sí. —Su boca se arquea en una sonrisa—. Ay, claro, que también sabes leer en viejo lucérico. —Asiente—. Impresionante.

—Gracias.

—Es de los nuestros —les dice Ridoc a los pilotos señalándome.

No sé si estoy yo para fardar de nada, teniendo en cuenta que el examen de Historia de esta mañana lo he aprobado por los pelos. Al menos se me dan bien las matemáticas, pero, claro, las matemáticas no cambian de la noche a la mañana.

—Tú manipulas el hielo, ¿verdad? —le pregunta la profesora Trissa a Ridoc.

Él asiente, y ella extiende la mano.

Ridoc descorcha el pellejo que le pende de la cadera y después extrae el agua por la boquilla convertida en un cilindro de hielo, que le acerca a la profesora Trissa. Ella coloca el hielo sobre el listón, y mi grito ahogado no es el único que se oye cuando el hielo se disuelve en cuestión de segundos y de la madera humeante comienza a gotear agua.

—Id con cuidado con el medio que escojáis para colocar la runa. Con algo más de poder, el listón habría acabado en llamas.

—¿Por qué no nos habían enseñado esto? —señala Maren alternando la vista entre el pergamino y el listón.

—Es una habilidad que los tyrrish antaño controlaron y perfeccionaron, pero se prohibió unos doscientos años después de la unificación de Navarre, a pesar de que la mayoría de nuestros puestos avanzados e incluso Basgiath se construyeran sobre ellas. ¿Por qué? —Enarca las cejas—. Me alegro de que me hagas esa pregunta. Veréis, los jinetes somos más poderosos de forma natural, dada la cantidad de magia que canalizamos y los sellos que manipulamos.

Trager pone los ojos en blanco.

—Pero las runas son lo que inclina la balanza a vuestro favor —continúa la profesora Trissa, dejando el listón sobre la hierba ahora que ha dejado de silbar—. Los límites de una runa solo dependen de la cantidad de poder con que decidáis templarla, del tiempo que queráis que dure y de los usos que tendrá antes de agotarse. Prohibieron las runas para que no cayeran en las manos equivocadas. —Se vuelve hacia los pilotos—. Las vuestras, concretamente. Dominad bien las runas y podréis competir con la mayoría de los sellos.

—O sea, ¿quiere que templemos… esto? —pregunta Cat estudiando la ilustración con una ceja arqueada—. ¿Con… magia?

Detesto admitirlo, pero aquí estoy con Cat y, a juzgar por las miradas de la gente que me rodea, estamos todos igual. Incluso Rhi observa el dibujo con inquietud. Esto parece… superarnos.

—Sí. Con el poder que aprenderéis a separar de vuestro propio ser, tal como os he enseñado. —La profesora Trissa abre la mochila y vuelca otro montón de listones sobre el primero.

Cuando lo ha hecho ella, hasta parecía fácil.

—Empezaremos con una runa sencilla de apertura. Fácil de crear y fácil de probar. —Mira alternativamente las dos hileras.

—Todos podemos abrir puertas con magia menor —comenta Trager.

—Faltaría más. —La profesora Trissa suspira—. Pero una runa de apertura puede usarla también alguien que no posea magia menor. Venga, poneos manos a la obra. Espero que hayáis tejido vuestras primeras runas antes de que caiga el sol.

—Es imposible aprender a hacer todo eso antes de que anochezca —arguye Sawyer.

—Bobadas. Todos los marcados aprendieron una runa de apertura simple el primer día.

—Sin presiones, ¿eh? —masculla Rhi.

—¿Sloane e Imogen saben hacer esto? —pregunto.

—Por supuesto —responde la profesora Trissa negando con la cabeza.

Por eso Xaden me hizo practicar runas con tela. ¿Aprenderá alguna vez este hombre a decirme las cosas directamente? ¿O voy a tener que sacarle siempre la información por la fuerza?

—«Responderé a todas las preguntas que me hagas» —repito con sorna para mis adentros. Un poco difícil hacer preguntas que ni siquiera sé que existen.

—Se supone que sois lo mejorcito de vuestro año, así que dejad de mirarme embobados y poneos a trabajar —nos reprende la profesora Trissa—. Lo primero que debéis hacer es aprender a separar una porción de vuestro poder. Dejad que os llene la mente, y entonces alargad el brazo y visualizaos arrancando un hilo de la corriente.

Rhiannon, Sawyer, Ridoc y yo intercambiamos una serie de miradas de desconcierto y «¿qué cojones?» que se reflejan en los pilotos al otro lado.

—*¿Algún consejo*? —les pregunto a Tairn y Andarna.

—*No hagas saltar nada por los aires*. —Tairn cambia el peso de pata detrás de mí.

—*Al menos si saltara algo por los aires nos entretendríamos un poco* —dice Andarna provocando que Tairn suelte un gruñido.

—Ahora mismo —nos exige Trissa, y entonces levanta un dedo—. Ah, y andaos con cuidado. El poder se vuelve temperamental cuando tratáis de tirar

de él. Por eso están aquí vuestros vínculos. Cuanto más cerca de la fuente, más sencillo es la primera vez. —Nos mira a todos antes de cruzarse de brazos—. Bueno, ¿a qué estáis esperando?

Cierro los ojos y me imagino mis Archivos y el poder desbordante que los rodea. El flujo ardiente del poder de Tairn que fluye detrás del portón parece capaz de consumirme, pero el flujo nacarado del poder de Andarna que hay tras las ventanas se me antoja… manejable.

Respiro hondo y echo mano del poder de Andarna…

Bum. Una explosión resuena por el valle, y al abrir los ojos veo que todas las cabezas se han girado en dirección a Sawyer cuando ha salido despedido hacia atrás. Aterriza a pocos centímetros de las garras de Sliseag, dejando tras de sí una marca negruzca y humeante en la hierba.

—Y por eso estamos haciendo esta clase al aire libre. —La profesora Trissa niega con la cabeza—. En pie. Vuelve a intentarlo.

Ridoc retrocede y ayuda a Sawyer a levantarse, y entonces hacemos justo lo que Trissa nos ha dicho.

Intentarlo. Una y otra vez.

Antes de que caiga la noche consigo tejer una runa de apertura, pero no soy la primera; ese honor le corresponde a Cat y, a diferencia del resto de los jinetes, no hay ninguna marca de calcinación bajo sus pies.

46



No deja de ser lógico que la única arma capaz de matar a un ser oscuro sea lo mismo que los llevó a perder el alma: el poder.

—*Guía para derrotar a los venin*, por la capitana Lera Dorrell

—Propiedad de la Academia de Riscara

—¿Runas? —me pregunta Xaden unos días más tarde, inclinándose sobre mi hombro.

Estoy sentada al escritorio de su habitación practicando el ejercicio de hoy, una tortura en forma de triángulo que se supone que, de algún modo, mejora la audición. Xaden recoge uno de mis cinco intentos fallidos, grabados en unos discos de madera del tamaño de mi mano, y yo respiro hondo, saboreando el aroma a jabón de su piel recién lavada.

Tener baño privado es claramente una de las ventajas de dormir en su cuarto.

—Somos el pelotón de prueba. Te lo quise decir anoche.

Tomo la delicada hebra de poder nacarado y la doblo hasta formar la tercera forma del patrón que la profesora Trissa nos ha puesto de deberes, y entonces dejo que arda con intensidad ante mis ojos mientras tiro con delicadeza de otra. Ahora que sé lo que debo buscar, veo el flujo de poder con claridad delante de mí, sólido e insustancial al mismo tiempo, formado por

unas hebras brillantes que se doblan cuando las toco. Eso sí: que las vea no significa que no me cueste tirar de cada una de ellas.

—Yo también quería contarte muchas cosas anoche —dice él dejando el disco de nuevo en el escritorio, encima de los otros—. Pero después de verte en la cama tenía la boca demasiado ocupada con otros asuntos.

Esbozo una sonrisa al recordarlo mientras doy forma al triángulo siguiente, este más pequeño, y lo coloco dentro de los más grandes, que flotan frente a mí. Pasa más tiempo fuera que en casa, acarreando armas desde la forja hasta el frente, cerca del río Rocagua, y a la armería de Tecarus. Este último viaje duró un día más de lo normal, cuando él y Garrick se vieron inmersos en un ataque.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta rozándome el cuello con los labios.

—Eso no… —Contengo el aliento cuando llega al cuello de mi armadura—. Eso no me ayuda.

—Qué lástima. —Me da un beso en un lado del cuello y se pone en pie, dejándome con los deberes. Y menos mal, porque tengo clase en unos minutos.

—Por eso me dejaste aquel libro en Navarre, ¿verdad? —Agarro la hebra siguiente y doy forma al círculo que debería fijar los demás símbolos en su sitio en torno a la runa. Con esto debería bastar.

—Quería que empezaras con ventaja —dice recogiendo el diario de Warrick del escritorio, donde lo he abandonado, y hojeándolo.

—Gracias.

—Es imposible leer esto —masculla Xaden, antes de cerrar el diario y dejarlo de nuevo en el escritorio, y se dirige al lugar en que sus uniformes cuelgan junto a los míos en el ropero.

Sonrío al pensar en la cotidianeidad de la situación. Sería capaz de cualquier cosa por que todo siguiera igual.

—Mi padre me enseñó a leerlo. —Me encojo de hombros, examinando la runa por si me he dejado algo—. Y Dain y yo lo usábamos como código secreto cuando éramos niños.

—Nunca habría dicho que Aetos hablara lucérico antiguo —comenta Xaden.

Después de coger el disco de madera con la mano izquierda, desplazo con delicadeza las hebras vibrantes de poder y las presiono contra el disco. Mucho mejor que los otros cinco.

—Pusiste runas en las dagas —le digo volviéndome en la silla de madera.

Separo los labios y observo con descaro a Xaden mientras él saca el uniforme del ropero solo con una toalla alrededor de la cintura. ¿Cómo no me he dado cuenta de que lo he tenido detrás prácticamente desnudo? Menuda oportunidad perdida…

—Como me sigas mirando así, no llegas a clase —me advierte, y los ojos se le ensombrecen cuando cruza la habitación y lanza la ropa sobre la cama.

Me obligo a apartar la mirada. Brennan ya alertó a Xaden de que la primera vez que faltara a clase por culpa de dormir juntos, volvería de cabeza a la habitación que me habían asignado en un principio.

—Pusiste una runa de apertura en la daga, ¿verdad? —le pregunto guardando todos los discos que acabo de terminar en la mochila, salvo uno, e ignoro el diario de Warrick que descansa en el borde de la mesa, burlándose de mí—. Por eso pudimos huir de la sala de interrogatorios.

—Una variación de una runa de apertura, pero sí.

Con el mejor intento de runa en las manos, me echo la mochila sobre los hombros y deslizo los brazos por las correas antes de ponerme en pie y volverme hacia él. Sigue con el torso desnudo, gracias a los dioses, pero por desgracia —o por suerte, teniendo en cuenta mis horarios— se ha puesto los pantalones.

—¿Te importa explicármelo con más detalle?

Para mi consternación, se pone los calcetines antes que la camisa.

—Tú misma puedes hacer una runa de apertura. Son bastante sencillas. —Se encoge de hombros—. Yo le añadí un elemento de necesidad a esa runa. Así, no puedes plantarte delante de una puerta y abrirla a voluntad, pero si la daga que llevas cerca del cuerpo percibe la necesidad de que una puerta se abra, la abrirá. Si hubieras conseguido llegar a la forja de Basgiath, la puerta se habría abierto porque esa era tu necesidad.

Se sienta en el borde de la cama y empieza a ponerse las botas.

—¿He tenido la llave encima todo este tiempo? —Enarco las cejas, y si no estuviera ya colada por él, me habría enamorado aquí y ahora.

—En efecto. Hoy estás atrevida con las preguntas, ¿eh? —Se le curva una comisura de la boca.

Agarro con fuerza el disco y me muerdo el labio inferior. El problema de estar tan feliz en medio del caos que hemos provocado es que me aterra formular aunque solo sea una pregunta que pueda fastidiarlo todo.

—¿Para qué sirve la runa de la piedra que has colocado junto a la cama? Porque es una runa, ¿verdad?

—Sí, y de las complicadas. —Se incorpora y alarga el brazo hasta la piedra, y entonces me la entrega al ponerse de pie—. No hay ni una sola persona viva que sepa replicarla. La última fue la coronel Mairi.

La madre de Liam y Sloane. Sostengo la piedra, del tamaño de mi mano, y estudio las enrevesadas líneas de la runa.

—Debía de ser gigantesca cuando la templó.

—Deduzco que sí. Tuvo que reducirla para que cupiera en las piedras.

—¿Piedras? —Levanto la vista—. ¿Hay más de una?

—Ciento siete —responde mirándome con expectación.

Los marcados. Quiere que se lo pregunte.

—¿Y qué hace? —Acaricio el diseño ennegrecido con el pulgar.

—Qué hacía, dirás. Es una runa protectora, pero se pensó para que solo tuviera un uso. —Se pasa la mano por el pelo húmedo y hace una pausa—. A medida que vas dominando las runas, puedes añadirles otros elementos, como palos o incluso otras runas completas para localizar algo en concreto. O protegerlo. Esta runa en particular se creó para proteger a un miembro del linaje de mi padre.

—A ti. —Alzo la vista y le devuelvo la piedra—. Eras hijo único, ¿verdad?

Xaden asiente.

—Todos los hijos de los oficiales recibieron una antes de que nuestros padres se marcharan a la batalla de Aretia. Nos dijeron que las lleváramos encima en todo momento, y así lo hicimos, incluso a la ejecución. —Sus dedos rozan los míos cuando acepta la piedra.

Por poco me quedo sin aliento, con la mirada clavada en la suya.

—Se diseñó para contrarrestar el sello del jinete cuyo dragón los matara. —Traga saliva—. Pero solo podía activarse si la causa de la muerte era el fuego de dragón.

—Que es el método de ejecución más habitual en casos de traición —susurro.

Él asiente.

—La sostuve con fuerza en la mano, como todos los demás, mientras observábamos como ponían a nuestros padres en fila para ejecutarlos. Y en cuanto… —los hombros se le alzan al respirar hondo— ardieron, noté una oleada de calor por el brazo. La vez siguiente que sentí algo parecido fue después de la Trilla.

Abro mucho los ojos y cierro la mano alrededor de la suya.

—¿Las reliquias de la Rebelión?

Por eso las marcas arremolinadas siempre comienzan en los brazos de los marcados.

Él asiente.

—Nuestros padres sabían que acabarían muriendo de una forma u otra, y lo último que hicieron fue asegurarse de que estaríamos protegidos. La conservo únicamente por razones sentimentales. —Se acerca a mí y me da un beso en la frente antes de volverse y dejar la piedra sobre su mesilla de noche—. Me gusta que me hagas preguntas —añade inclinándose para recoger la camisa de su uniforme—. ¿Hay algo más que quieras saber?

Se me queda en la punta de la lengua la pregunta de por qué no me habló del pacto que selló con mi madre y si eso influyó en lo que siente por mí. Pero entonces se endereza y vislumbro las cicatrices plateadas de su espalda, las cicatrices que le infligió mi madre, y no me veo capaz. Él me dijo que me amaba desde la primera vez que nos besamos. Con eso debería bastarme. No necesitaría saber nada más sobre el pacto que lo que ella me contó… O tal vez no quiera, si por culpa de eso nuestra relación puede verse resentida.

—¿Violencia? —Se pone la camisa y se vuelve.

—No tengo más preguntas, señoría. —Fuerzo una sonrisa.

—¿Va todo bien? —me pregunta él frunciendo el ceño—. Bodhi me ha comentado que Cat no te lo está poniendo nada fácil, y que ya se te han escapado un par de rayos…

—Lo que tendría que hacer Bodhi es no meter las narices donde no lo llaman. —Me niego a que Xaden se preocupe por mí justo antes de irse varios días. Me pongo de puntillas y lo beso con delicadeza—. Te veo esta noche.

Percibo una sombra de decepción en sus ojos justo antes de que me pose una mano en la nuca y acerque su boca a la mía durante un maravilloso segundo, y después retrocede.

—Te falta poco, pero esa runa necesita una indicación direccional.

—La runa está perfecta, y ya pediré ayuda si lo necesito. —Le doy un beso rápido simplemente porque puedo, y echo a correr hacia la puerta para no llegar tarde a clase. En cuanto pongo un pie en el pasillo, me acerco el disco a la oreja.

Los ruidos se agolpan. Pisadas de botas encima de mí, puertas que se cierran más adelante, gente gritando abajo… Hay demasiados estímulos como para sacar nada en claro de ninguno de ellos.

—Qué rabia me da cuando tiene razón —musito para mis adentros al entrar en la clase.

Como es obvio, Cat ha templado la runa a la perfección, lo cual casi me anima a pedirle ayuda a Xaden, pero se marcha antes de que yo termine las clases del día.

—Os hemos dado un par de semanas para que consiguierais integraros pacíficamente, y, muy a nuestro pesar, aún lo estamos esperando —nos regaña Devera a la semana siguiente.

Se dirige a nosotros desde un lado de la estera central, acompañada de Emetterio y una de las profesoras de los pilotos. El gimnasio de entrenamiento tiene un tamaño que es apenas una fracción del de Basgiath, con nueve esteras en total, y está abarrotado con todos los cadetes de Basgiath, codo contra codo.

Incluidos los pilotos.

Hasta ahora solo nos habían juntado en las clases de runas y en grupos muy pequeños, además de en las comidas, que normalmente terminan con algún que otro puñetazo.

—¿Qué cojones esperaban? —Rhiannon se cruza de brazos a mi lado—. Llevamos siglos matándonos los unos a los otros y ahora qué se supone, ¿que tenemos que hacernos diademas de florecitas y confesarnos nuestros secretos más íntimos solo porque nos han entregado una luminaria y han escalado una montaña?

—La tensión es evidente —coincido, sosteniendo el conducto con la mano derecha y estirando el hombro que me duele, con la esperanza de que me perdone por haberme atrevido a dormir encima de él. Tengo clase con Felix dentro de dos días y estoy cargando el pequeño orbe de cristal con todo el poder posible.

Estoy perdiendo el control de mi poder con demasiada frecuencia, entre los insultos que nos dedican los pilotos cada dos por tres y las insinuaciones de que decidí soltar a Luella para salvar a Visia.

Existe una clara división en nuestras filas: un mar de negro a mi derecha y una franja marrón a mi izquierda, con un espacio de suelo vacío entre nosotros. Más de una docena de cadetes siguen lamiéndose las heridas de la batalla campal que estalló ayer en el gran salón entre el Ala Tres y dos bandadas.

—La muestra de violencia de ayer fue algo totalmente inaceptable —comienza a decir la profesora de los pilotos, la trenza castaña cayéndole por encima del hombro al volver la cabeza para dirigirse no solo a sus estudiantes,

sino a todos los cadetes—. Solo conseguiremos volver las tornas de la guerra si trabajamos en equipo, ¡y eso empieza aquí! —exclama moviendo el dedo hacia los cadetes de jinete.

—Pues buena suerte —dice Ridoc para sus adentros.

—Haremos algunos cambios sustanciales —anuncia Devera—. Para empezar, se acabaron las clases segregadas.

El corazón se me encoge y un murmullo de descontento se extiende por el gimnasio.

—Lo que significa que… —Devera alza la voz para hacer callar a nuestro lado en esta formación improvisada—. Os respetaréis mutuamente. Puede que estemos en Aretia, pero a partir de hoy hemos decidido que el Código de Jinetes de Dragón se aplicará a todos los cadetes.

—Y como invitados —dice la profesora de los pilotos colocándose una mano sobre la ancha cadera—, todos los pilotos se regirán por los mismos principios. —Un runrún de disconformidad se propaga por su mitad—. ¿Ha quedado claro?

—Sí, profesora Kiandra —responden al unísono.

Joder, menuda pasada. Aunque suenen como la infantería.

—De todas formas, somos conscientes de que no podemos pasar página sin corregir la hostilidad que existe entre los grupos —dice Emetterio mirándonos alternativamente—. En Basgiath teníamos un método para solucionar las disputas entre cadetes. Podréis proponer retos: un enfrentamiento de pugilato que termina cuando una de las dos personas cae inconsciente o se retira.

—O muere —añade Aaric.

Los pilotos dejan escapar un grito ahogado colectivo y la mayoría de los jinetes ponemos los ojos en blanco. En Basgiath no durarían ni un día.

—Sin matar a vuestro oponente —continúa Emetterio, dirigiéndose directamente a Aaric antes de proseguir—. Durante las próximas seis horas se autorizarán todas las peticiones de retos entre cadetes del mismo año. Solucionaréis vuestras disputas de una vez por todas en estas esteras y después os olvidaréis de ellas.

—¿Van a permitir que les partamos la cara? —pregunta Ridoc en voz baja.

—Eso parece —susurra Sloane.

—Cómo me lo voy a pasar esta tarde. —Imogen sonríe, chasqueando los nudillos.

—Los han entrenado para combatir a los venin —les recuerdo—. Yo no los subestimaría.

Con la ayuda de los sellos podemos expulsarlos de los cielos sin despeinarnos, pero en el cuerpo a cuerpo… No sería tan descabellado que nos sacaran ventaja.

—Solo podéis retar a un oponente, y nadie podrá aceptar más de un reto —explica Emetterio con el dedo índice levantado y las gruesas cejas arqueadas—. De modo que escoged con cuidado, porque es posible que a partir de mañana se os prohíba retar al jinete o piloto al que le tengáis ojeriza.

No puede ser. Se me cae el alma a los pies. Solo hay una razón por la que podrían prohibirnos retar a alguien, pero no serán capaces…, ¿verdad?

—El Código prohíbe los retos entre compañeros de pelotón —les explica Devera a los pilotos antes de volverse hacia nosotros—. Y mañana cada pelotón de jinetes absorberá a una bandada de pilotos.

Vaya, pues parece que sí.

La ira me enciende las mejillas, y Rhiannon y yo intercambiamos una mirada inquieta, que se refleja en todas las personas de nuestro pelotón, sobre todo en Visia.

—Fijaos que he dicho *absorber* —insiste Devera mirándonos fijamente—. Nada de *trabajar en equipo* ni *colaborar*. Os fusionaréis, os fundiréis, os uniréis.

Esto va contra todo lo que nos han enseñado. Los pelotones son sagrados. Los pelotones son nuestra familia. Los pelotones nacen después del parapeto y se forjan a lo largo del Guantelete, de la Trilla y de los Juegos de Guerra. Los pelotones no se combinan a menos que se disuelvan por la muerte de sus miembros, y nosotros somos el Pelotón de Hierro.

No nos doblegamos. Y ni de coña nos mezclamos.

—De lo contrario… —La profesora Kiandra suaviza el tono al arrastrar la mirada por el gimnasio—. Fracasaremos cuando llegue el momento de combatir. Y moriremos.

—Podéis presentarnos ahora vuestras solicitudes —anuncia Emetterio poniendo fin a la charla de las celebraciones del día.

Las personas que quieren presentar solicitudes forman una larga cola, y no me sorprende que la mayoría vayan vestidos de marrón. Tienen muchas más razones para odiarnos que nosotros a ellos.

—Somos el Pelotón de Hierro, y nos comportaremos como tal —nos ordena Rhiannon cuando la última persona de la cola se acerca a Emetterio—.

Nos mantendremos unidos e iremos de estera en estera para afrontar cualquier reto que se nos presente.

Los once aceptamos.

Se anuncian los primeros retos, y no debería sorprender a nadie que Trager convoque a Rhiannon a la estera. Es evidente que sigue cabreado por el puñetazo que le propinó en el campo de vuelo.

Rhiannon lo vence en menos de cinco minutos, y él vuelve a irse con el labio ensangrentado.

Bragen, el líder de tercero de la bandada de Cat, fornido y con un collar de cicatrices, deja a Quinn inconsciente mediante una combinación de golpes con la que me quedo boquiabierta.

Cuando Neve, otra de tercero de la bandada de Cat de pelo rubio rojizo y mirada intensa, convoca a Imogen a la estera, comienzo a percibir un patrón.

—Todo esto es por mí —le susurro a Rhiannon en el momento en que Imogen le suelta una patada firme en la cabeza a su oponente.

—Pues entonces nos afecta a nosotros —responde ella—. Por favor, dime que te has vendado y llevas la armadura.

Asiento.

Imogen y Neve intercambian una serie de golpes precisos y calculados hasta que Devera anuncia el empate después de que las dos estén sangrando.

—Catriona Cordella y Violet Sorrengail —anuncia Devera—. Desarmaos y colocaos en la estera.

—No lo hagas. —Maren trata de disuadir a Cat, pero no hay más que decisión en sus ojos entrecerrados.

—Hostia puta, no me lo esperaba —musito con ironía, y le entrego el conducto a Rhiannon.

—¿Por qué no me sorprende, Cat? —Imogen la fulmina con la mirada desde el otro extremo de la estera antes de volverse hacia mí.

—No pasa nada. Predecible, pero no pasa nada. —Una a una, desenvaino mis trece dagas y se las entrego.

—Te saca como poco diez centímetros, así que ojo con su alcance —me dice Rhiannon en voz baja.

—Por lo que recuerdo, es rápida atacando y apenas te dará tiempo a reaccionar, así que céntrate en tus movimientos. No vaciles —añade Imogen.

—Entendido.

Respiro por la nariz y expulso el aire por la boca, esforzándome como sea por calmar los nervios que me tienen el estómago del revés. Si hubiera sabido que el día acabaría así, habría tomado cartas en el asunto mucho antes, y

quizá le habría aderezado el desayuno con el fonilí que vi crecer en la cresta justo debajo del valle.

—Venga, que tú puedes —dice Rhiannon con un gesto de cabeza—. Al fin y al cabo, te ha entrenado el mejor.

—Xaden —susurro deseando que estuviera aquí y no en la frontera.

—Yo. —Me da un codazo y fuerza una sonrisa.

—¿Violet? —Sloane se coloca junto a Imogen—. Hazme un favor y dale una buena paliza.

La boca se me arquea en una media sonrisa sincera y asiento con la cabeza antes de subir a la estera. Supongo que nada une tanto como tener un enemigo común, y, por alguna razón, Cat ha decidido que yo soy el suyo. La estera tiene la misma densidad que las de Basgiath y siento lo mismo bajo las botas mientras camino hacia el centro, donde Cat espera con una mueca malévola.

—*Arráncale los ojos* —me sugiere Andarna—. *En serio. Los ojos son el tejido más blando. Tú métele los pulgares y…*

—*¡Andarna! ¡Un poco de sentido común*! —le espeta Tairn—. *Las rótulas son un objetivo mucho más accesible*.

—*Callaos un poco, por favor*. —Levanto los escudos para silenciar a Tairn y Andarna todo lo posible.

—Nada de armas ni sellos —nos recuerda Devera—. El combate termina cuando una de las dos…

—Caiga inconsciente o se rinda —termina Cat por ella sin apartar la mirada de mí—. Ya lo sabemos.

—Podéis empezar.

Devera sale de la estera, y bloqueo todo el ruido de mi alrededor para concentrarme por completo en Cat, que adopta una postura de combate que me resulta familiar.

Yo hago lo propio, manteniendo el cuerpo relajado y listo para moverme. Si ella es tan rápida atacando como dice Imogen, tendré que optar por una actitud más defensiva.

—Esto va por Luella.

Se abalanza sobre mí con una combinación de puñetazos que bloqueo con los antebrazos, moviéndome para que los golpes no lleguen a impactar del todo. Es… fácil, como si conociera la coreografía. Como si estuviera reaccionando por pura memoria muscular. Ella ajusta su postura y yo retrocedo de un salto antes de que suelte una patada. Al no encontrar más que

aire, le falla el equilibrio justo en el momento en que yo vuelvo a poner los pies en el suelo, y ella se tambalea a un lado.

Hostia puta. Lucha como Xaden.

Parece que nos ha entrenado a las dos.

47



Para poder derrotar a un ser oscuro, lo primero es conocer su edad y experiencia. Los iniciados cuentan con círculos rojizos en los ojos que van y vienen en función de la frecuencia con que drenen. Los ojos de los asim fluctúan entre varios tonos de rojo, y las venas se les hinchan cuando se enfurecen. Los sabios, aquellos responsables de los iniciados, poseen unos ojos permanentemente rojos y unas venas siempre hinchadas que se les extienden hasta las sienes, y que avanzan con la edad. Jamás hemos conseguido capturar a un maven, a uno de sus generales, para poder examinarlo.

—*Compendio sobre los venin*, por el capitán Drake Corella, bandada de las alas nocturnales

Qué poco me ha durado lo de creerme con ventaja.

Los ojos se le encienden, como si hubiera llegado a la misma conclusión que yo mientras nos seguimos en círculos, y entonces los entorna de tal forma que se me hace un nudo en el estómago. Puede que Devera haya establecido las reglas, pero algo me dice que Cat está a punto de saltárselas.

—¿Te jode? —me pregunta bajando la voz al tiempo que levanta las manos—. Lo de saber que a mí me entrenó primero. Que estuvo conmigo antes.

—En absoluto, porque ahora está conmigo. —Trago saliva para empujar los celos amargos que acompañan a la bilis que se me acumula en la garganta.

—¿En serio? —Ella intenta atacarme, pero esquivo el golpe—. ¿Ni siquiera si te digo que conozco su sabor? —Me lanza otra combinación de puñetazos que consigo bloquear, y entonces retrocede como si esto no fuera más que una prueba—. ¿Y que he sentido su peso encima de mí?

No pienso vomitar en esta estera. Me niego.

—Qué va. —Pero joder si esa imagen no se reproduce en mi mente con la misma claridad que una pesadilla.

Las manos de ella sobre la piel de él, su boca sobre las líneas serpenteantes de su reliquia de la Rebelión. La envidia y la ira me rugen en los oídos, embotando mis sentidos, y pestañeo rápidamente para despejar la mente, pero se me eriza la piel con el poder que crece en mis entrañas.

Vuelve a arremeter contra mí y levanto el antebrazo para bloquearla, pero se desplaza de forma inesperada y, cuando bloqueo el golpe cruzado, me suelta un gancho con la mano izquierda.

El dolor me estalla en la mejilla, justo en el hueso, y me tambaleo hacia atrás, llevándome de forma instintiva la mano a la cara para ver si tengo sangre, pero no ha llegado a abrirme la piel.

—Pues yo creo que sí que te jode —dice con voz queda mientras volvemos a perseguirnos en círculos—. Verme aquí, donde me corresponde. Durmiendo en el otro extremo del pasillo. Seguro que te pasas las noches en vela pensando que soy mejor partido para él en todos los sentidos, contando los segundos hasta que se canse de ese cuerpecito frágil y patético y vuelva con la mujer que sabe exactamente lo que le gusta y cómo le gusta.

Cada palabra que pronuncia me eleva más la temperatura, pero me niego a picar, de modo que esta vez sí estoy preparada cuando vuelve a cargar contra mí, y me vuelvo cuando intenta golpearme la cara. Consigo contraatacar y le doy un puñetazo en el mismo lugar que el que me ha propinado ella antes.

Siento una descarga de dolor en la muñeca, pero la recibo con los brazos abiertos.

—¿Sabes lo que me jode? —le pregunto mientras se retira dando saltitos sobre las puntas de los pies, y maldice cuando se lleva una mano a la cara y se le mancha de sangre—. Que estés tan obsesionada en pelearte por un hombre.

La rabia alimenta todos y cada uno de mis movimientos cuando me dispongo a atacar, pero ella prevé todas las combinaciones que le lanzo.

Porque todas son de él.

—¿Piensas hacer algo al respecto? —oigo que alguien pregunta desde el exterior de este trance de furia que está ralentizando mi tiempo de reacción.

—No me lo perdonaría en la vida.

La respuesta llega desde el borde de la estera justo antes de que Cat se abalance sobre mí, pero estoy demasiado concentrada en sus manos como para bloquearle los pies cuando los desliza por debajo de mí.

Floto en el aire durante un suspiro, y entonces caigo de espaldas sobre la estera con un golpe que me arranca el aire de los pulmones y hace que se me resientan todos los huesos del cuerpo.

Cat me sigue hasta el suelo y me presiona la garganta con el antebrazo para dejarme sin respiración antes de inclinarse sobre mí y acercarme la boca a la oreja.

—Te veo cabreada, Violet. ¿Te estás dando cuenta de que no tienes nada de especial? ¿De que no eres más que un agujero provisional para que él se lo folle? —Su carcajada es bronca y cruel—. Sé lo bien que se le da. Yo soy la que le enseñé el truquito ese que hace con los dedos. ¿Sabes cuál te digo? Ese que tuerce…

La ira me nubla la vista cuando la deposito toda en el golpe que le doy en un lado de las costillas, justo donde Xaden me enseñó a apuñalar, y entonces echo atrás el brazo y repito el proceso, saboreando los crujidos amortiguados de las costillas y el dolor desgarrador que me irradia de la mano hasta subirme por la muñeca y el brazo, porque sé que le estoy dando unos golpes diez veces peores que el suyo.

Ella profiere un grito y se tumba sobre el lado ileso, y entonces resuello hasta llenarme los pulmones y me lanzo sobre ella, me pongo de rodillas y dejo caer el puño sobre uno de los lados de su cara con un satisfactorio ruido seco antes de que pueda recuperarse. Ya la he dejado marcada por los dos lados del cuerpo.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —le espeto—. ¿Qué culpa tengo yo de que no te quiera?

—¡Pues claro que no me quiere!

Me agarra del brazo y gira sobre sí misma a una velocidad pasmosa, retorciéndomelo hasta colocármelo en la espalda.

Un dolor agónico me recorre el cuerpo y las náuseas me hacen salivar.

—Él no es capaz de querer a nadie —me sisea al oído—. ¿De verdad me crees tan patética para atacar a otra mujer por amor?

—Sí.

Escupo la palabra entre dientes mientras ella me empuja hacia abajo, controlándome con el brazo que podría partirme con facilidad y a apenas un centímetro de dislocarme el hombro en esta posición. Caigo contra la estera sobre un lado de la cara.

Piensa. Tienes que pensar. Pero, joder, no puedo más que sentir. Siento una ira y unos celos que me martillean las venas con cada latido del corazón, asfixiando la poca lógica que me queda hasta convertirme en un ser de pura rabia.

—Qué estrechez de miras —masculla, como si temiera que alguien la oyera—. Él piensa siempre a largo plazo, como yo. Dioses, ¿sabes siquiera por qué no te mató el año pasado? Yo sí: porque confió en mí para que pensáramos en un futuro juntos a largo plazo.

Conoce lo del pacto que hizo Xaden con mi madre. Él se lo contó.

Siento un hormigueo en los dedos y sé que pronto perderé el tacto en esa extremidad, pero eso no impide que el cuerpo me tiemble de furia… y poder.

Piensa. Tienes que pensar. Cat conoce todos mis movimientos, o al menos los que Xaden me enseñó.

—Mira dónde estamos. La Casa Riorson. —Tiene la boca tan cerca de mi oreja que siento hasta la agitación con que respira—. ¿A quién no le va a gustar tamaño poder y el recipiente que lo contiene? Pero que te quede muy claro que no voy a pelearme contigo por los afectos de un hombre. Pienso ir a la guerra contra ti por la corona. Por eso nos prometimos. Me hicieron una promesa, y no pienso renunciar a ella a favor de una puta Sorrengail que decidió soltar a la piloto en vez de a su compañera de pelotón. Tu familia entera merece morir por lo que nos has hecho pasar.

¿La corona? ¿Y dice que se prometieron? El pecho me duele porque ahora todo cobra sentido. Dos familias de la aristocracia que necesitaban una alianza. Y yo ni siquiera rozo la nobleza.

—Y, coño, controla un poquito tus emociones, ¿quieres? Eres tan débil que hasta resulta patético. —Sus palabras son un hilo de siseos.

A la mierda.

Rhiannon también me enseñó a luchar.

Doy un cabezazo hacia atrás con toda la fuerza que consigo reunir y, a juzgar por el sonido, le rompo un cartílago. Entonces la presión se desvanece de mi brazo y mi hombro, y quedo libre.

Ella aúlla, con un sonido ligeramente amortiguado, pero yo doy un codazo hacia atrás con el brazo ileso y le golpeo en el tejido blando del vientre, justo donde Rhi me enseñó.

Tras bloquear el dolor, me pongo de rodillas, me vuelvo y vuelco todo mi peso sobre ella. Cat se tambalea hacia atrás y yo aprovecho la oportunidad para soltarle un golpe de rodilla en el esternón, antes de buscarle la garganta.

Voy a arrancarle la cabeza. ¿Cómo se atreve a venir así a por mí, como si yo hubiera tenido algo que ver con la muerte de Luella?, ¿como si tuviera algo que ver con que Xaden decidiera dejarla? A la mierda todo eso. ¿Cómo se atreve a venir a por lo que es mío? Xaden no es una corona. Ni tampoco un taburete con que auparse en su camino hacia el poder. No es una herramienta para mejorar su estatus. Él lo es todo.

La cara se le mancha de rojo y pone los ojos como platos, presa del pánico.

—¡Violet! —grita alguien. Una mujer. ¿Una amiga, quizá?

El poder me achicharra las venas y me eriza los pelillos de la nuca, aumentando con la fuerza de un tornado. Me araña las manos, pero yo aprieto todavía más.

—¡Joder, Cat! —exclama alguien desde el lado opuesto—. ¡Ríndete!

¿Que se rinda? No quiero que se rinda. Quiero que deje de existir.

—*Sinceramente, a mí me da igual si la matas, Violencia.* —La voz de Xaden se filtra a través de la rabia que me retiene con la misma sujeción inquebrantable con la que estoy asfixiando a mi oponente—. *Pero a ti no.*

Parpadeo cuando sus palabras me despejan lo suficiente la mente como para percibir cómo le están bajando las pulsaciones bajo mis manos, pero no las aflojo.

—¡Ríndete! —gritan varias personas.

—*Respetaré cualquier decisión que tomes.*

Pero no puedo decidir nada. No tengo opción. Solo existe este vórtice caótico y arrollador de ira y celos y…

Está usando trucos mentales. Está haciendo trampas.

—¡Fuera de mi cabeza! —chillo a pleno pulmón, tanto que la garganta me arde.

Cat me atraviesa con la mirada y pierdo aún más los estribos cuando ella intenta introducir los pulgares por debajo de mis manos, con los ojos dominados por la rabia.

No piensa rendirse. Prefiere morir antes que perder contra mí.

—*No quiero matarla.* —Tengo que soltarla, pero mis manos no reciben la señal.

—*Pues no la mates.* —Su voz me arrulla la mente y la ira disminuye lo suficiente para caer en la cuenta de que está aquí. Hace una semana que no lo veo, y ahora está aquí.

Y lo quiero mucho más de lo que la odio a ella.

Aparto las manos de su garganta, pero no consigo mover el cuerpo ni un centímetro más.

—Ayúdame, por favor.

Cat jadea en un intento por respirar mientras unos pasos pesados se acercan a nosotras por la izquierda.

Los brazos de Xaden me rodean y me ponen en pie, y yo me aferro al amor que siento por él con uñas y dientes para evitar que la rabia me consuma.

—¡No me he rendido! —croa Cat mientras retrocede como un reptil, con el cuerpo marcado por mis dedos.

—¡Riorson! —exclama Devera—. ¿Se puede saber por qué interfieres en un…?

—¡Porque Cat ha hecho trampas! —grita Imogen—. ¡Ha usado sus trucos mentales!

—¡Es ella la que está como una puta cabra! —A Cat se le rompe la voz varias veces, y me apunta con un dedo.

—¿Que yo estoy como una puta cabra? ¡Ya te enseñaré yo lo desquiciada que estoy cuando te mate por haberme manipulado la puta cabeza! —Forcejeo entre los brazos de Xaden, pero él me sujeta con firmeza.

—Avísame si lo dices en serio —me susurra él levantándome del suelo.

—¡Catriona! —La profesora Kiandra se abre paso entre las filas de pilotos —. Prométeme que no has… —Mueve la mirada con nerviosismo entre Cat y yo—. ¡Libérala, Cat!

—¡Que la jodan! —Cada centímetro de su cuerpo rezuma un odio puro que no hace más que alimentar el fuego que me arde bajo la piel—. ¡Y que le jodan también a toda su familia! ¡Espero que muráis todos por lo que nos habéis hecho!

Revolverme contra la fuerza de Xaden no sirve de nada. Me tiene retenida por completo. Pero el poder restalla a través de mí y se libera con un ruido seco y contundente.

El relámpago cae acompañado de un trueno y un destello blanco que me ciega unos instantes. Los cadetes gritan y un aroma a humo llena el aire.

Xaden echa una mano hacia delante y las sombras se precipitan hacia las gradas de madera, donde extinguen las llamas que ya han empezado a extenderse.

—¡Bragen! ¡Maren! Llevaos a Catriona a su habitación —les ordena Kiandra—. Su don está limitado por…

—La distancia. Ya lo sé. —Xaden me carga sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Riorson! —grita Rhiannon esperando a que se vuelva antes de lanzarle mi conducto.

Él lo captura con una mano, hace un gesto afirmativo de cabeza y echa a andar hacia la salida dando grandes zancadas.

Todos los instintos me dicen que patalee, que forcejee, que lo apalee hasta que me suelte, pero me obligo a estar completamente inmóvil mientras él carga conmigo por el pasillo, dejando atrás los rostros descompuestos de los líderes que llenan las paredes y que esperan a que termine el periodo de retos.

—Se te pasará —me promete Xaden.

Y así es. La niebla del poder de Cat se difumina con cada paso que damos y me quedo vacía, como las ruinas de una playa cuando baja la marea. Dioses, ¿cómo voy a evitar que vuelva a ocurrirme algo así?

Xaden no baja el ritmo ni siquiera mientras cruzamos el gran salón, y entonces me sorprende al no girar hacia el vestíbulo. No: me lleva sin detenerse a la sala de la Asamblea, donde los cuatro miembros allí reunidos dan un respingo, Brennan incluido.

Tengo el control suficiente de mis sentidos para sentir toda la vergüenza que me enciende también la cara, pero el cuerpo me sigue temblando de rabia. Al menos esta vez es mía y solo mía.

—¿Se puede saber qué…? —empieza a decir mi hermano.

—Fuera —les ordena Xaden antes de cruzar la estancia y subir los escalones de la nueva tribuna, donde los sillones de la Asamblea descansan detrás de una mesa larga y formal—. Todos. Ahora mismo, coño.

Los presentes intercambian sendas miradas, y observo con perplejidad como hacen exactamente eso: recogen un montón de pergaminos de la esquina de la mesa, se marchan y el último cierra la puerta a su espalda.

Xaden lanza el conducto a la gigantesca butaca del centro antes de bajarme, y mi cuerpo se desliza por el suyo hasta que toco la tribuna con las puntas de los pies. Nuestras miradas se encuentran y él levanta la ceja de la cicatriz.

—Te ha dado bien. —Me acerca una mano a la cara y me la vuelve con delicadeza para examinarme la mejilla—. Pero creo que tú has tenido la última palabra.

—¿Y cuántas de esas humillantes palabras has llegado a oír?

No quiero que me responda, pero lo necesito.

—Todas.

Mierda.

48



Por la presente, el poder de representación de Tyrrendor en el Senario del rey queda transferido de la Casa Riorson a la casa de Lewellen, según lo establecido en el Tratado de Aretia.

—Anuncio público 628.86, transcrito por Cerella Nielwart

—Lo que me ha dicho… —Aprieto los puños doloridos y me doy cuenta de que me he desgarrado la piel de los nudillos.

—Ya lo sé. —Me repasa de arriba abajo con una mirada que conozco más que de sobra: está buscando lesiones.

—Me ha dicho que solo era un agujero provisional para que te lo follaras.

—Lo he oído. ¿Estás muy herida?

—Estoy bien. —A menos que me pregunte por el orgullo—. No tengo el hombro muy allá, pero creo que la peor parte se la ha llevado la cara.

—Entendido. —Me rodea la cintura con el brazo, tira de mí hasta que nuestros cuerpos se funden y se mueve hacia delante, obligándome a retroceder hasta que la parte inferior de mis muslos toca la silla que tengo detrás—. Siéntate.

—¿Que me siente? Se me acaba de ir la olla y he perdido el control delante del cuadrante entero por el veneno que le ha salido por la boca, por las emociones que me ha metido a la fuerza por la garganta, ¿y lo único que tienes que decirme es que me siente?

Él agacha la cabeza, invadiendo mi espacio.

—Ahora mismo, Violencia, no hay palabras en el mundo que puedan borrarte de la cabeza lo que te ha dicho. Ya hablaremos más tarde.

—Vale. —Me hundo en el almohadón mullido de la butaca y los pies se me levantan del suelo. Salta a la vista que este mueble en concreto lo construyeron para alguien de la altura de Xaden. Aquí podrían sentarse dos personas como yo—. Te quiere por tu apellido.

—Ya lo sé. —Apoya las manos en los reposabrazos de la butaca y se inclina sobre mí, rozándome los labios con los suyos—. Y tú me quieres a pesar de eso. Esa es una de las muchas razones por las que siempre te elegiría a ti antes que a nadie más.

Se arrodilla frente a mí y me deshace los cordones de las botas con movimientos ágiles y eficientes.

—¿Qué haces?

La boca se le arquea en una sonrisa pícara que me acelera el pulso al instante y convierte la ira que me bulle en la sangre en un fuego aún más ardiente.

Separo los labios cuando una de las botas golpea la tribuna, y la otra la sigue poco después.

—¿Aquí? —Miro por encima de su cabeza a la sala vacía—. No podemos…

Adiós a los calcetines.

—Claro que podemos. —Hace un gesto de muñeca y el clic de un cerrojo resuena por la piedra—. Es mi casa, ¿recuerdas? Todas las habitaciones son mías.

Su mirada se clava en la mía, reteniéndome cautiva mientras desliza las manos por mis piernas y me acaricia la parte interior de los muslos, despertando todos los nervios por el camino antes de llegar a los botones de mis pantalones de entrenamiento.

Contengo el aliento.

—Mi casa. Mi butaca. Mi mujer.

Acentúa cada afirmación con un movimiento del pulgar, desabrochando botón tras botón. Una urgencia me invade el cuerpo y me enciende la piel con una descarga embriagadora y adictiva.

Xaden me agarra de las caderas con ambas manos y me arrastra hasta el borde de la silla, y entonces me posa una mano en la nuca y nos fundimos en un beso devastador. Separo los labios, y en cuanto me introduce la lengua en la boca y entrelaza la mía con ella, me derrito por dentro.

Es un beso parsimonioso y sensual en el que nuestras bocas se encuentran una y otra vez mientras yo hundo los dedos en su pelo y me entrego a él sin condiciones. Él percibe ese cambio, y después de que un gruñido bronco le suba por la garganta, el beso se descontrola en menos de un suspiro hasta convertirse en algo frenético y urgente, con esa dulce locura que solo existe entre nosotros.

Él es la única persona del mundo que siempre me sabe a poco. La única que ansío constantemente. Amor, química, atracción, deseo. Todo lo que existe entre nosotros me mantiene encendida como un ascua; basta con que me toque para que vuelva a arder en llamas. Le cuesta respirar cuando pone fin al beso y me ordena que levante las caderas, y me da igual donde estemos mientras me toque. Xaden me mira de una forma que ahora mismo la Asamblea al completo podría cruzar esas puertas y no me daría cuenta. El fuego de sus ojos podría fundir el hierro.

Engancha con los dedos la cintura de mis pantalones y mi ropa interior y me los baja por las piernas sin dejar de darme besos en los muslos, en las curvas de las rodillas, en cada centímetro de piel que descubre, arrancándome leves suspiros y quejidos impacientes de mis labios.

La ropa cae sobre la tribuna y me quedo desnuda de cintura para abajo.

—Xaden.

Le tiro del pelo con los dedos y el corazón me palpita con tanta violencia que no puedo evitar preguntarme si él también lo oye, si el mundo entero lo oye.

En lugar de levantarse para que pueda tocarlo, me abre las piernas por completo. Dejo escapar un grito ahogado ante la primera ráfaga de aire que siento entre los muslos, pero un instante más tarde me prende fuego con la boca al arrastrar la lengua desde mi entrada húmeda hasta el clítoris. Un placer ardiente me recorre el cuerpo como un rayo y profiero un grito que llena la sala.

—Con esto es con lo que fantaseo cuando te tengo lejos —me dice contra la piel caliente—. Tu sabor. Tu olor. Los quejidos que se te escapan justo antes de correrte. —Se acomoda, plantando las manos sobre la parte interior de mis muslos e inmovilizándome mientras con la lengua me roba todo pensamiento. Me recorre ese punto sensible una y otra vez, jugando con él, excitándome, llevándome cada vez más y más al límite, pero me niega el contacto que necesito—. *¿Piensas mucho en esto? ¿En mi lengua entre tus delicados muslos?*

Dioses, ¿cómo es capaz de pensar, y mucho menos de formar frases coherentes?

Me lo roza delicadamente con los dientes, y yo suelto un gemido ante esa sensación, y luego gimoteo cuando saca la lengua. No puedo más que gemir cuando me introduce un dedo largo y responde con un gruñido que me resuena por todos los nervios del cuerpo.

—*Sí*. —Me resulta tan exquisito que ahogo el grito siguiente con el puño —. *Más*.

Cuando estoy con él, *más* es la única palabra que tiene sentido.

Xaden alterna entre movimientos rápidos y juguetones y lametones largos y perezosos, abocándome poco a poco a una espiral de placer que crece dentro de mí. Otro dedo se une al primero, estirándome con una quemazón deliciosa, y mezo las caderas cuando él empieza a moverlos a un ritmo lento pero firme que me hace anhelar cada centímetro de su cuerpo.

El poder aumenta y me chamusca la piel ya encendida, restallando en el mismo aire que nos rodea.

Sin detenerse, me suelta el muslo, me rodea la cadera con el brazo y recupera el conducto.

—Cógelo.

—*Te quiero*. —Aparto la mano de su pelo para recoger el orbe, sincronizando el movimiento de las caderas con cada una de sus caricias y la respiración entrecortada.

—*Ya me tienes*. —Gimoteo ante el placer absurdo que me recorre la columna—. *Y yo a ti te tengo justo donde te necesito*.

Ni siquiera consigo amortiguar con la mano los sonidos primarios que me arranca cuando su lengua les sigue el ritmo a sus dedos, del placer que me produce con cada movimiento, y que se acumula y rebosa mientras me tensa el cuerpo como la cuerda de un arco.

Dioses, solo verlo arrodillado, totalmente vestido, con el cuero de su chaqueta de vuelo sobre mis muslos desnudos, me lleva al límite y se me graba a fuego en la memoria.

Los muslos me tiemblan cuando retuerce los dedos en mi interior, acariciando esa pared sensible que me hace ver chiribitas.

—Xaden… —La respiración se me corta.

—Justo ahí. Esos gimoteos. Eso es lo que oigo cuando me despierto, empalmado ya para ti.

Con la caricia siguiente el placer y el poder me arrollan en oleadas simultáneas que rompen contra mí sin cesar. No hay trueno ni relámpago, tan

solo el zumbido de la energía en mi mano, que se enciende con las caricias de la boca y los dedos de Xaden.

Pero tampoco me libera. No hay ningún momento de respiro. Solo oleadas de un éxtasis infinito que llegan sin desbordarme.

Él levanta la cabeza, manteniéndome en un estado suspendido de un gozo indescriptible mientras clava su mirada en la mía.

—No puedo soportarlo —consigo decir, mientras las olas rompen contra mí sin fin a la vista.

—Claro que puedes. Mira dónde estás. —Me agarra de la cadera y tira de mí hacia arriba, empujándome hasta el respaldo de la silla hasta que mi espalda choca contra la madera ennegrecida, y aun así sigue acariciándome, reteniéndome dentro de la celda de mi propio placer. Tras rozarme los labios con los suyos, sonríe—. Mira lo hermosa que eres, Violet, corriéndote para mí sobre el trono de Tyrrendor.

Hostia puta. Sabía dónde estábamos, pero no lo había procesado.

Me agarra uno de los muslos y me lo pasa por encima del reposabrazos del trono, y entonces apoyo la rodilla en el borde del almohadón y me levanta la otra pierna por encima de su hombro antes de deslizarse por mi cuerpo y bajar la cabeza mientras sus dedos siguen moviéndose sin descansar, provocando una marea interminable de placer.

Ay, dioses. Voy a morirme. Aquí y ahora.

—Todas las veces que tenga que sentarme con la Asamblea, pensaré en este momento, en ti.

Desliza una mano por debajo de mi culo y me levanta hasta su boca, y entonces sustituye los dedos por su gruesa lengua. Un placer ardiente me desgarra por dentro, me hace arquear la espalda, y no tengo tiempo de disimular el grito que me arranca, pero él tampoco hace nada por amortiguar su profundo gemido.

—*No puedo*. —Mi corazón tendrá que rendirse en algún momento.

—*Puedes y lo harás*. —Me presiona ligeramente el clítoris hinchado con los dedos, y yo levanto las caderas como por un resorte.

El placer corta más que un cuchillo.

Una reluciente sombra ónice me envuelve la mente y todo se intensifica. «Una necesidad cegadora, intensa e incontrolable me recorre el cuerpo con cada latido de mi corazón, exigiéndome una vía de escape, exigiéndome que atraviese los confines del cuero y cambie su dulce sabor por la perfección incomparable de hundirme en ella cuando se corra».

Xaden. Intento respirar, sosteniendo el conducto con tanta fuerza que espero oír cómo el cristal se quiebra de un momento a otro. Es su deseo inundando nuestro vínculo, mezclándose con el mío. Su desesperación. Su poder agolpándose contra el mío.

«Necesito follármela, colocarla sobre el reposabrazos de este trono y embestirla, pero no puedo. Necesito que marque la madera con las uñas, que sus gritos llenen por completo esta puta casa, que sepa que puedo ser para ella todo lo que necesite, todo y nada. Siento el cielo en su boca. Perfecta. Mía. Y está a punto de llegar. Joder, sí, le tiemblan las piernas, las paredes se le agitan alrededor de mi lengua. La quiero con todas mis fuerzas».

Me derrumbo, partiéndome en un millón de fragmentos brillantes de gozo mientras grito su nombre. El poder y la luz me recorren sin quemarme, y vuelvo a arquearme una y otra vez, desbordándome por unos límites que creo que son míos pero que también podrían ser suyos.

Él se desprende de mi mente y yo lloro la pérdida en el mismo momento en que me desmadejo. Son míos los pulmones que se llenan de aire, mío el poder que restalla dentro del orbe que sostengo en la mano antes de relajarme, míos los latidos que al fin se acompasan cuando el último orgasmo se disipa.

—¿Qué coño has hecho? —Levanto la cabeza y los ojos se me encienden cuando me doy cuenta de que Xaden no está abrazado a mí.

Nos separa un metro y millones de kilómetros de distancia. Tiene la espalda apoyada en la mesa de la Asamblea, y se agarra al borde cubierto de sombras con tanta fuerza que los nudillos han perdido el color, y los ojos tan apretados que tuerzo el gesto.

—¿Xaden?

—Dame un segundo.

Consigo incorporarme con torpeza y hago ademán de ponerme en pie.

—No te muevas de ahí —me dice extendiendo una mano.

Tiene todos los músculos de su precioso cuerpo tensos, y el uniforme… Dioses, eso tiene que doler.

—Ven aquí —susurro.

—No.

Echo atrás la cabeza.

—No pensarás que voy a permitir que me hayas hecho correrme dos veces, sin contar lo que coño haya sido eso último, y no…

—Eso es justamente lo que va a pasar. —Abre los ojos y la excitación, el anhelo y la desesperación que veo en ellos podrían ser los míos, porque hasta hace unos segundos así era.

—He sentido lo mucho que me necesitas. —Me muevo hasta el borde de la butaca, o del trono, o lo que sea—. Quieres que me ponga encima del reposabrazos, ¿verdad? Que me agarre con tanta fuerza que acabe marcando la madera con las uñas.

—Joder. —La mesa cruje bajo sus manos—. No debería haber hecho eso.

—Ay, no sabes lo que dices. Este ha sido probablemente el momento más excitante de toda mi vida. Si algún día quieres vencerme o ganar cualquier discusión, esto es una apuesta segura.

La boca se le curva en una sonrisa al reconocer las palabras que me dirigió el año pasado.

Toco la tribuna con las puntas de los pies.

—Me has dado todo con lo que fantaseo…

—Para, por favor —dice entre dientes empujando las palabras. Ese «por favor» es lo que me hace frenar en seco—. Ahora mismo pendo de un hilo, así que te suplico que pares, por favor.

Deja caer la cabeza y las sombras arrastran mi ropa hacia mí a lo largo de la tribuna.

Si dijera que ahora mismo estoy confundida me quedaría muy corta, pero me pongo de pie y vuelvo a ponerme deprisa toda la ropa, hasta los calcetines, y entonces recojo las botas.

—¿Piensas decirme por qué te empeñas tanto en torturarte?

Él exhala un sutilísimo suspiro.

—Porque necesito que veas que soy más que capaz de postrarme ante tu cuerpo sin que haya reciprocidad. No eres un agujero provisional al que solo recurra para follármelo.

¿Todo esto es por Cat?

—Ya lo sé. —Adiós a la sensación posterior del orgasmo más largo del mundo. Ya vuelvo a estar enfadada.

—No, no lo sabes. —Se suelta de la mesa y señala el trono—. Siéntate.

—¿Quieres repetir?

Una comisura de la boca se le arquea hacia arriba.

—Para ayudarte con las botas. Te falta altura para ese trono.

—No hace falta que me lo recuerdes —mascullo recostándome en el trono y dejando que los pies me cuelguen—. No me gusta… que no sea recíproco.

Él me levanta el pie izquierdo y me pone una bota.

—Y a mí no me gusta que pienses que no eres el centro de mi mundo, y aquí estamos. Y antes de que me lo discutas, esta noche te follaré. Y no es un farol. Esto no es más que una táctica temporal para que entiendas lo que

quiero decir, no un voto permanente de masoquismo. —Me coloca el pie sobre su muslo y me ata los cordones.

Esa escena alivia parte del peso que siento en el pecho. Nadie llegaría a creerse que el terrorífico Xaden Riorson, con sus pintas de chico malo, fuera capaz de atarle los cordones a nadie.

—Pensaba que la acabarías matando —me dice con voz calmada.

Y dale con Cat.

—He estado a punto. —Bajo el pie y levanto el otro cuando él me lo pide —. ¿Habría sido algo imperdonable para ti?

Termina de atarme la bota y entonces me suelta el pie.

—Nada de lo que pudieras llegar a hacer me parecería imperdonable. —Da un paso atrás y vuelve a apoyarse en el canto de la mesa—. Y no me importa especialmente si Cat vive o muere, pero tampoco lo celebraría. Es una aliada volátil pero necesaria, y Syrena sería una enemiga terrible. Pero lo que sí me importa es que te habrías arrepentido de matarla.

Y, presa de esa furia, habría acabado con su vida si Xaden no hubiera aparecido.

—¿Cómo pudiste llegar a querer a alguien así?

—No la quise. —Se encoge de hombros—. Tú eres la primera mujer a la que he querido.

—Estuvisteis prometidos durante… —Hago una pausa—. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuvisteis prometidos. —Me siento una idiota.

—Te lo habría dicho si me lo hubieras preguntado. Ese es el problema, Violet: que no me preguntas las cosas.

—Tú tampoco me has preguntado por mis ex —respondo cruzando las piernas.

—Porque no quiero saberlo, y sospecho que esa es la misma razón por la que tú tampoco me preguntas por las cosas que en el fondo te incomodan, pero vamos a seguir ignorándolo, como siempre. De momento parece que nos funciona —dice con un sarcasmo exagerado.

Aparto la mirada porque tiene razón, el muy imbécil. Me parece prudente evitar las preguntas que pudieran ser desastrosas, como por qué nunca me ha hablado del pacto que hizo con mi madre, si existe la posibilidad de perderlo por una respuesta incorrecta.

Continúa hablando al ver que guardo silencio.

—Cat y yo no estábamos prometidos, sino comprometidos. Y sí, para mí no es lo mismo.

—¿Ahora eres tú el que cuestiona la semántica? Y en nombre de la mujer que acaba de retorcerme todas las emociones y de convertirme en un abismo de rabia. —Empiezo a notar cómo me está volviendo.

—Ahora llegaremos a eso, un segundo. La cláusula del compromiso que se pactó con la alianza entró en vigor cuando ella cumplió los veinte años. —La mesa cruje cuando se recuesta por completo sobre ella—. Lo intentamos durante casi un año, pero no éramos compatibles, y entonces nos enteramos de que Tecarus tampoco estaba dispuesto a entregarnos la luminaria. Su intención era que la utilizásemos allí. Puse fin al compromiso, y eso, como sabes, provocó algunos problemas.

—¿Que no erais compatibles? —Ahora mismo no puedo culpar a Cat del insidioso acceso de celos que me arde en el estómago. Esto es todo mío—. No me acaba de cuadrar con lo que me ha insinuado sobre vuestra vida sexual.

—No hace falta que te guste una persona para follártela. —Se encoge de hombros.

Me quedo boquiabierta, pensando en lo que acabamos de hacer. Él ladea la cabeza mientras me mira fijamente.

—Si no recuerdo mal, yo no te caía muy bien que digamos la primera vez que…

—No termines esa frase. —Apunto un dedo en su dirección.

—Además, yo ya estaba enamorado de ti.

Relajo el cuerpo. Por eso estoy perdidamente enamorada de él; porque nadie más lo ve en estas condiciones. Solo yo.

—Que, ahora que lo pienso, tampoco me parece justo. —Tamborilea con los dedos sobre la mesa—. Y me importabas demasiado como para que no me afectara que tú no sintieras lo mismo por mí, aunque tampoco te hubiera dado motivos. Coño, lo que quería era que echaras a correr en la dirección opuesta.

—Me acuerdo. —Nuestras miradas se encuentran, y yo flexiono los dedos por la necesidad de tocarlo. En vez de eso, cojo el conducto.

—Me alegro. A ver si te acuerdas también la próxima vez que Cat te hurgue la cabeza.

—¿Hurgar? ¡Me ha provocado celos! —Noto un regusto amargo en la boca.

—No te ha provocado nada.

Felix no echará de menos el conducto si se lo tiro a Xaden a la cabeza, ¿verdad?

—¿En serio? Tú también has oído lo que me ha dicho. ¿Cómo te sentirías si uno de mis amantes anteriores te retara a un combate en la estera y te dijera

que sabe qué gusto tengo?

Él se tensa.

—¿O cómo se siente cuando me tiene debajo? —Bajo el tono, dejando que todas las palabras se impregnen de un subtexto sexual—. ¿O que fue el primero que se acostó conmigo e insinuara que su intención es ser también el último?

Xaden tensa la mandíbula y las patas de la mesa se envuelven de sombras.

—Ella no fue la primera persona con la que me acosté, ni mucho menos.

—Esa no es la cuestión. ¿Quieres que te haga más preguntas? Pues no las evites.

—Vale. Ninguno de tus ex han sido jinetes, a menos que tú y Aetos tengáis una historia de la que no estoy al tanto, así que tampoco me enfrentaría nunca a ellos en la estera. Deduzco que hubo alguien de la infantería, pero, insisto, no te lo pregunto porque no quiero saberlo.

—No me acosté con Dain. —Aunque no va nada desencaminado con lo de la infantería.

—Lo supe en cuanto te besó después de la Trilla. La situación era incómoda de cojones. —Se pasa la mano por el pelo, aún revuelto—. Y respondiendo a tu pregunta, claro que me pondría celoso, porque tienes una capacidad única de que me sienta así. Y después le partiría la cara, en parte porque eso es lo que hago cuando alguien me reta, pero sobre todo por insinuar que existe un futuro en el que tú y yo no estemos juntos.

Me quedo sin aliento en una exhalación que me niego a describir como un suspiro. Joder, me destroza por completo cuando me dice cosas así.

—¿Qué más has sentido en la estera? —me pregunta.

—Ira. —Levanto la cabeza hacia las altas vigas del techo, en actitud de derrota—. Inferioridad. Inseguridad. Me ha echado encima todo lo que tenía y ha funcionado.

—Lo de la ira lo entiendo. Ha dicho muchas cosas que a mí también me han cabreado. —Niega con la cabeza—. Pero lo de la inferioridad vas a tener que explicármelo, teniendo en cuenta que eres mucho más poderosa que cualquier otro cadete.

—No tiene nada que ver con los sellos. —Señalo el trono en el que estoy sentada—. Me recordó que eras un Riorson.

—Eso lo sabes desde el parapeto —dice tocándose la reliquia de la Rebelión que le ocupa el cuello.

—No me refiero a eso. Acabas de referirte a esta silla como trono.

—Porque es lo que es. O al menos lo era antes de la Unificación.

Vuelve a encogerse de hombros con una indiferencia que me irrita.

En ese momento parpadeo desconcertada mientras la realidad me arrolla como una ola.

—Un momento. Eres… ¿Eres el rey de Tyrrendor?

—Qué va. —Niega con la cabeza, antes de hacer una pausa—. A ver, técnicamente sí; soy duque de Aretia de nacimiento, pero Lewellen está de nuestro lado y no se le da tan mal gobernar la provincia. Incluso aunque Tyrrendor se independizara, soy mucho más útil en el campo de batalla que en un trono. Pero nos estamos desviando del tema. Me consta que no te sientes inferior a mí, pero ¿a Cat sí?

Me muerdo los labios.

—Creo que me caías mejor cuando no te empeñabas en que habláramos de nuestros sentimientos.

—Siento importunarte, pero este año la función de Violet Sorrengail —me señala— la ejercerá Xaden Riorson —se da un golpecito en el pecho—, que la arrastrará aunque sea entre forcejeos y gritos hacia una relación real, con sus discusiones y todo, porque se niega a perderla de nuevo. Y si yo tengo que madurar, tú también. —Se cruza de brazos.

—¿Ha acabado el señor de hablar en tercera persona? —Toqueteo la franja metálica que rodea el orbe—. Cat tenía razón en una cosa: es mejor partido que yo. Es de cuna noble, valiente por haberse atrevido a ser piloto, decidida, despiadada y cruel como ella sola, igual que tú. —Joder, son casi la misma persona.

A Xaden se le encienden los ojos y luego los entorna.

—Un momento. ¿Es posible que creas que te considero inferior a ella?

Me encojo de hombros de una forma que no es exactamente despreocupada.

Él se mueve como si estuviera a punto de echarse sobre mí, pero entonces se detiene y vuelve a clavar las manos sobre la mesa.

—Violet, acabas de meterte en mis pensamientos. Sabes que me pareces perfecta, incluso cuando me pones de los putos nervios. Hablemos ahora de inseguridades. Creía que las habíamos superado el año pasado.

—Sí, antes de que supiera que liderabas una revolución, y antes de que me dijeras que siempre guardarías secretos, y mucho antes de que una hermosa aristócrata con la que estabas comprometido y que convenientemente nunca habías mencionado se presentara medio desnuda con sus ojazos de cordero degollado marrones y sus afiladas garras en la puerta de nuestra habitación…

—¿Que qué? —Enarca las cejas.

—… y encima tiene el valor de decirme que no soy especial solo porque te guste follar conmigo.

—Es que me gusta follar contigo. —Una sonrisa lenta le cruza los labios —. Me encanta, de hecho.

—¡Que no te pongas de su parte! —Hundo las uñas en el almohadón que tengo debajo—. ¡Aj! —El grito resuena por las vigas, y me cubro la cara con las manos—. ¿Por qué me deja siempre hecha una mierda? ¿Y cómo puedo evitarlo? —Acabaré matándola antes del solsticio.

Oigo los pasos de Xaden, y entonces siento sus cálidas manos agarrándome con delicadeza de las muñecas.

—Mírame.

Poco a poco bajo las manos y él me las sostiene mientras abro los ojos. Está igual que cuando hemos empezado a charlar: de rodillas frente a mí.

—No quiero volver a discutir sobre esto —me dice con su voz de líder de ala, y luego la suaviza—. Pero no hay más remedio. Estás a punto de oír algunas verdades duras, porque no fui lo bastante transparente en Cordyn.

Tenso los hombros.

—Hoy has perdido los estribos porque estabas enfadada. —Me pasa los pulgares por encima de la muñeca, para sentir mi pulso—. Te has puesto celosa porque estabas celosa. Te has enfrentado a ese sentimiento de inferioridad porque, por alguna razón que no consigo comprender, te sientes inferior. Y te ha comido la inseguridad porque creo que ambos estamos todavía intentando averiguar cómo funciona esto sobre la marcha. Sé dueña de tus sentimientos, igual que el año pasado, y sé honesta conmigo. Cat no tiene la capacidad de plantar emociones, retorcerlas ni estimularlas a menos que ya existan previamente. Cat solo puede amplificar lo que ya estás sintiendo.

Trago saliva, pero se me forma un nudo en la garganta de todos modos. Todo lo que siento… es mío.

—Ya sé que es una mierda cuando te das cuenta. Te lo digo por experiencia. —Entrelaza mis dedos con los suyos—. Cat puede aprovechar que estés algo mosqueada para hacerte perder por completo el control en uno o dos minutos. Y sí, es poderosa que te cagas, pero tú también. Sin embargo, solo puede empuñar las armas que tú le ofrezcas. Si quieres controlar tus emociones, primero debes asegurarte de que existe ese control.

—No puedo… —Noto un vacío en el estómago—. No sé lo que es el control desde lo de Resson —admito en un susurro—. Dejo que las emociones de Tairn me dominen. Voy por la vida con un conducto para no

prenderle fuego a tu casa con mis propios poderes. Fracasé con lo de las protecciones y ahora casi suspendo las pruebas por tomar malas decisiones, por pasarme el día metiendo la pata, y hay vidas en juego. Tengo la esperanza de recuperar la confianza, pero… —Niego con la cabeza.

Él me acerca una mano a la mejilla, evitando el moratón que me ha salido donde Cat me ha dado el puñetazo.

—Tienes que volver a conectar contigo misma, Violet. Es algo que yo no puedo hacer por ti. —Me sostiene la mirada, dejando que las palabras me calen, antes de añadir—: Eres una persona que se aferra a la lógica y los hechos, y todo lo que conocías se ha puesto patas arriba y se ha venido abajo. Y nunca llegarás a hacerte una idea de lo mucho que lo siento. Pero no puedes sentarte a esperar. Si quieres que algo cambie, vas a tener que afrontarlo, igual que en el Guantelete. Tú eres la única que puede conseguirlo.

El año pasado no me lo dijo con tanta delicadeza.

—Pero ¿cómo reconecto conmigo misma si estoy en el ojo del huracán que es Cat? —lloriqueo.

Él aparta la mirada.

—Mira, Cat ha podido contigo porque no llevabas las dagas encima. ¿Sabes la que tiene las uves entrelazadas? Son runas que te protegen de su don. Llévalas siempre encima hasta que recuperes el control y no tendrá nada que hacer contra ti. Y lo mismo ocurrió en Cordyn. Te las quitaste para ponerte esa cosa transparente que llamabas vestido. Joder, cómo me habría gustado arrancártelo con los dientes. —Contrae la mandíbula.

—Las dagas me las diste el año pasado. —Deslizo una mano hasta su muñeca.

—Preví que Cat encontraría la manera de joderme la vida por haber roto el acuerdo, y que eso inevitablemente te afectaría a ti. —Se acerca a mí—. Te quiero. Ella jamás se sentará en este trono. Nadie le colocará la corona tyrrish. Nunca me tendrá de rodillas frente a ella. —Se le dibuja una sonrisa pícara que me hace anticiparme sin remedio para lo de esta noche—. Y a ella tampoco me la he follado nunca con la lengua.

Separo los labios y noto como se me calientan las mejillas.

—Total, ¿podemos dar este tema por hablado? Tengo que irme a una sesión informativa, por desgracia.

Asiento.

—Y yo tengo clase.

—Ya. Física, ¿no? —deduce mientras los dos nos ponemos de pie.

—Historia. —Acepto la mano que me ofrece y bajamos de la tribuna—. Que, por cierto, he visto que se me da de puta pena. Creo que tiene algo que ver con que todos los libros que me he leído hasta ahora estén mal.

—Tal vez deberías leer entonces los que están bien. —Su sonrisa refleja la mía, y por un brevísimo instante todo parece… normal, si es que esa palabra puede aplicarse a nosotros.

—Tal vez.

Cuando llegamos al ajetreado pasillo, me posa una mano en la nuca y me atrae hacia sí para darme un beso rápido e intenso.

—¿Me haces un favor? —me dice sobre la boca.

—Lo que sea.

—Ven pronto a la cama esta noche.

49



> Jinetes y pilotos se regirán por las mismas reglas en todos los sentidos, a excepción de la estructura de las alas.
> Los jinetes mantendrán sus alas, secciones y pelotones, así como sus mandos.
> Todo pelotón absorberá a una bandada, y su líder sustituirá al oficial ejecutivo actual del pelotón para mejorar la cohesión y la eficiencia de la unidad.
>
> —Artículo dos, sección uno del Acuerdo de Aretia

—Parece que eres la única que no está sorprendida —me dice Imogen a la mañana siguiente en el patio, después de la formación.

—Somos el pelotón más fuerte y ellos son la bandada más fuerte. Lo que me extraña es que a vosotros sí os sorprenda. —Me encojo de hombros y desvío la mirada hacia la bandada de Cat, cuyos miembros parecen estar adquiriendo varios tonos de lila y verde después de los retos de ayer.

Y nuestro pelotón no es la excepción.

—Vamos allá. —Rhiannon nos entrega seis parches verdes que nos resultan muy familiares.

—¿De verdad tenemos que dárselos? —Ridoc frunce los labios al observar el parche que tanto sudor y lágrimas nos costó conseguir, el parche que tanto luchan por conservar los de primero.

—Sí —responde Rhiannon—. Es lo correcto. A partir de este momento forman parte de nuestro pelotón, nos guste o no.

—Más bien no —apunta Sloane.

Dejo escapar una risita, pasando el pulgar por encima del parche.

—Ya se lo llevo yo a Cat —dice Rhiannon con voz queda—. No tienes por qué…

—No te preocupes. —Le ofrezco lo que espero que reciba como una sonrisa reconfortante—. En marcha.

—En marcha —repite ella—. Segundo pelotón, toca moverse.

Cruzamos el patio cubierto de escarcha juntos y me palpo la daga que llevo sujeta a la cadera izquierda para asegurarme de que sigue donde la he dejado.

Xaden me quiere. Me ha elegido a mí. Seré la jinete más poderosa de mi generación. Cat solo tiene el poder que yo decida darle, con o sin la daga.

Los seis pilotos se tensan a medida que nos acercamos.

—Me da que a ellos tampoco les gusta —le susurra Sloane a Aaric.

Cat mira a Sloane con los ojos entrecerrados, y yo me interpongo entre ellas y le ofrezco el parche a Cat.

—Bienvenida al Segundo Pelotón, Sección Llama, Ala Cuatro, también conocido como el Pelotón de Hierro.

Se repiten unos saludos similares a mi alrededor, pero yo mantengo la vista fija en Cat mientras ella contempla el parche como si pudiera morderla.

—Coge el parche.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Cosértelo al uniforme —responde Ridoc a mi lado, haciendo un gesto repetitivo con la mano que simula el movimiento de una aguja a través del uniforme, como si le estuviera explicando a un crío cómo se cose un parche.

—¿Por qué…?

Arrastra la mirada entre nosotros, fijándose en los distintos parches como si no los hubiera visto hasta ahora.

Me señalo el cuello.

—Rango.

Luego el hombro.

—Ala. Pelotón de Hierro. Sello. Los parches se ganan, no se otorgan. Los jinetes, y ahora los pilotos, eligen el lugar que prefieran para cada parche, excepto los del ala y el rango, que no pueden llevarse en el uniforme de vuelo. Por eso es posible que nunca se los hayas visto a Xaden. No puede con los

parches. —Ya está. No ha sido para tanto. Yo también puedo comportarme como una persona civilizada.

—Eso ya lo sabía. —Me quita el parche de la mano—. Lo conozco desde hace años.

Rhiannon arquea una ceja a mi otro lado.

Percibo una punzada de celos al pensar que ella ha tenido acceso a partes de la vida de Xaden que desconozco, pero no hay rabia, ni tampoco una sensación amarga de inseguridad ni inferioridad. No necesitaba más razones para adorar mis dagas, pero ahora tengo otra.

Abre ligeramente los ojos, como si presintiera que no puede tocarme, y entonces los entrecierra en dos ranuras maliciosas. No parece que lo de tratarnos con educación vaya con ella.

—Como decía —le ofrezco una sonrisa radiante—, bienvenida al único Pelotón de Hierro del Cuadrante.

Giro sobre mí misma, cojo a Rhiannon del brazo y comenzamos a alejarnos con el resto de los jinetes de nuestro recién ampliado pelotón.

—Por mucho que estemos en el mismo pelotón, la corona sigue siendo mía —escupe.

—Vamos a llevársela a Sgaeyl como aperitivo —me susurra Rhiannon cuando nos detenemos.

Miro a Cat por encima del hombro.

—¿Sabías que hace más de seiscientos años que en Tyrrendor no hay corona? Se ve que las fundieron todas para forjar la corona de la Unificación, pero, oye, buena suerte.

—Me lo voy a pasar en grande jodiéndote la vida tanto como tú me la has jodido a mí.

A la mierda la educación.

—Joder, es que no puede evitarlo, ¿eh? —masculla Rhiannon.

—Cat, para ya —la reprende Maren—. Te estás pasando. Te he repetido hasta la saciedad que ella no tiró a Luella. Se cayó. No hay más.

—Te animo a que intentes joderme la vida —le digo a Cat soltando a Rhiannon para desandar mis pasos hacia la piloto—. ¡Ah! Y una cosita más.

Bajo ligeramente la voz, consciente de que se han girado hacia nosotras todas las cabezas de nuestro pelotón.

—¿Qué? —me espeta.

—¿Sabes lo del truquito aquel que me comentaste? Que sí, el de los dedos. —Esbozo una sonrisa lenta—. Gracias.

Los ojos se le salen de las órbitas. Imogen se ríe tan fuerte que acaba roncando mientras yo regreso con Rhiannon.

—Hostia. Qué… Hostia. —Rhi aplaude varias veces.

—Joder, cómo te quiero. —Ridoc me rodea los hombros con el brazo—. ¿No tenéis hambre? Me he despertado en un sitio inesperado y se me ha pasado el desayuno.

—Yo sí —le digo—, pero tengo planes en la biblioteca.

—¿En la biblioteca? Pues yo también —dice Sawyer siguiéndonos a toda prisa.

—Os acompaño —añade Rhiannon con un gesto de cabeza.

—Pues si vais todos, voy con vosotros —asegura Ridoc.

—No hace falta que me acompañéis —digo cuando vamos por la mitad del vestíbulo.

—Ah, es que necesitábamos alejarnos de Cat. —Ridoc hace un gesto de desdén con la mano—. Tú eras la excusa.

—Sus habilidades son… terroríficas —concluye Sawyer—. ¿Y si decide manipularme para que te odie?

—¿O para que te odie Xaden? —Rhiannon arquea las cejas.

—No puede. —Niego con la cabeza.

—O ponerte cachondísima con un piloto cualquiera y que Xaden no te encuentre sola en la cama cuando vuelva —musita Ridoc—. Su sello, o como sea que lo llamen, da un miedo que te cagas.

—Solo puede amplificar las emociones que ya tienes —les explico.

—Podríamos matarla. —Sawyer extiende la mano hacia la manija—. Los pilotos todavía están acostumbrándose a la altura y los grifos siguen pasándose la mayor parte del día durmiendo, según Sliseag, así que es probable que sea el momento idóneo.

Todos guardamos silencio, y no porque nos sorprenda, sino porque valoramos la posibilidad durante unos instantes. O al menos yo.

—No podemos matarla. Es miembro de nuestro pelotón.

Un momento, ¿es ese el único límite ético de la cuestión?

—¿Segura? —Sawyer ladea la cabeza—. Tú dínoslo y enterraremos el cuerpo. Aún nos quedan un par de horas antes de Informe de Batalla.

—*Buena idea. No me vendría mal un aperitivo*. —El tono de Andarna es de un entusiasmo indecente.

—*No nos comemos a nuestros aliados* —la riñe Tairn.

—*Siempre me cortas las alas.*

Esbozo una sonrisa genuina.

—Agradezco el ofrecimiento.

Entramos en la biblioteca e inhalo a fondo. El aroma de esta sala de dos plantas es distinto al de los Archivos. El pergamino y la tinta huelen igual, pero no hay ninguna nota terrosa, porque estamos a ras de suelo y la luz que entra por las ventanas baña el espacio. Solo las estanterías de la primera planta están llenas de libros, pero he asumido la misión personal de conseguir que las de la segunda estén iguales de aquí a una década.

Puede que la piedra no arda, pero los libros sí.

—Y a todo esto, ¿qué hacemos aquí? —pregunta Ridoc mientras me quito la mochila, y elijo la primera mesa vacía para ponerla encima. Le hace un gesto a Sawyer, que vigila el fondo de la biblioteca—. Porque lo que hace él aquí ya lo sabemos.

—Reconectar conmigo misma. —Mi respuesta me granjea dos miradas de un profundo desconcierto—. Xaden me ha traído unos libros de Tecarus, después del envío de armas de ayer. Supongo que sigue empeñado en ganarse mi confianza. —Uno a uno, saco los seis libros que me ha regalado, amontonándolos sobre la mesa y colocando la bolsa protectora del diario de Warrick en la cima—. El krovliano no es mi punto fuerte.

—El krovliano no es el punto fuerte de…

Sonrío al ver a Sawyer cortarse a media frase cuando divisa a Jesinia.

—Buenos días —me signa él—. ¿Está bien?

—Ya lo tienes.

Echa a andar en dirección a ella.

—Habría sido mucho más divertido con lo que yo propuse. Jesinia tiene un gran sentido del humor —farfulla Ridoc.

—¡Está aprendiendo a signar! —Rhiannon sonríe y se sienta en el borde de la mesa. Los demás nos volvemos con indiscreción para ver como Sawyer saluda a Jesinia.

—¿Y ya lo tenemos de vuelta? —Ridoc frunce el ceño, y yo miro el reloj.

—Solo se sabe cuatro signos, pero progresa adecuadamente.

—Entonces ¿el krovliano es la especialidad de Jesinia? —me pregunta Rhi recogiendo el libro de la parte superior, que es una crónica de la primera emergencia de los venin tras la Gran Guerra. O eso creo.

—No. —Niego con la cabeza en el momento en que las puertas de la biblioteca se abren justo a las siete y media. Puntual como siempre—. El experto es él.

—¿En serio? —masculla Ridoc mientras yo me alejo de la mesa.

—¿Querías verme? —Dain se cruza de brazos—. ¿Por voluntad propia? ¿Sin órdenes de por medio ni nada?

Por un momento, vacilo. Luego recuerdo que apuñaló a Varrish, mandó formar a los cadetes para dividir el cuadrante y, cuando la verdad salió a la luz, decidió exiliarse con un grupo de personas que lo aborrecían solo porque era lo correcto.

—Necesito que me ayudes.

—Dime. —Asiente sin esperar a que se lo explique.

Y, así, recuerdo por qué hubo una época en que era mi persona favorita de todo el continente.

—Esa palabra no significa *lluvia* —me dice Dain al día siguiente, dándole golpecitos a uno de los símbolos del diario de Warrick con la punta de su pluma.

Estamos sentados en la sala de la piedra protectora, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas frente a nosotros. El sol de mediodía cae a plomo, pero el ambiente sigue siendo lo bastante frío para que el aliento se me condense.

—Estoy bastante segura de que sí. —Me acerco y estudio el diario, apoyado a partes iguales sobre su pierna y la mía.

—¿Le has preguntado a Jesinia? —me dice dejando atrás las páginas del diario centradas en las protecciones para volver al principio.

—Ella también creía que significaba *lluvia*.

—Pero ella está especializada en el morrainés, ¿no? —Inclina la cabeza a un lado y revisa la primera entrada.

Abro mucho los ojos, levantando la cabeza hacia su silueta.

—¿Qué? —Se vuelve hacia mí, antes de volver a centrar la atención bruscamente en el diario—. No sé por qué te sorprende tanto que me acuerde de la especialidad de Jesinia. Te escucho cuando hablas. —Se estremece—. O te escuchaba, vaya.

—¿Cuándo dejaste de escucharme? —La pregunta escapa de mi boca antes de que pueda retenerla.

Él suspira y se remueve ligeramente, lo justo para indicarme que está nervioso. Dos años en el cuadrante no le han bastado para quitarse de encima ese tic.

—No lo sé. Supongo que cuando me despedí de ti el Día del Reclutamiento. Del mío, claro, no del tuyo.

—Ya. En el mío me saludaste. —Una sonrisa me curva los labios—. De hecho, me suena que me preguntaste que qué coño hacía allí.

Él resopla, y apoya la cabeza en la pared antes de mirar hacia el cielo.

—Estaba tan cabreado… y asustado. Por fin había conseguido llegar a segundo y me había ganado el privilegio de visitar otros cuadrantes y así, quizá, poder ir a verte, y en lugar de encontrarte a salvo con los escribas, te presentaste vestida de negro en el Cuadrante de Jinetes siguiendo órdenes de tu madre, tan mareada que todavía no sé cómo te las apañaste para cruzar el parapeto. —Traga saliva sonoramente—. Y yo no me quitaba de la cabeza que había sobrevivido a todo un año oyendo los nombres de mis amigos en las listas de los muertos y que iba a asegurarme de que nunca llegaran a cantar el tuyo. Y entonces me aborreciste por intentar darte lo que siempre me habías dicho que querías.

—No fue por eso por lo que te… —Aprieto los labios hasta que forman una delgada línea—. No me dejabas crecer, y eras tan cabezón que creías saber lo que me convenía. De niño no eras así.

Dain se ríe con un sonido lastimero que resuena por la cámara.

—¿Tú eres la misma persona que antes de cruzar el parapeto?

—No. —Niego con la cabeza—. Claro que no. Primero me endureció en tantos sentidos que… —Me vuelvo hacia él y veo que me observa con las cejas levantadas—. Ah, ya. Supongo que a ti también te cambió.

—Sí. Es lo que tiene vivir siempre según lo que dicta el Código.

—Una parte de mí se pregunta si es precisamente por eso por lo que nos exigen tanto. Nos convierten en las armas perfectas, nos enseñan a pensar de forma crítica en todo salvo para cuestionar el Código y las órdenes que nos dan.

Se rasca la barba castaña de varios días y baja la vista hacia el diario.

—¿Dónde están las traducciones del principio? A lo mejor podemos comparar los símbolos.

—Me fui directa a las entradas sobre las protecciones, porque era lo que necesitábamos.

Dain pestañea perplejo.

—¿Te las… saltaste? ¿Tú, Violet Sorrengail, no te leíste un libro de principio a fin?

La sombra de la sonrisa que trata de ocultar me llega a lo más profundo de mi ser y me recuerda a los días en que era mi mejor amigo, y de repente el mundo se me viene encima.

Me pongo en pie como puedo, me quito el polvo del uniforme y me acerco a la piedra.

—Vi —dice él con voz queda, pero el espacio cavernoso la amplifica hasta tal punto que casi parece gritar—. ¿Vamos a hablar por fin de lo que pasó?

Noto la piedra igual de fría bajo la mano que la noche que no conseguí levantar las protecciones.

—¿Sabes imbuir? —le pido ignorando la pregunta.

—Sí. —Deja escapar un suspiro que parece tener la potencia suficiente para tumbar la piedra, y cuando echo un vistazo por encima del hombro, veo que deja el diario sobre mi mochila y se levanta. Segundos más tarde se coloca a mi lado—. Lo siento, Violet.

—Tengo la sensación de que deberíamos imbuirla, ¿no te parece? —Arrastra las puntas de los dedos por encima del círculo grabado más grande—. Me recuerda a la sensación de la aleación en bruto. Vacía.

—Siento mi parte de culpa en sus muertes. Joder, siento muchísimo…

—El año pasado, ¿me robabas recuerdos cada vez que me tocabas? —le espeto dejando que el frío se me transmita a la mano.

Un silencio largo ocupa la cámara, hasta que finalmente musita:

—No.

Asiento y me vuelvo para tenerlo de frente.

—O sea, solo cuando necesitabas una información que no te atrevías a pedirme.

Levanta las manos y las coloca sobre la piedra a apenas unos centímetros de la mía, extendiendo por completo los dedos.

—La primera vez fue un accidente. Estaba tan acostumbrado a tocarte… Y cada vez te llevabas mejor con Riorson, y mi padre prácticamente se jactaba de los cortes que le había hecho tu madre. Sabía que él buscaría venganza, pero tú no me hacías caso.

—Nunca ha buscado venganza. Y menos contra mí. —Niego con la cabeza.

—Ahora ya lo sé. —Cierra con fuerza los ojos—. La cagué. —Tras respirar hondo, vuelve a abrirlos—. La cagué y confié en mi padre cuando debería haber confiado en tu juicio. Y no hay nada que pueda decir y hacer para traerlos de vuelta, para traer a Liam de vuelta.

—No, efectivamente. —Se me saltan las lágrimas, y me obligo a esbozar un rictus que tarda poco en desaparecer.

—Lo siento en el alma, Violet.

—No puedo —susurro—. Ni siquiera sé por dónde empezar. Solo sé que no soy capaz de pensar en Liam y mirarte a ti al mismo tiempo sin… —Niego con la cabeza—. No quiero odiarte, Dain, pero tampoco tengo claro que pueda… —Desvío la mirada hacia mi mano en la piedra, demasiado cálida junto a la suya—. ¿Estás imbuyendo la piedra?

—Sí. ¿No era lo que querías?

—Sí, claro. —Hago un gesto afirmativo de cabeza—. ¿Cuánto tiempo crees que se tardaría en imbuir del todo algo así de grande?

—Semanas. Quizá un mes.

Aparto la mano, vuelvo a mi mochila y me pongo de cuclillas para guardarlo todo dentro.

—Necesito que me ayudes con el diario. Y no es justo, porque necesito saber que no volveremos a hablar de esto, de Liam y de Soleil. Al menos no hasta que haya pasado más tiempo. —Una vez que lo he guardado todo, me levanto y me vuelvo hacia Dain.

Él deja caer los hombros, pero sigue con la mano pegada a la piedra.

—Me parece bien.

—Gracias. —Levanto la vista hacia el cielo cubierto en la lejanía—. Suelo tener un ratito libre todos los días a esta hora.

—Yo también, y me dedicaré a imbuir la piedra.

—Le pediré a Xaden que te ayude también. —Deslizo los brazos por las correas y me coloco la mochila sobre los hombros.

Él baja la mano de la piedra.

—Hablando de Riorson…

Se me tensa todo el cuerpo.

—Cuidado con lo que dices.

—¿Estás enamorada de él? —me pregunta, y la voz se le rompe en esa última palabra antes de volverse hacia mí por completo—. Porque Garrick y yo oímos el final de lo que te dijo en la cámara de interrogatorios, y créeme: estoy casi seguro de que yo me habría enamorado de él después de aquella declaración, pero ¿y tú? ¿De verdad, de corazón?

—Sí. —Le sostengo la mirada el tiempo suficiente para que entienda que digo la verdad—. Y eso no va a cambiar.

Dain tensa la mandíbula y asiente una vez.

—Entonces me fiaré tanto de él como tú.

Asiento despacio.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

50



Nadie llega a dominar su sello en Basgiath, ni tampoco durante los años posteriores.

No hay un jinete vivo que crea haber alcanzado los límites de su poder.

Tal vez los muertos no opinen lo mismo.

—*Guía para el Cuadrante de Jinetes*, por el comandante Afendra (edición no autorizada)

—Mejor.

Una semana más tarde Felix se mete una uva en la boca y señala el montón de rocas y las columnas de vapor de la base que apenas duran un instante antes de que se las lleve el viento y la nieve.

—Has estado cerca.

Agarro con fuerza el conducto, caliente y cargado de energía.

—Pero si le he dado.

Me balanceo sobre los pies y me quito de encima el agotamiento. Me he pasado demasiadas noches traduciendo el diario de Warrick desde el principio, he comido demasiadas veces arropada por el frío de la cámara de la piedra y sobre todo he pasado demasiado tiempo con Dain.

Casi me había olvidado de lo bien que se le dan los idiomas, de lo rápido que aprende.

—No. —Felix niega con la cabeza, y entonces arranca otra uva del racimo. ¿Cómo es posible que no estén congeladas? El suelo ha acumulado varios centímetros de nieve desde que hemos llegado hace una hora—. Si le hubieras dado, las rocas habrían desaparecido.

—Me ha dicho que usara menos poder, ¿recuerda? Rayos más pequeños. Más control. —Sacudo el orbe en su dirección—. ¿Y esto qué es?

—Fallar el objetivo.

Los copos de nieve se convierten en vapor al caer sobre la piel desnuda de las manos, y tengo que contenerme para no fulminar al profesor con una mirada asesina.

—Ven. —Guarda el racimo de uvas en la bolsa que tiene a los pies y alarga el brazo hacia el orbe antes de quitármelo de la mano—. Golpea el conducto.

—¿Perdón?

Pongo los ojos como platos mientras me aparto un mechón de pelo de la cara.

—Golpea el conducto —repite, como si fuera lo más sencillo del mundo, sosteniendo el orbe de metal y cristal a apenas unos centímetros de mis dedos.

—Lo mataría.

—Ojalá tuvieras tanta puntería —bromea esbozando una sonrisa llena de dientes blancos—. Es evidente que comprendes cómo funcionan la energía y la atracción, a juzgar por cómo acabaste con aquellos guivernos; ¿me equivoco?

—Ataqué hacia las nubes. —Frunzo el ceño—. Creo. No sabría explicarlo. Simplemente sabía que pueden existir rayos en el interior de las nubes, y cuando manipulé mi poder, allí estaba.

Felix asiente.

—Todo tiene que ver con los campos de energía. En ese sentido, es bastante similar a la magia. Y tú —me acerca el orbe a la mano— eres el mayor campo de energía de todos. Invoca tu poder, pero en lugar de dejar que lo absorba el conducto, córtalo tú misma.

Cambio el peso de pie y trago saliva sonoramente, reprimiendo la oleada ardiente que me eriza los pelos del brazo. Me imagino las puertas de los Archivos entornadas, apenas una rendija, y permito que una fracción del poder de Tairn me baje hasta las manos.

Rozo el metal del orbe con las puntas de los dedos y restalla con esos zarcillos azules blanquecinos de energía pura que se me extienden desde las yemas por el cristal, y se concentran en un delicadísimo flujo en el medallón

de aleación situado en el centro del conducto. A diferencia de las hebras relucientes que extraigo del poder de Andarna para templar las runas, esto es físico, como un relámpago diminuto y sostenido. Una sonrisa me curva los labios mientras dejo que el poder fluya hacia el conducto como todas las noches, imbuyendo piedra tras piedra ahora que ya sé cómo modificarlas una vez que están totalmente imbuidas.

—Me encanta mirar cuando pasa esto.

Estos son los únicos momentos en que mi poder es belleza sin destrucción, sin violencia.

—No lo estás mirando, Violet. Lo estás haciendo. Y es lógico que te encante. Es mucho mejor disfrutar de tu poder que temerlo.

—No temo el poder. —¿Cómo voy a temer algo tan hermoso, tan variado? A quien temo es a mí misma.

—No deberías —me reprende Tairn. Me ha estado haciendo observaciones intermitentemente durante la última hora, siempre que no está intentando evitar que Andarna persiga a los dos rebaños de ovejas que Brennan acaba de traer al valle—. *Te elegí yo, y los dragones no cometen errores*.

—¿Cómo es eso de ir por la vida con tanta confianza en uno mismo?

—Pues… mi pan de cada día.

Me las apaño para no poner los ojos en blanco centrando toda la atención en limitar el poder de Tairn.

—Muy bien. Sigue así. Deja que fluya, pero piensa en un hilo de agua, no en una avenida. —Felix retira poco a poco el conducto—. No pares.

Se me tensan todos los músculos del cuerpo, pero hago lo que me pide y no corto el flujo de poder. Unos zarcillos de esa misma energía azulada atraviesan el espacio que separa mis dedos del orbe.

—¿Qué…?

El corazón empieza a batirme con tanta fuerza que lo oigo en los oídos, y los cinco filamentos de poder se sincronizan con el ritmo.

—Esto lo estás haciendo tú —me dice Felix con el tono más delicado que ha usado jamás conmigo mientras aparta el orbe poco a poco. Aunque es verdad que yo ahora mismo también tendría cuidado conmigo, si fuera él—. Aumenta el flujo despacio.

Las puertas de mis Archivos se abren otros veinte o treinta centímetros, y el poder se extiende sin dolor y con una temperatura moderada, evaporando cualquier copo de nieve que tenga la desgracia de cruzarse en su camino.

—Empiezas a captarlo, ¿verdad? —Felix retrocede un paso, y empiezan a temblarme las manos mientras intento amplificar el poder lo justo para alcanzar el orbe sin llegar a descargar.

—¿Captar el qué? —Ahora ya se me sacude el brazo entero.

—El control. —Sonríe, y yo doy un respingo y levanto la vista hacia él.

El poder irrumpe a través de las puertas y me recorre el cuerpo en una oleada calcinadora, y entonces alzo las manos hacia el cielo, alejándolas de Felix, un instante antes de que el rayo parta el cielo en dos, impacte a menos de diez metros de la cresta y chamusque la montaña.

El Rojo Cola de Espada de Felix escupe vapor, inquieto, pero lo que me llega a través del vínculo con Tairn no es más que orgullo.

—Bueno, tenías el control. —Felix me devuelve el conducto—. Pero al menos me has demostrado que eres capaz. Hasta hace poco no las tenía todas conmigo.

—Yo tampoco. —Estudio el orbe como si fuese la primera vez que lo veo.

—Manipulas el poder como un hacha de guerra, y a veces eso es justo lo que se necesita. —Alarga el brazo y señala las dagas que llevo envainadas en mi chaqueta de vuelo—. Pero tú precisamente deberías entender cuándo es más adecuada una daga, cuándo se requiere un corte limpio. —Levanta su bolsa del suelo y se la echa al hombro—. Hemos acabado por hoy. El lunes serás capaz de mantener ese flujo de poder a lo largo de unos… ¿tres metros, por ejemplo?

—¿Tres metros? —Ni de puta coña.

—Ya, tienes razón. —Asiente antes de volverse hacia su ansioso dragón—. Que sean cuatro y medio. —Ladea la cabeza a un lado y hace una pausa, como si estuviera hablando con su dragón—. Cuando vuelvas a la casa, dile a Riorson que os necesitamos a los dos en la sala de la Asamblea a las cinco en punto.

—Pero si Xaden no…

Bajo los escudos y, en efecto, ahí está. El camino sombrío que conecta nuestras mentes se me presenta claro, próximo y cargado de… ¿inquietud?

—Has llegado antes de tiempo. ¿Va todo bien?

—No. —No me ofrece más detalles, y su tono tampoco me invita a hacerle más preguntas

—¿Sgaeyl está bien? —le pregunto a Tairn mientras escalo la pata que ha agachado para mí.

—Está ilesa.

Noto como bulle una sensación de frustración y rabia en nuestro vínculo que no tarda en achicharrarlo, y lo bloqueo rápidamente para no perder el control de mis propias emociones.

Media hora más tarde, después de haber pasado por el valle y haber visto cómo Andarna demostraba sus progresos para extender las alas mientras contaba hasta treinta con un aplauso entusiasta, entro en los caóticos pasillos de la Casa Riorson y me dirijo a la cocina sin detenerme.

Ya con el plato de lo que necesito en las manos, subo por la escalinata y encuentro a Garrick, Bodhi y Heaton charlando en el descansillo de la segunda planta. Garrick tiene la cara cubierta de hollín, y su mirada coincide con el peso ominoso del estado de ánimo de Xaden, y cuando Heaton gira la cabeza, casi tiro el plato.

Tiene el lado derecho del rostro cubierto por una contusión enorme, y el brazo derecho entablillado desde el codo hacia abajo.

—¿Qué ha pasado?

Garrick y Bodhi intercambian una mirada que me hiela la sangre, incluso aunque sepa que Xaden está vivo, no en nuestra habitación, en esta misma planta, sino cuatro pisos más arriba.

—Han tomado Pavis —me informa Heaton con voz queda, procurando que no nos oigan.

Me quedo perpleja. Debe de haberse equivocado.

—Esa ciudad está solo a una hora al este de Draithus.

Heaton asiente despacio.

—Han necesitado a siete y una horda de guivernos. La ciudad había caído antes de que llegáramos. Tu hermana… Está bien, tranquila; ha acompañado a Emery a los curanderos a que le traten la pierna. Nos ha ordenado que nos retirásemos después de que… —Se le rompe la voz y aparta la mirada.

—Después de que Nyra Voldaren cayera hoy durante la misión —termina Garrick por elle.

—¿Nyra? —Era la líder de ala más veterana del cuadrante el año pasado, y casi invencible.

—Sí. Se ha ido a defender a un grupo de civiles que se habían refugiado cerca de la armería y… —Mueve la mandíbula—. No quedaba nada de ella ni de Malla. Le ha ocurrido lo mismo que a Soleil y Fuil; estaba completamente drenada. Estoy seguro de que mañana lo comunicarán a todos los demás en Informe de Batalla, pero han ordenado a todos los tenientes primeros y segundos que regresen a Aretia para reagruparse.

—Creo que van a modificar la estructura de las alas —añade Heaton.

—No les queda otra —coincide Garrick—. Alejar del frente a los jinetes menos experimentados no sirve de una mierda cuando el frente es tan fluido.

—¿Han tomado Cordyn?

Garrick niega con la cabeza.

—Lo han sobrevolado y avanzado otros cientos de kilómetros. Su objetivo era Pavis, y allí se han quedado.

—Es un lugar estratégico para reorganizarse —Bodhi baja la voz cuando un trío de pilotos del Ala Uno pasa a nuestro lado— de camino a Draithus. No le veo otra explicación.

Vienen a por nosotros.

51



> La mayoría de nuestros más reconocidos estrategas han intentado estimar cuándo alcanzaremos el punto de no retorno; es decir, en qué momento se habrá decidido el resultado de la guerra por mucho que continuemos luchando. Muchos creen que llegará en la próxima década. Yo me temo que llegará mucho antes.
>
> —*Guía para derrotar a los venin,* por la capitana Lera Dorrell
>
> —Propiedad de la Academia de Riscara

Nos separamos cuando el pasillo se llena de gente, y sigo subiendo la escalera hasta llegar a la quinta planta. Allí le hago un gesto de cabeza a Rhi y Tara al pasar por delante de la puerta de la habitación de Rhi. A juzgar por sus sonrisas de oreja a oreja, es evidente que aún no saben nada, así que decido darles unos minutos más de feliz ignorancia y continuar avanzando por el largo pasillo hasta la escalera trasera.

La escalera de servicio está a oscuras, pero las luces mágicas parpadean mientras asciendo por la empinada escalera de caracol de hierro forjado hasta el final. Abro la puerta con magia menor, pongo un pie en la estrecha pasarela que recorre el vértice del tejado y cierro la entrada a mi espalda.

Xaden está sentado en el borde de la pequeña torreta defensiva, a unos diez metros de mí, envuelto únicamente por las sombras que proyecta la luz vespertina que ya agoniza. Si no hubiese percibido la agitación que satura

nuestro vínculo, pensaría que ha subido aquí por las vistas, la viva imagen del control.

Paso a paso cruzo con cuidado la vertiente este del tejado, procurando que el viento no me vuelque el plato que llevo en la mano ni me haga perder el equilibrio.

—¿Qué te he dicho de poner en riesgo tu vida por hablar conmigo? —me pregunta con la mirada clavada en la ciudad que se extiende bajo nuestros pies.

—Yo a esto no lo llamaría poner en riesgo mi vida. —Dejo el plato sobre el muro y entonces me aúpo para sentarme a su lado—. Pero ahora entiendo por qué se te da tan bien el parapeto.

—Llevo practicando desde niño —admite—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—¿Aparte de poder rastrearte mediante el vínculo? En una carta me decías que te gustaba sentarte aquí a esperar a que tu padre volviera a casa. —Alargo el brazo para coger el plato y se lo ofrezco—. Sé que la tarta de chocolate no arregla nada, pero en mi defensa debo decir que he decidido traértela cuando pensaba que habías tenido un mal día, antes de que me contaran lo que ha ocurrido en realidad.

Él mira de soslayo el trozo de pastel, y entonces se acerca a mí y me roza los labios con los suyos antes de aceptar el plato.

—No estoy acostumbrado a que me cuiden. Gracias.

—Pues vete acostumbrando. —El frío me cala el uniforme desde la pared que tenemos debajo, y percibo unos nubarrones moviéndose desde el oeste—. Ya ha empezado a nevar en el puerto. Calculo que esta noche tendremos unos quince centímetros.

—O puede que más si te portas bien. —Esboza una media sonrisa mientras corta el pastel con el tenedor.

—¿Eso era un chiste de pollas? —Apoyo las manos en la parte superior del muro.

—Tú me estabas hablando del tiempo. —Da un mordisco, y corta otro trozo antes de entregarme el tenedor.

—Estoy siendo considerada y te estoy dando la opción de no hablar sobre lo que ha ocurrido. ¿Prefieres que te cuente cómo me está yendo la traducción con Dain?

Acepto el trocito que me ofrece y le devuelvo el tenedor. Joder, ¿cómo no le va a gustar este pastel? Es mejor que todo lo que teníamos en Basgiath.

—Prefiero que dejes de ser tan considerada y me preguntes.

Nuestras miradas se encuentran, y trago saliva. Tengo la sensación de que no se refiere solo a la pérdida de hoy.

—¿Estabas allí?

—Sí. —El tenedor tintinea contra el plato cuando se lo posa sobre el regazo.

—Tairn no me lo ha dicho.

—Creo que Sgaeyl lo ha bloqueado de algún modo. —Ladea la cabeza—. Y estoy bastante seguro de que ahora mismo nos han bloqueado a los dos, lo que significa…

—Que se están peleando. —Percibo un grueso muro más allá de mis propios escudos.

—Garrick y yo hemos volado hacia Draithus en cuanto Emery ha dado la voz de alarma, pero para cuando hemos llegado… —Niega con la cabeza—. Imagínate lo de Resson pero unas diez veces más grande. Y diez veces más civiles.

—Uf. —El pastel me cae en el estómago como ceniza y los dos nos sumimos en el silencio. Pasa un largo rato antes de que me atreva a aceptar el desafío que me plantean sus ojos y le pregunte—: ¿En qué estabas pensando antes?

—Nos superan en número. —Desvía la mirada y tensa la mandíbula—. Nos superan en número y estamos intentando abarcar demasiado como para ser siquiera una molestia para ellos. No podemos comunicarnos lo bastante rápido. No somos efectivos ni tampoco suponemos una barrera real cuando enviamos grupos de tres. —Mira hacia el este—. Tienen la capacidad de tomar el resto de Poromiel, y de vencernos a nosotros, cuando les plazca, y no tengo ni idea de por qué se contienen. No me imagino cuántos se están reuniendo en Zolya ni dónde están creando a todos los guivernos. No tenemos más plan que mantenernos firmes, y ni eso podemos hacer.

—No estábamos preparados.

Contemplo la ciudad en rápido crecimiento, posando la mirada en las decenas de tejados nuevos todavía en construcción y en la incontable cantidad de chimeneas que escupen el humo de los hogares que hay debajo.

—No había forma de estar preparados —responde alzando el tenedor y hundiéndolo en el pastel—. Así que ni se te ocurra añadirlo a la lista de cosas por las que te martirizas. Incluso aunque hubiéramos esperado a venir hasta tener la forja en funcionamiento, a contar con los jinetes suficientes para imbuir la aleación y templar las runas de las dagas… —Hunde los hombros

con un suspiro—. Esto no se lo he dicho nunca a los demás, pero vamos cincuenta años tarde.

Respiro con dificultad por el peso que me oprime las costillas.

—¿Y qué hacemos al respecto?

Aparte de lo obvio: Dain y yo tenemos que traducir más rápido, por si acaso existe alguna posibilidad de levantar las protecciones. Ahora ya sabemos que uno de los símbolos que traduje en un principio no estaba bien. Lluvia no era *lluvia*, sino *llama*. Algo que, obviamente, no nos ha servido de nada.

—Eso no depende de mí. Aquí el estratega es tu hermano, y Suri y Ulices lideran los ejércitos. —Se mete un trozo en la boca.

—La ciudad es tuya. —La provincia entera, de hecho.

—Soy consciente de lo irónico que es. —Me alarga otro trozo de pastel, pero este pedazo ha perdido su dulzor y me sabe a tierra—. Tu hermana me ha echado del campo.

Arqueo las cejas, y él deja escapar una carcajada sarcástica y seca.

—Me lo ha ordenado. Había matado a uno de ellos y estaba recuperando mi daga (otro problema, por cierto), cuando el segundo se ha puesto a canalizar justo detrás de Sgaeyl. Si hubiera alzado el vuelo un segundo más tarde, este pastel se habría echado a perder. —Deja el tenedor sobre el plato.

El corazón se me encoge. No tiene ni un rasguño, y aun así he estado a punto de perderlo sin ni siquiera saber que bien podría no haber vuelto nunca a casa. La mera idea se me antoja tan insoportable que me quedo muda.

—Me ha recogido con una garra, pero tu hermana ha visto lo que ha sucedido y ahí es cuando nos ha ordenado retirarnos. No porque Nyra haya muerto, ni tampoco por la pérdida de los tres pilotos de la bandada de a pie, ni porque solo nos quedaran cinco dragones. —Niega con la cabeza—. Ha ordenado la retirada porque yo estaba con ellos, y no podía poner en riesgo tu vida.

—¿Eso te lo ha dicho ella?

Han empezado a caer los primeros copos de nieve.

—No hace falta que me lo diga. Era más que evidente.

—Pues entonces no sabes si…

—Sí que lo sé —replica, y cierra los ojos inmediatamente después—. Lo sé. Y a través de la ira y el horror de ver a todos esos civiles huir, de verlos morir, me he dado cuenta de que me ha tratado igual que todos los marcados a ti desde la Trilla. Como si no fueras más que una extensión vulnerable de mí.

—Me cuesta creer que alguien pueda llegar a considerarte una persona vulnerable. —Le cojo la mano y entrelazo nuestros dedos—. Pero sí.

Él vuelve la cabeza hacia mí y cierra la mano en torno a la mía.

—Lo siento.

—Gracias, pero, por mucho que me moleste, lo entiendo. Estamos unidos.

Me encojo de hombros, y él me da un beso delicado, intenso y breve.

—Hasta que la muerte nos separe.

Una semana más tarde la gente ni se inmuta cuando nos ve a Dain y a mí apiñados en una mesa de la biblioteca horas después de que la mayoría de los cadetes se hayan acostado. Aún seguimos viéndonos también al mediodía, y Xaden nos ayuda a imbuir la piedra siempre que puede. Y esas hebras de relámpagos que Felix me ha enseñado a sostener también me permiten imbuir a mí.

Una profunda desesperación me invade otra semana después. Hemos traducido el diario casi de principio a fin, pero el pasaje sobre cómo levantar las protecciones sigue sin ser lo bastante distinto a mi primera interpretación fallida como para que nos sirva de algo. Ya hemos pillado que Warrick insiste en que una vez que se ha utilizado la sangre de uno de los seis poderosos jinetes en una piedra, ya no puede utilizarse en la que, según comenta, está tallando.

—¿Te has dado cuenta de que su lucérico es mucho más sencillo en el resto del diario que en la sección que justamente necesitamos entender? —Dain se frota los ojos y se recuesta en su silla a mi lado—. Es como si estuviera jodiéndonos a conciencia desde la tumba.

—Es verdad. —Solo nos quedan cuatro entradas. Por Malek, ¿qué diantres haremos si no hallamos la respuesta ahí?—. Pero no se corta a la hora de repartir consejos sobre la redacción del Código…

—Ni en detallar el desastre de relaciones que se trajeron entre manos los seis. —Dain asiente, y da un largo bostezo.

—Exacto. —Me vuelvo hacia él—. Deberías irte a dormir.

—Y tú también. —Echa un vistazo al reloj más cercano—. Es casi medianoche. Seguro que Riorson se pregunta…

—No está en Aretia. —Niego con la cabeza y suspiro con un pelín más de autocompasión de la cuenta—. A su pelotón le toca vigilar Draithus esta semana. Pero, en serio, deberías dormir un poco. Yo me quedaré solo unos minutos más.

Dain frunce el ceño.

—Vete, venga —insisto con una sonrisa reconfortante—. Nos vemos mañana.

Deja escapar un suspiro, pero asiente y arrastra la silla hacia atrás, se pone de pie y estira los brazos por encima de la cabeza, y entonces los deja caer.

—No se lo digas, pero, por lo que he oído, me parece brillante la idea que ha tenido de reorganizar los pelotones de combate según sus fuertes, dado que los jinetes en activo no cuentan con un ala completa con la que reforzarse.

—Descuida, no se lo diré —le prometo, y una comisura de la boca se me curva hacia arriba.

Dain recoge su mochila de la mesa.

—Te veo mañana.

Asiento, y él se marcha.

En la biblioteca reina un silencio agradable mientras reviso la entrada siguiente y la traduzco en lo que llamamos nuestro borrador de diario.

—El aire se ha enfriado tanto —digo en voz alta mientras anoto las palabras en el borrador— que veo mi sangre por las mañanas.

Pestañeo, y a continuación miro fijamente el símbolo de *sangre*. La cabeza me da vueltas ante la posibilidad, y entonces retrocedo a entradas anteriores para confirmarlo. Todas las veces que hemos traducido ese símbolo por *sangre*…, la palabra *aliento* encajaba mucho más. Nos hemos equivocado.

La sangre de la vida es en realidad el «aliento» de la vida, que hace refulgir la piedra en una llama de hierro…

Cierro los diarios y me recuesto en la silla. Lo de los «seis» no se refiere a los jinetes.

—Son dragones —indico en voz alta hacia la biblioteca vacía. Dain. Debería…

No. Actuaré rigiéndome únicamente por las reglas, sin tener las cuestiones éticas en cuenta. Solo hay una persona en la que siempre confío para que haga lo correcto.

Guardo todas mis cosas en la mochila, me la echo a los hombros y salgo corriendo de la biblioteca. Subo los cuatro tramos de escalera con el corazón en la boca y llamo a la puerta de Rhiannon.

—Hola —me saluda al abrir, pero su sonrisa radiante desaparece al ver que no es recíproca. Sin mediar otra palabra, se echa a un lado y me invita a entrar.

Observo la decoración austera mientras deambulo por la habitación, fijándome en los dos escritorios sencillos, los dos armarios sin puertas y las dos camas con sábanas negras básicas que han encajado en un lugar que a todas luces estaba pensado solo para una; el resultado de la llegada de los pilotos. Una única ventana ilumina la habitación con la primera luz de la mañana. Nos toca formación pronto.

—Esa cama se supone que es para ti —me dice Rhi señalando el camastro de la derecha—. Por si algún día no te apeteciera pasar la noche con Riorson.

Me muerdo los labios, buscando las palabras adecuadas mientras doy círculos por la estancia.

—Tengo que contarte una cosa.

—Tú dirás.

Me detengo en seco en el centro de la habitación y me vuelvo hacia ella.

—Ya sé cómo levantar las protecciones, pero no tengo claro que debamos hacerlo.

52



El aliento de la vida de los seis y la única se combinaron y la piedra refulgió en una llama de hierro.

—Diario de Warrick de Luceras

—Traducido por los cadetes Violet Sorrengail y Dain Aetos

Al día siguiente Rhiannon desliza una taza de zumo de manzana caliente por la mesa del salón de su hermana y ocupa el asiento libre entre Ridoc y Sloane. La casa huele igual que los barracones de la Casa Riorson: madera recién cortada y unas ligeras notas de pintura. Los carpinteros han estado trabajando sin descanso para ofrecer muebles prácticos.

Me niego a creer que todo esto pueda acabar en llamas si los seres oscuros deciden poner a prueba la resistencia de los guivernos a las alturas. Cuatro horas. Eso es lo que tardarían en llegar hasta aquí desde Draithus.

—Gracias.

Cojo la taza y me la acerco a la cara, y entonces inhalo el reconfortante aroma antes de beber. Miro por encima del borde de la taza en dirección a la sala de estar aneja, y sonrío al ver a Sawyer sentado con Jesinia sobre una manta frente al fuego, con un gesto de concentración mientras signa…

Madre mía, es muy posible que le haya dicho que cree que su tortuga es azul, pero no pienso meterme en medio.

Es la segunda vez esta semana que Raegan le abre su casa a nuestro pelotón a petición de Rhi, y la primera vez que Jesinia nos acompaña. Debo

reconocerle a Rhi que esto es una genialidad. Sacar a nuestro pelotón entero, los dieciocho miembros, del entorno académico de la Casa Riorson no ha resuelto la tensión entre jinetes y pilotos, pero es un paso en la dirección correcta.

Incluso Cat, que está sentada lo más lejos posible de mí en un rincón del salón, tiene el gesto relajado mientras ella y Neve charlan con Quinn. Sigue detestando estar en el Segundo Pelotón, pero al menos está tratando con educación a todo el mundo salvo a mí.

Nos hemos instalado en la rutina durante las últimas semanas de noviembre, ahora la primera de diciembre, adaptando la formación para incluir a los pilotos y asistiendo a clases juntos dentro de nuestro año, y ayer incluso superamos la primera sesión de entrenamiento sin que se derramara ni una gota de sangre. Rhiannon sentó las reglas la semana pasada, y ahora salimos a correr todas las mañanas y nos sentamos juntos en Informe de Batalla y en las comidas. Además, nos ha asignado compañeros de estudio con la esperanza de que la proximidad pueda proporcionarnos una comprensión mutua o, como mínimo, una cierta tolerancia. Gracias a los dioses que a mí me ha asignado a Maren, pero aún me siento culpable de que Rhi esté aguantando a Cat por mí.

—Oye, ¿por casualidad no hablarás lucérico antiguo? —le pregunto a Aaric, sentado a la cabeza de la mesa.

Sus tutores solo debieron de estar por debajo de los míos, teniendo en cuenta que mi mentor fue Markham. Me sentiría mejor si alguien revisara por cuarta vez la traducción, alguien que no fuera Dain y su obsesión por seguir las normas, pero estoy bastante segura de que ya lo tenemos. De lo contrario, ¿qué haríamos aquí?

—En absoluto.

Niega con la cabeza y fija la vista en su nueva pluma de tinta, con la frente arrugada por la concentración. Todos los de primero están canalizando, y aunque todavía no han manifestado ningún sello, ya han hecho una porra sobre quién dominará primero la magia menor necesaria para trabajar con esa herramienta de escritura. Estoy bastante convencida de que Kai, el único piloto de primero ahora que Luella ya no está, acabará aventajándolos a todos.

En este momento está sentado en el sofá entre un par de estudiantes de primero, sacudiendo el pelo negro de punta y con unos hoyuelos en las mejillas tostadas mientras se ríe de la historia que les está contando Bragen, el líder de la bandada y nuestro nuevo segundo al mando. Sin contar con Maren,

Bragen es el piloto más cordial de todos. Y también se pasa una buena parte del tiempo lanzándole miradas a Cat.

—¿Por qué iba a saber Aaric lucérico antiguo? —pregunta Visia desde el extremo opuesto de la mesa, alzando la vista de sus deberes de Física—. ¿No eras de Calldyr?

Me quedo de piedra. Joder, tengo que andarme con más cuidado.

—Sí. —Aaric me mira con un gesto perfectamente contenido—. Me habrás confundido con Lynx. Él sí es de Luceras.

—Claro, error mío. —Asiento, agradecida de que haya reaccionado tan rápido.

—En algún momento vas a tener que conocerte a los de primero. Ahora sí son personas —bromea Ridoc con una sonrisa tensa. Está de acuerdo con lo que estamos a punto de hacer, pero es lógico que le preocupen las reacciones de los pilotos.

—No se lo tengáis en cuenta —dice Imogen volviendo de la cocina con una taza y Maren siguiéndola de cerca—. Estas últimas seis semanas se han añadido al pelotón seis cadetes de primero y seis pilotos.

—Nosotros llevamos en el pelotón desde julio —le rebate Visia.

—Pero no contabais antes de la Trilla. —Imogen se encoge de hombros, y desplaza la vista hacia el otro lado de la habitación—. Voy a ver si salvo a Quinn de Cat.

—No quiero ni una gota de sangre en el suelo de mi hermana. —Rhiannon le dirige una mirada seria.

—Que sí, mamá.

Imogen se cuadra con sorna con la mano que tiene libre y echa a andar hacia Quinn. Maren se sienta a mi lado y Rhiannon me arquea las cejas en un gesto sutil de pregunta que me pone un nudo en la garganta. Allá vamos. Esta es la razón por la que hemos organizado la reunión de esta noche; ¿por qué de repente estoy tan nerviosa?

Porque no he discutido mi decisión con Xaden, aunque tampoco lo he tenido cerca más de un día por semana desde que Brennan y él decidieron reorganizar las funciones de los pelotones de combate.

—*Estás haciendo lo correcto* —me dice Andarna.

—*Lo más noble* —añade Tairn.

—Vamos allá —le digo a Rhiannon agarrando la taza con ambas manos.

—¡Atención! —exclama Rhi al ponerse de pie, acallando a toda la casa y posando la mirada en todos y cada uno de los cadetes—. Para los jinetes, los pelotones son algo más que una unidad. Somos una familia. Para poder

sobrevivir debemos confiar en los demás tanto en el campo de batalla… como fuera de él. Y ahora confiamos en que hagáis con esta información lo que consideréis oportuno. —Se vuelve hacia mí.

Lo que estamos a punto de hacer raya en la traición, pero no me imagino ninguna otra alternativa.

Respiro hondo.

—He estado traduciendo el diario de Warrick, uno de los Primeros Seis, los que levantaron las protecciones de Basgiath —les explico por si no están familiarizados con nuestra historia—. Con la esperanza de poder preparar las protecciones de Aretia antes de que los guivernos que se aproximan decidan que somos su siguiente objetivo… Creo que sé cómo hacerlo. Pero por eso queríamos hablar con vosotros, porque implicaría que los pilotos no podáis volver a utilizar vuestros poderes.

Los pilotos nos observan sin dar crédito. Incluso Cat tiene los ojos como platos con una expresión que casi se acerca al miedo.

—Sabemos que ya han caído otras dos ciudades poromielenses a lo largo de las últimas dos semanas y que Draithus es vulnerable, y es por eso por lo que la Asamblea quiere las protecciones listas y funcionales lo antes posible —continúa Rhiannon—. Por eso creemos que merecéis saberlo.

—¿Saber el qué? —Cat se pone en pie y su silla chirría sobre el suelo de madera—. ¿Que estáis a punto de suprimir nuestra capacidad de canalizar? Nuestros grifos aún están adaptándose a la altitud, ¿y encima pensáis dejarnos indefensos?

—Las protecciones eran nuestro objetivo mucho antes de que llegarais. —Imogen se aparta de la pared y se planta una mano en la cadera con indiferencia, cerca de su daga favorita, orientando el cuerpo hacia Cat, y Quinn da un paso a un lado para interponerse entre ella y la piloto furiosa.

—Pero ahora nos tenéis aquí —replica Cat—. Si mi tío hubiera sabido que nos ataríais una mano a la espalda, ¡no habría aceptado jamás el acuerdo!

—Contrólate, Cat. —Bragen mantiene un tono calmado, pero se pone en pie con una mirada intensa y extiende el brazo izquierdo para evitar que Cat se nos eche encima—. ¿Cuándo levantaréis las protecciones? —me pregunta.

—En cuanto le cuente a la Asamblea lo que he descubierto.

Esta misma mañana la piedra ya emitía un zumbido distintivo y la cámara vibraba con una energía que me ha recordado a la descripción que me hizo Xaden de la armería de Samara, donde se guardan las dagas con la empuñadura de aleación.

—¿Y cuándo será eso? —me espeta Cat.

—Si no estuvierais aquí, ya lo habría hecho —replico en el mismo tono que me ofrece ella. No me cabe duda de que la mayoría de la Asamblea me tildará de traidora por esto, y tal vez tenga razón—. Pero, como has dicho, ahora os tenemos aquí. Y también sois importantes.

Maren se remueve en su silla a mi lado, y aunque me niego a deslizar la mano hacia mis dagas, Ridoc no tiene tantos miramientos, y se cruza de brazos para tener un acceso rápido a la vaina que le recorre el hombro.

—¿Y cuánto tiempo nos daréis? —me pregunta Bragen levantando la barbilla y dejando a la vista las cicatrices plateadas verticales que le bajan por el cuello y le desaparecen bajo la ropa.

Todas las miradas se vuelven hacia mí.

—No pienso mentirle a Xaden. Se lo tendré que contar en cuanto vuelva a casa —admito. Una serie de improperios se extiende entre los pilotos—. Pero también tendré que decirle que creo que deberíamos posponerlo todo lo posible para daros la oportunidad de decidir si queréis quedaros o no, a sabiendas de que perderéis la capacidad de canalizar.

—Y tú te crees que te hará caso, ¿no? —Cat cierra con fuerza los puños a los lados.

«Lo bueno, lo malo y lo imperdonable». Eso fue lo que me dijo cuando antepuso mi seguridad a los intereses del movimiento. Y es posible que quiera levantar las protecciones porque yo estoy aquí y él no, pero también tiene una provincia entera de la que preocuparse.

—No. —Niego con la cabeza despacio—. Creo que actuará según lo que más le convenga a Tyrrendor. —Me dejo fuera de la ecuación—. Y eso implica que querrá levantarlas lo antes posible, pero puedo intentarlo.

—No le valemos para nada a nuestro pueblo si no podemos canalizar —dice Maren mirando por encima de Aaric hacia la ventana, mientras tamborilea sobre la mesa con los dedos.

—Ya, pero tampoco les valdréis de nada muertos —replica Imogen sin apartar la mirada de Cat—. Y si no levantamos las protecciones ahora mismo, expondremos a toda Aretia, manadas y bandadas, coño, y a todo Tyrrendor más allá de las protecciones de Navarre a un peligro que ya no es necesario. Así que más os vale decidir si estáis dispuestos a quedaros, sabiendo que esto puede ocurrir en cualquier momento, o si preferís refugiaros en Cordyn, donde tendréis vuestros poderes y también a los seres oscuros a las puertas.

No envidio la decisión que deben tomar, pero al menos les hemos dado esa posibilidad.

—Y si os quedáis, tampoco os dejaremos indefensos. —Meto la mano debajo de la mesa y recojo mi bolsa de cuero negro, antes de colocarla encima y abrir la parte superior—. Por lo visto, la aleación no es lo único que podemos imbuir.

Extraigo los seis conductos que Felix me entregó ayer después de que le confiara la verdad, cada uno con una punta de flecha en el interior como las que llevo semanas imbuyendo.

—¿Qué es eso? —pregunta Bragen frunciendo el ceño.

—Uno de los metales que no se utilizan para forjar la aleación. No es tan inusual como el taladio, pero es diez veces más explosivo. Creedme: he visto esta cosa volar hasta el cielo antes de procesarla, y ya no me quiero ni imaginar lo que hará estando imbuida. —Miro de soslayo a Sloane, que esboza una sonrisa lenta antes de responder.

—Maorsita.

Vuelvo a estar suspendida sobre el campo agostado, a punto de ser engullida por la oleada de muerte cuando el Sabio me suelta, y eso hace. Como siempre.

Reconozco el lugar por lo que es ahora, una pesadilla recurrente, y aun así me siento impotente, demasiado lenta para alcanzar a Tairn, y sigo sin poder obligar a mi conciencia a despertarse.

—Me estoy hartando de esto. Manipula ahora tu poder —me susurra el Sabio, esta noche con una túnica lila—. Libéralo. Muéstrame el sello que utilizaste para derrotar a nuestras fuerzas en los cielos sobre el puesto comercial. Demuéstrame que eres un arma que merece la pena contemplar, que merece la pena recuperar. —Su mano sobrevuela la mía, pero no me toca —. El que te vio cree que nunca te rendirás, que deberíamos matarte antes de que desarrolles todo tu potencial.

El estómago se me revuelve y salivo por las náuseas en el momento en que la mano huesuda se eleva y se detiene a la altura de mi cuello.

—Por lo general, la envidia siempre les suelta la lengua a los manipuladores más jóvenes.

Desliza una uña larga por mi garganta, dejando al descubierto el principio de un brazo bronceado por debajo de la túnica, y me retuerzo y el miedo me acelera el corazón.

Me obligo a abrir la boca, pero no sale sonido alguno. Hasta ahora nunca me había tocado. Me aterroriza que me toque.

—El resto se rinde ante el poder —murmura, acercándose tanto a mí que percibo algo dulzón en su aliento—. Pero tú te entregarás por algo mucho más peligroso, mucho más volátil.

Me rodea la garganta con la mano sin llegar a apretar. Me las apaño para mover la cabeza en un gesto negativo.

—Te rendirás. —Sus ojos oscuros y sin pestañas se entrecierran, y las uñas dentadas se me hunden en la piel con un mordisco de dolor que me parece demasiado real—. Echarás abajo las protecciones con tus propias manos cuando llegue el momento.

La temperatura se desploma y mi exhalación siguiente se condensa en el gélido aire. Parpadeo y la nieve cubre el suelo. Lo único cálido son las gotas que me caen deprisa por el cuello y que no tardan en enfriarse.

—Y no lo harás por algo tan banal como el poder ni tan fácilmente saciable como la codicia —me asegura en un susurro—, sino por la más ilógica de las emociones mortales: el amor. De lo contrario, morirás. —Se encoge de hombros—. Los dos moriréis.

Hace un gesto de muñeca y un restallido que me hace vibrar los huesos me arranca del sueño.

Me incorporo de golpe en la cama y me llevo las manos a la garganta dando grandes bocanadas de aire, pero no hay corte ni dolor, y cuando enciendo la luz mágica con magia menor y un giro de la muñeca, veo que tampoco hay ni rastro de sangre.

—Claro que no, ¿qué te esperabas? —musito, y el sonido corta el silencio de la habitación mientras los primeros rayos de sol tiñen el cielo de púrpura al otro lado de la ventana—. Era una puta pesadilla, y nada más.

Aquí, con Xaden dormido a mi lado, no hay nada que pueda tocarme.

—*Deja de hablar sola* —gruñe Tairn, como si lo hubiera despertado—. *Haces que parezcamos un par de desequilibrados*.

—*¿Ves mis sueños?*

—*Tengo mejores cosas que hacer que vigilar las maquinaciones de tu subconsciente. Si un sueño te incomoda, abandónalo. Deja de soportar esas torturas como una cría y despiértate como la adulta que eres.*

Pone fin a la conversación antes de que pueda decirle que los sueños humanos no siempre funcionan así, y el vínculo pierde intensidad en una señal inequívoca de que se ha vuelto a dormir.

Así que me quedo tumbada y me acurruco junto a Xaden, y él me rodea la espalda con el brazo y me atrae hacia sí como si fuese un acto reflejo, como si esta fuera la posición en la que dormiremos durante los próximos cincuenta

años. Me fundo en su calidez y apoyo la cabeza sobre su pecho, encima del ritmo más reconfortante del mundo aparte del batir de las alas de Tairn y Andarna: el corazón de Xaden.

Seis días más tarde aparecen seis nombres nuevos en la lista de los muertos. Las nieves de diciembre hacen que volar fuera del valle sea un infierno, y en Basgiath los dragones se negaban a entrenar por la incomodidad (suya, claro, no nuestra), pero ahora no podemos permitirnos no volar cuando se nos presenta la oportunidad, de modo que aquí estamos, en el campo de vuelo, esperando órdenes frente a las secciones Garra y Cola para los ejercicios de pelotón que Devera y Trissa han organizado.

—Joder con el calor en este valle, ni que estuviéramos en el Páramo —masculla Ridoc desabrochándose la chaqueta de vuelo a mi derecha—. Y solo son las once.

Una gota de sudor me cae desde la nuca hasta el cuello de la chaqueta de vuelo, así que tampoco puedo llevarle la contraria. Los uniformes de vuelo de invierno no están precisamente pensados para ningún valle.

—Se te pasará en cuanto estemos en el aire.

Sawyer entorna los ojos por un momento, con la vista puesta al frente, donde Rhiannon, Bragen y los otros líderes de pelotón se reúnen con Devera y Trissa.

—¿Estás bien? —le pregunto con voz queda para que los de primero no nos oigan.

—Esto es por el bien del pelotón, ¿verdad? —Sawyer se fuerza a esbozar una sonrisa tensa—. Si se quedan y nos toleran aun sabiendo que podemos arrebatarles sus poderes en cualquier momento, yo puedo soportar que me quiten mi puesto como oficial ejecutivo.

—*Quiero ir contigo* —me repite Andarna por décima vez en los últimos quince minutos, y yo miro por encima de mi hombro y la veo extender las garras junto a Tairn, hundiendo los espolones en la tierra. Las escamas negras le brillan con un tono verduzco esta mañana, reflejando la hierba que la rodea. Tal vez se deba al poco dorado que aún le queda, y desaparecerá cuando escupa fuego.

—*No tengo ni idea de la distancia que nos harán recorrer* —le respondo con la mayor delicadeza posible.

—*Más de lo que tú eres capaz de soportar, pequeña* —añade Tairn.

—*Ayer aguanté una hora* —le discute Andarna, que a eso se dedica últimamente. Tairn podría decirle que la hierba es verde y ella destriparía una oveja solo por cambiarle el color.

Levanto las cejas hacia Tairn, que se limita a resoplar. A saber qué querrá decir.

—¿Hay problemas en la tierra de los dos dragones? —me pregunta Ridoc, y Cat se vuelve hacia mí desde su otro lado, seguida de Maren ahora que estamos en filas de cuatro.

—Quiere volar con nosotros —respondo.

—*Voy a volar con vosotros* —insiste ella, hundiendo aún más las garras y atrincherándose—. *Y no hay lugar para el debate entre tus amigos humanos. Los dragones no atienden órdenes humanas*.

—*Empiezo a pensar que debería haber protestado contra su Derecho a la Caridad cuando le pediste al Empíreo que querías vincularte* —gruñe Tairn.

—*Menos mal que no eres el líder de mi guarida, ¿no?*

—*Esperaba más de Codagh…* —empieza él.

—*¿Qué hacen hoy los otros adolescentes*? —lo interrumpo, con la esperanza de distraerla. Lo último que quiero es que ascienda a una altura que no pueda afrontar y le falle el ala. Joder, las consecuencias de un error así serían impredecibles.

—*Los otros adolescentes no están vinculados y no me entienden.*

Estoy convencida de que he sentido cómo Tairn ha puesto los ojos en blanco.

—*¿Prefieres arriesgar todo lo que has conseguido con el ala para jugar a la guerra en vez de…*? —Mierda, ¿qué hacen los dragones adolescentes durante el día?—. *¿Jugar?*

—*Preferiría poner a prueba el ala en una misión de entrenamiento, sí.*

Rhiannon y Bragen vuelven con nosotros, enzarzados en una discusión, los dos gesticulando con las manos y haciendo movimientos que recuerdan a maniobras. Percibo un cierto entusiasmo en la sonrisa fácil de Rhiannon, y no puedo evitar que se me pegue.

—La veo feliz.

—A lo mejor por fin nos dejan volar más de media hora… sin tener que escalar por los riscos de Dralor después, claro —comenta Ridoc—. Joder, cómo echo de menos volar.

—No estaría mal —coincide Sawyer haciéndome una mueca con sorna—. No todos tuvimos el lujo de volar a Cordyn.

—Oye, que gracias a ese viaje conseguimos una luminaria.

Bajo la vista hacia la vaina que le cuelga de un costado y en la que guarda una daga con empuñadura de aleación. Una a cambio de otra. Ese fue el acuerdo al que llegó Brennan con la Asamblea en relación con los suministros de las bandadas, y por fin hemos fabricado suficientes para equipar a todos los jinetes de Aretia con varias dagas.

—¡Escuchadme, Segundo Pelotón! —exclama Rhiannon mirando a nuestro grupo—. La misión es simple. ¿Sabéis las runas de convocación que Trissa ha estado trabajando con nosotros? —Incluso los de primero asienten. Tal vez aún no puedan tejer runas, pero al menos saben lo que son, lo cual los sitúa un paso por delante de nosotros el año pasado—. Hay treinta de ellas ocultas en un tramo de treinta kilómetros a lo largo de la cordillera occidental. Esta prueba no solo está pensada para jinetes, sino también para que nuestros dragones las perciban.

—*¿Puedes…?*

Tairn responde con un gruñido. Lo pillo.

—Quien venza conseguirá un permiso para el fin de semana. Nada de entrenamientos ni de deberes. Sin límites. —Se vuelve hacia Bragen, que curva los labios en una sonrisa.

—Nos han dado permiso para volar adonde queramos. Si vuestro grifo se siente capaz de sobrevolar la pared del acantilado, podréis ir adonde os plazca. —Mira a Cat—. Incluso a Cordyn, aunque apenas podréis pasar allí unas horas antes de tener que volver. Eso si ganáis, claro.

—Uy, que no te quepa duda —dice Maren dándole un codazo a Cat, igual que Rhiannon a mí.

—Muy bien. ¿Queréis ese permiso? Deberemos hallar y cerrar más cajas con runas que ellos. —Les hace un gesto de cabeza a las secciones Garra y Cola.

—*Han regresado* —dice Tairn, justo en el momento en que el batir de las alas llena el cielo.

Alzo la vista y esbozo una sonrisa lenta al ver a Sgaeyl sobrevolándonos con Chradh y otros ocho dragones, pero solo reconozco a los vinculados a Heaton, Emery y Cianna. Xaden ha vuelto a casa… con una manada entera de diez jinetes.

—*Supongo que te has salido con la tuya con la reestructuración, ¿no?* —le pregunto a Xaden mientras aterrizan tras la línea de grifos y dragones.

Tairn se separa como si no estuviéramos a punto de lanzarnos a una misión de entrenamiento.

—Bragen y yo os dividiremos en grupos de cuatro, en función de vuestras habilidades —continúa Rhiannon.

—*A medias* —responde Xaden, antes de ejecutar un desmonte perfecto y echar a andar hacia nosotros. El pulso se me acelera y la congoja que parece vivir en mi pecho da la impresión de disminuir un poco al no ver ninguna herida nueva ni sangre.

—¡Sorrengail, ¿estás prestando atención?! —me grita Rhi.

Giro la cabeza hacia el frente de la formación, y veo que me mira con una ceja enarcada.

—Equipo de cuatro. Divididos según nuestras habilidades —repito con un gesto afirmativo de cabeza, y entonces le lanzo una mirada descarada de súplica que a todas luces abusa de su condición de mejor amiga.

—Tenéis una hora antes de alzar el vuelo —anuncia Bragen.

«Vete», gesticula Rhi con los labios cuando el pelotón centra la atención en Bragen. Yo sonrío en agradecimiento, antes de romper la formación y pasar por delante de Andarna y Feirge en dirección a Xaden, cruzando un tramo de hierba pisoteada. Le ha crecido la barba tras tantos días fuera, y le vislumbro unas ojeras cuando se abalanza sobre mí y, para mi sorpresa, me aprieta contra su pecho delante del Ala Cuatro al completo.

La barba hirsuta me hace cosquillas cuando hunde su rostro frío en mi cuello y respira hondo.

—Te he echado de menos.

—Yo también. —Le rodeo el torso con los brazos, deslizando las manos en el espacio que hay entre las espadas que lleva a la espalda y la chaqueta de vuelo, y lo aprieto contra mí para ayudarlo a entrar en calor—. Tengo que hablar contigo.

—¿Malas noticias? —Retrocede y me estudia los ojos.

—No, pero son unas noticias que lo mejor es que esperen hasta que tengamos tiempo de hablar con calma.

Él frunce el ceño.

—Me alegro de verte, Vi —dice Garrick al pasar a nuestro lado, dándome una palmadita en el hombro—. Dile que te cuente lo del venin que se ha cargado justo a las afueras de Draithus.

—¿Que has hecho qué? —El corazón me da un vuelco.

—Muchas gracias, capullo. —Xaden atraviesa a Garrick con la mirada.

—Si yo lo único que quiero es ayudar a mejorar tus habilidades comunicativas en una relación estable. —Garrick se vuelve y empieza a caminar de espaldas, levantando las manos en un gesto de indiferencia.

—Estás tú para hablar de relaciones estables —le espeta Imogen por detrás; parece que han disuelto la formación del pelotón a fin de prepararse para la misión.

—Iba a decir que de relaciones estables no sé, pero sí que tengo yeguas más que de sobra esperándome en mi establo. —Esboza una sonrisa, antes de volverse y dirigirse hacia el camino del extremo del valle—. Pero teniendo en cuenta que ya no soy un cadete, sino un oficial responsable y maduro, mejor me lo ahorro.

Ella resopla cuando Garrick pasa a su lado.

—Tenemos que irnos, Sorrengail.

—¿Has matado a un venin? —Me giro, centrando la atención en Xaden—. ¿A las afueras de Draithus? —Es el último bastión de Poromiel antes de los riscos de Dralor.

—¿No tenías noticias de las que convenía hablar largo y tendido? —responde él levantando las cejas.

—¿Estás bien? —Le poso las manos en la cara y lo examino como si esa minúscula porción de piel desnuda pudiera revelarme si el noventa y cinco por ciento restante está ileso. Por mucho que consiga levantar las protecciones, no valdrá de nada si él no está a salvo, al menos para mí.

—¿Qué noticias? —Él entorna los ojos.

—¡Violet! —grita Rhiannon.

—Tengo que irme. —Dejo caer las manos a regañadientes, y él me agarra de una en cuanto hago ademán de marcharme—. Ya hablaremos cuando regrese.

—*Dímelo ahora.*

—Conmigo te servirá de poco ese vozarrón de líder de ala. —Le doy un apretón y le suelto la mano.

A él se le encienden los ojos.

—*Has descubierto cómo levantar las protecciones.*

Parpadeo perpleja, y compongo una mueca.

—*A veces no te aguanto. ¿Tan poco cuesta interpretarme el gesto?*

—*¿A mí? Sí.* —Gira la cabeza hacia el sendero pedregoso que desciende hasta la Casa Riorson—. *Deberíamos irnos ya. ¿Cuánto se tardaría en levantarlas?*

—*No.* —Niego con la cabeza y me vuelvo hacia mi pelotón; salta a la vista que Sloane, Visia y Cat me están esperando. Supongo que no hace ninguna falta que pregunte a qué grupo me han asignado—. *Lo hablamos más tarde. Se pospone la conversación.*

—*Al menos dime qué se nos escapó la primera vez.* —Xaden me alcanza en apenas unas zancadas.

—*Dragones*. —Le doy unas palmaditas a Andarna en la pierna cuando nos acercamos al trío de cadetes que me esperan—. *Lo de los «seis más poderosos» no se refiere a jinetes, sino a dragones*.

—En ese caso, puedo levantarlas antes de que vuelvas.

—*No, no puedes*. —Lo fulmino con la mirada.

—¿Están discutiendo en silencio? —pregunta Cat mirándonos a Xaden y a mí, y levantando poco a poco sus cejas perfectamente arqueadas.

—Sí, es habitual —le informa Sloane.

Xaden las ignora por completo, y mantiene la mirada clavada en la mía cuando las alcanzamos.

—*¿Y se puede saber por qué no puedo?*

Me inclino hacia él y le acerco los labios a su fría mejilla.

—Porque necesitarás a Tairn. Venga, ve a calentarte un poco. Me voy volando. —Sin mediar otra palabra con él, me vuelvo hacia mis compañeras de pelotón—. En marcha.

53



El arte de la imbuición solo se da de forma natural en un puñado de sellos, y automáticamente solo en uno: el de la apropiación.

—*Un estudio sobre sellos*, por el mayor Dalton Sisneros

Cuarenta minutos más tarde las cuatro descendemos por una empinada cresta cubierta de nieve hacia una cueva a la que solo puede accederse a pie, situada en el sector al que han asignado a nuestro grupo, con tan mala suerte que llevo a Cat detrás.

Al menos tengo a Andarna cerca para vigilarme las espaldas si a la piloto se le ocurre apuñalarme para sacarme del lecho de Xaden.

—*Cuando te he dicho que quería volar contigo, no me refería a esto.*

Andarna resopla hacia el polvo de nieve y disemina una porción en una nube centelleante de sufrimiento congelado.

—*Esto es lo que exigía la misión, y necesitas reservar fuerzas para el vuelo de vuelta* —le digo avanzando como puedo por este suplicio de nieve fresca con la esperanza de caer por algún estrato antiguo.

La única que no está teniendo problemas es Kiralair, la grifo de alas plateadas de Cat, que camina junto a Andarna. Son las únicas que pesan lo bastante poco para no provocar un alud en este camino inexistente.

—¿*Nada*? —pregunta Tairn con voz tensa, que vuela hacia el pico siguiente.

—*Ni siquiera hemos llegado a la cueva que has elegido* —respondo divisando la entrada de la cueva a unos veinte metros más adelante, pero solo porque Tairn nos la ha señalado bajo el camuflaje del afloramiento nevado que hay encima. Los dragones nos han dejado en la única sección totalmente estable de la zona, sobre un afloramiento de roca que los virulentos vientos han dejado desnudo.

—*Este plan me sigue pareciendo deficiente* —me reprende Tairn—. *Dejarte en un pico mientras yo exploro otro en busca de un posible rastro de energía te hace correr un peligro inaceptable*.

—*¿Por parte de quién*? —Me bajo la capucha de piel un poco más para protegerme del viento cuando este cambia de dirección, mordiéndome las puntas expuestas de las orejas—. *¿En serio crees que un guiverno podría…?*

—*Voy para allá.*

—*Mira que es fácil picarte*. —Me río, y el sonido retumba por la cuenca cubierta de nieve y nos frena en seco.

—Me cago en todo, Sorrengail —sisea Cat cuando nos aseguramos de que la nieve que nos rodea sigue en su sitio—. ¿Quieres que acabemos todos muertos en un alud?

—Lo siento —susurro por encima del hombro.

Ella pone los ojos como platos.

—¿Me acabas de pedir perdón?

—Soy capaz de asumir mi culpa. —Me encojo de hombros y reemprendo la marcha.

—*Estoy alerta y soy capaz de protegerla* —le espeta Andarna a Tairn.

—*Todavía no escupes fuego.*

—*El fuego solo serviría para derretir la montaña* —le recuerda ella, y yo la miro de reojo y veo que escoge con cuidado dónde pisar, mientras sus escamas reflejan la nieve en tonalidades casi plateadas en determinados puntos—. *Sigo teniendo dientes y garras por si a la aristócrata le da por escupir veneno*.

—¿Insinúas que yo no? —replica Cat.

—¿Alguna vez piensas que has metido la pata? ¿Nunca? —le pregunto sin dejar de andar—. Sinceramente, no me parece descabellado que tengas más confianza en ti misma que un dragón.

—*Arrogancia* —me corrige Andarna—. *Esa piloto no tiene las capacidades necesarias de describirse con una palabra como* confianza.

Resoplo, pero contengo la carcajada antes de ponernos en peligro. Unos metros más y llegaremos a la cueva. Si Tairn localiza la segunda mientras

recuperamos la primera, habremos aventajado a la Sección Garra, que ya han encontrado tres frente a las dos de nuestro grupo, según Tairn.

Pocas criaturas hay más competitivas que un dragón.

—¿Qué? —pregunta Cat.

—Andarna dice que lo tuyo es arrogancia, no confianza —contesto.

—Y no se equivoca —coincide Sloane.

—Que no le cayera bien a tu hermano no significa que me conozcas —le susurra Cat a Sloane.

—Eh, no. —Me vuelvo hacia Cat y la hago detenerse sobre las pisadas que he dibujado en la cresta—. Si quieres pelearte con alguien, aquí me tienes.

Cat ladea la cabeza y me estudia.

—Porque te sientes culpable por la muerte de su hermano.

No es ni una acusación ni una pulla, sino simplemente la verdad.

—Porque le prometí que la cuidaría. Así que ya puedes dirigir todo ese odio hacia aquí. —Me doy unas palmaditas en el pecho con la mano enguantada.

—No tendría que haberte pedido eso. —Sloane nos alcanza, con Visia pisándole los talones.

—Porque Imogen habría sido mucho mejor protectora, ¿no? —le pregunto sosteniéndole esa mirada de ojos azules que tanto conozco apenas un suspiro, antes de desviar la vista.

—No. Porque ya cargas con la responsabilidad de proteger a Xaden. No fue justo que te cargara también con la responsabilidad de protegerme a mí. —Exhala una bocanada de aire hacia sus manos ahuecadas para calentárselas.

Parpadeo para reducir el escozor que no solo me produce el viento, y me vuelvo para seguir avanzando a través de la nieve en dirección a la cueva, cuya entrada no es más que una estrecha cornisa de hielo.

—*La veo más grande de lo que nos ha parecido desde el aire.*

Sin embargo, sigue sin ser lo bastante ancha para que quepa un dragón más grande que Andarna.

—*Hubo un tiempo en que los nuestros habitaban todas las montañas de esta cordillera* —me cuenta Tairn—. *Esa cueva forma parte sin duda de una red de cámaras que se extiende por estas montañas y que hacía las veces de refugio para el invierno. Esta entrada debía de ser lo bastante inhóspita para disuadir a cualquiera que pudiera acercarse, salvo que volara hacia ella directamente, a fin de proteger a las crías… y a los adolescentes.*

—*Te he oído* —repone Andarna.

—Kiralair dice que nuestro pelotón tiene otra caja a mano —nos dice Cat cuando por fin llegamos a la entrada de la cueva y nos resguardamos del viento.

—Id pensando cómo vais a aprovechar el permiso. —Visia sonríe, y Cat sale de la nieve y pone un pie en las rocas de la cueva.

—¿Todos los grifos tienen la palabra *lair* en el nombre? —le pregunto a Cat, con la esperanza de que cambiar de tema le ahorre más pullas a Sloane.

—Claro que no. ¿Acaso todos los jinetes se llaman Sorrengail?

Se cruza de brazos y se balancea sobre los talones, como si tratara de entrar en calor.

—Por eso no me caes bien. —Sloane entra en la cueva—. Eres…

Visia resbala y me precipito hacia ella, antes de cogerla de la mano y tirar de ella hacia la cueva justo en el momento en que la nieve que pisaba se derrumba.

—¿Estás bien? —le pregunto, adentrándonos un poco más en la cueva y revisándole la cara, dominada por el miedo.

—¿Cómo no va a estar bien? Con ella nunca tienes problemas para salvarla —masculla Cat.

—Estoy bien —me confirma Visia bajándose la capucha y dejando al descubierto la cicatriz provocada por fuego de dragón que le baja desde el pelo—. A ver cómo salimos ahora de aquí.

Le lanzo a Cat una mirada asesina, pero está demasiado ocupada viendo como Kira, su grifo, evita el agujero en el sendero y serpentea hasta entrar en la cueva como para percatarse.

—Segundo motivo. —Sloane levanta dos dedos y pasa junto a Cat de camino a las profundidades de la cueva—. Sobra decir que aquí no hay luces mágicas.

Y generarlas tampoco se me ha dado nunca demasiado bien. Todo lo que cree con magia menor acabará engullido por la oscuridad. Me pongo una mano sobre el vientre como si así pudiera reprimir las náuseas que me produce el olor a tierra que nos envuelve. Al menos no tiene la nota húmeda de la sala de interrogatorios, pero se parece lo bastante como para dejarme paralizada.

—*Acabaste con la vida del que te encerró* —me recuerda Andarna, siguiendo a Kira hacia el interior después de recoger las alas para caber por la hendidura.

—*El miedo no siempre es racional*. —Me vuelvo hacia las otras jinetes—. ¿No habrá alguien que manipule el fuego por casualidad? Porque dudo que

queráis verme manipulando mi sello aquí dentro.

Me cuesta horrores mantener el flujo de energía entre mi mano y el conducto a una distancia de cuatro metros, y apenas unos segundos.

—Yo sigo sin sello —responde Visia.

—Yo igual —añade Sloane escudriñando la penumbra.

—Te has traído a un dragón. —Cat hace un gesto amplio con la mano en dirección a Andarna.

—Aún no escupe fuego. —Le ofrezco una sonrisa a Andarna—. Pero no tardará.

—*Recuérdale que podría arrancarle la cabeza de un mordisco* —gruñe Andarna con un sonido más agudo que el rugido amenazante de Tairn.

—No voy a decirle eso. ¿Qué es lo que nos dice siempre Tairn?

—*Que no nos comemos a nuestros aliados* —contesta ella entre dientes, pero percibo un golpeteo nítido de sus espolones contra el suelo de roca.

—Fantástico. Que alguien me explique por qué me han colocado con vosotras tres. ¿A nadie se le ha ocurrido traer a alguien capaz de conjurar una buena luz mágica aquí abajo?

Cat se quita el arco y la mochila de la espalda, y rebusca en el interior, junto al carcaj lleno, hasta extraer una pequeña antorcha apagada.

—No me lo puedo creer. —La observo boquiabierta mientras saca un trozo de madera no más grande que mi mano de la bolsa, niega con la cabeza, y entonces extrae otro—. ¿Llevas eso siempre encima?

—Obvio. —Cat vuelve a meter la mano en la mochila—. El hecho de que tú no pienses en estas cosas me demuestra que hasta ahora no le has tenido miedo de verdad a la oscuridad. Joder, ahora no encuentro la runa de fuego que me tejió Maren.

—¿Os intercambiáis runas? —Visia la mira con una expresión de desconcierto.

—Madre mía, ¿y vosotros os consideráis familia? Claro que las compartimos. Cada una hace runas según sus posibilidades, y luego las intercambiamos para que todos estemos igualmente equipados. —Cat niega con la cabeza y se pone en pie, maldiciendo entre dientes—. No la encuentro.

—Es una idea… brillante —admito—. ¿Por qué no nos lo habíais dicho?

—Estáis acostumbrados a acumular poder —me dice con un gesto de desdén—. No a compartirlo. Ahora, a menos que alguien tenga una idea para hacer fuego…

—Se me ocurre una cosa.

Me quito los guantes, me los guardo en un bolsillo y saco el conducto del otro, mientras invoco apenas un hilo de mi poder. Noto un hormigueo en la mano que luego me arde a medida que avanza hasta llegarme a los dedos y, acto seguido, al conducto. Los zarcillos de energía iluminan nuestro entorno más inmediato.

—Qué pasada. —Visia sonríe—. ¿Eso podéis hacerlo todos?

—No. Para la mayoría es apenas un zumbido. Me alegro de ver que disponéis de la luz que necesitáis —dice Cat con sarcasmo.

—Cógelo —le ordeno a Sloane.

—Prefiero vivir. —Levanta las manos.

—Si creyese que esto podría matarte, se lo daría a Cat. —Le ofrezco el conducto.

Cat resopla, pero diría que le ha hecho gracia.

—Ahí me has pillado. —Sloane acepta el conducto y yo me concentro en mantener el flujo de energía.

—Retrocede tres pasos. Muy bien, ahora otros dos —le digo, y los dedos me tiemblan a medida que recula y mi sello se estira.

—Hala —susurra Visia.

—Acerca la antorcha a la energía, Cat.

—¿Crees que es seguro? —me pregunta.

—No tengo ni idea, pero si tú te animas a intentarlo, yo también.

Centro la atención en el conducto, en el flujo de energía y en el calor que mantengo a raya controlando la puerta que da al poder de Tairn. Kira chasca la lengua en una serie de sonidos a los que ya me he acostumbrado, pero que no espero comprender jamás.

—Vale, de perdidos al río —masculla Cat, y baja la antorcha hasta prenderla.

Dejo caer la mano al instante para interrumpir el flujo de poder y le doy las gracias a Dunne por que haya funcionado. Es posible que Felix me corte la cabeza mañana en clase.

—Dámelo. Gracias, Sloane.

Sloane me devuelve el conducto como si pudiera explotar de un momento a otro.

—Joder —dice Cat arrastrando la mirada de la antorcha hasta mí, pasando por el conducto—. Qué asco me da que seas tan…

—¿La hostia? —sugiere Sloane sonriendo de una forma que me recuerda a su hermano.

—Poderosa —admite Cat apartando la mirada antes de volver a ponerse la mochila, y se cambia la antorcha de mano en vez de dársela a otra persona.

—La cuestión no es tener más o menos poder —le respondo, canalizando mi poder hacia el conducto para que vuelva a iluminarse antes de adentrarnos en la oscuridad—, sino control.

—Bueno, pues eso también me da asco —musita apretando el paso hasta alcanzarme.

—No me esperaba este arrebato de honestidad. Pero me gusta. —Seguimos avanzando por la cueva, que parece ensancharse con cada paso que damos—. Nos han emparejado porque en teoría soy la jinete más poderosa del pelotón —le digo ignorando la réplica que da para sus adentros—. Pero a ti se te dan mejor las runas. A lo mejor no nos cumplimentamos, pero sí que nos complementamos. —Sonrío a pesar de la negrura que nos engulle—. ¿Lo coges? Cumplimentar, de cumplido, y complementar. Las dos se parecen.

Cat me mira como si tuviera monos en la cara, y la antorcha empieza a titilar. Corre aire.

—¿Eso es un chiste de escribas? —me pregunta Sloane, unos pasos por detrás de nosotras, con Visia al lado.

—A Jesinia le habría hecho gracia —dice Visia, como si intentara salvarme.

—Es que Jesinia es escriba —repone Sloane.

La cueva se abre unos cinco metros más allá en un enorme túnel que se bifurca hacia la izquierda.

—Parece que había una manera mucho más sencilla de entrar en la cueva —dice Cat.

—Forma parte de una red de cuevas que cruzan la cordillera —le explico.

—¿Deberíamos separarnos? —quiere saber Visia.

—¡No! —respondemos las tres al unísono.

—¿Por dónde vamos? —Sloane verbaliza la pregunta que todas nos hacemos.

No responde nadie.

—*¿Se te ocurre algo*? —le pregunto a Tairn sintiendo cómo se estira nuestro vínculo. No está lejos, pero es evidente que tampoco está cerca.

—Noto un rastro de energía en esa cueva. Es todo lo que puedo decirte.

—Yo voto por la derecha. Si no hay nada, volvemos sobre nuestros pasos y vamos por la izquierda —propongo mirando a las demás.

Cat asiente, y reemprendemos la marcha.

—¿Crees que obtendrás un segundo sello? —me indica Visia rompiendo el silencio—. Dos dragones, dos sellos, ¿no?

—Ni idea —aseguro, y miro de reojo a Andarna. De hecho, suponía que al haberse vinculado a mí tan pequeña y haber perdido la capacidad de detener el tiempo, solo se me bendeciría con la habilidad de manipular el rayo. Pero ahora me pregunto si…

—*¿Tú qué crees?*

—*¿Y a mí qué me preguntas? Los sellos se manifiestan en función de la persona que los blande.*

Sus ojos emiten un brillo dorado, mientras que las escamas negras se funden con la oscuridad que las rodea.

—Tengo entendido que los segundos sellos solo se dan cuando un dragón se vincula a un jinete que sea descendiente directo del anterior —dice Sloane; parece que no ha entendido la pregunta de Visia—. Pero también es igual de posible que el jinete pierda por completo la chaveta. Según me ha contado Thoirt, por eso no castigaron a Cruth por vincularse a Quinn; es la sobrina nieta de la jinete anterior. Su sello es más poderoso, pero no es del todo distinto.

—Thoirt no debería revelarte las decisiones que tome el Empíreo —la reprende Visia, y al volverse hacia mí me mira con perplejidad.

La cueva me da vueltas. No puede ser verdad. Eso significaría que…

—¿Violet, estás bien? —me pregunta Visia.

Niego con la cabeza, pero respondo:

—Sí. —¿Cómo voy a explicarle que se me ha caído el alma a los pies y ha atravesado el suelo de la cueva? Respiro hondo y cierro y abro la mano mientras con la otra me aferro al conducto brillante. Andarna gruñe a mi derecha, y me apresuro a reconfortarla—: Estoy bien.

Las dos sabemos que no es verdad, pero también sé que ahora mismo no puedo permitirme ese tipo de divagaciones.

—Hostia, miradla —dice Sloane sacándome de mi ensimismamiento al pasar a nuestro lado para recoger el cofre de metal que está bloqueado en su posición de apertura por la runa de la parte frontal.

—Es… sencillo —comenta Visia.

—¿Piensas desactivar la runa de convocación? —le pregunto a Cat. Al ver que enarca una ceja, añado—: Se te dan mejor las runas, ¿te acuerdas?

—No te falta razón. —Asiente, y una sonrisa sincera le curva los labios por primera vez desde que la conozco—. Estaba esperando a que lo repitieras.

Las alas de Kiralair me rozan el hombro al pasar a nuestro lado en la oscuridad, como si Cat necesitara protegerse de lo invisible.

Cat nos mira a las tres con una mueca de tensión, incertidumbre y disgusto en los labios, y entonces le entrega la antorcha a Visia en lo que parece un doloroso sacrificio.

No, un sacrificio no: un gesto de confianza.

Teje la runa de desbloqueo con una velocidad que envidio, moviendo las manos con agilidad y seguridad, mientras Andarna se remueve a mi lado.

—*¿Qué pasa?*

—*Percibo un olor cada vez más intenso.*

—¿*Guivernos*? —Se me contraen todos los músculos del cuerpo.

—*No. Los guivernos huelen a magia robada cuando te acercas lo suficiente*. —Levanta la cabeza, ocupando tres cuartas partes del túnel—. *Este olor es de… dragón*.

—¡Ya está! —exclama Cat, y me vuelvo cuando se oye el chasquido del metal al cerrarse. El cofre está cerrado con firmeza.

—Más nos vale darnos prisa —les digo—. Andarna ha captado el olor de otros dragones, así que es probable que las otras secciones se estén acercando.

—No pienso perder el permiso. —Visia le ofrece a Cat la antorcha a cambio del cofre—. Así tendré tiempo de volver a casa y convencer a mis primos de que se alejen de la frontera, digan lo que digan mis tíos.

—¿Vas a volar a Navarre? —dice Sloane casi gritando.

—Está justo en la frontera. Ni se enterarán. —Visia agarra con firmeza el cofre y pasa corriendo junto a Andarna—. Venga, vámonos de aquí.

—Muy arriesgado veo yo lo de volver a Navarre —dice Cat apretando el paso para alcanzar a Visia mientras ilumina el camino—. Pero lo respeto.

Los esfuerzos, la consideración hacia Visia, me derrite un poco el corazón en lo que respecta a Cat. Quizá no sea igual de horrible con todo el mundo…, solo conmigo.

—No me queda otra opción —responde Visia mientras nos acercamos a la bifurcación del túnel.

Un gruñido bronco resuena en el mismo suelo que pisamos y las cuatro paramos en seco. Se me erizan los pelos de la nuca.

—Pero ¿qué…? —empieza Cat.

Otro gruñido hace que los guijarros bajo mis pies salten, y un dragón naranja adulto dobla la esquina, arañando el techo de la cueva con la espalda mientras gira la cabeza hacia nosotras y nos fulmina con el único ojo que le queda.

Joder.

Visia chilla.

—¡*Tairn*! —aúllo mentalmente, obligando a mi cuerpo a contener el desconcierto, el miedo y la desesperanza nauseabunda de la situación.

El orbe se me cae de las manos y se rompe en mil pedazos contra el suelo en el mismo instante en que me abalanzo hacia las mujeres que tengo delante, pero solo consigo agarrar el cuero de la mochila de Cat.

Tiro de ella hacia atrás con todas mis fuerzas justo cuando una garra afilada e irregular aparta a Visia de un golpe. Cat choca contra mí y las dos nos caemos al suelo, y la antorcha se le resbala de las manos cuando Visia golpea la pared de la cueva con un crujido que me revuelve el estómago.

El ángulo, el impacto… Dioses…, está…, está muerta.

—¿*Plateada*? —La voz de Tairn ruge en mi cabeza cuando el dragón que nos impide el paso centra su ojo entrecerrado en mí y abre la mandíbula por completo.

Un aliento fétido llena el aire un instante antes de que extienda la lengua y el fuego le ilumine la garganta de un resplandor anaranjado.

—*¡Solas nos ha encontrado!*

54



Solo diré una cosa sobre el fuego de dragón. Mata muy rápido.

—*Guía de campo de los dragones*, por el coronel Kaori

Una silueta oscura vuela a nuestra izquierda hasta ponerse delante de nosotras y nos empuja a Cat y a mí haciendo que acabemos en una maraña de brazos y piernas. Me agarro a ella en medio del caos, forzándola a colocarse frente a mí cuando nos detenemos con un derrape, consciente de que intentar protegerla de Solas dándole la espalda no bastará, pero lo intento de todos modos.

Debe vivir. Es la tercera en la línea de sucesión al trono de Poromiel. Si muere en Tyrrendor, Cordyn dará caza a Xaden y lo ejecutará…, si es que sobrevive a mi muerte.

«Sobrevive. Sobrevive. Sobrevive». Empujo la súplica por todos los vínculos mentales que tengo por si no estamos demasiado lejos. Xaden está fuera de mi alcance, pero Tairn lo oirá y Andarna… Dioses, Tairn tiene que llegar aquí a tiempo de salvarla.

Kiralair y Sloane son las siguientes en salir despedidas hacia nosotras, empujadas por una fuerza invisible que también nos hace retroceder a Cat y a mí en dirección a Solas, pero choco de espaldas con una superficie dura y áspera mientras, un instante antes de que nos engulla la oscuridad, las paredes de la cueva se iluminan con el brillo inquietante del fuego que se avecina.

—¡*Coged aire*! —nos ordena Andarna—. *¡No me lo discutas!*

No es oscuridad. Son alas. Lo que tengo en la espalda es su vientre, y nos ha rodeado con las alas.

—¡Coged aire y aguantad la respiración! —grito antes de llenarme los pulmones de un aire que ya huele a azufre.

Una llamarada de fuego ruge a nuestro alrededor con una fuerza que le hace temblar las alas a Andarna, y la temperatura se dispara. Me obligo a cerrar los ojos para evitar que se me cuezan mientras me arde la piel, como si nos hubieran lanzado a un horno. ¿Cómo es posible que sobreviva a esto?

—*El fuego no le afecta* —me recuerda Tairn, pero el pánico de su voz no me ayuda a controlar el pavor que me atenaza la garganta.

—¡*No respires*! —me exige Andarna, y sé que es porque los pulmones se me calcinarían si lo hiciera, yo o cualquiera de las demás. Cuento los latidos de mi corazón. Uno. Dos. Tres.

La descarga parece no tener fin, como si se hubiera convertido en mi propia eternidad, como si mi alma hubiera hecho exactamente lo que Sloane me pidió a principios de año y hubiese bajado a las profundidades del infierno sin que nadie la encomendara a Malek. Ocho. Nueve.

Al décimo latido se termina y Andarna deja caer las alas. Una ráfaga de aire nos envuelve, y espero hasta que siento su frío roce en la piel antes de coger aire, y oigo como las demás hacen lo propio.

Abro los ojos y veo a Cat cruzar el pequeño espacio antorcha en mano y utilizar las manos enguantadas para apagarle a Kira las puntas de las plumas del ala más alejada. Debe de haber estado expuesta a las llamas. Sloane se apresura a ayudarla mientras Andarna recupera el equilibrio, y yo esquivo por poco su cola cuando se gira para tener a Solas de frente.

—*¡No! ¡Es casi el doble de grande que tú!*

Levanto las manos y abro de par en par las puertas del poder de Tairn, dejando que me inflame el cuerpo como no ha podido hacerlo Solas con sus llamas, hasta convertirme en puro fuego. Pero no puedo utilizar mi poder aquí; es muy probable que acabara también alcanzando a las demás.

El rugido de Andarna resuena por la caverna, y el corazón me da un vuelco cuando se abalanza hacia la garganta de Solas. Él la aparta como si no fuera más que una simple molestia, y reprimo un grito cuando Andarna choca contra la pared y cae encima de los restos calcinados de los huesos de Visia.

—*Estoy bien*. —Andarna se sacude mientras Solas me escudriña.

—¡*Tres minutos*! —me dice Tairn—. *¡No moriréis hoy!*

Tres minutos. Podemos aguantar tres minutos, pero el problema no es el tiempo. Tairn no cabe por la entrada de la cueva. Tendrá que encontrar el lugar por el que ha accedido Solas.

—*¿Cómo cojones se mata a un dragón?*

—¡Suéltame! —grita Cat— ¡Me… me estás drenando el poder!

¿Qué coño dice? Me atrevo a mirar atrás, pero solo veo a Cat forcejeando con Sloane para soltarse.

—*Ve a por el otro ojo.*

—*Apártate* —le ordeno a Andarna, y esta vez sí me obedece y se arrastra hasta mi lado mientras yo extraigo dos dagas de sus fundas y las hago girar en el aire para cogerlas por la punta. Un segundo más tarde las lanzo.

La primera erra el blanco, pero la segunda acierta de pleno.

A su aullido de dolor le sigue una rabia que lo hace tambalearse hacia la bifurcación, dejando una valiosísima hendidura entre su cabeza y el muro.

Cat y Sloane están más cerca. Pueden conseguirlo.

—¡Marchaos de aquí! —le grito a Cat—. ¡Ahora!

—¡Violet! —exclama Sloane, pero Kira cierra el pico con suavidad alrededor de su mochila y la alza en el aire mientras Cat se esfuerza por montarse.

Pasan a toda velocidad a mi izquierda, y atraviesan por los pelos el túnel antes de que Solas agite las garras y hunda los espolones en las piedras de la cueva.

Golpeo el suelo y siento un dolor atroz en los hombros. No oigo ningún chasquido de las articulaciones mientras las garras pasan por encima de nosotros, pero algo se me clava en la palma de la mano: el cristal del conducto.

Palpo con los dedos ensangrentados el suelo bajo la luz tenue y agonizante de la antorcha hasta dar con los restos antes de que se apague. La parte superior de la unión de metal se ha roto y de ella sobresalen cuatro puntas irregulares y un pedazo intacto de la aleación.

—*No tengo fuego* —me dice Andarna leyéndome el pensamiento.

Pero yo tengo mi poder.

—*Pronto nos vamos a quedar sin luz*. —Es nuestra única oportunidad, y pienso aprovecharla—. *Tienes que salir corriendo en cuanto haya espacio suficiente*.

—*No voy a dejarte sola* —me discute con tozudez.

—¡*Un minuto*! —anuncia Tairn.

¿Cómo narices voy a acercarme lo suficiente para clavarle los restos del conducto? No tengo tiempo de atarlos a una daga, y la fuerza del lanzamiento no bastaría para…

Solas ruge de dolor y gira la cabeza hacia el hombro, y a través de la hendidura distingo a Cat en posición, preparando otra flecha.

No hay tiempo para pensar si intentará salvarme o no. Ya he empezado a moverme, con la antorcha moribunda en la mano vacía, en dirección al punto blando bajo la pata delantera de Solas, donde las escamas se separan unos centímetros para permitir el movimiento de la articulación.

La bestia vuelve a rugir y el fuego ilumina la cueva en una breve llamarada que no apunta a ninguna parte, y que acierta a la pared que tiene enfrente en lugar de a Cat. Corro hacia el espacio letal que hay debajo de Solas y cambio de objetivo cuando me doy cuenta de que me aplastará si llega a desplomarse, y opto por cargar hacia su hombro derecho.

Hundo las puntas del conducto en la articulación blanda entre sus escamas en el mismo instante en que Andarna le clava los colmillos entre el cuello y el hombro para distraerlo, y entonces blando mi poder. La energía me baja por el brazo hasta las puntas de los dedos, donde se encuentran con el metal.

Control. Todo depende del control.

Con una mano levantada, y manipulando el delicado flujo de energía, me alejo de Solas lo más rápido que me atrevo, alimentando el flujo con más y más poder, y entonces lo vuelco todo…

Solas ruge y gira sobre sí mismo. Una sombra se abalanza sobre mí y distingo la parte más gruesa de su cola en la penumbra un segundo antes de que me golpee el estómago y salga despedida, cortando el flujo de rayo.

Me veo cortando el aire como un proyectil, y acabo aterrizando de culo antes de que la espalda y la cabeza me toquen también el suelo con un crujido, pero contengo mi poder en vez de atacar, y siento cómo me calcina por dentro. Mejor eso que darle por accidente a Andarna.

No oigo más que un fuerte pitido en los oídos y no veo más que destellos fugaces. Fuego. Se producen llamaradas mientras trato de incorporarme a pesar de la confusión que me producen los latidos de mi propio corazón, y vislumbro a Andarna aferrada a Solas, colgada de él al tiempo que la bestia se sacude, y poco después lanza su cuerpo de menor tamaño contra la pared de la cueva.

—¡No! —creo gritar, pero el incesante tañido de las campanas que oigo en mi cabeza bloquea todo sonido, y de repente me muevo, arrastrada por un par de brazos. Dejo caer la cabeza y reconozco esos ojos.

Liam. Debo de haber muerto.

—¡Está desorientada! —grita alguien cuando el repique comienza a disiparse, y entonces el fuego ilumina otras dos flechas en el agujero sanguinolento que antes era el hombro de Solas.

Cat. La tengo a mi lado, preparando ya otra flecha, y mueve los labios, pero yo no oigo nada.

Y los ojos que hay sobre mí no son de Liam, sino de Sloane.

La oscuridad vuelve a engullirnos momentáneamente, y entonces el ruido se reduce lo suficiente para que pueda oír la voz de Cat con claridad.

—Noventa. Cien. Ciento uno. —La voz le tiembla.

Se produce otro destello mientras tiran de mí hacia atrás, y Cat dispara otra flecha que acierta a Solas en la misma herida. Andarna sale despedida, llevándose un pedazo de Solas con ella, mientras me arrastran desde la oscuridad de la cueva a la luz creciente de la entrada.

—¡Andarna!

Forcejeo con Sloane, pero cuanto más me resisto, más débil me siento, y el insoportable calor de mi poder se difumina en el momento en que Sloane comienza a gritar y me suelta de golpe.

—*¡Plateada!*

Siento unas ráfagas de aire constantes en la espalda y sé que Tairn está ahí, flotando en el aire, pero no consigo apartar la mirada de la negrura de la cueva mientras me pongo en pie como puedo cerca de la entrada.

Un dragón aúlla, y entonces todo se sume en un silencio sobrecogedor.

No ha… No puede ser.

—*Andarna vive* —me asegura Tairn, pero contengo la respiración hasta comprobar que el vínculo mental con Andarna sigue reluciendo con la misma fuerza de antes.

—Te he drenado. —Sloane levanta unas manos temblorosas, contemplándolas como si no fueran suyas—. ¡Te he drenado! —Me agarra de los hombros y me sacude hasta que aparto la vista de la cueva y la cabeza me da vueltas.

—¡Me cago en los dioses, Sloane, dale un momento! ¡Se acaba de dar un buen golpe en la cabeza! —brama Cat apuntando todavía hacia la oscuridad impenetrable, allí de pie bajo la luz cegadora del día, pero no llega a disparar ninguna flecha sin un objetivo claro.

—¿Tengo los ojos rojos? —Sloane me agita, o tal vez se esté agitando ella y simplemente se esté apoyando en mí—. ¿Los tengo rojos? Te juro que no

era mi intención, Violet. ¡No te he quitado nada a propósito! Dioses, ¿me estoy convirtiendo en una venin?

—*Es como Naolin* —dice Tairn.

—No te estás convirtiendo.

Le aparto las manos de mis hombros y observo la oscuridad cuando empiezan a oírse pasos y espolones que repiquetean sobre la roca.

—¿Ah, no?

—Se ha manifestado tu sello —susurro, y entorno los ojos para ver mejor la entrada de la cueva—. Eres una apropiadora.

Andarna sale a la luz, pero lo que me llama la atención no es su boca cubierta de sangre, sino la que gotea del aguijón venenoso que tiene en la cola.

—Lo has matado. —Dejo caer los hombros aliviada—. Has matado a Solas.

Una mezcla de orgullo y congoja me asaltan al mismo tiempo, pero no consigo levantar los escudos antes de que la voz de Tairn ocupe mi misma existencia.

—*Asesina.*

Xaden irrumpe en nuestra habitación mientras la curandera termina de examinarme los ojos, tapándome la visión y luego exponiéndomela a la luz.

—Violet… —Se detiene a unos metros de donde estoy sentada, en el borde de la cama—. ¿Cat? ¿Se puede saber qué haces tú aquí?

—Me ha salvado la vida. Lo mínimo que podía hacer era asegurarme de que la viera un curandero —responde Cat.

—¿Que ha hecho qué? —Xaden sigue andando al ver que la curandera se levanta.

—Lo que has oído. Se ha interpuesto entre ese monstruo naranja y yo. —Se levanta de la misma silla que ocupó Xaden durante días mientras yo dormía aquí después de lo de Resson, envenenada por la hoja venin—. Gracias, Sorrengail. —Mastica las palabras poco antes de pasar junto a Xaden de camino a la puerta.

—Solas… —intento explicarle.

—Ya lo sé —dice él—. Sgaeyl me lo ha contado.

—Estabas en una reunión. No quería molestarte. —Sigo los dedos de la curandera con la vista según me indica.

—¿Cómo vas a molestarme? —Las sombras inundan el suelo.

La curandera se percata de lo que está ocurriendo y parpadea con nerviosismo.

—Te recuperarás. No creo que tengas una conmoción cerebral, pero el chichón de la cabeza es bastante feo, y te pediría que vigilases los puntos de la mano —me dice arqueando una ceja plateada.

—Descuida. —Levanto la mano izquierda, ahora vendada—. Y gracias.

Ella asiente y se retira, desapareciendo por el pasillo.

Miro fijamente a Xaden y él hace lo propio, rezumando tensión por cada poro de su cuerpo.

—Si quieres que nos peleemos por lo de las protecciones, adelante, pero no pienso sentirme culpable por haber luchado para huir de una cueva.

Él se inclina hacia mí y me da un beso suave y lento.

—Estás viva —me susurra sobre los labios.

—Eso dice mi pulso.

—Me alegro. —Se pone en pie y se cruza de brazos—. Ahora ya podemos discutir. ¿Se puede saber por qué coño has salvado a Cat?

Lo miro perpleja.

—Perdón, ¿te has enfadado conmigo? Salgo por los pelos de una cueva después de enfrentarme a un dragón, ¿y vas y te enfadas conmigo? ¿Por salvar a la tercera en la línea de sucesión al trono de Poromiel?

Él retrocede con una sombra de miedo en los ojos un instante antes de que los invada la rabia.

—¿Has salvado a Cat por ser la tercera en la línea de sucesión?

—Vamos a ver. Primero, habría luchado por salvar a cualquiera…

—Serás temeraria y abnegada… —me acusa reculando poco a poco.

—Y segundo, si hubiera muerto, tú habrías corrido la misma suerte. Total, ¡que la he salvado, joder! —Mis pies tocan el suelo y la cabeza me da vueltas unos momentos, pero el pulso se me acompasa cuando respiro hondo—. Tecarus te habría mandado ejecutar si ella hubiese muerto bajo tu tutela.

—No me lo puedo creer. —Entrelaza las manos sobre la coronilla—. La odias y aun así te niegas a levantar las protecciones para que ella no se quede sin poderes, y luego vas y antepones su vida a la tuya por…

—¡Por ti!

—¡Yo solo te quiero a ti! —Hace un gesto de muñeca y las sombras cierran la puerta con más fuerza de la necesaria, sellándonos tras un escudo insonoro—. Si ella muere, asumiré las consecuencias. Si ya no pueden canalizar, también lo asumiré. Pero tú no. Tú nunca. Joder, Violet. Estoy

haciendo todo lo que está en mis manos para respetar tu libertad y protegerte, y tú vas y… —Niega con la cabeza—. Ya ni siquiera sé qué estás haciendo.

—¿Me estás protegiendo? —Me río con un tono sarcástico que hace que me escuezan los ojos—. ¿Lo dices en serio? Es que a veces no sé si es eso o que simplemente decides no matarme.

—Por fin. —Retrocede hasta topar con la pared, y entonces se cruza de brazos y se apoya sobre ella, antes de cruzar también los tobillos con indiferencia—. ¿Ya estás preparada para preguntarme por el pacto que hice con tu madre?

55



Nada mata más rápido el amor incondicional que las ideologías opuestas.

—Diario de Warrick de Luceras

—Traducido por los cadetes Violet Sorrengail y Dain Aetos

Abro la boca, y poco después la cierro.

—¿Sabías… que lo sabía?

—Claro que lo sabía. —Levanta una ceja oscura como si aquí el problema fuese yo—. Estaba esperando a que reunieras el coraje o la confianza necesarios, o como quieras llamarlo, para que me lo preguntases, hostia.

Cierro con fuerza los puños, contengo mi poder tras las puertas de los Archivos y levanto mis escudos. Sin conducto es muy probable que les prenda fuego a las cortinas por razones del todo equivocadas.

—¿Has dejado que me pase meses comiéndome la cabeza?

—¡No me lo has preguntado! —Se aparta de la pared, pero no da un paso más—. Llevo meses suplicándote que me preguntes lo que quieras saber para tirar abajo ese muro infranqueable que nos separa y que te empeñas en mantener, pero nada. ¿Por qué?

¿Cómo tiene el valor de echarme a mí la culpa?

—Fuiste tú el que me dijo que nunca serías del todo sincero conmigo. ¿Cómo se supone que iba a saber lo que estarías dispuesto a responderme y lo que no? ¿Cómo esperas que sepa lo que te tengo que preguntar?

—Cuando tengas una duda, pregúntamela. A mí me parece bastante simple.

—¿Simple? Brennan está vivo. Hiciste un pacto con mi madre a cambio de mi vida. Ella fue la que te dejó esas cicatrices en la espalda. Dime, Xaden, ¿solo quieres que hurgue en los secretos sobre mi familia? ¿Sabes también algo sobre Mira que yo desconozca?

—Mierda. —Se pasa una mano por el pelo—. No te voy a engañar: prefería que no supieras lo de las cicatrices, pero ¡te lo habría contado si me lo hubieses preguntado!

—Te lo pregunté el año pasado —replico caminando hacia las ventanas para contemplar la ciudad reconstruida mientras la sangre me bulle…, pero la piel todavía no, gracias a los dioses.

—Lo siento. No puedo cambiar lo que ocurrió el año pasado, y por mucho que me dijeras que entendías que te hubiera ocultado algunas cosas, dudo mucho que me hayas perdonado.

—Te he…

¿Se lo he perdonado? Me rodeo con los brazos y observo una bandada de diez grifos sobrevolándonos, mientras no paro de darle vueltas al pacto que hizo, a que lo supiera, a que me ponga a prueba con las puñeteras preguntas. Y aún no me lo ha contado todo sobre las cicatrices de la espalda ni ha confirmado las sospechas que he tenido en la cueva sobre su vínculo con Sgaeyl. ¿Cuántas cosas más me estará ocultando?

—Y volviendo a las cicatrices, te dije que mejor que no supieras cómo me las había hecho. Dime, de corazón, si el hecho de saberlo te hace más feliz.

El estómago se me revuelve.

—¡Pues claro que no! —Me vuelvo hacia él—. ¡Te llenó la espalda de cortes!

Niego con la cabeza, incapaz de comprender del todo las acciones de mi madre, y mucho menos cómo pudo soportarlo él.

—Sí. —Asiente como si no fuera más que un dato, un hecho histórico—. Y no te ofrecí esa información porque sabía que encontrarías la manera de culparte por ello, como has hecho con todo lo que ha salido mal estos últimos meses.

Me tenso.

—Eso no es…

—Es la verdad. —Echa a andar y se detiene al borde de la cama—. Y las cicatrices que tengo en la espalda no son culpa tuya. Sí, tu vida fue el precio tácito a cambio de que los marcados entraran en el cuadrante. —Se encoge de

hombros—. Tu madre reclamó su parte del trato, y yo cumplí con mi deber. ¿Quieres que te pida perdón por un trato que hice antes de conocerte, antes de quererte? ¿Por el pacto que nos ha salvado la vida y que nos permitió empezar a enviarles armas a los pilotos? Porque no pienso disculparme. No me siento culpable.

—Lo que me cabrea no es el trato. —¿Cómo es posible que no lo entienda?—. Lo que me molesta es que me lo ocultaras, y que insistas en obligarme a preguntarte cosas que deberías compartir conmigo abiertamente. ¿Cómo puede ser que esté enamorada de ti si a veces tengo la sensación de que apenas te conozco?

—Porque te he dejado vivir el tiempo suficiente para que nos enamoremos —responde—. Sin ese pacto, solo los dioses saben lo que habría sido capaz de hacer por mis ansias de venganza. Pregúntame por qué no me arrepiento. Pregúntame por la primera vez que te vi. Pregúntame por ese momento en que estuve a punto de matarte a pesar del trato y me contuve en el último instante. Pregúntame por qué. ¡Pregúntame algo! Revuélvete como el año pasado antes de que me cargara tu confianza. Deja de tenerles tanto miedo a las respuestas o esperar a que te las dé yo. ¡Exígeme la verdad! Necesito que me quieras por completo, no solo lo que decidas ver.

—No sé cómo podemos estar teniendo otra vez la misma discusión que hace cinco meses.

Niego con la cabeza con incredulidad. Depende de él contarme o no las cosas, pero estoy harta de tener que deducir qué preguntas hacerle.

—Porque el año pasado yo no fui el único que perdió tu confianza. Porque estabas demasiado cabreada por mi negativa a responder preguntas superficiales sobre la revolución como para hacerme preguntas reales sobre nosotros. Porque no tuviste la oportunidad de recuperarte del todo antes de que te torturaran. Porque fui a por ti y te dije que te quería, y tú decidiste que a lo mejor podías admitir que tú también, y que incluso podrías estar conmigo, pero nos saltamos el paso en que admitías que volvías a confiar plenamente en mí. Elige la que más te convenga. Es como si siguiéramos en el parapeto, pero ahora no soy yo el que tiene miedo de encontrar algo desagradable si continúa escarbando más allá de la superficie. Ahora la que tiene miedo eres tú.

—Eso es una gilipollez. —Niego con la cabeza—. ¿Y cómo quieres que confíe por completo en ti cuando no paran de salir hachas de guerra disparadas del armario en todas direcciones?

Él arquea la ceja de la cicatriz.

—No sé si te sigo…

—Era una analogía que utilicé con Imogen. Da igual. —Hago un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¿Sobre hachas de guerra en armarios? —Xaden ladea la cabeza mientras me estudia.

Me froto el centro de la frente.

—Básicamente le dije que si salía un hacha de guerra de un armario y estuviera a punto de matarte, lo lógico sería que echaras un vistazo en el armario para asegurarte de que no volviese a ocurrir.

—Mmm. —Mira de soslayo el lugar en que nuestros uniformes están colgados uno al lado del otro y frunce el ceño, sumido en sus pensamientos—. Me sirve.

—¿Qué?

—¿Qué hay en nuestro armario ahora mismo?

Se cruza de brazos y yo abro la boca, la cierro y vuelvo a abrirla.

—Uniformes. Botas. Ropa de vuelo.

—¿Cuántos uniformes? ¿Cuántos pares de botas? —Las sombras reptan por el suelo, extendiéndose desde debajo de nuestra cama hacia las puertas del armario—. ¿Sabes en realidad lo que hay dentro? ¿O confías en que no haya movido tus pertenencias y todo siga donde lo dejaste?

—Es una analogía. —Qué ridiculez—. Y abro el armario todos los días. Sé dónde están las cosas porque las veo.

—¿Y qué me dices de la manta que me tejió mi madre y que está guardada en el estante superior? —Dos zarcillos de sombras se acercan a los tiradores y abren las puertas del armario.

—No me ha dado por cotillear —respondo, y entrecierro los ojos.

Xaden esboza una media sonrisa.

—Porque confías en mí.

—Analogía —repito marcando cada sílaba.

—Pues hazme la pregunta, Violet —dice con voz queda, con ese tono calmado y controlado que me hace levantar la barbilla—. Sígueme la corriente.

—Vale —mascullo entre dientes—. ¿No tendrás por casualidad un hacha de…?

Las sombras emergen del armario y percibo el reflejo del metal un instante antes de que las cintas de pura oscuridad sostengan una daga a pocos centímetros de mi barbilla.

Dejo escapar un grito ahogado y tenso todos los músculos.

—¿Qué coño haces, Xaden?

—¿Voy a hacerte daño?

La moqueta amortigua sus pasos casi por completo mientras cruza la habitación, dándome tiempo más que de sobra para quejarme o retroceder, pero me quedo inmóvil.

—La que te va a hacer daño voy a ser yo como no me quites esto de la garganta —le espeto sosteniéndole la mirada.

—¿Crees que permitiría que este cuchillo te hiciera daño?

Las puntas de sus botas chocan contra las mías, e invade mi espacio personal.

—Claro que no.

Las sombras desplazan la daga con lentitud hacia la garganta de Xaden, y yo la agarro por la empuñadura y la lanzo al escritorio antes de que se corte por accidente.

Él esboza una sonrisa que no tarda en desaparecer.

—Oye, Violencia.

—¿Qué? —replico.

—Hay un cuchillo en el armario. —Xaden desliza una mano hasta mi cuello y se acerca a mí, recortando la distancia que nos separa hasta que solo existimos él y yo—. Y no tenías más que preguntarme, e incluso aunque no supieras lo que iba a hacer, sabes que jamás te habría hecho daño. Yo no soy la persona de la que desconfías.

Resoplo.

—¿Y eso qué significa?

—Cariño, eres la persona más lista que conozco. Si realmente querías respuestas, habrías formulado las preguntas adecuadas. —Suaviza la voz mientras me acaricia la barbilla con el pulgar—. Conocías el trato. Tal vez la pregunta que deberías estar haciéndote es por qué no me lo echaste en cara.

—¡Porque te quiero! —La voz se rompe en un susurro patético que me avergüenza casi tanto como los pensamientos que me bullen en la cabeza. Los pensamientos que me he esforzado por mantener a raya desde que mi madre me contó lo del trato que había hecho con él. Se me encienden las mejillas mientras él me sostiene la mirada, y cierro con fuerza los puños de pura frustración—. Porque quería pensar que me habías perdonado la vida durante aquellos primeros meses previos a la Trilla, porque te intrigaba o te impresionaba o te atraía tanto como tú a mí, y no porque hubieras hecho un trato con mi madre. Porque me horroriza pensar que la única razón por la que te has enamorado de mí es ella. Porque a lo mejor tienes razón y no quería

saber esa verdad en concreto, puesto que soy consciente de que existe una fina línea entre la devoción y la obsesión, entre la cobardía y la supervivencia, y vivo haciendo equilibrios en todo lo que respecta a ti. Te quiero tantísimo que el año pasado ignoré todas las señales de alerta, y ahora me paso la mitad del tiempo sin saber en qué lado de la línea estoy, ¡porque estoy demasiado ocupada mirándote como para bajar la vista hasta mis pies!

—Porque no quieres saber dónde los tienes —responde con delicadeza.

Aprieto los labios. Cómo se atreve.

Alguien llama a la puerta.

—¡Vete a tomar por culo! —grita Xaden por encima del hombro, y entonces suspira, como si hubiera recordado que ha insonorizado la habitación.

—Vamos a poner en práctica tu teoría. ¿Quieres que te exija la verdad? ¿Que te pregunte algo verdaderamente importante? —Le sostengo la mirada y endurezco el corazón.

—Por favor, tú dirás —me contesta con ironía.

—¿Cuál es tu segundo sello?

Pone los ojos como platos y se queda lívido mientras deja caer la mano. Creo que es la primera vez que he conseguido de verdad dejar a Xaden Riorson sin palabras.

—Sé que tienes dos sellos —susurro mientras los porrazos continúan—. Me dijiste que Sgaeyl estaba vinculada a tu abuelo y, por tanto, tú eres un descendiente directo. Si un dragón se vincula a un miembro de la familia, es posible que el sello se potencie, pero en el caso de un descendiente directo, o bien se genera un segundo sello o… esa persona pierde la cabeza, y yo te veo bastante cuerdo.

Xaden coge aire con agitación y se obliga a mantener la compostura.

Niego con la cabeza y resoplo.

—¿Me he pasado con la pregunta? Lo que no soy capaz de entender es cómo permitieron que Sgaeyl te eligiera, cómo se salió con la suya. Cómo os salisteis con la vuestra, vaya.

Los porrazos se vuelven más urgentes.

—¡Tenemos una emergencia!

¿Brennan?

Los dos giramos la cabeza hacia la puerta y Xaden se apresura a abrirla. Atiende a las palabras susurradas de mi hermano y luego me mira de reojo.

—Han divisado a una horda de guivernos volando desde Pavis hacia los acantilados.

Xaden le dice algo más a Brennan y se vuelve otra vez hacia mí.

—¿Estás ya preparada para levantar las protecciones? ¿O prefieres esperar a que se presenten en nuestra puerta?

Mierda.

56



Este continente nunca fue nuestro. Siempre fue suyo, desde el principio, y a nosotros simplemente nos permitieron vivir aquí.

—Diario de Warrick de Luceras
—Traducido por la cadete Violet Sorrengail

—Dragones —dice Brennan.

Ignoramos el camino que conduce a la cámara de la piedra protectora y optamos por subir por el que lleva a la cima de la colina con los otros miembros de la Asamblea, con Xaden y Rhiannon cerrando la comitiva bajo el sol de la tarde.

El viento aúlla y arrastra los nubarrones que ya se ciernen sobre nosotros. Se percibe una cierta urgencia incluso en el tiempo. ¿Y si me equivoco? ¿Y si he pasado por alto un símbolo, un significado? En unas pocas horas estaremos luchando por nuestras vidas. Con todo, desde aquí siento un zumbido claro y poderoso proveniente de la piedra, así que algo debemos de haber hecho bien. El tiempo que Dain, Xaden y yo hemos dedicado a imbuir la piedra ha merecido la pena. No está generando protecciones por sí misma, ni mucho menos, pero al menos está reteniendo poder.

El caos que se respira en el interior de la Casa Riorson se derrama hacia el sendero que conduce al valle mientras jinetes y pilotos por igual corren hacia el campo de vuelo, armados hasta los dientes con espadas, hachas de guerra,

dagas y arcos. Yo misma llevo las mías en sus vainas (salvo las que se quedaron en la cueva, clavadas en el cadáver de Solas) y la mochila atada a la espalda. La mayoría de los cadetes de segundo y tercero se dirigen a los puestos avanzados que salpican la frontera con Navarre, y luego estoy yo.

Iré con Xaden a enfrentarme a la horda que se aproxima, dado que Tairn y Sgaeyl vuelan más rápido que cualquier otro dragón. Lo último que queremos es que lleguen a Aretia.

Si nos damos prisa y la traducción es correcta, puede que consigamos levantar las protecciones justo antes de que la horda llegue a la cima de los acantilados. Intento no pensar en lo que ocurrirá si me he vuelto a equivocar con la traducción, pero el corazón me martillea en el pecho mientras ascendemos por el sendero.

Miro a Xaden por encima del hombro y veo que tiene la mandíbula tensa y que me esquiva la mirada. Tal vez se repita siempre la misma discusión porque nunca hemos llegado a zanjarla. Por Malek, ¿cuál será su segundo sello para que se haya quedado tan pálido?

—Dragones —repito, volviendo a centrar la atención en mi hermano antes de entregarle el diario por la página que no traduje bien al principio—. ¿Ves esa frase? —La señalo con un dedo enguantado—. Tiene más bien un sentido de poder político, no físico, porque entonces la posición del símbolo sería algo más baja. Dain fue el que se dio cuenta. La piedra necesita a un representante de cada guarida. —Y es por eso por lo que Rhiannon está subiendo por el sendero detrás de nosotros, junto con Xaden, quien todavía no ha despegado los labios. Necesitamos a Feirge—. Y nos hizo falta leérnoslo desde el principio para saber que cuando un dragón prende una piedra, ese fuego ya no puede utilizarse en ninguna otra, y había que llegar al final para saber que crearon dos piedras protectoras. Pero no dice por qué no activaron esta. Las runas grabadas en la piedra se activan con el fuego de dragón, y es obvio que tenían suficientes dragones para hacerlo. ¿Por qué no protegieron más territorio navarrense si tuvieron esa posibilidad?

Me duele todo el cuerpo por el ataque de hoy, sobre todo la cabeza y los hombros, pero hago todo lo posible por reprimir el dolor para poder terminar con esto. Poco importará lo que me duela si estamos muertos en unas horas. Me toco con cuidado el chichón de la nuca y tuerzo el gesto.

—Déjame que te lo repare —se ofrece Brennan al levantar la vista del diario, con la frente arrugada por la preocupación.

—Ahora no tenemos tiempo. Luego —respondo negando con la cabeza, y me subo la capucha para protegerme del frío.

Él me lanza una mirada de reprobación, pero no insiste.

—No solo lo has traducido, sino que además has vuelto atrás y has repetido el proceso cuando la mayoría habría tirado la toalla. Estoy muy impresionado, Violet. —Esboza una sonrisa.

—Gracias. —No puedo evitar devolverle el gesto con un cierto orgullo—. Papá me enseñó bien, y Markham continuó donde él lo dejó.

—No me imagino la decepción que se debió de llevar cuando te quedaste en el Cuadrante de Jinetes.

—Soy su mayor fracaso, eso está claro.

Solo unos pasos más.

—Pero el mayor éxito de papá. —Brennan me devuelve el diario.

—Creo que se sentiría orgulloso de los tres. Deberías quedártelo. —Señalo el diario con un gesto de cabeza cuando al fin llegamos a la cima—. Debemos preservarlo.

—Pídemelo cuando lo necesites —responde, y se lo guarda en la chaqueta antes de girar a la izquierda, hacia el lugar en que Marbh espera junto a Cath agitando la cola, con Dain delante de ellos, inquieto, cambiando el peso de pie.

Seis dragones rodean la parte superior de la cámara, ala con ala, y me dirijo hacia Tairn, que se alza junto a Sgaeyl, como cabía esperar.

—¿*Cómo está Andarna*? —le pregunto antes de ocupar mi lugar entre sus patas delanteras y echar un vistazo por el borde de piedra hacia la cámara inferior, donde la piedra protectora zumba a unos treinta metros bajo nuestros pies—. *He intentado contactar con ella, pero no responde*.

—*Los ancianos la han interrogado, y han considerado justificados sus actos* —contesta—. *Pero matar a otro dragón deja una marca profunda en el alma, por mucho que sea en defensa propia o de tu jinete*.

—*Por eso tú le sacaste un ojo en lugar de matarlo*. —Me pongo rígida al ver que Xaden se acerca, y le esquivo la mirada mientras se coloca en posición bajo Sgaeyl.

—Debería haber acabado con su vida entonces. En el futuro no vacilaré cuando se dé una situación similar. Ahora ella sufre una carga que debería haber sido mía.

—Estoy orgullosísima de ella.

—Yo también.

Rhiannon espera junto a Feirge y Suri hace lo propio con su Marrón Cola de Maza.

—Vamos con ello. —Suri me lanza una mirada asesina; es evidente que sigue enfadada por haberle estado ocultando mi descubrimiento durante toda la semana. Ya he asumido que no voy a ganar ningún punto en la sección de la confianza.

Los seis intercambiamos sendas miradas y breves gestos de cabeza.

—*Ha llegado el momento* —dice Tairn.

Los dragones inhalan al unísono y exhalan fuego hacia la cámara en seis llamaradas individuales que calientan al instante el aire que nos rodea. Este es el motivo por el que la construyeron con una salida al cielo; no para poder venerar a las estrellas o algo por el estilo, sino para que los dragones pudieran acceder.

Giro la cabeza a un lado cuando el calor empieza a hacer estragos en las zonas de la piel con hipersensibilidad, que aún me escuecen por el ataque de Solas. Un instante más tarde un pulso de magia resuena a través de mí en una oleada, y arrastra mi poder hacia la superficie con una sensación algo más suave que la que se produjo durante el nacimiento de la primera cría de Aretia.

El fuego se disipa y el calor achicharrante desaparece en el aire hibernal, y los seis nos quedamos mirando la piedra, a nuestros dragones, los unos a los otros.

Esa sensación de equilibrio y arraigo que solo he percibido dentro de las protecciones de Basgiath ha vuelto, y la magia salvaje y desbocada que me ha reptado por debajo de la piel desde que nos marchamos de Navarre parece remitir, no más débil pero infinitamente más… domeñada. Asomo la cabeza por el borde, pero la piedra tiene el mismo aspecto que antes.

¿Tal vez lo del fuego sea algo más bien simbólico?

Me vuelvo hacia Dain, y veo que esboza la sonrisa más radiante que le veo en años antes de hacerme un gesto aprobatorio con la cabeza. Mi sonrisa refleja la suya, y el pecho se me hinche de entusiasmo. Lo hemos conseguido. Tantas noches y días fríos imbuyendo la piedra, las discusiones sobre la traducción e incluso mi fracaso inicial han merecido la pena solo por llegar a este momento.

—¿Y ya está? —pregunta Brennan mirándome a través de la abertura de la cámara.

—Tampoco es que tengamos tiempo de probarlo. —Xaden señala al cielo, donde las bandadas ya se han puesto en marcha, y nuestras miradas se encuentran—. Nos toca volar.

Tairn jamás había volado tan rápido. Sgaeyl y Xaden se quedan atrás cuando él alza el vuelo hacia el acantilado donde se encuentra el mejor punto estratégico desde el que vigilar a los guivernos, al borde de las altas llanuras, que en situaciones normales nos llevaría unas dos horas, y que esta noche hemos recortado unos cuantos minutos.

—*Les sacamos unos quince minutos de ventaja* —me dice mientras recorre kilómetros y kilómetros de cultivos, y desciende poco a poco hasta aterrizar a unos cuarenta metros del borde de los acantilados—. *Aprovecha este tiempo para reconectar contigo misma*.

—*No me digas que te vas a poner de parte de Xaden en esta cuestión*. —Me desabrocho de la silla y compongo una mueca al saltar del asiento—. *Necesito estirar las piernas*.

—*Yo no me pongo nunca de parte del teniente*. —Resopla—. *Como si yo no tuviera nada mejor que hacer que atender a vuestras cuitas románticas*.

—*Perdón por sacar conclusiones precipitadas*. —Esquivo sus pinchos y él hunde el hombro.

—*Aunque sí me siento insultado por esa afrenta* —comenta mientras me deslizo por su pierna.

—*¿Qué afrenta?*

La rodilla se me queja cuando mis botas caen sobre el suelo congelado, pero la venda la sostiene en su sitio.

—*Que dudaras de tu juicio, como si yo no te hubiese elegido justo por eso.*

—*Pero no atiendes a nuestras cuitas. Ya.*

Estiro los hombros y me dirijo al borde del acantilado, y allí convoco el poder suficiente para que la piel se me caliente a pesar de las bocanadas de vapor que me salen de la boca.

Aquí también percibo un zumbido, y sé instintivamente que es aquí donde terminan las protecciones, a unos metros del borde del acantilado. Estamos a cuatro horas de vuelo de Aretia para un dragón de la media, si es que tal criatura existe.

¿Sería esta la frontera natural de las protecciones de Basgiath si no las hubieran extendido hasta los puestos avanzados? La distancia habría dejado Elsun, Tyrrendor e incluso una parte muy significativa de Calldyr desprotegidas.

Dioses, ni siquiera estamos protegiendo la mayor parte de Tyrrendor si esta es la extensión natural de la piedra protectora.

—¿*Hay noticias*? —le pregunto a Tairn.

—La manada de tres más cercana se encuentra a treinta kilómetros al norte, y lo mismo hacia el sur.

—¿No ha habido ningún avistamiento?

Esta noche no disponemos de la fuerza que Xaden querría para cada unidad, pero podemos cubrir más porción de la frontera en grupos de tres o, en nuestro caso, de dos. Desplegarnos en unidades más pequeñas pero menos diseminadas les permite a los dragones más fuertes comunicarse mejor.

Se ha convocado a todos los jinetes vinculados repartidos por Poromiel para que defiendan los acantilados, pero no esperamos que los que están estacionados en Cordyn o más allá de la frontera con la provincia de Braevick lleguen a tiempo.

—Desde los acantilados no.

—¿Y más allá?

Miro hacia el paisaje que ya se oscurece, buscando algún indicio de alas grises.

—*Calculo que disponemos de unos quince minutos*. —Deja escapar una bocanada de vapor que silba a mi lado—. *Prepárate. Sgaeyl se aproxima*.

—*¿Crees que tiene razón?* —le pregunto, cruzándome de brazos en el momento en que el batir de unas alas rompe la calma relativa de la noche.

—Lo que sé es que él cree que sí.

Menuda ayuda.

Sgaeyl aterriza cerca de Tairn, y yo disfruto de mis últimos momentos de paz y me preparo para la batalla que se avecina antes de que la guerra de verdad nos alcance.

No tardo en oír sus familiares pasos acercándose a mí.

—No ha habido avistamientos desde este lado de los riscos —le informo cuando se pone a mi lado, manteniendo los escudos en su sitio—. Tairn cree que tenemos quince minutos.

—No hay nadie más aquí —dice con voz entrecortada.

—Ya, somos la única pareja. —Cambio el peso de pie, y la energía que me hormiguea en las puntas de los dedos me inunda poco a poco las células, y, como de costumbre, me satura de anticipación en vez de asfixiarme—. Sé que eso va en contra de tu idea de los grupos completos…

—No me refería a eso. —Se guarda los guantes en los bolsillos y se queda con las manos desnudas, listo para manipular su sello, la imagen perfecta de la compostura y el control—. No hay nadie que nos oiga en kilómetros a la redonda.

Levanto las cejas y me vuelvo hacia él asombrada.

—Perdón, ¿estás insinuando que la razón por la que no respondiste a mi pregunta en Aretia fue porque no confiabas en que tu propio escudo insonorizara la habitación?

—Siempre habrá alguien a quien se le dé algo mejor que a ti, incluidas las protecciones. —Tuerce el gesto—. Pero quizá esa no sea la única razón.

—Ahórrame la charla que estás a punto de darme. —El estómago se me revuelve, y bajo la voz hasta imitar a Xaden lo mejor que sé—. «Pregúntame». —Niego con la cabeza—. ¿Cómo quieres que te pregunte nada si a la primera pregunta real que te hago respondes con evasivas, como un cobarde?

—No me esperaba que me preguntaras por un segundo sello —replica.

—Mentira. —Pongo la vista al frente, escudriñando el cielo en busca de movimientos mientras combato la ira ardiente que pone a prueba las puertas de los Archivos de mi poder—. Si no hubieses querido que lo supiera, no me habrías contado que Sgaeyl también se había vinculado a tu abuelo. Eso es un hecho, ya fuera una decisión consciente o inconsciente. Sabías que lo deduciría. ¿Ha sido otra de tus pruebas de lo de «pregúntame lo que quieras»? Porque, en ese caso, aquí el que ha perdido has sido tú, no yo.

—¡¿Crees que no lo sé?! —grita masticando cada palabra, como si tuviera que sacárselas a la fuerza de la garganta.

El hecho de que haya sido capaz de reconocerlo capta mi plena atención, pero el arrebato dura poco, hasta que entra en juego su autocontrol y los dos nos sumimos en un silencio tenso mientras él clava la vista en la lejanía.

—A veces siento que no te conozco. —Estudio las líneas duras de su rostro mientras él tensa la mandíbula—. ¿Cómo voy a quererte de verdad si no te conozco?

No puedo, y creo que los dos lo sabemos.

—¿Cuánto se tarda en desenamorarse? —dice mientras escudriña el horizonte—. ¿Un día? ¿Un mes? Te lo pregunto porque no tengo experiencia.

¿Qué cojones dice? Me cruzo de brazos para contener el impulso de darle un codazo.

—Te lo pregunto —continúa, tragando saliva sonoramente— porque creo que apenas te costará un suspiro en cuanto lo sepas.

Siento como un escalofrío me recorre la columna y se me forma un nudo en la garganta que me hace bajar ligeramente los escudos, lo justo para sentir un miedo cerval en el vínculo que compartimos. ¿Qué narices puede ser su sello como para que deje de quererlo?

Mierda. ¿Y si es como Cat? ¿Y si ha estado siempre manipulando mis emociones? Trago saliva para quitarme el regusto amargo que me sube por la garganta.

—Jamás te haría algo así —replica lanzándome una mirada dolida de soslayo antes de seguir contemplando los cielos.

—Mierda. —Me paso una mano por la cara—. No quería decirlo en voz alta.

Él no responde.

—Dime lo que es, sin rodeos. —Me acerco a él y le poso una mano sobre el brazo—. Me dijiste que confiabas en que me quedara contigo porque, a pesar de que no conociera tus actos más viles, sabía de lo que eras capaz, pero no puedo saberlo si no me lo cuentas.

De algún modo, hemos vuelto al punto en el que estábamos hace unos meses, cuando no nos fiábamos del todo del otro.

Xaden abre la boca, pero vuelve a cerrarla de golpe, como si hubiera estado a punto de decir algo y se hubiese arrepentido en el último momento.

—Los sellos están relacionados con quienes somos en el fondo y con lo que necesitamos —pienso en voz alta. Si no me lo dice, tendré que adivinarlo —. Tú eres un maestro de los secretos, de ahí las sombras. —Señalo las que se arremolinan en torno a sus pies—. Eres letal con cualquier arma que tocas, pero eso no es un sello. —Frunzo el ceño.

—Para.

—Eres una persona despiadada, lo cual entiendo que podría tener algo que ver con tu incapacidad para controlar tus emociones. —Cambio el peso del cuerpo de un pie al otro y le examino el rostro, buscando el más mínimo indicio de que voy por el buen camino, y sigo cavilando, confiando en que Tairn divise a los guivernos antes que nosotros—. Eres un líder nato. Todo el mundo gravita a tu alrededor, incluso aunque la intuición les diga lo contrario. —Eso último es apenas un susurro—. Siempre estás en el sitio adecuado… —Abro los ojos—. ¿No serás un telemante?

Solo he oído hablar de dos jinetes en la historia que pudieran cruzar cientos de kilómetros en un solo paso.

—Hace siglos que no aparece un telemante, y, además, ¿no crees que si lo fuera habría pasado todas las noches en tu cama? —Niega con la cabeza.

—Pero ¿qué necesitas? —sopeso ignorando la tensión de su mandíbula—. Necesitas poner en duda a todo el mundo para luego hacer tus propias suposiciones. Necesitas juzgar rápidamente el carácter de las personas para saber en quién confiar y en quién no, y así llevas años dirigiendo esas

misiones de contrabando en Basgiath. Sobre todo necesitas control. Es algo que está imbricado en cada aspecto de tu personalidad.

—Para —insiste.

Ignoro por completo la advertencia, igual que ignoré la advertencia que me hizo Mira el año pasado de que me alejara de él.

—Tienes que arreglar… Nada, porque si pudieras reparar, no me habrías llevado a Aretia. Vamos a probar eliminando los sellos. No puedes ver el futuro, porque de lo contrario no nos habrías llevado a Athebyne. No puedes manipular los elementos, o lo habrías puesto en práctica en Resson… —Hago una pausa cuando un pensamiento se abre paso a través de los demás—. ¿Quién lo sabe?

—Para antes de que lleguemos a un punto de no retorno.

Las sombras recortan los centímetros que nos separan y me reptan por las pantorrillas, como si Xaden creyera que no le va a quedar otra que luchar por mí para que siga a su lado.

—¿Quién lo sabe? —repito levantando la voz con enfado. Aunque poco importa. No hay nadie en kilómetros a la redonda, y en Aretia no contamos con fonocaptores que puedan oír a kilómetros de distancia, como el capitán Greely de la guardia personal del general Melgren, y de ahí el retardo en nuestras comunicaciones—. ¿Lo saben los marcados? ¿Y la Asamblea? ¿Soy la única persona cercana a ti que no lo sabe, igual que el año pasado? —Dejo caer la mano de su brazo.

Es imposible tener un sello que nadie haya detectado, para el que nadie lo haya entrenado. ¿Me ha vuelto a tomar por tonta? El espacio entre mis costillas y mi corazón se reduce y encoge, y el pecho amenaza con replegarse sobre sí mismo.

—Me cago en los dioses, Violet. No lo sabe nadie más.

Se vuelve hacia mí en un movimiento tan violento que podría intimidar a cualquier otra persona, pero yo sé que es incapaz de hacerme daño, al menos físico, de modo que me limito a levantar la barbilla y mirar fijamente a esos ojos salpicados de dorado en actitud de desafío manifiesto.

—Me merezco algo mejor que esto. Dime la verdad.

—Siempre te has merecido algo mejor que yo. Y no lo sabe nadie —repite bajando la voz—. Porque si se lo hubiera contado a alguien, ya estaría muerto.

—¿Por qué…? —Separo los labios y el pulso se me acelera en el momento en que la cabeza empieza a darme vueltas.

Necesita un control absoluto de la situación. Tiene que hacer juicios rápidos de la gente. Saber intrínsecamente en quién confiar y en quién no. Para que el movimiento haya tenido éxito dentro de los muros de Basgiath, ha tenido que saberlo… todo.

La necesidad más acuciante de Xaden es la información.

Tairn se remueve y ladea el cuerpo hacia Sgaeyl, en lugar de quedarse a su lado.

Dioses. Solo hay un sello por el que matarían a un jinete. El miedo me retuerce el estómago y amenaza con hacerme expulsar lo poco que he comido hoy.

—Sí. —Asiente arrastrando la mirada hacia mí.

Mierda. ¿Acaba de…?

—No. —Niego con la cabeza y retrocedo, lejos de sus sombras, pero él se mueve como si diera ese mismo paso conmigo.

—Sí. Así supe que podía fiarme de que no le contarías a nadie la reunión bajo aquel árbol el año pasado —dice mientras yo reculo otro paso—. Y así sé lo que tiene planeado mi oponente en la estera antes de su siguiente movimiento, o lo que necesita oír la otra persona para conseguir que haga lo que se precisa, y cómo sabía si alguien sospechaba remotamente de nosotros cuando estábamos en Basgiath.

Niego con la cabeza, atónita, deseando haber dejado de hurgar como él me había pedido. Xaden recorta la distancia que nos separa.

—Por eso no maté a Dain en la cámara de interrogatorios, por eso permití que nos acompañara, y en cuanto bajó sus escudos supe que había tenido una verdadera epifanía. ¿Cómo es posible que supiera todo eso, Violet?

Le leyó la mente a Dain. Xaden es más peligroso de lo que jamás habría imaginado.

—Eres inntinncista —susurro. Incluso la mera acusación significa una sentencia de muerte entre los jinetes.

—Un tipo concreto de inntinncista —responde él despacio, como si fuese la primera vez que pronuncia esas palabras—. Puedo leer las intenciones. Quizá sabría cómo llamarlo si no mataran a todo el mundo que demuestra aunque sea un indicio del sello.

Levanto las cejas.

—Pero ¿puedes leer los pensamientos o no?

Él tensa la mandíbula.

—Es algo más complicado que eso. Piensa en esa milésima de segundo justo antes de que se produzca un pensamiento como tal, la motivación

subconsciente de la mente que tal vez ni siquiera concibas, o cuando el instinto te lleva a moverte o a traicionar a alguien. La intención siempre está ahí. La mayoría no son más que borrones, pero hay algunas personas que «pretenden» con mucha más claridad.

Tairn deja escapar un gruñido bronco y agacha la cabeza frente a Sgaeyl mientras nuestro vínculo se inunda de algo amargo y enfermizo. Traición. Pongo mis escudos en su sitio y lo bloqueo antes de perderme en sus emociones; bastante tengo con las mías.

Tairn no lo sabía.

Otro gruñido de rabia le hace vibrar las escamas del pecho y el corazón me da un vuelco entre punzadas de empatía. Me quedo de piedra al ver a Sgaeyl retrocediendo, pero mantiene la cabeza bien alta, ofreciéndole la garganta a su pareja, que es lo mismo que ha hecho Xaden conmigo, metafóricamente hablando. No tengo más que contárselo a alguien, a quien sea, y estará muerto. Un rugido suave me llena los oídos.

—Hay secretos que ni siquiera puedes compartirlos con tu pareja —dice Xaden, con la mirada clavada en mis ojos, pero sus palabras van dirigidas a Tairn—. Hay secretos que no pueden decirse en voz alta ni tras el resguardo de las protecciones.

—Y aun así tú conoces los secretos de todo el mundo, ¿verdad? Las intenciones de todo el mundo.

Por eso no se permite vivir a los inntinncistas. Las implicaciones de su sello me arrollan con la fuerza de un ariete, y me tambaleo hacia atrás como si el golpe hubiese sido físico. ¿Cuántas veces me habrá leído la mente? ¿Cuántos prepensamientos habrá escuchado a escondidas? ¿Lo quiero en realidad, o simplemente me dijo lo que quería oír? ¿Las cosas que necesitaba para…?

—Menos de un minuto —susurra Xaden mientras Sgaeyl echa a andar hacia él, hacia nosotros—. Eso es lo que te ha costado desenamorarte de mí.

Me vuelvo hacia él.

—No me leas la…, ¡lo que sea!

Tairn camina hacia mí con la cabeza gacha y los dientes a la vista hasta colocarse justo detrás.

—No te he leído nada. —Xaden esboza la sonrisa más triste que he visto jamás—. Primero, porque tienes los escudos en alto, y segundo, porque no me ha hecho falta. No hay más que verte la cara.

Mi corazón se esfuerza por recuperar su ritmo habitual, dividido entre detenerse y admitir torpemente la derrota o acelerarse, o mejor dicho,

disponerse a luchar en defensa de esa verdad agónica pero cierta de que, a pesar de todo, sigo queriéndolo.

Pero ¿cuántos golpes más puede llevarse este amor? ¿Cuántas dagas más caben en ese armario metafórico? Joder, ya no sé ni qué pensar. Me asaltan unas violentas náuseas. ¿Lo habrá utilizado alguna vez conmigo?

—Dime algo —me suplica con los ojos dominados por el miedo.

El rugido cobra intensidad, como el sonido de un millón de gotas de lluvia sobre un tejado.

—Mi amor no es tan voluble. —Niego con la cabeza despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Así que más te vale que sobrevivas, porque ahora sí estoy preparada para hacerte todas las putas preguntas que se me ocurran.

—¡*Plateada, monta*! —brama Tairn derrumbando la barrera de mis escudos como si no fuera más gruesa que un pergamino—. *¡Guivernos!*

Xaden y yo dedicamos un instante a mirar más allá del borde de los acantilados. El corazón se me encoge cuando caigo en la cuenta de que el nubarrón que se aproxima no es una tormenta y que el rugido en mis oídos es en realidad un ruido de alas. Un suspiro, eso es todo lo que espero antes de volverme, moverme, cruzar a toda prisa el suelo congelado y subir por la pata delantera que Tairn me ofrece hasta su hombro.

—*¿Cuántos?*

Me coloco mis gafas de vuelo y mando la pregunta a través del canal mental que nos conecta a los cuatro antes de acomodarme en la silla.

—*Cientos* —responde Sgaeyl.

—*Pues qué mala suerte.*

Me obligo a llenar de aire los pulmones con respiraciones calculadas para mantener la calma, pero las manos me tiemblan cuando me abrocho el cinturón que me cruza el regazo. En cuanto me sujeto bien a la silla, Tairn coloca el cuerpo en paralelo a los riscos y alza el vuelo con tanto ímpetu que me hundo en la silla con todo mi peso mientras él asciende rápidamente con movimientos pesados y poderosos de las alas.

Cuando hemos ganado la altura suficiente para tener la superioridad en el aire, Tairn vira hacia la izquierda y traza un círculo cerrado hasta tener a la horda de frente. Luego extiende las alas contra el viento y detiene nuestro impulso con tanta brusquedad que salgo despedida hacia el borrén mientras él flota a unos cincuenta metros sobre el campo congelado, dejando más del doble de la longitud de su cuerpo entre nosotros y el borde del acantilado.

—*No estaría de más que la próxima vez me avisaras* —digo a través de nuestro vínculo privado.

—*¿Acaso te has caído*? —replica él por el mismo canal, alzando y bajando las alas a un ritmo constante para mantenernos relativamente en el mismo sitio.

Decido morderme la lengua cuando Xaden y Sgaeyl se colocan a nuestra derecha, guardando una distancia considerable con el ala de Tairn.

—*Siento que Sgaeyl no te lo contara.*

—*Ya resolveremos los asuntos emocionales después de resolver los asuntos de vida o muerte.*

Entendido.

El estómago se me revuelve cuando empiezo a distinguir las siluetas individuales de la horda, y se me cae el alma a los pies cuando el cielo nocturno se vislumbra entre sus alas.

—*Treinta segundos* —calcula Tairn.

Suelto el borrén y pongo las palmas de las manos hacia arriba, abriendo las puertas de mis Archivos al poder de Tairn y dejando que cargue cada célula de mi cuerpo hasta que el zumbido de la energía que percibo en los límites de las protecciones da paso al zumbido de la energía en que yo misma me he convertido.

—*Están reduciendo la velocidad* —apunta Xaden en el momento en que la horda se disemina en una agrupación que, por mucho que me aterrorice reconocerlo, parece una formación.

Noto un regusto a bilis en la boca mientras cuento uno, dos, tres, cuatro…

—*Cuento como mínimo una docena de venin.*

—*Diecisiete* —me corrige Tairn con un gruñido.

Diecisiete seres oscuros y una horda que rivaliza con nuestras fuerzas en Aretia contra… nosotros dos.

—*Si las protecciones no están activas, si la he cagado con la traducción, estamos muertos.*

—*No la has cagado* —responde Xaden con mucha más confianza que yo.

La piel se me enciende cuando el poder busca una vía de escape, pero lo contengo, preparada para blandirlo, en el momento en que tres guivernos rompen la formación y se acercan a nosotros. Sobrevuelan a una cola de distancia del borde del acantilado, las escamas apagadas y grises, y con unos agujeros en las alas que me hacen pensar que tal vez no hayan terminado de formarse.

—*Perciben las protecciones* —consigo decir antes de que el aire me abandone el cuerpo por completo. El jinete del guiverno del centro…

—*Entonces también pueden morir en ellas* —contesta Sgaeyl.

Apenas consigo distinguir unas vagas facciones a esta distancia, pero sé en lo más profundo de mi ser que es él. El Sabio de Resson, el que tiene una residencia permanente en mis pesadillas.

Gira claramente la cabeza de mí… hacia Xaden.

—*Ese estaba en Resson* —le digo.

—*Ya lo sé*. —Una ira ardiente recorre el vínculo.

El Sabio levanta el báculo y lo agita como una maza en dirección a nosotros.

—*Te quiero* —dice Xaden cuando el guiverno que está más cerca de mí se aleja de las protecciones y desciende en picado, antes de ganar velocidad, volver a elevarse, situarse detrás de los otros dos y volar directamente hacia nosotros—. *Créete al menos eso, aunque desconfíes de todo lo demás*.

—*No le hables como si la muerte fuese una posibilidad* —le espeta Tairn, antes de levantar sus propios escudos a nuestro alrededor en un muro impenetrable de piedra negra que nos aísla de Xaden y Sgaeyl.

Respiro hondo, reuniendo toda la concentración posible para contener mi poder y mantener mis emociones bajo control a medida que el guiverno acumula velocidad y deja atrás a los otros dos, en dirección a las protecciones.

El tiempo se ralentiza al ritmo de los latidos de mi corazón y el aliento se me congela en mi pecho ardiente. Poco después el guiverno cruza la barrera invisible y el corazón se me detiene por completo cuando bate las alas una vez. Y luego otra.

—*Prepárate para caer en picado*. —Tairn gira la cabeza y abre la boca mientras el guiverno recorta la distancia hasta situarse a menos de un cuerpo de nosotros, y yo me preparo para la maniobra—. *Olvídate de lo que he dicho*.

El guiverno deja caer las alas y la cabeza, y luego les sigue el cuerpo, como si alguien le hubiera arrebatado toda la fuerza, y acto seguido se desploma impulsado solo por la velocidad que llevaba. Cae más de diez metros bajo nuestros pies y se estrella contra el campo, donde traza una profunda zanja antes de detenerse.

—*Deberíamos comprobar si…*

—*Ha dejado de latirle el corazón* —me dice Tairn centrando ya la atención en los otros dos guivernos que se aproximan a la frontera y la horda que los sigue—. *Las protecciones funcionan*.

Las protecciones funcionan. El alivio hace que mi corazón vuelva a latir.

El Sabio agita de nuevo el báculo y profiere un grito furioso para enviar al guiverno de la derecha, que corre la misma suerte que su compañero unos segundos más tarde y cae cerca del primero.

Tairn no agacha la cabeza para ver el momento en que Sgaeyl desciende en picado en dirección a los cuerpos, pero sí baja los escudos.

—*Están muertos* —nos confirma Xaden un instante más tarde, y al bajar la cabeza veo a Felix llegar con su Rojo Cola de Espada.

Estamos a salvo. Extiendo las manos y descargo la energía achicharrante que me bulle en las entrañas, dándole rienda suelta mientras la manipulo. Un relámpago parte el cielo en dos y cae a unos pocos metros del guiverno que queda, y maldigo para mis adentros.

Ha estado cerca, pero no le he dado.

Sin embargo, ha bastado para que el Sabio ordene la retirada, y aunque desde aquí no le veo los ojos, siento como el odio de su mirada se clava en mí cuando echa la vista atrás antes de reunirse con el resto de la horda.

—¿*Ya está*? —le pregunto a Tairn, que mantiene la posición, viendo como el guiverno se convierte de nuevo en un nubarrón gris. Qué… anticlimático —. *¿Y ahora qué?*

—*Ahora esperamos el tiempo suficiente para asegurarnos y luego volvemos a casa.*

Aguardamos otras tres horas antes de regresar, lo bastante para que Suri se reúna con nosotros y nos hable de los tres incidentes similares que se han producido a lo largo de los riscos. No éramos el objetivo fortuito de una horda solitaria; esto ha sido un ataque coordinado y simultáneo. Pero hemos sobrevivido.

La alegría del momento se nos contagia cuando entramos en la Casa Riorson unas horas más tarde, acompañados de Felix, y no tardo en verme entre los brazos de Rhiannon.

—¡Has levantado las protecciones! —exclama. Tiene la ropa de vuelo fría por el aire nocturno, lo cual significa que ella también acaba de volver.

—Hemos levantado las protecciones —la corrijo, antes de apartarme de ella y esperar a que Ridoc me apriete contra su pecho, y luego Sawyer, mientras jinetes y pilotos celebran a nuestro alrededor y el alboroto inunda el espacio cavernoso del vestíbulo de la Casa Riorson, y de algún modo consigue que el lugar parezca más pequeño, en el buen sentido de la palabra, no tanto una fortaleza sino más como un hogar.

—Se nos requiere en la sala de la Asamblea ahora mismo —me informa Xaden, asomando la cabeza por detrás de Sloane y alzando la voz lo suficiente para que lo oigamos por encima del jaleo.

Nuestras miradas se encuentran y asiento. Mantengo los escudos firmemente en su sitio para bloquearlo, algo que no solo me parece antinatural

sino también… incorrecto. No deja de ser irónico que estemos celebrando una victoria monumental y yo sienta que he perdido algo muy preciado. No hemos tenido ni un momento a solas para discutir la cuestión de que si no tuviera los escudos en su sitio, él ya sabría el puto lío que me ha generado en la cabeza el sello que ha estado ocultando.

No me imagino alejándome de esto, de lo nuestro, pero eso no significa que no tengamos un problema gordo entre manos del que no nos queda otra que hablar, ni que no esté cabreadísima por que me haya dado otra razón más para dudar de mi capacidad para confiar en mi propio juicio. Y solo porque no pueda imaginarme lejos de él no significa que no esté dispuesta a hacerlo si no conseguimos establecer unas bases sanas. Estoy aprendiendo rápido que es posible querer a alguien y, al mismo tiempo, no querer estar con esa persona.

En cuanto entramos en la sala de la Asamblea y un guardia cierra la puerta a nuestras espaldas, el ruido exterior desaparece y ocho pares de ojos se vuelven hacia nosotros. Nadie parece tan feliz como debería, teniendo en cuenta lo que acabamos de conseguir.

Syrena y Mira se apartan de la Asamblea y echan a caminar hacia nosotros en el momento en que Felix llama a Xaden desde la tribuna con tono urgente.

—Necesitamos tiempo para hablar —me susurra Xaden sin perder un instante, y sé que lo dice en voz alta porque no pienso permitir que se me meta en la cabeza.

—Luego —respondo, solo por poner fin a la conversación antes de que Mira y Syrena nos oigan. Falta tiempo en el mundo para procesar lo que me ha dicho.

Él se marcha en el instante en que ellas nos alcanzan, y despego la mirada de su espalda para ofrecerle toda mi atención a mi hermana. La tensión de su rostro hace que el poder me aumente deprisa y mi cuerpo se prepare para la batalla.

—¿Qué ha pasado?

—Cuando ha terminado el ataque, Ulices ha recibido una carta —me dice —. Estaba en el puesto de Terria…

—En la frontera con Navarre —termino por ella, ansiosa por llegar al meollo de la cuestión.

—Melgren nos ha pedido que nos reunamos con él mañana. Ha solicitado ver a quien sea que represente a nuestro movimiento, pero no a más de dos marcados, junto con Violet y Mira Sorrengail. —Me coge de la mano y me la aprieta con delicadeza—. Puedes negarte. Deberías negarte.

—¿Para qué querría reunirse el comandante general de todas las fuerzas de Navarre con una cadete y un teniente? —Me interrumpo y miro hacia la tribuna, donde Brennan está inmerso en una discusión acalorada pero quieta con los otros seis—. Mamá estará allí.

—Y si hay un altercado, sabemos que él saldrá ganando; de lo contrario, no nos habría convocado. Ya ha visto el resultado.

Anoto ese problema en la lista creciente de cosas que voy a tener que solucionar más temprano que tarde.

—Y hay otra cosa que deberías saber —dice Syrena antes de desenvainar una daga y colocársela sobre la palma de la mano. Con un movimiento de muñeca, la daga se eleva unos centímetros, y luego gira cuando ella tuerce el índice. Es una magia menos sencilla, algo que aprendí el año pasado…

—Aún puedes usar la magia.

El corazón me da un vuelco ante lo que implica eso, y hundo los hombros.

—Por mucho que me alegre no haberme quedado sin poder, siento decirte que algo no va bien con tus protecciones.

Mierda.

57



El día que se manifestó el sello de Augustine Melgren, las artes militares del reino de Navarre no volvieron a ser las mismas.

—*Navarre, historia sin censura*,
por el coronel Lewis Markham

No me pasa por alto lo irónico que es que nos reunamos en Athebyne, ni tampoco que esta es la segunda vez que visito el puesto avanzado cerca de la cordillera de las montañas Esben tras descubrir que Xaden Riorson me ha estado ocultando una información más que pertinente.

Me he pasado la noche en la biblioteca, lo cual supongo que es lo que más le conviene a todo el mundo mientras sigo procesando mis pensamientos. O intenciones. Lo que coño sean.

Hoy tengo los ojos llorosos y estoy intranquila, asaltada por más preguntas que respuestas. Pero al ver a Xaden aterrizar a lomos de Sgaeyl, con el gesto tenso y retraído, reconozco que el hecho de habérmelo contado, fuese o no su intención, ha sido el gesto de confianza definitivo. Y esta vez no soy la última en enterarse, sino la primera. Quizá esto me haga quedar como una persona absolutamente patética, pero en cierto modo me parece importante, aunque no haya tenido la oportunidad de decirle que…, o la oportunidad de interrogarlo sobre cuántas intenciones me ha leído.

Lo que no tengo claro es cuántas podré soportar, por mucho que lo quiera.

Nuestro grupo de diez individuos aterriza en el claro sobre la cresta del puesto avanzado a mediodía, una hora antes de lo acordado, y cuatro de los dragones se refugian en los bosques de inmediato, ocultándose a la sombra de los enormes árboles de hoja perenne que rodean el campo. Los otros seis se colocan ala con ala, listos para alzar el vuelo sin previo aviso.

—¿*Seguro que no detectarán la presencia de los dragones*? —le pregunto a Tairn, y guardo las gafas de vuelo en la mochila antes de deslizarme por su pata delantera.

Hago una mueca al caer sobre el suelo congelado. Esta mañana me he despertado con un libro centenario hundido en la mejilla y un dolor palpitante en el cuello.

—No con exactitud, pero a estas alturas no hay nieve que delate las pisadas. Los dragones solo sentimos nuestros vínculos mentales si así lo decidimos. Mientras permanezcan con el viento de frente, los otros percibirán su presencia, pero no podrán identificar cuántos hay ni quiénes son.

—Eso no me consuela, sinceramente.

Sobre todo teniendo en cuenta quién ha insistido en viajar con nosotros. Estiro los brazos hacia el sol y giro el cuello con cuidado para relajar parte del entumecimiento de los músculos. Después de luchar contra Solas ayer y quedarme dormida por accidente en la mesa de la biblioteca anoche, mi cuerpo me la tiene jurada, y no lo culpo.

—Ya no eres una niña que necesite consuelo.

Cierto, pero eso no hace más que recordarme a la adolescente enrabietada que me espera en Aretia. Después de decirle que no existía argumento lógico para explicar su presencia ni siquiera aunque Tairn cargara con ella, algo a lo que ella se ha opuesto tajantemente, Andarna ha maldecido a toda la estirpe de Tairn, nos ha bloqueado a los dos y se ha ido a entrenar con los ancianos.

Tairn se ha limitado a farfullar improperios sobre los cambios de humor de los adolescentes.

Me he dado cuenta de que Sgaeyl se ha situado entre Teine y Fann, el Verde Cola de Espada gruñón de Ulices, y no junto a Tairn, lo cual explica que esta mañana esté de morros, o bien sea el resultado de ello. Mamá y papá han discutido, y todo el mundo lo sabe.

Xaden cruza por delante de Fann, sin inmutarse por el resoplido de ofensa que se lleva por haberse acercado tanto, y se quita los guantes de camino a mí.

—Anoche no viniste a la cama.

Frunce el ceño mientras me estudia el rostro sin detenerse demasiado, y luego se guarda los guantes en el bolsillo. Imito sus movimientos por si se da

el caso de que tengamos que utilizar nuestros poderes.

—Estaba en la biblioteca con Dain, revisando el diario de Warrick para ver dónde me equivoqué. Los dos nos quedamos dormidos sobre las mesas, hasta que Jesinia y otros cadetes han venido a echarnos una mano.

Nuestras miradas se encuentran, pero yo la desvío antes de bombardearlo a preguntas o hacer algo todavía más estúpido: perdonarlo antes de que me dé las respuestas que necesito.

—Pensaba que Jesinia no hablaba lucérico antiguo.

Apenas mira de soslayo a los jinetes que pasan por delante y se reúnen frente a Fann. Hemos traído a tres miembros de la unidad de Mira, además de a los miembros de la Asamblea.

—Es que no lo habla, pero Sawyer se ha pillado de ella, y los otros estaban decididos a ayudar como fuese. —Incluso Cat, Mare y Trager se han presentado para mostrar su apoyo.

—¿Has encontrado algo?

Los dragones alzan la cabeza al oír el sonido que proviene del otro lado del claro, y por cómo la agachan a toda prisa sé exactamente lo que necesito saber. Sea temprano o no, la reunión está a punto de empezar.

—No —respondo, sin apartar la vista de los árboles y luchando contra los nervios que amenazan con hacer que se me forme un nudo en la garganta. «El aliento de la vida de los seis y la única se combinaron y la piedra refulgió en una llama de hierro». ¿Qué es lo que se me escapa?—. Si hubiese encontrado algo, lo sabrías.

—¿Ah, sí? —me dice con tono tenso.

—Sí. —Giro la cabeza hacia él—. Agradezco que no hayas intentado convencerme para que no viniera.

—Aprendí la lección en Cordyn. —Me examina el rostro, pero no hace ademán de tocarme—. Déjame entrar, por favor. Aunque solo sea un segundo.

Siento una opresión en el pecho con cada segundo que le sostengo la mirada. No tengo claro qué es lo que debo o no perdonarle. El secreto es suyo. No obstante, no puedo evitar preguntarme cuántas veces me habrá leído las intenciones. Eso es lo que me hace dudar, por mucho que lo quiera.

—¿Violet? —Es el tono evidente de súplica lo que me hace bajar los escudos lo justo para que nuestro vínculo vuelva a la vida, y el alivio que le produce se le refleja en la cara—. *Si decides contárselo a los demás como castigo por los crímenes que he cometido contra ti, lo entendería*.

—¿*En serio quieres que hablemos precisamente ahora de esto*? —Enarco las cejas.

—*Quería que lo habláramos anoche, pero estabas ocupada salvando Tyrrendor*.

Desvía la atención hacia los árboles y la sombra de Tairn recorre la frágil hierba de la pradera cuando se enrosca a nuestro alrededor.

—¿*Eso va con segundas*? —Nuestras manos se rozan cuando los dos nos volvemos para ver qué se aproxima entre los árboles.

—¿*Por haber elegido la seguridad de mi hogar antes que discutir conmigo*? —Hace una mueca, pero entrelaza mis dedos con los suyos—. *No, pero…*

Mira se acerca por detrás de Xaden con paso seguro, a pesar de las arrugas que tiene dibujadas en la frente.

Le aprieto la mano antes de soltársela.

—*Necesito que me digas una cosa*. —Me paso las manos por las caderas, contando las dagas que tengo envainadas; seis en total—. *¿Has usado alguna vez el sello para recabar información que haya podido influir de algún modo en mis sentimientos?*

—*Jamás*. —Niega con la cabeza, pero aprieta con fuerza los puños y se le contrae el músculo de la mandíbula—. *Pero sabes que siempre me ha faltado algo de control cuando te tengo delante, y el vínculo que compartimos facilita demasiado que me mandes tus intenciones sin ni siquiera ser consciente de ello*.

Preferiría la muerte antes que la vergüenza que me produce esa revelación.

—*Podría calcinarlo si quisieras* —me ofrece Tairn—. *Pero os veo muy unidos*.

Siento un calor que me sube por el cuello y se me acumula en las mejillas, recordándome todas las veces que la cabeza me ha hormigueado ante su presencia.

—*¿Sabías que quería besarte aquella noche junto al muro…?*

Dioses, ni siquiera soy capaz de terminar la pregunta.

Las copas de los árboles comienzan a mecerse. Han traído dragones.

—*Sí*. —Se vuelve hacia mí—. *Y te pido mis más sinceras disculpas. Si hubiera sabido lo que llegaríamos a ser…* —Niega con la cabeza—. *Qué cojones, probablemente lo hubiese hecho de todas formas*.

—¿*Lo sigues haciendo*? —Tengo que saberlo.

—*No. Dejé de hacerlo en cuanto te convertiste en algo más para mí que la hija de la general, en cuanto comprendí el daño que te había hecho Dain… y que yo no era mejor que él.*

Con la diferencia de que Xaden no mercadeó con la información que había robado ni fue el responsable de las muertes de Liam y Soleil. Y, a pesar de todo, he empezado a reconciliarme con Dain, ¿no?

Tal vez una de las consecuencias de estar rodeada de traiciones es que haya comenzado a resignarme.

—*No voy a delatarte* —respondo deprisa, y alzo la vista en cuanto sé que Mira podría oírnos—. *Pero ya lo discutiremos más tarde* —añado levantando las cejas.

El músculo de la mandíbula se le tensa como si quisiera decir algo más, pero solo añade:

—*Estaré disponible cuando lo necesites.*

—¿Estás preparada? —me pregunta Mira cruzando por delante de Xaden hasta colocarse a mi lado.

—No —le contesto—. ¿Y tú?

—Tampoco. —Apoya una mano en la empuñadura de su espada corta, envainada en su cadera—. Pero ella no lo sabrá.

—De mayor quiero ser como tú. —Una sonrisa me curva los labios, a pesar de la ansiedad que me acelera la respiración.

—Serás mejor que yo —replica antes de mirar por encima de mi coronilla y dirigirse a Xaden—. Por cierto, ¿no has conseguido convencerlo de que se quedara en Aretia?

—Yo no manipulo las emociones, y los miembros de la Asamblea no se toman nada bien que se los intente atar en corto ni contener. —Se lleva la mano izquierda al hombro y desenvaina una de las espadas que le cuelgan de la espalda, dejando la mano derecha libre para usar su sello—. Si necesitas a alguien que haga trucos mentales, búscate a un piloto.

Por poco no me mofo de él por su astuta semántica, porque es evidente que su especialidad son los trucos mentales.

—Vamos allá —masculla Mira en el momento en que siete figuras vestidas de negro aparecen en el claro.

Agarro una daga con la mano derecha y entreabro la puerta de mis Archivos, dejando que el poder se filtre en mí.

Melgren camina en el centro, arrastrando sus ojillos oscuros por la hilera de jinetes aretianos. No necesito el don de Cat para aumentar su ira; la lleva siempre encima como si formara parte del uniforme.

Me obligo a desviar la mirada hacia los otros miembros de la comitiva que ha elegido, pero solo reconozco a tres, dos de los cuales han sido ayudantes de mi madre en un momento u otro.

—*El coronel Fremont, el segundo por la izquierda, es un poderoso manipulador del aire* —le digo a Xaden—. *Puede vaciarte los pulmones sin despeinarse*.

—*Gracias*. —Las sombras se alzan frente a los tres, retorciéndose hasta convertirse en dedos como espadas a la altura de nuestras rodillas.

Luego poso la mirada sobre mi madre.

Camina junto a Melgren, atravesando el campo con pasos firmes y eficientes, dividiendo la atención entre Mira y yo. Cuanto más se acerca, más evidente es su agotamiento. Tiene unas profundas ojeras que contrastan con su complexión, más pálida de lo normal, aunque las marcas de las gafas de vuelo indican que está pasando tiempo en los cielos.

Mira levanta la barbilla y suaviza su expresión hasta ponerse una máscara que envidio y hago lo posible por emular.

Los dragones los siguen de cerca desde el bosque, encabezados por Codagh, la bestia de Melgren. La absoluta pesadilla negra que tiene por dragón agacha de inmediato la cabeza sin dejar de avanzar, y entorna sus ojos dorados hacia mí… No, hacia Tairn, que está justo detrás. Joder, casi me había olvidado de lo descomunal que es, como poco un metro y medio más que Tairn, y de las numerosas cicatrices de batalla que le salpican las escamas del pecho y las alas.

El dragón de mi madre, Aimsir, lo sigue de cerca, reptando hacia nosotros a la vez que los otros cinco aparecen entre los árboles: uno naranja, dos rojos… y un azul.

Tairn da un paso al frente y levanta la cabeza sobre la mía, mientras un rugido amenazador le sube por la garganta.

—*No me babees* —bromeo, pero no le hace ni pizca de gracia.

Los jinetes navarrenses caminan hasta el centro del campo y nosotros nos movemos cuando Ulices da el primer paso, dejando tres metros de campo entre los dos grupos. Las espadas y las dagas que tenemos a mano los dos bandos reflejan la luz del sol.

—Y yo que pensaba que habrías muerto, Ulices —empieza Melgren, forzando una sonrisa que se parece más a una mueca.

—Lo mismo te digo —replica Ulices aprovechando su altura para mirar a Melgren con desdén.

—No ha habido suerte —responde este—. ¿Qué ha pasado con lo de reunirnos en el puesto avanzado? —Hace un gesto hacia los árboles—. Hemos preparado un refrigerio por si os apetece…

—*Envenenado, probablemente* —añade Tairn, pero lo noto algo distraído, como si estuviera manteniendo varias conversaciones a la vez, algo más que probable.

—No nos apetece —lo interrumpe Xaden—. Di lo que tengas que decir, Melgren.

El comandante general desvía la mirada hacia Xaden.

—No deberíamos haberos aceptado en el cuadrante.

—Qué putada los remordimientos, ¿eh? —Xaden ladea la cabeza—. Vayamos al grano. A lo mejor vosotros no tenéis nada mejor que hacer, pero nosotros estamos liados luchando por el continente.

—¿Que no tenemos nada mejor que hacer? —le espeta Melgren rojo de ira—. ¿Sabes la destrucción que provocaste arrojando a aquellos guivernos en los puestos? ¿Lo que hemos tenido que hacer para que no se corriera la voz? Los civiles que hemos tenido que… —Se detiene, respirando hondo y estirando los hombros—. Estuviste a punto de echar por la borda dos siglos de esfuerzos, de una estrategia defensiva calculada al milímetro, diseñada para proteger a la gente dentro de nuestras fronteras.

—Pero solo a la gente que vive dentro de las fronteras —lo acusa Mira—. A los demás que los jodan, ¿verdad?

A mi madre se le encienden los ojos con una expresión de reproche apenas contenida.

—Sí. —Melgren posa sobre mi hermana su mirada inquietante—. Cuando abandonas un barco en mitad de un ciclón, salvas a quien quepa en el bote de remos, y luego les cortas las manos a aquellos que intentan subirse para que no acabéis todos en las profundidades del mar.

—Eres un puto psicópata —le escupe ella.

—Gracias.

—¿Para qué nos habéis hecho venir? —pregunta Xaden—. Además de para soltarnos la típica charla del villano, claro.

La luz del sol se refleja en la hoja de su espada cuando cambia la mano de posición.

—Dejamos que os fuerais —responde Melgren mirando a Ulices y a Xaden—. Permitimos que os llevarais a la mitad de los cadetes del Cuadrante de Jinetes sin apenas oponer resistencia. Hasta dejamos que se fuera ella —me fulmina con la mirada y yo tenso los músculos del cuerpo para no estremecerme— después de que asesinara brutalmente al vicecomandante. ¿Nunca os habéis parado a pensar por qué?

El corazón se me encoge.

—Yo es que en general intento no pensar en ti —miente con descaro Xaden, pero funciona a las mil maravillas.

—No podéis permitiros perder a los jinetes que harían falta para enfrentaros a nosotros —contesta Ulices—. Sería demasiado caro contenernos, sobre todo con la cantidad de jinetes, y bandadas, que decidimos dejaros.

—Tal vez. —Melgren inclina la cabeza a un lado—. O tal vez haya sido decisión mía.

Aprieto con fuerza la empuñadura de la daga.

—Tal vez… —El general alarga la palabra—. Tal vez supiese que os necesitaríamos para una batalla próxima.

Altamente improbable. ¿Contra quién necesitarían luchar detrás de las protecciones?

—Antes me reuniría con Malek que volver a luchar por Navarre —gruñe Ulices.

—Siempre te has apresurado a la hora de tomar decisiones importantes —dice Melgren con un suspiro, dándose unas palmadas en el pecho—. Por eso no lamenté tu pérdida.

Uf. Qué duro.

—Se acabó la reunión…—empieza a decir Ulices, con un rubor que le sube por el cuello y le enciende las mejillas.

—Están a punto de superarnos en Samara —lo interrumpe Melgren.

Todos nos sumimos en el silencio.

Me esfuerzo por volver a respirar. Debe de haberse equivocado. Miro a mi madre, y las rodillas me fallan ante el sutilísimo gesto de cabeza que me hace. Incluso Mira se tensa.

—Lo he visto —continúa Melgren—. Vendrán a por nosotros durante el solsticio y vencerán.

Mierda, no se había equivocado. Un escalofrío me recorre la columna y me quedo lívida. Si Samara cae, si cualquiera de los puestos avanzados cae, los guivernos dispondrán de un acceso ilimitado a partes de Navarre que han estado resguardadas por las protecciones durante los últimos seiscientos años.

Sin los puestos avanzados, las protecciones de Basgiath retrocederán hasta sus límites naturales, a unas pocas horas de vuelo y a una gran distancia de la frontera.

—¿Cómo? —repone Ulices, y los jinetes de la unidad de Mira intercambian miradas de incredulidad.

—*Hazme un favor* —le digo a Xaden—. *Olvídate de la culpa por haber leído mis intenciones y hazme el favor de leerles las suyas*.

—*Todos salvo la mayor de la derecha están bloqueando sus pensamientos, pero ella está cagada y dispuesta a lo que sea necesario para que accedamos a ayudarlos* —responde antes de moverse ligeramente para que nuestras manos se rocen—. *Ah, y quiere comer algo después de la reunión, y discutir con tu madre por el supuesto afecto que les profesa a sus hijas. Ahora levanta los escudos y bloquéanos a mí y a todo el mundo*.

Hostia puta. No me sorprende que los inntinncistas estén condenados a muerte. Xaden es un arma que te deja sin habla y un peligro aterrador. Hago lo que me ha sugerido y dejo solo el espacio necesario para estar en contacto con Tairn y con el vínculo opaco y reluciente que siento con Andarna, incluso a esta distancia.

—El cómo es irrelevante. —Melgren se cruza de brazos y Codagh enseña una fila de dientes babosos—. Lo que importa es que perderemos el día del solsticio.

Perderán, dice. Si las protecciones caen, será imposible calcular las muertes. Todos los civiles navarrenses que vivan entre la frontera y los límites naturales de la piedra protectora correrán un peligro mortal.

—*¿Plateada?*

—*Estoy bien* —miento.

—Si ya has visto el resultado, ¿qué cojones quieres que hagamos al respecto? —le espeta Ulices levantando las manos y encogiéndose de hombros.

Giro la cabeza hacia él, pero me muerdo la lengua antes de responderle que es obvio que nos está pidiendo ayuda.

—Que cambiéis el resultado luchando a nuestro lado. —Melgren frunce el ceño como si estuviera comiéndose una pieza de fruta podrida a la fuerza—. No aparecéis en la batalla que veo, ninguno de vosotros. —Desvía la mirada hacia Xaden.

—Porque no vamos a estar. —Ulices niega con la cabeza—. No volamos por ti.

No, volamos por… Un momento, ¿por quién volamos? No solo por Aretia, ni siquiera por Tyrrendor. Y si estamos dispuestos a luchar por defender a los civiles de Poromiel, ¿cómo no vamos a luchar por defender también a los navarrenses?

—No, pero sí voláis por el Empíreo —intercede mi madre—. Los dracónidos no se quedarán de brazos cruzados si los terrenos de cría del valle

corren peligro.

—*Tu madre demuestra mucha arrogancia hablando en nombre de los dragones* —musita Tairn.

—Si es que los terrenos de cría llegan a correr peligro. Perder un puesto avanzado no hará caer el sistema entero, y la mitad de vuestra manada se marchó con nosotros —le recuerdo.

—¿Y eso te enorgullece? ¡Lo que provocaste bien puede ser la razón por la que perderemos esta batalla! —gruñe el capitán robusto que hay junto a mi madre, levantando una espada corta en mi dirección.

Alzo mi daga por la punta del filo, lista para arrojarla, pero las sombras se precipitan hacia delante, le quitan la espada de la mano al capitán y a él lo tiran al suelo de espaldas.

Xaden chasquea la lengua y menea el índice a un lado y a otro.

—No, no. Lo último que quiero es que perdamos las formas, ¿no te parece? Con lo bien que nos estábamos llevando.

—Puto traidor —escupe el capitán palpando en busca de su espada antes de ponerse en pie—. Malek os juzgará por vuestros crímenes.

Mi madre se envaina una daga que no la he visto sacar, alternando la mirada entre el capitán y Xaden.

—Ya lo he intentado, y no me quiso, ni a mí ni a ninguno de nosotros, ¿os acordáis? —Xaden se rasca la reliquia con la mano vacía.

—¡Basta! —grita Melgren—. No espero que os aliéis con nosotros a cambio de nada. Combatid a nuestro lado en Samara y yo mismo le pediré al rey Tauri que respete la independencia de vuestra manada… y la ciudad en la que os habéis refugiado.

El aire se me hiela en los pulmones.

—*¿Sabe lo de Aretia?*

—*No sabría decirte.*

—No llamaremos a filas a vuestros ciudadanos para engrosar nuestro ejército, ni tampoco arrastraremos a vuestra gente a una guerra fronteriza que no tenéis oportunidad de ganar. —Melgren se encoge de hombros.

—Si de verdad crees eso, nos habríais invadido en cuanto nos fuimos —dice Mira con un tono de aparente aburrimiento—. A menos que vieras que la batalla no saldría como esperabas.

—Esta es la última oferta. —Melgren ignora a Mira, centrado en Ulices—. Si no sois nuestros aliados, entonces seréis nuestros enemigos.

Aliados. Esa es la única respuesta lógica.

—Creo que en este caso nos mantendremos al margen —responde Ulices con indiferencia, como si estuviese rechazando una taza de té—. Un reino que no acude nunca en ayuda de otros tampoco merece que lo ayuden cuando lo necesita. Personalmente, creo que todos os merecéis lo que los seres oscuros os tengan preparado.

Parpadeo atónita, y el cuerpo entero se me rebela ante la idea de que los civiles merezcan morir porque sus líderes les hayan fallado, sean quienes sean esos líderes.

—¿Y tú hablas en nombre de vuestra rebelión? —Melgren desvía la atención hacia Xaden—. ¿O esto es cosa del presunto heredero?

Xaden no pica el anzuelo, ni tampoco le discute a Ulices lo que acaba de decir. Pero debe de estar a punto, ¿verdad?

Mi madre pierde todo el color del rostro cuando clava la mirada entre Mira y yo, o más allá de nosotras, y por primera vez en mi vida la veo flaquear, como si alguien le hubiera hecho perder el equilibrio.

Oigo unos pasos a mi espalda, pero no consigo apartar la mirada de las emociones que le cruzan la cara a mi madre en rápida sucesión a tiempo de ver quién es. Sin embargo, la verdad es que tampoco me hace falta.

—Nos regimos por un comité —anuncia Brennan rozándome el brazo cuando se detiene entre Mira y yo—. Y creo que hablo en nombre de todos al decir que no defendemos reinos que sacrifiquen a los civiles vecinos. —Gira la cabeza hacia nuestra madre, y a ella se le salen los ojos de las órbitas—. Ni mucho menos a sus propios hijos, solo para estar a salvo tras las protecciones. No escaparéis del sufrimiento que habéis obligado a soportar al resto del continente.

—¿Brennan? —susurra mi madre, y apenas puedo reprimir el impulso de romper la formación y sujetarla.

—La madre que te parió, Brennan —musita Mira.

—Cuando tus retoños se plantan ante ti, puede que sea el momento de reflexionar un poco. Doy oficialmente por terminada esta reunión —anuncia Brennan con la vista clavada en nuestra madre—. Vuestros terrenos de cría no corren peligro, y nuestra manada tiene sus propios terrenos de cría que debe proteger. —Se lleva una mano al pecho—. Y esto lo digo de corazón. Rechazamos vuestra oferta de paz y aceptamos de buen grado la guerra, puesto que dudo que podáis luchar en ella si, por lo visto, no sobreviviréis dos semanas más.

Da media vuelta y se marcha, dejando a nuestra madre observándolo con el rostro desencajado.

¿Ya está? Con Suri y Kylynn en los bosques que hay a nuestras espaldas, es cierto que la Asamblea tiene el cuórum necesario, pero Xaden no ha abierto la boca.

—Pues nada. —Xaden asiente, con los músculos del cuello tensos—. Yo que vosotros intentaría contactar con los aliados que os ayudaron a vencer en la Gran Guerra… Ay, no, que hace siglos que cortasteis todo contacto con ellos. Supongo que esto es un adiós definitivo.

Levanto la vista y me apresuro a dominar mi expresión para ocultar mi sorpresa. Realmente van a dejar que mueran. Vamos a dejar que mueran.

Melgren entrecierra los ojos llenos de ira.

—Se acabó. Haz lo que tengas que hacer para despedirte —le dice a mi madre antes de abandonar el campo, caminando en dirección a los árboles con Codagh a su lado, que gira la cabeza y muestra los dientes como advertencia para todo aquel lo bastante necio para atacar a su jinete por la espalda.

Todos los jinetes navarrenses lo siguen, salvo mi madre.

—Brennan —vuelve a susurrar mi madre encogiendo los hombros y cubriéndose la boca con la mano. Los ojos se le vidrian y el dolor que veo en ellos me hace apartar la vista.

Nuestros jinetes tardan poco en montar en sus respectivos dragones, y nos quedamos solos en el campo Xaden, Mira y yo.

—¿Para qué quería ver a Violet y Mira? —pregunta Xaden sin una pizca de empatía en el tono.

—¿Está vivo? —le pregunta mi madre a Mira con un hilo de voz que atribuyo a la conmoción.

—Creo que es obvio —responde ella cruzándose de brazos.

Mi madre gira la cabeza hacia mí, como si pudiera darle una respuesta distinta.

—Fue él quien me reparó después de que un venin me hiriera en el costado con una de sus espadas.

Su mirada se ensombrece.

—¿Hace meses que lo sabes?

—Es horrible que te oculten algo, ¿verdad, mamá? —le espeta Mira—. Sentirte engañada, incluso traicionada, nada más y nada menos que por tu propia familia.

—Mira —la reprendo.

—Ella también te sacrificó a ti, Violet —me recuerda Mira—. Puede que te metiera en el Cuadrante de Jinetes para evitar que te mataran como escriba en cuanto descubrieras la verdad, o quizá lo hizo precisamente para matarte

antes de que descubrieras la verdad y arrasaras con su queridísimo colegio de guerra —me mira de soslayo—, que es lo que hiciste, no sé si te acuerdas.

Mi madre cuadra los hombros y levanta la barbilla, recomponiéndose con una velocidad pasmosa y envidiable.

—Necesito hablar a solas con mis hijas —le dice a Xaden.

Él arquea la ceja de la cicatriz y me mira, esperando mi decisión, y yo asiento. Si lo que dice Melgren es cierto y la han convocado al frente, puede que no vuelva a verla nunca más. La mera idea me revuelve el estómago. Una cosa es abandonarla y cortar todo contacto con ella, y otra muy distinta es dejarla a su suerte a sabiendas de que morirá.

Xaden se retira sin mediar otra palabra, solo nos ofrece la espalda después de dejar atrás las garras de Tairn.

—¿Qué quieres? —le pregunta Mira.

—Creo que eso poco importa a estas alturas. —Mi madre se desabrocha la chaqueta de vuelo con dedos temblorosos—. Pero lo que más quiero, lo que siempre he querido, es que mis hijas sobreviviesen. Las protecciones que hayáis levantado siguiendo las instrucciones del diario de Warrick fracasarán.

Mira se endereza.

—A nuestras protecciones no les pasa nada.

Miente con la misma facilidad que Xaden.

—Eso no es verdad. —Mi madre le ofrece un sermón completo con solo una mirada—. Ayer abrimos en canal los cadáveres de los guivernos que murieron cruzando vuestra frontera.

Despego los labios.

—¿De verdad creías que iba a mantenerme al margen de vuestras actividades en la frontera, Violet? ¿Que no me preocuparía de dónde se encontraba mi hi… mis hijos? —Niega con la cabeza y me atraviesa con una mirada rápida y afilada que me hace sentir como si volviese a tener cinco años, antes de volverse hacia Mira—. ¿Te acuerdas de los cadáveres de guiverno que aparecieron en Samara? ¿Los que Riorson tuvo el detalle de entregarnos?

Mira asiente.

—Las piedras que utilizaron para crearlos no eran más que rocas frías y marcadas.

¿Piedras? ¿Los seres oscuros tienen runas?

—Sí, estaba allí. —Mira endurece el tono.

—Si no me crees, id a echarles un vistazo a los guivernos que matasteis ayer.

—¿Y luego qué? —pregunto.

—Arreglad las protecciones. —Se saca una libreta de cuero de la chaqueta que reconozco al instante—. De lo contrario, irán deteriorándose con el tiempo hasta desaparecer. Vuestro padre me contó una vez que, a raíz de sus investigaciones, descubrió que Warrick no quería que nadie más poseyera el poder de las protecciones. Su voluntad era que Navarre siempre tuviera ventaja sobre todas las demás naciones. Pero Lyra creía que ese conocimiento debía compartirse.

—Warrick mintió —susurro. Pero ¿sobre qué?

Mi madre me entrega el diario por el que me torturaron y entonces me clava el alma al suelo con la intensidad de su mirada.

—Violet, tienes el corazón de una jinete, pero la mente de una escriba. Confío no solo en que te protejas a ti misma, sino también a Mira y… —Traga saliva sonoramente—. A Brennan.

Hojeo el diario el tiempo justo para reconocer que está escrito en morrainés. El corazón me da un vuelco, pero entonces cierro el diario, me desabrocho la chaqueta y me lo guardo en el bolsillo interior. La traducción de este diario dependerá por completo de Jesinia. El morrainés es una de las lenguas muertas que no sé leer.

Mi madre mira con melancolía por encima de mi hombro, y luego vuelve a posar los ojos sobre Mira y sobre mí, una a una.

—No os pido que entendáis mis decisiones. Solo os pido que sobreviváis. Os quiero lo suficiente para cargar yo sola con el peso de vuestra decepción.

Antes de que podamos responder, da media vuelta, pasa por delante de Aimsir y desaparece entre los árboles.

—¿Crees que nos ha tomado el pelo? —pregunta Mira.

—Lo que creo es que los pilotos todavía pueden utilizar su magia.

—Tienes razón.

Durante el vuelo de vuelta a Aretia, Mira y yo rompemos la formación y nos dirigimos al cadáver de guiverno más cercano dentro de nuestras fronteras. Xaden se mantiene fiel a su «he aprendido la lección» y no nos discute que nos separemos de la manada.

Media hora después de localizar los cuerpos del par de guivernos, y de unos creativos movimientos de cuchillo por parte de Mira, mi hermana extrae un pedazo pulido de lo que parece ser ónice marcado con una compleja runa que, si tuviera que replicarla, ni siquiera sabría por dónde empezar.

Y el chisme está zumbando.

Joder. ¿Por eso los guivernos han reaparecido de repente? ¿Alguien les ha dado runas a los venin?

Como si la piedra hubiera llamado a su compañero, el cadáver que tenemos a poco más de cinco metros se estremece, y giramos la cabeza hacia el gigantesco ojo dorado que parpadea hasta abrirse por completo.

—Vamos, no me jodas —susurra Mira desenvainando la espada.

Pero yo ya he abierto las puertas al poder de Tairn, y cuando adelanto los brazos, se libera con toda su fuerza, alimentado por mi pánico. Un relámpago restalla y me ciega, pero acierto al objetivo.

Mira y yo salimos despedidas hacia atrás con la descarga y topamos contra el cadáver frío y tieso del guiverno que tenemos detrás. Siento una punzada de dolor en la columna, pero todo parece seguir en su sitio cuando caigo de culo junto a mi hermana.

Las dos nos incorporamos sumidas en un silencio de estupefacción, observando el cadáver achicharrado y humeante del guiverno en busca de algún indicio de movimiento.

—¿Estás segura de que los rayos los matan? —me pregunta Mira tras unos tensos minutos.

—Segurísima —respondo—. Gracias a Dunne que los seres oscuros no han esperado el tiempo suficiente para ver esto. —Los acantilados estarían atestados de guivernos resucitando.

Mi hermana gira lentamente la cabeza hacia mí, mirando de reojo el cuerpo.

—Sin presiones, pero como no descubras en qué mentía Warrick, estamos jodidos.

—Ya. —Como si la primera vez me hubiese salido tan bien. Y encima no hablo morrainés. Voy a tener que confiar plenamente en Jesinia para que lo traduzca y luego compararlos. Dejo escapar una exhalación entrecortada—. Sin presiones.

58



Los terrenos de cría combinados de Basgiath son el bien más preciado de nuestra generación… y nuestro mayor punto débil.

—Diario de Warrick de Luceras

—Traducido por la cadete Violet Sorrengail

—Será cabezón el muy… —mascullo, y giro justo antes del auditorio y me dirijo al gimnasio.

No me ha servido de nada hablar con Brennan a lo largo de la semana, y me hierve la sangre con que se haya negado en redondo cuando le he suplicado que reconsidere la posición de la Asamblea sobre el problema de Samara.

Abro las puertas con más fuerza de la necesaria y me encuentro el gimnasio tan vacío como esperaba a las diez de la noche, y más siendo fin de semana, y tenuemente iluminado por el brillo frío de las luces mágicas que flotan sobre cada estera.

Xaden espera en la estera del centro del gimnasio, con los pies separados y los brazos cruzados sobre el pecho, vestido con el equipo de entrenamiento y esa máscara de indiferencia cuidadosamente construida por la que es tan conocido.

—Pensaba que estabas de coña cuando me ha llegado tu nota. —Cierro la puerta detrás de mí y entonces me concentro en la cerradura y giro la mano en

el aire, canalizando el poder necesario hasta oír el satisfactorio clic del cerrojo —. ¿Hace una semana que no te veo y aquí es donde quieres que nos veamos?

Lo enviaron a patrullar Draithus en cuanto volvimos de Athebyne.

—Supuse que nos pelearíamos. ¿Qué mejor sitio para eso que el gimnasio de entrenamiento?

Permanece inmóvil por completo, esperando a que sea yo la que se acerque a él. No veo que lleve encima sus espadas, pero se ha colgado dos dagas de la cadera.

—Ahora tienes una habitación protegida —le recuerdo subiendo a la estera. Aunque ya no tengo claro si son lo bastante potentes o no, habida cuenta de que nuestro método para levantar las protecciones de Aretia es deficiente.

—Ahora tenemos una habitación protegida, dirás —me corrige repasándome de arriba abajo con lujuria mientras camino hacia él hasta detenerme a un metro.

Cómo voy a culparlo si yo estoy haciendo exactamente lo mismo, quedándome con cada detalle de su cuerpo. Siga o no enfadada con la última revelación, no ha habido momento que no lo haya echado de menos, como siempre.

—¿Y se puede saber por qué nos estamos peleando? ¿Porque la Asamblea ha decidido abandonar a su suerte a Navarre? ¿O por el secreto que me has vuelto a ocultar?

Xaden tensa la mandíbula.

—La mayoría votó cuando regresamos, y aunque los detalles del voto sean secretos, ahora mismo pienso saltarme las normas y comunicarte que perdí.

—Vaya. —Siento como parte de mi ira se disipa—. ¿Y prefieres que hablemos de la segunda cuestión aquí, donde puede entrar cualquiera y oírnos?

—*A menos que sea un inntinncista en plenas facultades, así no nos puede oír nadie*. —Hace un gesto amplio en dirección al gimnasio vacío y entonces extiende la mano y tuerce los dedos—. Venga, por favor. Sé que estás enfadada, y no, no necesito recurrir a nuestro vínculo para saberlo. Se te ve en la cara, en la tensión de los labios y de los hombros.

Relajo conscientemente la postura.

—Tienes razón, para eso no te hace falta el vínculo.

—¿Lo ves? Sigues enfadada.

Se mueve tan rápido que apenas tengo tiempo de levantar las manos antes de que me tire al suelo.

Mierda.

Él se lanza conmigo y me para la caída con una mano y aguanta su peso con la otra. Puede que el golpe no me haya dejado sin aire, pero me quedo sin aliento de todos modos. Me agarro a su pecho y su cara me queda a pocos centímetros de la mía, ocupándome toda la visión y bloqueando el mundo que nos rodea.

—No quiero pelear contigo.

—¿Por qué? —Frunce el ceño confuso—. ¿Acaso tienes un profesor mejor? He oído que Emetterio te está enseñando varias técnicas nuevas, ahora que sabemos que los venin se adaptan tan rápido a nuestros estilos de combate.

—Sí, pero no quiero pelear contigo porque ahora mismo te daría una paliza pero de verdad. —Niego con la cabeza. La trenza se me engancha ligeramente con la estera que tengo debajo.

—Ah, que crees que puedes hacerme daño. —Su sonrisa maliciosa me hace entornar los ojos.

Muevo una mano y desenvaino una daga de una de las fundas de las costillas, y se la coloco junto a la piel cálida de la garganta, a lo largo de las líneas arremolinadas de su reliquia.

—Ese comentario no merece ni una respuesta.

«Que le den». Me aseguro de bajar los escudos para que me oiga. Los ojos se le encienden con algo que parece orgullo, y entonces acerca el cuello a la hoja. La retiro lo suficiente para no hacerle sangre. Supongo que los dos hemos demostrado que tenemos parte de razón.

—Eres capaz de hacerme daño de formas que creo que ahora mismo siguen pareciéndote inimaginables, Violet. Puede que tenga la capacidad de asestar un golpe mortal, pero tú eres la única con el poder para destruirme por completo. —Me quita la mano de la espalda para no perder el equilibrio—. Y ahora podemos hablar aquí o ver si Sgaeyl y Tairn han resuelto sus diferencias y atravesar esta ventisca hasta el pico vacío más cercano, pero no te equivoques: vamos a solucionar esto.

Vuelvo a guardar la hoja en su funda y vuelvo a posarle la mano sobre el pecho.

—¿En una estera de entrenamiento?

Su corazón me late bajo las puntas de los dedos a un ritmo firme y poderoso, a diferencia del mío, que me tamborilea inquieto. He tenido una

semana para procesarlo, una semana para desear que ojalá lo hubiese tenido cerca para poder gritarle, pero también una semana para reflexionar sobre las razones lógicas que puede haber tenido para no contármelo.

La primera y más importante es que valora su vida.

—Donde quieras menos en nuestra habitación. —Me separa las rodillas con las suyas—. Allí no se discute.

—¿Desde cuándo? —Eso es de las cosas más ridículas que he oído nunca. Nuestra habitación es el único espacio privado que tenemos en esta casa.

—Desde ahora. Acabo de inventarme esa norma. No se discute en la habitación.

—Las cosas no funcionan así.

—Ya te digo yo que sí. —Agacha la vista hasta mi boca—. Establezcamos normas según se nos ocurran. Venga, invéntate una.

—¿Una norma?

Levanto la pierna y apoyo el pie en el suelo para tener un punto de apoyo si lo necesito, pero el movimiento también me acerca la parte interior del muslo a su cadera, y noto un dolor inmediato que él podría aliviar fácilmente si quisiera.

—Lo que sea.

—No habrá secretos entre nosotros. Se acabó lo de «pregúntame lo que quieras». Se acabó lo de ponernos a prueba para ver quién está más implicado en esta relación. Quiero sinceridad absoluta entre los dos… —Respiro hondo y cuento las manchas doradas de sus ojos por si no vuelvo a vérselas—. O nada.

—Hecho.

—Lo digo en serio. —Subo la mano por su pecho hasta el punto en que se unen los hombros y el cuello—. Aunque sé que tenías razón. No te estaba haciendo las preguntas adecuadas porque me aterraban las respuestas, y a lo mejor todavía me aterran, si tenemos en cuenta que nunca has sido totalmente honesto conmigo. Casi todas las personas que han formado parte de mi vida me han ocultado cosas porque no les he hecho las preguntas oportunas, no he ido más allá de las primeras impresiones, y entiendo que habrá momentos en que no podrás contármelo todo, porque esa es la naturaleza de lo que hacemos como jinetes, pero necesito que dejes de abocarme al fracaso al insistir en que yo misma descubra qué es lo que tengo que preguntarte.

—Hecho —me confirma él—. Solo… —Se le contrae un músculo de la mandíbula.

—¿Solo qué?

Deslizo los dedos por la columna cálida de su cuello hasta entrelazarlos en su pelo.

—Necesito saber que estarás ahí. Que, pase lo que pase, volverás para que podamos hablarlo o discutirlo. —Baja la vista hasta mi boca y luego la arrastra por todos mis rasgos.

El corazón se me encoge y yo le paso una mano por el pecho, alrededor de las costillas y hasta la espalda, y allí la dejo.

—Hecho.

Suaviza las arrugas del ceño.

—No importa la información que atesore, quiero que tengas en mente que confías en mí y me quieres lo suficiente para entender que jamás permitiría que te hiciera daño. No soy la persona más accesible del mundo, pero he aprendido la lección, créeme. Incluso aunque sea información clasificada, no te ocultaré nada que pueda afectar a tus decisiones. —Traga saliva y entonces apoya todo el peso del cuerpo en un brazo y me pasa el dorso de la mano por la mejilla—. Necesito saber que no huirás, que sabes que nunca te hará falta huir.

—Te quiero —susurro—. Podrías poner mi mundo entero patas arriba y seguiría queriéndote. Podrías ocultarme secretos, empezar una revolución, frustrarme hasta decir basta y probablemente hacerme polvo y seguiría queriéndote. No puedo evitarlo, ni quiero. Eres mi centro de gravedad. Nada en mi mundo funciona sin ti cerca.

—Tu centro de gravedad —repite para sus adentros, y una sonrisa hermosa se le dibuja poco a poco en los labios.

—La fuerza de la gravedad es la única de la que no podemos escapar —bromeo, y luego pierdo la sonrisa—. Pero te lo decía en serio. —Levanto las cejas—. Vas a tener que abrirte totalmente a mí, o no habrá amor en el mundo que pueda sostener esto. Soy una persona que necesita información para reconectar consigo misma.

—Hecho —murmura él—. ¿Quieres que te hable de mi padre? ¿De mi abuelo y Sgaeyl? ¿De la Rebelión?

Quizá algo más fácil.

—¿Dónde está tu madre?

Da un respingo, pero se apresura a disimular su reacción.

—Nadie habla de ella —continúo—. No hay cuadros ni referencias en las ejecuciones de Calldyr. Nada. A veces parece que hayas salido de un huevo y no te hayan parido.

Se produce un largo silencio.

—Se marchó cuando yo era un crío. Su contrato matrimonial estipulaba que debía engendrar un heredero que viviese hasta los diez años y que luego sería libre de marcharse, y eso es lo que hizo. No la he visto ni he sabido nada de ella desde entonces. —Su voz suena como si la estuviese arrastrando por encima de cristales rotos.

—Ah. —Extiendo la mano sobre su pecho—. Lo siento.

No debería habérselo preguntado, joder.

—Yo no. —Se encoge de hombros—. ¿Qué más quieres saber? Porque no puedo volver a pasar por lo mismo. No quiero soportar otra vez meses de incertidumbre luchando por recuperarte, sin saber si me he cargado lo único que me importa en la vida. —Cierra los ojos por un momento—. Aunque sería capaz de hacerlo si lo necesitaras.

—¿*Cuándo se te manifestó*? —Subo la mano hasta su cuello—. *El sello, digo*.

—*Aproximadamente un mes después que las sombras. Ya había visto a Carr matar a uno de primero por leer mentes, así que cuando lo descubrí, me recompuse y acudí directo a Sgaeyl, y cuando Carr me preguntó si había notado alguna otra habilidad extraña, dado que sabían que Sgaeyl también se había vinculado a un familiar, mentí como un desgraciado. Y cuando mi habilidad para controlar las sombras resultó ser mucho más poderosa de lo que esperaban, no tuvieron motivos para seguir hurgando*. —Esboza una media sonrisa—. *Y también ayuda que, según los registros oficiales, el jinete anterior de Sgaeyl fuera un tío abuelo, no mi abuelo*.

—*Entonces ¿ella es la única que lo sabe?*

—*Solo ella. Me hizo prometer que no se lo contaría a nadie. Cree que, si se llegara a saber, o me matarían o me utilizarían como arma.*

—*Joder, ¿no es justamente eso lo que hice yo?*

En cuanto tuvimos delante a Melgren, le pedí que…

—No —susurra él levantando una mano y acariciándome la mejilla con el dorso de los dedos—. Lo que pediste fue por el bien de la misión, pero jamás lo utilizarías en beneficio propio. —Se inclina sobre mí y apoya la frente sobre la mía—. Dime que estamos bien. Dime que esto no ha podido con nosotros.

—*Prométeme que no volverás a usarlo conmigo*. —Le sostengo la mirada y le retuerzo la tela de la camiseta.

—Te lo prometo —musita, y me besa con delicadeza—. Bueno, ¿quieres que te dé ya los regalos?

—¿Qué regalos? —Arqueo el cuerpo contra el suyo.

—Perdiste dos dagas cuando te enfrentaste a Solas. He encargado que te forjaran un par nuevas. —Una sonrisa lenta le cruza el rostro—. Solo tienes que desarmarme y son tuyas.

Bajo la mano por su pecho y hago exactamente lo que me ha sugerido.

Diecinueve de diciembre. Anoto la fecha en la siguiente hoja de pergamino en blanco de mi libreta y la contemplo. Faltan dos días para el solsticio, y la Asamblea sigue sin dar su brazo a torcer. Con todo, apenas nos separan ocho horas de vuelo hasta Samara, así que aún me agarro como a un clavo ardiendo a la posibilidad de que hagamos lo correcto.

—¿Ha habido suerte con el diario de Lyra? —pregunta Rhiannon al sentarse a mi lado en Informe de Batalla.

Casi todas las cabezas del pelotón se vuelven hacia mí, y el peso de sus expectativas me forma un nudo en el estómago. La misma pregunta todos los días, y sigo sin tener respuesta.

—Ya os he dicho que en cuanto termine con él, os lo diré. —Solo le dediqué un intento, y un fracaso, antes de pasárselo a Jesinia.

Extraigo mi nuevo conducto de la mochila y me lo dejo sobre el regazo. La semana pasada Felix les entregó uno a todos los jinetes de segundo y tercero, quienes los han sacado y empezado a imbuir pedazos relucientes de aleación para las dagas siempre que tienen tiempo, por poco que sea, y con todas las energías de que disponen. Pero el mío tiene un añadido especial que le pedí después de lo que ocurrió durante la batalla con Solas: la correa de un brazalete para no perderlo en combate. Es lo bastante largo para que el orbe se mueva libremente en mi mano, pero me lo sujeta al brazo por si necesito las manos.

Los pilotos también han estado tallando puntas de flecha de maorsita a fin de llenar sus carcajes.

Durante estas dos semanas después de la reunión con Melgren, la atmósfera ha dejado de ser la de un colegio de guerra para ser, simplemente, de guerra. Corre una energía inquieta por la casa que me recuerda al aire cargado de electricidad justo antes de una tormenta. Todos los de segundo y tercero están aprendiendo a tejer runas, y no se me caen los anillos por admitir que Cat sigue siendo la mejor de nuestro año. Es la única que ha dominado las runas de rastreo y que es capaz de rastrear las runas de cualquier otra persona. Es alucinante.

Nuestra forja refulge sin descanso para producir armas, y todos los jinetes han abandonado los puestos costeros y se han trasladado hacia las regiones fronterizas, tanto con Navarre como con Poromiel.

—¡Tranquilidad! —grita la profesora Devera desde el centro del escenario cuando Brennan se reúne con ella, y el teatro se sume en el silencio—. Mucho mejor.

Ridoc pone los pies encima de la silla que tiene delante y Rhiannon se los baja, lanzándole una mirada asesina.

—¿Qué? —gruñe él enderezándose—. Ya has oído la lista de los muertos de la semana pasada. No ha habido pérdidas.

—Como la mayoría ya sabe, no tenemos nuevos ataques de los que informar —comienza Devera, y Ridoc le ofrece a Rhi una mirada de «te lo he dicho», enarcando las cejas—. Pero lo que sí tenemos es un mapa actualizado que creemos que es correcto al noventa por ciento, gracias a las patrullas de pilotos.

Se vuelve hacia el gigantesco mapa del continente y levanta las manos. Las banderas rojas comienzan a moverse en un patrón inequívoco, alejándose de las fortalezas conocidas y acumulándose en el este.

La mayor parte se sitúan justo al otro lado de la frontera con Samara, mientras que hay unas pocas banderas rojas repartidas a lo largo de nuestras frontera.

—Han abandonado Pavis —comenta Ridoc inclinándose hacia delante.

—Han abandonado… todo el sur —añade Sawyer—. Y también la frontera con Tyrrendor.

El norte, en las provincias de Cygnisen y Braevick, sigue salpicado de rojo.

—Pero Zolya no. —Maren suspira unos asientos más abajo, a la izquierda, y Cat aprieta los labios hasta formar una fina línea a su lado.

Es obvio que no saben que las protecciones no están funcionando a plena capacidad.

—¿Qué podéis constatar sin atisbo de duda a partir de los movimientos registrados? —pregunta Devera dándose la vuelta hacia nosotros.

Brennan se cruza de brazos y se mira los pies antes de alzar la vista. Conozco esa mirada; se siente culpable.

Me alegro.

—¡Se están preparando para la batalla que ha previsto Melgren! —grita un jinete del Ala Tres.

Al menos la Asamblea no ha mantenido en secreto la petición de Melgren, tan solo los votos individuales en relación con las acciones que se deberían tomar al respecto.

—Correcto —dice Devera asintiendo en su dirección—. Es difícil hacer un cálculo preciso, pero estimamos que habrá más de quinientos guivernos. —Mira a Brennan de soslayo, y al ver que no responde prosigue—: Y los acompañan seres oscuros.

Una letanía de maldiciones mascullada se extiende por el teatro.

—¿Y por qué no atacamos? —pregunta alguien del Ala Uno.

—Por venganza —dice Quinn a mi espalda.

—¿Qué has dicho, cadete? —le pregunta Devera a viva voz.

Quinn se remueve en su asiento, pero cuando me vuelvo hacia ella veo que tiene la cabeza bien alta.

—He dicho que no los atacamos por venganza —repite, esta vez más alto.

—Lo has clavado —musita Rhi.

Brennan carraspea.

—No los atacamos porque la Asamblea ha votado y decidido que las bajas entre jinetes y pilotos serían demasiado cuantiosas. Una batalla de este calibre podría aniquilar nuestras fuerzas y dejar el resto del continente indefenso.

Niego con la cabeza ante lo familiar que me resulta ese razonamiento.

—Algunos tenemos familia en Navarre —dice Avalynn desde la hilera siguiente, sentada con los otros cadetes de primero de nuestro pelotón—. ¿Se supone que tenemos que quedarnos de brazos cruzados y esperar a enterarnos si han muerto o no?

—Deberían haberse marchado —replica un jinete desde algún lugar cercano al Ala Dos.

—No todo el mundo tiene la posibilidad de recoger toda su vida y trasladarse solo porque se avecine una guerra, pedazo de clasista —le espeta Avalynn levantando el tono.

No le falta razón, y se oyen murmullos de aprobación a lo largo de las alas que van cobrando volumen.

—¡A Informe de Batalla no venimos para esto! —grita Devera.

Nos quedamos callados, pero el ambiente se ha enrarecido.

—Vamos a darle la vuelta —propone Brennan—. Si fuerais Melgren, ¿qué estaríais haciendo ahora mismo?

—Yo, cagándome encima —responde Ridoc.

Brennan se frota el puente de la nariz.

—¿Y aparte de eso?

—Reforzando las protecciones —sugiere Rhiannon—. Mientras sigan a máxima potencia, todo esto no será más que una provocación por parte del enemigo.

—Excelente observación, cadete Matthias. —Brennan asiente.

—Entonces ¿tiene que elegir entre armar a sus fuerzas o mantener el suministro de poder concentrado en la armería? —Esa pregunta proviene del Ala Uno.

—Otra observación excelente —coincide Brennan—. ¿Cuál es el problema de armar a sus fuerzas?

—Esparcir las dagas reduce su eficacia como fuente de poder para las protecciones —responde Rhiannon—. Aunque la energía no se utilice activamente para matar a seres oscuros, las protecciones continuarán debilitadas.

—Correcto. —Brennan me mira a los ojos—. ¿Y tú qué harías, cadete Sorrengail?

—¿Aparte de luchar para defender a civiles inocentes?

Las palabras escapan de mi boca antes de que pueda evitar cuestionar a mi hermano en público.

—Si fueras Melgren. —Ladea la cabeza, y por su expresión sé que me espera la madre de todas las charlas.

Estudio el mapa un instante.

—Reuniría todas las dagas de los puestos costeros para reforzar y potenciar los suministros de energía de los puestos fronterizos. No tienen nada que hacer una vez que cruzan las protecciones. Los guivernos mueren. Los venin no pueden canalizar su poder. Eso los limita al combate cuerpo a cuerpo…

—O al uso de artillería —añade Cat.

—Exacto. —Me vuelvo hacia ella y asiento—. Mientras las fuerzas navarrenses puedan repeler físicamente a los seres oscuros y evitar que el suministro de energía de la armería se disemine, no hay ningún peligro real de incursión.

—Esa es justo mi postura.

—Pero Melgren vio como los derrotaban —dice una piloto del Ala Dos.

—Pensemos en eso un momento. —Devera señala el mapa—. Si las protecciones de Samara cayeran, ¿qué ocurriría?

—Que tendrían un acceso directo a los terrenos de cría —responde alguien.

—No —lo contradigo—. Esa porción de las protecciones retrocedería hasta su distancia natural, a unas tres o cuatro horas de vuelo de Basgiath, como las nuestras. Los suministros de energía de los puestos avanzados extienden las protecciones, pero no las generan, de modo que a pesar de que una parte importante de Navarre estaría desprotegida…

Parpadeo, y mi mirada se encuentra con la de mi hermano, que asiente. Melgren nos engañó, convencido de que no comprendíamos plenamente cómo funcionan las protecciones. Recurrió a la táctica del miedo para que lucháramos a su lado.

—¿Te importaría terminar esa frase, cadete? —me pide Devera.

La cabeza me da vueltas y el corazón se me acelera. Clavo la vista en el mapa, en la fina línea de la frontera que aún no ha cruzado lo que parece una legión invencible de enemigos, y una idea tan aterradora que apenas soy capaz de concebir va tomando forma.

—¿De cuándo es esta información?

—¿A qué te refieres? —Devera arquea las cejas.

—¿Cuánto tiempo llevan detenidos en la frontera? —me explico, hundiendo las uñas en las palmas de mis manos mientras aprieto los puños y reprimo el pavor que amenaza con consumirme.

Ella mira de reojo a Brennan, que responde:

—Llevan allí tres días. Los informes de esta misma mañana nos confirman que no se han movido.

Por todos los dioses.

—*Nos movemos ya*. —La voz de Tairn retumba en mi cabeza.

Lo guardo todo en mi mochila mientras Devera grita el nombre de otra jinete para que responda a una pregunta.

—¿Qué haces? —me susurra Rhi, y me percato de que casi todos los miembros de mi pelotón me están mirando.

—Tengo que encontrar a Xaden. —Me echo la mochila a los hombros y deslizo los brazos por las correas, lista para ponerme de pie—. No es Samara.

—Vale. —Rhiannon recoge sus cosas y el resto del pelotón sigue su ejemplo—. Vamos contigo.

No hay tiempo para discutírselo, así que asiento y todos salimos del teatro, acompañados por varios gritos de la profesora Devera, pero el sonido se distorsiona con el rugido de mi cabeza mientras los pensamientos ganan más y más velocidad.

El pasillo está relativamente vacío, puesto que todos los cadetes están en Informe de Batalla, y tardamos poco en salir del ala oeste de la casa.

—¿*Dónde estás*? —le pregunto a través del vínculo.

—En una reunión estratégica en la sala de la Asamblea —responde Xaden—. *¿Por qué?*

—Voy para allá. Te necesito.

Dejamos atrás las puertas del aula de Historia y luego entramos en el gran salón.

—¿Alguien piensa decirme por qué nos acabamos de marchar de Informe de Batalla? —pregunta Cat unos pasos por detrás de mí.

—Violet tiene esa mirada en los ojos que… —empieza Rhiannon, caminando a mi lado.

—La misma que tenía el año pasado justo antes de la Batalla de Pelotones —dice Sawyer.

—Se trae algo entre manos y, por experiencia, lo mejor es seguirle el juego —termina Rhiannon.

Xaden aparece por la puerta de la sala de la Asamblea y echa a andar directamente hacia mí, hasta encontrarnos en mitad del pasillo.

—¿Qué pasa?

—Samara no es el objetivo.

—¿Por qué? —Mantiene la mirada clavada en mí a pesar del movimiento de mis compañeros de pelotón.

—Porque están esperando sin hacer nada —contesto—. Llevan tres días esperando. ¿Por qué?

—Si supiera cómo piensan, esta guerra ya habría terminado —responde él.

—Melgren dice que los vencerán durante el solsticio. Eso es pasado mañana.

Dioses, vamos a tener que ponernos en marcha rápido.

Él asiente.

—Los guivernos no derribarán las protecciones de Samara. No pueden atravesarlas. Además, han movilizado hordas más pequeñas a lo largo de la frontera. Creo que Samara no es más que una distracción. Creo que están esperando a que caigan todas.

Los ojos se le encienden apenas un instante.

—La batalla no puede tener lugar en otro sitio —me discute Sawyer—. Melgren lo vería.

—No si estamos allí —replica Sloane—. Melgren no puede prever el resultado si hay tres marcados en un sitio concreto, ¿te acuerdas? —Levanta

el antebrazo y muestra el lugar en que la reliquia de la Rebelión serpentea por debajo del borde de su manga.

—Exacto. —Me hundo aún más las uñas en las palmas de las manos—. No puede prever la batalla real si estamos allí. Ha concentrado a todas sus fuerzas en Samara, cuando debería estar en…

—Basgiath —termina Xaden por mí buscándome con la mirada—. El valle.

—Sí.

—¿Quieres volver? —me pregunta.

—Claro que queremos —responde Ridoc.

—No hablaba contigo. —Xaden me sostiene la mirada—. ¿Quieres que vayamos?

No lo sé. Navarre lleva seiscientos años engañando a su pueblo, a nosotros.

—Ellos jamás acudirían en nuestra ayuda —dice Sloane.

—Ya os digo yo que a nosotros nunca nos han ayudado —coincide Cat.

Han dejado morir a civiles de Poromiel sin compasión, a salvo tras las protecciones, vendándoles los ojos a los ciudadanos de Navarre.

—Allí están los terrenos de cría —arguye Rhiannon.

—Aquí ya tenemos nuestros terrenos de cría propios —indica Trager. O al menos creo que es Trager, porque no soy capaz de apartar la vista de Xaden.

Él es el suelo firme bajo mis pies mientras la cabeza me da vueltas sin control y mis compañeros de pelotón expresan opiniones contradictorias que coinciden con mis propios pensamientos.

—Mi familia sigue en Morraine —suplica Avalynn.

Las voces a mi espalda se desdibujan cuando empiezan a discutir con todas las de la ley.

—Deberíamos marcharnos casi de inmediato —dice Xaden, cuya voz atraviesa el ruido.

—Nos han engañado. Han ejecutado a tu padre. Me han torturado.

Me obligo a dejar de enumerar sus crímenes antes de que me sobrepasen.

—Sí.

—No dejo de pensar en los cadetes de infantería, los curanderos e incluso los escribas. Gente como Kaori se quedaron atrás, junto con aquellos que solo deseaban defender su patria.

Alargo los brazos y me agarro a él para no perder el equilibrio mientras la discusión se acalora a nuestro alrededor, y por el aumento de volumen me da la impresión inequívoca de que ya no somos el último pelotón en el pasillo.

—*Sí.*

—Si no acudimos, no seremos mejores que ellos, y estaremos dejando morir a civiles que bien podrían ser las armas que necesitamos. —Me agarro a él con más fuerza.

—¿Quieres luchar? —me pregunta, inclinándose hacia mí a medida que la discusión va perdiendo intensidad y todo el mundo espera a oír lo que tengo que decir, o eso creo—. Solo tienes que decírmelo y se lo presentaré a la Asamblea. Y si no nos dan su apoyo, iremos con quien quiera acompañarnos. Yo mismo iré contigo vayas adonde vayas.

La idea de poner en riesgo a mis amigos, de perderlos, me revuelve el estómago. No quiero que Tairn y Andarna corran peligro. Preferiría morir antes que poner en juego la vida de Xaden. Pero ¿acaso tenemos otra opción? Al ir a Basgiath nos arriesgamos a morir, pero si nos quedamos corremos el riesgo de convertirnos en nuestro enemigo.

—No nos queda otra.

59



No nos comemos a nuestros aliados.

—*Addendum* personal de Tairn al libro de Brennan, citado por la cadete Violet Sorrengail

—*Puedo volar yo solita* —me discute Andarna tres horas después, mientras los cadetes corren a colocarse en la formación apresurada y no autorizada en el centro del valle.

—Es un vuelo de dieciocho horas —le recuerdo comprobando todas las juntas de su arnés nuevo. Gracias a los dioses que sigue midiendo la mitad que Sgaeyl y Tairn aún puede cargar con ella—. He respetado tu decisión de acompañarnos, pero esta es la única solución.

No puede volar más de una hora o dos antes de que los músculos del ala se le agarroten por completo.

—*¿Y la solución es que me lleven en volandas como si fuese una cría?*

Deja escapar una nube de vapor cuando paso por debajo de ella e introduzco los dedos entre sus escamas y el pedazo de metal pulido que se le curva debajo de los hombros.

—Creo que Tairn será capaz de cargar con tu peso. Puedes volar hasta que te canses o entorpezcas a la bandada, pero solo accedo a que nos acompañes con el arnés, porque así sujetarte será mucho más rápido. No puedo arriesgarme a que te rezagues si rompes la formación. —Tiro del acero lo justo para asegurarme de que no cede como el mío cuando volamos de vuelta

a Basgiath el verano pasado—. Que te entiendo, no quieres que nadie tenga que cargar contigo. Yo a veces tampoco quiero volar atada a la silla, pero es lo que necesito para montar. Tú decides. O vienes con el arnés puesto o te quedas aquí.

—*Los dragones no responden ante los humanos* —replica irguiéndose.

—*No, pero sí responden ante los ancianos* —gruñe Tairn hundiendo las garras en la hierba verde a nuestro lado.

—*Solo ante el más anciano de nuestra guarida* —responde Andarna cuando salgo de debajo de ella, con cuidado de no pisar mi chaqueta de vuelo y la mochila que he dejado en el suelo. Aquí arriba hace demasiado calor para vestirse según lo que correspondería al mes de diciembre.

—Espera, que voy y se lo pregunto a Codagh en un momentito —le contesto con sarcasmo.

En ese momento doy un salto hacia atrás cuando un grifo pasa volando por delante a toda velocidad. Puede que sean más lentos que los dragones en el cielo, pero la velocidad que llegan a alcanzar a ras de tierra es espeluznante.

Y, según Maren, tampoco les hace ninguna gracia tener que quedarse aquí.

—Intenta no matarte antes de llegar, Vi. Creo que a lo mejor te necesitamos —bromea Ridoc a mi izquierda, esperando frente a Aotrom, que cierra la mandíbula de golpe ante el siguiente grifo que vuela demasiado cerca de él. Me sorprende que le caigan plumas de entre los dientes cuando retira la cabeza.

—*Quizá yo acabe siendo la más anciana de mi guarida*. —Andarna arquea el cuello, siguiendo con la mirada una bandada de pájaros en el cielo.

Le sigo la vista y entonces aparto rápidamente la mirada cuando el brillo del sol me molesta en los ojos y me quema la visión un instante, durante los cuales sus escamas relucen con un tono azul cielo. Pestañeo hasta que las chiribitas desaparecen.

—*Soy todavía un dragón de mediana edad* —gruñe Tairn—. *Aún te queda un tiempo*.

—¿*En serio*? —Andarna sacude el arnés hasta colocárselo en una posición más cómoda—. *Pensaba que llevabas décadas ya en tu etapa de anciano. O eso parece por cómo te comportas*.

Tairn gira la cabeza despacio, observando a Andarna con los ojos entrecerrados.

—No parece que tengas ni cien años —le digo a Tairn para reconfortarlo, y entonces le ofrezco una sonrisa a Maren, que se aproxima con Cat.

—Qué rabia me da no poder ir con vosotros —dice Maren quitándose el morral de cuero de los hombros—. ¿No teníamos que permanecer unidos como pelotón?

—No podríais utilizar vuestros poderes —le recuerdo cuando se acuclilla y empieza a rebuscar en la mochila—. Estaríais indefensas en cuanto cruzaseis las protecciones de Navarre, y seríais el blanco de jinetes y venin por igual. Mala combinación.

—Y os retrasaríamos. Lo hemos oído. —Cat se cruza de brazos y contempla el caos que se produce cuando Feirge aterriza delante de nosotras, extendiendo las alas un instante antes de tocar el suelo cerca de Rhiannon—. Pero eso no significa que no nos sintamos como una mierda sabiendo que vosotros vais de cabeza a una batalla mientras nosotros… estudiamos.

—No sé yo si estudiaréis mucho; creo que ese Rojo Cola de Maza es el de Devera —añade Ridoc señalando hacia la cabeza de la formación.

—Toma. —Maren saca una pequeña ballesta y un carcaj de piel del morral, y luego se pone en pie—. Ya me sabe mal decirte esto, pero el arco se te da de pena.

—Mmm, ¿gracias?

—Así tendrás un arma secundaria por si te quedas sin dagas. No tienes más que tensar la cuerda hasta que se enganche aquí, colocar el virote en el canal —señala el centro de la ballesta— y tiras de la palanca con el índice.

Es pequeña y no será necesaria demasiada fuerza para utilizarla. El gesto me parece tan generoso que se me hace un nudo en la garganta.

—Es perfecta. Gracias.

Le cojo la ballesta, pero ella me aparta el carcaj.

—Todas estas puntas de flecha son de maorsita, imbuida y con runas grabadas para que exploten al impactar. —Levanta las cejas negras—. Dentro del carcaj están protegidas, pero que no se te caiga, por lo que más quieras.

—Entendido.

Le cojo el carcaj de las manos y lo guardo en mi mochila junto con la ballesta.

—La Asamblea no da su brazo a torcer —me dice Xaden. Lleva puesto el uniforme de vuelo completo y las espadas sujetas a la espalda, flanqueado por mi hermana y mi hermano.

—Cabezones de mierda. —Mira también lleva puesta la ropa de vuelo y la espada envainada a un lado, pero Brennan va vestido como siempre, y la ira

que le bulle en los ojos entornados va dirigida directamente a mí.

—¿No lucharán ni siquiera sabiendo que los terrenos de cría corren peligro? —pregunta Ridoc sin dar crédito, dirigiéndose hacia nosotros con Sawyer, Imogen y Quinn.

—Creen que nos equivocamos —responde Xaden.

—Lo que creen es que adentrarse en territorio enemigo con cadetes desentrenados es un error —le espeta Brennan—. Y yo estoy de acuerdo. Vais a conseguir que maten a los cadetes y que os maten a vosotros.

—Ni que fuéramos con estudiantes de primero —apunta Rhiannon ciñéndose las correas de sus vainas alrededor de la chaqueta de vuelo.

—Y eso me parece una gilipollez —escupe Aaric, acompañado de Sloane y los otros de primero, todos con la ropa de vuelo y el gesto lleno de determinación—. Tenemos el mismo derecho a defender los terrenos de cría que los de segundo y tercero.

La mirada suplicante pero acusatoria que nos dirige hace que se me caiga el alma a los pies. Tiene el mismo derecho, si no más, a defender Navarre que cualquier otra persona.

—Olvidaos de ir a… —empieza Brennan.

—¿Prefieres quedarte aquí de brazos cruzados aunque sepas que es muy probable que mamá acabe muriendo?

Doy un paso hacia mi hermano y Mira gira sobre sí misma a mi lado para ponerse también de cara a Brennan. Él tuerce el gesto y echa atrás la cabeza como si le hubiese dado un puñetazo.

—Ella no tuvo ningún problema al enviarnos a los tres a morir.

Brennan pasa la mirada de Mira a mí, buscando una comprensión que no vamos a darle.

—No tenemos tiempo para esto —nos reprende Xaden—. Si no vienes, Brennan, allá tú, pero si no nos marchamos ahora mismo, es muy posible que no lleguemos a Basgiath a tiempo de defenderla. —Da media vuelta y señala a los de primero—. Y no, rotundamente no. La mayoría ni siquiera habéis manifestado todavía vuestro sello, y no pienso serviros a vosotros y a vuestros dragones como una fuente de energía más.

—A mí sí se me ha manifestado —protesta Sloane agarrándose a las correas de su mochila.

—Y sigues estando en primero —replica Xaden—. Matthias, prepara a tu pelotón para alzar el vuelo y luego busca a tu líder de ala a la espera de órdenes. Tendremos que volar en línea recta. Yo me llevaré a Violet con…

—Con el debido respeto. —Rhiannon endereza la espalda y lo mira fijamente—. A diferencia de en los Juegos de Guerra, el Segundo Pelotón, Sección Llama, Ala Cuatro permanecerá intacto, aunque eres más que bienvenido si quieres unirte a nosotros.

Sawyer y Ridoc se remueven a mi lado, y sé que si doy un paso atrás me toparé con Quinn e Imogen.

Xaden levanta la ceja de la cicatriz hacia mí, y en lugar de contradecir a Rhiannon miro de reojo a mi hermana.

—Y a ti te digo lo mismo. Eres más que bienvenida de unirte a nosotros, pero yo me quedo con mi pelotón.

El viento sopla arrastrando un frío inclemente unas dieciocho horas más tarde, cuando cruzamos hacia la provincia de Morraine y seguimos el curso del río Iakobos a través de la cordillera serpenteante que conduce a Basgiath. Nunca me había alegrado tanto de que mi cuerpo se caliente cuando canalizo mi poder. Los demás deben de estar ateridos.

El hecho de que no nos haya detenido ninguna patrulla demuestra la certeza del general Melgren sobre lo de Samara…, porque no hay ninguna. Ni siquiera en los puestos del interior se ve un solo jinete cuando los sobrevolamos en una manada de cincuenta individuos, encabezados por Tairn y Sgaeyl.

Puede que hayamos dejado a los de primero en Aretia, pero también hemos ganado a algunos jinetes en activo que no estaban desplegados en la frontera de los acantilados, como Mira, que vuela con Teine justo detrás de mí, como si temiera perderme de vista.

-Aimsir está sin duda en el valle. Teine se comunicará con el pelotón mientas tú localizas a tu madre.

Tairn termina de contarme el plan que han diseñado los líderes durante el vuelo y que nos permitirá llevar a cabo un reconocimiento completo antes de adaptarnos a lo que sea que nos espere allí.

Mi objetivo es encontrar a mi madre. Sin presiones, claro.

—*Cuando lleguemos al próximo meandro del río, soltarás el arnés* —le ordena Tairn a Andarna—. *Vuela hasta el valle y quédate allí. Una dragona negra adolescente llamaría la atención de los humanos en Basgiath. Ocúltate entre los nuestros hasta que esto termine.*

—*¿Y si me necesitas como la última vez? Podría ocultarme y seguirte de cerca.*

El corazón se me encoge al recordar cómo apareció en el campo de batalla aunque le hubiera suplicado que se escondiera. Arriesgó su vida para ayudarnos y estuvo a punto de perder la suya.

—*Quédate con los Cola de Plumas, necesitarán toda la ayuda que puedas ofrecerles si caen las protecciones, y avísanos en cuanto detectes cualquier cosa extraña.*

Si llegamos demasiado tarde, que los dioses nos asistan.

En el meandro del río, Andarna se desengancha de Tairn y vuela junto a nosotros hasta que los movimientos de sus pequeñas alas ya no bastan para seguirnos el ritmo, y desciende en picado hacia el río congelado que hay más abajo.

—*El valle* —le recuerdo.

—*Estaré donde se me necesite* —replica, y entonces vira a la izquierda y deja atrás el curso del río a favor de la cordillera nevada que conduce a la parte trasera del campo de vuelo y hasta el valle.

—*A mí no me parece que nos vaya a hacer caso* —le digo a Tairn, que la observa hasta que desaparece en la lejanía.

—*Ya te advertí sobre los adolescentes.*

Repliega las alas y cae en picado, y el estómago se me queda donde estábamos al descender más de trescientos metros en cuestión de segundos. Nos estabilizamos cuando nos separan unos treinta metros de los altos robles que delimitan el río, acercándonos a Basgiath desde el sur.

Todo está como debería bajo las últimas luces del crepúsculo, idéntico a cuando nos marchamos seis semanas atrás, salvo por el manto de nieve fresco que lo cubre. Echo un vistazo por encima del hombro y veo a la mitad de la manada (las alas Uno, Dos y Tres) romper la formación y dirigirse al campo de vuelo.

Si todo el mundo se ciñe al plan, la siguiente cuarta parte del grupo aterrizará en el patio del cuadrante mientras el resto continuamos hacia el campus principal.

—¿*Presientes algo extraño*? —pregunto en cuanto atisbo por fin las murallas del Cuadrante de Jinetes. Solo hay luz en la mitad de las ventanas de los dormitorios. Siento una opresión en el pecho; por mucha crueldad que se haya ejercido entre estos muros, hay una parte enorme de mí que sigue considerándolo un hogar.

Aquí fue donde estudié, donde escalé árboles con Dain y donde mi padre me mostró las maravillas de los Archivos. Aquí fue donde me enamoré de Xaden y descubrí lo mucho que se había omitido en esos mismos Archivos.

—Las protecciones siguen intactas. El Empíreo se ha percatado de nuestra presencia, y siento con claridad su descontento, si es a eso a lo que te refieres. —Cruzamos el patio y las secciones Cola y Garra rompen la formación con Devera a la cabeza, y provocan unos daños incalculables en la mampostería al aterrizar donde pueden a lo largo de las murallas—. *Pero Greim sigue aquí y está contactando con su compañero, que se ha marchado a Samara, para que avise a Codagh*.

—¿Cuánto falta para que Sgaeyl y tú podáis comunicaros a tanta distancia?

Dejamos atrás el parapeto en apenas unos segundos y Tairn gira a la izquierda.

—Años. Greim y Maise llevan muchas décadas juntos.

Vuela a toda velocidad hacia el campanario del colegio principal de Basgiath, y entonces extiende las alas y las bate hacia atrás para detener nuestro impulso entre los gritos alarmados de los vigilantes apostados en las cuatro torres, que vociferan advertencias.

—Ahí abajo hay gente —le digo cuando cae con gracilidad en el patio del campus principal.

—Ya se apartarán.

En efecto, la gente se dispersa y se aparta al verlo aterrizar.

—Si cambias de idea, puedo atravesar el techo para reunirme contigo.

Me desabrocho deprisa, desato la bolsa de dagas que me han asignado (a mí y a todos los demás) y salto de la silla.

—No me pasará nada —le contesto, reptando hacia su hombro sin quitarme las gafas de vuelo ni apretándome las correas de la mochila. El tiempo es oro, puesto que aquí solo puede aterrizar un dragón a la vez. Estaré sola hasta que Sgaeyl pueda bajar.

Los músculos se me quejan por el movimiento repentino tras horas de vuelo, pero consigo llegar al hombro y me deslizo por las irregularidades de sus escamas que tanto conozco hasta que mis pies pisan el suelo de Basgiath.

En cuanto termino y me echo la mochila al hombro, Tairn se alza hacia los cielos. Es fuerte, pero también pesado, y sus espolones por poco no rozan el tejado del Cuadrante de Infantería cuando se eleva hacia el cielo.

Los oficiales contemplan la escena atónitos, pegados a los muros, y yo entreabro las puertas de los Archivos lo justo para llenarme el cuerpo de la energía necesaria para defenderme si alguno de ellos decide actuar. Con las manos en alto, examino las amenazas que me rodean, fijándome en el capitán de azul marino que se lleva una mano a la espada. Me retiro hacia el muro tras

la escalera que sube al edificio de Administración hasta que siento el frío de la piedra en la espalda.

Sgaeyl aterriza un instante más tarde y me bloquea la visión de mis posibles enemigos. Xaden desmonta con las sombras en una mano y la espada en la otra, imitando mis movimientos previos, y me da la espalda hasta colocarse a mi lado. Cuando Sgaeyl se marcha del patio, Teine ocupa su lugar con una coordinación perfecta.

Unos movimientos en la escalera captan mi atención, y doy media vuelta para interponerme entre Xaden y mi madre mientras ella baja los escalones con pasos lentos y calculados. Tiene una mano posada en la empuñadura de su espada corta, aún envainada, y a Nolon pisándole los talones.

Vamos allá.

Las sombras se arremolinan a mi alrededor y rebosan sobre los adoquines antes de detenerse en el primer escalón, justo cuando mi madre lo pisa. El suspiro que deja escapar es de puro fastidio y distingo dos ojeras idénticas bajo sus ojos cuando nos mira y los entrecierra.

—Mamá. —Mi poder restalla y me levanta los mechones de pelo sueltos en cuanto miro por encima de su hombro al hombre que ayudó a retenerme prisionera.

—¿En serio, Violet? ¿No podíais usar la puerta principal?

Desvía la mirada hacia Mira y luego al cielo cuando Cat desciende. Se le muda el rostro, pero mantiene la compostura con la misma rigidez de siempre.

—No ha venido con nosotros —dice Mira apuntando con su espada al capitán que está intentando huir—. De hecho, no le ha hecho ninguna gracia que vengamos.

Mi madre ladea ligeramente la cabeza en un movimiento que sé que indica que está hablando con Aimsir.

—Parece que lo que os traéis entre manos es una invasión en toda regla.

—No hemos venido a luchar contra vosotros, sino por vosotros —le digo —. Puede que no me creas, pero vuestras protecciones corren peligro.

—Nuestras protecciones están perfectamente, como seguro que puedes percibir. —Mi madre se cruza de brazos cuando Dain se nos une—. Ay, la hostia. —Levanta la voz hacia el otro extremo del patio—. ¡Hollyn, abre las puertas antes de que uno de estos dragones se nos lleve el tejado! —exclama contemplando con gesto severo las sombras que le impiden el paso.

Xaden las retira hasta las puntas de mis botas.

—*Avisa a los demás de que están abriendo las puertas* —informo a Tairn.

—Me colocaré en consecuencia.

Un minuto más tarde los guardias abren por completo las puertas y dejan a la vista al resto del pelotón, que ya está desmontado.

—Confía en mí, mamá. La batalla que esperáis no se producirá en Samara, sino aquí. —Le explico todo lo que tengo en la cabeza durante los minutos que tardan nuestros compañeros de pelotón en alcanzarnos—. Alguien pretende tirar abajo vuestras protecciones.

—Eso no es posible, cadete. —Niega con la cabeza mientras la noche nos arropa por completo—. Están fuertemente vigiladas las veinticuatro horas del día. La mayor amenaza para las protecciones eres tú.

—Déjenos que echemos un vistazo —dice Xaden a mi espalda—. Sabe que sus hijas jamás dejarían Navarre sin protecciones.

—Conozco a la perfección a mis hijas. Y la respuesta es no. —Su rechazo es sucinto—. Tenéis suerte de haber cruzado el espacio aéreo del enemigo sin obstáculos. Considerad el hecho de que os permita conservar la vida como un regalo personal.

—Permíteme que lo dude. —Mira observa el patio—. A esta hora, este patio debería estar lleno de soldados que regresan de la cantina, y yo solo cuento cinco. Un capitán y cuatro cadetes, y no, no cuento a los curanderos de la esquina. Habéis enviado a todo soldado capaz a Samara, ¿verdad?

La temperatura del patio se desploma del frío gélido anterior a algo prácticamente irrespirable.

—Los sellos de los guardias que hay detrás son trucos mentales, madre. De hecho, incluso apostaría dinero a que los jinetes más poderosos del campus sois tú y… ¿quién más? ¿El profesor Carr? —Mira avanza sin miedo —. Nuestras fuerzas pueden ofreceros ayuda o conquistaros. Tú decides.

Mi madre abre las fosas nasales durante unos tensos y dilatados segundos.

—Si no nos llevas a las protecciones —dice Dain desde algún lugar a mi espalda—, los llevaré yo. El año pasado mi padre me enseñó dónde estaban. —Y por eso está en nuestro pelotón, ni más ni menos.

—¿Quién quieres ser? ¿La general que salve Basgiath o la que lo pierda a manos de los mismos cadetes que rechazaron tus mentiras? —Alzo la barbilla.

—El negro te sienta bien, Violet. —Creo que es lo más bonito que me ha dicho nunca.

—Como ha dicho la capitana Sorrengail, la decisión es tuya. Estamos perdiendo el tiempo —replico. Con la noche aquí, hemos entrado oficialmente en el solsticio.

Mi madre desvía la vista hacia Mira, y luego vuelve a centrar la atención en mí.

—Faltaría más. Vamos a inspeccionar las protecciones.

Dejo caer los hombros aliviada, pero mantengo mi poder preparado mientras subimos la escalera del edificio de Administración, tragando saliva para deshacer el nudo de aprensión que se me forma cuando nos aproximamos a Nolon.

—Violet… —empieza a decir.

El mero sonido de su voz me genera un regusto a bilis en la garganta.

—Ni se te ocurra acercarte a Violet y me plantearé dejarte con vida, aunque solo sea para que repares a los jinetes en la futura batalla —advierte Xaden al reparador al pasar por delante de él cerca de la entrada.

Las luces mágicas titilan sobre nuestras cabezas cuando entramos en aquellos familiares pasillos, y un par de curanderos pasan corriendo a nuestro lado, provenientes de la cantina donde un grupo de cadetes vestidos de azul claro asoman la cabeza por la puerta.

—*Chradh está preocupado* —me informa Tairn con voz tensa.

—¿*Qué podría preocuparle al dragón de Garrick*? —pregunta Xaden por el canal que compartimos los cuatro.

—*Las runas* —responde Sgaeyl.

Claro. El Marrón Cola de Escorpión encontró el cebo en Resson porque es muy sensible a su presencia.

—*Basgiath se construyó sobre runas* —les recuerdo.

—*Esto es distinto. Percibe la misma energía que en Resson*. —Tairn cambia de tono—. *Su jinete ha tomado oficialmente el control del dormitorio con la ayuda de Devera*.

Garrick está en posición.

Mi madre nos guía por el pasillo en dirección a la torre noroeste y, a continuación, bajamos por la escalera de caracol que me recuerda tanto a su gemela del lado sur que contengo el aliento ante el olor a tierra.

«Ploc. Ploc. Ploc.».

Oigo el sonido en mi cabeza con tanta claridad que casi parece real, como si volviese a estar en la sala de interrogatorios. Xaden me coge de la mano, entrelazando mis dedos con los suyos.

—¿*Estás bien*? —me pregunta, y las sombras nos envuelven las manos con la delicadeza del terciopelo.

Por un instante me planteo la posibilidad de quitarle importancia, pero fui yo quien exigió sinceridad absoluta, así que me parece lógico dar ejemplo.

—*Huele como la sala de interrogatorios.*

—*Le prenderemos fuego a ese sitio antes de irnos* —me promete.

En la base de la escalera no hay… nada. Solo una habitación circular pavimentada con las piedras de los cimientos.

Mi madre se vuelve hacia Dain y él pasa por delante de ella, examina el patrón y entonces empuja una piedra rectangular a la altura de sus hombros. La piedra cede y la roca chirría contra la roca cuando se abre una puerta en la mampostería y deja al descubierto un túnel iluminado por luces mágicas tan estrecho que hasta la persona más valiente sentiría claustrofobia.

—*Como los Archivos* —le digo a Xaden.

Mi madre ordena a los soldados que nos acompañan que hagan guardia. A cambio, Rhiannon les ordena a Sawyer e Imogen que los vigilen a ellos antes de entrar en el túnel con mi madre a la cabeza.

—¿Esto no estaba vigilado? —pregunta Xaden caminando delante de mí; tengo a Mira justo detrás.

—Lo que está vigilado son las protecciones —responde ella, y se pone de perfil en el momento en que el túnel se estrecha todavía más—. ¿No te parecería sospechoso que hubiese un par de guardias plantados al final de una escalera vacía? A veces la mejor defensa consiste en camuflar las cosas de la manera más sencilla posible.

Camino de lado, respirando por la nariz y expulsando el aire por la boca, intentando convencerme de que estoy en cualquier otro sitio.

«Nos lo vamos a pasar en grande tú y yo». Las palabras de Varrish me asaltan y el corazón se me acelera.

Las sombras de Xaden se extienden desde nuestras manos hasta mi cintura. La presión que ejercen me recuerda a la de sus brazos y hace más soportable el tramo de unos cinco metros que recorremos antes de que vuelva a ensancharse. El túnel se extiende entonces unos cuarenta metros hasta acabar en un arco que desprende un brillo azul, y el zumbido de energía que atribuyo a la piedra me resuena hasta los huesos, con una potencia diez veces superior a la de Aretia.

—Ahí tienes a los guar… —Las palabras de mi madre mueren en su boca, y los vemos en el mismo instante que ella.

Dos cuerpos uniformados de negro yacen en el suelo sobre sendos charcos de sangre que se extienden despacio hacia el otro. Tienen los ojos abiertos, pero vidriosos y vacuos. Acaban de morir.

El corazón me da un vuelco y las sombras caen junto con la mano de Xaden cuando los dos preparamos nuestras armas.

—Joder… —susurra Ridoc mientras los demás van atravesando el cuello de botella a nuestras espaldas, desenvainando espadas, dagas y hachas de guerra.

Se oye el roce del metal contra el metal cuando mi madre desenvaina su espada y echa a correr por el túnel.

—¿Hay alguna posibilidad de que te quedes aquí si yo…? —empieza Xaden.

—Ninguna —respondo por encima del hombro, corriendo ya detrás de mi madre por el largo corredor. Un vago sonido de órdenes gritadas resuena por las paredes del túnel. Mira nos alcanza deprisa y me adelanta para reunirse con mi madre mientras Xaden me sigue el ritmo.

—¿*Sabes dónde se abre al cielo la cámara de la piedra*? —le pregunto a Tairn mientras mis pasos retumban en los adoquines del pasillo. Tiene que haber una abertura, si está construida como la de Aretia.

—*Según tú, no puedo proporcionarle fuego a más de*… —Se detiene, como si estuviera valorando la situación—. *Voy para allá*.

—¡No! —Siento un escalofrío al oír el grito que mi madre profiere cuando ella y Mira llegan a la cámara y cargan hacia la izquierda con las armas en ristre.

El resto llegamos a la cámara y, antes de poder estudiar la situación, las sombras de Xaden me levantan del suelo y me aprietan contra su pecho. Acto seguido, damos media vuelta y me empotra contra la pared del arco justo antes de que las púas de un Naranja Cola de Escorpión crucen el lugar que yo pisaba hace un momento.

¿Hay un puto dragón aquí dentro?

—¿Estás…? —Xaden abre mucho los ojos.

—No me ha dado —le confirmo.

Él asiente, y el alivio de sus ojos da paso a un gesto de preocupación y alerta, y los dos nos volvemos hacia la entrada. Ridoc, Rhiannon y Dain nos alcanzan poco después.

Me quedo boquiabierta y las venas se me llenan de una energía tan potente que las manos me zumban.

La piedra protectora es el doble de grande que la de Aretia, igual que la cámara que la aloja, pero a diferencia de la de Aretia, los anillos y runas talladas en la superficie están interrumpidos por un patrón romboidal. Y, a diferencia de nuestras protecciones en Aretia, esta piedra protectora está en llamas, coronada por un fuego negro que crepita y refulge cuando un dragón

emerge de la parte izquierda de la piedra y empuja a mi madre y a Mira hacia nosotros.

No es un dragón cualquiera: es Baide.

—¡*Salid de ahí*! —me ordena Tairn cuando Baide agacha la cabeza, y vislumbro brevemente sus ojos, opacos en vez de dorados, antes de que mi madre cargue contra su nariz con la espada en alto.

Baide la aparta de un movimiento de cabeza, y mi madre sale despedida hacia el muro de la cámara y cae desmadejada al suelo después de darse un golpe en la cabeza.

Xaden adelanta la mano y las sombras se abalanzan hacia Mira y mi madre, y las retira mientras Baide ruge, expulsando vapor y babas por la boca.

Echa a andar hacia nosotros, repiqueteando con los espolones sobre el suelo mientras rodea la piedra, y veo a Jack Barlowe sentado en el lomo de Baide. La sonrisa que me lanza me revuelve el estómago.

—Justo a tiempo, Sorrengail.

—*Sería un detalle que aparecieses cuando te vaya bien* —le insisto a Tairn mientras las sombras de Xaden sueltan a Mira a mi lado, pero arrastran el cuerpo inerte de mi madre inconsciente hasta el otro lado del umbral.

Aquí no puedo utilizar mi sello sin poner en riesgo a los demás. Y porque la carga de la piedra atraería todos los rayos.

—*No es precisamente un lugar de acceso fácil* —gruñe Tairn.

—¿Qué coño haces aquí, Barlowe? —le espeta Dain.

—Lo que prometí —responde con un brillo en los ojos.

Xaden lanza otra oleada de sombras, esta vez dirigidas a Barlowe, y Baide deja caer la mandíbula y los ojos inquietantes se le encienden cuando el fuego le asciende por la garganta.

—¡Xaden! —grito, y entonces Ridoc me empuja hacia atrás, a mí y a los demás, y extiende los brazos con las palmas hacia fuera.

—¡Agachaos! —exclama, y distingo un muro de hielo alzándose frente a nosotros antes de que Xaden tire de mí hacia el refugio de su cuerpo y se acuclille. La cámara se ilumina de un brillo naranja durante un instante, y luego otro, mientras el fuego lame los muros de piedra. Ridoc grita cuando la llamarada muere.

En cuanto el fuego desaparece, nos ponemos de pie para enfrentarnos a Barlowe y Baide, pero el dragón ha vuelto a desaparecer detrás de la piedra.

—¡Yo me encargo!

Rhiannon corre hacia Ridoc, lo levanta por los brazos y lo aleja del sitio en que un charco de agua indica el lugar en que antes se alzaba el muro de

hielo. Nada me podría haber preparado para verle las manos quemadas a Ridoc, llenas de sangre y ampollas.

—Nosotros vamos por la izquierda —dice Xaden mirándome de reojo.

—Vale, nosotros por la derecha —responde Dain volviéndose hacia Mira, quien asiente.

Xaden y yo corremos hacia la izquierda y yo giro una daga en mi mano para agarrarla por la punta, lista para lanzarla cuando doblamos la esquina.

¿Qué cojones…?

Baide se ha levantado sobre sus patas traseras y ha apoyado las garras delanteras en la parte superior de la piedra en llamas, y Barlowe no está en la silla. Tardo un preciado segundo que no tenemos en localizarlo agarrado al cuello de Baide, sujetándole uno de los cuernos.

Ni siquiera Xaden es lo bastante rápido para evitar que Jack hunda la espada entre las escamas del cuello de Baide. Los gritos de la dragona hacen retumbar los cimientos de la cámara y se detienen de repente cuando Jack empuja la espada hasta la parte delantera de la garganta.

Jack gira la cabeza hacia nosotros y extiende la mano para lanzar un escudo que refleja las sombras de Xaden mientras la sangre que brota de la garganta de Baide baña la piedra protectora. Las llamas negras se extinguen un instante antes de que Baide se desplome y el peso la haga caer hacia delante.

La piedra protectora se inclina y Jack intenta agarrarse, lo que me da la oportunidad perfecta para hacer un movimiento rápido de muñeca y soltar la daga.

Oigo un grito satisfactorio en el momento en que Xaden me aferra la muñeca y levanta un muro de sombras que ocultan la cámara que nos rodea pero no amortigua el crujido de la piedra al resquebrajarse.

El zumbido desaparece.

Las protecciones han caído.

60



En esencia, la magia exige un equilibrio. Acabará recuperando lo que tomes, y no es la persona que la manipula quien decide el precio.

—*Magia: un estudio universal para jinetes*, por Emezine Ruthorn

Xaden deja caer las sombras y los dos nos volvemos al mismo tiempo para examinar los daños.

El corazón se me encoge y le busco la mano a Xaden por puro instinto. La piedra protectora se ha partido en dos y yace en el suelo sin llamas a la vista.

Santa Dunne, Navarre está indefenso.

Es imposible ver más allá del cuerpo de Baide para comprobar si Mira está bien, de modo que me vuelvo hacia la derecha y mi mirada se encuentra con la de Rhiannon, que observa la escena ojiplática delante del arco, protegiendo a Ridoc y a mi madre.

Jack se tambalea hacia atrás por el daño de mi daga, con una expresión de desconcierto y júbilo contrayéndole el rostro mientras se la arranca del hombro y la deja caer al suelo.

—Le quedan unos minutos —le susurro a Xaden.

Barlowe acaba de matar a su dragona. Es inconcebible. Imposible. Y, aun así, Baide yace claramente muerta cuando Jack se arrodilla frente a ella y

levanta la cabeza entre carcajadas hacia el cielo, a más de quince metros sobre nuestras cabezas.

Mira aparece rodeando en silencio el cadáver de Baide, y Xaden le hace un sutil gesto de negación con la cabeza cuando ella levanta su espada. Mantiene la posición de ataque, pero se queda inmóvil.

—Sabes que estás a punto de reunirte con tu dragona, ¿verdad? —le pregunta Xaden, con la voz tan baja como las sombras que se arremolinan a sus pies.

—¿*Se puede saber qué haces*? —Desenvaino otra daga.

—*Sonsacarle toda la información que podamos.*

La calma absoluta en su tono me pone de los nervios.

—Esa es la cuestión —contesta Barlowe, y el pelo rubio le cubre la frente cuando cae hacia delante y se apoya en una mano—. Que eso no va a ocurrir. Nos hacen creer que somos la especie inferior, pero ¿has visto lo poco que me ha costado controlarla? ¿Con qué facilidad he sustituido la energía que nos vinculaba?

Cierra los ojos al extender los dedos sobre la piedra.

—¡Jack! ¡No lo hagas! —Nolon irrumpe en la sala apartando a Rhiannon a un lado, y el gesto se le descompone cuando toma conciencia de la destrucción que lo rodea—. Tú… ¡Tú estás por encima de esto! ¡La decisión es tuya!

Siento una opresión en el pecho.

—*Lo dice como si ya lo hubiera previsto.*

—*Porque lo había previsto* —responde Xaden sin apartar la mirada de Jack—. *Quiere repararlo. Lleva desde mayo intentando repararlo. Ahora mismo está demasiado débil para ocultar sus intenciones*.

—*¿Reparar el qué? ¿Las heridas de la caída?*

Xaden frunce el ceño, concentrado.

—*Jack se ha convertido en venin. Y dentro de las protecciones, vete a saber cómo.*

Creo que voy a vomitar.

—¡No hay alternativa! —grita Jack—. Y si la hubiera, yo tomé mi decisión en cuanto la vi —me fulmina con la mirada— vincularse al dragón más poderoso de la Trilla. ¿Por qué deberían los dragones determinar nuestro potencial cuando somos nosotros los dueños de nuestro destino?

Por todos los dioses. Hace muchísimo tiempo que tiene los ojos inyectados en sangre. ¿Cuándo ocurrió? Antes de la caída. Tuvo que ser antes de que yo utilizase mi sello por primera vez. Aquel día en el gimnasio…

Y le he lanzado la daga que no era.

—*Baide* —gruñe Tairn, y al alzar la vista veo su silueta bloqueando las estrellas en las alturas.

—*Lo siento mucho.*

—La magia exige equilibrio —le discute Nolon—. ¡Todo tiene un precio!

—¿Ah, sí? —Jack inspira y las piedras a su alrededor pierden el tono oscuro de la pizarra hasta adoptar un tono beige oscuro—. ¿Entiendes la cantidad de poder que hay bajo tus pies?

Una porción palidece, y luego otra, y otra.

—*Xaden…*

—*Ya lo sé.* —Las sombras se precipitan hacia Jack, lo tumban y lo arrastran por el suelo antes de levantarlo en el aire y dejarlo inmóvil con una equis dibujada en el torso—. ¿Cuándo te convertiste? —le pregunta Xaden.

—Te gustaría saberlo, ¿eh? —Jack forcejea, pero Xaden cierra el puño y las sombras se tensan todavía más.

—Sé que vas a decírmelo. —Xaden camina hacia él—. Porque no tengo nada que perder si te mata. Así que dime cuándo te convertiste. Vete con un poco de dignidad.

—Antes de que me retara —respondo yo al ver que Jack se niega—. Insufló poder en mi cuerpo a la fuerza, pero en aquel momento no lo reconocí como tal. ¿Cómo? Las protecciones…

—Las protecciones no bloquean todo el poder como los dragones os quieren hacer creer. Aún podemos alimentarnos del suelo, canalizar lo suficiente para sobrevivir. Para engañarlos. Tal vez no dispongamos de toda nuestra fuerza ni seamos capaces de manipular la magia mayor bajo el influjo de vuestras protecciones, pero no os equivoquéis: ya nos movemos entre vosotros, y ahora somos libres. —Jack señala a Baide, moviendo sus ojos desorbitados entre Xaden y yo—. Nunca entenderé por qué te quiere a ti. ¿Por qué coño eres tan especial?

—*Esto lo cambia todo* —dice Tairn.

—No tenéis ni idea de lo que se os viene encima. —Jack se agarra a las sombras y patalea en el aire, pero Xaden le envuelve la garganta con otro zarcillo y se queda inmóvil—. Son más rápidos de lo que creéis. Y él viene con una horda de verdes, él y todos los demás.

—A lo mejor les lleva un rato leer el mapa. —Xaden opta por provocarlo—. Y cuando lleguen ya hará mucho tiempo que tú te habrás ido.

—*Tenemos que mantenerlo con vida para interrogarlo todo lo posible*. —Cambio de pie el peso del cuerpo con cuidado para no captar la atención de

Jack.

—¿*Y qué solución propones*? —me pregunta Xaden.

Debemos arrebatarle todo su poder. Pongo los ojos como platos y veo a Nolon reptando por la izquierda. Él lo ha mantenido bajo control durante todos estos…

—*El suero* —le digo a Xaden—. *Por eso debieron de desarrollar el suero que bloquea los sellos*.

Percibo un movimiento cerca de Mira y al volver la mirada veo a Dain rodeándola.

—No les hace falta ningún mapa. Ya les he mostrado el camino. Mientras vosotros estabais ocupados sacando armas a escondidas, nosotros los estábamos metiendo aquí a escondidas. —Los movimientos de Jack se vuelven más débiles, las respiraciones más laboriosas, igual que las de Liam —. Este lugar será nuestro en cuestión de horas.

Jack planta las manos en la pared y se estremece cuando empieza a absorber el color de la piedra. El corazón se me encoge. Estamos bajo tierra.

Xaden desenvaina su daga con empuñadura de aleación y se dirige hacia ellos, pero Dain llega primero.

—¡Aún no! —Dain le sujeta la cabeza a Jack y cierra los ojos mientras las piedras van perdiendo su color.

Uno. Dos. Tres. Empiezo a contar los latidos de mi corazón a medida que la desecación se extiende. En el cuarto latido, Jack aparta las manos de la pared y le agarra los antebrazos a Dain.

—¿Xaden? —Es una petición, y los dos lo sabemos, pero él no reacciona.

Dain comienza a temblar.

—¡Xaden! —grito—. ¡Jack lo está drenando!

El poder se me acumula en las puntas de los dedos, listo para salir.

Xaden espera a que Dain aúlle de dolor para dar el último paso y golpear a Jack en la sien con la empuñadura de la daga, lo que lo deja inconsciente.

Me acerco a Dain corriendo cuando él se tambalea hacia atrás, arrancándose la chaqueta de vuelo y arremangándose el uniforme para dejar al descubierto un par de marcas grises grabadas en su piel en el mismo sitio por el que Jack lo ha sujetado.

—¿Estás bien? —Dioses, la piel se le está arrugando.

—Eso creo. —Dain se pasa una mano por cada brazo, y entonces tensa los dedos al valorar el daño—. Me duele como una quemadura de hielo.

—Deduzco que sabes qué hacer con él, ¿verdad? Visto que lleva así desde mayo. —Xaden fulmina a Nolon con la mirada.

Nolon asiente, se acerca a Jack y le vacía un frasco de suero en la boca. Xaden retira las sombras y permite que Jack caiga al suelo antes de inclinarse sobre él y cortarle el parche del Ala Uno.

—¿Cuántos jinetes hay aquí? —le pregunta Dain a Nolon, que observa a Jack con una mezcla de incredulidad y horror. Ahora entiendo por qué estaba siempre tan exhausto este año. No estaba reparando un alma en sentido figurado, sino literal—. ¿Cuántos jinetes hay, Nolon? —insiste Dain.

El reparador levanta su agotada mirada.

—Ciento diecinueve cadetes —responde mi madre sujetándose la cabeza ensangrentada con una mano—. Diez líderes. Al resto los hemos enviado a los puestos del interior y a Samara. —Se vuelve hacia mí—. Además de los que habéis traído.

—He visto sus recuerdos. No será suficiente. —Dain niega con la cabeza.

—Pues tendrá que bastar —replica Mira.

—Reúnan a todo el mundo. Son más rápidos que los dragones —le dice Dain a mi madre—. Tenemos diez horas, quizá menos. Luego, estaremos todos muertos.

Media hora más tarde casi todos los asientos del aula de Informe de Batalla están ocupados y hay una clara división entre aquellos que optamos por luchar por Poromiel y los que decidieron quedarse para defender Navarre. Los cadetes de Aretia ocupan la mitad derecha del aula escalonada, y es la primera vez que no saco pluma y papel para tomar apuntes cuando mi madre y Devera ocupan la tribuna junto a Dain.

La energía inquieta del aula me recuerda a la de aquellos instantes en la cima de la torre de Athebyne, donde decidimos combatir en Resson. Con la diferencia de que hoy no hay decisión posible; ya estamos aquí.

Esta batalla ha comenzado en la cámara de la piedra protectora, y ya hemos perdido. Lo que pasa es que todavía respiramos. Greim le ha comunicado a Tairn que Melgren y sus fuerzas llegarán después de la horda, y hará una hora nos han informado de que hay una segunda oleada de guivernos volando hacia aquí. Como si con la primera no bastara para destruirnos.

Echo un vistazo por encima del hombro a los asientos de la parte superior, y veo a Xaden junto a Bodhi cruzado de brazos, escuchando lo que Garrick les está diciendo. Siento una punzada de dolor en el pecho. ¿Cómo es posible que solo nos queden unas horas?

Xaden se vuelve hacia mí, parece que haya percibido el peso de mi mirada, y me guiña un ojo como si no estuviéramos al borde de una aniquilación segura. Como si hubiéramos vuelto al año pasado y esto no fuera más que otra sesión de Informe de Batalla.

—¿Cómo tienes las manos? —le pregunta Sawyer a Ridoc mientras los líderes departen sobre la tribuna.

—Nolon me las ha reparado en cuanto ha terminado con la general Sorrengail. —Ridoc flexiona los dedos y nos muestra la piel intacta—. ¿Y Dain? —me pregunta a mí.

—No se puede hacer nada por él. No sé si es porque la herida es irreparable o porque Nolon está demasiado exhausto después de haber reparado a Jack tantas veces.

—Puto Jack —masculla Ridoc.

—Puto Jack —coincido.

Devera empieza la sesión. Los servicios de inteligencia informan de que un millar de guivernos se dirigen hacia aquí. ¿La buena noticia? Que ni se han molestado en detenerse en Samara, lo que significa que las bajas son escasas. ¿La mala noticia? Que no parecen estar deteniéndose en ningún sitio, y, por tanto, no podemos esperar ningún retraso.

Dain da un paso al frente y carraspea.

—¿Cuántos aquí domináis las runas de rastreo?

No se levanta ni una sola mano entre los cadetes de Aretia, ni siquiera la de Rhi ni la mía. Los cadetes de Basgiath lo observan como si les estuviera hablando en krovliano.

—Vale. —Dain se pasa una mano por el pelo y tuerce el gesto antes de recomponerse—. Eso complica las cosas. Los seres oscuros saben exactamente dónde estamos porque, según los recuerdos de Barlowe, se dedicó a plantar señuelos por todo el colegio y a lo largo del sendero que conduce al valle.

Veo que Dain ha decidido no seguir ocultando su sello.

Separo los labios. Esa es la energía que Chradh ha detectado cuando hemos llegado, la misma que convocó a los venin a Resson. Destruir los señuelos es la mejor opción que tenemos para ganar algo de tiempo, o al menos para confundir a las oleadas siguientes.

—He visto dónde dejó Barlowe la mayoría de los señuelos, pero no todos —continúa Dain, y entonces oímos pasos en la entrada.

Todas las cabezas se giran a medida que van entrando cadetes de infantería con rostros inciertos y nerviosos. Distingo a Calvin, el líder del

pelotón con el que nos emparejaron para las maniobras, que observa boquiabierto el lugar y posa la mirada sobre el mapa de Navarre. Lleva la misma insignia que el resto, lo que me hace pensar que solo han enviado a los líderes del cuadrante.

—El Cuadrante de Infantería dedicará las próximas horas a tratar de encontrarlas mientras se preparan para… —Dain se queda sin voz, y traga saliva.

Devera se apiada de él y da un paso al frente.

—Esta noche trabajaréis con vuestros pelotones. Recordad que los guivernos son la distracción y el arma. Si acabáis con el venin, matáis también a los guivernos que haya creado. Nadie se enfrenta a un ser oscuro a solas. Esa es la mejor forma de reunirse con Malek. Trabajad codo con codo, confiad en los demás, complementad vuestros sellos igual que en la Batalla de Pelotones.

—Con la diferencia de que esto es una batalla real —dice Rhiannon para sus adentros.

Donde de verdad morirán cadetes.

—Recordad que los venin copiarán vuestro estilo de combate, de modo que procurad cambiarlo si no os queda otra que luchar cuerpo a cuerpo —prosigue Devera, apretando los labios con preocupación y quizá algo de miedo.

Los cadetes de Basgiath murmuran entre ellos y se remueven en sus asientos.

—Os apuesto todas las dagas que hemos traído a que no los han enseñado a luchar contra los venin. —Sawyer niega con la cabeza y tamborileo sobre la mesa con los dedos.

—Los de primero a los que no se les haya manifestado su sello, preparaos para marcharos volando si caemos. Los curanderos están preparando la enfermería. Los escribas están evacuando los Archivos con nuestros textos más preciados. —Devera mira a mi madre de reojo.

Claro, cómo no. Lo que me pregunto es qué textos considerarán lo bastante valiosos para conservarlos, y cuáles dejarán convenientemente atrás para que ardan.

Mi madre mira a la derecha, donde Mira atiende junto con algunos amigos, y luego baja la vista hacia mí.

—Las asignaciones de esta noche se han decidido por el bien de Basgiath y el valle. Hay algunos sellos increíblemente poderosos entre vosotros. Jinetes

con un gran don. —Desvía la mirada hacia la primera fila, donde está sentado Emetterio—. E incluso algunos maestros del combate. Pero no os engañaré…

—Será la primera vez —musito, y Rhiannon se ríe entre dientes.

—… nos superan en número —continúa mi madre—. Nos falta poder. Sin embargo, y a pesar de tenerlo todo en contra, los dioses están con nosotros. Tanto si os marchasteis después de la Trilla como si os quedasteis aquí, todos somos jinetes de Navarre, vinculados para proteger a los dracónidos en la hora más oscura, y esa hora ha llegado.

La hora más oscura en la noche más larga del año. El estómago se me revuelve en un intento por reprimir la desesperanza que me invade.

—*Quiero que te marches a Aretia* —le ordeno a Andarna—. *Vete antes de que lleguen. Escóndete donde puedas y ve a buscar a Brennan.*

—*Estaré donde se me necesite, y eso implica que no me mueva de tu lado* —replica.

Cualquier argumento que pueda darle para mantenerla con vida sería inútil, y las dos lo sabemos. Los humanos no les dan órdenes a los dragones. Si está decidida a morir con Tairn y conmigo, no está en mis manos cambiarlo. Me muerdo los labios para contener el escozor de los ojos.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos mientras mi madre asigna a los jinetes en activo a cada pelotón de cadetes, separándolos según su experiencia. A Garrick lo asignan al Primer Pelotón, Sección Llama, y a Heaton al Primer Pelotón, Sección Garra, mientras que Emery acaba en un pelotón del Ala Uno.

—Capitana Sorrengail. —Mi madre levanta la vista hasta Mira—. Tú lucharas con el Segundo Pelotón, Sección Llama, Ala Cuatro.

El pelotón entero se vuelve hacia Mira, y abro los ojos ante el miedo que distingo en su mirada.

La ira bulle a lo largo de mi vínculo con Xaden.

—*Y una mierda.*

—Con el debido respeto, general Sorrengail —responde Mira estirando los hombros—. Si el objetivo es aprovechar al máximo nuestros sellos, creo que debería estar con usted como última línea de defensa, dado que ahora puedo generar escudos sin las protecciones.

Mi madre arquea las cejas sorprendida, y yo voy moviendo la cabeza entre ellas como si estuviera ante un partido de pelota.

Mira traga saliva, y nuestras miradas se encuentran.

—Y el teniente Riorson debería estar en el Segundo Pelotón, puesto que su sello ha demostrado ser efectivo en batalla combinado con el de la cadete

Sorrengail. —Me mira como si estuviéramos sentadas a la mesa, la una frente a la otra, y no en mitad de la preparación de una batalla—. Y aunque me gustaría ser su escudo, Xaden es mucho más capaz de mantener con vida a nuestra arma más efectiva.

Se produce un silencio tenso mientras contemplo a mi madre.

—Que así sea —confirma mi madre, y luego termina con los cambios de las unidades.

El calor que ardía en el vínculo desaparece y dejo caer los hombros aliviada. Al menos estaremos juntos.

—¿Os tendremos a los dos en el pelotón? —Ridoc esboza una sonrisa rápida—. A lo mejor hasta sobrevivimos una hora.

—Yo apuesto por dos —interviene Sawyer con un gesto de cabeza.

—Callaos antes de que os coja las cabezas y os las casque —los amenaza Imogen desde atrás—. Menos de cuatro horas es inaceptable.

¿Cuánto duró lo de Resson? ¿Una hora? Y allí éramos diez jinetes y siete pilotos contra cuatro venin.

—Ahora que hemos aclarado eso —dice mi madre mientras Kaori sube a la tribuna y crea una ilusión de un mapa vertical de Basgiath y la zona circundante—. Vamos a dividir Basgiath, el valle y los alrededores en una cuadrícula de sectores.

Kaori hace un gesto con los dedos y aparece una cuadrícula en el mapa.

—Cada pelotón será responsable de un sector del aire mientras la infantería cubre el suelo —prosigue mi madre, y entonces le hace un gesto de cabeza a Kaori. En ese momento surgen insignias de pelotón por la cuadrícula, y tardo un segundo en localizar la nuestra al lado del valle, junto con un pelotón del Ala Uno. No hay ningún parche dentro del valle en sí mismo, pero hay muchos dragones sin vincular que sin duda estarán preparados para defender sus terrenos de cría—. Memorizad esta cuadrícula, porque no tendréis tiempo de consultar el mapa cuando estéis allí. Si entra algo en vuestro espacio aéreo, lo matáis. Si cruza el espacio aéreo de otro pelotón, dejáis que lo maten ellos. No abandonéis vuestro espacio aéreo bajo ningún concepto, o nos convertiremos en una melé desorganizada que inevitablemente debilitará las cuadrículas. Os reasignaremos según convenga a medida que se nos vaya informando de las bajas.

No contempla que no haya bajas.

La cuadrícula que hay detrás del campus principal, donde se encuentra la cámara de la piedra, está espantosamente vacía, como si ya hubiesen renunciado a aquel lugar.

—Esto no está bien —susurro—. Deberíamos defender la piedra protectora.

—¿La rota? —pregunta Sawyer en voz baja.

—Dilo —Rhiannon me anima.

—Tú tienes más posibilidades de sobrevivir si le llevas la contraria a la general —masculla Ridoc removiéndose en el asiento.

Me aclaro la garganta.

—Es un error abandonar la piedra protectora.

Mi madre me lanza una mirada de desaprobación y siento como se hiela el ambiente.

—¿Por qué mis hijas son las únicas que hablan cuando no es su turno?

—Lo hemos sacado de nuestra madre —le espeta Mira con sequedad, y esa mirada letal se mueve hacia ella.

—Es un error —insisto—. No sabemos cuánto poder le queda a la piedra, y se colocó precisamente allí porque, según Warrick, es donde se encuentra el flujo natural más poderoso.

—Mmm. —Ahora la que me mira no es mi madre, sino la general Sorrengail—. Tendremos en cuenta tu opinión.

El pecho se me llena de esperanza.

—Entonces ¿asignarán un pelotón?

—No, ni mucho menos. Tu opinión, por mucho que la tengamos en cuenta, es errónea.

Cambia de tema sin decir nada más, sin el razonamiento que nos habrían ofrecido en Informe de Batalla, y me deja encogida en el asiento, reducida a la mitad de mi tamaño original.

Una sensación cálida inunda el vínculo, pero no consigue mitigar el frío de su rechazo.

—Ya tenéis vuestras órdenes para mañana —dice mi madre—. Jinetes, buscad la cama más cercana y dormid todas las horas posibles. La mayoría de los que abandonasteis Basgiath veréis que vuestras habitaciones no se han reasignado, y que casi todas cuentan todavía con vuestra ropa de cama. Necesitamos que estéis bien descansados para ser efectivos. —Contempla el aula como si cupiera la posibilidad de que no volviera a vernos—. Cada minuto que resistamos aumenta las probabilidades de que los refuerzos lleguen a tiempo. Cada segundo cuenta. No os equivoquéis: resistiremos todo lo posible.

Levanto la vista hacia el reloj. No son ni las ocho, lo que significa que puedo seguir repitiéndome mi mantra unas cuantas horas más. «No voy a

morir hoy».

De mañana no puedo decir lo mismo.

Las estrellas aún titilan en el cielo nocturno mientras Xaden y yo nos vestimos en la calma relativa de mi habitación. Por lo visto, los cadetes que se quedaron han dejado todas las habitaciones intactas, salvo las de los líderes de ala, como si hubiesen esperado que viésemos el error que habíamos cometido y regresáramos.

Las pocas horas que he podido pegar ojo han sido esporádicas en el mejor de los casos, y me han dejado algo mareada y ni mucho menos con todas mis fuerzas, pero al menos no he tenido pesadillas.

O puede que mi imaginación esté de verdad hiperactiva.

Xaden me recorre la columna a besos, rozándome con los labios cada centímetro de piel mientras me abrocha la armadura por encima de la venda completa del hombro izquierdo, que me estabiliza la articulación dolorida. Cierro los ojos cuando llega a las lumbares, y el deseo que anoche sació con creces vuelve a renacer y me calienta la piel. No me hacen falta más que unos pocos besos, y mi cuerpo entra de inmediato en sintonía con el suyo.

—Como sigas así, vas a tener que quitármela —le advierto mirándolo de soslayo.

—¿Eso es una amenaza o una promesa? —Sus ojos se ensombrecen cuando se pone de pie y me acaba de ajustar los lazos para que no se suelten—. Porque no me importaría pasarme los últimos minutos de tranquilidad de la mañana enredado en ti.

Me desliza una mano por la curva de la cadera mientras me rodea para tenerme de cara, pasándome los dedos por la cintura de la ropa de vuelo antes de meterlos entre los botones y mi vientre.

No podemos hacer esto, no podemos ocultarnos y fingir que no se avecina una guerra. No podemos ignorar que hay más de una docena de señuelos que no se han destruido, y ni siquiera encontrado, cuando a los venin les bastó uno para llegar a Resson, y solo hemos hallado la mitad de los que Jack dejó por el campus. No podemos negar que los últimos informes de los pocos jinetes que se han atrevido a permanecer en los fuertes interiores a lo largo de la ruta que parte de Samara nos han informado de que el ataque es inminente y se producirá en las próximas dos horas. Pero, joder, nada me gustaría más que eso.

—No podemos —digo, con unas palabras que derrochan arrepentimiento, y aun así no puedo evitar rodearle el cuello con los brazos—. Por muchas ganas que tenga de cerrar la puerta y dejar que el mundo arda a nuestro alrededor.

—Claro que podemos. —Levanta una mano hasta mi nuca y me atrae hacia él, hasta que nuestros cuerpos se topan de los muslos al pecho—. Solo tienes que decírmelo y nos iremos volando.

Lo miro fijamente a los ojos, contando cada mancha dorada por si no tengo otra oportunidad.

—No podrías vivir con la culpa de haber abandonado a tus amigos.

—Puede ser. —Frunce el ceño menos de un segundo, en un gesto tan rápido que casi me pasa por alto mientras se inclina sobre mí—. Pero sí sé que no puedo vivir sin ti, así que créeme cuando te digo que una parte de mí muy insistente y muy real me está diciendo que te saque de aquí y te lleve a Aretia.

Conozco esa sensación a la perfección, así que antes de atreverme a darle voz, me pongo de puntillas y lo beso. En el primer contacto entre nuestras bocas se me enciende una llama en el interior y él me agarra del culo y me levanta. Siento que nos estamos moviendo y girando mientras separo los labios para recibir su lengua, y nos olvidamos de toda lógica.

Me deja caer sobre el escritorio y lo agarro con más fuerza y lo beso con más intensidad mientras él inclina su boca sobre la mía una y otra vez, aceptando todo lo que le ofrezco y compensándomelo de sobra. Esta no es la exploración lenta que compartimos anoche, deteniéndonos en cada roce, conscientes de que podía ser la última vez. Los movimientos son frenéticos y salvajes, lujuriosos y desesperados.

Hundo las manos en su pelo y lo atraigo aún más hacia mí, como si todavía tuviera la habilidad de Andarna de detener el tiempo, como si pudiera congelar este momento si continúo besándolo.

Él me gruñe en la boca y sus dedos me desabrochan los pantalones en el mismo momento en que bajo las manos hacia los suyos.

—Será rápido —le prometo entre besos que me consumen el alma, desabrochándole el primer botón.

—¿Rápido? —repite él deslizándome una mano por el vientre hasta los pantalones—. Eso no es lo que me sueles suplicar. —Sus dedos me rozan el…

Alguien llama a la puerta.

Nos quedamos inmóviles, resollando sobre la boca del otro.

No. No. ¡No!

—No pares. —Si este minuto es lo único que nos queda, pienso aprovecharlo. Dioses, si solo moviera la mano un milímetro más abajo…

Me busca con la mirada y entonces me asalta la boca como si de este beso dependiera el resultado de la batalla que estamos a punto de librar.

—¡Sé que estáis ahí! —brama Rhiannon a través de la puerta, y los golpes se convierten en porrazos—. ¡Dejad de ignorarme antes de que esto se convierta en la situación más incómoda de la historia de Navarre!

—Cinco minutos —suplico mientras la boca de Xaden me baja por el cuello.

—Ahora —exige una voz grave y familiar, y Xaden se separa de mí maldiciendo entre dientes.

Es imposible, ¿verdad? Pero por si acaso no lo es, dejo caer las manos de los pantalones de Xaden y me abrocho deprisa el botón de los míos antes de saltar del escritorio y correr hacia la puerta, dedicando solo un instante a comprobar que Xaden también tiene toda la ropa en su sitio.

—Desacoplad vuestros cuerpos o lo que sea que estéis haciendo…

Descorro el cerrojo con un movimiento de la muñeca, y al abrir la puerta no solo me encuentro a todos los pilotos de segundo y tercero de nuestro escuadrón, sino también a algunos de los jinetes de primero, incluida Sloane.

Y Brennan.

Sin pensar en normas ni en el decoro, me lanzo a sus brazos y él me sujeta y me aprieta contra su pecho.

—Has venido.

—Ya dejé una vez que Mira y tú lucharais por vuestra cuenta, y no volveré a cometer el mismo error. Supe que la había cagado en cuanto os fuisteis, pero los grifos no vuelan tan rápido como los dragones. —Me da un apretón y entonces me suelta—. Dime dónde puedo ayudar.

—¿Esos son pilotos? —Todas las cabezas se vuelven hacia el pasillo cuando mi madre se acerca con dos asistentes, pero se tambalea al desviar la mirada hacia mi hermano—. ¿Brennan?

—No he venido por ti. —La ignora sin mediar otra palabra con ella—. Matthias enviará a los pilotos a buscar los señuelos. De todos modos, son más rápidos en tierra y se les dan mejor las runas.

—En efecto —coincide Cat con un gesto de indiferencia, estudiando el pasillo como si buscara problemas estructurales, algo que probablemente no diste tanto de la verdad—. Y no abandonamos a nuestra bandada. Lucharemos.

Puede que no me caiga bien, pero, joder, cómo la respeto. Encontrar los señuelos nos proporcionará un tiempo valiosísimo para…

Agarro a mi hermano del brazo y una chispa de esperanza se me enciende en el pecho.

—¿Alguna vez te has topado con algo que no pudieras reparar?

—Magia —responde—. No puedo reparar reliquias ni nada parecido. Y una runa supongo que tampoco.

Si lo conseguimos, quizá resistamos el tiempo suficiente hasta que llegue Codagh.

—¿Y una piedra protectora?

Brennan arquea las cejas, y yo miro a Rhiannon.

—Debemos proteger la cámara, o al menos intentarlo.

Rhi asiente, y entonces se vuelve hacia mi madre, que sigue observando a Brennan como si estuviera ante una alucinación.

—General Sorrengail. El Segundo Pelotón, Sección Llama, Ala Cuatro solicita oficialmente permiso para proteger el espacio aéreo sobre la cámara de la piedra protectora.

Mi madre no aparta la mirada de Brennan.

—Concedido.

61



> Aunque exista un cierto debate, son muchas las personas que creen que convertirse en venin potencia uno de los sentidos del ser oscuro. Este humilde erudito opina que el responsable de la muerte del rey Grethwild desarrolló una visión más aguda, pues ni siquiera el mejor de los pilotos reales de su majestad podía ver en la oscuridad en la que se ocultó el venin antes de matar a nuestro amado rey.
>
> —Estudio sobre los venin no acreditado del mayor Edvard Tiller
>
> —Propiedad de la biblioteca de Cordyn

Aún falta una hora para que amanezca cuando los jinetes de nuestro pelotón se colocan en la cresta que domina el campus principal de Basgiath, con nuestros dragones a nuestras espaldas. En el horizonte se dibuja una silueta vaga, una promesa de luz, pero parpadea a medida que esa silueta cambia y la forma ondulante que se acerca sin descanso va ganando tamaño con cada minuto que pasa.

A cientos de metros bajo nuestros pies, frente a las puertas de Basgiath, mi madre espera montada en Aimsir con su pelotón personal y Mira y Teine a poca distancia. Mi madre está al frente de todos nosotros, de sus tres hijos y el lugar por el que nos sacrificó a los tres y hasta su propia alma.

—*Ya vienen* —me dice Tairn; tensa la postura, mientras los otros cambian de pata el peso del cuerpo o hunden los espolones en el granito descompuesto cubierto de nieve de la ladera de la montaña.

Los pelotones del Ala Tres y Cuatro mantienen la formación a lo largo y ancho de la montaña que nos rodea, pero tanto el Ala Uno como el Ala Dos —la mitad de nuestras fuerzas, ahora que hemos vuelto a mezclarnos con los cadetes de Basgiath— han acudido a defender los límites del valle. Mientras tanto, nuestro pelotón protege el espacio aéreo sobre los cientos de metros que separan la parte trasera del campus principal y la empinada cresta donde estamos, incluida la entrada secreta a la cámara de la piedra, muchos metros por debajo, donde Brennan está trabajando. Sloane, Aaric y los otros cadetes de primero están con él para ayudarlo con lo que necesite, pero Rhi les ha ordenado que no se muevan de allí sobre todo para protegerlos.

—*Ya lo sé.*

Echo un vistazo por encima del hombro a Andarna, que mordisquea el arnés entre Tairn y Sgaeyl. Se ha presentado hará una hora y se ha negado a marcharse.

—¿Esto es lo que sentisteis en Resson? —me pregunta Rhiannon a mi derecha, toqueteando con nerviosismo sus vainas y fundas.

—¿Qué es lo que sientes? —le pregunto yo.

—Tengo tanto miedo que no sé si el corazón se me acabará rindiendo o si me voy a cagar encima —responde Ridoc desde el otro lado.

—Yo iba a decir que sentía un pánico indescriptible, pero eso también me sirve —coincide Rhiannon.

—Sí. Así nos sentíamos.

Repito las comprobaciones pertinentes, a pesar de que tampoco tendría tiempo de volver a mi habitación si me hubiera dejado algo. Xaden ha recuperado la daga que le he clavado en el hombro a Jack, con lo que cuento con una docena en total, más las dos con la empuñadura de aleación y la ballesta de mano sujeta a mi muslo derecho. Voy armada hasta los dientes.

Gracias a las dagas que trajimos con nosotros y la forja de Basgiath, todos los cadetes están armados.

—¿Llega a costar menos? Lo de ir a la batalla, quiero decir —pregunta Sawyer junto a Ridoc, asomando la cabeza hacia el colegio. Han desplegado a la infantería en todos los patios, pasillos y entradas, la última línea de una defensa ya de por sí muy frágil.

—No —contesta Xaden a mi izquierda—. Pero sí se aprende a ocultarlo mejor. ¿Todo el mundo tiene claro el plan?

—Los jinetes responden ante Rhi, y los pilotos ante Bragen —recita Quinn a nuestro pelotón desde algún punto de la hilera a mi izquierda—. Cuando lleguen.

Los pilotos siguen buscando cajas. Sin los señuelos, tal vez los guivernos habrían esperado a que hubiese salido el sol. Tal vez habrían tardado más en percibir la ubicación de los terrenos de cría. Tal vez si destruimos los señuelos detendremos el avance de la horda siguiente que inevitablemente vendrá. Pero esas mil suposiciones no cambiarán a lo que nos enfrentamos ahora mismo.

—No salimos de nuestro sector —dice Imogen junto a Quinn, trenzándose los mechones más largos de pelo rosa para que no le tapen los ojos—. Si un guiverno abandona nuestro espacio aéreo, lo dejamos en manos de otro pelotón para no provocar que nuestro sector quede desprotegido por accidente. Defendemos nuestro espacio aéreo cueste lo que cueste.

—Rhiannon se encarga de las dagas —señala Ridoc frotándose las manos aunque la temperatura sea extrañamente alta a esta hora de la mañana. Ni siquiera veo mi aliento—. Las recogerá y las distribuirá si algún venin cae de su guiverno y se lleva nuestras dagas consigo.

—¿Puedo preguntar por qué no los derribas a todos con el poder de las sombras? —Sawyer mira a Xaden de reojo, como si cupiese la posibilidad de que él no se hubiera planteado ya eso, y Rhi y Ridoc hacen lo propio.

—¿Aparte de porque casi acabo completamente exhausto al contener a cuarenta en un espacio estrecho como el de un valle, y esta vez parece haber diez veces más en un llano abierto? —replica Xaden arqueando la ceja de la cicatriz.

—Ya, claro —se dice Sawyer a sí mismo.

—Centrarse en los guivernos es un error —advierto mientras la suave brisa de la montaña empieza a parecerse más bien a viento, pero le sigue faltando el frío gélido de diciembre—. Sí, intentarán matarnos, pero que no os distraigan de su creador. Si matáis al venin que los ha creado, los guivernos caerán. Por experiencia, no suele alejarse demasiado de sus creaciones durante la batalla.

—¿Os sabéis todos vuestras parejas? —pregunta Rhi mirando hacia el final de la hilera.

Todos asentimos. Nuestro objetivo es atacar solo con una ventaja de dos contra uno.

—Montad —nos ordena Rhiannon.

Me doy la vuelta deprisa y le doy un abrazo, y ella alarga el brazo hacia Sawyer y Ridoc y los incluye también.

—No os congeléis —les pido—. Pase lo que pase, no dejéis de moveros. Y permaneced en el aire. Pueden mataros si drenan el suelo que pisáis. Nadie va a morir hoy.

—Nadie va a morir hoy —repite Ridoc, y Sawyer asiente cuando nos separamos.

—¿Has visto a Jesinia? —le pregunta Rhi a Sawyer.

Levanto las cejas.

—¿Ha venido?

—Ha volado con Maren —dice Sawyer moviendo la cabeza—. Supongo que, en ese sentido, los grifos son más agradables que los dragones. Está en los Archivos, comparando el diario de Warrick con el de Lyra para ver si consigue descubrir por qué las protecciones de Aretia son defectuosas. Cuando dijiste que temías que las protecciones de aquí pudieran caer, empezó a preocuparle que no fuéramos capaces de volver a levantarlas sin saber lo que falló en Aretia. Y por lo visto tenía razón.

—No debería estar en Basgiath. —Niego con la cabeza y el corazón se me acelera—. Está totalmente indefensa ahí abajo.

—No quería encontrar la diferencia entre los diarios y estar demasiado lejos para echarnos una mano. Y si Brennan repara la piedra, ella es nuestra única oportunidad de volver a levantar las protecciones con éxito —responde Sawyer retrocediendo para seguir a Ridoc hacia sus dragones.

—Tiene el mismo derecho a arriesgar la vida que nosotros —me recuerda Rhi por encima del hombro, de camino a Feirge—. Y, ahora, ve calentando esas manos eléctricas o lo que sea que necesitas para prenderle fuego a este sitio.

Me vuelvo hacia Andarna mientras Xaden termina de hablar con Quinn e Imogen.

—Prométeme que te ocultarás.

—*Puedo ocultarme*. —Da un paso atrás, parpadeo y… es casi como si se hubiese fundido con la oscuridad.

—*Ventajas de ser una dragona negra*. —Tairn resopla—. *La noche es nuestro entorno natural*.

Sigo a Andarna y le rasco las escamas entre las fosas nasales cuando agacha la cabeza.

—Quédate aquí. Marbh está abajo, vigilando a Brennan. Si se vuelven las tornas de la batalla, él te cuidará, pero tendrás que irte. Prométemelo.

—*Me quedaré aquí y vigilaré. Pero esta vez no te dejaré sola.*

Deja escapar un resoplido con un ligero olor a azufre y el corazón me da un vuelco. Ha visto demasiado para ser tan joven.

—Resultaba más fácil cuando eras una cría.

Le rasco una última vez. Todos los dragones de nuestro pelotón saben que deben cuidar de ella si Tairn y yo caemos. Pero la decisión de marcharse solo la puede tomar ella.

—*De pequeña tampoco te hacía caso.*

—Es verdad.

—*Ya falta poco* —anuncia Tairn, y el pulso se me acelera cuando me doy la vuelta hacia el sol naciente, una franja naranja que no solo ilumina el horizonte, sino también la descomunal nube de guivernos que está a punto de llegar.

Sopla otra ráfaga de aire y las estrellas desaparecen sobre nuestras cabezas, tapadas por los nubarrones que se arrastran desde las montañas y que cargan el aire con una energía que llama a la mía.

Xaden se reúne conmigo entre Tairn y Sgaeyl, una escena que me recuerda demasiado a Resson. Él se me acerca y me posa una mano en la nuca.

—Te quiero. Para mí no existe mundo fuera de ti. —Se inclina hacia delante y apoya la frente sobre la mía—. No pude decírtelo la última vez que volamos hacia la batalla, y todavía hoy me arrepiento.

—Yo también te quiero. —Le rodeo la cintura con los brazos y me obligo a sonreír—. Hazme un favor y no te mueras. No quiero vivir sin ti.

Hay demasiados guivernos y nosotros somos demasiado pocos.

—No vamos a morir hoy.

—Ojalá tuviéramos todos la misma certeza —intento bromear.

—Céntrate en el enemigo y en conservar la vida. —Me da un beso intenso y rápido—. Ni siquiera Malek podría apartarme de ti.

Me separo de él cuando noto la primera gota en la cabeza.

—¿Lluvia? —Xaden alza la vista al cielo—. ¿En diciembre?

El calor. La lluvia. La electricidad estática.

—Es mi madre. —Esbozo una sonrisa lenta—. Es su estrategia para imbuir a su arma favorita.

Yo.

—Recuérdame que le dé las gracias más tarde.

Me da otro beso fugaz y luego da media vuelta sin mediar otra palabra y monta en Sgaeyl a la carrera.

Miro al cielo y respiro hondo para procesar la presión que acaba de depositar mi madre sobre mí. La tormenta me ayudará, pero si la lluvia arrecia nos quedaremos sin el auxilio de los grifos; son incapaces de volar cuando cae más que una llovizna.

—Protegerán el suelo y se llevarán a los heridos —me dice Tairn al agachar el hombro.

Subo por su pata delantera mientras la lluvia tamborilea sobre sus escamas. Tras acomodarme en la silla, me ciño la correa por los muslos y me aseguro de que el carcaj que me dio Maren está bien atado a la parte izquierda de la silla y que lo tengo a mano. No quiero arriesgarme a que se me salga el hombro si me lo sujeto a la espalda. Acto seguido me saco el conducto del bolsillo y me paso por la muñeca el nuevo brazalete de acero que tiene unido a la parte superior.

Solo entonces, cuando me siento todo lo preparada posible, cuando el poder me fluye por las venas con un calor que no llega a quemar, me atrevo a mirar al frente, al enemigo.

El corazón me da un vuelco.

Dioses, están por todas partes, en una horda más grande que cualquiera de las manadas que he visto jamás. Vuelan a distintas alturas, la mayoría hacia nuestra posición, en un mar de alas grises, cuellos tensos y mandíbulas abiertas que devoran el alba.

Hemos subestimado terriblemente sus efectivos, y ¿hay otra oleada después de esta? Noto un nudo en la garganta al bajar la vista hacia mi pelotón. Es imposible que salgamos todos con vida, si es que logra sobrevivir alguien.

Pero solo debemos resistir el tiempo suficiente para que Brennan repare la piedra protectora. Si podemos levantar las protecciones, incluso si Jesinia no encuentra lo que se nos ha escapado en Aretia, podremos aturdir a los guivernos lo bastante para matarlos.

Unos instantes más tarde los guivernos se han acercado lo suficiente para poder distinguir cuáles llevan jinete y cuáles no, y cuando llego a las dos docenas, dejo de contar por mi propia cordura. Un terror frío me recorre la columna y respiro hondo para reprimirlo. No les serviré de nada a Andarna y a Tairn, ni a ninguno de los miembros de mi pelotón, si me entrego al pánico, y aún peor: si no me controlo, seré un lastre.

Estarán a nuestro alcance en unos minutos.

—A lo mejor deberíamos haberlos alejado de aquí, enfrentarnos a ellos en las llanuras.

No puedo evitar cuestionar nuestro plan cuando el miedo me oprime el pecho y me acelera el pulso.

—*Son demasiados. Podrían habernos flanqueado y rodeado con facilidad. Aquí conocemos cada cañón y cada pico, y no podrán burlarnos* —responde Tairn.

Tendrán que pasar por encima de nosotros.

—*Se están dividiendo* —dice Tairn girando la cabeza—. *Su formación indica que atacarán a todas nuestras fuerzas en lugar de dirigirse al valle, como habíamos planeado*.

Se me cae el alma a los pies. Nos hemos repartido mal.

—*Pues entonces tendremos que asegurarnos de que no lleguen al valle, ¿no te parece?*

—*Solo tendrás el espacio de tiro despejado durante unos segundos* —me recuerda Tairn.

—*Ya lo sé.*

En cuanto los dragones ataquen, habrá la misma probabilidad de que le acierte a uno de los nuestros que a un guiverno. El primer rayo decidirá la batalla. Levanto los brazos y abro la puerta de los Archivos hasta conseguir un flujo firme pero manejable de poder, saboreando el rápido hormigueo que se me extiende por la piel y que provoca la oleada de energía.

—*Dile a Aimsir que necesito que mi madre mueva esa nube…*

—*Sí* —me interrumpe Tairn leyéndome el pensamiento sin que tenga que acabar de verbalizarlo.

Me apoyo el conducto en el antebrazo y me concentro en la nube que tenemos sobre nuestras cabezas, parpadeando ante la lluvia constante que me cae en los ojos.

Los dragones cercanos comienzan a moverse inquietos, estirando los hombros para alzar el vuelo, pero Tairn permanece inmóvil como la montaña que pisamos. Echo un rápido vistazo por encima del hombro a Andarna, pero…

—*¿Dónde estás?*

La batalla ni siquiera ha empezado y ya ha abandonado su posición.

—*Escondiéndome, como te he prometido*. —Asoma la cabeza por detrás de unos pedruscos.

—*Vamos, prepárate* —me ordena Tairn cuando los nubarrones comienzan a avanzar a una velocidad sobrenatural en dirección al enemigo.

Centro la atención en la horda. Sin una vía de escape, el poder se acumula en mi interior y alcanza una temperatura tan alta que no me sorprendería que

pudiera escupir fuego, pero dejo que aumente, que arda, que amenace con consumirme.

—*Violet…* —dice Xaden.

—*Aún no* —respondo. Los tendremos encima en cuestión de segundos, pero debo escoger el momento exacto. El sudor me cae por la frente.

—*¡Violet!*

La tormenta de mi madre cubre a los guivernos que vuelan a más altura, y solo entonces libero el torrente de energía ardiente, apuntando al cielo. Un relámpago restalla y asciende hacia los nubarrones desde el suelo mismo de la cresta que nos queda más abajo, en un destello de luz tan poderoso que me quema los ojos cuando desaparece en la nube.

Dejo caer los brazos mientras llueven cuerpos.

—*Quizá sea más fácil de lo que…*

No digo nada. Los guivernos adaptan sus tácticas en cuestión de segundos, igual que los jinetes que los controlan, y descienden hasta colocarse debajo del manto de nubes, virando a un lado y a otro para esquivar los cadáveres de la horda que van cayendo.

—¡Hostia puta! —grita Ridoc mientras los guivernos se desploman sobre los cuatro caminos que conducen a Basgiath y dejan profundos surcos en el suelo.

Esta táctica no volverá a funcionar, de modo que me deslizo el orbe hasta la palma de la mano y vuelvo a convocar mi poder, esta vez en un flujo más rápido y concentrado, y apunto al guiverno con jinete más cercano.

Un fuego ardiente me inunda el cuerpo cuando descargo la energía, y aunque no acierto al guiverno al que apuntaba, sí le doy a otro.

«Mierda».

—*Concéntrate en el ataque siguiente, no en el último* —me dice Tairn.

—¡Esperad! —grita Xaden para dejarme el campo libre el tiempo suficiente para lanzar otro rayo.

Levanto las manos de nuevo, permitiendo que el poder de Tairn me domine huesos y músculos mientras preparo un ataque más. La energía me desgarra por dentro, y en lugar de concentrarla en la palma de la mano, la dirijo a las puntas de los dedos, tal como me ha enseñado Felix, y acompaño el rayo hacia abajo para orientarlo hacia mi objetivo, como si yo fuera la directora y el rayo fuera mi orquesta.

Da en el blanco, y tanto el guiverno como el jinete caen inertes, en dos descensos individuales. Otro puñado de guivernos se desploman del cielo con

la muerte del ser oscuro, pero no hay tiempo para el alivio ni la alegría de ese logro cuando hay una infinidad más.

Y ya están aquí.

El pelotón de mi madre se lanza a atacar a la primera oleada que invade su sector. Aimsir le desgarra la garganta a un guiverno antes de que yo pierda de vista a mi madre y a Mira cuando la horda cruza su sector y se dirige al siguiente.

—*Céntrate en tu sector* —me ordena Tairn, y aparto la vista del último lugar en que he visto a mi familia.

Segundo a segundo, todos los pelotones que hay a nuestro alrededor y abajo alzan el vuelo para defender sus sectores, y cuando el primer morro gris cruza nuestro límite (el final de las estructuras de Basgiath y el principio de la montaña), me agarro con fuerza.

Tairn recula antes de precipitarse hacia delante, batiendo las alas mientras corre en dirección al borde de la cresta y, un instante más tarde, alza el vuelo. Me cubro los ojos con las gafas al notar el primer mordisco del viento y me las quito enseguida cuando la lluvia hace que sea imposible ver a través del cristal.

—*Ese es nuestro* —me dice Tairn yéndose directamente a por el más rápido de la horda en entrar en nuestro espacio aéreo.

Quinn e Imogen giran a la izquierda, dirigiéndose a los otros objetivos, y veo de reojo al resto de mi pelotón, pero mantengo la concentración en el guiverno que ha señalado Tairn mientras trazamos una trayectoria que nos hará chocar de cabeza contra la criatura.

Agarro el conducto con una mano y voy levantando la otra a medida que la distancia que nos separa se acorta rápidamente. No necesito convocar el poder; ya está ahí, recorriéndome las venas y cargando el cielo sobre nuestras cabezas.

La energía me silba en las puntas de los dedos y, justo cuando estoy a punto de blandir mi poder, el guiverno sin jinete abre la mandíbula y escupe una llamarada de fuego verde. Se me forma un nudo en la garganta mientras las llamas corren hacia nosotros, pero Tairn vira a la izquierda y esquiva el fuego por los pelos.

Pongo todo mi peso en el lado derecho para mantener el equilibrio al pasar junto al guiverno, sin dejar de observar a la criatura, y entonces ataco extrayendo un rayo del nubarrón que golpea al guiverno justo encima de la cola. No he tenido en cuenta la velocidad para calcular el ataque, pero la carga de energía basta para derribarlo.

—*Abajo* —gruñe Tairn antes de caer en picado.

Pestañeo furiosamente ante el embate del viento y distingo a tres guivernos intentando atravesar el campo a menor altura.

—*Aquí no puedo atacar. Podría darle a alguien si extraigo la electricidad del cielo, y están demasiado lejos para sacarla de mí misma, y si fallo convocándola del suelo…*

—*Agárrate.*

Hago justo lo que me pide y me agarro con ambas manos al borrén sin desviar la mirada del jinete montado a lomos del guiverno del centro, mientras descendemos cientos de metros en cuestión de segundos con un zumbido constante en los oídos.

Tairn ataca desde arriba, volando directamente hacia el guiverno de la izquierda, y con el impacto mi cuerpo sale despedido hacia delante, al tiempo que él hunde los dientes en el cuello de la bestia y la arrastra con nosotros en la caída.

El guiverno chirría y yo echo mano de una de mis hojas con empuñadura de aleación. Luego giro en el asiento para verle la espalda a Tairn y entorno los ojos bajo la lluvia mientras dos enormes siluetas nos dan caza.

—*Ya vienen.*

Se oye un crujido tremebundo bajo nosotros y Tairn suelta al guiverno con el cuello roto, que se desploma a lo largo de los últimos cincuenta metros hasta aterrizar en algún lugar detrás del edificio de Administración.

Tras virar a la derecha, Tairn comienza a ascender con potentes movimientos de las alas, pero no podremos ganar altura a tiempo. Están a menos de treinta metros, y por el ángulo de descenso de los últimos dos guivernos, apenas nos quedan unos segundos antes de que Tairn se convierta en un juguete masticable. Echo un vistazo abajo y veo que estamos solos, y entonces sujeto el conducto y respiro hondo para calmar los latidos desbocados de mi corazón y el chute de adrenalina que me recorre las venas. Control. Necesito un control absoluto.

Solo tengo tiempo de atacar una vez. Descargo mi poder, atrayéndolo hacia arriba con la hoja, y el rayo se ramifica en el cielo y golpea al guiverno más cercano en el pecho.

—¡Sí! —grito cuando la criatura cae del cielo, pero mi alegría muere cuando su pareja, coronada por un ser oscuro, se abalanza hacia nosotros con la boca abierta, llena de dientes podridos y un brillo verde en la garganta—. ¡Tairn!

La advertencia apenas sale de mis labios cuando una franja de sombras le envuelve la garganta al guiverno y tira hacia atrás de él como de un perro rabioso al final de una correa. Sus colmillos se quedan a pocos centímetros de la punta del ala de Tairn mientras nosotros seguimos ascendiendo.

—*Sgaeyl ha reclamado a esa criatura. Tendremos que buscarnos otra* —me dice él volando más rápido que nunca en medio del aguacero.

Aprovecho esos preciosos segundos para examinar nuestros alrededores. Todos los sectores están sobrepasados, incluido el nuestro. Solo se distinguen destellos de color entre el hervidero gris mientras nos dirigimos al conflicto de los cielos, pero la mayoría de los guivernos siguen flotando en la distancia, esperando en el límite de la tormenta.

—*Solo han enviado a la primera oleada* —me explica Tairn—. *Deben de estar buscando debilidades*.

Aotrom cae hacia nosotros con las garras hundidas en el vientre de un guiverno, y vislumbro a Ridoc cuando pasan a nuestro lado dando vueltas sobre sí mismos, con Imogen y Glane, su Naranja Cola de Daga, pisándoles los talones.

—*¡Ridoc!* —le grito a Tairn.

—*Céntrate en tu cometido o el plan fracasará. Confía en que los demás cumplan con su misión*. —Vuela a través de la marabunta gris y emerge en el espacio aéreo superior antes de estabilizarse.

Tiene razón: tenemos un objetivo, pero no negaré que al confiar en que mis amigos cumplan con su parte del plan siento que los estoy ignorando. La lluvia me empapa el pelo y me cae por la ropa mientras examino el campo de batalla de abajo, obligándome a inhalar por la nariz y exhalar por la boca para relajar el pulso.

Esto no es la melé de Resson; esto es una defensa coordinada, y debo centrarme en cumplir con mi parte.

Feirge está enzarzada en un combate singular con un fuegoverde…, no, un fuegoazul, que escupe una llamarada azulada por la boca, y el corazón me da un vuelco cuando Rhi esquiva por los pelos la lengua de fuego al saltar desde Feirge hasta Cruth. Quinn la agarra del antebrazo cuando el Verde Cola de Escorpión sacude con fuerza la cola, y desvío la mirada cuando caigo en la cuenta de que lo tienen todo bajo control y que no me necesitan.

Pero Sawyer está en inferioridad numérica unos veinte metros más abajo; Sliseag se enfrenta cara a cara con tres guivernos, uno con jinete. Agarro el conducto, dejo que otra oleada de poder me inunde el cuerpo y levanto la mano.

—*No falles* —me advierte Tairn.

Me concentro en el guiverno más alejado de Sliseag, por si acaso, y entonces blando mi poder en dirección a mi objetivo con atención e intención plenas. La energía me desgarra por dentro y un rayo emerge del nubarrón con una potencia letal para el guiverno que hay debajo.

El jinete alza la vista y nuestras miradas se encuentran un instante, y entonces la pareja cae en picado y huyen de la batalla. Se me revuelve el estómago. Solo bajan al suelo por un motivo: para alimentarse.

—*Xaden…*

—*Estoy en ello* —me asegura, y cuando Aotrom y Glane llegan para ayudar a Sawyer y Sliseag, centro la atención en otros sectores.

—*A las tres* —me dice Tairn utilizando las manecillas del reloj como le he pedido, y entonces miro a la derecha, donde los guivernos están sobrepasando a un pelotón del Ala Tres. El cuerpo de un dragón yace debajo de ellos en la ladera de la montaña, pero aparto la mirada antes de distinguirlo.

Si pienso en la lista de los muertos de mañana, yo también apareceré en ella.

—*Mantente todo lo firme que puedas.*

Abro por completo las compuertas de su poder mientras él gira a la derecha en dirección a su sector, pero sin llegar a entrar en él, y yo descargo mi poder con la piel encendida y derribo a otro guiverno.

Luego apunto a otro.

Y a otro.

Una y otra vez, ataco con rayos precisos y medidos en los sectores que nos rodean, acertando a dos terceras partes de mis objetivos pero sin darle en ningún caso a un dragón, lo cual me parece una victoria con todas las de la ley. La lluvia silba al tocarme la piel, pero no me atrevo a quitarme la chaqueta de vuelo teniendo las dagas sujetas a ella, de modo que guardo el calor y el dolor en mi cajita mental y cierro la tapa de golpe. Obligo a mi mente a ignorar la terrible sensación de quemazón y vuelvo a utilizar mi poder.

—*A las doce.*

Miro al frente y localizo a mi objetivo, al que acierto tras dos intentos fallidos. No queda ni un solo venin en nuestro sector, pero la mano con la que sostengo el conducto me tiembla cuando Tairn divisa a otro guiverno, a otra amenaza, y hago caer un rayo de los cielos a tanta velocidad que ya no tengo la sensación de estar dirigiendo la tormenta.

Me he convertido en la misma tormenta.

—*Te estás agotando* —me advierte Tairn.

A la mierda el agotamiento.

—*Y la gente está muriendo.*

Echo un vistazo rápido al campo de batalla iluminado por los primeros rayos de sol y distingo cada vez más manchas de color entre los cadáveres grises que atestan el suelo, pero me detengo el tiempo necesario para comprobar que mi pelotón sigue combatiendo, encargándose de cada guiverno que entra en nuestro sector con compañerismo y eficiencia.

—*¡A las nueve!* —ruge Tairn, y gira a la izquierda para mantenernos sobre la batalla. No me discute cuando vuelvo a utilizar mi poder con el pelotón siguiente, apuntando solo a aquellos objetivos que sé que puedo derribar sin poner en peligro a nuestros jinetes.

Debajo de mí, las sombras se extienden hacia otros sectores mientras Xaden hace lo mismo que yo.

Dioses, el calor va a acabar cociéndome viva. Ni siquiera el viento y la lluvia bastan para enfriar el infierno que me crece en el pecho. Me quito el brazalete del conducto de la muñeca y me lo coloco entre los muslos el tiempo suficiente para sacarme la chaqueta de vuelo y guardarla debajo de la silla. Eso me deja con seis dagas menos, pero las tengo a mano y, de todos modos, las otras dos son las únicas que importan de…

—*¡A las doce!* —brama Tairn, y al girar la cabeza hacia las llanuras distingo otra oleada de guivernos sobrevolando el sector de mi madre, acercándose peligrosamente a las nubes pero sin llegar a tocarlas. No puedo atacarlos teniendo en cuenta quién hay debajo.

Contengo el aliento cuando pasan por encima de mi madre sin detenerse, y atraviesan a toda velocidad el sector siguiente sin atacar a nadie.

Sobrevolar el campo de batalla me ha proporcionado la posición estratégica necesaria para utilizar mi poder, pero también nos ha convertido en un objetivo innegable, y vienen a por nosotros. Meto la mano por la correa del brazalete para no perder el conducto.

—*Deberíamos alejarlos de…*

—*Nos ceñiremos al plan*. —Tairn cae en picado, y noto las correas de la silla tensas sobre mi cuerpo mientras descendemos hacia mi pelotón. Los dragones del Segundo Pelotón giran la cabeza hacia la amenaza que se avecina, y todos nos colocamos en formación—. *Prepárate*.

Hay tres venin en esta misión de asesinato, con sus túnicas azules recortadas contra el gris de los guivernos de ojos vidriosos que montan.

Tenemos diez segundos. A lo sumo.

Uno. Ridoc mueve las manos a mi derecha, sosteniendo una daga que se ha partido por la mitad. Joder, si la única arma que le queda está rota… Pestañeo cuando las hojas desaparecen. No me estaba haciendo gestos a mí.

Dos. Al girar la cabeza hacia la izquierda, distingo las hojas en las manos de Rhiannon mientras Feirge desciende hacia el lugar donde ya planea Sliseag.

Tres. Feirge vuela junto a Sliseag, y Rhiannon lanza las piezas.

Cuatro. Sawyer las coge al vuelo. Hay que reconocerle la habilidad.

Cinco. Sgaeyl alza el vuelo para ocupar el lugar de Feirge, y mi mirada se encuentra con la de Xaden el tiempo necesario para comprobar que no está herido. De la boca de Sgaeyl gotea sangre, y también le corre por la cara a Xaden, pero sé por instinto que no es suya y me centro en la amenaza inminente.

Seis. Respira. Tengo que respirar para controlar la tormenta de fuego de mi pecho o acabaré ardiendo. Reconozco los indicios: los temblores, el calor, la fatiga. Lo que pasa es que no me importa. Todas las personas a las que quiero están en este campo de batalla.

Siete. Casi los tenemos encima, y desvío la mirada hacia la cámara de la piedra, donde Marbh vigila junto a un Azul Cola de Maza que no reconozco y una silueta difuminada que espero que sea Andarna, y cuando un rayo de sol se refleja en la daga que Sawyer sostiene en la mano, esta vuelve a desaparecer y Feirge empieza a moverse de nuevo.

Ocho.

—*Dajalair está disgustada por las condiciones atmosféricas y por no poder volar* —me comunica Tairn mientras Feirge alza el vuelo junto a Aotrom.

Nueve.

—*Diles que son más eficaces protegiendo el patio y a los heridos que peleándose con las alas empapadas de agua* —respondo—. *Aquí ahora mismo serían un lastre, no un refuerzo*.

La daga cambia de manos y Ridoc vuelve a estar armado.

Sonrío ante la fluidez con la que trabaja nuestro equipo, y vuelvo a centrar la vista al frente, hacia la oleada que se aproxima.

Diez.

—*Estás empezando a pensar…* —empieza Tairn.

—*¿Como Brennan?* —sugiero, en el momento en que los guivernos entran en nuestro espacio aéreo.

—*Como Tairn* —contesta Sgaeyl echando a volar hacia el enemigo con el cuello extendido, envuelta en unas sombras que agarran a un guiverno por la yugular y tiran de él cuando la dragona rompe la formación.

Tairn se lanza a por otro de cabeza y yo me hundo en la silla de montar. Salgo despedida hacia delante con el impacto, y me salpica la sangre cuando Tairn cierra la mandíbula en torno a la garganta del guiverno.

Su aullido me resuena en la cabeza mientras forcejean con las garras, obligándonos a adoptar una posición vertical que es prácticamente imposible de mantener, por muy rápido que bata las alas Tairn.

Un destello azul es toda la advertencia que necesito para coger una daga con empuñadura de aleación, soltarme el conducto sobre el antebrazo y desabrocharme el cinturón, preparada para lanzarla. No es la primera vez que veo esta obra. Conozco el papel. Y esta vez no pienso salir de aquí con una herida por apuñalamiento.

—*¿Puedes estabilizarte?*

El corazón me da un vuelco cuando el ser oscuro salta desde el cuello del guiverno al de Tairn, ignorando el rugido amenazador que resuena por sus escamas mientras estrangula al guiverno en una postura letal.

—*¡Quédate en la silla!* —me ordena, pero nos ponemos en horizontal.

El venin se agarra a un cuerno con firmeza y no aparta de mí sus inquietantes ojos rojos durante la maniobra, ni tampoco durante los largos segundos que caemos en picado, arrastrados por el peso del guiverno. No tiene una telaraña de venas en los ojos; no es más que un asim, y puedo encargarme de él.

—¡Tú eres a la que él busca! —exclama el ser oscuro apartándose de los ojos el pelo rubio, grasiento y empapado mientras avanza por el cuello de Tairn. En ese momento tiro del cinturón con la mano izquierda, pero la hebilla no cede.

Parece tan… joven. Como Jack, vaya.

Tairn suelta al guiverno y contrae los hombros para quitarse de encima a la criatura moribunda, pero esta se le agarra al cuello y Tairn contraataca con un mordisco más potente que lo mata poco a poco mientras caemos sin cesar.

—¿Vuestro Sabio? —Tiro con fuerza del cuero, pero el cinturón se ha atascado, y yo también.

Mierda.

Le doy la vuelta a la daga y agarro la punta mojada entre el pulgar y el índice, y entonces, con un gesto de muñeca, se la lanzo al ser oscuro cuando alcanza las púas entre los hombros de Tairn.

El venin la coge al vuelo y un pánico puro me inunda el flujo sanguíneo mientras desenvaino la última que me queda.

—Pronto te reunirás con ellos —me promete alzando mi propia daga mientras avanza hacia mí.

Distingo un borrón verde a mi derecha, y los dos giramos la cabeza en el instante en que Rhiannon salta de Feirge a Tairn y aterriza frente a mi silla de cuclillas.

62



La forma más sencilla de acabar con un dragón es matando a su jinete. A pesar de que lo más probable es que la criatura sobreviva al ataque, lo confundirá lo suficiente como para poder derrotarlo.

—Capítulo dos, *Guía táctica para derrotar dragones*, por el coronel Elijah Joben

No. No. No. Esto me resulta demasiado familiar.

Perder a Liam fue… No puedo perder a Rhi. No puedo.

Repta hacia delante mientras el guiverno aúlla, y descendemos a tanta velocidad que casi parece que la sangre caiga hacia arriba. Vuelvo a darle un tirón al cinturón, pero el cuero se ha hinchado con la lluvia y se ha atascado, y observo con el corazón en un puño como Rhi ataca al ser oscuro con una serie de movimientos que a mí me habrían tumbado en la estera.

Él le suelta la daga de la mano con un golpe de muñeca, y la hoja sale volando cuando le propina una patada. Rhi retrocede a lo largo de las escamas resbaladizas de Tairn, y yo alargo el brazo izquierdo hacia ella y le rodeo la cintura para sujetarla, y acto seguido le entrego mi daga con la mano derecha.

Ella me mira por encima del hombro, me hace un gesto aprobatorio de cabeza y recupera el equilibrio un instante antes de que el venin se nos eche encima. Me obligo a apartar la mirada cuando las hojas chocan y las montañas se elevan, alertándome de lo mucho que hemos descendido. En ese

momento me desato la ballesta del muslo, abro deprisa el carcaj colgado a mi izquierda y deslizo un virote en la ranura. A esta distancia, ni el viento ni la lluvia deberían ser un impedimento.

—*Necesito que te quites a este cabrón de encima en tres…* —empiezo—. ¡Rhi! —grito apuntando—. *Dos*.

Ella mira hacia atrás y se tumba entre los hombros de Tairn, y yo alargo el brazo, la agarro del tobillo y presiono la palanca sin vacilar.

—*¡Uno!*

El virote da en la diana, hundiéndose en el esternón del venin justo en el instante en que Tairn gira bruscamente a la derecha.

El ser oscuro resbala, pero se oye una explosión a nuestras espaldas mientras sujeto a Rhi del tobillo, ignorando los gritos de protesta de mi hombro que la venda se esfuerza por mantener en su sitio.

Rhi se aferra con fuerza a las púas de Tairn y él se estabiliza lo más rápido que puede, batiendo las alas para ascender al tiempo que ella retrocede hacia mí, se da la vuelta y me da un fuerte abrazo. Me agarro a ella, con la ballesta aún en la mano, y respiro hondo mientras Feirge imita los movimientos de alas de Tairn justo debajo de nosotros, manteniendo el ritmo. Rhi está bien. Ella y Feirge están bien.

Esto no es Resson, no acabo de perder a mi mejor amiga.

—¡Serás temeraria e irresponsable y…! —le grito.

—¡De nada! —responde ella, y la lluvia le cae sobre el rostro cuando se aparta de mí y me devuelve la daga—. Arregla la silla. Voy a recuperar la daga del suelo. —Se incorpora y me ofrece una sonrisa antes de saltar desde el hombro de Tairn.

La sigo con la mirada y dejo escapar un suspiro de alivio cuando aterriza sin esfuerzo sobre Feirge.

—*¡La silla está atascada!* —le digo a Tairn de camino a la batalla.

—*Me alegro. Así a lo mejor te quedas quietecita.*

Los rayos del sol se reflejan en la labris de Quinn cuando blande el hacha de doble filo desde el lomo de Cruth hacia la articulación de los hombros de un guiverno que está haciendo todo lo posible por hundirle los colmillos a Glane.

—*Melgren llegará dentro de diez minutos, pero solo han podido seguirle el ritmo dos de sus ayudantes, y existe un consenso general de que la mayoría de los seres oscuros se están reservando para una segunda oleada.*

Tairn deja atrás a Cruth y al alzar la vista y contemplar el mar de gris, por poco no vomito. Debe de haber al menos seis guivernos sin jinete allí arriba.

¿Cuánto tiempo más podremos resistir? Me vuelvo en la silla y diviso a Xaden debajo de nosotros, montado en Sgaeyl, arrastrando a un guiverno por la garganta hacia la ladera de la montaña mientras los persiguen a toda velocidad.

—*¡A Sgaeyl la superan en número!*

—*Si necesita ayuda, nos la pedirá…*

Un rugido de dolor se mezcla con la cacofonía del espacio aéreo y se me forma un nudo en la garganta.

—*¿Andarna?* —exclamo arrastrando la mirada por la indefinida ladera de la montaña mientras ascendemos.

—*Por desgracia, sigo a salvo y bien escondida* —responde.

—*¡Aotrom!* —brama Tairn, y el corazón me da un vuelco.

Ridoc.

Tairn gira a la derecha, evitando el cuerpo inerte de un guiverno, pero hay otro justo encima con los colmillos clavados en los cuartos traseros de Aotrom, y tres más aproximándose para unirse a la matanza.

Sawyer y Sliseag vuelan desde el extremo opuesto del sector, intentando interceptar a enemigos de camino, pero todos los demás están abajo. Envaino la daga en mi cadera y, mientras ascendemos, cargo la ballesta y me la cuelgo del muslo.

El rugido de Tairn me sacude todo el cuerpo a medida que nos aproximamos, y me agarro al borrén, preparada para la colisión, pero pasa volando en el momento en que Sawyer y Sliseag se unen a la refriega, y entonces agita su descomunal cola hacia el trío de guivernos que se acercan.

Giro todo lo posible sobre la silla ante el ruido desgarrador de huesos partiéndose. Un guiverno se desploma de la batalla, con la mitad de la cabeza aplastada. Uno menos; quedan tres.

Tairn hace el giro más cerrado que he vivido jamás montada en él, y la visión se me nubla un poco cuando nos coloca en una posición casi vertical, para luego inclinar el ala hacia la izquierda y descender en picado. Pestañeo agresivamente contra el viento y la lluvia mientras acudimos en ayuda de Aotrom y Ridoc.

Ridoc está haciendo todo lo posible por desenganchar al guiverno de la espalda de Aotrom. Le hunde la espada en el morro, pero la criatura maldita no se suelta. Sliseag llega primero, golpea al guiverno con su cola de espada y le inflige un corte en una pata delantera. Al ver que no se mueve, se vuelve para agarrarlo del cuello con la boca, pero, a diferencia de Tairn, no tiene la

fuerza suficiente para partírselo de un mordisco, y pierde unos preciados segundos que lo dejan expuesto al par de guivernos que quedan.

No vamos a llegar a tiempo.

La pareja cambia de rumbo, esquivando a Aotrom en el último momento para dirigirse a Sliseag. Casi hemos llegado, pero todo se produce tan rápido que casi parece que el resto del mundo se ha ralentizado.

En un primer instante el guiverno más cercano abre las fauces.

En el segundo, escupe su fuego verde hacia Sliseag y Sawyer salta de la silla y se tumba. Evita por poco morir quemado y rueda por la columna de Sliseag con una bota humeante.

En el tercero, la criatura completa su asalto y le muerde a Sliseag el lado expuesto. Sawyer comienza a propinarle patadas a las fauces abiertas para salvar a su dragón de la mordedura, pero en el siguiente él se convierte en el objetivo y su pierna desaparece entre los enormes colmillos del guiverno.

—¡Sawyer! —grita Ridoc.

El grito de Sawyer me desagarra el alma, y estoy a punto de replicarlo cuando el guiverno cierra la mandíbula con un nítido chasquido y Tairn reduce la velocidad de su descenso justo encima, apenas a unos metros sobre Aotrom, mientras el guiverno que queda esquiva el combate.

Tairn cambia de lado el peso del cuerpo y sé que ha elegido un ángulo de ataque y está a punto de caer en picado, pero desde esta posición solo tenemos tiempo de salvar a Sawyer o a Sliseag, no a los dos. Sawyer aúlla de dolor mientras el guiverno trata de arrastrarlo, y aparta su horrible cabeza gris antes de volver a cerrar las fauces.

El estómago se me revuelve y casi me quedo sin aliento.

Joder, a Sawyer no le queda nada de rodilla para abajo.

Está perdiendo sangre y está a punto de caerse.

No. No voy a quedarme de brazos cruzados y ver como muere otro de mis amigos. Me niego. Agarro la daga con la mano izquierda y la ballesta con la derecha, y entonces corto la correa de cuero del cinturón justo en el momento en que Tairn inclina el ala derecha y me ofrece el ángulo perfecto durante un único y fugaz segundo.

—*Perdóname.*

—*No te atrevas a…*

—*¡Mata al otro rápido, por lo que más quieras!*

Empiezo a moverme, envainando la daga y levantándome de la silla, y doy tres pasos antes de saltar.

Andarna. Xaden. Mi hermana. Brennan. Todos me pasan por la mente mientras agito los brazos durante la caída y solo encuentro aire, pero es el rostro de mi madre el que veo con más claridad cuando aterrizo sobre el lomo de Aotrom y busco con las suelas de las botas el borde de una de las escamas de la columna.

—*¡Plateada!*

—*¿Qué te parece eso como aterrizaje en carrera?* —Hostia puta, lo he conseguido.

Ridoc debe de estar pensando lo mismo, porque me observa con el gesto descompuesto durante un instante antes de arrancar la espada de la nariz del guiverno y moverse para volver a clavarla cuando echo a correr hacia él.

—¡No puedo quitárselo de encima!

El corazón me martillea con la misma fuerza que mis pisadas, y distingo una mancha negra en mi visión periférica cuando Tairn culmina su descenso. Ignorando el instinto de supervivencia que me dice que esto es una mala idea, corro hacia Ridoc y le pongo la ballesta en las manos.

—¡Dispárala en cuanto me monte en Sliseag y vuelve a tu silla!

—¿En cuanto hayas hecho qué?

No me detengo a responder a su pregunta. Estoy demasiado ocupada corriendo hacia el morro del puto guiverno que ahora mismo está viendo como Sliseag le desgarra la garganta. Subo por la elevación entre los ojos del guiverno aullante mientras la criatura hunde aún más los colmillos en Aotrom, hasta llegar a la parte llana de su cabeza entre los cuernos en el momento en que Sliseag aparta la cabeza.

—*Pienso estrangularte yo mismo cuando…* —gruñe Tairn, y oigo un crujido de huesos en la distancia—. *¡Cuando te deje en el suelo!*

A punto estoy de torcerme el tobillo en una púa a medio camino del cuello rotatorio del guiverno, y me agarro cuando Sliseag menea de nuevo la cabeza hacia la bestia que está atacando a su jinete, pero Sawyer apenas puede sujetarse con fuerza a las escamas de la columna como para que Sliseag maniobre con rapidez. El dragón no puede defender a su jinete sin perderlo.

Sliseag deja escapar un rugido que me sacude hasta los huesos cuando el guiverno le da otro mordisco a Sawyer, y agita inútilmente la cola.

—¡Date prisa, Vi! —grita Ridoc.

—¡Sliseag! —grito rompiendo la regla fundamental de todos los jinetes —. ¡Déjame ayudarlo!

El dragón rojo gira la cabeza hacia mí y me fulmina airado con sus ojos dorados. Asiento, suplicándole a Dunne que me entienda, que se quede

inmóvil, y entonces salto del cuello del guiverno y pataleo para ganar algo de distancia.

Aterrizo justo encima de los ojos de Sliseag y le rodeo uno de los cuernos con el brazo izquierdo, aprovechándolo tanto para frenar como para no perder el equilibrio, y entonces él gira la cabeza hacia el guiverno que ataca a Sawyer y trata de darle un mordisco, pero se queda a unos pocos centímetros.

—¡Ahora, Ridoc! —Utilizando el cuerno de Sliseag como apoyo, me precipito por su cuello en el momento en que oigo una explosión detrás de mí y noto el calor en la espalda.

Sawyer se arrastra por el lomo de Sliseag, y aprieto el paso hasta dejar atrás la silla. Si Sawyer se cae hacia ese lado, Tairn no podrá ayudarlo. Estamos demasiado cerca de la cresta.

—*¿Dónde estás?* —le pregunto a Tairn cuando mi mirada se encuentra con la de Sawyer y él me observa atónito.

Ignoro los chasquidos y gruñidos sobre mi cabeza y sigo avanzando.

—*¡Donde debo estar, no como tú!* —me escupe justo cuando su descomunal silueta aparece en el cielo frente a mí, dejando caer de sus fauces el cuerpo inerte del cuarto guiverno.

—*Genial. Hazme un favor*. —Cruzo las alas de Sliseag y paso junto a los enormes colmillos del guiverno que está decidido a devorar a Sawyer.

—*¿Qué necesitas?* —me pregunta Tairn volando ya hacia nosotros.

—¿Violet? —Sawyer tiene los ojos desorbitados mientras la sangre le brota de la pierna a chorros a un ritmo terrorífico. Necesita ya a un curandero.

Me tiro de rodillas para deslizarme los últimos metros y tiro de Sawyer para arrastrarlo por el lomo de Sliseag hacia los cuartos traseros del dragón. Tras rodearlo con los brazos, entrelazo las manos en su espalda.

—¡Sujétate! —grito mientras nos deslizamos por incontables escamas rojas, a segundos del borde.

Sliseag se aleja de la cresta, ofreciéndonos esos imprescindibles metros de altura para la inevitable caída, y nos vuelca.

—*¡Plateada!*

Sawyer se abraza a mí en el momento en que caemos por el borde de la espalda de Sliseag y empezamos a descender.

—*Cógeme.*

El viento me azota el pelo, la cara y la ropa, pero me agarro a Sawyer mientras nos precipitamos en una caída libre absoluta. Puedo salvarlo. No tiene por qué morir hoy. No va a morir hoy.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cuento los latidos de mi corazón a medida que nos alejamos de la cresta.

—*¡¿Se puede saber qué haces?!* —brama Xaden, y percibo un tenue roce aterciopelado en la base del cuello, como si el poder de Xaden se hubiese extendido hasta sus límites. Ralentiza nuestra caída, pero por poco, justo antes de que un ala negra oculte el cielo.

—*¿Qué narices te crees que estoy…?*

Me quedo sin aire cuando una prensa de hierro se cierra en torno a nosotros y detiene nuestra caída con un brusco cambio de velocidad. «Tairn».

—*¡¿Qué parte de «quédate en la silla» no has entendido?!* —ruge Tairn, sujetándonos precariamente con su garra mientras gira hacia la izquierda, hacia Basgiath.

—*Tú no podías estar en dos sitios a la vez* —me defiendo, esforzándome por respirar, y en ese momento Sawyer se queda inerte encima de mí, y me apoya la barbilla en el hombro—. *Tenías que matar al cuarto guiverno, y Sliseag no iba a defenderse solo a costa de sacrificar a Sawyer, así que me he llevado a Sawyer*.

—*¿Y simplemente has cruzado los dedos para que te recogiera?* —Extiende las alas y reduce nuestra velocidad hasta un agradable planeo.

—*No me imagino otra alternativa*. —Lleno los pulmones con un hilo de aire que poco a poco se convierte en un flujo constante.

Tairn resopla y cambia de tema.

—*Tu hermano ha reparado la piedra, pero no está… esperanzado.*

Los ánimos se me levantan para después hundirse. Bueno, pues… fantástico.

—*¿Por qué? ¿No se puede imbuir?*

—*Marbh ha sido más bien parco en detalles.*

Tairn aterriza sobre tres patas en el pequeño campo que hay entre la parte trasera de la escuela y los acantilados, y abre con delicadeza la que nos sostiene.

¿Qué cojones significa eso? Un frío gélido me recibe mientras la lluvia sigue cayendo. Tumbo a Sawyer de espaldas, me pongo de rodillas y le acerco los dedos al pulso de su cuello pálido y pecoso.

—¡Que alguien nos ayude! —grito, y mi voz resuena en los muros de piedra del edificio de Administración. El ritmo frágil de su pulso acelera el mío. Está perdiendo demasiada sangre a demasiada velocidad, y no veo a nadie que pueda ayudarnos, aunque es obvio que no somos los primeros heridos que aterrizan aquí.

—*Voy a pedir ayuda* —responde Tairn.

«No te lo puedes llevar.—le digo a Malek, hincando las rodillas en la nieve carmesí—. Te llevaste a Liam y no voy a permitir que te lleves a Sawyer».

—¿Sawyer? —Tiro de la hebilla de la vaina que llevo sujeta al muslo izquierdo y, gracias a los dioses, cede. Sin sacar los cuchillos, la envuelvo alrededor del cuero rasgado que hay debajo de la rodilla de Sawyer, unos centímetros por encima de la carne desgarrada; paso la correa por la hebilla y aprieto con toda la fuerza posible, gritando de dolor al sentir una intensa punzada en el hombro izquierdo—. ¡Tienes que despertarte! ¡Abre los ojos!

Un regusto amargo a miedo me inunda la boca cuando atravieso con la varilla metálica una zona suave del cuero por pura voluntad.

—¿Por favor? —le suplico, y la voz se me rompe al buscarle el pulso en la muñeca, luego en el cuello, dejándole huellas carmesíes por la piel exangüe —. Por favor, Sawyer, por lo que más quieras. Dijimos que llegaríamos todos vivos a la graduación, ¿te acuerdas?

—*La ayuda está en camino* —anuncia Tairn.

—Me acuerdo —susurra Sawyer, y abre los ojos.

—¡Ay, gracias a los dioses! —Le sonrío y el labio inferior me tiembla sin control—. Aguanta…

—¡Violet! —grita Maren desde el otro extremo del campo, y al alzar la vista la veo a lomos de Daja. La grifo corre a través de la lluvia, cubriendo la distancia que nos separa deprisa, con Cat y Bragen a pie, pisándoles los talones.

Tairn gira la cabeza hacia el campo de batalla.

—*Sgaeyl…*

—*¡Ve con ella!* —Si Sgaeyl corre peligro, Xaden también, y a juzgar por los gigantescos zarcillos de sombras que emanan de un muro de gris en el límite de nuestro sector…

Tairn se acuclilla y se eleva con potentes movimientos de las alas hacia el cielo de la mañana justo en el momento en que Daja nos alcanza, arrastrando una camilla.

—¿Qué ha pasado? —Maren desmonta de Daja; tiene el uniforme pardo salpicado de sangre.

—Un guiverno le ha arrancado la pierna. —Los miro a todos cuando Bragen y Cat llegan también a nuestra posición—. ¿Estáis todos bien?

—No es nuestra —responde Bragen agachándose al otro lado de Sawyer —. Te vas a poner bien —le asegura a este—. Solo tenemos que llevarte con

los curanderos.

Le pasa los brazos por las axilas, lo levanta y lo arrastra hasta Daja.

«Los curanderos». Porque repararlo ya no es una opción; la pierna ha desaparecido.

—Hemos estado transportando a los heridos —me dice Maren por encima del hombro, regresando a toda prisa a Daja mientras Cat ayuda a Bragen a dejar a Sawyer en la camilla.

—Gracias.

Me agacho y miro al cielo, dejando que la fuerza de mi vínculo con Xaden me confirme que está bien en lugar de preguntárselo a él directamente y arriesgarme a distraerlo.

—No nos des las gracias —dice Maren montando deprisa y acomodándose entre los hombros de Daja antes de echar a volar hacia el Cuadrante de Curanderos, con Bragen siguiéndola de cerca.

—Estás hecha una mierda. —Cat se pone de cuclillas frente a mí, con la trenza tan empapada como la mía, y me repasa de arriba abajo—. Ya me he enterado de lo que has hecho allí arriba. Bueno, Kira te ha visto y me lo ha contado. Ya hay que echarle ovarios.

—Tú habrías hecho lo mismo. —El agotamiento se apodera de mí y dejo caer los hombros mientras desaparecen los últimos restos de adrenalina.

—Yo habría corrido más rápido. —Desenvaina una de sus dagas con empuñadura de aleación y me la da—. Me parece que te falta una. Yo tengo otra.

—Gracias. —La acepto como la ofrenda de paz que es.

—Te prometo que cuidaré de Sawyer. ¡Y no te atrevas a darme las gracias por eso! —exclama por encima del hombro, caminando ya hacia la torre suroeste sin mediar otra palabra.

El conducto me resbala por el antebrazo cuando me seco la lluvia de los ojos. Me había olvidado por completo de que lo llevaba encima. Al mirar a la izquierda y luego a la derecha me percato de la presencia de varios cadáveres de guiverno esparcidos, pero el corazón me da un vuelco al vislumbrar a un Verde Cola de Maza que…

¿Teine?

—*Está vivo* —me contesta Tairn volviendo ya conmigo—. *Están conteniendo a la última oleada, y tu madre… ¡Detrás de ti!*

Me pongo en pie entre tambaleos y me vuelvo hacia los acantilados…, y hacia la venin que me observa a unos diez metros con un gesto de curiosidad

en un rostro con forma de corazón que en algún momento debió de ser indiscutiblemente hermoso.

El estómago se me revuelve, y agarro con fuerza la daga que me ha dejado Cat.

«Cat». No quiero llamar la atención de la venin hacia la piloto si todavía no la ha visto.

—¡No tiene sentido huir! —exclama el ser oscuro, avanzando despacio, como si para ella supusiera la misma amenaza que una mariposa—. Las dos sabemos que drenaré el mismo suelo que pisas y todo esto no habrá servido de nada.

Extiende los brazos y hace un gesto hacia el caos que nos rodea.

—¡Sorrengail! —grita Cat, y oigo los chapoteos de sus botas cuando echa a correr hacia mí.

—¡Vete, Cat! —le respondo, y al alzar la vista diviso a Tairn cayendo en picado, aproximadamente a un minuto de aquí, pero las pisadas no frenan.

A la venin se le encienden los ojos cuando ve a Cat, y tras hincar una rodilla en el suelo extiende una mano sobre el terreno helado.

—¡Para! —grito, y se me cae el alma a los pies y ahí se queda.

Esto es mucho peor que en mi pesadilla. Aunque pudiera huir de aquí, es imposible saber qué sería capaz de hacerle a Cat. Con un movimiento de muñeca, agarro el conducto con la mano izquierda y levanto la derecha, daga incluida, y abro las puertas al poder de Tairn que en ningún momento he llegado a cerrar del todo.

La nieve se derrite bajo mis pies y de la piel me emana vapor cuando Cat se coloca a mi lado.

—Tienes que salir de aquí.

—Cállate ya. —Extrae una daga de la funda de su muslo.

—Ah, eres poderosa, ¿verdad? —La venin ladea la cabeza y esboza una sonrisa lenta y malévola mientras se incorpora y me examina—. La que blande el rayo.

Un trueno retumba en los nubarrones a medida que una energía ardiente y crepitante se me acumula en las venas. No tengo por qué huir. Puedo defenderme.

—Ella me importa poco. —Desvía la mirada hacia Cat—. Pero tengo órdenes de no matarte, así que no compliquemos más las cosas.

—¿A mí? —¿Qué cojones…?

Da un paso al frente y descargo un relámpago que golpea el suelo frente a ella y la frena en seco.

—Él se lo pasará en grande cuando te utilice.

La pesadilla vuelve a mí con toda su fuerza y las palabras del Sabio me resuenan en la cabeza el tiempo suficiente para que me tiemble la mano.

Un gesto desenfrenado le domina los ojos estrechos.

—Y yo seré su favorita por entregarte. Pronto dejaré de ser solo una asim. —Sus palabras cada vez son más atropelladas—. ¡Me concederá este valle cuando todo esto termine!

¿Por entregarme a mí?

—Mátala cuando te vaya mejor, ¿eh? —me recuerda Cat con la mirada clavada en la venin.

—Quiero saber a qué coño se refiere con eso de «entregarme» —murmuro.

«Pero tú te entregarás por algo mucho más peligroso…». ¿No fue eso lo que me decía en la pesadilla?

—¡Yo te entregaré! ¡Yo! —La venin se pasa una mano temblorosa por su pelo naranja enmarañado.

Cat está aumentando la codicia de la mujer, manipulando sus propias emociones. Debo admitir que es una habilidad de la hostia cuando no la utiliza contra mí.

—Ya basta, Wynn.

Un ser oscuro con una ropa del mismo color que las venas que le palpitan junto a los ojos aparece por la izquierda, rodeando el cuerpo del dragón verde caído, y levanto una mano.

Cat sale despedida con un grito y cae al suelo justo detrás de mí.

Mierda. Se acabó la curiosidad. Blando mi poder y la piel me arde cuando atraigo un rayo desde los nubarrones que hay sobre nuestras cabezas, y acierto a Wynn al instante. Se desploma donde estaba, con los ojos abiertos y vidriosos y el cuerpo humeante.

—Fascinante.

El recién llegado echa a andar hacia mí con el puño cerrado.

El conducto arde a una temperatura insoportable.

Lo dejo caer y observo horrorizada como se desintegra, dejando tras de sí solo el brazalete. Él gira la mano, con la palma hacia arriba, y me levanta del suelo hasta dejarme suspendida en el aire, completamente inmovilizada.

Igual que en el sueño, pero ese no es el Sabio.

Se me cierra la garganta. No puedo levantar una mano para utilizar mi poder y ni siquiera gritarle a Cat que huya mientras pueda. Esto no es un sueño. No voy a despertarme.

—*¡Mantén la calma!* —me ordena Tairn, a poca distancia de nosotros pero no lo bastante cerca.

—*¡Voy para allá!* —grita Xaden mientras el venin esquiva el cadáver de su compañera como si no fuera más que un accidente del terreno, y continúa andando hacia mí.

No llegarán a tiempo.

Ni yo tampoco.

Nos he matado a todos.

Sin embargo, Andarna puede vivir. Solo debe resistirse, aferrarse a la vida.

—Él está a punto de llegar, así que vamos a terminar con esto, ¿te parece? —dice el ser oscuro, a unos pocos metros de mí—. La horda está harta de sobrevolar este lugar, esperando el permiso para atacar.

Una silueta se mueve en el acantilado detrás del ser oscuro. No, no es una silueta; forma parte del mismo acantilado. ¿Un… pedrusco, quizá?

Un pedrusco con dos estrechos ojos dorados.

Sale despedido del acantilado como un proyectil y se expande y cambia de color, y le brotan alas, garras y escamas negras.

63

Soy la única que piensa que el conocimiento de las protecciones, y del resguardo que ofrecen, no solo debería beneficiar a Navarre, y eso me ha costado todo lo que tengo.

—Diario de Lyra de Morraine

—Traducido por la cadete Jesinia Neilwart

El ser oscuro se da la vuelta, pero no es lo bastante rápido.

Andarna aterriza justo delante de él, abre la boca y lo baña en fuego. Calcina al ser oscuro antes de bajar la boca y arrancarle la cabeza del cuerpo.

Me desplomo sobre la nieve derretida a la vez que el venin, y Andarna escupe la cabeza decapitada y humeante y luego suelta un aliento cálido que hiede a azufre.

¿Qué acabo de ver?

—Has… —Me pongo en pie como puedo y renqueo hacia ella—. Acabas de…

—*He escupido fuego* —se jacta extendiendo las alas.

—¿Te lo acabas de comer? —le pregunta Cat manteniendo las distancias.

—*No se habla con los dragones que no montas, humana*. —Andarna chasca los dientes en dirección a Cat.

—Pero si parecía que formabas parte del acantilado. —Contemplo a Andarna como si fuera la primera vez que la veo. Y puede que no ande tan desencaminada.

—*Te he dicho que sabía esconderme*. —Me mira parpadeando.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla, tratando de buscar unas palabras que no aparecen. Eso no es esconderse. Ahora tiene las escamas tan negras como Tairn. ¿A lo mejor me estoy imaginando cosas?

Tairn aterriza a nuestra derecha y envía una nube de nieve por los aires. Después, contempla nuestro humilde campo de batalla para hacer una evaluación rápida.

—*Os lo habéis quitado rápido de encima.*

—Ha sido ella. —Señalo a Andarna mientras Sgaeyl y Sliseag toman tierra detrás de Tairn.

—*Escupes fuego* —le reconoce Tairn con una nota de orgullo en la voz.

—*Escupo fuego* —responde Andarna alargando el cuello hasta su límite.

—Melgren nos ha ordenado que nos repleguemos en el valle.

Tairn entorna los ojos y se gira hacia Sgaeyl.

—¿Están retirando al pelotón entero al valle? —Alzo la vista al cielo y me fijo en que solo quedan dos guivernos en nuestro sector.

«La horda está harta de sobrevolar este lugar, esperando el permiso para atacar». Eso es lo que me ha dicho el ser oscuro. La oleada final todavía no ha atacado.

—El pelotón entero no, solo nosotros —me explica Xaden rodeando a Tairn.

Se elevan diminutas columnas de humo cuando la lluvia entra en contacto con la piel desnuda de sus brazos. Lo veo tan exhausto como yo, y tiene algunos rasguños en el antebrazo, pero la falta de otro tipo de daños visibles me hace hundir los hombros aliviada.

—Aún no han enviado a su última oleada, y Sawyer y Aotrom ya están heridos. Trasladarnos a nosotros dos deja al pelotón, a Brennan y a la piedra protectora demasiado expuestos. —Niego con la cabeza.

No podemos permitirlo. Brennan es nuestra mejor baza para sobrevivir a esta batalla.

—Exacto —dice Xaden al llegar a mí—. *¿Estás bien?* —Me rodea los hombros con un brazo y me da un beso intenso en la sien—. Están esperando allí arriba mientras esta oleada se retira. Tenemos que plantearles nuestro plan lo antes posible.

—*Estoy bien* —le respondo—. *Vámonos*.

—*Están en el frente. Nos vemos allí* —dice Tairn.

—*Ve con Marbh* —le pido a Andarna, estirando el hombro izquierdo y girando la articulación para intentar aliviar el dolor agudo, palpitante y profundo que siento.

—*Estaré donde me necesites*. —Ella resopla.

—*Claro, siempre que te vayas con Marbh*. —Levanto las cejas mirándola. A una dragona.

Ella agita la cola dos veces y se retira, pero al menos se dirige en la dirección de la cámara de la piedra protectora, a salvo bajo la superficie.

Los pasillos de Basgiath bullen de actividad cuando pasamos junto a una fila de grifos y entramos por la puerta lateral vigilada junto al campanario. El

corazón me da un vuelco. Soldados de infantería y jinetes heridos están sentados contra el muro cerca de la entrada de la enfermería con varios tipos de lesiones, pero sobre todo quemaduras; sus gritos llenan el pasillo de piedra mientras curanderos de segundo y tercer año corren de paciente a paciente.

—Hace unos veinte minutos que se han quedado sin camas —nos dice Cat con voz queda—. La infantería es la que se ha llevado la peor parte.

—Para variar —comenta Xaden, con la vista fija en la puerta al otro lado del pasillo que conduce al patio, evitando a las decenas de heridos a nuestra derecha.

Nos detenemos bruscamente cuando un pelotón de infantería pasa corriendo a nuestro lado. Las insignias del cuello los identifican como cadetes de primero.

—Violet. —Cat me agarra del codo y me detengo para volverme hacia ella mientras Xaden abre la puerta—. Dile a tu madre que combatiremos en el aire si detiene la lluvia, y si no, que nos despliegue como a la infantería. Tenemos más experiencia luchando contra los venin que casi cualquier otra persona aquí, y los grifos son excepcionalmente veloces en tierra.

En sus ojos no veo más que pura determinación, de modo que asiento.

—Se lo diré.

Deja caer la mano y Xaden y yo salimos al patio.

El desconcierto es absoluto cuando nos abrimos paso entre filas de pelotones vestidos de azul marino que reciben órdenes de temblorosos cadetes de segundo. Es como si sus filas se hubieran roto y estuvieran reforzando las unidades con cualquier persona que esté ilesa.

Cuando llegamos al centro, vemos con claridad la reunión de líderes que se está desarrollando frente al portón abierto.

—¡¿Qué les costaría cerrar al menos la puta puerta?! —grita uno de los cadetes de infantería cuando Xaden y yo pasamos al lado.

—A ti no te ayudaría en nada que la puerta estuviese cerrada —responde Xaden, señalando el cadáver de un guiverno a la izquierda que asoma entre un tejado medio derrumbado—. Incluso aunque fueran a pie, los cinco segundos que tardarían en atravesarla no compensarían perder una salida necesaria.

Le ofrezco al cadete de segundo una mirada empática y echo a andar detrás de él.

—Ya podrías ser un poco más…

—¿Delicado? ¿Simpático? —replica él—. ¿Amable? ¿Y de qué les va a servir eso?

No le falta razón.

—¡Oye! —exclama otra cadete de segundo vestida de azul marino en uno de los pelotones de la derecha, mirando más allá de mí.

—Lo siento, pero tiene razón. Cerrar la puerta no nos serviría de nada —le digo con toda la delicadeza que puedo.

—No te he llamado por eso. —Señala detrás de mí—. Te está persiguiendo una escriba.

Me vuelvo y veo a Jesinia correr detrás de mí bajo la lluvia, con una mano oculta bajo la túnica. Está protegiendo el diario del agua.

—Mira a ver si la convences de que se esconda en algún sitio seguro —me dice Xaden—. Mientras tanto, voy a empezar a pelearme sin ti.

Sin decir nada más, se marcha hacia el arco de diez metros de grosor que sirve como portón de Basgiath. Cruza el primer rastrillo y sigue andando, captando de inmediato la atención de mi madre, el general Melgren y tres de sus ayudantes que esperan junto al segundo rastrillo. Las colas de sus dragones se mecen detrás de ellos, formando un muro de la altura de la misma fortaleza, y un poco más en el caso de Codagh.

—Deberías estar… —empiezo a signarle a Jesinia, y dejo caer las manos al darme cuenta de que no hay ningún lugar seguro para ella.

Me agarra del codo con la mano libre y tira de mí hacia el arco, bajo el rastrillo. Tras dejarse el diario dentro de la túnica, saca la otra mano para signar.

—Creo que he encontrado la diferencia entre los dos, pero diría que la que miente es Lyra.

—¿Qué has encontrado? —signo, dándole la espalda a Melgren y reforzando los escudos, aislándome de todo y todos, incluso de Tairn y Andarna.

—Creo que es un siete. —Arquea las cejas—. Pero no es posible.

—No lo entiendo. —Niego con la cabeza—. ¿Siete qué?

—Es la única diferencia entre los dos diarios. Al principio pensé que se refería a las runas, que habíamos traducido mal esa parte, puesto que en la piedra protectora de Aretia hay siete runas grabadas —contesta frunciendo el ceño—. Pero lo he revisado una y otra vez.

—Enséñamelo.

Ella asiente, y entonces se extrae el diario de Lyra de la túnica, lo abre por la mitad y le da unos golpecitos a un símbolo en el centro de la página, antes de entregármelo para tener las manos libres.

—Ese símbolo es un siete. Pero en el de Warrick aparecía un seis, acuérdate.

Siento una opresión en el pecho, y asiento despacio.

Tiene que haberse equivocado.

—Aquí pone: «El aliento de la vida de los siete se combinó y la piedra refulgió en una llama de hierro».

Hundo los hombros y suspiro. Es imposible que haga referencia a siete dragones. Solo hay seis guaridas: negro, azul, verde, naranja, marrón y rojo.

Le devuelvo el diario.

—Pues quizá no sea un siete. ¿Puede ser que no lo hayas traducido bien?

Ella niega con la cabeza y abre el diario por la primera página antes de volver a mostrármelo.

—Mira. —Señala los símbolos y entonces levanta las manos—. Aquí se narra la historia de Lyra de los Primeros Seis. —Señala el seis y vuelve a pasar páginas hasta la mitad del diario, donde estábamos antes—. Siete.

Despego los labios. Mierda. Mierda. Mierda.

—Se parecen —signa—. Pero eso es un siete. Y hay siete círculos en la piedra protectora de Aretia. Siete runas. Siete. —Repite la última palabra, como si de algún modo pudiera haberla entendido mal.

Siete. Los pensamientos me pasan por la cabeza demasiado rápido como para elegir uno solo.

—Este diario… tiene que estar mal —signa ella al ver que no digo nada.

Cierro el libro y se lo devuelvo.

—Gracias. Deberías volver a la enfermería. Han llevado a Sawyer y…

Se guarda el diario en la túnica y comienza a signar antes de que me dé tiempo a terminar.

—¿Por qué han llevado a Sawyer a la enfermería? —pregunta ojiplática.

—Un guiverno le ha arrancado una pierna.

Jesinia respira agitada.

—Vete. Si evacuamos a los heridos, Maren me ha dicho que cuidará de él, así que, en cualquier caso, la enfermería es el lugar más seguro para ti. Os sacará de allí a los dos.

Jesinia asiente.

—Ve con cuidado.

—Tú también.

Se recoge la túnica y echa a correr por el patio, atajando por la puerta sur.

La cabeza me da vueltas cuando me vuelvo hacia los líderes reunidos al final de la arcada y comienzo a andar. ¿Podría referirse a un grifo? ¿Será ese el significado? ¿Y será «los seis y el único» y no «la única»? No. Si un grifo

contribuyera a levantar las protecciones, la magia de los pilotos funcionaría dentro de sus límites. Pero no hay siete especies de dragón…

Tropiezo y me apoyo en la pared de piedra mientras mi cerebro cae sin control por el único camino que tiene sentido. Aunque sea absurdo.

Pero…

«Joder».

Despejo de inmediato la mente antes de que alguien pueda conectarse a mí, atravesar mis escudos y descubrir lo que estoy pensando.

—Ni hablar —le espeta Xaden a Melgren, flanqueado por dos de sus ayudantes.

Al llegar allí, me coloco entre mi madre y Xaden.

—¡¿Crees que los cadetes serán capaces de defender todo esto?! —brama el coronel Panchek gesticulando con desenfreno, mientras un Verde Cola de Maza…

Contengo el aliento cuando Teine derriba al último guiverno de su sector. El cadáver gris se desploma del cielo y aterriza en algún punto al noreste, tras la hilera de dragones.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta mi madre cuando alzo la vista hacia la muralla de guivernos que flotan en la distancia. Puede que hasta ahora nos hayan herido, pero ese muro es el tiro de gracia, y en el centro han dejado un espacio vacío, como si esperaran a alguien.

—Nunca se aleja demasiado de él —interviene Melgren.

Los guivernos están aguardando tal como ha insinuado el ser oscuro, y el estómago se me revuelve ante la idea de quién puede ser.

—No vamos a llevarnos a Tairn y Sgaeyl a defender el valle —anuncia Xaden cruzándose de brazos—. Ya están allá el Ala Uno y Dos, además de todos los dragones sin vínculo.

Sgaeyl y Tairn aterrizan a la derecha, cerca de la torre que conduce al parapeto, y no puedo más que confiar en que Andarna no se haya escondido con ellos, porque no me atrevo a bajar los escudos para comprobarlo. Por primera vez soy yo la que guarda un secreto que podría ser trascendental.

—Tú eres la razón de que no pueda planear nuestros movimientos con eficacia —acusa Melgren a Xaden—. Tú eres la razón por la que ni siquiera preví esta batalla. —Melgren intenta mirar a Xaden por encima de su nariz aguileña en un acto de desprecio, pero es un poco más bajo que él.

—De nada por haber venido a ayudarte —responde Xaden, y se gana una mueca.

—El valle es lo único que importa —los interrumpe mi madre moviéndose ligeramente hasta colocar un hombro entre Melgren y yo—. Los Archivos ya están sellados. El resto de la fortaleza puede reconstruirse.

—Pensáis abandonarla —dice Xaden con voz queda, recurriendo a ese tono gélido y amenazador que utiliza para atemorizarme. Y parece que no ha perdido su toque, porque Panchek retrocede un paso.

El silencio es sobrecogedor. Miro a todos los presentes, con la esperanza de que alguien, quien sea, se lo discuta.

—Pueden abalanzarse sobre nosotros en cualquier momento —dice Melgren señalando la horda a la espera—. Tenemos a más de sesenta parejas heridas, ya sea el dragón o el jinete. Esa horda se nos echará encima dispersos como estamos.

—Y, entonces, ¿por qué no movilizáis a todos los cadetes al valle? —pregunta Xaden.

Melgren entorna sus ojillos oscuros.

—Puede que lideres una revolución, Riorson, pero no tienes ni idea de cómo se gana una guerra.

Al menos ha dicho *revolución*, y no *rebelión*.

—Los estás utilizando como distracción. —Xaden deja caer los brazos—. Es una táctica para entretenerlos. Morirán mientras los del valle tienen tiempo para prepararse. ¿Prepararse para qué, exactamente?

Me quedo boquiabierta.

—No podéis hacer eso. —Me doy la vuelta y me coloco frente a mi madre—. No hará falta. Brennan ha reparado la piedra protectora.

—Ni siquiera Brennan puede reparar la magia, cadete Sorrengail. —En sus ojos no veo ni un solo indicio de que sea capaz de ceder, de que haya espacio para cambiar de planes.

—No —admito—, pero tampoco será necesario. Si la piedra está reparada, podrá imbuirse de poder. Todavía podríamos levantar las protecciones, y yo sé cómo hacerlo.

Una caricia curiosa de sombras relucientes se desliza por mis escudos, pero no las dejo entrar.

—Por lo que sé, en Aretia no os salió del todo bien la jugada, ¿me equivoco? —pregunta bajando la voz para que solo la oiga yo—. No basta con un «podríamos». —Esa última parte la dirige a un público más amplio, y la respuesta me enciende las mejillas.

—Puedo hacerlo —le respondo en un susurro, y vuelvo a levantar la voz para que se me oiga—. Si nos mandáis a Xaden y a mí al valle, dejaréis la

piedra desprotegida, y esa es la única solución para que hoy sobrevivan todas las personas de este campo.

—No sabes si funcionará después de haberse reparado —dice ella despacio, como si creyera que quizá no la entenderé bien—. E incluso si funcionara…

—*Su líder ha llegado* —me informa Tairn, y diría que no es el único dragón que se ha dado cuenta, a juzgar por cómo giramos todos la cabeza hacia el cielo, incluida yo.

Allí, en el centro de la horda, vuela ahora un guiverno algo más grande que los demás, montado por un jinete vestido de azul marino. El nudo del estómago me indica que si se acercase, reconocería su pelo negro y ralo, y la mueca molesta de sus labios, a pesar de que la lógica me diga que no, que aquello no fue más que un puto sueño.

El corazón se me acelera mientras el miedo me cala la piel, más frío que la lluvia y la nieve que se derrite a nuestro alrededor.

—Como ves —dice mi madre apartando la mirada de la horda—, ya es demasiado tarde para protecciones.

—¡No es verdad! —le discuto.

—Cadete… —empieza mi madre.

—Puedo levantarlas —le prometo impidiéndole el paso cuando intenta esquivarme—. Si podemos imbuirlas de poder, ¡podré levantar las protecciones!

—Cadete —me espeta mi madre con las mejillas arreboladas.

—¡Al menos comprueba si la piedra puede retener poder antes de condenarnos a todos a muerte! —insisto.

—¡Violet! —grita mi madre.

—¡Que me escuches! —le respondo a viva voz—. ¡Por una vez en tu vida escucha lo que te estoy diciendo!

Ella echa atrás la cabeza, y prosigo.

—Por una vez en tu vida confía en mí. Ten fe en mí. Puedo levantar las protecciones.

Ahí está: cuando mi madre entrecierra ligeramente los ojos, significa que has captado su atención.

—Si levantamos las protecciones, todos los guivernos de este campo estarán muertos. Todos los seres oscuros perderán su poder… —Trago saliva al acordarme de Jack—. O prácticamente. Decidme qué otra arma ofrece resultados similares. Solo os pido que bajéis conmigo y comprobemos si es capaz de retener poder. Ayudadme a imbuirla —le suplico a mi madre—. Si

no retiene poder, haré lo que me pidáis, pero sé que puedo hacerlo, general. Sé cómo.

—Basta. Estamos perdiendo el tiempo. —Melgren hace un gesto de desdén con la mano y echa a andar hacia Codagh, con sus ayudantes siguiéndolo de cerca.

—¡Un momento! —grita mi madre, y el corazón se me detiene.

—¿Disculpe, general? —salta Melgren tras detenerse justo fuera de la arcada.

—Esta escuela es mía. —Mi madre levanta la barbilla—. Y he dicho que esperamos.

—¡El ejército es mío! —brama él—. ¡Y no hay esperas que valgan!

—Técnicamente, solo la mitad del ejército —dice Xaden con la mirada clavada en la horda de guivernos—. La otra mitad es mía. Y visto que no tuviste ningún reparo en ejecutar a mi padre, yo tampoco tendría ningún problema en dejarte morir si rechazas su ayuda.

Melgren fulmina a Xaden con la mirada, lívido.

—Ya me lo parecía a mí. —Xaden me ofrece una mano—. ¿Me acompañas, Violet?

Hay algo en su tono, tal vez una nota de resignación, que hace que entrelace sus dedos con los míos y lo siga fuera de la arcada, más allá de Melgren, en dirección a los dragones.

—¿Adónde vais? Están a punto de atacar… —empieza Melgren.

—Voy a ganar el tiempo que ella necesite —responde Xaden, y el corazón me da un vuelco—. Y no atacarán. Aún no. Siguen esperando.

—¿A qué cojones esperan? —le espeta Melgren.

Xaden me aprieta la mano con fuerza.

—A mí.

64



Violet te caerá genial. Es inteligentísima y tozuda. De hecho, me recuerda mucho a ti. Y, sobre todo, acuérdate de esto cuando la conozcas: ella no es como su madre.

—Correspondencia recuperada del cadete Liam Mairi a Sloane Mairi

—¿Qué quieres decir con que te están esperando a ti? —le pregunto al colocarnos delante de Codagh, frente a un campo de batalla lleno de cadáveres de guivernos y dragones por igual. Siento como un acceso de pavor me crece en el pecho.

Ya ha habido tantísima muerte… Y ni siquiera nos hemos enfrentado a la peor parte de sus fuerzas. Por lo que alcanzo a ver desde aquí, han reservado a la mayoría de los seres oscuros para el ataque final.

—Aquel es uno de sus profesores —dice Xaden con la vista fija en el venin que espera en el centro de la primera línea—. El que huyó de Resson.

—Estuvo también en los acantilados.

Hago todo lo posible por mantener la calma, a pesar de las palpitaciones que siento. Tengo que levantar las protecciones cuanto antes. Son nuestra mejor opción para salir de aquí vivos. Pero un dragón solo puede contribuir con su fuego a una piedra protectora, lo que significa que…

—Creía que estaríamos en Samara. Supuso que responderíamos a la llamada de Melgren en un acto de nobleza.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Frunzo el ceño.

—Haznos un favor y no preguntes.

Tairn y Sgaeyl dejan atrás a Aimsir, vigilando las amenazas tanto en tierra como en el cielo mientras se dirigen hacia nosotros. Con el corazón en un puño, los observo a los dos y a la figura del Sabio, que desciende poco a poco a menos de cien metros. Está bajando hacia el suelo.

Mierda. Tengo que darme prisa.

—Si tuvieras que escoger entre levantar las protecciones aquí en Basgiath o arreglar las nuestras en… —No puedo decirlo. Aquí no—. ¿Qué elegirías?

Xaden frunce el ceño al apartar la vista del Sabio y mirarme fijamente.

—Tienes que elegir. Solo dispongo de los recursos para levantar por completo las protecciones de aquí o las de… allí. —Mi voz desprende un claro tono de súplica—. No puedo arrebatarte esa decisión. —Ya ha sacrificado demasiado.

Xaden se estremece, y mira hacia la horda que se cierne sobre nosotros y el descenso cómicamente lento del Sabio sobre su guiverno, antes de volver a posar sus ojos en mí.

—Tienes que proteger el sitio en el que estés, y ahora mismo es este.

—Pero tu hogar… —Mi voz es apenas un susurro.

—Mi hogar eres tú. Y si hoy morimos aquí todos, ese conocimiento se perderá de todas formas. Protege Basgiath.

—¿Estás seguro?

El corazón me late como el segundero de un reloj que marca el tiempo que nos queda.

—Estoy seguro.

Asiento y le suelto la mano, y entonces me vuelvo hacia el dragón más grande del continente.

—Tengo que hablar contigo.

—Me cago en los dioses, Violet. —Xaden se vuelve y se pone a mi lado mientras Codagh agacha la cabeza e inclina el morro para fulminarme con unos ojos dorados entornados, porque yo no vería nada más allá de sus fosas nasales ni aunque se pusiera a mi altura—. ¿Ya sabes lo que estás haciendo?

—Si no hablo con él, estamos muertos. —Y más me vale darme prisa, porque Tairn está a punto de llegar. Ya percibo cómo desmantela mis escudos. Ningún jinete puede aislarse de su dragón durante mucho tiempo si la criatura quiere entrar.

Codagh dilata las fosas nasales, y al retraer los labios deja al descubierto unos colmillos muy juntos, largos y afilados como cuchillas.

—Ya lo sabes. —Se lo digo con tono acusatorio—. Y no se lo has contado a tu jinete porque los dracónidos protegen a los dracónidos.

Una nube de vapor me golpea en la cara, y Xaden maldice para sus adentros mientras las sombras se arremolinan a sus pies.

—Ya lo suponía. Ya he utilizado el fuego de Tairn para la segunda piedra protectora, así que te pregunto: si podemos imbuir la piedra de Basgiath, ¿vendrás conmigo? —Me hundo las uñas en las palmas de las manos para dejar de temblar. Este es el único dragón del continente, sin contar a Sgaeyl, que no teme a Tairn en ningún sentido.

—No lo necesitas como representante de los dragones negros para la piedra de Basgiath —me dice Xaden—. Tienes a Andarna.

—¿Vas a venir o no? —Le sostengo la mirada amenazante a Codagh—. Si no nos ayudamos, estamos todos muertos. El Empíreo desaparecerá.

Deja escapar otra nube de vapor, esta vez más contenido, y entonces hunde la barbilla en un gesto sutil de afirmación, y vuelve a levantar la cabeza cuando Tairn se le acerca por la izquierda y Melgren aparece por el extremo de una de las patas traseras de Codagh.

—*¿Anhelas la muerte?* —me pregunta Tairn abriéndose paso entre mis escudos.

—*Necesitaba confirmar un secreto que no me compete a mí compartir* —respondo—. *Por favor, no me presiones.*

Tairn hunde los espolones en la nieve a mi lado. Me vuelvo hacia Xaden.

—No quiero dejarte, y tengo un millón de preguntas sobre por qué crees que vienen a por ti, pero si no…

Todas las fibras de mi cuerpo se rebelan ante la idea de despedirme de él. Xaden se inclina y me pone una mano en el cuello.

—Los dos sabemos que no puedes levantar las protecciones y quedarte a luchar. Cuando estábamos en Resson, los contuve mientras tú combatías. Confié en que podrías apañártelas sola. Ahora confía en que yo podré encargarme de esto mientras tú levantas las protecciones antes de que muera más gente. Pon fin a todo esto. —Me da un beso intenso y fugaz, y me mira como si fuera la última vez que me ve—. Te quiero.

No… No puedo. No. Me niego a aceptar que esto sea una despedida.

—Sobrevive —le ordeno a Xaden antes de desviar la mirada hacia la horda, a la silueta del Sabio que casi ha tocado el suelo tras un lento descenso, como si esto no fuese más que un juego y ya hubiera ganado, y por último hacia Tairn—. Quédate aquí con él.

Tairn gruñe, mostrando los colmillos.

—Quédate con él por mí. ¡No dejes que muera!

Doy media vuelta y echo a correr sin despedirme de Xaden. ¿Qué sentido tienen las despedidas si sé que pronto lo veré de nuevo? Porque no pienso fracasar.

—Los pilotos quieren luchar —le digo a Melgren—. ¡Permitídselo!

Finjo que no he estado dos horas combatiendo, que no he utilizado mi poder hasta agotarme ni llevado mi cuerpo al límite, y corro como alma que lleva el diablo.

—¡Despeja la tormenta para que los grifos puedan volar! —le grito a mi madre al pasar por delante de ella, cruzando la arcada sin reducir el ritmo. A la mierda su permiso o su comprensión. Si la piedra puede retener poder, pienso imbuirla yo misma.

Balanceo los brazos y obligo a mis piernas a que se muevan, a pesar del dolor lacerante de las rodillas. Atravieso el patio a la carrera, esquivando pelotones de infantería, y subo corriendo por la escalera central. Entro por la puerta abierta en el pasillo con el corazón en la boca y una quemazón en los pulmones. Corro como si hubiera estado entrenando para ello desde Resson.

Corro porque no pude salvar a Liam ni a Soleil, pero sí puedo salvar al resto. Puedo salvarlo a él. Y si me detengo a pensar aunque solo sea un instante en lo que podría llegar a ocurrir, me daría la vuelta y regresaría directamente con Xaden.

Tomo la escalera de caracol a una velocidad pasmosa y me mareo al llegar al pie de la torre suroeste, pero no malgasto el poco aliento que me queda en los de primero que vigilan la entrada cuando me dirijo corriendo hacia el túnel que huele a Varrish y a dolor.

—¡Apartaos! —les grito a Lynx y a Baylor. Porque me acuerdo de sus nombres. Avalynn; Sloane; Aaric; Kai, el piloto. Me sé los nombres de todos los de primero.

Se mueven en direcciones opuestas y me pongo de lado para pasar por la parte más estrecha del túnel.

Siento una opresión en el pecho y pienso en Xaden.

En Xaden, y en el aroma de las tormentas, y en libros. Eso es lo único que dejo entrar mientras atravieso como puedo el pasaje. En cuanto el túnel se abre, me esfuerzo más que nunca y recorro a toda velocidad el resto hasta llegar a la cámara de la piedra, iluminada por la luz del sol.

Solo entonces me detengo y apoyo las manos en las rodillas, respirando hondo para no vomitar.

—¿Funciona? —pregunto entre jadeos, levantando la vista hacia la piedra que milagrosamente vuelve a estar unida y donde debería.

—Joder, Sorrengail, ¡creo que nunca te había visto correr tan rápido! —Aaric levanta las cejas.

—Estoy aquí. —Brennan aparece tambaleándose de detrás de Aaric, con el pelo castaño rojizo empapado de sudor, y el cadete de primero lo sujeta y le pasa un brazo por el hombro para que no se caiga—. He tenido que utilizar todo mi poder para repararla.

—¿Y se puede imbuir? —le pregunto, obligándome a incorporarme a pesar de las náuseas.

—Pruébalo —me sugiere Brennan—. Si no retiene poder, todo esto no habrá servido de nada.

Cada segundo cuenta, así que me acerco a la piedra. Tiene el mismo aspecto que cuando llegamos anoche, a excepción del poderoso zumbido de energía y las llamas.

—Me recuerda a la nuestra antes de que la imbuyéramos y la cubrieran de llamas —apunta Brennan.

—Sí, pero esta piedra estaba en llamas de verdad cuando llegamos —le digo llevando una mano al hierro negro.

—El hierro no prende —me discute Brennan.

—Eso díselo a la piedra —replico.

Sin el conducto, esto es mucho más difícil de lo que creía, pero tengo que intentarlo. Abro las puertas de mis Archivos y doy la bienvenida al poder de Tairn en un goteo contenido, tal como Felix me enseñó, pero en lugar de alimentar el conducto, poso las puntas de los dedos sobre la piedra y dejo que fluya.

—¿Cuánto tardasteis los tres en imbuir la otra piedra protectora? —pregunta Brennan.

—Semanas —contesto.

Siento un hormigueo doloroso en los dedos, como si acabaran de recuperar la circulación tras un largo tiempo entumecidos, y observo con clara satisfacción cómo la energía se desprende de las puntas. Retiro la mano un centímetro, lo justo para ver cómo las hebras azuladas conectan mis dedos a la piedra, y entonces aumento el poder.

La piel se me calienta y me fuerzo hasta el límite para imbuirla, que tampoco es tanto como me gustaría tras horas utilizando mi poder. La frente se me perla de sudor y la piel se me enciende.

—No tenemos semanas —responde Brennan en voz baja, como si hablara para sí mismo.

—Ya lo sé.

Se oye un rugido en la distancia y alzo la vista al cielo a través de la abertura de la cámara. Se me hace un nudo en la garganta al ver los borrones grises mezclándose con el verde, el naranja. Mi pelotón está ahí arriba luchando sin mí. Xaden combate en las puertas. Se nos acaba el tiempo.

Corto el poder y apoyo la mano sobre la piedra. Percibo una sutil vibración, como las ondas en una gran laguna después de hacer rebotar un guijarro por la superficie del agua. No tenemos suficientes guijarros.

—Sí que retiene el poder, pero aquí abajo no hay suficientes jinetes que puedan imbuirla.

—Le digo a Marbh que los avise —dice Brennan, y los dos miramos al cielo cuando a un destello rojo le sigue uno gris.

—Necesitamos a todos los jinetes que puedan hacerlo.

Pero ¿quién narices va a dejar de luchar y arriesgarse a perder la batalla por un presentimiento? El corazón se me encoge. Está ocurriendo exactamente lo que mi madre nos advirtió que no debía pasar: una melé descontrolada. Una figura oscura se acerca al borde de la cámara, y bajo los escudos por primera vez desde que he hablado con Jesinia.

—*Baja aquí* —le digo a Andarna.

—No me gustan los agujeros…

—*Ahora*. —Mi tono no da lugar a objeciones.

Pongo una mano sobre la piedra y convoco mi poder mientras ella desciende, ocultando el sol momentáneamente, donde nadie pueda verla. El poder fluye a través de mí en una corriente constante y me zumba en las puntas de los dedos al tiempo que alimento la piedra.

Andarna aterriza y se oculta en las sombras que todavía no han sido bañadas por la luz de la mañana.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Ella me mira con sus ojillos dorados en la oscuridad, y parpadea.

—¿El qué?

—*Ya lo sé*. —Niego con la cabeza—. *Debería haberlo sabido antes. En cuanto te vi en Resson supe que había algo distinto en el brillo de tus escamas que no me encajaba, pero no había conocido a ningún dragón adolescente; ¿yo qué iba a saber?*

—*Distinto*. —Ladea la cabeza y, al salir de la penumbra, las escamas pasan de un negro medianoche a un brillante lila intenso—. *Así me he sentido*

siempre: distinta.

—*Por eso sentías que no encajabas con los otros adolescentes* —digo. La mano me tiembla al tratar de mantener el flujo de energía firme, vertiendo todo lo que puedo en la piedra hasta que lleguen los demás a echar una mano—. *Por eso permitieron que te vincularas. Dioses, tú misma me lo dijiste, pero pensaba que eran cosas de…*

—*¿Adolescentes?* —me espeta abriendo las fosas nasales.

Asiento, y trato de ignorar los ruidos de batalla sobre nuestras cabezas para concentrarme en salvarnos a todos, a pesar de la ira que inunda el vínculo con Tairn, y la furia y… No puedo pensar en lo que estará haciendo Xaden.

—*Debería haberte escuchado cuando me dijiste que eras la líder de tu guarida. Por eso nadie pudo rebatirte tu Derecho a la Caridad el año pasado. Por eso el Empíreo permitió que una cría se vinculara.*

—*Dilo. Déjate de suposiciones* —me pide.

Ni siquiera respirar hondo podría calmar ahora mismo mis palpitaciones.

—*Tus escamas no son negras en realidad.*

—*No*. —Las escamas le cambian de color mientras hablamos, adoptando el tono grisáceo de la piedra que nos rodea—. *Pero las suyas sí, y lo que más quiero en este mundo es ser como él*.

—*Tairn*. —No es difícil deducirlo.

—*Él no lo sabe, solo los ancianos*. —Agacha la cabeza y la apoya en el suelo frente a mí—. *Lo veneran. Es fuerte, leal y fiero*.

—*Tú también eres así*. —Me tambaleo bajo la presión de mi propio poder, pero mantengo el equilibrio y sigo imbuyendo la piedra—. *No tenías por qué ocultarte. Me lo podrías haber dicho*.

—*Si no eras capaz de verlo por ti misma, no merecías saberlo*. —Resopla—. *Esperé seiscientos cincuenta años para romper el cascarón. Esperé hasta tu décimo octavo verano, cuando oí que los ancianos hablaban de la debilucha hija de su general, la muchacha que, según las predicciones, sería la próxima líder de los escribas, y lo supe. Tendrías una mente de escriba y un corazón de jinete. Serías mía*. —Se me acerca a la mano—. *Eres tan única como yo. Anhelamos lo mismo*.

—*No tenías forma de saber que acabaría siendo jinete.*

—*Y, a pesar de todo, aquí estamos.*

Se me pasan mil preguntas por la cabeza, pero no tengo tiempo de formularle ninguna, así que le ofrezco lo que yo misma quería: que la vean y valoren por lo que es.

—*No eres una dragona negra, ni de ninguna de las seis guaridas que conocemos. Eres de una séptima especie.*

—*Sí*. —Pone los ojos como platos, entusiasmada.

Aspiro una bocanada de aire breve y firme.

—*Quiero que me lo cuentes todo, pero nuestros amigos están muriendo, así que necesito saber si estás dispuesta a dedicarle tu fuego a esta piedra.*

El sudor se me acumula en la frente a medida que me sube la temperatura del cuerpo, y, sin embargo, sigo desprendiendo más y más poder, y el brazo me tiembla por el esfuerzo de mantenerlo bajo control, de continuar con el goteo en lugar de darle rienda suelta.

—*Por eso me dejaron atrás*. —Ladea la cabeza hacia el otro lado—. *O eso creo recordar. Han pasado siglos*.

—Me alegro de verte, Cam. Tu padre te está buscando. —Oigo la voz de mi madre proveniente del otro lado de la piedra.

—Soy un jinete vinculado. No puede hacer nada para…

—Sinceramente, me da igual. ¿Puede retener poder?

«¿Mama?». ¿Qué narices hace aquí abajo? Debería estar en el campo de batalla.

—*Vete* —le ordeno a Andarna con voz frágil—. *No me fío de que te vea*.

—Sí —responde Brennan.

Andarna vacila un instante antes de alzar el vuelo y posarse en la parte superior de la cámara. Arrastro los dedos por la piedra mientras la rodeo poco a poco.

—*Estás forzándote demasiado* —me advierte Tairn con inquietud.

—*No tengo alternativa*. —Tras unos pasos torpes, intento conectar con Xaden, no para distraerlo, sino solo para sentirlo. Tiene los escudos en alto y me ha bloqueado por completo.

—*Está combatiendo* —dice Tairn, y mi visión se ensombrece un instante antes de volver a despejarse… con una imagen de la batalla. Veo a través de sus ojos, igual que el año pasado vi a través de los de Andarna.

Una masa gris oculta el mundo un momento antes de que el cielo vuelva a aparecer, y una llamarada roja surca las nubes. Tairn mira hacia atrás y observa como el guiverno se desploma con una oleada de satisfacción antes de examinar el suelo y localizar a Xaden cerca del borde del desfiladero.

El corazón me late errático cuando veo al Sabio bloquear con facilidad todas las sombras de Xaden con descargas de dagas de fuego azul, y se me para por completo cuando la luz moteada del sol se refleja en dos hojas clavadas en el suelo, justo detrás del venin del báculo.

Xaden debe de haberle lanzado sus dagas y habrá fallado. Sé que lleva encima una tercera, pero ¿podrá utilizarla? El Sabio no cede terreno. Está superando a Xaden, acercándosele paso a paso, arrinconándolo contra el borde de la garganta.

Llamaradas de fuego verde iluminan el cielo, y Tairn desvía la atención hacia Sgaeyl y los tres guivernos que avanzan para atacarla, con uno escupiendo un fuego de un rojo intenso. Por todos los dioses: hay incluso más especies de las que conocíamos. Un miedo cerval inunda el canal y la visión se me ensombrece de nuevo y me pitan los oídos, como si me hubiesen dado un golpe.

Pestañeo y respiro hondo, obligando a que el aire pase por mi garganta a medida que se cierra, y vuelvo a estar en la cámara. Me tambaleo un paso, y luego otro, arrastrando la mano por la piedra que ya empieza a calentarse mientras giro hacia la entrada de la cámara de la piedra protectora, donde mi madre, Brennan y Aaric están enfrascados en una conversación que no oigo con el rugido de mis oídos.

El poder no solo me quema, sino que me calcina las venas, los músculos y hasta los huesos.

—*Te estás quemando* —me advierte Andarna con un tono agudo y preocupado.

La siguiente vez que cojo aire, noto cómo me arden los pulmones.

—*¡Plateada!* —ruge Tairn.

Tengo que levantar las protecciones.

—*Debéis sobrevivir. Prometedme que elegiréis la vida*.

Porque empiezo a comprender cuál es el precio de imbuir esta piedra protectora a tiempo de salvar a todas las personas que quiero, y es mi vida. Mi poder se me antoja insignificante ante una piedra de este tamaño. Requeriría todo el poder de Tairn, e incluso su vida, y no estoy dispuesta a entregarla. Pero sí puedo proporcionarles todo lo posible a los jinetes que sobrevivan para terminar el trabajo.

Caigo de rodillas, pero no rompo el contacto con la piedra. Vierto en ella todo lo que tengo, abro las puertas de mis Archivos y tomo toda la fuerza del poder de Tairn, sacudiéndome por el esfuerzo de mantenerlo bajo control, centrado y constructivo en lugar de violento.

—¿Violet? —Oigo la voz de Brennan como si estuviera muy lejos.

El calor me azota en oleadas mientras imbuyo de poder la piedra, y mi mundo se reduce al dolor, al fuego y al ritmo frenético de mi corazón.

—¡Violet! —Mi madre echa a correr hacia mí con los ojos fuera de las órbitas y dominados por el miedo, y entonces me coge de la mano libre y deja escapar un grito ahogado. Al retirarla, tiene la mano enrojecida y con ampollas.

El suelo se precipita hacia mí y adelanto esa mano para apoyarme en la piedra sin dejar de canalizar. ¿Qué más da si la piel me hierve, si tengo los dedos enrojecidos, los músculos me flaquean y me entrego al fuego? Nada importa salvo imbuir la piedra y levantar las protecciones que salvarán a mis amigos, a mi hermano, a Xaden.

—¡¿Cuál es tu sello?! —grita mi madre, pero me faltan fuerzas para levantar la cabeza.

—*No puedes hacer esto* —me reprocha Andarna con un chirrido.

—*Tú tienes un propósito*. —Incluso en mi cabeza hablo con un hilo de voz—. *Quizá este sea el mío*.

—No se me ha manifestado —responde Aaric con pánico en la voz.

—¿Y los demás que hay ahí fuera? —Mi madre levanta la voz.

Aaric empieza a responder por los que conoce, y me aíslo para concentrarme en controlar el poder, en durar todo lo posible para seguir ayudando.

Brennan se tira al suelo a mi izquierda, acuclillado a poco menos de un metro, y lo veo mover los labios, pero cierro los ojos y canalizo aún más poder del que me está matando.

—*¡Te detendrás ahora mismo!* —me ordena Tairn.

—*Lo siento mucho*. —Los músculos del brazo se me agarrotan por el agotamiento. Por fin. Ahora ya no tendré que esforzarme por mantenerlo en la misma posición. Estoy entrando en las fases finales de la extenuación, igual que en la cima de la montaña aquella vez con Varrish—. *No deberías perder a dos jinetes de la misma forma*.

Me obligo a abrir los ojos, contemplo el patrón de la roca bajo mis dedos, y lo entiendo. Al fin entiendo por qué alguien querría robar magia. Tengo todo el poder del mundo bajo las yemas de los dedos, y si lo canalizo, si lo extraigo de la tierra en lugar de Tairn, me bastará para salvar a…

—*Debes salvarte tú* —me conmina Tairn—. *No te elegí para que fueras la siguiente, sino la última, y si caes, yo iré contigo*.

—*No*. —Mi piel exuda vapor.

—*No sigas* —me suplica Andarna, y la ráfaga de aire de la cámara junto con el ligero temblor del suelo me indican que acaba de aterrizar.

—¡No pienso hacerlo! —El grito de Sloane resuena por los muros y me arranca de mi ensimismamiento.

Poco a poco, y con un dolor insoportable, me fuerzo a levantar la cabeza a tiempo para ver como Brennan abre mucho los ojos y la bota de mi madre se levanta sobre mi hombro. Me da un golpe suave, y antes de que pueda abrir la boca me propina una patada con todas sus fuerzas y me manda al otro lado de la cámara, rompiendo así mi contacto con la piedra protectora.

El poder llena el aire con el estallido de un rayo cuando me golpeo la espalda, y se me escapa un grito de la garganta, que Brennan reproduce cuando su rostro me ocupa la visión y me coge de la mano. Un alivio fresco me inunda el brazo, la quemazón desaparece y los músculos se me recuperan después de la tensión y se me distienden.

Si no interrumpo el poder, mi hermano morirá. No puede repararme tan rápido sin parar, la próxima oleada de calor se abre paso y…

Cierro a la fuerza las puertas de los Archivos con la poca energía mental que me queda, y el poder se interrumpe. El alivio que siento en Tairn y Andarna es inmediato, pero yo no noto más que el regusto amargo de la derrota cuando me tumbo en el suelo con mi hermano arrodillado a mi lado, reparando el cuerpo que tanto he maltratado.

Y, sobre mí, veo un destello verde antes de que el enjambre aparezca y ensombrezca el cielo con un batir de alas grises.

—¡Es la única solución! —grita mi madre, y giro la cabeza mientras los músculos se me retraen y la piel se me enfría—. No se puede imbuir algo tan grande en un momento. Harían falta cientos de jinetes, y no los tenemos. Si quieres salvar a tus amigos, ¡haz lo que te digo! —le ordena a Sloane, agarrando a la cadete de primero de la muñeca y arrastrándola hacia la piedra.

—¿Mamá? —Pero ella no responde.

—Eres una Mairi —le dice mi madre a Sloane.

—Sí. —Sus brillantes ojos azules se encuentran con los míos, desorbitados, inciertos.

—Yo maté a vuestra madre. —Mi madre se da unas palmadas en el pecho.

—¡Mamá! —grito.

Brennan se desploma a mi lado, pálido y sudoroso, y yo consigo ponerme de rodillas.

—Le di caza y la arrastré hasta su ejecución, ¿te acuerdas? —le escupe mi madre a Sloane, aplastándola contra la piedra—. Tú estabas allí. Os obligué a mirar, a ti y a tu hermano.

—Liam —susurra Sloane.

Mi madre asiente, y después de cogerle la mano izquierda a Sloane, se la coloca encima del círculo inferior de la gigantesca runa grabada en la piedra.

—Y también podría haber evitado su muerte si el año pasado hubiera prestado un poquito más de atención a lo que mi ayudante se traía entre manos.

—¡No! —grito, y me lanzo hacia ellas. Aaric se me acerca corriendo desde un lateral de la cámara de la piedra y no solo me sujeta, sino que me retiene—. ¡Suéltame!

—No puedo —responde arrepentido—. Tiene razón. Si tengo que elegir entre su vida o la tuya, elijo la tuya.

¿Mi vida… o la de ella?

—¡Andarna! —aúllo.

—Lo siento mucho. Yo también elijo tu vida. Eres mía. No puedo dejar que mueras.

Andarna se mueve a mi lado y avanza hasta interponerse entre mi madre y yo.

Dioses. No. Sloane es una apropiadora.

—¿No los oyes ahí arriba muriendo? Porque eso es lo que está ocurriendo —dice mi madre con el tono más suave que le he oído jamás—. Tus amigos están muriendo, cadete Mairi. El heredero de Tyrrendor está luchando por su vida, y tú puedes impedirlo. Puedes salvarlos a todos.

Mi madre le sujeta la mano libre y observo horrorizada como Sloane no deja caer la otra de la piedra.

—¡No lo hagas! —grito—. ¡Sloane, es mi madre!

Esto no puede estar pasando. Quizá Sloane no me haga caso a mí, pero seguro que escucha a Xaden. Bajo los escudos y…

Dolor. Un dolor agónico e insoportable ruge por nuestro canal mental. Desesperanza e… ¿impotencia? Me asalta desde todos los ángulos, me arranca el aliento y embota mis sentidos y mi fuerza. El cuerpo me flaquea y dejo caer todo mi peso en los brazos de Aaric mientras mi mente trata de separar las emociones de Xaden de las mías.

Está… No puedo pensar con tanto dolor, no puedo respirar con esta opresión en el pecho, no siento el suelo bajo mis pies.

—Xaden se muere —susurro.

Sloane gira de golpe la cabeza hacia mí, y basta con eso.

—Solo tienes que quedarte aquí quieta —le indica mi madre en la lejanía—. Tu sello se encargará de todo lo demás. Piensa en ti como un conducto

para el poder, y nada más. Simplemente estás facilitando que el mío pase a la piedra.

—¿Violet? —susurra Sloane.

Arrastro la mirada hacia ella, pero en realidad no estoy aquí. Me estoy muriendo en el campo de batalla, agotando mis últimas fuerzas, quemándome, consumiéndome físicamente. Pero merecerá la pena para salvar a quien amo. A Violet.

—*¡Resistid!* —les grito a los tres por el vínculo, gritando a través de la sangre y la venganza, de la ira y el fuego, del sabor amargo a carne de guiverno entre los dientes.

—Sé que puedes hacerlo —dice mi madre con calma.

—¡Mamá! —La voz se me rompe cuando entrelaza los dedos de Sloane con los suyos.

—No pasa nada —me contesta, y la mirada se le suaviza mientras el cuerpo de Sloane se pone rígido—. En cuanto mi poder, el poder de Aimsir, viva dentro de la piedra, enciéndela. Levanta las protecciones. Haría lo que fuera por protegeros. ¿Todavía no lo entiendes? Todo lo que ha ocurrido ha sido para traerte a este momento, cuando tuvieras la fuerza suficiente para…

Cae de rodillas, pero no suelta a Sloane.

—No, no, no. —Me retuerzo entre los brazos de Aaric mientras el pecho me amenaza con derrumbarse, con aplastarme el corazón. Mi madre se me aparece y desaparece, ahora un borrón, ahora una imagen nítida.

—Lo siento mucho —me susurra Aaric.

—Sois todo lo que soñamos que seríais —dice mi madre con voz queda, y la piel le palidece al mismo tiempo que Sloane adopta un tono carmesí—. Los tres. —Se vuelve hacia Brennan—. Y pronto me reuniré con él.

Con nuestro padre. Abro los ojos mientras trato de desasirme de Aaric.

—No lo hagas —le ruega Brennan negando con la cabeza—. Por favor, no sigas.

Se pone en pie y renquea en dirección a nuestra madre, pero apenas avanza unos pasos antes de caer al suelo.

—Que tengáis una buena vida.

Cabecea y pone los ojos en blanco en el momento en que la piel se le pone de un color ceroso que contrasta obscenamente con la ropa de vuelo, y su pecho sube y baja despacio en una respiración entrecortada, incompleta.

Brennan gatea hacia ella.

Oigo pasos agitados a mi espalda.

—¡No! —grito desgañitándome, desgarrándome el alma.

Un zumbido inequívoco y cargado de electricidad estática emana de la piedra protectora cuando mi madre cae en los brazos de Brennan. Sloane retrocede, mirándose las manos como si fueran de otra persona, y Aaric me suelta al fin.

Me precipito hacia delante y caigo de rodillas delante de Brennan, que sostiene el cuerpo de mi madre sobre su regazo mientras le acerca una mano temblorosa a la cara. Le presiono el cuello con los dedos, pero no hay pulso, ni calor, ni vida.

El único ruido que rompe el silencio son los pasos apresurados que se aproximan a la cámara.

Se ha ido.

—Mamá —susurra Brennan con la mirada clavada en ella y el gesto descompuesto.

—¡Qué habéis hecho! —Mira se arrodilla y le quita el cuerpo de nuestra madre a Brennan, buscando furiosamente con las manos lo que las mías no han encontrado, algún indicio, el que sea, de pulso—. ¿Mamá? —La sacude con violencia, pero la cabeza de mi madre cae inerte sobre su hombro—. ¡Mamá!

No puedo respirar. Ella es las mareas, las tormentas, el mismo aire, una fuerza inconmensurable que no puede extinguirse sin destrozar el mundo hasta su núcleo. ¿Cómo es posible que se haya ido?

—Lo siento muchísimo. —Sloane llora sin hacer ruido.

—¿Qué has hecho? —vuelve a gritar Mira centrando toda su furia en Brennan.

—*Xaden te necesita* —me comunica Andarna, pero no puedo moverme—. *Tairn y Sgaeyl esperan con él*.

—Tenemos que sacarlos de aquí —dice Aaric, y noto unas manos, las suyas, creo, en los hombros, que me levantan del suelo y tiran de mí hacia atrás.

Mira nos sigue, arrastrando a mi madre por las axilas y sacándola de la cámara. Sloane ayuda a Brennan, y poco después estamos todos en el túnel. Hay alguien más cargando con nuestra madre. ¿Uno de los de primero?

Mira me pone las manos en la cara y me busca los ojos cuando una silueta bloquea la entrada al túnel.

—¿Estás bien?

—No he podido impedirlo. —¿Eso lo he dicho yo? ¿O ha sido Brennan?

De repente la temperatura se dispara a una intensidad suficiente para robarme el oxígeno de los pulmones, pero no nos toca.

Andarna está en la entrada, con las alas extendidas para contener la llama que envuelve la cámara, alimentada por los seis de arriba y la única, que es quien marca la diferencia. Un pulso de energía me atraviesa en una oleada. Las protecciones.

Cuando Andarna se mueve, arrastro la mirada desde la piedra protectora reparada a la llama de hierro que arde negra en la parte superior.

Eso es todo lo que queda de mi madre.

65



La mayoría de los generales sueñan con morir al servicio de su reino, pero tú me conoces mejor que nadie, amor mío. Cuando yo caiga, será por una única razón: para proteger a nuestros hijos.

—Correspondencia recuperada y no enviada de la general Lilith Sorrengail

«Plof. Plof». El sonido resuena por la cámara de la piedra.

—*Son los cadáveres de los guivernos* —me dice Andarna asomando la cabeza por la puerta—. *Por favor, perdóname*. —Me mira con sus ojos dorados y parpadea.

¿Que la perdone?

—Ha tomado una decisión —susurro.

No obstante, las lágrimas que me caen por las mejillas no demuestran la misma resignación que mis palabras, tampoco los gimoteos que le sacuden el cuerpo a Mira, y la mirada perdida de Brennan no es ni mucho menos plácida cuando se quita la chaqueta de vuelo en movimientos lentos y espasmódicos y cubre el cuerpo de nuestra madre con ella.

No tengo claro cuánto tiempo ha pasado cuando nos sacan del túnel y nos guían por el angosto pasaje. La escalera es un borrón.

—*Estás viva. Hoy vivirás y mañana te despertarás* —me promete Tairn mientras me obligo a poner un pie delante del otro.

—*¿Xaden?* —pregunto por el vínculo, pero tiene los escudos levantados.

—*Vive.*

Gracias a Dunne.

Eso es la gravedad, ¿no? Me basta con Xaden para mantener los pies en el suelo. Para que el sol siga saliendo.

—Dejarán su cuerpo en el cuadrante —le dice alguien a Brennan. Un dragón debe de haber sacado el cuerpo de mi madre de la cámara de la piedra.

Salimos por la torre suroeste entre sonidos de victoria. Vítores y agradecimientos a los dioses. La infantería, los curanderos, los jinetes y los pilotos atestan los pasillos entre abrazos, pero conseguimos abrirnos paso.

Mira, Brennan y yo observamos el punto álgido de la celebración desde el umbral del patio, pero somos incapaces de movernos.

Un rostro aparece frente a mí. Ojos marrones. Pelo castaño. Dain.

—¿Violet? —Levanta un brazo ensangrentado para tocarme, pero cambia de idea en el último momento—. ¿Estás…?

—¡Apártate! —Rhiannon lo empuja a un lado y me ofrece una sonrisa exhausta y absolutamente preciosa—. ¡Has levantado las protecciones! —Me coge la cara con ambas manos.

—Sí —consigo responder inspeccionando su rostro. Tiene algunas rasgaduras en los muslos del uniforme que parecen heridas de cuchillo, pero no puedo confirmarlo—. ¿Estás herida?

—No es nada —me asegura—. ¡Lo que te has perdido! Los guivernos han empezado a caer del cielo como pesos muertos y los venin han entrado en pánico y han huido. Los líderes los están persiguiendo.

—Qué bien. Cuánto me alegro. —Sigo asintiendo—. ¿Y los demás?

—Ridoc está perfectamente. A Imogen le han dado un buen golpe en el costado, pero apenas se queja. A Quinn le han reventado una mejilla, pero creo que sobre todo la tiene inflamada, y justo iba a ver cómo estaban Sawyer y los pilotos. ¿Quieres…? —Me estudia la expresión—. ¿Y Xaden?

—Vivo. O eso dice Tairn.

Se vuelve hacia Brennan y Mira antes de centrar otra vez en mí la atención y tuerce el gesto al comprender lo que ha ocurrido.

—Mi madre —intento explicarle, pero se me cierra la garganta—. No… La piedra protectora no tenía poder y mi madre…

—Ay, Vi. —Rhi da el paso que nos separa y me abraza.

Poco importa que no deba hacerlo, que sea una bochornosa muestra de mis emociones o que sea lo último que querría mi madre. Me vengo abajo y lloro sobre el hombro de Rhiannon, jadeando entre sollozos. Con cada

lágrima siento que mis pies ganan adherencia en un mundo que no deja de dar vueltas, y que la primera fase de la conmoción empieza a quedar atrás.

Levanto la cabeza y veo a Brennan sentado en los escalones que suben al edificio de Administración; reparte órdenes aunque parezca estar a punto de desmayarse. Mira ha desaparecido.

—¿Qué necesitas? —me pregunta Rhi.

Trato de contactar con Xaden, pero sigue con los escudos en alto, así que me paso el dorso de las manos por la cara y hago todo lo posible por recomponerme.

—Necesito ver a Tairn y a Xaden.

—*En la entrada* —me dice Tairn, y hacia allí me dirijo.

Paso junto a Melgren y Devera, y me detengo al oír que están negociando los términos de nuestro regreso. ¿Un ataque así y una horda tan numerosa? ¿Cuerpos cayendo por todo el reino? Los líderes ya no podrán ocultarlo más tiempo. Es cuestión de horas que todos y cada uno de los ciudadanos de Navarre sepan que les han estado mintiendo. No me sorprende que quiera que regresemos.

Ni siquiera tengo claro si deseo volver. Cruzo el patio y luego la arcada hasta llegar a campo abierto.

A… cementerio abierto.

Los cadáveres de los guivernos cubren el suelo, salpicados de algún que otro color, pero no reconozco a ninguno de los dragones caídos mientras los esquivo en dirección a las altas siluetas de Tairn y Sgaeyl, cerca del borde del desfiladero.

—¿Estás herido? —le pregunto.

—*Si estuviera herido, lo sabrías* —me contesta, y gira la cabeza hacia Andarna, cuya ala derecha tiembla cuando la extiende, justo antes de aterrizar.

—Vosotros dos tenéis que poneros al día. Ahora mismo.

Tairn me mira de soslayo con un ojo dorado.

—Ahora. Mismo —repito.

Tairn centra su plena atención en Andarna y yo sigo caminando hacia Sgaeyl, sintiendo la presencia de Xaden más allá del lugar que la dragona vigila.

—¿Vas a dejarme pasar? —le pregunto mirándola a los ojos y no a la barba de sangre.

—*Hoy has luchado bien.*

—Gracias. —Esbozo una sonrisa reticente—. Tú también.

—*Bueno, es lo que se espera de mí*. —Mueve las patas delanteras y deja a la vista a Xaden, de espaldas a mí al borde del desfiladero—. *Cuida tus palabras*.

—Qué ironía que eso me lo digas precisamente tú —mascullo, pero sigo andando mientras lo examino. Le distingo un corte en la parte superior de la espalda, pero no veo nada más cuando me coloco a su lado y pongo los pies a unos pocos centímetros del borde, a pesar de que a él prácticamente le cuelguen—. ¿Qué ha pasado?

—Lo he matado. —Su tono es frío, así como su expresión. El sol del mediodía le ha borrado casi todas las sombras de la cara—. He roto el vínculo que pudiera tener conmigo y lo he matado. Su cuerpo ha caído por el desfiladero y ahora no dejo de observar el río, como si pudiera emerger en cualquier momento, aunque sepa que a estas alturas la corriente debe de haberlo arrastrado varios kilómetros.

—Siento no haber estado contigo. —Hago ademán de cogerle la mano, pero él la aparta.

—Yo no. Nos has salvado.

—Nos ha salvado mi madre. —La voz se me rompe—. Ha obligado a Sloane a apropiarse del poder de Aimsir y de las energías vitales de los dos y a canalizarlas en la piedra protectora. Se ha ido.

Xaden cierra los ojos.

—Joder, lo siento de veras.

—Mató a tu padre. ¿Por qué ibas a sentirlo? —Me seco otra lágrima.

—No quería que muriese —responde con suavidad—. Jamás le desearía la muerte a un ser querido tuyo.

Nos sumimos en el silencio, y no es de los cómodos.

—Melgren quiere que volvamos. —Suelto la bomba en busca de alguna reacción, la que sea.

—Pues entonces volveremos. —Asiente—. Las protecciones de Aretia ya se están debilitando, y estas están intactas. Ya me lo explicarás más tarde, ¿te parece? —Me mira de soslayo, pero vuelve a apartar la vista rápidamente, como si le doliera mirarme.

—Te lo explicaré —le prometo.

—Gracias. Aquí estarás a salvo. Aquí es donde debes estar. —Respira entrecortadamente y luego se ríe—. Aquí, con las protecciones en pleno funcionamiento, no tendrás tanto miedo.

Frunzo el ceño.

—Acabo de enfrentarme a un ejército de guivernos y seres oscuros y he levantado las protecciones después de perder a mi madre durante el proceso. Por favor, dime qué podría dar más miedo que eso.

—Me quieres —susurra.

—Ya sabes que sí. —Le cojo la mano y el estómago se me revuelve cuando se vuelve hacia mí y agacha la cabeza—. ¿A qué debería tenerle miedo, Xaden? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué has visto?

¿Qué podría saber para estar tan inquieto?

Poco a poco arrastra la mirada por mi cuerpo y siento que ha pasado una eternidad cuando por fin la posa en mis ojos.

En ese momento dejo escapar un grito ahogado y le doy un apretón en la mano en un acto reflejo.

«No». Es la única palabra que puedo pensar, sentir, gritar en mi interior mientras miro al hombre del que estoy desesperadamente enamorada.

—A mí —susurra con un círculo rojo tenue, casi imperceptible, emanando del iris ónice salpicado de dorado de sus ojos—. Es a mí a quien deberías tenerle miedo.

66



Hemos probado con todos los métodos que conocemos, según nos pidió. No hay cura. Solo podemos controlarlo.

—Misiva del teniente coronel Nolon Colbersy a la general Lilith Sorrengail

Xaden

Siento el terror de Sgaeyl en la columna con todo lujo de detalles mientras observo el campo de batalla, suspendido en el aire, con los músculos paralizados y mi poder bloqueado inútilmente en mi interior. Aunque me soltara, no tengo claro que tuviese la fuerza necesaria para blandirlo. Me ha agotado por pura diversión.

En ningún momento he sido rival para él. Ni yo ni ninguno de nosotros.

Todos los nervios del cuerpo aúllan por el dolor de la incineración, del calor de haber utilizado mi poder durante demasiado tiempo, que ahora me está quemando vivo. Pero hay algo mucho peor que el dolor: el sentimiento de derrota.

—Duele, ¿verdad? ¿Sientes que te acercas al borde de la extenuación? —El Sabio traza un círculo lento a mi alrededor, las puntas de la túnica azul oscurecidas por la nieve derretida, a escasos metros del desfiladero que tuve que cruzar para demostrar que tenía lo que debía tener para entrar en este

colegio—. La magia siempre exige un equilibrio. Si tomas demasiado, te consumirá por haberte pasado de la raya.

Tiro de las ataduras que me retienen, hilos invisibles de poder que me sujetan como a un pollo.

—Tú atacas y yo bloqueo. Tú lanzas y yo esquivo. —El Sabio suspira, arrastrando el báculo por el barro.

Igual que en mis peores pesadillas.

Con la diferencia de que el sudor que me cae por la nuca me recuerda que esto es el mundo real, que Violet está debajo de Basgiath luchando por levantar las protecciones, que Tairn está derribando a los guivernos que atacan a Sgaeyl para mantenerla alejada de mí. ¿Por qué siempre les fallo a las hembras de mi vida?

—Por eso voy a darte una última oportunidad para tomar la decisión correcta y terminar de una vez con esto —continúa el Sabio, deteniéndose frente a mí y sonriéndome con esos inquietantes ojos rojos llenos de ramificaciones venosas. Retrocede unos pasos y clava el báculo en el suelo.

La gravedad se apodera de mí y me desplomo, y entonces pataleo antes de caer al suelo a gatas.

—Una vez te dije que te rendirías por amor —me dice adelantando los brazos—. Y así será.

—No sabes una mierda sobre mí. —Me pongo en pie como puedo y vuelvo a caer, aterrizando de rodillas mientras Sgaeyl ruge de pura furia sobre mi cabeza.

—Sé más de lo que crees.

Baja el báculo y se apoya en él como si fuera un cayado.

—¿Porque eres un Sabio? —escupo apoyando los pies en aquella colina de Tyrrendor y canalizando mi poder.

—¿Un Sabio? —Deja escapar una carcajada—. Soy un general.

Los brazos me arden y brotan sombras de mis pies que se abalanzan sobre el maldito arrogante que tengo delante y le envuelven el torso. Siento un acceso de satisfacción más potente que los subidones del churam.

—Los generales mueren igual que sus soldados. —Me esfuerzo por mover los brazos, pero no me obedecen; los músculos me han fallado mucho antes de que me elevara por los aires.

—¿Ah, sí? —Vuelve a reírse, engullido por la oscuridad—. Por favor, manipulador de las sombras. Ríndete. Es la única forma de salvarla.

—Que te jodan.

Me lanzo por el vínculo y siento como Violet resbala, se quema, intenta… Las sombras me fallan, pero el «general» no se mueve.

Violet piensa sacrificarse para salvarme.

Pretende morir.

El corazón me da un vuelco y vuelvo a saborear lo mismo que cuando estuve velándola en Resson: miedo.

—¿Sabes lo que ocurrirá cuando fracases? —me provoca el general, tirando de la frágil cinta de sombras que le rodea la garganta—. Que pasaré por encima de tu cadáver e iré a por ella. Luego la cogeré de ese cuellecito delicado que tiene y…

La furia me inunda las venas y el chute de adrenalina basta para solidificar las franjas de sombras y ceñirlas, pero, por mucho que apriete, el venin no cede.

—… la drenaré.

Planto una mano en el suelo y cierro el otro puño. El brazo me tiembla por el esfuerzo de retenerlo mientras hurgo en las profundidades del poder de Sgaeyl y dejo que el fuego me consuma.

—*¡Retenlo!* —me ordena ella.

Pero no puedo.

Es demasiado fuerte, y ya no me queda nada. Pero me niego a que Violet pague las consecuencias. Este ser jamás le pondrá una mano encima. Ni hoy ni nunca. La nieve bajo mis manos se funde y siento… Hay algo debajo de mí.

Un flujo constante e inconfundible de… poder.

—*¡No puedes hacerlo!* —chirría Sgaeyl—. *¡Yo te elegí!*

Y Violet también.

Canalizo ese poder.

El corazón me palpita e intento coger aire, incorporándome en la cama. Me toco la nuca, pero la tengo seca. No hay sudor. No me duelen los músculos. No estoy exhausto.

Solo existe Violet, dormida a mi lado, con la mejilla apoyada en la almohada y la respiración calmada gracias al agotamiento que le ha dejado esas ojeras, e incluso en sueños alarga un brazo como si me buscara.

La observo el tiempo suficiente para relajar mi errático pulso, posando la mirada en todas las partes de su cuerpo que puedo ver, desde las cicatrices que tanto le ha costado ganarse hasta la mitad plateada de su pelo sobre la

almohada. Es tan hermosa que casi me cuesta respirar. Y he estado a punto de perderla.

Deslizo los dedos por la delicada piel de su mejilla y detecto las manchas que le han dejado las lágrimas. Hoy ha perdido a su madre, y aunque no lloraré la muerte de Lilith Sorrengail, no puedo soportar ver a Violet sufrir.

Y, sin embargo, estoy a punto de convertirme en el principal culpable.

—Te quiero —susurro, porque puedo, y entonces salgo de la cama con el mayor cuidado posible y me visto rápido bajo la luz de la luna.

En silencio, salgo de la habitación y cruzo el pasillo en dirección a la escalera. Envuelto en un manto cálido de sombras, bajo piso tras piso hasta los túneles de Basgiath.

No me molesto en contactar con Sgaeyl. Ha estado extrañamente callada desde que terminó la batalla.

Las puertas del puente se abren a mi orden, igual que las del otro extremo cuando las alcanza, y sostengo el manto de sombras al pasar por la clínica atestada donde esta tarde hemos pasado horas esperando a que Sawyer saliera de la cirugía.

Esquivo a dos cadetes de infantería borrachos y sigo andando por el túnel, hasta girar hacia la escalera vigilada que me llevará a mi objetivo. El guardia bosteza y paso a su lado sin que se dé cuenta gracias al poder aumentado de mi sello… o lo que sea esto.

La última vez que bajé por esta escalera, acabé con la vida de todas las personas que se interponían entre Violet y yo. No deja de ser irónico que sea la misma celda por cuya ventana barrada observo al malnacido de Jack Barlowe.

—Te veo bien —me dice incorporándose en el camastro reparado, y esboza una sonrisa—. ¿Vienes a darme mi dosis? Diría que no me toca hasta mañana.

—¿Cuál es la cura? —Me cruzo de brazos.

—¿Para el suero? —Resopla—. Pues el antídoto.

—Ya sabes a qué me refiero, joder. —Las sombras reptan por las paredes de su celda—. Dime cuál es la cura y no pediré que me traigan el arcón de Rybestad, en el que estarás suspendido en el aire hasta que te momifiques.

Jack se pone de pie despacio y se cruje el cuello antes de dirigirse al centro de la celda, donde han clavado al suelo la silla en la que torturaron a Violet.

—Las curas son para las enfermedades. Lo nuestro es poder, y eso, mi querido Riorson, no tiene cura. Es envidiable.

—Y una mierda. Tiene que haber alguna forma de deshacerse de esto —siseo.

Su sonrisa se ensancha aún más.

—Uy, qué va. No hay cura. No se puede devolver lo que has tomado…, pero cada vez lo ansiarás más.

—Prefiero morir antes que convertirme en uno de los vuestros.

El miedo acentúa cada palabra, porque puedo sentir el poder que hay bajo el colegio y las ansias por saciar la necesidad de consumirlo.

—Y, aun así, es lo que acabas de hacer. —Jack se ríe, y el sonido hace que me hierva la sangre—. Tanto tiempo convenciendo al mundo de que eras el héroe y ahora serás el villano…, sobre todo en la historia de ella. Bienvenido a esta familia de tarados. Supongo que ahora somos hermanos.

AGRADECIMIENTOS



Gracias a mi marido, Jason, por ser la mejor inspiración que una autora podría tener y el novio literario perfecto, y por tu apoyo incondicional durante unos años que solo puedo describir como un caos absoluto. Gracias por cogerme de la mano cuando el mundo se torcía, por llevarme a todas las citas médicas y por gestionar el frenético calendario que provoca tener cuatro hijos y una mujer con Ehlers-Danlos. Gracias a mis seis niños, que lo son todo para mí, simplemente. A mi hermana, Kate, que jamás se quejó cuando acabamos encerradas en una habitación de hotel en Londres, corrigiendo en vez de hacer turismo: te quiero, y lo sabes. A mis padres, que siempre han estado ahí cuando los he necesitado. A mi mejor amiga, Emily Byer, por venir a buscarme siempre que desaparezco en la cueva de la escritura durante meses.

Gracias a mi equipo en Red Tower. Gracias a mi editora, Liz Pelletier, por darme la oportunidad de escribir mi género favorito. A Stacy Abrams por lo que podríamos llamar «la noche en vela de julio». Eres una diosa de pies a cabeza. Hannah, Lydia, Rae, Heather, Curtis, Molly, Jessica, Toni, Nicole, Veronica y todas las personas de Entangled y Macmillan por responder a conversaciones infinitas de correos electrónicos y por sacar este libro al mercado. A Julia Kniep y Becky West por todas las notas increíbles y el apoyo. A Bree Archer por la fantástica cubierta y a Elizabeth y Amy por las exquisitas ilustraciones. A Meredith Johnson por ser LA MEJOR. Gracias a mi fantástica agente, Louise Fury, por cubrirme siempre las espaldas.

Gracias a mi asesora financiera, KP, por sostener mi cordura en tus manos y no dejar que se te caiga. Gracias a mis novias, nuestra profana trinidad, Gina Maxwell y Cindi Madsen; sin vosotras estaría perdida. A Kyla, por

hacer posible este libro. A Shelby y Cassie por ayudarme a organizarme y por ser mis fanes número uno. A todas las personas *bloggers* o lectoras que han apostado por mí a lo largo de los años; nunca podré agradecéroslo lo suficiente. A mi grupo de lectura, The Flygirls, por darme alegrías todos los días.

Y, por último, porque tú eres mi principio y mi final, gracias otra vez a mi Jason. Hay un poco de ti en todos los héroes que escribo.



REBECCA YARROS es autora bestseller de *The New York Times* y de *USA Today*. Sus más de quince novelas han sido aclamadas tanto por medios como *Publishers Weekly* y *Kirkus Reviews* como por los lectores. Su familia ha servido en el ejército durante dos generaciones, por lo que Rebecca admira a los héroes militares y tiene la fortuna de estar casada con uno desde hace más de veinte años. Es madre de seis niños y vive en Colorado en compañía de su terco bulldog inglés, sus dos feroces chinchillas y su gata Artemis, que reina sobre toda la familia.

En 2019 Yarros fundó, con su marido, la organización sin ánimo de lucro One October, dedicada a una de sus pasiones, ayudar a niños y niñas del sistema de acogida y adopciones familiares de Estados Unidos.